MARIO LIVERANI

EL ANTIGUO ORIENTE

Historia, sociedad y economía



Crítica

MARIO LIVERANI

EL ANTIGUO ORIENTE

Historia, sociedad y economía

Traducción castellana de
JUAN VIVANCO

Revisión de
JOAQUÍN M.ª CÓRDOBA
Departamento de Historia Antigua
Universidad Autónoma de Madrid

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA



Título original:
ANTICO ORIENTE. Storia, società, economia

Cubierta: Enric Satué
© 1991: Gius. Laterza & Figli Spa, Roma-Bari
© 1995 de la traducción castellana para España y América:
CRÍTICA (Grijalbo Mondadori, S.A.), Aragó, 385, 08013 Barcelona
ISBN: 84-7423-623-1
Depósito legal: B. 3.917-1995
Impreso en España
1995.—HUROPE, S.L., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

¡Mi ilustre amigo y alegría de mi corazón!:

Lo que me pide es tan difícil como inútil. Aun habiendo pasado toda mi vida en este trabajo, nunca he contado las casas ni investigado sobre el número de sus habitantes. Lo que uno cargue en su mula o guarde en el fondo de su barca no es asunto mío. Pero, sobre todo, en lo que respecta a la historia de esta ciudad, sólo Dios sabe cuánto polvo y cuánta confusión han tragado los infieles antes del advenimiento de la espada del islam. Sería, pues, vano que nosotros indagáramos sobre ello.

Carta del alcalde de Kuyunyik a los primeros arqueólogos de las excavaciones de Nínive (de A. H. Layard, *Nineveh and Babylon,* Londres, 1882, p. 401).

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

La publicación de esta edición española de mi volumen El antiguo Oriente, *cuando han transcurrido siete años desde su primera edición italiana, es para mí un motivo de gran satisfacción, aunque también me pone en un aprieto. La satisfacción, por supuesto, está motivada por la ocasión que se me brinda de difundir mis ideas y mi trabajo entre un público más amplio que el de mi país, y distinto de él. La lengua italiana, pese a que ha sido y es una de las lenguas fundamentales en los estudios de historia antigua clásica, nunca lo ha sido en los estudios sobre el antiguo Oriente, y me parece que con el paso del tiempo cada vez son menos numerosos los estudiosos y estudiantes que la entienden (sobre todo en América, pero también en Europa). Si en el terreno especializado la solución que se impone es escribir directamente en las lenguas más difundidas, para las obras de síntesis la única salida es la traducción. La operación tiene sus costes y dificultades, por lo que le estoy especialmente agradecido a Crítica, por haberse animado a afrontar los costes y superar las dificultades.*

En cambio, el aprieto se debe al hecho de que los siete años transcurridos son demasiado pocos para justificar una nueva redacción del volumen, pero suficientes para poner en evidencia algunos datos anticuados. El progreso de los descubrimientos arqueológicos, la publicación de nuevos textos y la elaboración de nuevos estudios fundamentales son tan rápidos que requieren una labor continua, y nada desdeñable, de puesta al día. Por eso he introducido varios cambios (los más sustanciales están en el capítulo de Ebla), he actualizado la bibliografía y he eliminado una serie de pequeños pero molestos errores. Creo que la estructura general del libro se mantiene en pie (aunque al decir esto, inevitablemente, soy juez y parte). Las líneas de tendencia innovadoras que he introducido en la visión de la historia oriental antigua se ven confirmadas por los estudios más recientes, y sólo el paso del tiempo podrá decir si estas líneas de tendencia contribuyen a la formulación de un auténtico «paradigma» capaz de mantenerse por más tiempo, y en qué medida lo hacen.

Para resumir en dos palabras estas líneas de tendencia, me gustaría detenerme en los conceptos de «normalización» y «laboratorio». Por normalización entiendo el intento de apartar la reconstrucción de la historia oriental antigua de la divulgación sensacionalista (que pretende causar asombro antes que informar), para convertirla en un sector de la historia antigua como cualquier otro, similar en dignidad a los que ya están afianzados. En cambio, por laboratorio entiendo las condiciones especiales (relación entre arqueología y textos, falta de un filón historiográfico previo, preponderancia de los textos administrativos sobre los literarios) que permiten sostener unas propuestas historiográficas radicalmente modernas en este sector, sin

tener que vencer la resistencia de una tradición «clásica» demasiado onerosa, propia de los sectores de la historia griega y romana.

En cualquier caso, no hace falta insistir mucho en el especial interés que tienen las civilizaciones del antiguo Oriente para nuestra cultura, ya que forman sus raíces más profundas y directas. Antiguamente el único enlace con estas raíces era el Antiguo Testamento, que se desenvuelve en el ámbito de estas civilizaciones y provee sus premisas. Hoy día se añade cada vez con más autoridad otro enlace de tipo estructural: en Oriente Próximo aparecieron por primera vez una serie de innovaciones que tuvieron una enorme importancia para la historia mundial (revolución neolítica, revolución urbana, nacimiento del estado, formación de los primeros imperios, invención de la escritura y del alfabeto, y muchos otros elementos técnicos e ideales). Estas innovaciones nos permiten estudiar las que podríamos llamar «formas simples» de nuestra cultura en el momento de su primera y más clara formulación.

Al presentar mi obra a los lectores españoles, me es grato expresar mi más sincero agradecimiento a todos los que han contribuido a la realización de esta oportunidad: M.ª Eugenia Aubet, que la ha incluido en la serie dirigida por ella; Joaquín Córdoba, que generosamente ha aceptado revisar la traducción con su competencia de especialista; Maria Giovanna Biga, que me ha ayudado a revisar el capítulo sobre Ebla; Barbara Cifola, que me ha hecho varias sugerencias bibliográficas, y numerosos colegas y simples estudiantes que me han señalado errores y contradicciones internas, así como a los técnicos de Crítica, que han realizado el volumen.

MARIO LIVERANI

Roma, 1994

PREFACIO

Por paradójico que parezca, todavía no existe una verdadera historia del antiguo Oriente, dotada del suficiente detalle expositivo y de un hilo conductor coherente de carácter metodológico. Existen, eso sí, numerosas síntesis divulgativas, no siempre fiables, que pretenden cautivar (cuando no maravillar) al lector, más que proporcionarle una sólida reconstrucción histórica. Y también existen obras más analíticas, traducidas y conocidas en Italia, como sobre todo la *Cambridge Ancient History* y la (Feltrinelli) *Fischer Weltgeschichte*.* Pero da la impresión de que estas obras, fruto de la colaboración de varios autores, responden a la ingenua ilusión de que para reconstruir la historia basta con sacar a relucir, uno tras otro, los «materiales» documentales. De ahí que favorezcan (como se advierte ya en la elección de un abanico de autores) la competencia filológica sectorial, antes que el planteamiento histórico de conjunto. Además, estas obras son de principios de los años sesenta. En los últimos treinta años, el conocimiento histórico sobre el antiguo Oriente se ha visto muy enriquecido y ha cambiado bastante gracias a las aportaciones de nuevos textos y materiales arqueológicos, la ampliación de los horizontes hasta zonas antes consideradas «periféricas», y la penetración en el sector orientalista de inquietudes y métodos historiográficos más avanzados y de más amplias miras.

El incremento de la base documental no tiene igual en los otros sectores de la historia antigua. Una síntesis de historia griega o romana escrita en torno a 1960 todavía «se tiene en pie» a grandes rasgos y en gran parte de los detalles, pero tratándose del antiguo Oriente hay que hacer revisiones radicales con frecuencia por lo menos generacional. Hay capítulos enteros de la historia del Oriente Próximo preclásico que hace veinte años ni siquiera se podían imaginar: el caso de Ebla es el más divulgado, pero no el único. Lo mismo se puede decir de los horizontes historiográficos. En los últimos decenios, la historiografía sobre el antiguo Oriente, menos vinculada que la historia antigua «clásica» a tradiciones historiográficas autorizadas y complejas, se ha visto enriquecida con propuestas e inquietudes historiográficas de todo tipo, que si por un lado ponen en evidencia un nivel de improvisación entusiasta, por otro han tenido el mérito de convertirla en un avanzado «laboratorio». La propia situación de la historia oriental antigua a medio camino entre la arqueología (sobre todo la protohistórica) y la historia textual, y el recurso coordinado a fuentes de distinta naturaleza, tienen efectos liberadores, que en otros campos chocan con la tenaz resistencia —a veces con el rechazo— de la tradición humanista e idealista.

* *Fischer Weltgeschichte* —conocida igualmente en Italia por el nombre de la casa editorial que publicó la versión italiana, Feltrinelli—, es también popular aquí con el nombre de su editora en España, *Historia Universal Siglo XXI*. (*N. del r.*)

Por eso, escribir hoy la historia del antiguo Oriente es una operación obvia y necesaria, y al mismo tiempo arriesgada, hasta rayar en la presunción. Para poder cultivar esta ambición tratando de reducir al mínimo sus riesgos, durante 25 largos años de investigación y enseñanza he procurado pertrecharme en los distintos frentes de la arqueología militante, la filología y la metodología histórica; he tratado de abarcar todos los periodos (con mis investigaciones originales), desde las fases protohistóricas hasta los imperios tardíos; y me he enfrascado en los distintos sectores de las ideologías políticas y los modos de producción, las estructuras sociales y los sistemas de intercambio, la tecnología y la demografía —con el resultado de lograr unas competencias que sin duda serán criticables desde un enfoque sectorial, pero en conjunto permiten poner en marcha una operación que por su misma naturaleza sólo puede ser de coordinación y valoración sintética.

Pienso que no es casual que este intento vea hoy la luz en Italia. En nuestro país, más que en ningún otro, ha tenido lugar recientemente una aproximación propiamente histórica a las civilizaciones del antiguo Oriente. Otros países, más comprometidos en este campo, se han quedado anclados en aproximaciones sustancialmente filológicas (sobre todo Alemania) o antropológicas (sobre todo Estados Unidos). Italia es tal vez el único país del mundo en el que la «historia del Oriente Próximo antiguo» tiene rango, no sólo formal sino también sustancial, de disciplina autónoma respecto a sus hermanas, las disciplinas filológica y antropológica. Y tras haber iniciado (en torno a 1960) una labor de excavación en el Oriente Próximo preclásico y de publicación de textos, Italia ya está lista para la reconstrucción histórica, menos inmediata y automática.

La dosificación de los distintos componentes que confluyen en la reconstrucción histórica es de mi responsabilidad, y evidentemente puede ser objeto de críticas y mejoras. Los propios límites del tratado son discutibles: no tanto los temporales —entre las dos grandes fases de la revolución urbana y la edad axial— como los espaciales. El progreso de las investigaciones sobre las áreas llamadas periféricas y sobre las originalidades regionales, la multiplicación de los centros de las antiguas civilizaciones, forman un cuadro multicéntrico, respecto del cual el enfoque de esta obra podría parecer demasiado restringido, «mesopotamocéntrico», por así decirlo. Pero un proyecto histórico que abarque desde el Egeo y Egipto hasta Asia central y el valle del Indo es ya algo distinto, difícil de abordar, que requeriría una estrategia distinta. En cuanto a los componentes internos del cuadro histórico, he asumido como base de mi planteamiento el triángulo ideología/sociedad/economía, en una interacción ya de por sí bastante ardua. Si he dejado fuera de este cuadro los aspectos propiamente histórico-artísticos, histórico-religiosos, literarios y otros, no es porque los subestime, sino porque considero que requieren un tratamiento autónomo antes de poder estudiarlos en su interacción con los históricos en el sentido más tradicional.

Siendo estas las premisas lejanas de la obra, tengo que añadir que a su realización concreta (en dos años de trabajo «desaforado») han contribuido en buena medida algunas personas cuya colaboración agradezco. Ante todo, mis amigos de Laterza, que no sólo aceptaron, sino incluso propusieron como una especie de reto la publicación de un volumen difícil y trabajoso. Y luego una serie de colegas y amigos (M. G. Biga, G. del Monte, F. M. Fales, M. Marazzi, L. Milano, A. Palmieri, F. Pomponio, C. Zaccagnini) que contribuyeron a la parte documental con aportaciones (en sus respectivos campos) que van más allá de simples indicaciones. Por último, tengo

que dar las gracias a mi madre por haber preparado la copia final mecanografiada; a la doctora Barbara Cifola por haber realizado a ordenador las tablas cronológicas; y a Giacinto Giuliani y Dario Terzi por haber hecho los mapas. A numerosos colegas italianos y extranjeros les agradezco su permiso para reproducir algunos dibujos originales.

MARIO LIVERANI

Roma, febrero de 1988

La parte ilustrativa (cuadros, figuras, documentos) se debe entender como parte documental que sirve de apoyo a la exposición continua. He querido que esta última sea de fácil lectura, omitiendo cualquier tecnicismo, y que aborde de manera homogénea la materia tratada, mientras que la primera serviría para profundizar mediante sondeos en la documentación, con la doble finalidad de ilustrar cada periodo histórico con el material más característico y representativo, y hacer que por lo menos se entrevean los tipos de materiales documentales en los que se basa la reconstrucción histórica. Sea cual fuere su amplitud, esta parte documental es accesoria y ejemplificadora. El proyecto de complementar el texto de forma sistemática con materiales ilustrativos sintéticos, transformando la historia «relato» en historia «tabla», sería propio de otro nivel de profundización (y requeriría mucho más espacio). Personalmente, creo que hay que ir en esa dirección, pero los tiempos todavía no están maduros para ello.

M. L.

NOTA SOBRE LAS TRANSCRIPCIONES Y OTROS PROBLEMAS

La traducción de este libro planteaba un problema por lo demás habitual: el criterio que habría de seguirse en las transcripciones. La idea inicial de proceder a una transcripción fonética estricta de los topónimos y la antroponimia sería revisada por dos razones: el deseo del autor de introducir las menores modificaciones posibles sobre el particular y la convicción nuestra de que el libro, pese a su profundidad de pensamiento y riqueza documental, ha de alcanzar a un público mucho más amplio que el estricto de los especialistas que, por otra parte, no necesitan las precisiones de la transcripción fonética en una obra de estas características. Además, los distintos autores tienen razones motivadas para escoger la transcripción de un sonido, por lo que nuestra decisión podría implicar más de una vez un resultado que acaso el autor traducido no compartiera. Por todo ello nos hemos limitado a castellanizar los sonidos que el autor ha italianizado en su libro —por ejemplo, de Giemdet Nasr pasamos a Yemdet Nasr, obviando la académica Ğemdet-Naṣr. Igualmente, en los capítulos dedicados a la historia de Palestina durante la Edad del Hierro hemos aceptado la práctica común impuesta por una secular familiaridad con los topónimos y antropónimos del escenario bíblico, que ha impuesto transcripciones muchas veces incorrectas en su estricto sentido, pero de difícil modificación por el peso de la tradición, y así se asume en una amplia bibliografía de traducción fiable, como en la versión castellana de la *Historia de Israel* de S. Herrmann (1985). Otros antropónimos y topónimos más habituales en nuestra bibliografía se han adaptado en la transcripción corriente: así, preferimos Senaquerib en lugar del Sennacherib usado por el autor, como es normal entre nosotros. Pero el resto de los conceptos aparece tal y como el autor consideró adecuado en su primera edición, en la transcripción más corriente en las obras al uso, y hablamos de las ciudades de Lagash o Khattusha, de los ríos Khabur y Balikh o de la región del Uadi Tharthar. Pero como se trata de palabras con sonidos no presentes en nuestra lengua o no expresables con facilidad —especialmente, *sh*, *kh*, *th*— se imponen unas normas de lectura que es preciso tener en cuenta.

La *sh* transcribe un sonido silbante chuintante, semejante a los sonidos *sh* en inglés o *ch* en francés. El sonido transcrito como *kh* nos traslada a una espirante uvular sorda próxima al de la *j* española, mientras que una aspiración suave se transcribe con el alef (’), y otra intermedia con nuestra *h* que, en la toponimia y antroponimia oriental de este libro, por tanto, no es muda sino siempre ligeramente aspirada. Y en fin, el sonido *th*, fricativo interdental sordo, ha de pronunciarse de forma próxi-

ma a nuestra *z*. En resumen, el lector habrá de tener en cuenta que para una correcta interpretación, los sonidos transcritos en la forma citada han de interpretarse así:

kh = como nuestra *j*,
sh = semejante al *sh* inglés o *ch* francés,
th = de modo próximo a nuestra *z*.

J. M.ª Córdoba Zoilo

Universidad Autónoma de Madrid

Primera parte

INTRODUCCIÓN

1. EL ANTIGUO ORIENTE COMO PROBLEMA HISTÓRICO

1. La imagen mítica

Las culturas históricas preclásicas de Oriente Próximo se han reconstruido gracias a la documentación arqueológica y textual proporcionada por las excavaciones realizadas en aquellas regiones desde hace más de un siglo. Antes de las excavaciones se hallaban en el olvido no sólo las vicisitudes históricas y los rasgos culturales de muchos de estos pueblos, sino incluso su nombre, por no hablar de sus lenguas y escrituras. Su redescubrimiento es una de las principales, si no la principal, aportación a los conocimientos históricos modernos, y este fenómeno, lejos de haberse agotado, sigue ofreciendo a buen ritmo nuevos descubrimientos que obligan a una revisión, o proporcionan la primera versión de fases históricas cuya duración y complejidad no es irrelevante.

Sin embargo, en la cultura europea siempre ha habido cierta «memoria» del panorama histórico del antiguo Oriente, pero nos ha llegado por unos canales que le han conferido un carácter en cierto modo mítico, es decir, absoluto y preconcebido, en vez de histórico y documentado. Dado que los mitos son tenaces y con frecuencia pasan inadvertidos, su influencia sigue notándose, hasta cierto punto, en los estudios históricos más o menos recientes. Antes de dar un repaso a las tendencias historiográficas actuales es, pues, conveniente hacer una mención rapidísima pero crítica de estos mitos.

El principal canal que ha conservado a través del tiempo (sin interrupción) una memoria histórica sobre el antiguo Oriente es el Antiguo Testamento. Este conjunto de escritos, de distintas épocas y características, pero muy homogeneizados por la intención ideológica de sus recopiladores y redactores, está vinculado a la difusión de religiones —la hebrea y la cristiana— que surgieron en el antiguo Oriente, pero han traspasado sus límites, tanto espaciales como cronológicos. Este vínculo, por un lado, ha permitido la supervivencia, en medio del naufragio general, de las literaturas orientales antiguas (que han tenido que ser descubiertas, y sólo en parte, mediante la investigación arqueológica); por otro, les ha atribuido una autoridad y un carisma de «verdad» (libros sagrados, revelación divina) que durante mucho tiempo ha sido aceptado por la cultura europea sin revisiones sustanciales. La convicción o la sensación de unicidad y diversidad del pueblo de Israel como pueblo elegido se ha transmitido en parte a las culturas históricas citadas en el Antiguo Testamento —desde los asirios hasta los caldeos, pasando por los cananeos o los filisteos—, tam-

bién ellas partes instrumentales (en manos de la voluntad divina) de una historia de la salvación del género humano en sus fases iniciales.

El propio descubrimiento arqueológico del antiguo Oriente fue, al principio, un intento de recuperar datos e imágenes del llamado «ambiente histórico» del Antiguo Testamento. Luego, cuando la crítica histórica y textual se aplicó a los textos del Antiguo Testamento, se prodigó con el fin de demostrar la veracidad sustancial del texto sagrado, es decir, de documentar, por decirlo con una famosa expresión de evidente brutalidad ideológica, que «la Biblia tenía razón». Y, de hecho, la mayoría de las investigaciones arqueológicas que en el pasado se realizaron en la región estuvieron motivadas por su importancia (verdadera o falsa) para la exégesis del Antiguo Testamento, y gracias a ello contaron con financiación y propaganda. La mayor parte de los eruditos implicados (filólogos, historiadores y arqueólogos) estaban motivados por el hecho de ser judíos, pastores protestantes o, en menor medida, sacerdotes católicos. No eran, pues, imparciales (al margen de su integridad intelectual subjetiva), ya que no les daba igual el resultado de sus investigaciones, que podía confirmar o echar por tierra los propios fundamentos de su visión del mundo. Durante el último siglo, la corriente «laica» se ha abierto trabajosamente camino, siempre enzarzada en polémicas y controversias que se apartan del campo histórico, desde la decimonónica «Babel und Bibel» hasta las recientes polémicas sobre Ebla.

El otro canal de supervivencia de datos e imágenes sobre el antiguo Oriente en la cultura europea son los autores clásicos, representantes de un mundo (primero helénico, luego helenístico y más tarde romano) contemporáneo y en cierto modo contrapunto de las civilizaciones orientales en su fase más tardía. A partir de Heródoto se afianzó una imagen y un uso de Oriente como lugar geométrico de los elementos de polaridad con respecto al Occidente «nuestro». Es así como se consolidaron los mitos del despotismo oriental (opuesto a la democracia occidental), el inmovilismo tecnológico y cultural (opuesto al progreso acumulativo de las civilizaciones europeas), y la sabiduría oculta y mágica (opuesta a la ciencia laica y racional de los griegos y sus herederos). El paso de esta antropología de la contraposición a una antropología de la diversidad y el hecho histórico (en la que cada cultura es distinta de las demás, incluyendo la nuestra, en una posición no privilegiada) se ha dado o se está dando todavía, siguiendo un trabajoso recorrido que se enmarca en la trayectoria general del historicismo y el relativismo cultural, característicos de la cultura moderna. Y si parece que por fin se ha conseguido acabar con esta mitología de lo distinto como opuesto, no es tanto porque se haya renunciado al mito, sino más bien porque se le ha desplazado, tal vez al ámbito extraterrestre o del futuro, que han ocupado el lugar de lo oriental y lo antiguo, lo bastante conocidos ya como para impedir que en ellos se pueda situar la utopía o el antimodelo.

Pero, al aumentar los conocimientos, otros mitos han ocupado el lugar de los antiguos. Me refiero, sobre todo, a esa versión moderna del mito de los orígenes, que consiste en ver el antiguo Oriente como «cuna» o «alba» de la civilización, lugar en el que por primera vez se pusieron a punto los medios tecnológicos y las formas organizativas de esa elevada cultura que, con sus correspondientes modificaciones y mejoras, ha llegado hasta nosotros. No es casualidad que se haya generalizado la costumbre de usar el antiguo Oriente como una de las secuencias privilegiadas que constituyen una especie de eje de la historia universal desde una visión eurocéntrica, al que siguen el modelo griego, el mundo romano, la Europa medieval cristia-

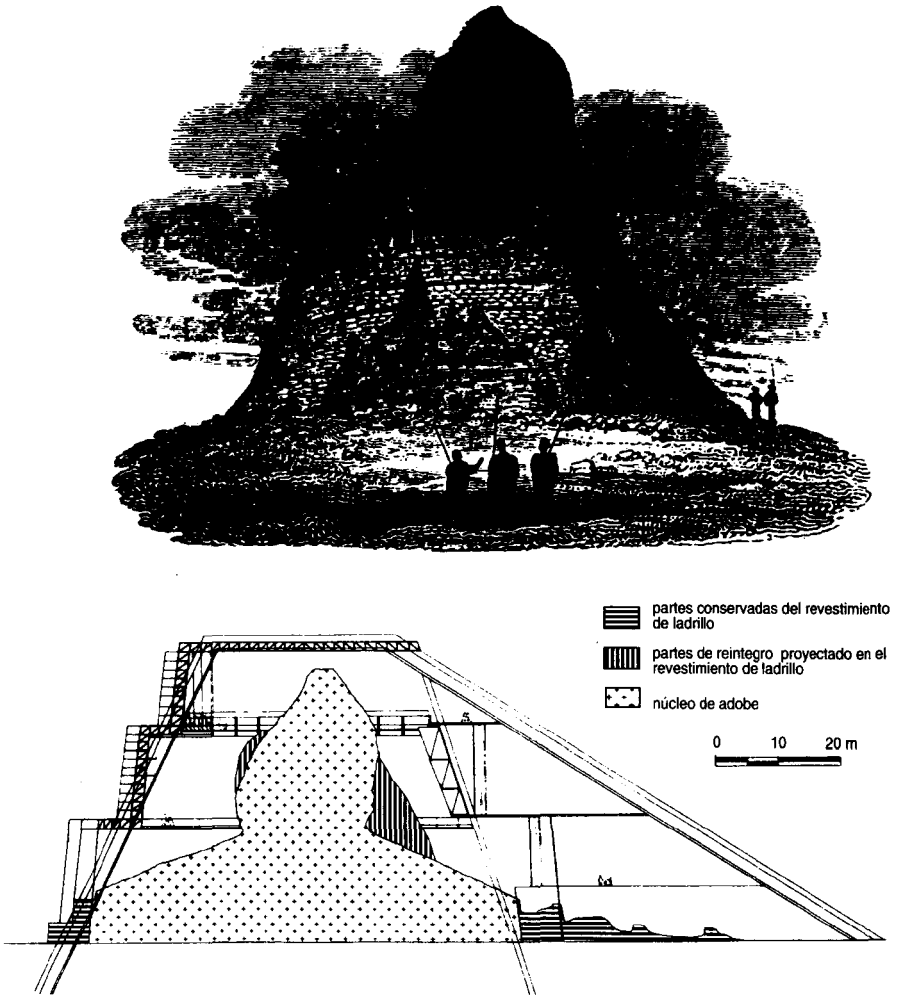


FIGURA 1. El cambio en la apreciación occidental de las antigüedades de Oriente Próximo. *Arriba,* la *ziqqurat* de Aqar Quf, que para los viajeros de los siglos XVIII y XIX era la «torre de Babel». *Abajo,* proyecto reciente de restauración de la misma *ziqqurat,* con estructuras metálicas para el acceso de los turistas.

na y la Europa occidental moderna. Por un lado, este eje tiende a dar un sentido unitario y acabado al desarrollo histórico en su progresión hacia nosotros; por otro, implica inevitablemente la marginación de otras experiencias históricas, que se quedan fuera y se consideran irrelevantes, sin evolución posible.

Este planteamiento tiene algo de verdad, pero no deja de ser peligroso. Algo de verdad, porque no cabe duda de que una serie de fenómenos que forman las civilizaciones complejas (el origen del estado, de las ciudades, de la escritura, etc.) se dieron

por primera vez en el antiguo Oriente, y la cadena de su transmisión hasta nosotros, aunque es complicada, se puede reconstruir. El peligro y el equívoco están en plantear una «monogénesis» de la alta cultura, que tuvo distintos focos y recorridos alternativos, y en quitar importancia a los continuos cambios que se producen en las instituciones, las tecnologías y las ideologías al cambiar su contexto histórico. Los fenómenos históricos no se originan de una vez por todas, sino que siempre se adaptan a la estructura de la sociedad en la que se producen. Por lo tanto, el presunto origen es sólo uno de los eslabones de la cadena (entre muchos eslabones de muchas cadenas) que debemos reconstruir en toda su extensión, ni breve ni unívoca. Sobre todo cuando la ampliación del horizonte cultural internacional y la revolución en los sistemas de transmisión de ideas y conocimientos nos obligan a salir del cascarón egocéntrico para conocer experiencias y recorridos que hasta ahora habían sido objeto de otros etnocentrismos.

Desde luego, el eslabón del antiguo Oriente no es el «originario», porque a su vez estuvo precedido de otras fases pre y protohistóricas, tan esenciales como él en el *continuum* del desarrollo. Es sólo uno de tantos, y similar a cualquier otro eslabón, incluyendo los que no forman parte del eje principal que ha establecido la historiografía occidental moderna. Pero también debe ser objeto de una atención especial, ya sea por su crucial colocación histórica, como umbral e inicio de importantes procesos que formaron las sociedades de estructura compleja, ya sea por su papel privilegiado basado en mitos y realidades que forman parte de nuestra cultura y deben ser objeto de crítica y aclaración, sin por ello desconocerlos o desterrarlos de nuestra memoria de una forma demasiado simplista.

2. Las tendencias historiográficas

La historiografía moderna sobre el antiguo Oriente ha descartado ya las motivaciones de carácter mítico que hacían de ella un caso único (por razones teológicas, por una tipificación antropológica, o por una cuestión de primacía «originaria»), y está claramente enfocada, por lo menos en sus orientaciones más conscientes, a una normalización, o si se quiere a una trivialización de esta fase histórica, analizada y valorada del mismo modo que las otras fases y los otros ámbitos culturales. La normalización implica el abandono de simplificaciones fáciles (y a veces atractivas), ampliando la perspectiva para así reconstruir globalmente la historia de las sociedades del antiguo Oriente —partiendo de las bases ambientales y materiales, pasando por la estructura económica, social y política, para desembocar en las motivaciones ideológicas y la imaginación simbólica— y restableciendo entre sus distintos componentes toda la red de interconexiones y motivaciones que las hacen comprensibles, en la medida en que unas dependen de otras.

Todo ello está condicionado, de forma positiva y negativa, y en cualquier caso diferenciadora con respecto a otros sectores históricos antiguos (sobre todo clásicos), por dos factores: uno de ausencia y otro de presencia. La ausencia es la de una historiografía antigua que proporcione el rastro, el hilo conductor para nuestra reconstrucción. Esta ausencia (no total, pero sustancial) es un hecho a la postre fecundo, porque obliga a seguir un rastro con criterio responsable, en vez de acomodarse perezosamente a un guión ya existente, sin duda muy ideologizado, tendencioso y

reductor: ya vemos que cuando existe dicho guión (como en el caso de la historia grecorromana), gran parte del trabajo histórico moderno se limita a una exégesis de la historiografía antigua. La historia del Oriente Próximo preclásico se reconstruye *ex novo* sobre la base de una documentación que es toda ella verdaderamente primaria, no por mediación de la obra de un historiador exterior y posterior a los hechos (aunque más cercano a ellos que nosotros). Y aquí interviene el dato de presencia, la de la documentación de carácter administrativo (además de comercial y jurídico, y en general de archivo) que a veces ha llegado hasta nosotros en copias de gran interés, por el hecho trivial pero esencial de que el material empleado para escribir, las tablillas de arcilla, ha resistido los incendios y el enterramiento mucho mejor que otros materiales usados más tarde y en otros lugares (papiro, pergamino, papel). Este dato de presencia, evidentemente positivo, tiene el inconveniente de estar todavía en pañales: todos los años nuevas excavaciones, tanto regulares como clandestinas, recuperan nueva documentación y obligan —pese al grave y cada vez mayor retraso en la publicación de documentos inéditos— a revisar completamente capítulos enteros de historia, de una forma cada vez más segura y detallada.

Así pues, la falta de un rastro historiográfico antiguo, el estado todavía fluido de la edición documental, y los rápidos pero aún recientes progresos tanto de los conocimientos filológicos como de los métodos de excavación, hacen que la historia del antiguo Oriente sea una materia joven, bastante libre de condicionamientos tradicionales y abierta a nuevos campos de conocimiento. El aspecto negativo de esta situación no es tanto la rapidez con que el trabajo se queda desfasado (lo cual, en realidad, es señal de un progreso acelerado), sino lo condicionado que está por las disciplinas especializadas, necesarias para acceder a la documentación, y la preocupación preponderante por la edición primaria de los datos, tanto arqueológicos como textuales. La mayoría de los investigadores dedicados al estudio del Oriente Próximo antiguo están volcados en la obtención y publicación de nuevos materiales: se trata, pues, de arqueólogos y filólogos. Casi no hay historiadores propiamente dichos —diferenciados de las otras dos categorías—, y si acaso Italia, en este sentido, es una positiva excepción. Por consiguiente, la historia que va emergiendo está anclada a un estricto nivel filológico, se ciñe a la documentación (¿esperando quizá que ésta hable por sí sola?) en vez de buscar problemas y temas interpretativos por los que guiarse. Las historias generales de antiguo Oriente que se han publicado hasta ahora son una demostración palpable de lo anterior, pues se limitan a elevar a un nivel de síntesis general la situación existente a nivel de estudios analíticos.

Pero este retraso historiográfico contrasta con unas posibilidades enormes, que en época reciente han empezado a encontrar aplicación. Precisamente, la falta de tradiciones historiográficas y la continua afluencia de documentación nueva hacen posible una muy rica experimentación de métodos, que a veces roza la más ingenua y desenfrenada improvisación. El eclecticismo y la adopción de propuestas elaboradas en otros casos (para otras fases históricas, cuando no para situaciones antropológicas completamente distintas) implican un grave riesgo de malentendidos y superficialidad; sin embargo, hay que considerarlos positivos —por lo menos en esta fase que podríamos llamar «preparadigmática»— por el potencial de fecundidad y rejuvenecimiento que encierran. Se puede decir que no hay instrumento analítico ni temática historiográfica más o menos reciente que no haya sido aplicada al antiguo Oriente: desde el análisis espacial de tipo neogeográfico hasta el análisis estructural

del relato, pasando por los estudios de aculturación, de frontera, de los modos de producción y sistemas de intercambio, la antropología económica, la historia de las mentalidades, la estructura del mito, el discurso político, los esquemas de poblamiento, la semántica histórica, la teoría de los sistemas, los mapas mentales, y así sucesivamente. Esta fase de experimentación salvaje tendrá que asentarse tarde o temprano y trazar unas líneas de investigación más coherentes, hasta sedimentar en una historiografía «paradigmática» más madura y menos azarosa. Pero ya se ha logrado el primer objetivo esencial de proporcionar un cuadro histórico mucho más rico que la esclerosis a la que una tradición demasiado fuerte conduce todavía a otros sectores de la historia antigua.

Oriente Próximo, ante todo, es un campo historiográfico «fronterizo», una situación muy propicia para experimentos de todo tipo. La complejidad documental y, particularmente, la complementariedad de los datos arqueológicos y textuales, inducen de forma casi natural a una reconstrucción global (de la cultura material a la ideología) que desde hace tiempo debería caracterizar a la obra de los historiadores, pero rara vez sucede así. El historiador del antiguo Oriente se ve obligado a convertirse en arqueólogo de campo y filólogo, en una medida desconocida por otros sectores, que se enfrentan a competencias más parceladas y a una cadena productiva más consolidada.

En particular, la reconstrucción de las fases protohistóricas —la difícil tarea de reconstruir sociedades complejas basándose en una documentación no escrita— ha sido un estímulo para que se barajaran de forma coordinada todos los rastros documentales y todos los apoyos contextuales posibles: datos ecológicos, edafológicos, paleobotánicos, arqueozoológicos, cotejo etnoarqueológico y tecnología experimental, además de las depuradas técnicas de la excavación prehistórica (estratigráfica y «abierta» al mismo tiempo), y la complejidad de la antropología social, política y económica. Los resultados, si por un lado permanecen al margen de la historia en sentido estricto (porque la falta de textos cierra prácticamente el paso al acontecimiento), por otro se aventuran hacia una «neohistoria» con aspiraciones normativas (al igual que las otras neociencias de cuño estadounidense: *New Archeology, New Geography* y *New Economic History*), que tiende a «predecir» el pasado más que a reconstruirlo, y prefiere establecer leyes más que constatar desviaciones. Por último, el empleo de ordenadores brinda la posibilidad (y el riesgo) de la simulación aplicada a los puntos oscuros del pasado, y no ya a las incertidumbres del futuro, con una generación de historiadores «demiurgos» enfrascados en una labor más de creación que de reconstrucción.

Así pues, en varios aspectos la historia del Oriente Próximo antiguo aparece cada vez más como un laboratorio privilegiado para el estudio de ciertos fenómenos de notable interés para la reconstrucción histórica de las sociedades humanas. Cuando hablamos de «laboratorio» nos referimos a un lugar en el que es posible descomponer los fenómenos complejos en sus factores constitutivos, para analizarlos «en vacío», extraer normas y recomponer modelos. Se puede considerar que el antiguo Oriente es un laboratorio privilegiado (no exclusivo, desde luego) porque, al estar situado en el umbral de la historia, tiene que ver con fenómenos que precisamente entonces estaban alcanzando complejidad, pero que permanecen lo bastante alejados de nosotros como para evitar que unos lazos culturales o emocionales nos impidan hacernos una idea cabal del verdadero funcionamiento de los distintos factores. Más allá,

pues, del resultado inmediato de la comprensión del hecho histórico examinado, se abre la posibilidad de aplicar de una forma más amplia los resultados obtenidos para reconstruir mecanismos históricos y antropológicos más generales.

3. Unidad y variedad, núcleo y periferia

La delimitación en el tiempo y el espacio de la historia del Oriente Próximo antiguo (y por consiguiente la delimitación del argumento de este volumen) es un problema tanto práctico como histórico, en su sentido más amplio. Sin duda intervienen cuestiones prácticas, como la competencia sectorial (sobre todo filológica) de los investigadores, o la tradición disciplinaria a la que están acostumbrados. En este sentido el límite alto, inicial, que separa la historia de la prehistoria está claramente relacionado con la aparición de fuentes escritas, que se suman a las meramente arqueológicas; y el límite bajo, final, entre la historia preclásica y la clásica está relacionado con la aparición de las fuentes grecorromanas, diferentes en cuanto a lengua y tipología, y separadas por tradición de estudios de las antiguo-orientales. Lo mismo se puede decir del aislamiento espacial del Oriente Próximo con relación a las regiones que lo rodeaban, que permanecieron durante más tiempo al nivel prehistórico.

Pero estos motivos prácticos están relacionados (y en última instancia producidos) por fenómenos históricos de gran envergadura que no conviene olvidar, para que la periodización histórica no caiga en un exceso de convencionalidad ni llegue al límite de lo artificioso. Los comienzos de la escritura no son un hecho aislado, sino que se enmarcan en los procesos de especialización laboral y diferenciación social, de constitución de unidades administrativas y políticas complejas, de asentamientos humanos más amplios. Es igual que la formación de las ciudades, del estado, de una estratificación socioeconómica, en una palabra, es la culminación del proceso llamado «revolución urbana» (Gordon Childe), que por su envergadura debe ser considerado un hito fundamental en el *continuum* espacio-temporal de la historia. Las culturas del Oriente Próximo antiguo que analizamos aquí surgieron de esta revolución urbana, que se completó hacia 3500 a.C. tras un largo periodo de formación. Antes de ellas, y en torno a ellas, las culturas de nivel prehistórico presentan un nivel distinto (y menos complicado) de agregación política, logros tecnológicos, control social y modo de producción. También la etapa final, que en nuestro caso coincide con la formación del imperio persa (*c.* 500 a.C.), al que le seguirá en breve el helenismo, coincide con un fenómeno histórico de gran envergadura: la inserción plena y definitiva de Oriente Próximo en hechos históricos y formaciones políticas de escala suprarregional —con lo cual resulta completamente inadecuado estudiarlo de forma aislada y se hace necesario ampliar los horizontes.

Pero este primer nivel de aproximación no es suficiente, porque no resuelve el problema de la pluralidad e interconexión de los distintos focos de urbanización. Al núcleo central y precoz de la Baja Mesopotamia se suman otros en Egipto, Irán, Asia central, valle del Indo, Egeo y sur de Arabia (dejando a un lado otros focos bastante similares, aunque no tuvieron relación con los anteriores, como los de China o los de México y Perú). Todas estas zonas presentan unos «caracteres originales» distintos, pero con lazos entre sí, tanto más fuertes cuanto más amplia fuera su dimensión

espacial. Tampoco debemos subestimar las franjas intermedias, en este caso quizá más enrarecidas en cuanto a consistencia demográfica y ritmos históricos, pero con un importante papel fronterizo, además de formar reservas humanas y tecnológicas indispensables para la comprensión de los propios núcleos urbanizados. Una visión selectiva destaca ante todo la peculiaridad de los caracteres específicos de la zona elegida, pero no se puede negar el atractivo de una visión más amplia, que destaque el policentrismo y las interconexiones.

Si en este volumen se ha optado por una perspectiva restringida —que incluye el núcleo bajomesopotámico con sus obvios complementos altomesopotámico, siropalestino, anatólico, armeniotranscaucásico e iraní occidental—, es sobre todo por razones de competencia personal y por las limitaciones del propio volumen. Pero esta elección no pretende en modo alguno resaltar un «imperialismo» regional, y sólo mantiene su validez histórica si se tiene muy en cuenta, con una visión progresivamente difuminada pero siempre esencial, el transpaís formado por los otros centros focales, por las zonas que hemos llamado fronterizas y de reserva, además de la red de interconexiones que todo lo relaciona y fecunda.

El área del Oriente Próximo así circunscrita tampoco es compacta en su interior, ni se puede delimitar netamente. Los límites son precisos al oeste (Mediterráneo) y al noroeste (mar Negro), más imprecisos, aunque profundos, al norte (Cáucaso, estepas de Asia central) y al sur (desierto de Arabia) y más abiertos al este (meseta de Irán, golfo Pérsico). Y el límite «alto» de la periodización (es decir, la urbanización) aparece en distintos momentos según las zonas, de modo que la difuminación geográfica y la histórica se compenetran entre sí, y también con respecto a la fragmentación interna. Sin duda, toda la región se mantiene unida por unos lazos culturales, políticos y comerciales muy fuertes, pero cada zona mantiene siempre unos rasgos originales muy marcados, que permiten distinguir lo específicamente sirio de lo centroanatólico, o lo bajomesopotámico de lo elamita, y así sucesivamente. Así pues, en el interior de la región se reproduce en términos más circunscritos esa polaridad entre compacidad y diversidad, núcleo y periferia, peculiaridad e interconexión que hemos visto (de una forma más marcada) en el «amplio» horizonte que va del Egeo y Egipto al valle del Indo, de Asia central al sur de Arabia.

Se puede hacer un razonamiento similar en sentido diacrónico: todo el largo periodo (tres milenios, de 3500 a 500 a.C.) estudiado en este volumen tiene una continuidad y compacidad, conferidas sobre todo por la consolidación y penetración progresiva del modelo urbano y del estado palatino. Pero tampoco faltan *hiatus*, a veces traumáticos (por irrupción o resurgimiento del modelo no urbano y no palatino), ni las diferenciaciones por fases (y por «siglos»), fáciles de reconocer en el prolongado proceso de enriquecimiento y elaboración de los datos culturales. A menudo estas fases están tan marcadas que hacen que prevalezca una imagen compacta y cronológicamente delimitada sobre las imágenes regionales concretas, consideradas en diacronía larga. En conjunto, los límites espaciales y cronológicos de este volumen pretenden valorar ante todo la unidad histórico-cultural del antiguo Oriente, mientras que la subdivisión en capítulos hace un repaso de las articulaciones y originalidades, tanto espaciales como cronológicas, cuya interacción da como resultado el «juego» del conjunto.

Además de la complejidad en el tiempo y el espacio, tenemos las complicaciones y variables internas, de medio social, de recursos económicos y técnicos, de partici-

pación política. Algunas de estas variables, como la oposición entre nómadas y sedentarios o entre campo y ciudad, configuran una serie de puntos nodales muy próximos entre sí, pero que siempre se pueden situar en el espacio —un espacio en el que, pese a la baja densidad de población, coexisten a distancias mínimas modos de vida y equipamientos materiales muy distintos. Pero también hay una red de «fronteras invisibles» (que no se pueden trazar en un papel, porque atraviesan y separan lugares culturales, más que geográficos), que es el resultado de la coexistencia, la interacción y el conflicto entre distintas ideologías.

Por último, en el terreno práctico —que no conviene olvidar— también hay una serie de «fronteras documentales», que hacen que ciertos fenómenos emerjan más y mejor que otros, además de resaltar y distorsionar partes de la imagen que tenemos del antiguo Oriente, y condenar al olvido a sectores enteros. Un mundo que fue sobre todo de aldeas y economía agropastoral, filtrado primero por la parcialidad de la documentación antigua, y luego por la parcialidad del interés moderno, aparece ante nosotros más bien como un mundo de ciudades, palacios y artesanía artística; un mundo que fue analfabeto en un 90 por 100 (por no decir en un 99 por 100) es conocido por sus escritos y sus literaturas; un mundo que se debatió en la penuria endémica (de comida, de recursos, de trabajo y de hombres) se nos presenta más bien como un paraíso de «civilización», entendida en un sentido abstracto. La historiografía moderna tiene la importante tarea de equilibrar las imágenes, dotando a la reconstrucción histórica de ciertas dosis de realismo, por lo menos cuantitativo, además de hacer una valoración cualitativa del conjunto para darle un sentido y hacerlo comprensible.

4. El problema cronológico

A un nivel más técnico, conviene hacer ciertas precisiones acerca de la cronología antigua y los métodos empleados para reconstruirla. El lector de historias del antiguo Oriente enseguida advierte la existencia de dos tipos de dataciones. Hay una datación arqueológica, caracterizada por cifras redondas (como por ejemplo «Gasuliense, *c.* 3700-3300 a.C.», «periodo Acadio, siglos XXIV-XXIII a.C.» o «Bronce Tardío III A, 1365-1300 a.C.»), y una datación más propiamente histórica, con cifras precisas (como «Senaquerib, 704-681 a.C.», o «III dinastía Ur, 2112-2004 a.C.») pero variables de unos textos a otros (por ejemplo, para Hammurabi encontramos 1792-1750, o bien 1848-1806, o bien 1728-1696), lo cual plantea el problema del valor real de estas indicaciones.

Nos encontramos frente a dos procedimientos distintos de datación, que en principio son complementarios entre sí; pero en realidad una de ellas prevalece para los periodos pre y protohistóricos, y la otra para las fases históricas. El procedimiento arqueológico tiene caracteres objetivos y científicos, y tiende a reconstruir la ubicación cronológica de los hallazgos antiguos (o mejor dicho, su ubicación en el contexto del yacimiento), unos con respecto a otros, y con respecto al presente (fechas B.P., *before present*). El procedimiento histórico es de carácter cultural, y tiende a reconstruir los antiguos sistemas de datación y las antiguas secuencias cronológicas, para relacionarlos después con nuestro sistema y nuestra secuencia, de modo que sean accesibles. Para ambos procedimientos, el primer paso consiste en ubicar los elementos

LIBER

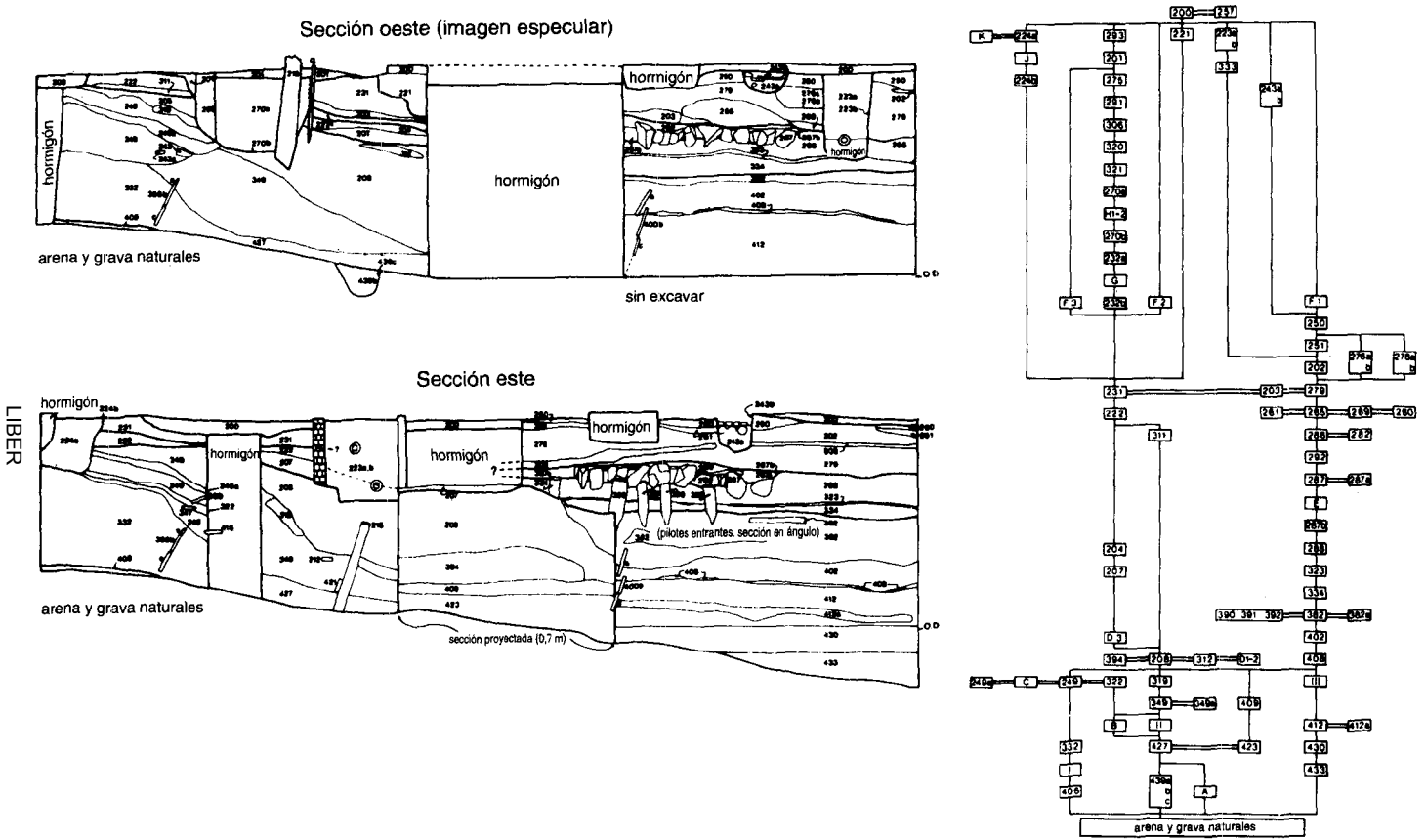


FIGURA 2. Ejemplo de estratigrafía dibujada *(arriba)* y formalizada según la «matriz de Harris» *(derecha)*.

a datar en una relación recíproca de anterioridad y posterioridad, o también de contemporaneidad (cronología relativa); un segundo paso es anclar la secuencia de relaciones así obtenida en uno o varios puntos fijos, transformándola en una secuencia de fechas (cronología absoluta) —fechas que pueden tener una precisión de siglos, decenios, años o incluso días, según el detalle que permita la documentación.

La cronología arqueológica relativa tiene como base fundamental la estratigrafía vertical de las excavaciones. Otros métodos que en el pasado pudieron haber proporcionado datos importantes (estratigrafía «horizontal» en las necrópolis, y sobre todo clasificación tipológica de los hallazgos) tienen una función subsidiaria y limitada. Gracias a la excavación estratigráfica se pueden distinguir los episodios concretos de acumulación (o «deposición») del terreno, aislar los materiales contenidos en cada nivel (o en cada capa, dentro de cada nivel), y establecer relaciones físicas entre los distintos episodios de deposición (del tipo «corta», «cubre», etc.) que se puedan traducir en relaciones diacrónicas. Las relaciones así obtenidas se sitúan en retículos de conjunto que reproducen en términos gráficos simplificados toda la secuencia de intervenciones a lo largo de un tiempo —ya sean voluntarias (edificaciones, colocación de objetos, episodios de destrucción, etc.) o de hecho (vertido de desechos, acumulación eólica, aluviones, etc.). La «matriz de Harris» es una elaboración teórica más rigurosa de este procedimiento, a la que recurren —tal vez de un modo más empírico— todos los arqueólogos que trabajan en Oriente Próximo. Comparando las secuencias así obtenidas para cada zona de excavación, se reconstruye la estratigrafía de un yacimiento. Y comparando entre sí las secuencias de varios yacimientos se obtiene una estratigrafía comparada y una cronología relativa (de carácter arqueológico, es decir, referente sobre todo a la cultura material) de toda una región o de todo un periodo, hasta llegar a la secuencia que abarque a todo Oriente Próximo para todas las fases históricas y prehistóricas.

Esta cronología arqueológica relativa se puede convertir en absoluta de dos maneras: 1) el hallazgo en un nivel de documentos escritos puede permitir que la secuencia estratigráfica se ponga en conexión con la cronología histórica antigua, que examinaremos más adelante; 2) existen métodos de análisis físico-químico que permiten datar algunos materiales, sobre todo los orgánicos (retrocediendo desde la fecha actual). Algunos métodos que resultan útiles para las fases más antiguas de la prehistoria (como la termoluminiscencia), son demasiado imprecisos para las fases protohistóricas e históricas, para las que en cambio se emplea con éxito el carbono 14, mientras cada vez son más relevantes las aportaciones de la dendrocronología. El método del carbono 14 se basa en el hecho de que un isótopo radiactivo del carbono (C 14), que se halla en toda la materia orgánica viva en una proporción conocida, se va consumiendo poco a poco después de la muerte del organismo, y se reduce a la mitad al cabo de 5.568 años, según Libby (*lower half-life*). Si se mide la cantidad de C 14 que queda en un resto orgánico, se puede establecer la fecha de su «muerte» con una aproximación que depende de las condiciones y la precisión del análisis (por eso las fechas al C 14 siempre van seguidas de una precisión: «± 50», «± 100», o simplemente van precedidas de ± para recordar que la «fecha» en realidad indica un punto focal de aproximación). Las fechas pueden ser más o menos precisas y fiables (e incluso equivocadas si proceden de material contaminado por contacto con otro material orgánico o por inmersión en ciertos tipos de suelos) y útiles en sus indicaciones: por ejemplo, las fechas de cereales carbonizados encontrados en el suelo

LIBER

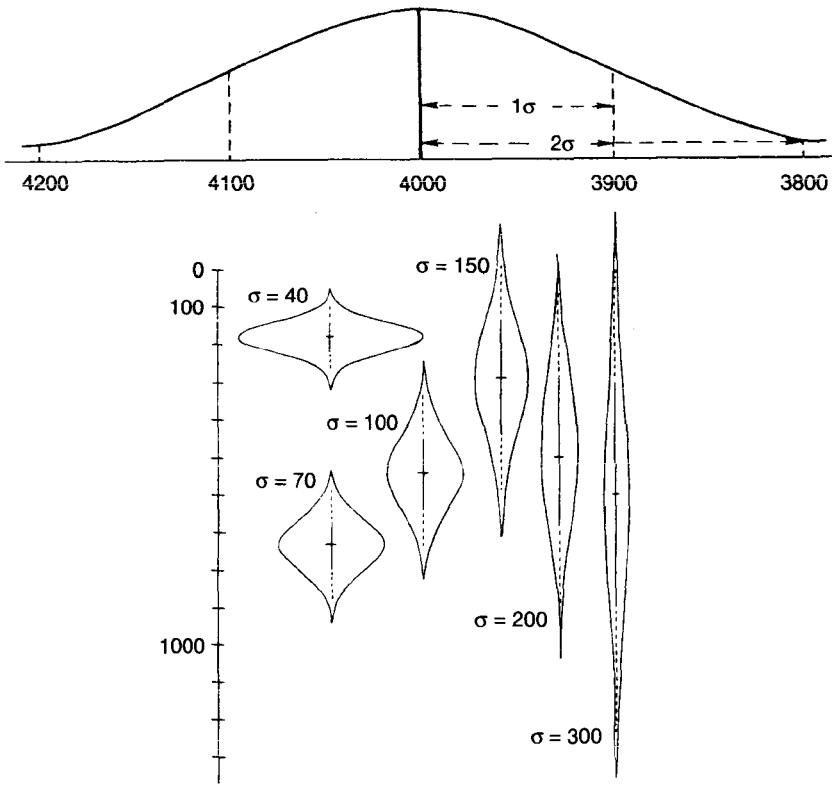


FIGURA 3. Aproximación de las dataciones con carbono 14. Una datación «4000 B.P. ± 100» significa que la fecha «verdadera» tiene el 68 por 100 de probabilidades de encontrarse en el periodo 4100-3900, y el 95,5 por 100 de encontrarse en el periodo 4200-3800. *Arriba*, la curva «normal» o «de Gauss» expresa gráficamente esta aproximación al cubrir una superficie proporcional a las probabilidades. *Abajo*, el mayor o menor grado de aproximación (sigma = error estándar) es visualizado por una curva de Gauss doble y contrapuesta. En su interior, la marca indica la fecha central convencional, el trazo continuo ± 1σ, el discontinuo ± 2σ, la unión de las curvas está a ± 3σ.

de un edificio destruido por un incendio suelen ser las más precisas, y se refieren al momento de la destrucción, mientras que las fechas de las vigas carbonizadas del mismo edificio se refieren al momento de su construcción, aunque esto tampoco es exacto, porque pueden haber sido utilizadas bastantes años después de que se cortara la madera. De todos modos, un buen número de fechas C 14 que coincidan para el mismo nivel proporcionan una datación muy segura.

La dendrocronología se basa en el hecho de que el grosor de los anillos de crecimiento anual, bien visibles en el corte de un tronco de árbol, es proporcional a la humedad absorbida por el árbol durante ese año (es decir, prácticamente a las precipitaciones), y por lo tanto homogénea en los distintos árboles de la misma zona para cada año. De esta forma, las secciones de troncos se pueden traducir en gráficos que

registran las oscilaciones de las precipitaciones siguiendo una pauta fija (sea cual fuere el árbol cortado) para los mismos años. Esta pauta se puede reconocer y aplicar a otros troncos. Partiendo de secuencias obtenidas de troncos de árboles vivos (cuya datación final se conoce), y retrocediendo en el tiempo al solaparlas con las de troncos más antiguos (vigas de palacios, iglesias, mezquitas, etc.), se ha establecido, también en el caso de Oriente Próximo, toda la secuencia que se remonta al umbral de la edad clásica. Tras un *hiatus* de varios siglos, hay otra secuencia para Anatolia que se remonta a la Edad del Hierro (y hasta el Bronce Tardío), basada sobre todo en troncos encontrados en los túmulos funerarios frigios de Gordion. Cuando esta «secuencia de Gordion» (y otras posibles secuencias obtenidas a partir de los sarcófagos de madera egipcios) se una a la principal, que está datada con exactitud, y se pueda prolongar hacia atrás en el tiempo, se tendrá una cronología muy exacta (año por año), aunque sólo se pueda obtener a partir de determinados restos (los troncos, aunque estén carbonizados), y por lo tanto servirá sobre todo para datar los edificios construidos con esos troncos.

En espera de que la dendrocronología tenga un impacto directo en la cronología histórica de Oriente Próximo, su impacto indirecto ha sido ya muy importante. Efectivamente, el análisis del C 14 aplicado a troncos datados con precisión gracias a la dendrocronología ha desvelado que las fechas obtenidas eran sistemáticamente más altas para los periodos más recientes, pero demasiado bajas para los periodos más antiguos (sobre todo entre 2000 y 7000 a.C., es decir, precisamente en las fases pre y protohistórica): el índice de reducción progresiva del C 14 no ha sido homogéneo a lo largo del tiempo, sino que ha experimentado amplias fluctuaciones que la dendrocronología ha permitido descubrir. Hoy las fechas obtenidas mediante C 14 se pueden calibrar mejor para ajustarlas a la realidad, aunque se obtengan a partir de materiales que no sean troncos y pertenezcan a periodos no cubiertos por una secuencia dendrocronológica datada (en Oriente Próximo). No se trata de diferencias pequeñas: por ejemplo, una misma muestra (que se remonta al principio del periodo 'Ubaid Tardío) está datada de ± 4133 con la *lower half-life*, de ± 4322 con la *higher half-life*, y de ± 5072 con el calibrado. Dado que el calibrado todavía no ha sido precisado para las edades prehistóricas más antiguas, los laboratorios siguen indicando convencionalmente fechas B.P. según la *lower half-life*. Esta cronología convencional se recoge en el presente volumen, con la advertencia de que las fechas «calendariadas» (es decir, reales) son más altas (hasta un milenio más), sobre todo si nos remontamos más atrás del año 2000 a.C.

Esta cronología de base arqueológica y físico-química debe ser integrada y precisada para los periodos propiamente históricos mediante la cronología «cultural» que se desprende de los textos. Cada cultura siente la necesidad de establecer su cronología, con fines no tanto (y no inicialmente) historiográficos, como jurídicos y administrativos, para relacionar con su presente la conservación y utilización de actos jurídicos y actas administrativas. Para ello se recurre a las «eras», secuencias temporales con un año inicial conocido. Nuestra secuencia (que es la era cristiana, es decir, el cómputo a partir del año del supuesto nacimiento de Jesucristo) se utiliza desde hace tanto tiempo, incluso de forma retroactiva (fechas «antes de Cristo» además de las «después de Cristo»), que casi hemos perdido la noción de que se trata de una era entre todas las posibles y entre muchas más, utilizadas al mismo tiempo (en ámbitos no cristianos y también cristianos) y con anterioridad. En el antiguo Oriente las eras

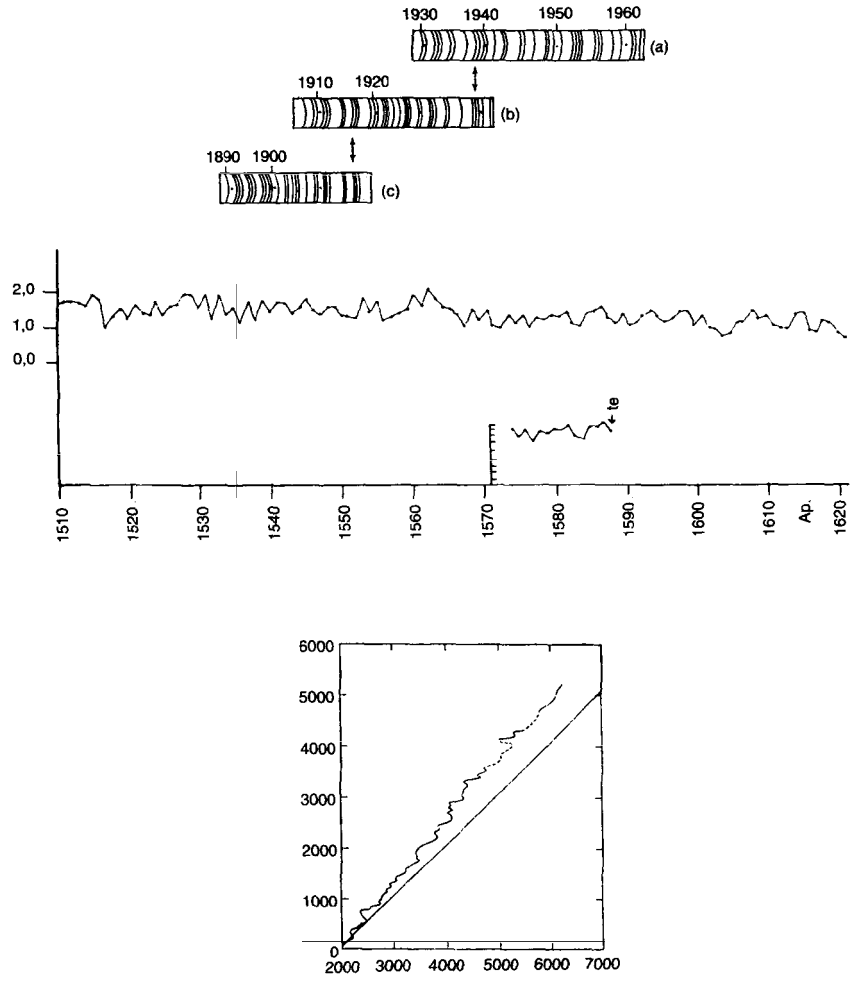


FIGURA 4. Dendrocronología y calibrado del C 14. *Arriba*, principio de la dendrocronología: a partir de una secuencia de anillos de datación conocida (de un árbol vivo) se retrocede por solapamiento con secuencias cada vez más antiguas (de árboles muertos), obteniendo la datación exacta. *Centro*, diagrama dendrocronológico: en ordenadas el grosor de los anillos (en milímetros), en abscisas los años (aquí: después de Cristo). Una secuencia corta está situada en el tiempo de modo que se aprecie el tramo de superposición. *Abajo*, calibrado de las dataciones con C 14. En ordenadas las fechas «calendariales» (reales) obtenidas por dendrocronología (aquí: fechas antes de Cristo); en abscisas las fechas al C 14 (reducción a la mitad en 5568 años) calculadas a partir del presente («B.P.»).

eran bastante cortas y solían referirse a la coronación de un monarca reinante en ese momento, por lo que variaban de unas ciudades a otras, de unos reinos a otros. Hoy, para poder utilizar la datación que encontramos en los textos antiguos, debemos reconstruir la complicada red de las secuencias dinásticas en cada reino. Un documento datado con exactitud, por ejemplo «día 4, mes III, sexto año de Nabucodonosor», se queda flotando en el tiempo si no logramos conectar la era antigua (= el reinado de Nabucodonosor) con la nuestra. Por suerte, nuestro problema no difiere sustancialmente (aunque su alcance y fines sean distintos) del problema de los antiguos escribas y archiveros, quienes también debían poner orden en las distintas eras y dataciones de su pasado reciente que aún aparecían en sus documentos. Para ello recurrieron a métodos que podemos aprovechar nosotros.

En Mesopotamia se identificaban los años de tres maneras: 1) con un funcionario epónimo (*līmu*), sistema utilizado en Asiria a lo largo de toda su historia; 2) con un «nombre de año» (por ejemplo, «año en el que se construyeron las murallas de Sippar»), sistema usado en el sur de Sumeria y en Babilonia hasta mediados del II milenio a.C.; 3) con el número de orden a partir del año de coronación, sistema usado en Babilonia a partir de la dinastía casita. De modo que los escribas asirios, para poder utilizar sus dataciones, compilaron y mantuvieron actualizada una lista de epónimos, y los escribas sumerios y babilonios unas listas de nombres de años y de reyes, tanto para cada dinastía como para un conjunto de ellas, hasta llegar a unas listas panmesopotámicas (como la lista real sumeria) y a las listas sincrónicas asirio-babilonias. Si pudiéramos disponer hoy de todos estos instrumentos cronográficos, podríamos reconstruir la cronología antigua: todas las eras formadas por reinados de duración precisa, además de sus relaciones de secuencia y solapamiento. Desgraciadamente, las listas nos han llegado incompletas, fragmentarias y con errores (sobre todo en las cifras), que se advierten al comparar varias listas o varios manuscritos de la misma lista, siendo esta la única forma de detectarlos. También contienen deformaciones más o menos tendenciosas: exclusión, por motivos políticos, de ciertos reyes o dinastías, colocación en secuencia mecánica de dinastías que en realidad fueron contemporáneas, al menos en parte, e inclusión de materiales míticos y legendarios (en las partes iniciales de la lista real sumeria, y también en la asiria). De todos modos, gracias a este material se ha podido reconstruir el esqueleto cronológico de Mesopotamia partiendo de mediados del III milenio (la cronología anterior es sobre todo arqueológica) hasta que se une a la cronología griega y persa a mediados del I milenio. La cronología es bastante precisa y definitiva para el periodo 1500-500; para el I milenio hay también precisiones de crónicas (sobre todo babilonias) y anales (sobre todo asirios), más detallados que las simples listas. A mediados del II milenio, las lagunas de la lista real asiria (que es la secuencia dinástica más larga y continua) y los solapamientos entre dinastías babilonias dan un *hiatus* más o menos largo, con diferencias de varios decenios para la fase histórica más antigua (2500-1500), y que naturalmente crece al retroceder en el tiempo por la acumulación de más incertidumbres e *hiati*. Se ha intentado determinar la magnitud de este *hiatus* de mediados del II milenio gracias a ciertas alusiones a fenómenos astronómicos que encontramos en textos paleobabilonios (de la época de Ammi-saduqa). Pero estas alusiones son bastante imprecisas (varios astrónomos consultados las han interpretado de distintas formas), de modo que hoy no inspiran tanta confianza. Por otro lado, se refieren a fenómenos cíclicos, de modo que desde el punto de vista astronó-

LIBER

CUADRO 1. Esquema cronológico global del Oriente Próximo antiguo.

FECHAS a.C.	FASES ARQUEOLÓGICAS	SIRIA-PALESTINA	ANATOLIA	ALTA MESOPOTAMIA	BAJA MESOPOTAMIA	IRÁN
	«Revolución urbana»	Calcolítico Tardío / Colonias Uruk	Calcolítico Tardío / Colonias Uruk	Calcolítico Tardío / Colonias Uruk	Uruk Tardío 3300-3100	Colonias Uruk
3000	Bronce Antiguo I	'Amuq G			Yemdet Nasr 3100-2900	periodo Protoelamita 3100-2700
					periodo Protodinástico I 2900-2750	
	II	'Amuq H		Nínive 5	II 2750-2600	
2500	III	Ebla 2500-2300 / 'Amuq I			III 2600-2350	
		Sakkanakku en Mari / 'Amuq J		Urkish y Nawar	Akkad 2350-2200	Awan 2350-2200
					guti *2200-2120*	
	Periodo Intermedio Bronce Antiguo/Medio	amorritas 2000		amorritas 2000	Ur III 2120-2000	Simash 2050-1950
2000	Bronce Medio	Mari 1850-1750 / Yamkhad 1800-1600 / Alalakh VII / «hicsos»	colonias asirias 1900-1750 / Antiguo Reino hitita 1650-1550	reino antiguo-asirio 1950-1750 / Edad Oscura 1750-1550 / Khana	amorritas 2000 / Isin 2017-1794 / Larsa 2025-1763 / Babilonia 1894-1595 / País del Mar	Sukkal-makh 1900-1750
1500	Bronce Tardío	condominio egipcio-mitannio 1550-1370 / condominio egipcio-hitita 1370-1190	periodo Medio-hitita Kizzuwatna 1550-1370 / imperio hitita 1370-1190	hegemonía mitannia 1550-1360 / reino medioasirio 1360-1050	casitas *1600-1150*	reino medioelamita
		«Pueblos del Mar» 1200				
	Edad del Hierro I	arameos 1100-720 / neohititas 1100-720 / dominio asirio	Frigia 750-650 / Lidia 650-550	Nairi / crisis asiria 1050-900 / Urartu 800-600 / imperio asirio 900-615	Isin II 1150-1025 / varias dinastías 1025-725 / dominio asirio 725-625	reino neoelamita 750-650
1000	II					
	III	dominio medo y caldeo			caldeos 625-539	*Media 650-550*
500		imperio persa (de 550 en adelante)				

LIBER

mico se pueden barajar varias fechas. Como ya se ha dicho, las fechas de Hammurabi son 1848-1806 recurriendo a la llamada cronología «larga», 1792-1750 recurriendo a la «media», y 1782-1696 recurriendo a la «corta», que se diferencian por la elección de distintos ciclos astronómicos, y hoy día se consideran bastante convencionales y poco reales. En este volumen se ha adoptado la cronología media, que en los últimos decenios ha tenido una aceptación mayoritaria. Evidentemente, el problema más serio (no tanto para Hammurabi como para el III milenio) es hacer que coincidan la cronología absoluta de origen físico-químico (C 14) y la absoluta de origen cultural (textos). No es un problema fácil de resolver, dado lo convencional y en cierto modo opcional de ambos sistemas.

De todos modos, la red cronológica así obtenida se ajusta en líneas generales a la respectiva documentación, a partir de la cual se ha obtenido. Se ha conseguido establecer una red bastante densa y fiable para aquellos periodos y regiones que han proporcionado más documentos (y por tanto una cronología más precisa); en cambio, la ordenación es más imprecisa para los periodos y zonas de los que se tienen pocos datos. También intervienen factores de orden exquisitamente cultural. Por ejemplo, en la Siria del Bronce Tardío y en la Anatolia hitita, los textos jurídicos están fechados (es un decir) con las fórmulas estereotipadas «a partir de hoy» y «para siempre», por lo que su validez está vinculada a la existencia física del documento. No necesitan ninguna secuencia temporal de referencia, y son el resultado de una mentalidad peculiar que también produce textos administrativos sin fecha. Por eso los escribas de estas culturas no compilaron listas de reyes o años —¡no les hacía falta!— y, por consiguiente, nosotros tenemos dificultades para reconstruir las secuencias dinásticas y desconocemos la duración de los reinados. Pero en realidad tampoco necesitamos una cronología detallada, porque de todos modos los documentos (y los «hechos» recogidos en ellos) carecen de fecha. En líneas generales, Mesopotamia, por la abundancia de sus documentos y la precisión de sus escribas, es la región que brinda una cronología más constante y detallada, mientras que las zonas de los alrededores se apoyan en ella mediante una serie cada vez más nutrida de sincronismos, a medida que van apareciendo nuevas publicaciones.

Por último, para el estudio de concentraciones especiales de textos —los archivos que se han encontrado intactos— se utilizan métodos prosopográficos (el estudio de personajes individuales) con fines cronológicos. Y surge la necesidad de un estudio más detallado, que incluya el calendario (si los textos están fechados con mes y día). En los archivos de tablillas cuneiformes (que en esto no difieren de los de papel de las épocas posteriores) los textos se conservaban en función de su utilidad documental, y en caso contrario se eliminaban. Por eso, los textos de carácter jurídico (ventas, adopciones, préstamos, etc.) se debían conservar durante mucho tiempo, y en cualquier caso mientras tenían validez; los registros contables solían ser más efímeros, pero sus datos a veces se incluían en resúmenes (anuales e incluso plurianuales) conservados durante más tiempo.

LIBER

2. LOS CARACTERES ORIGINALES

1. Realidad ecológica y mapas mentales

Oriente Próximo, en su acepción más reducida que es la de este libro, tiene una extensión de unos 2.000.000 km^2, poco menos que Europa occidental. Se trata, pues, de un área relativamente restringida y muy compacta. No obstante, esta área se caracteriza por su variedad, acentuada por el relieve y los tipos de suelo, las precipitaciones y el clima, la vegetación y la habitabilidad. El relieve llega a 3.500 y 4.000 m en el Taurus, el Ponto y los Zagros, y sobrepasa los 5.000 m en Armenia (Ararat), mientras la depresión del mar Muerto (—395 m bajo el nivel del mar) es la más profunda del mundo. Se suceden las cordilleras, las llanuras aluviales y a veces los desiertos. Del régimen pluvial mediterráneo se pasa rápidamente al clima estepario del desierto siroarábigo, o al clima de alta montaña. Grandes ríos, como el Tigris y el Éufrates, atraviesan zonas que si no fuera por sus aguas estarían condenadas a una aridez casi total. Hay zonas de gran concentración demográfica, en estrecho contacto con otras casi despobladas.

Para dar una imagen simplificada de Oriente Próximo se suele hablar del «Creciente Fértil»: un semicírculo de tierras fértiles, de regadío, adecuadas para el asentamiento agrícola y urbano, se extiende desde Palestina hasta Mesopotamia, limitando al sur (por el lado cóncavo) con el desierto siroarábigo y al norte (por el lado convexo) con las tierras altas anatólicas, armenias e iraníes. Pero, si se observa con más detalle, la realidad es más compleja, y el entremezclamiento de las distintas zonas ecológicas está mucho más articulado. Las tierras altas están surcadas por cuencas que reproducen en pequeño los caracteres del Creciente Fértil, y las tierras de regadío están interrumpidas por cordilleras menores y franjas desérticas; las propias mesetas áridas están jalonadas de oasis y surcadas por los uadis. La discontinuidad ambiental es un rasgo estructural de Oriente Próximo, y un dato importante desde el punto de vista histórico, porque supone que regiones con recursos y vocaciones distintas están entremezcladas y en estrecho contacto. Para comprender esta red de relaciones se utilizan los conceptos de punto nodal, frontera y nicho.

El punto nodal es la soldadura de dos zonas distintas. A través de él pasan, en ambas direcciones, experiencias y productos, hombres y tecnologías, elaboraciones acordes con los caracteres de las zonas respectivas y que faltan en las adyacentes. Por lo general, este paso implica un cambio en los «códigos» expresivos y de valores, con un efecto de fecundación recíproca, de comparación y ajuste de los resultados, que tanto ha contribuido a la evolución de las comunidades humanas desde las fases más antiguas. A veces los fenómenos facilitados por el punto nodal provocan un des-

LIBER

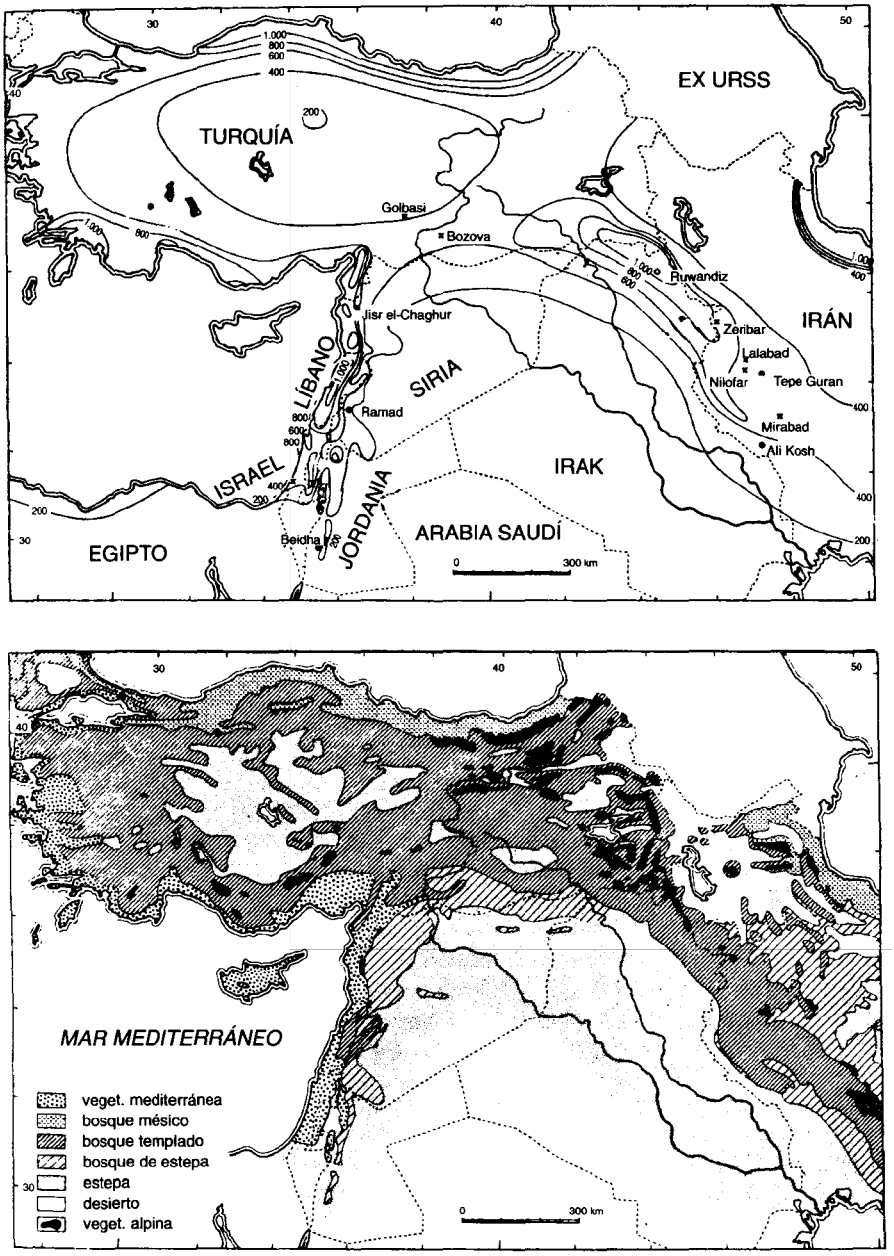


FIGURA 5. Los fundamentos ecológicos. *Arriba*, cantidad anual de precipitaciones. *Abajo*, vegetación natural (posglacial).

plazamiento físico de los núcleos humanos. Un caso típico es la trashumancia de los pastores que aprovechan los puntos nodales de tipo montaña/llanura o de tipo valle de regadío/estepa árida. Pero más a menudo los grupos humanos, aun siendo estables, sacan provecho a su ubicación junto al punto nodal mediante un acceso privilegiado a recursos variados y complementarios. El hecho de que los puntos nodales sean múltiples y cercanos unos a otros mantiene un fuerte dinamismo cultural en toda la región de Oriente Próximo.

El concepto de frontera es distinto. Tiene caracteres más histórico-culturales que ecológicos, más de imagen que de realidad. La zona fronteriza es la marginal y terminal de un núcleo cultural determinado, al otro lado de la cual —según los miembros de la comunidad interior— está la nada, el vacío, o bien lo radicalmente distinto (y por lo general inferior), el territorio apetecible para la explotación de materias primas mediante el intercambio desigual, hasta llegar a formas de conquista militar y expansión imperial. Mientras el punto nodal es biunívoco, la frontera es de una dirección, es un punto de vista. Y mientras el punto nodal tiende a ser estable, al hallarse integrado en los caracteres físicos y económicos, la frontera tiende a ser móvil, objeto de una propulsión hacia adelante si el núcleo central es fuerte, pero también de violación y colapso si las fuerzas «caóticas» exteriores hacen que su mayor movilidad y número prevalezcan sobre la calidad y estabilidad del país central. Pero incluso dentro de éste puede haber fronteras (fronteras interiores) que por los avatares históricos se van convirtiendo en «fronteras invisibles». Estas fronteras no se pueden trazar en un mapa, no tienen rasgos físicos apreciables, pero se encuentran en la diversidad cultural: fronteras lingüísticas o religiosas, de modos de producción y modos de vida, de ideologías políticas, y de estructuras familiares y sociales.

El concepto de nicho (ecológico y cultural) es opuesto. Subraya el valor de ciertas zonas compactas y coherentes delimitadas por puntos nodales más o menos próximos, y protegidas del medio que las rodea, de tal forma que desarrollan al máximo sus posibilidades productivas y organizativas. El nicho puede ser pequeño (un valle entre montañas, un oasis), tan pequeño que en las dimensiones de los fenómenos económicos e históricos a los que hoy estamos acostumbrados no podría desempeñar ninguna función autónoma y específica. Pero conviene recordar que la dimensión de los fenómenos del Oriente Próximo protohistórico y de la historia preclásica es muy reducida. Las concentraciones humanas, la acumulación de excedentes, la ordenación territorial, las competencias artesanales y los contactos comerciales pueden tener un papel históricamente relevante aunque estén circunscritos a ámbitos cuantitativos muy modestos. Por eso, un nicho pequeño pero bien resguardado y con buenos puntos nodales puede ser un polo de desarrollo bastante eficaz, más que otro nicho mayor pero más disgregado. En cambio, este último tendrá un papel destacado cuando la red de comunicaciones sea más eficaz, la población más compacta y las necesidades de recursos exteriores se hayan agudizado. Así pues, las dimensiones óptimas de un nicho varían en función de las condiciones históricas: el pequeño oasis de Jericó es un nicho óptimo para la dimensión de los fenómenos del Neolítico, mientras que en la Edad del Hierro cobra sentido un nicho como Asiria, que incluye muchas ciudades.

Oriente Próximo, con esta articulación interna y externa por nichos, alcanza una complejidad que, por un lado, permite dar razón de la pluralidad de las estrategias de desarrollo, del mudable cuadro político, del constante intercambio cultural (como

LIBER

se verá con detalle en el tratamiento histórico); pero, por otro, corre el riesgo (por lo menos con una apreciación rápida y desenfocada) de convertirse en un caos inextricable. Entonces interviene necesariamente un proceso de simplificación de la imagen, que resulta aceptable y «vigoroso» (es decir, esclarecedor) en la medida en que logra explicar el mayor número posible de fenómenos históricos. Los propios protagonistas antiguos de la historia propusieron y aplicaron este tipo de simplificaciones ideológicas de la complejidad real, creando imágenes o representaciones del mundo. La historiografía moderna se ha hecho eco muchas veces de estas representaciones, sin advertir siquiera su carácter ideológico. Es lo que sucede sobre todo con la más «vigorosa» de estas imágenes, la de un Oriente Próximo que sigue un esquema de contraposición entre un núcleo y una periferia. El núcleo, el espacio central, está más habitado y civilizado, y su centro ideal es la ciudad (que a su vez gira en torno al templo o al palacio real), rodeada por una llanura de regadío salpicada de aldeas agrícolas. La periferia es la franja que rodea esta llanura, de estepa o montaña, con una población más desperdigada e inestable de pastores, fugitivos, bandidos, que poco a poco se difumina hacia el vacío humano de zonas que sólo son útiles como reservas de materias primas: árboles de alto tronco, metales y piedras duras. Estos «mapas mentales» se pueden encontrar fácilmente en los textos antiguos, como la imagen del mundo «en forma de embudo» de Gudea (c. 2100) que sitúa en el centro del mundo a su ciudad de Lagash, y en su centro al templo de Ningirsu. De todo el mundo circunstante afluyen las materias primas necesarias para la edificación del templo, y esta periferia está formada por una serie de tierras o montañas, cada una de las cuales produce un metal determinado o un tipo de árbol, y está unida a la llanura central por un río que sirve para transportar aguas abajo las materias primas, hasta el destino final, que les da un sentido.

Esta imagen, traducida en términos historiográficos modernos, presenta un Oriente Próximo centrado en la llanura de la Baja Mesopotamia, donde en efecto se hallan las mayores extensiones agrícolas y concentraciones urbanas, rodeada de estepas o montañas con una población más discontinua, subordinadas cultural y políticamente al centro y suministradoras de materias primas para este último. Ahora bien, es evidente que esta simplificación de la realidad podría ser aceptable desde el punto de vista centralista, pero desde luego no desde el periférico. En cuanto a los protagonistas antiguos de la historia, esta es sin duda la visión mesopotámica, pero cada uno de los grupos humanos asentados en otros lugares también piensan que están en el centro de un mundo que gira en torno a ellos, y procuran que sus rasgos distintivos queden en el mejor lugar, aun a costa de deformar radicalmente las características de los demás. Lo mismo sucede en la historiografía moderna con este esquema de núcleo y periferia, que corre el riesgo de ser «mesopotamocéntrico» y sacrificar gravemente la originalidad de otras culturas, los caracteres de otras regiones, las distintas aportaciones culturales, con sus múltiples tendencias, los complejos intercambios económicos y escenarios políticos. Aunque nos inclinemos por esa visión, al menos tendremos que corregirla y prestar atención a la articulación, al pluralismo y al cambio diacrónico, localizando los numerosos y cambiantes núcleos que surgen de vez en cuando, y sin olvidar nunca el carácter subjetivo y tendencioso del concepto de periferia.

A escala más modestamente descriptiva se advierte, si acaso, que entre las zonas de densidad humana y las zonas de densidad de materias primas hay una comple-

LIBER

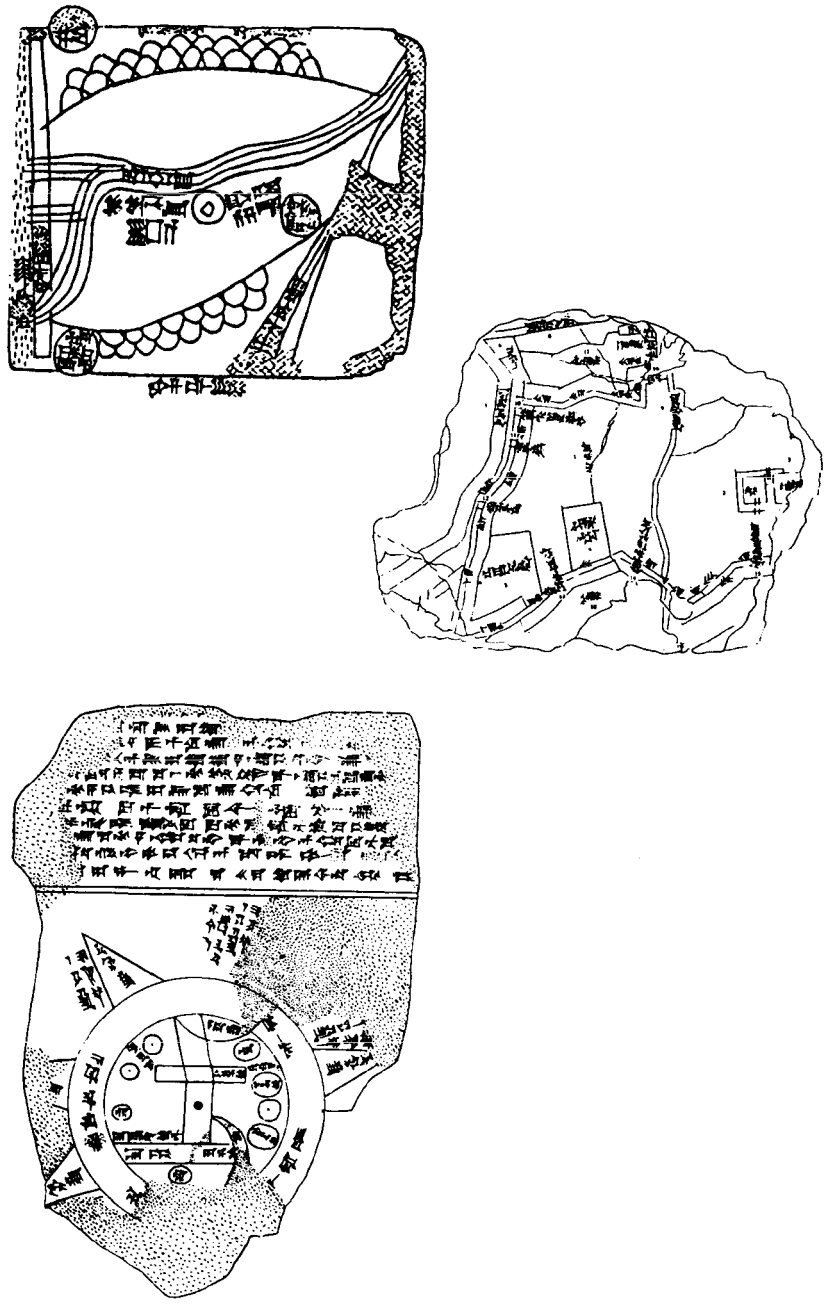


FIGURA 6. Material cartográfico del antiguo Oriente. *Arriba*, plano de un asentamiento agrícola (de Nuzi, *c.* 2300). *Centro*, plano de la ciudad de Nippur (de Nippur, *c.* 1500). *Abajo*, plano esquemático del mundo (de Sippar, *c.* 500).

LIBER

mentariedad bastante clara, que resulta adecuada para establecer un modelo simplificado y «vigoroso». La densidad humana está vinculada a la producción agrícola, por lo que se localiza en las llanuras, sobre todo si son de regadío. En los valles aluviales (sea cual fuere su extensión y ubicación) se sitúa la mayoría de los cultivos y asentamientos humanos. Pero carecen de materias primas: no tienen bosques (madera), pastos (lana), y tampoco tienen metales ni piedras. Estos recursos se encuentran sobre todo en las montañas y en las mesetas semiáridas, zonas en las que, por otro lado, no puede haber asentamientos urbanos ni cultivos de regadío. Entre estas dos zonas ecológicas básicamente complementarias se establece un intercambio que sin duda es desigual, con transferencia de bienes materiales desde las zonas de recursos hasta las de poblamiento, y con transferencias (sobre todo de tipo ideológico) en sentido contrario. Dado que la historia es ante todo historia de los grupos humanos, resulta normal e inevitable que se produzca un desplazamiento de la perspectiva hacia el punto de vista de las zonas de poblamiento denso, y una marginación de las reservas de materias primas. Pero no conviene exagerar, so pena de romper el equilibrio del conjunto y empobrecer el patrimonio de experiencias diversas que caracterizan la historia del antiguo Oriente.

Hasta ahora hemos contemplado el paisaje del antiguo Oriente como una realidad muy articulada en el espacio, pero estable en el tiempo. Dicha estabilidad sólo es cierta de una forma muy aproximada. En efecto, se sabe que desde hace ya 10.000 años el clima de Oriente Próximo es más o menos como el actual, de modo que todo el periodo histórico se incluye en una sola fase interglacial. Pero dentro de esta fase hubo fluctuaciones de la cantidad de precipitaciones y la temperatura media, que tuvieron su influencia, por lo menos, en el avance o retroceso de algunos puntos nodales ecológicos —por ejemplo, los de los asentamientos estables y la trashumancia en las zonas semiáridas del borde occidental del desierto siroarábigo (Transjordania, Siria interior). Pero mayores han sido los cambios provocados en el paisaje por la actividad de los grupos humanos, que explotaron algunos recursos de una forma a veces salvaje y desencadenaron procesos de degradación irreversibles. Destaca sobre todo el proceso de deforestación, como se advierte al comparar los mapas que reconstruyen la cubierta «originaria» espontánea con la situación actual. La creación de espacios para los cultivos agrícolas y los pastos en detrimento de los bosques y la mancha arbustiva marca toda la historia de Oriente Próximo a partir del Neolítico. A las primeras deforestaciones neolíticas, que formaban calveros limitados en un paisaje todavía «intacto», les siguieron unas deforestaciones más importantes y definitivas en la Edad del Bronce, cuando por exigencias de la urbanización se talaron también los bosques de las montañas de tronco alto (para la construcción), además de los restos de bosques de las llanuras agrícolas. Con la Edad del Hierro se acentuó la explotación agropastoral de las zonas de montañas y cerros, donde la deforestación y el pastoreo excesivo llevó a la pérdida de toda la cubierta arbustiva, al lavado del suelo (al quedar éste sin protección ante las precipitaciones) y al afloramiento de las rocas, con efectos irreversibles. En las llanuras de regadío las intervenciones fueron sobre todo de regulación y canalización de las aguas, drenaje y difusión capilar, al principio también en «islas», para ir extendiéndose. Pero la red de canales, sobre todo en la Baja Mesopotamia, pasó por varias fases de desarrollo y destrucción, con formación de aguazales en amplias zonas; y el cultivo intensivo provocó la salinización del suelo. Por lo tanto, en la medida de lo posible hay que re-

construir el paisaje real, histórico, de cada época. En algunos casos pudo haber sido bastante similar al actual, pero en otros era muy distinto, sobre todo si el actual es el resultado de degradaciones y desertizaciones producidas a lo largo de los siglos, o bien de roturaciones recientes.

Para hacer una reconstrucción histórica del paisaje resultan esenciales los datos paleobotánicos y palinológicos, que permiten identificar las principales especies vegetales (tanto espontáneas como cultivadas) y sus fluctuaciones proporcionales; y también los datos propiamente arqueológicos que permiten fechar las obras hidráulicas (redes de canales, aterrazamiento de laderas, excavación de pozos, etc.). También hay datos literarios e iconográficos, y se les suele dar mucha importancia a la hora de reconstruir el paisaje. Pero se trata de una documentación que ha pasado por filtros culturales, y está llena de deformaciones más o menos intencionadas. Más objetiva es la información proporcionada por los textos administrativos, de gran importancia, sobre todo en lo que respecta a los cultivos agrícolas y la ganadería, con buenas indicaciones cuantitativas. De todos modos, está sometida al filtro lingüístico, y el problema de la traducción exacta de la terminología antigua (botánica, zoología, tecnología) al lenguaje actual no siempre es fácil de resolver. En cambio, la documentación de los textos «literarios» y la iconográfica están mucho más filtradas cultural e ideológicamente, y deben ser hábilmente descifradas. Por lo general, en ellas encontramos una visión muy deformada de la imagen paisajística, que subraya lo exótico, lo extraordinario, y altera las relaciones cuantitativas. A menudo tienen rasgos utópicos y presentan unos paisajes que no son los reales, sino (según el tipo de texto o monumento) paisajes administrativos, conmemorativos, normativos, etc. No ilustran lo que es, sino lo que se pretende que sea o se desearía que hubiera sido. Estos paisajes literarios e iconográficos pertenecen a la historia de la cultura (y de la ideología), más que a la del paisaje —aunque, convenientemente descifrados, transmiten una documentación acorde con la realidad histórica.

2. El poblamiento

La variedad de paisajes que caracteriza a Oriente Próximo se traduce en un poblamiento humano de acentuada discontinuidad espacial, todavía mayor en la antigüedad que la que advertimos hoy. Por lo general, la población se concentra en las llanuras aluviales y en los nichos entre montañas más favorecidos, ocupa importantes zonas de cerros y mesetas (por lo menos en algunas fases históricas), y se aparta de la montaña boscosa y de la estepa árida, donde suele haber una ocupación estacional, móvil, poco importante en número. Las propias llanuras aluviales están habitadas en la medida en que son roturadas y cultivadas, de modo que en ellas se repite, a escala reducida, la misma discontinuidad espacial, con «islas» drenadas y regadas (que cuentan con asentamientos e incluso con ciudades) en un territorio inutilizado de hecho, aunque susceptible de ser explotado.

En general se pueden enunciar los siguientes principios: 1) sobra tierra para la población; 2) el agua disponible es lo que permite preparar la tierra para hacerla productiva; 3) pero es el trabajo humano (proporcional al dato demográfico básico por el multiplicador de la organización sociopolítica) lo que hace posible la organización infraestructural de las aguas y la tierra para su explotación continuada. Los tres

elementos —tierra, agua, trabajo— se condicionan mutuamente, y el poblamiento, condicionado por los recursos alimentarios, condiciona a su vez su producción. El proceso de dilatación demográfica es, pues, lento y trabajoso (ningún factor puede dar un salto hacia adelante si no «espera» a que los demás sean adecuados), y puede llegar a ser precario y reversible cuando intervienen factores negativos, de crisis.

A la discontinuidad espacial se suma una discontinuidad diacrónica del desarrollo demográfico, no menos llamativa. La historia de cada asentamiento, tal como se desprende de la estratigrafía de excavación, es una sucesión de fases de construcción y destrucción, de ocupación y abandono, a veces prolongado. Y sumando las historias de todos los asentamientos de cada yacimiento en una historia demográfica regional, sigue habiendo una alternancia de fases de desarrollo, en las que prevaleció la influencia de factores positivos (de producción y reproducción), y fases regresivas o incluso de colapso vertical, en las que prevaleció la influencia de factores negativos.

A veces las crisis se deben a hechos naturales contra los que no había defensa posible, por lo menos con los medios tecnológicos de la época, como terremotos, sequías, inundaciones, epidemias e incendios. Pero dejando a un lado estos elementos «naturales», que estadísticamente se reparten al azar (en el tiempo, cuando no en el espacio) y son una especie de condicionamiento previo del desarrollo, existen factores propiamente humanos, estrategias de desarrollo que no por ser, en general, inconscientes, son menos determinantes. El primer factor es estrictamente cuantitativo. Una comunidad de dimensiones reducidas tiene menos posibilidades de sobrevivir, corre un riesgo mayor de sucumbir a crisis violentas, y también tiene menos posibilidades de perpetuarse en un juego combinatorio alterado por vínculos físicos y culturales (incompatibilidades matrimoniales, endogamia, edad matrimonial, etc.). Sin duda, una comunidad más numerosa acusa mejor las crisis menores (puede quedar diezmada, pero sin extinguirse), conservando una adecuada base de recuperación y ofreciendo a sus miembros un número mayor de opciones y compensaciones más frecuentes. Pero una comunidad más amplia también deberá tener una estructura más compleja, que estará más expuesta a crisis mayores y colapsos importantes (sobre todo en su componente de no productores de alimento).

El segundo factor es propiamente estratégico, de elección entre dos posibles modelos. Hay un modelo de desarrollo más lento —casi imperceptible— pero más seguro, que tiende a conservar lo que ya existe, más que al incremento cuantitativo o a la mejora cualitativa. Este modelo, arraigado sobre todo en las pequeñas comunidades agropecuarias (de aldea o de grupo trashumante), toma como parámetro de su desarrollo los picos bajos de la curva anual alterna de producción de alimento. Renuncia a proyectos de desarrollo y tiende a conservar intacta su reserva de recursos (ganado, tierras). Por el contrario, hay un modelo de desarrollo más acelerado, adoptado sobre todo en las ciudades, que tiene como rasgos característicos la concentración de los excedentes y la especialización laboral. Este modelo tiende a crecer y diversificarse, y para ello debe utilizar al máximo los recursos, y sobreexplotar los medios de producción y las fuerzas de trabajo: diezmando rebaños, regando demasiado, cultivando sin interrupción (hasta provocar la salinización y el empobrecimiento de los suelos), exigiendo flujos de trabajo y excedentes alimentarios que cuando son excesivos agotan la propia fuente. A este segundo modelo le debemos las grandes realizaciones culturales del antiguo Oriente (ciudades con templos y palacios, artesanía artística, archivos, murallas, canales, etc.), pero está bastante más expuesto que el otro

CUADRO 2. Ocupación humana en la zona de Nippur. En cada casilla la primera cifra es el total de hectáreas de asentamientos, la segunda es el porcentaje de la población estimada (respecto del total del periodo). La población se ha estimado con una tasa de 100 personas por hectárea en las clases «ciudades» y «pequeñas ciudades», de 50 por hectárea en las clases «burgos» y «aldeas».

periodo	Uruk Antiguo	Uruk Tardío	Protodinástico I	Protodinástico II-III	Acadio	Ur III Isin-Larsa	Paleo-babilonio	Casita	Medio-babilonio	Neobabilonio y Aqueménida	Seléucida y Pártico	Sasánida	Islámico Antiguo	Islámico Medio	Islámico Tardío
fecha	3500-3200	3200-3000	3000-2800	2800-2400	2400-2100	2100-1800	1800-1500	1500-1000	1000-700	700-300	300 a.C. 200 d.C.	200-700	700-1100	1100-1500	1500-1900
ciudades (40 hectáreas y más)	170 (39,7)	150 (33,4)	550 (52,6)	1.300 (82,4)	900 (70,0)	1.500 (63,0)	900 (59,0)	400 (42,7)	100 (23,9)	500 (36,6)	800 (33,9)	1.300 (36,9)	400 (27,4)	—	—
pequeñas ciudades (10-40 ha)	93 (21,7)	146 (32,5)	370 (35,4)	195 (12,4)	255 (19,8)	540 (22,6)	360 (23,6)	165 (17,6)	120 (28,7)	465 (34,0)	960 (40,7)	1.350 (38,4)	540 (36,9)	90 (47,6)	105 (43,3)
burgos y aldeas (hasta 10 ha)	331 (38,6)	307 (34,1)	252 (12,0)	164 (5,2)	261 (10,2)	685 (14,4)	531 (17,4)	743 (39,7)	396 (47,4)	804 (29,4)	1.195 (25,4)	1.739 (24,7)	1.045 (35,7)	198 (52,4)	275 (56,7)
total hectáreas	594	603	1.172	1.659	1.416	2.725	1.791	1.308	616	1.769	2.955	4.389	1.985	288	380
población estimada	42.850	44.950	104.600	157.700	128.550	238.250	152.550	93.650	41.800	136.700	235.750	351.950	146.250	18.900	24.250

LIBER

CUADRO 3. Ocupación humana en el valle bajo del Diyala. Estimaciones como en el cuadro 2.

periodo	Protodinástico	Acadio	Ur III-Isin-Larsa	Paleobabilonio	Casita	Mediobabilonio	Neobabilonio	Aqueménida	Seléucida-parto
fecha	3000-2500	2500-2100	2100-1800	1800-1500	1500-1000	1000-700	700-500	500-300	300 a.C.-100 d.C.
ciudades y pequeñas ciudades (10 ha y más)	181 (64,1)	170 (59,3)	176 (55,2)	97 (38,3)	42,5 (31,2)	10 (31,7)	10 (23,5)	—	1.030 (81,9)
burgos (4-10 hectáreas)	116 (20,5)	137 (23,9)	151 (23,7)	143 (28,2)	86 (31,6)	4 (6,4)	4 (4,7)	38 (38)	285 (11,3)
aldeas (hasta 4 hectáreas)	87 (15,4)	96 (16,8)	135 (21,1)	140 (33,5)	101,5 (37,2)	39 (61,9)	61 (71,8)	62 (62)	172 (6,8)
total hectáreas	348	403	462	380	230	53	75	100	1.487
población estimada	28.250	28.650	31.900	25.350	13.625	3.150	4.250	5.000	125.850

a colapsos verticales, a desastres provocados por proyectos que exigen demasiado de los escasos y variables recursos materiales y humanos.

También forma parte de este segundo modelo la guerra, entendida como una forma (la forma extrema) de hacerse con recursos y ampliar el ámbito de control político. El momento propiamente militar siempre tiene efectos negativos en el saldo demográfico (matanzas y descenso de la natalidad) y productivo (destrucción). Pero el momento político de la anexión y reorganización de los territorios conquistados puede tener efectos positivos, ya que supone una ampliación de la comunidad y establece una relación integrada entre territorios distintos, y con ello responde a los dos factores antes mencionados, el crecimiento y el ritmo de desarrollo. Ahora bien, si está claro que la guerra «le conviene» al vencedor (en sus aspectos demográfico y productivo) y «no le conviene» al vencido, hay que estudiar sus efectos sobre el conjunto territorial y humano que forman ambos contendientes, y valorar si y hasta qué punto con el paso del tiempo su efecto negativo inmediato se ve compensado y sirve para aumentar la escala de los fenómenos.

En general, si el modelo de desarrollo es lento, se puede representar con una línea que va subiendo de forma lenta pero constante; el modelo de desarrollo acelerado se puede representar con una línea que sube deprisa pero tiene bajones bruscos de vez en cuando. Si se tienen en cuenta los picos altos de este diagrama, no cabe duda de que la línea continua del primero se queda muy atrás. Pero si se tienen en cuenta los picos bajos, a grandes rasgos ambos acaban coincidiendo. Las fases de desarrollo acelerado (urbano, con una dirección política, agresivo en lo económico y en lo militar) no pueden mantenerse indefinidamente, de modo que su crisis es un elemento estructural, no accidental, pero que en cualquier caso sienta las bases para momentos posteriores de desarrollo.

Por otro lado, estos picos de desarrollo del segundo modelo (que se suele valorar en exceso, al estar muy documentado con textos y datos arqueológicos) están alternados y aislados en el tiempo y en el espacio, mientras que el desarrollo demográfico «normal» corresponde más bien al ritmo lento del primer modelo. Este ritmo es bastante moderado, al estar condicionado por dos factores: 1) una elevada mortalidad infantil, que prácticamente anula la elevada natalidad; 2) una duración media de la vida tan baja que afecta seriamente a la fase fecunda. En una comunidad en la que se vive un promedio de 25 o 30 años, a la pareja tiene que darle tiempo para engendrar un número tal de hijos que, una vez restados los que mueren en los primeros años, y en cualquier caso antes de que a su vez tengan hijos, queden por lo menos dos. En caso contrario la comunidad se encaminará hacia la extinción. La respuesta social es bajar al máximo la edad del matrimonio para las mujeres (aprovechando así el periodo fértil) y dosificar la endogamia y la exogamia, la monogamia y la poligamia, para lograr el máximo rendimiento demográfico. Sin embargo, las respuestas sociales y culturales sólo pueden contrarrestar hasta cierto punto la situación física, que obviamente está determinada por los factores sanitario y alimentario. La mortalidad infantil, la mortalidad por parto y las epidemias recurrentes son barreras insuperables para la situación sanitaria y alimentaria del antiguo Oriente. Al dato de una población poco densa y discontinua se suma el de una vida corta, y también el de una vida precaria, marcada por la desnutrición y las enfermedades endémicas (sobre todo gastrointestinales: se bebe agua de pozo o de río). En el antiguo Oriente el hombre vive poco tiempo, vive mal, hambriento y enfermo, y por ello trabaja con unos rit-

CUADRO 4. Duración de la vida, fecundidad y mortalidad infantil (área egeoanatólica).

	Paleolítico Superior 30.000	Mesolítico 9000	Neolítico Inicial 6500	Neolítico Tardío 5000	Bronce Antiguo 3000	Bronce Medio 2000	Bronce Tardío 1500	Hierro I 1150	Clásico 650	Helenístico 300
Longevidad de los adultos: varones	33,3	32,0	33,6	33,9	33,7	36,3	39,4	38,6	45,0	42,4
mujeres	28,7	24,9	29,8	28,6	29,5	30,8	32,1	31,3	36,2	36,5
Promedio de partos, por mujer	4,7	4,0	4,9	4,3	4,0	5,1	4,7	3,7	4,3	3,6
Muertos al nacer, por mujer	2,6	2,0	2,3	2,0	2,1	2,8	2,4	2,2	1,6	2,0
Supervivientes, por mujer	2,1	2,0	2,6	2,3	1,9	2,3	2,3	1,5	2,7	1,6
Recién nacidos muertos, por 10 adultos	6,0	6,0	6,5	6,0	6,5	8,0	7,0	7,5	5,0	7,0
Niños muertos, por 10 adultos	6,0	5,0	6,0	4,0	5,0	5,0	4,5	3,5	3,0	3,0

LIBER

mos y rendimientos que hoy nos parecen irrisorios, pero sencillamente son el reflejo de la mala nutrición y la salud precaria. Si pensamos en las realizaciones de estas poblaciones y las relacionamos con sus condiciones de vida, lo asombroso no son las crisis periódicas, sino la posibilidad misma de lograr semejantes resultados. La visión que tenemos del antiguo Oriente (las ciudades, los templos, las obras de arte y el desarrollo técnico) es el fruto de una tenaz lucha por la supervivencia, y del fuerte control físico e ideológico que ejercieron sobre la población unas organizaciones sociopolíticas capaces de movilizar el trabajo forzoso y los grandes recursos.

Por último, sobre todo para evitar equívocos, conviene decir algo sobre los aspectos antropológico y lingüístico del poblamiento. Desde el punto de vista antropológico, cuando los datos disponibles son suficientes para hacer cuantificaciones en diacronía, lo que más sorprende es la estabilidad del poblamiento, que perdura hasta nuestros días. Es un indicio de que el poblamiento humano básico tuvo lugar en fechas muy antiguas, y a partir del Neolítico experimentó sobre todo una dinámica interna (es decir, demográfica en sentido estricto), o desplazamientos dentro del área (migratorios o simplemente estacionales). Las «invasiones» y las «migraciones» que tanto ha tenido en cuenta la historiografía decimonónica debieron ser, por lo general, de escasa entidad numérica, con una influencia marginal en el patrimonio genético, por lo que el tipo antropológico preponderante debió reabsorberlas con facilidad. La importancia y eficacia de los hechos migratorios son mucho más culturales que genéticas, lo cual tiene fácil explicación si los que se desplazan son sectores escogidos (militares, técnicos, religiosos, etc.) muy activos en los terrenos cultural y político, pero irrelevantes en número comparados con la mayoría silenciosa e inmóvil de la población agropastoral de base.

El análisis en diacronía de la geografía lingüística del antiguo Oriente produce la misma impresión, y más teniendo en cuenta que la lengua es un elemento cultural, y por lo tanto más móvil que el elemento genético y antropológico, ya que se puede transmitir por aprendizaje y cambia con el paso del tiempo. En el terreno lingüístico, desde la primera documentación escrita nos encontramos con poblaciones semitas instaladas en la parte cóncava del Creciente Fértil, donde permanecerán siempre (hasta hoy) sin retroceder nunca ni sobrepasar el punto nodal entre la llanura y la montaña, al pie del Taurus y de los Zagros. Lo que cambia es la articulación lingüística y dialectal dentro de la compacta área semítica (con el nivel más antiguo eblaíta y paleoacadio sumergido de vez en cuando por las oleadas de amorreización, arameización y arabización); pero su límite, ya en el III milenio a.C., no era diferente del que hoy separa a las poblaciones arabófonas de las turcas o iraníes de las tierras altas. En cambio, en la vertiente exterior del Creciente Fértil se conocen poblaciones de lengua indoeuropea, de tipo occidental en el sector anatólico y de tipo oriental en el iraní. Estas poblaciones —dotadas de una propulsión lenta pero continua hacia el sur— van ocupando la franja interpuesta entre ellas y el área semítica, que cuando empieza la documentación está ocupada por poblaciones de otra lengua (ni semíticas ni indoeuropeas), pero en parte emparentadas con ellas: sumerios, elamitas, hurritas y otros peor documentados. Esta franja lingüística intermedia está destinada a desaparecer, siendo asimilada y suplantada poco a poco por los dos grupos más amplios y dinámicos, aunque resiste algo más en los nichos protegidos de las montañas de Armenia y Transcaucasia.

Como puede verse, estos cambios de las grandes unidades etnolingüísticas tienen

el ritmo y la envergadura de los fenómenos de larga duración. Con respecto a ellos, los momentos migratorios documentados históricamente son epifenómenos cuyo alcance es más ideológico que cuantitativo. Las alteraciones importantes de este marco, con la asimilación de grupos enteros, el retroceso de las fronteras lingüísticas y la aparición de subdivisiones internas tienen lugar al margen de la percepción y la memoria humanas, y por lo tanto al margen de la documentación de hechos históricos, con la que, arbitrariamente y de una forma simplista, se suelen vincular demasiado a menudo.

3. El desarrollo tecnológico

En nuestra visión tradicional del antiguo Oriente hay cierta contradicción entre el tópico del estancamiento y el de la prioridad inventiva. Por un lado, existe la idea de que Oriente (y en concreto el Oriente Próximo antiguo) es siempre igual a sí mismo —por causas sociopolíticas que ahogan y anulan toda originalidad creadora— y que, si acaso, se vio fecundado de forma tardía por las aportaciones occidentales. Aun prescindiendo de las sistematizaciones teóricas de este tópico, si nos limitamos a leer los manuales de historia oriental antigua tendremos la impresión de que a lo largo de siglos y milenios no cambió nada en cuanto a modo de vida y recursos tecnológicos, de manera que si el libro se descompagina y una parte que habla de Sargón de Akkad va a parar entre las que hablan de Sargón II de Asiria, ni siquiera nos damos cuenta. La dificultad de orientación y memorización en una secuencia de dinastías que aparecen y desaparecen, de ciudades fundadas y destruidas, de pueblos que irrumpen y son asimilados, nos da la impresión de que son ciclos que se repiten sin estar iluminados por el cambio más significativo, que es el cultural, en el sentido más amplio del término: desde las técnicas hasta la ideología.

Por otro lado, sin embargo, existe la idea de que Oriente Próximo es el lugar donde por primera vez se formularon y pusieron en práctica las tecnologías básicas de la mayor parte de los sectores de la cultura antigua, desde la producción de alimento hasta la escritura, pasando por la metalurgia y la construcción. Si nos remontamos hacia atrás en la historia de cada una de las técnicas, llegamos a una «invención» de Oriente Próximo (concretamente sumeria), que convierte a esa región en la «cuna» de la civilización, el lugar de nacimiento de todos los hechos culturales que, tras una serie de modificaciones y mejoras, han llegado hasta nosotros y constituyen nuestra propia cultura.

Hay mucha mitificación en ambos puntos de vista: el mito del estancamiento oriental sirve, en último término, para crear el mito del «milagro griego» con el que se inició el dinamismo cultural típico de Occidente; y el mito de la «cuna de la civilización» recalca, por polarización (pero al mismo tiempo por continuismo), nuestro papel de punto de llegada, de vanguardia del progreso mundial. Una combinación e historización parcial y aproximada de los dos tópicos asigna al antiguo Oriente un papel creador e impulsor del progreso humano, pero confinado a una edad remota y seguido de una especie de esclerosis e insistencia en realizaciones que, mientras tanto, debido al lastre del despotismo y la visión mágica, se habían vuelto ineficaces, incapaces de servir de base a un progreso posterior.

Una historización más radical y menos preconcebida del desarrollo técnico y cul-

LIBER

tural del antiguo Oriente nos da una visión más compleja. Aparecen de vez en cuando zonas y ambientes dotados de ímpetu innovador, y fases caracterizadas por el intento de organización y normalización. En conjunto, el cambio tecnológico es muy notable, aunque repartido a lo largo de los milenios: típico elemento de «larga duración» por su propia naturaleza, y por el hecho de que las condiciones demográficas y económicas específicas hacen que la inmensa mayoría de los recursos se destinen a la mera y difícil supervivencia y reproducción de lo existente. También hay crisis y recaídas, hay una discontinuidad en el tiempo y en el espacio. Sobre todo, hay un condicionamiento mutuo —no podía ser de otro modo— entre los distintos sectores culturales y los sistemas productivos, políticos, ideológicos y religiosos. Las ideologías religiosas (desde la visión mágica de las conexiones causales y las curaciones, hasta la ubicación de la salvación en un mundo de ultratumba) guardan relación con la escasa posibilidad de intervención humana en buena parte de los hechos naturales, pero a su vez condicionan el desarrollo tecnológico y el control sociopolítico de los recursos.

En líneas generales hay tres grandes fases innovadoras. La primera es muy prolongada, y se sitúa antes del periodo histórico que aquí estudiamos: es la fase de la «revolución neolítica», con la aparición de las técnicas básicas de la producción de alimento (agricultura y ganadería), con su correspondiente utillaje (instrumentos, recipientes, etc.) y ambiente residencial (casas, poblados). La segunda fase es la «revolución urbana», en los albores de la Edad del Bronce, con la aparición de las técnicas de control y registro (que culminan en la escritura), las técnicas especializadas (artesanos de plena dedicación) y la reproducción en serie, y la ampliación del horizonte residencial (ciudades) y el marco político de control (estado ciudadano). La tercera fase está a caballo entre la Edad del Bronce Tardía y la primera Edad del Hierro. Durante esta fase se difunden innovaciones como el alfabeto o la metalurgia del hierro, que tienen un carácter en cierto modo «democratizador» si se comparan con la centralización del palacio y el templo, propia de la fase anterior. También acentúa la intervención de los ámbitos sociales y geográficos «marginales» frente al centralismo urbano. Pero entre las fases innovadoras no hay estancamiento, y los giros innovadores nunca son repentinos, sino que se preparan de forma lenta y trabajosa.

En cualquier caso, conviene matizar el centralismo y la prioridad de Oriente Próximo, su papel de vanguardia en el progreso mundial. En el caso de la «revolución neolítica», porque ésta sin duda tuvo lugar en una zona amplia y duró mucho tiempo, abarcando zonas exteriores a Oriente Próximo y concretándose en distintas tendencias. En el caso de la «revolución urbana», porque al polo bajomesopotámico, a medida que pasaba el tiempo, se fueron sumando (con caracteres distintos cada vez) otros polos situados en otras zonas. En el caso de la Edad del Hierro, porque ya en el umbral del I milenio a.C. Oriente Próximo está insertado en una red de contactos culturales, y tan pronto los recibe y reelabora como los renueva de su cosecha y los propaga. Si hay una línea de desarrollo en los lugares favorecidos por el desarrollo tecnológico (o en los ambientes que lo impulsan más claramente), esta línea va desde una preponderancia de los puntos nodales entre zonas ecológicas complementarias, donde tuvieron lugar las innovaciones neolíticas, pasando por los centros urbanos, donde tuvieron lugar las innovaciones al comienzo de la Edad del Bronce (con su concentración de la producción y del control político y administrativo en las grandes organizaciones centradas en los palacios y los templos), hasta las rutas

LIBER

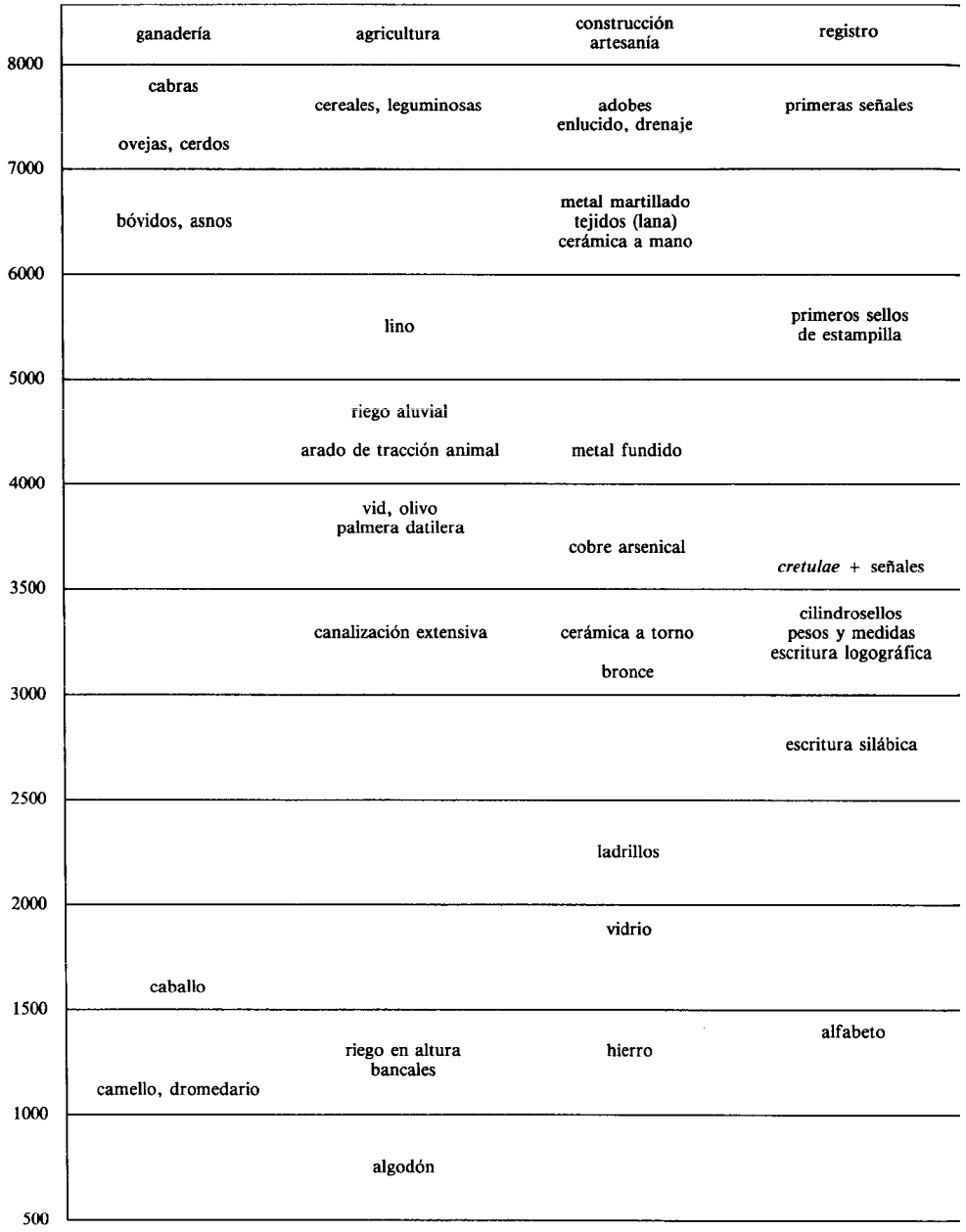
comerciales (tanto marítimas como caravaneras), crisoles y focos de difusión de las innovaciones tecnológicas de la Edad del Hierro.

Esta línea de desarrollo corta transversalmente, como se puede ver, la oposición y complementariedad entre distintos centros de trabajo que representan los centros potenciales de difusión de la innovación tecnológica. A partir de la primera urbanización, los talleres artesanales del palacio real son lugares privilegiados. En ellos, la mano de obra especializada que trabaja a tiempo completo, la afluencia de materias primas gracias a *la tributación interna y al comercio a larga distancia, y la presencia* de un gran comprador público, el propio palacio (o el templo), son las condiciones necesarias (que no se han dado antes) para que se elaboren técnicas cada vez más especializadas, cada vez más refinadas, cada vez más apropiadas para una producción repetitiva a gran escala. Pero al margen de los talleres palatinos subsisten ambientes tecnológicos «marginales», tanto en sentido topográfico como social, que utilizan sus propias técnicas alternativas y forman así unos «depósitos» que podrán ser aprovechados por los ambientes política y económicamente centrales, cuando el cambio de las condiciones sociales, las relaciones regionales y las formas aculturadoras (y deculturadoras) lo permitan o requieran.

La ubicación de estos (y otros) factores en un sistema global de interacción es una tarea ardua, que todavía está por hacer y en gran parte por imaginar. No es posible hacer aquí una síntesis, que resultaría inmadura. Conviene remitirse para cada aspecto a los tratados históricos detallados. Por ejemplo, y para aclarar el tipo de aproximación que nos parece adecuado, abordaremos rápidamente el caso de la ganadería. Durante la fase neolítica hay un lento proceso de domesticación de bastantes especies animales (incluyendo varios experimentos que se acabaron dejando, porque requerían demasiados esfuerzos); esto sucedió en el marco de la comunidad de aldea y con arreglo a necesidades que se hacían sentir a escala reducida, de núcleo familiar y de poblado (desde la alimentación hasta la producción textil, pasando por el trabajo agrícola y el transporte). Con la primera urbanización tiene lugar la concentración de la producción por parte de las grandes organizaciones o en función de ellas: auge especial de la cría de ganado lanar, relacionado con la industria textil, aparición de mecanismos de concentración y conservación del producto en función de las grandes aglomeraciones urbanas, y consiguiente reorganización de las unidades productivas. Al final de la Edad del Bronce entran en los grandes circuitos otras especies que se venían domesticando desde hacía tiempo en ambientes «marginales», y ahora, con las nuevas necesidades militares y comerciales, pasan a un primer plano: primero el caballo, y poco después el camello y el dromedario.

Un segundo ejemplo, la metalurgia: en el ámbito de la aldea, durante el periodo Calcolítico, se ponen a punto las técnicas básicas de la fusión y se experimentan las primeras aleaciones, siempre en cantidades moderadas. Con la primera urbanización se produce la elección fundamental del bronce, la concentración de la producción en los talleres de los palacios, el crecimiento desmesurado del comercio a larga distancia («administrado» desde los palacios) para conseguir los metales, y la orientación de la producción a las necesidades del armamento y del equipamiento para el trabajo en los palacios. Cuando, a finales de la Edad del Bronce, desaparecen los talleres palatinos y se hunde el comercio palatino del cobre y del estaño, aparece la metalurgia del hierro de carácter «democratizador», en el sentido de que requiere un utillaje más sencillo y el mineral está repartido de una forma más capilar.

CUADRO 5. Esquema general del desarrollo tecnológico.



LIBER

Se podrían poner otros ejemplos: todos los casos, colocados en columnas enfrentadas, pondrían en evidencia, con las diversidades específicas de cada uno, los caracteres y las tendencias básicas comunes a las grandes etapas históricas. No hay, pues una tecnología unitaria del antiguo Oriente, sino más bien una variedad regional, una penetración y disponibilidad diferenciadas con arreglo a las franjas socioeconómicas, y sobre todo hay una variabilidad diacrónica. Pese a las crisis y a las caídas en picado que tienen lugar en varios lugares y periodos, la tendencia de fondo es la puesta a punto de técnicas cada vez más adecuadas para dominar el medio circunstante, y a sacar provecho de los escasos recursos disponibles. La selección y concentración, por un lado, y la diversificación de los intentos, por otro, son dos líneas estratégicas que coexisten, prevaleciendo una u otra según la organización política y productiva. Pero el grado de readaptación de las técnicas de Oriente Próximo cuando sean utilizadas en otras partes, no es mayor, en realidad, que el grado de cambio y reutilización al que se han visto ya sometidas en el transcurso de los tres milenios que aquí examinamos. La variable tecnológica no es unívoca ni independiente, y se debe referir a las otras variables; pero es de primordial importancia para apreciar en términos reales los acontecimientos políticos y militares, los sistemas económicos y las relaciones sociales dominantes.

4. El modo de producción

El interés por las cuestiones histórico-económicas se ha despertado en los estudios sobre el antiguo Oriente lo bastante tarde como para evitar la polémica (que llegó a ser crucial en los estudios de historia antigua) entre «modernistas» y «primitivistas», es decir, entre partidarios de una reconstrucción que echaba mano de los instrumentos analíticos de la moderna economía política, y los partidarios de una reconstrucción que más bien tomaba como modelo formas elementales del desarrollo socioeconómico. Actualmente, la gran masa de datos útiles para la reconstrucción de la economía del antiguo Oriente (en sus variedades regionales y temporales) es objeto de una intensa valoración y análisis, pero por lo general en el aspecto estrictamente filológico, y al margen de toda elaboración teórica.

No obstante, dentro de los límites en que cierta influencia de las elaboraciones teóricas se deja notar aunque sea de forma inconsciente, hay que reconocer que prevalece una interpretación nada «modernista», ya que reconoce que las «leyes» de la economía política se han elaborado con arreglo a una documentación históricamente restringida y referida a situaciones muy distintas; de hecho, se centran en instrumentos como el mercado y la moneda, que son ajenos al antiguo Oriente. De todos modos, una reconstrucción apropiada tampoco puede ser demasiado «primitivista», ya que los sistemas de producción e intercambio que actuaron en el antiguo Oriente eran muy complejos, y no se pueden ilustrar comparándolos con situaciones elementales. En lo esencial, es preciso que se imponga una visión historicista, que procure reconstruir los modos operativos específicos de las sociedades en cuestión, reconociendo su complejidad y al mismo tiempo su peculiaridad. En este sentido han tenido una notable y beneficiosa influencia dos filones, muy distintos entre sí, pero no necesariamente contradictorios: el análisis marxiano de los «modos de producción», y la antropología económica, sobre todo para los sistemas de intercambio.

En lo referente al modo de producción, conviene recordar que el análisis marxiano, en realidad, se refiere sólo a la economía capitalista (con sus procesos de formación y transformación) limitándose para las economías antiguas a unas pocas menciones funcionales, que no profundizan y además varían de unos textos a otros. También es notorio que Marx (y en general los investigadores de su generación) sólo disponía para el antiguo Oriente de una documentación insignificante en cuanto a la cantidad, e indirecta. Sería absurdo atribuir hoy un valor a las formulaciones específicas de entonces, aparte de resaltar algunas observaciones agudas. Toda la discusión sobre el «modo de producción asiático», y su relación con otros «modos» (esclavista, feudal) entra más en el campo de los estudios sobre el marxismo que en el de los estudios sobre el antiguo Oriente.

En cambio, todavía es válido el propio concepto de «modo de producción», siempre que no permanezcamos atados a las propuestas concretas marxianas (que adolecen de falta de información y del peso del aparato histórico-filosófico del siglo pasado), ni tampoco a un uso «escolástico» de la terminología y del aparato conceptual. Este aparato, que probablemente esté ya superado para el análisis de formaciones económicas muy complejas como las contemporáneas, mantiene su validez para situaciones más sencillas. En particular, sigue siendo fundamental la determinación de los tipos de propiedad de los medios de producción (sobre todo de la tierra); de la relación entre medios de producción y fuerzas productivas; de la entidad de las unidades productivas; y de los modos de centralización de los excedentes. La combinación de estos factores básicos, que varía según los casos, es lo que caracteriza a lo que en términos marxianos se llama «formación económica de la sociedad»: en cuyo interior se descubren varios «modos de producción» que interactúan con relaciones de hegemonía/subordinación, varios sistemas de intercambio, y por último varias formas de consumo (y eventualmente de atesoramiento, ostentación y destrucción), que no obstante parecen menos características. Los modos de producción y los sistemas de intercambio son más bien «tipos ideales», instrumentos analíticos, mientras que la formación económica de la sociedad es una reconstrucción histórica, concreta y variable en el tiempo y en el espacio.

Los modos de producción que prevalecen en el antiguo Oriente son el «palatino» y el «doméstico». El primero es resultado de la revolución urbana, y se caracteriza por la concentración de los medios de producción en manos de las llamadas «grandes organizaciones» del palacio y el templo; por la condición servil de los productores ante los detentadores del poder político-administrativo (núcleo dirigente del palacio y el templo); por la fuerte y orgánica especialización en el trabajo; por un flujo centrípeto y redistributivo de los bienes y la consiguiente disposición jerarquizada de los sectores productivos. En cambio, el modo «doméstico» es un residuo de la situación de tipo neolítico, y se caracteriza por la coincidencia de fuerzas productivas y posesores de medios de producción; por una red de intercambios multidireccional y recíproca; por la falta de especialización a tiempo completo (o mejor por su carácter no estructurado); y por unas unidades productivas y sectores productivos paritarios. Los dos modos se sitúan en una clara relación de hegemonía/subordinación, ya que el modo palatino no podría subsistir sin recurrir al modo doméstico preexistente, que es radicalmente sometido y reestructurado (por las nuevas relaciones con el modo hegemónico) con respecto a la formación en la que estaba solo y era autónomo.

La definición de estos dos modos prevalecientes, y del carácter hegemónico del primero (con el consiguiente aspecto «tributario» de la formación económica resultante), no elimina el problema de la evolución diacrónica de la formación económica, ni el de la existencia de otros modos de producción (más marginales). Evidentemente, examinaremos esto al hacer el repaso histórico específico. Aquí nos limitaremos a resaltar que los modos de producción palatino y doméstico evolucionan por recíproca interferencia; que esta evolución desemboca en lo que en términos marxianos sería el modo «feudal»; y que, sobre todo para el periodo de formación del modo palatino, las variedades regionales y la presencia de modos marginales llegan a configurar auténticas estrategias alternativas de desarrollo, que en parte se inscriben en lo específico ecológico. En torno al elemento principal, que es el proceso de urbanización en la llanura, con la irrigación, la cerealicultura, la ganadería lanar, el comercio administrado, la artesanía palatina y la superestructura política de carácter religioso, existen ambientes y estrategias que de vez en cuando se basan en la valoración de los recursos locales (metales, madera, piedras duras), el pastoreo trashumante y la agricultura de secano, cuyas superestructuras tienen un carácter comunitario y gentilicio, propio de una época anterior.

La definición de los modos de producción como instrumentos analíticos de alguna forma «ideales», que encuentran su ubicación histórica concreta en las distintas combinaciones entre ellos (así como en los niveles distintos del productivo) también es válida, quizá lo sea más, para los sistemas de intercambio. También en este caso los estudios sobre el antiguo Oriente han sido dotados, de una forma quizá más inconsciente que declarada, de una propuesta de sistematización global, la de K. Polányi, con sus esquemas integradores de la reciprocidad, la redistribución y el mercado. Parece bastante claro, en una primera aproximación, que el esquema de la reciprocidad se adapta mejor al modo de producción doméstico, y el de la redistribución al palatino, mientras que el esquema de mercado es ajeno en principio a la economía del antiguo Oriente, si exceptuamos la aparición de alguno de sus elementos en ambientes y situaciones no necesariamente tardíos. Lo mismo que en el caso de los medios de producción, en el de los sistemas de intercambio hay una clara hegemonía del sistema redistributivo, que relega el sistema reciprocativo a situaciones marginales, aparte de reinterpretarlo para las necesidades del comercio internacional (marginal desde el punto de vista cuantitativo si se compara con el peso de la redistribución interior). Pero está claro —y sirva también para una explícita diferenciación de la antropología económica ortodoxa— que estos esquemas interpretan la realidad, más que describirla: pertenecen al análisis de las ideologías, más que al de las economías. Un mismo acto de intercambio se puede inscribir en el esquema reciprocativo y en el redistributivo según la posición y los fines de su presentación. Por debajo de la utilización política de las actividades de intercambio (que sin duda está subestimada en algunos tipos de textos), por debajo también de los procedimientos administrativos o ceremoniales que constituyen su aspecto exterior, su modo característico de ejecución, los intercambios tienen también y sobre todo una realidad propiamente económica (y también mercológica y tecnológica) que sólo se podría recuperar con valoraciones de tipo cuantitativo, para las que hay una documentación insuficiente y muy selectiva (a diferencia de lo que respecta a la producción).

Tanto en el campo de la producción como en el de los intercambios, al análisis de la documentación textual se añade en medida creciente el de los datos arqueológi-

cos, ahora que la difusión de los análisis de los materiales permite conocer con más precisión las zonas de origen, los procedimientos de transformación y las líneas de difusión. Por desgracia, la documentación paleobotánica y paleozoológica (decisivas para una reconstrucción concreta de la producción agrícola y zootécnica) y los análisis de materiales (decisivos para una reconstrucción concreta de las técnicas artesanales y las redes comerciales), a los que se recurre profusamente para las fases pre y protohistórica, pierden poco a poco importancia para los periodos históricos, como si disponer de una documentación escrita hiciera menos necesario disponer de una documentación científica y técnica. Por supuesto, es más bien al contrario: sólo comparando las dos series documentales se puede tener un conocimiento seguro. La taxonomía de los textos y las cuentas administrativas son hechos abstractos si no sabemos a qué se refieren en concreto, y la documentación físico-naturalista es difícil de historizar si no se recuperan los sistemas de interpretación antiguamente en vigor.

5. Las expresiones ideológicas

Evidentemente, una reconstrucción histórica a base de ecología, demografía, tecnología y modo de producción sigue el ritmo lento de la «larga duración» o el moderado de la historia social, y renuncia a seguir el ritmo más rápido de la historia de los acontecimientos. La documentación utilizada (ambiental, arqueológica y textual de carácter administrativo) no aconseja perderse en detalles, sobre los que existen serias dudas. El personaje, la dinastía o la batalla sirven sobre todo para formar una red cronológica en la que se fijan unos hechos de larga y media duración que también son hechos históricos, cuyas conexiones recíprocas se tienen que ordenar sólidamente con arreglo al factor tiempo.

Sin embargo, en los tratados sobre el antiguo Oriente, la historia como sucesión de acontecimientos suele estar tomada de las inscripciones reales, las crónicas o anales derivados de ellas y la literatura seudohistoriográfica antigua. Esta recuperación del acontecer histórico puede ser tan intensa que acapara toda la literatura, y oscurece, cuando no impide, la comprensión de los procesos culturales. La historia del Oriente Próximo antiguo, reducida a acontecimientos, pierde gran parte de su fascinación y su interés para nuestra cultura, porque resulta repetitiva e incluso trivial, y sobre todo porque se limita a una relación esquemática, dado lo escueto de las informaciones que nos han llegado.

Incluso con estas limitaciones, conviene tener en cuenta que la utilización de las inscripciones reales para la reconstrucción del esqueleto «acontecedor» de la historia (o, si se quiere, para la reconstrucción de la historia política) se basa en el equívoco. Buena muestra de este equívoco es el hecho de que una parte de los especialistas (sobre todo filólogos) llamen «textos históricos» a las inscripciones reales, los anales y las crónicas, e incluso a cierta literatura heroico-sapiencial. Esta literatura no es «histórica», ni en el sentido subjetivo ni en el objetivo. Los autores no pretendían hacer una reconstrucción fiable de los acontecimientos pasados, y para nosotros, desde luego, no contiene una reconstrucción que se pueda utilizar directamente, y tampoco detenta el monopolio de las informaciones útiles (y menos aún privilegiadas) para realizar nuestra propia reconstrucción histórica. A no ser que renunciemos a las pre-

rrogativas de nuestra cultura, a la peculiaridad de nuestros intereses historiográficos, para asumir los de las culturas pasadas, tan distintos.

En el antiguo Oriente no existe el auténtico género historiográfico, entendido como un fin en sí mismo. Las inscripciones reales y los anales son textos de carácter político y celebrativo, son esencialmente propaganda. No es que no exista un sentido de la historia y una reflexión sobre el pasado, sobre la causalidad que relaciona los acontecimientos entre sí, sobre el significado de todo cuanto sucede en el ámbito de una concepción general del mundo. Cada cultura tiene su sentido de la historia, y cada texto, aunque se haya escrito con fines precisos, utiliza los elementos de esa visión del mundo. Pero precisamente estos dos aspectos —fines políticos precisos, peculiar concepción del mundo— se suelen obviar al leer las «historias» antiguas como materiales susceptibles de ser utilizados directamente. Para la reconstrucción de la historia económica a nadie se le ocurriría utilizar frases como «durante mi reinado las espigas crecían a una altura de dos metros», o «las vacas parían terneros gemelos», que sin embargo aparecen en las inscripciones celebrativas. Evidentemente, se trata de afirmaciones propagandísticas, que reflejan una concepción de la realeza, no unas técnicas agropecuarias. En cambio, afirmaciones del mismo tipo referentes a las victorias militares, a acuerdos políticos, a la administración de la justicia, se suelen dar por «ciertas» y se utilizan para formar el entramado de historia política de los acontecimientos.

Cuando se ha advertido que estas inscripciones celebrativas no «contienen» hechos históricos, sino más bien los usan como material para construir sus edificios de carácter propagandístico (en aras de la aceptación política), la reacción inmediata es hacer una limpieza a fondo de la historia, reconstruir partiendo de cero «nuestra» historia sin dar crédito a los textos políticos antiguos que nos parecen tan partidistas, deformadores y tendenciosos, que la reconstrucción a partir de ellos merecería, con una ligera paráfrasis, la misma advertencia que tantas obras de ficción: «cualquier referencia a la realidad es pura coincidencia».

Esta renuncia sería un imperdonable empobrecimiento del propio horizonte de nuestros intereses historiográficos. Lo que no se puede usar como una mina de informaciones sobre hechos es una mina todavía más valiosa de informaciones sobre las ideologías políticas (y no sólo políticas) de sus autores y de su contexto cultural. La cuestión no es tanto discernir qué hay de verdad en los hechos narrados, o hasta qué punto se basan en acontecimientos reales, como utilizar este material, y sobre todo sus deformaciones programáticas, para reconstruir los fines y las motivaciones que lo han producido, el repertorio conceptual utilizado, la imaginación colectiva a la que responden, y que a su vez tratan de suscitar. Se trata, en esencia, de una documentación referente no a los hechos, sino a las ideologías. De modo que bien utilizado, este material no lleva a una renuncia, sino a un enriquecimiento. Ya en el plano de los hechos, si bien es verdad que se renuncia al episodio por ser poco fiable o comprobable, no es menos cierto que se recupera la intención, el problema político que está en el origen del texto. Además, está el enriquecimiento que consiste en la posibilidad de generalizar una información ocasional, elevarla al plano estructural, al sistema de valores comúnmente aceptados. La historia política no tiene por qué estar condenada al plano de los acontecimientos, también puede y debe moverse en el plano de la reconstrucción sistemática, y llegar a formar un cuerpo continuo con la historia cultural, enriqueciendo su vertiente tecnológica con una contrapartida ideológica.

En concreto, la literatura celebrativa de las inscripciones reales y otros textos de redacción palatina tiene unos fines políticos muy claros, expresan propósitos de legitimación, celebración, contraposición y comunicación. El problema de la legitimación acompaña al ejercicio del poder durante toda su vigencia, pero se intensifica en el momento inicial, adquisitivo. Y es un problema que afecta a todos los gobernantes, pero sobre todo a los usurpadores, y en general a los momentos de recambio que no pueden contar con la inercia de la tradición. Típicamente, el problema de la legitimación es crucial en las apologías de los usurpadores. Saca a relucir toda clase de justificaciones, más o menos excepcionales, pero por contraste revela también cuál es la forma normal y tradicional de acceder al poder. Si el procedimiento normal (por citar el caso más corriente) consiste en heredar el reino del padre, el usurpador tratará de fabricar una historia de legitimidad desheredada y luego recuperada; pero a falta de agarraderas plausibles, optará por la estrategia opuesta, declarando que ha sido designado entre la muchedumbre anónima, pese a ser el más insignificante y oscuro de todos los hombres, y por lo tanto, en virtud de unos méritos potenciales en los que nadie había reparado, salvo los dioses. La convalidación o la elección divina siempre están destinadas a convencer a los destinatarios de la propaganda apologética; aunque también la aprobación por parte de la «base» aparece como una noticia, que actúa eficazmente sobre la propia «base» gracias a la plasticidad de la memoria colectiva. Pero la legitimación definitiva vendrá a posteriori, con el propio ejercicio del poder: si el rey es verdaderamente capaz de gobernar, se demuestra que estaba capacitado para ello, y por lo tanto que su coronación era legítima. Si no, ¿por qué la avalaron los dioses con el éxito y la prosperidad?

Así pues, el propósito de celebración está relacionado con el de legitimación, precisamente porque está legitimado para gobernar quien es capaz de hacerlo, mientras que un intruso será incapaz de desempeñar esa tarea; pero es un propósito más diluido a lo largo del ejercicio del poder. Un gobernante que ya se haya ganado la legitimidad (por la vía normal o por afirmación apologética) tiene que demostrar luego, continuamente, que su reinado es próspero y victorioso, y lo es en el grado máximo. Cualquier aspecto de la actividad de gobierno es en este sentido un «material» útil para la construcción de la imagen del poder. La actividad militar debe ser victoriosa, para demostrar que el éxito se debe a la valentía personal del soberano y al apoyo divino. La actividad comercial debe subrayar el valor y la cantidad de las importaciones y callar acerca de las exportaciones, para que la capital aparezca como centro del mundo, al que afluyen materias primas y productos manufacturados de todas partes, subordinando los recursos de todos los países a la iniciativa del rey, cuya acción de «remolino» es una clara demostración del control efectivo o potencial de alcance universal. Incluso los acontecimientos naturales (en primer lugar las lluvias y crecidas de los ríos, decisivas para las cosechas), aunque se sitúan al margen de la intervención técnica y política del rey, se aducen para hacer su elogio, según una visión en la que el tiempo atmosférico está determinado por los dioses, y la actitud de éstos está determinada por el comportamiento del rey (representante más destacado de la comunidad humana) y del aparato del culto.

A menudo, la celebración toma la forma de una contraposición, tanto espacial como temporal. En sentido espacial, tenemos la concentración de todas las cualidades positivas en el centro del mundo y el rechazo de todas las negativas a la periferia,

una oposición entre cosmos y caos, entre civilización y barbarie, entre vida y muerte, entre sujetos activos y objetos pasivos de la actividad política, militar y económica. La base del carácter positivo del centro es su conexión con el mundo divino, garantizada por los buenos oficios del soberano reinante; mientras que los pueblos vecinos, «sin dioses» y absurdamente reacios a ser conquistados y ordenados por el único poder legítimo, están condenados a la función de proveedores (voluntarios o no) de materias primas y trabajo servil. A no ser que la caótica periferia presione peligrosamente sobre el cosmos central, en cuyo caso el soberano erige una barrera de protección y seguridad para sus súbditos. La misma contraposición entre cualidades positivas y negativas se puede presentar en un sentido diacrónico, siguiendo un típico esquema de tres tiempos: está el tiempo positivo de los orígenes, cuando el mundo sale bien ordenado de la acción creadora de los dioses y de la acción organizadora de los primeros reyes antiguos y de los héroes inventores. Luego aparece un paréntesis negativo, con unos sucesores malvados e ineficientes (por lo tanto ilegítimos) que sumen el país interior en una catástrofe o un caos que deberían ser exclusivos de la periferia. Por suerte, aparece luego el rey actual, legítimo y fuerte, victorioso y justo, que restablece la correcta relación entre el mundo divino y el mundo humano, devuelve el orden y la prosperidad, y desde el momento de su entronización asegura que el paréntesis se ha terminado, que la correcta organización original se ha restablecido y la seguridad vuelve al reino.

Todo este aparato celebrativo va dirigido al público interior del país, que de hecho desconoce prácticamente cuanto sucede en las regiones lejanas y no puede hacer comparaciones objetivas, al estar monopolizada toda la información por los detentadores del poder. Pero cuando, por necesidades de comercio o diplomacia, hay que encararse con otros centros de poder, el lenguaje tiene que ser completamente distinto, de carácter recíproco, no ya centralizado, basado en relaciones paritarias, no ya unívocas. Entonces se emplea el lenguaje de la fraternidad, de la igualdad, del reconocimiento mutuo de los intereses y las esferas de control. Entonces la salvaguardia del propio poder pasa por el reconocimiento del poder ajeno. Los mismos actos o hechos de naturaleza comercial, militar o política, que eran presentados al público interior en términos de hegemonía y subordinación, se presentan al interlocutor exterior en términos de igualdad. No hay nada que demuestre mejor el carácter ideológico del razonamiento político que la posibilidad de comparar las diferentes y opuestas versiones del mismo episodio en textos dirigidos al público interior (inscripciones reales celebrativas) y al interlocutor exterior (cartas, tratados). Ambas versiones son ideológicas y tendenciosas, pero en direcciones opuestas: las dos utilizan los hechos materiales para construir sus respectivos sistemas de relaciones políticas, las dos recurren a connotaciones o metáforas totalizadoras, de modo que las relaciones políticas «reales» no son algo intermedio, sino sencillamente distinto en cada caso.

La propaganda política nos da, pues, una visión que tiene su coherencia; si acaso peca de exceso de coherencia, de estar expresada en términos absolutamente tajantes. Pero esta no es ni puede ser nuestra visión, nuestra reconstrucción. El razonamiento político, por su propia naturaleza, es parcial, tendencioso, menciona y calla, pondera y disminuye, connota positiva o negativamente los distintos materiales históricos según lo que se proponga. Pero también es parcial en el sentido de representar siempre, y sólo, el punto de vista de una parte, la del detentador del poder, y jamás el de sus adversarios o sus subordinados, el del vencedor y nunca el del vencido. El

LIBER

poder se reserva el monopolio de los canales de difusión de la ideología y el registro oficial de las memorias comunitarias. La «visión de los vencidos», las estrategias políticas perdedoras, las ideologías socialmente marginales, salvo en casos excepcionales, no consiguen expresarse a través de ningún canal que haya llegado hasta nosotros. Por consiguiente, lo más seguro para recuperar las ideologías perdedoras o subalternas es la lectura «al revés» de la propaganda oficial: las preocupaciones latentes en ella, el blanco de sus polémicas, el objeto de sus promesas nos dicen algo (a veces mucho) acerca de *las opiniones distintas, de las controversias políticas, de* las posibles oposiciones. Al confutar y demonizar ante su público estas oposiciones, el poder, involuntariamente, nos ha dado noticia de ellas.

Pero ¿a través de qué canales de propaganda política llegaba el poder a su público? ¿Qué clase de público era éste? Se ha dicho a menudo que en un mundo en el que el acceso a la escritura (la complicada escritura ideográfico-silábica que existía, en varias versiones, antes de la introducción del alfabeto) está reservado a sectores especializados, muy reducidos en número, hacer que la escritura sea portadora del mensaje político significa trabajar en balde, ya que resulta inaccesible para la inmensa mayoría de la población. Lo que ocurre es que hoy sólo tenemos acceso a este canal, pero existían otros, de los que apenas nos han quedado rastros. Efectivamente, el mensaje político en su forma escrita sólo resulta accesible para el círculo de los escribas, los administradores y los cortesanos, y va dirigido a la propia clase dirigente, siendo una especie de autoadoctrinamiento. A este nivel, el mensaje puede estar formulado de la manera más sofisticada y complicada, y viceversa, un mensaje sofisticado sólo es necesario para la clase dirigente, la única capaz de entenderlo con todos sus matices y alusiones. Para un círculo más amplio, digamos de los residentes en la ciudad, hay otras formas de transmisión del mensaje. Lo que pierden en complejidad lo ganan en fuerza de difusión y penetración: difusión oral, presentación iconográfica, celebración ceremonial. Y para el círculo más exterior, digamos los campesinos de las aldeas más o menos remotas, bastarán los ecos más indirectos y apagados de esta difusión del mensaje político: bastará con que sepan y crean que en la capital, que está en el centro del mundo, hay un trono en el que se sienta un rey legítimo, amado por los dioses y amante de su pueblo, siempre victorioso en la defensa de las fronteras, siempre eficaz a la hora de obtener de la naturaleza o de los hombres la prosperidad productiva y reproductiva, la riqueza y la paz. Así pues, cada círculo es alcanzado, a través de canales distintos, por razonamientos de nivel adecuado —canales y razonamientos que casi siempre nos son desconocidos. Las inscripciones reales que nosotros leemos sólo eran accesibles para unos pocos, y sólo son la punta de un iceberg sumergido de propaganda política (y generalmente ideológica, con fuertes connotaciones religiosas) que mantenía unida a la comunidad social y política, proporcionándole seguridad y solidez.

Nuestra tarea consiste en engarzar las formas de la ideología en el cuadro histórico global, y engarzarlas en lugar privilegiado, porque en ellas, más que en el acontecimiento (con toda su casualidad y banalidad) se advierte la caracterización cultural del ambiente que las ha producido, la tipicidad de las preocupaciones y expectativas, el sistema de valores. En primer lugar, hay que historizar (como de costumbre) las *formas de ideología: por periodos, áreas y ámbitos sociales.* En segundo lugar, hay que tener en cuenta, y tratar siempre de recuperar, la finalidad, o si se quiere la función, de la ideología: recuperar la red de conexiones entre expresión propagandística

LIBER

y situación real política. En tercer lugar, hay que conectar de forma convincente este nivel ideológico con el de las estructuras sociales y la cultura material. No porque la primera sea la «superestructura» de las demás, determinada por ellas, sino porque entre todas existen interrelaciones, condicionamientos cruzados, de carácter en última instancia funcional, que sólo si son recuperados dan la clave para la comprensión real de las culturas antiguas.

LIBER

3. LAS PREMISAS NEOLÍTICAS Y CALCOLÍTICAS

1. Los primeros productores de alimento

Para seguir la pista de la formación de los elementos culturales y las diferenciaciones regionales que caracterizan a las civilizaciones históricas de Oriente Próximo, debemos remontarnos por lo menos a la que se ha llamado «revolución neolítica» (Gordon Childe). El término «revolución» no se refiere a un cambio repentino, sino a la forma radical y profunda en que cambiaron las estructuras socioeconómicas. De todos modos no hay que olvidar que después de dos millones y medio de años de caza y recolección, un cambio que tiene lugar en el transcurso de dos milenios y medio resulta bastante rápido.

La esencia de la revolución neolítica consiste en la aparición de unas técnicas para la producción de alimento (agricultura y ganadería) que reemplazaron a las técnicas de simple explotación del alimento existente en la naturaleza (caza y recolección). Las fases iniciales de este proceso han sido y siguen siendo hoy objeto de numerosas investigaciones, y no se puede decir que todas las cuestiones estén aclaradas. No cabe duda de que la imagen tradicional de las culturas neolíticas que presentan los rasgos principales de la producción agropastoral, del sedentarismo por comunidades de aldeas, de la producción cerámica (que se consideran comunes, contemporáneos e indisociables) se tiene que revisar, por lo menos en lo que respecta al área de Oriente Próximo, donde se dan los casos de la recolección intensiva y la producción incipiente, de la agricultura no sedentaria y el Neolítico Acerámico. Esta variedad de situaciones se explica por tratarse de zonas en las que el cambio del modo de producción tuvo lugar inicialmente, y por ello resulta más evidente su carácter progresivo, por estadios, y también por tanteo. Se advierte una serie de estrategias ensayadas por comunidades distintas en zonas ecológicamente distintas (aunque estén próximas geográfica y cronológicamente). Coexisten comunidades con distinto grado de desarrollo tecnológico y económico, un hecho que sólo las dataciones con carbono han podido desvelar (mientras que una sistematización por estratigrafía o tipología comparada tiende inevitablemente a uniformar el desarrollo interregional, convirtiendo lo homólogo en contemporáneo). Por lo demás, la experimentación de nuevas técnicas parece estar más avanzada precisamente en las zonas de punto nodal entre ámbitos ecológicos distintos.

La experimentación precoz de las técnicas de producción del alimento se sitúa, a grandes rasgos, en el borde exterior del Creciente Fértil, a lo largo de un arco que

va de Palestina, pasando por la franja del piedemonte del Taurus y los Zagros, hasta Khuzistán. Sólo en un segundo momento, durante el IV milenio a.C., las grandes culturas cerámicas del Neolítico se propagan por la cuenca mesopotámica y por las mesetas anatólica e iraní. Y sólo en una tercera fase, a finales del IV milenio, Mesopotamia (lo mismo que Egipto) asumirá el papel central con respecto a su «periferia», propio de la edad histórica. La franja formada por Levante y el piedemonte resulta especialmente adecuada para la revolución neolítica, al estar formada por pequeños nichos (correspondientes a la escala de los fenómenos socioculturales de su tiempo) ecológicamente estables y protegidos (llanuras y cuencas entre montañas), y al tener lugar en ella el contacto entre ecosistemas diferentes, que facilita la utilización complementaria de recursos distintos y la alternancia, como consecuencia de los desplazamientos estacionales, de los animales y los recursos vegetales. A grandes rasgos, y teniendo en cuenta que en el X milenio el clima se vuelve más cálido y húmedo, se trata de zonas con lluvias suficientes, cubierta herbácea y bosques ralos (encinas y alfónsigos), en las que las especies vegetales (gramíneas y leguminosas) y animales (sobre todo cabras y ovejas) que son la base de la revolución neolítica, se encuentran en estado salvaje.

R. Braidwood ha definido el periodo inmediatamente anterior (*c.* 15.000-10.000), que corresponde al Epipaleolítico en la terminología basada en la industria lítica, como un periodo de caza y recolección intensificada. El asentamiento todavía es en cuevas, con pequeñas comunidades de 40 o 50 individuos como mucho, que se desplazan en pos de los animales que forman la parte principal de su dieta. La supervivencia es todavía un problema diario, ya que no se conocen técnicas para la producción de alimento ni para su conservación. Pero la caza se centra en especies más pequeñas que las predilectas del Paleolítico: gacelas en Palestina, ovejas en los Zagros y cabras en toda la zona. El hombre empieza a seleccionar los animales para no diezmar los rebaños, que comienzan a ser controlados, aunque sigan sin domesticar. También la recolección de gramíneas y legumbres se hace más intensiva y especializada, produciendo un efecto de selección y difusión involuntaria. Tanto en el ámbito de los conocimientos como en el de las prácticas de explotación, se sientan las bases para la futura intervención en un sentido productivo. La movilidad también se vuelve más circunscrita y estructurada, de acuerdo con los recursos explotables, que a veces (como en el caso de la pesca lacustre) invitan al sedentarismo. El utillaje lítico pasa de las grandes dimensiones del Paleolítico a las formas de microlitos geometrizantes de función especializada. Aparecen las primeras manos de mortero de piedra, para moler las gramíneas silvestres. Las principales culturas de esta fase son la de Kebara en Palestina y la de Zarzi en el Kurdistán iraquí. En estos escenarios culturales surgen los procesos innovadores que darán un nuevo rostro al Oriente Próximo.

El periodo crítico es el que va de 10.000 a 7500, llamado de la producción incipiente (R. Braidwood). Algunas especies de pequeños rumiantes, que durante el periodo anterior eran objeto de caza selectiva (en el 10.000 sólo se había domesticado el perro, pero como animal guardián y de caza, no para comerlo), entran poco a poco en una especie de «simbiosis» con los grupos humanos, que en algunos casos desembocará en la domesticación (sobre todo de cabras y ovejas). En otros casos (gacelas) no se pasa de este estadio, que acaba retrocediendo a la relación venatoria y a la marginación. Con la «simbiosis» y la primera domesticación hay una utilización siste-

LIBER

CUADRO 6. Esquema cronológico de la «revolución neolítica».

	Definición general	Palestina	Siria	Taurus	Anatolia	Kurdistán	Luristán	Khuzistán
15.000	caza y recolección intensificada	Kebara				Zarzi		
10.000	producción incipiente	Natufiense (10.000-8500) PPNA (8000-7300)			Hacilar acerámico (7500-7000)	Zawi Chemi Shanidar (9000-8000) Kamir Shahir (7500-7000)	Ganjdareh Asiab (8000-7500)	Bus Mordeh (7500-6500)
7000	Neolítico Acerámico	PPNB (Jericó) (7000-6000) Beidha (7000-6000)	PPNB (Mureybet) (*c.* 6500) Buqros, el-Kom (6500-6000)	Çayönü (7500-6500) Čafer Hüyük	Çatal Hüyük acerámico (7000-6000)	Yarmo acerámico (6500-6000)	Tepe Guran (6500-6000)	Alí Kosh (6500-6000)
6000								

LIBER

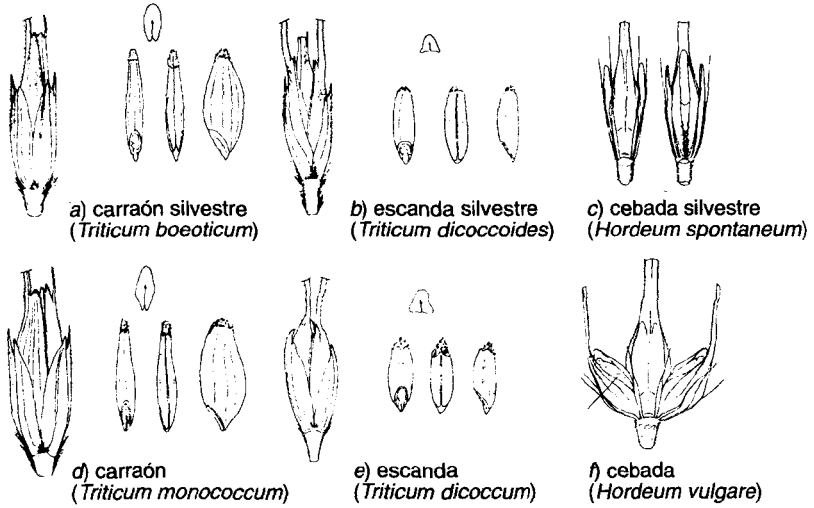
mática de la leche y el pelo (o la lana), limitándose el sacrificio a los machos. Se forman rebaños que ya son propiedad de grupos humanos y son conducidos estacionalmente a los pastos. Poco a poco se producen cambios morfológicos en los animales, cuyos huesos delatan la domesticación, que por otro lado se puede deducir de la edad y el sexo de los animales sacrificados. Naturalmente, los cambios morfológicos sólo aparecen tras largos periodos de domesticación, y en esta primera fase no son fáciles de detectar. Lo mismo se puede decir de algunas especies vegetales, gramíneas (cebada en toda la zona, escanda en Siria-Palestina y carraón en el piedemonte anatolio e iraní) y leguminosas. Las recolecciones repetidas de gramíneas silvestres, y la consiguiente concentración de semillas junto a los núcleos habitados, debieron dar paso (previa observación de los ciclos vegetativos) a los primeros experimentos de cultivo, con delimitación de parcelas, protegidas de los rumiantes. También en el caso de los cereales y las legumbres la domesticación provoca cambios morfológicos y mutaciones genéticas, que en la fase inicial todavía son incipientes; más bien habría que hablar de «cultivo de plantas silvestres».

Ya en la fase «incipiente» (10.000-7500), el nuevo modo de producción tiene consecuencias notables sobre los modos de agregación social y organización material. Las comunidades, que ya han salido de las cavernas, se construyen casas redondas, por lo general semienterradas y con alzado de cabaña. Se distinguen unos campamentos base permanentes (en cuyos alrededores se dan los primeros intentos de cultivos), y unos campamentos estacionales para la caza (que sigue siendo la actividad principal) y la trashumancia. Los primeros silos, en los que se guardan las cosechas de un año para otro, demuestran que se ha superado la dimensión diaria del problema de la alimentación. Los rebaños y las tierras implican los conceptos de propiedad y transmisión hereditaria. Aparecen las tumbas, ya sea individuales, ya sea de grupos familiares.

Esta fase de producción incipiente está representada, sobre todo en Palestina (y en Siria hasta el Éufrates medio) por el Natufiense y luego por el Neolítico Acerámico A, y en la franja del piedemonte iraní por yacimientos como Zawi Chemi y Shanidar, y luego Kamir Shahir (Kurdistán), Ganjdareh y Asiab (Luristán) y Bus Mordeh (Khuzistán). Entre los distintos complejos culturales hay diferencias cronológicas (la secuencia palestina parece precoz comparada con la de Zagros) y de recursos naturales (*baste pensar en las ovejas de Zagros, que de momento no existen en Siria-Palestina*). El instrumental lítico también es diferente, pero tiene rasgos en común: microlitos geométricos, especializados (puntas de flecha para cazar, elementos de hoja de hoz para la recolección de gramíneas, buriles, además de anzuelos y pequeños arpones de hueso para pescar). Si al principio se trata de grupos todavía dependientes de la caza especializada y la recolección intensiva, al final del periodo (sobre todo en el Neolítico Acerámico A de Siria-Palestina) aparecen los primeros indicios seguros de cultivo: en Mureybet (Éufrates medio) carraón y cebada con morfología silvestre, pero cultivados, ya que se encuentran fuera de su área de difusión; y lo mismo se puede decir de la escanda y la cebada de Jericó. Poco después, en Khuzistán, aparecen los primeros indicios de domesticación de cabras, y luego de ovejas.

Es difícil establecer periodos definidos, tanto por los desfases entre zonas como por la progresividad de los fenómenos. Pero se puede decir que el periodo 7500-6000 es plenamente neolítico: comunidades de aldea sedentarias (de 250 a 500 personas), con casas de barro o adobe, de planta cuadrangular, y con una economía basada

LIBER



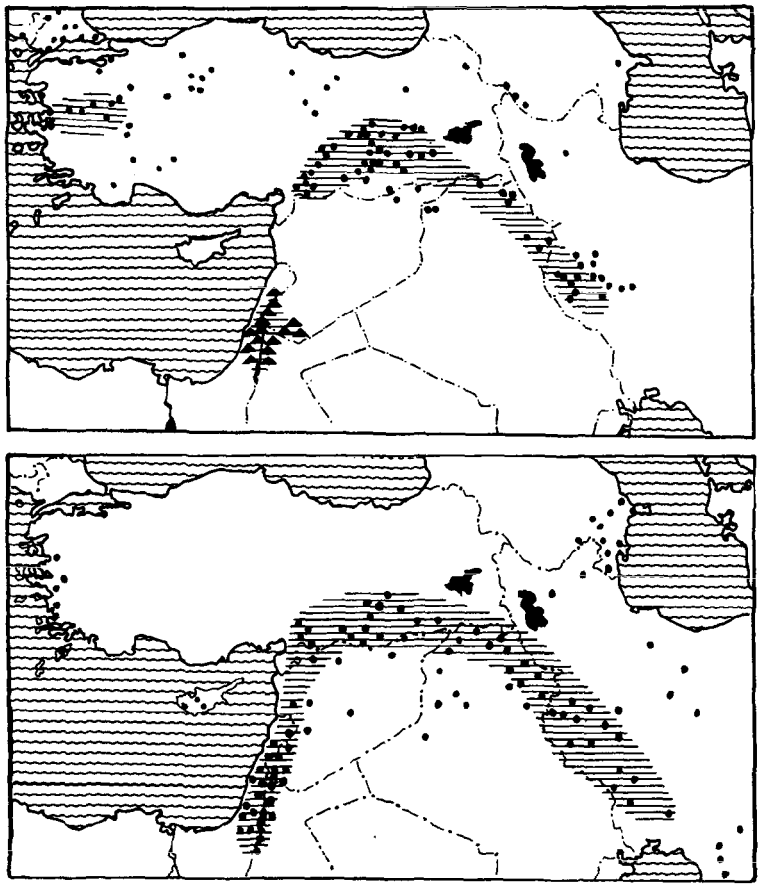


FIGURA 7. Orígenes de la agricultura. *Arriba*, cambios morfológicos en los cereales cultivados. *Centro*, hábitat originario del carraón (●) y de la escanda (▲) silvestres. *Abajo*, hábitat originario de la cebada silvestre.

LIBER

en el cultivo de gramíneas y leguminosas, así como en la cría de ovejas, cabras y cerdos (al final del periodo también se crían bóvidos). Encontramos culturas de este tipo en Siria-Palestina con el Neolítico Acerámico B, en el piedemonte del Taurus (Çayönü, Čafer Hüyük), en Kurdistán (Yarmo), en Luristán (Tepe Guran) y en Khuzistán (Ali Kosh).

La planta cuadrangular de las viviendas posee un significado social. Mientras la cabaña redonda corresponde a una estructura familiar basada en núcleos no ampliables, la casa cuadrangular permite ampliaciones y tiende a formar agregados centrados en un patio, un tejido apretado reticulado (como en Čan Hasan III, Anatolia, y Buqros, Éufrates medio), o también grandes edificios con basamento de piedra (como en Çayönü). Hay indicios de cooperación interfamiliar, cuyo ejemplo más evidente son las fortificaciones de Jericó. Y también aparecen las primeras expresiones ideológicas claras de la estructura patriarcal: en Jericó, con los cráneos de antepasados conservados con los rasgos de la cara modelados en arcilla, en Nevale Çori con las estelas antropomorfas reunidas en un auténtico santuario. La propiedad de los medios de producción (tierras y rebaños) y su transmisión hereditaria empiezan, evidentemente, a dar sus frutos. Las comunidades son más grandes: de los 2.000 a 3.000 m^2 del Natufiense se ha pasado a dos o tres hectáreas en el Acerámico A, y por último a 10 hectáreas en el Acerámico B.

Naturalmente, además de los centros más avanzados existen otros grupos portadores de una economía más atrasada, que viven en un medio más difícil. Beidha, en Transjordania, es una aldea sedentaria, pero gran parte de la comida se obtiene aún mediante la caza; y hay yacimientos del Néguev y del desierto de Judea que todavía son campamentos de cazadores. Los contactos interregionales alcanzan un desarrollo notable, como se puede deducir de la difusión de la obsidiana (desde Anatolia y Armenia) y de las conchas marinas (desde el Mediterráneo, el mar Rojo y el golfo Pérsico). Empieza a tomar forma el escenario neolítico de Oriente Próximo, con comunidades de aldea productoras de su propio alimento, que se distinguen entre sí por sus recursos y el grado de desarrollo tecnológico, y mantienen una relación de intercambio (incluso a larga distancia) de materiales preciosos y fáciles de transportar (toda la comida se produce localmente).

El problema de las «causas» del paso de la caza-recolección a la producción de alimento no se puede resolver de forma unívoca. Las causas y efectos, los factores independientes y dependientes se entremezclan y son difíciles de medir, dada la deficiente estadística de los datos, y dado que su marco espaciotemporal no es todavía demasiado amplio. En líneas generales, no parece acertada la explicación de la presión demográfica. Tanto en la fase de recolección intensiva y caza especializada, como en la de producción incipiente, la población es todavía tan escasa que los recursos disponibles son siempre suficientes. En cuanto a los cambios climáticos (y por ende ecológicos) antes citados, serían el escenario del cambio tecnológico y económico, pero no su causa. Probablemente hay que tener en cuenta dos factores: uno de carácter temporal y otro de carácter espacial. El factor temporal consiste en un intento de dilatar los ritmos de dependencia ambiental en la búsqueda de alimento: el cultivo, el control de los rebaños, el almacenamiento y el sedentarismo son elementos que deben ir unidos para que se dé un control a largo plazo de los medios de producción. El factor espacial está relacionado con el movimiento de los grupos humanos a través de distintos ecosistemas en la fase crítica: unos recursos conocidos a los que

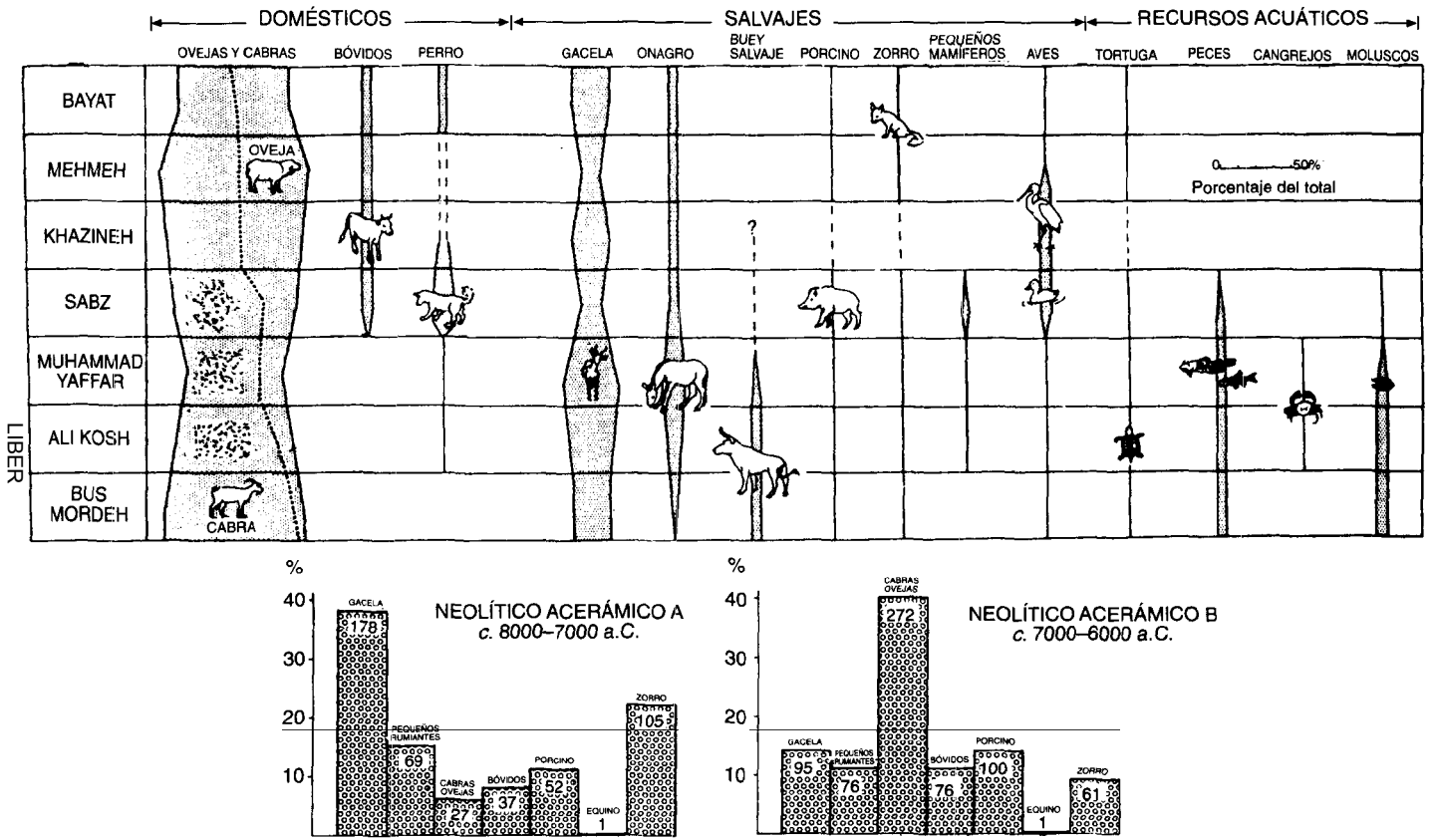


FIGURA 8. Los comienzos de la ganadería. *Arriba*, evolución de las relaciones cuantitativas en los restos faunísticos del Khuzistán prehistórico (desde la fase Bus Mordeh, *c.* 7500-6500, a la fase Bayat, *c.* 4000). *Abajo*, el paisaje desde el Acerámico A hasta el B en Palestina, con la regresión de la fauna salvaje y el decidido auge de los ovinos y caprinos.

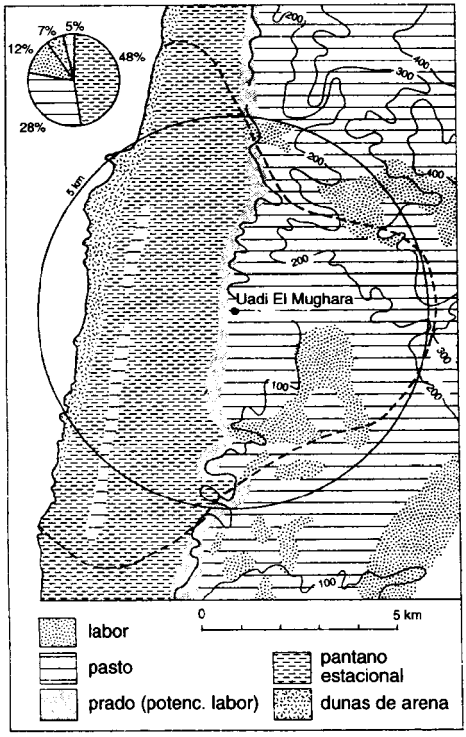


FIGURA 9. Ejemplo de análisis del área de explotación (*site-catchment analysis*) de un yacimiento natufiense. La línea de trazos encierra el territorio que se puede recorrer en una hora de camino.

se accede de forma «natural» en una franja sólo pueden ser utilizados en otra previo trasplante artificial y control técnico. Partiendo de la diversidad en el tiempo y el espacio de los recursos disponibles, las comunidades protoneolíticas tienden a ser más estables y complementarias, interviniendo activamente en los ciclos reproductivos y de consumo, en lugar de depender pasivamente de ellos.

2. EL NEOLÍTICO PLENO: CARACTERES GENERALES

A finales del VII milenio, una vez culminada la fase de producción incipiente, en toda el área de Oriente Próximo han aparecido ya las innovaciones básicas que caracterizan a la cultura neolítica entendida en el sentido tradicional: asentamientos en comunidades de aldea, cultivo de las principales plantas alimentarias (gramíneas, leguminosas), cría de ovejas, cabras, cerdos y bóvidos. También se afianzan otras técnicas propiamente neolíticas: tejidos (lana, lino), cerámica (que empieza en la zona de Zagros: Ganjdareh y Tepe Guran), primera utilización del cobre forjado (Çayönü, junto a los grandes yacimientos de Ergani Maden). Pero, justo cuando este pro-

gresivo e impresionante desarrollo cultural llega a su plenitud, empieza un periodo (primera mitad del IV milenio) que ha dejado muchos menos restos arqueológicos, lo que probablemente no es un hecho casual, y corresponde a una fase de detención y crisis del poblamiento en todo el Creciente Fértil, de Palestina a Khuzistán. Aunque no se sabe bien si esta crisis tiene algo que ver con los cambios climáticos (sequía), está claro que el desarrollo demográfico y cultural de Oriente Próximo no era un proceso fácil ni imparable, sino más bien una conquista trabajosa, que requería *constantes adaptaciones*.

El progresivo final de la crisis sienta las bases para una considerable expansión de la población y los hallazgos tecnológicos. En el periodo comprendido entre 6000 y 4500 surgen varias culturas plenamente neolíticas, con momentos muy florecientes, que desde el arco situado al pie de las cordilleras, donde se habían experimentado con mucho trabajo las técnicas productivas, pasaron por un lado a las mesetas iraní y anatólica, y por otro a la llanura mesopotámica, dos medios que, una vez conquistados por la colonización agropecuaria mediante operaciones infraestructurales de roza, drenaje y regadío, brindan espacios mucho más amplios que los nichos intramontanos originarios. Sin duda, una visión unitaria del Neolítico en toda el área tiene muchos inconvenientes, porque puede eclipsar el desarrollo tecnológico progresivo, las originalidades regionales y locales, las distintas estrategias productivas, los momentos de experimentación y las bolsas de atraso y marginación. Pero, como preámbulo al desarrollo histórico posterior, debemos avanzar a grandes pasos sincrónicos, y caracterizar al Neolítico de Oriente Próximo de acuerdo con sus rasgos unificadores.

La base económica es agropecuaria, y se caracteriza por una fuerte selección de las especies domesticadas. Entre las gramíneas se imponen la cebada, el trigo, la escanda y el carraón, con especializaciones por zonas y usos, mejor precisadas en los periodos históricos. Estas gramíneas ya han salido de sus áreas de distribución silvestre, y su cultivo en los valles aluviales depende de las primeras técnicas de regadío. El riego artificial de los cultivos —ya sea de tipo oasis (Jericó), ya de tipo drenaje y canalización en cuenca fluvial (Eridu) o de tipo meseta (Çatal Hüyük)— aparece en esta fase y se convierte en algo habitual, proporcionando agua en cantidad abundante y bien repartida a lo largo del año. El riego, la hibridación y la selección (aunque sean involuntarios) provocan cambios morfológicos evidentes. La dieta se completa con legumbres, mientras que entre las plantas «industriales» destaca el lino. Al margen de la producción agrícola, perdura una importante actividad de recolección, que afecta sobre todo a arbustos y árboles todavía silvestres cuyos frutos son un alimento habitual.

Lo mismo sucede con las especies animales. Se seleccionan unas pocas especies para la cría: el perro (para proteger las aldeas y los rebaños, y ayudar en la caza), los ovejas y cabras (difundidas en toda el área y criadas en rebaños mixtos), los cerdos, los bóvidos y por último los burros (como animales de carga). Esta ganadería es sedentaria (bóvidos), de corto radio (cerdos) o como mucho trashumante (cabras y ovejas), tanto en sentido horizontal (pastos de verano en las llanuras fluviales, pastos de invierno en las mesetas cercanas) como vertical (pastos de altura en verano, y en el fondo de los valles en invierno). La ganadería aporta carne (cerdos, corderos y cabritos), pero sobre todo trabajo (bóvidos, burros), productos lácteos (bóvidos, ovejas y cabras) y fibras textiles (ovejas y cabras). Al margen de la ganadería, y también

LIBER

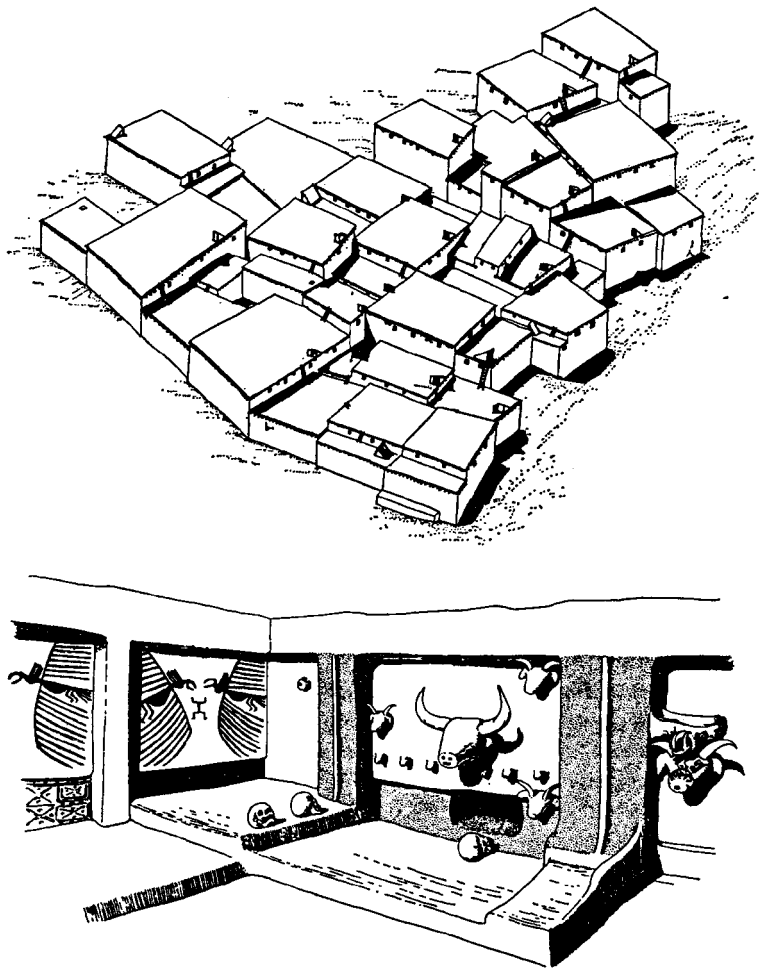


FIGURA 10. Çatal Hüyük. *Arriba*, reconstrucción del nivel VI B (*c.* 5900). *Abajo*, una de las viviendas con decoraciones e instalaciones para el culto.

diferenciada por zonas, perdura una actividad venatoria (onagros en la Alta Mesopotamia, gacelas en Palestina, cabras en los Zagros, etc.) en perjuicio de las especies que no se ha logrado domesticar, y además en defensa de la producción de alimento (cultivos, rebaños) frente a los depredadores y los rumiantes salvajes. En algunas zonas la pesca en agua dulce (pantanos, ríos) y la recolección de moluscos supone un aporte importante de alimentos.

Las fibras vegetales (lino) y animales (lana), una vez tratadas e hiladas, se pueden tejer. Los tejidos están documentados por las improntas en arcilla y los restos del utillaje (pesas de telar), y debieron cubrir las necesidades del vestir, reemplazando a las pieles de animales, propias del Paleolítico y el Mesolítico. Otras técnicas

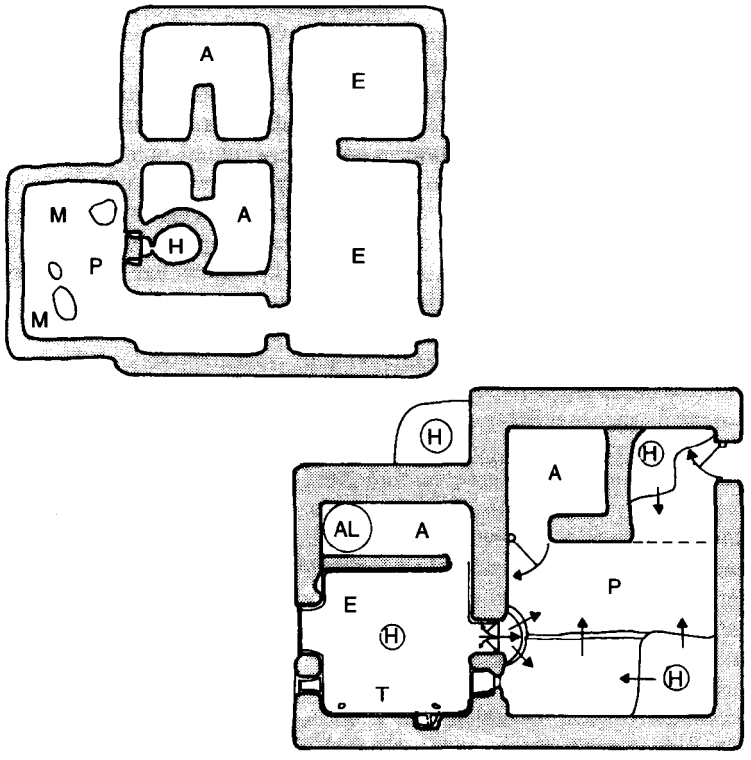
esenciales de transformación afectan a los alimentos: molienda de las semillas (sobre todo de las gramíneas) con morteros de piedra, ya utilizados en las fases de recolección intensiva para moler las semillas silvestres, pero que ahora se convierten en un elemento esencial del utillaje doméstico; y la cocción de los alimentos a raíz de la introducción de la cerámica («ollas»). La cerámica también se usa para el consumo de alimentos (cuencos, escudillas), y con menos frecuencia para guardar líquidos, aunque el uso que más adelante se hará de las tinajas para la conservación de víveres todavía está reservado a los silos excavados, que pese a estar revocados son abandonados con frecuencia debido a su rápida infestación por insectos.

Hay pocos recipientes de piedra, y apenas quedan restos de los de madera o mimbre, que debían ser frecuentes (como también las esteras). La industria lítica se adapta a la nueva economía productiva. Poco a poco se dejan de usar los útiles macrolíticos de herencia paleolítica (percutores, raspadores, y otras formas que no tienen un uso preciso) y los microlíticos de herencia mesolítica. Se especializan las puntas de flecha (para la caza residual), los buriles y punzones para trabajar las pieles, y se propagan sobre todo elementos de hoz para segar las gramíneas, y hojas largas («cuchillos») para sacrificar y esquilar las reses. Los instrumentos de madera no han llegado hasta nosotros, pero sin duda eran muy importantes en las operaciones agrícolas (arado, siembra).

Estas actividades de producción y transformación doméstica se realizan en viviendas generalmente cuadrangulares, donde encontramos silos (excavados en el suelo) y alacenas con paredes de arcilla, hogares y hornos, zonas de trabajo para la matanza de reses, el tejido y las demás actividades. La piedra (para los cimientos) y la madera (para la cubierta) son los materiales más utilizados, según las zonas. Al hablar de las variedades regionales veremos que los tipos de vivienda son variados, desde el conjunto centrado en un patio hasta el retículo apretado de unidades celulares. El asentamiento global varía de la aldea abierta con malla ancha y la aldea alveolar compacta (sin circulación a ras del suelo, con acceso por las azoteas), a los primeros ejemplos de aldeas cercadas con una muralla hecha expresamente o con la yuxtaposición coordinada de las paredes exteriores de las casas.

Por lo general, las aldeas son pequeñas y están diseminadas. La dimensión reducida, que se considera resultado de estrategias matrimoniales, induce a pensar que el asentamiento coincidía con unas cuantas familias numerosas, y en el caso límite con una sola, y en cualquier caso que el parentesco en la aldea estaba muy generalizado. La estructura social se centra en uno o unos pocos cabezas de familia («ancianos» o «patriarcas»), con divisiones tajantes por sexo, edad y procedencia, pero las diferencias sociopolíticas son bastante relativas. Todavía no aparecen diferencias significativas de rango, ni siquiera en los ajuares de las sepulturas —por no hablar del tamaño y los enseres de las viviendas.

En las comunidades se advierte una religiosidad difusa, que ha dejado muchos rastros en objetos y representaciones. Esta religiosidad tiene dos aspectos complementarios: uno funerario, vinculado con la estructura gentilicia «patriarcal» (veneración de los antepasados); y otro relacionado con la fertilidad (humana, vegetal y animal), situado en primer plano por las técnicas de producción de alimento. Ambos aspectos están relacionados entre sí, dado que las meditaciones neolíticas acerca del paralelismo entre reproducción animal (basada en la penetración sexual) y reproducción vegetal (basada en enterramiento de la semilla) establecen cierto paralelis-



E = cuarto de estar; P = patio abierto; A = almacén; H = horno;
T = telar; M = manos de mortero; AL = alacena

FIGURA 11. Vivienda neolítica y paralelo etnológico. *Arriba*, casa-tipo de Yarmo, *c.* 5500. *Abajo*, casa-tipo de Shahabad (*c.* 1950 d.C.) en la misma zona (Zagros).

mo entre el enterramiento de los difuntos y el renacimiento multiplicado de las semillas. Hablo de religiosidad y no de religión, porque el simbolismo (con profusión de representaciones de animales y plantas) y las propias representaciones femeninas (las famosas «Venus» esteatopigias) reflejan concepciones sobre hechos naturales como la fertilidad y la mortalidad, más que personalidades divinas bien individualizadas (como sucederá, y por razones fáciles de entender, en las etapas posteriores).

De modo que la estructura social de las comunidades se compone de familias nucleares reunidas (con vínculos más o menos estrechos y operativos) en familias extensas y en comunidades gentilicias. Dentro de cada comunidad, cada núcleo tiene un papel similar, y su agregación es ante todo acumulativa. Las actividades que no están relacionadas directamente con la producción de alimento, como el tejido y la cerámica, también se realizan en el interior de las mismas familias de productores de alimento, sin especialistas «con dedicación exclusiva». No hay manifestaciones externas de la unidad comunitaria, como edificios públicos del tipo de los templos o los almacenes comunes. Los primeros santuarios extrafamiliares aparecen al final

del periodo en la zona bajomesopotámica (Eridu), pero con formas embrionarias, si se comparan con los del posterior periodo Calcolítico y de la primera urbanización.

Conviene que nos detengamos un momento en el abuso anacrónico del término y el concepto de «ciudad», que a veces se ha aplicado a asentamientos neolíticos, en un mal disimulado intento de situar la «primera» ciudad en la época más remota posible. Casos como el de Jericó (con su torreón y su muralla) o Çatal Hüyük (con sus «santuarios»), han sido interpretados y explicados de una manera errónea. Sin duda, las obras defensivas (Jericó sólo es uno de tantos ejemplos) son el fruto del trabajo coordinado de toda la fuerza laboral de la comunidad local, pero ello no basta para postular un poder político central (capaz de movilizar esa fuerza) ni un carácter urbano. Los paralelismos etnográficos demuestran que comunidades de estructura paritaria y escasa coordinación «política» pueden realizar obras similares. En cuanto a los «santuarios» de Çatal Hüyük (cf. epígrafe siguiente), son tan numerosos que precisamente reflejan una situación opuesta a la especialización y centralización de la actividad de culto. No se puede deducir de ellos la existencia de una casta (¡numerosísima!) de sacerdotes, sino más bien el carácter familiar (y no público) del culto, que cada cual hace por su cuenta, en su casa, o en la del «patriarca» particular. No hay, pues, centralización, sino una atomización del culto, no hay especialización (y jerarquía funcional) sino difusión familiar, si acaso en el ámbito de una jerarquización gentilicia.

El otro elemento característico del esquema de asentamiento territorial es su escasa densidad, la existencia de zonas residuales (pero importantes cuantitativamente) sin colonizar en el sentido político, aunque aptas potencialmente para ello, donde se sitúan las actividades marginales de caza y recolección, y que hacen que las «islas» de las aldeas neolíticas estén separadas. En esta situación, aunque el grado de conflictividad entre las comunidades sea difícil de precisar, es de suponer que se mantenía a niveles bastante bajos. Las posibles «armas» (puntas de flecha, hojas de puñal o dagas) todavía no están lo bastante especializadas como para distinguir entre un uso bélico y uno venatorio habitual. Lo mismo se puede decir de las obras defensivas, que tanto en el caso de los asentamientos que forman colmenas compactas (con fachadas exteriores continuas y accesos por las azoteas), como en el de las modestas murallas, son más eficaces contra los animales salvajes y nocturnos que contra los asaltos enemigos. Sin duda, entre las comunidades existían elementos conflictivos, pero no parece que la guerra —en el ámbito de las bases económicas y de la estructura sociopolítica neolítica— fuese un elemento crucial en el modo de producción y la solución de las relaciones exteriores.

La escasa jerarquización socioeconómica, el poco peso de la clase dirigente en la política y el culto, la estructura dispersa de la ocupación del suelo y de los recursos, y la dimensión local (a escala de aldea) de la producción básica y de las relaciones interfamiliares, plantean la cuestión de si existían agregaciones de dimensión regional o por lo menos comarcal, superior en todo caso a la aldea.

Es evidente que en lo que respecta a la «cultura material» —la única de la que tenemos buena documentación— sí hay agregaciones a escala regional. Algunos caracteres están motivados por factores ecológicos locales, y como tales no poseen un gran valor de diagnóstico. Pero hay otros caracteres sin motivación ecológica, que se transmiten ya sea verticalmente (diacrónicamente) de generación en generación,

ya sea horizontalmente (en el espacio) por fenómenos de imitación, hegemonía cultural y tecnológica u otras causas, es de suponer que partiendo de centros de difusión originaria. En este sentido, cabe citar la tipología y la decoración cerámica, de gran importancia para la identificación de unidades culturales neolíticas a escala regional. Más significativo aún sería otro elemento cultural, el lenguaje, del que no sabemos nada referente a esta época, pero podemos presumir que ya entonces existían áreas que coincidían más o menos con las de la edad histórica (con la salvedad de las migraciones, subdivisiones y fusiones que debieron sucederse). Parece claro que elementos culturales como estos (sin motivación ecológica) sirven para identificar, al menos potencialmente, las contraposiciones entre «nosotros» y «los demás», que forman la conciencia étnica. Nosotros decoramos la cerámica de esta forma, los demás de otras maneras; nosotros hablamos la misma lengua, los demás otras lenguas (o incluso lenguas incomprensibles e inhumanas). El grado de identificación entre fronteras de la cultura material, fronteras lingüísticas y fronteras étnicas (es decir, las relacionadas con la conciencia o presunción de un origen común) varía a lo largo del tiempo, y en la edad histórica suele ser bastante bajo, incluso irrelevante. Pero los paralelismos etnográficos nos hacen sospechar que en situaciones menos complejas puede haber una correspondencia más clara entre cultura, lengua y etnia. No podemos decir cuál era la situación en el Neolítico. La historiografía (o la arqueología) de vieja escuela presuponía sin más estas correspondencias, y por consiguiente etiquetaba los conjuntos reconstruidos de la cultura material con nombres etnolingüísticos. La crítica posterior ha pulverizado esas identificaciones y ha hecho «borrón y cuenta nueva». Pero quizá su celo haya sido excesivo —un exceso comprensible, dada la peligrosidad metodológica de la identificación entre cultura, lengua y etnia. En realidad, no es descabellado pensar que en una fase de colonizaciones masivas (también de zonas vírgenes), fenómenos de selección natural entre grupos más o menos aguerridos, y la consiguiente estabilización de los asentamientos con articulaciones cada vez más estrechas, algunos hechos relacionados con la lengua y el origen común, debieron influir en la acogida o el rechazo de elementos culturales, creando cierta conciencia de las peculiaridades culturales propias, frente a las extranjeras. No se puede ir más allá, y en cualquier caso no se puede atribuir ningún valor político a estos agregados definidos con arreglo a la cultura material, pues sin duda su horizonte político tenía un alcance meramente local.

Si la dimensión económica (productiva) es puramente local —al igual que la política—, pero existen agregados culturales a escala regional y, paralelamente, diversificaciones comarcales debidas a la ambientación tecnológica, también existen relaciones que atraviesan todo Oriente Próximo: se trata de las relaciones que, con un término tal vez anacrónico, se suelen llamar comerciales. No hay contradicción entre la escala local de la producción y la existencia de tráfico, incluso a larga distancia. Todo lo necesario para el sustento y el equipamiento de la comunidad se tiene que conseguir en un radio de pocos kilómetros. El transporte a larga distancia de comida o materiales voluminosos sería demasiado oneroso para la cultura neolítica. Pero hay materiales «preciosos» (para los valores de la época) que no son voluminosos ni pesados y se convierten en objeto de intercambio y transporte, a veces a distancias muy considerables de sus puntos de origen. Las rutas de este «comercio prehistórico» se pueden estudiar en el caso de materiales no perecederos, y que se puedan referir a una sola o unas pocas fuentes. Se conoce el caso típico de la obsidiana, una

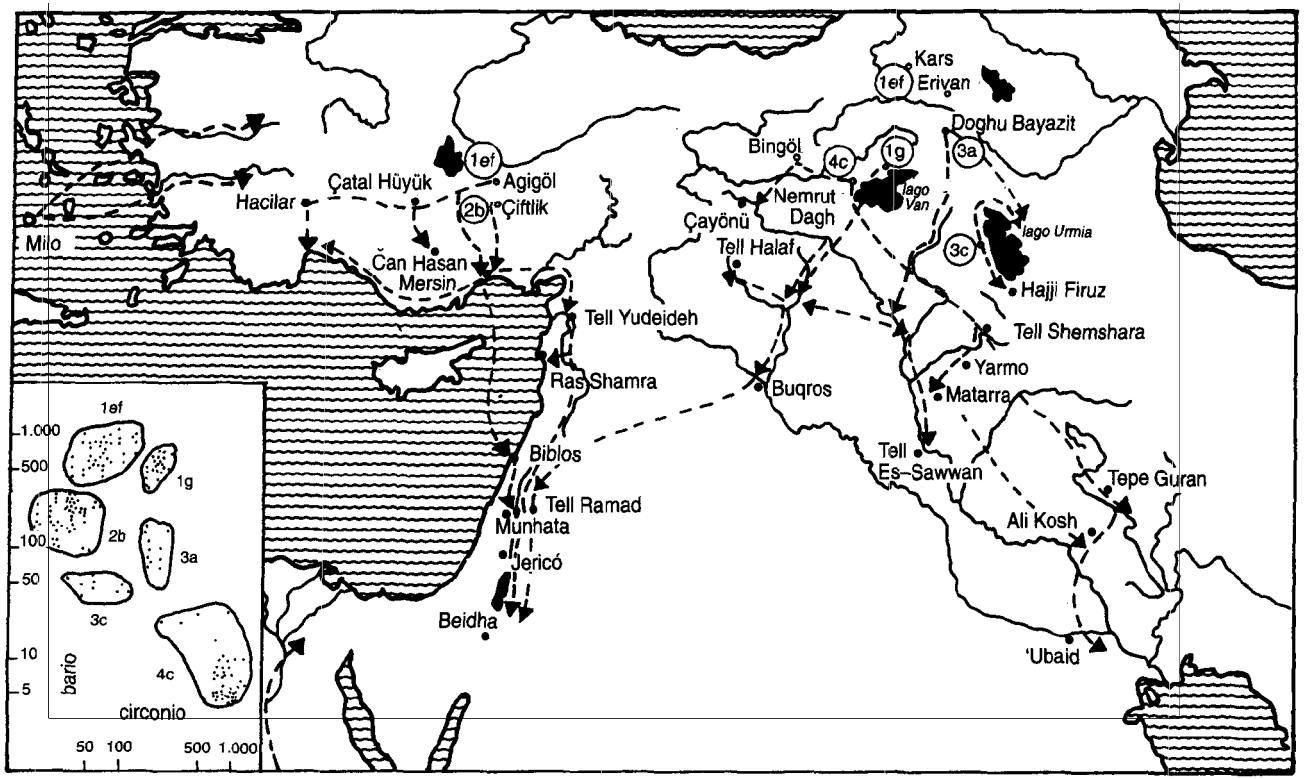


FIGURA 12. Comercio prehistórico de la obsidiana. Las obsidianas de Oriente Próximo, subdivididas en grupos y subgrupos por la dosis de elementos secundarios (bario y circonio) y asignadas así a las distintas fuentes de extracción, se encuentran después en los yacimientos, con lo que se puede trazar una verdadera red comercial.

LIBER

piedra volcánica vidriosa cuyo color (que varía del negro al verdoso o al pardo oscuro) y composición interna presentan variantes según su procedencia. Los centros de suministro a Oriente Próximo van de Anatolia central a Armenia. Mediante análisis de laboratorio, para determinar la proporción en que se encuentran ciertos elementos accesorios variables, se puede establecer el origen de un artefacto de obsidiana encontrado en una excavación, y tener una visión global de la red de tráfico de este material precioso (por ser muy adecuado para hacer hojas cortantes). Lo mismo, dentro de ciertos límites, se puede decir de las piedras duras, las conchas marinas y los metales. Vemos que en todos los casos se trata de materiales no voluminosos, destinados a la manufactura de objetos decorativos (piedras duras, conchas) o de gran calidad (los instrumentos cortantes también se podían hacer de sílex, muy abundante).

Sobre la modalidad del intercambio, es evidente que se trataba de trueques. Se pueden imaginar dos escenarios: o bien una difusión «de aldea en aldea», sumando los pasos intermedios, o bien una difusión realizada por viajeros que conectan directamente el lugar de origen con el de destino. Y en este caso puede haber dos variantes: viajero del lugar de origen, o viajero del lugar de utilización final. El primer escenario es el más «primitivo» e implica plazos largos y un alto grado de casualidad. Le debería corresponder una tasa de recaída decreciente a partir del centro de difusión. No parece que hoy día se pueda seguir sosteniendo la existencia de semejante escenario, pues la difusión desde centros que se hacen la competencia (como en el caso de la obsidiana) no está dispersa, sino que muestra unas directrices preferentes; además, las concentraciones no son inversamente proporcionales a la distancia al lugar de origen. Por eso debemos inclinarnos (con las limitaciones estadísticas que impone la escasez de documentación hallada y analizada) por el segundo escenario, el del comercio «dirigido», con vector único. Entre ambas variantes, la que podríamos llamar «de la exportación» (realizada por los centros de origen) y la que podríamos llamar «de la importación» (realizada por los centros de destino), es difícil decidir basándonos en la simple distribución. Tendríamos que disponer de más elementos de juicio, como en el caso del comercio «protohistórico» (es decir, del Calcolítico y de la edad de la primera urbanización) e «histórico» (del III milenio en adelante). Conviene destacar —dado que puede arrojar luz sobre el comercio neolítico— que los investigadores del comercio protohistórico se inclinan generalmente por la variante de «exportación», basándose sobre todo en el estado semielaborado (o incluso elaborado) de las piedras duras iraníes; por el contrario, en el caso del comercio histórico está bien documentado que el esquema preponderante (y el único aceptado por la ideología de la época) es el de la «importación». Pero esto implica la existencia en el lugar de destino de una organización política y económica que sólo puede ser resultado de la urbanización. Tal vez se pueda pensar que el cambio progresivo de las condiciones y capacidades organizativas, tecnológicas, económicas y políticas a lo largo del tiempo estuvo acompañado por la sucesión de tráficos casuales «de aldea en aldea», tráficos direccionales de «exportación» y tráficos direccionales de «importación».

Así pues, Oriente Próximo, que durante el Neolítico mantiene su estructura básica de células productivas autosuficientes de influencia local (las aldeas), empieza sin embargo a encaminarse hacia un «sistema regional» estructurado de forma global: zonas distintas y complementarias para recursos y potencialidades productivas, con

regiones caracterizadas por rasgos culturales «no motivados», con ambientes más o menos avanzados tecnológicamente, y zonas más o menos pobladas.

3. El Neolítico pleno: las variedades regionales

Las zonas del arco del piedemonte que habían estado en vanguardia durante la «revolución» productiva pierden esta posición cuando, en el Neolítico pleno, las técnicas productivas son trasplantadas a ecosistemas donde no podrían haberse originado, pero en cambio encuentran espacios más amplios para desarrollarse. El bagaje básico de plantas y animales domesticados es trasladado a regiones donde no existía en estado silvestre, y donde los puntos nodales están más separados y los nichos son más amplios. La colonización de las mesetas anatolia e iraní, y sobre todo de la llanura aluvial mesopotámica, posibilitó la distribución de horizontes culturales por toda la extensión de Oriente Próximo.

Pero una difusión amplia no tiene por qué ser compacta: las «islas» puestas en cultivo permanecen perdidas en un inmenso «mar» de tierras que aún no están rozadas o drenadas. Por ejemplo, Anatolia presenta un panorama bastante dispar. En la región ya se habían introducido, marginalmente, las innovaciones mesolíticas, entre otras cosas por ser zona de origen de la obsidiana. Pero en el periodo de la producción incipiente sólo la franja del piedemonte, al sur del Taurus, se ve implicada de lleno en el desarrollo. Con el Neolítico maduro la ocupación se amplía notablemente, pasando a las mesetas situadas al norte del Taurus, pero toda la franja septentrional de la península permanece cubierta de bosques, muy deshabitada y al margen de los principales procesos de desarrollo. Las culturas neolíticas de Anatolia son de las mejor conocidas de Oriente Próximo, gracias a algunas excavaciones de gran extensión y profundidad (sobre todo Çatal Hüyük, y también Hacilar y Čan Hasan, y anteriormente Mersin) efectuadas con técnicas recientes. Pero la exploración territorial todavía no es lo bastante sistemática como para permitir una detallada y global ubicación de las distintas culturas en espacios más amplios.

Çatal Hüyük es el yacimiento más impresionante: 600 x 350 metros de superficie, con una secuencia de 14 niveles que abarcan el periodo 6500-5500. En los bordes meridionales de la llanura de Konya aprovecha un «nicho» de regadío y el punto nodal entre los recursos de la llanura semiárida y las montañas boscosas. La base económica es la típica agropastoral, pero se caracteriza por opciones «ricas» (más trigo que cebada, más bóvidos que ovejas y cabras), una industria lítica bellísima (en el 90 por 100 de los casos de obsidiana) y una cerámica abundante (primero clara pulimentada, luego oscura pulimentada y por último con engobe rojo, pero sin pintar, a diferencia de las posteriores cerámicas del Neolítico anatólico). El asentamiento es compacto: las casas monocelulares están adosadas, de modo que su fachada exterior forma un frente compacto con fines defensivos; la circulación se realiza por las azoteas, desde las que se baja a las habitaciones, y sobre las que tiene lugar también gran parte de la actividad doméstica. Las unidades de vivienda tienen un esquema fijo, con bancos adosados a las paredes para dormir, debajo de los cuales se sepulta a los muertos, y además el hogar, el horno, las alacenas y la escalera de acceso. Pero aproximadamente la tercera parte de las unidades, que por lo demás son como las otras (es decir, tienen un uso de vivienda), se caracteriza por la presencia de una de-

LIBER

CUADRO 7. Esquema cronológico del Neolítico de Oriente Próximo.

	Khabur	Yébel Sinyar Asiria	Tigris medio	Baja Mesopotamia	Khuzistán	Anatolia	Siria
6000		Umm Dabaghiya			Muhammad Yaffar	Çatal Hüyük (6300-5500)	'Amuq A
5500	Halaf Antiguo	Hassuna	Samarra Antiguo (5600-5400)		Susiana A	Hacilar	'Amuq B
5200	Halaf Medio	Hassuna Tardío	Samarra Medio (5400-5000)	Eridu (= 'Ubaid I)	Tepe Sabz	Hacilar	'Amuq C
4800	Halaf Tardío	Gawra 20 Gawra 19-18	Samarra Tardío (5000-4800)	Eridu 19-15 Hajji Muhammad (= 'Ubaid II) Eridu 14-12	Khazineh Susiana B	Mersin 24-22 Mersin 22-20 Čan Hasan Mersin 19-17	'Amuq D
4500							

LIBER

coración y unos enseres destinados al culto, entre los que destacan el bucranio y los símbolos de la fertilidad y la fecundación, y estatuillas femeninas. No se trata de santuarios (dado que sirven de vivienda), ni de sacerdotes (dada su frecuencia), sino de culto doméstico. La visión de conjunto de una aldea tan bien documentada y rica como Çatal Hüyük pone en evidencia la obsesión simbólica y ritual de una población que vive en estrecho contacto con sus muertos y el mundo divino, para asegurar la buena marcha del ciclo reproductor, que sustancialmente es un ciclo regenerador basado en los procedimientos (asimilados simbólicamente) del enterramiento vegetal y la penetración animal.

Los otros yacimientos guía del Neolítico anatólico tienen un carácter distinto. El más pequeño (100 m de diámetro), y el que abarca un periodo más corto (*c.* 5400-4800, seis niveles) es Hacilar. Cronológicamente enlaza con Çatal Hüyük, pero como asentamiento es muy diferente: casas pluricelulares, con patios, circulación a ras del suelo, los enseres domésticos de costumbre, pero sin bancos ni decoración de culto. Es una aldea pobre, con industria lítica de poco valor. La cerámica está pintada (rojo sobre crema). Entre los niveles sucesivos se advierten remodelaciones que pueden ser importantes: de la aldea plurifamiliar del nivel VI se pasa a la monofamiliar recluida en un recinto cuadrangular del nivel II, y a las estructuras compactas (con acceso por la azotea) del nivel I.

Čan Hasan (*c.* 4900-4500) enlaza con el nivel I de Hacilar. Posee viviendas monocelulares que forman una colmena compacta, cuyas paredes están reforzadas con pilastras internas que dejan muy poco espacio para las actividades domésticas. Prosigue la cerámica pintada de rojo sobre crema, pero luego aparece la policromía, por una posible influencia oriental (Halaf). También es diferente el caso de Mersin; aparentemente también posee un horizonte de tipo Halaf que culmina (nivel XVI, *c.* 4500-4300, con cerámica polícroma pulimentada) en la llamada fortaleza, que en realidad es el resultado de la yuxtaposición de las casas que forman una barrera en el exterior —un caso más de coordinación, pero no necesariamente de programación pública.

Mersin, en la llanura de Cilicia, al sur del Taurus, tiene conexiones con la zona de Levante (Siria-Palestina), donde entre 5500 y 4200 también florece una serie de culturas neolíticas cerámicas, que dan la impresión de ser marginales con respecto a las culturas anatólicas y altomesopotámicas contemporáneas. Las zonas más pobladas (o tal vez mejor documentadas) son tres: la Alta Siria, ya sea interior (curso medio del Éufrates), ya sea litoral (Ras Shamra), con conexiones anatólicas iniciales, horizontes cerámicos que se suelen designar con arreglo a las fases del 'Amuq (A, B, C) e implicación final en el horizonte Halaf medio y final, cuya crisis final compartirá; luego está la zona central de Siria (Beqa', Damasco) y Líbano, con el yacimiento clave de Biblos; y por último la zona de Palestina (con el yacimiento clave de Munhata, en el valle del Jordán), o mejor dicho de la Alta Palestina, porque las zonas más áridas del sur (Néguev, desierto de Judea) y de Transjordania permanecen casi despobladas. En líneas generales, las culturas cerámicas siropalestinas se difunden de norte a sur, y denotan una clara recuperación con relación a la crisis del VI milenio. Sin embargo, se trata de una colonización de aldeas muy pequeñas, pobres (aunque en plena posesión de las técnicas neolíticas típicas: entre otras cosas, se difunde la oveja, que no era originaria de Siria-Palestina), con rasgos muy arcaicos (cabañas redondas). Se tiene la impresión —que difícilmente podrán desmentir

LIBER

excavaciones más amplias y afortunadas— de que la situación era bastante precaria, y de hecho culminará en una nueva crisis a finales del V milenio.

La otra zona que, junto con la Palestina natufiense y precerámica, había estado en la vanguardia del proceso de producción incipiente, el piedemonte de los Zagros (desde el Taurus oriental hasta Khuzistán), también se halla en crisis durante el Neolítico Cerámico, pero de distinta manera. Al estar situada Palestina en el borde extremo y fino del Creciente Fértil, experimenta una crisis de agotamiento, por así decirlo. En cambio, el piedemonte de los Zagros, que linda por ambos lados con zonas de difusión potencial, experimenta crisis que se podrían llamar de transferencia. Los portadores de fermentos culturales, que tienen ocasión de desarrollarse en los nuevos ambientes, descienden sobre todo hacia las llanuras mesopotámicas, la árida del norte y la pantanosa del sur.

La primera cultura cerámica que se ha encontrado en Mesopotamia (en época bastante reciente) es la de Umm Dabaghiya (*c.* 6000-5500), al sur del Yébel Sinyar, entre el Tigris y la estepa. El asentamiento tiene casas rectangulares con varias habitaciones, y almacenes adosados de forma cuadrada. Al ser el medio bastante árido, la agricultura es muy pobre, lo mismo que la ganadería. La base principal del sustento es la caza del onagro salvaje (70 por 100 de los huesos, más un 20 por 100 de gacela, con sólo un 10 por 100 de ovejas y cabras domesticadas). La cerámica es pintada o pulimentada, con decoración aplicada o incisa. A continuación, en el periodo comprendido entre 5500 y 4500, aparecen tres importantes culturas: Hassuna, Samarra y Halaf. Se supuso que eran sucesivas, pero en realidad su relación es bastante más compleja, con amplios periodos contemporáneos y una distribución más bien geográfica: Halaf es la más septentrional, Samarra la más meridional, y Hassuna está bastante circunscrita a las otras dos.

La cultura de Hassuna sucede a la de Umm Dabaghiya más o menos en la misma zona, entre Yébel Sinyar, el Tigris y el Uadi Tharthar. Los yacimientos guía son la propia Hassuna, a orillas del Tigris, y Yarim Tepe, en las laderas del Sinyar. Dura de 5500 a 5000 y es contemporánea de la primera fase de Samarra, en el sur, y de la primera fase de Halaf, en el norte, para acabar absorbida por esta última en sus fases media y tardía. Los núcleos habitados continúan la tipología de Umm Dabaghiya, con casas rectangulares (conjuntos de varias habitaciones) y almacenes monocelulares, formando una masa compacta. La base económica es la agricultura de secano, la ganadería y la caza. La cerámica distintiva, pese a ser bastante más avanzada técnicamente que la de Umm Dabaghiya, no es demasiado vistosa; el utillaje lítico es bastante pobre.

La cultura paralela de Samarra, subdividida en una fase antigua (5600-5400, atestiguada en Samarra a orillas del Tigris y Tell es-Sawwan, aguas abajo del río), una fase intermedia (5400-5000, que se extiende al noreste hasta Tell Shemshara en el Zab superior, al sureste hasta Choga Mami, más allá del Diyala, y al oeste hasta Baghuz, a orillas del Éufrates), y una fase tardía (5000-4800, atestiguada sólo en Choga Mami), es bastante más llamativa, tanto por los asentamientos (destaca sobre todo Tell es-Sawwan, con sus casas de muchas habitaciones, erigidas dentro de un recinto amurallado), y por la cerámica pintada con motivos muy complicados y a veces de gran valor artístico (es típico el esquema «giratorio», con temas naturalísticos), como por las formas de alimentación, entre las que destaca claramente la agricultura de regadío (el primer testimonio seguro es precisamente de Choga Mami), mientras que la caza ya es algo marginal.

LIBER

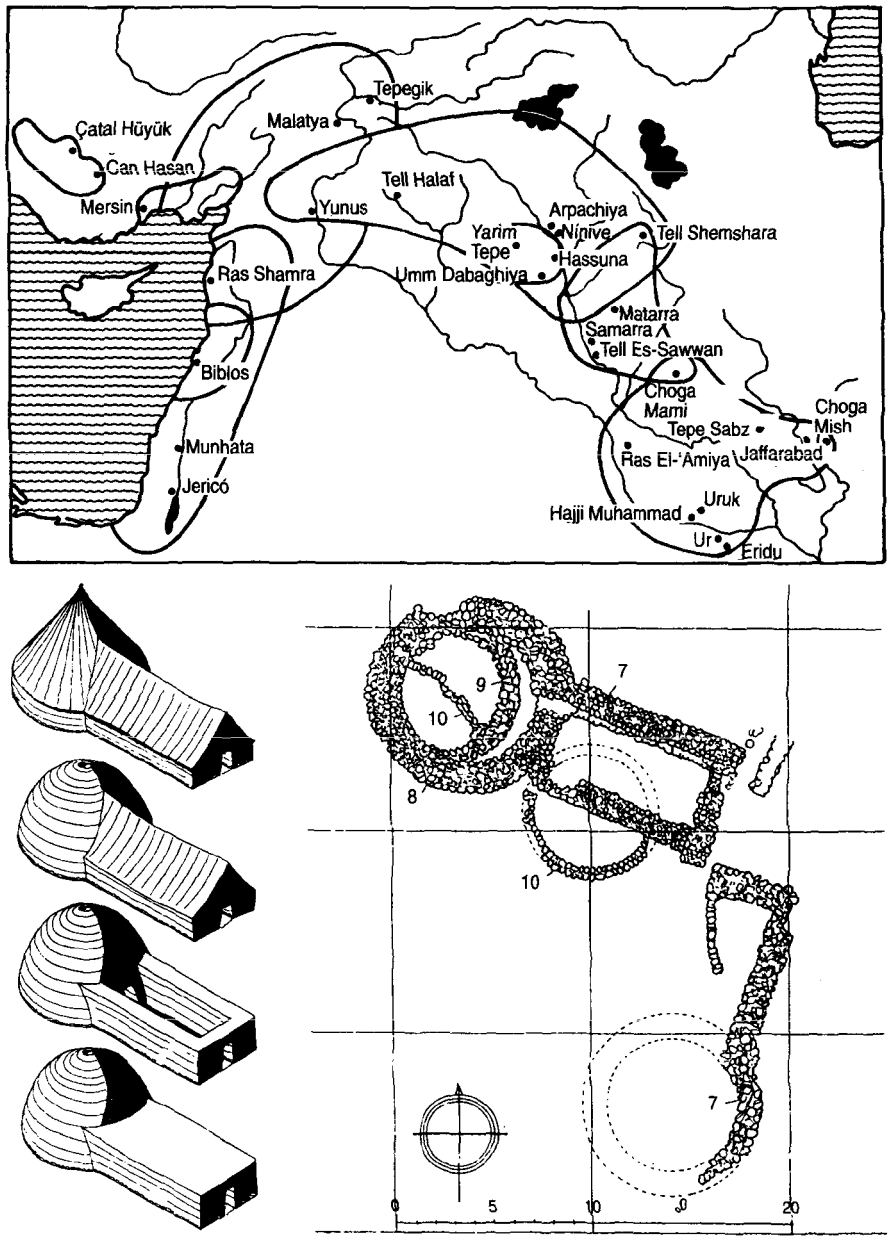


FIGURA 13. *Arriba*, difusión de las culturas cerámicas en los periodos Halaf Tardío y Medio (*c.* 5200-4500): 1 = Halaf; 2 = tipo Halaf; 3 = cerámicas anatólicas coetáneas; 4 = 'Amuq D y Neolítico Cerámico B de Palestina; 5 = Neolítico Medio de Biblos; 6 = Hassuna; 7 = Samarra; 8 = Hajji Muhammad. *Abajo*, planta (*derecha*) y reconstrucciones (*izquierda*) de *tholoi* halafienses, de Yunus, junto a Karkemish.

LIBER

La cultura de Halaf, después de una fase antigua (5600-5300, localizada en Arpachiya, Asiria) se propaga por toda la Alta Mesopotamia, extendiéndose con formas emparentadas hasta el curso medio y alto del Éufrates y la costa mediterránea, y limitando al sureste con los asentamientos tardo-Hassuna (Halaf Medio: 5300-4800), que serán absorbidos en la fase final (Halaf Tardío: 4800-4500). Así pues, la propagación es bastante más amplia que la de cualquier otra cultura anterior, y coincide significativamente con todo el arco del piedemonte, desde el Éufrates hasta el Zab y más allá, con entrantes en zonas propiamente montañosas. Se piensa que el origen de la cultura Halaf recibió aportaciones importantes de poblaciones de montañeses que bajaron al llano para encontrar espacios de cultivo y pastos. La economía es netamente agropastoral, basada sobre todo en la cebada de secano, y las cabras y ovejas: es el esquema terminal de los numerosos experimentos anteriores, que seguirá siendo fundamental en el piedemonte de secano. Los asentamientos tienen rasgos de especial arcaísmo, con viviendas de tamaño reducido y las típicas construcciones en *tholoi* (es decir, redondas y con cúpula), precedidas por una estancia rectangular alargada, un tipo que denota un indudable retroceso (en el aprovechamiento del espacio y la adaptación a conjuntos mayores) comparado con las plantas cuadrangulares, que ya han aparecido hace siglos. A pesar de este y otros rasgos arcaicos, la cultura de Halaf posee una indudable fuerza de penetración y expansión. Prueba de ello es la difusión de su cerámica característica, que por su factura, formas y decoración polícroma, se sitúa en la cima del desarrollo de dicha producción en el Neolítico de Oriente Próximo.

La situación ecológica y el desarrollo cultural en la Baja Mesopotamia son diferentes. Previamente a la obra plurisecular de drenaje e irrigación, estaba ocupada sobre todo por pantanos. Mientras en el vecino Khuzistán prosigue una secuencia local, con las culturas plenamente neolíticas de rica producción cerámica de Muhammad Yaffar y Tepe Sabz (que suceden a la citada de Ali Kosh), en la zona del bajo Éufrates surge casi de improviso la cultura de Eridu. Esta cultura debió tener un proceso de formación, dado el refinamiento de su producción cerámica (al nivel de los mejores productos de Samarra o Halaf). Pero este proceso, o bien permanece sepultado en los sedimentos, o se produjo en otra parte (¿tal vez en Khuzistán?) y fue llevado allí por colonos que ya conocían las técnicas de producción. Éstas son plenamente neolíticas, con agricultura de regadío, pero también dejan un lugar destacado a la pesca (como resulta obvio, dado las condiciones locales). Un desarrollo de la cultura de Eridu es la llamada de Hajji Muhammad (cerca de Uruk), que se propaga desde el sur (Eridu) hasta la zona de Kish (Ras el-'Amiya), y más allá del Tigris, hasta Choga Mami (donde se encuentra con la cultura Halaf tardía) y los centros de Khuzistán (fase de Khazineh). Esta unidad cultural (que en términos de la posterior geografía histórica comprendería las áreas de Sumer, Akkad y Elam) es muy rica. Se distingue bien de la cultura contemporánea de Halaf, y responde a otro ecosistema (cerealicultura de regadío y ganadería bovina, que en Ras el-'Amiya da el 45 por 100 de los huesos). Es el punto de partida de la cultura de el-'Ubaid, con la que el sur mesopotámico tomará por fin las riendas del desarrollo tecnológico y organizativo de Oriente Próximo, mientras que la cultura de Halaf experimentará una crisis progresiva de difícil explicación. Pero con el comienzo de la cultura de 'Ubaid conviene situar una pausa en nuestra periodización y hacer de ella el principio de la fase calcolítica (término que algunos aplican indebidamente a la fase que aquí con-

LIBER

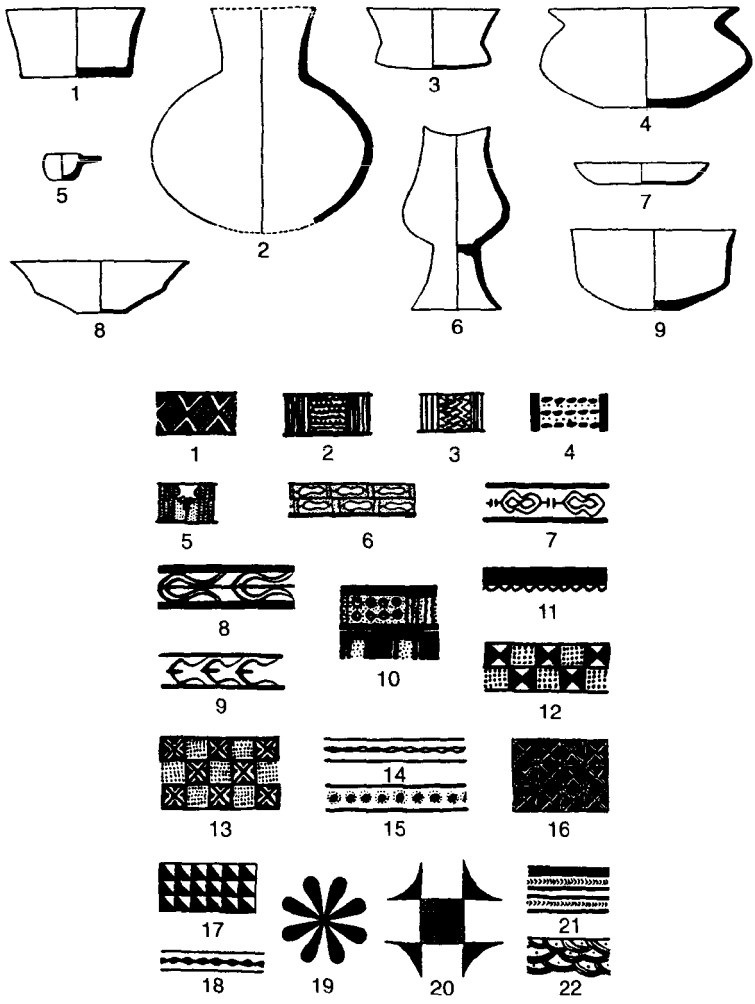


FIGURA 14. Formas y motivos decorativos de la cerámica Halaf.

sideramos neolítica, por el insuficiente motivo de que se ha encontrado algún artefacto metálico, usado en realidad como si se tratara de una piedra dura pero maleable).

Si bien el eje de las culturas neolíticas de Oriente Próximo abarca la franja que va de Anatolia central y meridional a Khuzistán, conviene recordar que existen culturas posteriores, en cierto modo marginales, menos ricas pero más avanzadas tecnológicamente: desde las que ya se han citado de Palestina a la de Chipre (cultura de Khirokitia, con sus típicas casas redondas, todavía acerámica, aunque con economía productiva), pasando por las de las vertientes interiores de los montes Zagros (Tepe Giyan, Dalma Tepe) y la de Transcaucasia. A través de estas culturas, que se asientan en zonas de explotación agrícola más difícil, o de más difícil inserción en

LIBER

los contactos interregionales, el Creciente Fértil permanece en contacto con otros horizontes neolíticos que alcanzan un desarrollo muy notable, pero que no vamos a abordar aquí, al hallarse fuera de los límites geográficos que nos hemos puesto. Así, más allá de Palestina están las culturas neolíticas egipcias (Fayyum), más allá de Chipre y el suroeste de Anatolia se entra en contacto con las culturas neolíticas del Egeo y Macedonia, y más allá de los montes Zagros se hallan las enormes extensiones donde se desarrollan las culturas neolíticas cerámicas de Irán central (Tepe Siyalk), y luego de Turkmenia y Asia central. En esta fase se advierte con especial intensidad lo artificioso de las delimitaciones por áreas, que tendrán un sentido más preciso cuando en Oriente Próximo se desarrollen plenamente los elementos de la cultura urbana superior, un desarrollo más tardío y modesto en otras zonas.

4. Hacia la urbanización

En los niveles 17-15 de Eridu (fase de Eridu, *c.* 5000) se han encontrado unos edificios pequeños que, por su tipología y ubicación (bajo los niveles posteriores de los templos de las fases 'Ubaid y Uruk), se consideran los primeros ejemplos de edificios exclusivamente dedicados al culto. Son unos inicios modestos, ya que se trata de pequeñas capillas, pero ya es significativo que se dedique a esta función un espacio propio, mientras que antes (recordemos el llamativo caso de Çatal Hüyük) permanecía en el ámbito familiar. Este desarrollo es característico de la posterior fase cultural de 'Ubaid, en la que alcanza considerables dimensiones y se difunde de la Baja a la Alta Mesopotamia, sin afectar de momento a las zonas circundantes.

La fase cultural de 'Ubaid tiene una duración larga, *c.* 4500-4000 para la fase «antigua» o «clásica» y 4000-3500 para la fase «tardía». Inicialmente insiste en la misma zona donde habían florecido las culturas de Eridu y Hajji Muhammad, con una continuidad clara en los asentamientos y el tipo de producción cerámica (hasta el punto de que, según una clasificación alternativa, las fases Eridu, Hajji Muhammad, 'Ubaid Clásico y 'Ubaid Tardío serían las fases 'Ubaid 1, 2, 3 y 4). Los centros principales son el propio Eridu, Ur y el paraje epónimo de 'Ubaid (cerca de Ur) en el profundo sur; posteriormente, y más al norte, Tell 'Uqair (junto a Kutha), Ras el-'Amiya (junto a Kish) y Tell Madhur (zona del Hamrin). La cerámica de superficie indica una difusa proliferación de asentamientos, aunque pocas veces se llega a estos niveles antiguos en las excavaciones de los asentamientos históricos, y son difíciles de localizar en los asentamientos que no tuvieron una continuidad, porque permanecen sepultados bajo los depósitos aluviales posteriores.

En esta fase hay un primer ordenamiento de la llanura mesopotámica, si bien a escala local, mediante excavación de acequias que sirven para llevar agua a zonas que de otro modo no se podrían cultivar, y sobre todo para drenar el exceso de agua en los aguazales y pantanos que abundan en la parte terminal de la llanura (zona de las «lagunas» y zona del «delta»), así como para llevar el sobrante de las crecidas estacionales a las cuencas de embalse. A lo largo de estas acequias se sitúan los asentamientos que, evidentemente, son centros agrícolas. El artefacto-guía más característico (aparte de la cerámica) es una hoz de barro cocido, un instrumento barato (bastante más que las hoces de sílex) para una actividad que ya se realiza de forma masiva: la recolección de cereales. Además de agricultura, hay ganadería (cabras,

CUADRO 8. Esquema cronológico del Calcolítico de Oriente Próximo.

	Mesopotamia sur	Mesopotamia norte	Khuzistán	Siria	Anatolia
4500	'Ubaid Antiguo (= 'Ubaid 3) Eridu 11-9	Nínive 3 Gawra 17-14	Susiana C Mehmeh	'Amuq D	Mersin 16
4000	'Ubaid Tardío (= 'Ubaid 4) Eridu 8-6 Uruk 18-15	Nínive 3 Gawra 13-12	Bayat Susa A	'Amuq E	Mersin 15
3500					

ovejas y bóvidos), y probablemente empieza también la arboricultura (palmera datilera) y la horticultura (cebollas y varias legumbres), gracias a la disponibilidad capilar de agua superficial. En algunas poblaciones cercanas a los pantanos y las lagunas, como Eridu, la dieta se completa de forma notable con la pesca, y en los templos se han encontrado ofrendas de pescado y de instrumentos para la pesca (anzuelos y clavos curvados para sujetar las redes).

La arquitectura doméstica, que al principio es bastante pobre, con cabañas de cañas y barro, se hace luego más compleja y sólida (véase el ejemplo de Tell Madhur). El centro del asentamiento está dominado por un templo. En Eridu se puede seguir muy bien la secuencia de santuarios reconstruidos y ampliados después de cada derribo, hasta alzarse sobre una verdadera plataforma formada por los escombros de los edificios anteriores. Después de los templetes embrionarios de la fase de Eridu aparecen templos mucho más importantes en la fase 'Ubaid Clásico (niveles 11-8), con una *cella* central alargada rodeada de espacios menores salientes. Ya en el nivel 8, y luego en los templos de la fase 'Ubaid Tardío (7-6), aparecen edificios de tres partes (*cella* central alargada y dos filas de habitaciones a los lados) cuyos muros exteriores tienen entrantes y salientes (un tipo arquitectónico que será característico de los templos mesopotámicos en los tres milenios posteriores), con acceso lateral precedido de una escalinata que salva el desnivel de la plataforma. Las dimensiones de estos edificios (de unos 20 metros por 12), las mayores que hasta entonces se habían conocido, denotan que la separación de la función de culto tuvo un reflejo inmediato y preciso en la organización del poder económico y político, en el sentido de la centralización (ofrendas, el culto como actividad comunitaria, movilización de mano de obra para la construcción de los templos, probable sacerdocio profesional). De esta tendencia a la centralización y a la estratificación se tienen otros indicios, que aún no son demasiado llamativos, pero se podrán interpretar a la luz de las investigaciones posteriores.

Un primer indicio es la presencia cada vez mayor de productos artesanales de gran

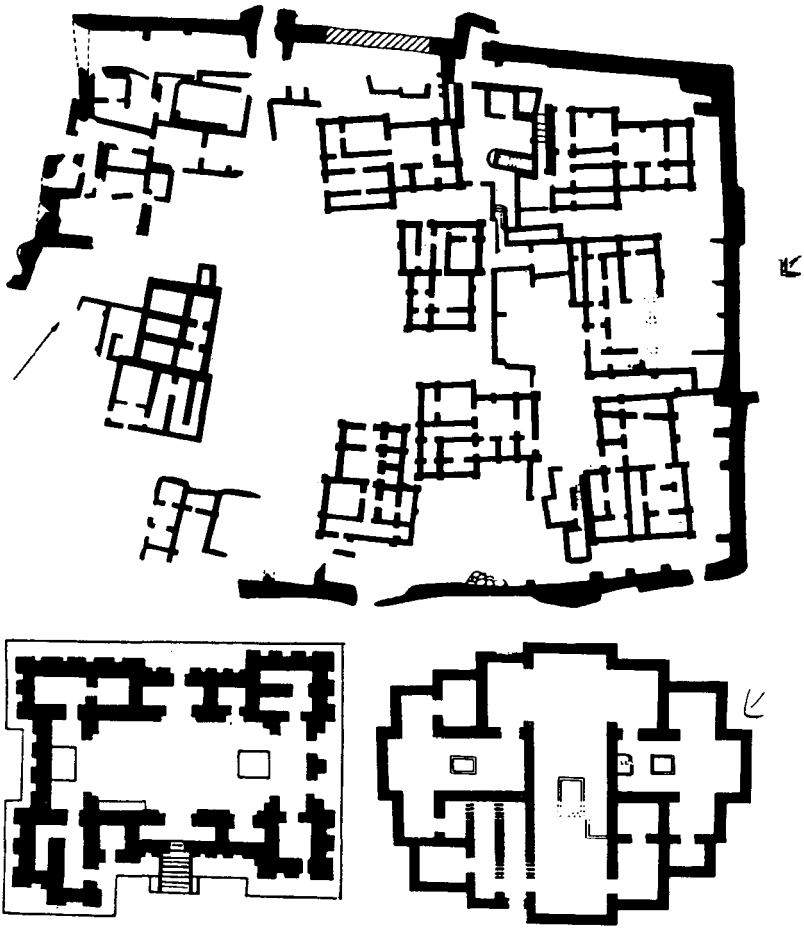


FIGURA 15. *Arriba*, el recinto de Tell es-Sawwan, fase Samarra. *Abajo, a la izquierda*, el templo 7 de Eridu, fase 'Ubaid Tardío; *a la derecha*, el tipo de casa privada de época 'Ubaid.

valor intrínseco (para los baremos de la época), fruto de un trabajo especializado, aunque todavía no sea necesariamente a tiempo completo, dada su elaboración y la obtención de los materiales. Los útiles metálicos y las piedras duras talladas formando cuentas de collar o sellos implican unas actividades mercantiles (ya no basta con una distribución genérica desde los centros de origen) y unas actividades artesanales.

Un segundo indicio es la ubicación de márgenes crecientes de riqueza en contextos que no responden estrictamente a la supervivencia, y están cargados de significados simbólicos. Además de las ofrendas a los templos, cada vez son más importantes los ajuares funerarios, que reflejan unas diferencias crecientes en el nivel económico de los difuntos y dejan entrever una sociedad que empieza a estratificarse funcional y económicamente.

LIBER

Un tercer indicio es el comienzo de producciones «en serie», lo que significa que hay artesanos con dedicación plena, y también existen «agencias» políticas que dirigen y consignan las actividades económicas de la sociedad. Ya hemos visto el caso de las hoces de terracota (indicio de una masificación del instrumental y de la actividad agrícola básica). El caso de la cerámica está mejor documentado todavía. La cerámica de 'Ubaid «clásica» está hecha a mano y es de gran calidad, tanto en el aspecto técnico (tipo de pasta, grado de cocción, paredes finas como cáscaras de huevo) como en el estético (decoración pintada que desarrolla la de los periodos anteriores añadiendo motivos nuevos, a veces de animales). En la fase 'Ubaid Tardío se produce una decadencia técnica, debido a la producción más apresurada, en serie, en grandes cantidades: introducción del torno lento o manual, cocción irregular y decoración más descuidada. El proceso culmina en el periodo sucesivo (Uruk Antiguo), cuando se generaliza la fabricación de cerámica en serie, al torno.

Así pues, con la cultura de 'Ubaid nos hallamos en un proceso de formación de agregados socioeconómicos y políticos más complejos que la aldea neolítica. Evidentemente, el punto de partida es la ampliación de la producción agrícola, que se desarrolla en la llanura mesopotámica gracias a la irrigación extensiva y la introducción del arado de tiro animal; y las líneas maestras son la incipiente especialización laboral y funcional y la consiguiente aparición de funciones de coordinación y decisión (sobre todo en torno al papel guía del templo), y de la progresiva estratificación en el seno de la comunidad.

A los centros 'Ubaid del sur se suman otros centros septentrionales, que suceden a la cultura Halaf tardía, ya en crisis profunda. El núcleo más importante y mejor conocido es el de la región que luego será Asiria. Los yacimientos principales son Tepe Gawra al pie de los montes, y Tell Arpachiya y Nínive a orillas del Tigris. Otros centros se encuentran en la zona de Nuzi, Shemshara, Yébel Sinyar (Tell eth-Thalatat) y Khabur (Tell Brak). En Tepe Gawra hay una sucesión de templos análoga a la de Eridu, aunque su comienzo es un poco más tardío. La secuencia culmina en el complejo de templos del nivel 13: tres santuarios, que combinan elementos meridionales con elementos originales, rodean un amplio patio. Los edificios del nivel 13, con sus delgados muros decorados por fuera con nichos y entrantes, las coloridas pinturas murales y la disposición tripartita con entrada lateral, están a la altura de las mejores realizaciones de Eridu, y demuestran que en la época 'Ubaid las dos áreas son equivalentes en riqueza y adelantos tecnológicos.

Pero las dos áreas difieren bastante en cuanto a ubicación ecológica y tradición cultural. Se advierte enseguida en Gawra, con sus edificios redondos, que desde el periodo Halaf Tardío (nivel 20) se mantienen hasta la época antigua de Uruk (nivel 11), recordando las montañas cercanas, donde este tipo de construcción es persistente. En Gawra hay una especie de interestratificación entre las *tholoi* y los templos de tradición meridional. En los niveles donde aparecen las primeras faltan los segundos, y al revés, lo que denota el carácter competitivo e irreconciliable de las influencias procedentes de los montes (vestigios de Halaf) y del valle meridional (con los nuevos colonos agrícolas de 'Ubaid). Las ricas necrópolis del norte, más que la agricultura, que en Asiria es floreciente pero depende de las precipitaciones, subrayan el papel de los contactos comerciales. Abundan el lapislázuli afgano, las piedras duras iraníes (cornalina, turquesa, hematites, diorita), la obsidiana de Anatolia, y el cobre, también de Anatolia. También en el norte, el nuevo desarrollo sociopolítico

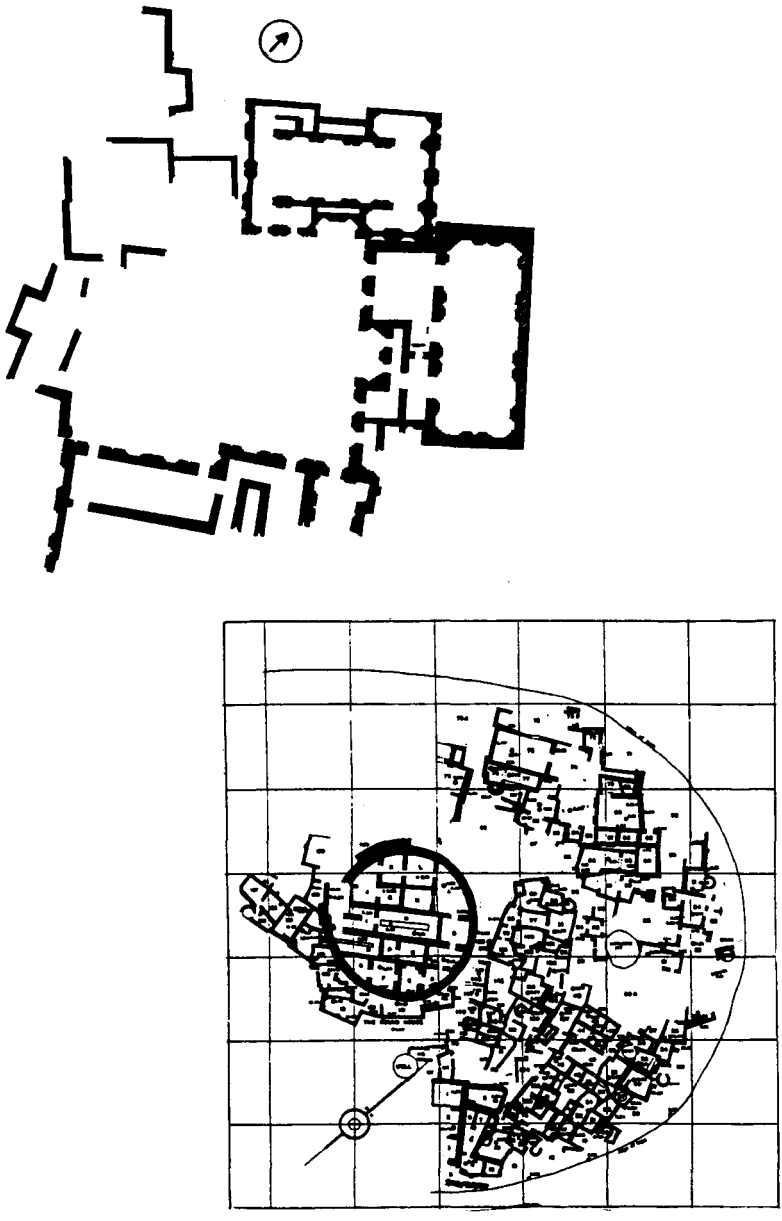


FIGURA 16. Tepe Gawra, interestratificación de modelos alternativos de crecimiento político y cultural. *Arriba*, nivel XIII: tres templos de modelo bajomesopotámico. *Abajo*, nivel XI: *tholos* señorial de modelo septentrional.

LIBER

sigue la orientación que ya hemos visto. Baste citar la evolución de la glíptica, con sellos de dibujo geométrico (habituales en el contexto 'Ubaid), que culminan en el umbral de la edad sucesiva con una decoración figurativa muy original, humana y animal. La glíptica refleja una organización de las relaciones económicas que requiere una identificación despersonalizada y revalidada de los papeles y los protagonistas (de carácter «meridional», por lo tanto), mientras que la gran *tholos* del nivel 11, erigida en medio de un grupo de casuchas, señala la presencia de un «jefe» de origen cultural montañés, que tal vez deba su autoridad al uso de la fuerza militar y al control del tráfico interregional.

La fuerza expansiva de la cultura de 'Ubaid en sentido estricto se detiene en la zona del Khabur, pero las culturas caracterizadas por cerámicas «de tipo 'Ubaid» llegan más allá, a la Alta Siria ('Amuq E, Ras Shamra), al sureste de Anatolia (Mersin XV-XII: *'Ubaid-like* interestratificado con cerámicas de tipo anatolio central), al curso alto del Éufrates, a Irán (Siyalk II-III, con bella cerámica decorada con figuras de animales y muestras evidentes de cerámica a torno y fusión del cobre; y Tepe Hissar I, centro comercial en la ruta de Turkmenia). También encontramos cerámica de tipo 'Ubaid en Omán, zona de prometedora producción minera (cobre).

En los centros 'Ubaid típicos, tanto en el sur como en el norte, la metalurgia (fusión del cobre puro y arsenical) está mal documentada, entre otras cosas por la continua reutilización del metal. Pese a ello, se sabe que alcanzó niveles técnicos considerables, siendo utilizada para herramientas y armas, y no sólo para pequeños elementos decorativos. Pero encontramos ejemplos mucho más significativos de la nueva tecnología del cobre en zonas próximas a los yacimientos del metal, como Anatolia central, donde están los grandes yacimientos de Ergani Maden y otros, y Palestina meridional, con los yacimientos de 'Araba. Estas dos zonas tienen características diferentes, y merece la pena destacarlas. En el caso del Calcolítico Tardío de Anatolia oriental (que hoy se conoce mejor, a raíz de las excavaciones de salvamento en las zonas de los embalses del Éufrates) hay una cultura de base agrícola, conectada con el mundo 'Ubaid septentrional, que depende de ella para el suministro de cobre. En torno a la elaboración local de este importante metal se desarrolla una cultura que muestra indicios del paso a formas organizativas más complejas, con una producción cerámica en serie (cuencos de producción rápida, con marcas del alfarero). En cambio, la cultura gasuliense de Palestina es sobre todo pastoral, instalada en las zonas semiáridas del Sinaí, el Néguev y el desierto de Judea, con desplazamientos estivales a las zonas más lluviosas de Cisjordania y el valle del Jordán. Las excavaciones de tumbas, alacenas en cavernas y asentamientos han documentado una rica producción de armas de cobre arsenical (a veces ceremoniales), y revelan la existencia de jefes de pastores, cuya autoridad, probablemente, está relacionada con el ejercicio de la fuerza y el control del pastoreo y la extracción del metal. Por lo tanto, se vislumbra en distintos grados y con distintas formas la formación de un sistema interregional, que yuxtapone un área preponderante en el orden demográfico, de la producción agrícola y el desarrollo organizativo (el área mesopotámica), y unas zonas marginales más o menos relacionadas con la anterior, que proporcionan metales y piedras duras, y acusan la influencia mesopotámica en el aspecto organizativo, pero contraponen un poder basado más en la personalidad de jefes gentilicios que en el despersonalizado polo del templo.

Con el Calcolítico Tardío del este de Anatolia y el Gasuliense de Palestina

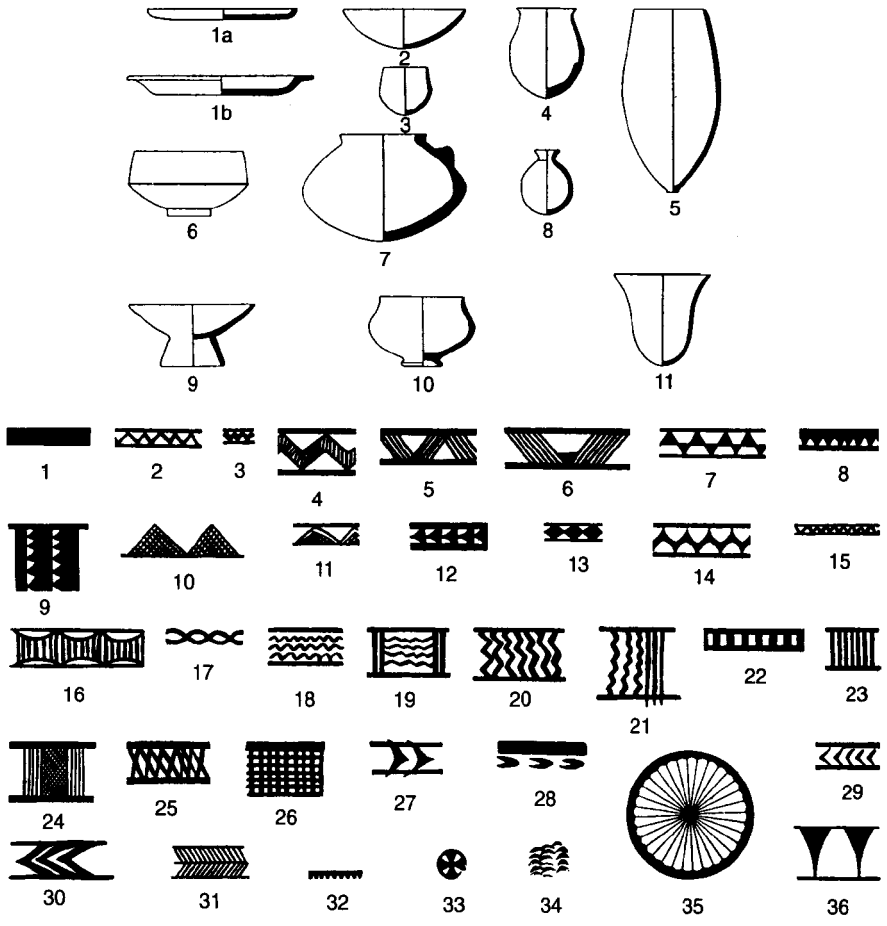


FIGURA 17. Formas y motivos decorativos de la cerámica 'Ubaid.

(3700-3300), hemos llegado al final del periodo 'Ubaid Tardío, y nos adentramos en la fase llamada Uruk Antiguo, en el valle de la Baja Mesopotamia. Entre 'Ubaid Tardío y Uruk Antiguo no hay ruptura. El desarrollo técnico y organizativo sigue la misma dirección, pero conviene hacer una periodización, debido al cambio del tipo cerámico distintivo (a la cerámica pintada 'Ubaid Tardío le suceden otros tipos pulimentados, grises y rojos, típicos de la fase Uruk) y a los indicios posteriores de polarización hacia una economía y una dirección política centralizadas. Carecemos de datos que nos permitan conocer el ritmo de crecimiento de cada asentamiento, ni el crecimiento a escala regional. Sólo podemos reseñar las sucesivas etapas del desarrollo técnico y las del crecimiento de los complejos de templos. Hay yacimientos guía de la fase Uruk Antiguo en el propio Uruk (que sucede a Eridu como yacimiento guía tanto en el aspecto arqueológico como, seguramente, en la realidad histórica), y en el norte, donde perdura Tepe Gawra (hasta el punto de que la fase Uruk

Antiguo del norte se suele llamar de Gawra). En Uruk la división en subfases sigue los niveles de la zona sagrada del Eanna, que en el periodo Uruk Tardío formará un gran conjunto de templos. Los niveles 18-15 pertenecen a la época 'Ubaid, mientras que los niveles 14-6 corresponden a la fase antigua de Uruk. Con el nivel 12 empieza la producción de un tipo de cuenco bastante característico, llamado de «borde biselado» (*bevelled-rim bowls*), hecho con molde en grandes cantidades y destinado, sin duda, a formas de distribución o consumo de comida extrafamiliar, relacionadas con las grandes organizaciones de los templos. Volveremos sobre esta cuestión al hablar de la fase Uruk Tardío, cuando el sistema está en su apogeo, pero conviene decir que el tipo cerámico (con sus premisas organizativas y su realización técnica) ya está presente hacia 3500. Paralelamente, en Ur se ha encontrado una instalación para la producción cerámica con muchos hornos de alfarero reunidos, señal de una fabricación en masa, extrafamiliar; y también se ha encontrado el primer torno de alfarero, que ya se había empezado a usar en el periodo 'Ubaid Tardío tanto en la Baja Mesopotamia como en Irán. El uso del torno se generaliza para todos los tipos de cerámica, no sólo para las producciones en serie, al llegar al nivel 8 del Eanna. En el nivel 6, precisamente en el apogeo del Uruk Antiguo, aparecen dos innovaciones típicas en el sector arquitectónico: el uso de pequeños adobes plano-convexos (*Riemchen* en el vocabulario de los excavadores alemanes de Uruk) en lugar de los adobes anteriores, más grandes y cuadrados, y la decoración con conos de arcilla de cabeza pintada en los muros exteriores de los edificios de los templos.

Todavía no se ha investigado lo suficiente la zona sagrada del Eanna de Uruk en los niveles anteriores al 4, de modo que la evolución arquitectónica no se puede seguir en el yacimiento guía. Pero en Tell 'Uqair, en Mesopotamia central, hay un impresionante complejo de templos (el «templo pintado») que se remonta a esta época. Se encuentra en un recinto, sobre una plataforma elevada, que puede darnos una idea de la valoración que los edificios de los templos y sus estructuras económicas debieron experimentar en la segunda mitad del IV milenio. Un emplazamiento y una importancia análogos tiene el templo contemporáneo de Eridu. Estos templos son los núcleos alrededor de los cuales se apiña la comunidad, que también experimenta un notable crecimiento, diferenciándose claramente de las pequeñas aldeas —diferenciación que habrá que examinar cuando llegue a su punto culminante, pero que ya en esta fase empieza a manifestarse. Lo mismo sucede en alguna población del norte, donde sobre todo Nínive parece destinada a convertirse en gran ciudad, pero es en Tepe Gawra donde podemos seguir todavía la evolución arquitectónica de la zona sagrada: una evolución que comprende varios santuarios del tipo tripartito, pero que al quedar la *cella* central retrasada con respecto a los cuerpos laterales, y por el cambio de orientación (entrada por el lado corto), tienen una forma de «pórtico» que los distingue de los del sur.

Desde luego, las diferencias entre norte y sur no se limitan a esto. El potencial productivo y demográfico de las nuevas tierras de la Baja Mesopotamia, continuamente drenadas y roturadas, configura un nicho ecológico de enormes dimensiones, que desempeña el papel de formidable centro de expansión y polarización para las áreas marginales. El área septentrional, que hasta ahora no tiene nada que envidiar a la meridional en cuanto a tradiciones culturales y avances técnicos, tiene sin embargo unas posibilidades limitadas de desarrollo agrícola y demográfico, manteniendo su papel como centro comercial. La expansión de la cultura Uruk antigua, tras las

LIBER

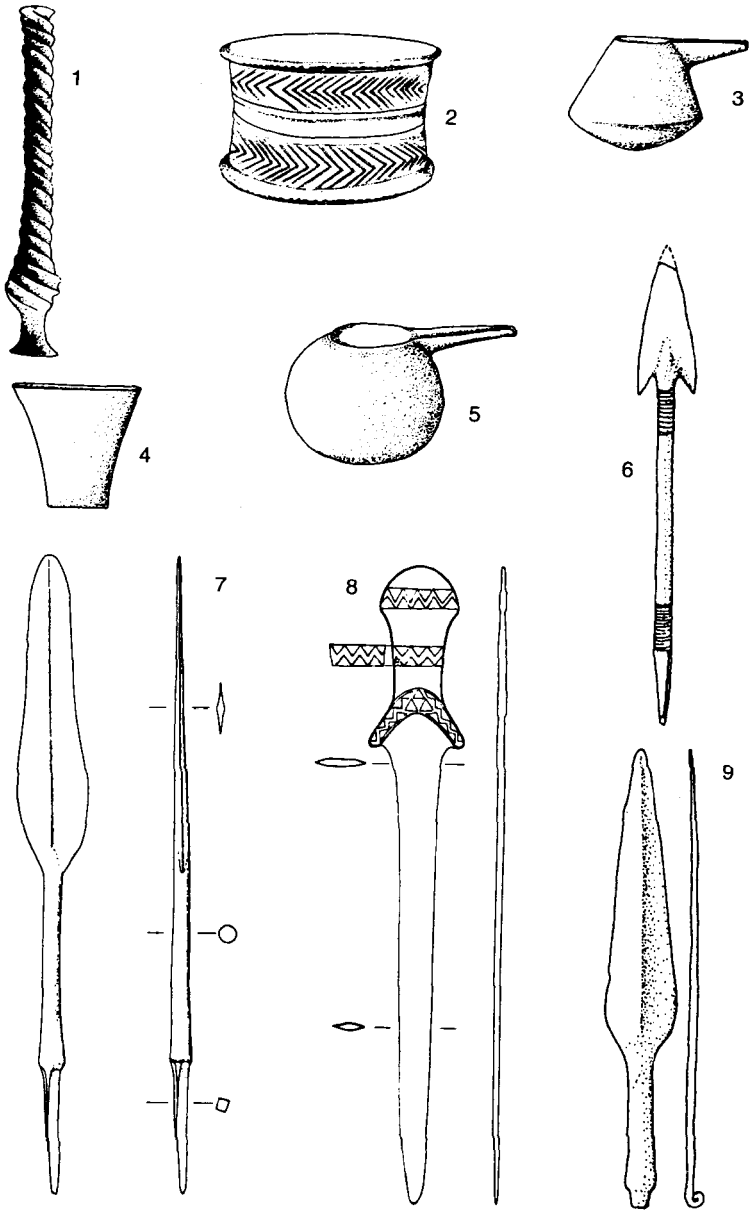


FIGURA 18. La primera metalurgia, *c.* 4500-4000. 1-2: de Nahal Mishmar (periodo Gasuliense); 3: de Susa (fase Ca); 4: de Ur (periodo Yemdet Nasr); 5: de Uruk (periodo Yemdet Nasr); 6: de Ur (periodo 'Ubaid); 7-8: de Malatya (fase VI A); 9: de Susa (acrópolis, nivel 13).

LIBER

huellas de la 'Ubaid tardía, por regiones lejanas (sobre todo la Alta Mesopotamia por un lado y Khuzistán por otro), todavía está sujeta, en parte, a problemas cronológicos. Se piensa que el desarrollo empezó en ámbitos locales, y una exportación más precisa y revolucionaria de los elementos típicos de la cultura de Uruk hacia la periferia mesopotámica sólo tuvo lugar en la fase Uruk Tardío. En este tratado nos inclinamos por esta visión.

A mediados del IV milenio, pues, se concretan algunos elementos importantes del orden político y cultural de Oriente Próximo. La llanura de la Baja Mesopotamia encabeza el desarrollo técnico y organizativo y se convierte en el centro de las zonas aledañas. La complejidad de las relaciones interregionales tiene su reflejo en la de los sistemas de asentamiento a escala local. Las ciudades templo se convierten en polos de atracción y guía socioeconómica, política e ideológica. El nuevo papel desempeñado por el templo corresponde a nuevas formas de religiosidad: el sistema de las ofrendas, el carácter comunitario de los edificios de culto y la existencia de más de un templo en la misma ciudad, señalan que ya han aparecido auténticas «personalidades» divinas (a las que los textos del periodo posterior darán nombres concretos). La comunidad humana centra en ellas sus esperanzas y temores, superando concepciones genéricas referentes a las «fuerzas de la naturaleza» y de la fertilidad, más bien impersonales. Esta relación entre comunidades locales y personalidades divinas cuenta, a partir de ahora, con la mediación de una clase emergente de sacerdotes, que se arroga no sólo los honores y las obligaciones de esta intermediación, sino también los honores y las obligaciones de una dirección coordinada de los comportamientos políticos y económicos del cuerpo social en su conjunto.

LIBER

Segunda parte

LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO

LIBER

LIBER

4. LA REVOLUCIÓN URBANA

1. La especialización laboral, las «grandes organizaciones»

El lento desarrollo de la colonización agrícola, las técnicas artesanales, el comercio a larga distancia y los centros ceremoniales culminan a mediados del IV milenio en la que con una célebre expresión de Gordon Childe se ha denominado «revolución urbana». Ésta se produjo en la Baja Mesopotamia, y sobre todo en el centro urbano de Uruk (periodo «Uruk Antiguo», *c.* 3500-3200; periodo «Uruk Tardío», *c.* 3200-3000). La expresión «revolución urbana» ha sido criticada, pero sigue siendo un concepto heurístico muy vigoroso. Sin duda se trata de un largo proceso, que tiene premisas muy lejanas. Y sin embargo se trata de un hecho revolucionario, tanto por los plazos como por el alcance de los cambios producidos. En lo que se refiere a los plazos, se trata de una rápida aceleración, por no decir un verdadero «salto», precedida y seguida de fases de desarrollo más lento y de persistencias más duraderas. Desde el punto de vista del alcance de los cambios, éstos afectan a todos los aspectos de la civilización —desde los demográficos hasta los ideológicos, pasando por los socioeconómicos y tecnológicos—, y lo hacen de una forma tan radical que transforman su estructura, instaurando un tipo de organización que será válido, en líneas generales, para toda la Edad del Bronce y más adelante, y dará su fisonomía característica al antiguo Oriente.

La «revolución» es compleja. El problema crucial siempre ha estribado en decidir cuáles de los distintos factores han sido los fundamentales y primarios, y cuáles los derivados. Los primeros intentos de explicación tendían a resaltar como definitivo uno de los factores, bien el tecnológico, bien el demográfico, bien el organizativo. Hoy día está claro que nos hallamos ante un mecanismo de tipo sistémico, cuyos factores interaccionan entre sí, y reciben un impulso adicional como consecuencia de esa misma interacción. La nueva organización de la explotación de los recursos es un poderoso «motor» de desarrollo, pero sería inconcebible sin el impulso de la especialización laboral y la concentración urbana. El crecimiento demográfico es indudable, pero por sí mismo es un factor de eficacia lenta, que requiere condiciones nuevas para acentuarse de tal forma en un periodo corto. Probablemente, las innovaciones tecnológicas recibieron el estímulo del aumento de las necesidades productivas, pero a su vez las provocaron.

Para simplificar el mecanismo sistémico y establecer prioridades de tipo lógico más que cronológico, diremos que el aumento de la productividad agrícola es la premisa fundamental que asegura a las comunidades unos excedentes alimentarios gracias a los cuales pueden mantener especialistas a tiempo completo, creando un polo

LIBER

redistributivo central. El «salto» más llamativo es el demográfico y urbanístico, pero el más substancial es el organizativo. El origen de la ciudad es el origen del estado y de la estratificación socioeconómica. Es, por lo tanto, el origen de la historia, no tanto porque el nuevo instrumento de la escritura pone a nuestra disposición una fuente de información más explícita y detallada, como sobre todo porque, por primera vez, se da una interacción compleja de grupos humanos en el interior de cada comunidad (estratificación social, formación de una clase política dirigente, papel sociopolítico de la ideología) y entre las distintas comunidades organizadas a escala más amplia (estados ciudadanos y comarcales), con sus respectivas estrategias para competir por el acceso a los recursos y el control del territorio.

Durante todo el periodo Neolítico y Calcolítico, como hemos visto, las comunidades permanecen en la dimensión de aldea (o grupo trashumante), con implicaciones cuantitativas y cualitativas. Las comunidades tienden a ser homogéneas, tanto entre ellas como en su interior, porque tienden a ser autosuficientes. Existen diferencias de grado, con unas familias más ricas o numerosas que otras, con unas aldeas más grandes o prósperas que otras. Y también existen especializaciones, ya sea de personas, ya sea de comunidades enteras, pero con un carácter ocasional y una distribución irregular. El «salto» organizativo consiste en sistematizar la separación entre producción primaria de alimento y técnicas especializadas, y polarizar esta separación, concentrando a los especialistas en algunas poblaciones más grandes, protourbanas, y dejando la tarea de la producción de alimento a las aldeas dispersas.

Pronto la relación deja de ser complementaria y pasa a estar jerarquizada, con aldeas estructuralmente tributarias de la ciudad. Hay un flujo de excedentes alimentarios que va de los productores de alimento a los especialistas, de modo que estos últimos puedan sobrevivir a pesar de no producir alimento. Y hay otro flujo de productos especializados y servicios que va de los especialistas a los productores de alimento. El mecanismo es bidireccional por principio, y supone una ventaja para el conjunto de la sociedad, pero las relaciones internas se desequilibran a favor de los especialistas. Éstos, ante todo, conocen las técnicas más avanzadas, por lo que poseen una capacidad contractual y un prestigio social y cultural mucho mayores que los productores de alimento, que realizan funciones tecnológicamente rudimentarias y masificadas (recordemos que representan el 80 por 100 o más de la población). Además, los especialistas están más «adelantados» en la cadena productiva, en una posición más favorable para quedarse con un porcentaje privilegiado de alimento (y, en general, de beneficios), y para influir en las opciones estratégicas. En el vértice del núcleo especializado y urbano se sitúan quienes desempeñan funciones administrativas (escribas, administradores, supervisores, etc.) y ceremoniales (sacerdotes), que garantizan la cohesión de la comunidad y la organización de los flujos de trabajo y retribución que la atraviesan. Lo que a escala familiar y de aldea era cometido de los cabezas de familia y estaba determinado por la tradición, se convierte ahora en una tarea especializada (en realidad, la más especializada de todas), que incluye la toma de decisiones delicadas, basadas en la desigualdad y tendentes a acentuar esa desigualdad. En este mecanismo, la solidaridad ya no es acumulativa y opcional, como lo era en las comunidades de aldea, en las que cada núcleo familiar autosuficiente podía incluso disentir o extinguirse sin especiales consecuencias para los demás. En el sistema especializado urbano la solidaridad se convierte en orgánica y necesaria. El trabajo complementario y en secuencia de cada núcleo familiar se hace necesario

LIBER

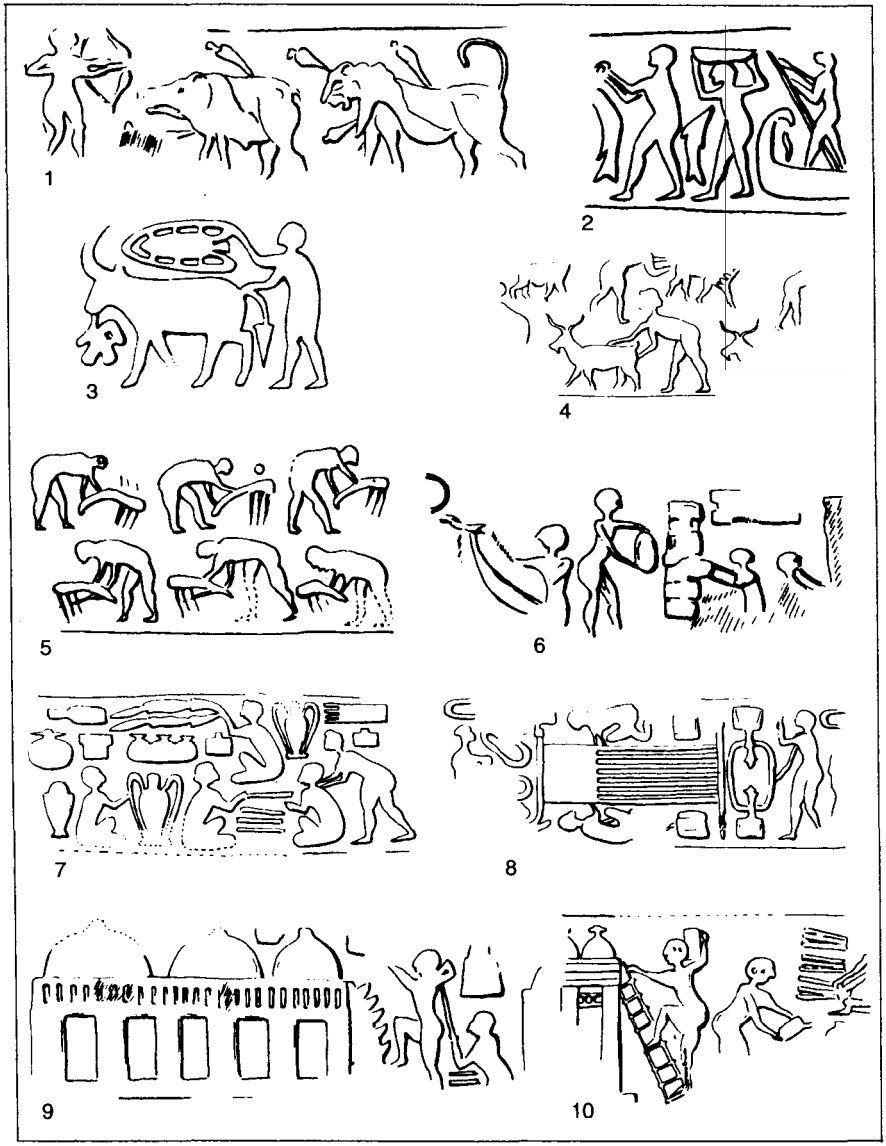


FIGURA 19. Escenas de trabajo en la glíptica de la época Uruk. 1-2: caza y pesca; 3-4: ganadería; 5: agricultura; 6: construcción; 7-8: artesanía; 9-10: almacenamiento.

LIBER

para los demás núcleos, y las decisiones estratégicas afectan a todos, debiendo ser aceptadas por todos (por convicción o por coacción).

La sistematización de las especializaciones laborales, su concentración espacial y la aparición de polos de decisión llevan a lo que L. Oppenheim ha llamado «las grandes organizaciones»: templos y palacios. Estos grandes complejos arquitectónicos y organizativos son lo que distingue a las ciudades de las aldeas: las ciudades son asentamientos en los que hay «grandes organizaciones», y las aldeas carecen de ellas. Entre un templo y un palacio hay una diferencia importante, porque el templo es ante todo el lugar donde se realizan las actividades de culto, la «casa del dios» a la que acude la comunidad diaria o periódicamente, a rendir culto a su jefe simbólico (fiestas); el palacio, en cambio, es ante todo la residencia del jefe humano, el rey con su círculo de allegados (familia real y corte). Pero las afinidades también son importantes: tanto el palacio como el templo son lugares donde se realizan actividades administrativas, y se acumulan los excedentes en los que se basa el mecanismo redistributivo. No sólo son residencias reales o divinas, centros de manifestaciones políticas o religiosas, son también domicilios de talleres artesanos, almacenes, oficinas de escribas y archivos. Lo son en el sentido estricto, incluso logístico, con locales destinados a actividades y servicios de carácter económico, y más a menudo en un sentido más genérico, al estar rodeados de otros edificios destinados al almacenamiento de víveres y a las actividades artesanales y administrativas. El complejo formado por el palacio/templo, los edificios complementarios especializados y las viviendas del personal dependiente (clero, administradores, mercaderes, artesanos y guardias) representa todo el «sector público», preponderante en la ciudad y ausente en las aldeas.

La población se divide claramente en dos grupos ante la «gran organización», que se identifica con lo que nosotros llamaríamos estado. Los especialistas no tienen medios propios de producción, trabajan con los del palacio y son mantenidos por el palacio mediante un sistema de raciones o mediante asignaciones de tierras. Por lo tanto, los especialistas son lo más selecto del estado, desde el punto de vista socioeconómico y político, pero jurídica y económicamente son «siervos» del rey (o del dios), y forman parte del estado en la medida en que son mantenidos por él y se benefician directamente del mecanismo redistributivo. En cambio, el resto de la población, formado por las familias de los productores de alimento, es «libre» en el sentido de que detenta sus propios medios de producción (tierras, ganado) y trabaja para su propio sustento; pero es tributario del estado, al que debe ceder sus excedentes alimentarios. Por lo tanto, entra en el engranaje redistributivo a la hora de dar, más que a la de recibir. Lo que recibe tiene a menudo un carácter meramente ideológico (culto religioso, propaganda política), mientras que al campo apenas llega la producción especializada, e incluso el servicio esencial de la defensa. El ejemplo más evidente y eficaz de cómo revierte la organización central en el campo es la excavación de canales, una infraestructura agrícola esencial que sólo se puede efectuar con una coordinación del trabajo y los recursos que la «gran organización» es capaz de garantizar.

Dentro del núcleo palatino, la especialización laboral está muy marcada. Las listas de oficios y profesiones que aparecen ya en el periodo Uruk Tardío son muy detalladas, y abarcan todo el ámbito tecnológico de la época. Esta acentuada y concentrada especialización del trabajo tiene algunas consecuencias importantes. Los

LIBER

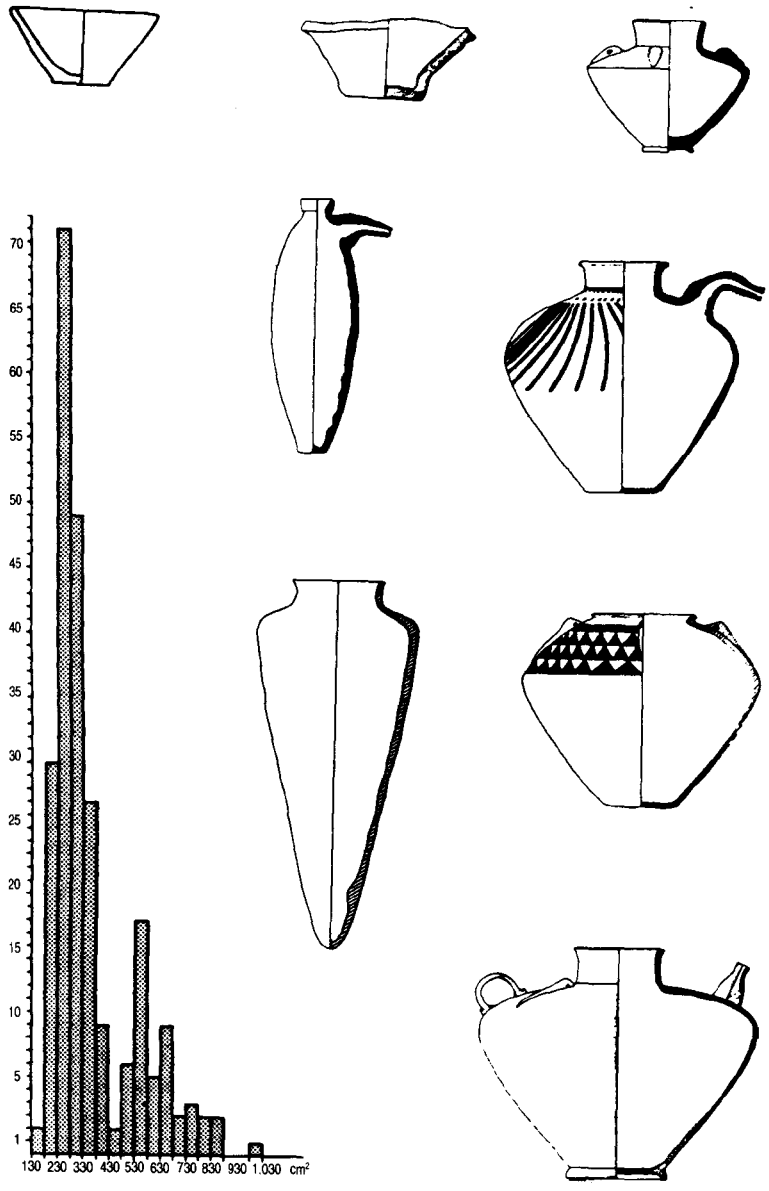


FIGURA 20. Cerámica característica del periodo Uruk Tardío; el histograma muestra la estandarización de la capacidad de los cuencos de ración (Malatya).

LIBER

especialistas con dedicación plena dan un fuerte impulso de profesionalidad y eficiencia a su trabajo, y están en condiciones de experimentar e inventar procedimientos más racionales. La innovación tecnológica encuentra un terreno más favorable, y los encargos del comprador público brindan la posibilidad de fabricar productos costosos. Por otro lado, el trabajo para un comprador despersonalizado y de grandes dimensiones hace que la fabricación sea más repetitiva y homogénea, y que prevalezca la cantidad sobre la calidad. Aparecen procesos de elaboración en serie. La cerámica se hace al torno, e incluso con molde, con piezas menos elaboradas y personalizadas, pero con un ahorro considerable de tiempo, y por lo tanto de coste. En metalurgia se generaliza la fusión con molde, con resultados similares. Los telares ya no son familiares y se encuentran en talleres donde se concentra una mano de obra a veces numerosa, sobre todo femenina e infantil. El progreso tecnológico favorece sobre todo la reducción de los costes y la cantidad, aunque a veces, si es necesario, permite la fabricación de productos de calidad.

Hay otra serie de consecuencias de orden social. En cada especialización se crea una relación jerarquizada entre maestros de taller y aprendices, entre supervisores y obreros. Las relaciones tradicionales del trabajo familiar son reemplazadas por otras de dependencia y promoción en la carrera. La propia retribución está vinculada directamente al puesto de trabajo y a la capacidad del operario. En la organización de familia y aldea cada cual tiene una posición determinada por su parentesco ya en el momento de nacer, y cada cual sabe qué papel (social, además de laboral) heredará a la muerte de su padre. Ahora, en cambio, la retribución es personal, se afianza la idea de los méritos personales, de la responsabilidad personal, y toma cuerpo la posesión personal (ya no familiar) de los bienes. Pero lo más importante son las escalas que se establecen entre unas categorías y otras, por el prestigio del trabajo realizado (con distinto grado de especialización y adiestramiento, mejor o peor situado con respecto al centro de decisión) y la consiguiente retribución. Las diferencias de censo no son hechos ocasionales, y representan un elemento estructural en el orden social. La sociedad de especialistas se convierte, automáticamente, en una sociedad estratificada en clases.

2. *La ciudad y las aldeas*

Si en la Baja Mesopotamia la «revolución urbana» culminó entre 3500 y 3200, podemos preguntarnos por qué precisamente en dicha zona y en dicho periodo. Evidentemente, las premisas para el gran salto cualitativo pudieron madurar en esa situación histórica. Como hemos visto, la base de todo es la existencia de unos excedentes capaces de mantener las «grandes organizaciones» y a sus miembros especializados. De modo que, ante todo, la producción agrícola tiene que alcanzar un desarrollo especial. La dimensión de algunos nichos ecológicos, a veces muy pequeños, había sido idónea para la aparición de determinados avances técnicos y económicos, estimulados sobre todo por la concentración de puntos nodales entre zonas ecológicas distintas. La Baja Mesopotamia es un nicho de dimensiones mucho mayores, y si no cuenta con el debido equipamiento, no es muy hospitalaria, porque los grandes ríos (Tigris y Éufrates) con sus tortuosos meandros y sus periódicas crecidas estacionales dan lugar a un paisaje pantanoso, con aguas estancadas y suelos

LIBER

demasiado empapados. Otro obstáculo para el desarrollo en sus primeras fases, cuando resulta difícil salvar grandes distancias, es la lejanía de las materias primas para la construcción de los útiles (metales, piedras duras y madera). Por el contrario, si el nicho bajomesopotámico cuenta con el equipamiento adecuado, tiene grandes ventajas. El suelo, bien drenado, da un rendimiento muy elevado de cereales. Además, se dispone de una red de comunicaciones económicas por vía fluvial. Y los grandes horizontes invitan a superar el estrecho límite de la aldea.

El desarrollo de Mesopotamia sigue unas pautas especiales: la zona permanece al margen del desarrollo en la época de la primera neolitización, y pasa a ocupar una posición de vanguardia en el paso del Calcolítico a la Edad del Bronce. Es posible que un factor determinante haya sido el retroceso de las aguas del golfo Pérsico, ya sea por un descenso general del nivel de los mares, ya sea por la colmatación de los sedimentos fluviales. Se excavaron canales en el terreno pantanoso con la doble finalidad de drenar las aguas y distribuir las crecidas hasta zonas apartadas, regularizando la disponibilidad de las aguas y corrigiendo en parte las grandes diferencias estacionales y anuales. La ordenación hídrica del territorio tiene sus estadios técnicos y organizativos. Todavía no se puede pensar en grandes canales regionales, que muchos siglos después serán el resultado de la unificación política y de una capacidad de mano de obra bien distinta. Las primeras ordenaciones hídricas son estrictamente locales, poco relevantes en el aspecto técnico. Pero gracias a ellas aparecen en el interior del territorio bajomesopotámico unas «islas» colonizadas y bajo control. Luego, la propia naturaleza de los hechos hídricos hace que las distintas «islas» se conecten entre sí: la ordenación de un tramo situado aguas arriba condiciona la de un tramo situado aguas abajo; cada vez que se abre un canal, se desvía un brazo fluvial o se destina una depresión a desagüe o embalse, unos terrenos salen ganando en detrimento de otros, de modo que, si no se coordinan las iniciativas locales, se originan conflictos. Sea como fuere, las primeras ordenaciones hídricas se remontan a la época de 'Ubaid, y luego siguen los pasos de la colonización agrícola de la llanura; pero sólo a mediados del IV milenio alcanzan una dimensión comarcal, y sirven también para crear una red de comunicaciones intercomarcales, dado que el transporte fluvial es mucho más barato que el terrestre.

Al tiempo que se crean sistemas de canales, la tecnología agrícola propiamente dicha experimenta un avance. La propia existencia de agricultura de regadío, con agua a voluntad, permite obtener rendimientos mucho mayores y estables que los de las regiones del piedemonte, donde el agua, por lo general, es la de las precipitaciones, menos abundante y sujeta a los caprichos atmosféricos. Además, en los suelos profundos de la llanura se labra la tierra con un apero que durante tres milenios será típico de la agricultura mesopotámica: el arado de sembradera (en sumerio *apin*, en acadio *epinnu*), que permite trabajar la tierra en menos tiempo (hasta una quinceava parte del invertido en la labor a azada). Además, el arado de sembradera mesopotámico es un instrumento complejo, y también reduce el tiempo dedicado a la siembra. Naturalmente, necesita animales de tiro (4 o incluso 6 bóvidos), operarios especializados, y se adapta mejor a un paisaje estandarizado de parcelas alargadas situadas perpendicularmente a los márgenes de las acequias. Responde, pues, a una organización planificada de la producción agrícola. Regadío, arado de sembradera, altos rendimientos de la cerealicultura (con relaciones de 1:30 y más entre simiente y cosecha) aseguran al gran nicho bajomesopotámico una cantidad enorme y estable de exce-

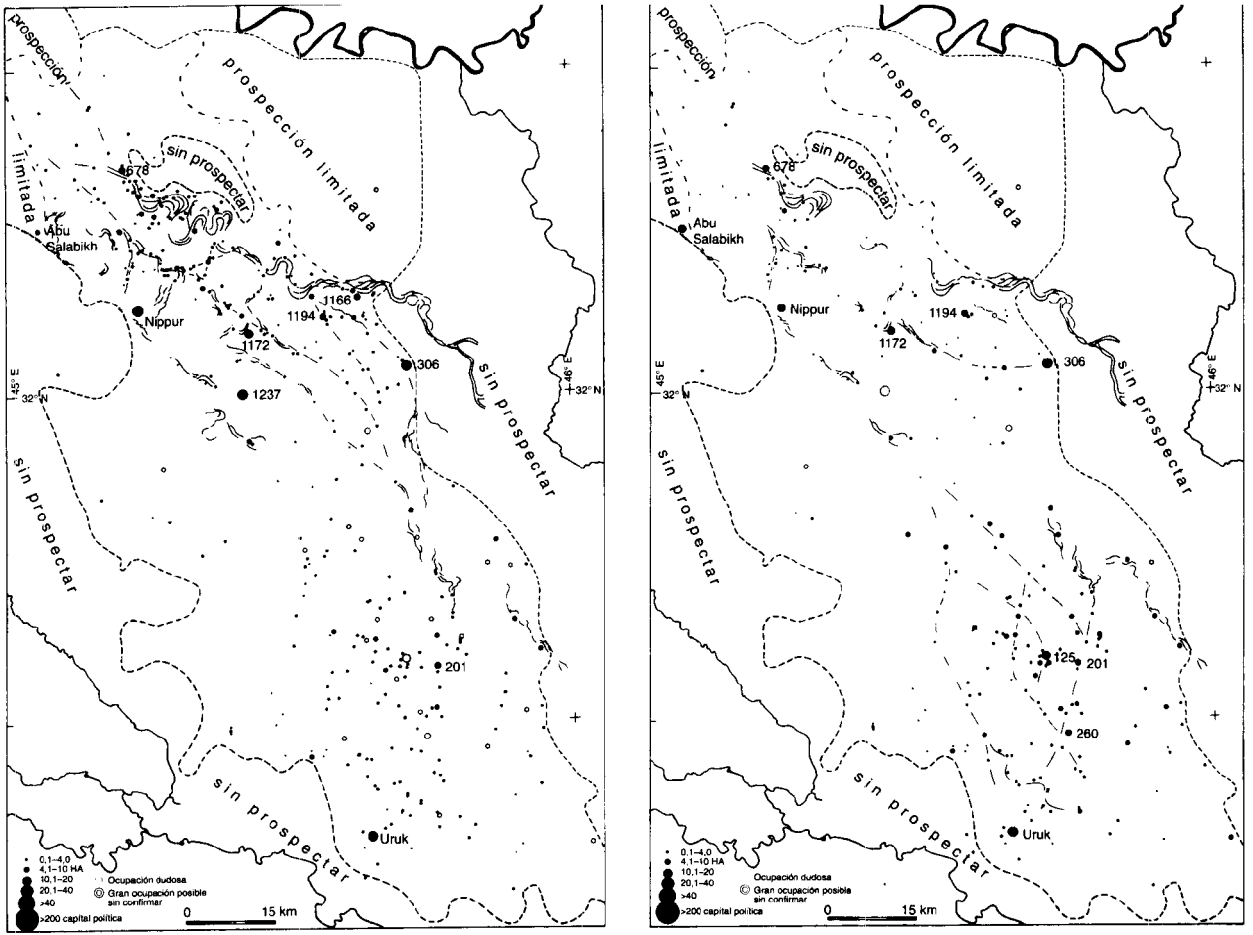


FIGURA 21A. Ocupación de la Baja Mesopotamia en la época Uruk. Asentamientos y canales en el periodo Uruk Antiguo (*izquierda*) y Tardío (*derecha*).

LIBER

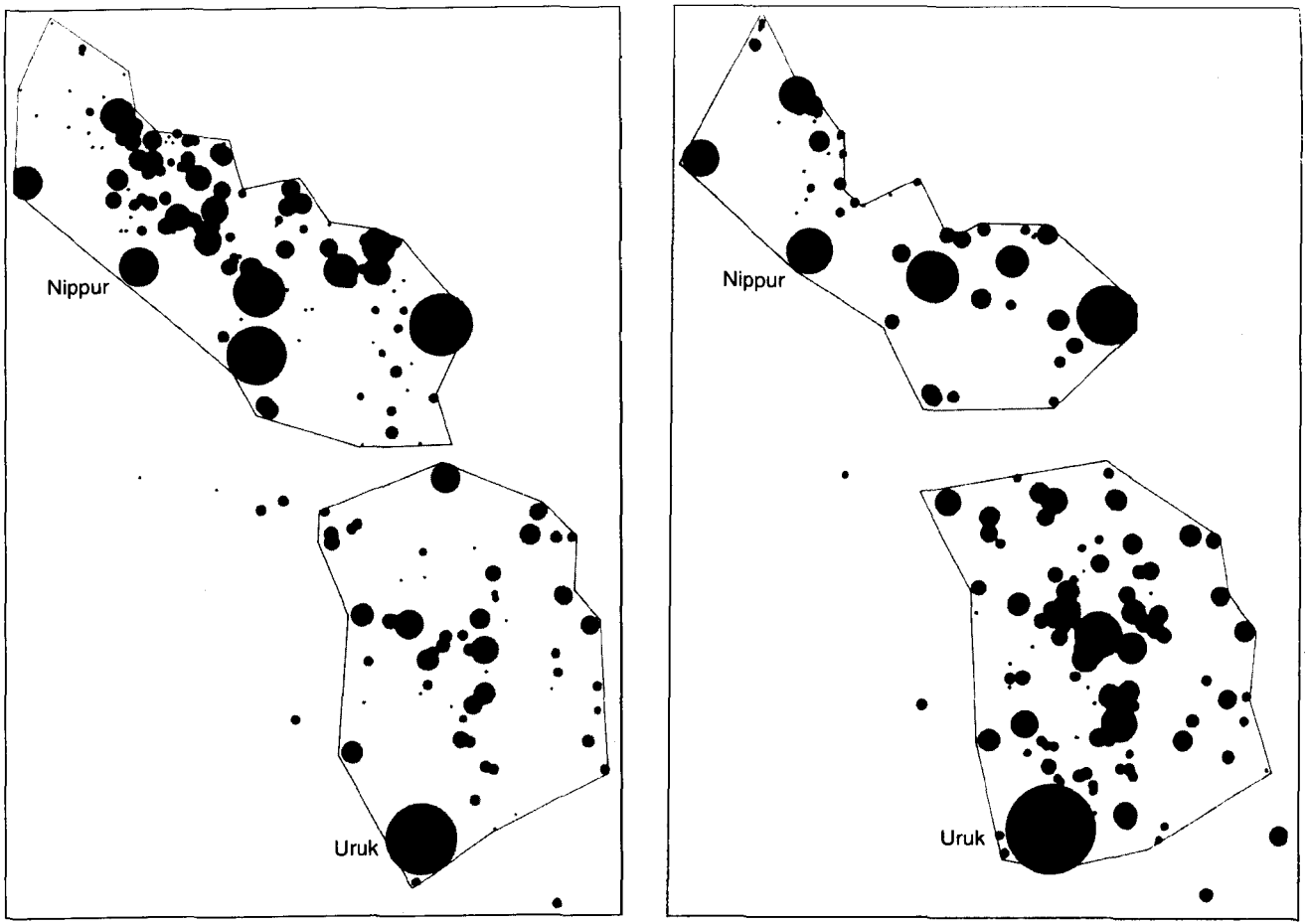


FIGURA 21B. Ocupación de la Baja Mesopotamia en la época Uruk. Simulación de las extensiones cultivadas en el periodo Uruk Antiguo (*izquierda*) y Tardío (*derecha*).

LIBER

dentes alimentarios que posibilita la manutención de un nutrido grupo de especialistas (no productores de alimento) y administradores, concentrados en las ciudades.

Los asentamientos ya no se reparten de manera más o menos uniforme por un territorio indiferenciado, desempeñando actividades indiferenciadas. Ante todo, se ubican en estrecha relación con los cursos de agua, por las ventajas del riego y el transporte, algo esencial para la centralización de los excedentes, que afluyen de los campos a los almacenes de las ciudades. Además, los asentamientos se disponen de forma jerárquica en por lo menos dos niveles, y bien pronto en tres. La disposición en dos niveles implica una bipartición entre las aldeas, de pequeñas dimensiones y dedicadas a la actividad agropastoral, y las ciudades, donde se concentran las actividades de transformación, intercambio y servicios. La dimensión de estas últimas ya no depende de la explotación de las tierras de los alrededores, puesto que su influencia es comarcal. Pronto los niveles se convierten en tres, al surgir poblaciones intermedias que desempeñan funciones urbanas descentralizadas, tanto en el sector artesanal como en el administrativo.

La jerarquización y especialización funcional de los asentamientos es el reflejo exterior de la nueva organización política, que sobrepasa el ámbito de la aldea para asumir una dimensión comarcal: una ciudad capital, sede del poder político (es decir, del palacio, del templo o templos urbanos y del núcleo dirigente) y de la mayor parte de las funciones especializadas; una serie de centros regionales periféricos, y un elevado número de aldeas tributarias. Este conjunto está separado de otros conjuntos similares por franjas de territorio sin colonizar, que permanece en estado pantanoso, con aguas estancadas, o bien es una estepa árida a la que no llega la red de canales. Estos espacios intersticiales desempeñan una función política, al mantener las unidades comarcales separadas y bien diferenciadas, y una función económica, como reserva de recursos marginales, pero importantes, sobre todo para las necesidades de la ganadería, y también para las de la pesca y la recolección.

La urbanización se ve acompañada de un rápido crecimiento de la población, debido no tanto a las corrientes de inmigración (como de una manera demasiado simplista y superficial se afirmaba en el pasado), como al crecimiento demográfico interno, estimulado por el aumento de la producción alimentaria. Pero en este crecimiento global de la población, que es la demostración del carácter positivo de la «revolución urbana» (dado que permite la vida de un número notablemente superior de habitantes en el mismo territorio) se advierten diferencias y fluctuaciones. El crecimiento de un centro urbano provoca un despoblamiento, a veces muy acentuado, del campo que lo rodea. En este sentido, el caso de Uruk —el centro mayor— es evidente. Su crecimiento urbano (unas 70 hectáreas) en la fase Uruk Antiguo (niveles XIV-VI del Eanna, *c.* 3500-3200) hace que se concentre la población y desaparezcan las aldeas en un radio de varios kilómetros. En cambio, más al norte (zona de Nippur-Adab), donde la concentración urbana es menos acusada, el crecimiento demográfico se reparte por numerosas aldeas. Pero luego, en la fase Uruk Tardío (niveles V-III del Eanna, *c.* 3200-3000) sucede en cierto modo lo contrario: la gran ciudad de Uruk (unas 100 hectáreas) ya es capaz de atraer a la población del norte, y se produce una crisis en las aldeas de la zona de Nippur-Adab. Es difícil saber hasta qué punto estas fluctuaciones demográficas son el resultado de desplazamientos de grupos humanos, y no de diferentes tasas de crecimiento en zonas distintas, que, aplicadas a poblaciones de partida parecidas, al cabo de varias generaciones acaban modificando las relaciones cuantitativas.

LIBER

Por último, hay que tener en cuenta que para que el acondicionamiento del territorio agrícola mediante excavación de canales y asignación de parcelas sea eficaz y productivo, debe responder a una presión demográfica. En efecto, para la excavación de un canal, ante todo, hay que reunir provisiones para cubrir los costes (que consisten sobre todo en las raciones alimentarias de los trabajadores), y reclutar mano de obra, aunque sea por la fuerza, pero sin que los cultivos que ya existen salgan perjudicados por ello. Luego, una vez terminado el canal, se necesitan familias de colonos que ocupen lo antes posible las nuevas tierras, para obtener beneficios (en términos de excedentes centralizables) que amorticen los gastos de las instalaciones. Se trata, pues, de un proceso cíclico: requiere un excedente de personas y alimento, y desemboca en una ampliación de las bases productivas y los excedentes. También son cíclicos los efectos sobre las relaciones políticas interiores: requiere una sólida base de acuerdo y eficacia técnica para proyectar la infraestructura y realizarla de forma racional y económica, pero a su vez genera aprobación y estrecha las relaciones de dependencia orgánica con los nuevos colonos (control y reparto de las aguas, centralización y reutilización de los excedentes). De este modo, la demografía, la tecnología y la política progresan en estrecha relación, sin que uno de estos aspectos, por sí solo, se pueda considerar prioritario e independiente.

Las relaciones de jerarquía e interdependencia que, como hemos visto, se establecen en el conjunto del territorio, también alteran el paisaje (tanto agrario como urbano) a una escala más detallada de observación. En el campo se diversifica el estado jurídico de la tierra. En la etapa preurbana casi todas las tierras tienen el mismo estado jurídico: pertenecen a las familias que las cultivan. En el ámbito de la comunidad de aldea existen mecanismos que garantizan la propiedad familiar de las tierras, una propiedad inalienable, al margen de los mecanismos de transmisión hereditaria. También hay tierras gestionadas en común por la aldea, sobre todo pastos. Con la urbanización aparecen dos estados jurídicos de las tierras. Parte de ellas siguen siendo propiedad de las familias «libres», mientras que otras pertenecen al templo y al palacio. Estas últimas van en aumento, tanto por procesos de adquisición como por iniciativas de colonización. La gestión de las tierras de palacios y templos se realiza de dos maneras: una parte es explotada directamente por la organización con mano de obra servil. Son las grandes haciendas agrícolas públicas. Otra parte es parcelada y asignada en usufructo a los dependientes de la organización a cambio de sus servicios. Estas tierras del templo y el palacio configuran un nuevo paisaje agrario, con presencia humana más dispersa, que caracteriza sobre todo a los alrededores de la ciudad y a las tierras recién acondicionadas, provocando esa marginación de las aldeas que ya hemos abordado en el plano demográfico. Para el templo/palacio los diferentes tipos de tierras suponen distintas maneras de recaudar tributos: el diezmo (u otro porcentaje no elevado) de las tierras de la aldea, la totalidad del producto de las tierras explotadas directamente (descontando lo necesario para la siguiente siembra y para la manutención de los campesinos y animales de tiro), y el servicio especializado a cambio de las tierras parceladas. Y entre las distintas tierras también se establece una interacción económica, sobre todo porque las grandes campañas estacionales, que requieren abundante mano de obra, se realizan en las haciendas de los templos/palacios con prestaciones obligatorias de los habitantes de las aldeas (*corvée*), lo que reduce los costes de gestión de la gran organización.

En los aglomerados urbanos encontramos una diversificación análoga (aunque

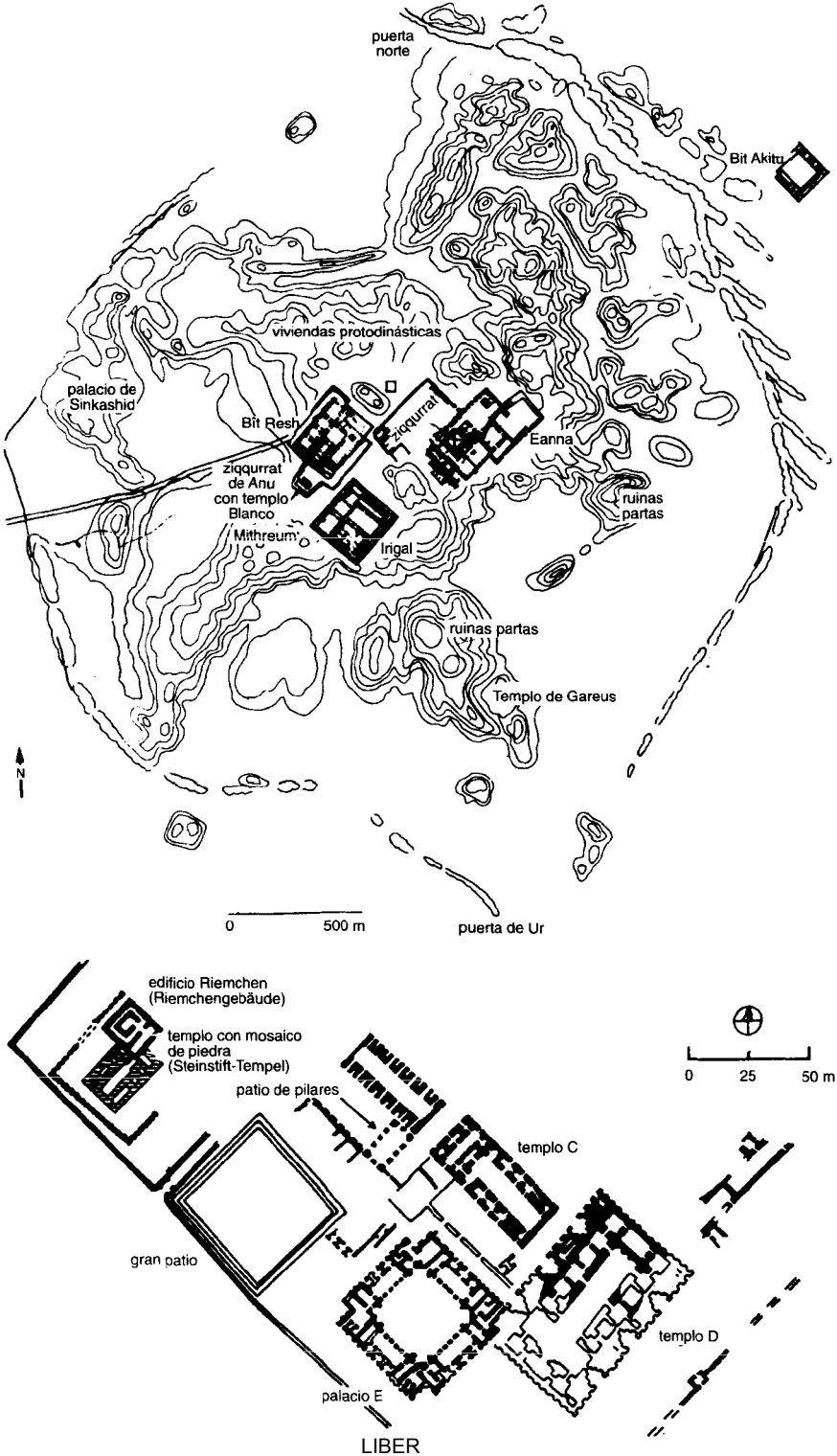


FIGURA 22. Uruk. Planta general (*arriba*); zona sagrada del Eanna en el nivel 4 (*abajo*).

LIBER

bien distinta) que los distingue de las aldeas, cuya composición homogénea por núcleos familiares se traduce, en el plano urbanístico, en una serie de viviendas uniformes en cuanto a tamaño y funciones.

Las concentraciones urbanas también se caracterizan por una diversificación que las distingue de las aldeas. La composición homogénea de estas últimas, por núcleos familiares, se traduce en el plano urbanístico en una serie de viviendas uniformes, de dimensiones y funciones similares. La ciudad, en cambio, con su estratificación y diversificación funcional, tiene un aspecto urbanístico complejo. En el centro destacan los edificios de los templos y palacios, con un aspecto exterior muy cuidado, para impresionar a la población. Hay otros edificios públicos: almacenes, obradores palatinos de artesanos, etc. Por último están las viviendas, que pertenecen a núcleos familiares de prestigio social y recursos económicos muy distintos, por lo que tienden a distinguirse por tamaño y riqueza. En este tejido urbano diferenciado, el centro de atracción es sin duda el templo, o mejor dicho el área sagrada (con varios templos, de acuerdo con el politeísmo del panteón ciudadano). El área sagrada del Eanna de Uruk, con varios templos adosados y unidos por columnatas y patios, y con la plataforma artificial del templo de Anu, es un caso extremo por su extraordinaria riqueza, pero no un caso anómalo.

Por último, la concentración de riqueza que proporciona la urbanización posibilita la construcción de unas murallas. El enorme gasto que requiere esta obra gigantesca, por el elevado número de jornadas de trabajo necesarias para la fabricación y colocación de los adobes por parte de numerosas personas, se justifica por la protección del patrimonio contenido en la ciudad. Es un patrimonio de mercancías valiosas, procedentes del comercio a larga distancia, y de reservas alimentarias, procedentes de la tributación, pero también un patrimonio de conocimientos y habilidades técnicas concentradas en los talleres artesanales, y un patrimonio ideológico que se concreta en los templos y sus riquezas. Todo ello se defiende de los posibles ataques de ciudades vecinas o lejanos invasores. Las aldeas, en cambio, son demasiado numerosas y pequeñas, y la riqueza que contienen demasiado modesta, como para que valga la pena amurallarlas. La auténtica riqueza de las aldeas es la población, mano de obra efectiva del palacio del que dependen, y potencial para el posible agresor. Pero la población aldeana se salva dándose a la fuga, no fortificándose. A la aldea abierta en medio del campo, con tejido urbanístico ralo, formada por casas de escaso valor arquitectónico y destinadas a una duración corta, se contrapone netamente la ciudad rodeada de murallas, con una oposición tajante entre espacio interior y exterior, con un tejido urbanístico muy apretado (debido precisamente a la delimitación del espacio útil) y edificios de gran tamaño y valor arquitectónico, destinados a perdurar y a ser restaurados o incluso erigidos de nuevo, por su valor funcional y emblemático para toda la comunidad. Por lo tanto, urbanización también es sinónimo de edificación monumental (del templo urbano a la muralla), como tutela simbólica y práctica de la prosperidad de la comunidad protoestatal.

3. De la calidad a la cantidad

Las «grandes organizaciones» de los templos y palacios son enormes aparatos redistributivos. Los excedentes, las retribuciones, los servicios y las mercancías se entrecruzan y compensan a unos niveles de complejidad que dejan muy atrás a las mo-

LIBER

destas transferencias de radio familiar y de aldea. Más allá de cierto umbral de tamaño, los instrumentos tradicionales del saber personal y la costumbre ya no son suficientes. Para que haya un flujo proporcionado y constante en las distintas direcciones hacen falta convenciones objetivas y despersonalizadas. Tiene que haber un sistema de pesos y medidas, un sistema de numeración, de cómputo y comparación de valores, y por último una extensión del sistema que además de las mercancías incluya el trabajo humano, el tiempo y la tierra.

Medidas (de peso, de capacidad, lineares y superficiales) ya había, derivadas de elementos antropomorfos: el pulgar, el codo o el pie para las medidas lineares; la carga de una persona (talento) o de un burro para los pesos, y así sucesivamente. Estas medidas tradicionales y «concretas» eran difíciles de confrontar y variaban de unos lugares a otros, por lo que difícilmente se podían usar en un mecanismo de cómputo complejo. El paso decisivo consistió en integrarlas en un esquema homogéneo relacionado con el sistema de numeración. En Mesopotamia, este último se basa en los multiplicadores seis y diez, y se llama sexagesimal. Los múltiplos y submúltiplos de una unidad determinada son 60 y 360, 1/60 y 1/360, y así sucesivamente.

Cuando las unidades de medida se relacionan con el sistema sexagesimal, una administración de grandes dimensiones las puede usar sin problemas. Por ejemplo, el talento se divide en 60 minas, y la mina a su vez se divide en 60 siclos. Esta integración desvirtúa la concreción original y estandariza las relaciones. Pero gracias a ello se pueden hacer con rapidez todos los cálculos necesarios para la administración, tanto sumas como multiplicaciones y divisiones (por personas, o por unidades de tiempo). Estos cálculos se realizan sobre todo para el reparto de raciones, operación repetitiva por naturaleza, tanto cada vez que se realiza (entre un número elevado de personas) como a lo largo del tiempo. El patrimonio de bienes que maneja la administración (como entradas o salidas) es objeto de cómputo con cantidades elevadas y plazos de tiempo largos, lo cual no se podría hacer «a ojo», como en el ámbito familiar.

Las medidas estandarizadas requieren unos prototipos garantizados y custodiados por la administración central. Por ejemplo, si el «palmo» tiene que ser igual para todos y para siempre, y tiene que ser exactamente la mitad que el codo, no se podrá medir con el palmo de uno u otro individuo, se tendrá que medir con un palmo artificial, pero oficial. De modo que la instauración de organizaciones redistributivas de carácter suprafamiliar no sólo relaciona los pesos y medidas con unos valores numéricos elementales, también se encarga de crear ejemplares modelo. Se han encontrado sobre todo las pesas menores (siclos, y alguna vez minas), que eran de piedra dura, mientras que por lo general se han perdido los modelos de las medidas lineares, que eran de material perecedero. A veces, las medidas de capacidad están marcadas en recipientes hechos en serie, pero es más fácil deducirlas de las dimensiones de los recipientes.

Una segunda operación de normalización administrativa (que no sería posible sin haber realizado la de los pesos y las medidas) se refiere a la comparación de los valores. Para que haya intercambio y redistribución se tienen que conmensurar cosas distintas: mercancías, trabajo, tiempo, tierra. Cuando una de estas entidades entra en un sistema redistributivo, hay que darle un valor en relación con las demás entidades. Ya existe una relación de hecho, y de forma embrionaria: se cede una determinada cantidad de un bien a cambio de otra cantidad de otro, con arreglo a su abun-

LIBER

dancia, su demanda, y el trabajo invertido para producirlo. Todas estas relaciones son subjetivas y variables. Permiten los intercambios recíprocos, pero no se puede recurrir a ellas en una organización redistributiva amplia, duradera y despersonalizada, si antes no han sido racionalizadas y estabilizadas. La administración decide el valor de las distintas mercancías y servicios, y se atiene a este sistema de equivalencias cuando efectúa los intercambios y los repartos.

Otras dos operaciones esenciales completan este cuadro. La primera es la selección de algunas mercancías para la función de valor normalizado. En vez de memorizar y hacer que sean operativas todas las posibles equivalencias (de cada mercancía con respecto a las demás), se memorizan y hacen operativas las equivalencias de todas las mercancías con respecto a una sola (dos o tres como máximo) que se convierte en la medida de las demás. Es una simplificación muy importante, indispensable si se opera a gran escala. De esta forma, la comparación entre otras dos mercancías pasa por el cómputo de la mercancía-medida, sin que esta última, por supuesto, intervenga físicamente en el intercambio. En Mesopotamia las «mercancías» elegidas como medida del valor son sobre todo dos, la cebada y la plata (con menos frecuencia el cobre). La cebada se caracteriza por su ubicuidad, escaso valor unitario y presencia real en muchas operaciones concretas. La plata, en cambio, se caracteriza por su escasez y valor, pero también por su permanencia (no se come) y la posibilidad de atesorarla. Son dos elementos muy distintos que sirven de medida del valor en ocasiones distintas, con mercancías distintas, desempeñando una función en cierto modo complementaria e integrada.

La segunda operación esencial es la fijación del sistema de valores al sistema de numeración. Unas relaciones de valor demasiado complicadas entorpecerían los cálculos de conversión de una mercancía en otra. Se prefiere asignar, por lo menos a las mercancías básicas del sistema económico local, unas relaciones numéricas sencillas integradas en el sistema sexagesimal. Dado que las distintas mercancías se miden con sistemas también diferentes (los metales y la lana en peso, pero los cereales en volumen para áridos y el aceite en volumen para líquidos), la tabla global de correspondencias sería demasiado complicada para el cálculo si las distintas escalas de medidas y las relaciones de valor no fueran sencillas (en sentido sexagesimal). En el sistema normalizado mesopotámico, un siclo de plata suele equivaler a un *gur* (= 300 *sila*, o sea litros) de cebada, a seis minas de lana y a doce litros de aceite. No todas las medidas de peso y capacidad van exactamente de sesenta en sesenta, pero sus múltiplos y submúltiplos están fijados a los valores clave del sistema sexagesimal, de modo que el cálculo de conversión es bastante fácil.

Ya hemos hablado de la inclusión del factor tiempo en la ordenación cuantitativa global de las realidades. También en este caso existen unas medidas básicas naturales: el año solar, el mes lunar y el día. Este tiempo «natural» se convierte en homogéneo y sexagesimal: año de 360 días, con doce meses de 30 días. Se trata de una ordenación que ha llegado hasta nosotros, con varios ajustes. Lo mismo se puede decir de la subdivisión del día en horas y minutos (aunque carecemos de datos sobre ella para los periodos más antiguos). Cuando ya es homogéneo y sexagesimal, el tiempo se puede insertar fácilmente en los cálculos, sobre todo en los referentes al reparto de raciones. Si la ración diaria es de dos litros de cebada, darán automáticamente 60 litros al mes; un litro de aceite al mes corresponde a un siclo de plata al año, y así sucesivamente.

LIBER

Con el sistema de raciones, al tiempo se le atribuye un valor determinado, en virtud del trabajo realizado. Para las raciones básicas, que retribuyen el trabajo agrícola normal o las peonadas, los parámetros que se siguen son el sexo y la edad. La ración mensual de 60 litros por hombre pasa a ser de 40 para las mujeres y 30 para los niños. Las raciones incluyen también aceite (que también se asigna mensualmente) y lana (asignada anualmente), cubriendo así la gama de las necesidades más perentorias.

La normalización y valoración del trabajo en relación con el tiempo invertido, por un lado, y con la retribución, por otro, conduce a una normalización de los propios productos. Si un alfarero percibe una retribución fija al mes, como resulta demasiado complicado controlar cuánto trabaja realmente, la administración establece los cacharros que tiene que hacer en un tiempo determinado. El alfarero sabe que a final de mes deberá entregar cierto número de cacharros de determinadas capacidades y características. Por lo tanto, trabajará en serie (contando para ello con la tecnología adecuada), y fabricará cacharros estandarizados en cuanto a capacidad y características, para satisfacer la demanda del comprador (la administración) de la manera más sencilla y rápida. La producción en masa, los parámetros dimensionales y la retribución fija hacen que la producción se estabilice en ciertos tipos y capacidades, que a su vez están relacionados con la estandarización del contenido y de su valor.

El caso mejor estudiado es el de los cuencos para raciones alimentarias. Son cuencos hechos con molde, que reproducen por fuera la áspera superficie del molde, y por dentro tienen las huellas de los dedos que aprietan la arcilla contra el molde. El borde está cortado al sesgo con el pulgar (de ahí el nombre de *bevelled-rim bowls*). Estos cuencos de factura apresurada, pasta grosera y cocción baja, se han hallado en cantidades y concentraciones tan altas que sólo se pueden haber usado para la alimentación de un número elevado de trabajadores, fuera del ámbito familiar. Tanto por estar moldeados como por el uso al que estaban destinados, estos cuencos tienen un tamaño homogéneo, o mejor dicho, tienden a situarse en algunos puntos de condensación preferentes (cuencos grandes, medianos y pequeños). Se ha supuesto que la capacidad de los cuencos corresponde exactamente a la ración diaria, que los tres tamaños corresponden a las tres categorías humanas retribuidas de distinta manera (hombre, mujer y niño) y que el cuenco se tiraba después de usarlo, y se suministraba lleno cada vez. Estas suposiciones son inaceptables. No todos los cuencos son iguales, ni siquiera si se hacen subclases, y evidentemente se usaban como los actuales, es decir, no se llenaban a rebosar, ni tampoco servían para llevar (y mucho menos medir) la ración, sino simplemente para contenerla y comerla. Tampoco eran de usar y tirar, un derroche inconcebible para esa época. Los guardaba la administración del templo o el palacio (en efecto, las grandes concentraciones de cuencos se hallan alrededor de los templos) para la comida de los trabajadores que recibían raciones diarias en el sitio. Se trataba, pues, de trabajadores eventuales (sobre todo por prestaciones), y no empleados de la administración, que recibían raciones mensuales. De todos modos, no cabe duda de que hay una acusada uniformidad en la producción de los cuencos, a consecuencia no sólo del proceso de fabricación, sino también del uso al que iban destinados (raciones) y de su inserción en una organización que está uniformada en su conjunto y funciona en cada ocasión y en cada sentido con arreglo a una unificación cuantitativa.

Las necesidades administrativas de las «grandes organizaciones» crean un mundo agrario sexagesimal (con relaciones numéricas sencillas entre semilla, cosecha, superficies, unidades laborales, etc.), una división sexagesimal del tiempo, y un sistema fijo de cómputo de los valores y las retribuciones. En suma, convierten una realidad caracterizada por infinitas variantes individuales en un mundo computable y programable, despersonalizado y racional.

4. Garantías y registros: el nacimiento de la escritura

Al tiempo que se ponen en práctica sistemas de cómputo y medida, la administración tropieza con el problema de garantizar la corrección de las operaciones realizadas, y recordarlas. Cuando aparecen las grandes organizaciones de la primera urbanización, no cuentan con el instrumento de la escritura. Son precisamente sus necesidades lo que les lleva a crearla, recorriendo en una sucesión bastante rápida una serie de fases. La aparición de un sistema de registro escrito es la culminación del proceso de especialización laboral y despersonalización de las relaciones laborales y retributivas. A su vez, permite que la cultura mesopotámica evolucione hacia formas de organización política y económica que permanecen vedadas a otras culturas, carentes de este instrumento fundamental, pese a haber abordado el problema de la especialización y la urbanización.

El primer paso es el uso del sello como instrumento de convalidación y garantía. Ya en la fase de 'Ubaid el uso del sello está muy generalizado, tanto en la Baja Mesopotamia como en las regiones que la rodean. Se trata de sellos de estampilla y forma cuadrangular o redonda, con figuras geométricas o de animales. Su uso equivale a una firma, y permite identificar al propietario del sello, reconociendo el cuño. En la época Uruk aparecen importantes novedades en la forma, la decoración y sobre todo el uso de los sellos. La forma de estampilla es reemplazada por el cilindro, de modo que la impronta se obtiene por rotación y se pueden conseguir bandas selladas de la longitud deseada. El sello pasa de ser una simple firma a una garantía de que no se ha abierto el recipiente sellado.

Las representaciones también cambian, con escenas de actividades laborales o simbólicas de la comunidad protoestatal: escenas de agricultura y ganadería, de trabajo artesanal (tejido, cerámica), de transporte terrestre y fluvial, de afluencia de bienes a los almacenes, de ofrendas al templo. También aparecen escenas de guerra, y surge la figura del rey-héroe, defensor del templo ciudadano frente a los ataques del enemigo, o defensor del almacén frente a los ataques de los animales salvajes. Así pues, el repertorio glíptico de Uruk da una visión esquemática, pero sintética, de la sociedad protourbana que lo ha creado: división del trabajo, acumulación y centralización de los excedentes, desarrollo artesano, ascensión de una clase dirigente, y en particular de un rey, su relación con el templo y el papel central desempeñado por éste. Una representación tan bien orquestada de actividades denota un deseo consciente de sustituir el repertorio genérico, geométrico y animal, por un repertorio que refleje la ideología de la nueva sociedad y de las grandes organizaciones a las que pertenecen los funcionarios portadores de estos sellos. También se ha sugerido que la actividad concreta ilustrada en el sello corresponde al sector del que se ocupa el funcionario que lo usa, es decir, que el responsable de los rebaños tiene un sello con representa-

LIBER

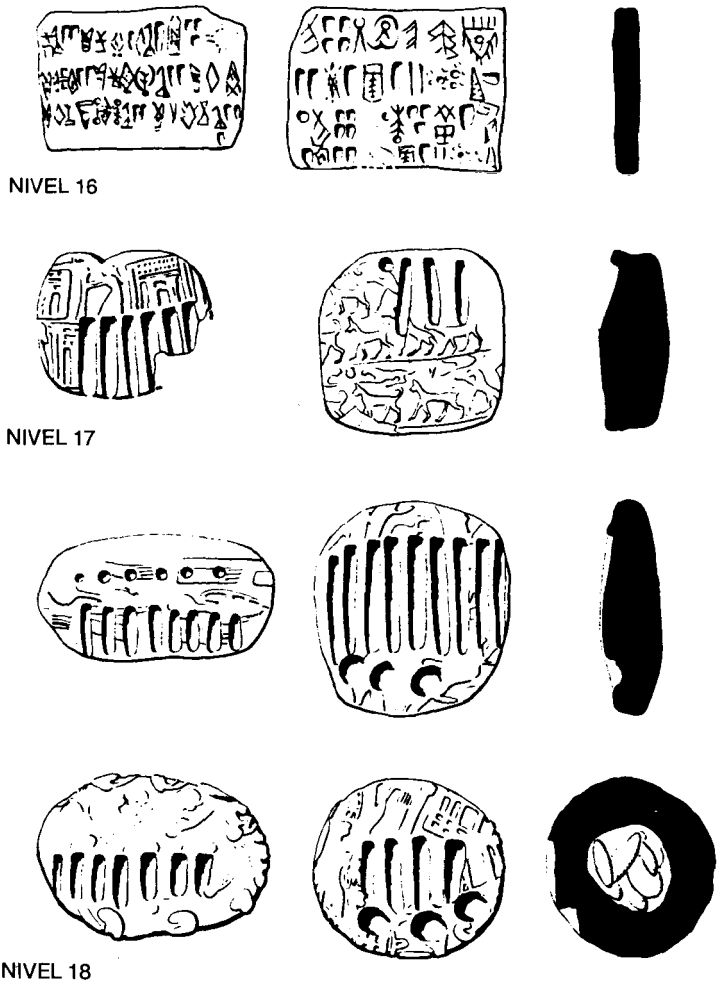


FIGURA 23. Hacia la escritura: registros administrativos de la acrópolis de Susa. I fase (nivel 18): *cretula* con improntas de sellos y contraseñas o fichas numéricas (que también están incluidas en el interior); II fase (niveles 18 y 17): tablillas numéricas con improntas de sellos y de contraseñas o fichas (que ya no están incluidas en el interior); III fase (nivel 16): tablilla con escritura protoelamita y signos numéricos (ya no hay improntas de sellos ni de contraseñas o fichas).

ción de un redil, o el responsable de los tejidos un sello con representación de un telar. Pero este es un principio difícil de aplicar a la mayoría de los sellos, por lo que debe ser descartado en el plano funcional, y sólo podría ser válido en el plano de las preferencias personales del comprador.

Al hablar de tipología e iconografía hemos mencionado la novedad más importante, es decir, la función. La posibilidad de identificar al autor del sellado es algo

crucial en el sistema de garantías despersonalizadas por el que se rige una gran agencia redistributiva. El sellado de recipientes (vasijas, sacos) y estancias (almacenes), en el punto de acceso o cierre (cerradura o cerrojo) se convierte en un procedimiento habitual. El nudo que cierra el recipiente o la puerta son sellados con una *cretula* o *bulla*, es decir, una pella de barro en la que se imprime el sello del funcionario responsable. Cuando la *cretula* se seca, no se puede deshacer el nudo sin romperla, con lo que resulta imposible cualquier efracción que no esté autorizada o realizada por el propio funcionario, el único capaz de poner otro sellado válido. El sellado y la apertura se convierten en actos administrativos precisos e importantes, ya que garantizan la integridad del contenido y la legitimidad de su utilización o distribución. Esto es válido tanto para los recipientes que se trasladan de un lugar a otro (vasijas o sacos con mercancías que se exportan e importan), como para los depósitos de excedentes destinados a un uso corriente. Las puertas de los almacenes se abren y cierran incluso a diario, siempre con la supervisión del funcionario responsable.

Por eso encontramos gran cantidad de *cretulae* usadas, rotas y conservadas durante algún tiempo para recordar que se ha efectuado la operación, y luego amontonadas en vertederos situados en las inmediaciones de los almacenes. Hasta la introducción de la escritura las *cretulae* son el principal, si no el único indicio para reconstruir, por lo menos en líneas generales, el funcionamiento de los procedimientos administrativos, en lo referente a la circulación y conservación de las mercancías. La comparación entre la impronta del sello (en el exterior de la *cretula*) y la del recipiente o la cerradura sellada (que se advierte en el interior de la *cretula*) permite reconocer competencias específicas. Así, la asociación constante de un sello determinado con un tipo de cerrojo permite reconstruir la figura y la función del responsable de un almacén determinado.

Las *cretulae* colocadas en recipientes o puertas de almacenes sólo guardan relación con la circulación o la conservación de las mercancías. Pero existen otras operaciones administrativas que también requieren una garantía de autenticidad, sin estar vinculadas físicamente al objeto: disposiciones de servicio, y en particular disposiciones de la administración central dirigidas a funcionarios periféricos, informaciones y notas. En estos casos se recurre al sellado con contraseñas simbólicas, referentes a la naturaleza y cuantificación de la operación que se dispone o registra. Lo mismo que los sellos, las «contraseñas» tienen una larga historia, anterior al periodo Uruk, pero también asumen un valor muy distinto cuando se insertan en los mecanismos redistributivos de las grandes organizaciones protourbanas. Se trata de objetos de barro cocido, piedra o hueso —una especie de fichas—, cuya forma es la representación simbólica de ciertas mercancías y cantidades —por lo tanto, es una auténtica escritura embrionaria con objetos. Una serie de contraseñas o fichas, guardadas dentro de una especie de envoltorio de arcilla sin cocer, autenticada por fuera con el sello de un funcionario (conocido por sus colegas) se convierte en un mensaje fácil de entender, en el marco de procedimientos conocidos y repetitivos. Por ejemplo, si un funcionario periférico debe pedir periódicamente una cantidad de cereales para dar su ración a los obreros que tiene a su cargo para la excavación de un canal, podrá enviar al almacén central una *cretula* sellada que contenga la contraseña de «cebada» y las contraseñas numéricas correspondientes al total solicitado. El responsable del almacén podrá descifrar fácilmente este mensaje de objetos, y entregará al porta-

dor la cebada que se le pide, quedándose con la *cretula* abierta como justificante del desembolso.

El uso de *cretulae* con contraseñas en su interior evoluciona rápidamente, y se pasa a sistemas más explícitos y prácticos. Ante todo, para poder conocer el contenido de la *cretula* sin tener que romperla, se empieza a reproducir las contraseñas interiores por impresión en la superficie de la *cretula*. Poco después se advierte que las contramarcas exteriores, cuya autenticidad está garantizada por el hecho de que se han realizado sobre la impronta del sello todavía fresca, hacen innecesaria la inclusión de los objetos, que son relegados en la práctica administrativa. La *cretula*, que al principio era un envoltorio de contraseñas, se convierte en un soporte de contramarcas numéricas, superpuestas al sello de garantía. Es así como se convierte en «tablilla», que ya no tiene forma redondeada, sino aplastada, con dos caras lo bastante grandes como para contener la impronta del sello y las contramarcas numéricas.

La sustitución de un código de objetos (las contraseñas) por un código gráfico (las contramarcas de dichos objetos) es decisiva. Es el origen de la escritura, que ofrece una ductilidad y unas posibilidades de desarrollo infinitamente mayores. En un espacio reducido se pueden grabar numerosos signos, que ya no son contramarcas, dado que su silueta se dibuja con un estilete de caña. Además de signos numéricos, divididos en unidades, decenas, sesentenas, etc., aparecen símbolos de cosas, tanto de aquellas que ya tenían contramarca (como «oveja», «tela» o «cebada») como otros nuevos, de carácter pictográfico, que pretenden ser una representación simplificada del objeto.

Las tablillas numéricas, caracterizadas por la presencia del sello en toda su extensión y la impresión de contramarcas numéricas, son reemplazadas por las tablillas logonuméricas, con símbolos numéricos (impresos) y logográficos (marcados con estilo). El sello ya resulta inútil para los registros administrativos, dado que las informaciones proporcionadas por él se pueden expresar con logogramas. Sin embargo, sigue siendo indispensable en las tablillas de carácter jurídico, las cartas y otros documentos. La tablilla puede estar dividida en casillas, para aislar distintas operaciones o poner en evidencia los totales y los resúmenes. Por último, se empiezan a utilizar signos pictográficos no ya para representar al objeto en cuestión, sino una palabra que suene más o menos igual. Así, por ejemplo, una «flecha» se puede usar para indicar «vida», porque ambas se pronuncian *ti* en sumerio; una «caña» para indicar «devolver» (ambas *gi* en sumerio), y así sucesivamente. Ello nos permite saber ante todo que la lengua escrita es el sumerio, porque estos juegos de palabras sólo tienen sentido en esa lengua. Pero a los escribas les permite sobre todo expresar conceptos abstractos, verbos, en una palabra, todo lo que no es un objeto representable. También permite expresar elementos morfológicos (prefijos, infijos, etc.) y construir verdaderas frases. Y también permite escribir nombres propios. Así pues, responde a todas las necesidades administrativas de la época: géneros, cantidades, personas, tipo de operaciones.

La administración, dotada de estos elementos operativos, se convierte en el trabajo más especializado de todos los que se realizan en las grandes organizaciones. El funcionario administrativo es ante todo un «escriba» que domina la técnica de la escritura (además, naturalmente, del cálculo y los procedimientos administrativos), y ello requiere un aprendizaje muy especial. Si en los obradores artesanales los aprendices aprenden con la práctica de sus primeros años de trabajo los secretos de sus respectivas técnicas, los escribas necesitan un adiestramiento que se imparte en ver-

LIBER

Uruk Tardío c. 3100	Yemdet Nasr c. 3000	Protodin. III c. 2400	Ur III c. 2000	significado
				SAG «cabeza»
				NINDA «pan»
				KU «comer»
				AB «vaca»
				APIN «arado»
				KI «lugar»
				10 o 6
				1

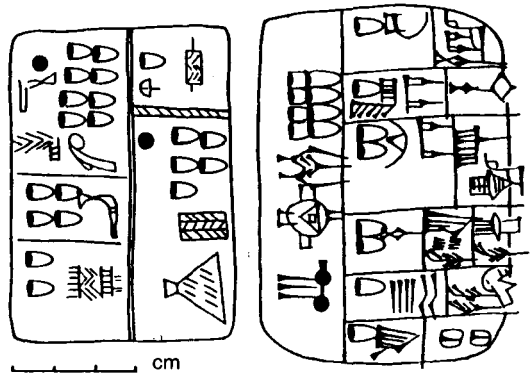


FIGURA 24. Origen y desarrollo de la escritura cuneiforme. *Arriba*, desarrollo formal de algunos signos, de los pictogramas de Uruk IV a la escritura sumeria clásica. *Abajo*, ejemplos de tablillas de Uruk IV (*izquierda*) y III (*derecha*).

daderas escuelas, donde los maestros enseñan a los alumnos el manejo de un repertorio de signos que consta de cientos de elementos. De estas escuelas sale la elite cultural y política del estado: quienes controlan la realidad en el plano de las palabras son capaces de controlarla operativamente a escala socioeconómica.

En realidad, la utilización de la escritura no es un simple avance técnico. También es una forma nueva de comprender y abordar el mundo. La selección de los signos que forman parte del repertorio habitual supone un trabajo de selección y ordenación de la realidad física. Lo mismo que la selección de los números y los valores estándar, la de las cosas reales es el paso de un mundo cualitativamente rico, pero incontrolable, a otro ordenado con arreglo a un esquema convencional y sim-

plificado. Hay una selección de tipos oficiales (objetos, plantas y animales), y una selección de operaciones y relaciones socioeconómicas significativas, con la que se pasa de la riqueza caótica de las relaciones personales y los conocimientos individuales a la rígida catalogación de un saber destinado a mantener la cohesión de la comunidad protoestatal.

Por algo desde los comienzos de la escritura, junto a los textos administrativos para los que se inventó la escritura, encontramos textos de carácter escolar, que sirven para catalogar y transmitir la propia escritura y el saber que conlleva. Y por algo dichos textos están en forma de listas: listas de signos que son, al mismo tiempo, listas de palabras y listas de cosas. Cuando sólo se han puesto por escrito unos textos que son simples registros contables —es decir, cuando no hay cartas ni inscripciones reales, plegarias ni encantamientos—, ya hay listas ordenadas por categorías (listas de profesiones, de aves, de vasijas, de plantas, etc.) que sirven para «cerrar» un mundo infinito y convertirlo en algo convencional, que se puede usar, transmitiéndolo de esta forma a los alumnos.

5. Política e ideología de las formaciones protoestatales

La especialización laboral lleva a una estratificación socioeconómica de carácter estructural, es decir, no sólo circunstancial y cuantitativa, sino funcional y cualitativa. La estratificación es «vertical», porque los distintos grupos funcionales acceden de forma desigual al reparto de los recursos y a la toma de decisiones; también es «horizontal», porque los grupos privilegiados se concentran en las ciudades. En el nivel más alto se sitúa el núcleo dirigente que monopoliza el poder de decisión y reside en la ciudad, en la «gran organización» central. De modo que la revolución urbana conduce a la formación del estado: no a la formación de la función político-ejecutiva, que ya estaba presente de alguna forma en las comunidades preurbanas, sino a la del estado propiamente dicho, entendido como organización que controla de forma estable un territorio (de dimensión multicomunitaria) y organiza la explotación diferenciada de los recursos para garantizar la supervivencia de la población y mejorar su suerte. Lo que distingue al estado es, precisamente, el carácter desigual pero orgánicamente coherente de los grupos humanos que lo forman. Los intereses de los individuos o grupos (familiares, locales, etc.) se someten a los intereses colectivos, que se procuran con la diversidad de las funciones, las contribuciones de cada cual y la restitución que corresponde a cada cual.

La formación protoestatal es un organismo basado en la desigualdad. Esta desigualdad es evidente y marcada en el nivel físico-real. Hay que introducir motivaciones de carácter ideal para convencer a quienes soportan un peso mayor de que esa desigualdad es buena para el desarrollo del conjunto, y la explotación redunda en beneficio de los propios explotados. Así pues, organización protoestatal significa también formación de un núcleo dirigente que asume la responsabilidad de las decisiones y las ventajas de una situación privilegiada; y formación de una ideología político-religiosa que garantiza la estabilidad y cohesión de la pirámide de las desigualdades.

El núcleo dirigente tiene que trabajar en dos frentes, el operativo y el ideológico, que desembocan respectivamente en la formación de una burocracia y un clero. La burocracia, formada sobre todo por los escribas y subdividida en sectores y jerar-

quías, es la encargada de la gestión económica de esa gran empresa que es la ciudad estado. Establece, garantiza y registra la afluencia de excedentes desde las aldeas a la ciudad, organiza la redistribución de esos excedentes a los trabajadores especializados, proyecta y realiza las obras de infraestructura agraria (canales) y urbana (templos, murallas), y emprende el intercambio comercial con regiones lejanas.

El clero se encarga del culto diario y reservado, o periódico y público (fiestas), gestionando la relación con la divinidad, que proporciona la justificación ideal de las relaciones de desigualdad. La comunidad urbana, que desde hace muchos siglos está acostumbrada a atribuir a personalidades divinas la responsabilidad de hechos humanamente incontrolables, y a ganarse su favor con las formas antropomórficas de la ofrenda y el sacrificio, traslada ahora todo esto al nivel de la organización socioeconómica y política centralizada. Se produce una especie de paralelismo entre el mecanismo de centralización y redistribución, y el de las ofrendas para el culto. La comunidad, al igual que cede una parte de su producto a las divinidades (la mejor parte, las primicias) para conseguir a cambio un comportamiento favorable de los fenómenos naturales, también cede una parte de su producto a la clase dirigente a cambio de los servicios organizativos y las decisiones. El núcleo que gestiona la relación con la divinidad (clero) y el que gestiona la dirección técnica (burocracia) se sitúan muy por encima de la masa de la población productiva.

Además, lo mismo que la sociedad se ha diversificado por funciones especializadas, el mundo divino aparece ahora formado por una serie de personalidades que se caracterizan por una o varias funciones y sectores en los que intervienen. Se forma un auténtico panteón, que organiza esta pluralidad divina con arreglo a un sistema de relaciones (jerárquicas, de parentesco), y que se traduce en una pluralidad de templos, distintos de unas ciudades a otras y jerarquizados en cada ciudad.

Una tercera función, crucial para el funcionamiento del estado, es el ejercicio (y el monopolio) de la fuerza con fines defensivos y de cohesión interna. De cara al exterior, hay que defender las riquezas y las capacidades técnicas concentradas en la ciudad, tanto frente a otras ciudades estado como frente a fuerzas organizadas de otra manera (nómadas, por ejemplo). Esta defensa incluye campañas ofensivas, en un intento de apoderarse de los productos y medios de producción (hombres, tierra) de otras ciudades estado o de zonas marginales.

La formación del ejército, con dos niveles distintos, es la expresión del ejercicio estatal de la fuerza. Hay un núcleo militar, formado por especialistas en la guerra, con dedicación plena. Pero en caso de guerra se recluta un ejército de conscriptos por prestaciones obligatorias —*corvée*—, coaccionando a toda la población —y en esto el «trabajo» de la guerra no se diferencia de otros trabajos, que requieren la movilización de la población. Además de usar la fuerza de cara al exterior, también hay que hacerlo en cierta medida en el interior mismo de la comunidad. Dadas las enormes injusticias distributivas, las grandes diferencias tributarias y de posición social, si la persuasión y la ideología no bastan, el poder central puede recurrir a medios coercitivos, combatiendo a los rebeldes y agitadores de todo tipo para mantener el orden.

Las tres funciones que hemos visto hasta ahora, distribuidas en «oficios» especializados (administración, clero y milicia) se subliman y reúnen en la persona única del jefe de la comunidad, el rey. Las opciones unívocas y la interdependencia orgánica de la formación protoestatal deben estar encabezadas necesariamente por un per-

LIBER

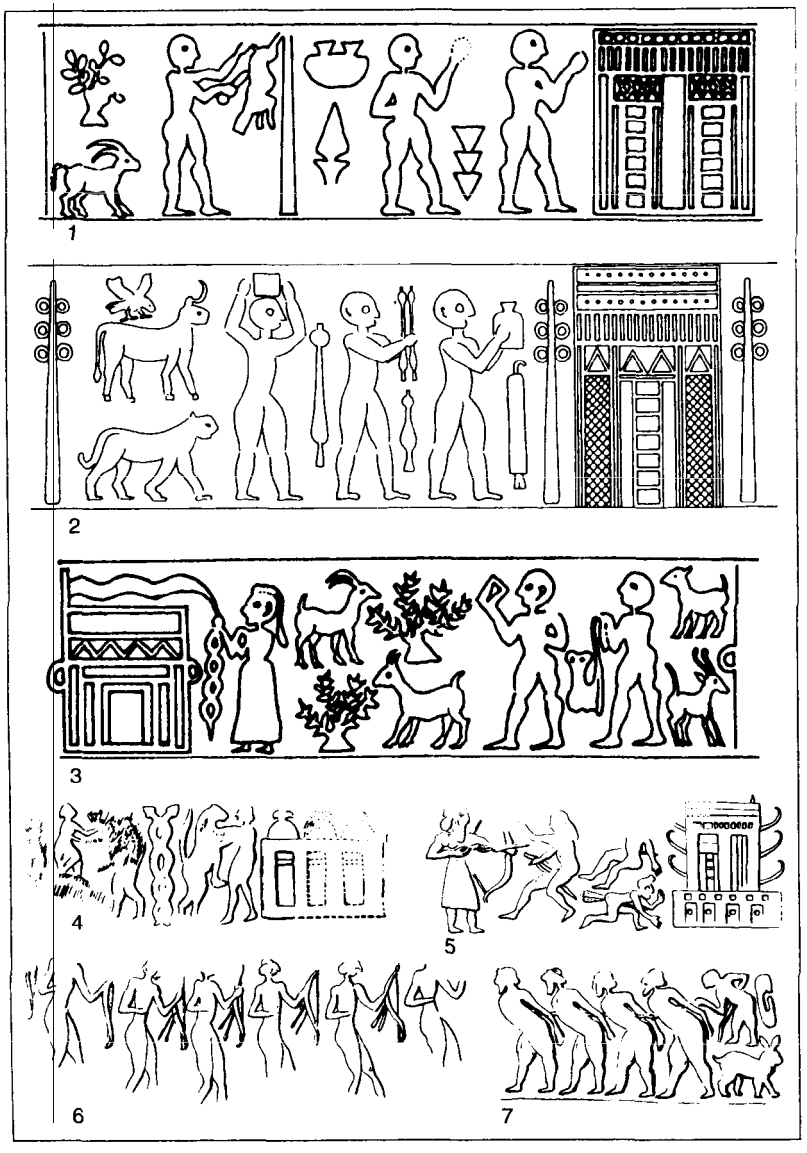


FIGURA 25. Templo y poder en la glíptica del periodo Uruk. 1-3: afluencia de bienes al templo; 4: la defensa de los almacenes; 5: la defensa del templo; 6: fila de guerreros; 7: fila de prisioneros.

LIBER

sonaje que reúna todos los poderes y responsabilidades, y también todo el aparato ideológico. El rey no es auxiliado por ningún organismo colegiado, representativo, más bien es auxiliado por consejeros técnicos y responsables sectoriales subordinados a él. La función administrativa del rey ocupa la mayor parte de su actividad diaria, como jefe del palacio o «gran casa» (en sumerio *é-gal*), gestionada como una empresa de grandes dimensiones. Le corresponde a él tomar decisiones estratégicas, pero también la gestión corriente. La función más llamativa es el culto: el rey se presenta como sumo sacerdote (en sumerio *en*) del dios de la ciudad, el gestor humano de la empresa ciudadana por encargo del dios, su dueño teórico. En la fase de Uruk todavía no hay un palacio «laico», residencia del rey. El templo, «casa del dios», es el centro simbólico y operativo de la ciudad. El rey es protagonista de las ceremonias colectivas. El rey es el garante de la buena marcha de las relaciones entre la comunidad humana y el mundo divino. Por último, al rey se le atribuye también la responsabilidad de la defensa de la ciudad y el pueblo frente a los ataques exteriores. La glíptica del periodo de Uruk nos lo representa enzarzado en luchas más o menos simbólicas con animales feroces que amenazan al templo o a los rebaños de la ciudad, y con adversarios humanos que amenazan a los bienes acumulados en los almacenes.

Ya hemos dicho que el templo domina en el centro de la ciudad y constituye su eje, tanto simbólico como operativo. Su mole hace que destaque entre los demás edificios, y a eso se añade su acabado exterior y su mobiliario interior. Todo ello contribuye a poner en evidencia el poder y la riqueza del templo, que en teoría es la fachada con que la comunidad se presenta ante su dios, y en realidad la fachada con que el núcleo dirigente se presenta ante la población. El papel que desempeña el templo, de simbolizar y mantener la cohesión de la comunidad, es esencial. Alrededor del templo hay espacios acondicionados para las fiestas y procesiones, las «salidas» en público de los simulacros o símbolos del dios —probablemente, las únicas ocasiones en que la población ciudadana se reúne en masa por una movilización ideológica que posibilita (motivándolas) las movilizaciones económicas y laborales. En el caso de Uruk, el área de los templos alcanza un desarrollo especial. Por un lado, el templo de Anu destaca verticalmente el santuario único, situado en lo alto de una elevada plataforma cuyas alusiones mitológicas y cosmogónicas se suman a la evidencia urbanística y espectacular; por otro lado, el área sagrada del Eanna (dedicada a la diosa Inanna, máxima divinidad de la ciudad) resalta la horizontalidad, con su extensión y subdivisión en múltiples santuarios, columnatas, patios y recintos que lo convierten en el mayor complejo ceremonial que se conoce de este periodo. Dado que el «peso» del sector ceremonial en el conjunto urbano se puede referir en cierto modo al grado de justificación religiosa de la disparidad socioeconómica, nos da una idea de la «carga» que en términos materiales supone el desarrollo de la organización central a expensas de la comunidad en su conjunto.

En el periodo de Uruk todavía no se han atestiguado otras formas de justificación y propaganda político-religiosa. Al parecer, todo el peso de la justificación ideológica recae en la propia existencia del templo y en las ceremonias que se celebran en él o en torno a él. La propia figura del rey, así como el prestigio de los funcionarios y sacerdotes, giran directamente alrededor del templo. La base de la formación de las comunidades protoestatales en la Baja Mesopotamia debió ser una fe entusiasta, sin fisuras ni dudas. El rey es sumo sacerdote y se aprovecha del prestigio que refleja en él la divinidad.

La cohesión de la comunidad se estimula por autoidentificación, en relación con el amo divino (hipóstasis sublimada del núcleo dirigente), y también, por oposición, frente a las fuerzas exteriores. El primer estímulo, de carácter positivo (del tipo de «dios está con nosotros»), sirve para mantener unida a la comunidad ante los embates de la desigualdad interna. El segundo estímulo (del tipo de «los demás son malos») sirve para mantener unida a la comunidad frente a los ataques exteriores y en función de la agresión dirigida al exterior. Esta última se justifica en la medida en que existe la convicción de que el mundo exterior, al margen de la relación correcta con el dios que caracteriza a la comunidad ciudadana, es un mundo caótico y bárbaro, hostil y peligroso. Los enemigos bárbaros y agresivos son como las bestias feroces que todavía pululan en los campos y amenazan a los rebaños. Debemos acabar con ellos, antes de que acaben con nosotros. Debemos conquistar y aprovechar sus recursos, porque la periferia existe en función del centro, y no por derecho propio.

LIBER

5. DIFUSIÓN Y CRISIS DE LA PRIMERA URBANIZACIÓN

1. El comercio a larga distancia

En el periodo Uruk Tardío la maduración organizativa y la disponibilidad de excedentes alimentarios permiten a las administraciones urbanas de la Baja Mesopotamia poner en marcha un sistema de comercio a larga distancia muy innovador, comparado con el que se había practicado en los largos milenios del Neolítico y el Calcolítico. Un primer factor innovador es el propio incremento de las necesidades de materias primas exteriores, debido a los avances tecnológicos y organizativos: metales para las herramientas y las armas (sobre todo cobre), madera para la cubierta de los grandes edificios (sobre todo templos), piedras duras para los sellos y elementos ornamentales requeridos por la especialización de funciones socioeconómicas, la ostentación de los ricos y el embellecimiento de los templos.

Un segundo factor innovador es la propia organización del comercio, siguiendo unas líneas que serán típicas del comercio de Oriente Próximo durante toda la Edad del Bronce. La iniciativa del comercio se concentra en las grandes organizaciones, que reservan parte de los excedentes disponibles para intercambiarlos con productos inaccesibles a la tasación interior. El intercambio no se efectúa directamente entre comida y materias primas, ya que la comida no es apropiada para el transporte, por su escaso valor unitario. Por eso los excedentes alimentarios tienen que transformarse en bienes apropiados para el intercambio, por lo general telas y otros productos manufacturados. Además, la gran organización dedica a una parte de sus especialistas al intercambio. Se trata de los mercaderes, o mejor sería llamarles agentes comerciales. Con ritmo presumiblemente anual, el agente comercial parte del centro urbano bajomesopotámico con una provisión de productos manufacturados, y se dirige a las lejanas regiones productoras de materias primas. Allí intercambia los productos urbanos por metales y piedras o *sustancias* vegetales, vuelve a la ciudad de donde partió, y allí hace cuentas con su administración para aclarar que el valor de los bienes que ha traído es equivalente al de la provisión de partida, de acuerdo con las tablas de correspondencias, de uso común.

Esta visión, válida en principio para explicar el funcionamiento básico, adolece de cierto esquematismo, debido a la preponderancia del punto de vista «palatino». Una primera corrección es la existencia de lugares especiales de intercambio, intermedios entre la Baja Mesopotamia y las zonas de origen de las materias primas. Según el punto de vista bajomesopotámico, el origen de ciertos productos puede ser

incluso desconocido, eclipsado, por así decirlo, por la importancia del centro de distribución e intercambio. Una segunda corrección es el papel que desempeñan los propios países exportadores de materias primas, que con el estímulo de la demanda de los centros protourbanos (un «mercado» de dimensiones desacostumbradas para la época), organizan su exportación, potenciándola y adaptándola a los ritmos anuales de la demanda, o bien suministrando productos semielaborados (metales depurados, piedras duras desbastadas), y en algunos casos completamente elaborados. Así pues, el estímulo del comercio también resulta muy eficaz —como veremos— para el desarrollo organizativo de las regiones periféricas.

También hay que destacar que el aspecto «administrado» que hemos puesto de relieve, sobre todo la relación entre organización de partida (templo y palacio) y mercader, no agota toda la secuencia de operaciones. Desconocemos la forma en que tuvo lugar el intercambio efectivo en los centros lejanos o en las regiones productoras, dado que falta documentación escrita y no hay perspectivas de que aparezca. Probablemente fueron de tipo ceremonial, según el «código» del intercambio de regalos con los forasteros o algo parecido. También desconocemos las relaciones de intercambio que realmente se aplicaron, y que podían ser muy distintas de las que aceptaban oficialmente las administraciones palatinas, permitiendo que los mercaderes y posibles intermediarios obtuvieran ganancias personales que no podemos valorar.

Sean cuales fueren la práctica concreta del intercambio y el papel de los países productores y los centros intermediarios, el comercio administrado de los centros urbanos se caracteriza por tener una mayor capacidad para saltarse los pasos intermedios, organizando expediciones comerciales que llegan directamente a los lugares de origen y concentración o semielaboración de los productos buscados, con el consiguiente ahorro de tiempo y coste. Los desplazamientos se realizan por agua siempre que sea posible (por el Tigris, el Éufrates y el golfo Pérsico); además, mediante recuas de burros que a veces están protegidas por escoltas armadas.

Ya se ha dicho que las mercancías cuyo transporte a largas distancias resulte económico tienen que ser valiosas por unidad de espacio ocupado, y que hay que descartar las exportaciones de cereales, ya que cada distrito se debe basar en sus recursos alimentarios. A este respecto hay cierta confusión, derivada de la combinación de ciertos silencios de la documentación arqueológica y ciertas afirmaciones de textos literarios posteriores que se refieren al comercio protohistórico. Por un lado, las importaciones (metales y piedras duras) están mucho mejor representadas en los restos arqueológicos que las exportaciones (telas no duraderas y géneros repartidos por un territorio muy amplio). El problema de las «exportaciones invisibles» se ha despachado a menudo afirmando que se exportaban productos alimentarios, con el apoyo de textos referidos, sobre todo, al comercio entre Uruk y Aratta, en los que aparecen largas caravanas de burros con cargamentos de grano. En realidad, las exportaciones son invisibles porque el género es perecedero y también porque, en proporción, son escasas y están «censuradas» por la ideología de los textos. La escasa entidad de los desembolsos es propia de una situación de «intercambio desigual», en la que el socio más avanzado en los aspectos económico, técnico y organizativo obtiene grandes cantidades de materias primas a cambio de cantidades modestas de productos artesanales y de pacotilla, aprovechándose de la diferencia de escalas de valores en ambos extremos del intercambio.

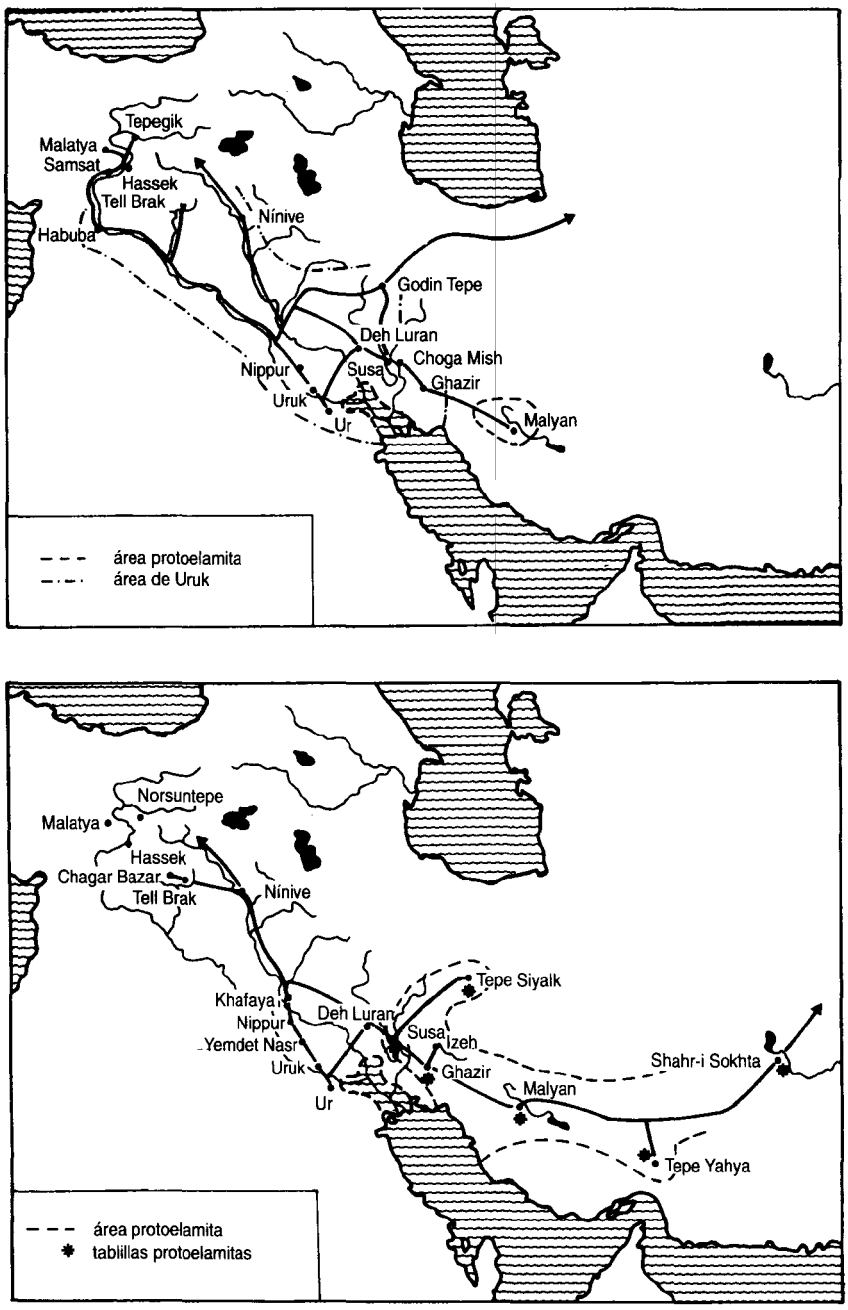


FIGURA 26. Orientación y rutas del comercio en Mesopotamia e Irán durante el periodo Uruk Tardío (*arriba*) y durante el periodo Yemdet Nasr/Protoelamita (*abajo*).

En cuanto a las fuentes escritas, por lo general, omiten hablar de las exportaciones, porque las consideran ideológicamente irrelevantes. Para la ideología protoestatal las materias primas no se obtienen por cesión de un contravalor, sino por el prestigio y el poder del dios de la ciudad y el rey, que es su representante terrenal y su gestor económico. Las regiones periféricas, poco pobladas pero ricas en materiales, tienen la función de aportar sus riquezas para el funcionamiento del país central (y de su centro simbólico, el templo de la ciudad). Reconocer una reciprocidad económica en el trueque sería como reconocer la existencia de otros centros políticos análogos al central, y por lo tanto sería como subvertir toda la estructura centralizada del universo, la supremacía del dios de la ciudad, el contraste entre mundo civilizado y mundo bárbaro. En este contexto, la única exportación ideológicamente compatible, es más, la única de la que se hace propaganda, es el alimento, porque sirve para la subsistencia de los que lo reciben, que pueden así integrarse en el gran sistema redistributivo y asistencial centrado en el templo de la ciudad.

La formación de los estados protourbanos tiene, pues, un efecto de centralización comercial que en la realidad, y en su aspecto técnico, sólo es parcial, pero en el ideológico es total. En el aspecto técnico-real es indudable que la formación de un conjunto de comunidades urbanas en la Baja Mesopotamia, con una concentración de la población y un crecimiento de las necesidades sin precedentes, provoca una polarización muy acusada del tráfico interregional hacia esta área. Pero polarización no es lo mismo que centralización absoluta, y ya hemos vislumbrado (lo veremos con más claridad en adelante) la formación de un sistema complejo, en el que las regiones productoras y los centros intermediarios desempeñan un papel importante. Pero en el aspecto ideológico este sistema complejo y policéntrico se interpreta de una forma unívoca y totalizadora, con la ciudad en el centro del mundo y los recursos repartidos a su alrededor. La iniciativa central de obtención de bienes es el único móvil del intercambio. Sin duda, la ideología ha llegado demasiado lejos, pero también ha captado, desde su punto de vista, los elementos innovadores del comercio protourbano: la explotación coordinada de una serie de recursos que están infrautilizados en sus países de origen, o forman monocultivos en función del mercado central; y el carácter desigual del intercambio, con un desequilibrio tecnológico e ideológico que despeja el camino para la instauración de desequilibrios políticos y culturales.

2. Uruk: la metrópoli y las colonias

La gran fuerza de expansión de la primera urbanización se deja notar con distinta intensidad a partir del núcleo bajomesopotámico, creando, en líneas generales, cuatro zonas concéntricas. El «núcleo» interior, en el que está sólidamente implantada la cultura Uruk, incluye la Baja Mesopotamia (el futuro país de Sumer) y la Media (el futuro país de Akkad). En algunas zonas adyacentes (Khuzistán, Asiria y Alta Mesopotamia, Éufrates medio) se encuentran verdaderos centros periféricos Uruk, con todos los rasgos característicos de su cultura, pero emplazados en un territorio distinto, como auténticas colonias. Más allá de las colonias hay zonas con las que la cultura de Uruk mantiene relaciones lo bastante estrechas como para modificar su organización local, sin cambiar por ello la cultura material. Es el caso del

LIBER

CUADRO 9. Esquema cronológico de la «revolución urbana».

	Baja Mesopotamia	Alta Mesopotamia	Irán occidental	Siria	Anatolia oriental
3500	Uruk Antiguo Uruk 14-9 Eridu 5-4	Gawra 11-10	Khuzistán: Susa B Zagros: Godin 7 Fars: Banish Antiguo	'Amuq F Hama K	Malatya 7
3200	Uruk Tardío Uruk 8-4 Eridu 3-2 Nippur 16-15	Gawra 9 Nínive 4 Tell Brak (Templo de los ojos)	Khuzistán: tipo Uruk Zagros: Godin 6-5 Fars: Medio Banish	Habuba Kebira Yébel 'Aruda	Malatya 6A Hassek Kurban Hüyük 6 Mersin 14-13
3000	Yemdet Nasr Uruk 3 Nippur 14-12	Gawra 8 Nínive 5	Khuzistán: Susa C Zagros: Godin 4 Fars: Banish Tardío	'Amuq G Hama K	Malatya 6B Kurban Hüyük 5 Mersin 12
2900					

alto Éufrates y ciertas zonas del oeste de Irán. Por último, más lejos todavía, hay simples vestigios de contactos (seguramente comerciales), sin una influencia destacable en la cultura central.

En el núcleo bajomesopotámico el yacimiento guía es Uruk, no sólo por ser la localidad mejor conocida por los arqueólogos, sino también porque debió ser realmente el centro hegemónico, a juzgar por su extensión y la importancia de su barrio ceremonial y dirigente. Este último (el único que se ha excavado con intensidad en Uruk) es incomparablemente más complejo que todos los núcleos de templos anteriores, y comprende el área sagrada del Eanna, con templos, palacios, patios y columnatas, y la plataforma artificial sobre la que se alza el «templo blanco» de Anu, posteriormente cubierto por una *ziqqurat*. Las dos zonas, tal como aparecen en la cima de su desarrollo (niveles IV y III de Eanna) son el resultado de sucesivas reconstrucciones y ampliaciones que aún no han sido investigadas exhaustivamente: la plataforma sobre la que se levanta el «templo blanco» está formada por los escombros de los templos anteriores, y lo mismo se puede decir del Eanna, aunque en un sentido más horizontal que vertical. Las secuencias que hemos visto en Eridu y Tepe Gawra nos dan una idea de lo que sucede también en Uruk, a mayor escala. Las características de los templos de Uruk IV y III y de los materiales relacionados con ellos (cerámica, glíptica, etc.) ya nos han proporcionado la base para la presentación general de la primera urbanización. Ahora bastará con señalar que las grandes dimensiones del paraje urbano de Uruk, el fenómeno de desaparición progresiva de las aldeas en los campos de los alrededores, la falta de centros urbanos cerca, y la presencia, en cambio, de otros centros urbanos menores colocados en arco al nor-

LIBER

te y al este, nos hacen pensar que Uruk era una auténtica capital que controlaba directamente un amplio territorio. Los otros centros urbanos tenían una posición subalterna, que no se debe entender necesariamente como una verdadera sumisión política a la capital.

Pero los centros «menores» también poseen características análogas, aunque en menor escala, y en particular un auge significativo de las estructuras de los templos. Es lo que sucede, por ejemplo, en Eridu, donde la antigua secuencia de templos culmina en la época Uruk en un santuario cuyas dimensiones y majestuosidad nada tienen que envidiar a los de Uruk. Encontramos otro ejemplo destacado en Tell 'Uqair (Mesopotamia Media), con un templo sobre una plataforma que por su planteamiento general y sus dimensiones rivaliza con los de Uruk, aunque quizá sea algo más modesto porque para la decoración polícroma recurre a la pintura sobre enlucido, más barata que la de Uruk, obtenida con mosaicos murales.

Sin duda, la excavación de los niveles de Uruk en Nippur y otros centros mesopotámicos revelaría situaciones de gran desarrollo y riqueza. Pero suele ser difícil llegar a esos niveles, pues están sepultados bajo las áreas sagradas de las fases posteriores, difíciles de remover. En cambio, por una serie de circunstancias favorables, algunos centros «coloniales» de la cultura Uruk han sido excavados en la periferia mesopotámica, sobre todo en los últimos años. En algunos casos, los asentamientos Uruk se superponen a otros anteriores, de carácter local. Es lo que sucede en Susa, donde la presencia «Uruk Tardío» interrumpe la secuencia local, superponiéndose a las culturas anteriores (Susiana B y C; Susa A), para dar paso a la posterior cultura protoelamita. En otros casos, como en el Éufrates medio, da la impresión de que las «colonias» surgen en parajes que antes no estaban poblados, y que de pronto se ven convertidos en centros urbanos, con toda la complejidad del desarrollo urbanístico y cultural, trasplantado en plena madurez desde otros lugares. Los casos más llamativos son Habuba Kebira y Yébel 'Aruda. El primer yacimiento es una ciudad amurallada que se extiende a orillas del Éufrates, con un barrio sagrado cerca del extremo sur (Tell Qannas) y un tejido urbano muy compacto en el resto del asentamiento. Éste parece responder a una planificación homogénea, y posee una cultura material y administrativa (cerámica, sellos, tablillas numéricas y *cretulae* con contraseñas) que procede directamente de la «madre patria» bajomesopotámica. Yébel 'Aruda se encuentra un poco más al norte, sobre un cerro que domina el valle (y que todavía emerge del lago artificial en el que ha quedado sumergido Habuba). Es sobre todo un centro cultural, con varios templos concentrados en el área sagrada, cuyas plantas repiten las características surmesopotámicas.

La interpretación de centros como Susa o Habuba como «colonias» de Uruk es bastante convincente; en cambio, no resulta tan fácil hacer una definición política de las poblaciones de Asiria y del triángulo del Khabur. Aquí el proceso de desarrollo, que en el sur había culminado con Uruk IV, había tenido su réplica, como vemos en Tepe Gawra en la secuencia que atraviesa las fases 'Ubaid Tardío y Uruk Antiguo, de modo que la aparición de los centros Uruk Tardío no tiene lugar en el vacío (como en Habuba) o en un medio distinto (como en Susa), sino como culminación de una progresión interna. Además de Gawra, donde la sucesión de templos superpuestos culmina en el periodo Uruk Tardío, otro centro de notable extensión y desarrollo es Nínive, que durante dos milenios y medio será la ciudad más importante del triángulo asirio (a diferencia de Gawra, que permanecerá marginada en su posición del piede-

LIBER



FIGURA 27. «Colonias» de la cultura de Uruk en el curso medio del Éufrates. *Izquierda*, Habuba Kebira; *derecha*, Yébel 'Aruda.

LIBER

monte). En la zona del Khabur el yacimiento más importante es Tell Brak, con sus almacenes y su «templo del ojo», llamado así por las figuras antropomorfas estilizadas que se han encontrado, como exvotos y elementos de decoración. Otros yacimientos no excavados, como sobre todo Tell Hamukar, están probablemente encima de yacimientos guía del periodo Uruk Tardío. La propagación de estos centros «coloniales» también se puede seguir mediante exploraciones de superficie, gracias a la inconfundible y típica presencia de cuencos de borde biselado, que señalan la existencia de instalaciones organizadas de la cultura Uruk Tardío (*templos, almacenes* centrales o similares).

Por lo que parece, las «colonias» Uruk Tardío se propagaron con fines sobre todo comerciales. Si tenemos en cuenta la distribución de las materias primas y el radio de distancia permitido por el sistema de transporte, parece claro que estas avanzadillas de Uruk, unidas al centro por vía fluvial, permiten acceder fácilmente a las zonas de origen de la madera, los metales y las piedras duras que se necesitan en la Baja Mesopotamia. Susiana es la puerta del centro y sur de Irán, Asiria la del norte de Irán, Alta Mesopotamia la del Taurus y el curso alto del Éufrates, y el Éufrates medio la de Siria. En las «colonias» se instalan núcleos de población que proceden directamente del sur, pero entendiendo este sur como Uruk, concretamente. Tampoco es fácil decidir si la relación política que se instauró era de dependencia directa o presentaba formas de integración autónoma en un sistema económico interregional más amplio. La aparición y el desmoronamiento, bastante súbitos los dos, del sistema «colonial» Uruk Tardío hacen pensar que en su organización y mantenimiento intervino una estrategia política consciente.

Queda aún por resolver la cuestión cronológica, que en cuanto a la estratigrafía comparada está en parte por hacer. En el pasado prevalecía la hipótesis de que la propagación de la cultura Uruk Tardío en las zonas perimesopotámicas fue más bien tardía, es decir, paralela a la fase III, más que a la fase IV (en términos de niveles del Eanna). Hoy, en cambio, prevalece la hipótesis de que esta propagación coincide con la fase culminante y madura (Eanna IV), y los últimos casos del sur de Mesopotamia (Eanna III) corresponden a un momento en que el sistema comercial y colonial ya se había hundido, marcando por tanto una tendencia al retroceso. Esta ubicación cronológica es más acorde con el desarrollo de los medios de registro escrito: en las «colonias» encontramos *cretulae* y contraseñas, así como las primeras tablillas numéricas, pero todavía no aparece la escritura completamente desarrollada que cabría esperar en el caso de una datación más tardía. Sería improbable que los centros coloniales se quedaran «retrasados», si es que, como parece, eran avanzadillas, pequeñas y marginales pero plenamente dotadas de todos los instrumentos operativos de la lejana metrópoli.

3. La respuesta de la «periferia»

Más allá de la zona de difusión de la cultura de Uruk, el fenómeno de la primera urbanización aparece en culturas maduras del Calcolítico Tardío de Siria, Anatolia *suroriental e Irán suroccidental. Esta penetración* asume dos aspectos distintos. Por un lado, presencia de pequeñas avanzadillas comerciales de Uruk en territorio culturalmente indígena. Por otro, centros indígenas que se dan una organización urbana

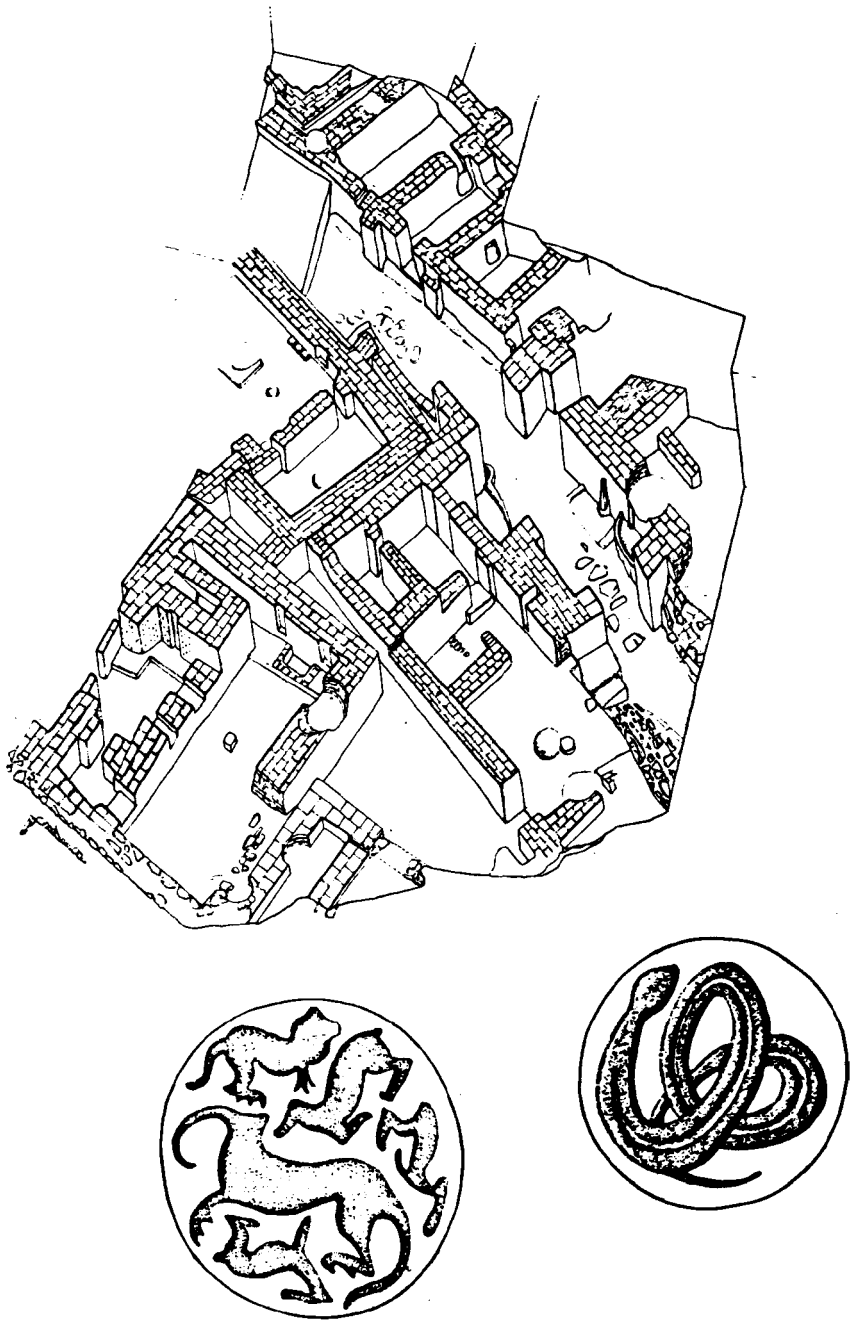


FIGURA 28. Malatya en el periodo Uruk Tardío. *Arriba*, axonometría del nivel VI a (templo, entrada del palacio, almacenes). *Abajo*, sellos de estampilla.

LIBER

al relacionarse con Uruk. Ejemplos del primer tipo los tenemos en Godin Tepe, en los Zagros, y Hassek Hüyük en el alto Éufrates. Godin Tepe (nivel V) es un asentamiento indígena; pero en un pequeño barrio, claramente protegido por una muralla, hay varios edificios que se pueden interpretar fácilmente como un centro comercial Uruk, por los clásicos indicios de los cuencos *bevelled-rim*, los recipientes con cierre de seguridad, las tablillas numéricas y las improntas de sellos típicos de ese periodo. Godin Tepe, que en sí mismo no es una auténtica ciudad, sino un punto de apoyo en la ruta comercial que une el Khuzistán y la Baja Mesopotamia con las zonas de procedencia de los metales y las piedras duras, es un ejemplo de los modos de penetración del comercio «administrado» por las metrópolis protourbanas en la periferia montañesa. Otro caso análogo es Hassek, también amurallado y de pequeñas dimensiones (lo que indica que no era una verdadera ciudad, sino un establecimiento comercial), y caracterizado también por los indicadores típicos de Uruk en la cultura cerámica y administrativa. El valle alto del Éufrates ha sido investigado recientemente con operaciones de «salvamento» arqueológico en zonas destinadas a quedar sumergidas por los embalses. Allí se han encontrado elementos de una auténtica tipología gradual de la difusión cultural Uruk y sus relaciones con las culturas indígenas. En este caso nos encontramos en la ruta de la madera y el cobre del Taurus oriental. De auténticas «colonias» situadas aguas abajo como Habuba Kebira, se pasa a unos asentamientos humanos más pequeños, como debió ser Samsat, y a etapas comerciales como Kurban Hüyük y Hassek Hüyük, que llegan hasta la barrera montañosa del Taurus.

Aguas arriba del Taurus, donde el valle del Éufrates se abre de nuevo formando amplias cuencas, la situación es diferente. Tenemos un buen ejemplo en el yacimiento de Malatya (Arslantepe). A finales del IV milenio este yacimiento tiene ya una larga historia que arranca del Neolítico de tipo Halaf y pasa por varios estratos tardocalcolíticos en los que ya se advierte un desarrollo superficial y organizativo considerable. Si se examina a escala reducida, Arslantepe es un paraje privilegiado, en comparación con los yacimientos cercanos situados a orillas del Éufrates, porque se halla en el centro de un nicho ecológico muy rico, por la abundancia de agua, la proximidad de los recursos del monte (bosques y pastos), la protección y la estabilidad hidrogeológica. A escala más amplia, el yacimiento es un punto de referencia y contrapunto político para el comercio surmesopotámico, que llega hasta allí remontando el Éufrates después de las etapas de las colonias sirias y los establecimientos situados a la altura del Taurus.

El carácter de la cultura material sigue siendo local, pero son muy evidentes las huellas de las visitas Uruk a la zona. Si bien la planta urbanística y las técnicas arquitectónicas son anatólicas, la complejidad y la propia separación del sector «público», de considerable importancia (templo, palacio, puerta fortificada y almacenes), revelan que el modelo urbano ha llegado a Anatolia suroriental. Lo mismo se puede decir de la cerámica: además de algunos tipos Uruk de importación o imitación (como una especie de ánforas y botellas con pitorro curvado), la cerámica es local (no hay cuencos de borde biselado), pero hecha al torno rápido, con los procedimientos técnicos y los rasgos productivos y administrativos protourbanos. También el equipo administrativo es propio del modelo urbano: las *cretulae* con improntas de sellos demuestran que se ejerce un control administrativo y despersonalizado de los almacenes y recipientes, si bien los sellos locales, por su repertorio (casi siem-

LIBER

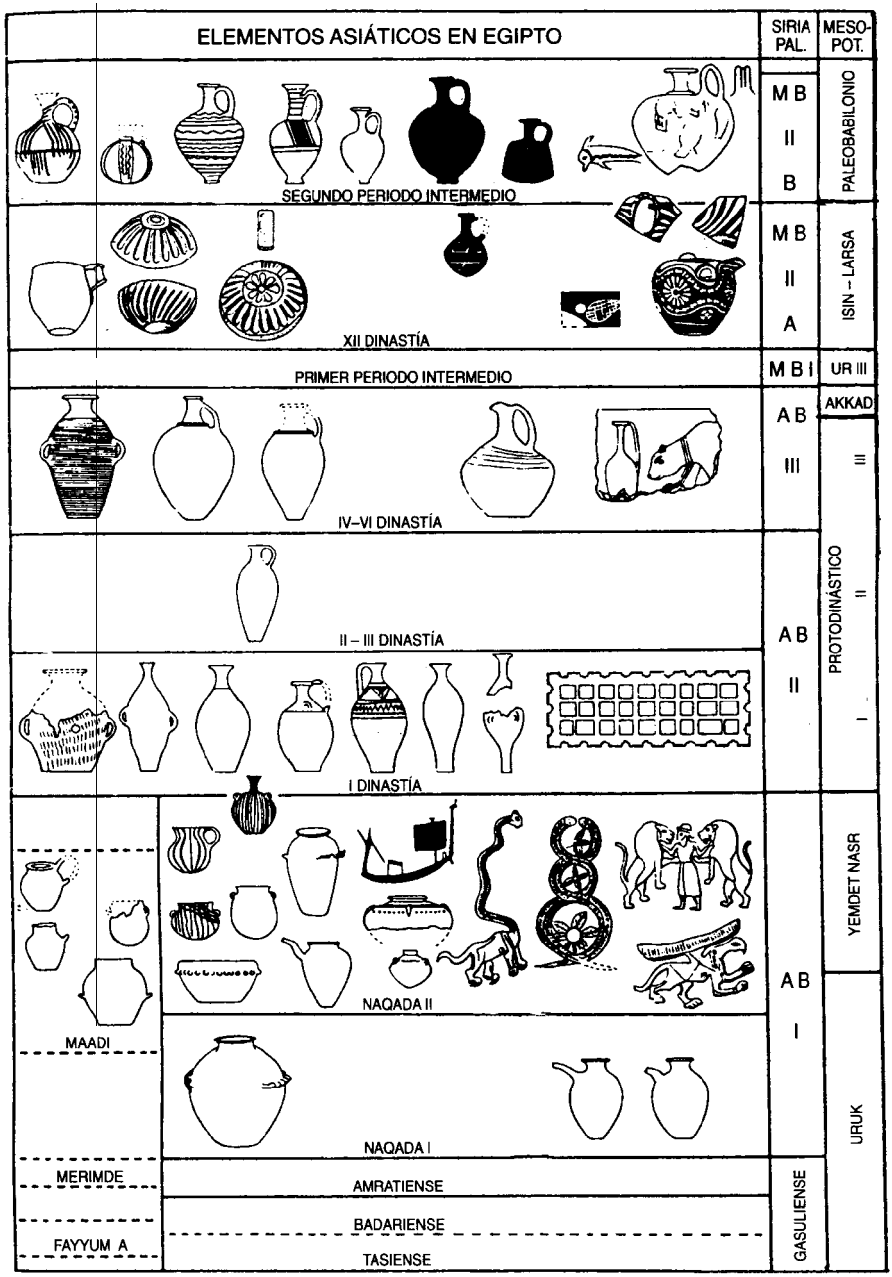


FIGURA 29. Elementos de procedencia asiática en la cultura egipcia, desde las fases protohistóricas hasta el final del Bronce Medio.

LIBER

pre figuras de animales), estilo y tipo (cuño circular), contrastan con los escasos ejemplos de procedencia meridional.

Como es de esperar en una zona de extracción y elaboración del cobre, la metalurgia está muy avanzada. Las hojas de espada y puntas de jabalina no tienen igual en toda Mesopotamia. Se trata, pues, de un yacimiento protourbano muy rico: agricultura y horticultura con microirrigación, pastoreo (sobre todo de ovejas y cabras, por la lana), madera y metales, elaboración y comercio con el sur, organización administrativa y producción en masa. Queda por aclarar el tipo de poder político local. Las sólidas fortificaciones, las valiosas armas de cobre y la propia iconografía («rey» sobre un trineo, sin símbolos religiosos) parecen señalar a un poder laico-militar. Por supuesto, hay un templo que recibe ricas ofrendas, pero es de pequeñas dimensiones y se diría que está adosado al palacio, y no al revés. La diferencia entre la justificación ideológica del poder en las ciudades templo de Uruk y sus réplicas indígenas se explica, dentro de ciertos límites, teniendo en cuenta la diferencia de condiciones en la urbanización y la formación protoestatal. En la llanura mesopotámica, la acumulación «primitiva» de recursos, que hace posible y necesaria la primera urbanización, se basa en una movilización laboral que supera las estructuras gentilicias, y en los productos de la agricultura de regadío. El núcleo sociopolítico asume formas y funciones ideológicas de cohesión a gran escala cuando se produce una fuerte estratificación. Es entonces cuando el templo se convierte en un centro de decisión y un punto de referencia. En cambio, en la periferia, donde no hay necesariamente una acumulación «primitiva» y la urbanización (a escala reducida) aparece en las rutas de acceso a los productos naturales, se plantea sobre todo el problema de organizar esa explotación y se instala una clase dirigente local que se basa en la fuerza y la ostentación de las rentas procedentes de las nuevas relaciones comerciales y culturales. Por lo tanto, lo más probable es que emerja una clase dirigente «aristocrático-militar» que gestione la explotación de unos recursos ya disponibles, y que utilice como elemento secundario el simbolismo religioso local.

En otros lugares se darían casos parecidos al del alto Éufrates, pero de momento no están tan bien documentados. En algunas comarcas de la meseta iraní, la difusión de los indicadores Uruk Tardío (cuencos de borde biselado, *cretulae* y tablillas numéricas) permite trazar una difusión cultural que irradia de los centros de Khuzistán (Susa, niveles 18-17 de la acrópolis, Choga Mish y Tall-i Ghazir) y llega a parajes bastante alejados (Tepe Siyalk, nivel IV 1; Godin Tepe, nivel V), sentando las bases para ese despegue de la urbanización local y las formaciones protoestatales que caracterizarán a la fase protoelamita inmediatamente posterior.

En el caso de Siria sigue resultando difícil establecer cuándo acusa en su organización urbana y sociopolítica la influencia Uruk Tardío, que sin duda llegó por lo menos hasta la altura de Hama. Más al sur, parece que en esta fase prevalece otra orientación, condicionada por la proximidad de la región semiárida (Transjordania y norte de Arabia), donde entre los milenios IV y III culmina un largo desarrollo de carácter pecuario. Como se recordará, la cultura gasuliense fue un caso destacado de sociedad pastoral que se desarrolla en las tierras marginales palestinas. Después, el caso de Tell Yawa se puede encuadrar todavía en este país interior semiárido, de recursos pecuarios, que aplica unas estrategias productivas y políticas distintas de las de la llanura agrícola. Cuando estas estrategias distintas se experimentan en el núcleo urbano (como en el caso de Yawa), enseguida fracasan.

LIBER

Llegamos así a la cuestión del despegue urbano y estatal de Egipto —que sobrepasa los límites espaciales de este libro. Aunque tiene sus propios caracteres, se advierten algunos indicios de fecundación por parte de la cultura Uruk, visible en ciertos datos iconográficos, el tipo de cerámica y otros rasgos. Se plantea el problema de los modos y las vías por las que se efectuaron estos contactos. Hay una vía septentrional que atraviesa la franja siropalestina. Acabará siendo la más obvia, pero ya a finales del IV milenio se producen contactos significativos entre las culturas cerámicas palestinas y las del norte de Egipto (Maadi). También hay una vía meridional, que a través del Uadi Hammamat conecta los centros altoegipcios (como Naqada II) con el comercio del mar Rojo y de la costa árabe del océano Índico. Es un escenario que amplía las interconexiones de la época a vectores distintos del comercio «administrado», protoestatal, incluyendo los contactos marítimos del área circunarábiga, y el medio pastoral interior de la península, que ya abarca toda la franja comprendida entre Yemen y las tierras agrícolas de Transjordania y el interior de Siria.

4. La crisis y el proceso de regionalización

La difusión «colonial» y la influencia directa de la cultura de Uruk en la periferia de Mesopotamia toca a su fin: de una forma bastante repentina, tal como aparecieron, desaparecen las avanzadillas exteriores, y da la impresión de que la cultura Uruk en su fase más tardía (nivel III del Eanna) se encierra en sí misma. Es difícil decir si esta caída se debe a una crisis de la metrópoli (Uruk), que ya no es capaz de sostener su red de contactos comerciales como lo hacía antaño, a algún tipo de «rechazo» por parte de las culturas indígenas, o bien a una combinación de varios factores. Hay colonias como Habuba Kebira que sencillamente desaparecen. En Malatya, a los grandes edificios públicos (templo, palacio y almacenes) se superpone inmediatamente una planta de aldea, de cultura local, con una considerable riqueza, pero carente de cualquier rasgo urbano y de centralización política y administrativa. La oleada de la «primera urbanización» se retira, aunque deja huellas en los ámbitos tecnológico y sociopolítico. El esfuerzo de la urbanización, basado en la centralización de los excedentes y una organización estricta del trabajo, al parecer no se sostiene fácilmente en las zonas situadas fuera de la llanura original, probablemente debido a la gran diferencia de rendimiento en los cultivos de cereales y a la gran diferencia de tamaño de los nichos económicos y geográficos. En toda la zona montañosa donde había penetrado la cultura de Uruk se retrocede de la urbanización a una organización más modesta, basada de nuevo en la aldea, aunque perduran ciertos cambios del sistema socioeconómico (especialización laboral, jerarquización).

En cuanto a la distribución comarcal, la expansión comercial de Uruk se había implantado con el apoyo de unas culturas locales bastante uniformes, las culturas calcolíticas tardías del tipo de 'Ubaid septentrional. Cuando retrocede la influencia de Uruk, se produce un proceso más acentuado de regionalización, cuya pista, a falta de documentación escrita, se puede seguir observando los tipos cerámicos y otros elementos de la cultura material. Hay un área en la meseta armenia caracterizada por cerámica negra hecha a mano y pulimentada, y viviendas de planta circular. En Anatolia central hay otra área de cerámica pintada. También hay un área de cerámica a torno y con engobe reservado (*reserved slip*) que abarca la Alta Mesopotamia

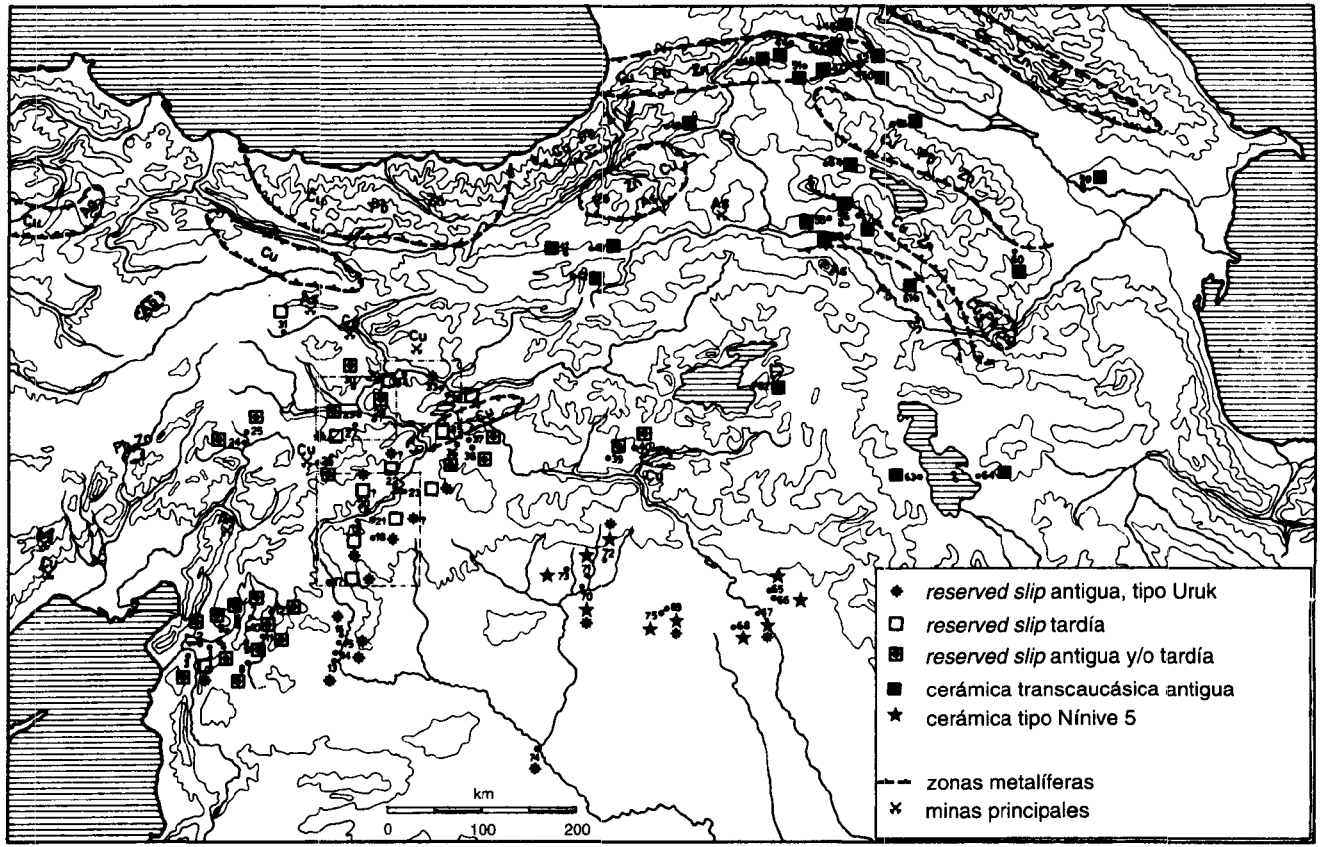


FIGURA 30. El proceso de regionalización después del periodo Uruk: horizontes cerámicos del Bronce Antiguo I entre Anatolia, Transcaucasia y Alta Mesopotamia.

LIBER

occidental, el norte de Siria y la vertiente sur del Taurus, en la que se implantará la cerámica de tipo «metálico» (de difusión más restringida). Por último, Asiria y la Alta Mesopotamia oriental (hasta Tell Brak) es el área de difusión de la cerámica llamada «Nínive 5», con sus tipos pintado e inciso. La interpretación de estas culturas regionales posteriores a Uruk es difícil. Pueden intervenir factores étnicos o políticos, reminiscencias del Calcolítico Tardío y factores innovadores, pero el acortamiento de los radios de difusión de la cultura material y la disminución de los contactos interregionales son evidentes.

El caso de la Baja Mesopotamia es peculiar, por lo menos en el aspecto cuantitativo. Pero esta región también se incluye en el marco general de regionalización y cierre. En efecto, entre finales del cuarto milenio y comienzos del tercero aparece, primero, una fase llamada de Yemdet Nasr (por el yacimiento epónimo situado en las cercanías de Kish, pero con Uruk todavía como centro guía), y luego una fase llamada Protodinástico I, que en conjunto forman un ciclo bastante unitario. Hay que tener en cuenta que la considerable laguna de periodización entre la fase Uruk-Yemdet Nasr (en conjunto «protoliterata») y la fase del Protodinástico (subdividida en las fases I, II y III) se debe en gran parte a la historia de los descubrimientos y estudios, y al compromiso entre distintos sistemas de clasificación cronológica (el Protoliterato se basa sobre todo en la secuencia del Eanna hallada en Yemdet Nasr, mientras que el Protodinástico se basa sobre todo en las secuencias estratigráficas de los yacimientos del Diyala).

En líneas generales, la fase Uruk III-Yemdet Nasr todavía es una fase de fuerte crecimiento demográfico y económico en la Baja Mesopotamia, con tendencia tanto a concentrarse en el centro hegemónico de Uruk, que sigue teniendo mayor relevancia política. También hay una expansión más compacta en zonas como Kish y el valle del Diyala, que en la fase anterior habían permanecido más bien al margen. En cambio, el Protodinástico I es claramente una fase de crisis y retroceso, que en cierto modo y con cierto retraso se corresponde con la crisis generalizada de la primera urbanización en las zonas perimesopotámicas. En la llanura mesopotámica, gracias al potencial productivo, la institución urbana no se ve amenazada de extinción ni pasa por una crisis aguda. Pero después del gran salto demográfico y organizativo del periodo de Uruk, y antes del salto posterior de la «segunda urbanización» (Protodinástico II-III), no cabe duda de que se produce una pausa, en la que se reducen las posiciones internas y se interrumpen casi por completo las ramificaciones coloniales y comerciales. En el Protodinástico I apenas encontramos metales y piedras duras como el lapislázuli, y la Baja Mesopotamia aparece como una más entre las culturas regionales, aunque desde luego destaca por su importancia demográfica y su estructura organizativa.

Algunos rasgos se pueden interpretar en clave sociopolítica. Ante todo, mientras los complejos de templos de tradición Uruk Antiguo llegan a su plenitud en la fase Eanna III (en el propio Uruk, con el «templo blanco», y en 'Uqair, Eridu y otros yacimientos), emerge como innovación llena de posibilidades la estructura del «palacio» —es decir, un centro directivo en el que no se realizan actividades de culto—, que hace su primera aparición en Yemdet Nasr y alcanzará un gran desarrollo en los Protodinásticos II y III (tras un *hiatus* documental en el Protodinástico I). Esta innovación implica cierto grado de oposición o complementariedad entre «templo» y «palacio», y podría indicar que se ha consolidado un sistema político «laico» de

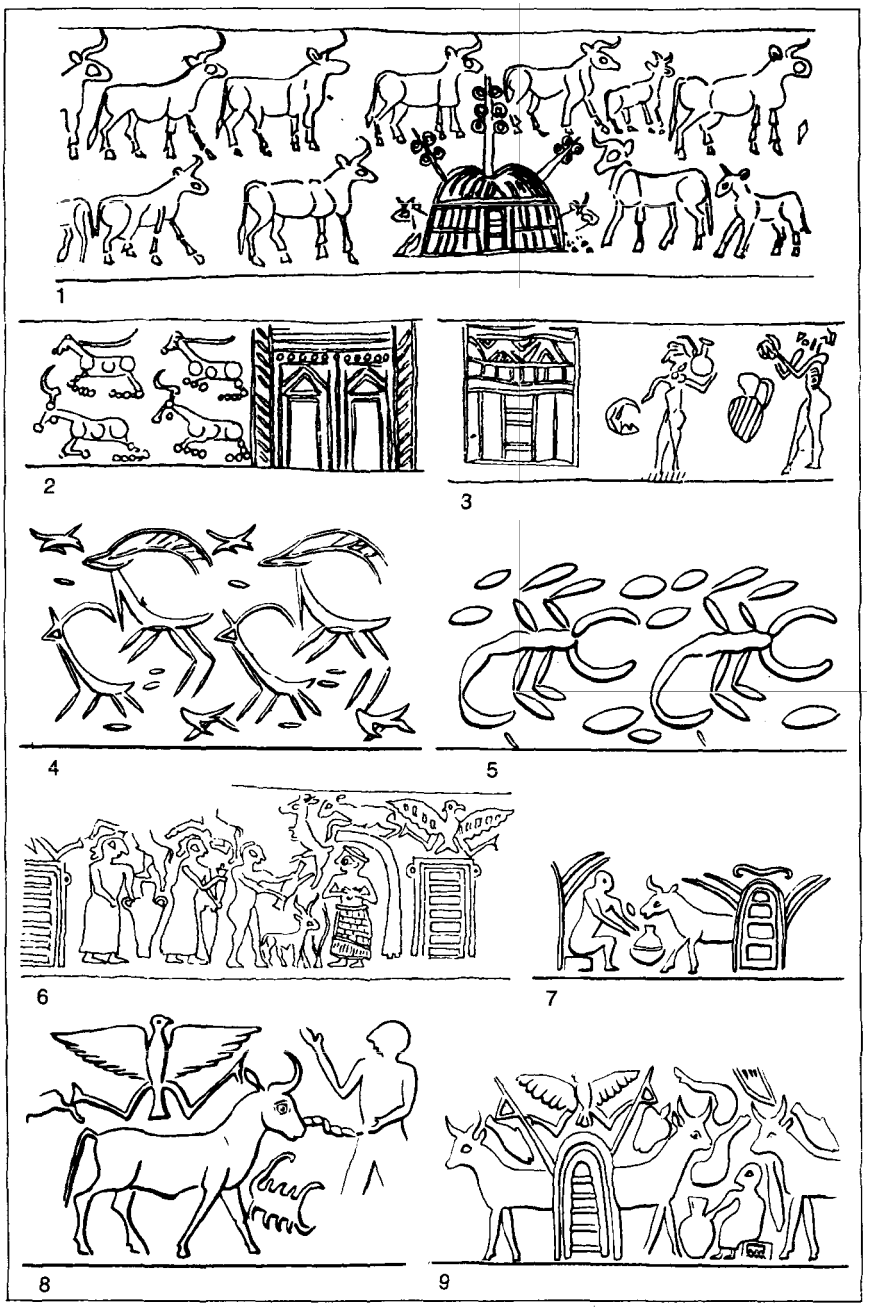


FIGURA 31. Glíptica mesopotámica de comienzos del III milenio. 1-3: estilo de Yemdet Nasr, con escenas de ganadería y ofrenda; 4-5: estilo «brocado» con motivos ornamentales de animales; 6-9: estilo del Protodinástico I de Ur, con escenas de ganadería y ofrenda.

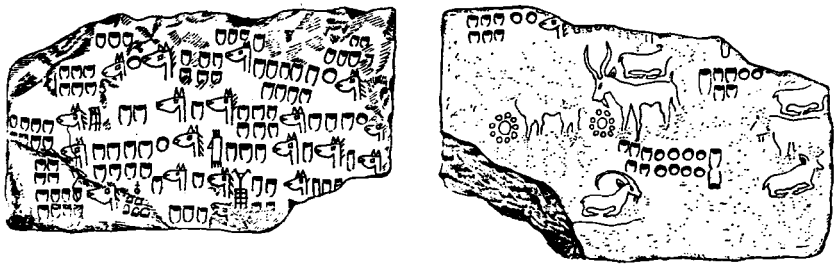


FIGURA 32. Tablilla protoelamita. Cuenta del ganado: por un lado los sumandos, por otro los totales y la impronta de un sello.

origen más norteño (Yemdet Nasr está en la zona de Kish), a diferencia del típico sistema templar del sur.

En torno a los palacios nacientes y los templos persistentes (y todavía hegemónicos) sigue funcionando la gran organización protoestatal, con algunas mejoras y correcciones. La escritura sigue siendo la base de la administración, y del estadio estrictamente pictográfico de Uruk IV se pasa al logográfico y luego al mixto, logográfico y silábico, con las tablillas de Uruk III y más tarde las de Yemdet Nasr. En la glíptica caen en desuso las escenas de trabajo y de simbolismo del poder, tan características de Uruk IV, y aparece una decoración geométrica no figurativa, primero en el estilo de Yemdet Nasr y luego en el estilo «brocado» (del Protodinástico I) derivado del anterior. Las informaciones que antes se podían confiar en parte a la iconografía de los sellos (en la época de las tablillas numéricas), ahora se confían por completo a la escritura. El sello sirve sólo como identificación y se difunde socialmente, al tiempo que se vulgariza. Por último, la cerámica se circunscribe a un ámbito regional, con la cerámica pintada escarlata, típica de las dos subfases de Yemdet Nasr y Protodinástico I, que presenta variantes internas, tanto en el sentido cronológico como en el regional.

Vemos una evolución parecida en el otro gran centro de la primera urbanización, Susiana. Aquí, después del intervalo Uruk, la secuencia local sigue su curso con la cultura llamada protoelamita. Ésta se caracteriza entre otras cosas por un tipo de escritura que sin duda tiene su origen en la escritura de Uruk IV, pero con rasgos originales, en cierto modo paralelos (y contemporáneos) a los de Yemdet Nasr, con distintos caracteres formales que expresan una lengua diferente, el elamita, en vez del sumerio de la tablillas de Yemdet Nasr. También el estilo de la glíptica y las formas cerámicas se diferencian de los mesopotámicos (a diferencia de lo que había sucedido en la época Uruk Tardío), dando lugar a otra importante variedad regional dotada de caracteres y estructuras etnolingüísticos y políticos propios.

La cultura protoelamita no se limita a Susiana, y su epicentro parece hallarse más al este. El yacimiento de Tall-i Malyan (capital de Anshan, actual Fars) abarca 50 hectáreas, diez veces la extensión de la Susa contemporánea (niveles 16-13 de la acrópolis). El medio geográfico iraní, con cuencas agrícolas aisladas entre las montañas o al borde del desierto, favorece la formación de entidades políticas comarcales, que pueden llegar a federarse (como veremos en la edad propiamente histórica). Entre las distintas comarcas, Susiana es un caso especial, porque acusa más la influencia mesopotámica.

La cultura protoelamita se propaga desde su epicentro de Malyan con mayor rapidez que la Uruk, que en cierto modo había abierto las rutas comerciales. Se han encontrado tablillas protoelamitas en Susa y Malyan, pero también en el norte (Siyalk IV 2) y bastante más al este, en Tepe Yahya y Shahr-i Sokhta (cuenca del Hilmand). El comercio protoelamita, tal como se puede reconstruir siguiendo la difusión de las distintas piedras duras y una serie de objetos hechos con ellas (vasos de clorita, de esteatita, etc.), abarca toda la meseta y se adentra en Mesopotamia y la zona del golfo Pérsico.

En el litoral del golfo, que resulta apetecible para los centros urbanizados sobre todo como fuente de cobre (Omán, el Magan de los textos sumerios posteriores), se difunden a comienzos del III milenio varias cerámicas del tipo Yemdet Nasr. Es posible que los buscadores de cobre y mercaderes mesopotámicos entrasen en contacto con las comunidades locales y estimularan en ellas la formación de clases dirigentes. La cultura básica de Omán sigue siendo la aldea, con economía mixta: pesca, ganadería nómada, agricultura de oasis (con elementos típicos como la palmera datilera y el camello, y el sorgo, de origen sudanés-yemení). Pero la formación de centros locales, además de introducir materiales marinos como la madreperla, las conchas o la tortuga en los circuitos comerciales, acaba poniendo en contacto el litoral bajomesopotámico y elamita del golfo con el litoral oriental, más alejado, hasta la desembocadura del Indo en el océano Índico, donde está a punto de aparecer la civilización protoindia de Harappa y Mohenjo Daro (la Melukhkha de los textos sumerios del II milenio).

LIBER

6. LA MESOPOTAMIA PROTODINÁSTICA

1. La situación étnica y demográfica

Tras el paréntesis recesivo del Protodinástico I (*c.* 2900-2750), la secuencia formada por el Protodinástico II (*c.* 2750-2600), IIIa (*c.* 2600-2450) y IIIb (*c.* 2450-2350) presenta un desarrollo homogéneo, que se puede investigar no sólo a partir de una documentación arqueológica cada vez más rica, sino también, y por primera vez, a partir de textos suficientemente explícitos. Al principio se trata sólo de textos administrativos, pero al final del periodo también aparecen textos sociopolíticos y jurídicos. Comparada con la preponderancia y el relativo aislamiento de Uruk, la situación geográfica, productiva y política del Protodinástico II-III se caracteriza por un policentrismo más acusado, con una serie de ciudades estado de dimensiones similares que se hacen la competencia entre sí. Al sur están Uruk, Ur y Eridu, al este Lagash y Umma, en el centro Adab, Shuruppak y Nippur, y al norte Kish y Eshnunna. Remontando los cursos del Tigris y el Éufrates aparecen respectivamente Assur y Mari, nuevos centros de la expansión sumeria. Otras ciudades como Khamazi (en la ladera de los Zagros, sin localizar exactamente) y Susa no son sumerias, pero están plenamente integradas en el sistema mesopotámico. Más allá, la influencia política y comercial irradia en las direcciones acostumbradas: hacia el golfo Pérsico, la meseta iraní, el sureste anatólico y Siria.

Durante este periodo la población de la llanura mesopotámica es muy superior a la de todos los periodos anteriores, y está mucho mejor repartida regionalmente, aunque sigue manteniendo la configuración de «islas» de población aisladas entre sí por estepas áridas o tierras anegadizas, unas zonas de cuya función política y económica ya hemos hablado. La red de canales es la base de este sistema territorial integrado. En la larga historia de la ordenación hídrica de la llanura aluvial, que es paralela a su estructuración política, nos encontramos en el estadio de la fricción y la difícil integración entre las distintas «islas» comarcales. La cohesión interna de estas últimas no implica necesariamente una cohesión del conjunto. Lo que es óptimo para una zona puede ir en detrimento de otra, pues todas ellas se relacionan con el flujo de las aguas, y las que están aguas abajo dependen, obviamente, de las que están aguas arriba. De ahí la tendencia general (de larga duración) a un desplazamiento progresivo hacia el norte de las zonas privilegiadas, acompañado de la inevitable decadencia de las zonas situadas aguas abajo, a la espera de una unificación política que planifique toda la llanura, lo cual tal vez suceda demasiado tarde para evitar la crisis de las ciudades meridionales.

En las zonas de regadío, pobladas y cultivadas, perdura la estructura de varios

LIBER

DOCUMENTO: POBLAMIENTO Y DESARROLLO CULTURAL EN MESOPOTAMIA: EL LÉXICO SUMERIO DE LOS OFICIOS

1. *Términos del substrato*

engar 'labrador'
nukarib 'hortelano'
sipad 'pastor'
nuḫaldim 'cocinero'
simug 'herrero'
nangar 'carpintero'
tibira 'metalúrgico'
išbar 'tejedor'
ašgab 'curtidor'
ašlag 'lavandero'
adgub 'tejedor de cañas'
paḫar 'alfarero'
šidim 'albañil'
kurušda 'cebador de ganado'

2. *Términos sumerios (motivados internamente)*

malaḫ 'barquero' (*má* 'barca' + *laḫ* 'guiar')
àr.àr 'molinero' (*ar* 'moler')
ka.zida 'molinero' (*zid* 'harina')
šim.mú 'perfumista' (*šim* 'perfume' + *mú* 'fabricar')
munu$_4$.mú 'cervecero' (*munu$_4$* 'malta' + *mú* 'fabricar')
ì.sur 'almazarero' (*ì* 'aceite' + *sur* 'exprimir')
usan.dù 'pajarero' (*usan* 'pájaro' + *dù* 'hacer')
zá.dím 'joyero' (*zá* 'piedra preciosa' + *dím* 'hacer, formar')
kù.dím 'platero' (*kù* 'plata' + *dím* 'hacer, formar')
bur.gul 'cincelador' (*bur* 'piedra dura' + *gul* 'grabar')
dub.sar 'escriba' (*dub* 'tablilla' + *sar* 'escribir')
a.zu 'médico' (*a* 'bebida' + *zu* 'conocer')
di.kud 'juez' (*di* 'juicio' + *kud* 'cortar')
éš.gíd 'agrimensor' (*éš* 'cuerda' + *gíd* 'tensar')

3. *Términos acadios (relacionados con raíces semíticas)*

damgar 'mercader' (acadio *tamkārum*, raíz *mkr* 'vender')
ragaba 'correo' (acadio *rak(kā)bum*, raíz *rkb* 'montar', 'cabalgar')
ugula 'vigilante' (acadio *waklum*, raíz *wkl* 'confiar')
šabra 'prefecto' (acadio *šap(i)rum*, raíz *špr* 'mandar')
šagin 'preboste' (acadio *šaknum*, raíz *škn* 'poner')

niveles: capital central, centros intermedios (con funciones administrativas y productoras-transformadoras descentralizadas) y aldeas. Pero de la combinación de los textos con los datos «mudos» de la prospección arqueológica se deduce que el propio concepto de aldea entra en crisis por influencia de la organización central. Junto a las viejas aldeas, donde viven núcleos de campesinos «libres», aunque sujetos a las prestaciones y tributos al templo de la ciudad, aparecen ya asentamientos agrícolas

que son una emanación directa de la organización central, y se encargan de cultivar las tierras de los templos con mano de obra no libre.

En el marco de esta diversidad de asentamientos en la llanura, también debemos incluir, en el plano estructural general, a los grupos de pastores; y en el de las variedades regionales, una diferencia entre el norte y el sur que es ecológica y sociopolítica a un tiempo. La diferencia ecológica es la mayor facilidad de la parte alta para controlar los cursos de agua que, en cambio, tiende a estancarse en la parte baja. La diferencia sociopolítica es el papel preponderante que posee en el sur la colonización del templo, sin duda administrada, mientras que en el norte queda un espacio más amplio para la población «libre».

Estas variables de formas de asentamiento se combinan con las variables etnolingüísticas, que se pueden investigar gracias a la existencia de textos (y nombres propios). Y a propósito de la historia de la investigación, que a menudo ha simplificado de forma radical (cuando no inventado) las relaciones causales entre los distintos factores, conviene hacer dos observaciones. La primera es que la correspondencia entre los complejos de la cultura material y las entidades etnolingüísticas no se puede presentar como algo simple y unívoco. En una zona de poblamiento lingüísticamente mixto, como es Mesopotamia, hay que atribuir el progreso tecnológico a la población en su conjunto. Resulta difícil, además de arbitrario, atribuir, por ejemplo, un rasgo cultural determinado a los sumerios, y otro a los semitas. Las posibles diferencias entre norte y sur, sobre todo en el ámbito socioeconómico, parecen debidas más a diferencias de carácter ecológico e histórico que a una caracterización etnolingüística distinta. Y en el ámbito político se ha demostrado que las ciudades no se consideraban lingüísticamente exclusivas, ni consideraban que los conflictos entre ellas fueran conflictos étnicos.

La segunda observación es que la llegada de los distintos grupos étnicos a Mesopotamia es un problema mal planteado, si se le quiere poner una «fecha» más o menos precisa. En otras palabras —y sin olvidar que la llanura mesopotámica no estuvo habitada «desde siempre», sino que fue la meta de unas migraciones procedentes de su periferia—, es arbitrario preguntarse si la cultura de 'Ubaid es sumeria, o si los sumerios «llegaron» al comienzo del periodo 'Ubaid o de la época Uruk. En realidad, no sabemos si su «llegada» fue un fenómeno migratorio datable con precisión, o una lenta infiltración. Los complejos culturales de 'Ubaid y Uruk —con sus fundamentales innovaciones tecnológicas y organizativas— están vinculados estrechamente a sus zonas de desarrollo. No se puede decir que «vinieron» de fuera, de zonas en las que ya se habrían formado como tales.

En términos que pueden parecer restrictivos, si los comparamos con la historiografía al viejo estilo (que desplazaba pueblos enteros y atribuía los ciclos culturales a los pueblos), conviene señalar que el desarrollo cultural mesopotámico tiene un soporte étnico y lingüístico que es mixto desde el comienzo de la documentación escrita (la única que puede decir algo positivo al respecto). Sin duda, dentro de esta mezcla subsisten variaciones en el tiempo y el espacio. Pero si hacemos que estas variaciones se correspondan con las variaciones tecnológicas y organizativas, podemos caer en simplificaciones arbitrarias.

En el Protodinástico II-III los documentos suelen estar escritos en sumerio, y esto dice mucho acerca de la preponderancia de este elemento. Por lo general, de esta preponderancia se deriva la simplificación (muy respetable siempre que no se olvide que

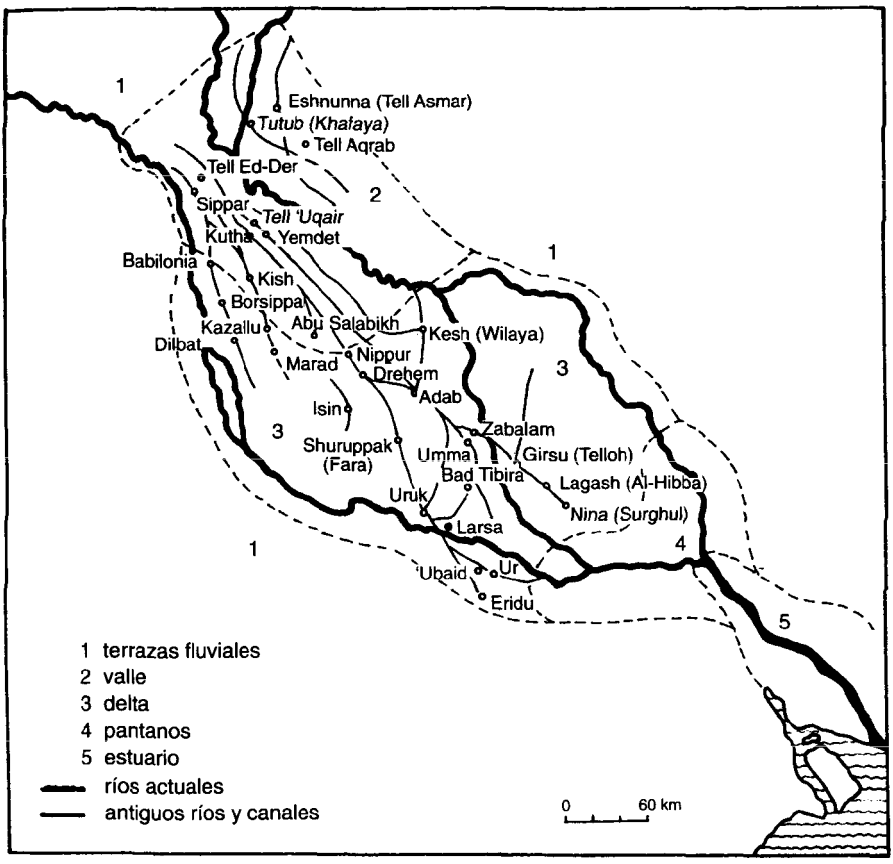


FIGURA 33. La Baja Mesopotamia en el periodo Protodinástico: ciudades, canales, zonas morfológicas.

es precisamente eso, una simplificación) de llamar «sumeria» a esta cultura. La realidad es bastante más compleja. El análisis de la distribución de nombres propios demuestra que los semitas (acadios) ya estaban presentes en esta fase (y tal vez antes); y que a una proporción mayor de sumerios en el sur se opone una mayor presencia de acadios en el norte, en evidente conexión con la localización más compacta (antes se decía «la sede primitiva») de los pueblos de lengua semítica. Además, un análisis del léxico sumerio, sobre todo el de algunos sectores más significativos, como los nombres de función y oficio, señala la presencia de por lo menos tres aportaciones distintas. Hay términos «presumerios», atribuidos a una lengua de substrato, con probables conexiones en el área iraní, sobre todo para las funciones productoras básicas, las que, para entendernos, caracterizan a un estadio calcolítico anterior a la primera urbanización. Encontramos luego términos propiamente sumerios, «motivados» en el interior del sumerio, que se refieren a funciones más especializadas y funciones de dirección y administración. Por último, hay también

LIBER

términos semíticos prestados, sobre todo para funciones de movilidad y control.

Esta situación, unida a las variantes diacrónicas y zonales mencionadas, ha inducido una visión esquemática que postula un nivel «presumerio» (protoeufrático en B. Landsberger o protoiraní en S. N. Kramer), un nivel sumerio y una aportación acadia posterior. Los dos primeros elementos habrían llegado del noreste, y el tercero del noroeste. Menor justificación tiene el escenario migratorio (concentrado en el tiempo) que antes se atribuía a estas aportaciones, y que todavía hoy mantienen para la segunda quienes han aceptado, al menos para la tercera, un escenario más dilatado en el tiempo.

En cualquier caso, nos encontramos con una mezcla lingüística, que se acentúa cuando examinamos las zonas contiguas (a medida que lo va permitiendo la documentación escrita). Aparece así un elemento elamita al este, otro hurrita (o «subarteo») al norte, y elementos semíticos no acadios (primero eblaíta, luego amorrita) al oeste. Por lo tanto, en el III milenio los habitantes de Mesopotamia tenían una clara conciencia de la diversidad de lenguas, como se desprende de la existencia de oficios como el de intérprete e instrumentos de escribas como el vocabulario plurilingüe. A modo de explicación o modelo mítico de la situación histórica de multilingüismo, la cultura sumeria propone la evolución diversificada a partir de una sola lengua (hablada en un pasado de míticos orígenes). Según un esquema de la edad acadia (cuando el «centro del mundo» era el país de Akkad), existe la lengua central, el acadio, la meridional, el sumerio, la oriental, el elamita, la septentrional, el subarteo, y la occidental, el amorrita. De esta manera, el orden etnolingüístico coincide con un orden cósmico orientado.

2. La ciudad-templo y la estructura social

La posición central del templo en la ciudad, que se advierte ya desde la fase Uruk en el urbanismo y la arquitectura, aparece ahora con más claridad, gracias a la documentación escrita, en sus dos vertientes de centro ideológico y ceremonial y centro de decisión y organización. El propio planteamiento arquitectónico del templo protodinástico refleja esta bivalencia del templo (o polivalencia, de «institución total»). Los espacios destinados a morada divina (la *cella*, a la que probablemente sólo tiene acceso la clase sacerdotal) están flanqueados por espacios para la reunión de los fieles (patios), y espacios donde se guardan las provisiones y se realizan tareas económicas y administrativas (almacenes, archivos y talleres). Existe cierta ambigüedad entre la función del templo como centro directivo de la ciudad-estado (que se remonta a un estadio arcaico, cuando no «originario»), y como célula (de producción y organización, pero sobre todo de culto) en el interior de la ciudad-estado. En el periodo Protodinástico, el centro directivo se sitúa aparte, como «palacio», mientras el templo —o mejor dicho los templos, ya que el centro urbano suele tener más de uno— conserva sus funciones de culto y también sus consolidadas funciones económicas, aunque ya están integradas en la organización estatal global. En el reparto de funciones entre el templo y el palacio, el primero se queda con la primacía ideológica (incluyendo la legitimación divina del poder), pero el segundo se queda con la primacía operativa.

En el ámbito de la organización interna es importante señalar que la visión me-

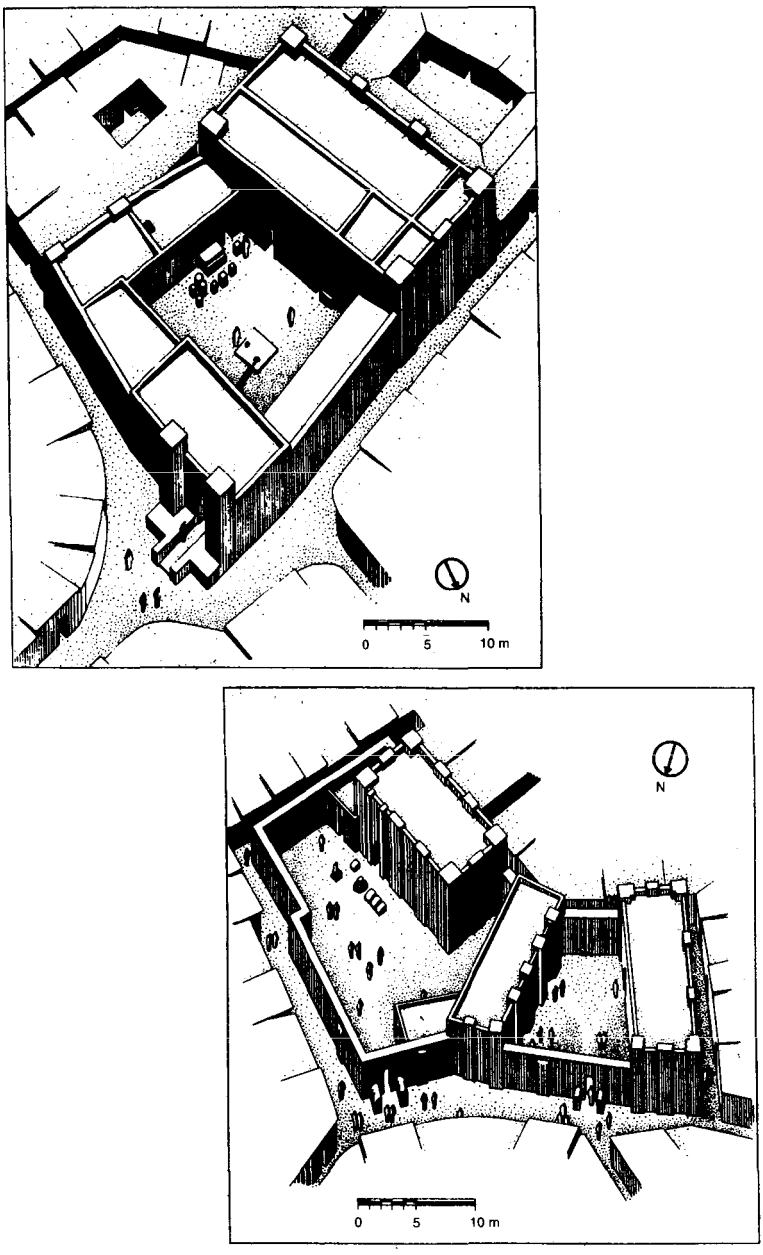


FIGURA 34. El templo protodinástico. Los dos templos ilustrados proceden de Khafaya, periodo Protodinástico IIIa. *Arriba*, el templo de Sin, nivel IX. *Abajo*, el templo de Nintu, nivel VI.

LIBER

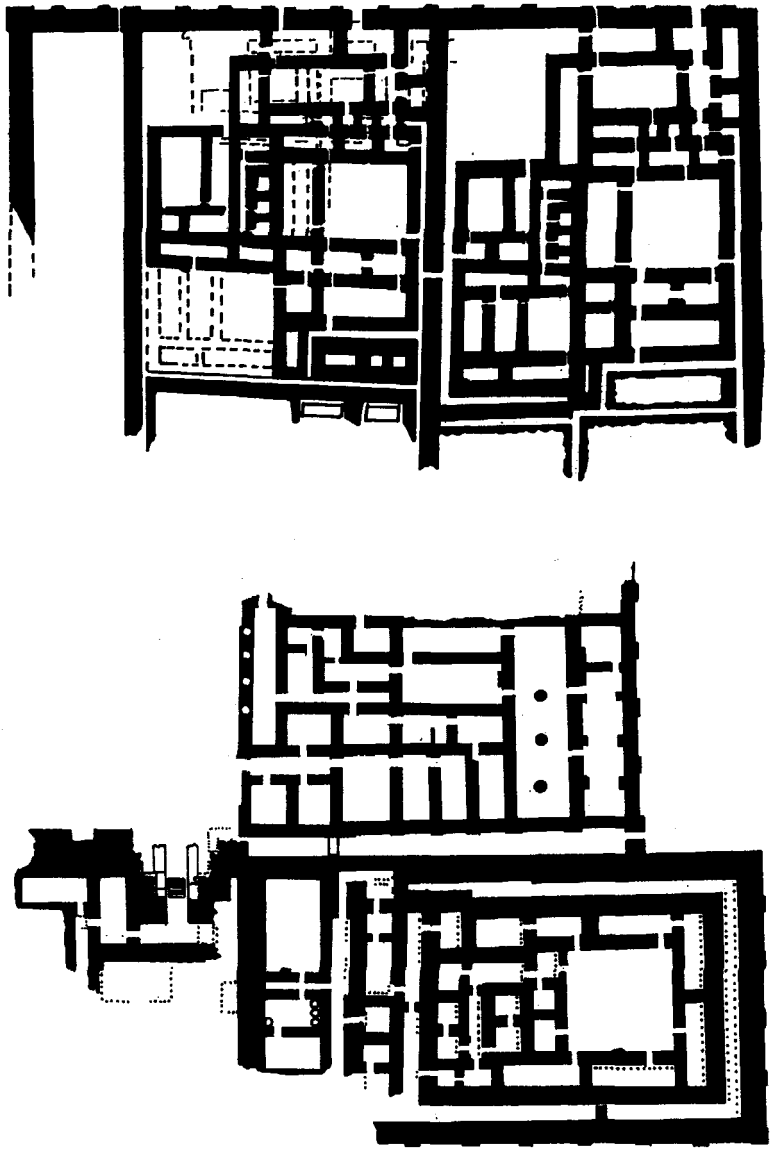


FIGURA 35. El palacio protodinástico. *Arriba*, el palacio de Eridu. *Abajo*, el palacio A de Kish, ambos del periodo Protodinástico IIIa.

LIBER

sopotámica reúne templos, palacios y casas familiares en la categoría unitaria de «casa» (en sumerio *é*, en acadio *bītum*), en el sentido de «unidad productiva» y administrativa, célula básica de la sociedad. Se trata de un concepto fundamental a lo largo de toda la historia mesopotámica. Si, por un lado, las casas privadas («casa de Fulano de Tal») son patrimonio y residencia de sus propietarios, y sedes de sus actividades económicas, por otro, también los templos («casa del dios Tal») son patrimonio y residencia del dios, y sede de las actividades económicas realizadas en su nombre. El «palacio» es simplemente una «casa grande» (este es el significado del sumerio *é-gal*, y del acadio *ekallum*), que reproduce la estructura hogareña a una escala enorme, estableciendo con las demás casas (las que siguen siendo pequeñas), ya sean privadas o del templo, una relación de dependencia y tributariedad.

En el Protodinástico los templos ya tienen una larga historia, mientras que el palacio es bastante más reciente. Después del primer palacio de Yemdet Nasr (y otros anteriores de zonas perimesopotámicas), a partir del Protodinástico IIIa aparecen palacios en el sur de Mesopotamia (Eridu), y sobre todo en el norte (Kish: palacios A y P; Mari). Significativamente, es la época en la que aparecen las primeras inscripciones reales, de Enmebaragesi a Mesilim y la dinastía del cementerio real de Ur (cf. más adelante). A una clase dirigente del templo, anónima en el sentido de plenipotenciaria del dios, como había sido la clase dirigente de la ciudad-templo desde el periodo Uruk Antiguo hasta el Protodinástico I, le sucede una clase dirigente «laica», detentadora de un poder que mantiene una relación dialéctica con su propio centro de legitimación y necesita afianzar una imagen más personalizada de la realeza, haciendo hincapié en unas «dotes» humana y socialmente comprensibles, como la fuerza o la justicia.

Aun después de la aparición de palacios laicos, sigue siendo muy importante la función económica (además de ideológica) del templo. Pero ya está más matizada según los casos, y condicionada por la existencia del palacio. En una misma ciudad coexisten templos muy extensos y complejos, donde sin duda se realizan actividades económicas, y otros bastante sencillos, que evidentemente sólo se dedican al culto. La coordinación de los templos entre sí y con el palacio es una necesidad ideológica y administrativa. Al principio, los dioses titulares de los templos (que se diferencian entre sí por su personalidad, sexo, sector de incumbencia, mitología y simbolismo icónico) tienen relaciones familiares, y después acaban formando parte de auténticos sistemas «teológicos», que no por casualidad difieren de unas ciudades a otras. Al mismo tiempo, la red de propiedades y actividades económicas de los templos se organiza a través de la familia real, cuyos miembros son «titulares», a escala humana, de los templos, reflejo de la estructura familiar divina.

El templo deja de ser el centro y se convierte en una célula del estado palatino, cohesionada, pero similar a las otras células, y por lo tanto módulo que puede multiplicarse para servir de apoyo a una organización política amplia y ampliable. En el interior del templo hay una jerarquía de administradores sacerdotes que, en líneas generales, mantiene un organigrama ya trazado en los textos arcaicos de Uruk (y sobre todo en las listas de oficios de Uruk III). Por debajo de los dirigentes está la categoría de los «vigilantes» o jefes de equipo, y luego el numeroso grupo de los trabajadores. El templo se ocupa de varios sectores: la administración, el almacenamiento, los servicios (que se concentran incluso físicamente en torno a él), y la producción primaria. Entre los distintos sectores y niveles, hay un gran número de

LIBER

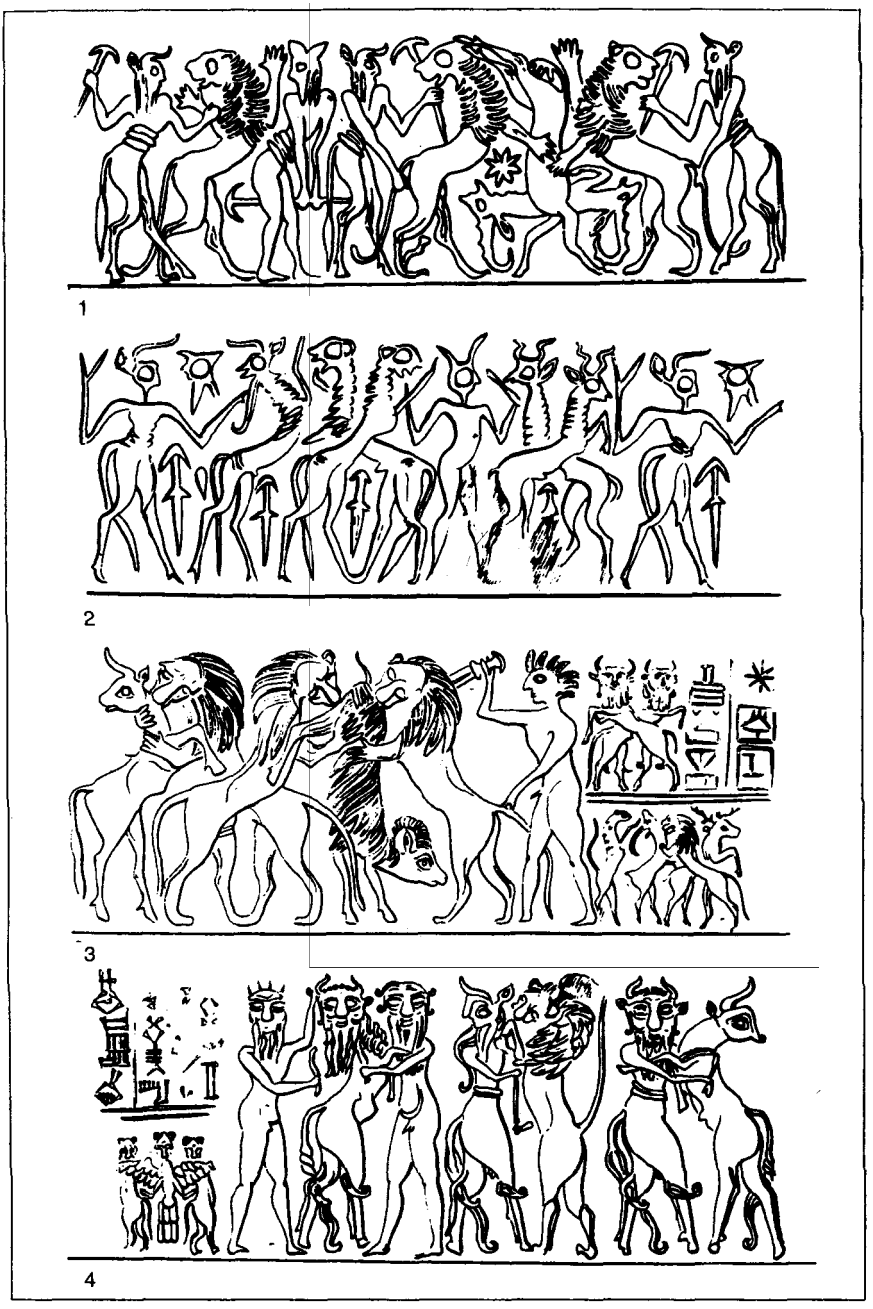


FIGURA 36. Glíptica mesopotámica del Protodinástico II y III. 1-2: estilo de Fara; 3: estilo del cementerio real de Ur («fase Meskalamdug»); 4: estilo de la época de la I dinastía de Ur y de la dinastía de Lagash («fase Mesannepadda-Lugalanda»).

personas, una gran extensión de tierras de cultivo y una proporción importante de las actividades económicas que dependen del templo.

Precisamente, a partir de documentos administrativos del Protodinástico (y concretamente del IIIb en el reino de Lagash) se acuñó el modelo de la «ciudad-templo», una ciudad en la que los santuarios urbanos poseen todas las tierras, de modo que todos los habitantes dependen directa o indirectamente de ellos —no sólo en lo político, sino también como relación laboral y de manutención económica. Hoy día este modelo, elaborado a partir de los archivos de los templos en ausencia de documentación «privada», es insostenible. Se han hecho nuevos cálculos de carácter demográfico y agrario, con resultados menos totalizadores. Pero las críticas negativas tienen su lado positivo: la existencia desde el Protodinástico IIIa de documentos jurídicos para la compraventa de tierras que no pertenecen a los templos, o el registro por parte de las administraciones del templo de una fuerza de trabajo temporera y complementaria que sólo puede proceder de fuera de la organización, señalan la presencia de una «reserva» de comunidades de aldea con tierras propias y su propia organización económica.

Naturalmente, la influencia de la «gran organización» del templo o el palacio sobre el destino de las comunidades de aldea es muy grande. La población de las aldeas tiene que contribuir a la acumulación central de productos, sobre todo de dos maneras: mediante la cesión de una parte del producto (tasación), o mediante prestación de trabajo (generalmente agrícola y, cuando es necesario, militar). Además, la organización central penetra en el campo. Lo hace físicamente, con obras de infraestructura hidráulica y roturación de nuevas tierras, destinadas a ser explotadas directamente por el templo y sus dependientes. También penetra con una descentralización de funciones administrativas, que tienden a convertir las aldeas autosuficientes en piezas del sistema centralizado. Por último, penetra sobre todo como el principal terrateniente. No sabemos cómo fue la distribución de las tierras entre el templo y las aldeas, pero lo más probable es que el templo acabara prevaleciendo, por la tendencia a utilizar las tierras que se iban roturando a lo largo de los canales nuevos, lo cual condenó a las aldeas a desempeñar un papel marginal, y a obtener beneficios cada vez más reducidos.

Las primeras ventas de tierras, que se remontan al periodo de los archivos de Fara (principio del Protodinástico IIIa), muestran una combinación muy interesante de tradición e innovación. A la tradición pertenecen las formas ceremoniales que confieren a la compraventa un carácter de relación social total; la pluralidad de los vendedores, que con arreglo a cuotas decrecientes muy precisas reciben los «dones» de acuerdo con su grado de parentesco con los vendedores primarios; en suma, los vestigios de una propiedad más familiar que personal, con unos vínculos que impiden la enajenación, a no ser que todos los miembros de la familia participen y estén de acuerdo. Pero también hay innovaciones, como la intervención de agrimensores y escribas urbanos pagados (que proporcionan garantías y una medición precisa a la transacción, algo que tradicionalmente se confiaba a la presencia de testigos); y el comprador único, que reemplaza a la vieja propiedad familiar e inalienable por otra personal y convertida en mercancía.

Aunque amplias capas de la población permanecen «libres» en sus aldeas, y sólo dependen de la ciudad-estado como pagadoras de tributos, prestadoras de trabajo personal y fieles del dios, la parte de la población que depende del templo de forma

LIBER

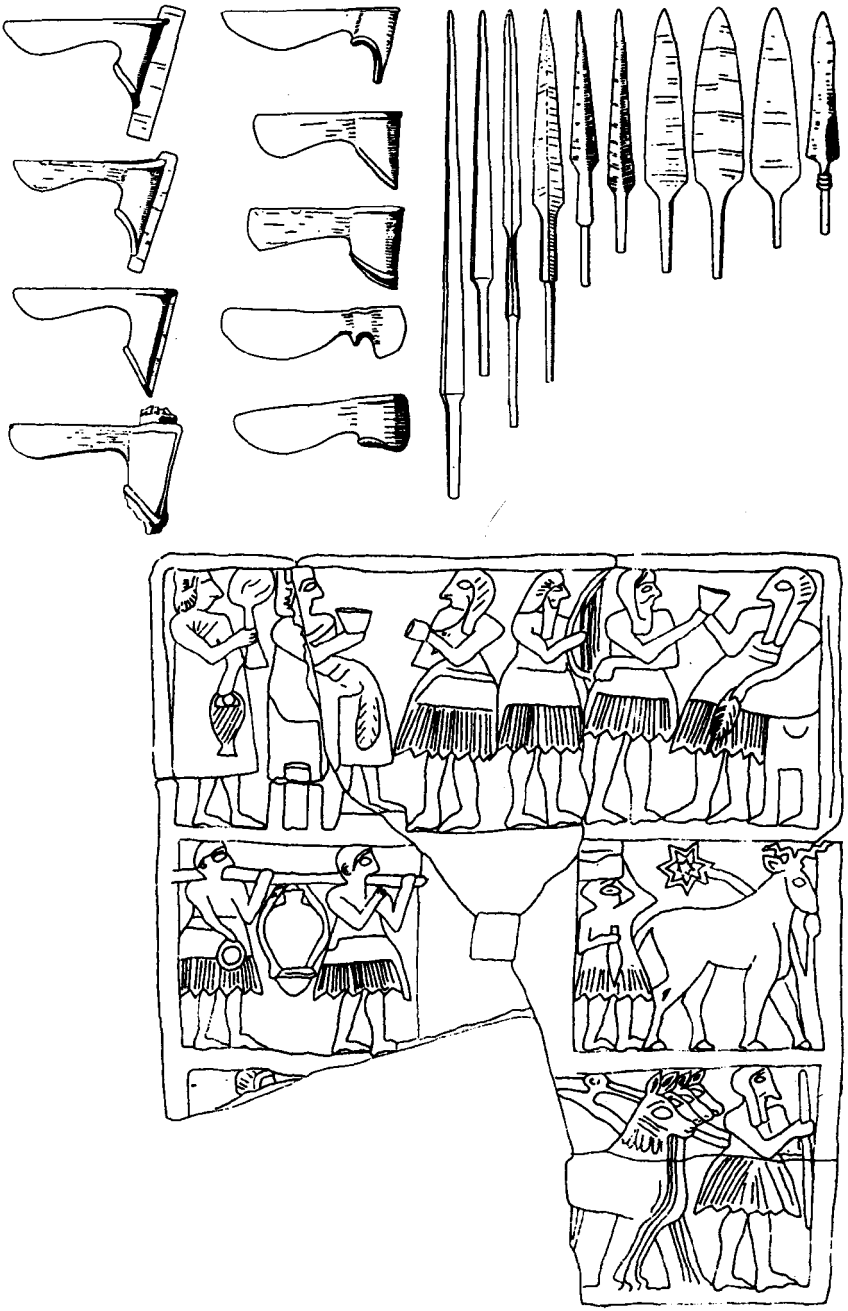


FIGURA 37. Cultura mesopotámica protodinástica. *Arriba*, armas de las tumbas reales de Ur. *Abajo*, placa votiva de Khafaya con escena de banquete.

LIBER

integrada (es decir, económicamente y no sólo políticamente), y más adelante del palacio, es cada vez más numerosa, y sobre todo es la dominante. Empieza a descollar una clase de administradores, comerciantes, escribas y artesanos especializados que gira en torno al templo y es portadora de una cultura muy viva, con afanes de innovación, racionalización y también enriquecimiento. Esto tiene su reflejo arqueológico en la mayor riqueza de los ajuares sepulcrales y los exvotos de los templos, la mejora de las viviendas urbanas y la aparición de más objetos de considerable valor.

La distinción en el aspecto funcional entre los dependientes del templo (especialistas) y los hombres «libres» (productores de alimento), que desde la época de Uruk había sido muy tajante, empieza a convertirse, inevitablemente, en una superposición económica de carácter clasista. Por ahora la base de la pirámide está bien dividida en el aspecto jurídico, sin que haya confusión posible entre los miembros libres de las comunidades de aldea y los siervos de los templos, que cultivan las tierras de los especialistas y las de los templos. Pero a medida que los aldeanos se empobrecen y sus miembros se ven obligados a vender las tierras, esta distinción se esfuma y se forma un campesinado no propietario (sean cuales fueren su origen y estatus jurídico) que no tiene más remedio que depender de la gran organización, o de miembros concretos de ella, para poder sobrevivir.

3. La tierra y el trabajo

La base económica de la civilización protodinástica sigue siendo la explotación agropecuaria de la llanura mesopotámica, y tanto la artesanía (por rica que sea) como el comercio (por intenso que sea) son actividades derivadas. La implantación de las «grandes organizaciones» sobre esta base agropecuaria, con su racionalización administrativa y mejora productiva, es un proyecto ambicioso y difícil de llevar a cabo, que sólo culminará (con las limitaciones de la tecnología y la ciencia administrativa de la época) a finales del III milenio, con la III dinastía de Ur. La novedad del Protodinástico es la existencia de textos administrativos, que completan los datos arqueológicos y paleoecológicos, proporcionando una visión más concreta y detallada de la agricultura y las otras actividades productivas de Mesopotamia en el segundo cuarto del III milenio.

Ante todo, se plantea el delicado problema de la reconstrucción del paisaje agrario. La arqueología nos presenta un paisaje mixto de tierras de cultivo intensivo, gracias a la irrigación capilar, y tierras marginales de reserva (estepas, pantanos). La colocación de las parcelas con respecto a la red de canales (tal como aparece en los primeros contratos y catastros) sigue la misma dirección que en los periodos posteriores. Las parcelas son del tipo «campo largo», típico de la colonización nueva y planificada, que guarda una evidente relación con los canales. Las parcelas lindan con el canal por su lado más corto, mientras que la dirección del arado y el riego interno se hacen siguiendo el lado largo, de modo que un número máximo de parcelas tiene acceso al agua. Por lo tanto, los cultivos se sitúan formando un doble peine a orillas de los canales, y por fuera limitan bien con la estepa no irrigada, bien con terrenos encharcados, bien con otros campos que dan a otros canales. En las zonas donde hay un contacto más directo con el agua se cultivan hortalizas (ajos, cebollas y legumbres) y árboles (palmera datilera), pero la mayor parte de la tierra se reserva

LIBER

al cultivo de cereales, que ya están seleccionados: cebada, trigo y escanda. Estos tres cereales son distintos en cuanto a rendimiento, calidad y resistencia. En las tierras de regadío del sur, donde pronto aparece la salinización, predomina ampliamente la cebada (con proporciones del orden de 5:1). Se utiliza para la alimentación sólida humana, pero también para hacer cerveza y reforzar la alimentación de los animales de tiro. En el sur, el trigo y la escanda siguen siendo producciones marginales, en cierto sentido de lujo. Más al norte la proporción es distinta, más equilibrada.

No todas las tierras están cultivadas, es más, tenemos indicios de que las administraciones de los templos practican sistemáticamente una simple rotación bienal: un año de cereales y otro en barbecho. Los rendimientos siguen siendo muy elevados (del orden de 20:1 o 30:1 entre cosecha y simiente), ya que todavía no intervienen los factores de degradación (por la sobreirrigación y la salinización) que tantos problemas crearán a la agricultura del sur mesopotámico en los siglos posteriores. Por ahora no están muy difundidos los cultivos de verano (como el sésamo), que en el segundo milenio contribuyó a hacer más intensivo el ciclo agrícola y a generalizar las rotaciones, pero también condujo rápidamente a la sobreexplotación y al colapso.

Con estos rendimientos, hasta ahora desconocidos y sin precedentes a escala mundial, no resulta difícil acumular excedentes para el sustento de los especialistas y las clases dirigentes administrativas y sacerdotales. La proporción que se reserva para la sementera del año siguiente es irrelevante, y tampoco es muy importante lo que se deja en el sitio para alimentar a los campesinos, de modo que buena parte de las cosechas (algo así como dos tercios) va a parar a los silos de los templos y palacios.

Estos excedentes ponen en marcha el mecanismo redistributivo, que ya hemos visto en acción en la época de la primera urbanización. Pero se advierten ciertas diferencias, que no sólo se deben a la distinta naturaleza de la documentación (sobre todo arqueológica para Uruk, y sobre todo textos para el Protodinástico). Al parecer, el sistema redistributivo de Uruk se basaba en el reparto directo de raciones alimentarias. En cambio, durante el periodo Protodinástico, aunque se siguen repartiendo raciones entre el personal accesorio (campesinos que realizan prestaciones periódicas), parece que la redistribución entre los dependientes fijos se realiza de otras formas, como la retención de una porción de las cosechas por parte de los colonos, o la entrega de tierras (con colonos incluidos) para los especialistas urbanos. Es un sistema más evolucionado, y también más estable, aunque la estabilidad favorece a los dependientes, mientras que para el templo señala el principio de una parcelación de las tierras en propiedad, que en términos legales son asignaciones temporales y bajo condición (la prestación del servicio), pero de hecho tienden a consolidarse y a transmitirse por vía hereditaria. Ya hemos visto que el sistema «personalizado» del palacio influye en el tipo de propiedad familiar; como contrapartida, la costumbre de la transmisión familiar del patrimonio socava el sector de la gran organización.

En los centros urbanos, gracias a la documentación arqueológica, conocemos los progresos de una artesanía de gran calidad, así como los del comercio a larga distancia, que proporciona los materiales. Colecciones personales de joyas, armas de parada, objetos dedicados en los templos e instrumentos musicales son buena muestra de que los materiales valiosos eran asequibles, y denotan una maestría artesanal que sitúa a la Baja Mesopotamia del Protodinástico III en la posición más avanzada de la tecnología protohistórica. Los ajuares encontrados en las tumbas reales de Ur documentan esta situación en su nivel socioeconómico más elevado, y evidentemente

LIBER

DOCUMENTO: LA AGRICULTURA DE LA BAJA MESOPOTAMIA EN LA ÉPOCA PROTODINÁSTICA

a) Contrato de compra de un campo, de Fara (*c.* 2550).

«4 minas de cobre: precio (*nì-sa$_x$*) del campo. Este campo (mide) 2 *iku*. 4 minas de cobre: adición (*nì-dirí*). 52 minas de cobre y 2 *ul* de cebada: regalo (*nì-ba*). 2 minas de lana para tejido, 1 vestido TÙG.ME.GAL, 20 panes, 20 dulces, 4 medidas de ..., 4 medidas de ..., 1 litro de grasa (para) Di-Utu y Ur-Elum que son quienes han "comido" el precio (*lú-sa$_x$-kú*, es decir, los vendedores). 1 *ul* de cebada para Nin-azu. 20 litros de cebada, 10 dulces, 1 medida de ..., 1 medida de ..., para Ursag-kazida.

»Testigos (*lú-ki-inim*): Ur-abzu el escriba, E-urbidu, Ur-mud jefe pescador y mercader, Lu-kisalsi, Sag-antuku, Lugal-nigzu el alfarero, E-kigala, Ur-mud, ..., Badada, Ur-Gula el escriba.

»1 mina de cobre, 10 panes, 10 dulces, 1 medida de ..., 1 medida de ..., para Ige-nugi el agrimensor (*dub-sar-gána*).

»Ur-Enlil el gran sacerdote-*galla* es quien ha comprado el campo (*lú-gána-sa$_x$*).

»(El año en que) Nammakh era epónimo-*bal*.

»(Nombre del campo:) E-musub.»

b) Rendimientos (en litros por hectárea) de los cereales de Lagash (Protodinástico III).

campos	1	2	3	4	5	6	7	8	9	media
cebada	927	1.763	2.236	2.518	2.742	2.863	3.089	3.226	3.493	2.539
escanda	1.656	2.354	3.694	4.906	1.968	4.939	-	-	-	3.253
trigo	-	-	-	-	1.800	2.000	-	-	-	1.900

c) Evidencia para la rotación simple cultivo/barbecho: el cultivo de los campos 1-4 se alterna con el de los 5-9.

Nombre del campo	Enetarzi		Lugalanda						Urukagina				
	4	5	1	2	3	4	5	6	0	1	2	3	4
Daishgarmud	+		+		+		+		+				
Sagatur	+		+		+		+		+				
Duabuk	+		+		+		+		+		+		+
Daghia	+		+		+		+		+				
Nigin		+		+		+		+		+			
Ugig		+		+		+		+		+			
Shashdua		+		+		+		+		+			
Kun-Enlilepada		+		+		+		+		+			
Ummezagnusi		+		+		+		+		+			

d) Porcentajes de los cultivos de cereales (Lagash, periodo Protodinástico).

	periodo Protodinástico III										Comparaciones		
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	media	Nuzi 2250	Gudea 2150	Ur III 2050
cebada (*še*)	70	75	77	80	83	88	100	100	100	83,7	67	94	98,15
escanda (*zíz*)	30	25	22	20	17	11	—	—	—	15,7	14	5	1,70
trigo (*gig*)	—	—	1	—	—	1	—	—	—	0,6	19	1	0,15

LIBER

hay un descenso de calidad en los objetos pertenecientes a clases sociales más bajas. Al mismo tiempo, los textos administrativos dan los primeros detalles explícitos sobre la organización artesanal, los procedimientos técnicos y la terminología de los materiales, los objetos y las aleaciones metálicas, confirmando el control del templo y el palacio sobre los sectores de la transformación especializada.

En las propias ciudades hay fuertes concentraciones de mano de obra, sobre todo en dos sectores centrales de la economía. El primero es la molienda de los cereales. Al no haber recursos técnicos para aprovechar las fuerzas naturales, la producción de harina es el resultado del trabajo largo y penoso de mujeres con sencillos molinos de piedra (morteros) de tradición neolítica. Este trabajo, que ya resulta pesado a escala familiar, ocupa a un número elevado de mujeres cuando se realiza a escala de las grandes organizaciones redistributivas. La otra concentración de mano de obra (también femenina, cuando no infantil) es el sector textil. La hilatura y el tejido también se realizan con instrumentos neolíticos: huso, rueca y telar horizontal. Las grandes cantidades de lana que llegan a los centros urbanos y se convierten en paños, tanto para uso interno como para la exportación (los tejidos son el típico producto artesanal destinado a la exportación), son manufacturadas en auténticas fábricas, donde mujeres de condición servil y origen a menudo extranjero dedican muchas horas de trabajo a esta tarea. Estos sectores con una gran concentración de trabajo de bajo nivel técnico contrastan con todos los demás sectores de la transformación —desde la metalurgia hasta la elaboración de las piedras duras—, de los que se ocupan grupos reducidos de artesanos especializados.

4. El gobierno de las ciudades: entre administración e ideología

El territorio de la Mesopotamia protodinástica se divide en varios estados de dimensiones «comarcales» (unos 30 km de diámetro), equivalentes en recursos y rango. Son el resultado de una reestructuración que tuvo lugar, tras el predominio inicial de Uruk, durante el periodo de Yemdet Nasr y el Protodinástico I. Cada ciudad es gobernada por una dinastía local, cuyo título varía de unas ciudades a otras. En Uruk se usa el término *en* «(gran) sacerdote», en Lagash el término *ensi* «artífice (del dios)», y en Ur y Kish el término *lugal* «rey». No son términos equivalentes, ni por sus implicaciones ideológicas ni por su valor político. El primero subraya que el poder real procede del ámbito del templo, donde tuvo su primera formulación. El segundo presenta al dinasta como dependiente del dios ciudadano, o mejor dicho, como su administrador fiduciario. El tercero (literalmente «hombre grande»), que destaca las dotes propiamente humanas (en sentido físico y socioeconómico), y es paralelo al término *é-gal* «palacio» (literalmente «casa grande»), sólo aparece en la época protodinástica, mientras que los otros dos están atestiguados en la época Uruk-Yemdet Nasr. En un sentido más estrictamente político, el término *ensi* puede implicar también una dependencia a nivel humano, de modo que los reyes más poderosos, cuando aplican una política hegemónica con respecto a otros estados ciudadanos y potencian su actividad bélica, tienden a darse el título de *lugal*.

La situación es compleja y variable, no sólo por las diferencias locales de las costumbres ciudadanas y por las variantes histórico-políticas, sino también porque se está produciendo un cambio general. Se pasa de una identificación más completa

del poder político con el templo a una separación entre el culto y la política. La aparición de la realeza «laica» (la que corresponde a los términos *é-gal* y *lugal*) es una cuestión, hasta cierto punto, contradictoria. En el plano ideológico sigue siendo fundamental la legitimación divina de la realeza, y por lo tanto la subordinación del rey al dios, y la presentación de su obra como una fiel y eficaz realización de la voluntad divina. Pero en el plano administrativo surge la necesidad de subordinar los templos a la administración estatal unificada, convirtiéndolos en puntos cruciales o articulaciones internas sometidos al poder de decisión del palacio. La primera cuestión tiene un alcance más amplio y afecta a las relaciones del rey con toda la población, mientras que la segunda afecta sobre todo a las relaciones de fuerza en el interior de la clase dirigente.

También se plantea el problema de las relaciones entre las ciudades estado, y no sólo, como veremos, en la política concreta económica y militar, que se traduce en guerras fronterizas endémicas e intentos ocasionales de hegemonía, sino también en un plano más «elevado», jurídico-ideológico. La pluralidad de dioses, reconocida por todos, hace que se considere legítima una pluralidad de centros políticos, más o menos uno por ciudad, es decir, uno por dios. Desde el punto de vista de cada ciudad se tiende a elevar el rango del dios propio, colocándolo por encima de los de las otras ciudades. Se formulan unas «teologías» y genealogías divinas que varían de unas ciudades a otras (la de Eridu, por ejemplo, es distinta de la de Nippur), y de acuerdo con ello tampoco se considera que las relaciones entre estados tengan que ser necesariamente de igual a igual, sino que estarían sujetas a una escala de valores. Además, a la pluralidad sincrónica se añade una pluralidad diacrónica: también en la misma ciudad se suceden diferentes dinastías, y los cambios de manos del poder requieren una justificación teológica. Por lo tanto, la unidad básica es la *bala* «dinastía», vinculada a una ciudad y al dios correspondiente, que concede o retira su aval según el comportamiento de los monarcas. Pero al igual que las distintas teologías aíslan unas eminencias unificadoras en el interior de la estructura politeísta, así también se abre camino la idea de una realeza única, que circula entre las distintas ciudades, de dinastía en dinastía, con formas hegemónicas que añaden su origen práctico a una justificación teológica. Veremos cómo reyes más poderosos se arrogan el derecho a dirimir conflictos entre las demás ciudades, o asumen títulos que revelan su control sobre otras ciudades.

Bien distinto es el caso de la ciudad de Nippur, como elemento de mediación y unificación. En Nippur no encontramos nunca una dinastía hegemónica, pero al tratarse de la ciudad de Enlil, al que todos los sumerios reconocen como dios supremo, ocupa una posición crucial. Los distintos reyes hacen ofrendas votivas al santuario de Enlil (el Ekur), y buscan una legitimación por parte del dios para un poder que ya poseen. En la medida en que la «teología de Nippur» adquiere preponderancia en Sumer, se acrecienta el papel de Enlil como árbitro supremo del reparto de poder entre las ciudades y en cada una de ellas.

Los reyes de las ciudades estado sumerias, una vez lograda la legitimación interna (basada en la aprobación o el sometimiento de la clase sacerdotal local) y la legitimación externa (aprobación de Nippur, red de relaciones con las demás ciudades), son esencialmente unos administradores del territorio de la ciudad, entendido como una gran finca. El dios es el dueño de la propiedad y de sus habitantes, y el rey su «administrador delegado». Dicho en términos menos ideológicos, el rey es el amo,

LIBER

siempre que respete las convenciones sociales y religiosas que hacen que la población le reconozca como legítimo. Las funciones básicas del rey son la administración permanente de la economía y la defensa ocasional contra los ataques enemigos. Los planos de responsabilidad son dos: uno divino y otro real. El rey tiene la responsabilidad operativa de crear y controlar las infraestructuras productivas y el sistema redistributivo, en todas sus vertientes. Pero las buenas cosechas se deben al dios. Y en la guerra, el rey está al mando de las operaciones, pero el resultado del enfrentamiento lo decide la voluntad del dios, o mejor dicho las voluntades contrapuestas de los dioses contendientes. Sin embargo, el comportamiento del dios —ya que su poder y justicia están fuera de duda— es a su vez reflejo del comportamiento real. El dios dejará de favorecer las cosechas o proteger a la ciudad cuando el rey (representante de la comunidad humana ante el mundo divino) haya cometido alguna infracción. Por lo tanto, hay una tercera función de la realeza no menos importante que las anteriores: el culto. El rey, además de ser el responsable directo de la comunidad humana de su reino, es responsable de las buenas relaciones con la divinidad, para evitar así los desastres naturales u otras calamidades que están fuera de su alcance. Se pueden establecer buenas relaciones con la divinidad si se dispone del hombre adecuado en el momento adecuado, y luego, día tras día, manteniendo un difícil equilibrio.

El problema de la legitimidad es completamente ideológico. La justificación del poder, en realidad, procede de la capacidad para ejercitarlo. El rey que sucede a su predecesor por la vía hereditaria normal tiene una legitimidad obvia, pero no ocurre lo mismo con los usurpadores o los reyes nuevos. Éstos tratan de justificar su posición argumentando que, si el dios les ha elegido a ellos entre una multitud ilimitada de posibles candidatos, es porque sin duda poseen las dotes especialísimas del buen rey. El nuevo rey se tendrá que preocupar de cuidar con esmero su relación con el dios: el culto diario, las fiestas mensuales, las fiestas anuales (el «Año Nuevo» es el momento crucial, como en todas las sociedades campesinas) y las ofrendas no periódicas forman un complejo ceremonial, dirigido por los sacerdotes, en el que el rey es el primer actor, como legítimo representante de la comunidad urbana ante el dios de la ciudad.

Esta combinación del funcionamiento administrativo de la gran máquina redistributiva y su justificación religiosa es algo irrenunciable, ya que la máquina se basa en unas desigualdades demasiado evidentes y dolorosas, y no se puede apoyar únicamente en sus mecanismos materiales. El campesino mesopotámico, oprimido por los incontrolables fenómenos naturales (inundaciones, sequías, salinización o langostas) y la insoportable administración central, necesita saber que se hace lo posible para que todo esté controlado y funcione con eficacia y justicia, en función del bien común, cuya hipóstasis es el dios de la ciudad. Pero mientras el templo despersonalizado no necesitaba crear una imagen que trascendiera su propia existencia, el rey —ser humano cuyo papel podría ser representado, o por lo menos codiciado, por muchos otros seres humanos— necesita crear una imagen que le haga aparecer como fuerte, justo y capaz. Las primeras inscripciones reales en objetos dedicados, halladas en los templos (vasos de piedra o de metal, armas votivas, estatuas del propio rey) o bajo los cimientos de las obras emprendidas por él (construcción de templos, excavación de canales), pretenden «reclamar» la eficacia y el poderío del rey, así como su estrecho vínculo con el dios. Algunos objetos, por su pequeño tamaño o su colocación (bajo los cimientos de un edificio) sólo pueden haber sido portadores de un men-

LIBER

saje para un receptor imaginario (la propia divinidad o los reyes futuros). Pero su existencia y su formulación reflejan una necesidad real, que habrá encontrado otras vías para llegar a sus verdaderos destinatarios. Por lo demás, pronto se empiezan a erigir monumentos celebrativos (estelas triunfales, estatuas reales). Dada su majestuosidad, su emplazamiento (en el templo) y sus figuraciones icónicas (más que su mensaje escrito), pudieron alcanzar cierta difusión directa, que se sumara a la función básica de su intrínseca existencia.

Las primeras formas de un aparato celebrativo de la realeza, desde la celebración de las fiestas hasta la erección de monumentos, alcanzarán un notable desarrollo, pero aparecen ya con toda su eficacia y reflejan una necesidad. La inmovilización de riqueza y vidas humanas en las tumbas reales de Ur indica que la comunidad protodinástica acepta la imagen del rey como legítimo, esencial, y casi sobrehumano trámite entre dicha comunidad y la esfera sobrenatural de la que dependen la conservación y la reproducción de la vida.

5. El mundo divino y la fundación mítica

Si la «revolución neolítica» había creado una religiosidad centrada en la importante cuestión de la fertilidad y la reproducción de la vida animal y vegetal, y la «revolución urbana» había creado el panteón politeísta con divinidades «especializadas» en los distintos ámbitos de la vida económica y social, la consolidación y el desarrollo de los estados crea la necesidad de una «fundación» ideológica del poder. Al mismo tiempo, los primeros textos de carácter religioso nos ilustran acerca de las características y la propia estructura del politeísmo mesopotámico, ya maduro y provisto de todo su aparato mitológico y cultual.

Los textos que se remontan al periodo Protodinástico nos presentan ya un panorama muy bien articulado. Y muchos elementos reseñados en textos de redacción posterior hunden sus raíces en este mismo periodo, aquel en que la civilización mesopotámica se dota de los caracteres que la distinguirán durante tres milenios. El patrimonio religioso de los centros sumerios queda reflejado en las listas de divinidades, las descripciones de templos y los componentes de los himnos. No pretendemos describir aquí los rasgos propiamente histórico-religiosos, sino sólo aquellos elementos que reflejan los aspectos políticos y socioeconómicos. Ya hemos visto que la figura del dios ciudadano desempeña una función vital en la centralización de los recursos, los procesos redistributivos, la justificación ideológica del poder y la aprobación y movilización laboral de todos los ciudadanos. El mundo divino también es la superposición de una serie de «explicaciones» de carácter mitológico (no sólo cultual) sobre la organización del mundo actual.

Lo que hemos llamado justificación «cultual» está vinculada al mecanismo de las ofrendas que se llevan al templo todos los días (alimentos, pero también exvotos valiosos), con motivo de las fiestas periódicas, así como en ocasiones especiales. El sistema redistributivo general, con sus desigualdades, se sublima y justifica al conectarlo con el sistema de las ofrendas al templo. En la realidad, la movilización de trabajadores y la concentración de los excedentes de alimento se realizan dentro del marco de una organización racional de los recursos económicos, pero al mismo tiempo se enmarcan en el ámbito de las relaciones entre el mundo humano y el mundo divino.

LIBER

Los campesinos que mantienen a las capas privilegiadas de la ciudad creen que están manteniendo a la divinidad, lo cual redunda en su provecho. El sistema redistributivo, que al ser demasiado amplio y desequilibrado ya no es visto como una centralización de las relaciones de reciprocidad (intercambio de obsequios y prestaciones), se apoya en el concepto de «consumo», pero esta vez los consumidores son sobrenaturales. Hay una cesión de bienes presentes con vistas a una contrapartida futura: tal es el sentido básico de las ofrendas y sacrificios a la divinidad.

Igual de importante es la justificación «mítica» del mundo en sus formas actuales. Consiste en situar la figura de un dios o un héroe fundador en el origen de los aspectos físicos y culturales de la vida actual. El hecho se sitúa en un tiempo más o menos remoto (en cualquier caso, fuera del alcance de la memoria histórica), según la importancia del elemento en cuestión. La primera organización del mundo se sitúa en un pasado inicial, y se atribuye a un dios supremo (que ya no es activo en el panteón actual), mientras que otros aspectos más específicos se atribuyen a distintas divinidades, que siguen «funcionando» en ese determinado sector: un dios para el ganado, otro para los cereales, otro para la escritura, etc. Sin una separación clara, van apareciendo seres semidivinos o incluso no divinos, que suelen ser reyes antiquísimos, a los que se debe la introducción de nuevos elementos en la organización sociopolítica, el progreso técnico, o simplemente el paisaje urbano. Y en este sentido alguno de los reyes actuales puede aún dar su contribución (construcción de un templo, introducción de una nueva fiesta, etc.), incorporándose así a la meritoria lista de aquellos (reyes o dioses) que han iniciado algo.

No hay una separación clara entre la esfera divina y la de los héroes. Podemos imaginar que dicha separación se sitúa en la distinción entre naturaleza y cultura. A los dioses les correspondería la «fundación» de los hechos naturales, y a los hombres la «fundación» de las instituciones sociales. Por un lado, es preciso historizar la propia distinción entre naturaleza y cultura; por otro, destacar que la distinción entre héroes y dioses se difumina a propósito, para así otorgar rasgos divinos a los prototipos míticos de la realeza y el poder humano. Todavía hay quien sostiene que algunas divinidades incluidas en la lista real sumeria (de Dumuzi a Gilgamesh) tienen un origen humano e histórico.

Naturalmente, todas estas historias míticas, con una intención «fundadora» más o menos obvia, están sujetas a un proceso de reinterpretación y nueva redacción a medida que cambian los problemas y las situaciones. Los problemas que tratan de resolver los mitos están «datados» (desde luego, se refieren a periodos prolongados, aunque a veces la referencia es más concreta). No se puede afirmar que el conjunto de los «mitos de fundación» se remonte al periodo Protodinástico. A veces fundan realidades posteriores. Así, la cuestión de la inmortalidad del rey (que es el eje del mito de Gilgamesh) se plantea cuando aparece la costumbre de divinizar al rey (cuya supuesta inmortalidad se somete a la prueba de los hechos, y por tanto requiere una explicación). Ahora bien, esta práctica sólo empieza con la dinastía de Akkad. En cambio, un mito como el de Adapa, que también ha llegado hasta nosotros a través de una redacción más reciente, se puede remontar en su primera formulación a una época muy antigua, pues antigua es la cuestión que lo suscita: hacer saber a la población que los sacerdotes no comen el alimento divino, y que aunque habitan en la morada del dios, ellos no son dioses.

La habitual costumbre seudohistórica de situar en el periodo Protodinástico a

los héroes protagonistas de los mitos de fundación es consecuencia de una aceptación acrítica de la ubicación cronológica que les dieron los sabios mesopotámicos. En las secuencias dinásticas de ciertas ciudades (sobre todo Uruk y Kish), colocaron a estos héroes en el II milenio. Pero esta colocación no tiene ningún valor, lo único que significa es que los héroes aparecen antes que los reyes atestiguados en la documentación escrita. Y dado que ésta —hablamos de las inscripciones reales y los archivos permanentes ordenados con procedimientos de datación— se remonta a principios del Protodinástico IIIa (o como mucho a finales del II), vemos que un texto como la lista real sumeria parece fechar a los héroes en el Protodinástico II, y al límite del diluvio universal en el Protodinástico I, como todavía hay quien sostiene de forma acrítica, con el obvio corolario moderno de la documentación arqueológica.

Estos mitos, a pesar de su carácter «fundador» y de estar escalonados en el tiempo con arreglo a los problemas de cada época, todavía pueden decirnos algo acerca del periodo en que se empezó a organizar la sociedad mesopotámica, aunque desde luego nos dicen más (y más verídico) sobre las fases de sus reelaboraciones más tardías. Por poner dos ejemplos: el tema de las relaciones entre labradores y pastores (disputa entre Lakhar y Ashnan) y el de la obtención de materias primas en países lejanos (Enmerkar y Aratta, Gilgamesh y Khuwawa) son difíciles de fechar, ya que se trata de constantes en la historia mesopotámica; pero por algunos detalles geográficos y tecnológicos que aparecen en los textos —que luego se convirtieron en tradicionales y han llegado hasta nosotros en la versión literaria neosumeria—, pueden remontarse al Protodinástico.

6. Rivalidades y hegemonías

La datación interna del periodo Protodinástico se obtiene coordinando la documentación estratigráfica (que es la única disponible para el Protodinástico I, y prevalece para el II) y las fuentes escritas (que ya se pueden utilizar en el IIIa, y prevalecen en el IIIb). Pero los distintos yacimientos contribuyen de forma desigual. Las secuencias estratigráficas más largas y fiables aparecen en las excavaciones del valle del Diyala (templos ovales de Anu, Sin, Nintu y Khafaya, templo de Abu en Tell Asmar, templo de Shara en Tell 'Aqrab). En Ur aparecen complejos monumentales, como el cementerio real. En Fara y Abu Salabikh se han encontrado los primeros archivos administrativos (del IIIa). Por último, en Lagash se han hallado las inscripciones históricas más interesantes y el archivo administrativo más voluminoso (del IIIb), pero se ha perdido prácticamente la referencia arqueológica, debido a los métodos expeditivos de excavación del pasado. Por lo tanto, no resulta fácil coordinar datos de naturaleza distinta procedentes de distintos yacimientos. Además, un documento escrito de extraordinaria importancia arqueológica (aunque pertenezca a una época posterior), la «lista real sumeria», puede servir como esquema básico, pero es objeto de continuas correcciones debido a sus fallos: no es fiable en lo que respecta a las dinastías anteriores a la I de Ur, presenta en una sola secuencia varias dinastías contemporáneas, y censura por completo las de algunas ciudades importantes (sobre todo Lagash y Eshnunna).

En cualquier caso, el Protodinástico II, al que también se remontan las primeras inscripciones reales (Enmebaragesi de Kish), todavía es un periodo esencialmente ar-

LIBER

CUADRO 10. La Mesopotamia protodinástica: cronología de las inscripciones reales.

	Kish	Adab	Ur	Uruk	Umma	Lagash
	*Mebaraggesi (+)					
2600						
	Ukhub *Mesilim ab	Ninkisalsi b				*Enkhegal* Lugalshagengur a
2500						
	*Lugaltarzi	Merduba Lugaldalu	°Meskalamdug °Akalamdug			Ur-Nanshe
2450						
	*Enbi-Ishtar (+) e	Eiginimpae	°*Mesannepadda (+) °Aannepadda °Meskiagnunna (+) °Elili (+)	*Enshakushanna (+) e *°Lugalkinishedudu (+) f °Lugalkisalsi (+)	Ush Enakale c Urlumma d Ila g Gishakidu	Akurgal Eannatum c Enannatum I d Entemena fg
2400						
						Enannatum II Enetarzi Lugalanda
					Wawa	
2350						
				*Lugalzaggesi (+) h	Lugalzaggesi h	Urukagina h

° = «rey de Ur»; * = «rey de Kish»; • = «rey de Sumer»; (+) = rey atestiguado también en la lista real sumeria; a--a = sincronismo atestiguado.

queológico, caracterizado por algunos lotes característicos de hallazgos y por algunos estilos distintivos (estilo de Fara en la glíptica, esculturas «abstractas» del templo de Abu en Tell Asmar, tablillas arcaicas de Ur, etc.). La situación del Protodinástico IIIa es bastante parecida. También se caracteriza por estilos y grupos de hallazgos arqueológicos (escultura «naturalista» del templo de Abu, estilos glípticos de Imdugud-Sukurru y de Meskalamdug, taraceas relacionadas con las del cementerio real de Ur, placas votivas relacionadas con las de Nippur Inanna VII, etc.). Pero aparecen los archivos administrativos de Fara y Abu Salabikh, y las inscripciones dedicatorias del cementerio real de Ur (dinastía *kalam*, obviada por la lista real). Sólo en el subperiodo IIIb hay una convergencia adecuada de los datos de la lista real (a partir de entonces es más o menos fiable, aunque tendenciosa en sus selecciones), los de los archivos (Lagash) y los de las inscripciones reales (sobre todo Lagash y Ur, con algunos reyes de Kish y Uruk atestiguados aquí y allá), todo ello completado por las estratigrafías de los templos y la evolución de la glíptica y la estatuaria.

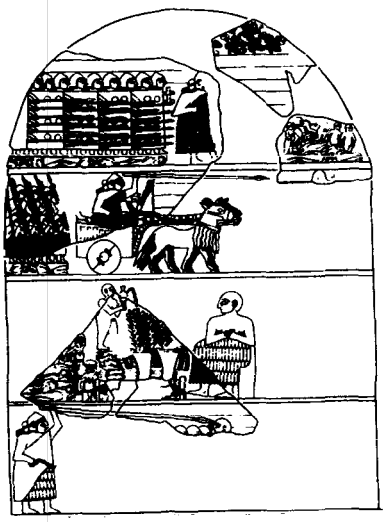
Mientras la lista real nos presenta un cuadro seleccionado y unitario, con el motivo recurrente de una dinastía que desplaza a otra, partiendo de los monumentos e inscripciones de la época se reconstruye un cuadro de dinastías contemporáneas que compiten constantemente entre sí. En el caso de los hallazgos, la secuencia que mejor conocemos es la de Lagash, y la disputa mejor documentada la que enfrenta a Lagash con Umma, ciudades vecinas, por el control de un territorio (el *gu-edinna*) con abundantes cultivos y pastos. A partir de los documentos de los reyes de Lagash

LIBER

(inscripciones en monumentos, que celebran victorias) podemos reconstruir las vicisitudes de la disputa, desde las primeras escaramuzas y un punto de referencia jurídico como es el arbitraje de Mesilim, rey de Kish, hasta los episodios más recientes. Umma siempre aparece como el enemigo agresivo, injusto y falsario, y Lagash como ciudad justa, agredida y victoriosa. Pero no estaría de más conocer la versión de Umma. La disputa llega a su punto culminante con Eannatum, a quien debemos la famosa «estela de los buitres», en la que el relato escrito se yuxtapone a la representación icónica, que no es menos elocuente en su visualización de la relación entre vencedores y vencidos, y de la relación entre el campo de la acción humana y el campo divino; y con Entemena, a quien debemos el relato retrospectivo más completo de esta prolongada disputa. Dada la insistencia de los textos de Lagash en este tema, sin duda debió ser un conflicto muy importante en el ámbito político y económico. Pero está claro que la disputa por el *gu-edinna* no es la única ni la más importante de la Mesopotamia protodinástica. Nos sirve sobre todo para hacernos una idea de cómo eran las relaciones entre las ciudades estado, con frecuentes enfrentamientos por la posesión de tierras intermedias (cuando éstas no eran simples intersticios «vacíos»). Su ideologización las convierte en disputas entre dioses, y se advierte una correspondencia entre un plano bélico operativo y un plano jurídico justificador. A veces el conflicto es aprovechado por terceras potencias para rehacer el equilibrio político general.

Las mismas inscripciones de Lagash hablan de otras guerras de distinto carácter y radio de acción: incursiones contra ciudades más lejanas (de Susiana o Mesopotamia central), no siempre con resultados permanentes, con las que se pretende alcanzar una posición hegemónica en el tablero de las ciudades estado, o evitar que otras la alcancen. Para el vencedor es importante conseguir tratamientos más prestigiosos, como el de *lugal*. La meta ideológica es el aval de Nippur, mientras que los dos polos políticos del poder en la Baja Mesopotamia están representados por los tratamientos de *en Uruk* y *lugal Kiš*. Varios reyes de estas dos ciudades aparecen atestiguados en inscripciones de distinta procedencia (sobre todo de Nippur), y a veces surge la duda de si serán dinastas locales, o dinastas de otra ciudad que, con sus victorias, han justificado unos títulos más prestigiosos.

El afán de hegemonía se va transformando en un afán de dominio universal. El proyecto parece factible cuando se manejan dos datos: la sensación de que el «mundo» coincide esencialmente con la llanura de la Baja Mesopotamia, fértil, densamente poblada y rodeada de una periferia montañosa y vacía; y la irradiación de los centros sumerios o vinculados a la cultura sumeria en varias direcciones, desde Susa, en el este, a Mari en el Éufrates medio y Assur en el Tigris medio. A través de estas ramificaciones, el mundo político mesopotámico considera que puede llegar a los confines «naturales» del mundo. Según la simplificación que permanecerá para siempre, estos confines son el «mar inferior» (golfo Pérsico) y el «mar superior» (Mediterráneo). Hay una sucesión de situaciones que subrayan los aspectos universalistas, desde la época de Mesilim, rey de Kish (comienzos del IIIa), que dirime la controversia entre Lagash y Umma, pasando por los distintos personajes del periodo IIIb (de Eannatum de Lagash a los distintos Lugalkiginnedudu, Lugaltarsi y Lugalkisalsi de Uruk), que suman los títulos de rey de Kish y rey de Ur; hasta acabar en los episodios de la fase final del IIIb (llamada por ello «Protoimperial»). Se conocen dos episodios significativos. El rey de Adab, Lugalannemundu, aparece en la lista real como único





«*Eanatum, el poderoso, el llamado por su nombre por Ningirsu, Eanatum que proclamó* "¡Ahora, oh enemigos!", proclamó para siempre: "El señor de Umma —¿dónde recluta a sus hombres? Con (otros) hombres ... él es capaz de explotar el Gu'edena, el amado territorio de Ningirsu. ¡Puede él (Ningirsu) derribarlo!" ...

» Él le siguió. A él que yacía en el sueño, a él que yacía en el sueño se acercó. A Eanatum que yacía en el sueño de su amado señor Ningirsu se acercó. ... "La propia Kiš debe abandonar Umma y, airada, ya no la ayudará. El (dios) sólo resplandecerá *a tu derecha y un ... será colocado en tu frente. Oh Eanatum, tú ahí matarás; infinidad* de cadáveres suyos se amontonarán hasta la base del cielo. En Umma ... la gente de su misma ciudad se sublevará contra él y él será matado en la propia Umma ...".

» Él luchó con él. Una flecha fue lanzada contra Eanatum y él fue alcanzado por la flecha y casi no podía moverse.Él gritó por eso ...

» Eanatum provocó una tormenta en Umma, desató un diluvio allá. Eanatum, cuya palabra es justa, delimitó la frontera con el señor de Umma, dejó (algunas tierras) *bajo el control de Umma y erigió una estela en aquel lugar.* ...

» Él tomó Umma y erigió allí 20 túmulos sepulcrales. Eanatum sobre el cual Shulutul derrama dulces lágrimas, Eanatum ... destruyó las tierras extranjeras; Eanatum devolvió al control de Ningirsu su amado territorio, Gu'edena ...

» Eanatum tiró la gran red de batalla de Enlil sobre el hombre de Umma y sobre ella le hizo jurar. El hombre de Umma a Eanatum hizo juramento: "¡Por la vida de Enlil, señor del cielo y de la tierra! ¡Yo puedo trabajar el campo de Ningirsu como préstamo! ¡Yo no ... *el canal de riego! Jamás violaré el territorio de Ningirsu. Yo no cambiaré* el curso de sus arroyos y acequias. ¡Yo no desplazaré su estela! Si alguna vez incumplo (este juramento), que la gran red de batalla de Enlil, rey del cielo y de la tierra, sobre la cual he jurado, descienda sobre Umma."

» ¡En verdad Eanatum era muy sabio! Él adornó los ojos de dos palomas con dos kohl y untó sus cabezas con (resina de) cedro, las soltó para Enlil, el rey del cielo y de la tierra, hacia el Ekur de Nippur.»

FIGURA 38. La «estela de los buitres». El monumento de Eanatum de Lagash celebra con figuraciones (*arriba*) y escritura (*abajo*) la victoria sobre Umma.

CUADRO 11. La Mesopotamia protodinástica: cronología, arqueología.

	Sin	Khafaya Nintu	Oval	Tell Asmar Abu	Nippur Inanna	Arquitectura	Artesanía	Textos	norte Mari	norte Asiria
Yemdet Nasr (3000-2900)	I II III IV	 I II	 	 santuario arcaico I	 XIV XIII XII	Uruk Eanna III «Riemchen» «Palacio» de Yemdet Nasr	Glíptica: estilo Yemdet Nasr Cerámica: últimas *bevelled rim bowls*	tablillas de Yemdet Nasr		Nínive Gawra 8
Protodinástico I (2900-2750)	V VI VII	 III 	 	II III IV	XI X IX	principio adobes y ladrillos «planoconvexos»	glíptica: estilo «brocado» cerámica «escarlata»		Ishtar E	Nínive 5 Gawra 7 Assur: Ishtar H
Protodinástico II (2750-2600)	 VIII 	IV V	 I 	templo cuadrado I II III	 VIII 		glíptica: estilo Fara escultura «abstracta»	textos arcaicos de Ur Enmebaragesi	Ishtar D	Nínive 5 Gawra 7 Assur: Ishtar H
Protodinástico IIIa (2600-2450)	IX 	 VI VII	 II 	santuario aislado I 	 VII VI 	Palacio de Eridu Palacio A de Kish Ur: cementerio real	glíptica: fase Imdugud -Sukurru escultura «naturalista» glíptica: fase Meskalamdug	Mesilim textos de Fara y de Abu Salabikh	Ishtar C Ishtar B	Nínive 5 Gawra 7 Assur: Ishtar G
Protodinástico IIIb (2450-2350)	X		III	II III	V	fin adobes y ladrillos «planoconvexos» templo oval de 'Ubaid	glíptica: fase Mesannepadda -Lugalanda	textos de Lagash (de Ur-Nanshe a Lugalanda)	Ishtar A Palacio «pre-sargónico»	Nínive 5 Gawra 7 Assur: Ishtar G
«Protoimperial» (2350-2300)				IV				Urukagina Lugalzaggesi		

LIBER

rey de la única dinastía de Adab digna de ser incluida. Una inscripción de la época paleobabilonia, que más que una verdadera copia es una falsificación, pretende hacer creer que el dominio del rey se extendió por toda la periferia mesopotámica: Elam, Markhashi, Gutium, Subartu, Martu y Sutium, abarcando toda la franja que va desde Irán, al este, hasta Siria, al oeste. Los evidentes anacronismos indican que el texto es de redacción paleobabilonia, pero la elección de Lugalannemundu debe estar motivada por alguna realización suya (como veremos en el caso de Sargón).

Más claro es el caso de Lugalzaggesi de Uruk, del que sabemos, tal como aparece en sus inscripciones, que derrotó y sometió Ur, Larsa, Umma, Nippur y por último Lagash, controlando así toda la Baja Mesopotamia. Aunque sus dominios no tenían una extensión universal, ni siquiera para el «mapa mental» mesopotámico (quedaban fuera el Diyala, Mesopotamia central, Susiana y los cursos medios del Éufrates y el Tigris), Lugalzaggesi se atreve a afirmar que los confines de su poder se hallan en el «mar inferior» y el «mar superior». Estas afirmaciones podían ser «fugas hacia adelante» con respecto a la realidad política concreta, pero no meras invenciones (pues se corría el riesgo de perder la credibilidad ante un público que conocía la situación real). Por ello se puede suponer que Lugalzaggesi llegó realmente al Mediterráneo. Pudo hacerlo personalmente, a través de enviados o a través de simples alianzas, comerciales o militares, con las potencias intermedias (Kish, Mari o Ebla: tres estados que no se sometieron a él). Todo esto es ideológicamente secundario. La ideología del «imperio universal» considera secundarias las formas concretas de su realización: la imaginación precede a la realidad, pero también es un importante estímulo para la realización.

7. La crisis interna y los edictos de reforma

Lugalzaggesi, fundador del primer «imperio», antes de convertirse en rey de Uruk (formando él solo su «tercera dinastía») había sido rey de Umma, de la que heredó la tradicional rivalidad con Lagash. A diferencia de sus predecesores, consiguió resolver este conflicto con importantes fuerzas militares. Y a diferencia de las otras ciudades a las que derrotó, Lagash ha dejado su propia versión de los hechos, que nos sirve para valorar de una manera más matizada la importancia real del imperio de Lugalzaggesi. Vemos así que, incluso después de la victoria de Uruk, el *ensi* de Lagash, Urukagina (o mejor, Uruinimgina), todavía es capaz de publicar sus propias inscripciones, señal de que conserva el poder local. No sólo eso: en dichas inscripciones Urukagina osa denunciar (por lo menos en el aspecto ideológico) que la victoria de Uruk es un caso de prevaricación, señalando las responsabilidades del dios de Lugalzaggesi frente a su propio dios, y dejando abierta la posibilidad de un castigo.

A Urukagina se le conoce por su guerra contra Lugalzaggesi y por un edicto de reforma que arroja luz sobre los problemas sociales de su tiempo. No cabe duda de que era un usurpador, y precisamente por eso hace hincapié en que no tiene nada que ver con sus antecesores. Urukagina acusa a sus antecesores de haber tolerado toda clase de abusos por parte del clero y los administradores, en detrimento del pueblo llano, erigiéndose en paladín y protector de este último. El contenido jurídico de su edicto es una serie de medidas que acaban con los abusos, devuelven las libertades

LIBER

DOCUMENTO: LAS REFORMAS DE URUKAGINA

«Desde tiempo inmemorial, desde cuando se inició la vida, el jefe de los barqueros se apropiaba de las barcas, el funcionario encargado del ganado se apropiaba de los asnos, otro de las ovejas, y el funcionario encargado de la pesca se apropiaba de los ... Los sacerdotes-*guda* pagaban tributos en grano a Ambar. Los pastores de las ovejas de lana pagaban (un tributo) en plata por las ovejas blancas y el vigilante, el jefe de los cantores del culto, el controlador de los campos, el cervecero y el superintendente pagan (un tributo) en plata por los jóvenes corderos.

»Los bueyes de los dioses araban los cultivos de ajos del rey y los mejores campos de los dioses se convertían en los lotes de ajos y pepinos del rey. Grupos de asnos y fogosos bueyes eran uncidos para los administradores del templo, pero el grano de los administradores del templo era repartido por el personal del rey.

»Cuando un cuerpo era llevado para el entierro, el *uḫmuš* tomaba sus 7 bocales de cerveza, sus 240 panes, 2 *ul* de grano-*ḫazi*, un vestido de lana y una cama; y el *umum* tomaba un *ul* de cebada. Cuando un hombre era llevado por la «caña de Enki», el *uḫmuš* tomaba sus 7 bocales de cerveza, sus 240 panes, 2 *ul* de cebada, un vestido de lana, una cama y una silla; y el *umum* tomaba 1 *ul* de cebada ...

»Los bienes y campos del rey, los bienes y campos de la «casa de las mujeres», los bienes y campos de los hijos del rey, limitaban todos entre sí. La burocracia funcionaba desde los confines de Ningirsu hasta el mar.

»Cuando el *šublugal* quería construir un pozo en el lado corto de su campo cogía un *iginudu* (para su trabajo), y también cogía el *iginudu* para los canales de riego que había en el campo.

»¡Estas eran las costumbres de antaño!

»Cuando Ningirsu, guerrero de Enlil, dio la realeza a Lagash, eligiendo entre infinidad de personas, éste reformó las costumbres de los tiempos anteriores, aplicando las instrucciones que Ningirsu, su señor, le había dado. Privó al jefe barquero del (control de) las barcas, privó al funcionario encargado del ganado del (control de) los asnos y las ovejas, privó al inspector de la pesca del (control de) ..., privó al supervisor del almacén de cereales del (control de) los tributos en grano de los sacerdotes-*guda*, privó al funcionario (responsable) del pago (de los tributos) en plata por las ovejas blancas y los corderos jóvenes lechales y destituyó al funcionario (responsable) de la entrega de los tributos (eligiéndole) entre los funcionarios de palacio y no entre los funcionarios del templo.

»Instaló a Ningirsu como propietario sobre los bienes y los campos del rey, instaló a Ba'u como propietario de los bienes y los campos de la «casa de las mujeres»; e instaló a Šulšagana como propietario de los bienes de los hijos del rey. Desde los confines de Ningirsu hasta el mar la burocracia suspendió toda operación.»

conculcadas y restablecen una relación correcta entre la organización estatal (sobre todo sus ramificaciones del templo) y la población. Hay un claro intento de autolegitimación, de cara al pueblo, desmarcándose de la administración anterior, pero también se ve claramente que las desviaciones y las medidas correctoras se deben a la crisis socioeconómica de la época.

Hablar de «reformas» es inexacto, porque hace pensar en la introducción de nuevos mecanismos jurídicos o administrativos. El sentido del edicto es más bien restablecer el equilibrio alterado, y el remedio se presenta como una vuelta al pasado, visto como un punto de referencia óptimo (tal como sucede en las sociedades arcaicas), el tiempo en que las instituciones (más próximas a su fundación divina o regia) guardaban un orden correcto. En el edicto en cuestión, las disposiciones son sobre todo desgravaciones fiscales y corrección de abusos.

Urukagina no es el primero en tomar medidas de este tipo: en la propia Lagash, Entemena ya había proclamado que había «devuelto el hijo a la madre y la madre al hijo» condonando los intereses (de las deudas); y proclama que ha «establecido la libertad» no sólo en Lagash, sino también en Uruk, Larsa y Bad-tibira. Comparando estas declaraciones con textos posteriores, vemos que existe la costumbre de hacer lo mismo en otras ciudades, aprovechando que a raíz de una victoria militar se tiene el control de la situación, aunque sea momentáneo.

Al margen de su aspecto propagandístico, estas disposiciones reflejan una realidad social en la que existe una clase socioeconómica abocada al endeudamiento, a ceder sus propiedades e hijos al acreedor, como pago de los intereses. Este proceso desemboca inevitablemente en la pérdida de las pequeñas propiedades familiares, y después en la servidumbre por deudas, cuando no se devuelve lo prestado. Este tipo de servidumbre, que asola a la población «libre», es visto como una grave alteración del orden social, que se debe corregir «devolviendo la libertad». El soberano que publica el edicto de «liberación» se arroga el papel positivo del libertador, y se quita de encima la lacra de ser el responsable (directo o indirecto) del deterioro. En el caso de Entemena no se explican las causas de la servidumbre. En cambio, Urukagina pasa revista a las causas (lo hace precisamente para diferenciarse de sus antecesores), y las concreta en una serie de abusos personales, es decir, unos hechos que no son consubstanciales al sistema, sino desarreglos transitorios. Pero no cabe duda de que el endeudamiento de la clase de los campesinos libres es un fenómeno estrechamente relacionado con las tendencias generales de la época, que aceleran la desaparición de la pequeña propiedad familiar y el aumento de las propiedades del templo y el palacio, así como las de los altos funcionarios. De hecho, son los detentadores del poder quienes «administran» esas tendencias, y luego recurren a los edictos de «liberación» como periódica válvula de escape para tener bajo control una situación potencialmente explosiva, sin renunciar a lo esencial de las mencionadas tendencias, que siguen su curso. Así pues, la «vuelta al pasado» es un enmascaramiento de los profundos cambios estructurales.

Estos cambios conllevan, evidentemente, un exceso de carga fiscal (en impuestos y trabajo forzado) para las comunidades «libres», y probablemente una marginación de sus tierras frente a los polos de desarrollo dirigidos por el templo o el palacio. Los «libres» cada vez tienen más dificultades para soportar el peso de los impuestos y el proceso de autorreproducción. Si un par de cosechas desfavorables ponen a las familias en apuros, el proceso de endeudamiento y servidumbre se desencadena

de forma irreversible. Quienes salen ganando, en calidad de acreedores, son los miembros de las clases que giran en torno a las grandes administraciones del templo o del palacio, los únicos que poseen excedentes de cereales y otros productos. Resulta fácil arrancar el aplauso de las clases endeudadas señalando a determinados sacerdotes o administradores como responsables de «abusos». Pero más allá de las responsabilidades individuales, la tendencia es imparable, con la consolidación de las organizaciones económicas públicas, el enriquecimiento de sus miembros destacados y la progresiva crisis de las comunidades residuales aldeanas de campesinos «libres».

LIBER

7. EL MUNDO DE EBLA

1. La segunda urbanización en la Alta Mesopotamia

En la Alta Mesopotamia, después de la decadencia del sistema de asentamientos urbanos formados por influencia de la cultura Uruk, comenzó una nueva fase de urbanización, y esta vez de un modo más estable y generalizado. Las antiguas poblaciones Uruk fueron ocupadas, en parte, por la nueva urbanización, y, en parte, abandonadas. El *hiatus* no es total, pero más acentuado que en la Baja Mesopotamia. La recuperación tuvo lugar durante el Protodinástico II, y culminó con el Protodinástico III (en la periodización arqueológica las tres fases corresponden, a grandes rasgos, a las tres fases del Bronce Antiguo, la última de las cuales se prolonga incluyendo la edad de Akkad).

Al hablar de la primera urbanización ya se dijo que había cierta contraposición entre un florecimiento debido a la «colonización» meridional, procedente del país de Sumer, que remonta el curso del Tigris y el Éufrates y crea puntos de apoyo comerciales, y otro fruto del desarrollo local, sensible a las influencias técnicas y organizativas del sur, pero dotado de su propio país interior agrícola y de una verdadera autonomía política y cultural.

El escenario se repite en la edad protodinástica. La penetración meridional está atestiguada sobre todo en las dos bases de Mari en el medio Éufrates y de Assur en el medio Tigris, que desempeñarán durante mucho tiempo esta función de puestos avanzados del sur. Pero estos puestos avanzados meridionales, cuyos templos y palacios reflejan una cultura derivada directamente de las ciudades sumerias, se encuentran esta vez incluidos en una franja de asentamientos urbanos que va desde la Alta Siria, pasando por las cuencas del Balikh y del Khabur, hasta Asiria. En esta franja la pluviosidad permite los cultivos de secano y el pastoreo de cabras y ovejas, más importante, proporcionalmente, que en el sur. Las prospecciones arqueológicas superficiales en la franja muestran sin lugar a dudas que el periodo de mayor extensión de los asentamientos, tanto de dimensiones urbanas como simples aldeas, es el Bronce Antiguo II-III. Posteriormente, en el Bronce Medio, la ocupación será menor, para llegar a valores mínimos en el Bronce Tardío. Por los tipos cerámicos se ve que es una evolución local, a través de líneas internas, aunque se advierte la influencia meridional a escala organizativa y en los centros del poder político. Los horizontes de la cerámica «Nínive 5» de la parte oriental de la Alta Mesopotamia, y de las *reserved slip wares* en la central y occidental, dan paso a los tipos *metallic* y *plain simple*, formando una unidad cultural muy amplia que abarca todo el piedemonte del Taurus oriental y de los Zagros septentrionales. Cuando aparezca una documentación

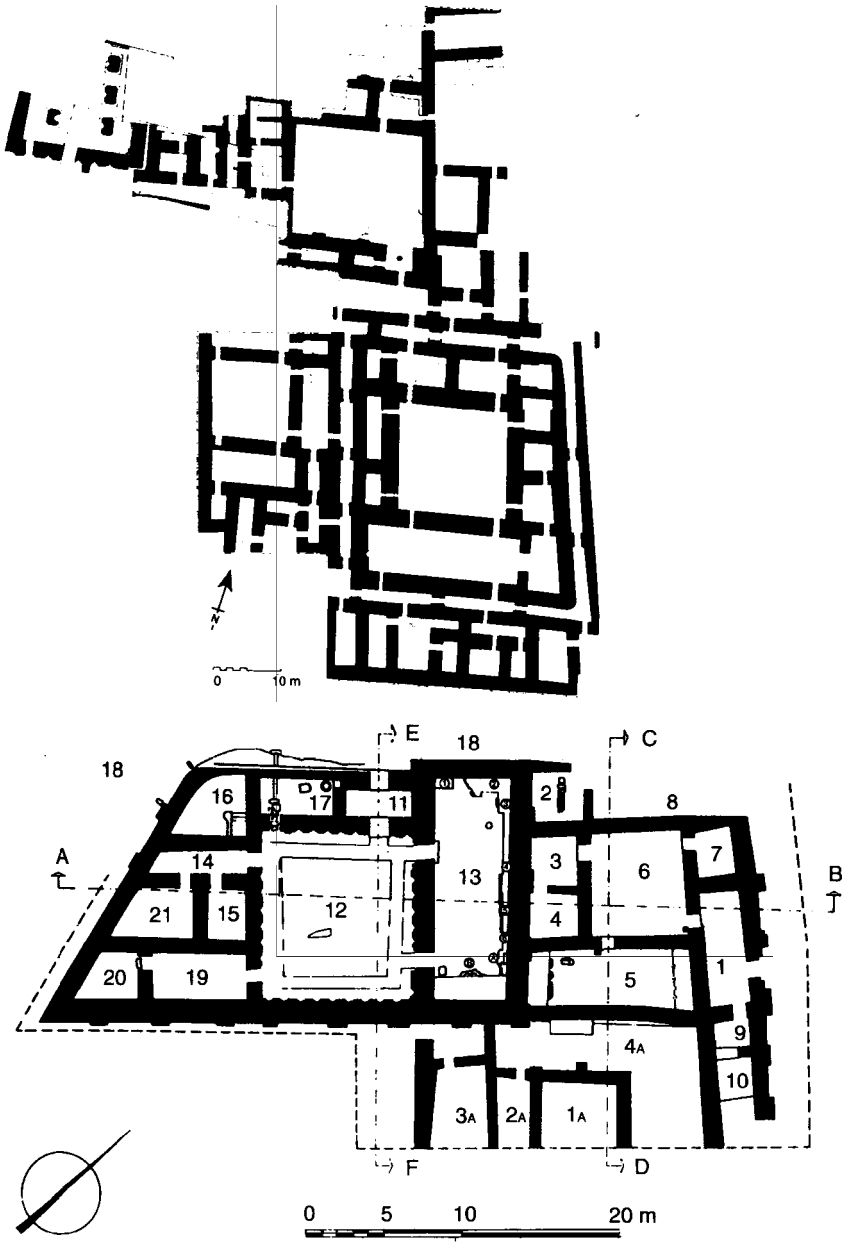


FIGURA 39. Mari presargónica. *Arriba*, el palacio. *Abajo*, el templo de Ishtarat y Ninni-zaza.

LIBER

escrita, este piedemonte estará habitado sobre todo por hurritas en la franja norte (más próxima a los montes) y semitas en la franja sur.

Este máximo de asentamiento humano en el III milenio responde quizá a unas condiciones climáticas óptimas (con pluviosidad más alta), lo que permite mejorar el aprovechamiento agrícola del territorio. Pero las disminuciones ocasionales de las precipitaciones ponen en evidencia que esta franja, en el fondo, no es capaz de mantener un tejido urbano demasiado denso, y resulta más adecuada para centros urbanos más desperdigados y un tejido agropecuario más ligero (en peso demográfico y en intensidad de explotación de los recursos). Desde el punto de vista de las llanuras aluviales y de la Baja Mesopotamia, este es el «país alto», ya que está situado en la parte superior del desnivel entre el valle y la meseta, modesto en términos métricos pero esencial en sentido estructural, porque separa la agricultura de regadío de la de secano.

Una coordinación de los datos procedentes de las excavaciones y de las prospecciones ha permitido localizar las zonas de mayor concentración urbana. Una de ellas se halla al sur del Yébel Sinyar, donde las lluvias, más abundantes en los montes (que entonces todavía estaban cubiertos de bosques), se infiltran hasta la zona del piedemonte, que posee una gran riqueza de capas acuíferas subterráneas. Esta agua sale a la superficie estacionalmente en el Uadi Tharthar, y se acaba perdiendo en el sur. La ciudad más importante conocida hasta ahora es Tell Taya (nivel 9), que con sus 100 hectáreas se convierte en la urbe más grande del periodo. Todavía quedan por explorar otras poblaciones importantes. La propia amplitud de Tell Taya ha aconsejado una forma extensiva de prospección, que ha revelado porciones importantes del tejido urbano, aunque todavía no ha proporcionado la documentación necesaria para conocer las estructuras políticas locales. Asiria es una segunda región de concentración de los asentamientos, no tanto en la ciudad de Assur, que es muy peculiar (como veremos) por su ubicación geográfica, sus tradiciones y sus rasgos culturales, como en el triángulo agrícola situado entre el Zab superior y el Tigris, cuyas mayores ciudades (Nínive, Arbela) están casi sin explorar para esta fase histórica.

La cuenca del Khabur y sus afluentes es el centro de toda la Alta Mesopotamia, y acoge numerosos asentamientos del Bronce Antiguo II-III, a veces de considerables dimensiones. Algunos de ellos, como Tell Brak, representan un filón de continuidad con respecto a la primera urbanización, y luego hacia las fases posteriores. Otros parecen más circunscritos en el tiempo, como Tell Khuera, situado en el extremo oeste de la cuenca del Khabur. Las excavaciones llevadas aquí a cabo han sacado a la luz una gran ciudad del Protodinástico II-III, con evidentes influencias sumerias sobre un trasfondo local también evidente. Aparecen numerosos templos con cimientos de piedra (a veces de gran tamaño) que son elemento local, al igual que las propias plantas de los edificios. Pero la estatuaria encontrada en ellos imita a la meridional, y refleja el modelo cultural de la clase política local. Las instalaciones funerarias son locales, como también, obviamente, el horizonte cerámico y la cultura material en general. Yacimientos como Tell Khuera y otros que se están excavando actualmente (como Tell Mozan) nos dan la imagen de la cultura altomesopotámica de los pueblos hurritas, influidos de un modo bastante superficial por la cultura del sur, pero portadores de arraigadas tradiciones locales. Hasta ahora no se ha descubierto que la escritura, con todo lo que conlleva de organización administrativa, hubiera penetrado durante la época preacadia en el triángulo del Khabur (ni en la Alta

LIBER

Mesopotamia en general). Pero no tendría nada de particular que futuros descubrimientos revelaran una situación similar a la que ha revelado Ebla con sus archivos para la Siria contemporánea.

Volviendo a las dos ciudades avanzadas de la cultura bajomesopotámica, una de ellas, Assur, ha sido poco explorada en los niveles del III milenio (en especial en los preacadios), pero lo poco que ha salido a la luz señala la existencia de una gran ciudad. El templo de Ishtar, en los niveles más antiguos (H y G), que se remontan al Protodinástico III, es un santuario sumerio clásico, con estatuas votivas similares a las de la misma época del Diyala y de otras ciudades sureñas. No hay textos de la Assur presargónica, y es difícil decir si algún nombre incluido en la lista real se remontaría a esta época —para la que la lista se remite a genealogías de la época amorrita.

Disponemos de una documentación más abundante y directa de Mari, donde las amplias excavaciones desarrolladas han sacado a la luz buena parte del palacio real (llamado genéricamente por los excavadores «presargónico»), que data posiblemente del Protodinástico IIIa, y que sin duda estaba ocupado en el IIIb. Junto al palacio han aparecido numerosos templos: de Ishtar (seis niveles superpuestos), Ishtarat, Ninni-Zaza, Shamash y Ninkhursag. Como en el caso de Assur, se tiene la impresión de que se trata de una auténtica ciudad sumeria. Y sin embargo se han encontrado unos treinta textos, así como estatuas votivas del rey. Esta documentación epigráfica (a la que se suma la documentación indirecta de Ebla, que menciona muy a menudo Mari y ciertos personajes mariotas, y alude a hechos de gran importancia histórica en las relaciones entre ambas ciudades) pone en evidencia, ante todo, que en los aspectos onomástico y lingüístico una ciudad como Mari no es una «colonia» de emigrantes sumerios. Los nombres propios suelen ser semíticos, y lo mismo se puede decir de la lengua y los textos administrativos locales. Tampoco se trata de acadio antiguo, sino de la misma lengua de Ebla, es decir, la lengua de las poblaciones semíticas occidentales (preamorritas) que ocupaban toda la zona comprendida entre el medio Éufrates y el Mediterráneo. Las relaciones con el sur sumerio son evidentes en el plano cultural (arquitectura, estatuaria, la propia escritura), y también están documentadas en la historia de los eventos por el hallazgo de un depósito de objetos preciosos, regalo del rey Mesannepadda de Ur (que en la lista real y en los textos del propio Ur aparece como iniciador de la «primera dinastía de Ur») al rey AN.BU de Mari. Probablemente, éste es el mismo fundador de la única dinastía de Mari incluida en la lista real. Se trata, pues, de una dinastía paralela a la I de Ur, cuyos reyes son conocidos tanto por sus estatuas votivas, encontradas en el propio Mari, como a través de los textos de Ebla. El Mari protodinástico, con sus palacios y templos, será destruido a finales del Protodinástico IIIb, más o menos al mismo tiempo que Ebla, probablemente por el rey de Akkad, pero en circunstancias difíciles de precisar. Se sabe con certeza que Sargón de Akkad todavía chocó con Mari como centro hegemónico del Éufrates medio, y Naram-Sin no tuvo problemas para ir más allá, de modo que, en líneas generales, la destrucción de la cultura protodinástica del Éufrates medio señala el paso al periodo Acadio.

Los textos de Ebla han arrojado mucha luz sobre las vicisitudes políticas y el poderío económico de Mari entre la época de AN.BU y la destrucción final del palacio. Ante todo, dichos textos plantean un problema de títulos: como veremos más adelante, en Ebla el «rey» recibe el título de *en*, mientras que con el título de *lugal* (que

LIBER

en la Baja Mesopotamia corresponde precisamente al rey) se designa a los altos funcionarios del reino, subordinados al rey, o también a ciertos representantes del rey de Ebla en ciudades periféricas: en efecto, el título de *lugal* se usa como alternativa al título *ugula*. En Mari, el título *lugal* indica al rey, sin ninguna duda. Un documento clave sobre la relación entre Ebla y Mari es la carta de Enna-Dagan, rey de Mari, que reseña una larga lista de victorias suyas y de sus antecesores en un contexto topográfico que abarca desde el curso alto del Éufrates, de Emar a Khashuwa, hasta los confines con el territorio de Ebla. La carta demuestra que durante un largo periodo anterior a su redacción (desde el rey Anubu hasta el rey Ishtup-shar) y luego durante los reinados de los tres soberanos de Mari contemporáneos de la primera fase de los archivos reales (Iblul-il, Nizi y el propio Enna-Dagan), la correlación de fuerzas entre Mari y Ebla fue claramente favorable a Mari. En la carta, Enna-Dagan habla de un tributo pagado por Ebla en Khashuwa a Iblul-il, y esta afirmación se ve confirmada por los textos administrativos de Ebla, en los que vemos que Ebla paga grandes cantidades de metal precioso a Iblul-il, Nizi y Enna-Dagan y a sus ancianos. En cambio, en la segunda fase de los archivos reales, cuando en Mari reinaba Khida'ar e Ishar-Damu en Ebla, los dos estados gozaban de una sustancial independencia recíproca y un poderío económico y militar igualado.

Sin duda, el papel de Mari estuvo condicionado por su posición de paso obligado entre la Baja Mesopotamia y Siria, análogo al de Assur en el Tigris. Pero en el caso de Mari el territorio de su red comercial potencial estaba en manos de Ebla, que le impidió tener una influencia política y económica en Siria al oeste del Éufrates. De modo que Mari estuvo bastante bloqueado, y su política pudo oscilar entre dos opciones: la de competir económica y militarmente con Ebla para arrebatarle su predominio comercial, o bien ponerse de acuerdo con ella, con función de puente tendido hacia el sureste. Desconocemos muchos episodios de esta prolongada competencia, que además incluía a otras ciudades. Los textos de Ebla han proporcionado un punto de vista que debería ser contrastado con otros, para tener una visión de conjunto de una situación internacional en la que es evidente la coexistencia (no siempre pacífica) entre distintos centros políticos y distintos intereses comerciales.

2. EBLA: CARACTERES SOCIOPOLÍTICOS

Al igual que en la Alta Mesopotamia, en Siria la urbanización también llegó a su grado máximo en el III milenio, un máximo que, a juzgar por las prospecciones de superficie, nunca fue superado, y fue seguido de la regresión progresiva de los asentamientos durante el Bronce Medio y el mínimo de finales del Bronce Tardío. Coincidiendo con el Protodinástico II-III mesopotámico, o con el Bronce Antiguo II-III, en Siria proliferan las aldeas y ciudades que ocupan toda la meseta interior semiárida, además de las escasas áreas de regadío. Esta cultura urbana ya se conocía gracias a excavaciones limitadas (desde el 'Amuq, en el norte, hasta Hama en el sur, y en yacimientos costeros como Ugarit y Biblos), hallazgos de necrópolis y prospecciones de superficie. El propio tipo de la cerámica «caliciforme» denota la existencia, por lo menos durante las fases finales, de producciones palatinas estandarizadas pero de buena calidad. Dadas las características geográficas de la región siria, esta cultura urbana y palatina estaría mezclada con un componente nada despreciable de pastores seminómadas.

LIBER

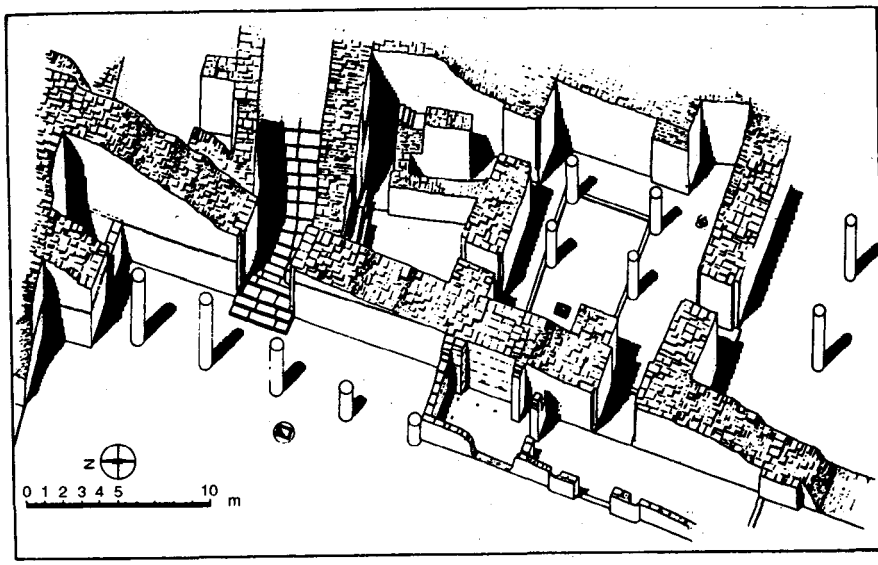


FIGURA 40. Ebla, vista axonométrica del palacio real G (*c.* 2400).

Los descubrimientos de Ebla han dado una fisonomía precisa a este horizonte cultural. La imagen arqueológica de la Ebla del III milenio es aún limitada, pero de gran importancia. Se trata de una parte del palacio real (G), desde el patio de audiencias hasta la sección administrativa, y entre los numerosos hallazgos destaca el de un gran archivo de varios miles de tablillas. Aunque todavía faltan áreas sagradas y viviendas privadas, el palacio con sus objetos ofrece un rico panorama que, por primera vez, permite hacerse una idea más precisa de los aspectos políticos, económicos y comerciales de un estado sirio del periodo Protodinástico.

Todavía nos resulta difícil seguir los pasos de la formación de esta ciudad, que en su momento de mayor desarrollo se extendía por más de 50 hectáreas (superficie similar a la de Mari o Assur). Tanto la extensión urbana como el palacio real o la organización política y administrativa que revelan los archivos requieren una fase de formación más o menos prolongada (y debajo del palacio G empieza a asomar un palacio más antiguo). Las huellas de la primera urbanización son muy tenues en toda la zona al oeste del Éufrates, y sólo más tarde empieza a tomar forma la cultura de Ebla, bajo la influencia (o siguiendo el modelo) de Mesopotamia, pero con caracteres netamente originales. Casi toda la población es semítica, y sobre este punto los miles de nombres propios que aparecen en los textos administrativos (y se pueden clasificar por lugar de procedencia, también fuera de Ebla) no dejan lugar a dudas: tanto en Ebla como en la mayoría de las ciudades con las que ésta se hallaba en contacto (a grandes rasgos, el centro y norte de Siria y el oeste de la Alta Mesopotamia), la población era homogénea y sus nombres lingüísticamente asimilables a la lengua de la administración eblaíta. Y no por influencia de Ebla, sino porque aquel substrato lingüístico estaba muy extendido, y la lengua que hoy llamamos convencionalmente «eblaíta» (ya que sólo está documentada por los archivos de Ebla) era la lengua ha-

LIBER

blada, administrativa y epistolar de toda la zona siria y altomesopotámica. Limitaba, por así decirlo, con el elemento hurrita en la franja del piedemonte, y con el paleoacadio en Mesopotamia central, mientras que dentro de la propia área siria ya está atestiguado el grupo de los martu, que tanta importancia tendría más adelante.

El reino de Ebla tenía una extensión considerable, más o menos desde Hama hasta Aleppo, y podía contar con campos de cultivo que se concentraban sobre todo en la depresión del Matkh, y con las de la meseta caliza que lo rodea y las colinas, más apropiados para el pastoreo y la agricultura pobre, combinada con la arboricultura. La capital contaría con 15.000 o 20.000 personas como mucho, y todo el reino (que incluía un centenar de aldeas dotadas de función administrativa) difícilmente alcanzaría las 200.000 o 250.000 personas. El reino no llegaba hasta la costa, donde se conoce la existencia de reinos independientes, como el de Biblos, que debió ser el más importante. Tampoco llegaba hasta el valle del Éufrates, donde también están atestiguados varios estados autónomos como Karkemish, Emar, Tuttul o Mari. Al sur no pasaba de Hama, o por lo menos no hay datos de localidades más meridionales incluidas en la administración eblaíta. Al norte, no iba mucho más allá de Aleppo, donde empezaba el territorio de otros estados, a veces autónomos, como Khashuwa (zona de Gaziantep).

De todos modos, se trataba de un estado grande, con un territorio más extenso que el de los estados mesopotámicos y una población similar a la de estos últimos, puesto que la mayor extensión se compensaba con una densidad menor. Algunos de los estados limítrofes (aunque no todos) debían hallarse en una situación de subordinación política y económica a Ebla, que sería un centro hegemónico de toda la zona situada al oeste del Éufrates. Al parecer, la influencia política de Ebla tuvo sus vaivenes a lo largo del tiempo, pero en el momento de máxima expansión abarcó el valle del Éufrates por lo menos desde Karkemish hasta Emar, y también el valle del Balikh (con los reinos de Kharran e Irrite). Esta influencia queda reflejada en la serie de matrimonios que unen a las princesas eblaítas con los reyes de los principales estados de la época (entre ellos Nagar y Kish). Más adelante hablaremos del extenso circuito comercial controlado por Ebla, que superaba, con mucho, su radio de influencia directa.

El sistema político era muy distinto del mesopotámico, y parecía acusar en mayor medida la estructura gentilicia de la sociedad. En Siria faltaba la impronta de la primera urbanización, que había recibido el impulso de las ciudades templo. Los templos no desempeñaban un papel político o económico relevante, ni lo desempeñarían en Siria hasta bien pasada la Edad del Bronce. En cambio, la existencia de una sociedad agropecuaria con dirección política difusa era más evidente, mientras que el papel de la ciudad como centro de colonización agrícola, que en Mesopotamia estaba vinculado a la irrigación, la centralización de las cosechas y la magnitud de estas últimas, era inexistente o débil. Sin duda, la dirección política estuvo muy articulada. Por supuesto, había un jefe de estado, un «rey» con el título de *en*, «señor». El papel de la reina, que permanecía en funciones (como «reina madre») incluso tras la muerte de su marido, se limitaba sobre todo a aspectos ceremoniales.

El rey estaba auxiliado por un grupo de «ancianos» (*abba*), cuyas funciones no se conocen muy bien, y sobre todo por un grupo de quince o veinte «señores» (*lugal*), que al parecer controlaban todos los recursos del estado eblaíta. Entre estos señores destaca la figura de una especie de visir que encabeza la administración. Aun-

LIBER

que este personaje estaba por debajo del rey, en el plano político y ceremonial, controlaba grandes riquezas (sus contribuciones en metales y tejidos eran, con mucho, superiores a las de los otros señores). En la última fase de los archivos parece que el cargo de visir se transmite por vía hereditaria (de Ibrium a su hijo Ibbi-zikir y a su nieto Dubukhu-Ada), paralelamente a la dinastía real.

Al parecer, tanto el rey (y por supuesto la reina) como los ancianos vivían en el palacio. Esto también se desprende de la documentación referente a la centralización de los productos alimentarios. En el palacio se concentraba, de forma «colegiada», un poder que conservaba rasgos de su descentralización originaria y de su proceso de constitución, por concentración de asentamientos desperdigados, reunidos en torno a una capital que sin duda era hegemónica, pero debía tener en cuenta su base plural. Hoy por hoy nos resulta difícil precisar qué relación había entre los ancianos, los distritos y la estructura gentilicia y topográfica de la población, pero sin duda el término «ancianos» nos remite a una estructura gentilicia todavía vigente.

En este escenario es significativo que el rey no aparezca nunca en inscripciones celebrativas o dedicatorias, ni posea un título especial, ni tampoco aparezca por ninguna parte su nombre propio (sólo es designado con el título *en*). El archivo, de carácter administrativo, no contiene textos celebrativos, pero se tiene la impresión de que el monarca se dedicaba sobre todo al comercio y a la gestión del patrimonio mueble, como centro de un gigantesco sistema redistributivo que se implicaba poco en pruebas de fuerza y prestigio, a diferencia de lo que ocurría contemporáneamente en Mesopotamia.

Hemos hablado de un colosal sistema redistributivo, algo normal en los estados de la época, pero en este caso parece que funciona de una manera más ceremonial y personalizada que en Mesopotamia. Con el sistema de raciones, en el palacio se concentran el rey y los ancianos; además, un número considerable (unas 800 personas) de *guruš* «dependientes (varones)» y *dam* «mujeres» (dedicadas a las labores domésticas típicamente femeninas: moler el grano, tejer, cocinar, etc.). También hay grupos de personas que reciben raciones sin ser dependientes fijos del palacio. Se trata de cuadrillas de trabajadores (10 o 12 personas por cuadrilla, con un vigilante), llamadas «aldeas» (*é-duru*^{ki}), seguramente porque eran reclutadas para prestaciones obligadas en las aldeas del reino. La magnitud del sistema redistributivo, basado en el mecanismo de suministro directo de raciones, se puede deducir de los totales anuales de cereales que afluían anualmente al palacio, con el problema de que esos totales también pueden ser plurianuales. Entre las cifras que se barajan, la de unas 90.000 personas (total de los que participaban en el sistema redistributivo) parece francamente excesiva. La de 40.000 es más razonable.

Un aspecto particular del sistema redistributivo es su conexión con las festividades religiosas periódicas, con motivo de las cuales se hacían repartos de comida que probablemente iban más allá de los dependientes del palacio y los trabajadores de prestación obligada. Los templos, que no acumulaban los excedentes, ni dirigían la economía, ni se encargaban de la recaudación de tributos, eran sin embargo lugares destacados de la redistribución, pues en ellos se celebraban las festividades. Otra ampliación del sistema redistributivo fue el mecanismo de los «regalos» (del que hablaremos a propósito del comercio), que posteriormente acentuó el carácter personalizado y ceremonioso de la economía eblaíta en su aspecto «administrado», como red de desplazamiento de los bienes.

LIBER

En cambio, es significativo que el sistema de raciones no evolucionara hasta pasar al de asignación de parcelas (que en Mesopotamia estuvo vinculado al proceso de colonización encabezado por templos y palacios). En este caso, las entregas de tierras eran regalos del rey, y no se generalizaron. Las propiedades agrícolas del palacio también eran limitadas, y la mayor parte de la tierra permaneció en posesión de las aldeas, desde donde afluían al palacio las cuotas previstas en el sistema de tasación.

De modo que, en conjunto, la gestión del poder fue bastante más moderada y pluralista que en Mesopotamia, con los ancianos como contrapeso importante del poder real. Esta situación fue el resultado de la combinación de varios factores sociales (persistencia de las estructuras gentilicias), ambientales (la falta de canalización) e históricos (el salto de la primera urbanización, impulsado por el templo) que caracterizaron al área siria, y siguieron caracterizándola, por lo menos, durante dos milenios.

3. Ebla: el comercio y la guerras

La economía básica del reino de Ebla era agropastoral, con diferencias de orden ecológico con respecto a Mesopotamia. La agricultura se basaba en la producción de cereales, pero —salvo quizá en la depresión del Matkh— sólo puede contar con las precipitaciones y unos suelos ligeros y superficiales que salpican aquí y allá la meseta caliza. Los rendimientos que se deducen de una comparación entre siembras y cosechas son del orden de 1:3 a 1:5, normales para este tipo de agricultura, pero muy alejados de los de la Baja Mesopotamia. Por lo tanto, la producción de excedentes alimentarios para el mantenimiento del palacio era una operación trabajosa y más aleatoria, dadas las variaciones anuales de las precipitaciones y su carácter estacional. Como complemento de los cereales, y aprovechando también las laderas de las colinas, estaban muy extendidos los cultivos típicamente mediterráneos (vid, olivo) que diferenciaban la alimentación siria de la mesopotámica (vino en vez de cerveza, aceite de oliva en vez de aceite de sésamo), así como numerosos frutales.

El ganado gestionado desde el palacio era lanar y bovino, el primero sobre todo para obtener lana, que abastecía la industria textil y el comercio de tejidos, y el segundo para las labores agrícolas. El ganado podía ser propiedad del *en*, los ancianos u otros organismos públicos, o bien de las aldeas. Parte del ganado iba a parar anualmente a la organización palatina para ser redistribuido, sobre todo en las fiestas —que por su carácter implicaban una redistribución más «rica» que el sistema de las raciones de cereales. Es difícil dar cifras totales del ganado lanar y bovino que había en el reino de Ebla, pero algunas de las que se han propuesto (400.000 bovinos, 2.500.000 cabras y ovejas) parecen a todas luces imposibles, al ser del orden de las que corresponden a toda la Siria moderna. No podemos pensar que Ebla disfrutara de pastos situados fuera de su territorio, porque los estados limítrofes se encontraban en una situación similar.

Pero el sector de la economía eblaíta que está mejor documentado y alcanzó un mayor desarrollo es el comercio. En parte, nos hallamos ante una acentuación especial de la documentación, ya que el archivo que se ha encontrado hasta el momento es ante todo comercial, y apenas conocemos textos sobre la administración agrícola

DOCUMENTO: EBLA, UN TEXTO DE CONTENIDO POLÍTICO Y MILITAR: CARTA DE ENNA-DAGAN, REY DE MARI, AL REY DE EBLA

«Así Enna-Dagan, rey de Mari, al rey de Ebla: (escucha):

»Anubu, rey de Mari, derrotó a las ciudades de Aburu e Ilgi, del territorio de Belan; en el país montañoso de Labanan dejó (*lit.* puso) montones de ruinas.

»Saumu, rey de Mari, derrotó a las ciudades de Tibalat e Ilwani; en el país montañoso de Angai dejó montones de ruinas. Saumu, rey de Mari, derrotó el territorio de las ciudades de Ra'ak y Nirum y Ashaldu y Badul; en la zona fronteriza de ... cerca de Nakhal dejó montones de ruinas.

»Luego Ishtup-Shar, rey de Mari, derrotó a las ciudades de Emar y Lalanium y el *ganum* de Ebla; en Emar y Lalanium dejó montones de ruinas.

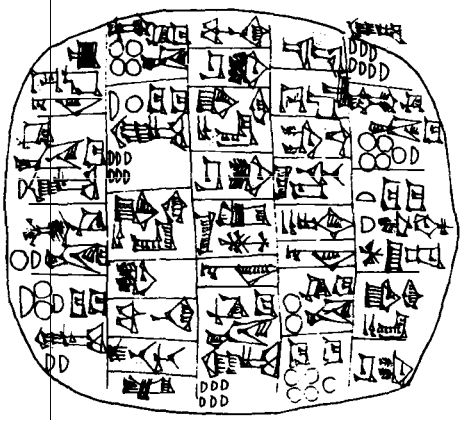
»Luego Iblul-il, rey de Mari, tomó las ciudades de Galalaneni, de ... y el *ganum* (de Ebla); luego Iblul-il, rey de Mari, derrotó a la ciudad de Abarsal en el territorio de Zakhiran y dejó 7 montones de ruinas. Después Iblul-il, rey de Mari, derrotó a las ciudades de Shadab y Addalini y Arisum del territorio de Burman (del país) de Sugurum y dejó montones de ruinas; e Iblul-il, rey de Mari, derrotó a las ciudades de Sharan y Dammium y dejó 2 montones de ruinas. Contra las ciudades de Nerat y Ash del territorio de Hasuwan, Iblul-il, rey de Mari marchó (*lit.* salió) y recibió en el interior de la ciudad de Emar el tributo de Ebla; y luego Iblul-il, rey de Mari, saqueó Emar y dejó montones de ruinas. Y también Iblul-il, rey de Mari, derrotó a Nakhal y Nubat y Shadab del territorio de Gakam y en el país de Ganane 7 montones de ruinas dejó.

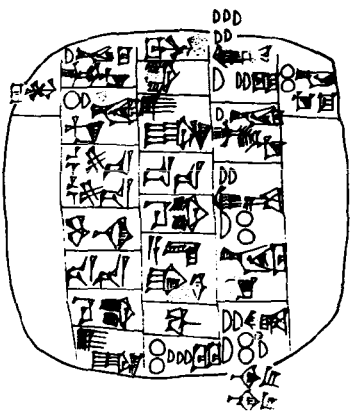
»Luego Enna-Dagan, rey de Mari, derrotó a Barama y Aburu y Tibalat del territorio de Belan y dejó montones de ruinas.

»Entregó ... al aceite de los países ... ... Iblul-il, rey de Mari, ...»

y ganadera. Pero parece que este papel preponderante del comercio es un hecho real, relacionado con el desarrollo particular del palacio y la extensión de la presencia eblaíta fuera de sus fronteras. Se puede hablar de una auténtica red comercial, con bases fijas en las ciudades que jalonan las rutas. En cada una de ellas había un *kārum* «puerto» (estación comercial), con un buen número de agregados eblaítas, y una organización financiera y judicial que daba apoyo a las actividades comerciales. Desde luego, la red comercial eblaíta no era la única de su tiempo, pero sólo de ella poseemos documentación directa. De todos modos, es fácil adivinar la presencia de redes comerciales similares controladas por Assur en el sector anatólico, por Susa en el iraní, y por Dilmun en el golfo Pérsico.

La conexión entre unas redes y otras era un problema importante, dada la tendencia de cada red a extenderse, en perjuicio de las redes limítrofes, y dada también la posible rivalidad entre varias ciudades por el control de la misma red. El primer caso está atestiguado por un tratado entre Ebla y la ciudad de Abarsal (se ha pro-





ANVERSO

I 2 *mi-at* 81 túg-túg
11 íb + III-TÙG-sa$_6$-GÙN
1 *mi-at* íb + III-TÚG-GÙN
lú *ib-rí-um*

II taka$_4$
áš-ti
wa–na
in
a-la-ga^{ki}
6 *mi-at* 70 túg-túg
40 íb + III-sa$_6$-GÙN-TÚG

III 6 *mi-at* íb + III-GÙN-TÚG
lú
šu mu-taka$_4$
si-in
a-la-ga^{ki}
si-in
wa-na

IV 50 túg-túg
20 íb + III-GÙN-TÚG
lú
a-šum
šu ba$_4$-ti
in u$_4$
ib-rí-um
du-du

V *si-in*
a-la-ga^{ki}
AN.ŠE. GÚ 1*li-m* 1 túg-túg
51 íb + III-TÚG-sa$_6$-GÙN
7 *mi-at*

REVERSO

I 20 íb + III-GÙN-TÚG
(sin escribir)

II 5 *mi-at* 62 túg-túg
1 íb + III-TÚG-sa$_6$-GÙN
20 *mi-at* 80 íb + III-TÚG-GÙN
2 *mi-at* 81 *na-se*$_{11}$*-na-se*$_{11}$

III túg-mu
in
SA.ZA$_X$^{KI}
du-du
si-n
a-a-ga^{ki}
wa
23 túg-túg

IV 1 íb + III-TÚG-sa$_6$-GÙN
11 íb + III-TÚB-GÙN
maškim maškim
wa-na
du-du
si-in
SA.ZA$_X$^{ki}

V túg-mu
(sin escribir)

ANVERSO «[I] 281 vestidos, 11 ceñidores de colores de calidad, 100 ceñidores de colores: (es) lo que Ibrium [II] ha recibido de Wana en la localidad de Alaga.
» 670 vestidos, 40 ceñidores de colores de calidad, [III] 600 ceñidores de colores: (es) lo que a cambio ha sido entregado para la localidad de Alaga y para Wana.

» [IV] 50 vestidos, 20 ceñidores de colores: (es) lo que Ashum ha recibido cuando Ibrium se ha desplazado [V] a Alaga.
» Total: 1.001 vestidos, 51 ceñidores de colores de calidad, REVERSO [I] 720 ceñidores de colores.
» [II] 562 vestidos, 1 ceñidor de colores de calidad, 280 ceñidores de colores para 281 personas: [III] asignación de tejidos (efectuada) en la tesorería (de Ebla) por los que se han desplazado a Alaga.
» [IV] Además, 23 vestidos, 1 ceñidor de colores de calidad, 11 ceñidores de colores han recibido asignación de tejidos los representantes de Wana que se han desplazado a la tesorería (de Ebla).»

FIGURA 41. Textos administrativos de Ebla: un balance de asignaciones de tejidos.

puesto que se trata de una grafía para Assur, pero es improbable), que incluye la lista de todos los *kārū* que están «en mano» del rey de Ebla, es decir, bajo su control y responsabilidad. No se olvida del modo en que los mercaderes de Abarsal pueden aprovechar las bases de la red comercial eblaíta, incluso se regula este aspecto. Y presumiblemente existía otra versión del tratado con la lista de los *kārū* «en mano» del rey de Abarsal y las cláusulas recíprocas para el acceso a los mismos de los mercaderes de Ebla. Gracias a acuerdos de este tipo, la actividad de los mercaderes podía extenderse a ambas redes, sin que las ciudades perdieran su control sobre dos zonas separadas, en cada una de las cuales la organización y las ventajas fiscales correspondían a una de las partes. La red de Abarsal será más tarde parte integrante de la eblaíta, cuyo último soberano anexionará directamente Abarsal a su territorio, ya sin un rey autónomo.

Se comerciaba sobre todo con tejidos y metales. La documentación se refiere a los productos de salida, y desconocemos los bienes que los mercaderes llevaban de vuelta a Ebla, pero los metales debían ser un producto de entrada y salida, porque el territorio de Ebla no poseía muchos recursos minerales. Los centros que organizaban el comercio lo hacían con una perspectiva de beneficio y reinversión, distinta de la mesopotámica, que era sobre todo una perspectiva de adquisición de los bienes que faltaban en la llanura. La diferencia tiene su explicación: Ebla y las otras ciudades que rodean Mesopotamia fueron sobre todo centros de exportación de productos manufacturados e importación de materias primas, pero también centros de tránsito entre Mesopotamia y la periferia. Podían contar con un control diversificado de los recursos, y no tenían cortado el acceso a las materias primas. De modo que el problema del aprovisionamiento no era muy agudo, y la implantación y el control de la red comercial se convertía en una operación económicamente ventajosa. En el caso de los metales, hay que tener en cuenta que algunos de ellos (oro y plata) servían para el cómputo de los valores y la inmovilización de la riqueza, y otros (cobre y estaño) abastecían la industria local del bronce.

El comercio era «estatal», en el sentido de que el palacio se hacía cargo de la organización de la red, y dirigía ordenadamente a través de ella los bienes aportados por varios operadores, tanto públicos como privados. Los reyes y gobernadores introdujeron en ella sus cuotas de mercancías, junto con los sectores privados (familias). Todas estas cantidades (no se trataba de tasas, que el rey absurdamente se habría pagado a sí mismo) se registraban en entrada, y luego se introducían en la red comercial. Los beneficios o bienes obtenidos se volvían a repartir entre las propias

DOCUMENTO: LA DINASTÍA DE EBLA, SECUENCIA Y SINCRONISMOS

1. *Lista de los reyes divinizados de Ebla*

En el texto ARET VII 150 hay una lista de ofrendas de ganado pequeño (*udu*) para diez reyes de Ebla, divinizados después de su muerte, y para una serie de divinidades. Dado que los dos primeros reyes citados (Irkab-Damu e Igrish-Khalam) están atestiguados en los documentos administrativos del palacio, la lista de los reyes divinizados se funde en el tiempo con la edad de los archivos, y se «lee» cronológicamente hacia atrás (Irkab-Damu es el último, Abur-Lim el más antiguo).

«10 cabezas de ovinos (una para cada uno)
para el dios de Irkab-Damu
para el dios de Igrish-Khalam
para el dios de Adub-Damu
para el dios de Kum-Damu
para el dios de Ishar-Malik
para el dios de Enar-Damu
para el dios de Ba-Damu
para el dios de Ibbi-Damu
para el dios de Agur-Lim
para el dios de Abur-Lim
los reyes (*en-en*).»

2. *Sincronismos entre Mari y Ebla*

La carta de Enna-Dagan rey de Mari (cf. doc. p. 179) proporciona una sucesión de nombres de soberanos de Mari, algunos de ellos contemporáneos de Arennum, Ibrium e Ibbi-Zikir. Estos tres personajes son figuras de primer orden en los archivos de Ebla. Los sincronismos documentados con los soberanos de Mari son estos:

EBLA		MARI
rey	*visir*	
		Iblul-il
Igrish-Khalam	Arennum	Nizi
		Enna-Dagan
Irkab-Damu	Ibrium	Iku-Ishar
Ishar-Damu	Ibbi-Zikir	Khida'ar

entidades operativas. En los documentos, las operaciones propiamente financieras estaban enmascaradas por una terminología vaga, arcaica y en parte ideologizada (por influencia del modelo de intercambio de regalos).

La red controlada por Ebla se extendía sobre todo hacia la Alta Mesopotamia, donde se podían vender mejor los productos manufacturados eblaítas (telas y vestidos, así como objetos de bronce) y conseguir materias primas (metales de Anatolia). Otra directriz era la de la costa siria y Palestina. Más allá se encuentra Egipto, cuya presencia en Ebla se concreta en unos valiosos objetos faraónicos (vasos de alabastro con el cartucho faraónico, conservados en el palacio). Es probable que el contacto con un interlocutor lejano pero prestigioso como Egipto se realizara mediante canales político-diplomáticos entre ambos reyes. Lo mismo sucedió, ocasionalmente, con otro reino poderoso y lejano, el de Khamazi (zona de los Zagros), con el que se entró en contacto según el modelo de intercambio de regalos entre las cortes reales. La red del comercio «diplomático» debió ser, pues, distinta y más extensa que la del comercio administrativo en la red de los *kārū*.

Por último, estaba el problema del transporte de los bienes hasta Mesopotamia. El recorrido tropezaba con dos barreras. La primera era Mari, que controlaba el tránsito en el curso medio del Éufrates. El papel de Mari y Ebla en el control de la red comercial fue diferente, pero en parte competitivo. Si imaginamos la red como un embudo, Ebla se encontraba en el centro de la parte ancha, y Mari en el centro del canuto. Ebla llevaba las riendas de la organización de la red, pero Mari estaba en una posición clave para la afluencia de bienes a Mesopotamia. A cada una de estas ciudades le interesaba hacerse cargo de la función de la otra, quedando como único centro controlador de todo el sistema —esto lo mismo dio lugar a acuerdos que a guerras, como ya hemos visto.

Cuando el tráfico llegaba a Mesopotamia, tropezaba con otra barrera «monopolista», la de la potencia mesopotámica más septentrional. Durante todo el periodo presargónico, esta potencia fue el reino de Kish. A partir de Sargón fue Akkad, pero se trataba, en cierto modo, de un cambio interno, pues el rey de Akkad seguía llamándose «rey de Kish», y esta gran ciudad tradicional seguía desempeñando su función comercial, junto con la nueva capital política de Akkad. Sin embargo, la política cambió: los reyes de Kish habían aceptado su posición como piezas de un mosaico que funcionaba de forma coordinada (Ebla - Assur - Mari - Kish - Uruk - Susa - Dilmun), pero los reyes de Akkad aplicaron la política de la apropiación, primero de los eslabones intermedios (Uruk por un lado, Mari por el otro) y luego de los centros organizadores de las principales redes exteriores (Elam por un lado, Ebla por el otro).

Desde el punto de vista eblaíta, a la fase de beligerancia con Mari le sucedió la rápida beligerancia con Akkad. El enfrentamiento entre Ebla y Mari fue prolongado, con fases pacíficas y fases críticas. A la fase de predominio de Mari sigue una fase de sustancial paridad. La crisis de Mari tal vez estuviera causada por las primeras intervenciones de los acadios (con Sargón). Puede que la subordinación de Mari a Sargón diera pie a los últimos reyes de Ebla para aplicar una política más enérgica. Después se produjo la segunda oleada expansionista de Akkad, con Naram-Sin, que no sólo atacó directamente gran parte de la red comercial altomesopotámica, sino que declaró haber destruido la propia Ebla. En las manifestaciones de Naram-Sin, Ebla está asociada a otra ciudad, Armanum, cuyo rey parece ser el principal antago-

nista (y víctima) de Naram-Sin. La apreciación que realiza Naram-Sin del binomio Ebla-Armanum (admitiendo que también la segunda ciudad estuviera en Siria) es diferente: Ebla es el centro tradicionalmente más prestigioso, Armanum la sede del poder político. Por eso podemos pensar que Naram-Sin encontró una Ebla ya sometida a Armanum, con un cambio de capital política similar al de Kish por Akkad. Sin embargo, en líneas generales, el colapso tanto del Mari presargónico como de la Ebla del palacio G coincidió con la expansión de Sargón y Naram-Sin, quienes conquistaron sus territorios y trataron de hacerse con el control de la red comercial. Pero la brutal intervención del rey de Akkad, que destruyó los templos y palacios de las dos ciudades sirias, lo que hizo fue desestabilizar el área, disminuir las posibilidades comerciales y facilitar las presiones de los nómadas.

Con Naram-Sin empezó en Mari la línea de los *šakkanakku*, subordinados políticamente primero a los reyes acadios y después a los neosumerios de Ur. En el aspecto arqueológico, se advierte claramente una reducción de las proporciones en la arquitectura monumental, con respecto al periodo anterior. Algo parecido sucede en Ebla: la fase final del Bronce Antiguo (IV), entre la destrucción del palacio y la llegada de los amorritas, es poco conocida, pero se caracteriza por la modestia de las realizaciones arquitectónicas y organizativas, comparadas con el esplendor y poderío de la Ebla del palacio real y la red comercial.

4. La cultura protosiria

El carácter más abierto de la sociedad eblaíta, no tan centrada como la mesopotámica contemporánea en las grandes instituciones del palacio y el templo, y más apegada a la estructura gentilicia, se expresa también en las formas exteriores, arquitectónicas, a juzgar por el único documento arqueológicamente conocido, el palacio real. El palacio mesopotámico, en su tipología conocida de Eridu, Kish y Mari, es un cuerpo de fábrica cerrado hacia fuera, con accesos angostos y vigilados, mientas que está abierto hacia dentro, con patios a los que dan las salas. En cambio, el palacio de Ebla gira en torno a un gran escenario, el patio de audiencias, abierto por un lado a la ciudad y comunicado por el otro con el interior del palacio, tanto de forma ceremonial (escalera reservada a la salida del rey hacia el trono exterior) como funcional (archivos comerciales junto al pasaje entre el patio y la sección administrativa).

Por lo tanto, si bien el palacio se parece a los modelos mesopotámicos por la complejidad de sus funciones y la articulación espacial, resulta muy innovador en sus técnicas de construcción y en la ideología que revela, con un poder más accesible a la sociedad. Aún no se tiene constancia arqueológica de los templos, pero de la comparación entre los datos de los textos sobre las ceremonias religiosas y los datos arquitectónicos posteriores del área siria, se desprende que debían ser numerosos (como las divinidades a las que iba dirigido el culto oficial) pero relativamente pequeños, desprovistos de ese contexto económico y administrativo (almacenes, talleres) que en Mesopotamia los aislaba del tejido urbano para destacar (también en el tamaño y la elevación) su función de centros políticos y económicos. El templo sirio es, sencillamente, la residencia del dios, y el punto de referencia de unas ceremonias cele-

LIBER

bradas al aire libre. El sacrificio y la fiesta no son episodios de un culto cerrado, realizado por sacerdotes, sino episodios del gran proceso redistributivo que implican a toda la población. Los dioses son locales, semíticos occidentales. Dagan prevalece sobre los demás (como en Mari y las otras ciudades del Éufrates medio), y también son importantes Ishtar, Adda, Reshef, Ba'al y Kamosh, y en menor medida otros dioses semitas y hurritas (Khepa, Ashdabil). La lectura y la caracterización de las dos principales divinidades eblaítas, Kura (el dios de la familia real) y Nidakul, siguen siendo inciertas. El intento de equiparar estas divinidades locales con las mesopotámicas no ha dado buen resultado, ya que la composición del panteón, la concepción de la religiosidad y el culto, la mitología y la organización sacerdotal son demasiado distintas.

La cultura palatina se caracteriza por su gran riqueza y exquisito refinamiento, que nada tienen que envidiar a los de las ciudades sumerias más importantes de la época. El palacio, a pesar de haber sido saqueado en el momento de su destrucción, ha dejado elementos suficientes de su mobiliario como para que nos hagamos una idea de ello. Hay esculturas de pequeño tamaño, hechas con distintos materiales preciosos combinados entre sí: revestimientos de pan de oro, adornos de piedra negra, ojos de lapislázuli, etc. Falta la escultura de grandes dimensiones (los gestores del poder renuncian a su autoensalzamiento clamoroso), y también falta una relación con la divinidad basada en la inmovilización de la riqueza en el templo. En las artes aplicadas, las incrustaciones de concha o piedra repiten los modelos mesopotámicos, pero las tallas de madera son claramente sirias y se adelantan a la posterior talla del marfil. La glíptica tiene en común algunos esquemas generales con el Protodinástico II-III de Mesopotamia, pero sus contenidos mitológicos e iconográficos son locales. En suma, hay una gran actividad intelectual y artesanal que da lugar a una cultura siria inconfundible, poniendo a su servicio los materiales preciosos que llegan desde distancias enormes (baste pensar en el lapislázuli afgano, del que se han encontrado grandes cantidades, tanto en pequeños bloques como labrado), y los modelos mesopotámicos aprovechables. Hasta la cerámica, que obviamente es de tradición local, posee los dos caracteres típicos de las fábricas palatinas: el buen gusto y la normalización.

Un elemento central de la cultura palatina eblaíta es la utilización de la escritura cuneiforme como instrumento avanzado de administración y comunicación. Paleográficamente, los caracteres de Ebla remiten a los mesopotámicos del Protodinástico IIIa (Fara, Abu Salabikh), al igual que los textos de la Mari presargónica. Esto indica que la escritura era utilizada ya en la época del palacio real anterior (localizado en un sondeo) y permaneció estable, aunque con innovaciones similares a las de la Mesopotamia protoimperial y sargónica contemporánea. La influencia mesopotámica todavía es muy clara, con escribas que van a instruirse a Mari y maestros procedentes de Kish. En suma, Ebla forma parte del horizonte escriturario de la Mesopotamia central, la «tradición de Kish» (como la ha llamado I. J. Gelb), con la que comparte el empleo de la escritura originalmente sumeria, expresando con ella la lengua local (con muchos logogramas «sumerios» que, en realidad, son de lectura abierta).

La necesidad de enseñar a los escribas, y adaptar la escritura y los instrumentos de aprendizaje al nuevo ambiente lingüístico local, dieron lugar a los textos «escolásticos». En ellos encontramos desde listas de signos y palabras monolingües (listas

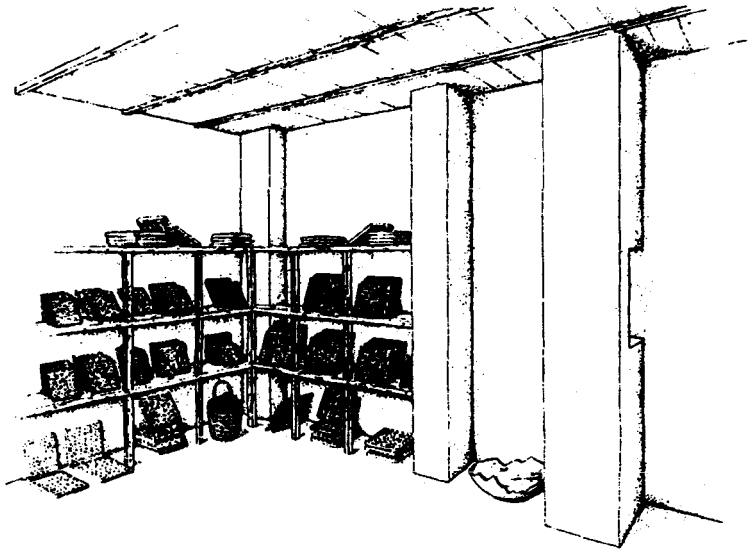


FIGURA 42. Ebla, palacio real G: reconstrucción de una sala de archivo.

de aves, peces, funciones, etc., y también una lista de topónimos), con listas estrictamente paralelas en Fara y Abu Salabikh, hasta listas bilingües, una innovación de Ebla, en las que se enfrentan el ideograma, la lectura sumeria y la lectura eblaíta. En toda el área de Siria y Mesopotamia los instrumentos de los escribas están estandarizados y la transmisión a través del tiempo es muy fiel, de modo que las listas de léxico eblaítas se insieren perfectamente en la tradición que se remonta al Uruk Tardío. Pero surgen nuevas necesidades. Las más evidentes son las lingüísticas, a las que se suman las del sistema de numeración y de los distintos sistemas de pesos y medidas. A menudo se emplea el ideograma sumerio para indicar realidades métricas locales, a veces muy distintas, de modo que resulta muy imprudente la actual «traducción» de los cómputos eblaítas a medidas mesopotámicas. Hay que recuperar las medidas locales, separando claramente el significante del significado.

Además de los textos estrictamente «escolásticos», hay otros de tipo escribal: exorcismos (de claro origen mesopotámico), y textos literarios (también de influencia mesopotámica, pero filtrados por la cultura siria y adaptados a las concepciones cosmológicas y mitológicas locales). Pero la escritura es, sobre todo, un instrumento de administración, y los escribas, ante todo, tienen que dominar unos procedimientos de registro eficaces y claros. El archivo de Ebla representa una etapa importante. En él se advierte un afán de orden, empezando por el orden en el manejo de las tablillas, que se colocan en estanterías y se transportan en cestas y bateas, y sobre todo en el esfuerzo por definir tipos textuales claros y homogéneos, destacando en ellos los mecanismos aritméticos de las cuentas, sobre todo en los resúmenes anuales y plurianuales. Pero hay que reconocer que todavía no está todo claro, no todo es racional. Un sistema de textos (administrativos) claro y sin ambigüedades es el fruto de numerosas experiencias y mejoras. Ebla se halla en el buen camino, pero aún no

DOCUMENTO: VOCABULARIOS BILINGÜES (SUMERIO-EBLAÍTA) DE EBLA: EJEMPLOS DE ALGUNOS LEMAS EN ORDEN ALFABÉTICO

texto		*interpretación*	
sumerio	eblaíta	reconstrucción	significado
á-zi	a-me-núm	yaminum	'derecha'
	a-me-tum	yammittum	»
	ì-me-tum	yimmittum	»
baḫar	wa-zi-lu-um	wāṣirum	'alfarero'
bar-ús	ù-tum	'udum	'bastón'
DI	a-a-ga-túm	halāktum	'viaje'
	'a$_x$-ga-du-um	»	»
	a-la-ag-tum	»	»
eme-bal	a-ba-lu-um	'appālum'	'intérprete'
	a-bí-lu-um	'āpilum	»
gaba-ru	ma-ḫa-lu-um	maḫārum	'recibir'
	ma-ḫa-lum	»	»
maḫ-muš	ba-ša-mu-um	baṭmum	'serpiente'
nam-ra-ag	ša-la-tum	ṭallatum	'botín'
ninda-ad$_6$	'à-mi-zu-um	ḥamiṣum	'pan leudado'
	'à-mi-zu	»	»
	'à-me-zu	»	»
nin-ni	a-ḫa-tum	'aḫatum	'hermana'
nin-péš	ba-ra-tum	pa'ratum	'ratón'
nì-du$_{10}$	du-bù-a-tum	'ṭūbuwatum	'bondad'
	du-bù-a(?)-túm	»	»
še-àr-àr	da-'à-nu-um	ṭaḥānum	'moler'
	da-'à-núm	»	»
šeš-mu	a-ḫu-um	'aḫum	'hermano'
šu-ku$_5$	ba-da-gi i-tim	badāqu yidim	'cortar; de la mano'
	bí-da-gi i-tim	»	»
ti$_8$-mušen	a-bar-tum	'abartum	'águila'
uru-bar	ì-rí-a-tum	'īriyatum	'fuera de la ciudad'

ha llegado a la claridad ejemplar de la administración neosumeria. En lo referente a dataciones, a la exactitud de los totales, a la aclaración de las operaciones registradas, a la propia finalidad de las cuentas y a la univocidad de los términos técnicos, muchas veces sólo la comparación entre varios textos nos permite entender lo que debería estar claro leyendo uno solo.

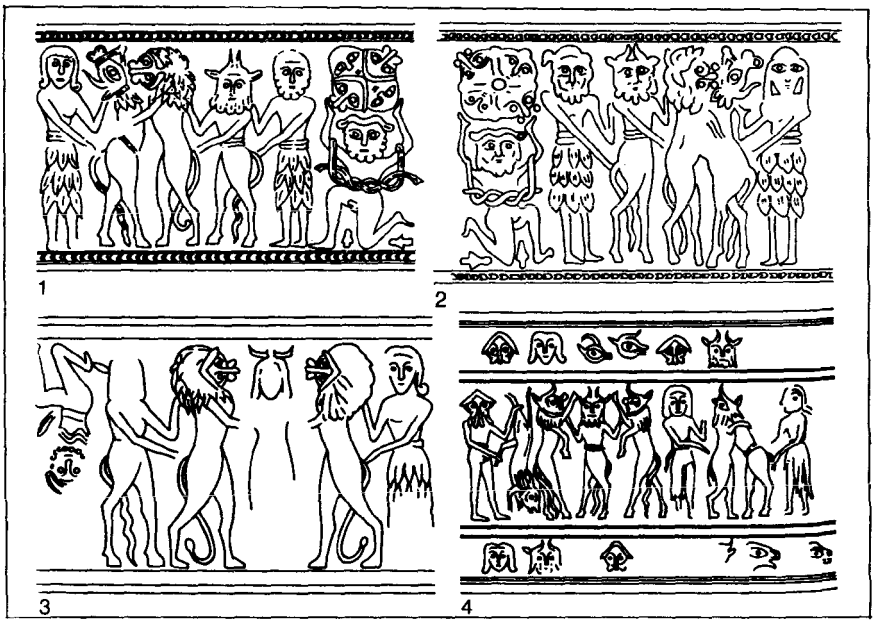


FIGURA 43. Ebla, glíptica de la época del palacio real G.

5. LA SEGUNDA URBANIZACIÓN EN LÍBANO Y PALESTINA

La «primera urbanización» apenas había afectado a Palestina (llegando a Egipto tal vez por otra vía), donde al final del Calcolítico se habían dado casos efímeros como el de Yawa, basados en estrategias distintas de la mesopotámica. Pero en el transcurso del III milenio, con un ritmo creciente desde el Bronce Antiguo I y II que culmina en el III (contemporáneo, en líneas generales, del periodo de Ebla), el modelo urbano se extiende también al litoral sirolibanés y a toda Palestina. La propagación avanza de norte a sur, de la costa y los valles de regadío a las mesetas y cerros, de las zonas más favorecidas por el clima a las áridas, que también se ven implicadas. En el caso de Palestina, la fase del Bronce Antiguo III es también una de las de mayor asentamiento, tanto en dispersión territorial como en población total. La dirección del proceso de urbanización ha llevado a pensar que fue obra de inmigrantes procedentes del norte, pero conviene matizar esta idea. Sin duda existen elementos de la cultura material cuya procedencia es septentrional, y entre ellos destaca el tipo cerámico llamado de Khirbet Kerak, de lejano origen anatólico oriental. Pero se trata de elementos particulares que se insertan en un proceso de crecimiento demográfico, tecnológico y organizativo gradual, que tal vez haya importado los modelos norteños, pero tiene que contar con la población y los recursos locales.

Como en Siria, se establece una red jerarquizada de asentamientos, con ciudades centrales y aldeas en las que se sigue produciendo la comida. Como en Siria, y en mayor medida, la tribu pastoral mantiene su pujanza socioeconómica y sociopolíti-

ca alrededor de este sistema de asentamientos. Como en Siria, y en mayor medida, los rendimientos agrícolas son modestos, las dificultades climáticas considerables, la producción agropecuaria diversificada. Destacan algunos recursos de materias primas, como los cedros del Líbano, los depósitos minerales (cobre) de 'Araba, o las piedras duras (turquesa, cornalina) del Sinaí. En la costa ya son importantes algunas ciudades que acabarán convirtiéndose en las más grandes de la zona: probablemente Ugarit (donde, sin embargo, el Bronce Antiguo sólo se conoce por sondeos profundos), y desde luego Biblos, que con sus templos, objetos metálicos, estatuas votivas e importaciones de objetos egipcios, tiene todas las características de una ciudad floreciente y dotada de numerosas conexiones interregionales. Los principales centros urbanos de Palestina, como Bet Yerah (Khirbet Kerak) a orillas del lago Tiberíades, o Megiddo, se hallan en los valles de regadío; en oasis privilegiados, como Jericó; o en acogedores nichos de las colinas como 'Ai o Tell Far'ah. Con la fase III, sobre todo, también surgen ciudades en el extremo sur, como Tell 'Areyni y Tell 'Arad, en pleno Néguev.

Se trata de ciudades amuralladas, signo evidente de la constante pugna entre los distintos centros políticos por hacerse con el control del territorio agrícola, los recursos y las rutas comerciales. Las ciudades son algo más pequeñas que las del norte de Siria y Alta Mesopotamia, reflejo de unos recursos alimentarios más escasos. Desde luego, existen edificios públicos, como un palacio en Megiddo o un silo-almacén en Khirbet Kerak. También hay templos, como el llamado templo de Reshef de Biblos, que posee una estructura bastante compleja, pero por lo general los templos palestinos son pequeños, de una sala, y en ellos se realizan las actividades de culto esenciales, sin más implicaciones políticas o económicas.

No sabemos cuál de las ciudades tenía un papel hegemónico en las distintas zonas y periodos. Los textos de Ebla, por un lado, y los documentos egipcios del Imperio Antiguo, por otro, nos informan, en cierta medida, de contactos más amplios. En lo que respecta a las conexiones comerciales con el norte de Siria y Mesopotamia, se tiene la clara impresión de que la zona situada al sur de la línea Biblos-Hama estaba al margen de la red comercial que aparece en el archivo de Ebla. Los contactos políticos y comerciales con Egipto, hacia el que empieza a gravitar Palestina, parecen más estrechos. Naturalmente, las dos redes comerciales (que llamaremos sumariamente de Ebla y de Egipto) estaban conectadas: los vasos con cartucho de los faraones de la IV y VI dinastía egipcia, hallazgo arqueológico típico de Biblos, también se han encontrado en Ebla. Se ha pensado que Biblos pudo desempeñar el papel de intermediario. Como se trata de regalos reales, personales, no se excluye que sus destinatarios fueran interlocutores prestigiosos, de lugares alejados. Pero también es posible que ciertos regalos preciados (y dotados de un «nombre») se pusieran en circulación, acabando en manos de terceros cada vez más lejanos. En dirección contraria, el lapislázuli que encontramos en Egipto durante el Imperio Antiguo debió llegar a través de Ebla, Biblos o Palestina (y no costeando la península de Arabia). El oro que abunda en Ebla podría ser de procedencia egipcia (Alto Egipto y Nubia, por no hablar de África oriental). Se trata de bienes muy preciados, intercambiados por los reyes.

Pero el interés egipcio por Palestina y la costa libanesa se debe a unos bienes más básicos: la madera del Líbano y las esencias resinosas de las coníferas, el cobre de 'Araba, la turquesa y la cornalina del Sinaí, y por último el aceite de oliva y el vino,

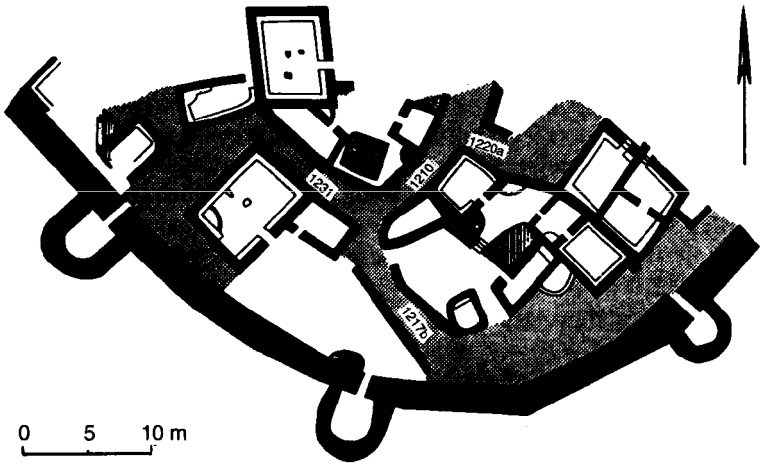


FIGURA 44. El Bronce Antiguo palestino. Tell 'Arad, área K con las murallas.

cuyas características tinajas palestinas han sido halladas en las necrópolis del antiguo reino. Es probable que los egipcios se hicieran con los productos que buscaban en Líbano, Palestina y Sinaí por procedimientos no exactamente comerciales. En primer lugar, estableciendo con las clases dirigentes locales un intercambio desigual, que compensara el acceso a los recursos locales con objetos de prestigio (material o mágico: escarabeos) reservados a los jefes. En segundo lugar, si hacía falta, imponiendo su voluntad por la fuerza.

A menudo la intervención militar egipcia en el Sinaí y Palestina se presenta bajo el aspecto de represión del «bandidaje» de las tribus nómadas, designadas con nombres específicos (Shasu, 'Amu) o genéricos («los salvajes», «los de la arena»), que aparecen como elementos perturbadores de las actividades y relaciones entre estados organizados, a causa de su movilidad, agresividad y diversidad. Pero algunas veces las incursiones egipcias van dirigidas a zonas agrícolas y urbanizadas. Por ejemplo, la expedición reseñada en la autobiografía de la tumba de Uni va dirigida contra la costa, y en un relieve de Deshasha se ve el asedio de una ciudad amurallada palestina. Son casos poco frecuentes, y el interés egipcio no es (todavía) territorial, sino comercial. Tanto en Palestina como en Nubia o en el Uadi Hammamat, las expediciones se realizan para proteger las actividades de los «jefes de caravana», y su propósito es acceder a los recursos, más que controlar directamente la periferia. La alternancia de intervenciones armadas y envío de regalos lujosos establece un control suficiente sobre las clases dirigentes locales, que también están interesadas en mantener los contactos.

La intervención egipcia en Palestina no es tan importante como la de los acadios en el norte, y no tiene efectos desestabilizadores. La desestabilización de la sociedad palestina del Bronce Antiguo se producirá más bien por motivos internos, como desenlace, quizá inevitable, de un intento de explotación excesiva, con una carga demográfica excesiva, de los recursos naturales y tecnológicos de la época. El cuerno exterior del Creciente Fértil era el que estaba más expuesto a crisis de ajuste y rees-

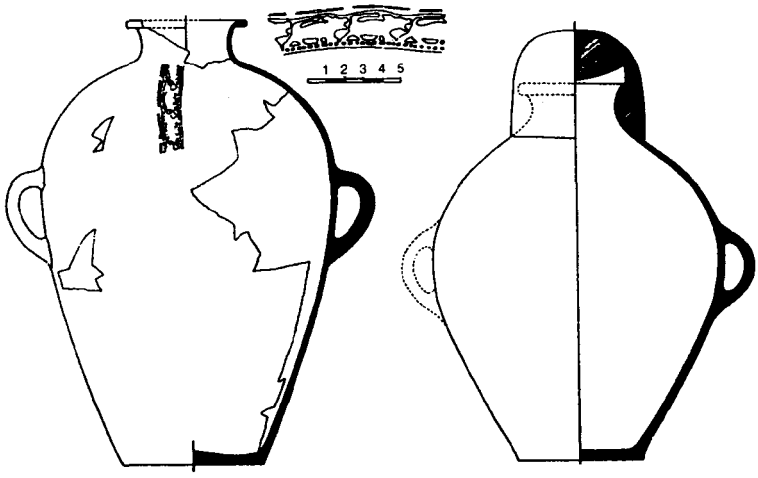


FIGURA 45. El Bronce Antiguo palestino. Jarros palestinos exportados a Egipto (necrópolis de Giza).

tructuración. Pronto veremos que el elemento nómada será el que provoque el fin del sistema urbano palestino en el Periodo Intermedio entre el Bronce Antiguo y Medio, y al mismo tiempo su beneficiario. La frontera del área urbanizada avanzó en unos siglos como nunca antes lo había hecho (ni volverá a hacerlo en muchos siglos), demasiado como para poder mantenerse. Acabará retrocediendo durante un breve paréntesis, para ajustarse a la nueva situación.

8. EL IMPERIO DE AKKAD

1. El imperio universal y su realización

Sargón, rey de Akkad, es un «hombre nuevo» en el escenario político mesopotámico. Pronto la tradición fabulará sus orígenes oscuros e irregulares, su carrera como copero del rey de Kish Ur-Zababa, y por último su toma del poder como rey de la nueva capital, Akkad. En sus inscripciones auténticas, el silencio total acerca de sus antecesores contrasta con el énfasis que se pone en su valía personal. La ascensión del hombre nuevo, por lo general de origen nórdico, despeja el camino a nuevas tendencias en la concepción de la realeza (en vez de sagrada y administrativa, heroica y guerrera), en los horizontes de acción política (que esta vez sí se extiende «del mar inferior al mar superior»), y en la consolidación del elemento semita, junto al sumerio (y en cierto modo contra él). Pero las novedades no lo son tanto. La propia ideología del imperio universal hace que culminen unas tendencias que ya eran propias del periodo protoimperial, y la red de relaciones comerciales recorre de nuevo las rutas del comercio protohistórico y protodinástico.

Sólo una pequeña parte de las inscripciones reales de Sargón y sus sucesores ha llegado hasta nosotros en su versión original. Conocemos el resto a través de copias paleobabilonias (de Nippur y Ur) obtenidas como ejercicio paleográfico e historiográfico de los monumentos votivos que medio milenio después de la dinastía de Akkad todavía estaban expuestos en el Ekur, el gran santuario de Enlil, en Nippur. A través de estas inscripciones se puede seguir la formación del imperio en términos reales, que sirven de referencia para otros textos posteriores de carácter legendario, poco fiables o claramente exagerados.

Los primeros monumentos son dedicados en una época en que Sargón ya es rey de Kish. Así pues, carecemos de noticias directas sobre su toma del poder en el norte tras apoderarse de Kish, que considera su capital (lleva el título de «rey de Kish», no el de «rey de Akkad»). La primera fase de expansión es la gran expedición al sur, hasta el golfo Pérsico, con la que vence a Lugalzaggesi, rey de Uruk, y a los otros *ensi* de las ciudades sumerias (Ur, E-ninmar y Umma). Sargón alardea de haber ganado 34 batallas y sometido a 50 *ensi*, para después «lavar» en el mar inferior sus armas chorreantes de sangre antes de envainarlas. Al final de esta primera fase ya proclama su soberanía teórica desde el mar inferior hasta el mar superior, pero reconoce que en realidad los acadios sólo detentan el poder (la función de *ensi*) en dirección al mar inferior. Elam y Mari, cada uno por su lado, siguen siendo independientes, enfrentados al reino de Sargón. Distinta es la suerte de Kish y Nippur, que reciben un trato de favor. El primero es restaurado y se convierte en el centro del imperio, y

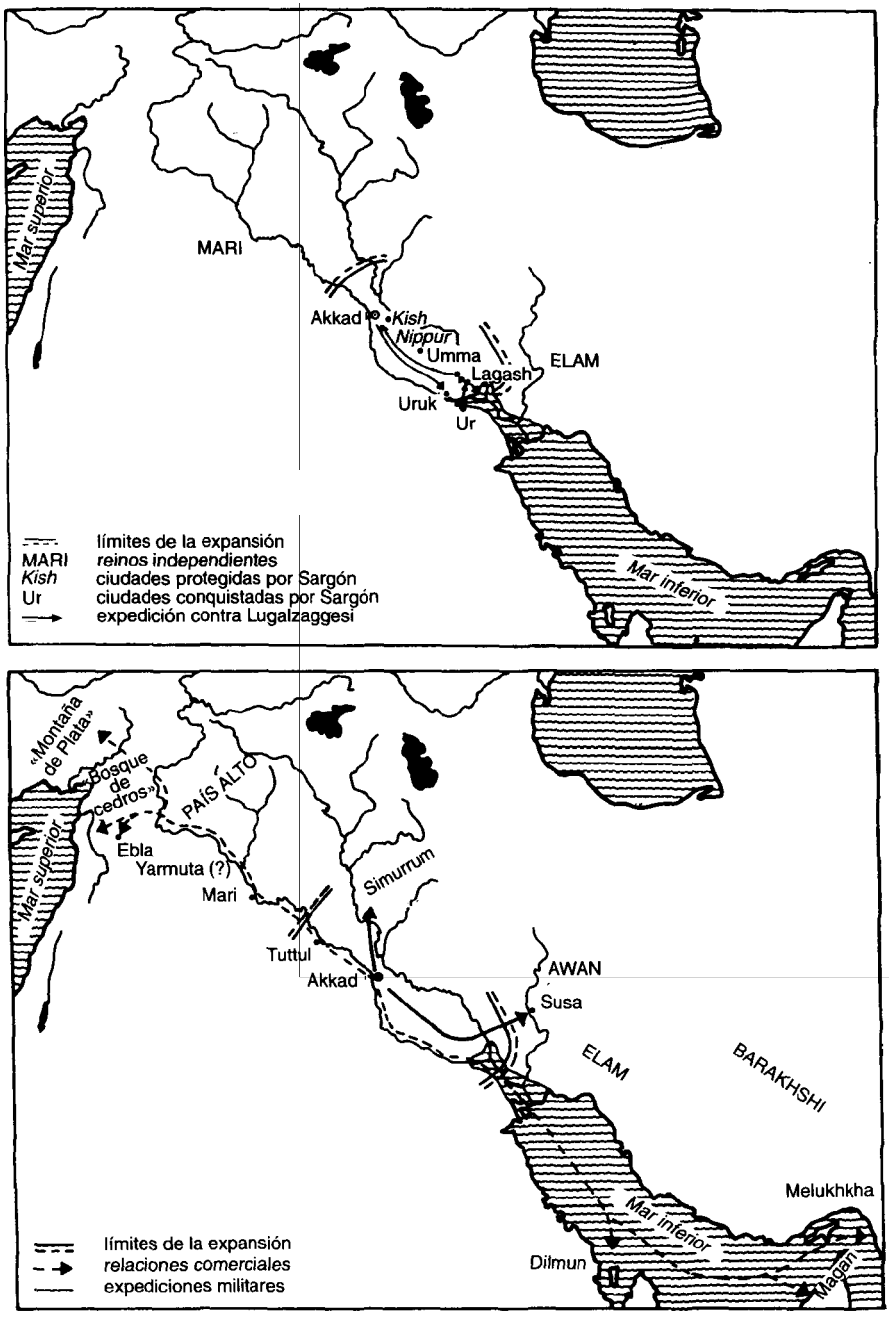


FIGURA 46. Extensión del imperio de Akkad durante el reinado de Sargón, primera fase (*arriba*), segunda/tercera fase (*abajo*).

LIBER

CUADRO 12. Cronología mesopotámica, *c.* 2350-2000.

	Mari		Guti	Akkad		Uruk	Ur	Lagash	Elam
2350				DINASTÍA DE AKKAD		III DINASTÍA DE URUK			DINASTÍA DE AWAN
						Lugalzaggesi a 2350-2325			Peli
									»
				Sargón ab	2335-2279				Lukh-ishan b
									Khishep-ratep II b
2300									
				Rimush cde	2278-2270				Zimba e
	DINASTÍA DE LOS			Manishtusu f	2269-2255		Kakug c	Kibaid d	Epir-mupi e
	SAKKANAKKU								Eshpum f
				*Naram-Sin	2254-2218				Khita
	Ididish	2266-2206		*Shar-kali-sharri	2217-2193	IV DINASTÍA DE URUK			Kutir-In-Shushinak
	Shu-Dagan	2205-2200	Sarlagab						
2200			»	(anarquía 2192-2190)		Ur-nigin		Lugal-ushumgal	
	Ishmakh-Dagan	2199-2154	»	Dudu	2189-2169	Ur-gigir		»	
			21 reyes, 91 años			Kudda		»	
			c. 2210-2120	Shu-Turul	2168-2154	Puzur-Ili		»	
	Nur-Mer	2153-2148	»			Ur-Utu		Ur-Baba	
	Ishtup-El	2147-2136	»					Gudea	
	Ishkum-Addu	2135-2127	»					Ur-Ningirsu	
			»			V DINASTÍA DE URUK		Ugme	
	Apil-kin	2126-2091	Tirigan g			Utu-khegal gh 2120-2112	III DINASTÍA DE UR	Urgar	
							Ur-Nammu hi 2112-2095	Nammakhni	
2100	Iddin-El	2090-2085							
	Ili-Ishtar	2084-2072					*Shulgi	2094-2047	
	Turam-Dagan	2071-2051							DINASTÍA DE SIMASH
									Girnamme I
	Puzur-Ishtar	2050-2025					*Amar-Sin I	2046-2038	Tazitta I, Ebarti II
							*Shu-Sin I	2037-2029	Lu...rak-lukhan
									(Khutran-temti ?)
	Khitlal-Erra	2024-2017							
	Khannu-Dagan	2016-2008					*Ibbi-Sin m	2028-2004	Kindattu m
2000									

* = rey divinizado; a--a = sincronismo atestiguado.

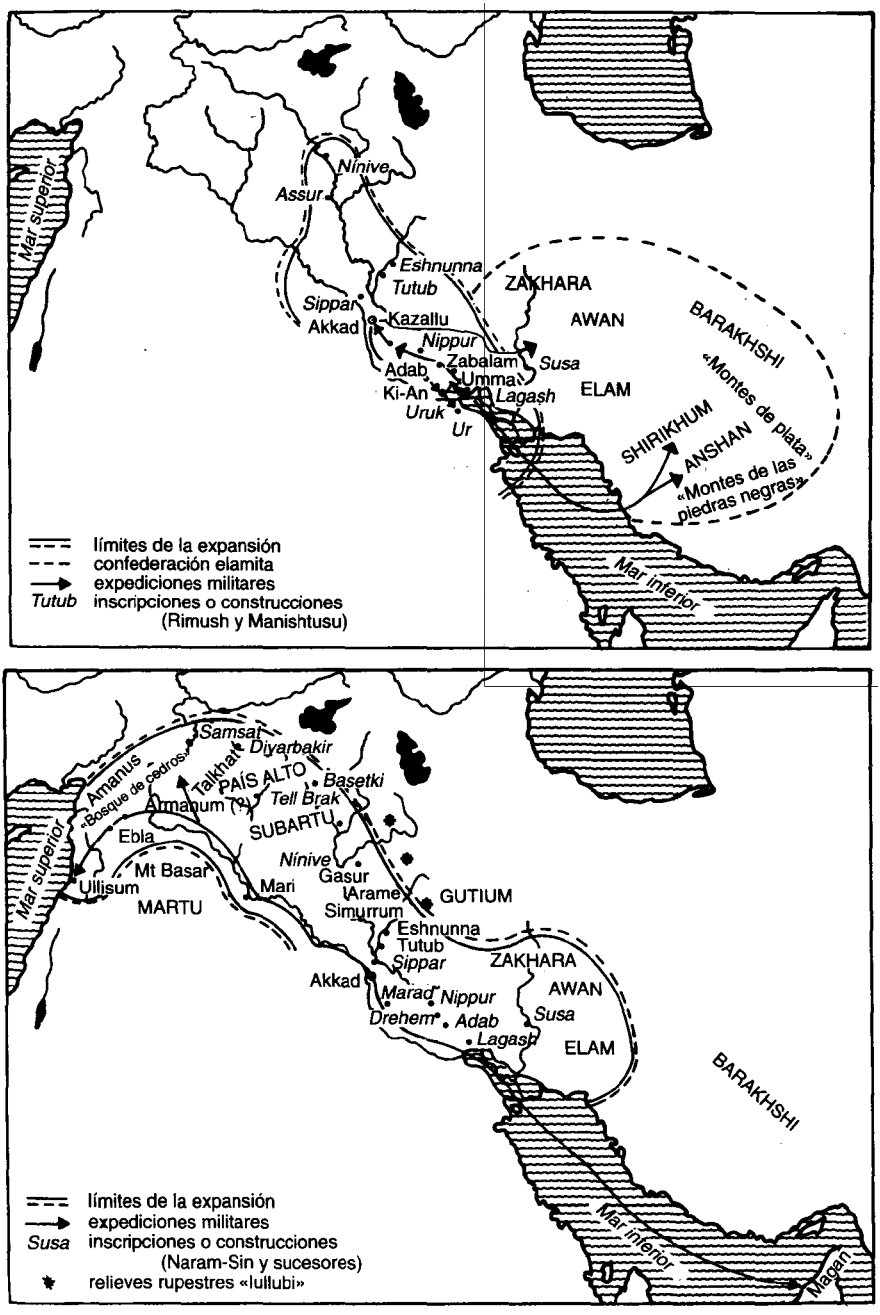


FIGURA 47. Extensión del imperio de Akkad durante los reinados de Rimush y Manishtusu (*arriba*) y durante el reinado de Naram-Sin (*abajo*).

DOCUMENTO: INSCRIPCIONES CELEBRATIVAS DE LOS REYES DE AKKAD

1. *Inscripción de Sargón (copia paleobabilónica, de Nippur)*

«Sargón, rey de Akkad - comisario de Inanna
rey de Kish - ungido (sacerdote) de Anu
rey del país - gobernador de Enlil:
la ciudad de Uruk tomó y sus murallas destruyó, en la batalla de Uruk venció, a Lugalzaggesi rey de Uruk capturó en batalla y llevó en cepos a la puerta de Enlil.

»Sargón rey de Akkad:
en la batalla de Ur venció, la ciudad tomó y sus murallas destruyó. Eninmar tomó y sus murallas destruyó, su territorio desde Lagash hasta el mar tomó, en el mar lavó sus armas. Umma en batalla venció, la ciudad tomó y sus murallas destruyó.

»Sargón rey del país:
Enlil no le dio rival; le dio el mar superior y el mar inferior; desde el mar inferior los hijos de Akkad detentaron la posición de gobernadores; Mari y Elam estuvieron frente a Sargón rey del país.

»Sargón rey del país:
Kish en su puesto restableció, les hizo (a los habitantes) habitar la ciudad.

»[Maldición:] Aquel que dañe esta inscripción: que Shamash su raíz arranque, su semilla desperdigue.

»[Rúbrica:] Inscripción en el basamento.

»[Leyendas:] Sargón rey del país. Lugalzaggesi rey de Uruk. Mee gobernador de Umma.»

2. *Inscripción de Rimush (copia paleobabilónica, de Nippur)*

«Rimush rey de Kish:
en la batalla con Abalgamash rey de Barakhshi venció; Zakhara y Elam dentro de Barakhshi se refugiaron para la batalla pero él les venció. 16.212 hombres abatió, 4.216 prisioneros capturó, a Sidogau, gobernador de Barakhshi capturó, a Sargapi gobernador de Zakhara capturó. Entre Awan y Susa, en el río intermedio, erigió un túmulo en el lugar de sus ciudades, las ciudades de Elam tomó, sus murallas destruyó, la raíz de Barakhshi arrancó del pueblo de Elam.

»Rimush rey de Kish:
se apoderó de Elam por deseo de Enlil, en el tercer año desde que Enlil le dio la realeza. Total: 9.624 hombres, incluyendo los caídos, incluyendo los prisioneros. Por Shamash y por Abi lo juro: ¡no son falsedades, es la verdad!

»[Dedicatoria:] Al tiempo de esa batalla su estatua hizo, a Enlil su salvador dedicó.

»[Maldiciones:] Aquel que dañe esta inscripción: que Enlil y Shamash su raíz arranquen, su semilla desperdiguen.

»[Rúbrica:] En el pedestal, a la izquierda, está escrito.
»[Maldiciones:] Aquel que dañe el nombre de Rimush rey de Kish, ponga su propio nombre en la estatua de Rimush y diga 'es mi estatua': que Enlil señor de esta estatua y Shamash su raíz arranquen, su semilla desperdiguen, (heredero) varón no le den, frente a su dios no esté.
»[Dedicatoria:] 30 minas de oro, 3.600 minas de cobre, 6 esclavos y (6) esclavas, cuando venció Elam y Barakhshi, a Enlil dedicó.
»[Rúbrica:] Inscripción en una estatua de plata.»

3. *Inscripción de Naram-Sin (copia paleobabilónica, de Nippur)*

«Desde siempre, desde la fundación de la humanidad, ninguno de los reyes había destruido Armanum y Ebla. Nergal abrió el camino de Naram-Sin el fuerte: Armanum y Ebla le dio, la Amanus montaña de cedro y el mar superior le donó.
»Con el arma de Dagan, acrecentador de su realeza, Naram-Sin el fuerte tomó Armanum y Ebla, desde la orilla del Éufrates hasta el Ullisum, los hombres que Dagan con su mano le regaló, él los sometió: la cesta de Abi su dios llevaron; el Amanus montaña de cedros conquistó.
»Cuando Dagan el juicio de Naram-Sin el fuerte juzgó, a Rish-Adad rey de Armanum en su mano dio, y él le ató al marco de su puerta:
»(entonces) una estatua de diorita hizo, a Enlil la dedicó así: 'Naram-Sin el fuerte, rey de las cuatro partes del mundo, Dagan le dio Armanum y Ebla, a Rish-Adad con su mano capturó. Entonces una imagen de piedra dediqué a Sin.»

4. *Inscripción de Naram-Sin (original, de Basetki)*

«Naram-Sin, el fuerte, rey de Akkad:
cuando las cuatro partes del mundo juntas se rebelaron, por el amor con que Ishtar le amó, nueve batallas en un solo año venció, y capturó a los reyes que se habían opuesto.
»Dado que de (una situación de) dificultad, las raíces de su ciudad había afianzado, (los habitantes de) su ciudad con Ishtar en Eanna (Uruk), con Enlil en Nippur, con Dagan en Tuttul, con Ninkhursag en Kish, con Enki en Eridu, con Sin en Ur, con Shamash en Sippar, con Nergal en Kuta, como dios de su ciudad Akkad lo desearon, en Akkad su templo construyeron.
»Aquel que dañe esta inscripción: que Shamash, Ishtar, Nergal comisario del rey, y la totalidad de esos dioses su raíz arranquen, su semilla desperdiguen.»

el segundo recibe la dedicatoria de los monumentos celebrativos, a cambio del aval del nuevo poder.

Después de las campañas militares hay una segunda fase de organización del comercio a larga distancia. Más allá de la desembocadura del Éufrates, en el «mar inferior», los comerciantes de los países de Dilmun (Bahrein), Magan (Omán) y Melukhkha (valle del Indo) hacen afluir sus navíos y sus productos hasta los muelles del puerto fluvial de Akkad. En dirección contraria, remontando el Éufrates, Sargón tiene que detenerse personalmente en la ciudad de Tuttul; pero aquí el dios Dagan le concede el acceso a los recursos de Mari, Yarmuta, Ebla y el «país alto», hasta el bosque de cedros y las montañas de plata (tal es el significativo nombre del Amanus y el Taurus). Vemos que Sargón es realista: su control directo abarca de Tuttul a la orilla mesopotámica del golfo Pérsico, mientras que su red comercial va desde el Mediterráneo y Anatolia hasta Magan y Melukhkha.

Una tercera fase sienta las bases para la acción de sus sucesores. Hay un encuentro victorioso con Elam y Barakhshi, pero éstos siguen siendo independientes. Evidentemente, tarde o temprano la expansión de Akkad tenía que chocar con Elam, donde la dinastía de Awan dominaba sobre un conglomerado de carácter confederal que abarcaba toda la zona suroccidental de la meseta iraní, rivalizando en extensión (cuando no en potencial demográfico y productivo) con el imperio de Akkad. De momento, a pesar de una expedición victoriosa de Sargón, las dos potencias siguen enfrentadas, con peligrosas interferencias sea territoriales en la Baja Mesopotamia o comerciales en la zona del Golfo.

Rimush, hijo y sucesor de Sargón, tiene que hacer frente sobre todo a las revueltas de las ciudades sumerias. Primero hay una revuelta de Ur, Lagash, Umma y Kazallu, más septentrional. Luego hay otra revuelta, detrás de la cual se adivina el apoyo de Elam. Una vez apaciguado el sur sumerio, Rimush ataca directamente a la coalición de Elam, Barakhshi y Zakhara, y gana una batalla entre Susa y Awan. El problema elamita todavía no está resuelto, pero Rimush proclama que Enlil le ha dado «todo el país» (es decir, la llanura mesopotámica) y «todas las montañas» (la periferia), entre el mar inferior y el superior.

Manishtusu es el segundo hijo y segundo sucesor de Sargón. Encabeza una expedición más allá del mar inferior contra Anshan (Fars) y Shirikhum, accediendo a las «minas de plata» y a la «montaña de la piedra negra» (diorita). Esta expedición revela que Akkad es capaz de extender su influencia mucho más allá de Susiana, y tiene intereses comerciales en la meseta iraní.

Con Naram-Sin aparece otra gran personalidad que, al igual que Sargón, se convertirá en un «modelo» de la literatura historiográfica posterior, aunque con una connotación muy distinta de la de su abuelo. Si tenemos en cuenta sólo los documentos auténticos, bajo el reinado de Naram-Sin el imperio de Akkad no sólo no está en decadencia, sino que llega a su máxima expansión. Si Sargón había sometido Mesopotamia central y meridional, y Rimush y Manishtusu habían sometido en cierto modo Elam, Naram-Sin conquista territorios sobre todo en el norte y el noroeste, haciendo realidad ese dominio «de mar a mar» (dominio político y militar, no sólo comercial) al que tanta importancia se había dado en el plano ideológico. Por el este Naram-Sin logra consolidar la situación. En sus inscripciones declara que domina Elam «hasta Barakhshi» (es decir, Elam en sentido estricto, no toda la confederación). Los reyes de Awan siguen reinando, y la relación entre Akkad y Awan (que las inscripciones

LIBER

triunfalistas consideran de dependencia) queda reflejada en un tratado escrito en lengua elamita, hallado en Susa, entre Naram-Sin y el rey de Elam, al que se reconoce como un interlocutor política y jurídicamente válido. Sin embargo, tras estos últimos testimonios parece que la dinastía elamita de Awan desaparece, Susa tiene un gobernador acadio y la acadización de Susiana es un hecho. Naram-Sin dirige una expedición (probablemente marítima) mucho más lejos, contra Magan, de donde regresa con un botín y alardes triunfales, pero sin conquistas territoriales.

Hacia el norte se pueden distinguir dos fases documentadas por inscripciones distintas y sucesivas. En la primera Naram-Sin llega a la ciudad altomesopotámica de Talkhat, y declara haber conquistado el país de Subartu (toda la Alta Mesopotamia, incluyendo Asiria) «hasta el bosque de cedros», es decir, hasta el Amanus o tal vez hasta el arco montañoso Amanus-Taurus-Zagros que bordea la llanura mesopotámica. Naram-Sin especifica que ha sometido a los *ensi* de Subartu y a los señores del «país alto», una bipartición sociopolítica, más que geográfica (Subartu = Asiria; «país alto» = zona del Khabur y del medio Éufrates). Los *ensi* son los reyes locales de las ciudades, mientras que los señores son los jefes de las tribus de la estepa que se extiende más allá de los valles urbanizados. Este control sobre toda la Alta Mesopotamia está confirmado por la localización de las inscripciones de Naram-Sin, ya que las encontramos en Nínive, en Basetki (aguas arriba de Asiria), incluso en Diyarbakir, y se ha excavado un palacio suyo en Tell Brak.

La segunda fase corresponde a la expedición con que Naram-Sin destruye Armanum y Ebla, haciéndose con el control del Amanus, el bosque de cedros y el mar superior. La destrucción de Ebla se relata con especial énfasis, como una hazaña sin precedentes. Hoy sabemos hasta dónde llegaba la riqueza y el poder de Ebla, y podemos comprender ese alarde. Haciendo un balance de los resultados de su campaña, Naram-Sin dice que sus dominios van desde la desembocadura del Éufrates hasta Ullisum y el mar superior. En realidad, no parece que el control acadio al oeste del Éufrates estuviera muy consolidado, y si bien la destrucción total de Ebla eliminó un rival de Akkad en el comercio y el control del territorio, impidió que Naram-Sin pudiera «heredar», por así decirlo, las estructuras políticas y comerciales que Ebla había dado a Siria.

Después de Naram-Sin el imperio se mantiene en pie, pero empieza a reducir sus dimensiones. Aunque no tenemos inscripciones «históricas», por las fórmulas de datación de Shar-kali-sharri sabemos que lucha contra Elam (aunque se diría que a la defensiva), en el país de Gutium (= Luristán, de donde procede también una inscripción suya), y contra los martu, en el monte Bishri. Según la lista real sumeria, después de Shar-kali-sharri se produce la crisis principal del imperio, con un caos dinástico y de poder («¿quién era rey? ¿quién no era rey?»). Sin embargo, más adelante nos encontramos con el rey acadio Shu-Turul en el alto Éufrates (se ha encontrado una inscripción suya cerca de Samsat). Luego llegará el verdadero fin, provocado por los guti, pero como el imperio ha mantenido una estructura de control (con bases fortificadas) más que de ocupación territorial, es capaz de conservar una extensión considerable hasta la víspera de este fin.

2. Estructura y gestión del imperio

Al llamar «imperio» a la formación política de los reyes de Akkad corremos el riesgo de obviar la situación real, si estamos pensando en los imperios territoriales de los periodos posteriores. En el caso de Akkad, la ideología imperial ya es firme y monolítica: el dios Enlil directamente, y los demás dioses indirectamente, «conceden» al rey de Akkad el dominio sobre todo el mundo hasta sus últimos confines, formados por el mar que lo rodea todo. Lo que permanece fuera de estos dominios es como si no existiera en el plano ideal. Pero la realización del imperio está muy calculada, y plantea sus problemas. No conviene olvidar que nos hallamos ante un intento sin precedentes de someter a control político único un territorio enorme y muy plural en todos los aspectos (lingüístico, político, demográfico, ecológico, etc.). El carácter abigarrado del imperio crea más dificultades que su propia extensión. Baste pensar en el Egipto contemporáneo, firmemente unificado pero partiendo de una base ecológica, lingüística y cultural mucho más homogénea.

En el proceso de constitución del imperio la acción militar es un factor crucial. De ahí que prevalezca la caracterización (nueva) del rey como «fuerte» y vencedor, como alguien que «no tiene igual ni rival». Las vicisitudes político-militares ya no son la expresión de las disputas entre los dioses de las ciudades, sino de la fuerza heroica del monarca. Sin duda, este aspecto de la realeza (que tal vez tenga su raíz en el ambiente septentrional y «semita» de Akkad) perturba los planteamientos ideológicos y religiosos, sobre todo en las ciudades sumerias del sur, acostumbradas a otro tipo de realeza, a las que el modo de presentarse los reyes acadios les puede parecer arrogante e impío. Este proceso llega a su plenitud cuando Naram-Sin incorpora elementos divinos a su tratamiento e iconografía oficiales. Además de «rey fuerte» (como Sargón), se proclama «dios de su tierra», una especie de divinidad tutelar que, desde luego, no pretende desplazar a los dioses locales, pero al sumarse a ellos provoca una profunda revolución en los valores tradicionales. Esto tendrá más adelante sus consecuencias: en un sentido negativo, la caracterización de Naram-Sin, a diferencia de Sargón, como rey impío que toma decisiones por su cuenta sin consultar a los dioses y está condenado al fracaso; y en un sentido problemático, las meditaciones (y «fundaciones» míticas) sobre el problema de la mortalidad y humanidad del rey, a pesar de sus aspectos divinos (ciclo de Gilgamesh). Sin embargo, en un sentido positivo, la innovación de Naram-Sin será recuperada durante algunos siglos (si bien en clave de culto más que heroica) por los propios reyes del sur sumerio, lo que indica que iba en la buena dirección.

Una cosa es la conquista, y otra la gestión del imperio. Hay que distinguir entre el núcleo, una zona que abarca desde algo más al norte de Akkad hasta el golfo Pérsico, y las zonas periféricas. En el núcleo del imperio el dominio de Akkad se ejerce de un modo compacto, aunque no directo. El gobierno de las ciudades se deja en manos de los *ensi* locales, que dependen del rey de Akkad, pero conservan cierta autonomía. Es posible que en algunas ciudades los *ensi* sean de nombramiento real y origen acadio, mientras que en otras son de origen local. En cualquier caso, sigue estando en vigor el principio dinástico, de modo que los *ensi* de Akkad no son gobernadores (como más adelante los de Ur), sino dinastas subordinados al nombramiento imperial. La difícil relación entre el emperador acadio y el dinasta local tiene varios campos de aplicación, desde el técnico y administrativo hasta el ideoló-

LIBER

gico y religioso. En el aspecto administrativo, como veremos, hay una indudable penetración económica acadia, con compra de tierras a la corona y la existencia de colonias agrícolas en los territorios del sur, que sustrae territorio a los templos en su gestión de las tierras «públicas», e inicia un proceso de unificación real. Los propios prisioneros de guerra, capturados en gran número por los reyes acadios en los campos de batalla, son utilizados en trabajos públicos directamente gestionados por el rey.

En el ámbito religioso aparece un contraste entre norte y sur. El norte está representado por la deificación del rey y el papel de la diosa de Akkad, Ishtar, mientras que el sur está representado por los dioses de las ciudades y la divinidad sumeria hegemónica, que es Enlil, el dios de Nippur. Los reyes dedican una gran atención a Enlil y Nippur. En el Ekur están dedicados los grandes monumentos que celebran las victorias, el propio templo es restaurado y potenciado y Enlil figura en una posición preeminente en el tratamiento real. Hay un intento evidente por parte de Sargón y sus sucesores de abrir brecha en el sistema político-religioso de Sumer, estableciendo una relación privilegiada con el dios que encabeza el panteón, y colocándose automáticamente por encima de las divinidades locales.

También cuidan su relación con los dioses de las ciudades, pero de otra forma, si es que el caso de Enkheduanna se puede considerar representativo. Enkheduanna es hija de Sargón, nombrada por él sacerdotisa de la divinidad ciudadana de Ur, Nanna-Sin. La presencia de una sacerdotisa de origen acadio e imperial en la prestigiosa metrópoli sureña tal vez se complemente con el intento de instalar una sacerdotisa sumeria en el templo de Ishtar, en Akkad. Estos nombramientos cruzados persiguen la compenetración étnico-religiosa entre norte y sur, pero el juego de las asimilaciones, que no siempre son fáciles (de la Inanna sumeria con la Ishtar de Akkad) provoca, por lo menos a corto plazo, fenómenos de rechazo, aunque a largo plazo (con el ritmo de los hechos culturales, más que el de las decisiones políticas) acabarán imponiéndose y desembocando en un sincretismo y una extensa red de identificaciones.

Con las zonas periféricas se sigue una estrategia distinta. Su importancia ideológica es esencial, ya que el dominio sobre estas zonas permite alardear de un imperio «universal». La periferia no se puede controlar directa y unitariamente, ya que su extensión es demasiado grande, y la propia topografía política de las zonas es poco compacta, con centros urbanos en medio de la estepa, montañas y otras zonas de baja concentración agrícola y demográfica. Fuera de Mesopotamia los intereses de Akkad son, ante todo, comerciales. Lo principal es controlar las vías de comunicación, y esto se puede asegurar mediante la relación de dependencia de los *ensi* locales (como en las ciudades de Asiria), mediante acuerdos con potencias demasiado fuertes como para ser reducidas a centros subalternos (Elam), y por último mediante la creación de bases fortificadas acadias en territorio indígena, como el palacio de Naram-Sin en Tell Brak, un caso que sin duda no fue el único, sino más bien el tipo de presencia más frecuente y apropiado para conservar una red comercial de largo alcance.

Vemos, pues, que nos hallamos a medio camino entre el tipo de organización que sostenía el comercio protohistórico de Uruk y el tipo más compacto y territorial que implantará el imperio de Ur III. La solución acadia deja un amplio margen en el propio núcleo del imperio, sobre todo en el sur sumerio, para la rebelión política y la oposición religiosa, y deja en la periferia un amplio margen para el desarrollo

de las entidades estatales locales, subordinadas a los núcleos «coloniales» acadios y flanqueadas por ellos. Pese a estas limitaciones, el organismo creado por Sargón y sus sucesores hace gala de un enorme poderío político, militar y comercial de cara a sus interlocutores exteriores, como queda demostrado por sus victorias en los enfrentamientos con Ebla y Elam —que provocaron la desaparición de la primera y la fuerte reducción del poderío del segundo.

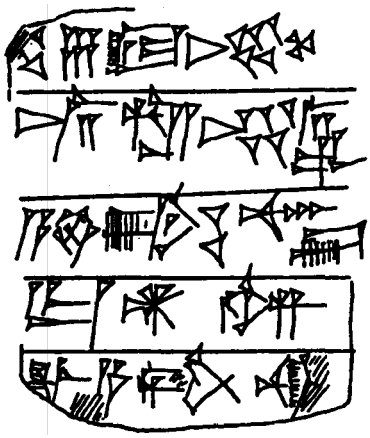
3. El poblamiento y la administración

El hecho de que la capital acadia, Akkad, no haya sido excavada y ni siquiera localizada con certeza supone una importante laguna en el conocimiento de la cultura y la administración acadias. A falta de archivos centrales tenemos que basarnos en archivos periféricos (de Umma, del Diyala, de Gasur en Asiria) y en unos pocos edificios que se pueden atribuir con seguridad a los reyes de Akkad (como el palacio de Tell Brak). La distribución de los asentamientos en la Baja Mesopotamia no muestra cambios significativos, y parece que predomina la continuidad con respecto al Protodinástico III. Evidentemente, las «rupturas» políticas que jalonan la consolidación de la nueva dinastía no se corresponden con rupturas en los ámbitos demográfico y económico del país, que sin embargo acusarán la crisis final.

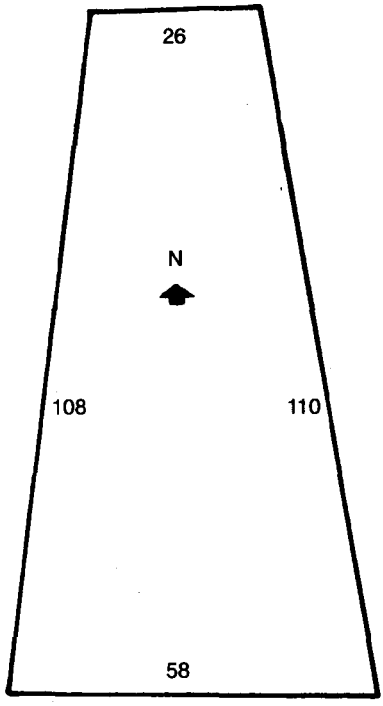
En el pasado se solía afirmar que con Sargón de Akkad el elemento semita predominó sobre el sumerio. Incluso se llegaba a decir que una «invasión» de semitas, procedentes más o menos directamente de su «emplazamiento primitivo» en pleno desierto siroarábigo, fue la que llevó a Sargón al poder. Hace tiempo que esta visión ha sido desmentida por el aumento de conocimientos y la agudización de la visión histórica. Sabemos que ya en el Protodinástico había semitas en Mesopotamia, y que no se propagaron por migraciones masivas. También se ha demostrado que, en las luchas que enfrentaban a unas ciudades con otras, las diferencias de composición étnica no tenían un significado especial. En una palabra, en Mesopotamia no había ningún conflicto étnico, y Sargón no fue el campeón de los semitas contra los sumerios.

Pero es cierto que la toma del poder en Akkad, ciudad del norte, centro de una zona con población mayoritariamente semita, alteró de hecho la situación global. Las inscripciones reales y los textos administrativos hacen uso del acadio, en vez (o además) del sumerio. El norte tenía sus tradiciones de escritura (la llamada «tradición de Kish») y estaba acostumbrado a su lengua. La administración imperial difundió sus usos y puede que a sus escribas. Pero el hecho político ocasional se inserta en unas tendencias de fondo. La primera tendencia es de carácter ambiental: el desplazamiento del centro político al norte está relacionado con la interconexión hídrica de la llanura mesopotámica, que inevitablemente provoca una crisis en los tramos situados aguas abajo (que además están sujetos a anegamiento y salinización) a medida que aumenta la población y la explotación agrícola en los tramos situados aguas arriba. La segunda tendencia es de carácter etnolingüístico: los sumerios, que durante más de un milenio habían sido el principal elemento en la Baja Mesopotamia, son un grupo lingüístico aislado. En cambio, el elemento acadio en Mesopotamia central tiene tras de sí una enorme reserva de poblaciones semitas que comprende la Alta Mesopotamia, Siria y Palestina, por no hablar de la península arábiga, de

LIBER



26 mer 110 kur
60 lá 2 u_5 110 lá 2 mar
a-šà-bi 2 (bùr) 9 (iku) GÁNA
Ur-^{d}Išhkur
sig_7 A-geštin-na



«26 (*gar*) el lado norte; 110 el lado este; / 58 el lado sur; 108 el lado oeste. / Superficie de la parcela: 2 *bur* y 9 *iku*. / (Parcela de) Ur-Ishkur, / (nombre de la) parcela: A-geshtinna.»

FIGURA 48. Agricultura en la época acadia. Texto de agrimensura y representación gráfica de la forma de la parcela.

la que no tenemos documentación escrita. Los procesos normales de emparentamiento, difusión y desplazamiento hacen que, a la larga, cobre importancia el elemento que asimila más fácilmente a los nuevos grupos de inmigrados. Este es el caso de los acadios con las infiltraciones procedentes del oeste.

En este marco general, la política de la dinastía de Akkad tiene un efecto multiplicador. A la conquista del sur por Sargón le siguió un proceso de «colonización», durante el cual unos dirigentes administrativos acadios se instalaron en algunas ciudades del sur, y unos grupos de campesinos y arrendatarios emigraron hacia tierras antes sumerias. La diferencia de lenguas era sólo una parte del problema. Todavía había cierta diversidad de usos y tradiciones jurídicas, sobre todo en la propiedad y gestión de la tierra. No es casual que dispongamos de más datos sobre la propiedad familiar y real, y menos sobre la propiedad del templo. La propiedad familiar, bien atestiguada ya en la edad protodinástica, también en el sur (Fara), probable-

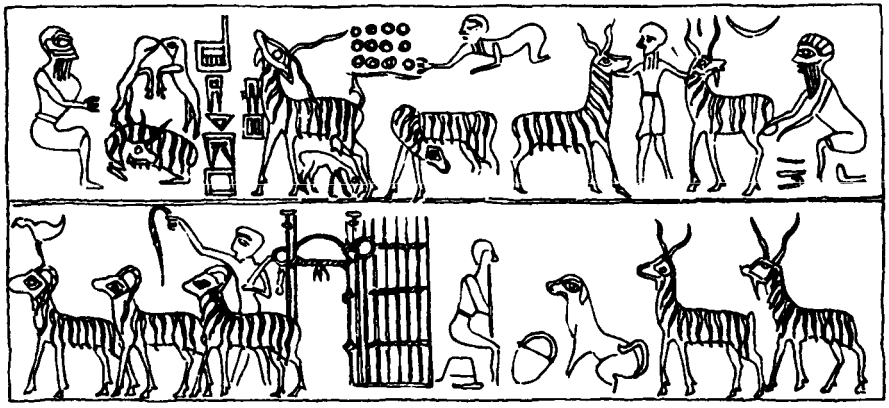


FIGURA 49. Ganadería en la época acadia. Escenas de ganadería en un sello de la época.

mente estaba más arraigada en el norte, donde la estructura social estaba más influida por el ordenamiento gentilicio y acusaba menos la influencia del poder del templo, que en el sur estaba íntimamente relacionado con el desarrollo de la primera urbanización.

En cuanto a la propiedad del rey, la dinastía de Akkad aplicó una política de centralización de tierras bajo la gestión directa de la corona. Un documento de singular importancia es el llamado «obelisco de Manishtusu», que registra —con la forma habitual de los contratos de la época: profusión de vendedores, testigos y otras personas implicadas en la transacción— una larga serie de compras de tierras por parte del rey en la región de Marad, en Mesopotamia central (2.300 hectáreas en total, una extensión enorme para el tamaño de las propiedades de entonces). A estas tierras, compradas según las reglas de las transacciones privadas, se sumaron otras apropiadas por derecho de conquista, de modo que la casa real acumuló un importante patrimonio al margen de las administraciones de los templos, que mantenían su autonomía aunque políticamente dependieran del palacio.

Las formas de la administración —organigramas de las funciones, tipos de documentos y terminología burocrática— también experimentan variaciones, probablemente debidas a la difusión de las costumbres del norte. El sumerio y el semítico coexisten, persisten algunas variedades locales de grafías, pero se impone una escritura «imperial» de gran homogeneidad, elegancia y precisión. Es el comienzo de la unificación de la escritura y la administración en la Mesopotamia central y meridional, que culminará en la época neosumeria, a consecuencia de otra unificación política más completa (III dinastía de Ur).

4. EL COMERCIO Y LA PERIFERIA DEL IMPERIO

Sargón dirigió personalmente su ejército hasta Tuttul, por un lado, y hasta el golfo Pérsico, por otro. Naram-Sin hasta Ebla (cuando no hasta el Mediterráneo) y hasta Magan. Si se comparan estos avances con los radios de las luchas anteriores entre

estados limítrofes, no cabe duda de que bajo la dinastía de Akkad los horizontes, en poco tiempo, se ampliaron enormemente. El comercio protohistórico y los contactos comerciales entre las ciudades sumerias del Protodinástico tenían ya la misma amplitud. Sin embargo, este tráfico se realizaba a través de multitud de pasos intermedios, que facilitaban la afluencia de mercancías lejanas, pero los costes y el tiempo invertido restaban eficacia. Al parecer, el proyecto de los reyes acadios consistía en hacer que la esfera comercial y la política coincidieran, y llegar directamente a las fuentes de las materias primas sin pasar por la red de intermediación.

Para ello había que apoderarse de las redes comerciales que, más allá de la red bajomesopotámica, estaban en manos de Ebla al oeste, de Elam para la meseta iraní, y en el golfo Pérsico giraban en torno al «puerto franco» de Dilmun. Las expediciones de los reyes de Akkad fuera de Mesopotamia se dirigen precisamente al corazón de estos tres circuitos. Sargón distingue todavía entre una esfera de control político y conquista militar, que corresponde a Mesopotamia central y meridional, y una esfera de comercio exterior, ejercido por los propios acadios (en el oeste) o sus socios (en el este). Manishtusu y Naram-Sin cambian de política, y procuran apoderarse de los circuitos de Ebla, Elam y, de una forma menos definitiva (una expedición que proporciona botín pero no altera el estatus político), también Magan. Pero la apropiación del circuito conlleva en cierta medida su destrucción, y el acceso directo, con violentas expoliaciones y conquistas, puede secar la fuente. La visión centralista de Mesopotamia, según la cual la periferia era una mina de materias primas, salvaje y casi desierta, a disposición del país central, no tiene en cuenta el hecho de que los países abastecedores poseen sus propios sistemas de extracción, primera elaboración y comercio, poseen sus propias estrategias e intereses. En el norte de Siria la destrucción de Ebla provoca el retroceso de la organización política a unos niveles de mayor fragmentación, sin que Akkad sea capaz de hacerse con el control del comercio. La conquista de Susiana altera el orden político de la confederación elamita, dificultando la afluencia de materiales desde el extremo noreste iraní (por ejemplo, el lapislázuli de Afganistán y el estaño de Asia central llegan con más dificultades y en menor cantidad que durante el periodo Protodinástico).

El centro de la confederación elamita, la región de Awan, de donde toma el nombre la dinastía real, no ha sido localizado con exactitud, a diferencia de la ciudad de Susa (que estaba más expuesta por su proximidad a la Baja Mesopotamia) y Anshan (Tall-i Malyan). En conjunto, la federación se extendía por buena parte de Irán suroccidental y meridional, y mantenía relaciones con ciudades florecientes, pero más apartadas, como Tepe Yahya (una de las ciudades del país de Barakhshi-Markhashi) y Shahr-i Sokhta (que puede ser la Aratta de la mitología sumeria), puntos cruciales de la red de comunicaciones por la que pasaban el estaño, el lapislázuli, la diorita y las demás piedras duras y semipreciosas. Al principio, la intervención de Akkad en este sistema fue cautelosa, y se limitó a la ciudad vecina de Susa. Luego fue más ambigua, con una alternancia de victorias militares y tratados de igual a igual. Es difícil saber hasta qué punto la intervención acadia fue destructora: por un lado, las inscripciones reales acadias presentan un panorama muy duro, pero, por otro, la dinastía de Awan sigue reinando, sus reyes siguen llevando títulos nada devaluados, y parece que el último rey, Puzur-In-Shushinak (contemporáneo de Shar-kali-sharri) es todavía muy poderoso. Con él empieza la decadencia de Awan, que se extiende a las ciudades de la meseta, como la propia Shahr-i Sokhta. Todas ellas retroce-

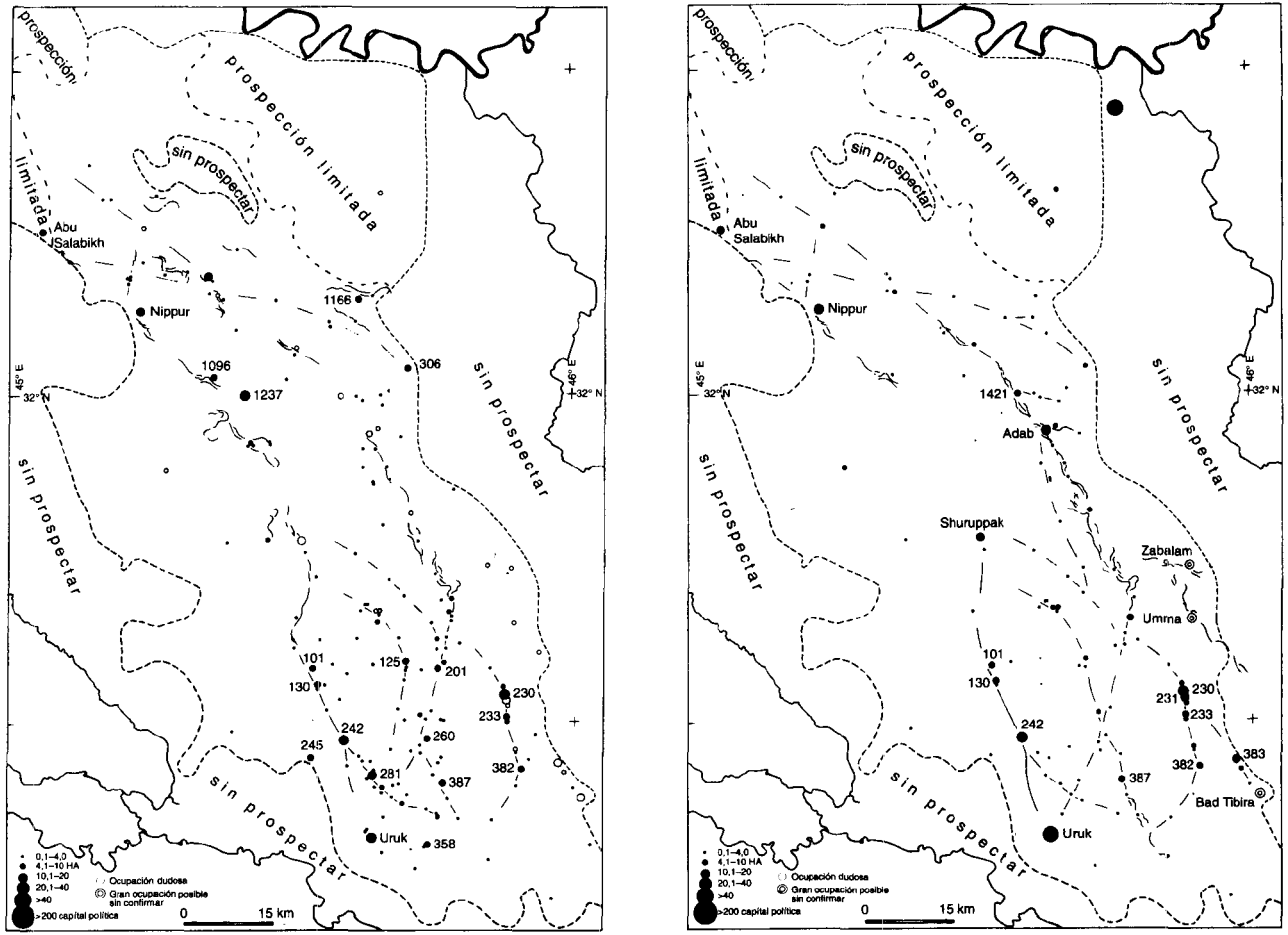


FIGURA 50A. Ocupación de la Baja Mesopotamia durante el III milenio. *Izquierda*, periodo de Yemdet Nasr; *derecha*, Protodinástico I.

LIBER

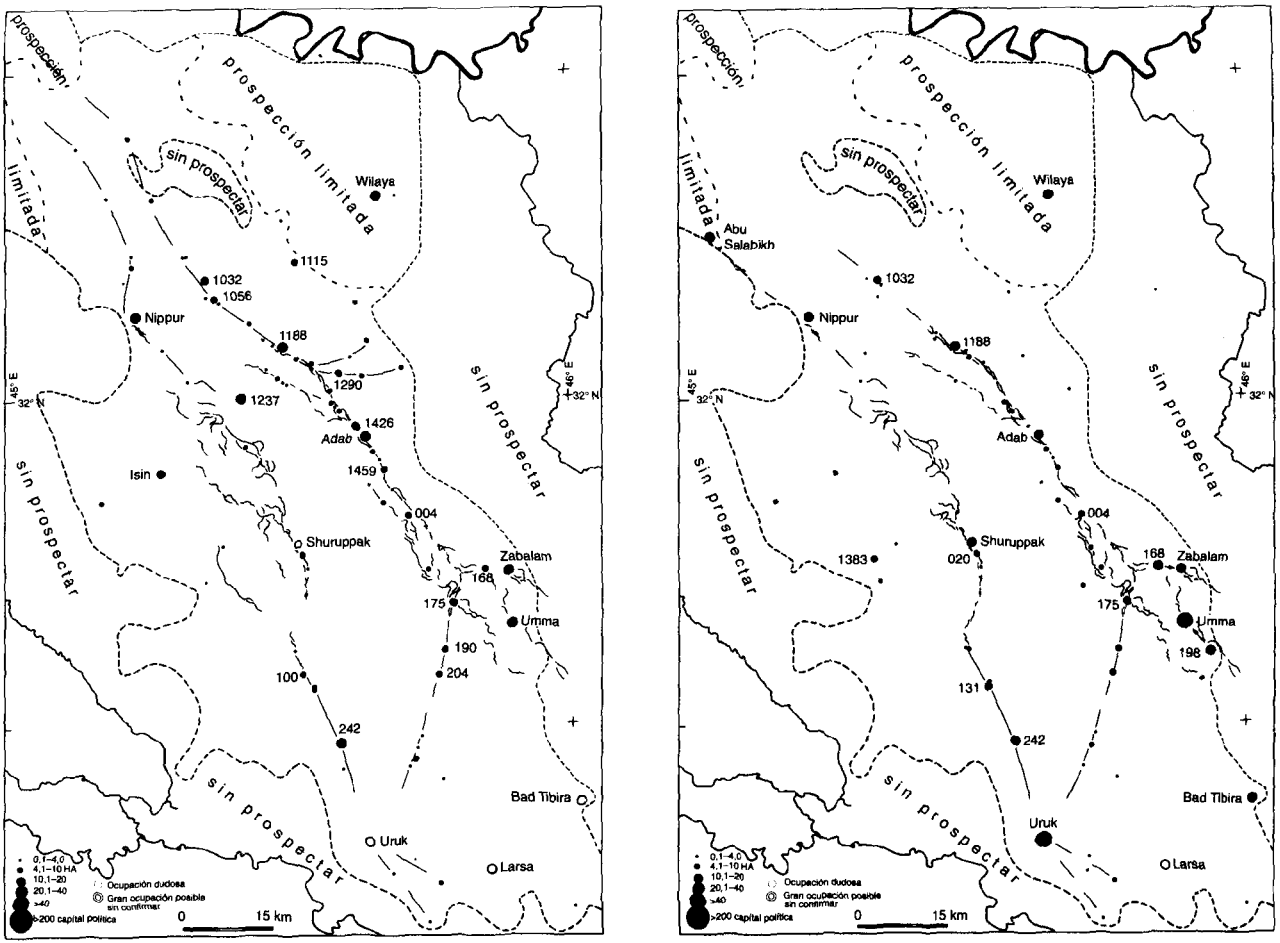


FIGURA 50B. Ocupación de la Baja Mesopotamia durante el III milenio. *Izquierda*, Protodinástico II-III; *derecha*, época acadia.

den a las dimensiones de aldeas, y la circulación de mercancías se interrumpe. Parece que la crisis de Elam es paralela a la del propio Akkad. Es difícil decir hasta qué punto se debe sólo a factores internos, y qué papel tienen los repetidos ataques acadios. Un factor desencadenante de esta crisis son los pueblos de los Zagros, al norte de Elam: guti y lullubi. Los guti, que atacaron Mesopotamia, también lo hicieron con Elam. Es posible que la crisis elamita entre la dinastía de Awan y la posterior dinastía de Simashki (originaria de Luristán) equivalga a la crisis de Mesopotamia a raíz de la intervención de los guti. Pero mientras en Mesopotamia la demografía y la urbanización no se vieron afectadas, en Irán la crisis coincidió con una fase de despoblación progresiva.

En el sector del golfo Pérsico, donde los reyes acadios buscaban, sobre todo, el cobre de Magan, la isla de Dilmun está al abrigo de destrucciones militares y conquistas violentas, precisamente por su papel de centro intermediario. La isla, que ni siquiera produce comida suficiente para sus habitantes y tiene que importarla, constituye un caso especial. La entidad indicada con el nombre de Magan corresponde, en líneas generales, al área de difusión de la cultura llamada de Umm an-Nar (la costa de Omán), y parece que mantiene contactos intensos y directos con Mesopotamia. Naram-Sin llega hasta allí militarmente. El caso de Melukhkha es diferente. Corresponde al área de difusión de la cultura de Harappa y Mohenjo Daro (valle del Indo), y mantiene contactos indirectos como fuente de esencias vegetales, animales exóticos y conchas, con mucha menor importancia para las tecnologías básicas. De varias formas y con varios niveles de intensidad, desde Anatolia y la costa siria hasta Omán, el valle del Indo, Afganistán y Asia central, se configura un «sistema-mundo» bastante consolidado. El proyecto de los reyes de Akkad (más o menos consciente) de apoderarse de todo el sistema, no se lleva a cabo completamente, pero si se consideran los territorios que conquistan y los que dejan fuera de uso, puede decirse que la aproximación real al proyecto es considerable.

5. Expresiones literarias y artísticas de la realeza

La nueva figura central del rey-héroe acadio queda reflejada en la producción artística y literaria de la época, y supone un giro en el uso de los monumentos icónicos y epigráficos como medio de difusión y celebración de los hechos del rey. Los elementos —estatuas votivas, estelas triunfales, epígrafes celebrativos y textos literarios— ya habían aparecido en el periodo Protodinástico, pero ahora se utilizan como un auténtico medio de propaganda política. Se erigen monumentos votivos en el Ekur de Nippur y en los otros grandes santuarios del país, de Sippar a Ur. Las estatuas son muy sencillas, con la figura estática del rey y un zócalo que suele tener figuras de prisioneros y guerreros caídos, pero la posición central de la imagen real, unida al contenido de las leyendas y escritos dedicatorios, ponen el acento en la celebración de las hazañas bélicas del rey, cuando en la práctica dedicatoria protodinástica destacaba ante todo la sumisión del monarca a la divinidad. En las estelas triunfales este proceso dispone de un espacio y unas modalidades expresivas todavía más favorables. Si comparamos la estela de Eannatum con la de Naram-Sin, podemos ver que la posición central pasa del dios al rey (con la divinidad reducida a una presencia simbólica). Hasta los soldados victoriosos, que en la figuración protodinástica

LIBER



1. LA ESTELA DE NARAM-SIN

	rey de Akkad	rey de Kish	rey del país	fuerte	rey de las 4 partes	sin rival	dios de Akkad	determinativo divino
Sargón, primera fase	+	+	+			+		
Sargón, segunda fase		+				+		
Sargón, tercera fase		+						
Rimush		+				+		
Manishtusu		+						
Naram-Sin, primera fase	+					(+)		
Naram-Sin, segunda fase				+	+			
Naram-Sin, tercera fase	(+)			+	+			+
Naram-Sin, sellos / dedicatorias	+			+	+		+	+
Shar-kali-sharri	+			+			+	+
id., sellos / dedicatorias	+			+				(+)
últimos reyes	+			+				

2. TÍTULOS REALES DE LA DINASTÍA DE AKKAD

	Enlil da el reino	dedicatorias a Enlil	subordinación a Enlil	trabajos al Ekur	Enlil invocado en las maldiciones
Sargón	+	+	+	–	+
Rimush	+	+	+	–	+
Manishtusu	+	+	–	–	+
Naram-Sin	–	+	–	+	–
Shar-kali-sharri	–	+	–	+	–

3. RELACIÓN CON ENLIL, DIOS SUPREMO DE SUMER

FIGURA 51. Ideología real acadia. La asunción del papel heroico-divino por parte de Naram-Sin (1) coincide con un profundo replanteamiento del tratamiento real (2) y de las relaciones con Enlil (3), dios principal del panteón tradicional.

forman un bloque compacto, expresión de la colectividad ciudadana, en la estela acadia se convierten en individuos singulares dotados de iniciativa —similares al rey, aunque más pequeños. Las estelas de la victoria se colocaban en lugares con un valor simbólico especial: o bien en el centro del mundo (es decir, en el santuario de una ciudad), o bien en los confines del mundo (en relieves rupestres esculpidos allí donde el ejército acadio llegaba a un límite natural e infranqueable, más allá del cual no había nada que conquistar).

Si los monumentos reales tienen una función política explícita, también hay objetos personales de reducidas dimensiones, como los sellos de los funcionarios de Akkad, que reflejan las nuevas tendencias de la época. Además de los frisos protodinásticos de animales, aparecen representaciones en las que los dioses están claramente individualizados, y en las que las nuevas divinidades «astrales» (de origen septentrional y semita), como Shamash e Ishtar, tienen una presencia destacada, en detrimento de la antigua religiosidad ctónica y fertilista. El paso de lo decorativo a lo narrativo da lugar a verdaderas escenas mitológicas (reconocibles en algunos casos, si se comparan con los mitos atestiguados). Estas escenas también suponen una novedad, comparadas con la rigidez simbólica y cultual del repertorio anterior.

En los epígrafes que aparecen en los monumentos se produce una evolución similar. El acceso directo al texto está reservado a unas pocas personas (escribas y funcionarios que saben leer). Además, el acceso a los propios monumentos está vedado para el gran público. Sin embargo, el cariz «propagandístico» (no como adoctrinamiento brutal, sino como difusión de la ideología oficial) es evidente, y podemos suponer que la documentación de que disponemos no es más que la «punta del iceberg» de una comunicación ideológico-política que llegaba a las capas más amplias de la población bajo formas más sencillas (orales, ceremoniales). En las inscripciones de Sargón y sus sucesores se advierte un aumento del componente narrativo, de modo que la ocasión votiva es poco más que un pretexto para la autoalabanza. Algunos textos protodinásticos podían tener una riqueza parecida de detalles narrativos (por lo menos en el caso de la estela de Eannatum), pero con una finalidad más bien jurídica y religiosa, para explicar que la acción del rey había sido correcta, justificada por la defensa de sus propios derechos, acorde con la tradición, garantizada y alentada por el propio dios, en una palabra, se trataba de una expresión de la voluntad del dios. La narración acadia posee un tono distinto: en ella destaca el papel central y la iniciativa del rey, pretende demostrar que él es el más fuerte, que no tiene rivales, que no tiene precedentes.

No es tan fácil encontrar rastros de la nueva concepción de la realeza en la producción literaria (no epigráfica), porque las obras son bastante posteriores a la dinastía de Akkad, si bien su redacción final es el resultado de una prolongada estratificación, en el curso de la cual han tenido ocasión de sedimentar las tendencias características de varias épocas. La profusión de escenas mitológicas que aparecen en la glíptica acadia hace pensar que esa misma época fue decisiva para la elaboración de los mitos en su forma narrativa. En particular, se advierten coincidencias entre el ideal de fuerza heroica de la realeza acadia y unos ideales similares personificados por héroes mitológicos, como Gilgamesh o Enmerkar. Las guerras entre el norte y el sur (Gilgamesh de Uruk contra Agga de Kish), las expediciones militares-comerciales a tierras lejanas (Enmerkar en Aratta, Gilgamesh en el país de los cedros), el mismo problema de la divinidad parcial y la problemática mortalidad del

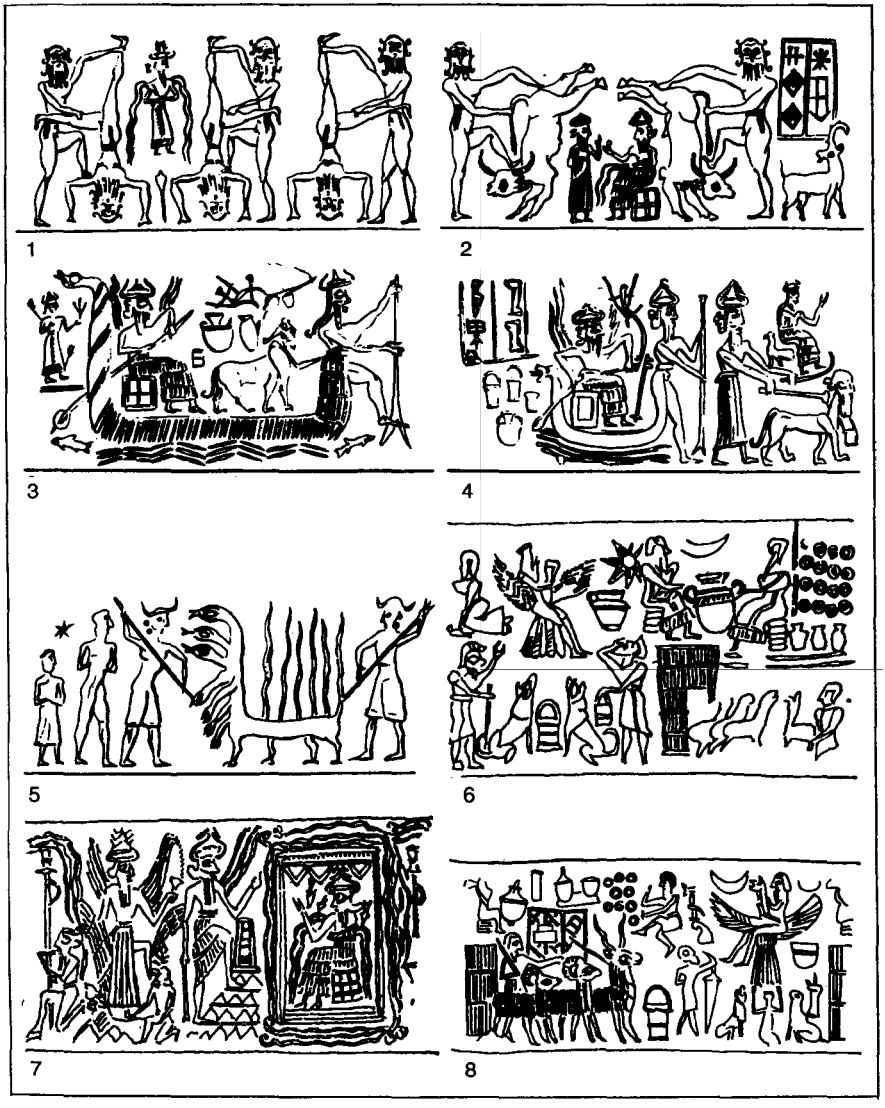


FIGURA 52. Glíptica de la época acadia, con repertorio mitológico.

rey, son temas que bien pudieran relacionarse con el periodo Acadio. Desde luego, encajan mucho mejor en este periodo que en el Protodinástico II, donde las posteriores especulaciones historiográficas de escribas y mitógrafos sitúan a estos héroes. Naturalmente, en el plano funcional, dichas historias son «modelos» para el comportamiento de los reyes, pero en su génesis las historias míticas estuvieron influidas por las concepciones de la época. Es significativo el hecho de que la redacción sumeria de los poemas y la ambientación meridional (Uruk en lugar de Kish) de los prin-

LIBER

cipales héroes contrasta con la sede de la dinastía acadia. Parece plausible, pues, la hipótesis de que los mitos de carácter heroico son una «respuesta» sumeria a la ideología imperial acadia, una respuesta que asume el punto de vista del interlocutor actual, pero vuelve a formularlo con arreglo a la tradición cultural propia, y lo traslada a un pasado «fundador». Por ejemplo, el pequeño poema de Gilgamesh y Agga, con su evidente compromiso entre la exaltación del invencible héroe de Uruk y el predominio «real-político» del rey de Kish, encaja a la perfección tras la victoria de Sargón frente a Lugalzaggesi, cuando los dinastas de la metrópoli meridional pretenden conciliar su dependencia del imperio norteño con una autonomía que hunde sus raíces irrenunciables en el pasado esplendor de la ciudad.

6. Las tradiciones históricas acerca de los reyes de Akkad

Algunos elementos de las vicisitudes históricas de la dinastía de Akkad estimularon la imaginación popular. Con el paso del tiempo, mientras las otras dinastías solían ser «olvidadas» por la memoria colectiva y sólo perduraban en la memoria de escribas y sacerdotes, en torno a la dinastía de Akkad se formó y evolucionó un cuerpo de tradiciones literarias. Sargón y Naram-Sin se convirtieron en personajes modélicos, personificando (en lo bueno y en lo malo) el ideal mesopotámico del rey. Los monarcas posteriores debían confrontarse con este ideal para encontrar en él la justificación de sus actos.

Entre los elementos capaces de estimular la imaginación colectiva (y «nacional» mesopotámica), está en primer lugar la idea de imperio universal, que da forma política a la idea que se habían formado los mesopotámicos de su posición central en el mundo. Se asume como modelo el mapa mental de las inscripciones triunfales acadias, y el título de «rey de las cuatro partes del mundo» se convierte en el título estándar para todos los reyes con ambiciones universalistas, mientras que el título de «rey de Kish» (tratamiento básico de los reyes de Akkad) es reinterpretado como «rey de la totalidad». Luego está el ideal heroico que emana de las inscripciones triunfales acadias. Es un ideal de fuerza, de capacidad para someter por las armas al enemigo, que culmina con la deificación del soberano. Heroísmo, individualismo, deificación: he aquí los atributos de unos reyes-héroes fuera de lo común, que todos querrían imitar, cuando no igualar. Por último está la peculiar parábola del poder de Akkad: surgido de la nada, encumbrado hasta unas alturas insospechadas, y precipitado de nuevo, miserablemente, en la nada. Una parábola que puede dar lugar a reflexiones sobre el destino humano, la relación con los dioses y la posibilidad de previsión.

La tradición, al concentrar estos avatares en las figuras clave de Sargón y Naram-Sin, los sitúa en dos extremos. Sargón representa la fase ascendente y los elementos positivos, mientras que Naram-Sin asume los elementos negativos y el tramo descendente de la parábola. En esta simplificación, el papel de Sargón es más acorde con la realidad histórica. En cambio, el de Naram-Sin está muy distorsionado. Los motivos de esta polarización son comprensibles. En Sargón la tradición presenta la historia admirable del hombre «nuevo», de orígenes no reales (que fácilmente se convierten en orígenes oscuros e irregulares), capaz de labrarse un futuro y un papel que le proyectan al vértice de las experiencias políticas y militares: de la nada al control

LIBER

del universo mundo. En cambio, en el caso de Naram-Sin la connotación negativa se basa en unos rasgos de impiedad y arrogancia que «explican» el hecho de que los dioses le abandonen y se venga abajo la construcción política heredada por él. La deformación es grave, porque la crisis de la dinastía es históricamente muy posterior a Naram-Sin, quien incluso fue capaz de aumentar considerablemente las conquistas de Sargón. Seguramente esta caracterización de Naram-Sin como impío y arrogante tiene que ver con la pretensión de divinizarse, que al parecer no estuvo bien vista, e incluso fue condenada por la clase sacerdotal, que la consideraba una pretensión de actuar por su cuenta y reemplazar a los dioses, mereciendo por ello el castigo divino.

Los canales a través de los cuales se fraguó una literatura seudohistoriográfica sobre los reyes de Akkad nos son en parte conocidos. Un elemento central son los monumentos triunfales de los monarcas, colocados en los templos, donde permanecieron durante más de un milenio a la vista de los fieles, hasta los saqueos elamitas de finales del siglo XII. Por un lado, estos monumentos generaron una corriente de estudio por parte de los escribas, que se ejercitaban copiando estos epígrafes antiguos, y al mismo tiempo asimilaban su fraseología y su ideología heroica y universalista. Por otro lado, probablemente, dieron pie a leyendas y etiologías populares que hoy día nos resulta difícil reconstruir, pero debieron ser el punto de partida para la implantación de estos héroes en la tradición mesopotámica posterior.

Junto a este canal principal se pueden entrever por lo menos otros dos. El primero son las inscripciones de fundación de los templos, que salen a la luz con ocasión de las restauraciones o reconstrucciones, provocando curiosidad y respeto. El segundo son los «presagios históricos», es decir, la reseña de ciertas formaciones halladas en las vísceras de los animales sacrificados. Se sostiene que fueron observadas en la época de los reyes acadios en relación con famosos episodios políticos y militares, y son indicaciones útiles para los intérpretes futuros, que pueden aventurar sus previsiones cada vez que aparecen las mismas formaciones. La artificiosidad de los presagios históricos salta a la vista en los primeros ejemplos atestiguados (del tipo de «presagio de Sargón», escrito en un pequeño modelo de hígado). Más adelante, el texto de los presagios gana en precisión y detalles (que se tienen que inventar o extraer de otras fuentes), para acabar convirtiéndose, en época más tardía, en una verdadera composición similar a una crónica a la que se da forma de presagio, de manera algo grotesca.

La tradición historiográfica sobre Sargón y Naram-Sin ya está plenamente formada en la época paleobabilonia (siglos XIX-XVII), a la que se remontan las composiciones más orgánicas y famosas. Además de la forma del «presagio histórico» (vinculada a la tradición hepatoscópica) y la de la «falsa inscripción» (género *narû* «estela») inspirada en las inscripciones auténticas conservadas en los templos, existen verdaderos poemas de modulación épica pero planteamiento esencialmente teológico. En todas las expresiones literarias aparece la relación entre la tradición histórica y los presagios, hecho no sólo formal sino también temático, que arroja luz sobre el propio sentido de la tradición. La explicación de la parábola y la caracterización contrapuesta de Sargón y Naram-Sin está en su relación con los presagios, que son manifestaciones de la voluntad divina. Sargón hace caso de los presagios, lo cual no le resulta nada difícil, ya que son positivos. En cambio, Naram-Sin, cuando recibe presagios negativos, en vez de tomar nota, comete la presunción de pasarlos por

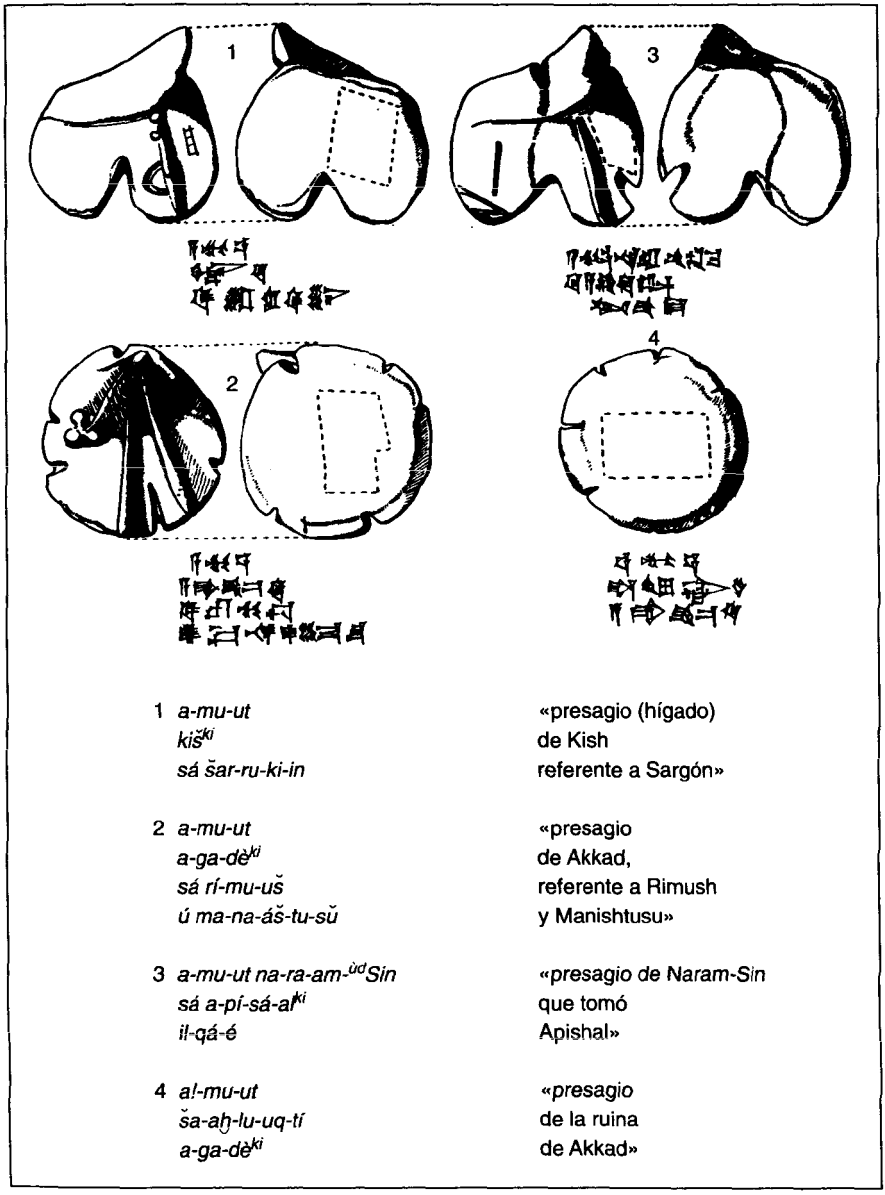


FIGURA 53. Pequeños modelos de hígado procedentes de Mari, con presagios históricos sobre la dinastía de Akkad.

LIBER

alto, y está abocado al fracaso. Los reyes posteriores, en sus actuaciones, se guían por el ejemplo paradigmático de los reyes acadios, pero en la práctica se basan en la consulta de los presagios. La relación entre el procedimiento mágico-operativo de los presagios y el procedimiento analógico de los ejemplos históricos está en el hecho de que los presagios favorables (de Sargón) son precedentes positivos para la acción, y los presagios desfavorables (de Naram-Sin) son señales de cautela o renuncia; y en el hecho de que el comportamiento correcto de Sargón (acatar la voluntad divina) es un modelo a seguir, pero el comportamiento incorrecto de Naram-Sin es un ejemplo a evitar.

Admitiendo estas motivaciones teológicas y operativas, y la tenue conexión con los textos acadios originales, es evidente que la utilización histórica de los textos tradicionales tiene que ser muy cautelosa. Por desgracia, generalmente se ha preferido buscar un fantasmagórico «núcleo histórico» de las tradiciones, utilizando los textos en función de los episodios narrados en ellos, cuando lo correcto sería buscar las alusiones a las situaciones del tiempo en el que se redactaron, y descubrir con qué fines se redactaron.

Por ejemplo, veamos el relato llamado *Rey de la batalla* (*šar tamḫāri*), quizá el más famoso. En él se narra una expedición de Sargón contra la ciudad de Purushkhanda, en Anatolia central, y la interpretación vulgar ve en esto una prueba de que los acadios comerciaban en Capadocia mucho antes que los paleoasirios. En realidad, habría que interpretarlo como un antecedente «fundador» de este último comercio, proyectado hacia un tiempo más lejano para conectarlo con el héroe Sargón y así conferirle una validez ejemplar. El poema se centra en la cuestión de los presagios: el comportamiento de Sargón es correcto porque decide hacer caso de la indicación «descabellada» del presagio divino (el sueño de Ishtar) y no del consejo prudente de los informadores humanos (los mercaderes), y con esa seguridad supera todos los obstáculos geográficos y consigue llegar hasta el lejano país, realizando una hazaña tan prodigiosa que el monarca local se somete a él sin presentar batalla. Si el texto tiene que ver con el comercio paleoasirio en Capadocia, no significa que constituya su precedente histórico. Se trata de su fundamento ejemplar: al igual que Sargón, los reyes posteriores deberán seguir los consejos divinos y aventurarse en el comercio a larga distancia, sin arredrarse por las contraindicaciones de los hombres y los obstáculos naturales.

La enseñanza de la *Leyenda de Naram-Sin* es opuesta. Frente a la invasión de los pueblos del norte (los Umman-Manda), muy numerosos y con aspecto de animales, Naram-Sin, antes incluso de consultar los presagios, envía a unos exploradores para saber si los invasores son humanos (y se les puede vencer) o espíritus. Esta primera indagación es «castigada» con presagios negativos. Entonces el rey, en vez de atenerse a ellos, se envalentona sabiendo que sus adversarios son humanos y les ataca, sufriendo varias derrotas. El desastre es evitado por la intervención de Ea y el arrepentimiento de Naram-Sin, pero la invasión no es detenida en el campo de batalla, sino que sencillamente los invasores se retiran. Si detrás del *Rey de la batalla* advertimos titubeos sobre la conveniencia de emprender expediciones comerciales a larga distancia, en la *Leyenda de Naram-Sin* se refleja el debate sobre el modo de hacer frente a una invasión, y el texto aconseja encerrarse dentro de las murallas y no hacer frente a un enemigo más numeroso en campo abierto.

Otro famoso texto, la *Maldición de Akkad*, ha sido abordado dando demasiada

importancia a su «núcleo histórico» y subestimando sus implicaciones actuales. En él se hace una parábola de la dinastía de Akkad, desde su crecimiento y prosperidad con Sargón hasta su destrucción con Naram-Sin, debida a la venganza de Enlil, a causa de las presuntas «destrucciones» realizadas por este segundo rey en el Ekur. Al parecer, se trataba de simples restauraciones (los reyes de Akkad restauraron el Ekur, lo enriquecieron con sus monumentos triunfales y siempre se declararon obsequiosos con Enlil) que se consideraban irrespetuosas porque eran contrarias a las indicaciones de los oráculos, y probablemente también a las tradiciones cultuales y arquitectónicas locales. El trasfondo podría ser la polémica sobre la oportunidad de unas restauraciones posteriores, realizadas al principio de la época paleobabilonia. La realidad histórica se altera de forma considerable, ya que se adelanta la invasión guti al tiempo de Naram-Sin, y se sobreentiende la relación entre los reyes acadios y el Ekur.

Cuando Babilonia se convierte en potencia hegemónica, se establece una identidad Akkad-Babilonia. La segunda ciudad aparece como heredera de la primera, y es sustituida por ella en los textos seudohistóricos. Por ejemplo, una falsa inscripción de Naram-Sin que alude a las relaciones entre Kish y Akkad, se refiere claramente a las relaciones entre Kish y Babilonia en la época (siglo XVIII) en que ésta alcanzó su predominio y se dispuso a anexionarse Kish. En cierta medida, la historia repite este antecedente antiguo, cuando la ciudad nueva de Akkad suplanta a la vieja ciudad hegemónica en la Media Mesopotamia.

En época aún más tardía (neoasiria), la odiosa destrucción de Babilonia a manos de Senaquerib es condenada haciendo un paralelismo con una presunta destrucción de Babilonia a manos de Sargón, en beneficio del nuevo Akkad. En el I milenio, mientras las viejas composiciones paleobabilonias todavía eran conocidas y copiadas por los escribas, las nuevas composiciones son crónicas elaboradas con el material de los presagios históricos, crónicas de la suerte variable de los imperios que surgen y se hunden inevitablemente uno tras otro, según sea el comportamiento del rey frente a los dioses (sobre todo frente a Marduk), y por último «historias de edificios», cuya fundación se remonta a los venerables reyes acadios. Cada época encuentra así las formas y los motivos para relacionar los hechos presentes con los modelos del pasado. Los reyes de Akkad se convierten en modelos de comportamiento para sus sucesores, en el ámbito de una Mesopotamia que contribuyeron a unificar cultural y políticamente más que nadie.

7. GUTI, LULLUBI Y HURRITAS

La dinastía de Akkad, que había unificado Mesopotamia durante casi dos siglos, cayó bajo el empuje de los guti. Éstos eran un pueblo montañés de Luristán (montes Zagros), que aparece en los textos mesopotámicos con el estereotipo de «bárbaro»: «dragones de la montaña», «enemigos de los dioses», «un pueblo que carece de ataduras», «cubren la tierra como langostas», «no tienen temor de dios y no saben seguir las disposiciones del culto». Los reyes de Akkad, desde Naram-Sin hasta Sharkali-sharri, realizaron varias expediciones contra Simurrum y Arame (en las laderas de los Zagros) y se adentraron en el país de los guti, pero los problemas y los fines político-militares del imperio eran otros: los mayores quebraderos de cabeza proce-

LIBER

dían de los ricos imperios del este (Elam) y el oeste (Ebla). Sin embargo, fueron los guti, bajados de los montes, quienes aprovecharon la crisis de agotamiento y desorganización de los últimos reyes acadios y tomaron el poder en Mesopotamia. La lista real sumeria nos proporciona una larga relación de reyes guti de los que no sabemos casi nada. La falta de rastros epigráficos y en general culturales guti en Mesopotamia da a entender que su dominio no dejó huellas importantes en la organización política y administrativa de la región.

Es probable que el dominio de los guti se concentrara sobre todo en Mesopotamia central (zona del Diyala, Kish y Akkad), permaneciendo contiguo a su país de procedencia. En cambio, las ciudades sumerias del sur, pese a estar sometidas de alguna forma a la soberanía guti, recuperaron gran parte de su autonomía. El control ejercido por los guti fue menos «civil» que el acadio, pero también menos opresivo y eficaz, tuvo menos incidencia en la explotación agrícola y, en las ciudades, en el culto y la administración. Veremos a continuación que las ciudades sureñas —de Lagash a Uruk— pudieron recuperar su autonomía e iniciativa, preparándose para su resurgimiento político.

El centro de gravedad de los guti siguió estando en las montañas (su futuro vencedor, Utu-khegal de Uruk, les acusará de «haberse llevado la realeza de Sumer a un país extranjero»). En un relieve rupestre de Sar-i-Pul, en los montes Zagros, tenemos un ejemplo de lo que podría ser la expresión de su ideología monárquica. Se trata de una escena de victoria con inscripción de un rey de los lullubi, Anu-banini. La inscripción y la figuración denotan la influencia de los modelos acadios. Aunque lullubi y guti son dos términos distintos, su centro de difusión es más o menos el mismo (Luristán). Anu-banini imita el modelo acadio, incluso en su pretensión de dominio «del mar inferior al mar superior», pero en realidad sus dominios se extienden más bien por la periferia montañosa, y no por la llanura mesopotámica. Muchas veces los imperios «generan» una periferia a su imagen y semejanza, y a los intentos de unificación de la zona central mesopotámica (primero con Akkad y luego con Ur III) la periferia responde con intentos de formaciones estatales más extensas, que tienden a rodear Mesopotamia, pero debido a su evidente fragilidad estructural sólo duran lo que les permite la acción militar o el acuerdo tribal que las ha creado.

Otro ejemplo de formación política periférica con pretensiones de universalidad aparece en territorio lingüísticamente hurrita, en la franja que se interpone entre la llanura mesopotámica y las montañas. Hay dos inscripciones reales tardo o postacadias que proceden de esta franja, una de Tish-atal, hallada cerca de 'Amuda (zona del alto Khabur), y la otra de Atal-shenni, procedente de Samarra (Tigris medio). Los dos reyes (de nombre hurrita, como hurrita es la lengua de la primera inscripción) proclaman su dominio de Urkish a Nawar. El primer topónimo corresponde a una ciudad altomesopotámica, tal vez el mismo lugar donde se ha encontrado la primera inscripción (probablemente Tell Mozan). En cambio, el segundo topónimo se refiere a una región situada al este del Tigris, tal vez el país interior de Samarra. Así pues, esta formación estatal protohurrita forma un arco que va del alto Éufrates al Diyala, y ocupa espacios políticos que ha dejado vacíos la desaparición del imperio de Akkad y todavía no han sido ocupados por Ur III, abarcando, en el norte, la zona controlada por los guti.

9. LA EDAD NEOSUMERIA

1. EL «RENACIMIENTO SUMERIO»

Con la decadencia del poder acadio (después de Shar-kali-sharri) y luego durante el dominio guti, las ciudades del sur sumerio —desde Uruk hasta Ur y Lagash— mantuvieron un considerable grado de independencia. La relajación del poder central debió ser beneficiosa en el aspecto económico. Es cierto que el periodo guti es recordado como perjudicial para el comercio («dejaron que creciera hierba alta en las calzadas del país») debido a la inseguridad general. Pero también debió ser un periodo de escasas exacciones fiscales por parte de los monarcas, que reinaban de una forma bastante nominal, por lo menos en el sur. En el norte el control guti pudo ser más concreto, al haber reemplazado a los reyes de Akkad y heredado presumiblemente su estructura administrativa.

Así pues, en el sur existieron dinastías de *ensi* locales que recuperaron la tradición de las ciudades-estado. La lista real destaca entre todas ellas la «cuarta dinastía de Uruk», pero la documentación epigráfica y monumental de que disponemos coloca en primer término a la dinastía de Lagash, conocida sobre todo por la secuencia de Ur-Baba, Gudea y Ur-Ningirsu. Gudea es el que ha dejado una mayor cantidad de textos literarios y estatuas votivas, que le convierten en el rey sumerio más famoso. Es de suponer que si dispusiéramos de una documentación similar acerca de Uruk o Ur, sería de calidad superior. Pero la posición marginal de Lagash con respecto a las ciudades más prestigiosas permite que consideremos su documentación como típica y adecuada para una visión de conjunto.

El radio de las actividades de Gudea es estrictamente local. Sólo hay un enfrentamiento con Anshan y Elam (Lagash es la ciudad estado sumeria más oriental y se halla expuesta directamente a las incursiones elamitas). Gudea destaca, sobre todo, por su actividad de constructor y administrador. La gran empresa de su reinado es la construcción del E-ninnu, templo del dios ciudadano Ningirsu. Sin embargo, Gudea da una proyección mundial a esta empresa de carácter típicamente local. Todos los países contribuyen a su realización, suministrando cada uno su material más característico (troncos, betún, metales preciosos, piedras duras, etc.). La afluencia de todos estos materiales desde la periferia hasta el centro del mundo, donde se alzará el templo, supone un triunfo ideal del prestigio de Ningirsu, y un triunfo técnico de la capacidad de Gudea. El mundo está configurado a propósito para ello, con ríos que bajan de las montañas para facilitar el aporte de materiales. Esta es la visión de un *ensi* que no era ni el más poderoso ni del todo independiente dentro del sistema político real.

LIBER

DOCUMENTO: EL *ENSI* DE LAGASH CONSTRUYE EL TEMPLO DE NINGIRSU Y TODO EL MUNDO PARTICIPA LLEVANDO SUS MATERIALES AL CENTRO DEL MUNDO (DEL CILINDRO A DE GUDEA)

«Los elamitas vinieron por él desde Elam, los susianos vinieron por él desde Susa; (la gente de) Magan y Meluhkhkha cargaron madera (y se la llevaron) de su país; para construir el templo de Ningirsu se concentraron en torno a Gudea, en su ciudad.

»Él (Gudea) mandó recado a Ninzaga: éste proporcionó a Gudea, el constructor del templo, su cobre, como alguien que lleva cebada excelente; él mandó recado a Ninsikil: ésta proporcionó al gobernador, constructor del templo, grandes robles, ébano y madera de mar.

»En el país de los cedros, donde jamás hombre alguno había penetrado, el señor Ningirsu abrió el camino a Gudea; su gran hacha taló los cedros, y él talló con el hacha (el arma-)Sharur, "brazo derecho" de Lagash, el arma "diluvio" de su rey: ella es como una gran serpiente, que nada en el agua. Él hizo que arribaran al puerto puro de Kasurra troncos de cedro del país de los cedros, troncos de cipreses del país de los cipreses, troncos de enebro del país de los enebros, grandes abetos, plátanos, madera-*eranum*, grandes troncos, uno más grande que otro.

»En el país de las piedras, en el que jamás hombre alguno había penetrado, el señor Ningirsu abrió a Gudea el camino; (desde allí) él se llevó grandes piedras en bloques. Gudea proporcionó al señor Ningirsu desde el país de Madga asfalto-*abal*, asfalto-*igiengur*, yeso (y lo transportó) con naves-*ḫauna* y con naves-*nalua*, del mismo modo que las naves llevan (habitualmente), cebada del campo.

»Al gobernador, constructor del Eninnu, le ayudaron todas las cosas grandes: el país del cobre, desde Kimash, lo llamó a sí, extrajo su cobre y (lo puso) en grandes cestos. A aquel que construye el templo de su señor, al gobernador, le llevan desde su país (de origen) oro bruto; a Gudea le sube desde su país el metal-NE, cornalina clara de Melukhkha le esparcen, y el alabastro baja del país del alabastro.

»El pastor construye el templo con metal precioso, participa el orfebre; él construye el Eninnu con piedras preciosas, participa el joyero; él construye (el templo) con cobre y estaño: el sacerdote herrero Nintukalamma los coloca ante él, el yunque resuena para él, como un huracán ...»

Esta relativa libertad de acción de las ciudades estado puede explicar el hecho de que el dominio guti se mantuviera durante cerca de un siglo (por odioso que les pareciera a los sumerios). Su fin se debio a un episodio bélico singular, y no planteó dificultades especiales. Un rey de Uruk, Utu-khegal (el único de la «quinta» dinastía de Uruk) movilizó moral y militarmente a sus súbditos, se enfrentó en campo abierto con el ejército que había enviado a su encuentro el rey guti Tirigan (que había

subido al trono hacía apenas un mes), y lo derrotó. Tirigan huyó a la ciudad de Dubrum, pero allí encontró la muerte. El dominio guti, al no poder contar con el apoyo de una población desperdigada que debía ser muy minoritaria, se desvaneció sin dejar rastro. Tras su victoria, Utu-khegal se hizo con el control de las ciudades mesopotámicas, pero no fue capaz de mantenerlo durante mucho tiempo, porque bien pronto fue suplantado por el *ensi* de Ur, Ur-Nammu. Éste, en cambio, creó una organización política mucho más sólida y duradera, en la que el particularismo de las ciudades estado sumerias y la aspiración al dominio universal hallaron un marco adecuado.

2. El imperio de Ur III: formación y organización

Ur-Nammu, antiguo gobernador de Utu-khegal en Ur, suplantó a este último y se puso al frente del país con el título de «fuerte, rey de Ur, rey de Sumer y de Akkad». En el pasado, la ampliación del poder más allá del radio de influencia de la ciudad se consideraba una suma de distintos poderes locales (Sargón todavía alardeaba de haber unido en su persona los atributos de *en* de Uruk y *lugal* de Kish). Luego, a partir de Naram-Sin, pasó a formar parte de la idea de un «imperio universal» (rey de las cuatro partes del mundo). Ahora, con Ur-Nammu, el planteamiento es regional, con sus implicaciones etnolingüísticas. Sumer es la zona meridional, los nombres de sus ciudades no aparecen, y Akkad representa ahora el norte, asumiendo una posición que antes le había correspondido a Kish. Por lo tanto, Ur-Nammu quiere decir que su soberanía se extiende sin fisuras por la Mesopotamia central y meridional, que las aspiraciones expansionistas y universalistas no están en primer plano, y el papel de las ciudades aisladas es secundario.

Las ciudades del reino de Ur pierden su milenaria autonomía (que no es lo mismo que su independencia intermitente). Al frente de cada ciudad sigue habiendo un *ensi*, pero este título no designa ya a un dinasta local, administrador por cuenta del dios de la ciudad. Ahora se trata de un funcionario de carrera designado por la capital, administrador por cuenta del rey de Ur. Por algo Ur-Nammu y sus sucesores, entre las innovaciones introducidas en la monarquía por los acadios, mantienen la de la deificación, aunque deja de ser un hecho heroico y se convierte en un hecho administrativo y de culto. Los reyes divinos de Ur pretenden arrebatar a los dioses ciudadanos la posesión ideal del país, para concentrar en sus manos toda la organización productiva y redistributiva, aunque luego, inevitablemente, tienen que delegarla en los dioses ciudadanos y *ensi* locales, dada la amplitud de dicha organización. Este proceso de centralización es muy importante en el plano ideológico y difícil de llevar a la práctica. La sustitución de los reyes locales por funcionarios centrales provoca fricciones e intervenciones dolorosas. Pero apenas hay rastro de nada de esto en la documentación (exceptuando la mención de la victoria sobre el *ensi* de Lagash), que presenta los hechos consumados: los reyes de Ur prefieren olvidar sus victorias sobre las ciudades sumerias, presentándose como adalides de una Mesopotamia unida y en paz.

Las inscripciones de Ur-Nammu hablan de actividades pacíficas: construcción de templos y *ziqqurats* (en el propio Ur, en Nippur, etc.), excavación de canales (que van de unas ciudades a otras), ordenación de territorios agrícolas, y apertura de ru-

LIBER

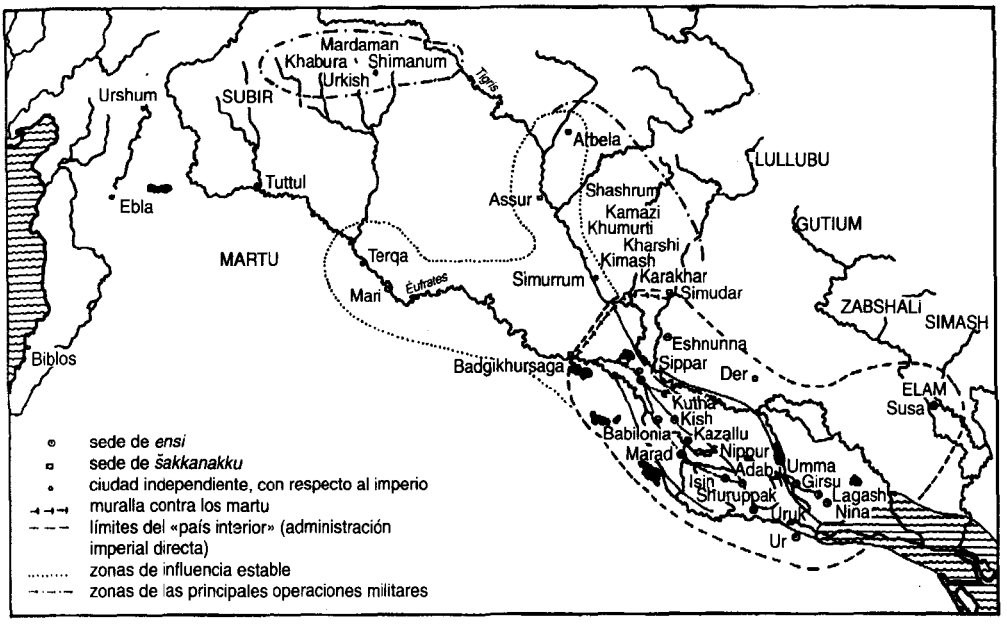


FIGURA 54. El imperio de la III dinastía de Ur.

tas comerciales. En los documentos administrativos empieza a perfilarse esa organización homogénea del reino que será precisada por su sucesor. Un elemento importante de esta obra de organización es la publicación de un código de leyes (la formulación del prólogo no deja claro si debemos atribuirlo a Ur-Nammu o a su sucesor Shulgi). Aunque su formulación deriva de los edictos de reforma anteriores, este código (el primero que se conoce) va mucho más lejos, con un planteamiento distinto. Ya no se trata de remediar los desajustes que se hayan podido producir, sino de organizar el modo de administrar la justicia de una forma sistemática y estable. Hay un evidente afán reformador: Ur-Nammu fija la medida normalizada del *sila* (capacidad), la mina y el siclo (pesos), establece las indemnizaciones que hay que pagar en caso de homicidio, delitos sexuales y distintos daños. Del esporádico edicto de reforma se pasa al código orgánico, mientras se mantiene la autoalabanza del rey, que ha restablecido la «justicia y rectitud» en el país, ha impedido abusos, ha concedido «libertades» y, en general, puede alardear de un reino bien organizado. No menos importante es la redacción de un catastro general del reino, en el que las provincias están medidas y delimitadas con fronteras precisas, y sometidas a la gestión de los dioses y los funcionarios imperiales.

La expansión y organización del reino de Ur-Nammu se consolidan con su hijo Shulgi, que en la primera mitad de su reinado sigue presentándose como un pacífico constructor y administrador, tanto en las inscripciones votivas y de fundación como en las fórmulas de datación. En sus himnos de autoalabanza Shulgi insiste en sus dotes pacíficas, sus aptitudes como escriba (sabe escribir en sumerio y acadio, y hablar las cinco lenguas del mundo), juez, administrador y constructor; también insis-

LIBER

te en su fuerza física y en su valor militar, utilizados para defender el país de Sumer y Akkad en su conjunto de los ataques de los bárbaros montañeses del norte. Paz y justicia en el interior («ciudades no he destruido, murallas no he derribado» es su alarde emblemático), fuerza victoriosa en el exterior.

En efecto, tras la reorganización del ejército (año 20) y la redacción de un nuevo catastro (año 21), la segunda mitad del reinado de Shulgi está dedicada a una serie de campañas militares en el norte, contra las tierras que forman un arco desde el Diyala al Khabur, entre el llano y las montañas: Karakhar, Simurrum, Kharshi, Kimash, Khumurti y Shashrum. Detrás de esta franja de lengua hurrita (por eso se habla de «guerras hurritas») se encuentran los amenazadores montañeses lullubi, y hay que defenderse de ellos. Pero en la franja en cuestión hay tierras agrícolas y ciudades importantes (desde las asirias Urbilum y Nínive hasta Urkish, en la zona del Khabur), y al imperio de Ur le interesa incorporarlas a su territorio. La repetición de las expediciones a las mismas zonas demuestra que el problema de la seguridad de la «frontera hurrita» y el control de la Alta Mesopotamia era muy difícil de resolver de una vez por todas. Pero, para justificar su título de «rey de las cuatro partes del mundo», Shulgi aplica una política de ampliación más allá del núcleo Sumer-Akkad, para tenerlo bien protegido y recuperar el control de las rutas comerciales gestionadas por los tres «puestos avanzados» clásicos: Susa hacia el este iraní, Asiria hacia el norte y Anatolia, y Mari hacia Siria.

En la zona occidental también hay nómadas sin civilizar más allá de unas ciudades similares a las de Mesopotamia. En este caso los nómadas no son montañeses, sino pastores de la estepa, los martu (amorritas) de lengua semítica occidental. Los sucesores de Shulgi, su hijo Amar-Sin y su nieto Shu-Sin, tienen que continuar la labor en el frente hurrita, pero sin perder de vista el frente amorrita. La neta distinción que existe en el mapa mental neosumerio, entre país interior (Sumer y Akkad) y periferia turbulenta, se materializa en la construcción de un muro que atraviesa la llanura un poco más al norte de Akkad, y sirve para mantener a raya a los martu. Es una pequeña «muralla china», cuya réplica más apropiada es el «muro del príncipe» que, más o menos en la misma época, se está construyendo en el Egipto de la XII dinastía, para hacer frente a los nómadas procedentes de la región siropalestina que presionan en dos frentes contra las dos áreas de mayor concentración agrícola y urbana.

Los reyes de Ur, lo mismo que los de Akkad, dedicaron monumentos celebrativos en los templos, y también sabemos algo de ellos gracias a las copias realizadas en la época paleobabilonia. Una colección de inscripciones de Shu-Sin confirma la impresión antes esbozada: el triunfalismo celebrativo ya no va dirigido contra las ciudades de la llanura, ni tampoco demasiado contra otros centros urbanizados —elamitas o sirios—, sino más bien contra los pueblos «bárbaros» y levantiscos de las sierras y estepas, que según los estereotipos neosumerios (similares a los protodinásticos) carecen de los rasgos fundamentales de la civilización, llegando a dudar que posean los requisitos mínimos de la humanidad. Shu-Sin derrotó sobre todo a Simashki, importante región de la confederación elamita.

El imperio, que llega a su máxima extensión a mediados del reinado de Shulgi, todavía está intacto a comienzos del de Ibbi-Sin, cuando empieza la decadencia. Son cincuenta años de administración homogénea y paz interior, que contribuyen a convertir la Baja Mesopotamia en una entidad étnica y cultural inseparable, al margen

LIBER

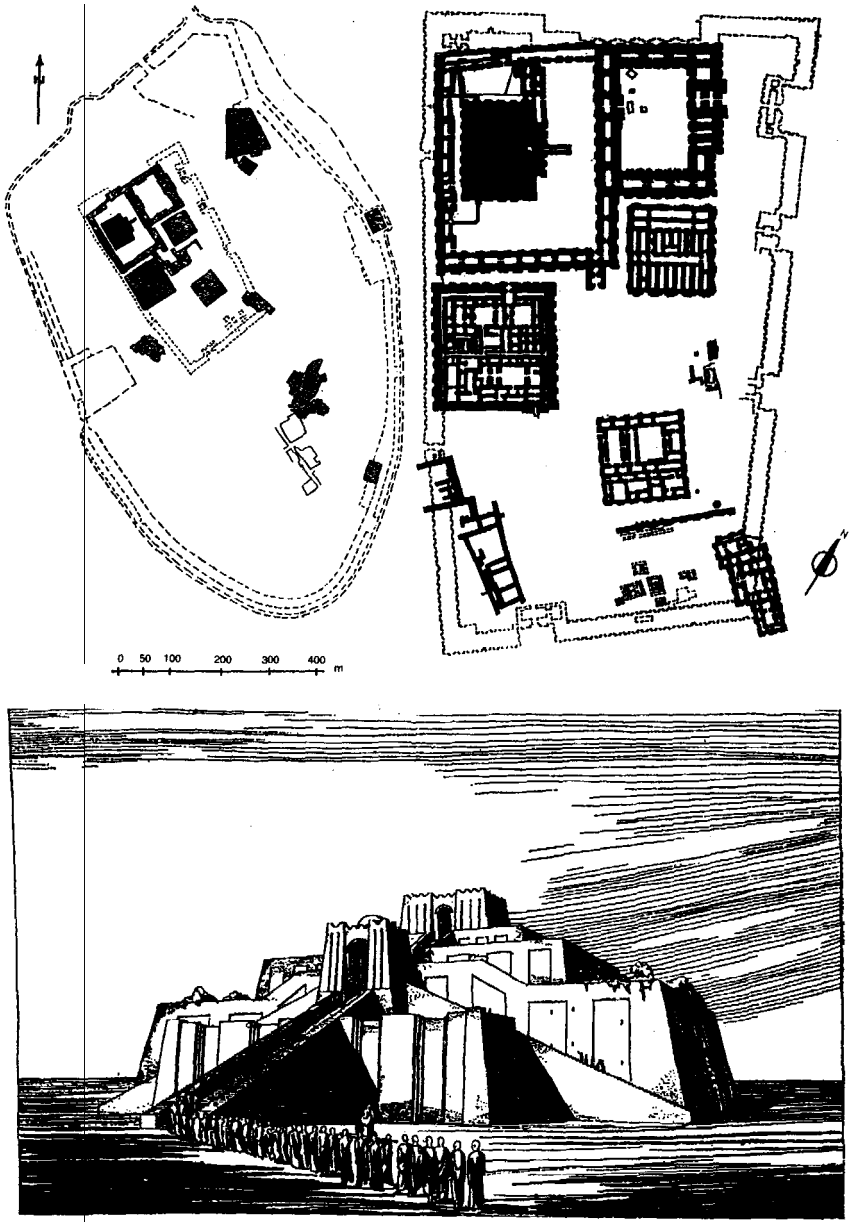


FIGURA 55. Ur en la edad neosumeria. *Arriba, a la izquierda*, planta esquemática de la ciudad; *derecha*, el *temenos* en la época de la III dinastía de Ur. *Abajo*, la *ziqqurat* de Ur-Nammu.

LIBER

del siempre posible fraccionamiento político. Se consolida la idea de que sólo puede haber una realeza (la «lista real sumeria» está redactada con arreglo a esta idea), y de que la verdadera separación política no está entre una u otra ciudad, ni entre sumerios y semitas, sino entre este conjunto unificado y el mundo bárbaro de alrededor.

3. La administración y la economía

A pesar de la turbulencia de las zonas periféricas, durante la III dinastía de Ur la llanura bajomesopotámica comprendida entre el «muro del país» (o «muro de los martu») y el golfo Pérsico disfrutó de un periodo de gran prosperidad, que probablemente había empezado ya con la semiautonomía de las ciudades sumerias bajo los guti. Las destrucciones provocadas por los acadios y las recientes incursiones de los pueblos exteriores dejaron su huella, de modo que el esquema de asentamiento establecido a comienzos de Ur III (que permanecerá estable durante todo el periodo paleobabilonio) es en parte distinto del esquema del Protodinástico II-III y de Akkad. Como rasgo estructural, hay una crisis evidente de los asentamientos menores (tanto de las comunidades de aldea como de los puestos administrativos alejados del centro), por dos causas concomitantes: la incursiones de los pueblos exteriores, amorritas o guti, afectan más a las aldeas indefensas que a las ciudades amuralladas, y provocan la concentración de la población en los centros urbanos; además, el tipo de propiedad rural y la gestión de las tierras se inclina claramente hacia el polo del estado/templo, que ya no cuenta con las prestaciones en trabajo de los aldeanos «libres», sino más bien con una clase de asalariados sin propiedad, que también gravitan en torno a las ciudades. Pero en conjunto la población aumenta, y alcanza su máximo histórico para toda la antigüedad preclásica.

Algunas de las ciudades que durante el periodo Protodinástico habían sido muy importantes se encuentran ahora en plena decadencia, sobre todo en el sur (Eridu, Uruk y Shuruppak). Otras, como Umma, Larsa e Isin, aumentan de tamaño, mientras que otras hacen su aparición como centros administrativos de cierta relevancia, como Babilonia y otras ciudades norteñas. El centro de gravedad se desplaza hacia el norte, y la situación entre las dos zonas de Sumer y Akkad está equilibrada —algo que el tratamiento de los reyes se apresura a reconocer. En cambio, la apertura de nuevos canales y la consiguiente ventaja de unas rutas sobre otras provoca desplazamientos en el eje este-oeste (sobre todo hacia el oeste, siguiendo el milenario desplazamiento del Éufrates hacia Occidente). Esta ingente obra de reestructuración urbanística e hidrológica está puntualmente reflejada en la documentación escrita, que reseña la construcción de numerosos templos, murallas y canales. La actividad constructora, iniciada por Ur-Nammu y continuada por sus sucesores, afecta a varias ciudades (empezando por el prestigioso Ekur de Nippur), pero se concentra sobre todo en la capital. Aquí toma forma definitiva el gran recinto sagrado, que incluye a los principales santuarios de la ciudad y está dominado por la *ziqqurat* (torre sagrada escalonada), erigido por Ur-Nammu, que tendrá una larga historia de reconstrucciones y ampliaciones hasta la edad neobabilonia. La población total de Ur se estima entre 200.000 y 360.000 personas.

El aumento demográfico y la ordenación urbanística se apoyan en la producción

DOCUMENTO: AGRICULTURA NEOSUMERIA.
EJEMPLO DE CATASTRO CON LAS MEDIDAS DE UNA TIERRA (DIVIDIDA EN CUATRO PARCELAS) Y ESTIMACIÓN DE LA COSECHA

«[1.] 660 GAR el lado largo, 77 GAR el lado corto, 78 *iku* de adición, 12,75 *iku* de detracción: (en total) una tierra de 573,50 *iku*. (De éstos:) 91,25 *iku* a 60 (sila = litros, de cosecha por *iku*), 44,50 *iku* a 180, 38 *iku* a 300; 399,75 *iku* están vacíos. Cebada (a descontar = 2/3 de la cosecha) 16.590 litros. Ur-Šhulpae es el escriba.

»[2.] 670 GAR el lado largo, 50 GAR el lado corto, 9,50 *iku* de adición, 58,50 *iku* de detracción: (en total) una tierra de 286 *iku*. (De éstos:) 30 *iku* a 180 (litros por *iku*), 42 *iku* a 120, 49,50 *iku* a 60; 170,50 *iku* están vacíos. Cebada: 8.740 litros. Ur-Shaga hijo de Baada es el escriba.

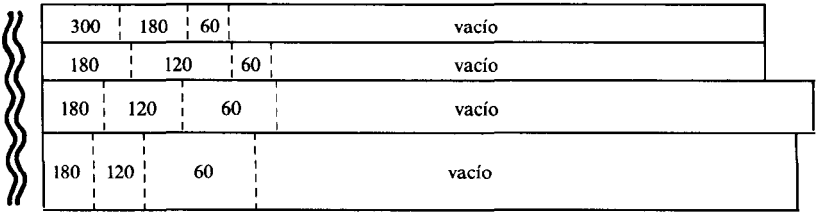
»[3.] 630 GAR el lado largo, 36 GAR el lado corto, 15,50 *iku* de adición, 0,75 *iku* de detracción: (en total) una tierra de 241,50 *iku*. (De éstos:) 37,75 *iku* a 120 (litros por *iku*), 31,75 a 180, 14 *iku* a 60; 158 *iku* están vacíos, Cebada: 7.390 litros. Ur-Minmug es el escriba.

»[4.] 630 GAR el lado largo, 34,50 GAR el lado corto, 15,50 *iku* de adición, 1,25 *iku* de detracción: (en total) una tierra de 234,50 *iku*. (De éstos:) 25,50 *iku* a 120 (litros por *iku*), 27,25 *iku* a 180, 15,50 *iku* a 60; 166,25 *iku* están vacíos. Cebada: 5.930 litros. Lu-Suen hijo de Ur-bagara es el escriba.

»Dada tomará la entrega (de cebada). (Nombre de la) finca: Lugalnamuruna. (Intensidad de la siembra:) 11 surcos por GAR. Supervisor: el sacerdote de la diosa Nin-MAR.KI. Bajo la responsabilidad de Baa.

»Año después de aquel en que Kimash fue destruido (= 47.° de Shulgi).»

La representación gráfica (sin tener en cuenta las adiciones y detracciones, que no se pueden situar y tienen poca importancia) presenta un paisaje agrario de «parcelas largas» típico de la colonización planificada, a lo largo de las acequias. Unos dos tercios del terreno son improductivos.



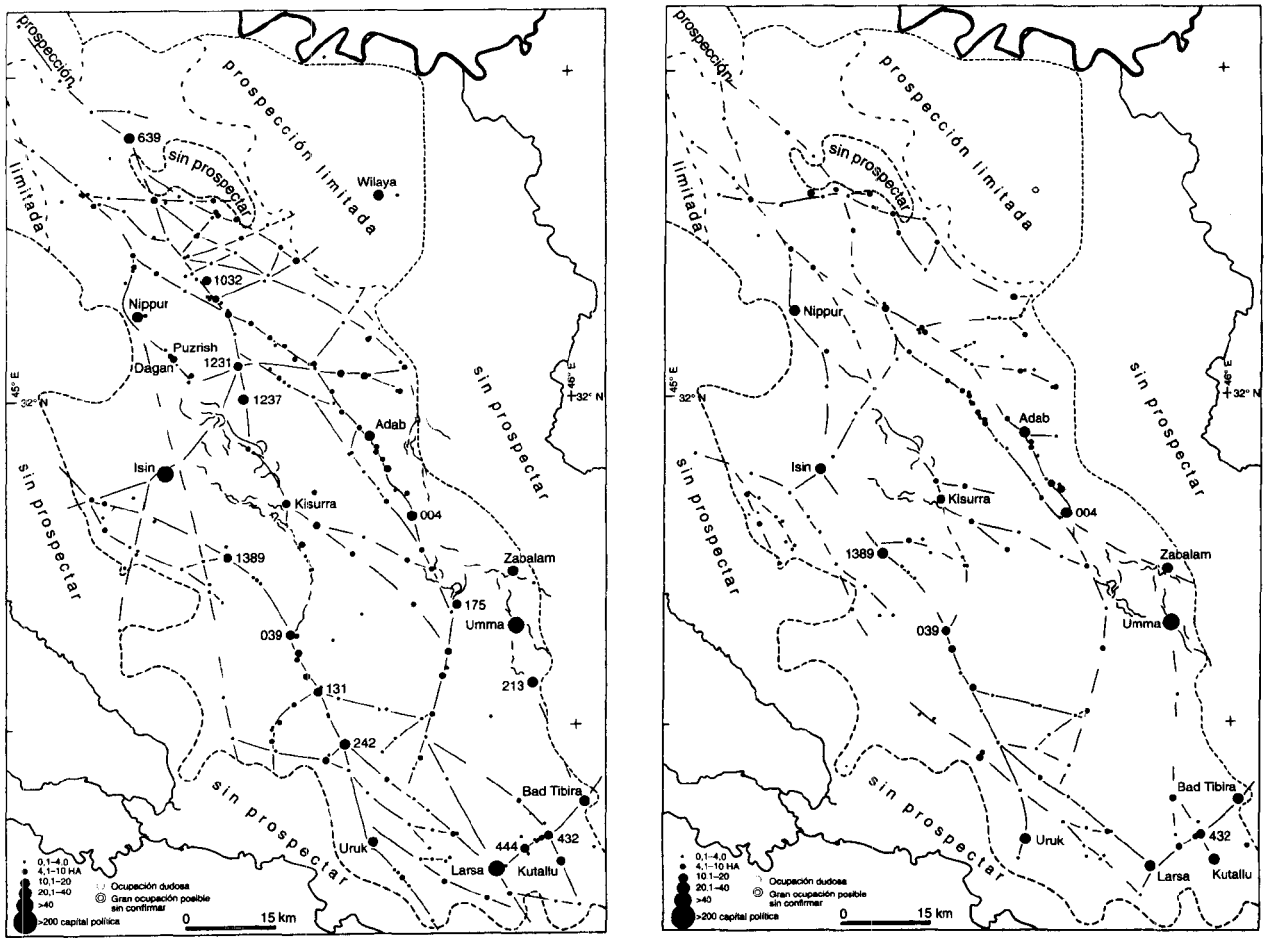


FIGURA 56. Ocupación de la Baja Mesopotamia de 2100 a 1600. *Izquierda*, periodos Ur III e Isin-Larsa. *Derecha*, periodo Paleobabilonio.

LIBER

agrícola del país. No es ninguna novedad, como tampoco lo es la intervención estatal para mejorar las infraestructuras hídricas y la nueva colonización. Pero lo más innovador de la III dinastía de Ur (y en este sentido parece que el mérito corresponde sobre todo a Shulgi) es un evidente afán de racionalización y unificación de la gestión administrativa de la economía. Un dato externo, pero importante, es el claro aumento cuantitativo de los textos administrativos neosumerios, comparados con los de cualquier otro periodo (anterior y posterior, hasta la edad neobabilonia), y su marcada uniformidad en todas las provincias del imperio, si se exceptúan algunos caracteres locales. Además del aumento cuantitativo, hay un aumento cualitativo en el afán por lograr que cuadren la previsión y el resultado, el trabajo empleado y el producto obtenido, mediante el uso sistemático de parámetros fijos. En una palabra, hay una clara intención de aumentar la «racionalidad económica», única manera de gestionar de forma eficaz y homogénea un imperio de dimensiones sin precedentes.

Los «imperios» anteriores eran esencialmente redes de flujos comerciales y relaciones políticas que sin duda tenían capacidad de centralización y subordinación, pero no gestionaban de manera directa los recursos. Ahora los reyes de Ur pretenden gestionar directamente los recursos de todo el imperio, que ya no está dividido en reinos ciudadanos tributarios, sino en simples «provincias». A la cabeza de cada provincia hay un gobernador nombrado por el rey (*ensi*), que se apoya en una burocracia homogénea. Esta burocracia, cuyos altos cargos se pueden intercambiar y trasladar (los miembros inferiores son inevitablemente de origen local), se mantiene unida gracias a un intenso ir y venir de mensajeros reales. Las habilidades de Shulgi como escriba y administrador sirven de modelo a sus funcionarios, y forjan su espíritu de cuerpo. Evidentemente, la unificación y racionalización de los procedimientos administrativos se basa en numerosas experiencias locales y en precedentes acadios, y se lleva a cabo sumando las anteriores burocracias del templo y el palacio. Y en lo que respecta a las propiedades gestionadas, el papel unificador del rey-dios (innovador y distinto de su precedente acadio) lleva a una subsunción teórica de todas las «grandes organizaciones» anteriores en un organismo único y, de hecho, a su nueva utilización como células del mismo. En particular, los templos son la unidad básica de gestión de la economía neosumeria.

Precisamente, se puede hacer un análisis de cada sector gracias al incremento cuantitativo y cualitativo de la documentación, aunque ésta se refiera sólo a algunas ciudades o unidades administrativas, debido al inevitable azar de los hallazgos. La gestión agrícola se puede reconstruir a partir de una serie de datos catastrales procedentes de Lagash, que se completan con textos de otro tipo. Se obtiene así un organigrama piramidal, que va desde los campesinos hasta los funcionarios, responsables de la gestión, la recaudación y el control. Aparece un «paisaje agrario» de parcelas largas (terrenos muy estrechos, con el lado largo decenas de veces mayor que el corto) pegadas unas a otras, con acceso a las acequias por el lado corto, y con rendimientos decrecientes minuciosamente calculados merced a unos parámetros fijos. La administración conoce las medidas de cada parcela (lado largo por lado corto, con sus eventuales adiciones y sustracciones). Poco antes de la cosecha, multiplicando la superficie por los parámetros, es capaz de calcular su entidad. La calidad del suelo, la incidencia de la salinización, la distancia entre los surcos, la intensidad de la siembra y la relación entre simiente y cosecha son datos que la administración fija y calcula para obtener un estrecho control de la producción. La documentación se refiere

DOCUMENTO: ADMINISTRACIÓN DE LA ECONOMÍA BAJO LA III DINASTÍA DE UR

a) Ganadería: crecimiento convencional de una manada de bóvidos en diez años. Las regularidades (nacen un macho y una hembra alternativamente, ningún animal muere, etc.) y los modestos índices de producción y reproducción (1/2 ternero al año por vaca) configuran un balance administrativo, no una situación de hecho.

	ganado										*producto*	
	hembras					*machos*						
año	lactantes	1 año	2 años	3 años	adultas	lactantes	1 año	2 años	3 años	adultos	mantequilla	queso
I	1				4	1					20	30
II	1	1			4	1	1				20	30
III	1	1	1		4	1	1	1			20	30
IV	1	1	1	1	4	1	1	1	1		20	30
V	1	1	1	1	5	1	1	1	1	1	20	30
VI	1	1	1	1	6	2	1	1	1	2	25	37,5
VII	2	1	1	1	7	1	2	1	1	3	30	45
VIII	1	2	1	1	8	2	1	2	1	4	35	47,5
IX	2	1	2	1	9	2	2	1	2	5	40	60
X	3	2	1	2	10	2	2	2	1	7	45	67,5

b) Artesanía: registro de la producción mensual de un taller palatino de alfareros, con tiempos de fabricación estandarizados por tipo de vasos.

«Total: 3 tinajas kur-KU.DU de 300 litros	trabajo para ellos: 30 días
Total: 6 tinajas *lahtan* de 300 litros	trabajo para ellos: 60 días
Total: 9 vasos de punta de 120 litros	trabajo para ellos: 54 días
Total: 40 vasos de punta de 110 litros	trabajo para ellos: 220 días
Total: 170 vasos de 30 litros	trabajo para ellos: 170 días
Total: 320 vasos de boca ancha de 30 litros	trabajo para ellos: 400 días
Total: 54 vasos de boca ancha de 25 litros	trabajo para ellos: 54 días
Total: 62 ... grandes	trabajo para ellos: ... días
Total: 145 vasos de 10 litros	trabajo para ellos: 48,3 días
Total: 6 vasos con filtro	trabajo para ellos: 6 días
Total: 6 jarros	trabajo para ellos: 4 días
Total: 12 tinajas fijas con vertedor	trabajo para ellos: 12 días
Total: 12 vasos *lam-ri*$_6$	trabajo para ellos: 6 días
Total: 85 vasos de 15 litros	trabajo para ellos: 42,5 días
Total: 3 vasos de 1 litro	trabajo para ellos: 3 días
Total: 40 vasos de 5 litros	trabajo para ellos: 13,3 días
Total: 830 vasos *sa-du*$_{11}$ de 1 litro	trabajo para ellos: ... días
Total: 12 objetos *turuna* de arcilla	trabajo para ellos: 12 días
Total: 110 vasos grandes de 1 litro	trabajo para ellos: 11 días

Total (general): 2.960,5 jornadas de trabajo (¿necesarias?)
Total (general): 3.604,3 jornadas de trabajo (¿empleadas?). Controlador: ...
Suplemento: X + 25,3 jornadas de trabajo
Fecha (mes, año) = Año 4° de Amar-Sin.»

a las tierras de gestión «pública» directa, las únicas que requieren una contabilidad precisa, dada su dimensión suprapersonal. En el caso de las tierras de gestión personal o familiar hay un vacío documental. Se trata de tierras estatales dadas en usufructo, o tierras residuales de propiedad familiar «libre», dos categorías que con el tiempo tienden a unificarse. Este vacío documental, sin embargo, no puede corresponder a un vacío real, y los textos jurídicos de la época revelan la existencia de estas tierras, que son objeto de transmisión y enajenación.

Esta misma «racionalización» (o en cualquier caso una normalización de los cálculos presupuestarios) se aplica a la ganadería lanar y bovina, documentada sobre todo en el centro administrativo de Puzrish-Dagan (Drehem), cerca de Nippur, donde se reúne el ganado antes de llevarlo al santuario central. El ganado bovino, además de animales de labor, proporciona, sobre todo, leche y derivados lácteos, como el queso y la mantequilla. Cuando la administración adjudica una manada a una unidad productiva, toma como base de partida la propia composición de la manada, y establece tanto los parámetros de su crecimiento anual, como las cantidades exigibles de leche y derivados. Los parámetros son abstractos (lo que de verdad ocurre en el interior de la unidad productiva escapa al control administrativo, y por consiguiente a nuestro conocimiento). De forma convencional, se calcula que las vacas no mueren nunca y dan medio ternero al año, y también de forma convencional se supone que los recién nacidos son alternativamente macho y hembra. Las cantidades de mantequilla y queso por vaca adulta se calculan con arreglo a unos coeficientes moderados, pero la administración exige esas cantidades sea cual fuere la situación real.

La ganadería ovina se destina sobre todo a la producción de lana. Cuando se entrega un rebaño a un pastor se conoce su composición, se establecen parámetros de natalidad y mortalidad, y unas cuotas de lana según se trate de ovejas o carneros, de animales pequeños o grandes. La lana es clasificada según su calidad (se distinguen media docena de lanas), para su posterior elaboración. Cada operación tiene sus parámetros, tanto las «pérdidas de fabricación» (por cardado, hilatura o lavado) como las jornadas de trabajo necesarias para realizar esas operaciones. Así, con una determinada cantidad de lana, hacen falta equis jornadas de trabajo para obtener una cantidad de hilo en medida lineal (se distingue el hilo de urdimbre del de trama). Y para obtener una pieza de dimensiones precisas se calcula el número de jornadas de trabajo necesarias, las cantidades de hilo de urdimbre y de trama necesarias, y así se puede saber el coste en trabajo y materia prima de toda la operación.

La dosificación de las materias primas, el cálculo global de las «pérdidas de fabricación» y el cálculo también global de las jornadas de trabajo necesarias también son los parámetros básicos para otros sectores artesanales en los que la mano de obra está especializada (a diferencia de la industria textil, que emplea a un gran número de trabajadores, sobre todo mujeres y de condición servil). Para el trabajo del alfarero, dado que la materia prima es barata y fácil de conseguir, se establecen los días (o fracciones) necesarios para fabricar cacharros de tipos y capacidades preestablecidos, lo que conduce a una marcada estandarización del producto. En cambio, en el caso de la metalurgia, dado que el tiempo de elaboración es más difícil de calcular y menos importante, la estandarización afecta sobre todo a la preciada materia prima: relación entre cobre y estaño, pérdidas de elaboración o peso unitario de cada tipo de utensilio, para así controlar que el metal puesto a disposición de los artesanos sea utilizado íntegra y correctamente.

El trabajo de los mercaderes, que más bien deberían llamarse agentes comercia-

LIBER

DOCUMENTO: VERSIÓN EN FORMA DE TABLA DE UN «BALANCE» DE UN MERCADER NEOSUMERIO

rúbricas	*cantidad*	*mercancías*	*valor en plata*		*anotaciones*
			siclos	*granos*	
	12,5 siclos 11 granos	plata	12	101	
	30 *gur* (= 9.000 litros)	cebada	30		segunda vez de Lu-kalla
TOTAL			42	101	(dotación)
del cual:	18.000	plumas	10	—	
	515 litros	álcali	—	120	
	12,5 litros	cebollas *ha-din*	—	75	
	17 litros	cebollas 'puras'	—	60	'compra' de Ur; recibido de Ur-Ninmar a través de Ur-Shara hijo de Lu-igi-shashag
	17 litros	cebollas aplastadas	—	60	
	250 minas	yeso	—	45	
	10 litros	betún de construcción	—	20	
	20 litros	cañafístula	—	10	
	5 siclos	plata	5	—	precio de la plata roja para colorear; Lu-kalla ha recibido
	1 siclo 20 granos	plata	1	20	precio del bronce
	20 siclos 60 granos	plata	20	60	Lu-kalla ha recibido
	51 litros	grasa de cerdo	3	174	sello de Ur-Shulpae
TOTAL			42	104	(gastos)
Crédito				3	

(FECHA:) año en que se construyó el trono de Enlil (= año 3.° de Amar-Sin).

les de la administración, es de naturaleza distinta, pero también está sometido a un control racionalizado. Los mercaderes se ponen en camino con una determinada «dotación» de mercancías de exportación, de valor conocido, o sencillamente con sumas de plata pesada. A su vuelta tienen que entregar mercancías de importación por un valor equivalente. Por lo tanto, deben rendir cuentas a la administración, que redacta un «balance» anual en el que se registran las cantidades y precios unitarios de las mercancías de salida y de entrada, su valor total, y el «resto» a crédito o a cuenta del mercader, que se sumará a la dotación del año siguiente. Estos balances anuales son una mina de informaciones, tanto sobre los tipos y cantidades de mercancías con las que se comerciaba (por lo general en el interior de Mesopotamia, pero a veces en el exterior) como sobre el sistema de «precios» comparados. No es de extrañar que este mecanismo requiera una previa normalización de los pesos, las medidas, la calidad de las mercancías y su equivalencia en términos de peso en plata. A escala local esta normalización ya tiene una larga historia, que arranca de la primera urbanización de la época de Uruk, pero ahora se extiende a escala imperial.

Tampoco es de extrañar que estas cuentas administrativas reflejen fielmente la relación entre la administración y el mercader, el artesano o el pastor, pero no reflejen tan fielmente la realidad económica. Las vacas paren más de medio ternero al año, pero también mueren, y el crecimiento real de la manada nos es desconocido. Sin duda, debemos situar los niveles teóricos calculados por la administración un poco por debajo de los reales, pues de lo contrario el sistema no tardaría en fallar. Las cantidades de lana por oveja, de mantequilla por vaca, de cosecha por semilla y de jornada de trabajo por vaso o pieza de lana son convenciones administrativas que dejan un cierto margen a los operadores. Al parecer, este margen es reducido para los campesinos y artesanos, y amplio para los mercaderes, sobre todo a causa del ritmo anual de los balances. De modo que, a lo largo del año, el mercader dispone de mercancías y plata para hacer negocios en su provecho (con transacciones comerciales intermedias y préstamos con interés), sin tener que dar cuentas a la administración. Por lo tanto, en el caso del comercio, la diferencia entre administración y realidad es bastante grande. Cuando se leen las cuentas de un balance lo que aparece es un «comercio administrado», en el que el comerciante no obtiene beneficios, ni corre riesgos, ni toma decisiones económicas. Por otro lado, es un comercio claramente enfocado al abastecimiento de materias primas que faltan en la metrópoli. Pero lo que sucede entre la partida y el regreso del mercader es otra cosa bien distinta, y puede variar bastante de unos casos a otros. Quién sabe los procedimientos de «comercio tácito», intercambio de regalos o trueque que puede haber en los países lejanos. El sistema de precios válido en Sumer y Akkad tendrá poco que ver con los sistemas de valores vigentes en la fuente de las materias primas. Los pasos intermedios entre mercaderes, las tasas de tránsito y los derechos de tanteo de las clases dirigentes periféricas, así como los posibles subcontratos de la expedición comercial, son completamente desconocidos para nosotros.

4. La cultura de los escribas

La creación, sobre todo bajo el reinado de Shulgi, de un nutrido cuerpo de escribas-administradores, encargados de la programación y el registro de la actividad económica y redistributiva del imperio, sirve para impulsar y unificar la cultura de los es-

LIBER

cribas. La actividad institucional de los escribas es administrativa, y son mantenidos por la organización estatal. Pero bajo la III dinastía de Ur las dos actividades colaterales (transmisión de la ciencia de los escribas y producción literaria) alcanzan niveles muy altos.

La transmisión de la ciencia de los escribas tiene lugar en la «escuela» (*edubba* «casa de las tablillas»). Allí unos escribas expertos (*ummia*, algo así como «profesor») enseñan a unos alumnos de varios niveles el difícil control (gráfico y nemotécnico) del repertorio de los signos y el léxico, el uso de las fórmulas administrativas y jurídicas y el estilo. La escuela, célula básica de la administración estatal, es una institución aneja al templo, a la que acuden jóvenes de la clase dirigente (*ensi* y altos funcionarios, los propios escribas, etc.). De esta forma se reproduce a sí misma, pues el dominio del arte escriturario es un requisito indispensable para acceder a la carrera administrativa y progresar en ella. El aprendizaje es duro, y la vida del *edubba* ha inspirado composiciones literarias que hablan de su entrega, la relación entre maestros y alumnos y las perspectivas de remuneración y ascenso social. En la escuela se forja un espíritu orgulloso del prestigio intelectual, de casta que detenta una técnica inaccesible a la mayoría, que proporciona a los escribas el control de la máquina gubernamental y económica del país.

Todo esto ya existía, con formas más o menos evolucionadas, en las anteriores ciudades templo. Pero ahora la unificación substancial del estado a escala panmesopotámica (después de la unificación más bien teórica de la época acadia) provoca una homogeneización de los productos del arte de escribir y un aumento de calidad, sobre todo por la claridad de concepción y exposición del esquema lógico que genera el documento administrativo. El resultado normal de la actividad de los escribas es la propia documentación administrativa. El resultado interno de la escuela es la creación y transmisión orgánica de los «instrumentos de trabajo» formulados desde las primeras fases de difusión de la escritura: las listas de signos y palabras constituyen verdaderas «enciclopedias», en las que se recoge de forma canónica todo el saber de la época.

Como productos colaterales están los que se ha dado en llamar «literarios», si bien hay que descartar la intención literaria «pura», pues los textos siempre desempeñan una función bien en el ámbito del culto, bien en el político, o bien en el más estrictamente educativo. Evidentemente, estas colecciones de material «literario» son muy importantes para nuestro conocimiento de la cultura neosumeria. El alarde sapiencial de los escribas, su pretensión de estar en posesión de todo el saber y transmitirlo a sus alumnos, ha tenido como efecto secundario e involuntario que también nos lo han transmitido a nosotros. Baste pensar en las llamadas *Geórgicas sumerias* (o de manera más realista *Almanaque agrícola*): en forma de enseñanzas de un padre a su hijo, se presenta un panorama orgánico de todo el calendario agrícola, con las operaciones a realizar y el modo correcto de realizarlas con la técnica disponible. El mismo esquema de las enseñanzas sirve a menudo de marco para las recopilaciones de proverbios y material sapiencial, muy útiles a la hora de reconstruir el clima social, no tanto del conjunto de la sociedad sumeria, como de los ambientes de la administración pública, con sus problemas de cultivar la propia imagen ante los superiores, superar rivalidades entre colegas, tener siempre un comportamiento intachable, etc. Otra forma típica de transmisión de los valores sociales dominantes es el «debate». Dos personajes (el pastor y el labrador) o dos elementos físicos per-

DOCUMENTO: HIMNO REAL DE SHULGI

«Yo, el rey, desde el vientre materno yo soy un héroe, yo, Shulgi, desde mi nacimiento soy un hombre fuerte, yo soy un león de mirada feroz, engendrado por un dragón, yo soy el rey de las cuatro regiones, yo soy un pastor, el pastor del pueblo de las "cabezas negras", yo soy el noble, el dios de todas las tierras, yo soy el hijo engendrado por Ninsun, yo soy el elegido del corazón del santo An, yo soy el hombre cuyo destino fue decretado por Enlil, yo soy Shulgi, el amado de Ninlil, yo soy aquel que es tiernamente cuidado por Nintu, yo soy el único que fue dotado de sabiduría por Enki, yo soy el poderoso rey de Nanna, yo soy el león rugiente de Utu, yo soy Shulgi, aquel que ha sido voluptuosamente elegido por Inanna, yo soy un mulo, el más adecuado para el viaje, yo soy un caballo que hace ondear su cola en la calle principal, yo soy un semental de Shakan, impaciente por correr, yo soy un sabio escriba de Nisaba.

»Al igual que mi heroísmo, al igual que mi fuerza, así mi sabiduría es completa, a sus veraces palabras yo trato de atenerme.

»¡La integridad yo amo, la falsedad no tolero, las palabras falsas yo detesto!

»Yo, Shulgi, el rey fuerte, superior a todos; como soy un hombre poderoso, que goza de la fuerza de sus flancos, yo moví mis pies y avancé por las calles del país, determiné los *danna*, construí allí casas, planté jardines a su lado, establecí lugares de descanso, puse en esos lugares a hombres con experiencia; el que viene de lo "alto", el que viene de lo "bajo", ambos pueden reponerse a su fresca sombra; el caminante que pasa la noche en el camino puede hallar allí cobijo, como en una bien construida ciudad.

»Que mi nombre sea establecido por días lejanos, que no caiga jamás en el olvido, que mi nombre famoso sea glorificado en el país (de Sumer), que mi gloria sea proclamada en las tierras extranjeras, yo, el corredor, me presenté en mi fuerza, (y) para probar (mi velocidad) en la carrera, de Nippur a los ladrillos de Ur, mi corazón me impulsó a andar, como si hubiera (una distancia) de una milla.

»Yo, el león que nunca cede en su vigor, que mantiene intactas sus fuerzas, cubrí mis flancos con el vestido *lamaḫussu*, como una paloma que ansiosamente huye de una serpiente-*šibbu*, hice girar mis brazos, como el ave-Anzu, cuando dirige sus ojos a la montaña, yo "abrí las rodillas".

»Los habitantes de las ciudades que yo fundé en el país vinieron a mi encuentro, el pueblo de las cabezas negras, numeroso como ovejas, me miró con admiración.

»Como un cabrito de montaña, que se apresura a su morada, mientras Utu desparrama la plena luz del día sobre el campo, yo entré en el Ekishnugal.

»El templo de Suen, la cuadra que produce muchísima grasa, yo llené de abundancia, bueyes yo maté, generosamente ofrecí ovejas, hice que allí resonaran los instrumentos *sim* y *ala*, hice que allí tañeran dulcemente los instrumentos *tigi*, yo, Shulgi, el generoso proveedor, presenté ofrendas de ha-

rina; en el real pedestal, revestido de terror como un león, en el palacio principal de Ninegal, yo me agaché y me bañé en agua que siempre corre, me arrodillé y celebré un banquete.

»Luego me alcé como un gavilán, como un halcón (y) volví a Nippur en mi vigor ...»

sonificados (el cobre y la plata, la palmera y el taray), elegidos como opuestos o extremos de una escala de valores, compiten entre sí ensalzando sus propias virtudes y menospreciando las del otro. Por lo general, llegan a la conclusión de que ambos tienen sus virtudes, y aquella de la que más se jactaban quizá no era tan buena, tras un examen detenido de la cuestión. El esquema del debate refleja el espíritu competitivo de una sociedad cada vez más jerarquizada y especializada, y también un intento de abordar las controversias con talante conciliador, recompensando a las funciones menos prestigiosas con la consideración social. Un intento, pues, de lograr la cohesión social.

Gran parte de la producción «literaria» se refiere directamente al culto, y se sale por tanto de nuestra exposición, pero también se advierten referencias precisas a la historia (sobre todo ideológica) del estado de Ur. Toma forma y se difunde el «himno real», que se suma al ya existente himno de alabanza a la divinidad, como consecuencia obvia de la deificación del rey. El himno real suele estar redactado en primera persona, recitado por el rey, y es una exaltada autoalabanza y autocelebración. Esta nueva forma de propaganda de la realeza es complementaria de la antigua forma de la inscripción monumental (que los reyes de Ur heredan de los de Akkad). En la inscripción real se destacan, ante todo, las victorias militares y la actividad edificadora de los reyes. En los himnos lo que se destaca son más bien sus virtudes, que pueden estar ejemplificadas con episodios, aunque éstos no tengan la especial significación que requieren las inscripciones monumentales. El cambio de estrategia celebrativa responde a una función y un público diferentes. La inscripción monumental va dirigida a un público más «externo» y amplio, ya que se expone a la vista sobre un soporte icónico, mientras que el himno va dirigido a un público más «interno» y selecto, los funcionarios que están en contacto más o menos directo con el rey.

En este ámbito restringido (funcionarios, escribas y sacerdotes) han dejado su huella algunas características de la realeza sumeria. El principal problema es la deificación de los reyes enfrentada a su mortalidad. En la época de Naram-Sin se buscaba una solución excepcional, de tipo «heroico». Ahora la solución procura adquirir tintes religiosos, implicando más directamente al mundo divino. Las bodas «sagradas» con la divinidad y la sepultura como regreso al mundo de ultratumba se convierten en elementos esenciales de la ideología real. El sepelio de Ur-Nammu o el de Shulgi son acontecimientos cargados de clamorosas implicaciones, de las que hay un amplio reflejo en los himnos del primero. Gilgamesh todavía es un modelo de rey-dios mortal, y Shulgi le considera hermano suyo, al ser ambos hijos de la misma madre, Ninsun. Pero la búsqueda de inmortalidad, más que por unas hazañas heroicas, pasa por el descenso a los infiernos, inevitablemente evidente en el momento del sepelio ceremonial del rey.

Prosigue la elaboración mitológica (que había tenido unos llamativos comienzos iconográficos y literarios durante la dinastía de Akkad) en función de los hechos presentes, pero se puede decir que con la dinastía de Ur empieza su fase descendente, cuando la función de «modelo» se desplaza visiblemente de los reyes-dioses del periodo mítico de los orígenes a los reyes históricos de la dinastía de Akkad. En la glíptica, las escenas mitológicas dan paso a una escena fija de «presentación», acompañada de una inscripción identificadora. Su estandarización, la relación jerárquica y la presencia del rey-dios refleja perfectamente el clima político del ambiente de los escribas y sacerdotes, dueños de la mayor parte de los sellos. En cuanto a la producción mitográfica, encontramos alusiones a temas dominantes de la política neosumeria, como las relaciones con los pueblos de occidente (martu), la conquista del norte (monte Ebikh y más allá), la reanudación del comercio a larga distancia o la organización del mundo agrícola de Mesopotamia. No son alusiones intencionadas (demasiado indirectas para tener eficacia), sino reflejos obvios del mundo contemporáneo en la formulación y transmisión escrita del patrimonio mítico del país de Sumer.

5. La periferia del imperio

La capacidad del imperio de Ur para consolidar su núcleo interno contrasta con su escaso poder en las regiones que lo rodean, todavía algo desestabilizadas por la intervención acadia. En parte de estas regiones se están produciendo movimientos internos que acabarán afectando a toda la llanura mesopotámica.

En el sector meridional de la meseta iraní y en el golfo Pérsico, tras la desestabilización provocada por las expediciones armadas acadias contra el sistema elamita encabezado por la dinastía de Awan, se forma un nuevo equilibrio, en el que el papel del imperio de Ur es claro, pero marginal. A mediados de su reinado Shulgi conquista Susiana, que seguirá siendo provincia del imperio con un *ensi* de nombramiento real hasta Ibbi-Sin, incluida por tanto en el «país interior» y plenamente integrada en el ámbito político y administrativo. Pero en las montañas el resto de Elam es independiente (y desde el punto de vista elamita Susa es sólo una ciudad marginal, en la frontera con Sumer). Con las regiones de Anshan (Fars), Simashki y Zabshali (al norte de Susiana) los reyes de Ur aplican una política en la que se alternan la amistad, la contención y la amenaza, que unas veces se concreta en matrimonios entre las hijas de los reyes de Ur y los reyes elamitas, y otras en expediciones militares contra ellos, pero sin llegar nunca a un verdadero control político. Es más, la necesidad de formar un frente común contra la amenaza sumeria es uno de los factores catalizadores en el ámbito elamita, donde se va consolidando la llamada «dinastía de Simashki», que no sólo se mantendrá independiente, sino que tendrá un papel decisivo en la caída de Ur.

Más allá del mundo elamita se hallan otras entidades políticas y culturales con las que la III dinastía de Ur (reduciendo visiblemente su radio de acción si la comparamos con Akkad) establece contactos sólo comerciales, y además mediatos. La principal formación política de Irán meridional al este de Anshan es Barakhshi, alcanzado de forma esporádica por el expansionismo acadio, pero esencialmente intacto, al hallarse muy apartado de la Baja Mesopotamia. Su centro corresponde a la zona

LIBER

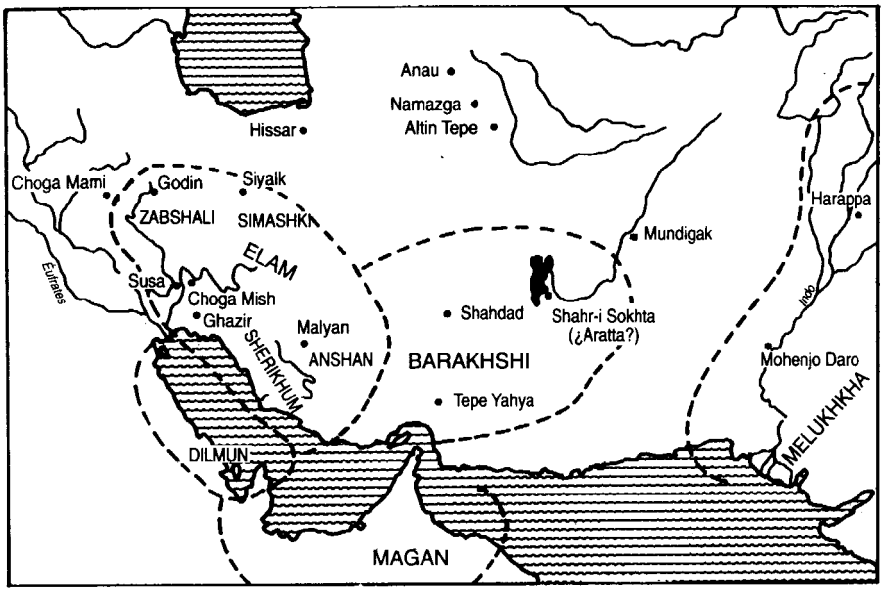


FIGURA 57. La meseta irania y la zona del golfo en la segunda mitad del III milenio.

de Kerman, e incluye yacimientos como Tepe Yahya y Shahdad. Interrumpidos los contactos militares, sigue habiendo una afluencia constante de «mensajeros» de Barakhshi al imperio de Ur, lo que demuestra la existencia de contactos comerciales (además de algún emparentamiento de las familias reales), pero más por iniciativa barakhshita que de Ur. En el horizonte económico de Ur, Barakhshi es un país lejano de donde proceden sobre todo piedras duras (ágata) y animales y plantas exóticos.

Lo mismo se puede decir de Magan, de donde procede el cobre, y de Melukhkha, que lo mismo que Barakhshi es un país lejano, lugar de productos exóticos y marginales. También en este caso el comercio (marítimo) se realiza de forma mediata y sobre todo por iniciativa de los socios orientales. El «puerto franco» de Dilmun es un lugar de encuentro que precisamente en esta época llega a su máximo esplendor urbanístico, a juzgar por los datos arqueológicos. Los mercaderes sumerios no pasan de Dilmun, y recogen allí las materias primas orientales. La iniciativa parte sobre todo de Melukhkha, coincidiendo con la influencia de la cultura del Indo en la zona del golfo, comprobada arqueológicamente. Por lo tanto, en comparación con la edad acadia hay una nueva orientación del tráfico y de las influencias políticas, con un desplazamiento del centro de gravedad hacia el este, lo que hace que Mesopotamia mantenga los contactos de forma menos agresiva y directa.

En el polo opuesto del largo pasillo mesopotámico, flanqueado por el desierto siroarábigo y las montañas iraníes, la influencia neosumeria también se extiende con formas mediatas y cada vez más difuminadas. Un puesto avanzado de las relaciones con el occidente sirio es la ciudad de Mari, que había sido tomada militarmente por Sargón y ahora está gobernada por una estirpe de gobernadores (en sumerio *šagina* y en acadio *šakkanakku*) que gozan de mayor autonomía que los *ensi*. Esta línea

de *šakkanakku* se independiza por completo con la crisis del poder acadio y durante la época de los guti. Así es como la encontramos en la época de Ur III (y hasta después de la caída del imperio), manteniendo estrechas relaciones diplomáticas y comerciales con su poderoso vecino del sur desde una posición independiente. Más allá de Mari la desaparición del imperio eblaíta ha dejado un vacío de poder que favorece la propagación de los martu, nuevas tribus occidentales de pastores semitas que se ciernen amenazadoramente sobre el núcleo central del imperio de Ur. Dentro de la creciente amorreización de Siria, algunas ciudades (que han perdido su esplendor del Protodinástico Tardío) siguen siendo autónomas, y mantienen esporádicos contactos comerciales con Ur: en los documentos administrativos de Amar-Sin se habla de mensajeros de los *ensi* de Tuttul, Ebla, Urshum y Biblos. A pesar de la terminología empleada por los escribas de Ur, estos *ensi* no dependen de la capital imperial, son dinastas locales y autónomos, y además parece que las relaciones son bastante inconsistentes.

La presencia política de Ur en el norte es más intensa. La base de Assur está plenamente integrada en el imperio, gobernada por un *ensi* de nombramiento real, pese a hallarse bastante más allá del muro y aislada en un territorio turbulento y hostil, a juzgar por las reiteradas campañas militares. El proyecto de Shulgi y sus sucesores, al parecer, es garantizar militarmente una zona de seguridad para Assur y otras ciudades situadas más al norte (en Urbilum hay un *šagina*), controlando la circulación por el Tigris y el acceso a la Alta Mesopotamia, dificultando la unión del elemento hurrita (Urkish-Nawar) y rechazando la presión de los montañeses iraníes más allá de la zona del piedemonte. Este esfuerzo parece excesivo para los fines perseguidos y los resultados, por lo menos a primera vista. Pero conviene señalar que sin el esfuerzo militar en el norte, los reyes de Ur se habrían quedado reducidos a una potencia meramente local. En busca de una cualificación «imperial», deciden que la Alta Mesopotamia es su objetivo principal. Además, es posible que en el otro extremo de este pasillo, que se mantiene abierto con tanto trabajo, los reyes de Ur entrevean sobre todo las riquezas mineras de Anatolia.

Al final del III milenio, como veremos más adelante, en Anatolia se producen desplazamientos de población, y en algunas zonas (meseta central, cuenca de Konya, Cilicia) hay una dramática despoblación urbana. Pero sigue siendo una zona de importantes concentraciones de riqueza, sobre todo en relación con la actividad minera y metalúrgica. Hallazgos como las tumbas reales de Alaca Hüyük revelan la existencia de ricas clases dirigentes locales en zonas que se mantienen al margen de perturbaciones y migraciones (zonas de presencia hatti o prehitita residual). Estas clases dirigentes, que basan su riqueza en el control de las cuencas mineras del cobre (Ergani Maden) y la plata (Bulgar Maden), pueden haber permanecido en contacto comercial con las ciudades bajomesopotámicas durante el periodo neosumerio, con lo que se mantendría una continuidad entre el interés mostrado en esa dirección por los reyes acadios y el que estará ampliamente documentado en la época paleoasiria. En papel central de Assur en el control de esta directriz comercial —desde la creación de una red comercial alternativa y contigua a la eblaíta, al final de la época protodinástica, hasta la creación de la red comercial paleoasiria— puede explicar el especial interés que demuestran los reyes de Ur por el control directo de esta ciudad, puesto imperial avanzado y aislado en una zona difícil de controlar.

LIBER

Tercera parte

EL BRONCE MEDIO

LIBER

10. LA CRISIS DE LA SEGUNDA URBANIZACIÓN

1. La caída del imperio de Ur

Al comenzar el reinado de Ibbi-Sin el imperio de Ur todavía se mantiene unido en toda su extensión, pero pronto aparecen indicios de una crisis que es al mismo tiempo política y económica. El uso de las fórmulas de datación de Ibbi-Sin en las distintas ciudades, señal de su dependencia de la capital, poco a poco se va abandonando, empezando por las más orientales: en Eshnunna en el segundo año, en Susa en el tercero, en Lagash en el quinto, en Umma en el sexto y, por último, en Nippur en el séptimo. Las ofrendas de los gobernadores provinciales a las divinidades de Ur se interrumpen en torno al séptimo año. En el sexto año se trabaja en las murallas de Ur y Nippur. Así pues, parece que hacia el séptimo año el reino de Ibbi-Sin se limita a la capital y poco más. Al mismo tiempo se producen crisis de producción agrícola y desabastecimiento de las ciudades. Los precios de los principales productos se disparan debido a su escasez.

Los textos administrativos reseñan estos hechos, y los textos literarios que describen la crisis dan una explicación doble: se habla de calamidades naturales, como las crecidas insuficientes del Tigris y el Éufrates, que dificultan la irrigación, con la consiguiente carestía. También se habla de incursiones de los pueblos bárbaros, por un lado los martu (también llamados tidnum), que evidentemente han franqueado el muro levantado para detenerles, y por otro los pueblos de Gutium y Simashki bajados de los Zagros, que devastan las ciudades del centro (Kish y Adab) y llegan hasta el extremo meridional (Eridu). Por último, la incursión elamita siembra la destrucción en la provincia más expuesta, Lagash. Una colección de cartas reales conservadas en copias paleobabilonias (que para los escribas posteriores son una especie de «fuente historiográfica», lo mismo que las colecciones de inscripciones reales) también está centrada en esta fase de disgregación del poder central. Un funcionario de Ibbi-Sin, Ishbi-Erra (oriundo de Mari), enviado al norte, a la zona de Isin y Kazallu, para conseguir grano y abastecer la ciudad, escribe al rey que le es imposible cumplir su misión porque «los martu todos ellos han entrado en el país, conquistando una por una todas las grandes fortalezas». Por consiguiente, solicita que le encarguen de la defensa de Nippur e Isin.

Ibbi-Sin no es capaz de afrontar personalmente el peligro y la disgregación, y delega en Ishbi-Erra, quien aprovecha la situación para declararse independiente. Si las incursiones de los guti y los amorritas suponen destrucción y ocupaciones mo-

LIBER

DOCUMENTO: «LAMENTO SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE UR» (EXTRACTO)

«En aquel día el viento (favorable) fue alejado de la ciudad, esa ciudad en ruinas;
oh padre Nanna, esa ciudad fue reducida a ruinas — el pueblo se lamenta.
En sus grandes puertas donde iban de paseo, cadáveres yacían por doquier;
en sus amplias calles donde se celebraban las fiestas, fueron asaltados cruelmente.
Aquel que estaba cerca de las armas, fue muerto por las armas — el pueblo se lamenta.
Aquel que huyó de las armas, fue abatido por la tempestad — el pueblo se lamenta.
Ur: los débiles y los fuertes murieron de hambre;
madres y padres que no habían abandonado sus casas fueron arrollados por el fuego;
los niños que estaban en el regazo de sus madres fueron arrastrados por las aguas como peces;
las madres que amamantaban, sus pechos fueron abiertos con la fuerza.
El juicio del país acabó — el pueblo se lamenta.
El consejo del país fue disuelto — el pueblo se lamenta.
La madre dejó a la hija — el pueblo se lamenta.
El padre se alejó del hijo — el pueblo se lamenta.
En la ciudad la esposa fue abandonada, el niño fue abandonado, los bienes se perdieron.
Su (de Ur) señora, como un ave en vuelo se marchó de su ciudad;
Ningal, como un ave en vuelo se alejó de su ciudad.
Sobre todas sus posesiones, que habían sido acumuladas por el país, cayó una mano profanadora.
En todos sus almacenes de mercancías, que eran abundantes en el país, las llamas fueron encendidas.
En sus ríos el dios Gibil, el purificador, implacablemente hizo (su) trabajo.
La alta inaccesible montaña, Eresh-shir-gal,
su justa casa, fue derribada con grandes hachas.
Los suteos y los elamitas, los destructores,
la justa casa ellos destruyeron con el pico — el pueblo se lamenta.
Su señora grita: "¡Ay de mi ciudad!", grita: "¡Ay de mi casa!
¡Por mí, la señora, mi ciudad ha sido destruida, mi casa también ha sido destruida!
¡Oh Nanna, Ur ha sido destruida, su pueblo ha sido destruido!"
—(Este es) el sexto canto—
En su morada, en su redil, la señora pronuncia amargas palabras:
"¡La ciudad es destruida por una tempestad!"
—(Este es) su estribillo—.»

mentáneas, la ocupación de los elamitas en el este y la autonomía en el norte bajo el nuevo reino de Isin reducen el imperio a una entidad política de radio ciudadano. Es difícil decir por qué Ibbi-Sin no opone una eficaz resistencia militar, como tampoco está claro hasta qué punto los factores económicos de la crisis son anteriores o posteriores a los políticos y militares. Los textos literarios lo colocan todo en el mismo plano, presentando los distintos elementos de la crisis como el resultado de una decisión general de los dioses de abandonar a sus ciudades y provocar el fin de Ur. Y ello no por ningún «pecado» de Ur, sino sencillamente porque «¡a Ur le ha sido asignada la realeza, pero no un reino eterno! Desde los tiempos antiguos, cuando la tierra fue organizada, desde que la gente se multiplicó, ¿quién ha visto un reino cuyo poder fuera eterno?».

Ibbi-Sin sigue reinando durante mucho tiempo (25 años), hasta que llega el golpe de gracia. Un ataque elamita a la capital obliga a Ibbi-Sin a encerrarse dentro de las murallas. El asedio se prolonga, y la ciudad capitula por hambre. Los elamitas irrumpen en la ciudad y saquean sus inmensas riquezas, profanando hasta los más venerables santuarios. Ibbi-Sin es hecho prisionero y llevado a Susa. Durante algún tiempo permanece en Ur una guarnición elamita, hasta que el cambio de actitud divina (esta es la explicación ideológica de la época) permite que la ciudad sea «liberada» por Ishbi-Erra y reconstruida. En la tradición posterior, recogida en las colecciones de presagios, el nombre de Ibbi-Sin es sinónimo de desgracia y destrucción: «presagio de Ibbi-Sin, bajo cuyo reinado Elam convirtió Ur en un montón de ruinas», «presagio de Ibbi-Sin que significa destrucción».

La destrucción de Ur, que hasta pocos años antes había sido la capital del imperio y la ciudad más poderosa del mundo, causó una enorme impresión. El *Lamento por la destrucción de Ur* es un texto muy largo, escrito cuando los acontecimientos aún son muy recientes, pero ya ha comenzado la reconstrucción de la ciudad y su renacimiento político (el texto termina precisamente «profetizando» ese renacimiento). El poema hace una interpretación orgánica de los hechos, en sentido teológico. Detrás del enfoque teológico aparecen muchos datos históricos dignos de crédito, y sobre todo una visión de la crisis en dos tiempos: el primero con la crisis general del imperio (descrita ciudad por ciudad), y el segundo con la destrucción de la capital. En ambos casos salen a relucir todos los aspectos de la crisis: ecológicos, productivos, jurídicos, religiosos, políticos y militares.

La interpretación teológica atribuye el desastre a una decisión de la asamblea de los dioses, que una vez tomada no se puede cambiar (pese a la reiterada y angustiosa intervención del dios lunar Nanna-Sin a favor de su ciudad) hasta que no se lleva a cabo, después de lo cual puede empezar una nueva fase positiva. Es interesante comparar esta explicación con la referente a la crisis del imperio de Akkad, no tan alejada en el tiempo. La *Maldición de Akkad* (un texto que también se redacta al principio de la época paleobabilonia) atribuye la catástrofe a los «pecados» de Naram-Sin: restaurar el Ekur, hacer caso omiso de los presagios y cometer abusos fiscales. Ambos textos tienen en común la noción de la ascensión y caída de las formaciones políticas más poderosas, pero en uno se culpa a los reyes acadios, mientras que en el otro el destino de Ur es inescrutable. Lo cual indica que la dinastía de Ur, a ojos de los sacerdotes y escribas del sur, respondía mucho mejor que la de Akkad a las expectativas y criterios de justicia y buena administración del país, librándose del juicio negativo de la teología de la historia.

LIBER

2. Los martu: los nómadas y su papel

Los nómadas semitas occidentales, llamados martu en sumerio y amurru en acadio (de ahí el nombre de «amorritas») juegan un papel esencial en la decadencia y caída del imperio de Ur. Desde hacía milenios se había establecido una relación entre las ciudades y las tribus de pastores, cuyas formas se fueron adaptando a las nuevas realidades organizativas y económicas. En la llanura mesopotámica (al igual que en el valle del Nilo) el predominio territorial y político de las ciudades y de la economía agrícola, así como la propia ordenación hidrológica, habían marginado a los nómadas, convirtiéndolos en elementos «exteriores». La ganadería se había vuelto sedentaria, o por lo menos, allí donde persistía la trashumancia, se había integrado en la economía de la ciudad, quedando subordinada a ella. En cambio, en la franja siropalestina, las condiciones ecológicas habían conservado un sistema más complejo y variado. Allí las «islas» de urbanización y explotación agrícola surgían en medio de zonas de monte y pastos o de estepa semiárida, que no eran adecuadas para la existencia de núcleos consistentes de urbanización. La notable expansión de la «segunda urbanización» a finales del tercer milenio por zonas ecológicamente difíciles —situadas en el límite entre la franja con suficientes precipitaciones, que permitían la agricultura de regadío, y la zona semiárida— se detuvo y sufrió un claro retroceso. Nos resulta difícil precisar si este retroceso se debió al fracaso de una urbanización marginal, cuyos costes eran demasiado elevados para los rendimientos agrícolas, o si pudo haber influido un empeoramiento del clima (disminución de las precipitaciones). El factor climático, tildado de ahistórico, va ganando credibilidad a medida que disponemos de más datos paleoecológicos.

Esta franja siropalestina de ecología y economía «mixtas» forma un arco y se prolonga en la Alta Mesopotamia, con unas condiciones orográficas e hidrográficas distintas, siguiendo las isoyetas. Ha sido definida como «zona dimórfica» (M. Rowton), concepto adoptado por los orientalistas para referirse a una zona de economía mixta agrícola y pastoral. Se trata de un uso impropio de un término introducido por M. Mauss para designar otro fenómeno, el «dimorfismo social», que se refiere a cuando una misma zona o población adopta dos morfologías distintas en distintos periodos del año. Nuestra «zona dimórfica» lo es en este sentido, no porque en ella se encuentren tribus de pastores, ciudades y aldeas agrícolas, sino porque la población (agropastoral integrada) posee un área de distribución concentrada en las zonas de regadío durante la estación seca estival, y desperdigada en los pastos y estepas durante la estación húmeda invernal-primaveral, siguiendo los ritmos de la trashumancia horizontal, que divide y vuelve a reunir estacionalmente a los núcleos amplios familiares y gentilicios.

El crecimiento organizativo del componente ciudadano genera un crecimiento paralelo del componente pastoral. Ya en la fase de la primera urbanización, la formación de estados ciudadanos había ampliado su dimensión política, provocando la formación (y la acción política unitaria) de tribus también numerosas. La formación de estados territoriales extensos provoca la de confederaciones tribales (o «naciones», en el sentido etnológico). Para los habitantes de las ciudades, los nómadas siguen respondiendo al estereotipo de salvajes carentes de los más elementales atributos de la civilización (casas y ciudades, agricultura y sedentarismo, tumbas y culto). Pero las naciones pastorales no sólo tienen su propia cultura, sino también una importan-

LIBER

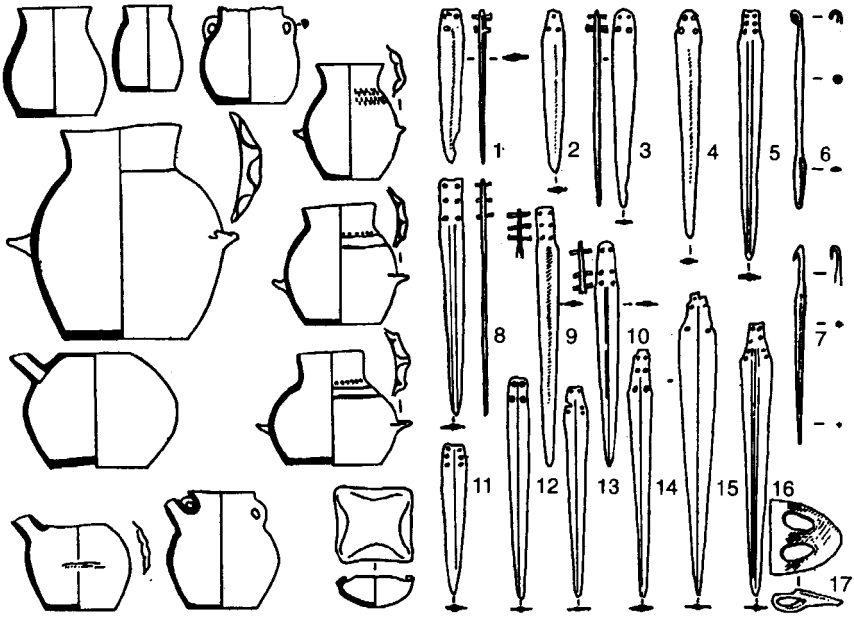


FIGURA 58. Cerámica y armas del periodo Bronce Intermedio Antiguo/Bronce Medio, de la necrópolis de Jericó.

te dimensión política y organizativa, que aparece con claridad cuando la documentación permite conocer sus aspectos reales, al margen de los estereotipos etnográficos antiguos.

El componente pastoral en el área siropalestina, y más tarde en la altomesopotámica, se identifica claramente en el plano lingüístico (que conocemos por los nombres propios) como una población semítica occidental, distinta de la «oriental» de los acadios. Antes del descubrimiento de los archivos de Ebla se podía pensar que en el periodo Protodinástico (o, en términos arqueológicos, en el Bronce Antiguo) el componente semítico occidental ocupaba toda la franja siropalestina. Pero estos archivos revelan que el centro y norte de Siria estaba ocupado por un pueblo cuya lengua (llamada convencionalmente «eblaíta») era distinta del acadio y del amorrita. Se trata de una lengua básicamente occidental, pero su escritura está muy influida por su proximidad y parecido con el elemento acadio, que prevalece en Mesopotamia central («tradición de Kish»). Así pues, el componente amorrita es secundario, aunque pasa a ser hegemónico tras la caída del sistema político eblaíta. Su penetración en Mesopotamia es posterior, y debe esperar a la caída de Ur III para propagarse.

Este carácter secundario del elemento amorrita en la propia Siria replantea, de forma actualizada, la vieja cuestión de los «orígenes» semitas, es decir, la existencia de una zona que sirvió de reserva para la difusión de pueblos con dialectos semíticos hacia las zonas agrícolas y urbanizadas de Oriente Próximo. Habría que buscar esta reserva hacia la frontera suroccidental de Oriente Próximo, que sigue en el área nodal entre las tierras agrícolas y las tierras semiáridas, que pasando por Palestina y

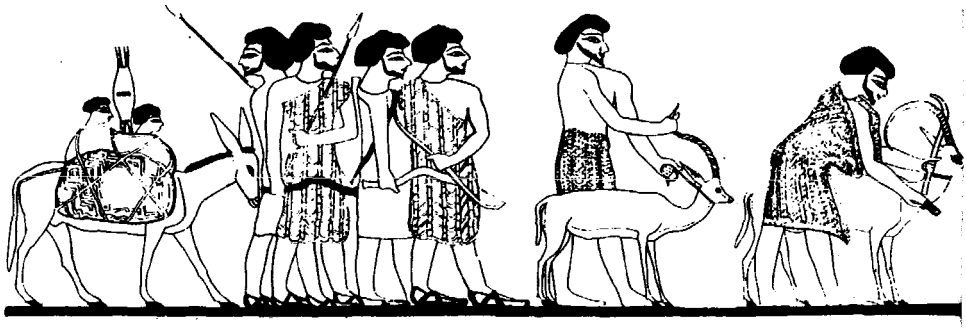


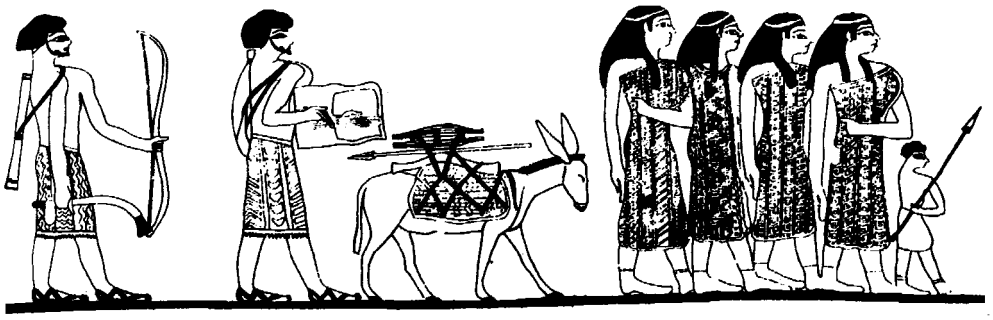
FIGURA 59. Un grupo de nómadas asiáticos ('Amu) en la frontera egipcia, *c.* 1900.

Transjordania, comprende toda Arabia occidental desde el Hiyaz hasta Yemen; unas tierras cuya exploración arqueológica para la Edad del Bronce apenas ha empezado. Desde esta frontera transjordánica y norarábiga se asoman a la documentación (escrita y arqueológica) varias oleadas o pulsaciones, que alternan con fases recesivas: desde los pastores gasulienses del Calcolítico Tardío, pasando por nuestros martu, hasta unas pulsaciones posteriores, todavía en la Edad del Hierro y más tarde.

Aparte de los estereotipos etnográficos de los escribas sumerios, varios canales documentales nos proporcionan datos de los martu. El primero es el onomástico, que nos revela las características lingüísticas (ante todo la conjugación con prefijos en *ya-*, muy distinta de la acadia en *i-*) y las propiamente onomásticas (difusión de las formas adjetivales en *-ānum*; nombres-frases de dos elementos, tanto en frases nominales como verbales, pero siempre con el teóforo en segunda posición, a diferencia de las frases de tres elementos con el teóforo en primera posición, típicas de la onomástica acadia). También nos revela, dentro de ciertos límites, algunas características de la organización tribal, en especial las relaciones de parentesco (con los elementos típicos *'ammu* «tío paterno» y *ḫālu* «tío materno»; valor del «nombre del padre» *šumu-abim*) y de la religiosidad (al principio prevalece un dios genérico, Ila, y luego hay una rápida asimilación de divinidades como Adad, Dagan, Ishtar y otras del panteón sirio).

El segundo canal documental son las noticias que aparecen en textos administrativos e históricos de la parte sedentaria. En los administrativos aparecen unos martu que realizan intercambios con los habitantes de las ciudades. Son sobre todo pastores y tropas mercenarias, pero también portadores de sus productos artesanales, sobre todo objetos de metal (como el típico «puñal martu») y curtidos. Los textos históricos relatan las relaciones entre las tribus de pastores y los estados sedentarios. Es una historia unilateral de expediciones que tratan, en vano, de rechazar a los nómadas lo más lejos posible. Los martu aparecen ya en los textos de Ebla, luego en los de Akkad y por último en los de Ur III, cuando su presión e infiltración en Mesopotamia ya es importante e implica una expansión anterior por Siria. En el otro extremo, las fuentes egipcias contemporáneas (Imperio Medio) muestran la misma preocupación por la presión de los nómadas, y las mismas medidas: expediciones de castigo contra un enemigo que es demasiado escurridizo para ser derrotado de una vez por todas y sometido al imperio, y construcción de una línea de fortificacio-

LIBER



nes que protege el delta egipcio de las incursiones procedentes del Sinaí, réplica del muro erigido por los reyes de Ur para proteger la llanura mesopotámica.

La contención de la presión de los nómadas por parte de estados sedentarios es un fenómeno recurrente, o más bien permanente, en la historia de Oriente Próximo. Se advierte una mixtificación propagandística destinada a tranquilizar a la población agrícola, puesta en evidencia por la actitud bien distinta de la documentación administrativa, que reseña las aportaciones de los nómadas a la economía y la milicia urbanas. Pero en las fases finales del III milenio hay un periodo de agudización, de creciente presión que desembocará en importantes episodios de penetración nómada en las tierras urbanizadas, tanto en Egipto, al comienzo del Segundo Periodo Intermedio, como en Mesopotamia, tras la caída del imperio de Ur.

Se han buscado también datos documentales arqueológicos de esta agudización de la presencia nómada a finales del III milenio. En esta época, Palestina (la región investigada de forma más detallada) presenta una fisonomía especial, a la que se ha llamado «Periodo Intermedio entre el Bronce Antiguo y Medio». La extensa red de ciudades del Bronce Antiguo III, que había llegado a las zonas marginales del sur y de Transjordania, desaparece de forma súbita y espectacular. Antes de que se produzca una recuperación, con la difusión de la cultura del Bronce Medio I a partir del norte y la costa libanesa, hay un intervalo en el que la documentación arqueológica procede sobre todo de las necrópolis, cuyos ajuares y costumbres funerarias han hecho pensar en tribus nómadas. En la necrópolis de Jericó encontramos grupos de tumbas diversificadas por ajuares, que corresponderían a distintos grupos tribales. Vemos también que se practicaban inhumaciones secundarias, lo cual podría deberse a los grupos trashumantes, y que había elites guerreras con un excelente armamento metálico. La tradición de los tipos cerámicos no es la misma que la de las fases anterior y posterior.

Pero la idea de que el Periodo Intermedio es una fase en la que todo el país retrocede de la urbanización al pastoreo trashumante ha sido revisada. Se han rectificado aspectos específicos del análisis, y además se han hallado muestras de continuidad de vida urbana en algunas ciudades, como Megiddo. No obstante, en lo que respecta a Palestina, que está más cerca de la «frontera» suroccidental de la urbanización, no cabe duda de que sigue siendo válida la visión de un Periodo Intermedio, caracterizado por una fuerte presencia de tribus de pastores. La extensión de este

DOCUMENTO: ONOMÁSTICA AMORRITA

1. *Frases con predicado verbal*

verbo en imperfecto:

ia-an-ti-in-e-ra-aḫ	*yantin-Yaraḫ*	'Yarakh (= Luna) da'
ia-ad-kur-AN	*yaḏkur-'El*	'El (= Dios) se acuerda'
ia-ku-un-su-mu-a-bi-im	*yakūn-śumu-'abim*	'el nombre del padre es firme'

verbo en perfecto:

ia-ba-al-^{d}IM	*yabal-Haddu*	'el dios Haddu ha llevado'

verbo en precativo:

la-aḫ-wi-ba-aḫ-lu	*laḥwī-Ba'lu*	'¡que el Señor viva!'

2. *Frases con predicado nominal*

aposición:

i-la-kab-ka-bu-ú	*'ila-kabkabuhu*	'El es su estrella'
aš-du-um-la-a-bu-um	*'aśdum-la-'abum*	'el padre es en verdad un león'

adjetivo/estativo:

a-bi-ṭa-ba	*'abī-ṭāba*	'mi padre es bueno'
ṭà-ab-su-mu-ú	*ṭāb-śumuhu*	'bueno es su nombre'

participio:

ḫa-am-mu-ra-pi	*ammu-rāpi'*	'Ammu ('tío paterno') es curador'

preposición:

ba-aḫ-di-li-im	*ba-'dī-Līm*	'(el dios) Lim está detrás de mí'

3. *Frases interrogativas*

a-ia-da-du-ú	*'ayya-dāduhu*	'¿dónde está su amado?'

4. *Frases comparativas*

a-bi-mi-ki-AN	*'abī-mi-ki-'El*	'mi padre es precisamente como El'
la-ši-el-ka-a-bi-im	*lāšū-'el-ka-'abim*	'no hay dios como el padre'

5. *Apelativo simple*

ma-si-ḫa	*maśīḫa*	'ungido'
ia-di-da / ia-di-da-tum	*yadīda / yadīdatum*	'amado' / 'amada'
qa-qa-da-an	*qaqqadān*	'testarudo'

6. *Estado constructo*

ab-di-a-mi	*'abd-Ḥamī*	'siervo de Hami ('suegro')'

DOCUMENTO: NÓMADAS Y MONTAÑESES:
LOS ESTEREOTIPOS LITERARIOS SUMERIOS

1. *Martu: los nómadas pastores de la estepa siria*

«Martu de la montaña, que no conoce cebada»; «martu, fuerza de la tormenta, que nunca ha conocido ciudad»; «habitante de tiendas»; «que no tiene ciudad, que no tiene casa»; «martu, que no conoce casa, que no conoce ciudad, fantasma que vive en la montaña»; «martu: gente que desentierra trufas en el monte, que no dobla nunca la rodilla, come carne cruda, durante toda su vida no tiene casa, y cuando muere no tiene tumba»; «martu, gente destructora, cuyos instintos son de perro, de lobo».

2. *Guti y sua: los nómadas de los montes Zagros*

«No se les puede clasificar como pueblo, no se les puede contar como (parte del) país (interior). guti: gente que no conoce ataduras, cuyos instintos son de hombre, la inteligencia de perro, el aspecto de mono»; «monos bajados de la montaña»; «dragones de la montaña»; «gente con cuerpo de murciélago, hombres con cara de cuervo»; «guti de (que provocan) lamentos, a quienes no ha sido mostrado el temor de dios, que no saben seguir correctamente los ritos y prescripciones»; «Los sua, que no ordenan sacerdotisas en los templos, cuya gente es numerosa cual hierba, cuya simiente es amplia, que viven en tiendas, que no conocen templos, que se aparean con los animales, que no saben hacer ofrendas de harina ... que profanan el nombre de dios y comen lo que es tabú».

3. *Nómadas/bárbaros sin precisar*

«Gente que no conoce metal, gente que no conoce piedras (preciosas)»; «gente que no conoce el aceite, gente que no conoce la leche»; «los dioses de la montaña se comen a los hombres, no construyen casas como los hombres, no construyen ciudades como los hombres»; «sus corazones no conocen pan de horno, sus estómagos no conocen la cerveza».

«paradigma» palestino a Siria y la Alta Mesopotamia es mucho más discutible. En Siria, desde luego, el fin de la segunda urbanización no se puede explicar únicamente con la destrucción de Ebla por parte de los reyes acadios. Se trata de un fenómeno de retroceso de la ocupación agrícola hacia zonas que reúnen mejores condiciones de agua y suelo, un típico fenómeno de «larga duración», pero que tiene su brusco comienzo al final del Bronce Antiguo. La presión tribal del sur llena los espacios vacíos, provocando esa amorreización de Siria que, con la ayuda de los datos onomásticos, se sitúa entre el final de los archivos de Ebla y la documentación de Ur III e Isin-Larsa. Pero se sabe con seguridad que en Siria perduraron los centros urbanos

supervivientes, y hay una evidente continuidad de las formas cerámicas, aunque experimentan la evolución tecnológica y de estilo que caracteriza al comienzo del Bronce Medio. En la Alta Mesopotamia el panorama es bastante similar: retroceso y dificultades de la organización urbana, penetración de los nómadas en los espacios despoblados y continuidad cultural, caracterizada por importantes cambios en la tecnología y el estilo (unos cambios que no se pueden atribuir a influencias externas, ya que se explican por evolución interna).

Así pues, la oleada amorrita, en sucesivas etapas y con tendencia a una disipación progresiva, ocupa primero toda Palestina, luego el norte de Siria y la Alta Mesopotamia, y acaba extendiéndose y perdiendo fuerza en la Baja Mesopotamia. El carácter violento de esta última etapa está bien documentado en los textos neosumerios; en cierto modo, es una necesidad de la sólida organización político-militar del imperio de Ur. Las fases anteriores pudieron ser de otro tipo, debido a la menor resistencia encontrada y a la facilidad de la penetración. Como resultado de la misma, a comienzos del II milenio encontramos un nivel onomástico amorrita bien implantado en Siria y la Alta Mesopotamia, y de forma minoritaria en la Baja Mesopotamia. En el terreno político encontramos dinastas amorritas en varias ciudades mesopotámicas y sirias, de acuerdo con el grado de amorreización a nivel étnico. De todos modos es aventurado considerar que estos dinastas tengan siempre un origen tribal directo, dada la asimilación sociocultural que se ha producido mientras tanto. Mientras que el elemento amorrita predomina en la que había sido el área de Ebla y de la «tradición de Kish», el elemento acadio predomina en la que había sido la zona sumeria. No es que la llegada de los amorritas haya provocado un desplazamiento hacia el sur de los acadios. Desde hacía ya tiempo éstos prevalecían en toda la Mesopotamia central y baja, pero las tradiciones culturales y políticas de la dinastía de Ur III habían valorado excesivamente la importancia del elemento sumerio, que era residual. La llegada de los amorritas supone una quiebra política y cultural que permite la ascensión del elemento acadio, su implantación definitiva como lengua escrita, relegando al sumerio a un papel de lengua culta y de tradición religiosa y literaria. La vieja simbiosis sumerioacádica es reemplazada por la nueva simbiosis acadicoamorrita.

3. Anatolia e Irán: la cuestión indoeuropea

El arco de tierras altas que bordea por el norte la llanura mesopotámica, desde Anatolia hasta la meseta iraní, también fue escenario de profundas transformaciones durante los últimos siglos del III milenio. En Anatolia, pese a la diversidad de situaciones regionales, hacia 2300 (principio del Bronce Antiguo III) se produce una fractura cultural, con una impresionante serie de destrucciones, que suelen ir seguidas de abandonos generalizados y una fuerte reducción del esquema de asentamientos que había caracterizado a la fase anterior. Una segunda fractura, en torno a 2000, marca el comienzo de las culturas del Bronce Medio. Durante toda la fase son objeto de especial atención los nuevos tipos de cerámica que aparecen en el oeste (en conexión con fenómenos similares en el área griega) y el este (área transcaucásica), y las sepulturas de túmulo (comparables a los *kurgan* del área comprendida entre Ucrania y el Cáucaso), muy ricas y con productos de una metalurgia avanzada. En general,

hay una clara decadencia de las ciudades del Bronce Antiguo, y el país se abre a corrientes móviles, presumiblemente pastorales, que introducen nuevas aportaciones en algunos sectores de la cultura material. La reconstrucción del tejido urbano y la consolidación de los tipos de cerámica distintivos del Bronce Medio tendrá lugar a comienzos del II milenio, como consecuencia de la integración de las nuevas aportaciones en el viejo patrimonio cultural anatólico.

Los procesos que tienen lugar en las estepas siroarábigas y en las tierras altas anatólicas, pese a su separación geográfica y sus diferencias ecológicas, son significativamente paralelos en el tiempo, y poseen aspectos análogos, como la crisis de la urbanización y la penetración de elementos «nómadas», ajenos al sistema ciudadano y palatino del Bronce Antiguo. Por lo demás, algunas corrientes culturales, por ejemplo en la metalurgia (pero también en algunos elementos cerámicos), enlazan áreas muy distantes, como Europa y Palestina. Se ha pensado que grupos de metalúrgicos o guerreros, en el ámbito de los desplazamientos migratorios de la época, pudieron ser vectores para unas difusiones que abarcan distancias lineares muy largas (por ejemplo, los «portadores de torques» de Ugarit).

Al este de la meseta anatólica, en Armenia y Transcaucasia, que habían permanecido casi al margen de la cultura urbana del Bronce Antiguo, se produce un fenómeno complementario del anatólico, la difusión hacia el exterior de elementos culturales, como los tipos de cerámica hecha a mano con el característico engobe rojinegro o negro pulimentado, y las citadas sepulturas de túmulo con ricos ajuares metálicos.

Más al este todavía, en la meseta iraní, reaparece el cuadro de la crisis de la urbanización. En algunas regiones, sobre todo en las centrales, con peores condiciones ecológicas, la gran fase de urbanización culmina precisamente hacia 2200, luego sufre una rápida crisis a la que sigue un largo periodo de abandono, con paso a formas de agregación más modestas: aldeas, grupos de pastores. Las zonas meridionales de urbanización más intensa (desde Susiana hasta Fars) permanecen al margen de la crisis, pero de todos modos en la extensa área iraní se abre un enorme «vacío» relativo, demográfico y político, que entre otras cosas obliga a reestructurar las vías de comunicación, y sobre todo facilita la infiltración de nuevas tribus del norte.

Por último, la civilización del valle del Indo conserva su vigor, pero pronto también ella se verá envuelta en movimientos migratorios y, de paso, a unos niveles más reducidos de agregación urbana y política.

El estudio de los cambios culturales y demográficos que marcan el final del Bronce Antiguo en las áreas montañosas enlaza con el problema de la difusión de los pueblos indoeuropeos —al igual que el paralelo estudio de la fase «intermedia» siropalestina enlaza con el de la difusión de los pueblos semitas. Pero este segundo problema se puede abordar de una forma más concreta gracias a la existencia de documentación escrita (y onomástica) contemporánea de los hechos examinados, y gracias también a lo reducido del área en cuestión y a la homogeneidad de los correspondientes datos arqueológicos. Las posibles manifestaciones arqueológicas de la difusión de los pueblos indoeuropeos resultan bastante más difíciles de estudiar. Para empezar, está la propia dispersión espacial y diacrónica del problema. Potencialmente, se extiende desde Europa occidental hasta el valle del Indo, con distintas situaciones socioculturales. Luego está el hecho de que la primera documentación escrita es posterior a las perturbaciones del fin del III milenio, por lo que hay que usarla en proyección retrospectiva, con todas las dificultades que conlleva el intento de dar pro-

fundidad diacrónica a una documentación que se presenta aplastada en sincronía (aunque sea fruto de sucesivas estratificaciones). Se podría añadir una tercera dificultad, la larga historia de los estudios indoeuropeístas. Dichos estudios han dado lugar a una concreción de conocimientos lingüísticos que deberían ser confirmados por la arqueología, si bien de una forma bastante preconcebida, a medida que ésta aporta datos más abundantes y seguros.

De entrada, tanto los lingüistas como los arqueólogos suelen admitir una conexión entre la crisis final del Bronce Antiguo en Anatolia (y el Egeo) y la difusión de los pueblos indoeuropeos. Los lingüistas buscan en la arqueología la ambientación concreta de sus reconstrucciones teóricas, y los arqueólogos buscan una explicación de carácter étnico y migratorio al cambio cultural que aprecian a nivel descriptivo. En segundo lugar, como en el caso de los semitas, se tiende a ver esta conexión como una «llegada» de pueblos indoeuropeos a zonas antes habitadas por pueblos no indoeuropeos (que históricamente permanecen como «substratos»).

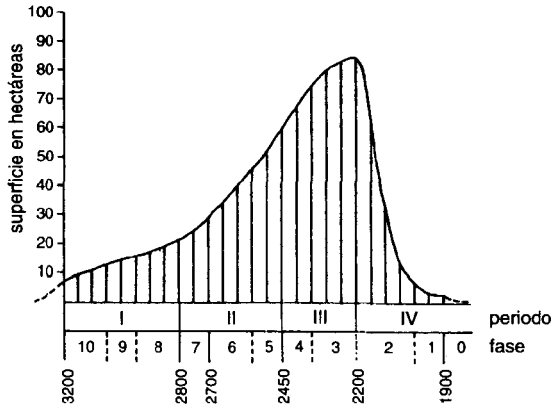
En una visión de este tipo, que postula la propagación por «oleadas» de pueblos indoeuropeos en las zonas contiguas desde el área de concentración originaria (entre el sureste europeo y Asia central), los datos fundamentales, dotados de objetividad decreciente, son: 1) en Anatolia la presencia de pueblos indoeuropeos está documentada desde 1900 (onomástica de las tablillas paleoasirias de Capadocia), y en Grecia e Irán desde mediados del II milenio (dialecto griego de las tablillas en «lineal B»; onomástica indoirania de Mitanni); 2) en todas estas áreas está atestiguada la presencia de pueblos de substrato no indoeuropeo («prehititas» o hatti en Anatolia, «minoicos» en el Egeo); 3) las alteraciones del final del III milenio constituyen la más tardía y conspicua oportunidad para un encuadre arqueológico de las migraciones indoeuropeas hacia el sur; 4) la comparación indoeuropeísta asigna el grupo anatólico (hitita, luvita y dialectos emparentados) a un nivel más arcaico (o separado antes del gran núcleo compacto) que el griego y las lenguas indoiranias, representativos de un nivel posterior.

Dentro de este esquema general puede haber muchas soluciones específicas, y no es posible analizarlas en detalle. Si nos limitamos a Anatolia, los principales problemas son la entrada de los indoeuropeos por el noreste (Transcaucasia) o el noroeste (Balcanes); la distinción entre varias «oleadas» (con una luvita, que en opinión de la mayoría precede a la hitita); y la conexión específica con determinados momentos de la secuencia arqueológica, con determinados complejos culturales definidos arqueológicamente. A medida que el progreso de los conocimientos arqueológicos va relegando viejas hipótesis, se formulan otras nuevas.

En la actualidad una importante corriente de estudios vincula la difusión de los indoeuropeos a la de unos elementos culturales cuyo epicentro es la llamada cultura de los *kurgan*, las tumbas de túmulo encontradas en el sur de Rusia (M. Gimbutas). Por lo tanto, en Anatolia los pueblos indoeuropeos serían portadores de tumbas *kurgan*, metalurgia (tipos relacionados con esos mismos *kurgan*) y cerámica negra pulimentada, propia de Transcaucasia. No obstante, al aplicar esta teoría hay que tener en cuenta que las culturas *kurgan* poseen una profundidad diacrónica muy acentuada, que el tipo de tumba con túmulo está muy extendido en el tiempo y el espacio, y desde luego sobrepasa el área estrictamente kurgánica, y que la propia cerámica transcaucásica negra pulimentada es muy persistente en el tiempo.

En el terreno metodológico este tipo de «explicaciones» tropieza con dos obje-

LIBER



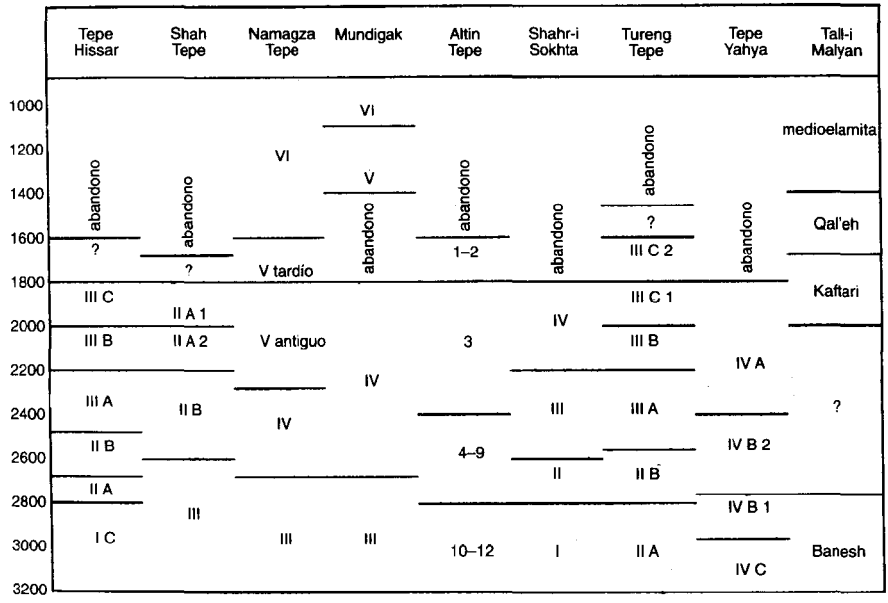


FIGURA 60. El despoblamiento de la meseta irania a principios del II milenio. *Arriba*, crecimiento y decadencia de Shahr-i Sokhta. *Abajo*, estratigrafía comparada y periodos de abandono.

ciones fundamentales, que todavía no han acabado de imponerse en el desmantelamiento de las teorías tradicionales por parte de lingüistas y arqueólogos. La primera objeción es que, en las situaciones históricamente conocidas, la conexión directa entre lengua y cultura material no perdura ni en el tiempo ni en el espacio. En el tiempo, el hecho lingüístico es mucho más persistente que el cultural. En el espacio, las fronteras de distribución (o isohipsas) de los elementos culturales se entrecruzan com-

plicadamente entre sí y con las lingüísticas. La segunda objeción es que, en las situaciones históricamente documentadas, los cambios lingüísticos no siempre acompañan a episodios migratorios ni a procesos que van de lo unitario a lo fraccionario, hasta el punto de que se ha abandonado el viejo modelo del árbol genealógico (en el que las distintas lenguas serían el resultado de sucesivas ramificaciones a partir de un tronco único y originario, y se habrían propagado por migraciones desde una sede primitiva compacta). Hoy día se proponen modelos más complejos, que también tienen en cuenta los fenómenos de convergencia y fusión, la propagación no migratoria, las relaciones entre los distintos niveles lingüísticos, etc.

En el ámbito arqueológico, la única teoría (C. Renfrew) que se opone explícitamente a la tradicional, y propone un modelo alternativo (no migratorio, sino por dinámicas internas), plantea que el área egeoanatólica se puede considerar habitada «desde siempre» por pueblos indoeuropeos, y que los episodios de fractura en el desarrollo de la cultura material se pueden analizar con arreglo a su desarrollo interno. También propone que la difusión de los pueblos indoeuropeos se haga retroceder hasta la época de la difusión de la economía neolítica, cuando la agricultura y la aldea irradiaron desde Anatolia hacia Europa suroriental y más allá. El valor de esta contrapropuesta reside, sobre todo, en sus premisas metodológicas. Pero el hecho de situar la difusión indoeuropea en una época muy anterior a la que proponen las teorías tradicionales (lo que en sí mismo no implica ningún progreso metodológico) supone también una «liberación» para todos los problemas arqueológicos de la Edad del Bronce.

Sería conveniente conjugar la visión del desarrollo cultural por dinámicas internas con la visión más avanzada de las relaciones lingüísticas de ámbito indoeuropeo. Si nos limitamos a Anatolia, se ve claramente lo difícil que es deducir una historia de las lenguas anatólicas (tanto por «oleadas» como por «árbol genealógico») de sus relaciones dialectales internas, y más todavía con respecto a las otras lenguas indoeuropeas. Para empezar, no es nada fácil establecer una conexión entre la situación dialectal interanatólica, tal como se conoce a partir de la onomástica de Capadocia, y la que aparece en los textos de la época hitita. De modo que en unos pocos siglos se producen cambios que no van simplemente en el sentido de la continuidad o la subdivisión. Por lo que sabemos, en Anatolia pudo haber dialectos indoeuropeos desde mucho antes de la crisis final del Bronce Antiguo. Cada vez se tiende más a considerar como niveles lingüísticos periindoeuropeos, o indoeuropeos sin más, ciertos elementos de substrato egeoanatólico, como la difusión de los topónimos en *-ssos* y *-nthos*. Es una visión más problemática y abierta de lo que pudo haber sido una lengua indoeuropea en los milenios IV o V a.C., y de lo distintas que pudieron haber sido las lenguas indoeuropeas reales de esta remota prehistoria del indoeuropeo «común», reconstruido sobre el papel a base de comparaciones entre lenguas atestiguadas muchos milenios después. En cuanto a las lenguas claramente no indoeuropeas, como el hatti, el hecho de que con el tiempo sea absorbido y borrado por el hitita no implica necesariamente que se trate de un substrato más antiguo, y menos aún «originario» (anatólico autóctono). El hatti bien podría ser una aportación externa de la época histórica, por ejemplo de ese área transcaucásica que, según ciertas teorías, se caracteriza claramente como indoeuropea, cuando en realidad es mucho más verosímil que se tratara de una zona habitada originariamente por pueblos hurritas.

Una actitud crítica más explícita no descarta que haya podido haber desplazamientos de pueblos caracterizados por una gran movilidad (sobre todo en el caso de los pastores centroasiáticos), e incluso que la claridad de algunas situaciones pueda hacer visible la migración en el plano arqueológico. Pero conviene ser cautelosos, ya que el abuso de «etiquetas» etnolingüísticas aplicadas a elementos de la cultura material tiene el efecto pernicioso de sugerir una correspondencia precisa entre lengua y cultura.

De todos modos, a la hora de buscar una conexión entre la crisis del Bronce Antiguo egeoanatólico e iraní y la difusión de los pueblos indoeuropeos, lo que parece plausible es que la crisis de las culturas urbanizadas del Bronce Antiguo, pese a responder a motivos de dinámica interna, abriera amplios espacios, «vacíos» demográficos y políticos, siendo éstos ocupados por pueblos contiguos, que por modo de vida y tipología económica estarían preparados para explotar los recursos de ciertas áreas.

4. Generalidad y variedad de la crisis

En Oriente Próximo la crisis de las culturas del Bronce Antiguo, más allá de los elementos e implicaciones comunes (de los que convenía hacer un repaso general), se prolonga por un periodo bastante largo y en varias regiones asume aspectos distintos. Las primeras escaramuzas se pueden situar en torno a 2300, sobre todo en Anatolia y en la creciente presión periférica sobre el imperio de Akkad. Más adelante se ven afectadas otras regiones (Irán, Siria) y el conjunto vuelve a encontrar una estabilidad a comienzos del II milenio (culturas del Bronce Medio). Hay que ser cautelosos al aventurar repercusiones recíprocas entre los distintos episodios. Sólo a medida que vaya aumentando el conocimiento arqueológico (y en primer lugar el de las cronologías comparadas) se podrán precisar los vínculos y las directrices de las aportaciones. Todavía no se ha podido perfilar un panorama general a partir de los datos textuales y las arqueologías regionales (que también se relacionan con áreas contiguas, exteriores a Oriente Próximo).

El hecho central de los tres siglos finales del III milenio es la crisis —escalonada pero generalizada— de las grandes culturas urbanas del Bronce Antiguo. Al parecer el colapso se debe sobre todo a dinámicas internas: exceso de explotación del territorio, exceso de concentración urbana y palatina de los recursos, e inmovilización de los mismos con fines de prestigio, en un esfuerzo que, a la larga, lleva al citado colapso. La crisis afecta sobre todo a las zonas cuya urbanización no puede contar fácilmente con excedentes de alimento. En cambio, la llanura mesopotámica se libra de la crisis, e incluso trata de protegerse de ella encerrándose en sí misma. El abandono de zonas antes urbanizadas, su reconversión a una economía de aldea o pastoral, también es una tendencia de «larga duración». Hay zonas que se reponen de la crisis más aguda del Periodo Intermedio, pero no escapan a su inevitable suerte pocos siglos después. También puede que la crisis productiva se haya visto acelerada y agudizada por cambios climáticos a medio plazo (aumento de la aridez). No es que se quiera apuntar a una causa «primera» de carácter no humano o no histórico, sólo resaltar que el cambio de las condiciones ecológicas es un factor que, a la larga, influye en el tipo de aprovechamiento del territorio.

En un marco de recursos escasos, y quizá en vías de disminución, se insertan unas luchas político-militares que a veces son muy enconadas. La principal es la política agresiva de los reyes de Akkad contra sus rivales occidentales (Ebla) y orientales (Awan). Es una disputa por el control de los circuitos comerciales y el acceso a ciertas materias primas, sobre todo metales, pero conlleva una importante destrucción de las infraestructuras agrícolas y urbanas que puede llevar a ciertos sistemas políticos al colapso, o por lo menos a tener que emprender una costosa labor de reconstrucción y reestructuración. La excesiva concentración de riqueza en los palacios reales, tanto en términos de atesoramiento de materias primas preciadas, como de competencias tecnológicas y administrativas, hace que los sistemas estén muy expuestos a caídas en picado, como consecuencia de la destrucción de sus centros de decisión. Aunque esta destrucción sea ocasional, puede acarrear consecuencias graves y de gran alcance.

En el transcurso de una crisis, las áreas más favorecidas pueden pasar por periodos de especial prosperidad (como en el caso de Ur III y el Imperio Medio egipcio), pero todas las zonas periféricas, una tras otra y de distintas maneras, pasan por un proceso de despoblación y desurbanización. Entonces aparecen de nuevo unas estrategias de explotación más sencilla y lenta, y los viejos centros urbanos son reemplazados por aldeas y grupos de pastores. En algunas zonas esta reconversión dura poco tiempo y la recuperación es rápida, pero en otras llega a ser un fenómeno plurisecular, y hay que esperar a una reestructuración regional de gran envergadura para que se alcance un nuevo desarrollo urbanizado y estatal (con el inicio de la Edad del Hierro).

En este marco de espacios abiertos y vacío político es más fácil la infiltración de grupos (sobre todo de pastores) procedentes de las áreas con mayor fortaleza social y lingüística: por un lado los semitas, y por otro los indoeuropeos. Los primeros refuerzan y amplían (no demasiado) el área de Siria-Palestina y Mesopotamia, que había estado habitada por pueblos de habla semítica. Los segundos refuerzan o amplían (no lo sabemos muy bien) las zonas indoeuropeas de Anatolia, Armenia y Transcaucasia, en la meseta iraní. La crisis final del Bronce Antiguo provoca la decadencia (y en algunos casos el colapso) de pueblos que no son semitas ni indoeuropeos, situados geográficamente entre los dos grandes grupos en vías de expansión. Estos pueblos habían estado vinculados a algunas de las grandes culturas del Bronce Antiguo: sumerios en la Baja Mesopotamia, elamitas en el sur de Irán, hurritas en la Alta Mesopotamia y prehititas en Anatolia central. Estos grupos lingüísticos, ya minoritarios y en vías de absorción, desaparecen en algunos casos, y en otros se mantienen durante todo el II milenio. Pero en general están ya sentenciados a la desaparición, dado que se encuentran atrapados entre dos grupos dotados de reservas inagotables y de una poderosa organización social y familiar, que asegura su penetración y predominio.

11. EL «PERIODO INTERMEDIO» DE ISIN Y LARSA

1. Los estados «provinciales»: demografía y economía

La moderna historiografía reconstruye el paso de la tercera dinastía de Ur al periodo de Isin y Larsa bajo el signo del cambio. Sin embargo, sus protagonistas lo vivieron (o trataron de vivir) bajo el signo de la continuidad. A primera vista los elementos de ruptura son evidentes: una desintegración de la unidad política a la que se ha llamado, emulando la terminología egiptológica, «Segundo Periodo Intermedio de Babilonia»; un cambio lingüístico, con sustitución del sumerio por el acadio; y una alteración de la composición étnica, con la incorporación de los amorritas. Esta ruptura tuvo a veces aspectos dramáticos, como la destrucción de Ur, y un efecto traumático. Se trató de conjurar con una continuidad impuesta, ideológica —se puede hablar de «continuismo»—, sobre todo por parte de los reyes de Isin, que pretendieron presentarse como herederos de Ur, asumieron su deificación, sus títulos y sus ambiciones, y elaboraron listas reales en las que aparecían como directos sucesores suyos.

Al margen de este continuismo de evidente intención política, en los fenómenos infraestructurales de ambos periodos (demografía, tecnología y economía) advertimos una profunda continuidad, que llama la atención en una fase en la que las regiones próximas están sometidas a profundos cambios.

La estabilidad demográfica, como se desprende de valoraciones estadísticas aplicadas al análisis superficial del sistema de asentamientos, puede ser en parte engañosa, dada la dificultad (exclusivamente técnica) de distinguir adecuadamente entre los «fósiles guía» cerámicos de los dos subperiodos neosumerio y paleobabilonio inicial. La documentación procedente de excavaciones y la histórico-epigráfica señalan la existencia de desplazamientos en los subsistemas. Por ejemplo, en el sur se produce el crecimiento de Larsa y la decadencia de Umma y Lagash, en el norte el crecimiento de Babilonia y la decadencia de Kish, en el valle del Diyala la hegemonía más acentuada de Eshnunna sobre las otras ciudades, convertidas en satélites. Permanecen estables la población total y la relación ciudad/aldeas. Los reyes siguen desplegando una intensa actividad edificadora, con murallas, palacios, templos y sistemas de canales. Incluso hay un incremento del interés urbanístico por parte de los monarcas locales, con respecto a la actuación de los reyes de Ur en las ciudades de provincias. Por último, hay una clara continuidad en los tipos urbanísticos y arquitectónicos, tanto en los templos y los palacios reales como en las viviendas familiares.

LIBER

Este sistema, que básicamente no ha sufrido cambios, se organiza de varias maneras a nivel político. Bajo el reinado de Ibbi-Sin disminuye el control sobre las provincias, y proliferan las ciudades con autonomía política. No es una vuelta al viejo sistema provincial, pero en cualquier caso aparecen media docena de estados independientes que compiten entre sí. Isin, situado en el centro, recoge una parte importante de la herencia de Ur, pero más al sur Larsa y Uruk son independientes. Al norte se independiza Babilonia, que poco a poco se anexiona otras ciudades, en principio autónomas, entre las que destaca Kish. En el Diyala se independiza Eshnunna, y lindando con Elam, Der. Las ciudades que habían sido guardianas de la frontera del imperio de Ur, Susa al este, Assur al norte y Mari al noroeste, se consolidan como formaciones políticas más o menos influyentes en la Baja Mesopotamia. Este es el sistema político regional que se interpone entre la anterior unificación bajo la hegemonía de Ur y la posterior bajo la Babilonia de Hammurabi. Pero el hecho de considerar «intermedia» esta pluralidad entre fases unificadas «normales» da una visión equivocada. Hay una fuerte persistencia de un horizonte primero ciudadano, y ahora, como máximo, comarcal, como estructura básica del sistema mesopotámico, mientras que las unificaciones imperiales pasan por dificultades intrínsecas que no les permiten superar la duración de tres generaciones (Akkad, Ur) o incluso menos (Babilonia), y a duras penas logran alcanzar una dimensión política capaz de resistir en las fases de fragmentación.

La principal estructura de las ciudades es el palacio. Sigue habiendo templos con las mismas dimensiones, que conservan su función de células administrativas descentralizadas, y los reyes siguen alardeando de las restauraciones y ampliaciones de los santuarios ciudadanos más prestigiosos, a lo que se añade ahora un creciente sentimiento de identificación estatal con el templo (o el área sagrada) de la capital, que ya no está subordinado a los reyes de Ur, como en el periodo anterior. Las grandes áreas sagradas, como las de Ur o Nippur, conservan su majestuosidad, a pesar de que las dos ciudades tienen dificultades para conservar su antiguo prestigio. Ur ha perdido para siempre su predominio político, y el centro religioso de Nippur ya no goza de la atención privilegiada de los reyes, como en tiempos de Akkad, ni desempeña un papel «anfictiónico» en función de la unidad administrativa panmesopotámica, como en tiempos de Ur. En cambio, crece la importancia de otras áreas sagradas de ciudades emergentes: el E-babbar de Larsa, el «claustro» de las *nadītu* de Sippar o el área sagrada de Babilonia (que no ha sido explorada arqueológicamente para este periodo). Las rivalidades entre centros políticos que aspiran al predominio hacen que el papel religioso y ceremonial central se desplace a las capitales que toman el poder, hasta pasar definitivamente a Babilonia.

La labor de construcción o ampliación de los palacios reales no cuenta con el mismo énfasis propagandístico, pero es más importante e innovadora. Cuando en Babilonia todavía no se ha llegado arqueológicamente a los niveles paleobabilonios, y los datos arqueológicos de Isin todavía son insuficientes, los palacios del periodo Isin-Larsa mejor documentados son los de Eshnunna (Tell Asmar), y más recientemente los de Sin-kashid de Uruk y Nur-Adad de Larsa. El complejo monumental de Eshnunna, que en buena parte se ha sacado a la luz, posee por lo menos un palacio sur, un palacio norte, un palacio central, que probablemente deriva del de los *ensi* del periodo de Ur III (con el templo anejo de Shu-Sin divinizado), y por último una «sala de audiencias» atribuida a Naram-Sin, además de otros edificios pala-

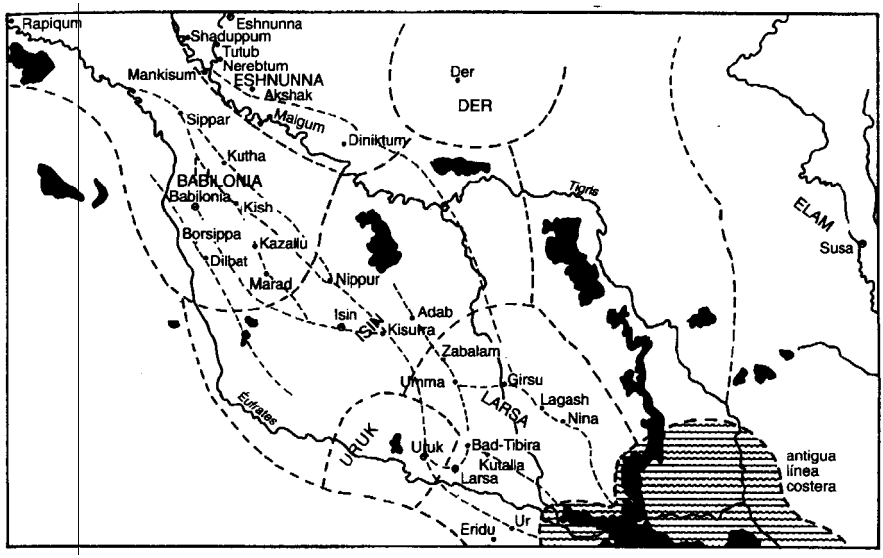


FIGURA 61. La Baja Mesopotamia en el periodo de Isin-Larsa (las fronteras marcadas son meras orientaciones).

tinos sin terminar o parcialmente excavados. Aunque todas estas construcciones no debieron estar en uso al mismo tiempo, hay una clara ampliación de la superficie correspondiente al rey, comparada con las áreas de los templos y el tejido urbano privado.

En el campo, como veremos más adelante, las innovaciones son sobre todo de carácter jurídico, mientras que en el terreno tecnológico prevalece la continuidad: las formas de las parcelas, el ciclo agrícola y los instrumentos básicos siguen siendo los mismos. En la documentación se abren camino trabajosamente algunos elementos evolutivos. Hay algunos negativos, como el aumento de la salinización, que ya afecta seriamente a las regiones meridionales de explotación más antigua, y una cierta caída en los rendimientos unitarios, que induce a la experimentación de rotaciones más complejas, con cultivos estivales además de los invernales de cereales. A consecuencia de los cambios jurídicos, que otorgan un margen más amplio a las actividades privadas y a la utilización de mano de obra asalariada, se desarrollan cultivos que requieren cuidados muy esmerados, como la palmera datilera. Este cultivo, por el aprovechamiento del espacio y la intensidad del riego, se relaciona más bien con los cultivos hortícolas (cebollas, ajos, legumbres). Aparece un nuevo paisaje agrícola que sigue el curso de las acequias, más parcelado, explotado más intensamente y, por lo tanto, más poblado.

La administración de las propiedades públicas del palacio o el templo sigue el esquema establecido por la dinastía de Ur, aunque con una separación entre distintas administraciones (en las grafías, en los formularios y en el esquema de los textos se advierte una bipartición entre norte y sur), un uso creciente del acadio (que todavía está enmascarado bajo fórmulas ideográficas) y cierto deterioro con respecto a

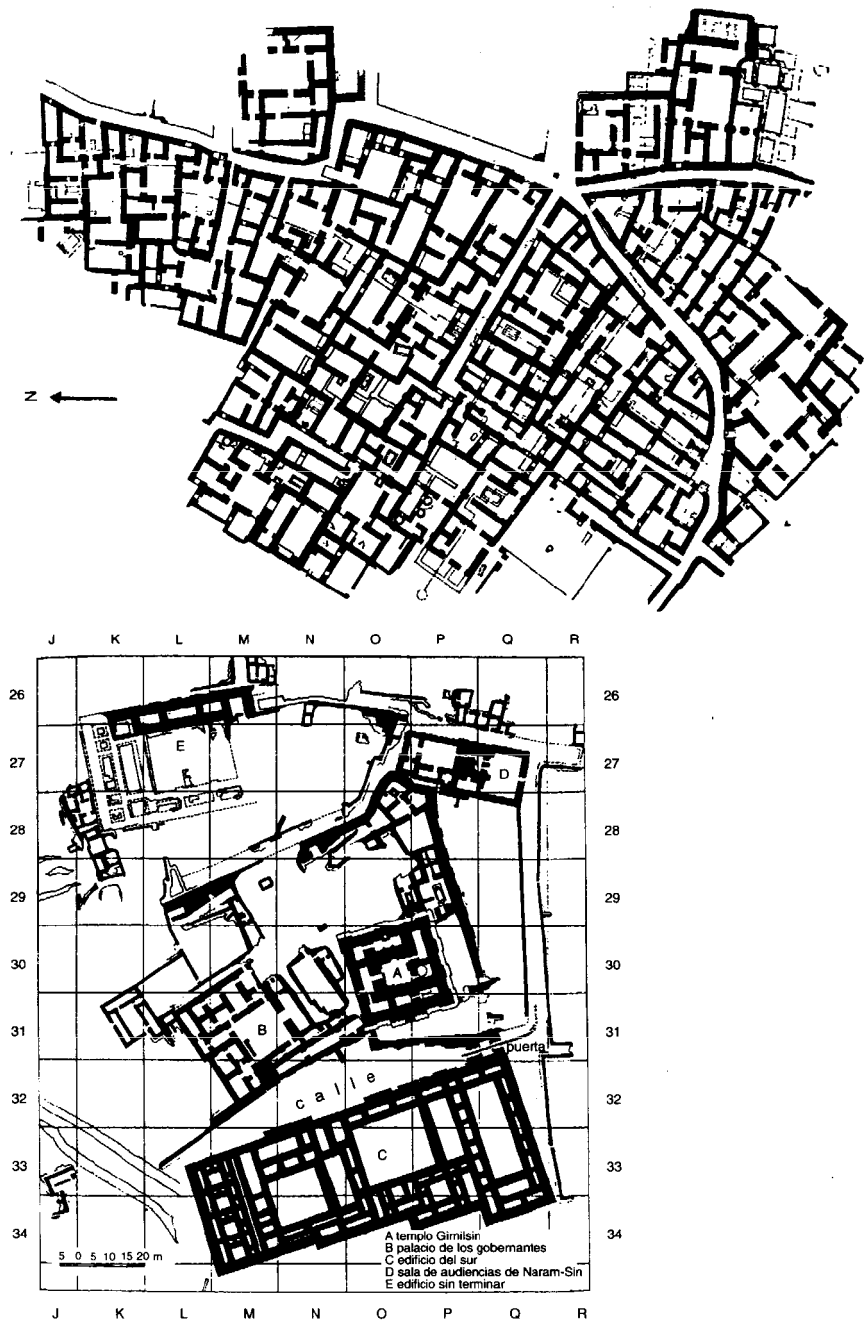


FIGURA 62. Urbanismo de la época de Isin y Larsa. *Arriba*, barrio de viviendas privadas en Ur. *Abajo*, barrio administrativo de Eshnunna.

LIBER

la racionalidad y esmero de los escribas de Ur III. Además de la documentación administrativa de las «grandes organizaciones», cada vez cobra más importancia la documentación del sector «privado» de la agricultura. En este caso, la documentación es más jurídica que administrativa, y resulta difícil compararla con la pública, por el lógico desfase entre los datos registrados en cada bloque documental.

En el periodo de Isin-Larsa el comercio «privado» también recibe un nuevo impulso. El hecho más importante es que existe la posibilidad de unir en el mismo circuito segmentos típicamente palatinos (relación entre administración central y mercader, en el sentido ya analizado a propósito de Ur III) y otros típicamente privados (gestión concreta del tráfico por parte de los mercaderes). Disponemos de textos muy significativos del periodo de Isin-Larsa referentes al comercio marítimo entre Ur y Dilmun. Ur, una ciudad meridional que se relaciona fácilmente con el golfo, se dedica intensamente al comercio marítimo, organizado por el gran santuario de la ciudad, el templo de Nanna (y de su paredra Ningal) —donde se han hallado modelos de plata de barcos, exvotos típicos de mercaderes que volvieron sanos y salvos, y enriquecidos, de sus peligrosos viajes. El comercio consiste en exportar tejidos a Dilmun, y de vez en cuando plata y algún otro producto como aceite de sésamo y pieles, e importar lingotes de cobre de Magan, llevados a Dilmun por mercaderes orientales. Pese a las reservas que hemos expuesto antes, parece que hay una evidente evolución en la función del templo y los mercaderes desde el periodo final de Ur III (textos del mercader Lu-Enlil, de la época de Ibbi-Sin), pasando por el comienzo de la dinastía de Larsa, hasta el final de dicha dinastía (textos de Ea-nasir, de la época de Rim-Sin). En el primer lote se trata de «comercio administrado», con el sistema que ya hemos visto al hablar de Ur III: el templo entrega al mercader cierta cantidad de tejidos con el encargo de llevar a Ur lingotes de cobre. En el segundo lote el papel del templo todavía es visible, pero secundario: cuando los mercaderes vuelven de Dilmun (adonde han ido por iniciativa propia) pagan un diezmo de mercancías valiosas (cobre, piedras duras, coral, marfil) a la diosa Ningal. Por último, en el tercer lote el comercio es completamente privado (contratos y notificaciones entre financieros y mercaderes viajeros), y apenas se hacen alusiones al templo y al palacio.

Esta evolución del comercio, que a partir de una situación «administrada» se desvincula del poder político y acaba manteniendo con él un vínculo meramente fiscal, representa una tendencia general del periodo, dado que coincide con la documentación sobre el comercio contemporáneo paleoasirio en Anatolia. Una vez desaparecido el centralismo neosumerio, los descendientes de los antiguos agentes comerciales públicos se hacen cargo directamente del aprovisionamiento de materias primas exteriores y del producto de las ventas. El sistema está muy descentralizado, pero no se trata, ni mucho menos, de una situación nueva. La vieja ciudad imperial de Ur, dada su ubicación, sigue comerciando con Dilmun; Assur monopoliza el comercio con Anatolia; todas las relaciones comerciales con Siria pasan a través de Mari; y ciudades como Eshnunna y Der se unen a Susa en la gestión o filtración del comercio iraní del estaño y las piedras duras.

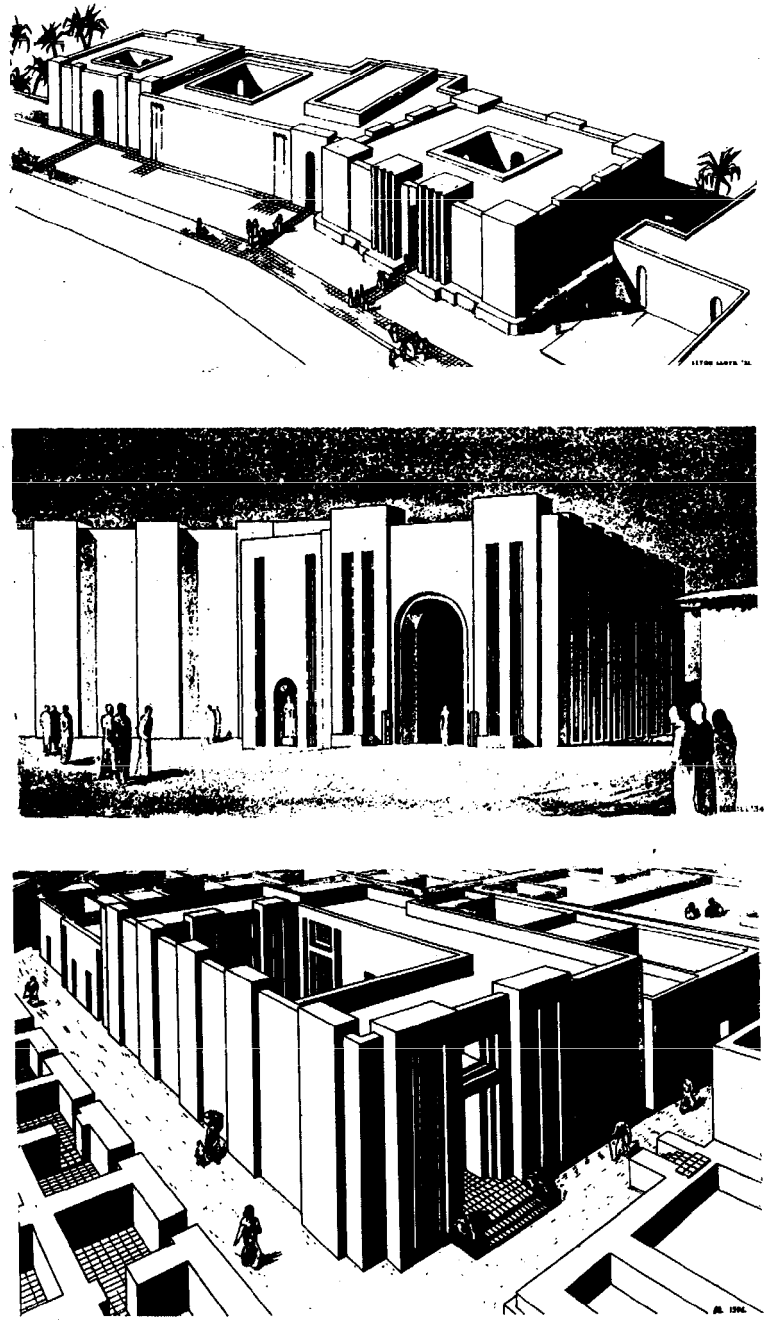


FIGURA 63. Obras públicas de la época de Isin y Larsa. *Arriba*, palacio de Ilishu-iliya en Eshnunna. *Centro*, sala de audiencias de Naram-Sin en Eshnunna. *Abajo*, templo de Tell Harmal.

LIBER

2. El marco político: pluralismo y hegemonías

Para poner orden en la pluralidad de centros políticos autónomos que caracteriza al periodo Paleobabilonio Antiguo (o época de Isin-Larsa), tanto los escribas antiguos como los investigadores modernos han reconocido una línea importante en el paso del predominio de la dinastía de Isin (más o menos durante todo el siglo XX) a la de Larsa (más o menos durante el siglo XIX) y finalmente a la de Babilonia (a partir de Hammurabi). Aunque esta solución —que aún refleja la teoría de la realeza única transferida de una ciudad a otra— en alguna medida reproduce el desplazamiento del poder en la parte central y meridional de Mesopotamia (Sumer y Akkad), no hace justicia a ciertas dinastías periféricas que tuvieron momentos de gran auge, ni en general a una visión ampliada que incluya Elam, Asiria y Mari (y los estados sirios situados más allá de Mari), que es la única visión acorde con las relaciones políticas del periodo.

La dinastía de Isin, fundada por Ishbi-Erra cuando Ibbi-Sin todavía reinaba en Ur con los restos del prestigio y la autoridad imperial, pretende asumir el papel de heredera directa del imperio tras el saqueo de Ur por los elamitas. El título de Ishbi-Erra es ambicioso («rey de las cuatro partes de la tierra», «dios de su tierra») y de tradición imperial, de un imperio cuyos lugares más prestigiosos y legitimados están en poder del rey: la ex capital Ur, reconstruida por el nuevo rey después de la destrucción causada por los elamitas, sobre todo en el área sagrada, y el centro religioso de Nippur, con sus connotaciones «unificadoras» que todavía surten efecto. La difícil situación histórica impone una dedicación en dos frentes. En el frente exterior, con guerras en el este para mantener a los elamitas fuera de Mesopotamia, y en el oeste contra los martu. En el interior con obras de reconstrucción urbana y reorganización política y administrativa. A pesar de cierta eficacia desplegada en ambos frentes, algunas ciudades (ex capitales provinciales) consiguen su cota de autonomía, como herederas menores del gran cuerpo del imperio. En el sureste se independiza Larsa, con una dinastía fundada por un tal Naplanum (nombre típicamente amorrita), ya antes de la caída de Ur. En el noreste se independizan Eshnunna y quizá Der (en clásica situación de estado tapón con respecto a Elam). Al norte de Nippur es probable que a partir de entonces se independicen Kish y algunas ciudades más, pero los datos acerca del norte durante todo el siglo XX siguen siendo escasos y confusos.

Por lo tanto, salvo casos marginales y poco importantes, Isin es el que en un principio hereda la parte principal del imperio, limitada a su núcleo interno, dado que la periferia ya es totalmente independiente, con Mari, Assur y Elam elevados al rango de potencias regionales. El tercer sucesor de Ishbi-Erra, Ishme-Dagan, trata de extender sus dominios por el norte, pero es derrotado por Kish. Algunas ciudades de su reino son destruidas, entre ellas Nippur, como sabemos por un «lamento» similar al antes citado sobre la destrucción de Ur. Ishme-Dagan concede ciertos privilegios a Nippur (tal vez coincidiendo con la reconstrucción de la ciudad), renunciando al tributo y al servicio militar, y como homenaje al carácter sagrado de la ciudad. Es el primero de la serie de reyes paleobabilonios que declara haber «establecido la justicia en el país», terminología que alude a las amnistías fiscales y es un elemento central en la ideología social del periodo. Le sucede Lipit-Ishtar, con el que la dinastía de Isin todavía controla Nippur y las ciudades del sur (Ur, Uruk y Eridu). También él «establece la justicia» con las consabidas medidas de remisión de las deudas,

CUADRO 13. Cronología de la época de Isin y Larsa (2000-1750).

	Isin		Larsa		Eshnunna		Babilonia		Uruk	
2000										
	*Ishbi-Erra	2017-1985	Naplanum	2025-2005	Nur-akhum					
			Emisum	2004-1977	Kirikiri					
	*Shu-ilishu	1984-1975			Bilalama	*c.* 1980				
			Samium	1976-1942						
	*Iddin-Dagan	1974-1954			Usur-awassu					
1950										
	**Ishme-Dagan	1953-1935	Zabaya	1941-1933	°Abi-madar					
	**Lipit-Ishtar	1934-1924			Azuzum	*c.* 1925				
			Gungunum	1932-1906	Ur-Ninkimara					
	**Ur-Ninurta	1923-1896			Ur-Ningizzida					
1900										
			Abi-Sare	1905-1895	Ipiq-Adad I	*c.* 1895	Sumu-Abum	1894-1881		
	*Bur-Sin	1895-1874	*Sumu-El	1894-1866	Shiqlanum					
	*Lipit-Enlil	1873-1869			Abdi-Erakh					
	**Erra-imitti	1868-1861			Sharriya					
					Abi-madar		°Sumu-la-El	1880-1845		
			Nur-Adad	1865-1850	Belakum				Sin-kashid	1865-1833
1850										
	**Enlil-bani	1860-1837	Sin-iddinam	1849-1843	Warassa				Sin-eribam	1832-1827
	*Zambiya	1836-1834	Sin-eribam	1842-1841	Rubum	*c.* 1480	Sabium	1844-1831	Sin-gamil	1826-1824
	°Iter-pisha	1833-1831	Sin-iqisham	1840-1836	Ibal-pi-El I				Ilum-gamil	1823
	*Ur-dukuga	1830-1828	Silli-Adad	1835			Apil-Sin	1830-1813	Eteyâ	1822
	*Sin-magir	1827-1817	Warad-Sin	1834-1823	*Ipiq Abad II	1835-1795			Anam	1821-1817
	*Damiq-ilishu	1816-1794			**Naram-Sin	1794-1785	°Sin-muballit	1812-1793	Irdanene	1816-1810
1800										
	1794: anexionada por Larsa		**Rim-Sin	1822-1763	°Dadusha	1794-1785			Rimanum	1809-1806
					°Ibal-pi-El II	1784-1770			Nabi-ilishu	1806-1802
					Dannum-takhaz		°Hammurabi	1792-1750	1802: anexionada por Larsa	
			1763: anexionada por		Silli-Sin					
			Babilonia		1761: anexionada por Babilonia					
1750										
					Igish-Tishpak		°Samsu-iluna	1749-1712		
					Iluni					
1700										

* = rey divinizado; ° = edicto de remisión.

pero además promulgando un «código» que, como ya hiciera Ur-Nammu, pretende dar un mayor alcance a las medidas ocasionales, y hace un elogio sistemático de la corrección ejemplar con la que se aplica la justicia en el país.

Pero la dinastía fundada por Ishbi-Erra se extingue poco después. Lipit-Ishtar es expulsado, y una nueva dinastía se instala en Isin, que pierde gran parte de sus territorios. Éstos pasan a Larsa, potencia ascendente. Después de un par de generaciones esta segunda línea dinástica también se interrumpe, y según la tradición historiográfica posterior el último rey, Erra-imitti, muere al tomar una sopa demasiado caliente, dejando imprevisiblemente el trono a un tal Enlil-bani, de origen humilde, que había sido instalado en el trono como «rey sustituto» para desviar hacia su persona un mal presagio (en realidad el presagio se cumplió en el rey de verdad, y el sustituto se libró). Con Enlil-bani se pierde la última ciudad del sur, Uruk, que cae en poder de la dinastía local.

Así pues, mientras el reino de Isin pasa inexorablemente de heredero del imperio

	Elam		Asiria		Mari		Yamkhad		Capadocia
2000									
	DINASTÍA DE SHIMASHKI		Kikia		últimos shakkanakku				
	Kindattu	c. 2000	Akia		»				
	Idattu I	c. 2000	Puzur-Ashur I		»				
	Tan-Rukhuratir	c. 1970	Shalim-akhte		»				
	Ebarti II	c. 1970	°Ilushuma	c. 1950	»				
1950									
	Indattu II	c. 1925			?				
			°Erishum I	c. 1940-1910					
	DINASTÍA DE SUKKALMAH								
1900									
	Ebarat	c. 1900	Ikunum						karum II (c. 1930-1850)
	Shilkhakha								(comercio asirio)
	Addakhushu								
			Sargón I						
1850									
			Puzur-Ashur II						
									karum Ia (c. 1850-1800)
			Naram-Sin		Yaggid-Lim	c. 1820			(intervalo)
			Erishum II						
							Sumu-epukh		
	Shiruktukh	c. 1800	Shamshi-Adad I	1812-1780	Yakhdun-Lin	1815-1799			
1800									
	Shimut-urartash				Yasmakh-Addu	1798-1780	Yarim-Lim I		karum Ib (c. 1800-1780)
	Siwe-palar-khukhpak							c. 1790-1770	(recuperación del comercio)
	Kuduzulush	c. 1765			Zimri-Lim	1780-1758			Anum-khirbi
			Ishme-Dagan	1780-1740			Hammurabi I		Pitkhana y Anitta
			»		1758: anexionada por Babilonia			c. 1770-1750	
1750									
			»				»		
			»				»		
			»				»		
			»				»		
			»				»		
1700									

* = rey divinizado; ° = edicto de remisión.

de Ur a pequeño reino ciudadano, el de Larsa sigue una trayectoria opuesta. Al principio había sido una ciudad-estado situada entre las posesiones meridionales de Isin y la siempre amenazadora vecindad de Elam. A finales del siglo XX Gungunum dio inicio a la progresiva ascensión de Larsa: sustrajo a Isin el control de Ur y Lagash, a Elam el control de Susa, asumió el título de «rey de Sumer y Akkad» (que había sido el tratamiento estándar de los reyes de Ur), y dirigió un par de expediciones contra Bashime (la costa iraní del golfo Pérsico) y Anshan (el país interior de Bashime). Abi-Sare frustró las aspiraciones de la nueva dinastía de Isin de recuperar las ciudades del sur. Por último, Sumu-El extendió su dominio por el norte, tal vez en relación con proyectos hidráulicos (llevar a Larsa las aguas del Éufrates captadas mucho más arriba de su territorio). Después de rodear Isin, se hizo con el control de Nippur (y por consiguiente se hizo divinizar), y tomó Kazallu y Kish. Así Larsa se convirtió en la potencia hegemónica a este lado del Tigris.

Isin permaneció milagrosamente independiente (pero encajonada entre Larsa al

sur y Kish —luego Babilonia— al norte), e incluso trató de recuperar fugazmente el prestigioso control de Nippur. En el sur hubo graves inundaciones por el desbordamiento del Tigris y el Éufrates, que variaron sus cauces, con las devastaciones y reconstrucciones que es fácil imaginar. Hubo choques militares con Babilonia, Eshnunna y Elam. La nueva dinastía autónoma de Uruk se estabilizó. Pero en conjunto los acontecimientos históricos del país de Sumer hasta *c.* 1830 se caracterizan por una estrechez de miras que contrasta con unos procedimientos (deificación) y unos *tratamientos (de tipo imperial)* completamente desproporcionados, reflejo del persistente afán por conservar, pese a todo, la antigua hegemonía.

En el país de Akkad, tras la caída del imperio de Ur, el viejo y prestigioso Kish había recuperado una independencia que le había sido arrebatada durante mucho tiempo, primero por Akkad y luego por Ur. Pero, además de Kish, muchas otras ciudades del norte, como Kazallu, Sippar o Babilonia, lograron una autonomía más o menos duradera. Estas ciudades se enzarzaron en constantes luchas, de las que apenas tenemos noticia, hasta que empezó a hacerse notar la pujanza de Babilonia, la última en llegar. La lista real babilonia empieza con Sumu-Abum, que ya controla Babilonia y Dilbat y lucha victoriosamente contra Kazallu. Su hijo y sucesor, Sumula-El, vence definitivamente a Kazallu y Kish y los incorpora a sus dominios, unificando todo el país de Akkad. Babilonia, Sippar, Dilbat, Marad, Kazallu y Kish son ya ciudades provinciales del reino de Babilonia, y lo serán de ahora en adelante. La rápida ascensión de Babilonia a costa de Kish sigue el ejemplo de la anterior y aún más repentina ascensión de Akkad a costa del mismo Kish. Una inscripción de Ashduni-yarim, rey de Kish, recuerda la fraseología de Naram-Sin, y una falsa inscripción de Naram-Sin proyecta en las relaciones Kish-Akkad de medio milenio antes los problemas de las actuales relaciones Kish-Babilonia. Por último, la victoria final de Babilonia impone la identificación de Babilonia como nuevo Akkad, modelo ideal de un papel y una política. Sumu-la-El también es autor de una de las recurrentes «cancelaciones de deudas» («rompió las tablillas» donde estaban escritas), en este caso remitiéndose al modelo fundador de Sargón, y más concretamente tratando de aparecer como «libertador» ante sus nuevos súbditos de Kish y otras ciudades.

Vemos, pues, que las tensiones políticas en los países de Sumer y Akkad tienen resultados, en parte, paralelos: en el sur crece la hegemonía de Larsa, aunque ciudades como Isin y Uruk conservan su autonomía. En el norte se consolida Babilonia, que ya empieza a mirar hacia el sur. Pero, en conjunto, estas tensiones se limitan a los estrechos horizontes de la llanura, retrocediendo casi a las costumbres protodinásticas, toda vez que las experiencias imperiales de Akkad y Ur no se pueden llevar a la práctica y son puntos de referencia puramente ideológicos (Akkad para el norte, Ur para el sur).

En cambio, en el mundo de la periferia hay unos horizontes y una movilidad bien distintos. Al menor peso de la tradición política ciudadana se suma el elemento amorrita, que aún conserva algo de sus orígenes en los amplios espacios pastorales de la zona dimórfica. Esto da lugar a una repentina «explosión» de episodios expansionistas, que afectan a todo el arco del piedemonte a lo largo del cual se sitúan Asiria, Eshnunna, Der y Elam. Más adelante veremos detalladamente estos episodios, pero ahora conviene dar una visión general. Asiria, que había permanecido bastante encerrada en su ámbito regional, es la primera en saltar, con una expedición de Ilushuma, que sobrepasa Eshnunna y llega hasta el extremo sur de Sumer. Luego es el pro-

pio Eshnunna, que durante el siglo XX había tenido un modesto papel (aunque se había enfrentado con éxito variable a Elam y Asiria), el que se expande súbitamente con Naram-Sin (nombre emblemático de ambiciones imperiales). Éste marcha vigorosamente sobre Asiria y la Alta Mesopotamia, convirtiéndose en rey de la primera. Por último, Shamshi-Adad, rey de Asiria (pero con capital en Shubat-Enlil, en la cuenca del Khabur) logra formar un imperio extenso y complejo. Incluso una pequeña ciudad como Der, desde su difícil posición de «estado tapón» entre rivales más poderosos, pelea valerosamente contra Eshnunna por un lado (y a veces obtiene éxitos considerables) y Elam por otro. Por último, Elam, donde prosigue la dinastía de Shimashki, es expulsado de la Baja Mesopotamia por Ishbi-Erra, pero jamás renunciará a la aspiración de volver a invadirla, y por otro lado ejerce su influencia sobre extensos territorios del este y norte iraní. A la dinastía de Shimashki le sucede, probablemente sin solución de continuidad, una línea de *sukkal-maḫ* que controlan todo Elam, de Susa a Anshan y las zonas montañosas del norte. El centro de gravedad del estado elamita se desplaza claramente hacia el este, pero el periodo de los *sukkal-maḫ* se caracteriza por un especial interés político, militar y cultural por Mesopotamia. Susa, pese a su posición periférica desde el punto de vista elamita, se convierte en el centro político de esta compleja formación estatal, y el acadio se impone como lengua administrativa interna. Elam aspira a convertirse en una pieza importante de un mundo mesopotámico ampliado, que va desde la meseta iraní hasta el sur de Siria, y une a su matriz cultural sumerioacádica el predominio político (y étnico) de los amorritas. Estos mismos horizontes ensanchados, que anteriormente eran la meta del expansionismo de los imperios centrales, son ahora escenario de la interacción entre varios sujetos políticos, en un clima de paridad sustancial y rivalidades y alianzas que cambian constantemente.

3. La evolución social y jurídica

La evolución de las relaciones familiares y sociales es uno de esos fenómenos «a largo plazo» que no se pueden comprimir rígidamente en este o aquel periodo histórico. Sin embargo, la evolución puede verse acelerada (como también detenida o frenada) por la concomitancia de hechos históricos de distinta naturaleza. Con el paso del mundo neosumerio al paleobabilonio la evolución de las relaciones sociales sufre una aceleración, debido, al parecer, a la entrada en escena de los amorritas. Éstos, en sus lugares de origen, tenían otras costumbres y relaciones sociales (fuertemente arraigadas en el principio gentilicio), y estaban menos vinculados por tradición e intereses a la estructura básica de la sociedad mesopotámica (la estructura del palacio y el templo).

Este factor favorece la proliferación de unos fenómenos de evolución interna, resultado de la interacción entre el sector familiar y el palatino. Estos dos sectores subsisten en estrecho contacto y con frecuentes transfusiones en ambas direcciones. Ya hemos visto cómo los dependientes del palacio siempre tienden a transmitir su «puesto» a sus hijos, tanto en lo que se refiere al trabajo desempeñado como a los beneficios en términos de concesiones de tierras. Respecto a lo primero, si bien el paso de un puesto de trabajo de padres a hijos no crea especiales problemas al palacio, a la larga puede hacer que las categorías de dependientes del templo o palacio se convier-

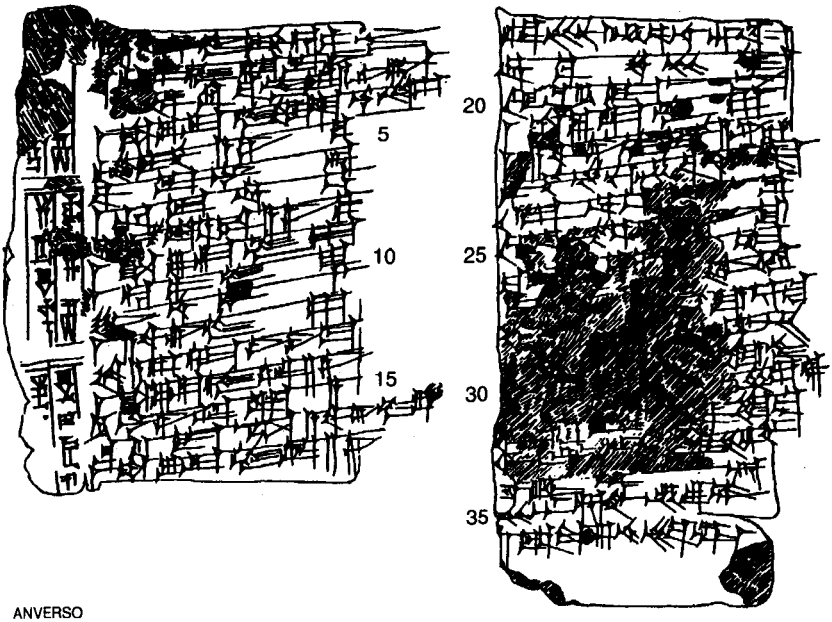
LIBER

tan en castas cerradas, cuyos miembros, impidiendo el acceso de extraños para hacerse con el monopolio tecnológico, pueden tratar con la administración central desde una posición de fuerza, exigiendo condiciones más ventajosas y reforzando cada vez más su autonomía. Recordemos dos ejemplos ya citados: el hecho de que los escribas suelan ser hijos de escribas conduce a la aparición de una casta cerrada, pero no perjudica a la maquinaria administrativa, porque la identificación entre escribas y administradores es total. En cambio, en el caso de los mercaderes, la gestión personalizada del comercio da lugar a auténticas empresas familiares, y cuando el control del poder central entra en crisis (fin del imperio de Ur), estas empresas funcionan cada vez más a su aire, desvinculadas del control central y de las necesidades colectivas.

La otra cara de este mismo fenómeno es la tendencia a la apropiación de las tierras de concesión real. Si la retribución se produce mediante concesión de tierras, y esta concesión (junto con el servicio que la justifica) es transmitida de padres a hijos, al cabo de varias generaciones su carácter de concesión temporal y condicionada va perdiendo sentido, hasta desaparecer por completo. Además, con frecuencia los beneficiarios de las tierras son capaces de adquirir, mediante operaciones puramente económicas, otras tierras lindantes con las de concesión, de modo que su heredad posee un núcleo de origen palatino (que en sentido estricto no es propiedad) y unas tierras familiares de antigua o reciente adquisición. A veces es difícil distinguir el estado jurídico original de las tierras, y se entablan pleitos al respecto, en los que la «memoria» familiar se enfrenta a los «archivos» de palacio, siendo a veces necesario el arbitrio de funcionarios o del propio rey.

En el sector de la propiedad familiar se producen dos fenómenos paralelos. La ampliación de la esfera familiar (en comparación con el periodo neosumerio) tiene un origen extraeconómico, al menos en parte. Está relacionada con la llegada de los amorritas, el desplazamiento hacia el norte del centro de gravedad mesopotámico (Isin, Eshnunna y Babilonia), y el incremento de las asignaciones de parcelas a nuevas categorías de dependientes públicos, sobre todo en el sector militar. Esto último es consecuencia del aumento de la conflictividad en el interior de Mesopotamia, lo que obliga a una utilización masiva de tropas no palatinas, a veces reclutadas entre las tribus, durante periodos prolongados que no pueden ser compensados con los mecanismos de remuneración de las prestaciones obligatorias (limitadas en el tiempo). También se debe a las repetidas conquistas de ciudades por parte de los estados hegemónicos, con la consiguiente expropiación de las tierras de los templos, que son asignadas a las nuevas clases de combatientes y veteranos. Las «colonias militares» en tierras conquistadas, que ya habían aparecido con la dinastía de Akkad, se convierten ahora en moneda corriente.

El segundo fenómeno tiene que ver con la gestión y la transmisión de la propiedad en el ámbito de la familia, y es un fenómeno de evolución interna del sistema socioeconómico. La vieja familia extensa e indivisa (por lo menos en lo referente a la propiedad, no a la gestión) está en crisis, y hay una autonomía cada vez mayor del núcleo familiar, que desde siempre ha sido la célula básica de la explotación de la tierra, y ahora también lo es de las relaciones de propiedad. Concretamente, los hermanos dividen las propiedades familiares, tanto en el momento del reparto de la herencia paterna como al contraer matrimonio. Un documento típico de esta subdivisión de las propiedades es el testamento, acto jurídico casi desconocido en el III milenio (cuando la transmisión de padres a hijos se hacía de forma tácita, siguiendo



ANVERSO

^{m}*a-wi-ir-tum* dumu-mí *ḫu-pa-tum*
ki *ḫu-pa-tum* ad-da-ni
ù ru-ba-tum ama-a-ni-ta
^{m}*šal-lu-ur-tum* dam
KA-^{d}nanna-ke$_4$
nam-dumu-mí-á-ni-šè
ba-da-an-ri
1 2/3 gín kù-bar$_6$
kù nam-a-è-ni-šè
^{m}*šal-lu-ur-tum*-ke$_4$
^{m}*ḫu-pa-tum*-ra
in-na-an-lá
^{m}*a-wi-ir-tum*-ke$_4$
kar-kid al-dù-ni-ma
^{m}*šal-lu-ur-tum* ama-a-ni
ninda an-ni-ib-kú-a
tukum-bi ^{m}*a-wi-ir-tum*-ke$_4$
^{m}*šal-lu-ur-tum* ama-a-ni-[ra]

REVERSO

ama-gu$_{10}$ nu-me-en ba-na-an-du$_{11}$
kù-šè sì-mu-dam
ù tukum-bi
^{m}*šal-lu-ur-tum*-ke$_4$
^{m}*a-wi-ir-tum*-ke$_4$ dumu-mí-a-ni-ra
dumu-mí-gu$_{10}$ nu-me-en ba-na-an-du$_{11}$
10 gín kù-bar$_6$ ì-lá-e
ù kù nam-á-è-ni-šè
ba-ra-è-ne
[mu lugal-bi] in-pà

«Shalurtum, esposa de KA-Nanna, ha tomado como hija a Awirtum, hija de Khupatum, de Khupatum, padre de ella, y Rubatum, madre de ella. Shalurtum ha pagado a Khupatum 1,66 siclos (= *c.* 13 gramos) de plata, (como) precio por haberla criado. Awirtum será destinada a prostituta sagrada y Shalurtum, su madre, se hará cargo de su manutención.
»Si Awirtum le dice a Shalurtum, su madre: "Tú no eres mi madre", será vendida y si Shalurtum le dice a su Awirtum, su hija: "Tú no eres mi hija", pagará diez siclos de plata y perderá el precio de la manutención. Han jurado [en nombre del rey].»
Sigue una lista de los testigos, en gran parte ilegible, y la fecha: 6.º mes (= Elûlu = agosto/septiembre) del 10.º año de Rîm-Sîn.

FIGURA 64. Contrato de adopción procedente de Larsa, reinado de Rim-Sin.

la costumbre), y en cambio muy frecuente en el II milenio. Existen dos costumbres, implantadas en distintas zonas: o bien todos los hijos reciben partes iguales, o bien el primogénito recibe una parte privilegiada (por lo general el 10 por 100 del total, y quizá hasta el doble que sus hermanos). Por principio, la transmisión no sale del ámbito familiar. Se realiza de padres a hijos, o siguiendo las líneas colaterales, cuando no hay hijos. Pero también se abre camino un proceso de «personalización» de la propiedad, siguiendo el ejemplo de las tierras de palacios y templos, que son asignadas a un determinado dependiente, y no a su familia. De modo que, junto al tipo del testamento, se generaliza el tipo de la compraventa de tierras, que en los ambientes más tradicionales todavía conserva formas ceremoniales y ficciones jurídicas (el comprador es adoptado por el vendedor para poder recibir sus tierras). Pero en ambientes más evolucionados se efectúa sin cortapisas.

Un tercer tipo de documento (y de relación) típico de la época paleobabilonia es la aparcería. Las grandes organizaciones del templo y el palacio ya recurrían durante el III milenio a esta forma de explotación de la tierra contra el pago de un canon anual. Ahora las aparcerías se contratan sobre todo entre particulares, lo que indica que, por un lado, se había formado una clase de terratenientes (por lo general altos funcionarios públicos) con más tierras de las que podían explotar directamente y, por otro, se había formado una clase de campesinos sin tierra cuya fuerza de trabajo podía ser utilizada en tierras ajenas. Las aparcerías implicaban varias formas de pago, en producto o en plata, y varias condiciones referentes a la duración de la aparcería, las obligaciones de las partes y el reparto proporcional del producto entre propietario y aparcero.

Pero sólo la parte menos empobrecida de la población campesina no propietaria, que puede pagar el canon y trabajar las tierras por su cuenta, tiene el recurso de la aparcería. Para los núcleos familiares más pobres y disgregados existe el recurso del trabajo asalariado, una forma de relación agraria implantada en las grandes propiedades privadas, y sobre todo en las públicas. El palacio también recluta asalariados (en sumerio *lú-ḫun-ga*, en acadio *agrum*) para obras de canalización, conservación de canales y otras obras públicas. Un organismo administrativo real recauda impuestos de los terratenientes, efectúa los cálculos y organiza los trabajos (mediante empresarios), contrata a los obreros, que pueden ser muy numerosos (mediante intermediarios) y les remunera con salarios. En cierto modo, pues, el sistema de los salarios sustituye al de las «raciones». En ambos casos se trata de una remuneración en productos alimentarios (que a veces se traducen en sumas de plata) mientras duran los trabajos, y está reservada a trabajos de escasa dificultad técnica, que requieren mucha mano de obra. Pero en el pasado las raciones que proporcionaba la administración central a sus dependientes cubrían todo el año, y las que proporcionaba a los libres sometidos a prestaciones temporales sólo cubrían su momentánea ausencia de la granja familiar, que seguía siendo su principal medio de vida. Ahora, con los salarios, la situación es distinta. El salario es más alto que la ración, porque tiene que alimentar no sólo al trabajador sino también a su familia, y tiene que cubrir las temporadas «muertas», en las que se supone que el trabajador no dispone de ninguna otra fuente de ingresos. Aunque resulta difícil hacer un juicio cuantitativo documentado, se tiene la impresión de que la condición de los asalariados paleobabilonios debió ser más difícil e incierta que la de los dependientes con régimen de ración, o la de los libres sometidos a prestaciones.

LIBER

DOCUMENTO: TARIFAS DE LOS PRECIOS EN LA ÉPOCA PALEOBABILONIA

Algunas inscripciones reales paleobabilonias incluyen unas «tarifas de los precios» que tienen un evidente fin propagandístico. He aquí un ejemplo de lo que declara Sin-kashid, rey de Uruk:

«Durante mi reinado, con un siclo de plata, se compraban, según el precio del país, 3 *gur* (= 900 litros) de cebada, 12 minas de lana, 10 minas de cobre, 3/30 de *gur* (= 30 litros) de aceite de sésamo. ¡Sus años eran años de abundancia!»

El carácter propagandístico (abundancia de bienes y, por lo tanto, precios bajos) resulta evidente si se comparan estas declaraciones celebrativas con las tarifas normativas (pero realistas, como la que aparece en las leyes de Eshnunna) y con los precios corrientes que se desprenden de los documentos administrativos de la época. He aquí las cantidades de bienes básicos que se compraban con un siclo de plata:

	cebada (en litros)	*dátiles* (en litros)	*aceite de sésamo* (en litros)	*lana* (en minas)	*cobre* (en minas)
precios propagandísticos:					
Sin-kashid	900		30	12	10
Sin-iddinam	1.200	3.600	30	15	
Shamshi-Adad	600		20	15	
precios administrados:					
Eshnunna	300		12	6	3-2
precios corrientes:					
Ur III	300		9-15	10	2-2,5
Hammurabi	150-180	600-120	9-10	5	2-3

La condición de las personas que los textos de la época llaman «el huérfano y la viuda» (que se acaban convirtiendo en un estereotipo durante toda la historia del antiguo Oriente) es sin duda trágica. Se trata de personas que han perdido su punto de referencia económico natural, el padre/marido, y han quedado al margen de un sistema familiar extenso y protector. La crisis de la solidaridad familiar también provoca la propagación de la servidumbre por deudas. Los préstamos no devueltos, los censos no pagados y, en general, las obligaciones incumplidas, suelen estar cubiertos por garantías. Cuando éstas no pueden ser inmobiliarias (caso frecuente para quien se ve obligado a contraer deudas o aparcerías) sólo queda la prestación de trabajo para descontar los intereses. El cabeza de familia deudor cede primero a su esposa y a sus hijos, y por último se cede a sí mismo. Dado que la servidumbre por deudas

sólo descuenta los intereses y el capital permanece insoluto, es prácticamente irreversible, para toda la vida.

La sensibilidad social y jurídica de la época experimenta un claro malestar por estas situaciones aberrantes, y reconoce la calidad de persona libre al deudor esclavizado. En la crisis de la solidaridad gentilicia, sometida a la presión cruzada de unas condiciones económicas más duras y la difusión de la parcelación nuclear, sólo la intervención del rey puede atender a las necesidades del huérfano y la viuda, o liberar al esclavizado.

4. La realeza paleobabilonia

En una situación muy variable, caracterizada por impulsos económicos, tendencias a la fragmentación y al individualismo, expuesta al riesgo de procesos repentinos y generalizados de servidumbre, la realeza es el punto de referencia y el factor de equilibrio general. En el ejercicio de esta función equilibradora, la realeza paleobabilonia utiliza recursos que ya eran propios de la edad neosumeria, pero introduciendo nuevos acentos y matices. La función real se expresa ante la sociedad por medio de unos instrumentos ideológicos tradicionales: los himnos reales, las inscripciones celebrativas, los códigos y los decretos de amnistía tienen un claro origen neosumerio, lo mismo que la práctica de la deificación, que persiste sobre todo en el sur, aunque limitada a algunos reyes más prestigiosos u osados. En el norte se sigue hablando del «rey fuerte», que debe emplearse a fondo en el terreno militar, dada la fragmentación política.

Pero mientras el rey neosumerio se presentaba a sí mismo como un «buen administrador», el rey paleobabilonio aparece más bien como el «buen pastor» de su pueblo. De esta forma, no sólo adopta una imaginería pastoral de cara a la nueva población amorrita, sino sobre todo una actitud de desvelo y preocupación por las necesidades de las capas más pobres de la población, vista como un «rebaño» que sin la guía y las atenciones del pastor no sería capaz de sobrevivir. Por las inscripciones reales sabemos que el rey sigue teniendo un papel central en la excavación de canales y la construcción de templos y murallas, pero se diría que mientras la atención del rey neosumerio estaba centrada en la administración pública (y por lo tanto en los dependientes del palacio y de los templos), la atención del rey paleobabilonio se centra ahora en los hombres libres, sobre todo en los más desamparados.

En un mundo en el que los vínculos de solidaridad intra e interfamiliares se debilitan pavorosamente, generando una gran masa de desheredados, el rey aparece con una imagen paternalista (que también guarda relación con la arraigada estructura gentilicia de los amorritas): padre y madre de los huérfanos, sostén de la viuda, es el que devuelve el hijo a su madre, la libertad a los esclavizados, el que perdona las deudas, y en general el que restituye el equilibrio natural al orden social. El principal instrumento de esta política es el edicto de remisión de las deudas y la consiguiente liberación de los deudores reducidos a servidumbre. Se ha señalado que la continua repetición de estas medidas demuestra la debilidad intrínseca de su eficacia, pues las tendencias económicas de fondo no tardan en desviar el equilibrio (o desequilibrio) hacia la inevitable servidumbre. El poder carece de instrumentos adecuados para incidir sobre las causas de la disfunción socioeconómica, y lo único que puede hacer

DOCUMENTO: EL «CÓDIGO» DE LIPIT-ISHTAR, REY DE ISIN

[Prólogo]

«En el día en que el gran Anu, padre de los dioses, y Enlil, rey de los países, que determina el destino, para Nin-insina, hija de Anu, señora pía, del reino de la cual se goza, y de quien se mira el rostro resplandeciente, el territorio de Isin han delimitado, y al dios Anu allí han puesto, (entonces) un reino feliz y la realeza de Sumer y Akkad le han dado.

»En aquel día Lipit-Ishtar, el pastor obediente, ha sido llamado por Nunamnir, para establecer en el país la justicia, para extirpar por medio de la "palabra" la corrupción, para destrozar por medio de la "fuerza" la maldad y la malevolencia, para (establecer) el bienestar en Sumer y Akkad, (entonces) Anu y Enlil han llamado a Lipit-Ishtar a la soberanía del país.

»En aquel día yo, Lipit-Ishtar, el pastor pío de Nippur, el campesino fiel de Ur, el solícito protector de Eridu, el glorioso pontífice de Uruk, el rey de Isin, el rey de Sumer y Akkad, el fiel de corazón a Inanna, por orden de Enlil la justicia en Sumer y Akkad he establecido.

»Entonces a los hijos y a las hijas (= los ciudadanos) de Nippur, a los hijos y a las hijas de Ur, a los hijos y a las hijas de Isin, a los hijos y a las hijas de Sumer y Akkad, sobre los que se había abatido la servidumbre, su libertad, por decisión mía, he establecido ...»

[Leyes]

«(art. 6) Si alguien ha echado abajo la puerta de una casa, el que ha echado abajo (la puerta de) la casa será matado.
»(art. 14) Si alguien se ha introducido en el jardín de otro y es sorprendido en el momento del hurto, debe pagar 10 siclos de plata.
»(art. 15) Si alguien en el jardín de otro ha cortado un árbol, debe pagar 1/2 mina de plata.
»(art. 17) Si una esclava o un esclavo de un ciudadano huye al interior de la ciudad (y si) se prueba que durante un mes ha vivido en la casa de otro ciudadano, (este ciudadano) dará un esclavo por este esclavo.
»(art. 18) Si no tiene un esclavo pagará 25 siclos de plata.
»(art. 29) Si la segunda mujer que (un ciudadano) ha desposado le ha dado un hijo, la dote que ella ha aportado de la casa paterna pertenece a su hijo.
»(art. 30) Si un ciudadano ha tomado una esposa, y ella le ha dado un hijo y este hijo está vivo, (si también) una esclava ha dado un hijo a su amo, el padre libertará a la esclava y a sus hijos; el hijo de la esclava no dividirá la casa con el hijo del amo.»

[Epílogo]

«Con arreglo a la palabra justa de Utu yo he establecido la justicia en Sumer y Akkad; con arreglo a la palabra de Enlil yo, Lipit-Ishtar, hijo de

LIBER

> Enlil, he expulsado por medio de la palabra la maldad y la perversidad, he eliminado las lágrimas, los gemidos, la corrupción y el pecado, he hecho que resplandezca la verdad y la justicia y he asegurado el bienestar en Sumer y Akkad.
>
> »Cuando he establecido el derecho en Sumer y Akkad he erigido estas estelas.» (A continuación vienen las maldiciones para quien dañe las estelas.)

es incidir sobre las consecuencias. Por supuesto, las causas siguen ahí, y no hay forma de erradicarlas, pero por lo menos sus consecuencias más descarnadas son borradas con ese típico acto de arbitrio real que es la gracia. La frecuencia de las amnistías es bien conocida, tanto por los deudores como por los acreedores, de modo que esta válvula de escape se convierte en un rasgo estructural de las relaciones socioeconómicas. En efecto, parece que la norma es que un rey publique un edicto de remisión al empezar su reinado («año en el que el rey tal [re]estableció la justicia en el país» es una típica fórmula de datación del segundo año del reinado, después de haber datado el primero con la subida al trono). En el caso de reinados muy largos, en su transcurso se pueden publicar más edictos de esta clase. Aunque la periodicidad de esta repetida emanación de edictos no es fija ni previsible, y evidentemente tiene por finalidad ensalzar al nuevo rey y reconciliarlo con la población, lo cierto es que pasa a formar parte del mecanismo económico, y constituye la única defensa de las clases pobres contra la transformación de la servidumbre por deudas en una esclavitud definitiva.

Como se decía, hay un evidente afán propagandístico en estos edictos, que presentan a un rey «justo». También lo hay en la aplicación (menos frecuente) de la amnistía a las ciudades recién conquistadas. Pero los aspectos instrumentales siempre responden a un «código» moral y religioso. Por ejemplo, el dios Shamash de Sippar ordena al rey de Mari, Zimri-Lim, conquistador de Kurda, que «libere» de deudas el país. Y también hay un evidente afán propagandístico en la actitud de liberalidad y benevolencia del rey hacia los trabajadores que construyen las grandes obras, sobre todo los templos. Por ejemplo, si hemos de hacer caso al rey de Larsa, Sin-iddinam, los obreros que trabajan en la reconstrucción del templo de E-babbar comen carne, dátiles, queso y aceite en abundancia (en vez de cebada, como era habitual). La participación en los trabajos públicos se convierte en motivo de fiesta y manifestación de abundancia.

En algunos casos, el rey se presenta como «justo» con una formulación más orgánica, mediante la publicación de un «código» de leyes, siguiendo una tradición inaugurada por Ur-Nammu de Ur, que ahora está cada vez más extendida. Tenemos el código de Lipit-Ishtar de Isin, ya mencionado, tenemos un código (promulgado por un rey desconocido) de Eshnunna, y tenemos por último el código de Hammurabi, que es el más famoso y orgánico de todos. Estos códigos no son, en realidad, providencias administrativas, dado que la aplicación concreta de las disposiciones en los veredictos judiciales es dudosa y probablemente nula. Desde el punto de vista de la práctica judicial, el código no es anterior a los veredictos, sino más bien éstos son anteriores al código. El código no pretende, pues, promulgar disposiciones nuevas que sustituyan o unifiquen las existentes. Lo que pretende es demostrar lo bien

organizado y correctamente gobernado que está el reino, bajo la sabia y eficaz dirección del rey. Los códigos son una demostración analítica, punto por punto, problema por problema, de que la justicia reina en el país. En los casos en que se conserva el «prólogo» que introduce la secuencia de los «artículos», este sentido queda explícito en la propia formulación, que viene a decir: «cuando los dioses me encargaron que gobernara el país ... las cosas estaban de esta manera: si un hombre cometía tal delito, la pena era ésta; si un hombre firmaba tal contrato, la tarifa era ésta» y así sucesivamente. Del conjunto de disposiciones, que más o menos derivan de la práctica judicial común, surge el modelo del «buen gobierno», en el que todo está ordenado con arreglo a unas normas equitativas, sin dejar resquicios para la prevaricación y la arbitrariedad. La idea de que para la buena marcha de las relaciones sociales algo tiene que cambiar, hay que introducir disposiciones nuevas, no forma parte de la ideología ni de la metodología de gobierno. La idea vigente es que el buen funcionamiento de la justicia, en virtud de las normas existentes, sólo puede tener como resultado un reino próspero y feliz. El reino en el que no se apliquen estas normas será caótico, y entonces se hará necesario un «restablecimiento» de la justicia, nada más.

Tanto en el código de Ur-Nammu como en el de Eshnunna se incluye una tabla de los precios. También en este caso hay que decir que no se trata de precios nuevos o más favorables que los anteriores, como tampoco se trata de precios máximos o mínimos, sino simplemente de precios «justos» y estables (y justos en tanto que estables), y ante todo organizados de modo que haya correspondencias sencillas y funcionales, del tipo 1:1 (una cantidad base de cebada = una cantidad base de plata, etc.), casi como si se tratara de equivalencias dictadas por la naturaleza, y no por el juego económico. Estos precios «justos» (que a nosotros nos parecen muy formales y utópicos) pueden haber influido en las transacciones económicas, sobre todo si tenemos en cuenta que en las tablas de precios se incluyen los de alquiler de obreros y medios de transporte: evidentemente, el «modelo» real debía ser un punto de referencia para la parte más débil frente a los abusos de la parte más fuerte. En los propios mercados había estelas reales que fijaban los «precios justos» de referencia. Y la función económica del mercado (el lugar de mercado) tiene una importancia cada vez mayor, a medida que hay partes crecientes de la población que ya no son capaces de autoabastecerse y tienen que recurrir a la compra y el intercambio, y a medida que las actividades mercantiles y artesanales se «liberalizan» (con respecto a su función original de agentes palatinos) y buscan salidas directas.

Es verdad que hay que distinguir (con K. Polányi) entre el «lugar de mercado», atestiguado con certeza en Mesopotamia (*maḫ* = *īrum*) por lo menos a partir del periodo paleobabilonio, y el mercado entendido como mecanismo de autorregulación de los precios de acuerdo con la oferta y la demanda. Pero también es verdad (con permiso del mismo Polányi) que también el mecanismo de mercado es conocido y opera en este mismo ambiente. La experiencia mesopotámica, ya antes del periodo paleobabilonio, pero sobre todo durante dicho periodo (precisamente por haberse desvinculado de la economía administrada y haber convertido la tierra y el trabajo en mercancías), es un buen ejemplo de la influencia de la relación entre la oferta y la demanda en la determinación de los precios corrientes. Es más, esta experiencia se concreta en dos estereotipos muy característicos. Por un lado, los periodos de caos político, de escasa afluencia de mercancías, de crisis productiva, se caracteri-

zan por alzas desmesuradas de los precios. Por poner un ejemplo, es así como se describe la crisis de Akkad en un texto literario (la citada *Maldición de Akkad*), redactado precisamente al principio del periodo paleobabilonio. En cambio, la forma típica de caracterizar como próspero un reinado (con alta productividad interior y gran afluencia de mercancías exteriores) consistía en decir que los precios corrientes eran extraordinariamente bajos, y que con una unidad de plata se podía comprar no una, sino varias unidades de productos básicos (cebada, lana, aceite o cobre). Así, junto a las tablas de los precios «justos» (como la del código de Eshnunna), que comparados con los precios verdaderos de la documentación jurídica y económica de la época resultan bastante realistas, hay otras tablas de precios «propagandísticos» que aparecen en las inscripciones reales, con una clara finalidad elogiosa (de Sin-kashid de Uruk a Shamshi-Adad de Asiria), en las que los precios reseñados para demostrar la prosperidad son completamente increíbles, muy alejados, por exceso de optimismo, de los precios corrientes.

Esta tendencia a convertir la exageración en estereotipo (para darle un uso utópico y propagandístico) revela que los mecanismos de «mercado» en la determinación de los precios funcionan y son conocidos. Pero revela también que se piensa que estos mecanismos son en cierto modo injustos, porque alejan el precio corriente del precio «justo», heredero del viejo sistema de equivalencias administradas por el palacio. El rey interviene entonces restableciendo el sistema de los precios justos y procurando que sean también corrientes. Sabemos que la primera operación, puramente verbal, se lleva a cabo (tablas de precios incluidas en los códigos, estelas reales erigidas en medio de los mercados), pero no parece tan seguro que la autoridad estatal disponga de medios para hacer efectivo este deseo. No se tienen datos de intervenciones concretas (preventivas o punitivas), y podemos suponer que el mero enunciado del sistema correcto de equivalencias es todo lo que la autoridad real considera que está en sus manos. Para ello cuenta con su prestigio y con la función de «modelo» que desempeña este enunciado en las relaciones personales, y sobre todo en la función estabilizadora del sector público (en el que se pueden aplicar los precios de las tablas) sobre el privado. También es estabilizadora la fuerza de la tradición, la idea de que los precios tienen que ser los «acostumbrados» (por lo menos en situaciones anormales por carestía o abundancia), como de hecho queda demostrado por su lentísima alteración a lo largo de los siglos.

5. La cultura paleobabilonia

En el periodo paleobabilonio la escuela (*edubba*) sigue siendo el centro impulsor de la cultura mesopotámica. Muy conservadora, sigue transmitiendo los mismos instrumentos de trabajo y puntos de referencia concebidos en el III milenio. Resulta bastante paradójico que gran parte de la literatura sumeria nos ha llegado a través de la *edubba* del Nippur paleobabilonio, cuando el sumerio ya es una lengua muerta. Sin embargo, la escuela tiene que ser consciente de los nuevos problemas, el más importante de los cuales es el paso definitivo del sumerio al acadio como lengua escrita (ya hablada por la mayoría de la población). El silabario se adapta a las peculiaridades del semítico (ternas sorda-sonora-enfática, distinción de vocales largas y consonantes dobles, etc.) y la morfología asume su forma «clásica». El problema

del bilingüismo no es nuevo —baste recordar el caso de Ebla—, pero ahora afecta a toda la cultura escrita mesopotámica, lo que obliga a formular la escuela en términos bilingües y a traducir al acadio los formularios sumerios. Aparecen listas bilingües sumerio = acadio (mejor dicho, con tres casillas: ideograma-lectura en sumerio-lectura en acadio), y también listas trilingües, como las que recogen el dialecto *emesal* (del tipo *dimmer* = *dingir* = *ilu*). El propio alejamiento que se ha producido entre el ideograma y la escritura silábica confiere un aspecto de «traducción» a las listas monolingües del tipo ideograma-lectura acadia.

Los escribas, en vista de la «muerte» del sumerio como lengua hablada, se las ingenian para recuperar y traducir el patrimonio cultural sumerio. Se hacen traducciones, algunas interlineares, se recopilan y escriben las grandes obras de la literatura sumeria, se enseña el sumerio como una lengua muerta, pero imprescindible para todo escriba que se precie. A los motivos de prestigio religioso y cultural (que convierten el sumerio en una especie de «latín medieval») se suma el motivo práctico de que el sistema de escritura empleado para el acadio se ha desarrollado históricamente para el sumerio, y conserva vestigios de este origen (por lo menos en el repertorio ideográfico), de modo que no se podría escribir o entender ningún texto acadio sin tener nociones de sumerio.

Además del problema de la traducción está el de la puesta al día, ampliación y sistematización del patrimonio cultural heredado. El resultado de esta labor es una enciclopedia (que se convertirá en clásica) llamada *Ḫarra* = *ḫubullu*. En veintidós tablas se recopilan todas las listas de las distintas categorías de *realia* que forman el saber mesopotámico: árboles y objetos de madera, cañas y objetos de caña, vajilla, objetos de piel, metales y objetos metálicos, animales domésticos y salvajes, partes del cuerpo, piedras y objetos de piedra, plantas, peces, aves, lana y vestidos, localidades y productos alimentarios. Esta «enciclopedia», que por su manera de clasificar recuerda mucho a la china que hizo famosa Borges (con varios criterios que se entrecruzan de forma coherente), es en realidad un gran «vocabulario» que reseña las cosas con todas sus lagunas y superposiciones, recargado por el afán de los escribas de añadir cuantos más elementos mejor.

Otros compendios tienen una finalidad práctica más clara. Por ejemplo, la serie también clásica (aunque más reducida) *ana ittišu* es un prontuario de fórmulas jurídicas que se utilizan en los autos legales. También son prácticas las tablas numéricas (múltiplos, multiplicaciones, recíprocos, etc.) que facilitan las cuentas. Especialmente típicos de la época son los problemas matemáticos del tipo: sabiendo que un canal mide tanto de largo y tanto de profundidad, que un obrero cava tanta tierra al día, y que su ración es tanta, ¿cuántos días hacen falta para cavar tal longitud, y cuánto costará en términos de salarios?

Si los periodos acadio y neosumerio se habían caracterizado por el concepto de fundación mítica de lo existente, el periodo neobabilonio desarrolla el concepto de fundación histórica. Se puede aventurar la hipótesis de que este desarrollo es más o menos paralelo a la generalización de la transmisión hereditaria, y también financiera, de los medios de producción, que requiere una demostración «histórica» de los derechos de propiedad (no como antes, que se consideraban «dados» para siempre a la familia o al templo). El hecho es que hay una casi repentina «explosión» de la labor historiográfica de los escribas mesopotámicos, que suele estar en función de hechos políticos corrientes (legitimación del estatus real, decisiones de los monarcas). Este

LIBER

DOCUMENTO: ADMINISTRACIÓN Y APRENDIZAJE DE LOS ESCRIBAS: PROBLEMAS PALEOBABILONIOS SOBRE LA EXCAVACIÓN DE CANALES

1
«Una excavación: 5 GAR es la longitud, 1,5 GAR es la anchura, 0,5 GAR es la profundidad; 10 *gín* (de volumen) es la cuota, 6 *še* de plata es la paga (mensual). ¿Cuál es la superficie, el volumen, los obreros (=las jornadas de trabajo), y la (el total del gasto en) plata? Para resolverlo, multiplica la longitud por la anchura y obtienes 7,5 SAR (= la superficie); multiplica 7,5 por la profundidad y obtienes 45 SAR (= el volumen). Toma el recíproco de la cuota, que es 6, y multiplícalo por 45, obtienes 4,5 (= las jornadas de trabajo, que se multiplican por 60). Multiplica 4,5 por la paga y obtendrás 9 *gín* (= total del gasto). Así se hace.»

2
«Un canal: 5 UŠ es la longitud, 2 *kùš* la anchura y 1 *kùš* la profundidad; 1/3 *gín* (en volumen) es la cuota, 1 *bán* de cebada es la paga de un asalariado. ¿Cuál es la superficie, el volumen, los obreros (= las jornadas de trabajo) y (el total de) la cebada? La superficie es 1 *ubu*, el volumen es 1 *ubu*, los obreros son 2,5 (que se multiplican por 60), (el total de) la cebada es 5 *gur*.»

3
«La cebada para un canal es 5 *gur*, 2 *kùš* es la anchura, 1 *kùš* la profundidad, 1/3 *gín* la cuota, 1 *bán* la paga de un obrero. ¿Cuál es la longitud? 5 UŠ es la longitud.»

4. *Tablas de las medidas usadas en los problemas*

medidas de peso (plata)				
še 'grano'		1		
gín 'siclo'		180	1	
ma-na 'mina'		10.800	60	1
medidas de capacidad (cereales)				
sila		1		
bán		10	1	
gur		300	30	1
medidas de longitud				
šu-si 'pulgar'	1			
kùš 'codo'	30	1		
GAR	360	12	1	
UŠ 'longitud'	21.600	720	60	1
medidas de volumen (tierra)				
gín		1		
SAR (= 1 GAR^3)		60	1	
ubu		3.000	50	1

interés historiográfico produce tres bloques principales de resultados. El primero son las listas reales, con dos ramas que difieren bastante entre sí. Hay una rama sumeria, expresión de las concepciones tradicionales y meridionales, representada por la lista real sumeria (y la «contralista» de Lagash). Establece una línea única para la realeza, legitimando así la herencia «imperial» de Isin. Y al proyectar la unidad monárquica hasta una fundación mítica («cuando la realeza bajó del cielo...») y seguirla después a través de periodos de intenso fraccionamiento, deforma gravemente la realidad. Hay otra rama que podríamos llamar amorrita, que busca los orígenes de las nuevas monarquías en unas listas de antepasados tribales más o menos legendarios (principio de la lista asiria, lista de los antepasados de Hammurabi).

El segundo bloque son las colecciones «historiográficas» de las inscripciones reales de los reyes de Akkad y Ur III (copiadas de los monumentos que todavía se encuentran en los templos), y de las cartas reales de Ur III. Se trata de fuentes esenciales para la reconstrucción de la historia antigua del país, y da la impresión de que la intención de los escribas es erudita, más que política. El tercer bloque, que en parte procede del segundo, es la literatura seudohistórica. Comprende desde el tipo de la «falsa inscripción» (*narû*), que imita directamente la inscripción histórica, hasta el tipo del «poema histórico», que tiene como protagonistas a los reyes de Akkad. Ya hemos hablado de lo poco que estos textos literarios contribuyen a aumentar nuestros conocimientos sobre los reyes antiguos (ya que la falsificación prevalece sobre los datos reales), y de lo mucho que contribuyen a la comprensión de los problemas políticos de la época en la que fueron escritos.

También responden al espíritu de la época algunas manifestaciones de individualismo (relacionado con los elementos de evolución social antes mencionados), como los dos ejemplos siguientes. El primero se refiere a la iconografía de la glíptica: las repetidas escenas de «presentación» del fiel (titular del sello) a la divinidad principal (o también al rey deificado) por parte de una divinidad menor también aparecen en la época paleobabilonia. En este caso no falta el epígrafe de identificación y las escenas están más estereotipadas, dado que la divinidad presentadora se estabiliza en la figura de un dios tutelar genérico (*lamassu*, una especie de ángel de la guarda), y ya no es una figura reconocible del panteón. El segundo ejemplo son las «cartas al dios», que aparecen en esta época. Se trata de cartas escritas por determinados individuos para denunciar ante la divinidad el estado de injusta postración en que se encuentran, y pedir ayuda. Estos dos procedimientos (presentación, carta al dios) formalizan una creciente introspección psicológica y, por otro lado, trasladan al plano religioso lo que evidentemente sucede en el plano humano, con prácticas de recomendación, presentaciones y ruegos. En cualquier caso, suponen un intento por parte de la gente común de mantener un contacto personal con el mundo divino, sin tener que pasar por la mediación institucional de los sacerdotes y el rey.

Una expresión evidente de esta búsqueda de explicaciones personales sin pasar por la mediación de los lugares de culto y poder, de acceso directo al mundo supra-sensible, es la rápida proliferación de los métodos de interpretación de los presagios. Se trata de signos presentes en varios mundos sensibles, que indican lo que es o sucederá en otros mundos, dada la coincidencia de todos ellos en un orden cósmico. En el III milenio ya existían técnicas de comunicación entre el mundo humano y el divino, sobre todo de tipo directo: en el sueño premonitorio un dios se aparece al rey y le dice lo que tiene que hacer. Pero esto, más que un signo, es un verdadero canal

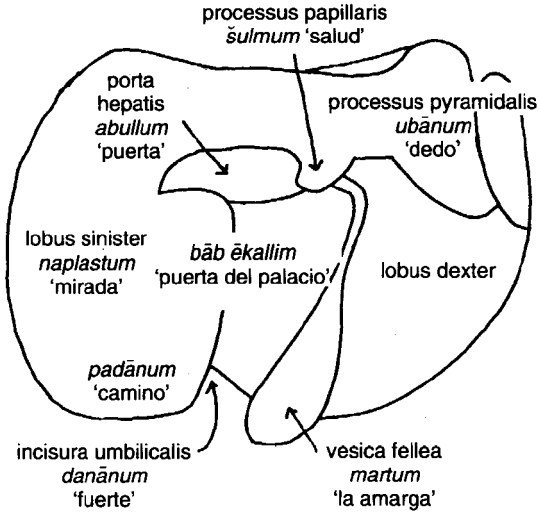
de comunicación directa, expresado en el mismo código lingüístico, y no necesita ser desentrañado. En el periodo paleobabilonio la situación varía, sigue habiendo sueños explícitos (con la diferencia de que los que sueñan son particulares, sobre todo mujeres), pero también se empiezan a interpretar los sueños comunes, pues se considera que son portadores crípticos de mensajes cargados de significado sobre la suerte que va a correr el soñador.

La práctica adivinatoria más extendida en la época paleobabilonia —el examen del hígado de los animales sacrificados (hepatoscopia, que luego se convertiría en la aruspicina, el examen de todas las entrañas)— posee escasos antecedentes en el III milenio, pese a la convicción de los intérpretes paleobabilonios que compilaron los presagios «históricos» de los reyes famosos del pasado, tanto por escrito como en forma de modelos de hígados. Los presagios históricos, artificiosos y secundarios, quedan en segundo término frente a la gran cantidad de presagios hepatoscópicos. Estos presagios forman una verdadera ciencia de carácter lógico, con su juego de analogías y polaridades con el que se pueden encontrar signos en cualquier hígado, e incluso en cualquier objeto y situación.

Además de la hepatoscopia, en la época paleobabilonia aparecen otras técnicas: presagios a partir de nacimientos deformes (*šumma izbu*), a partir de los más variados detalles del paisaje y la vida diaria (*šumma ālu*), libanomancia (presagios deducidos del humo del incienso), fisonomía, astrología, etc. Todas estas técnicas tendrán una larga historia, y serán preferidas en distintas épocas. Por ejemplo, la astrología se desarrollará sobre todo en las épocas neoasiria y neobabilonia, desplazando a la hepatoscopia del lugar preferente. La fisonomía, que en el periodo paleobabilonio se limita a los signos físicos (lunares), acabará centrándose en el comportamiento y el carácter moral del sujeto. Pero el principio, sólidamente establecido desde comienzos del II milenio, es que cualquiera —desde el rey hasta el último de sus súbditos— puede conocer su suerte interpretando los signos correspondientes.

Las recopilaciones de presagios son un excelente caudal para conocer los temores y las expectativas de la sociedad de la época. Ante todo se advierte una separación entre dos «esferas», llamadas el país (*mātu*) y la casa (*bītu*), es decir, la esfera pública y la privada. Algunas técnicas de presagios provocados u observados durante el culto van dirigidas, sobre todo, a la esfera pública, mientras que otros presagios al alcance de todos van dirigidos, sobre todo, a la esfera privada, y en varios casos la versión puede ser doble: tal signo en la esfera *mātu* significa tal cosa, y en la *bītu* tal otra. Al margen de esta división, lo que más llama la atención es una enorme conflictividad, que no aparece reflejada ni por asomo en la documentación oficial. Desde luego, la visión que dan los presagios también está deformada, ya que sirven de desahogo, para conjurar miedos y tensiones. Pero en la esfera pública aparece un panorama lleno de usurpaciones y regicidios, revueltas y deserciones, y en la privada de luchas fratricidas y generacionales. La principal preocupación es la cohesión (y su versión diacrónica, la continuidad). Los valores que parecen estar más amenazados son la solidaridad y la fidelidad, precisamente por ser valores esenciales de la sociedad, sometidos a una rápida transformación en un mundo en el que se están operando cambios económicos y familiares de envergadura.

El esquema conceptual del presagio (con su formulación «si... entonces...») se convierte en el esquema conceptual típico de la cultura mesopotámica. En las compilaciones legislativas se aplica el mismo esquema, con la diferencia de que en ellas



«Si el "camino" (*padānum*) gira en torno a un "arma": si tú emprendes una expedición militar el enemigo ...
»Si el "camino" está presente: un hambre se desatará que (devorará) al enemigo.
»Si el "camino"está en medio de otro "camino": aquel que se ponga en camino ...
»Si el "camino" se halla en un "saco": fin del reinado, días contados.
»Si hay un "fuerte" (*danānum*): el interesado contará con la protección divina.
»Si hay un "fuerte" del revés: la casa del interesado se caerá.
»Si la cabeza del "fuerte" está separada : traición, el superintendente de palacio divulgará tus planes.
»Si la cabeza del "fuerte" está hendida : tu secreto será divulgado.
»Si el "fuerte", aunque aplastado, está (en su sitio): el ejército en tierra extranjera ...
»Si los "fuertes" son dos y están montados: derrota del ejército enemigo.
»Si hay una pústula en el "fuerte": el enemigo se apoderará de lo que hay en tus redes de caza.
»Si hay un "pie" en el "fuerte": una gran casa será derribada.
»Si hay una "plantación" en el "fuerte": el ejército, en la campaña militar que emprenda, será derrotado.
»Si hay una "mirada" (*naplastum*): el dios está presente en el sacrificio del interesado.
»Si en lo alto de la "mirada" hay un "arma" que sigue la dirección de la mirada: los ojos favorables del dios estarán sobre el interesado.
»Si en lo alto de la "mirada" a la derecha hay una cavidad: alguien de la familia del interesado morirá.»

FIGURA 65. Ejemplos de presagios hepatoscópicos paleobabilonios, y esquema de un hígado de oveja con la terminología babilonia.

el lazo entre los dos términos del periodo hipotético no es una relación signo-significado, sino una relación transgresión-sanción. El esquema también se aplica (sin ninguna diferencia) en un sector que hoy llamaríamos «científico»: la medicina. Evidentemente, en el mundo mesopotámico no existía la distinción que hacemos hoy entre ciencia y presagios. Pero hay que distinguir entre dos ramas distintas de la actividad médica, aunque ambas se basan en la interpretación de los signos. L. Oppenheim las ha llamado «práctica» y «científica». La rama práctica, más típica del periodo paleobabilonio, es competencia del *asû* «médico», y consiste en la observación atenta de síntomas, seguida de un diagnóstico del tipo de enfermedad y de la prescripción del remedio adecuado (que éste sea eficaz ya es otro cantar; de todos modos, se trata de la consabida farmacopea campesina a base de hierbas). En cambio la rama científica (que prevalece en la época sucesiva) es competencia del *āšipu* «exorcista». Consiste en una observación, también muy atenta, de unos signos que pueden ser ajenos al paciente (la serie clásica empieza con los signos observados por el exorcista a lo largo del camino, mientras se dirige a la casa del enfermo), y termina con una indicación sobre el desenlace (sanará-morirá) que prescinde de curas, y a veces se puede cambiar con exorcismos. Por ahora los remedios de carácter mágico (exorcismos, encantamientos y similares) permanecen en segundo plano, y sólo más adelante tendrán un papel destacado. La actitud que predomina oscila entre la intervención activa y la resignación fatalista.

LIBER

12. EL ESTADO Y EL COMERCIO PALEOASIRIOS

1. Origen y estructura del estado asirio

Según los escribas neoasirios, que nos han dejado una lista real continua de dos milenios de duración, el estado asirio tiene un origen de carácter tribal y nómada. Los primeros 17 reyes —dice la lista real— «vivían en tiendas»; después hay una secuencia inversa (de hijos a padres) de «reyes que eran padres/antepasados», que sirve para conectar a Ila-kabkabi (padre del usurpador Shamshi-Adad I) con los últimos reyes «que vivían en tiendas», Ushpia y Apiashal. En general, esta lista está influida por el clima político-cultural de la época amorrita (con sus genealogías gentilicias de los jefes tribales), y en concreto pretende legitimar la posición de Shamshi-Adad. Por lo tanto, la parte que se remonta a los orígenes es tendenciosa y no se puede tomar en consideración. En cambio, resulta fiable justo después, en la secuencia que va de Sulili a Erishum II, dando a entender que para ella se ha basado en fuentes epigráficas y en los archivos. En efecto, de los reyes Sulili a Ilushuma dice: «reyes atestiguados en los ladrillos (es decir, en las inscripciones de los edificios) cuyos epónimos se han perdido» (y por eso no se conoce la duración de su reinado). En cambio, de Erishum I a Erishum II se da también la duración del reinado, deducido, sin duda, de la lista de los epónimos.

En realidad, si la intervención «nómada» se sitúa en consonancia con Shamshi-Adad I y trata de hacerse una «prehistoria» de legitimidad, la historia asiria más antigua es la de una región de urbanización antigua e intensa economía agrícola. Como se recordará, Asiria es una zona de aldeas agrícolas desde el periodo de Hassuna y Halaf, y una tierra de ciudades desde el 'Ubaid Tardío y la época de la primera urbanización. Pero conviene distinguir dos núcleos, que al fundirse dan lugar al estado asirio tal como permanece durante varios siglos. El fértil «triángulo de Asiria» comprendido entre el Zab superior y el Tigris, cuya ciudad principal es Nínive, y la ciudad de Assur que da nombre a Asiria pero se halla descentrada y aislada bastante más al sur, son distintos por ecología e historia. El triángulo de Asiria es una zona de poblamiento antiguo y bien urbanizada, ya que puede contar con suficiente pluviosidad y muchas tierras de cultivo. Posee una población local de origen hurrita o «subarteo» (para los sumerios y acadios es el país de Subartu, la parte norte de las cuatro en que se divide el mundo). Sin duda recibe flujos de colonización procedentes del sur ('Ubaid Tardío, Uruk), pero asimila estas influencias con formas originales. En cambio, Assur es una ciudad aislada, sin un extenso país interior agríco-

la, situada en una zona árida, y debe su importancia a su posición fluvial. En Assur son más recientes las influencias del sur, del Protodinástico en adelante. Pero se trata de influencias directas, que la convierten en una «colonia» o avanzadilla de la cultura sumeria en el Tigris medio. Si Nínive y el triángulo asirio tienen vocación agrícola y un intenso poblamiento, Assur posee vocación puramente comercial. Desde Assur se puede remontar el Tigris hacia Anatolia oriental, se puede atajar por el oeste a través del Uadi Tharthar hacia la Alta Mesopotamia, y al noreste se puede remontar el Zab inferior hacia la meseta iraní. Avanzadilla comercial meridional y cuerpo separado en el país de Subartu, Assur acabará convirtiéndose en el centro político de toda la región, haciendo de Asiria una de las potencias de dimensión regional en el tablero político de la primera mitad el II milenio.

La unión política de la ciudad de Assur con el rico «triángulo asirio» (y la subordinación del segundo al primero) revela el interés que tuvieron las formaciones imperiales mesopotámicas por esta región. Primero fue el interés acadio por el control de las redes comerciales periféricas. Luego el proyecto de la III dinastía de Ur de convertir a los *ensi* de Assur, sometidos a ella, en instrumentos eficaces para controlar las tierras de Subartu, contra las que habían dirigido varias expediciones militares. El hecho es que tras la caída del imperio de Ur los *ensi* de Assur se independizaron por completo, iniciando la secuencia dinástica asiria con Sulili, Kikia y Akia.

Así pues, ya desde esta fase inicial aparecen los caracteres originales de Asiria en la historia mesopotámica. Ya hemos mencionado que Assur, centro comercial, y la zona agrícola de Nínive con sus alrededores, son complementarios. También hemos dicho que Assur (y luego toda Asiria) es una avanzadilla del sur, como se desprende de las instituciones religiosas y políticas, y de la propia composición etnolingüística. Asiria es una zona de intenso poblamiento acadio en un contexto dominado por los hurritas en la vertiente del piedemonte, y por los amorritas en la estepa. Un tercer elemento es la posición de Asiria, justo al pie de los montes Zagros y Taurus, una posición ventajosa, ya que desde allí se accede rápidamente a las materias primas «periféricas», lo que marca el destino comercial de Asiria. Al mismo tiempo es una posición peligrosa, debido a la amenazadora presión de las tribus montañesas, lo que explica la vocación militar de Asiria. En cambio, hacia el oeste, Asiria tiene fácil acceso a los amplios horizontes altomesopotámicos. Esto hace que en varias ocasiones el expansionismo político de Asiria encuentre una salida en la amplia franja que va del Tigris al alto Éufrates, pasando por el triángulo del Khabur y del valle del Balikh.

No tenemos muchos datos de los primeros reyes, de Sulili a Ilushuma. Tampoco los tenían los escribas antiguos, que ni siquiera disponían de lista de epónimos. Por lo tanto, hemos de basarnos (como los mismos escribas) en las inscripciones edilicias conocidas. Hay inscripciones auténticas, que se han hallado en las excavaciones de Assur, y tenemos noticias indirectas de otras gracias a las llamadas «historias de edificios» que fueron dejando los reyes a medida que restauraban los templos antiguos y encontraban las «inscripciones de fundación», reseñándolas en las suyas. Sabemos así que todos los reyes paleoasirios, de Puzur-Ashur I a Puzur-Ashur II, trabajaron en las murallas de Assur y en los templos de Assur, Ishtar y Adad. Pero no sabemos nada de la extensión del estado que gobernaron.

Un destello en la oscuridad documental es la inscripción en la que Ilushuma declara que ha «establecido la libertad (*addurārum*) para los acadios y sus hijos» en

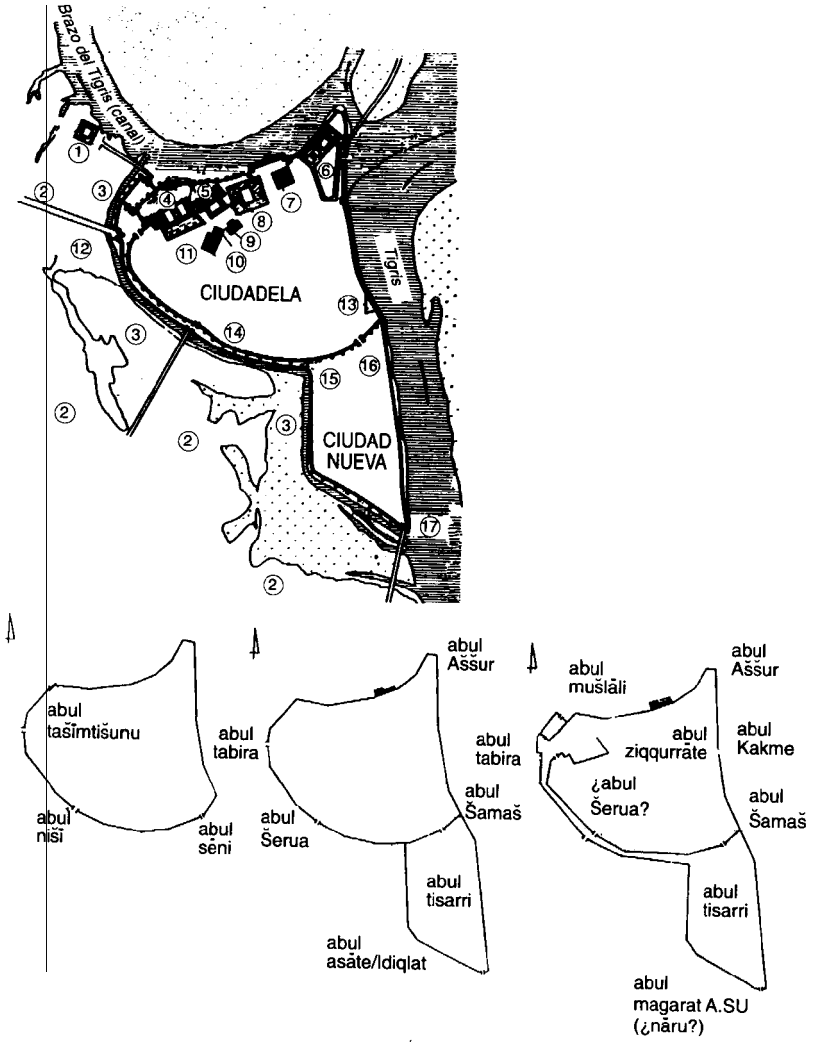


FIGURA 66. Planta de Assur y desarrollo de las murallas y de las puertas de la ciudad en las épocas paleoasiria, medioasiria y neoasiria. 1: templo de la fiesta del Año Nuevo; 2: estepa; 3: foso de la ciudad; 4: palacio nuevo; 5: templo con plataforma de Anu y Adad; 6: templo de Assur; 7: templo con plataforma de Enlil; 8: palacio viejo; 9: templo de Sin y Shamash; 10: templo de Ishtar; 11: templo de Nabu; 12: puerta de Tabira; 13: palacio del príncipe heredero; 14: muro de refuerzo; 15: emplazamiento de las estelas; 16: muro que da al río; 17: puerta del Tigris.

LIBER

ciudades situadas al este del Tigris (Der, Awal y Kismar), así como en Nippur y Ur (extremo sur mesopotámico). Ya hemos hablado de la cancelación de las deudas, que liberaba a los hijos y los devolvía a sus familias. Tras una expedición de conquista se tomaba esta medida, que servía momentáneamente para que el rey apareciese como un libertador, y no como un conquistador, a ojos de la población. Por lo tanto Ilushuma encabezó una expedición militar victoriosa (aunque un tanto efímera) al este del bajo Tigris, que llegó hasta el corazón de Sumer: señal indudable de que Asiria era ya una potencia regional, capaz de intervenir y atacar bastante lejos.

Después del reinado de Ilushuma, Asiria se halla inmersa en una red comercial que abarca desde la Alta Mesopotamia hasta el suroeste y el centro de Anatolia, documentada por los textos hallados en algunas localidades anatólicas y sobre todo en el principal punto de apoyo de los mercaderes asirios, el *kārum*, que se alzaba a las puertas de la ciudad de Kanish, en Capadocia. Esta red comercial, que no podía haberse formado de la noche a la mañana y enlaza más o menos directamente con otras redes comerciales anteriores, hasta llegar a la de la época de Ebla, está bien documentada en el periodo de los cuatro reinos de Erishum I, Ikunum, Sargón I y Puzur-Ashur II, unos 80 años que corresponden al nivel II de Kanish (Kültepe). Luego hay un intervalo que, significativamente, coincide con el interregno de Naram-Sin de Eshnunna (que había tomado el poder en Asiria) y de su hijo Erishum II. Por último, hay una segunda fase de comercio entre Asiria y Capadocia, con Shamshi-Adad I (Kültepe, nivel Ib), hasta que la red sufre un colapso definitivo coincidiendo con la decadencia del poder asirio, con los descendientes de Shamshi-Adad. Vemos, pues, que la red comercial, controlada sobre todo por empresarios privados, subsiste cuando está respaldada por el sólido poder de la metrópoli asiria, y decae bruscamente cuando le falta este respaldo (después de Shamshi-Adad), o cuando cae en manos de un soberano como Naram-Sin de Eshnunna, más interesado en impulsar sus propias redes comerciales en otras direcciones.

El enorme interés de los textos comerciales paleoasirios de Capadocia no debe hacernos olvidar que se trata de un sector especial, aunque importante. Una visión más equilibrada del sistema político asirio tiene que basarse en la documentación de la metrópoli. Aquí el poder es, de alguna forma, tripartito. Evidentemente, el rey está situado en el vértice, pero sus títulos no incluyen el obvio de *šarrum* (específicamente «rey»), y en cambio destacan su tradicional dependencia del dios ciudadano. El rey asirio es *iššiʾak Aššur* (*iššiʾakku* es la acadización de *ensi*), es decir, «gobernador de Assur (por cuenta del dios)», un título cargado de significado, ya que el nombre de la ciudad coincide con el del dios. Se ha advertido incluso un deslizamiento progresivo del título de «gobernador de la ciudad de Assur» al de «gobernador del dios Assur». Este deslizamiento tiene lugar bajo los reinados de Ilushuma y Erishum I, y coincide con el paso de la ciudad-estado (con tratamiento calcado de los viejos títulos sumerios) a una formación estatal más compleja y ambiciosa (Asiria), que quiere superar el radio ciudadano y hace de Assur, «dios nacional», el símbolo de su unidad. La fórmula que resume el lazo entre el dios y el rey es clara: «(el dios) Assur es rey — Silulu/Erishum/etc. es el gobernador de (= por cuenta de) Assur». Encontramos una implicación parecida en el título de *waklum* «vigilante», que presenta al rey como jefe y responsable de la comunidad asiria ante el dios. Los títulos de *ruba'um* «príncipe» —literalmente «(hombre) grande»— y *bēlum* «señor» son más genéricos, y los encontramos también en reyes no asirios.

LIBER

DOCUMENTO: EL PRINCIPIO DE LA LISTA REAL ASIRIA

A [1] Tudia [2] Adamu [3] Yangi [4] Kitlamu [5] Kharkharu [6] Mandaru [7] Imsu [8] Kharsu [9] Didanu [10] Khanû [11] Zuabu [12] Nuabu [13] Abazu [14] Belû [15] Azarakh [16] Ushpia [17] Apiashal: total 17 reyes que habitan en tiendas.

B [26] Aminu hijo de Ila-kabkabi [25] Ila-kabkabi hijo de Yazkur-ilu [24] Yazkur-ilu hijo de Yakmeni [23] Yakmeni hijo de Yakmesi [22] Yakmesi hijo de Ilu-Mer [21] Ilu-Mer hijo de Khayanu [20] Khayanu hijo de Samanu [19] Samanu hijo de Khalê [18] Khalê hijo de Apiashal [17] Apiashal hijo de Ushpia: total 10 reyes que eran sus antepasados.

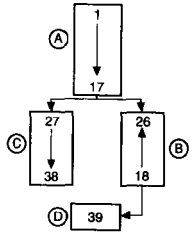
C [27] Sulili hijo de Aminu [28] Kikia [29] Akia [30] Puzur-Ashur (I) [31] Shalim-akhe [32] Ilushuma: total 6 reyes atestiguados en ladrillos, cuyos epónimos están rotos.
[33] Erishum (I) hijo de Ilushuma: reinó 40 años;
[34] Ikunum hijo de Erishum: reinó ... años;
[35] Sargón (I) hijo de Ikunum: reinó ... años;
[36] Puzur-Ashur (II) hijo de Sargón: reinó ... años;
[37] Naram-Sin hijo de Puzur-Ashur: reinó ... años;
[38] Erishum (II) hijo de Naram-Sin: reinó ... años.

D [39] Shamshi-Adad (I) hijo de Ila-kabkabi, en el tiempo de Naram-Sin se marchó a Babilonia. En el eponimato de Ibni-Adad Shamshi-Adad volvió de Babilonia, tomó Ekallatum y permaneció tres años en Ekallatum. En el eponimato de Atamar-Ishtar Shamshi-Adad vino de Ekallatum, derrocó a Erishum hijo de Naram-Sin, subió al trono y reinó durante 33 años.

Análisis

Grupo A (reyes nómadas): los reyes 1-12 corresponden más o menos a la lista de los antepasados de Hammurabi (por lo tanto genealogía amorrea genérica), mientras que los 13-17 son reyes efectivos de Assur.

Grupo B: genealogía (en orden inverso) que tiende a enlazar a Aminu y a Ila-kabkabi (hermano y padre de Shamshi-Adad I) con la vieja dinastía de Assur. Pero los personajes 18-26 no reinaron nunca en Assur.



LIBER

Grupo C: reyes efectivos de Assur en el periodo entre Apiashal y Shamshi-Adad. Naturalmente, Sulili [27] no puede ser «hijo de Aminu» (que es muy posterior), y más bien será «hijo de Apiashal».

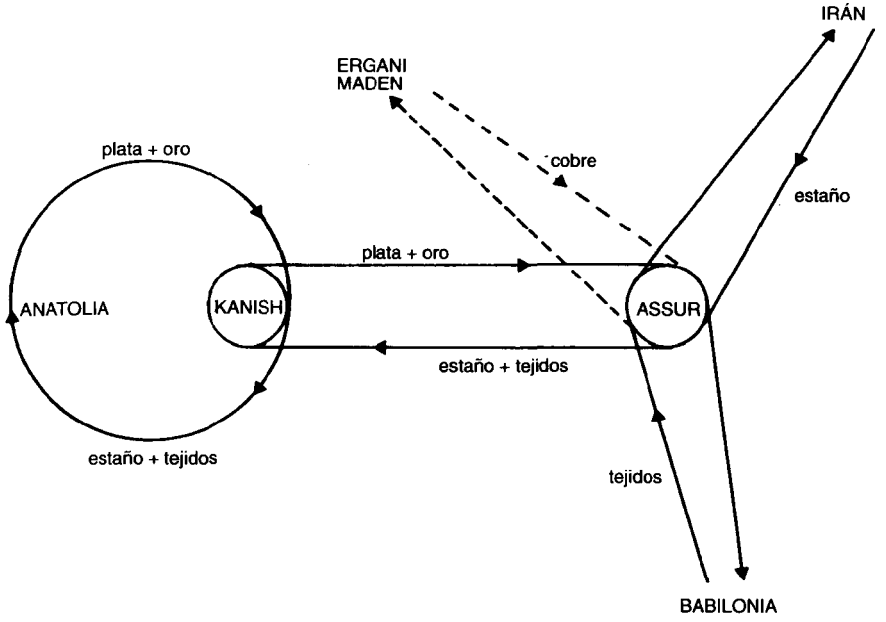
Grupo D: extracto de crónica sobre la toma del poder por parte de Shamshi-Adad I (que la anterior inserción del grupo B pretende preparar y legitimar), basado en un texto del tipo de la «crónica asiria» de Mari.

El segundo elemento del sistema político paleoasirio es la «ciudad» (*ālum*), que cuando actúa y toma decisiones como cuerpo unitario está representada por una asamblea (*puḫrum*) en la que participan todos los ciudadanos libres (cabezas de familia). Esta «ciudad» posee, sobre todo, competencias judiciales, y por ello a menudo se ve implicada en controversias o en directrices jurídicas referentes a los mercaderes. No es una instancia política, es la voz de la comunidad ciudadana, y su importancia es proporcional a la de las actividades extrapalatinas, en este caso muy considerable, dado el peso del sector «libre» en el comercio paleoasirio.

El tercer elemento del sistema político es el funcionario epónimo, llamado *līmum*. Además de dar nombre al año, este funcionario desempeña un papel que de alguna manera limita al del rey. A diferencia de la realeza, que es hereditaria —y pertenece, por lo tanto, a una sola familia— y está legitimada por su vínculo privilegiado con el dios Assur, el epónimo *līmum* se elige echando a suertes con un dado entre un número limitado de candidatos, representantes de varias familias. Su mandato es temporal, de modo que se cambia constantemente. Las competencias del *līmum* no están muy claras. Puede que se trate de un «síndico» o «jefe de asamblea», cobra impuestos sobre el comercio, y está más vinculado a la «ciudad» que al rey. En conjunto, en Asiria el poder del palacio real es muy limitado. En el orden ideológico, por la subordinación al dios ciudadano (pero esta aparente limitación se traduce en un prestigio más seguro ante los súbditos, y en un control sobre las organizaciones del templo). En el orden operativo está limitado por el peso, nada despreciable, de la organización ciudadana, cuya fuerza se debe a la existencia de destacadas familias dedicadas al comercio, en las que la ciudad de Assur basaba gran parte de su poderío. Más adelante, a medida que la ciudad de Assur vaya perdiendo influencia ante las ciudades agrícolas del «triángulo», el palacio real reforzará su posición, y la asamblea desaparecerá de la escena. La política militar y territorial que reemplazará a la comercial será un elemento crucial para el refuerzo de la posición del rey, en perjuicio de los otros componentes.

2. El comercio paleoasirio

El comercio paleoasirio se desarrolló en Anatolia con formas complejas y un volumen impresionante, y está documentado detalladamente por miles de tablillas encontradas en Kanish (Kültepe). Es posible que otras directrices del comercio asirio, así como otras redes comerciales contemporáneas, controladas por otras ciudades mesopotámicas o perimesopotámicas, tuvieran un desarrollo similar, pero carecemos de una documentación comparable. El comercio entre Assur y Kanish es, pues, una



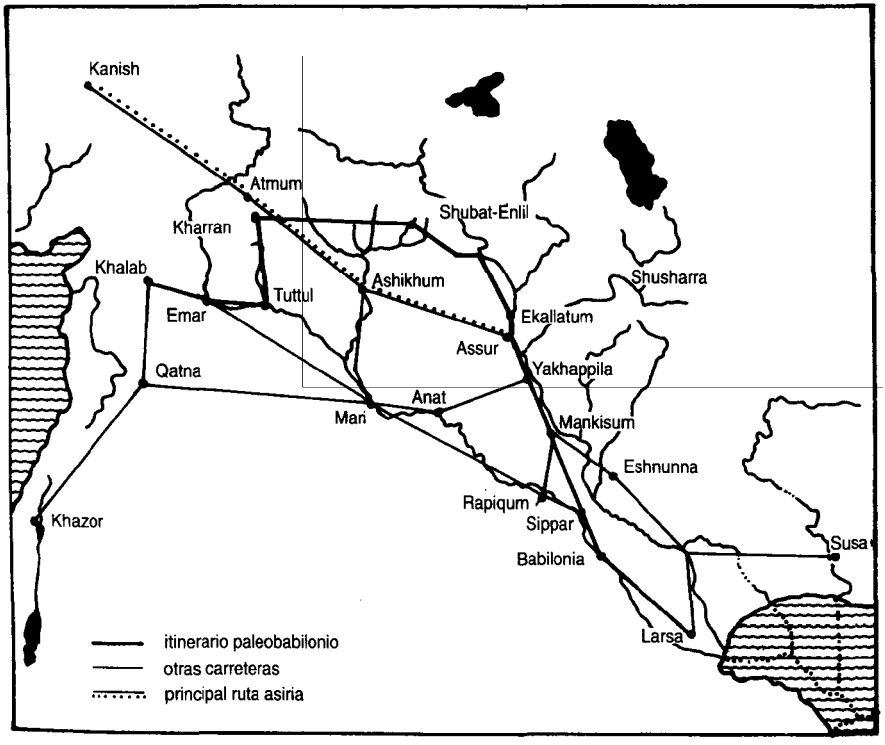


FIGURA 67. El comercio paleoasirio. *Arriba*, esquema del tráfico de mercancías. *Abajo*, red de vías paleoasiria y paleobabilonia.

ocasión única para conocer las modalidades y los fines del comercio a larga distancia, sin que necesariamente se trate de un caso único.

La intensidad y el volumen del comercio llevó a la superación de la fase de simple ir y venir de caravanas, pasando a la presencia fija de mercaderes asirios en Kanish y las otras ciudades anatólicas. El comercio se realizaba sobre todo entre los mercaderes asirios de Kanish y sus representantes en Assur. A estos dos polos se añadían otros elementos: 1) una extensa red comercial en Anatolia, entre el *kārum* central de Kanish y las otras estaciones comerciales menores; 2) una organización productiva e infraestructural en el propio Assur; 3) los intermediarios y porteadores que iban y venían entre las dos ciudades principales.

El *kārum* (literalmente «puerto», pero luego cualquier «estación comercial», aunque no fluvial ni marítima) es una organización y, también físicamente, un asentamiento situado en el exterior de la ciudad indígena anatólica. En Kültepe, donde las excavaciones han descubierto los dos asentamientos, la situación es clara: hay una ciudad indígena amurallada, sede de un palacio local, y fuera de las murallas está el barrio satélite de los mercaderes asirios. El *kārum* tiene su propia organización y una función reconocida tanto por la «ciudad» de Assur como por el reino indígena. Función de garantía en las operaciones, y judicial en los pleitos comerciales entre mercaderes o entre éstos y los indígenas. Por último, función de compensación financiera por el pago de las tasas (tanto a la ciudad indígena como al propio *kārum*). El *kārum* tiene su «estatuto», una asamblea general y un consejo restringido, y en él reside un plenipotenciario enviado por la «ciudad» (Assur). Por lo tanto, la instalación de la colonia se efectúa con el aval oficial de Assur. Si pudiéramos disponer de documentación palatina asiria, es probable que el comercio en general apareciera en buena medida como «administrado» (aunque más que por el rey, por la «ciudad»). Pero sólo tenemos documentación referente a los tramos no públicos del comercio, gestionados de forma privada. Probablemente, el oficio de mercaderes (*tamkārum*) tenía carácter oficial, y su posición clave en el tráfico no se debía sólo al hecho de poseer capitales, sino también a un aval público. Su actividad era esencialmente de organización y de renta, y se valían de agentes, adjudicatarios y porteadores para todas sus operaciones. La complejidad de las relaciones ha dado lugar a una notable complejidad en los documentos. Los textos son básicamente de dos tipos, contratos y cartas. Tiene que ser así, dada la separación física entre los actores, y el empeño de mercancías y sumas de plata. La situación se complica por la presencia de varios actores, que desempeñan papeles muy precisos en una organización parcelada y modular del comercio, y por la aparición en el tráfico de complicaciones menores, pero estructurales: asociación de varios mercaderes en una caravana, intervención de cómputos crediticios, dudas sobre la exactitud de las cifras, etc.

No obstante, al margen de estas pequeñas complicaciones, el esquema típico, el «procedimiento» del comercio, se concreta en tres tipos básicos de textos, que a su vez poseen subtipos. Ante todo tenemos el contrato establecido entre el mercader que reside en Kanish y el porteador. En él se menciona la cifra que el primero entrega al segundo (en peso de plata), el nombre de los representantes del primero en Assur (a quienes será entregada esa cantidad), y el compromiso del porteador de volver a Kanish llevando los bienes comprados en Assur con la cifra de partida. Pero el mercader, sobre todo si tiene muchos negocios y una posición elevada, no suele tratar directamente con el porteador, y encarga la organización de los detalles a un ex-

LIBER

pedidor (también de Kanish). Entonces aparecen subtipos de contrato: entre mercader y expedidor, y entre expedidor y porteador, todos ellos convenientemente redactados (especificando, en concreto, de quién es el dinero). Las partes los conservan como garantía hasta que termina la operación.

El segundo tipo de texto es una carta escrita desde Kanish por el mercader a sus representantes en Assur. Tiene varias funciones: presentar el porteador a los representantes, controlar que la suma entregada coincida, y dar indicaciones sobre la manera de invertir dicha suma (la solución habitual es gastar la mitad en tejidos y la otra mitad en estaño, y enviarlo todo de vuelta con el mismo porteador).

El tercer tipo de texto es una carta-balance que los representantes en Assur escriben al mercader de Kanish, y se la entregan al porteador para que la lleve en su viaje de regreso junto con las mercancías. Tiene la doble finalidad de controlar que el porteador entrega todo lo que le ha sido confiado, y explicar al mercader cómo se ha gastado la suma expedida. Este tercer tipo de texto es el que proporciona datos más interesantes acerca de los precios de las mercancías, la incidencia de los gastos de embalaje y transporte, la incidencia de las tasas, las ganancias obtenidas, etc. El intercambio de instrucciones entre mercaderes suele tener en cuenta la fluctuación de los precios y la posibilidad de obtener beneficios, con recomendaciones de vender sólo por dinero contante o a crédito, de comprar a cualquier precio o sólo en condiciones favorables, de evitar cierto tipo de mercancías o ciertos destinos, y así sucesivamente. Además de los beneficios estrictamente comerciales están los financieros, resultado de un cruce de posiciones deudoras y crediticias, que implican intereses mensuales.

En cuanto a las mercancías, el comercio paleoasirio en Anatolia es muy claro y sencillo: los asirios exportan a Anatolia tejidos y estaño a cambio de plata (y también oro), es decir, lo que hoy llamaríamos dinero contante. Por lo general las ganancias son reinvertidas en las mismas mercancías para continuar el ciclo. No se trata, pues, de un comercio dirigido a abastecerse de bienes que no se encuentran localmente, sino más bien de un comercio de exportación, cuya finalidad es el beneficio. En esta época la plata es el bien que se atesora, el medio de pago y la referencia para valorar otras mercancías. Se trata, pues, del equivalente premonetario de la moneda, y desde el punto de vista asirio la adquisición de plata es simplemente una ganancia, convertible en cualquier otra mercancía. Desde el punto de vista anatólico es una especie de exportación típica, ya que en Anatolia abundan los yacimientos argentíferos y la región abastece a todo Oriente Próximo de un metal que aumenta de valor fuera de sus confines. En cuanto al estaño, no se extrae ni se elabora en Asiria, ya que procede de la meseta iraní (probablemente de la zona situada entre el norte de Afganistán y Turkmenia, rica en yacimientos) y llega a Asiria por las «puertas» de Shemshara, Eshnunna y Elam. De modo que Assur sólo hace de intermediario, y sería interesante disponer de una documentación sobre los circuitos iraníes tan detallada como la que conocemos sobre los circuitos anatólicos. El otro ingrediente para la fabricación del bronce, el cobre, no tiene un papel relevante en el comercio paleoasirio de Capadocia. Las minas de Ergani Maden, que presumiblemente abastecen a Asiria, están más cerca que Kanish, por lo que los mercaderes que operan allí quedan al margen de este tráfico. Por último, los tejidos son o bien de producción asiria, o bien importados y vueltos a exportar, sobre todo de Babilonia. Los tejidos babilonios suelen ser de más calidad, pero el grueso de los tejidos introduci-

DOCUMENTO: PROCEDIMIENTOS CARAVANEROS PALEOASIRIOS: LOS TEXTOS ESTÁNDAR

1. *Contrato de transporte*

«30 minas de plata —con la adición de su tasa-*nisḫātu*, su tasa-*šaddu'utu* ha sido pagada—, que Dadaya ha entregado a Kukkulanum hijo de Kutaya y que ha llevado a la ciudad (= Assur) para compras; (esta) plata pertenece a Enlil-bani. Las mercancías saldrán de la ciudad y atravesarán el país todavía a nombre de Enlil-bani. Las mercancías llegarán a Kanish y Enlil-bani las recibirá. Testigo: Baziya hijo de Ili-kurub; testigo: Asutaya hijo de Ememe; testigo: Ashur-idi hijo de Kurub-Ishtar.»

2. *Carta de acompañamiento*

«Di a Pilakhaya, Irma-Ashur, Mannum-balum-Ashur, Kukkulanum y Ashur-lamassi (= los representantes de Enlil-bani en Assur): Así (dice) Enlil-bani. Kukkulanum os lleva 30 minas de plata con la adición de su tasa-*nisḫātu*, su tasa-*šaddu'utu* ha sido pagada con mi sello y con el sello de Kukkulanum. Sobre la plata ha sido puesta mi mano. Aquí, en la oficina de los mercaderes, he sido registrado como fiador de Kukkulanum y he puesto mi mano sobre las 30 minas de plata. Allí, colocaos junto a Kukkulanum y que compre telas por la mitad de la plata y estaño por (la otra) mitad de la plata, de modo ventajoso según su modo de ver. Luego sellad (la mercancía) con vuestro sello y entregad(sela) a Kukkulanum. Vosotros sois mis hermanos: aquí, yo he puesto mi mano sobre la plata; allí, en la puerta de la ciudad, vosotros mis representantes ponéis vuestra mano sobre la mercancía, entregádsela a Kukkulanum y que Kukkulanum lleve la mercancía aquí donde estoy.»

3. *Balance de las operaciones efectuadas*

«Así (dicen) Pilakhaya, Irma-Ashur y Mannum-balum-Ashur: di a Enlil-bani y Kukkulanum [sigue el informe detallado de las operaciones, que presentamos en forma de tabla para facilitar su lectura]:

plata enviada: 30 minas = 1.800 siclos	1.800	— siclos
déficit registrado a la llegada: 2/3 mina = 40 siclos	40	= siclos
plata disponible: 1.760 siclos	1.760	siclos
gastos:		
— 114 telas = 7 1/2 minas 4 1/4 siclos de plata =	454 1/4	siclos
— 2 talentos 15 minas + 40 minas + 8 minas de estaño por un total de 13 5/6 minas 2 5/6 siclos de plata =	832 5/6	siclos
— 6 asnos negros y forraje: 2 minas 8 siclos de plata =	128	siclos
— arnés: 16 siclos de plata	16	siclos
— gastos de viaje: 37 minas de estaño = 2 5/6 minas 2 1/6 siclos de plata =	172 1/6	siclos

— capital de 2 asnerizos: 1 mina de plata =	60	siclos
— sus vestidos: 4 siclos de plata	4	siclos
— añadidos al capital de NP: 7 siclos de plata	7	siclos
— añadidos: 12 1/2 siclos de plata	12 1/2	siclos
— pago-*sa'atu*: 2 1/2 siclos de plata	2 1/2	siclos
— impuesto de salida: 15 siclos de plata	15	siclos
— abono en cuenta de NP_2	6	siclos
— tomados por Kukkulanum: 5/6 minas de plata =	50	siclos
TOTAL GASTOS:	1.760 1/4	siclos

dos en el comercio anatólico es fabricado en el propio Assur, generalmente por las mismas familias que se dedican al comercio. Las esposas de los comerciantes dirigen establecimientos textiles en los que trabajan numerosas mujeres. Buena parte de la población de Assur (según cálculos prosopográficos y estadísticos) se dedica de manera directa o indirecta al comercio y a la producción textil que florece gracias al comercio. Por lo tanto, en esta época Assur es una ciudad de vocación marcadamente comercial e «industrial», y con un modesto peso agrícola.

El comercio se realiza con recuas de burros. El número de asnos que lleva un porteador es siempre muy bajo, pero es posible que varios porteadores se unieran en caravanas más grandes que, por ser informales, no han dejado huellas en los contratos ni en las cartas. Se supone que los viajes tenían una frecuencia anual, porque los puertos del Taurus se cerraban en invierno por la nieve, con lo que apenas quedaba tiempo para hacer el trayecto de Assur a Kanish, dirigirse a las ciudades menores para la venta al por menor, y volver a Assur. Los itinerarios están dictados en parte por algunos pasos obligados (sobre todo en las montañas), pero puede haber rutas alternativas y desviaciones, que brindan la posibilidad de vender durante el viaje. Básicamente el recorrido se divide en tres tramos. Un primer tramo va de Assur a Apum, donde pasa por Tell Leilan (Shubat-Enlil, ciudad que es precisamente el centro del reino de Apum). Se trata, pues, de un tramo de unos 250 km que remonta el Tigris hasta pasar a la cuenca del Khabur. El segundo tramo va de Apum a Abrum, donde se cruza el Éufrates. No sabemos con seguridad si se vadea por Bireçik para seguir luego más al sur a través de Gaziantep, o bien (como parece más probable) por Samsat, siguiendo más al norte a través de Elbistan. En cualquier caso, se trata de un tramo de 250-300 km. El tercer tramo es el más largo (desde el Éufrates hasta Kanish hay 300 km), y sobre todo el más difícil, porque atraviesa dos puertos de montaña. En el texto literario «modelo», el *Šar tamḫāri*, los mercaderes alertan a Sargón sobre las dificultades del camino de Mesopotamia a Capadocia, que atraviesa «siete ríos» y «siete montañas». El paso del Éufrates resulta especialmente difícil, y es un motivo de alarde heroico para los reyes. Por los itinerarios paleobabilonios, más o menos contemporáneos al tráfico paleoasirio, sabemos que las etapas son de unos 25 km diarios, y que se para un día entero en algunas localidades, de modo que el conjunto de los tres tramos del recorrido entre Assur y Kanish se realiza en unos 50 días.

Los burros (que en Anatolia se venden a 20 siclos cada uno) llevan dos grandes fardos a ambos lados de la silla, y otro fardo más pequeño encima de ella. Por lo

general, un burro cargado con estaño lleva 65 minas de metal en cada fardo lateral, y más estaño o bien 4-6 tejidos sobre la silla (en la que también se colocan fardos más pequeños de mercancías preciadas). Un burro cargado con telas lleva unas 12 telas a cada lado, y la consabida carga sobre la silla. Todos los materiales están embalados y sellados por su propietario. En conjunto, cada burro lleva 180 o 190 minas, es decir, unos 90 kg (las cargas de telas, más voluminosas, pesan menos, y las de estaño más). Si el promedio del valor de los tejidos y el estaño es de 1:1 (como hemos visto al hablar de la reinversión «mitad y mitad»), el hecho de que los tejidos abulten más y tengan menos valor hace que los burros cargados con ellos tripliquen a los que llevaban estaño. Los precios de Anatolia son distintos de los de Asiria (todo el mecanismo se basa en esto): el estaño se compra en Asiria a 13-16 siclos por siclo de plata, y se revende en Anatolia a 6-8 siclos por siclo de plata, con una ganancia del ciento por ciento. Las telas tienen precios variables según su calidad, pero en general las telas de calidad normal cuestan en Asiria de 3 a 7 siclos de plata cada una, y se revenden a 10-14 siclos. Las telas de calidad superior cuestan de 8 a 17 siclos y se revenden a 15-30 siclos. Por lo tanto, los mercaderes también pueden ganar el ciento por ciento con las telas, y hasta el doscientos por ciento.

Naturalmente, hay que deducir los gastos de transporte, generalmente un 10 por 100 (pero los burros y los embalajes también se venden), la comida para los porteadores y los burros (2,5 por 100) y, por último, las tasas, que son numerosas y en parte imprevisibles (sobre todo las de tránsito de los estados que se atraviesan), de modo que los porteadores llevan a mano ciertas cantidades de estaño, por si acaso. Las principales tasas son la *nisḫatum*, un 5 por 100 sobre los tejidos y un 3 por 100 sobre el estaño, que se paga al rey de Kanish a la llegada; la *da'tum* «tasa de viaje», que se paga al *kārum* y es proporcional al recorrido (10 por 100 por el recorrido completo entre Assur y Kanish); y la *šaddu'atum* (variable), que se paga al *kārum* al partir. En conjunto, una vez detraídos los gastos y las tasas, las ganancias siguen siendo elevadas. A veces, para evitar las tasas, se recurre a un contrabando organizado.

La riqueza de la documentación comercial paleoasiria no tiene igual en toda la antigüedad preclásica. Sin embargo, se trata de una de las muchas redes comerciales que existieron en distintas épocas y regiones. Lo complicado del procedimiento nos lleva a hacer un par de observaciones. La primera es que ninguna reconstrucción arqueológica permitiría jamás conocer los sistemas de crédito, de tasación, de procedimientos administrativos, la pluralidad de los sujetos implicados, etc. La segunda se refiere al carácter sectorial de la documentación. A pesar de su riqueza en datos, los archivos de las familias mercantiles paleoasirias son parciales, abarcan un solo segmento de un mecanismo que, examinado en otros segmentos, podría dar una impresión algo distinta.

3. Los estados anatolios

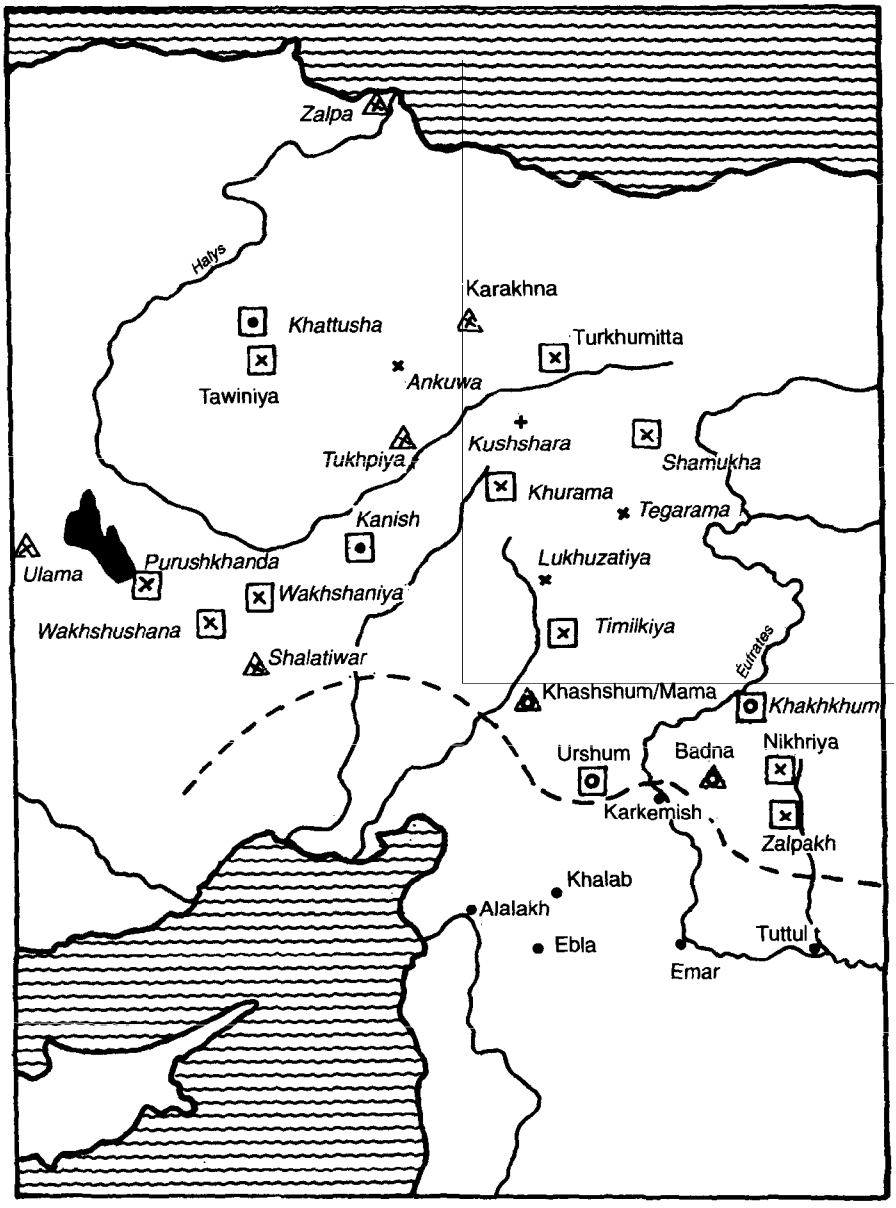
El sistema «colonial» asirio en Anatolia consta de diez colonias principales (del tipo *kārum*) y otras diez menores (del tipo *wabartum*), todas ellas relacionadas con ciudades indígenas y concentradas, sobre todo, en tres zonas: 1) en torno al Éufrates medio y alto, tanto en el lado este o altomesopotámico (Nikhriya, Badua, Zalpakh) como en el lado oeste o anatólico (Urshum, Khakhkhum, Mama); 2) la llanura de

LIBER

Konya (Purushkhattum, Wakhshushana, Wakhshaniya, Shalatiwara); 3) la curva del Halys (Khattusha, Karakhna, Turkhumit) y su valle desde el curso alto (Shamukha) hasta la desembocadura (Zalpa). Dadas las características orográficas de Anatolia, las ciudades-estado (y por lo tanto las colonias asirias) se ubican en zonas reducidas, en los valles y llanos entre montañas, separadas entre sí por relieves montañosos y bosques, y en la depresión central por lagos y llanuras saladas. Esta ubicación está confirmada por los datos arqueológicos, según los cuales hubo una proliferación de ciudades a comienzos del Bronce Medio, tras la despoblación que había marcado las fases finales del Bronce Antiguo, sobre todo en Cilicia, la llanura de Konya y la meseta central.

Las ciudades-estado locales son más numerosas que las colonias. Los textos mencionan por lo menos treinta, y seguramente la lista no está completa (mientras que la del *kārum* debería estarlo). Son ciudades de varios tamaños y rangos, independientes entre sí, aunque las más pequeñas están en la órbita de las mayores. En cada ciudad independiente hay un «palacio» (así llaman los textos asirios a la autoridad política local), sede de un rey llamado *ruba'um* (según la terminología normal asiria) o *šarrum* (que implica un rango superior). Algunas veces encontramos el título de *ruba'um rabi'um* «gran rey», lo que indica que su poder se extiende a otras ciudades subordinadas. En algunas zonas hay ciudades hegemónicas, como el propio Kanish, Wakhshushana y Purushkhattum. Pero en el periodo correspondiente al nivel II del *kārum* de Kanish parece que la situación está basada en un equilibrio entre reinos independientes. En cambio, en la segunda fase (nivel Ib) aparecen tendencias expansionistas y unificadoras.

En los textos paleoasirios, además de las figuras de los reyes, aparecen algunos funcionarios indígenas. El más importante de todos parece ser el «jefe de la ciudadela» (*rabi simmiltim*), especialmente en los sectores que están más en contacto con el comercio («jefe de los almacenes», «jefe del mercado», «jefe de los metales», etc.). Se trata de definiciones asirias, desconocemos las designaciones en lengua local. Detrás de este esqueleto de organigrama administrativo y los pocos datos relacionados con él se adivinan unos estados palatinos bastante bien organizados, capaces de entablar relaciones jurídicas y comerciales con los asirios. Son relaciones de carácter contractual (se ha desechado por completo la vieja hipótesis de un predominio asirio en Anatolia, o incluso de un «imperio» asirio). Se basan en la firma de tratados, confirmados por un juramento solemne, entre cada nuevo rey y el *kārum* central de Kanish o el *kārum* anejo a la propia ciudad. El rey local permite que la colonia asiria permanezca en su territorio y se dedique al comercio, y le garantiza la protección en el propio *kārum* y a lo largo de los recorridos caravaneros. La actividad asiria debe atenerse a una red completa de tratados con todas las ciudades interesadas. Este mecanismo corre el riesgo de saltar en pedazos cuando aparecen disputas entre estados indígenas, o cuando un nuevo rey pone dificultades especiales. En cambio, el otro firmante (los asirios) es único, o unificado por la responsabilidad central del *kārum* de Kanish o el aval de Assur. El sistema parece bastante estable y homogéneo, las tasas de tránsito están normalizadas y el palacio real se reserva un derecho de prelación (probablemente a precios ventajosos), pero sólo sobre una proporción minoritaria de las mercancías. Hay algunas controversias, pero mucho más escasas que las disputas constantes entre mercaderes acerca de sus relaciones crediticias internas. Hasta el contrabando parece dirigido a esquivar las tasas del *kārum*, más que las



□ = sede de *kārum*; △ = sede de *wabartum*; *Zalpa* = sede de un rey indígena; – – – límite meridional de la red comercial asiria; ● = localización segura; ○ = localización hipotética; ✕ = localización aproximada.

FIGURA 68. Anatolia central y oriental en la época del comercio paleoasirio (*c.* 1950-1780).

de los reyes locales, y el propio *kārum* lo prohíbe y combate más que los reyes locales.

Si bien el estatus político de los reyes locales es de independencia plena de Asiria, los mercaderes asirios tienen las espaldas muy bien guardadas en sus relaciones con las autoridades locales. De alguna forma, se nota que tienen detrás una gran potencia, y llegado el caso una potencia militar, que nunca se había puesto a prueba más allá del Taurus, pero era bien conocida por las ciudades-estado altomesopotámicas, sobre todo en la época de Shamshi-Adad. Aun prescindiendo del posible respaldo político-militar de Asiria, la solidez de la propia organización «colonial» sirve de apoyo a la actividad comercial. El poder de la gran organización mercantil (en el plano financiero, y por abastecimiento de bienes como los tejidos y el estaño) le permite tratar de igual a igual con los reyes locales, y ejercer un comercio muy lucrativo, sin que se tengan noticias de impedimentos o amenazas contra las caravanas durante sus desplazamientos.

Los asirios y los anatólicos permanecen separados, pero sus vínculos son estrechos: tenemos datos de matrimonios mixtos, y las casas de los mercaderes no se diferencian de las indígenas en la cultura material ni en los elementos de construcción. Naturalmente, cuando los mercaderes llegan a cierta edad tienden a volver a Asiria, y no dejan rastros etnolingüísticos en Anatolia. Por primera vez, la situación etnolingüística local aparece documentada por los nombres propios de personajes indígenas que encontramos en los textos paleoasirios. Los nombres pertenecen, en parte, a dialectos bastante afines al hitita, que estará documentado más adelante en estos textos. También hay grupos importantes de nombres luvitas (sobre todo en el suroeste), hurritas (sobre todo en el sureste) y hatti o prehititas (sobre todo en el centro). Después de los movimientos de pueblos que marcaron el fin del tercer milenio, la población se va estabilizando, y tiende al esquema que aparecerá con más claridad a mediados del segundo milenio, gracias a la documentación escrita de la capital hitita de Boghaz-köi.

Los ochenta años de la primera presencia comercial asiria se caracterizan por la estabilidad política. No parece que el *hiatus* se deba a desórdenes locales, sino más bien a desórdenes en Asiria (de modo que la destrucción del *kārum* entre los niveles II y Ib sería consecuencia de un abandono repentino). Cuando regresan los asirios, probablemente con renovados bríos políticos, tropiezan con una situación más difícil. Hay un testimonio directo de ello en la carta del rey Anum-Khirbi de Mama (un rey de nombre hurrita de una ciudad meridional situada entre el Éufrates y el Taurus) al rey Warshama de Kanish, su vecino por el norte. Los dos reyes están obligados por un pacto, pero se acusan mutuamente de haberse aprovechado de las dificultades del otro para saquear su territorio, si no personalmente por lo menos a través de unos vasallos que, aunque hayan actuado por su cuenta, hacen al rey responsable de sus actos. Es un panorama de continuas luchas y difícil vecindad. Anum-Khirbi, por su parte, debió ser bastante ambicioso, pues hizo esculpir una estela en el monte Amanus —donde un milenio después la encontró Salmanassar III, que hizo esculpir al lado su propia estela tras haber descifrado el nombre de su predecesor, desconocido para él.

Si la carta de Anum-Khirbi posee el valor de un documento directo y auténtico, el cuadro queda confirmado y notablemente enriquecido si damos crédito a un documento posterior sobre el que existen ciertas dudas, aunque hoy nos parezcan excesivas las acusaciones de «falsificación» (hecha por los reyes hititas que lo transmitie-



FIGURA 69. Improntas de sellos anatolios en las tablillas paleoasirias de Capadocia.

ron), que antaño parecían fundadas. Es la copia de una inscripción del rey Anitta de Kushshara, hallada en los archivos reales hititas, por lo que sería varios siglos posterior al documento original. El carácter histórico de este rey está fuera de duda, ya que aparece en los textos paleoasirios de Kanish (nivel Ib). Anitta celebra sus victoriosas campañas militares, que partiendo de su ciudad (situada en el centro de la curva del Halys) abarcan toda la región central y septentrional, llegando por el norte hasta Zalpa (desembocadura del Halys) y por el sur hasta Kanish (Nesha en la época hitita). Las operaciones militares y las destrucciones de ciudades se repiten por lo menos en tres series y muestran, por una parte, una situación de guerra endémica, y, por otra, el éxito progresivo (no sabemos si duradero) del expansionismo de Anitta. La proliferación de guerras locales como las que atestiguan la carta de Anum-Khirbi o la inscripción de Anitta explican cumplidamente el fin del comercio asirio, que ya no encuentra en Anatolia los requisitos indispensables de estabilidad y paz —y que en su patria tropieza con dificultades cada vez mayores para aplicar una política de amplias miras.

En cuanto al significado de la inscripción de Anitta para los escribas hititas posteriores, es digno de atención como elemento de unión entre la situación política del final del periodo paleoasirio y la situación política posterior. Kushshara, capital de Anitta, también es la primera capital del antiguo reino hitita, de modo que sus reyes pudieron ver en la gesta de su antecesor un precedente de las suyas. Además Anitta destruye Khattusha (la posterior y definitiva capital hitita) y maldice a sus posibles reconstructores, así que había que vérselas con este texto en el momento de trasladar la capital de la ciudad victoriosa a la ciudad maldita (se supone que tomando las medidas oportunas de carácter mágico o ritual).

13. LA EDAD DE MARI

1. Tribus y palacios en el Éufrates medio

El descubrimiento en el palacio real de Mari de ricos archivos administrativos y epistolares, que abarcan tres generaciones de la primera mitad del siglo XVIII, ha arrojado luz sobre una región y un periodo que de otro modo serían poco conocidos. Se trata de una región crítica, fronteriza entre la llanura mesopotámica y las tierras occidentales. Ya hemos mencionado varias veces la función de Mari como puesto avanzado y paso obligado entre Mesopotamia y el norte de Siria. Mientras que más al sur la llanura aluvial se ensancha formando una región agrícola amplia y densamente poblada (entre otras cosas gracias a las obras de canalización), y más al norte empieza la pluviosidad suficiente para una agricultura de secano, el Éufrates medio es una especie de canal que une estas dos zonas, concentrando todo el tráfico en el sentido del curso del río, encajonado entre dos puntos nodales muy próximos entre sí que separan el valle de regadío de la meseta semiárida, donde sólo crecen los pastos en invierno y primavera, cuando acuden allí los rebaños y los pastores trashumantes.

En la región coexisten en estrecho contacto y se entrecruzan los dos elementos que para simplificar se llaman nómadas y sedentarios, cuyos puntos de referencia organizativos y políticos son respectivamente la tribu y el palacio. Por lo general, las relaciones entre estos dos elementos se analizan en términos de instalación anterior o posterior, de movilidad o estabilidad, de agresividad o defensa. Pero, durante mucho tiempo, este análisis ha adolecido de una parcialidad de la documentación (toda ella de la parte sedentaria) a la que se ha sumado la parcialidad de los investigadores, que inconscientemente han hecho suyo el punto de vista palatino, abundando en el estereotipo de los nómadas como gente sin civilizar, agresivos e inestables. Sólo recientemente una aproximación «antropológica» ha puesto las cosas en su sitio, resaltando la subjetividad de los puntos de vista y la diversidad de unos modos de vida complementarios.

Otro equívoco más concreto ha sido considerar que la presencia de tribus de pastores en el Éufrates medio sería una etapa en su migración geográfica desde el emplazamiento primitivo de los pueblos semitas hasta su destino final en las tierras de regadío, y al mismo tiempo considerar que su género de vida (seminomadismo) sería una etapa en la evolución del nomadismo puro al sedentarismo. Este equívoco ha pasado de unas formulaciones más tajantes e ingenuas a otras más matizadas, pero en cualquier caso se ha mantenido mucho tiempo, y ha impedido que el seminomadismo (pastoreo trashumante asociado a la agricultura de aldea) aparezca

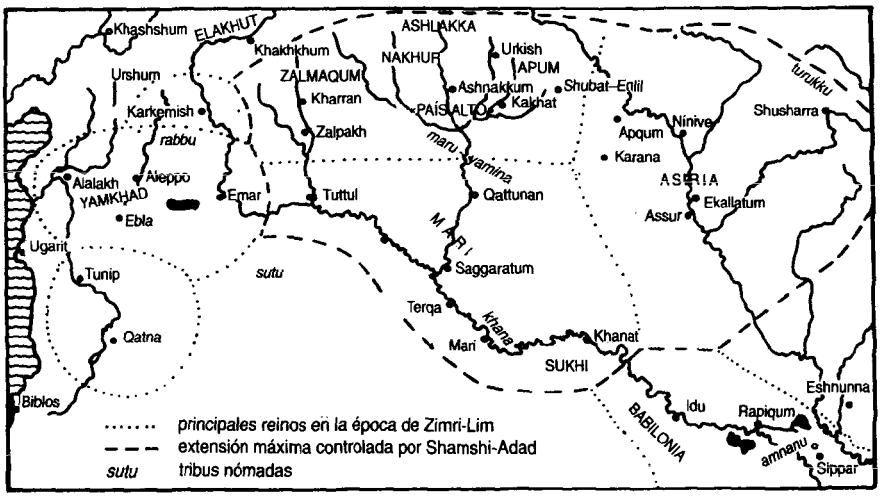


FIGURA 70. Alta Mesopotamia en la edad de Mari.

como un rasgo estructural y perfectamente adaptado a la explotación de la zona.

En el tema de la prioridad, la creencia habitual de que los nómadas, por ser «móviles», fueron unos recién llegados, y los palacios, por ser estables, fueron elementos anteriores, es sencillamente insostenible. Si hay un elemento secundario e introducido en el curso medio del Éufrates, es en todo caso el palacio. En realidad, ambas formas económico-organizativas se desarrollaron a la par y con influencias recíprocas, y si la evolución de las estructuras palatinas se puede historizar con más facilidad, el elemento tribal también tuvo su evolución, en parte como respuesta al desarrollo de los palacios.

En el tema de la agresividad, el estereotipo (antiguo y moderno) de los nómadas como agresivos, dedicados al saqueo más que a una economía productiva, ávidos de las riquezas acumuladas por los campesinos, que se ven obligados a defenderse, tiene que ser revisado. Ambas economías son productivas, ambas necesitan al «otro», e inevitablemente tropiezan la una con la otra en la utilización del mismo espacio. Sin duda hay una agresividad de los nómadas hacia los palacios, pero también hay una agresividad de los palacios, que tratan de someter a las tribus de pastores para utilizarlas como mano de obra y como milicia.

Sobre el tema de la movilidad, a estas alturas ha quedado claro que los desplazamientos de los pastores no son un vagabundeo en busca de alimento, sino la forma que asume en el espacio su economía trashumante. Pero, con formas distintas, también hay una movilidad del palacio, tanto en sentido estructural (porque los palacios se mantienen unidos a través de redes de comunicaciones, comerciales, militares y laborales basadas en la movilidad) como en sentido diacrónico, porque la fundación de nuevos palacios y los cambios en el tablero político conllevan dolorosas reestructuraciones en el aprovechamiento del territorio, en detrimento de los sistemas consolidados.

Durante el Bronce Medio las tribus de pastores del Éufrates medio y el valle del

Khabur hablan la lengua amorrita, un elemento relativamente nuevo superpuesto al estrato acadioeblaíta de unos pueblos que, en condiciones similares, practicaban unas formas económicas similares, basadas en el pastoreo trashumante de cabras y ovejas, y en la agricultura. El pastoreo se realiza con desplazamientos «horizontales» entre los pastos estivales en los valles irrigados (*āḫ Purattim* «la orilla del Éufrates») y la meseta semiárida, donde se encuentran los pastos invernales (*mātum elītum* «país alto»). Sólo una parte del grupo gentilicio (*nawûm*) trashuma, el resto permanece siempre en las aldeas del valle, dedicado a la agricultura. Es una típica condición «dimórfica»: morfología concentrada en verano y dispersa en invierno. El ciclo agrícola se combina bien con el pastoral, porque los principales cultivos (cereales) son invernales, y antes del verano dejan espacio para que vuelvan los rebaños. Además, no todo el territorio agrícola está siempre cultivado, pues hay rotaciones de ciclo bienal sencillo. En situaciones de necesidad se efectúan desplazamientos a mayores distancias. Los grupos de pastores se dirigen entonces al norte (alto Khabur) o al oeste (norte de Siria). La organización política de estos pastores se basa en la estructura gentilicia, y posee varios grados de agregación, desde el pequeño grupo gentilicio (el «campo» pastoral, o grupo migratorio), pasando por la tribu, hasta la confederación de tribus (o «nación» en sentido etnográfico).

Tres confederaciones tribales principales giran en torno al reino de Mari. Los khaneos, que dan el nombre a la región en la que habitan (Khana), son los que mantienen unas relaciones más estrechas con el palacio. Su trashumancia se efectúa, por lo general, a distancias cortas, entre el valle y la meseta aledaña, de modo que tanto sus pastos estivales como los invernales quedan dentro del territorio que puede ser controlado por el palacio de Mari, y es reivindicado por su reino. Los benyaminitas (Maru-Yamina «hijos de la derecha» o «del sur», como la tribu homónima de Israel) están subdivididos en numerosísimas tribus, y a menudo su trashumancia sale del territorio de Mari y se adentra en los pastos del norte. Su actitud ante el poder real es más combativa e independiente. Por último, los suteos tienen su centro más al oeste, en Siria. Parecen dotados de mayor movilidad, y son más propensos a dedicarse a actividades distintas de la trashumancia, como las incursiones militares y los saqueos. Se convertirán en el prototipo del «nómada» del desierto siroarábigo en los textos mesopotámicos.

Las tribus y grupos gentilicios menores (con sus aldeas, que suelen ser bases permanentes) tienen sus jefes, designados con términos ajenos al acadio y al organigrama palatino (*sugāgum* y otros). Se trata de jefes gentilicios que destacan como caudillos militares y representantes políticos ante el palacio. Éste tiende a considerarles algo así como funcionarios locales atípicos, con una investidura o reconocimiento formal que implica intercambios de regalos y pago de tributos.

Los palacios forman el otro polo. A lo largo de los cursos de agua (ante todo los del Éufrates y el Khabur) hay una red de ciudades amuralladas con templos y palacios, distanciadas entre sí y jerarquizadas. Algunas tienen rey, mientras que las demás son meros centros administrativos, capitales provinciales. La jerarquía va cambiando con el paso del tiempo, y durante el periodo abarcado por los archivos la hegemonía política se alterna entre el palacio de Mari (que controla el valle del Éufrates medio y el bajo Khabur) y el de Shubat-Enlil (Tell Leilan), residencia elegida por Shamshi-Adad, que controla el alto Khabur y las tierras de los alrededores. Evidentemente, en los palacios reales hay una burocracia real formada por escribas-admi-

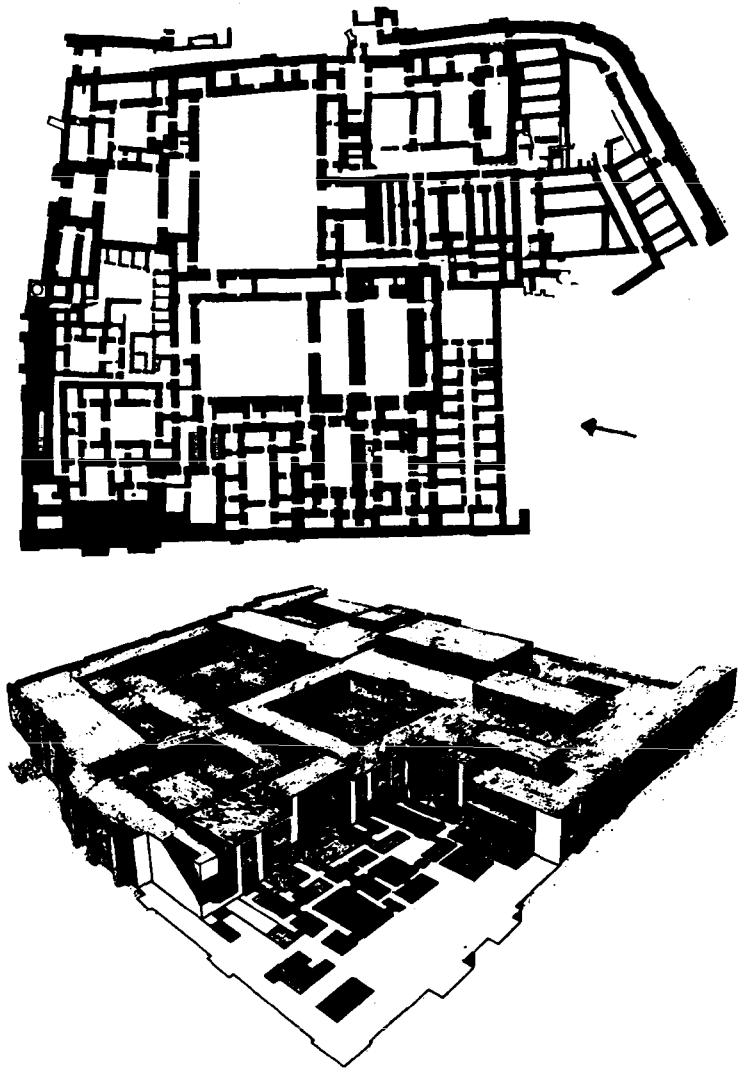


FIGURA 71. El palacio de Mari, planta y reconstrucción.

nistradores y toda la gama de las especializaciones, según el modelo mesopotámico. Los palacios provinciales (Terqa-Tell 'Ashara, Saggaratum, Qattunan y Tuttul-Tell Biya' en la esfera de influencia de Mari; Chagar Bazar y Tell Rimah-Karana en la zona de Shubat-Enlil) también poseen una estructura administrativa, encabezada por un gobernador nombrado por el rey. Es una administración reducida, pero abarca todas las funciones indispensables para el funcionamiento de un centro urbano.

La economía de los palacios se basa, en parte, en la agricultura practicada en valles de regadío, que son pequeños pero suficientes para abastecer palacios peque-

LIBER

ños y distanciados. Además se basa en la tasación de la actividad ganadera de las tribus, y también, en una medida nada despreciable, en los flujos comerciales que atraviesan esta zona, estratégica para los contactos entre este-oeste y norte-sur. Las tierras gestionadas directamente por el palacio ocupan una superficie reducida, comparada con los modelos mesopotámicos, y gran parte de los excedentes llegan al palacio como tributos pagados por aldeas y grupos trashumantes. El artesanado especializado se mantiene en niveles óptimos, sin duda competitivos con respecto a los artesanados mesopotámicos contemporáneos, y en algunos casos favorecidos por la proximidad de las materias primas (metales de Siria y Anatolia).

Sin embargo, la vida de los palacios parece estar muy condicionada por una escasez de recursos humanos, tecnológicos y económicos, que no tiene igual en Mesopotamia. Los funcionarios centrales y periféricos se intercambian numerosas cartas para lamentar la falta de especialistas, disponer desplazamientos de mano de obra (especializada o no) de un palacio a otro, y atender una serie de necesidades mediante un frenético traslado de los escasos recursos disponibles. La situación se agrava bajo el reinado de Shamshi-Adad, debido a la necesidad de dotar adecuadamente el nuevo palacio de Shubat-Enlil, a lo que deben contribuir los palacios «viejos» como Mari o Assur con parte de sus fuerzas y trabajadores. Esto provoca un indudable agravamiento de una situación que ya se encuentra en el límite de lo tolerable.

Un segundo factor de crisis (que afecta a las relaciones entre el palacio y las tribus) es el estado de constante beligerancia provocado por las iniciativas expansionistas de Yakhdun-Lim de Mari, Naram-Sin de Eshnunna, Shamshi-Adad de Asiria y Hammurabi de Babilonia. Para reclutar tropas, se recurre de forma masiva a las tribus. Lejos de temer la llegada de los nómadas (de acuerdo con el viejo estereotipo historiográfico), los palacios esperan impacientemente su llegada para armar a un número suficiente de guerreros y así hacer frente a las necesidades ofensivas y defensivas. Las luchas se entablan en verano, cuando los caminos son transitables y se recoge la cosecha del final de la primavera. Al igual que existe un ensamblaje regional entre pastoreo y agricultura, hay un ensamblaje estacional entre pastoreo y guerra. Para ambas ocupaciones (pero la segunda es la que más aparece en la documentación) el retraso de la llegada de los pastores a los valles es motivo de preocupación, y provoca medidas coactivas por parte de los palacios.

La coexistencia en el mismo territorio de dos sistemas económicos y políticos, distintos por su naturaleza y sus necesidades, se basa precisamente en el respeto a los ensamblajes espaciales y temporales. Pero las estrategias de los dos polos de decisión son completamente distintas. La tribu es portadora de una estrategia dúctil, caracterizada por un ritmo lento, unos márgenes espaciales y unas tecnologías tradicionales. Produce pocos excedentes de comida (aunque el «capital» de reserva son los propios rebaños), pero está bastante bien protegida de crisis repentinas. La estrategia del palacio es mucho más frenética. Se basa en la explotación máxima de los ritmos y los espacios, la sobreutilización de las competencias tecnológicas y administrativas, el reclutamiento (forzoso, si llega el caso) de mano de obra con fines civiles y militares, y la acumulación de excedentes para financiar el artesanado de lujo, la cultura palatina y los intercambios de prestigio. En una palabra, aprovecha al máximo los recursos del territorio, y éste «aguanta» cuando las condiciones son favorables, pero cae en situaciones de crisis, que pueden ser graves, al surgir dificultades ocasionales o estacionales.

Se puede presumir que la situación se ve agravada con la introducción, por iniciativa del palacio, de cultivos tardíos o estivales (como el sésamo), que quitan espacio a los pastos en el fondo de los valles. En cualquier caso, sabemos con certeza que las cargas más pesadas son las construcciones promovidas por el palacio y el recrudecimiento de las guerras. La economía del Éufrates medio no resiste este esfuerzo creciente. Las consecuencias no las paga la parte pastoril, que incluso recupera su ritmo «lento», sino los palacios, que uno tras otro se ven afectados por la crisis, por motivos específicos o no. Hammurabi arrasa Mari, Shubat-Enlil pierde influencia después de Shamshi-Adad, y Terqa, ciudad heredera de Mari, es rápidamente arrastrada por la crisis, lo mismo que Tuttul. El valle del Éufrates medio (con su apéndice del bajo Khabur), que en 1800-1750 era una sucesión de palacios florecientes, un siglo después se ve reducido a un área preurbanizada donde campean las tribus nómadas, que obstaculizan el comercio (desviado por otras rutas) y escapan al control de unos estados cada vez más alejados.

2. SHAMSHI-ADAD

En la Alta Mesopotamia, donde hasta finales del siglo XIX se produce un intenso fraccionamiento, surgen varias iniciativas de conquista y expansión que desembocan en una breve unificación con Shamshi-Adad. En estas iniciativas de unificación se advierte una evidente movilidad e improvisación, propias de los jefes amorritas, dotados de una apreciación de los grandes espacios libres que les diferencia de los dinastas ciudadanos sumerios y acadios, vinculados al control de un espacio agrícola y administrativo preciso y limitado.

En Mari, siguiendo la secuencia de los *šakkanakku*, sube al poder Yakhdun-Lim, hijo de Yaggid-Lim, de cuyas hazañas nos hablan dos inscripciones de fundación. La primera recuerda el episodio fundador del reino, la victoria sobre «siete reyes, los antepasados de Khana», es decir, sobre los jefes gentilicios de la liga nómada establecida en el tramo del valle donde se encuentran Mari y Terqa. Yakhdun-Lim también celebra la excavación de un canal (Ishim-Yakhdun-Lim) entre el Khabur y el Éufrates, del que todavía quedan vestigios, y la fundación de la ciudad de Dur-Yakhdun-Lim en un lugar deshabitado. La segunda inscripción recuerda la victoria sobre una coalición de tres reyes, cuyos territorios se encuentran aguas arriba del Éufrates: un rey de la ciudad de Samanum y el país de los ubrabum, otro de la ciudad de Tuttul y el país de los amnanum, y otro de la ciudad de Abattum y el país de los rabbum, que cuentan con el apoyo de tropas enviadas por Sumu-epukh del país de Yamkhad (norte de Siria). La estructura política de estos reinos, incluido el de Yakhdun-Lim que es «rey de la ciudad de Mari y del país de Khana», es similar: una ciudad palatina y una tribu (o confederación) nómada compartiendo el territorio. La victoria de Mari/Khana sobre las tres ciudades occidentales (relacionadas con tribus de la confederación benyaminita) da origen a una formación estatal más amplia, que desde Mari controla el valle del bajo Khabur y el curso del Éufrates hasta Emar (puesto avanzado de Yamkhad). Yakhdun-Lim fecha uno de sus años con una victoria sobre Emar. El título de «rey de Mari, Tuttul y Khana» señala esta ampliación.

Sin dejar de mirar al oeste, Yakhdun-Lim encabeza una expedición hasta la costa del Mediterráneo. En los documentos se subraya su valor simbólico (llegar hasta el

mar era la aspiración de todo imperio universal) y comercial (troncos de cedro). No es tanta su importancia política, ya que en la Alta Siria hay poderosos reinos independientes que Yakhdun-Lim no conquista ni somete, limitándose a firmar acuerdos con ellos para que permitan el tránsito de mercaderes y la afluencia a Mari de grandes troncos, muy importantes para las grandes construcciones.

Aunque se dedica a edificar su nueva residencia en el desierto, Yakhdun-Lim permanece en Mari, capital política y económica del reino, y en Terqa, capital espiritual (con el prestigioso templo de Dagan), y declara haber edificado las murallas de ambas ciudades, aunque por lo menos en el caso de Terqa se trata de la consolidación de unas murallas del periodo Protodinástico. Mari, a pesar de hallarse muy descentrado hacia el sureste dentro del territorio del reino, gracias a los cursos de agua está en una posición inmejorable para recibir la afluencia de mercancías y de tasación del conjunto del reino. Además, la expansión aguas abajo es menos rentable, ya que un poco más abajo de Mari el cauce del Éufrates se encajona entre los escarpes de la meseta, sin casi terreno agrícola ni ciudades importantes, y el estrecho pasillo sólo se abre en la zona controlada por Babilonia.

Mientras la zona «eufrática» de la Alta Mesopotamia es unificada por el rey de Mari, la zona opuesta (valle del Tigris, alto Khabur) es momentáneamente unificada por los reyes de Eshnunna Ipiq-Adad y Naram-Sin. La «crónica de los epónimos» recientemente publicada, unida a las fórmulas de datación de Ipiq-Adad, nos muestra a este rey luchando en la Alta Mesopotamia, conquistando numerosas ciudades (en el alto Khabur), enfrentándose a un tal Aminum, que debía ser el hermano mayor de Shamshi-Adad. El hijo de Ipiq-Adad, Naram-Sin, se puede identificar sin lugar a dudas con el rey homónimo de la lista real asiria (a pesar de ciertos problemas relacionados con el paso de la vieja dinastía de Ilushuma a la subida al trono de Shamshi-Adad). Con Naram-Sin, Asiria es parte integrante de un reino que se extiende desde Eshnunna (y tal vez desde Der) hasta el alto Khabur. Entre otras cosas, Naram-Sin logra hacerse con el control de la red comercial asiria, o mejor dicho logra destruirla (ya que su reinado coincide con el intervalo entre los dos subperiodos de la presencia asiria en Capadocia), probablemente porque la red de Eshnunna es alternativa a la de Assur. El territorio controlado por Eshnunna en la Alta Mesopotamia limita con el que domina Yakhdun-Lim. La poderosa familia de Ila-kabkabi (padre de Aminum y de Shamshi-Adad) queda en medio y acaba siendo expulsada. Según la lista real, Ila-kabkabi se refugia en Babilonia.

La formación política creada por Ipiq-Adad y Naram-Sin no dura mucho tiempo. A la muerte de Naram-Sin le suceden Erishum II en Asiria y Dadusha en Eshnunna. Pero mientras tanto Shamshi-Adad se ha apoderado de Ekallatum, y desde allí combate durante mucho tiempo contra Dadusha, haciéndole retroceder hasta el valle del Diyala, que es su núcleo originario, y arrebata el trono de Assur a Erishum, asumiendo él mismo el título de rey de Asiria. Su llegada al poder plantea ciertos problemas, relacionados con la tradición política asiria. Son problemas que surgen en el orden ideológico (de legitimación) y luego, sobre todo, en el orden práctico (organización del reino). En el terreno de la propaganda y de las justificaciones «eruditas» de la toma del poder de Shamshi-Adad, podemos citar tanto la «crónica de los epónimos» —historia de la familia de Shamshi-Adad a través de todas las luchas políticas que, con alternancia de éxitos y fracasos, afianzaron su poder—, como la propia lista real asiria, que en su primera parte es un intento de incluir al usurpador

con todos sus antepasados en una secuencia dinástica completamente ajena a él (y ajena también al anterior usurpador Naram-Sin).

Shamshi-Adad es rey de Asiria de forma secundaria. Se trata de un miembro de una familia de jefes de tribu amorritas que habían luchado durante mucho tiempo (primero con Yaggid-Lim de Mari y después con Ipiq-Adad de Eshnunna) por el control del alto Khabur. Después se habían refugiado en Babilonia, donde tenían contactos y protectores políticos contrarios a Eshnunna. Por último, habían regresado desde Ekallatum, una ciudad completamente marginal desde el punto de vista geográfico e histórico. Después de la anexión de Asiria por Shamshi-Adad, el viejo centro religioso, político y comercial de Assur y el «triángulo» agrícola de Nínive siguen ocupando un lugar secundario en la estructura organizativa del reino. Shamshi-Adad nombra regente de Asiria a su hijo Ishme-Dagan, en Ekallatum. Por su parte, el rey se instala en Shubat-Enlil, una ciudad que antes carecía de importancia. Está situada en el este del triángulo del Khabur, en una posición crucial para el control de las comunicaciones entre Asiria y la Alta Mesopotamia. Recientemente se ha identificado esta ciudad con el lugar de Tell Leilan, donde las excavaciones sacaron a la luz el palacio y un templo de la época de Shamshi-Adad y de los reyes que le sucedieron inmediatamente, con numerosas tablillas e improntas de sellos de funcionarios reales. Otros centros administrativos del reino de Shamshi-Adad conocidos arqueológicamente son Chagar Bazar (zona del Khabur) y Tell Rimah (al sur del Yébel Sinyar). Este último se puede identificar con Karana, donde, además de los textos que revelan el funcionamiento del aparato administrativo, se han encontrado edificios públicos (sobre todo templos) que denotan una especial actividad constructora, correspondiente a la época de Mari.

Siguiendo con su política expansionista, Shamshi-Adad conquista Mari, cuyo rey Yakhdun-Lim se refugia en el oeste, en el reino de Yamkhad (antes enemigo suyo, pero ahora evidentemente preocupado por el creciente poder del rey asirio). Shamshi-Adad instala en Mari a otro hijo suyo, Yasmakh-Addu. El aparato administrativo de la ciudad no sufre muchos cambios, pero la subordinación de Mari a una formación política más extensa deja sentir su peso. Parte de los recursos del reino son movilizados en función de las necesidades de Shamshi-Adad: sus guerras, con el envío de tropas reclutadas en la ciudad o entre las tribus, y sus construcciones, con aportación de recursos económicos, técnicos y administrativos. Las relaciones entre Shamshi-Adad y Yasmakh-Addu son bastante tensas, tanto por las exigencias del rey asirio, que gravan sobre la economía de Mari, como por la desconfianza del padre en la capacidad dirigente de su hijo, pues le considera un inútil inmaduro al que siempre hay que decir lo que tiene que hacer, proponiéndole como modelo de habilidad a su hermano Ishme-Dagan.

Incluso en el apogeo de su poder, Shamshi-Adad es incapaz de ceder en su empeño político y militar, nunca considera que ha alcanzado sus objetivos. El paso del fraccionamiento político (basado en las ciudades tradicionales) a la unificación imperial (basada en la movilidad y amplitud de horizontes del elemento tribal) ha sido demasiado brusco y ambicioso. En el norte Shamshi-Adad hereda el permanente problema asirio de contener la presión de los montañeses de los Zagros, que ahora se concreta en los turukku. La ciudad de Shusharra (Tell Shemshara) es el puesto avanzado para la explotación económica de esta tribu, o su contención militar. Shamshi-Adad también trata de poner en pie el sistema comercial de Capadocia, que produce

LIBER

elevados beneficios con la exportación de tejidos y el tráfico de metales, y en parte lo consigue.

En el sureste, la formación estatal de Shamshi-Adad limita con dos poderosos estados territoriales: Eshnunna, que ahora ha sido rechazada a su territorio originario y tiene que protegerse del expansionismo de Elam, y Babilonia, que está en ascenso y dentro de poco se convertirá en la potencia hegemónica del sur mesopotámico. En cambio, en el oeste la situación es más llevadera, con una mayor fragmentación y espacios libres para una posible expansión. Mientras que Yamkhad, con su poderoso rey Yarim-Lim, es un obstáculo insalvable, y aplica una política de clara oposición a Shamshi-Adad, los demás reinos sirios, sobre todo Karkemish en el norte y Qatna en el sur, son aliados del rey asirio (evidentemente, para protegerse de Yamkhad). Entre Mari, Shubat-Enlil y Karkemish, en el «país alto» hay una serie de reinos de pequeñas dimensiones, vinculados a Shamshi-Adad por formas más o menos explícitas de subordinación, premisa esencial para la reanudación del comercio con Anatolia. En conjunto se trata de un sistema muy variado y extenso, pero también muy frágil, ya que se basa en lazos personales y victorias militares —dos elementos sujetos a vuelcos repentinos.

Por último, en el ámbito ideológico, salta a la vista el modelo acadio de Shamshi-Adad, que asume los títulos de «rey fuerte» y «rey de Akkad». Una expedición suya al Mediterráneo que llega hasta el Líbano (tan efímera como la de Yakhdun-Lim, y en cierto modo competitiva con ella) sigue las huellas de los reyes de Akkad. Su aspiración al dominio universal es evidente, si bien no puede asumir las formas clásicas, por no tener el control del sur de Mesopotamia. Shamshi-Adad traslada a Asiria cierta influencia babilónica, fruto de su estancia en Babilonia y su visión «acadia» del imperio. Está claro que no se considera un puro y simple «rey de Asiria», aunque durante su reinado el sistema asirio de datación (epónimos de Assur) es utilizado en todas las ciudades del imperio, incluso en las que tienen dinastas locales. Hasta es probable que tratara de sustituir al dios Assur por Enlil, y es evidente que prestó especial atención al dios de Nippur (baste recordar el nombre de su nueva capital), un dios que había intervenido en la legitimación de su antiguo «modelo» Sargón de Akkad.

3. La edad de Mari: guerras, alianzas, comercio

Los últimos años de Shamshi-Adad son difíciles, por la confluencia de ataques procedentes del este y el oeste. Al oeste, la boda de Yasmakh-Addu con la hija del rey de Qatna había comprometido definitivamente las relaciones con Yarim-Lim de Yamkhad, y había roto las hostilidades en el terreno bélico. En el este, el nuevo rey de Eshnunna, Ibal-pi-El, una vez sellada la amistad con Ebla, había dirigido sus miras expansionistas hacia la Alta Mesopotamia, tras las huellas de Ipiq-Adad y Naram-Sin. Al principio el escenario de la guerra es la zona fronteriza (conquista y reconquista de Qabra y Arrapkha). Luego los ejércitos de Eshnunna penetran profundamente en el territorio de Shamshi-Adad. Al parecer, la guerra contra Eshnunna termina con un tratado de paz y alianza, pero el intento de Shamshi-Adad de dirigir todas sus fuerzas contra Yamkhad termina en desastre. Acabada la guerra, Shamshi-Adad desaparece, no sabemos cómo, pero sin duda a consecuencia de los sucesos militares.

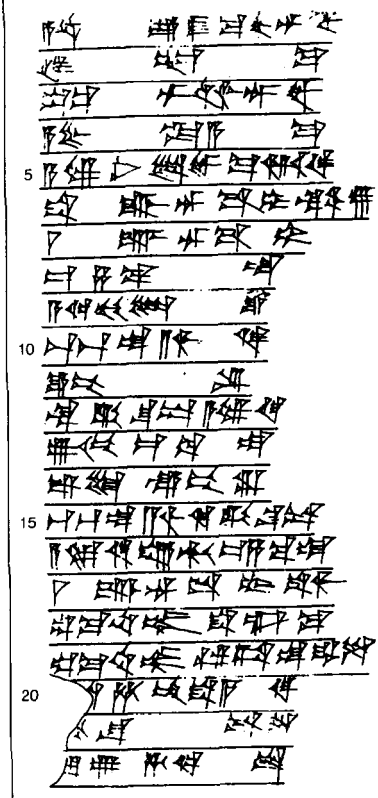
Del gran reino «mesopotámico» paterno, Ishme-Dagan conserva Asiria, que vuelve a incluir los territorios que le son propios: el valle del Tigris desde Ekallatum y Assur hasta el norte del triángulo asirio, con una dificultosa contención de las laderas de los Zagros y una tendencia a extenderse por el oeste, a partir del Uadi Tharthar, del Yébel Sinyar y del corredor que al norte de este último controla el paso del valle del Tigris al del Khabur. Pero la otra mitad del reino de Shamshi-Adad se pierde, y Yasmakh-Addu también desaparece en las fases finales de la guerra contra Yamkhad, probablemente barrido por la intervención de Yarim-Lim. Después de él sube al trono de Mari, Zimri-Lim, que dice ser hijo del anterior rey Yakhdun-Lim para enlazar con él (saltando el periodo «asirio»), y se casa con la hija de Yarim-Lim, manteniendo buenas relaciones políticas y comerciales con su poderoso vecino occidental.

Entre el reino asirio de Ishme-Dagan y el reino de Mari de Zimri-Lim comienza una fase de lucha por el control de la franja intermedia y del «país alto». Para la economía productiva de Mari resulta indispensable el control de esta zona: la hidrología y la trashumancia aconsejan que toda la cuenca del Khabur se mantenga unida bajo su dirección. En cambio, para Asiria el interés es sobre todo comercial: la caravana que va desde Assur, vadeando el Éufrates, hasta Capadocia, pasa por las ciudades del alto Khabur y del alto Balikh (el comercio de Mari pasa más bien por la vía fluvial del Éufrates, y se dirige más al oeste).

Zimri-Lim sale ganando, aísla a Ishme-Dagan de la Alta Mesopotamia y del comercio anatólico (que se extingue), y extiende su influencia hasta incluir todo el arco del piedemonte. Los pequeños estados de la Alta Mesopotamia conservan su autonomía y a sus dinastas (como había ocurrido durante el reinado de Shamshi-Adad), pero se vinculan a Mari con alianzas, reforzadas por una serie de matrimonios que unen a varias hijas de Zimri-Lim con los reyes de Ilansura, Ashlakka, Elakhut, Andariq y otros. Se trata de una verdadera política matrimonial de Zimri-Lim. Un caso especial es la hija que se casa (por así decirlo) con el dios Shamash, recluyéndose, como es costumbre, en el convento de las sacerdotisas del dios en Sippar, para mantener buenas relaciones con el mundo babilonio. Si leemos las cartas que escriben a su padre las hijas repartidas por Mesopotamia, vemos que su suerte no es tan halagüeña como esperaban, con estrecheces económicas y unas condiciones culturales más duras que en Mari, hasta el punto de que algunos matrimonios tienen que ser anulados.

Con el resurgimiento del reino de Mari bajo el reinado de Zimri-Lim y el éxito de las guerras y la política matrimonial, se estabilizan dos grandes frentes políticos: por un lado, el frente del Éufrates formado por Yamkhad, Mari, Babilonia y Larsa, y, por otro, el frente del Tigris con Asiria, Eshnunna y Elam. Ibal-pi-El no se resigna y se aventura de nuevo en la Alta Mesopotamia, con una expedición que culmina en el asedio de Razama. La situación da un vuelco con la victoria de Hammurabi de Babilonia sobre Eshnunna. De esta forma, el rey babilonio se desembaraza de una vez por todas de un poderoso y ambicioso rival (cuya ciudad se halla muy cerca del territorio babilonio), rompe el frente del Tigris aislando definitivamente a Asiria, y puede marchar sobre sus ex aliados del sur (Larsa) y del norte (Mari). El fin de Mari, conquistado y destruido por Hammurabi, acaba con el papel político de esta ciudad, y acaba para nosotros con la inapreciable fuente que son sus archivos.

Así pues, la documentación de la época de Mari nos presenta un panorama deta-



a-na la-ás-ma-aḫ-^{d}[Ad]ad
qí-bí-ma
um-ma ^{d}Šamši-^{d} Adad
a-bu-ka-a-ma
5 *a-lam Ni-li-im-ma-ar^{ki}*
ša Iš-me-^{d} Da-gan la-wu-ú
^{I}Iš-me-^{d} Da-gan
iṣ-ṣa-ba-at
a-di mu-le-e
10 *qa-qa-ad a-lim^{ki}*
e-pi-ru
la ik-šu-du a-lam^{ki}
ú-ul iṣ-ba-at
iš-tu e-pi-ru
15 *qa-qa-ad a-lim^{ki} ik-šu-du*
a-lam^{ki} ša-a-ti iṣ-ṣa-ba-at
^{I}Iš-me-^{d} Da-gan ša-lim
um-ma-na-tum ša-al-ma
um-ma-na-tum ip-ta-aṭ-ra-nim
20 *[a-n]a Ḫa-am-ša-a^{ki}*
[i]k-šu-da-nim
[I]u-ú ḫa-di-it

«A Yasmakh-Addu dile: así (habla) Shamshi-Adad tu padre. La ciudad de Nilimmar, que Ishme-Dagan asediaba, Ishme-Dagan la ha expugnado. Hasta que la tierra no ha llegado a la altura de la cima de la ciudad él no ha podido tomar la ciudad. Cuando la tierra ha alcanzado la cima de la ciudad, él ha tomado esta ciudad. Ishme-Dagan está bien. Las tropas están bien. Las tropas han sido disueltas, y han llegado a Khamshâ. ¡Regocíjate!»

FIGURA 72. Una carta de Mari. La técnica de asedio de la época consistía en hacer una rampa de tierra para alcanzar el terraplén sobre el que se alzaban las murallas, y permitir así la aproximación de los arietes y las tropas de asalto.

llado de las relaciones políticas que se establecen en todo el mundo «amorrita» (tanto en la paz como en la guerra), un *continuum* lingüístico y cultural que abarca de Siria a Elam, con una intensidad y una amplitud de contactos sin precedentes atestiguados (probablemente no los tuvo). En todos los palacios de la zona, incluso allí donde se habla hurrita o amorrita, el acadio se convierte en una lengua no sólo diplomática, sino también administrativa (local); los mensajeros y embajadores recorren distancias larguísimas llevando noticias, peticiones, regalos, y despejando el ca-

mino a los comerciantes o a los ejércitos. Las relaciones entre las casas reales se formalizan en el terreno epistolar con la ficción de la «hermandad», que forma parte de la visión gentilicia amorrita, y se concreta en matrimonios cruzados. El intercambio de regalos se realiza con arreglo a los estereotipos de la generosidad y la reciprocidad, y las relaciones diplomáticas con arreglo al estereotipo de la hospitalidad.

Los hechos significativos de las relaciones políticas internacionales encuentran su formalización característica. Las alianzas se estipulan como pactos jurados entre dos contrayentes, y se basan en el principio paritario. Las cartas nos hablan a menudo de ellos, aunque no nos ha llegado ningún pacto en forma escrita —y seguramente muchos de ellos serían juramentos verbales solemnes. En cambio, nos ha llegado una «declaración de guerra». Se trata de una carta de Yarim-Lim a Yashub-Yakhad de Der, en la que aparece un planteamiento de la guerra que será típico del periodo del Bronce Medio y Tardío en toda Asia anterior. En el momento de romper las hostilidades, el contendiente quiere ratificar las razones que le han llevado a ese extremo. Se queja de que su comportamiento amigable y correcto ha sido correspondido con hostilidad y falsedad, y sus favores pasados no han sido reconocidos, y menos aún correspondidos. Esto hace necesaria la guerra. Será una guerra entre el bien y el mal en la que el dios será árbitro y partícipe, y terminará con la inevitable victoria del bien y el castigo del culpable. La guerra es ordalía, procedimiento judicial para saber quién es el justo, o más bien para demostrarlo (ya que se sabe de antemano), y tiene que respetar unas reglas de transparencia, sin ataques por sorpresa. Por eso la declaración de guerra incluye el anuncio de cuándo y dónde tendrá lugar el choque.

Junto a esta preparación jurídico-teológica de la guerra hay una preparación técnica, que consiste en una movilización lo más amplia posible de tropas, reclutadas mediante prestaciones entre los súbditos, o entre las tribus seminómadas (que se alistan, entre otras cosas, por el botín). Los aliados también proporcionan tropas auxiliares, en un intercambio de prestaciones que no tiene fin y tiende a ampliar cada guerra, por pequeña y local que sea, a un escenario que coincide con todo el mundo político de la época. La movilización de las tropas tribales es una ocasión para lograr una mayor integración de los pastores en el sistema económico y político del reino. Se celebra la llamada «purificación» (*tebibtum*), una ceremonia de carácter religioso que consiste en escribir el nombre de los individuos censados en una tablilla, lo cual tiene como contrapartida una asignación de tierras. Así, el censo y el reclutamiento militar están relacionados con el proceso de fragmentación de las estructuras gentilicias tribales y el asentamiento de sus miembros. El palacio practica la *tebibtum* de buena gana, pero esta ceremonia provoca el recelo de los jefes de tribu, que ven en ella el comienzo de una subordinación política y económica definitiva al palacio real, y prefieren el mantenimiento de territorios tribales indivisos a su parcelación bajo el control del rey.

Es así como se reúnen grandes ejércitos de miles de soldados, que se aprestan a recorrer grandes distancias, sembrando la destrucción a su paso, dado que necesitan aprovisionarse sobre la marcha. Los habitantes de las aldeas se refugian, cuando ello es posible, en las grandes ciudades amuralladas, que se disponen a resistir el asedio. Gran parte de las guerras de la época culminan en asedios. En cambio, la batalla campal es un acontecimiento poco frecuente, aunque dotado de eficacia y una gran importancia propagandística. Todas las ciudades altomesopotámicas de la época es-

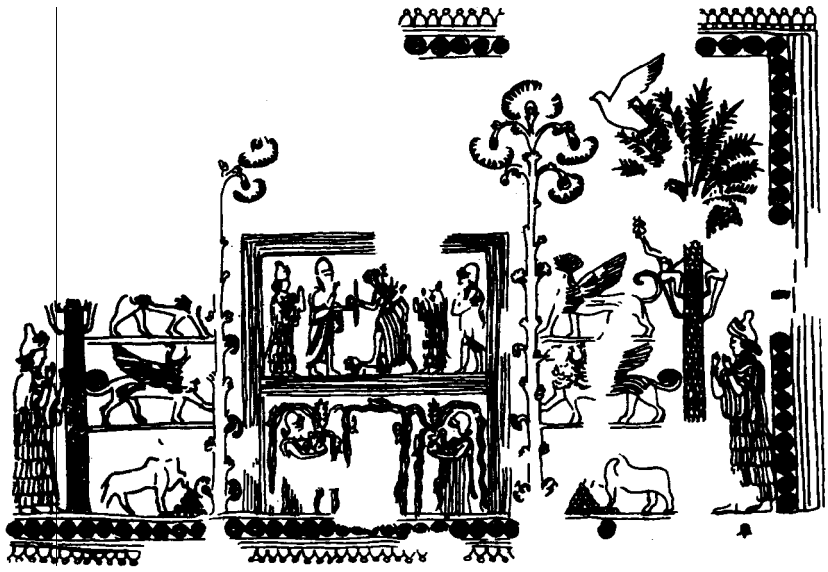


FIGURA 73. Palacio de Mari, fresco llamado de la «investidura del rey», en la sala del trono.

tán rodeadas de fuertes murallas, que constan de un terraplén empinado con el muro en lo alto. Con este sistema se impide que las máquinas de asedio (torres y arietes) lleguen hasta el muro. Los sitiadores tienen que adosar al terraplén una rampa de acceso lo bastante larga como para salvar el foso y el desnivel, de modo que las máquinas lleguen al pie del muro. Tenemos noticias de asedios que sólo duraron unos días, y de otros que acabaron fracasando.

En tiempo de guerra todos los datos del archivo de Mari se refieren a desplazamientos de tropas, resultados de los combates, problemas logísticos y cambios de alianzas. En tiempo de paz hay un ir y venir frenético de mensajeros y embajadores, sobre todo con fines comerciales. Al ser fines más rutinarios, han dejado menos huellas en la documentación escrita. Mari, como antaño, controla la ruta del Éufrates medio, que es la que pone en contacto más directo a Babilonia con Siria. Esta ruta, más ventajosa porque reduce el recorrido, suele ser secundaria. El eje principal del comercio mesopotámico sigue el curso del Tigris (o el piedemonte al este del Tigris) para atajar luego por el oeste a través del triángulo del Khabur, en una zona más poblada que ofrece más seguridad, un mejor abastecimiento y más posibilidades de venta. Este eje viario oriental es el que se describe también en los «itinerarios» paleobabilonios, pero debe remontarse a una época muy antigua. Sin embargo, en la época de Mari, gracias a la seguridad y a la unificación política del reino, parte del tráfico comercial se desvía por el Éufrates medio. La ruta es recorrida tanto por caravanas como por barcos, por lo menos en el sentido de la corriente. Conocemos el sistema aduanero implantado por los reyes de Mari para filtrar el tráfico fluvial de procedencia siria (Emar, Karkemish), cobrar derechos de tránsito y permitir el paso hasta el propio Mari y más allá, hasta Sippar y Babilonia. De la ruta del Éufrates se separan, por un lado, la caravanera que ataja por el desierto sirio, uniendo

LIBER

Mari y Qatna sin pasar por Yamkhad, y, por otro, el camino que remonta el Khabur y después se desvía al este (Asiria) o al noroeste (Anatolia).

Por esta red comercial transitan productos agrícolas y minerales. Conocemos sobre todo el tráfico de productos agrícolas de calidad (vino y aceite de oliva) y piedras duras desde la Alta Siria hasta Mari. También conocemos una corriente oriental, de lejano origen iraní, con Elam y Eshnunna como intermediarios, que llega hasta Siria y Palestina pasando por Mari: se trata del estaño, materia prima esencial para la tecnología de la Edad del Bronce. Se tienen menos datos del tráfico de cobre, que procede sobre todo de los yacimientos de Chipre y Anatolia oriental. Pero como la exportación de objetos de bronce desde el norte de Siria (en particular desde Yamkhad) está bien atestiguada, podemos suponer que la metalurgia del bronce contaba con la afluencia de estaño a las zonas cercanas a las minas de cobre. Desde allí se difundiría el objeto de bronce ya fundido y elaborado, más que el cobre en lingotes. Si esta hipótesis es cierta (y también explicaría la ausencia de cobre en el comercio paleoasirio), quedaría explicado el papel de Siria septentrional como principal zona de producción de bronce de todo Oriente Próximo. Hasta allí llegaría fácilmente el cobre de Chipre y el este de Anatolia, y el estaño de las caravanas filtradas a través de Assur y Mari.

4. *Yamkhad y el Bronce Medio sirio*

Después de la crisis demográfica y cultural del Periodo Intermedio, en Siria se produce una nueva oleada de urbanización, paralela a la de la Alta Mesopotamia. Sin duda, la cultura «protosiria» del III milenio había sido más rica y elegante, pero probablemente la nueva cultura «paleosiria» del Bronce Medio es más sólida y está más arraigada en el conjunto de la población. Surgen numerosas ciudades amuralladas, repitiendo el esquema de la «segunda urbanización» del Bronce Antiguo. Los casos mejor conocidos van de Karkemish en el norte (la «ciudad interior» es del Bronce Medio, mientras que la «exterior» es una ampliación neohitita) hasta Qatna en el sur (cuya amplia muralla hizo pensar en improbables «campamentos amurallados» para proteger a las tropas y a los caballos). La tipología de estas fortificaciones está muy difundida: constan de un gran terraplén de arcilla y cascajo (materiales cuya extracción *in situ* crea un foso exterior), reforzado en la base del talud con piedras y protegido el resto de la pendiente con un revoco que lo hace liso y compacto. Sobre la cumbre del terraplén se alza la muralla propiamente dicha, en piedra y adobe. Ya hemos hablado de la función de estas fortificaciones a propósito de las máquinas de asedio. Evidentemente, la puerta es un punto crítico del sistema defensivo. Tiene forma de tenaza doble o triple, con sus cuerpos de guardia. Entre los ejemplos conocidos, el más complicado es el de Tell Mardikh (Ebla).

Fuera de las ciudades amuralladas, las aldeas conservan durante mucho tiempo su estructura de comunidades dotadas de organismos de autogobierno elemental (a diferencia de lo ocurrido en Mesopotamia, con la preponderancia de la economía del templo y el palacio tanto en la ciudad como en el campo). Los estados tienen dimensión comarcal, y su capital es una ciudad amurallada, sede de un rey instalado en su palacio, que es el único centro dirigente. En la Siria del Bronce Medio los templos sólo sirven para el culto. Son pequeños y tienen una estructura arquitectónica

LIBER

sencilla (una sola sala precedida de un pórtico, o una secuencia tripartita de pórtico, sala central y *cella*). En cambio, los palacios tienen una estructura compleja y son más grandes. Incluyen almacenes y salas de trabajo o administrativas. Son los centros impulsores de la cultura paleosiria, que posee un artesanado muy rico y elegante (glíptica, metalurgia, cerámica, etc.).

Las mayores ciudades todavía no han sido exploradas arqueológicamente. Tal es el caso de Aleppo, cuya ciudad antigua está cubierta por otras posteriores hasta llegar a la moderna. Otras ciudades han sido escasamente exploradas, como Karkemish y Qatna. Los materiales útiles para el estudio del periodo proceden sobre todo de dos ciudades de rango secundario: Alalakh (Tell 'Atshana) en la llanura de Antioquía ('Amuq), y Ebla (Tell Mardikh) en la meseta interior. En el nivel VII de Alalakh se han encontrado el palacio real llamado de Yarim-Lim y un archivo administrativo no muy extenso, pero de gran valor, por ser el único de toda la zona para el Bronce Medio. De la Ebla paleosiria se han encontrado el sistema defensivo (murallas y puertas), tres palacios (uno en la acrópolis y dos en terrazas por debajo de ella), tres templos, una fortaleza y la necrópolis real. En ambas ciudades las casas son bastante pequeñas y muy parecidas entre sí, tanto en su esquema como en sus enseres.

La cultura paleosiria posee puntos de contacto con la mesopotámica, no tanto por influencia directa, como por la inclusión de Siria en el *continuum* político-cultural típico de la época amorrita, que va del Mediterráneo a Khuzistán, y en el que todavía conserva cierto prestigio la Baja Mesopotamia, que aún no ocupa una posición central. El acadio se consolida, ya no es sólo la lengua diplomática, y aparece en los archivos locales (la lengua se ha difundido junto con la escritura, a la que está íntimamente ligada), llevando consigo los procedimientos administrativos básicos, si bien formulados con arreglo a una situación socioeconómica distinta de la mesopotámica. Entre los rasgos propios cabe citar por lo menos la distinta función del templo (ya mencionada) y la baja productividad agrícola que, al limitar la concentración de excedentes en los palacios, hace que las comunidades de aldea conserven un papel destacado. También cabe citar el mayor peso de las actividades de intercambio y el pastoreo, y una mayor inestabilidad, expuesta a toda clase de crisis.

En el terreno político, desde hace tiempo ha desaparecido la hegemonía de Ebla y se ha regenerado el tejido de las ciudades-estado, siguiendo un esquema similar al del Bronce Antiguo. Al principio (siglos XX-XIX) se pasa por una fase de fraccionamiento absoluto (paralela y análoga a la de la Anatolia paleoasiria), con tendencias a la unificación durante el siglo XVIII, cuando gran parte del norte de Siria queda bajo el dominio de los reyes de Yamkhad, con capital en Aleppo. Yamkhad todavía es una entidad política débil bajo el reinado de Sumu-epukh, contemporáneo y adversario de Yakhdun-Lim de Mari, y después de Shamshi-Adad. Pero su hijo Yarim-Lim se convierte en el jefe todopoderoso de un sistema político de dimensiones regionales, similar por su alcance a los que tienen su capital en Mari, Eshnunna y Babilonia, y capaz de tener un protagonismo en las luchas de la época y en las relaciones diplomáticas y comerciales. Una flota y un ejército de Yarim-Lim están presentes en Mesopotamia central durante la guerra que acaba con Shamshi-Adad, y, en la época de Zimri-Lim, el rey de Aleppo todavía es capaz de declarar la guerra, incluso a Der, en los confines de Elam. Si bien estas incursiones, de gran extensión lineal pero efímeros resultados, forman parte del dinámico mundo amorrita de las guerras y las alianzas interregionales, conviene resaltar que jamás potencia mesopo-

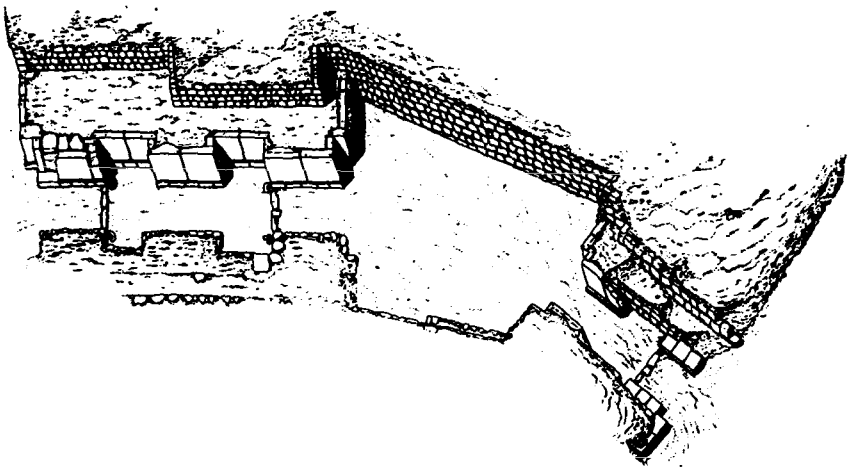


FIGURA 74. Ebla en el Bronce Medio: axonometría de la puerta suroeste.

támica alguna (ni Shamshi-Adad ni Zimri-Lim), aunque fuera vecina y estuviera interesada en los circuitos comerciales occidentales, logró penetrar militarmente en Siria. Aleppo siempre controló la línea del Éufrates, con su puerto fluvial avanzado en Emar y parte del territorio mesopotámico hasta el Balikh.

Con la generación de Zimri-Lim empieza en Mari una época más tranquila. El vínculo matrimonial de Zimri-Lim con la familia real de Aleppo, la estabilización de la situación política y la subida al trono del moderado Hammurabi como sucesor del enérgico Yarim-Lim, inauguran un periodo de paz y relaciones comerciales normales. La línea Emar-Balikh sigue siendo la frontera entre Yamkhad y Mari. Más adelante, cuando Hammurabi acabe con el reino de Mari, Yamkhad —que no ha sido afectado por estos hechos— gozará de una situación más tranquila, al convertirse en potencia hegemónica de la Alta Siria. En el sur, Qatna se sustrae a su dominio, y durante toda la época de Mari es, a su vez, capital de una coalición similar (aunque más modesta). Las difíciles relaciones entre Yamkhad y Qatna provocan el acercamiento entre Ishkhi-Adad, rey de Qatna, y Shamshi-Adad. Yasmakh-Addu se casa con una princesa de Qatna, y tal vez sea esta alianza lo que permite a Shamshi-Adad proclamar en una inscripción que ha llegado hasta el Mediterráneo y el Líbano. El obstáculo insuperable de Aleppo, y el hecho de mencionar el Líbano (en vez de Amanus, más septentrional) parecen indicar que el rey asirio ha llegado hasta el Mediterráneo por la vía Mari-Palmira-Qatna-Líbano. Tras la muerte de Shamshi-Adad, también Ishkhi-Adad desaparece, y su sucesor Amut-pi-El se integra en el clima de normalización y pacificación, y firma un tratado de alianza con Yamkhad, con la mediación de Zimri-Lim.

En el extremo norte, la ciudad de Karkemish y otras de la zona comprendida entre el Éufrates y el Taurus (Urshum, Khashshum y Khakhkhum), importantes para el control de las vías comerciales, quedan fuera del citado sistema. Parece que todas estas ciudades permanecen, en la medida de lo posible, al margen de las disputas políticas y militares de los bandos opuestos. Procuran mantener buenas relaciones

comerciales con los que detentan el poder (y controlan los circuitos) en Alta Mesopotamia y Alta Siria. De modo que Aplakhanda de Karkemish mantiene buenas relaciones con Shamshi-Adad, y luego su hijo Yatar-Ammi se lleva bien con Zimri-Lim. Lo mismo se puede decir de las otras ciudades norteñas.

Este es el panorama interregional que se desprende del archivo de Mari. El archivo de Alalakh VII proporciona noticias internas de Siria durante el periodo inmediatamente posterior. Los reyes locales reconocen formalmente la soberanía del rey de Yamkhad, usando para sí mismos el título de *awīlum* «hombre» y para el señor de Aleppo el de *šarrum* «rey» (o algunas veces usan el de rey para sí mismos, pero entonces el señor de Aleppo es «rey grande»). El primer rey de Alalakh de la línea que aparece en los archivos es hijo de un rey de Yamkhad, instalado por él en el trono de Alalakh a cambio del de Irrite (Urfa), perdido a raíz de una revuelta. Los archivos atestiguan dos generaciones de reyes de Alalakh: Yarim-Lim (hijo de Abba-El, rey de Yamkhad) y Ammi-taqum, a quienes corresponden por lo menos cinco reyes de Aleppo: Abba-El (hijo del Hammurabi citado, contemporáneo de Zimri-Lim), Yarim-Lim II, Niqmepukh, y luego Irkabtum, Hammurabi II y Yarim-Lim III con reinados muy breves, que nos llevan hasta mediados del siglo XVII, cuando es destruida Alalakh VII. La posición política de Ebla debió ser parecida, también con una dinastía local (muy rica, a juzgar por los datos arqueológicos) que reconoce el dominio de Yamkhad. También es análogo el final de esta fase de Ebla, destruida a mediados del siglo XVII.

Sobre la caída del sistema político de Yamkhad y la destrucción de algunas ciudades del norte de Siria arrojan luz las fuentes de origen hitita, sobre las que volveremos a propósito del Antiguo Reino hitita. Sólo adelantaremos aquí que a mediados el siglo XVII los reyes hititas Khattushili I y Murshili I se enfrentaron directamente a Yamkhad y a los demás estados del norte de Siria. En una primera fase Khattushili I atacó las ciudades más septentrionales: Alalakh (destrucción del nivel VII), Khashshum y Khakhkhum. Los estados sirios se aliaron para defenderse, y las ciudades atacadas contaron con el apoyo de Karkemish y Yamkhad. El ataque hitita fue rechazado a duras penas, pero se saldó con un sensible retroceso. En una segunda fase Murshili I reanudó los ataques, se adentró más al sur, puso fin al «gran reino» de Aleppo, probablemente destruyó otras ciudades (entre ellas la propia Ebla) y se hizo con el control de todo el norte de Siria. Varios siglos después los reyes hititas todavía recordaban con preocupación el poderío de Aleppo, y tomaban las medidas oportunas para evitar que de nuevo se formara un «gran reino» en el norte de Siria. Pero estos temores, justificados por el enorme peso político y militar que había tenido Yamkhad en los siglos XVIII y XVII, eran cada vez más anacrónicos. Aleppo no se repuso nunca del golpe infligido por Murshili I, y en todo el norte de Siria las destrucciones del siglo XVII aceleraron unos procesos de despoblamiento y desurbanización que se inscribían en tendencias a largo plazo.

5. Los hicsos y el Bronce Medio palestino

En la parte más meridional de la franja siropalestina, la reconstrucción del tejido urbano y de la organización estatal tras el Periodo Intermedio entre el Bronce Antiguo y el Medio fue un fenómeno local, pero en cierto modo estuvo influida por Egipto.

LIBER

Este país, después de una penetración de nómadas semitas procedentes del Sinaí y el sur de Palestina, hacia el año 2000, en el momento de mayor presión, se había convertido en un poderoso estado unitario con los faraones tebanos de la XII dinastía (Imperio Medio, *c.* 1990-1785). Los faraones crearon una línea de fortificaciones para defender el delta oriental (el «muro del príncipe»), y renovaron su interés por los recursos asiáticos, empezando por los que ya se explotaban durante el Imperio Antiguo, como el cobre y las piedras semipreciosas del Sinaí y la madera del Líbano, transportada a través del puerto de Biblos. También se interesaron por los productos agrícolas (sobre todo el aceite y el vino) y artesanales de las ciudades palestinas y sirias de la costa.

La presencia del Imperio Medio egipcio en Palestina y Siria meridional y costera es bastante capilar. Se han encontrado escarabeos y monumentos egipcios en muchas localidades como Gaza, Gezer, Lachish, Sichem, Megiddo y Bet Shan en Palestina, Biblos, Beirut y Ugarit en la costa siria, y Qatna, Ebla y Alalakh en el país interior. Al final de la XII dinastía se nota cierto retroceso por el hecho de que todavía hay monumentos atestiguados de Amenemhat III en el extremo norte (Ugarit, Alalakh), mientras que Amenemhat IV no está atestiguado más al norte de Biblos y Damasco. El nombre de Egipto no aparece nunca en el archivo de Mari (que corresponde al final de la XII dinastía), mientras que la red comercial siromesopotámica llega hasta el norte de Palestina (sobre todo hasta Hasor).

Sobre la naturaleza de la presencia egipcia en Asia durante los siglos XIX y XVIII, se creía que podrían ser formas de explotación «imperial» con una fuerte presión político-militar, pero hoy tenemos claro que se trató de relaciones puramente comerciales, que sin duda estuvieron condicionadas por el prestigio y el potencial económico y militar de un Egipto unido frente a los pequeños estados palestinos, pero sin formas de subordinación o intervención armada. Sin duda, la ciudad que mantuvo contactos más intensos y continuos con Egipto fue Biblos, donde una serie de dinastas locales (Abi-śumi, Yapa'-śumu-abi, Yantin) están atestiguados particularmente por monumentos con inscripciones egipcias. Los reyes locales solían escribir sus nombres en caracteres jeroglíficos, se daban el título de *ḥ3tj-'* «gobernador» y recibían regularmente regalos de los faraones a cambio de facilitar el acceso a los bosques libaneses. Pero, al mismo tiempo, estos reyes estaban en contacto con el circuito comercial documentado por los textos de Mari (Yantin-'Ammu de Biblos tiene tratos con Zimri-Lim), y sin duda son independientes. En Ugarit encontramos la misma situación, los monumentos de funcionarios egipcios de la XII dinastía también se pueden explicar como resultado de las relaciones comerciales. En la propia Ebla, que estaba integrada en el sistema dirigido por Yamkhad, se han encontrado objetos egipcios de la XIII dinastía, algunos de ellos con cartuchos faraónicos, que evidentemente eran regalos de gran valor, y como tales fueron incluidos en el ajuar de las tumbas de los reyes locales. Por último, conviene resaltar que bajo la XIII dinastía las relaciones comerciales egipcias aún incluían a Biblos y Ebla, y sólo entraron en crisis a finales del siglo XVIII, para reestructurarse después de otra forma.

En los textos egipcios del Imperio Medio vemos algunos ejemplos de la visión que se tenía de Siria-Palestina en el terreno político y cultural. En el apogeo de la XII dinastía las tierras asiáticas todavía aparecen habitadas por nómadas y gobernadas por jefes de tribu bastante rudos. Este es el panorama que aparece en el famoso relato de Sinuhé, que vivió durante muchos años entre los «bárbaros» asiáticos has-

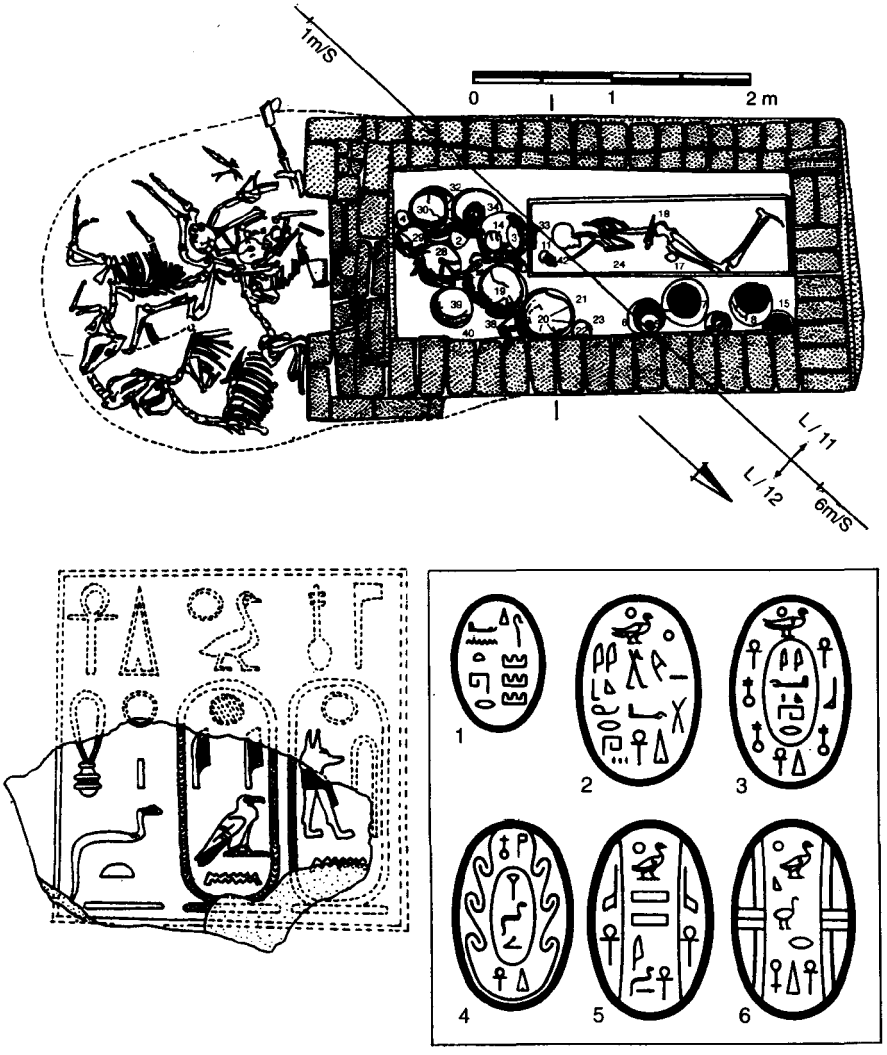


FIGURA 75. Los hicsos. *Arriba*, tumba n.º 5 de Tell ed-Dab'a, en el delta oriental, con sepultura de caballos y cerámica de tipo palestino. *Abajo, a la izquierda*, fragmento de vaso de obsidiana encontrado en Boghaz-köi, con cartucho del faraón Khayan; *a la derecha*, escarabeos «hicsos», con los cartuchos de «*'nt-hr*» (n.º 1, seguido por el título «*ḥq3 ḫśwt*»), «*y'qb-hr*» (n.ºs 2-3), «*w3ḍd*» (n.º 4), «*šśy*» (n.º 5) y «*q3r*» (n.º 6).

ta ver cumplido su sueño de regresar a Egipto para transcurrir allí una tranquila vejez y recibir una sepultura digna. Un panorama en cierto modo similar se desprende de los llamados «textos de abominación». Son listas de nombres de jefes y localidades extranjeras escritos en figurillas que se rompían en ceremonias mágicas para destruir, por analogía, a los enemigos potenciales de Egipto. Se conocen dos series, sucesivas en el tiempo. La más antigua (XII dinastía) designa las entidades políticas siropalestinas con nombres de localidades y grupos tribales, mostrando una situación paralela a la de la Alta Mesopotamia contemporánea, con estados basados en el binomio ciudad + tribu. En la serie más reciente (XIII dinastía) aparecen estados puramente ciudadanos. En ambas son interesantes los nombres de los jefes, de tipo lingüístico amorrita, y el horizonte geográfico que coincide con el área de difusión de los escarabeos y monumentos egipcios del Imperio Medio: Palestina, costa libanesa y Siria meridional. Está claro que no se trata de pequeños estados sometidos a Egipto, ni de enemigos suyos propiamente dichos, sino sencillamente de enemigos potenciales, estados o grupos tribales con los que los egipcios estaban en contacto y a los que habían aprendido a temer, por sus reacciones díscolas e imprevisibles.

En el siglo XIX la implantación en Palestina de un modelo urbano igual que el de Siria hizo rápidos progresos. El proceso de concentración política debió ser similar. El grupo tribal empezó a gravitar en torno al territorio de la ciudad, hasta que la ciudad amurallada, con su palacio real y sus actividades artesanales y comerciales, tomó la delantera. No sabemos si en el sur también hubo concentraciones, con formación de coaliciones encabezadas por una ciudad principal. En tal caso, el candidato más probable en el norte de Palestina sería Hasor.

En la segunda mitad del siglo XVIII las relaciones entre Egipto y Palestina cambiaron. La fase anterior (XII dinastía en términos de cronología egipcia, Bronce Medio IIa en términos de cronología palestina, *c.* 1900-1750) se caracterizaba por un Egipto unitario y poderoso y una Palestina en fase de reorganización política y cambio de la relación entre la tribu y la ciudad. Durante la fase posterior (Segundo Periodo Intermedio en términos de cronología egipcia, Bronce Medio IIb en términos de cronología palestina, *c.* 1750-1600) tiene lugar la decadencia de Egipto, seguida de su fragmentación, mientras que Palestina ya está reorganizada (aunque sigue fragmentada en ciudades-estado) y es muy próspera. Es la fase que desde el punto de vista arqueológico se considera la culminación de la cultura material palestina antigua. El intercambio comercial mantiene la misma intensidad, pero con formas distintas, y conlleva cierta penetración de tribus asiáticas en Egipto, sobre todo en el delta oriental, que está más cerca de la zona frecuentada por los pastores libaneses y para ellos representa una inmensa reserva de pastos y agua, incluso en los periodos de sequía y carestía. La línea de fortificaciones levantada por los faraones del Imperio Medio pierde su eficacia, y entre el delta y el sur de Palestina se crea una especie de *continuum* por el que los grupos humanos y los elementos culturales circulan con bastante libertad. En Palestina se difunde el uso de escarabeos de tipo egipcio (aunque de factura y decoración local), y en Egipto se difunden tipos de cerámica palestina y nombres de persona asiáticos. Una serie de personajes, presumiblemente jefes de tribu, con nombres amorritas, están atestiguados en el delta con el título de *ḥk3w ḫ3śwt* «jefes de los países extranjeros», término que se ha hecho famoso en su forma helenizada de hicsos.

Para la tradición historiográfica egipcia, en una larga elaboración que empieza

ya en el Imperio Nuevo y culminará en la época helenística (Manetón), los hicsos son jefes asiáticos que penetran en Egipto de forma súbita y violenta, por la fuerza de las armas, y constituyen un verdadero dominio extranjero que dura hasta que los faraones tebanos de las dinastías XVII y XVIII consiguen expulsarlos de Egipto. El análisis de la documentación arqueológica, onomástica e histórico-política señala que la infiltración, aunque no fue incruenta, tampoco tuvo un carácter masivo ni de conquista militar. La historiografía moderna ha acusado durante mucho tiempo la influencia de la antigua, y ha considerado que la infiltración de los hicsos en el delta fue la última etapa de un flujo migratorio de norte a sur protagonizado por los hurritas, portadores de conocimientos técnicos decisivos relacionados con el uso del carro y el caballo. Sin embargo, está claro que los nombres de los «príncipes extranjeros» son esencialmente semitas (amorritas), con ciertos elementos hurritas, como en toda la onomástica siropalestina de la época. También está claro que las nuevas técnicas son el resultado de una difusión cultural, más que de una migración en masa.

En cualquier caso, los «príncipes extranjeros» se instalaron en el delta aprovechando la debilidad del poder central subsiguiente a la crisis de la XIII dinastía. Durante un tiempo (en líneas generales, la XIV dinastía según la lista de Manetón) hubo una considerable fragmentación política, con dinastas egipcios o asiáticos que controlaban unidades comarcales en el interior de Egipto. Por último, una dinastía de origen asiático (los «grandes hicsos» de la XV dinastía) asumió un papel unificador y hegemónico en el norte de un Egipto que, no obstante, siguió dividido y sumido en las luchas entre dinastías rivales.

La relación entre Egipto y Palestina siguió siendo compleja, pero se invirtieron los términos con respecto a la época del Imperio Medio. Resulta difícil de aceptar la idea de un «imperio» hicso que abarcaría el Alto Egipto y toda la franja siropalestina, con capital en Avaris (delta oriental), y estaría situado a caballo entre los dominios egipcios y los asiáticos. Probablemente lo que ocurrió fue que Egipto fue unificado parcialmente por una dinastía de origen asiático (como se desprende de los nombres y de la censura de carácter religioso y nacionalista que ejercerá sobre ella la posterior dinastía de Tebas), pero ya profundamente egiptizada por su larga permanencia en el país. En cambio, la zona siropalestina debió quedar dividida en ciudades-estado autónomas que sólo tenían en común con los hicsos una cultura material que erróneamente se denomina «hicsa», pero no es otra que la cultura palestina del Bronce Medio. Es cierto que algunos faraones hicsos han dejado su nombre en objetos encontrados muy lejos de Egipto, pero esto, en todo caso, refleja unas relaciones diplomáticas y comerciales, no un control político. Por ejemplo, el nombre de Khayan, el faraón hicso más famoso, aparece en escarabeos hallados en Nubia y Palestina, en fragmentos de vasijas de piedra hallados en Cnosos y Khattusha, y en un objeto comprado en Bagdad: nadie podrá deducir de ello que sus dominios incluían Nubia, Anatolia, Creta y Mesopotamia.

Los datos más interesantes de la cultura «hicsa» (es decir, de la penetración de la cultura palestina del Bronce Medio en el delta egipcio) proceden de las recientes excavaciones de Tell ed-Daba', en la zona de su capital Ávaris. En este caso no se trata sólo de escarabeos o complejos cerámicos, sino de una facies cultural bastante compacta. En las técnicas de construcción, junto a elementos de claro origen egipcio, aparecen elementos palestinos. En concreto, las tumbas (que incluyen sepulturas de caballos) y los templos son de tipo claramente asiático, y la estratigrafía permite

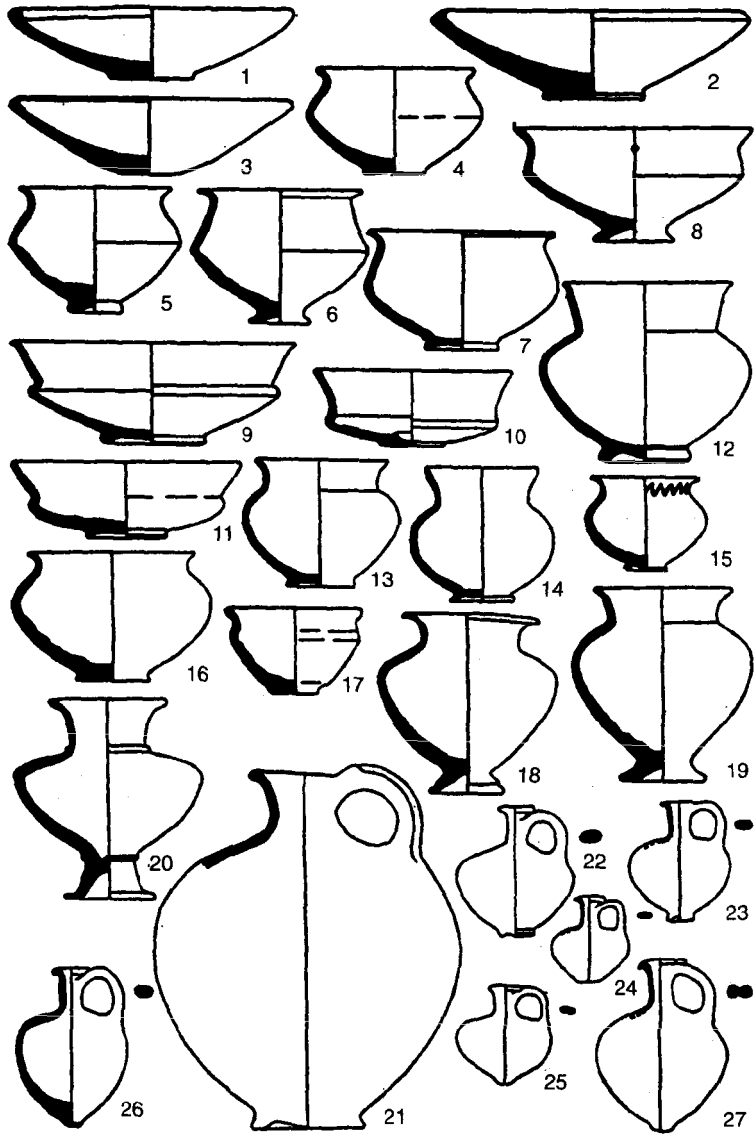


FIGURA 76. Cerámica palestina del Bronce Medio (de la necrópolis de Jericó).

seguir la consolidación progresiva del elemento palestino sobre las premisas netamente egipcias de los periodos anteriores. Por lo tanto, en Tell ed-Daba' tenemos una prueba directa de lo que significó para el delta la penetración de importantes grupos asiáticos con su cultura material, sus nombres y su religiosidad, muy distinta de la egipcia. En un momento dado estos grupos fueron lo bastante fuertes como para hacerse con el control político en amplias zonas del valle del Nilo, marcando el pun-

to de máxima inclinación hacia el elemento asiático en ese inestable equilibrio que durante mucho tiempo caracterizó el difícil contacto entre los campos densamente regados, cultivados y habitados del delta y los pastos y estepas del Sinaí y el sur de Palestina. Después de este máximo de penetración asiática vendrá una brusca inversión de las relaciones y el comienzo de la política «imperial» del Imperio Nuevo egipcio en Asia.

14. HAMMURABI DE BABILONIA

1. La unificación de Mesopotamia

Mientras en la franja periférica que va de los confines de Elam a Mari se producían varios intentos de unificación de la franja «dimórfica» de la Alta Mesopotamia, caracterizados por una gran movilidad y rápidos cambios de frente, en la Baja Mesopotamia un proceso paralelo de unificación seguía unas pautas distintas, con una concentración en áreas más restringidas, pero destinadas a permanecer juntas.

Al comienzo de la fase que ahora abordamos, hacia 1820, la Baja Mesopotamia aún está dividida en los reinos de Babilonia, Isin, Larsa, Uruk y otros más pequeños (Der, Kazallu, Malgum, etc., de estatus político oscilante). La hegemonía la tienen Larsa en el sur y Babilonia en el norte, y los reyes babilonios cultivan sus relaciones con Uruk que, pese a su aislamiento, es un buen punto de apoyo contra Larsa. Conocemos una boda del primer rey de Uruk, Sin-kashid, con una hermana de Sumu-la-El de Babilonia, y conocemos alianzas militares en la época de Sin-muballit de Babilonia y de Anam e Irdanene de Uruk.

Un primer proceso de concentración es obra de un personaje con dotes políticas fuera de lo común, Rim-Sin de Larsa. Conviene decir algo sobre el modo en que su familia se había apoderado del trono de Larsa. El padre de Rim-Sin era Kudur-mabuk, un jefe militar y tribal que, pese a su nombre elamita, se cree que basó su fuerza en el elemento amorrita. La oscura carrera de Kudur-mabuk empezó con el control del territorio tribal de Yamut-bal y acabó con la conquista del trono de Larsa, en el que colocó a su hijo Warad-Sin. Pero de hecho reinó personalmente, y su nombre aparece asociado al de su hijo en las inscripciones oficiales. Las guerras y anexiones de Kazallu y la construcción de las murallas y los santuarios de Ur caracterizaron a este periodo de consolidación del reino. Con Rim-Sin dio inicio la política de expansión, que conocemos sobre todo a partir de las fórmulas de datación de este larguísimo reinado: victoria sobre una coalición de Uruk e Isin con el apoyo de Babilonia (año 14.°); destrucción y anexión de Der (año 20.°); conquista de Uruk (año 21.°); y conquista de Isin (año 30.°). Este último acontecimiento gozó de tanto prestigio que los años posteriores se fecharon a partir de él. En efecto, con la conquista de Isin todo el país de Sumer quedó unificado bajo el dominio de Rim-Sin, aunque seguía teniendo como belicosos vecinos a Elam, Eshnunna y Babilonia, que aislaron a Larsa de los grandes contactos y las grandes maniobras de la época de Mari.

Rim-Sin se dedicó a la labor de consolidación interior. Promovió la construcción y restauración de murallas, la excavación de canales, enriqueció los templos según la tradición sumeria. Pero del norte llegaron nuevas formas de gestión política, y Rim-

Sin fue el primer rey de Larsa que promulgó (dos veces) medidas de desgravación fiscal, cancelación de deudas y de la esclavitud por deudas, que en el norte (Isin, Babilonia y Eshnunna) se conocían con la fórmula de «restablecer la justicia en el país». Los textos administrativos y jurídicos del tiempo de Rim-Sin reflejan la especial atención que dedicó el rey de Larsa a la reorganización de la gestión de las tierras públicas y al auge del comercio en el golfo.

Pero el año inmediatamente posterior a la conquista de Isin, Hammurabi subió al trono de Babilonia, y se reveló como un rival de Rim-Sin mucho más aguerrido que su padre, Sin-muballit. Toda la segunda mitad del reinado de Rim-Sin (que ya tenía sus años) estuvo marcada por la ascensión de Babilonia. Hammurabi tuvo que vigilar varios frentes, pues estaba encajonado entre dos grandes potencias, Larsa al sur y Asiria al norte, ambas gobernadas por reyes prestigiosos, aunque bastante viejos. También estaba presionado por Eshnunna, sobre todo tras la subida al trono de Ibal-pi-El. En los primeros años de su reinado, Hammurabi dedicó su atención sobre todo al frente sur. Ya en el séptimo año arrebató Isin y Uruk a Rim-Sin, cuyo poder quedó mermado territorialmente y subordinado política y militarmente a Babilonia. Con el flanco sur asegurado, e incluso con el apoyo de Rim-Sin, que ya se había resignado a ser su aliado y subordinado, Hammurabi pudo tomar parte activa en los acontecimientos de la edad de Mari, y aprovecharse de la muerte de Shamshi-Adad para convertirse en el protagonista absoluto. Durante veinte años (*c.* 1785-1765), y sobre todo mientras Ibal-pi-El permaneció en el trono de Eshnunna, la situación fue muy fluida y equilibrada. Desde un observatorio bastante apartado, como es el archivo real de Mari, asistimos a una sucesión de guerras cruzadas entre el frente del Éufrates y el frente del Tigris. La zona de mayor tensión es la frontera entre Babilonia y Eshnunna, porque ambas ciudades están muy próximas. Pero su posición es sólida, de modo que los principales movimientos tienen como escenario la Alta Mesopotamia, sin que ninguno de los contendientes tenga fuerzas suficientes para aventurarse a un ataque frontal. La política expansionista practicada los decenios anteriores por Eshnunna había sembrado el temor en toda el área mesopotámica y asegurado a Hammurabi el apoyo de Larsa, así como el de Mari y el más alejado Yamkhad. Gran parte del reinado de Hammurabi transcurre en esta situación de tablas.

Sólo en la fase final de su reinado, Hammurabi puede recoger los frutos de su progresiva ascensión y consolidación. En cinco años Hammurabi conquista y se anexiona Larsa (año 31), hace lo mismo con Eshnunna (año 32), derrota a Mari (año 33) y luego la destruye a raíz de una rebelión (año 35). Como se puede ver, cuando Hammurabi decide salir a campo abierto, no hace distinciones entre sus enemigos tradicionales y sus viejos aliados. Después de haber enfrentado a unos con otros, les reserva a todos la misma suerte. Como colofón (años 37 y 38) dirige expediciones contra Asiria, que sigue independiente, pero permanece bastante aislada, y contra Elam, que en la dinámica de los siglos anteriores había podido interferir en más de una ocasión en los asuntos mesopotámicos, y con Hammurabi queda aislado y marginado.

La unificación de Mesopotamia por parte de Hammurabi tuvo sus limitaciones tanto de tiempo como de extensión. En el tiempo, la unificación tuvo una duración muy corta. Hammurabi logró sus objetivos sólo al final de su reinado, y con sus sucesores no tardó en producirse una disgregación. En cuanto a la extensión, gran parte de los territorios que se habían visto implicados en la política de movimiento y confrontación de la edad de Mari quedaron fuera del alcance de Hammurabi. Babi-



FIGURA 77. El reino de Hammurabi de Babilonia.

lonia no logró imponer su presencia en el Éufrates medio, más allá del largo tramo poco habitado que separaba a las ciudades babilonias del norte del reino de Khana. También permanecieron inaccesibles los reinos del «país alto», donde se acabaría imponiendo el predominio político del elemento hurrita. Asiria y Elam, como ya hemos dicho, siguieron siendo independientes, aunque perdieron influencia.

Así pues, la unificación afectó al viejo país de Sumer y Akkad, y coincidió de forma significativa con el territorio que en la época de la III dinastía de Ur había formado el «país interior», entre el muro contra los martu y la costa del golfo. Pero precisamente por remachar una unidad administrativa que se había formado en tiempos de la III dinastía de Ur, la unificación fue eficaz a la hora de eliminar definitivamente la iniciativa (o veleidad) política de las ciudades-estado. Ya no hubo lugar para una Eshnunna ni un Uruk, por poner los dos ejemplos más recientes e importantes, ni mucho menos para autonomías menores (Der, Kazallu o Malgum). Las ciudades pasaron a ser capitales provinciales, centros administrativos locales de un país políticamente unitario —y de producirse fraccionamientos, ya no volvería al esquema de las ciudades-estado, y habría que contraponer otras unidades territoriales extensas. Con Hammurabi se formó el concepto de un país de «Babilonia» (nombre de su capital), heredero del viejo «Sumer y Akkad», que con el paso del tiempo se acabó contraponiendo a la «Asiria» septentrional.

2. LA ORGANIZACIÓN SOCIOPOLÍTICA

Los reinados de Rim-Sin en Larsa y Hammurabi en Babilonia, aunque se enmarcan en la tendencia del periodo paleobabilonio hacia una privatización de las actividades económicas y las relaciones sociopolíticas, suponen una consolidación de la

posición del estado, como consecuencia normal de la especial atención dedicada por estos soberanos «fuertes» a la organización del reino, y de su creciente capacidad para influir en el orden de la sociedad. La centralización del palacio se hace en perjuicio de la esfera familiar, pero también de la esfera del templo, que pierde parte de sus prerrogativas. Por ejemplo, el comercio, que la tendencia a la privatización había sustraído en gran parte a la gestión del templo, se vuelve a centralizar bajo control real. O la administración de la justicia, que antes era ejercida por jueces de los templos (en particular de Shamash, dios de la justicia), y ahora es ejercida por jueces del rey.

No pocas veces el usufructo de privilegios o prebendas del templo, relacionados con el usufructo de funciones sacerdotales, es cedido por dinero, o si se quiere «subarrendado». Entra así en un circuito general en el que las funciones y retribuciones, parte integrante del sistema redistributivo de las «grandes organizaciones», son introducidas en el mercado en términos meramente económicos, al haber perdido vigencia el sistema redistributivo antiguo.

Por último, la creciente actividad bélica y las importantes conquistas de Hammurabi, que desembocan en la unificación de Mesopotamia, conllevan un volumen considerable de asignaciones de tierras a soldados y veteranos en las provincias conquistadas. Gracias a la correspondencia intercambiada por Hammurabi a lo largo de varios años con dos funcionarios, Shamash-khasir del ex reino de Larsa y Siniddinam de la zona de Sippar, conocemos los problemas que planteaba la asignación de tierras a los soldados babilonios, y cuál era el procedimiento. El rey seguía personalmente los casos concretos, y a veces su decisión era contraria a la de los funcionarios —prueba evidente de que los mecanismos de apelación personal del súbdito al rey funcionaban, y de la existencia de abusos y favoritismos. Las nuevas asignaciones se realizan en un marco institucional vago y complicado, cuyo punto crítico es la dificultad para distinguir las asignaciones personales a cambio de un servicio de las propiedades familiares hereditarias. De todas maneras, es razonable pensar que las asignaciones masivas de parcelas a miembros de una clase social bastante desposeída debieron servir para frenar el proceso de empobrecimiento y esclavización, y seguramente proporcionaron mano de obra más dispuesta a trabajar en el campo, donde había crecientes dificultades debido al abandono, saturación y decadencia.

La crisis agrícola que sobreviene en la última fase del periodo paleobabilonio tiene causas de carácter sociojurídico y otras estructurales de carácter físico. Son los viejos problemas de la salinización, el exceso de irrigación y explotación y la competición por el uso del agua entre regiones situadas aguas arriba y aguas abajo. El centro de gravedad se ha desplazado al norte (a Babilonia, en sentido estricto), pero reyes como Hammurabi y Samsu-iluna se comprometen directamente en una reestructuración global del sistema de canales. Algunas de las obras de envergadura (como el canal «Hammurabi es la riqueza del país») sirven para facilitar la afluencia directa de las aguas hacia el sur, pero la mayoría de las obras se realizan en el norte (zonas de Akkad y el Diyala). Se trata, sobre todo, de refuerzos de las márgenes para evitar desbordamientos. En las inscripciones de los reyes y las fórmulas de datación se le da menos importancia a la difusión capilar de la irrigación.

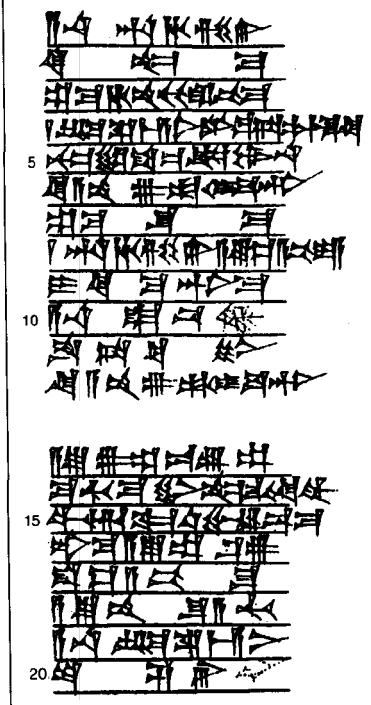
De momento, la intervención real, con creación de infraestructuras y una extensa colonización, mitiga las dificultades por las que está pasando el país de Babilonia.

En comparación, la situación en áreas cercanas es bastante peor. En el extremo sur, donde el País del Mar forma una entidad política separada, ya está avanzado el proceso de desurbanización y formación de pantanos. Por algo el País del Mar carece de un centro urbano destacado y es un área marginal, de profunda depresión demográfica y difícil control político. En el lado opuesto, donde también se independiza el reino de Khana, el valle del Éufrates medio entra en una crisis imparable. Una vez más, las grandes oscilaciones de carácter demográfico y urbanístico afectan, sobre todo, a las áreas marginales, mientras que el núcleo bajomesopotámico aguanta mejor, gracias a su sistema hídrico y productivo.

Al tiempo que surgen dificultades económicas (crisis agrícola, disminución del comercio) se produce una reestructuración de las relaciones sociales, siguiendo las líneas esbozadas en la época de Isin y Larsa. Hay dos tendencias fundamentales, una hacia la independencia económica de los grupos privilegiados (originariamente grupos de especialistas vinculados a las grandes organizaciones) y otra hacia la servidumbre de los grupos más vulnerables (originariamente familias «libres» que no dependían del palacio). Los dos procesos provocan un verdadero vuelco de las relaciones sociales y las jerarquías económicas. Los privilegiados (escribas, sacerdotes, mercaderes, administradores y terratenientes de origen diverso) se «privatizan» y tratan de escapar del control real. Las grandes organizaciones del templo y el palacio ya no se basan tanto en la prestación de servicios por parte de sus miembros especialistas, sino más bien en un mecanismo de contratas y subcontratas, en el que la centralización es fiscal, más que laboral. En el otro extremo aparecen nuevas clases de «dependientes del rey», proletarios ex libres desposeídos de sus tierras, que se dirigen al estado para desempeñar funciones de mano de obra genérica, como soldados y guardias (*redûm, bā'irum*) o colonos agrícolas, pescadores, pastores, etc., recibiendo a cambio un «campo de sustento» cuya medida generalmente es 1 *bur*, *c.* 6,5 hectáreas. Frente a estos nuevos dependientes de bajo rango, el monarca representa un papel de rey justo, buen pastor y padre solícito.

El famoso código nos proporciona una visión global de la sociedad bajo el reinado de Hammurabi. Su original (del que existen numerosas copias en tablillas) se encontraba en una estela de diorita erigida en el templo de Shamash, en Sippar (o en la propia Babilonia), pero ha sido hallado en Susa, adonde fue llevado como botín por el rey elamita Shutruk-Nakhunte hacia 1200. El carácter orgánico y la amplitud del código lo han convertido en la fuente principal para la reconstrucción de la sociedad babilonia, pero se trata de una «foto fija» fechada estrictamente en la época de Hammurabi, y la situación que ilustra no se puede generalizar en el tiempo ni en el espacio. En el código aparecen tres «clases» o condiciones sociales: la del *awīlum* u «hombre (libre)», la del *muškēnum* o «dependiente (del rey)» y la del *wardum* o «esclavo». La tercera categoría no tiene nada de particular, ya que los esclavos están profusamente documentados en toda la historia mesopotámica, y se caracterizan por pertenecer a otra persona, que posee sobre ellos un derecho casi absoluto. Los esclavos se adquieren como botín de guerra o se compran en países extranjeros; en cambio, los conciudadanos no pueden ser esclavos, pero sí sometidos a servidumbre (por deudas) durante periodos más o menos prolongados, pero sin que se pierda la noción de su estatus original.

La distinción entre *awīlum* y *muškēnum* no es tan sencilla y ha dado lugar a varias interpretaciones y a verdaderos equívocos. Se trata de categorías compuestas,



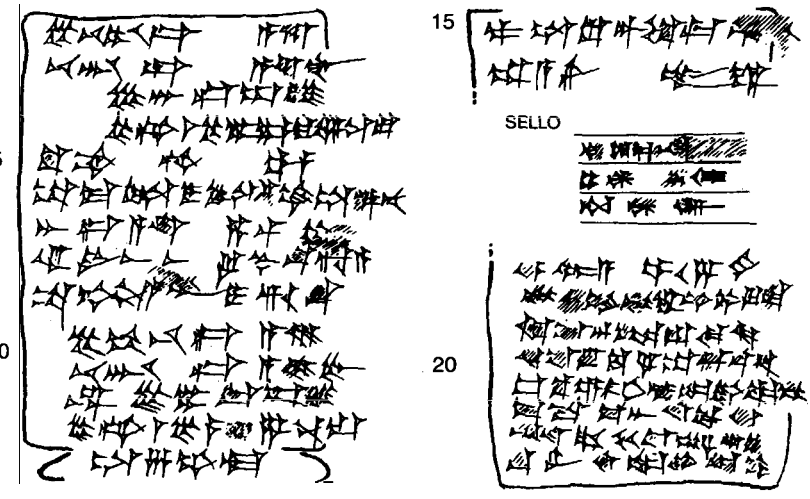
a-na ^{d}UTU-*ḫa-zi-ir*
qí-bí-ma
um-ma ḫa-am-mu-ra-bi-ma
^{pd}EN.ZU-*iš-me-a-ni lú KU.TA.AL.LA*^{ki}
NU.GIŠ.SAR *ša* GIŠ.GIŠIMMAR DILMUN.*na*
ki-a-am ú-lam-mi-da-an-ni
um-ma šu-ma
^{pd}UTU-*ḫa-zi-ir* A.ŠÀ É *a-bi-ia*
i-ki-ma-an-ni-ma
a-na AGA.UŠ-*im*
it-ta-di-in
ki-a-am ú-lam-mi-da-an-ni
A.ŠÀ-*ú-um du-ru-um*
ma-ti-ma in-ne-ek-ki-im
wa-ar-ka-tam pu-ru-ús-ma
šum-ma A.ŠÀ-*um šu-ú*
ša É *a-bi-šu*
A.ŠÀ-*am šu-a-ti*
a-na ^{d}EN.ZU-*iš-me-a-ni*
te-e-er

«A Shamash-khasir dile: así (habla) Hammurabi. Sin-ishmeanni, hombre de Kutalla, cultivador de dátiles de Dilmun, me ha informado de lo siguiente: "Shamash-khasir me ha quitado el campo de mi propiedad familiar y se lo ha dado a un soldado". Esto es lo que me ha hecho saber. ¿Desde cuándo se ha quitado un campo de propiedad ilimitada? Ocúpate del asunto, y si dicho campo es de su propiedad familiar, este campo devuélveselo a Sin-ishmeanni.»

FIGURA 78. Asignaciones de tierras en el territorio de Larsa por parte de Hammurabi de Babilonia.

resultado de los procesos antes mencionados. Los «libres» tienen autonomía económica —tanto si son libres terratenientes en el sentido tradicional, como funcionarios altos o medios del templo o el palacio que han adquirido de forma permanente tierras y prebendas derivadas de su servicio. Las categorías que el código reúne bajo la denominación de *muškēnum* se encuentran en una posición distinta. Dependen del estado para su sustento, de modo que son «semilibres», pero no en el sentido jurídico (como a menudo se ha supuesto), sino más bien en el sentido económico, ya que no poseen medios de producción. Por el código y otros documentos de la época sabemos que gozan de menos prestigio que los «libres», y mantienen un vínculo de protección y subordinación al rey.

En los contenidos, el código da una visión bastante sistemática de los pleitos más corrientes de la época (y a través de ellos, una visión parcial de la sociedad de la



ANVERSO

5 1/3 5/18 1/36 (bùr) iku a-šà
1/3 3/18 1/36 (bùr) iku a-šà-SÙ
6 3/18 (bùr) iku *ab-sín*
še-bi 109 2/5 5/30 5 sìla gur
èš-gàr gú-un
ša-ma-li i-li-a-am
2/18 (bùr) iku a-šà 4/5 1/30 še (gur)
kur$_6$ lú-didli nì-ku$_5$ šu-ri-a
ša gu$_4$-ḫá-lugal *i-ri-šu*

5 2/3 1/18 1/36 (bùr) iku a-šà
1/3 3/18 1/36 (bùr) iku a-šà-SÙ
šu + nígin 6 5/18 (bùr) iku a-šà ab-sín
ša! 6 gu$_4$-apin

REVERSO

énsi ^{d}nin-urta-*na-ṣir*
kišib-a-ni íb-ra

«101,5 *iku* (= 36,5 ha) de campo (y) 9,5 *iku* (= 3,4 ha) de *campo dejado sin cultivar* (?): 111 *iku* (= 39,5 ha) de campo arado; su cebada es de 32.875 *sila* (= 27.648 litros), importe del tributo, que corresponde a lo que se ha producido.
»2 *iku* (= 0,72 ha) de campo: 250 *sila* (= 210,5 litros) de cebada (campo) de alimentación de varios individuos, sometido a la tasa de la mitad (del producto), que los bueyes del rey han sembrado.
»103,5 *iku* (= 37,26 ha) de campo (y) 9,5 *iku* (= 3,4 ha) de campo dejado sin cultivar (?).
»Total: 113 *iku* (= 40,6 ha): su cebada es de 33.125 *sila* (= 27.858,5 litros). Campo labrado con 6 bueyes de arado.
»El responsable agrícola es Ninurta-naṣir: su sello ha impreso.»
Sigue la fecha: 15.º día del VIII mes (Simānu = mayo-junio) del año 32.º de Hammurabi.

FIGURA 79. Texto administrativo de la hacienda pública, zona de Larsa, época de Hammurabi.

época), tanto en el sector que hoy llamamos derecho penal como en el que llamamos civil. En el campo penal se ha resaltado mucho la aparición de la ley del talión, es decir, una reglamentación de las penas corporales como forma atenuada y cuantificada de la venganza, y se ha atribuido esta práctica a la llegada de los amorritas —frente al arraigado principio de la compensación pecuniaria de la cultura sumeria y acadia. Se tiene la impresión de que ciertas penas, que más bien parecen responder a un sentido especular que a una valoración sustancial, eran de tipo «disuasivo» y no se podían aplicar sistemáticamente sin extinguir las propias prácticas que trataban de regular.

En el campo civil el código supone la consagración definitiva de la importancia que han alcanzado en la vida económica del país las tendencias a la privatización, y por consiguiente de la necesidad de regular las formas y competencias de los distintos tipos de aparcería, trabajo asalariado, alquiler, participación financiera, etc. El código no introduce nada nuevo, y se limita a reseñar los usos y costumbres, normalizando las tarifas que se aplicaban habitualmente, pero dándoles un aval regio que tendría su valor para los litigantes y jueces.

Desde hace tiempo se ha aclarado que los códigos mesopotámicos no tienen ni pretenden tener valor normativo (es decir, no plantean normas que deban ser aplicadas), y no dejan rastro en la práctica judicial, ni tampoco la determinan. Basta con leer el código de Hammurabi entero, con prólogo y epílogo, para darse cuenta de que se trata de un gran retablo, del que se desprende que la justicia imperaba en el reino de Babilonia durante su reinado: una demostración analítica, caso por caso, que le vale el sobrenombre de «rey de justicia». Sin embargo, al igual que una «tabla de precios» erigida en un mercado no pretende imponer precios oficiales ni registrar simplemente los precios determinados por el mercado, sino recordar cuáles son los precios «justos», la estela del código erigida en un templo pretende ser un punto de referencia para todos: «Que todo hombre oprimido, con una causa pendiente, venga en presencia de mi estatua de "rey de justicia", lea atentamente lo que está escrito en mi estela, escuche mis valiosas palabras, mi estela le aclarará su caso ...». Es significativo que la estela se dirija al ciudadano oprimido y al rey futuro (para que no altere lo dispuesto por la estela), pero no a los jueces, que seguirían dictando sentencias basándose en las costumbres locales (distintas de unas ciudades a otras), en virtud de unos principios similares a los que, a título de ejemplo, fueron elegidos para formar este retablo del «buen gobierno» para mayor gloria del rey.

Los edictos de remisión de las deudas y liberación de los esclavizados poseían una eficacia normativa mucho mayor. Desde la época de Rim-Sin hasta el fin de la dinastía de Babilonia estos edictos fueron cada vez más frecuentes. Su aplicación se extendió a todo el país, incluyendo el sur. Por primera vez disponemos del texto (incompleto) de uno de estos edictos, promulgado por el cuarto sucesor de Hammurabi, Ammi-saduqa. Es un texto redactado con un tecnicismo muy marcado, que contrasta con las alusiones genéricas de carácter propagandístico de estos edictos, que aparecen tanto en las inscripciones reales como en las fórmulas de datación («restablecer la justicia», «romper las tablillas», «devolver la libertad» y cosas parecidas). El tecnicismo es necesario porque si bien la «justicia» real desea anular las deudas contraídas en estado de necesidad, y que desembocan en la reducción a servidumbre, no desea en absoluto anular los préstamos de dinero efectuados con motivo de operaciones comerciales, financieras, o de otro tipo. También encontramos este tec-

DOCUMENTO: EL EDICTO DE AMMI-SADUQA

El acto de «establecer justicia en el país» se traduce en la anulación de las deudas con interés. Pero el edicto tiene que evitar con unas cláusulas muy precisas que en la cancelación se vean implicados otros tipos de deudas, desde las participaciones en actividades comerciales hasta los préstamos de solidaridad. A continuación hacemos un extracto del edicto de Ammi-saduqa.

(art. 2) «Quien haya prestado cebada o plata a un acadio o a un amorrita, con interés o con fines de renta (*ana melqētim*), y se haya hecho redactar un documento escrito (*lit.* una tablilla), dado que el rey ha establecido la justicia en el país (*mīšaram šakānum*), su documento carece de valor jurídico (*lit.* su tablilla está rota). La cebada y la plata él no podrá hacer que le devuelvan en virtud de ese documento.»

(art. 5) «Si alguien ha prestado cebada o plata con interés (*ana ḫubullim*) y se ha hecho redactar un documento, pero retiene en su mano el documento y dice: "No he dado esto como préstamo con interés ni con fines de renta; la cebada o la plata que te he dado, te lo he dado como valor de compra (*ana šīmim*) o sin interés (*ana tadmiqtim*) o con otros fines" (si dice así) aquel que había tomado la cebada o la plata del acreedor producirá sus testigos con arreglo al dictado del documento, del que el acreedor ha renegado. Ellos harán una declaración delante del dios (es decir, bajo juramento). Ya que él (el acreedor) ha modificado su documento, y también ha negado la cosa, él tendrá que dar seis veces tanto. Si no es capaz de cumplir con su deber, morirá.»

(art. 6) «Un acadio o un amorrita que haya tomado en préstamo cebada, plata o bienes muebles, como valor de compra, para un viaje (de negocios), como (cuota para una) sociedad (*ana tappûtim*), o sin interés, su documento no es cancelado (*lit.* su tablilla no es rota): pagará (al acreedor) conforme a sus acuerdos.»

(art. 7) «Quien haya dado (en préstamo) cebada, plata o (otros) bienes muebles a un acadio o a un amorrita, como valor de compra, para un viaje (de negocios), como (cuota para una) sociedad, o sin interés, y se haya hecho expedir un documento, y en el documento expedido haya hecho destacar lo siguiente: "Vencido el plazo establecido (para la devolución) el dinero comportará un interés (de demora)", o bien haya contraído (otros) acuerdos adicionales, (el deudor) no devolverá conforme a estos acuerdos. La cebada o la plata que haya tomado en préstamo ... los devolverá, pero los acuerdos (adicionales) serán anulados para el acadio y el amorrita.»

nicismo en la redacción de las propias escrituras de crédito. En esta época cada entronización iba acompañada de una amnistía (y en los reinados largos podía haber más de una), de modo que la redacción de las cláusulas contractuales lo tenía en cuenta. No pasaría mucho tiempo sin que los edictos de remisión perdieran su efectividad precisamente por este motivo.

Pero, de momento, el rey de Babilonia se presentaba ante sus súbditos como un buen padre, un rey justo y recto (*šar kittim u mēšarim*). La justicia de la que se habla no es una aplicación imperturbable de la ley hasta las últimas consecuencias, aunque sean perjudiciales. Se trata más bien de lograr un equilibrio social y económico superior, y para ello es preciso que el rey preste especial atención a las clases sociales más desprotegidas, y que sirva de dique frente al empuje de los mecanismos económicos «de mercado» que acabarían reduciendo a la servidumbre a gran parte de la población.

3. La reforma religiosa

La Babilonia de Hammurabi y sus sucesores permanece inaccesible, debajo de las sucesivas reconstrucciones de la ciudad, de modo que es difícil juzgar las realizaciones de la I dinastía de Babilonia en el campo del urbanismo y la arquitectura, el arte monumental y la artesanía palatina, sin conocer la documentación de la capital. A juzgar por las ciudades de provincias, se tiene la impresión de que el periodo paleobabilonio no tenía mucho que decir en cuanto a originalidad creativa. La arquitectura religiosa y palatina, la estatuaria y la glíptica repiten los esquemas elaborados en los siglos anteriores (y reducidos a tipo único).

En cambio, la época de Hammurabi supone un giro importante en el ámbito teológico. El giro se debe a la nueva situación política, de unificación definitiva del país y aparición en escena de las ambiciones ciudadanas. También se hacen notar las preferencias de las nuevas etnias amorritas, que prefieren a algunas divinidades (sobre todo las de carácter astral) como Shamash, Ishtar y Adad, relegando a un segundo plano a las viejas divinidades sumerias de carácter ctónico-vegetativo. Las ciudades norteñas extienden a todo el país el prestigio de sus dioses locales: Marduk de Babilonia, Nabu de Borsippa, Nergal de Kutha y Shamash de Sippar. Se produce una completa reestructuración del panteón. En las listas y epítetos de las inscripciones monumentales y oficiales varias de sus divinidades aparecen con el mismo rango, en un intento de contentar a todas —al menos así lo parece— y encontrar para cada una de ellas una conexión característica con la persona del rey. La vieja jerarquía, basada en la supremacía de Enlil de Nippur, ya no está vigente, pero todavía no ha sido reemplazada por una jerarquía nueva. En el plano de la religiosidad personal, no oficial, parece que el dios más popular es Shamash, en relación con la gran ansia de «justicia» que siente la sociedad de esta época.

La nueva estructuración del panteón tiende a situar en el vértice al dios de Babilonia, Marduk. La operación no es sencilla, porque se trata de una divinidad meramente local, bastante modesta a escala regional, que encaja mal en las viejas teologías. El proceso comienza con Hammurabi, pero sólo culminará en la época casita. Entre los procedimientos utilizados para situar a Marduk en una posición preeminente, uno de ellos es convertirlo en hijo de Ea (dios de la sabiduría, de prestigio

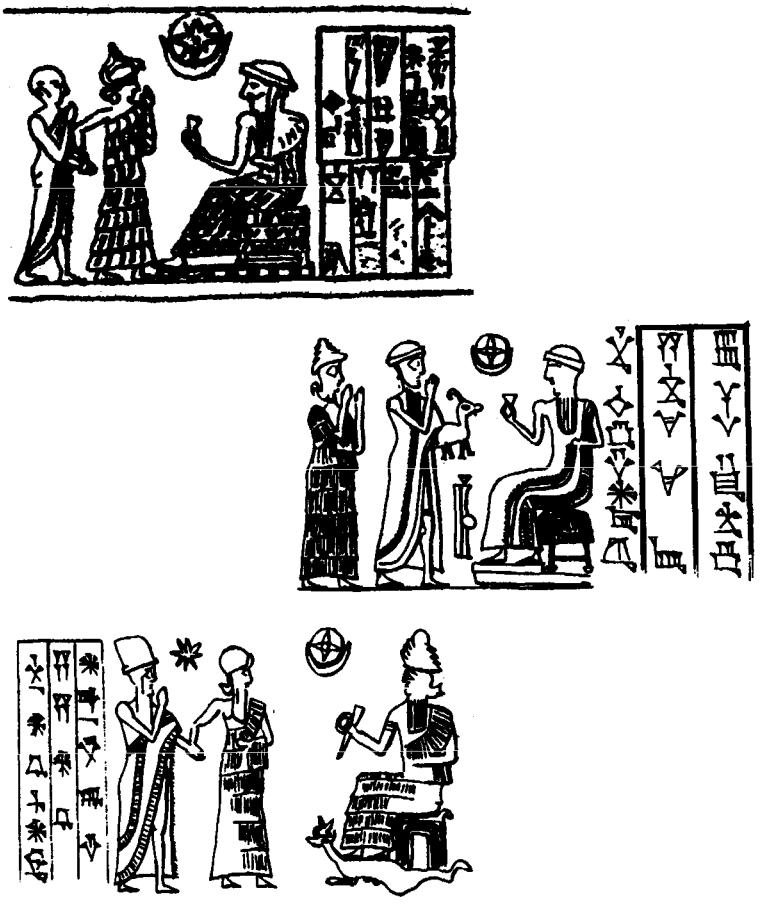


FIGURA 80. La escena de presentación en la glíptica neosumeria y paleobabilonia. El dios (o diosa) «personal» lleva al fiel a presencia del dios principal. *Arriba*, época de Ibbi-Sin de Ur. *Centro*, época de Naram-Sin de Eshnunna. *Abajo*, época de Shamshi-Adad de Asiria.

muy antiguo) y caracterizarlo como dios de las artes mágicas (en cierto modo complementario de Shamash, dios de la justicia). Las nuevas tendencias hacia lo privado establecen una relación directa, y muy sentida, entre Marduk y el fiel, que satisface sus necesidades de seguridad y curación.

Otro procedimiento es situar a Marduk en el centro del mundo cosmogónico y cosmológico, sustituyendo a Enlil, que ya está en decadencia, y asimilándolo parcialmente a él. La culminación de este proceso será, pues, el poema religioso llamado *Enūma ēliš* («Cuando en lo alto», palabras iniciales), que se recitaba en un momento crucial de la fiesta del año nuevo babilonio. En el poema, Marduk vence al caos primordial, personificado por Tiamat, asume la función de dios ordenador del universo, y los demás dioses, agradecidos, le rinden homenaje y se inclinan ante la superioridad que Marduk se ha ganado a pulso. No sabemos cuándo se compuso

el poema, que nos ha llegado a través de copias tardías, del primer milenio. Las opiniones oscilan entre finales de la dinastía de Hammurabi (antes del cual no existían las condiciones políticas para que se defendiera el carácter central del dios de Babilonia), la época casita y la época mediobabilonia..

Citaremos un tercer elemento, por su importancia en la revisión general de la relación entre teología y política, entre comunidad humana, rey y mundo divino. Hammurabi, pese a reemplazar en el dominio del sur al divinizado Rim-Sin, y pese a detentar un poder de enorme prestigio y extensión, no es divinizado. En sus inscripciones oficiales su nombre no va precedido del determinativo divino, y sólo hay leves rastros de deificación en algún epíteto. Ni siquiera sus sucesores serán divinizados, de modo que la costumbre, tan cargada de significado religioso, se pierde. También desaparecen las manifestaciones secundarias de la deificación. En la época de Hammurabi todavía encontramos un texto dialogado en el que el rey realiza prácticas de hierogamia; Samsu-iluna todavía posee un «himno» celebrativo en su honor. Pero estas formas, que habían sido las típicas expresiones de la realeza desde comienzos de la III dinastía de Ur hasta el final de la dinastía de Larsa, pertenecen a una concepción ya superada. El rey sale del mundo divino y vuelve al humano como pastor del rebaño, benévolo y justo.

De modo que Marduk, además de ocupar el lugar de Enlil en el ámbito cosmológico, puede ocupar el lugar del rey en el ceremonial. La gran festividad del año nuevo (*akītu*), que durante toda la historia de Babilonia reúne a grandes multitudes de fieles y sirve para conjurar la constante preocupación por la marcha de las estaciones y las cosechas, y en general por la conservación del orden frente al caos, tiene como protagonista la estatua de Marduk, que sale en procesión. Y todo el culto público de las festividades periódicas menores y de todos los días tendrá como protagonista a un dios que ya no estará flanqueado por la ambigua figura del rey divinizado.

El rey, por su parte, en vez de buscar la legitimación de su poder en la filiación divina, la busca, de acuerdo con la sensibilidad gentilicia de las etnias occidentales, en largas genealogías de antepasados tribales. Se sabe que la genealogía de Hammurabi coincide en parte con la de Shamshi-Adad, no porque ambas familias estuvieran emparentadas, sino porque al remontarnos en su ascendencia genealógica nos encontramos con unos epónimos tribales muy comunes en el mundo amorrita. La influencia del componente amorrita del reino es todavía muy llamativa durante el reinado de Hammurabi y los de sus sucesores. Hammurabi lleva el título de «rey de Martu» además del de «rey de Sumer y Akkad», y usa otros epítetos de claro sabor occidental. Ammi-saduqa, en su edicto, llama a sus súbditos «acadios y amorritas», y designa algunas unidades provinciales con su nombre tribal, no con el de su ciudad: Yamut-bal por Larsa, Idamaras por Eshnunna. Todo esto indica que la asimilación todavía no es completa, que todavía subsiste (por ambos lados) la conciencia de la diversidad, y que los reyes de Babilonia procuran no descuidar el factor occidental. Pero son las últimas indicaciones de este tipo: con el fin de la I dinastía de Babilonia, la oleada amorrita será definitivamente integrada, y la sociedad babilonia se dispondrá a asimilar a nuevos grupos de inmigrantes.

LIBER

4. La disgregación del imperio

Ni Larsa ni Eshnunna aceptaron con resignación la pérdida de su independencia, y el sucesor de Hammurabi, Samsu-iluna, tuvo que emplearse a fondo contra las rebeliones desde los primeros años de su reinado. En Larsa se proclamó rey Rim-Sin II, que era hijo de Warad-Sin, y, por lo tanto, nieto de Rim-Sin I. En Eshnunna un tal Iluni, que en sus inscripciones lleva el título de gobernador y por lo tanto estaba formalmente sometido a Babilonia, trató de independizarse de la capital. Samsu-iluna pudo sofocar fácilmente y de raíz la primera de las rebeliones, pero en el sur estalló una nueva sublevación encabezada por Iluma-ilum, a quien las listas de reyes y las crónicas posteriores consideran fundador de una auténtica dinastía que gobernaba el País del Mar (es decir, el extremo sur de Mesopotamia). La rebelión de Eshnunna también tuvo una larga historia, hasta la captura y ejecución del rebelde.

Samsu-iluna alardea de haber derribado las murallas de Isin (por lo tanto, también esta ciudad se había rebelado), y de todas las fortalezas del valle del Diyala. También alardea de haber trabajado en las murallas de Ur, Sippar y Kish, de haber reconstruido (tras la victoria) las fortalezas de Eshnunna y una nueva ciudad, Dur-Samsu-iluna (el viejo Tutub, actual Khafaya) y de haber creado una línea de fortalezas al sur de Babilonia. Esta frenética actividad de demolición y reconstrucción de las obras defensivas, fiel reflejo del espíritu de la época, no debe ocultar las obras civiles. Samsu-iluna acondicionó las márgenes del Tigris, el Éufrates y el Diyala, prosiguiendo los trabajos de ordenación hidráulica a gran escala que había emprendido su padre.

El sur permaneció independiente con Iluma-ilum, cortando a Babilonia el acceso al mar. En los montes Zagros surgió una nueva amenaza: el noveno año de Samsu-iluna está datado por una victoria sobre el ejército de los casitas, un pueblo montañés que, evidentemente, empezaba a presionar en el valle. En el noroeste parece que Samsu-iluna trató, por todos los medios, de mantener el control sobre el Éufrates medio (antiguo reino de Mari) y el «país alto», pero con escaso éxito. Sus años 26 y 36 están datados por actividades militares en el país de Amurru (definición genérica para occidente); en el año 33 está presente en Saggaratum, a orillas del Khabur, pero ya el año 28 está datado por un enfrentamiento con un tal Yadikh-Abu. Hoy sabemos que se trataba de un rey de la dinastía de Khana, que gobernaba el Éufrates medio y el bajo Khabur desde Terqa, a pesar de las esporádicas expediciones babilonias.

Al largo y emprendedor reinado de Samsu-iluna le siguen los de Abi-eshukh, Ammi-ditana y Ammi-saduqa, durante los cuales las noticias de actividades militares escasean significativamente. Abi-eshukh todavía luchó contra el País del Mar; luego la situación se estabilizó, dado que a los reyes babilonios les faltaban las fuerzas necesarias para recuperar el control de todo el país. Así pues, la Baja Mesopotamia permaneció dividida entre el País del Mar, al sur, y el reino de Babilonia en el centro-norte, mientras que los reyes de Khana gobernaban el Éufrates medio y los de Asiria el Tigris medio. El famoso edicto de Ammi-saduqa nos da una visión de la organización administrativa de su reino. En él se nombran los distritos de Numkhia, Emut-bal (= Larsa), Idamaras (= Eshnunna), Isin, Uruk, Kisurra y Malgum. La capital del País del Mar debió ser Ur, pero a pesar de su presencia formal en las listas reales, esta ciudad apenas aparece en la documentación de la época.

Sabemos algo más acerca del reino de Khana, gracias a los contratos procedentes

CUADRO 14. Cronología mesopotámica, *c.* 1750-1550.

	País del Mar	Babilonia	Khana	Khatti	Yamkhad
1750			Isi-sumu-abi *c.* 1750		d Abba-El *c.* 1750-1720
	a Rim-Sin II *c.* 1735-1720	°Samsu-iluma 1749-1712	d Yapakh-sumu-abi		
		abc	c Yadikh-abi *c.* 1720		
	be Iluma-Ilu *c.* 1720-1700		»		Yarim-Lim II *c.* 1720-1700
		e °Abi-esukh 1711-1684	°Kashtiliash *c.* 1700		
1700					
			»		
	Itti-Ili-nibi		»		Niqmi-epukh
		°Ammi-ditana 1683-1647	°Ammi-rabikh		
	Damiq-ilishu		»		
			°Shunukhru-Ammu *c.* 1650		Irkabtum
1650					
	Ishkibal			Khattushili I *c.* 1650-1620	
		°Ammi-saduqa 1646-1626	Ammi-madar *c.* 1625		Yarim-Lim III
	Shushi				
		f Samsu-ditana 1625-1595	Abi-Lama *c.* 1610	f Murshili I *c.* 1620-1590	
	Gulkishar *c.* 1600		»		Hammurabi II
1600					
		DINASTÍA CASITA	»		*c.* 1600: conquista hitita
		»	»	Khantili I *c.* 1590-1570	
	Peshgaldaramash	»	»	Zidanta *c.* 1570-1560	
		»	*c.* 1550: conquista casita	Ammuna *c.* 1560-1550	
		Agum II *c.* 1550			
1550					
	c. 1500: conquista casita				

° = edicto de remisión; a--a = sincronismo atestiguado.

de Terqa, y sobre todo a las excavaciones que se realizan en ese paraje. Una quincena de reyes de Khana se distribuyen en el periodo que va desde la destrucción de Mari a manos de Hammurabi (cuando en Terqa había un gobernador del rey de Mari), hasta el comienzo de la edad casita, hacia 1600, cuando se constata arqueológicamente que Terqa deja de ser una ciudad floreciente. Sólo algunos reyes pueden ser ubicados cronológicamente: Isi-sumu-abum y Yapakh-sumu-abum, entre el final del reinado de Hammurabi y la primera parte del de Samsu-iluna; luego reinó Yadikh-Abu, elevado al trono el año 28 de Samsu-iluna, y una generación después (hacia 1700) Kashtiliash (nombre casita). Por último, en posición estratigráficamente posterior, encontramos a Shunukhru-Ammu y a su hijo Ammi-madar. De momento no podemos situar a otros reyes, como Ishar-Lim e Iggid-Lim (que al parecer enlazan con la línea de Mari), Isikh-Dagan, Yassi-Dagan y su hijo Hammurabi, que mandó excavar un canal en el curso medio del Khabur. La ciudad de Terqa, pese a las obras de restauración de los templos principales, estaba en evidente decadencia con respecto a la edad de Mari. Pero seguía siendo un centro político y comercial de considerable importancia, que sacaba el máximo partido a su posición de paso obligado en la ruta del Éufrates. Dos hallazgos arqueológicos han puesto de manifiesto la extensión de su influencia: un lote de escarabeos del Segundo Periodo Intermedio, indicio de que mantenía relaciones por lo menos con Siria-Palestina (si no directamente con Egipto), y un puñado de clavos de especia en una vasija, indicio de contactos con el golfo Pérsico, a través del cual debieron llegar estas especias, propias del sureste asiático.

LIBER

Mientras tanto, más al norte tenían lugar importantes acontecimientos. Los reyes hititas atacaron Yamkhad, y Murshili acabó destruyéndola. Puede que los reyes de Khana vieran con buenos ojos la ascensión de Khatti, porque su propia posición en el Éufrates medio les convertía en rivales y víctimas potenciales de Yamkhad, por un lado, y de Babilonia, por otro. A raíz de la conquista hitita de Yamkhad, Khatti y Khana tuvieron frontera común, y las relaciones entre ambos países proporcionan la clave para interpretar la enigmática expedición de Murshili contra Babilonia, que tuvo lugar durante el reinado de Samsu-ditana, último rey de la dinastía de Hammurabi. Si un sello hitita hallado en Terqa es indicio de relaciones genéricas (no necesariamente del paso del ejército hitita, que, de todos modos, debió pasar precisamente por allí), la propia situación geográfica de Khana requería su colaboración para que pudieran pasar las tropas hititas (que tal vez se desplazaron en barco) hasta la frontera babilonia. Un texto posterior confirma este supuesto. En él se alude al regreso a Babilonia de la estatua del dios Marduk, «deportada» por los hititas, que había permanecido varios años en el país de Khana hasta ser rescatada por un rey casita de Babilonia. Por lo tanto, es posible que los hititas acudieran a petición de Khana para resolver viejas disputas entre ésta y Babilonia, dejando el botín (o parte de él) en la propia Khana, y se marcharan sin sacar provecho político de su victoria.

La toma de Babilonia y el saqueo del templo de Marduk fue un golpe mortífero para la dinastía babilonia. Los hititas se retiraron tan rápida e inesperadamente como habían llegado, pero el reinado de Samsu-ditana quedó muy afectado. De ello sacaron provecho los casitas, presentes en Babilonia y Khana desde hacía ya tiempo. No sabemos cómo tomaron el poder en Babilonia, aunque probablemente fue por un violento golpe de mano de carácter militar. Las listas reales incluyen una larga secuencia dinástica, que empieza con Gandash y Agum I, tal vez contemporáneos de Samsu-iluna (relacionados, por lo tanto, con la primera mención de un ejército casita). No conocemos el nombre del primer rey que, aprovechando la debilidad babilonia tras la incursión hitita, consiguió subir al trono de Babilonia.

5. La confederación elamita

El estado elamita estaba gobernado por una dinastía llamada de los *sukkal-maḫ* (del título que designa la función real), y se caracterizaba por una especialísima estructura del poder y de su transmisión. El poder recaía en una terna formada por el *sukkal-maḫ*, jefe supremo de la confederación elamita, que residía en Susa, el *sukkal* de Elam y Simashki, que solía ser el hermano menor del *sukkal-maḫ* y probablemente residía en Simashki, y por último el *sukkal* de Susa, que solía ser el hijo del *sukkal-maḫ*. Los tres cargos tenían una importancia decreciente, y a la muerte del *sukkal-maḫ* su puesto era ocupado por su hermano (el *sukkal* de Elam), cuyo puesto era ocupado a su vez por otro hermano o por el hijo del primer rey (el hasta entonces *sukkal* de Susa). El poder pasaba así de un hermano a otro, y sólo después de haber agotado una generación de hermanos pasaba al hijo del primero, es decir, a la generación siguiente. La estrecha solidaridad familiar, entre hermanos, estaba reforzada por la costumbre del levirato (el hermano del difunto se casaba con su viuda), y también por la costumbre de casarse con su hermana —debido a la cual, en condiciones típicas, a la muerte de un *sukkal-maḫ*, el *sukkal* de Elam, su hermano

LIBER

menor, heredaba tanto su función política como a su esposa, que, por otro lado, era la hermana de ambos. Naturalmente, este criterio sólo se podía aplicar en algunos casos, debido al solapamiento de los reinados, a la muerte del hermano menor antes que el mayor, etc.

Este sistema tan particular de reparto y transmisión del poder se basaba en las costumbres sociojurídicas elamitas, que también están atestiguadas para la población común. Se sabe que en la familia la sucesión también pasaba de un hermano a otro, y existían el levirato y la gestión indivisa de los bienes familiares. Pero mientras en la práctica jurídica normal se fue generalizando el reparto hereditario (frente a la gestión indivisa) y la transmisión de padres a hijos (frente a la transmisión entre hermanos), en la familia real perduró el sistema tradicional.

Además de poseer este peculiar sistema de poder y hereditario, la estructura política elamita se caracterizaba por su carácter confederal, típico de Elam desde los tiempos protodinásticos. La confederación estaba encabezada por el *sukkal-mah*, y las unidades regionales por los *sukkal*, entre los cuales el de Elam y Simashki conservaba restos de la hegemonía que había tenido la dinastía de Simashki hasta comienzos del II milenio. Dado que la documentación referente a este periodo procede casi exclusivamente de Susa, que ocupaba al mismo tiempo una posición central (como residencia del *sukkal-mah*) y marginal (muy desplazada hacia la Baja Mesopotamia) con respecto al conjunto de la confederación, la idea de que en las otras regiones y ciudades hubiera una terna similar (con el *sukkal-mah* para todos, y los otros dos cargos variables de un país a otro) no pasa de ser una hipótesis.

La dinastía de los *sukkal-mah* sucedió a la de Simashki (probablemente sin solución de continuidad) a comienzos del siglo XIX, tal vez como consecuencia de la incursión de Gungunum de Larsa contra Susa y contra la dinastía de Simashki. Eparti y Shilkhakha, fundadores de la nueva dinastía, llevaron el nuevo título de «rey de Anshan y Susa», trasladaron la capital a Susa e iniciaron una fase de estrecho contacto cultural y político con el mundo babilonio, y con todo el vasto mundo «amorrita» que abarcaba desde Elam hasta Siria-Palestina, con una comunidad de procedimientos diplomáticos, actividades comerciales e implicaciones militares documentada, sobre todo, en los archivos de Mari. Los escribas de Susa utilizaban el babilonio no sólo para la correspondencia diplomática, sino también para los documentos internos de carácter jurídico. Nos han llegado unos quinientos escritos de este tipo, procedentes de la capital Susa y, en menor medida, de Malamir (probablemente el antiguo Khukhnur, situado en la ruta que iba de Susiana a Parsua).

La incursión de Gungunum no tuvo consecuencias políticas duraderas. Elam permaneció independiente de los distintos reinos mesopotámicos, y llegó a tener una ligera recuperación cuando se produjo el fraccionamiento de la edad de Isin-Larsa. Durante la edad de Mari el *sukkal-mah* (probablemente Shirukdukh I) mantuvo contactos diplomáticos y comerciales con Mari, e incluso con la lejana Qatna. Las vicisitudes político-militares hicieron que Elam se aliase con Eshnunna para asediar Razama (en plena Alta Mesopotamia) y participar en otras batallas, con unos contingentes militares nada despreciables. Evidentemente, su relación con Eshnunna era la más difícil, por razones fronterizas, y además las ambiciones o las miras de Elam abarcaban toda la franja de los Zagros hasta la zona de Shemshara, a espaldas de Asiria. Tras la desaparición de Shamshi-Adad, cuando Hammurabi de Babilonia tuvo un papel hegemónico, la alianza antibabilonia del Tigris estuvo claramente capita-

LIBER

neada por Elam. La victoria de Hammurabi restó poder a los *sukkal-maḫ* en la escena mesopotámica. Los babilonios no conquistaron Elam. La dinastía local pudo seguir gobernando sin ser molestada, y sólo Susiana quedó expuesta a los embates de los acontecimientos militares mesopotámicos. Poco tiempo después de Hammurabi, el rey elamita Kutir-Nakhunte I todavía encabezó una incursión victoriosa contra las ciudades babilonias, demostrando que la balanza del poder aún podía tener oscilaciones. Luego, hasta el final de la dinastía de los *sukkal-maḫ* (que duró más que la babilonia), no volvió a haber episodios de relieve en las relaciones entre Elam y los estados mesopotámicos. Por último, en el siglo XVI, Elam también se vio envuelto en esa penuria de documentos y consiguiente «oscuridad» histórica que afectó a todo Oriente Próximo.

Ya hemos dicho que la documentación sobre el periodo de los *sukkal-maḫ*, salvo unas pocas inscripciones reales, consta sobre todo de textos jurídicos. Además de adoptar la lengua babilonia, el sistema jurídico elamita adoptó algunos instrumentos típicos de la época paleobabilonia. En Susa se ha encontrado un fragmento de «código», demasiado pequeño para que podamos conocer cómo era la sociedad elamita de la época (el fragmento en cuestión habla del régimen de la propiedad rural), pero lo bastante explícito como para atestiguar la costumbre real de emanar textos legislativo-celebrativos (a imitación de Eshnunna o Babilonia). Conocemos una estela de uno de los *sukkal* de Susa, Attakhushu (siglo XIX), colocada en el lugar del mercado, con una lista de los «precios justos». Sabemos que los últimos *sukkal-maḫ* (comienzos del siglo XVI) «establecieron la justicia» en el país, publicando edictos similares al de Ammi-saduqa. Aunque el instrumento de escritura y las formas de intervención real estaban tomados del modelo babilonio, en la documentación jurídica elamita encontramos rasgos de originalidad local y de un mayor arcaísmo. Las penas, más que pecuniarias, son físicas y crueles (mutilaciones), disuasivas más que realistas. Las pruebas son de tipo mágico-religioso (ordalía fluvial), el testimonio jurado prevalece sobre la documentación escrita, y la marca de la uña convalida las tablas más a menudo que el sello. Toda la concepción de la justicia se basa en el concepto puramente religioso de *kitin* «protección divina», que se pierde al cometer culpas o perjurio. En los textos jurídicos hay una presencia constante de las principales divinidades.

En cuanto al contenido, se trata sobre todo de la gestión de la propiedad familiar y su transmisión. Se está pasando por una fase de transición y difícil conciliación entre un sistema más arcaico y otro más moderno (probablemente influido por Mesopotamia). El sistema arcaico se basa en la gestión indivisa y en la transmisión fratriarcal de los bienes familiares, pero se introduce el reparto de lotes hereditarios (extraídos a suerte) entre hermanos, la transmisión de padres a hijos, las ventas fuera de la familia y, por último, el uso de las propiedades inmobiliarias (y del ganado) como garantía de préstamos —en cambio, no están atestiguadas las garantías personales, que representan el estadio más avanzado, previo a la reducción generalizada a servidumbre. La crisis de la familia extensa, unida, fratriarcal, bajo la presión económica, es muy rápida. Pronto aparecen cláusulas testamentarias que subordinan la transmisión del patrimonio a los hijos al hecho de que cuiden a sus padres mientras vivan y se encarguen de sepultarlos: se trata de un primer indicio de transmisión hereditaria no automática, que tiene el cuenta el comportamiento. En breve plazo este modelo se extenderá al resto de Oriente Próximo.

15. LA ANATOLIA ANTIGUOHITITA

1. De la fragmentación a la unificación

El estado hitita irrumpe con fuerza en la historia de Oriente Próximo con dos reyes, Khattushili I y Murshili I, que a lo largo de cincuenta años (*c.* 1650-1600) edificaron una notable formación política, extendieron sus dominios por las llanuras siromesopotámicas, acabando con los dos mayores reinos de la época (Yamkhad y Babilonia), y reorganizaron profundamente toda el área. Los datos de que disponemos sobre la transformación del mundo político centroanatólico, que pasa de la acusada fragmentación documentada por los textos paleoasirios de Capadocia (hasta 1750) al estado unitario de Khattushili (*c.* 1650), son discontinuos, de distinto origen y naturaleza y difícil interpretación.

Ante todo, hay un precedente: la unificación efectuada por Anitta de Kushshara mediante una serie de acciones bélicas, que culminaron con la destrucción violenta de Khattusha y el traslado de la capital de Anitta a Nesha/Kanish, donde está efectivamente documentado su palacio. La acción de Anitta se tomó como modelo, o por lo menos como precedente digno de ser recordado, ya que su inscripción fue copiada y transmitida por los escribas hititas. En efecto, aproximadamente un siglo después hubo un segundo episodio que parecía seguir al pie de la letra el modelo antiguo: un «hombre de Kushshara», tras duros combates, conquistó la hegemonía en la meseta de Anatolia central, y trasladó su capital a una de las ciudades conquistadas. La nueva capital era Khattusha, precisamente la ciudad que Anitta había destruido y maldecido, y de ahí tomó el nombre el nuevo conquistador (Khattushili).

El traslado a Khattusha de la capital del reino recién conquistado, la construcción en ella de un palacio real y la organización de una administración y un archivo, hacen que para nosotros la documentación empiece repentinamente con Khattushili. Para los escribas hititas posteriores, el acceso a documentación de archivo tampoco les permitía remontarse más atrás. La secuencia de los reyes y los hechos principales está muy clara a partir de Khattushili, mientras que todo el proceso anterior de formación del estado antiguohitita se basa en algunas noticias retrospectivas (oscuras, pero fiables) que aparecen en los textos del propio Khattushili, y en algunas opiniones (claras, pero poco fiables) vertidas varios siglos después. Para la tradición posterior, el reino empieza con una pareja real, formada por Labarna y Tawananna, que en realidad son los títulos antiguos del rey y la reina, y se aplican a parejas sucesivas. La tradición les convirtió en una pareja originaria (cuyos nombres se habrían convertido en títulos, cuando etimológicamente está claro que se trata precisamente de

títulos), con la que, por ejemplo, se iniciaba la lista de los antepasados reales redactada con fines de culto muchos siglos después.

La reconstrucción más clara del inicio de la historia hitita se encuentra en el edicto de Telipinu, un texto que se remonta a *c.* 1500 y se remite a los hechos del pasado en función de los problemas políticos del presente. «Antiguamente —dice Telipinu— fue gran rey Labarna», que es como si nosotros dijéramos: «Había una vez un rey que se llamaba Su Majestad». Y el texto presenta este antiguo reino de Labarna como un modelo de concordia política, cohesión y poderío. Inmediatamente después describe, casi con las mismas palabras, el reinado de Khattushili, a cuya época se refieren los detalles históricos citados en el texto. El carácter compacto y pacífico que Telipinu atribuye al reinado de Khattushili es totalmente inaceptable, si nos atenemos a los textos de la época. Y todavía más inconsistente desde el punto de vista histórico, simple producto de la fantasía, es la duplicación que realiza Telipinu del reinado de Khattushili en un arquetípico reinado de Labarna —quien jamás existió realmente, ya que era la personalización de la idea hitita de realeza. Como veremos a su debido tiempo, la «falsificación» de Telipinu está dictada por los problemas que se ciernen sobre su reinado y su entronización. Telipinu necesita presentar un modelo de reinado pacífico y fuerte, y lo proyecta hacia el pasado de los «orígenes» fundadores, para poder denunciar que las discordias, tan frecuentes en su tiempo, son una degeneración contra la que hay que reaccionar. Así, tanto la existencia de Labarna, como el carácter del estado antiguohitita, dotado milagrosamente de una cohesión absoluta desde sus inicios, no son más que modelos ideales.

La realidad debió ser precisamente lo contrario. La historia del Antiguo Reino hitita no es ni mucho menos la de la desintegración de una unidad en origen perfecta, a causa de las rivalidades y los enfrentamientos (como pretende la versión de Telipinu, aceptada pasivamente por los investigadores durante mucho tiempo). Es, por el contrario, la historia de una trabajosa marcha hacia la unificación (muy costosa en términos políticos), partiendo de una situación «capadócica» de estados ciudadanos endémicamente enfrentados. Los textos del propio Khattushili, al tratar del proceso de formación de su reino, nos hablan de las luchas armadas que él y sus antecesores *libraron contra las demás ciudades de la meseta, y del reflejo en la corte de* esta situación de constante enfrentamiento.

Khattushili, «hombre de Kushshara» y luego rey de Khattusha, tuvo unos antecesores (evidentemente, reyes de Kushshara), a quienes alude a propósito de episodios contrastados. Así pues, el proceso de unificación empezó antes de Khattushili, aunque no sabemos cuándo, ni si se trataba de una continuación del papel hegemónico que había tenido Kushshara con Anitta un siglo antes. Si bien el reinado de Khattushili y el traslado de la capital a Khattusha suponen la culminación del proceso de unificación, durante su mandato (mientras el estado hitita se lanza a su política expansionista) se señalan importantes luchas contra las ciudades del centro y norte de Anatolia, como Shanakhuitta y Zalpa. Carecemos de datos que nos permitan conocer la importancia de cada ciudad en la época de formación del reino hitita. Ciertamente, destacan Kushshara, Khattusha y Nesha, mientras que Shanakhuitta y Zalpa se encuentran más bien en la oposición. El edicto de Telipinu cita como ciudades anexionadas por conquista Khupishna, Tuwanuwa, Nenashsha, Landa, Zallara, Purushkhanda y Lushna. El reino de Khatti, a raíz de las conquistas de Khattushili, está centrado en la curva del Halys; por el norte llega hasta la costa del mar Negro

LIBER

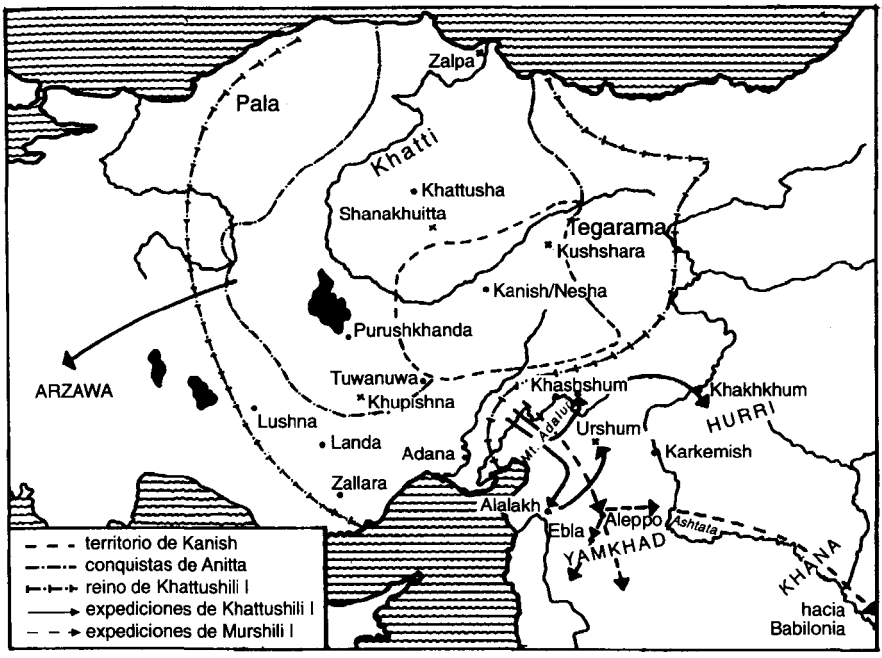


FIGURA 81. La formación del estado antiguohitita.

(Zalpa), por el suroeste hasta la llanura de Konya, y por el sureste hasta las laderas septentrionales del Taurus. Es una formación estatal de dimensiones regionales bastante reducidas (comparada con otros reinos regionales de la época), que constituye el «país de Khatti» en sentido estricto. Los territorios añadidos se consideran resultado del expansionismo exterior.

La fase de la unificación, además de proporcionar datos de carácter histórico-político, ha dejado huellas en el patrimonio mitológico hitita. En un texto legendario la reina de Kanish abandona a sus treinta hijos en una cesta, dejándolos a merced de la corriente del Halys, que los lleva a Zalpa. Desde allí, los jóvenes regresan a la que, sin saberlo, es su patria, y se casan con sus treinta hermanas. No se conserva la parte final del texto, que gira en torno a los problemas de la realeza y el sistema de transmisión (entre endogamia khatti y exogamia indoeuropea), pero se advierte con claridad el papel preponderante de Zalpa y Kanish en el patrimonio tradicional recogido y asumido por la nueva dinastía de Khattusha. El paso de los montes Taurus, que visto desde Mesopotamia ya había dado lugar a imaginaciones legendarias, también para los hititas es una hazaña digna de modelos divinos. Y lo mismo se puede decir del paso del Éufrates.

Si la importancia de ciertas ciudades —que eran las principales rivales de Kushshara y Khattusha en la unificación del país— permanece en la tradición mitológica, y aparece en los textos rituales y los ceremoniales relacionados con la realeza y la entronización, se debe al hecho de que el proceso de unificación no fue sólo una sucesión de guerras y victorias militares o destrucciones. También tuvo un fuerte com-

ponente político en toda una serie de situaciones que van de los emparentamientos personales a la formación de un patrimonio ideológico y simbólico común. En las relaciones personales, se observan dos procesos análogos y cruzados: por un lado, el rey hitita nombra gobernadores o dinastas locales de las ciudades conquistadas a sus hijos. Esto sucede en un ambiente de idílica concordia, según Telipinu, pero según la documentación de la época provoca reacciones locales y tendencias autonomistas de los recién instalados. Por otro lado, el rey central se casa con princesas de las ciudades conquistadas, y concentra en su corte a los miembros de las casas reales vencidas. La finalidad es la cohesión, pero también en este caso surgen serios problemas, con la aparición de facciones en la corte y en la familia real, que luchan por el poder y la sucesión al trono. En cierto sentido, a medida que avanza la unificación del país, en la corte se concentran los elementos de rivalidad y pluralismo que aún no han sido bien asimilados.

Este parece haber sido el verdadero proceso de unificación del país, tanto en el sentido extrínseco y geográfico, como en el intrínseco y político. En el apogeo del Antiguo Reino hitita, cuando el viejo Khattushili cede el trono al joven Murshili, un documento de valor inapreciable (el «testamento» de Khattushili) nos presenta una situación peligrosísima, por el enconamiento de las discordias internas. El viejo rey, unificador del país, que como veremos venció a los poderosos reinos del sureste anatólico y el norte de Siria, se queja de que nadie, ni su esposa ni los demás miembros de su familia, le ha obedecido nunca, por lo que se ve obligado a adoptar a un extraño (el joven Murshili), escarmentado por las traiciones y atentados de sus familiares más próximos. Una cruda visión de una realidad que debió ser aún más cruda, si nos imaginamos al joven usurpador Murshili dictando el testamento al viejo rey, abatido y enfermo en su lecho de muerte, para ratificar así un golpe de mano cuya única diferencia con la maquinación de las personas denunciadas en el testamento es que ha tenido éxito.

2. La expansión del estado antiguohitita

Pese al dificultoso avance de la unificación política, Khattushili, desde los primeros años de su reinado, emprende expediciones militares lejos del territorio de Khatti. Los anales bilingües del rey nos proporcionan valiosos detalles al respecto. Están escritos en hitita y acadio, y relatan, año por año, las hazañas de los primeros seis de reinado. Las luchas contra la ciudad vecina de Shanakhuitta y la poderosa Zalpa, en la desembocadura del Halys, se alternan con expediciones de largo alcance, y con las desastrosas incursiones enemigas en el corazón de Khatti. El estado hitita pierde cohesión al aumentar de tamaño, y su avance no es una ampliación cautelosa del núcleo central a medida que éste se consolida, sino una sucesión de campañas atrevidas seguidas, poco a poco, de la estabilización del país central.

Al principio de su reinado, Khattushili ya controlaba la parte central de Anatolia. Es posible que sus dominios llegaran de costa a costa. En la zona de Zalpa habría llegado al mar Negro, y en Cilicia (Adana, Lawazantiya) al Mediterráneo. Al oeste seguían siendo independientes las extensas tierras de Arzawa, contra las que el rey dirigió una campaña el tercer año de su reinado, y que de alguna manera tuvieron que someterse a su autoridad. Al sureste, entre la cordillera del Taurus y la llanu-

LIBER

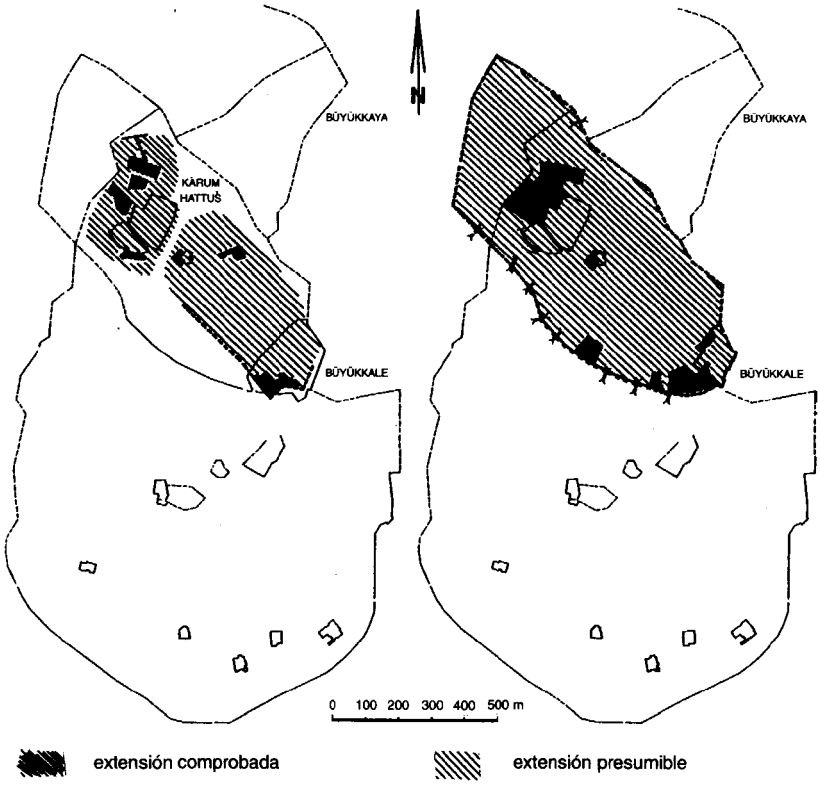


FIGURA 82. Khattusha en la época de las colonias paleoasirias (siglo XIX) y en la época del Antiguo Reino hitita (siglo XVI).

ra mesopotámica, conservaron la independencia algunos reinos poderosos como Khashshum (probablemente, la zona de Marash, Khakhkhum (probablemente, Lidar Hüyük, junto a Samsat), y Urshum (probablemente, la zona de Gaziantep). Detrás de ellos se encontraban dos potencias mayores. En Siria estaba la vieja potencia de Yamkhad, de la que dependían algunos estados del sureste anatólico: Alalakh, Karkemish y, tal vez, Urshum. En cambio, en la Alta Mesopotamia empezaba a descollar la potencia del reino de Khurri, que en los textos antiguohititas aparece como una entidad étnica, más que territorial («los hurritas», «las tropas hurritas»), pero en la versión acadia de los anales aparece como el territorio de Khanigalbat. La zona estaba flanqueada por pequeños estados hurritas desde la época de Mari (e incluso desde la época tardoacadia). La novedad consiste en el proceso de concentración de estos grupos en una formación estatal destinada a tener un desarrollo importante.

Ya en el segundo año de su reinado, Khattushili emprende una expedición al sur del Taurus. Tras pasar el monte Adalur (la continuación del Amanus), el rey hitita se encamina directamente a 'Amuq, donde destruye la ciudad de Alalakh, importante vasallo de Aleppo, sin que éste pueda intervenir. Luego se dirige hacia el este y

LIBER

saquea el territorio de Urshum, antes de volver a la base. Al año siguiente, mientras Khattushili combate contra Arzawa, los hurritas invaden su país, con efectos devastadores, que ponen de relieve la dudosa fidelidad de algunas ciudades. En el sexto año Khattushili pasa otra vez el monte Adalur, derrota a las tropas de Khashshum, destruye esta ciudad, avanza hasta Khakhkhum, toma y destruye la ciudad y atraviesa el Éufrates, repitiendo (en dirección contraria) la famosa expedición del legendario Sargón. Los combates prosiguen en el norte de Siria durante los años posteriores a los reseñados en el texto bilingüe. La lucha es dura, porque los hurritas y Yamkhad participaban activamente en apoyo de las ciudades de la zona comprendida entre el Taurus y el Éufrates.

A estas guerras se refieren algunos textos de carácter novelesco o épico-legendario. Algunos fragmentos citan a los reyes de Aleppo, Yarim-Lim y Hammurabi, a un general de Aleppo llamado Zukrashi (que también aparece en documentos de Alalakh VII, por lo que constituye un valioso punto de referencia cronológico) y a las tropas de los Umman-Manda. Pero el texto más completo es el llamado *Asedio de Urshum*, que nos presenta a Khattushili residiendo en Cilicia (Lawazantiya) y a sus generales asediando la ciudad de Urshum, sin conseguir tomarla, debido a una serie de contratiempos y contraataques de los asediados y sus aliados. No nos ha llegado el final del texto, en el que probablemente se relataba la enérgica intervención del rey para corregir la incompetencia de sus generales. Se trata, pues, de un texto literario, pero centrado en la situación política de la época. Aunque el asedio de Urshum termina con la toma de la ciudad (la «lógica narrativa» así lo exige), está claro que Khattushili encontró en el norte de Siria una resistencia superior a su capacidad de penetración.

Pero su obra fue completada por su sucesor Murshili I, que volvió a adentrarse en Siria (según su versión, para «vengar» a su padre adoptivo, que quizá resultó herido en batalla o simplemente fue derrotado), y al final consiguió doblegar al rey de Yamkhad y a sus aliados. Los textos contemporáneos no nos proporcionan detalles parecidos a los de las primeras guerras de Khattushili, pero este episodio clamoroso fue recordado con nitidez en los siglos posteriores. Tanto Telipinu como el posterior tratado con Aleppo (siglo XIV) recuerdan la destrucción del «gran reino» de Aleppo-Yamkhad por parte de Murshili I como un hecho decisivo. El propio Aleppo debió ser expugnado y destruido, y otros centros urbanos de su órbita (como Ebla/Tell Mardikh) fueron destruidos entonces, probablemente a manos de los hititas. No tenemos detalles de la forma en que Murshili organizó los territorios conquistados. Probablemente trató de mantener la autoridad hitita mediante la entronización de dinastas locales en posición subalterna. Sabemos con certeza que Murshili consolidó su presencia en el norte de Siria, dado que avanzó más allá, llegó hasta Babilonia (como ya hemos visto) y saqueó la ciudad, abandonándola a su suerte. Evidentemente, Murshili no podía conservar en su poder Babilonia, y sus proyectos eran mucho más modestos: prestar ayuda al reino de Khana a cambio de la ayuda de este último contra Yamkhad (como se puede fácilmente suponer). De modo que fueron los casitas quienes se aprovecharon del golpe asestado por Murshili a Babilonia, introduciéndose desde el este en el vacío de poder que se había formado.

El caso de Siria era distinto. Murshili trató de conservarla durante su reinado, y puede que lo lograra. Pero justo después nos encontramos a su sucesor, Khantili, luchando contra los hurritas en la línea del Éufrates, Karkemish y el país de Ashtata

DOCUMENTO: TEXTOS HISTÓRICOS ANTIGUOHITITAS

1. *Principio del «testamento» de Khattushili I*

«1: El gran rey, Tabarna, habla a las tropas de la población (de Khatti) y a los dignatarios: Yo estoy enfermo y había designado ante vosotros al joven Labarna: "¡Siéntate en el trono!", y así yo, el rey, le llamé "hijo". He empezado a instruirle y a él me he incansablemente dedicado. Pero él ha dado muestras de ser un hijo sin honor: jamás ha derramado lágrimas, jamás ha dado muestras de magnanimidad; ha permanecido frío e ingrato.

»2: Entonces yo, el rey, he hecho que le prendieran y le condujeran junto a mi lecho: "¿Y bien, qué significa todo esto? ¡Nadie más ciertamente se crecerá el hijo de su hermana!". Jamás ha prestado atención a las palabras del rey; en cambio, siempre ha hecho caso a su madre, esa serpiente; sus hermanos y sus hermanas nunca han dejado de darle consejos desconsiderados y él siempre ha escuchado sus palabras. Pero también yo, el rey, las he escuchado. Frente a esas hostilidades yo también he roto las hostilidades.»

2. *Extracto de los «anales» de Khattushili I*

«Nadie había pasado nunca el río Purattu (Éufrates). El gran rey, el Tabarna, lo vadeó a pie y sus tropas tras él lo vadearon a pie. ¡(Sólo) Sargón (de Akkad) lo había hasta hoy pasado! Éste había desbaratado las tropas de Khakhkhum, en la ciudad de Khakhkhum sin embargo no había causado ningún daño y tampoco la había arrasado, y no había hecho ver su humo al dios de la tormenta. ¡Pero el gran rey, el Tabarna, después de haber aniquilado al rey de Khashshum y (al rey) de Khakhkhum, arrasó (la ciudad), haciendo ver (su) humo al dios del sol de los cielos y al dios de la tormenta, y unció al rey de Khakhkhum delante de su carro!»

(el valle del Éufrates entre Karkemish y Khana). Khantili resistió en vano, y después de él se perdió el norte de Siria, que tras una serie de derrotas militares pasó a formar parte del nuevo y poderoso reino de Khurri. Así pues, se repitió por una vía distinta el caso de Babilonia y los casitas: en el norte de Siria, el vacío político creado por los hititas con el aniquilamiento del reino de Yamkhad benefició a una potencia distinta de la que lo había provocado, una potencia procedente del noreste, nueva pero con un gran futuro por delante.

La irrupción de Khattushili y Murshili en la escena política y militar internacional tuvo una duración limitada, pero importantes consecuencias. De forma súbita pero tajante, dejó claro que existía una nueva potencia capaz de encararse de igual a igual con los principales reinos de Oriente Próximo. Esta nueva potencia poseía unas capacidades que hasta entonces apenas se habían puesto de manifiesto, a causa del fraccionamiento, más que de su situación marginal. Desde hacía tiempo, el medio anatólico había dado muestras de poseer enormes riquezas en materias primas

y un patrimonio cultural original. Sus relaciones con Mesopotamia habían sido desiguales a causa de la fragmentación política, mucho más persistente y acentuada en esta zona (entre otras cosas, por causas geográficas) que en la llanura. Cuando el proceso de unificación política dio los pasos necesarios, el mundo anatólico apareció como un interlocutor de primer orden para las potencias más importantes y antiguas.

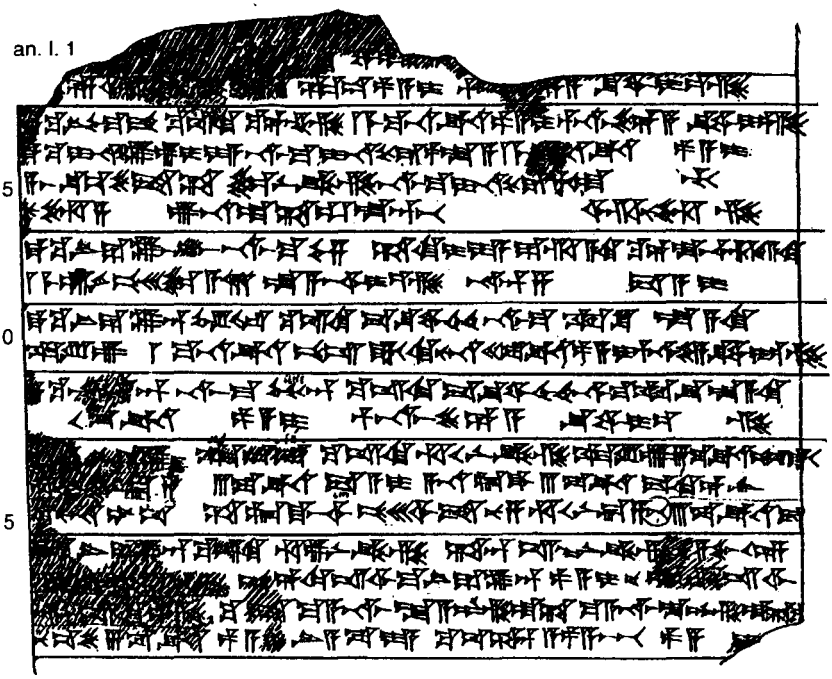
3. Economía y sociedad antiguohititas

El medio ecológico y productivo del estado hitita es muy distinto del de la Baja Mesopotamia (con sus parcelas a lo largo de los canales, intensamente cultivadas con cebada y palmeras), así como del de Siria y la Alta Mesopotamia (con agricultura extensiva de secano y ganadería trashumante de cabras y ovejas). Aquí nos encontramos en un medio montañoso (la meseta de Anatolia central está a una altitud de unos 1.000 m), en el que las ciudades y los cultivos se concentran en los valles y están rodeados de bosques y montañas inaccesibles. Las grandes extensiones de bosques son características y ventajosas, ya que los hititas poseen abundante madera en su territorio, mientras que los otros estados tienen que conseguirla lejos de sus fronteras. Lo mismo se puede decir de los metales, como el cobre y la plata, y de la piedra. No hay separación entre zonas de asentamiento y agricultura y zonas de suministro de materias primas: todo es accesible, a una distancia de pocos kilómetros.

Las zonas agrícolas también están diversificadas. A los cultivos de cereales se añaden la horticultura y la arboricultura: las viñas, los olivares, los frutales e incluso los colmenares forman parte de un paisaje de campos rodeados de setos y pequeños muros, muy distinto de las tierras de labranza abiertas de las llanuras siromesopotámicas. La cría de cabras y ovejas está muy extendida, pero la trashumancia es distinta de la que hemos descrito al hablar del Éufrates medio. Allí se trataba de trashumancia «horizontal», con reunión estival y dispersión invernal. En las tierras altas de Anatolia la trashumancia es «vertical», con pastos estivales en las montañas e invernales en el fondo de los valles, y el ritmo dimórfico está invertido: reunión invernal y dispersión estival. En los bosques se cría ganado de cerda, que no está sujeto al tabú religioso-alimentario de la llanura. En los valles se cría ganado vacuno y equino. Este último se difunde a mediados del II milenio. Con tanta variedad de recursos, el más escaso es la mano de obra humana. A lo largo de toda la historia hitita, y ya desde el Antiguo Reino, se plantea a cada poco el problema de la despoblación del campo y la necesidad de recurrir a expediciones militares para conseguir mano de obra (prisioneros, deportados) y así llenar los vacíos que constantemente se forman en el país interior.

Esta economía agropastoral y extractiva, antes y después de la unificación política, mantiene su radio comarcal, que coincide con la articulación geográfica de la meseta en valles delimitados. Las ciudades no son grandes, pero están bien fortificadas, como es típico en el Bronce Medio y como resultado de guerras intestinas seculares. El poder central reemplaza poco a poco al poder local, y en esta fase todavía deja residuos de autonomía política. Algunas ciudades destacan como centros religiosos: Arinna es el centro de la divinidad solar, Nerikka y Zippalanda son sedes del dios de la tormenta, como más tarde Shamukha, y otras. En Anatolia los pala-

LIBER



ANVERSO

3' I [*ta*] *k-ku* ^{L}ÚDAM.GÀR *ku-iš-ki ku-e-en-zi* I *ME* MA.NA KÙ.BABBAR *pa-a-i*
pár-na-aš-še-e-a šu-wa-i-iz-zi
4' *tak-ku I-NA* KUR *lu-ú-i-ya na-aš-ma* KUR^{URU} *pa-la-a* I *ME* [MA.NA] KÙ.BABBAR
pa-a-i
5' *a-aš-šu-uš-še-et-ta šar-ñi-ik-zi na-aš-ma I-NA* KUR^{URU} *Ha-at-ti*
6' *nu-uz-za ú-na-at-ta-al-la-an-pát ar-nu-uz-zi*

«[art. 5] Si alguien mata a un mercader, tiene que dar 100 minas de plata y (la parte lesa tiene derecho a) toma(r) como garantía de ello la casa (del homicida); si (el hecho se comete) en tierra luvia o pala, (el homicida) tiene que dar 100 minas de plata y (además) resarcir su (o sea, de la parte lesa) patrimonio. Mientras que (si el hecho se comete) en la tierra de Khatti, entonces (el culpable) sólo tiene que devolver (el cuerpo del) mercader (o sea, quedando exento de la ulterior indemnización de los posibles bienes/negocios perdidos, a causa de la muerte, en el extranjero.»

FIGURA 83. De las leyes antiguohititas: copia de la tablilla KBo VI 2 «anverso»; transcripción y traducción del art. 5 sobre los homicidios de mercaderes.

cios y templos también son células básicas de la organización económica. Al parecer, muchas categorías de artesanos dependen de los palacios, y probablemente también el comercio está en manos del rey. Una división básica, que se observa muy a menudo en las sociedades del antiguo Oriente, se advierte también en Anatolia. Por un lado está la población «libre», repartida en comunidades de aldea y pequeños centros urbanos, con sus estructuras de autogobierno reconocidas por el rey. Se trata de un «alcalde» y un consejo de ancianos (para la función judicial), que administran las tierras comunitarias y las tierras reales recién roturadas, y mantienen una relación sustancialmente fiscal con el palacio, que se concreta sobre todo en la cumplimentación del *luzzi* o prestación de servicio obligado, tanto de carácter laboral como militar. Por otro lado, los dependientes del palacio son artesanos, militares, administradores y miembros de cualquier categoría que proporcione al palacio un servicio continuado y particular (*šaḫḫan*), a cambio del cual reciben un lote de tierra con sus correspondientes colonos, para su sustento.

En el llamado «código» hitita vemos numerosos detalles sobre este sistema socioeconómico. Los manuscritos suelen dividir el código en dos series, llamadas «si un hombre» y «si una vid», por sus respectivas frases iniciales. Este código, que tuvo varios retoques y en su propia formulación revela a menudo una actitud innovadora, se remonta, en su primera redacción, a la época de Khattushili I o Murshili I, ya que existen manuscritos con el típico *ductus* de esta época. Es evidente que la propia idea de código se inspira en los ejemplos mesopotámicos un poco anteriores. Pero la diferencia de ambiente político y cultural da lugar a diferencias formales y sustanciales. Ante todo, no existe el encuadramiento «prólogo-epílogo» que convierte a los códigos mesopotámicos en inscripciones celebrativas, si bien extraordinariamente ampliadas y detalladas. El código hitita es más bien un documento de archivo, de carácter administrativo, que establece (y a menudo modifica) las tarifas y normas vigentes. Sigue teniendo el esquema casuístico «si... entonces...», pero no como ejemplo de lo bien gobernado que está el reino, sino como aclaración de lo que es delito y lo que no lo es, y en el caso de que lo sea, de cuáles son las penas que debe cumplir el reo para recuperar su libertad de acción. Por último, recoge la evolución de las costumbres y sanciones con el paso del tiempo y el cambio de las condiciones históricas (en el pasado la pena era tanto, pero ahora ha disminuido), lo cual contrasta con la idea de una justicia inmutable en sus principios básicos y su cuantificación.

Casi todo aparece en forma de tablas de precios. No hay distinción entre las tablas de los precios de compraventa y alquiler, y las que se refieren a las indemnizaciones en dinero que deben pagar los reos de todo tipo de delitos. Estos dos tipos de tablas ocupan la mayor parte del código. Fuera de este esquema hay dos bloques de disposiciones. El primero se refiere a las relaciones sexuales irregulares, ya sea las mantenidas entre parientes, ya las de carácter bestial. Hay una clara preocupación por establecer una distinción tajante entre las relaciones que se consideran lícitas, que no merecen ninguna sanción, y las ilícitas, que se castigan con penas durísimas, a veces con la muerte, si no interviene la gracia real. Por último, hay un bloque de disposiciones referentes a la gestión de las tierras de concesión real y al régimen de servicios (de tipo *šaḫḫan* y de tipo *luzzi*).

Este último es el bloque más interesante para conocer el sistema socioeconómico. Al sistema teórico de base (*luzzi* como prestaciones a las que están obligados todos los súbditos, *šaḫḫan* como servicio especializado a cambio de una concesión de

tierra real), se añaden unas tendencias y problemas que tienden a disgregarlo. Existe la tendencia a vender las tierras obtenidas por donación real o en pago de un servicio, de modo que al rey se le plantea el problema de determinar a quién corresponde prestar el servicio, al antiguo beneficiario o al nuevo comprador, pues de lo contrario el palacio corre el riesgo de quedarse sin el servicio. También está generalizada la práctica de los privilegios. Los sacerdotes de Arinna, Nerikka y Zippalanda quedan exentos del *luzzi*, pero no así sus dependientes (con tendencia de los templos a hacer extensivos los privilegios a los mismos). Hay categorías de artesanos que están obligadas a participar en las campañas militares, y otras no. Existe el serio problema de los «vacíos» que se crean en las tierras de concesión real, por muerte o desaparición del beneficiario o colono. Entonces hay tres soluciones: uno de ellos asume la obligación del otro, o consigue un prisionero de guerra que ocupe el lugar (sin posibilidad de revender las tierras o encontrar otras escapatorias), o bien la tierra pasa a la «ciudad», o a la comunidad de aldea en cuyos límites se halla, en espera de ser explotada de una forma más adecuada y rentable. El palacio, probablemente, es tan poderoso como en otras regiones, pero en el caso de Anatolia su inserción en la economía es más inestable. En una situación económica y social cambiante, con fuertes autonomías locales y tendencia al descenso demográfico, tiene dificultades para controlar sus tierras y a sus dependientes.

4. La cultura antiguohitita

La cultura anatólica, tal como se concretó en el Antiguo Reino hitita, presenta claras aportaciones de las culturas del norte de Siria, Alta Mesopotamia y, a través de ellas, Baja Mesopotamia, con las que había estado en contacto durante varios siglos. La tradición cultural, y en particular la de los escribas sumerios y acadios, tras pasar por el filtro hurrita y amorrita, acabó formando parte de la cultura palatina antiguohitita. Sin embargo, estas aportaciones sufrieron cambios y acusaron la influencia de una originalidad local muy patente. Veamos el caso más sencillo, la escritura: tras el periodo de las colonias comerciales asirias, cuando la documentación comercial estaba escrita en dialecto asirio antiguo, y las cartas entre los reyes locales también estaban escritas en dicho dialecto, un siglo más tarde, en el archivo de Khattusha, a juzgar por unos textos que por el *ductus* se remontan a la época de Khattushili I y Murshili I, está en uso una grafía que procede claramente del norte de Siria y el norte de Mesopotamia, y los textos en acadio están escritos en dialecto babilonio, no asirio. De alguna manera, Khattusha es la rama más lejana del *continuum* siromesopotámico de la época amorrita (a través de ciudades como Alalakh, Urshum y Khakhkhum). Pero la gran innovación que las ciudades amorritas y hurritas no habían realizado es la utilización de un silabario babilonio para escribir la lengua local, el hitita. Esto denota que el sistema de escritura no se ha recibido de forma pasiva, y que se distingue entre escritura y lengua, aprovechando un instrumento válido para las nuevas necesidades. Parece un paso sin importancia, pero en otros lugares no se ha dado aún.

Los esquemas textuales, como los encabezamientos de los documentos, los formularios, etc., también son originales. El instrumental «escolástico», como las listas de signos, las listas de palabras y los textos literarios, se adapta a las necesidades

locales. Los vocabularios son bilingües (con traducción al hitita), y los textos literarios se traducen. Los textos de origen mesopotámico cuyo contenido posee alguna relación con Anatolia o las tierras occidentales son los que tienen más éxito (el «filtro» del norte de Siria puede haber contribuido a seleccionar el material). Se copia y traduce *Gilgamesh*, pero sobre todo el episodio de la expedición al bosque de cedros y la lucha con Khumbaba. Se copia y traduce la literatura seudohistoriográfica en la que aparecen Sargón y Naram-Sin, pero sobre todo la expedición de Sargón a Anatolia (*šar tamḫāri*) o las guerras de Naram-Sin contra coaliciones de los países sirios y anatólicos. Pero los hititas no se identifican con los adversarios anatólicos de los reyes de Akkad, sino precisamente con estos últimos. Por lo menos existe una emulación, les toman como modelo para imitarles y superarles.

En el urbanismo, la arquitectura y la artesanía (metalurgia, cerámica, etc.) se advierte que la cultura antiguohitita está relacionada con las culturas contemporáneas del Bronce Medio sirio y altomesopotámico. Pero también se advierte que prevalecen los elementos de continuidad local (de la cultura del Bronce Antiguo anatólico), resultado de la conformación geográfica del país y sus abundantes recursos de madera, piedra y metales.

Las ciudades amuralladas del Bronce Medio anatólico son distintas de sus contemporáneas de Siria y Alta Mesopotamia. En particular, la disposición de la acrópolis (Büyükkale) de Khattusha, ya en la época antiguohitita, se distingue de la de los centros dirigentes de Mari o Alalakh. Toda la acrópolis es un centro dirigente, y a las distintas funciones (alojamiento real, culto, administración, archivo, almacenes, espacios abiertos de acceso y recepción) les corresponden edificios separados, en vez de formar parte de una fábrica palatina única. En la construcción se utilizan profusamente la madera y la piedra, no sólo para los cimientos y la cubierta, sino también para el alzado de los muros. En la cerámica (de Capadocia y luego «hitita») y en la glíptica, la originalidad es tan evidente como en la cerámica contemporánea del área siroanatólica (cerámica del Khabur, glíptica paleosiria).

La originalidad cultural antiguohitita es, sencillamente, producto de una tradición local. Pero en la literatura actual se da gran importancia al soporte etnolingüístico, que se divide de forma tajante en elemento khatti (anatólico prehitita) y elemento indoeuropeo. Sobre todo en los sectores de la religión, el patrimonio mitológico y literario, la sociedad, y en los casos más particulares de la realeza, el arte militar y la historiografía, se habla mucho de un filón khatti, que estaría caracterizado por elementos femeninos (religiosidad ctónica centrada en el culto a la Gran Madre) y aportaciones indoeuropeas de tipo patriarcal y guerrero. De modo que el sistema khatti de transmisión hereditaria sería de tipo matriarcal y fratriarcal (el heredero es el hijo de la hermana), y el sistema hereditario indoeuropeo sería de tipo patriarcal (el heredero es el hijo). La «síntesis» hitita consistiría en la búsqueda del difícil compromiso entre ambas tradiciones, y gran parte de las disputas y enfrentamientos (documentados a propósito de la realeza) serían la consecuencia de esta diferencia de tradiciones.

Esta teoría tiene su mérito y su valor, pero no se puede llevar hasta sus últimas consecuencias. En la fase de formación del estado antiguohitita, la simbiosis entre el elemento khatti y el indoeuropeo posee una historia de muchos siglos, tal vez más de lo que se suele pensar. Los dos elementos nunca se contraponen de forma explícita en las luchas entre ciudades, ni como tradiciones y costumbres distintas. Por ejem-

LIBER

plo, cuando se interpretan las luchas entre Nesha y Zalpa, o entre Nesha y Khattusha, como un enfrentamiento entre indoeuropeos y prehititas, se comete un arbitrario error de perspectiva histórica. Y cuando la disputa entre un hijo y un yerno por la sucesión al trono se interpreta en clave de conflicto étnico, se comete un abuso al que no dan pie los textos. Si existen conflictos y síntesis, sus protagonistas son conscientes de ello, ya que llevan muchas generaciones conviviendo en Anatolia y nunca se declaran miembros de un determinado grupo etnolingüístico.

En cuanto a ciertas características de la cultura hitita, a las que se relaciona de forma más o menos explícita con la herencia «indoeuropea», se trata, sin duda, de otro error garrafal. Suponiendo que los grupos lingüísticamente indoeuropeos procedan de la cultura «kurgan IV» de Rusia meridional, propia de finales del III milenio (optando por la solución más «baja», que implica una conservación más vital de las tradiciones de procedencia), sabemos que esta cultura es propia de pastores y guerreros del nivel calcolítico, que no conocían ni las ciudades ni las formaciones estatales que se dieron en Oriente Próximo, y su modo de producción (así como su sistema de transmisión hereditaria) era mucho menos complejo del que encontramos en Anatolia, como resultado de un desarrollo milenario. ¿Cómo es posible atribuir a estos indoeuropeos un sentido historiográfico especial? Por el contrario, éste se encuentra estrechamente vinculado al sistema jurídico y político anatólico del Bronce Medio, en el que tiene su razón de ser. Y ¿cómo es posible atribuir el carácter belicoso de los hititas a las aportaciones indoeuropeas (suponiendo que fueran más belicosos que sus vecinos)? Las guerras del Bronce Medio siroanatólico se libran en contextos estatales y tecnológicos que sin duda no se dan en el «centro primitivo» de los pueblos indoeuropeos. Obviamente, esta visión del desarrollo cultural estrictamente «etnizada» es propia de una historiografía bien datada, que ha creado e inflado el mito indoeuropeo y todavía no ha sido barrida por las reconstrucciones históricas referentes al mundo hitita.

Pasemos a los caracteres de la realeza y la gestión del poder en el Antiguo Reino hitita. Se pueden subrayar tres elementos característicos, que los diferencian del mundo mesopotámico y sirio ya examinados: las pendencias y la inestabilidad en la transmisión del poder, el papel desempeñado por los órganos colegiados, y la importancia del elemento femenino. Las tensiones que estallan entre los miembros de la casa real en el momento de la transmisión del trono son evidentes, no sólo en la visión retrospectiva (muy sombría) que proporciona el edicto de Telipinu, sino también en los textos de los propios Khattushili y Murshili, sobre todo en el citado «testamento» del primero, que favorece al segundo. Está claro que los episodios delictivos mencionados en los textos no constituyen la norma, sino infracciones a dicha norma, severamente condenadas por ser delictivas. Paradójicamente, la norma exige que el yerno mate al hijo del rey anterior para acceder al trono. Si la repetición de infracciones y delitos acaba convirtiéndose en una situación de hecho, y la realeza es blanco de toda clase de ambiciones, es porque la regla de sucesión no resulta lo bastante fuerte y unívoca (es un reflejo de las costumbres generales de transmisión hereditaria), pero sobre todo porque en la corte se concentran elementos heterogéneos y enfrentados, que la unificación del país está eliminando a una escala territorial más amplia, pero dan sus últimos coletazos en la capital. El uso político del matrimonio por parte de la casa real hitita hace que este problema sea agudo y permanente a lo largo de su historia.

LIBER

El papel de los órganos colegiados es importante, aunque no conviene exagerarlo. El testamento de Khattushili y otros textos de la época mencionan una «asamblea» general (*pankuš*) como órgano que, de alguna manera, garantiza las decisiones del rey. También mencionan un «tribunal» (*tuliyaš*) como órgano de intervención judicial, sin que sepamos si tenía jurisdicción sobre los miembros de la casa real. El *pankuš* no tiene nada que ver con el problema de la «aristocracia» indoeuropea (sobre todo militar). Al contrario, se contrapone a los «dignatarios», que ocupan el nivel más elevado de la administración estatal y suelen estar emparentados con la casa real. El *pankuš* es un órgano más amplio que la aristocracia, y si cuenta con el apoyo del rey, puede poner coto a las ambiciones y prevaricaciones de las grandes familias. Desde luego, el rey no es ningún *primus inter pares* (como se ha dicho demasiadas veces), y sus presuntos «pares» no se sientan en el *pankuš*. El rey es único, y su poder es absoluto. Pero cuando el trono es codiciado por un círculo familiar demasiado amplio y pendenciero, la «asamblea» y el «tribunal» pueden servir para limitar los abusos y proteger la cohesión del estado, con una función de opinión pública la primera, y propiamente judicial el segundo. Con el paso del tiempo el *pankuš* acaba desapareciendo, no porque pierda fuerza la presunta herencia indoeuropea, antes al contrario, porque la aristocracia (que es al mismo tiempo militar y administrativa, y coincide a grandes rasgos con los parientes del rey) acaba dominando la situación.

Por último, el elemento femenino tiene una importancia especial, que se refleja sobre todo en la figura de la *tawananna*, paralela a la figura real del *tabarna*. La *tawananna* no es sólo la esposa del rey, pues conserva este título hasta su muerte, de modo que es normal que exista una *tawananna*, madre del rey, más vieja que la reina, y que de alguna manera le hace la competencia. Ni el rey, ni la reina, ni la reina madre son deificados, ni identificados con el dios. Sólo a su muerte se dice que «se ha convertido en dios», y se rinde culto a los antepasados reales. Los inventarios y rituales posteriores conservan listas diacrónicas de parejas de *tabarna-tawananna*, que se ponen al día generación tras generación.

La pareja real participa a menudo en ceremonias de culto, y las «descripciones de fiestas» son el tipo de texto más frecuente en los archivos de Khattusha. El culto se realiza, en parte, en la capital, donde se han concentrado muchos templos y cultos de variado origen. Pero se realiza, sobre todo, en el transcurso de las peregrinaciones ceremoniales de santuario en santuario, a lo ancho y largo del país de Khatti. La persistencia de los cultos locales es muy fuerte, y la monarquía centralista trata de asimilarlos y así aparecer a ojos de la población como heredera de las monarquías ciudadanas anteriores a la unidad, y como trámite cualificado entre las necesidades humanas y el mundo divino. Los «mil dioses del país de Khatti» suelen tener una tipología monótona: en todas las ciudades hay un «dios de la tormenta», con el mismo nombre (o, mejor dicho, con el mismo ideograma), pero identificado por su ciudad. Por lo tanto, hay un gran parecido tipológico y funcional de todas estas divinidades, pero al mismo tiempo se conserva su identidad local y el poder local del templo. La pareja divina que asume el papel oficial, de estado, está formada por la diosa solar de Arinna (población cercana a la capital, pero separada de ella), y el dios de la tormenta de Khatti. Esta opción, en la que la capital ocupa un lugar especialmente privilegiado, se basa más bien en la identificación tipológica con la mayor cantidad posible de divinidades locales, y no en la preponderancia de una pa-

reja bien caracterizada, en detrimento de las demás. Como ya hemos visto, el problema principal de la monarquía antiguohitita es la difícil unificación de un país que, por una profunda tradición histórica y cultural, por motivos geográficos y por cierta diversidad étnica y social, posee una fuerte tendencia a la fragmentación en unidades comarcales menores y en comunidades de aldea.

LIBER

LIBER

Cuarta parte

LA EDAD DEL BRONCE TARDÍO

LIBER

16. TECNOLOGÍA E IDEOLOGÍA EN EL BRONCE TARDÍO

1. Los «pueblos de las montañas» y la «Edad Oscura»

En la historiografía sobre el antiguo Oriente se ha abierto camino la idea de que existió una «Edad Oscura», que en líneas generales corresponde al siglo XVI y separa la primera dinastía babilonia de la aparición de una documentación más abundante, al principio del Bronce Tardío. La amplitud e importancia de dicha «Edad Oscura» han sido valoradas de distinto modo, según se optara por unas cronologías más «largas» o más «cortas». La opción cronológica se convirtió en un elemento de valoración cultural, y los defensores de la opción larga destacaban el completo cambio cultural entre la edad paleobabilonia y el Bronce Tardío, que requería el correspondiente intervalo. En cambio, los defensores de la opción corta destacaban los elementos de continuidad.

Ahora que la cronología se ha establecido de una forma más estricta (si bien con algunos márgenes de oscilación), y que la documentación antiguo y mediohitita es mejor conocida, se ha revisado parcialmente el carácter «oscuro» del siglo XVI. En particular, parece probado que el reino de Mitanni (Khurri o Khanigalbat) ya estaba formado en la época de Khattushili I, de modo que en la Alta Mesopotamia (el escenario de los mayores cambios) no quedaría ningún vacío que rellenar. Hay una evidente disminución de la documentación escrita, tanto a gran escala (en Babilonia hay un *hiatus* entre la documentación paleobabilonia y la casita, que sólo empieza a ser abundante a partir de la época amarniana; todavía es más extenso el *hiatus* asirio entre Ishme-Dagan y Ashur-uballit, y menor el hitita entre Murshili y Telipinu) como a pequeña escala (es característico el *hiatus* entre los textos de Alalakh VII, *c.* 1700-1650, y los de Alalakh IV, *c.* 1550-1450, con los niveles VI-V sin textos). Esta escasez de documentación se debe, en parte, a la casualidad de los hallazgos, pero también responde a una fase de afianzamiento de las nuevas administraciones estatales (reino hurrita de Mitanni, reino casita de Babilonia) que todavía no habían puesto en marcha el sistema generalizado de control en la administración de la economía.

Por lo tanto, aun admitiendo que el siglo XVI tuvo cierto carácter «oscuro», conviene descartar algunas explicaciones que solían darse por buenas. La explicación comúnmente aceptada era que esta especie de «edad media» de mediados del II milenio a.C. se debió a la irrupción en Oriente Próximo de pueblos procedentes de las tierras altas anatólicas e iraníes, llamados por ello «pueblos de las montañas», cuyo núcleo principal sería el elemento indoeuropeo. De esta forma se consideraba, arbi-

trariamente, que la aparición en la escena política de los hititas, hurritas y casitas era un fenómeno unitario, concentrado en el plano cronológico (pese a la evidente profundidad de los tiempos de actuación), y también en el plano etnolingüístico, pese a la diferencia entre el elemento indoeuropeo y el indoiranio, presente en los hurritas y casitas, y sobre todo pese al carácter no indoeuropeo de ambos pueblos.

En concreto, los hititas y los otros pueblos de lengua indoeuropea de la meseta anatólica se encontraban ya en esta región por lo menos desde finales del III milenio, de modo que el posible fenómeno migratorio ya tenía medio milenio de antigüedad, o más. El estado hitita ya estaba formado coincidiendo con la fase paleobabilonia final, y en el siglo XVI ya estaría incluso en decadencia. Ya había tenido ocasión de poner a prueba su poderío político y militar con la destrucción de Yamkhad y Babilonia. A mediados del II milenio, los hurritas no eran un elemento nuevo (como erróneamente se creía). Están atestiguados en la Alta Mesopotamia desde que se dispone de documentación escrita, a mediados del III milenio. En cuanto a los casitas, se trata de uno de los muchos pueblos de los montes Zagros (como los gutí y los lullubi) que presionaban constantemente sobre la llanura mesopotámica, y su toma del poder en Babilonia no debió implicar un fenómeno migratorio de envergadura, sino que fue más bien un fenómeno político protagonizado por un núcleo minoritario (probablemente más reducido que el de los guti de medio milenio antes), que no alteró sustancialmente la composición étnica babilonia.

El factor nuevo, en el ámbito etnolingüístico, fueron los elementos lingüísticos indoiranios que encontramos en la onomástica del reino de Mitanni y otros estados relacionados con él, y la terminología vinculada a la nueva técnica de la cría y doma de los caballos, usados para tirar de los carros ligeros de dos ruedas. Aparecieron nombres de clara etimología indoirania (no indoeuropeos en general, sino estrictamente similares al persa antiguo y al sánscrito), como Shuwardata «dado por el cielo», Biryashshura «héroe de valor» o Indaruta «apoyado por Indra». Aparecieron nombres divinos como Indra, Mitra, Varuna, Nashatya (invocados en un tratado Khatti-Khurri) o Shurya (divinidad solar de los casitas). También aparecieron términos y frases claramente indoiranios en los tratados sobre la doma de los caballos (*aika-wartanna* «una vuelta», *tēra-wartanna* «tres vueltas», *panza-wartanna* «cinco vueltas», etc.), y el propio término *maryannu*, que indica a los guerreros montados en carros, es etimológicamente indoiranio (en sánscrito *marya* es «guerrero joven»). Hay que tener en cuenta que este estrato indoiranio se diferencia claramente del grupo «anatólico» del indoeuropeo, al ser más reciente (en términos de geografía lingüística) y de procedencia oriental.

Pero la invasión no tiene nada que ver con la visión que se solía dar de este fenómeno: una oleada de guerreros indoiranios, con carros y caballos, que gracias a su superioridad en armamento y movilidad se propagan por todo Oriente Próximo, llegando hasta Egipto (hicsos) y ocupando las posiciones de poder, por encima de una población hurrita o semita sometida. No hay el menor rastro de esta invasión. La penetración de los hicsos en Egipto, además de ser anterior, tuvo lugar de una manera muy distinta, y la formación del reino de Mitanni (que sería el centro principal de los indoiranios) fue también el resultado de la unificación política de formaciones hurritas muy antiguas. Más bien habría que hablar de la difusión de una moda onomástica y una terminología técnica, relacionadas con la difusión del carro ligero y los caballos. Estas sí fueron innovaciones del siglo XVI, y sin duda tuvieron su ori-

DOCUMENTO: TERMINOLOGÍA Y ONOMÁSTICA INDOIRANIAS RELACIONADAS CON EL ADIESTRAMIENTO DE LOS CABALLOS DE GUERRA Y EL USO DEL CARRO LIGERO

1. *Términos indoiranios referentes a carros y caballos en el tratado de Kikkuli y en los textos de Nuzi*

aššuššanni «criador de caballos» (ant. ind. *aśvas* «caballo»)
ašuwaninni «auriga (?)» (¿como el caso anterior?)
maryannu «combatiente en el carro» (ant. ind. *marya* «joven»)
babrunnu «marrón-rojo» (color de los caballos) (ant. ind. *babhru* «rojo-marrón»)
barittannu «gris» (ant. ind. *palitá* < * *paritá* «gris»)
pinkarannu «leonado» (ant. ind. *pingalá* < * *pingará* «rojizo»)
aika-wartanna «1 vuelta» (ant. ind. *éka* < * *aika* «1» + ant. iran. *vartaní* «vuelta, recorrido»)
tēra-wartanna «3 vueltas» (*trí* + *vartaní*)
panza-wartanna «5 vueltas» (*pánca* + *vartaní*)
šatta-wartanna «7 vueltas» (*saptá* + *vartaní*)
nā-wartanna «9 vueltas» (*náva* + *vartaní*)

2. *Posibles etimologías indoiranias de los nombres de la casa real de Mitanni*

Tushratta = ant. ind. *tveṣá-ratha* «cuyo carro de guerra avanza impetuosamente»
Shattiwaza = ant. ind. **sāti-vāja* «que consigue botines de guerra»
Artatama = ant. ind. **Ṛta-dhāmam* «cuya residencia es Ṛta (verdad, justicia)»
Artashumara = ant. ind. **Ṛta-smara* «que se acuerda / es memorioso de Ṛta»

gen en las extensas estepas de la meseta iraní y Asia central. Allí, a raíz de la crisis del urbanismo, después del comienzo del II milenio, se había formado ese vacío político y demográfico que había propiciado la penetración de pueblos de pastores y guerreros. La importantísima técnica bélica de estos pueblos se difundió en Oriente Próximo. En los estados de la Alta Mesopotamia y el norte de Siria fue adaptada a las condiciones técnicas y socioeconómicas de las civilizaciones urbanas con organización política compleja.

El verdadero *hiatus*, en el que hay que situar ciertos movimientos de pueblos, y en particular una difusión de pueblos indoeuropeos hacia el sur, tuvo lugar a finales del III milenio, que arqueológicamente, como hemos visto, se caracteriza por claras discontinuidades en el paso del Bronce Antiguo al Medio. En cambio, el paso del Bronce Medio al Tardío, que se sitúa precisamente en el siglo XVI, tuvo lugar por líneas internas, sin discontinuidades. El ciclo de urbanización fue único, su desarro-

llo unitario (o más bien su contracción), la evolución de la cultura material continua y sin interrupciones. La distinción entre Bronce Medio y Tardío es un hecho técnico y de clasificación, de subfases cronológicas, pero el ciclo natural es único. Hasta el siglo XII, con el paso a la Edad del Hierro, no habrá una nueva fractura. La «Edad Oscura», que se sitúa en medio de este desarrollo cultural continuo de fenómenos migratorios importantes, es el reflejo, en el plano documental, de los fenómenos de reorganización política y cambio socioeconómico, que en parte tuvieron lugar a consecuencia de la nueva técnica bélica, y en una parte quizá mayor a causa de unos hechos políticos concretos.

2. Las innovaciones técnicas y sus repercusiones

Desde la revolución neolítica, algunos équidos formaban parte del patrimonio zootécnico de Oriente Próximo. El asno era la bestia de carga por excelencia, y su variedad salvaje (onagro), al ser más robusta, se utilizaba para tirar de los carros de cuatro ruedas. Pero el área de distribución del caballo salvaje, y las dificultades de su domesticación, habían hecho que hasta mediados del II milenio no se utilizara de forma habitual. No es que falten testimonios de carácter paleozoológico, pero se trata de testimonios aislados. En realidad, la importancia histórica del caballo no fue tan grande como para que apareciera en los textos de forma destacada. Su propio nombre sumerio, *anše kurra* «burro de montaña», demuestra que se le consideraba una variante exótica y salvaje del burro, siendo este último más abundante y dócil. A mediados del II milenio hizo su entrada definitiva en Oriente Próximo, propagándose en un corto espacio de tiempo por toda el área, hasta Egipto. Se usaba para tirar de un carro ligero dotado de dos ruedas con radios, construido con una selección de maderas duras. Su ligereza permitía que un par de caballos uncidos tirasen de un carro en el que cabían dos personas (un auriga y un arquero), alcanzando una velocidad considerable. El carro también tiene una historia larga y documentada. Los primeros carros tenían cuatro ruedas macizas para el transporte de mercancías. Más tarde apareció un soporte de dos ruedas, tirado por onagros, para un combatiente que se sentaba en él a horcajadas, pero, al tener que conducir y mantener el equilibrio, no podía manejar el arco o cualquier otra arma con la soltura suficiente.

El origen del carro de dos ruedas y el caballo domado para tirar de él se sitúa en el ámbito iranio, por el hecho (ya mencionado) de que la terminología relacionada con esta doma tan especial y difícil incluye términos y frases indoiranias, que aparecen sin alterar en textos escritos en hitita o acadio. La técnica fue una creación de los indoiranios de la meseta (o incluso de Asia central), pero su penetración en Mesopotamia, Anatolia y Siria estuvo acompañada de adaptaciones y mejoras de carácter tecnológico y sociopolítico. Los caballos y los carros ligeros se usaron también para la caza, que podía tener un importante valor simbólico (cuando cazaba el rey), pero escaso interés político. Sin embargo, su principal aplicación fue de carácter bélico, revolucionando por completo la técnica de combate.

Las guerras del III milenio y la primera mitad del II se ventilaban en batallas campales de grandes ejércitos de infantería. En los combates cuerpo a cuerpo se utilizaban armas cortas. Antes de que chocaran las infanterías podía haber lanzamientos de jabalinas o flechas. Pero lo más frecuente eran los asedios a las ciudades amu-



FIGURA 84. El rey-héroe, solo, con su carro y sus caballos, derrota a las multitudes enemigas (decoración del carro de Tutmosis IV).

LIBER

ralladas, con uso de máquinas de asedio cada vez más eficaces, que obligaban a realizar mejoras en las fortificaciones. En cambio, la batalla típica desde mediados del II milenio hasta finales de la Edad del Bronce (en la del Hierro hubo otros cambios) tenía su momento culminante en la carga de unos carros contra otros, o contra la formación de infantería. El ejército constaba de dos cuerpos separados (y de distinto prestigio social, además de militar): infantería y carros. La primera todavía era la más numerosa, pero los segundos eran más ágiles y eficaces.

El carro tenía múltiples usos: como plataforma móvil para lanzar flechas, como fuerza de choque contra la infantería, o como un medio mortífero para perseguir al enemigo que huye. Todos los autores aceptan el uso del carro como plataforma móvil, pero muchos niegan que se pudiera usar para cargar contra las filas enemigas, porque los caballos no se lanzarían contra un obstáculo quieto. Sin embargo, la iconografía y los textos del Bronce Tardío revelan que este uso era habitual, e incluso el más eficaz. Las filas de la infantería no eran tan apretadas como para formar un obstáculo macizo, y el miedo del caballo era ampliamente superado por el terror de los infantes al ver que se les venía encima una formación de carros, de modo que la huida y el desconcierto de la infantería evitaría el plante de los caballos. Así pues, las batallas del Bronce Tardío se pueden resumir en la carga de los carros del ejército atacante contra las filas de la infantería enemiga a la defensiva, seguidos de la infantería propia al ataque, que aprovecharía las brechas abiertas, mientras los carros enemigos tratarían de rodear la cuña atacante por los flancos. Es sabido que las batallas las cuenta el bando vencedor, y por eso la táctica del asalto con choque frontal da la impresión de ser la más eficaz. Pero es probable que las posiciones defensivas, apoyadas en el obstáculo natural de un río o una ladera, fueran igual de eficaces.

Hay otras innovaciones que señalan el paso al Bronce Tardío: se difundieron las corazas de escamas metálicas, que protegían a hombres y caballos. Se han encontrado ejemplares de estas corazas en las excavaciones, así como representaciones iconográficas y menciones de las mismas en textos administrativos. Probablemente, se trataba de una respuesta a la difusión del arco compuesto (formado por dos cuernos unidos por la base), que podía lanzar la flecha con un alcance y una fuerza de penetración mucho mayores que el arco simple. El combate entre las fuerzas de infantería, con armas cortas, perdió importancia. En cambio, las técnicas y máquinas de asedio se mantuvieron en los niveles que habían alcanzado durante la época de Mari.

Las innovaciones técnicas tuvieron una gran repercusión social, al combinarse sus consecuencias ideológicas con otras de tipo económico. En el aspecto ideológico, la formación de un cuerpo de carristas que decidía el resultado de las batallas sirvió para propagar una especie de «ideal heroico», patrimonio de una clase social. Ya no era el rey, o la divinidad ciudadana, con las masas de la infantería como anónimo instrumento de acción, quien ganaba las batallas (en la imaginación colectiva). Ahora las ganaba una formación de carristas con un armamento y un adiestramiento especiales, cuya principal virtud era el valor. El rey compartía con sus *maryannu* estos ideales elitistas de arrojo y valor, que hallaron expresiones literarias y figurativas en toda el área de Oriente Próximo, desde Egipto hasta Babilonia.

Dado lo costoso del equipo (carro, caballos, corazas metálicas para hombres y caballos, y armas ofensivas y defensivas) y el complicado adiestramiento, los palacios reales tenían que disponer de carristas con dedicación plena y suficientes medios económicos. Se recurrió al viejo sistema de concederles lotes de tierra con sus

correspondientes colonos a cambio del servicio militar. Estas tierras servían además para la cría de los caballos y su doma, coordinada con el adiestramiento de los hombres. El gran número de lotes asignados, el carácter militar del servicio prestado, las relaciones de solidaridad (amistad personal, parentesco, etc.) entre el rey y los *maryannu*, hicieron que el viejo sistema de concesión de tierras a cambio de un servicio asumiera, en este caso, un carácter más marcadamente «feudal», término impropio, pero muy adecuado para hacernos una idea. Es la primera vez que, en el ámbito del estado palatino, un grupo militar se suma a los grupos de administradores, escribas, sacerdotes y mercaderes, formando con ellos el núcleo dirigente y gozando de una posición socioeconómica privilegiada.

La aparición de esta «aristocracia militar», con su ideal heroico y sus tierras, coincide en el tiempo con otra tendencia de cambio radical en el sistema sociopolítico del área siromesopotámica. Ya a partir de los textos de Mari, pero sobre todo en los de Khana y Alalakh VII, los documentos de garantía personal para avalar deudas empiezan a incluir cláusulas de este tipo: «incluso en el caso de (un edicto de) liberación, él (= el deudor reducido a servidumbre) no será liberado». La generalización de estas cláusulas resta eficacia a la promulgación de los edictos de remisión, que dejan de publicarse a partir de finales del siglo XVII. Por supuesto, si el poder real hubiera estado interesado en que sus edictos de liberación se cumplieran, se las habría arreglado para prohibir dichas cláusulas o anularlas con disposiciones al efecto. Pero al poder real ya no le interesa mantener el equilibrio social en el estado que durante la época paleobabilonia se consideraba justo. La nueva solidaridad entre palacio real y aristocracia militar, el desplazamiento del centro de gravedad militar de las masas campesinas obligadas en prestación a los especialistas profesionales, y el hecho de que los principales prestamistas de dinero (que compran mano de obra servil como descuento de las deudas) sean los propios miembros de la clase dirigente del palacio y el templo, son factores que refuerzan la comunidad de intereses entre el rey y la clase dirigente, en perjuicio de la clase campesina, que se ve reducida al endeudamiento y la servidumbre, sin que el equilibrio sea restablecido. El ideal del «rey justo y recto» desaparece de la ideología y la propaganda real del Bronce Tardío, reemplazado por el ideal del rey fuerte y valiente, que carga montado en su carro, él solo, contra la aterrorizada infantería enemiga. También en el terreno socioeconómico el Bronce Tardío es una época mucho más dura que la anterior, con un aumento considerable de la servidumbre por deudas, seguido, como reacción, de un aumento de las fugas de deudores esclavizados y esclavos, con la consiguiente intensificación de los procedimientos de captura y devolución de fugitivos, en un proceso que durará hasta el fin de la Edad del Bronce.

Hay otras innovaciones tecnológicas con una repercusión menor en el plano socioeconómico y político, pero igual de interesantes para la caracterización cultural del periodo. Las técnicas básicas de la construcción, la producción primaria, la metalurgia y la cerámica, se desarrollan siguiendo unas tendencias internas no especialmente innovadoras. En cambio, en el campo que hoy llamaríamos de la «química» se aplicaron varios procedimientos nuevos. Un caso interesante es la fabricación del primer vidrio opaco y coloreado. Ya en el Bronce Medio se realizaba una especie de «vidriado» de colores, que se aplicaba como un tratamiento a la superficie exterior de algunos objetos de terracota. En cambio, ahora se fabrican objetos de pasta de vidrio (al principio pequeños: jarritos, joyas), obtenida con arena, cenizas vegetales

LIBER

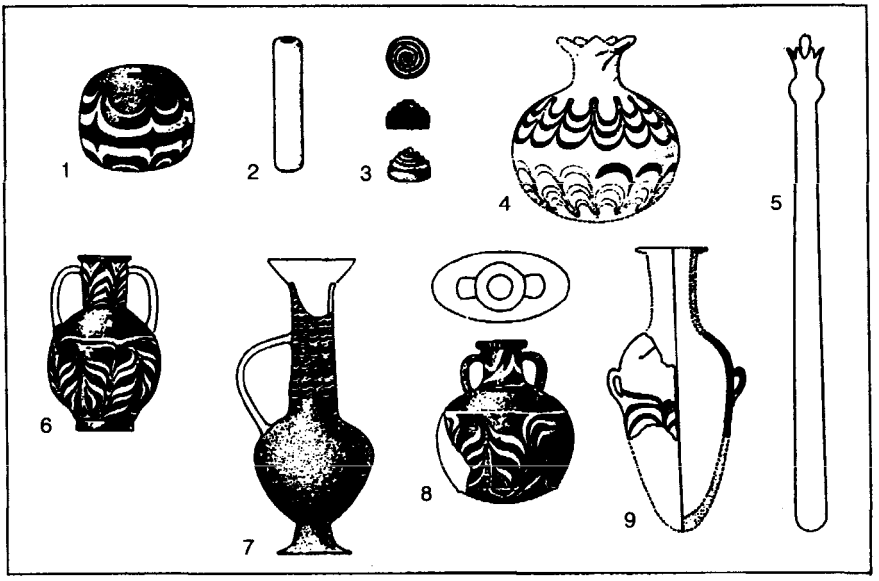


FIGURA 85. Cuentas (1-3) y jarritos en miniatura (4-9) de vidrio, de Chipre, *c.* 1500-1200.

y colorantes minerales sometidos a varias fases de cocción en el horno. La producción de esta pasta de vidrio (*mekku* en semítico occidental, *eḫlipakku* en hurrita) proporciona imitaciones de las piedras duras como el lapislázuli, que afluyen con mayor dificultad, debido a la crisis demográfica de la meseta iraní, que afecta a la manufactura y al tráfico de estos materiales. En el plano arqueológico se constata una disminución de la presencia de piedras semipreciosas en toda el área de Oriente Próximo, si la comparamos con la enorme difusión anterior, que había llegado a su apogeo a mediados del III milenio. En el plano de la documentación escrita, se empieza a distinguir entre el «lapislázuli de montaña» (el auténtico, de mina) y el «lapislázuli de horno» o «cocido» (el artificial). Lo mismo sucede con las demás piedras, caracterizadas por un color o mezcla de colores determinados, que se imitan con vidrios coloreados. Las piedras auténticas conservan un mayor prestigio y valor, pero las artificiales son más utilizadas para la fabricación de joyas, sellos y pequeños vasos, como sucedáneo más pobre y accesible.

El desarrollo de la química de los colorantes también se aplica a los tejidos, con tintes minerales, vegetales e incluso animales, como el más preciado de todos, la púrpura extraída de unos moluscos marinos —cuya denominación (*uqnû*) también la relaciona con el lapislázuli, con una variedad que trata de imitar el color violáceo de esta piedra, mientras que otra es de un rojo más encendido. Por último, dentro del sector «químico», hay innovaciones en el sector de los perfumes y las especias, obtenidos a partir de esencias vegetales de origen muy lejano, que dan un nuevo impulso al comercio. Las especias se usan más en la medicina que en la cocina.

El centro de irradiación de todas estas nuevas tecnologías no es la Baja Mesopotamia, que durante dos milenios había estado a la cabeza en todos los campos, sino

DOCUMENTO: EL PRIMER VIDRIO

Textos de instrucciones para la fabricación del vidrio (mediobabilonio, c. 1600).

«Si quieres hacer vidrio de color *zagindurû* (lapislázuli verde), tritura muy finas y por separado 10 minas de *immanakku* (una piedra) y 12 minas de (ceniza de) *aḫussu* (una planta), mezcla y pon en un horno frío de cuatro bocas, colocando en medio de las bocas. Mantén a fuego vivo y sin humo. En cuanto la mezcla se pone roja, llévala al aire libre y haz que se enfríe. Luego tritúrala de nuevo, recoge en un crisol limpio, y pon en un horno frío. Mantén a fuego vivo y sin humo. En cuanto empieza a ponerse amarillo dorado, viértelo sobre un ladrillo cocido. (Este primer estado) se llama *zukû* (pasta de vidrio "pura").

»Recoge 10 minas de cobre "lento" en un crisol limpio, introduce en un horno ya caliente, cierra la boca del horno y mantén a fuego vivo y sin humo, hasta que el cobre se vuelve rojo. (Mientras tanto) tritura finamente 10 minas de vidrio-*zukû*, abre la boca del horno, viértelo sobre el cobre y vuelve a cerrar. En cuanto el vidrio y el cobre se mezclan, y el cobre se reúne por debajo del vidrio, mezcla un par de veces con un atizador y viértelo en el interior del fuego en un crisol nuevo. En la punta del atizador verás algunas gotas. Cuando el vidrio toma el color de la uva madura, deja que hierva junto con el cobre, luego viértelo sobre un ladrillo cocido. (Este segundo estado) se llama *tersītu* ("preparación").

»Tritura finamente y por separado 10 minas de "preparación", 10 minas de vidrio-*būṣu* y un *tot* de cenizas de *aḫussu*, 2/3 de mina de madreperla (? "blanco de mar") y coral, y mezcla. Reúne en un crisol limpio y pon en un horno frío con cuatro bocas, colocando sobre un soporte en medio de las bocas. La base del crisol no debe tocar el horno. Mantén a fuego vivo y sin humo, que salga fuera de la abertura como ... En cuanto el compuesto se funde, quita el fuego, (luego) saca (el vidrio) del horno (que mientras tanto se ha) enfriado, y tritura finamente. Recoge en un crisol limpio y pon en un horno frío. Mantén a fuego vivo y sin humo, sin cerrar la boca del horno antes de que el vidrio se ponga rojo. Cuando el vidrio está rojo, cierra la boca del horno; cuando se vuelve amarillo, revuelve una vez. Después de que se ha vuelto amarillo, y ves alguna gota, y cuando el vidrio es homogéneo, viértelo en un nuevo crisol. Lo que saldrá del horno una vez enfriado, es vidrio del color del lapislázuli verde.»

el área comprendida entre la Alta Mesopotamia y Siria. La cría del caballo tiene su centro en el territorio mitannio, la elaboración de pasta de vidrio irradia desde la franja que abarca desde la Alta Mesopotamia hasta Siria y Palestina, y la de la púrpura tiene su centro en la costa sirolibanesa. Las nuevas técnicas se extienden desde estas zonas de origen a todo Oriente Próximo, con una rapidez pasmosa. Al tratarse de técnicas de interés palatino y dirigidas a las clases altas, dado que los productos son de calidad y relativamente caros, la rapidez de difusión se explica por los contactos entre palacios y los intercambios de especialistas entre los mismos, que, como veremos, serán característicos del Bronce Tardío.

Pero hay otra forma de difusión que reviste un gran interés: las nuevas técnicas están reseñadas por escrito en unos textos que son auténticos tratados tecnológicos. Las técnicas básicas más antiguas se habían difundido en épocas en las que no se podían poner por escrito, y ya formaban parte de los conocimientos técnicos comunes. En cambio, las técnicas nuevas se describen en tratados que sólo pueden ser el resultado de una colaboración entre conocedores del oficio y escribas —los mismos escribas que anteriormente habían escrito textos «científicos» limitados al campo de la medicina y las matemáticas, propios de los administradores o las categorías cultas de los médicos y los exorcistas. Ahora aparecen tratados sobre la doma del caballo. El más famoso de todos es el que se ha encontrado en la capital hitita (escrito en hitita), aunque se atribuye a un tal Kikkuli de Mitanni, en el que se utilizan esas palabras y frases indoiranias que hemos mencionado. Otros textos sobre la doma de caballos proceden de los archivos medioasirios de Assur, y hay textos hipiátricos procedentes de Ugarit. Sobre la fabricación del vidrio, hay textos procedentes del área mediobabilonia, que datan del reinado de Gulkishar, sexto rey del País del Mar. En ellos hay indicaciones que poseen, en parte, un carácter mágico, pero también un concreto valor tecnológico, hasta el punto de que se puede obtener pasta de vidrio si se siguen experimentalmente. Por último, en los archivos medioasirios también hay textos para la fabricación de perfumes y especias. En las zonas nuevas (Siria, Anatolia y Alta Mesopotamia), que se sitúan a la cabeza del desarrollo técnico y en el centro de circuitos comerciales nuevos, las nuevas necesidades de las cortes palatinas (o las soluciones nuevas a las viejas necesidades) crean un nuevo escenario cultural, del que son reflejo puntual estos tratados.

3. El sistema regional

El paso del Bronce Medio al Tardío se caracteriza por un fenómeno de larga duración, la reducción de la zona urbanizada y de asentamientos, que sucede al ya mencionado de comienzos del II milenio y afecta progresivamente a la zona del curso medio del Éufrates, Alta Mesopotamia, la meseta interior de Siria y Transjordania. Las zonas semiáridas, donde se habían desarrollado las grandes ciudades del Bronce Antiguo y Medio, después de ser abandonadas, pasan a una economía más primaria, basada sobre todo en el pastoreo seminómada. La misma decadencia se advierte en Tuttul, Mari y Terqa en el Éufrates medio, Shubat Enlil/Tell Leilan y muchas otras ciudades del Khabur, y Ebla y Qatna en Siria interior. En cambio, los asentamientos de las zonas de pluviosidad suficiente mantienen su continuidad, sobre todo a lo largo de los ríos y costas.

LIBER

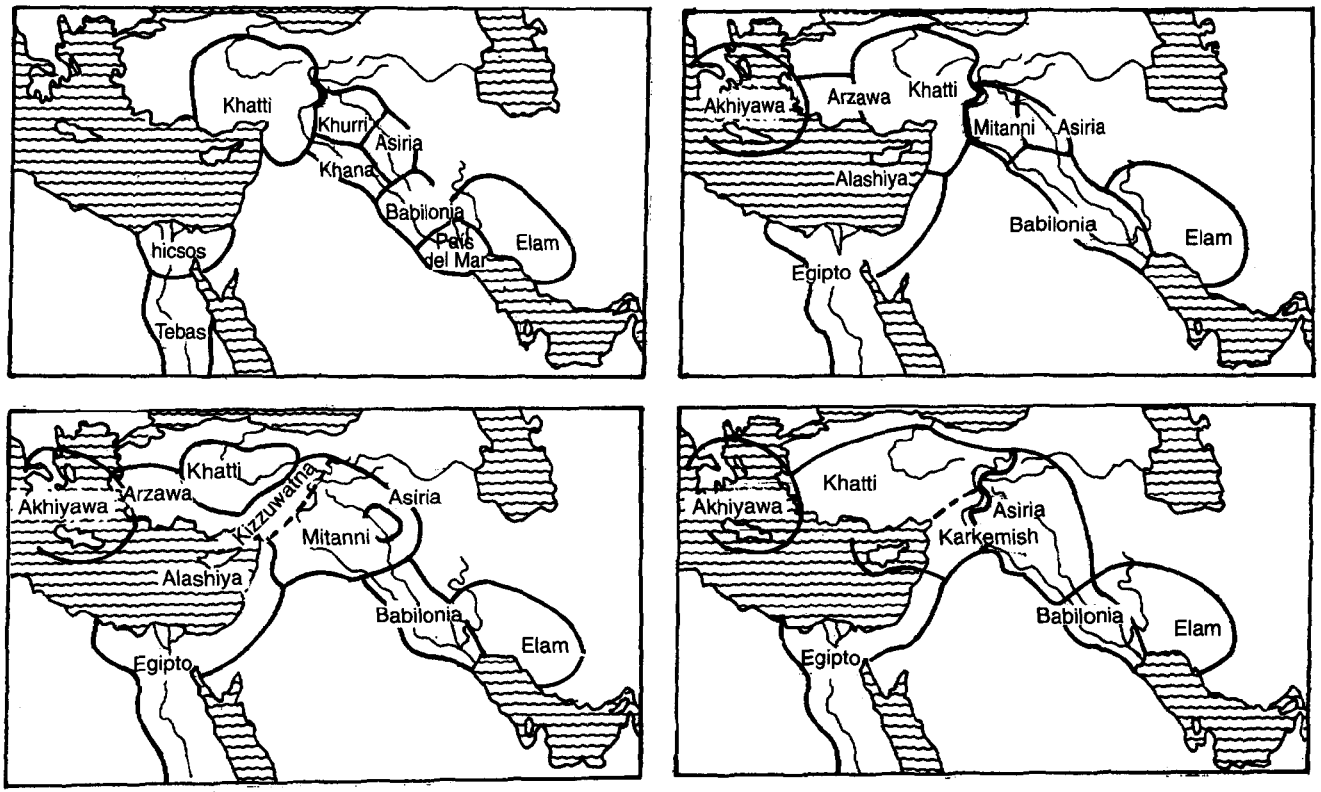


FIGURA 86. Las fluctuaciones del «sistema regional» de Oriente Próximo durante el Bronce Tardío. *De arriba abajo y de izquierda a derecha:* formación, *c.* 1600; hegemonía egipcio-mitannia, *c.* 1450; hegemonía egipcio-hitita, *c.* 1350; estadio final, *c.* 1220.

La población total de Oriente Próximo se reduce, pero en distinta medida, según las zonas. En el centro y sur de Mesopotamia, donde también se produce un fenómeno de concentración, por la decadencia de las ciudades del medio Éufrates y la crisis de la zona en contacto con el golfo Pérsico, la población total se reduce entre la edad paleobabilonia y la casita, aunque en el centro de la zona urbanizada de regadío parece que se mantiene el tejido agrícola. Lo mismo se puede decir (con dimensiones más reducidas) de la Susiana medioelamita, y quizá de las otras zonas del sur de Irán, que, sin embargo, se encuentran rodeadas de un importante «vacío» demográfico y político, propio de toda el área semiárida central. En la Alta Mesopotamia el despoblamiento es acusado, con la excepción de ciertas zonas, en particular el triángulo de Asiria, donde la población se concentra y crece. Lo mismo se puede decir de la franja siropalestina. Allí, la desaparición de asentamientos en las mesetas semiáridas contrasta con la concentración de las ciudades en los valles y costas, pero estas zonas con urbanización residual experimentan un desarrollo cuya etapa culminante es todo el periodo preclásico. En Anatolia se agudiza —si ello es posible— la situación ya mencionada de concentración de la población y las ciudades en unas pocas «islas» de los valles, rodeadas de montañas despobladas. Pero algunas de estas islas están en decadencia durante los primeros siglos del II milenio.

Las regiones que rodean Oriente Próximo también son escenario de distintas tendencias: crecimiento demográfico y urbano en el Egeo y Egipto, disminución en Asia central, hundimiento en el valle del Indo —hasta donde llega la repercusión de los movimientos de pueblos que habían empezado algunos siglos antes más al oeste. En general, se crea una situación en la que tanto los estados sedentarios como los grupos pastorales refuerzan sus respectivos ámbitos de cohesión política, en un proceso de diferenciación y contraposición que prescinde de los elementos de acercamiento y mutua compensación, característicos del Bronce Medio. En el Bronce Tardío la hostilidad recíproca entre palacio y tribu es máxima.

Otra consecuencia, más sectorial pero muy importante, es que la región de Babilonia cada vez está más aislada de los contactos a larga distancia en dirección al occidente sirio y al oriente iraní y del golfo. Además, su peso demográfico, productivo, económico y militar disminuye en comparación con las otras unidades regionales. La posición central babilonia, que había sido una realidad (tras complicadas vicisitudes) desde la primera urbanización del periodo Uruk hasta Hammurabi, ha desaparecido. El centro de la política y los intercambios comerciales se desplaza claramente al oeste, a lo largo de un eje formado por la Alta Mesopotamia y la franja siropalestina, sometida a las presiones políticas y militares de la Anatolia hitita y el Egipto del Imperio Nuevo, e inmersa en las corrientes comerciales micénicas y chipriotas, desplazando a Asiria, Babilonia y Elam.

A la posición central mesopotámica le sucede un sistema de equilibrio regional que caracteriza a todo el Bronce Tardío, un mosaico formado por un número limitado de potencias de tamaño mediano-grande, que controlan a las pequeñas potencias situadas en su región, en una típica estructura de dos niveles. Las potencias regionales gozan de una estabilidad considerable (de 1600 a *c.* 1200), y son, de este a oeste: Elam, que controla parte de la meseta sur iraní (más allá de la cual, las tierras que dan al golfo Pérsico y el valle del Indo pierden la intensidad de contactos con Oriente Próximo, que tan importante había sido hasta el primer cuarto del II milenio); la Babilonia casita (con el apéndice ambiguo del País del Mar); en la Alta Mesopota-

LIBER

mia una potencia que primero es el reino de Mitanni, y luego el reino medioasirio (el cambio de manos tiene lugar hacia 1350); en Anatolia el reino hitita, con sus dependencias en Anatolia occidental y el norte de Siria; por último, hacen su aparición en el escenario de Oriente Próximo la potencia regional micénica (con una presencia modesta, sobre todo comercial), y el Egipto del Imperio Nuevo (con la presencia mucho más importante de sus dependencias siropalestinas).

Existen precedentes de este «sistema regional» en la época amorrita, cuando ya se habían diferenciado unas potencias de primer orden, que controlaban a los estados menores. Pero hay dos diferencias: ante todo, el sistema se consolida mucho más, con la formalización política de las relaciones, y es mucho más estable, comparado con las efímeras hegemonías del Bronce Medio. Además, el sistema se amplía, hasta incluir de forma estable unas regiones previamente implicadas de un modo muy marginal (Anatolia occidental, Egipto y el Egeo).

En cuanto a la formalización de las relaciones, éstas son de dos tipos: relaciones «horizontales» entre estados del mismo rango, y relaciones «verticales» de subordinación. Los reyes de las potencias de alcance regional ostentan el título de «grandes reyes», que técnicamente significa reyes independientes, de los que dependen los demás. Estos últimos reciben el tratamiento de «pequeños reyes», autónomos pero no independientes, «siervos» de los grandes reyes, que son sus señores. El nivel de los pequeños reyes se reconoce mejor en la franja siropalestina, Alta Mesopotamia, Anatolia suroriental y Anatolia occidental, mientras que en las zonas de centralización más antigua y arraigada, el nivel político local suele estar ocupado por unidades administrativas carentes de autonomía política.

Entre los reyes de igual rango, y sobre todo entre los grandes reyes, las relaciones políticas son paritarias. Sea cual fuere el poderío político, militar, demográfico o económico (que puede variar según los reinos y los periodos), todos se reconocen iguales, y formalizan esta paridad con los términos de la «hermandad» (*aḫḫūtu*), la «amistad» (*ra'amūtu*) y la «bondad» (*ṭābūtu*), de acuerdo con una ideología de carácter familiar que guarda una estrecha relación con la costumbre de celebrar matrimonios interdinásticos. Estas relaciones recíprocas y paritarias tienen su reflejo en el terreno diplomático y comercial, que a escala palatina se rigen por el código del intercambio de regalos y la hospitalidad: lo que es válido en una dirección, tiene que serlo en la dirección contraria. Entre «hermanos» hay que satisfacer los mutuos deseos y necesidades, por encima del interés particular. Las relaciones de la época están marcadas de manera inconfundible por unas fórmulas paritarias y especulares, que aparecen en las cartas, con sus fórmulas de saludo y augurio redactadas con arreglo a unas normas precisas de etiqueta, que sólo se infringen cuando se quiere hacer un desaire o ejercer una presión. También aparecen en los tratados formales, cuyas cláusulas están redactadas con una puntillosa y exasperante simetría, y en los recuentos del valor de los regalos hechos y recibidos. En ellos, el ideal del desinterés y la generosidad (expresado en la fórmula de la reciprocidad aumentada) contrasta, a veces de manera brutal, con la exigencia de un equilibrio económico, lo que sin duda resulta grosero y descortés, pero nadie está dispuesto a renunciar a él en perjuicio propio.

Las relaciones de tipo «vertical» también están marcadas por ideologías precisas, y se rigen por unas normas preestablecidas. Ambas se basan en la desigualdad, y no en la reciprocidad, como corresponde a unos interlocutores que se consideran «siervo» y «señor», en vez de «hermanos». El vínculo de sumisión entre el pequeño rey

LIBER

DOCUMENTO: TRATADO ENTRE IDRIMI DE ALALAKH Y PILLIYA DE KIZZUWATNA (*c.* 1500)

Es un ejemplo típico de la época, tanto por la forma (reciprocidad expresada con repeticiones especulares) como por el tema (captura y devolución de los fugitivos).

«Tabla del tratado, cuando Pilliya e Idrimi han jurado los juramentos divinos y han sellado entre ellos este tratado. Ellos se devolverán mutuamente los fugitivos: Idrimi capturará a los fugitivos de Pilliya y (los) devolverá a Pilliya; Pilliya capturará a los fugitivos de Idrimi y (los) devolverá a Idrimi. El que capture a un fugitivo, lo devolverá a su amo: si es un hombre, (el amo) pagará 500 siclos de cobre como rescate, si es una mujer pagará 1000 siclos de cobre como rescate. Si un fugitivo de Pilliya entra en el territorio de Idrimi y nadie le captura, pero le captura su amo, él no pagará el rescate a nadie; y si un fugitivo de Idrimi entra en el territorio de Pilliya y nadie le captura, pero le captura su amo, él no pagará el rescate a nadie. En cualquier aldea que escondan a un fugitivo, el jefe de la aldea y 5 notables jurarán los juramentos divinos. El día en que Barattarna habrá jurado los juramentos divinos con Idrimi, a partir de ese día entra en vigor la devolución de los fugitivos. Aquel que viole las disposiciones de esta tabla, ¡que Teshub, Shimegi, Ishkhara (y) todos los dioses le destruyan!»

y su señor es una relación de fidelidad (*kittu*: significativamente, el mismo término que en la época paleobabilonia se usaba para «justicia»). El pequeño rey está a completa disposición del gran rey, le sirve con todas sus fuerzas, con todo su corazón, sin reservas mentales ni ambigüedades. Su persona, sus bienes, las informaciones de que dispone, todo lo debe poner a disposición de su señor. El pequeño rey no puede eludir de ninguna forma sus obligaciones, porque no puede escapar a su rango y recuperar la libertad de acción: su ubicación en el segundo nivel está sólidamente inscrita en las relaciones de fuerza, y la única salida que le queda es traicionar a su señor y ponerse al servicio del señor de la región vecina. Por lo tanto, pagar tributo a un señor no es un inconveniente, sino sólo una elección obligada de bando.

El gran rey, a cambio de la fidelidad y el tributo del pequeño, tiene que darle algo, dado el toma y daca en las relaciones políticas que caracteriza al Bronce Tardío. Este algo es la «protección» (*naṣāru*), la tutela de su posición real frente a los ataques procedentes tanto del interior de su reino como del exterior. Mientras permanezca fiel, el pequeño rey tiene asegurado su reinado y la transmisión hereditaria del trono. Otra forma más dramática de expresar esta relación es la «vida» (*balāṭu*): el gran rey «hace que viva» el pequeño rey que le es fiel, hace que viva en el sentido político porque le mantiene en el trono, y también en el sentido físico. Una rebelión, una falta de fidelidad como el intento de pasar al servicio de otro señor, se castiga con la muerte política (destronamiento) o con la muerte física.

La red de relaciones cruzadas de fidelidad y protección garantiza una estabilidad singular en cada región, lo mismo que la red de las de «hermandad» la garantiza a escala regional global. Dicha estabilidad, a grandes rasgos, también es el resultado de la anulación —en una especie de juego de «suma cero»— de infinidad de casos de infracción del sistema, que en el interior de cada unidad regional son traiciones y destronamientos, y en el ámbito interregional una serie de guerras, a veces importantes, pero que nunca afectan a las líneas maestras del sistema. Nunca había sido tan evidente que entre la hermandad y la hostilidad abierta no hay más que un paso.

Incluso en un estado de paz, la existencia de relaciones diplomáticas y comerciales normales están marcadas por una elevada conflictividad. Da la impresión de que las negociaciones matrimoniales y los cómputos comerciales están siempre al borde de la ruptura por una actitud de fondo, más que por el asunto concreto. Ningún interlocutor quiere mostrarse demasiado condescendiente, demasiado indulgente, no sería propio de un gran rey. Las negociaciones se prolongan al máximo, y los pobres mensajeros y embajadores pagan las consecuencias, dada la costumbre de retenerles para endurecer las condiciones. Estos intercambios de cartas, regalos y mujeres son mucho más útiles para las relaciones políticas cuando están en curso que cuando se han concluido. Por eso se prolongan tanto las negociaciones, y en cuanto terminan se empiezan otras.

Cuando se declara la guerra las reglas no desaparecen, sólo son reemplazadas por otras. La guerra es un acto heroico, pero también ordálico, decide quién tenía razón, es una continuación de la diplomacia con otros medios (pero no en el sentido de Clausewitz). Tanto el aspecto heroico como el ordálico requieren que todo cumpla unas reglas de paridad y claridad, sin recurrir a engaños y emboscadas, propios de los pueblos bárbaros. Los nómadas del desierto o de las montañas son quienes atacan sin previo aviso, por la noche, por la espalda, cuando el enemigo está desprevenido. Entre los reyes civilizados la guerra se declara, y se explican las causas de carácter ético o jurídico que hacen aparecer al retador como un hombre justo, y a su adversario como un traidor. Luego se libra realizando un despliegue de fuerzas en el día y lugar señalados, con un reparto preciso de papeles entre quien ataca y quien debe defenderse. El resultado de la batalla decide quién tenía razón, y los vencidos (por lo menos los que son miembros de la aristocracia militar) pueden recobrar la libertad mediante pago de un rescate, y en cualquier caso serán elogiados si combaten correctamente y con valor, y despreciados si han flaqueado o no han respetado las reglas. Todos los contendientes pertenecen a la misma civilización y a la misma clase sociopolítica. Los enemigos no son bárbaros ni invasores, sino guerreros como nosotros, tan capaces de vencer como nosotros (cada uno está apoyado por sus dioses). El desprecio hacia los inferiores se reserva para los nómadas y los montañeses, que se sitúan al margen de la civilización porque no reconocen las jerarquías políticas ni las reglas de la interacción, y pretenden compensar su clara inferioridad con artimañas e incorrecciones.

4. El internacionalismo: comercio y cultura palatina

La creciente separación entre el ambiente palatino y la población en los reinos del Bronce Tardío contrasta con la intensificación de las relaciones entre palacios reales, conectados a través de una red de contactos personales, comerciales y culturales que

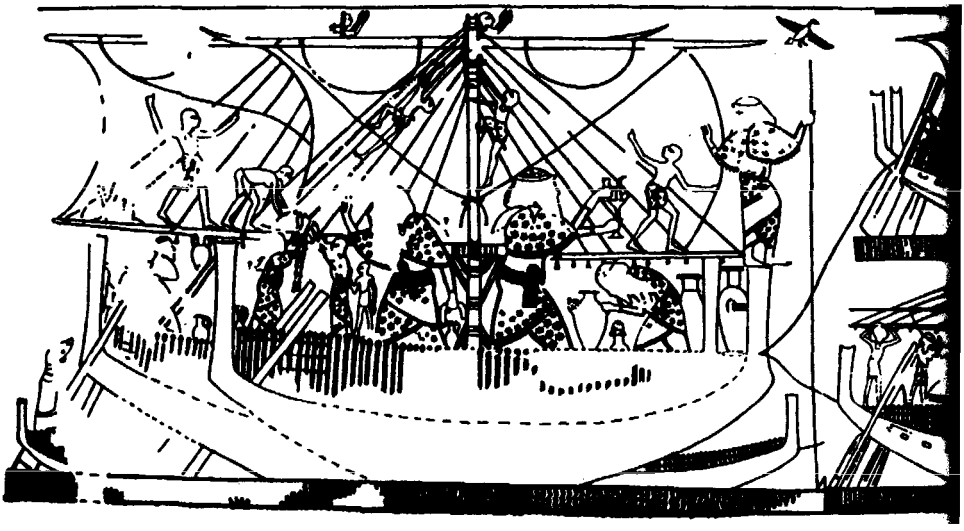
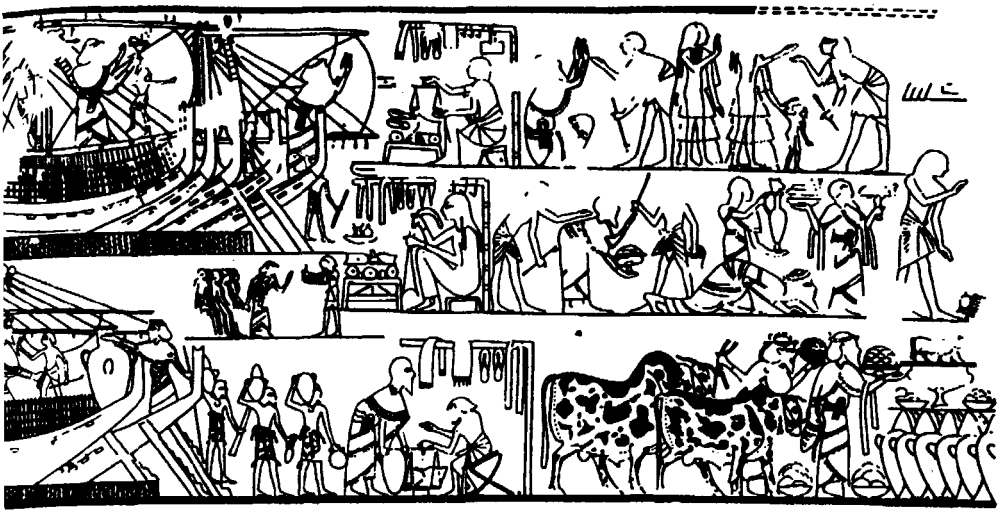


FIGURA 87. El comercio marítimo en la Edad del Bronce Tardío: naves sirias descargando sus mercancías en un puerto egipcio (Tebas; tumba n.º 162).

crea un clima «internacional» bastante más animado que en los periodos anteriores. Se va perfilando un sentimiento de casta, la conciencia de pertenecer a una clase social superior que supera las diferencias culturales, los nacionalismos y los etnocentrismos, con una afición común por los productos selectos de la cultura palatina. Esta afición por los buenos caballos, los carros de guerra, las armas, los vestidos, las joyas y los perfumes favorece el intercambio de los mejores productos de cada artesano local, y la búsqueda de los mejores productos en el lugar donde se fabrican. Si nos limitamos a la artesanía de calidad, en muchos casos, es difícil saber cuál es el origen de los objetos encontrados en los distintos palacios. Los carros de guerra hallados en las tumbas de los faraones pueden atribuirse a Mitanni o al norte de Siria por las maderas con que han sido construidos, más que por los elementos técnicos y formales. Las joyas de pasta de vidrio son tan homogéneas en toda el área, que resulta muy difícil saber dónde se fabricaron.

Esta red de comunicaciones e intercambios se extiende a Egipto y el mundo micénico, mientras que sus ramificaciones orientales no son tan extensas. Su carácter elitista la diferencia de las redes comerciales del Bronce Antiguo y Medio. El sistema se centra mucho más en las cortes de los reyes (y mucho menos en las «casas» mercantiles). Una sola red sustituye a varias redes competitivas, ya que no tiene la finalidad de arrebatar a sus rivales la posición de privilegio (para reemplazarles o desviar el flujo comercial), sino la de cooperar todos juntos en un intercambio que sirve para aumentar el prestigio de los protagonistas (reyes y cortes reales) ante la población. La red comercial y la diplomática coinciden bastante, y la vía diplomática canaliza la parte emergente y prestigiosa del comercio —sin olvidar que persisten los intercambios de carácter utilitario, y siguen teniendo más importancia cuantitativa, pero casi son ocultados en la propaganda oficial. En conjunto, esta red se puede divi-



dir en tres subsistemas: el intercambio de mensajes, el de personas y el de bienes.

El intercambio de mensajes está en función de los otros dos subsistemas. Gran parte de las cartas que intercambian los reyes tienen por tema las negociaciones matrimoniales, la petición de especialistas o el envío de regalos. Pero los mensajes poseen un valor intrínseco, como vemos en las cartas que sólo contienen saludos, y en la importancia que se atribuye a los aspectos formales del mensaje. En las distintas tradiciones (babilonia, egipcia, hitita o siria) la dirección de la misiva se redacta con arreglo a unas fórmulas internacionales, que todos consideran correctas. Según el principio egipcio de carácter estrictamente funcional, la dirección es una mera indicación de remitente a destinatario. Según el principio asiático del rango, el nombre del personaje más importante precede al nombre del menos importante. Y según el principio, también asiático, de la cortesía epistolar, el nombre del destinatario es anterior al del remitente. Tres principios cuya conciliación, o dosificación, depende rígidamente de la etiqueta. En caso contrario, si la redacción se aparta de ella, posee importantes connotaciones políticas. Lo mismo se puede decir de los saludos. Entre los grandes reyes hay intercambio de augurios e informaciones sobre la propia salud que incluye al rey, a su familia, a los grandes del reino e incluso a los carros y los caballos, para acabar extendiéndose a todo el reino. Entre los pequeños reyes y los faraones se instaura una *salutatio* con menosprecio propio. No es una fórmula egipcia, y los egipcios la ven como típica de Asia, pero allí los pequeños reyes no la utilizan nunca con sus señores hititas o mitannios, de modo que se trata de una fórmula especial para dirigirse a esa entidad casi divina que es el monarca de Egipto.

El medio de comunicación es la lengua babilonia, con el soporte gráfico de la escritura cuneiforme, como ya lo había sido en la época de Mari. El uso del babilonio llega hasta Chipre y Egipto, y se usa como «tercera lengua» entre interlocutores

no babilonios. Por ejemplo, los pequeños reyes cananeos le escriben al faraón en babilonio, y viceversa, lo mismo que al rey hitita, y viceversa. Una vez más aparecen vocabularios bilingües y plurilingües, pero una vez más con una diferencia con respecto a las experiencias ya consolidadas: en el pasado los vocabularios se limitaban a los ámbitos bilingües (por la coexistencia de dos lenguas habladas, como en el caso del sumerio y el hurrita, o del hurrita y el hitita en Anatolia; o por la coexistencia de una lengua hablada y una lengua administrativa, como en el caso de Ebla). Ahora, en cambio, aparecen en ámbitos estrictamente monolingües con el único fin de controlar la lengua diplomática (vocabularios egipcio-acadio de el-Amarna). Además de vocabularios, instrumentos de escuela, existen los intérpretes, instrumentos de la comunicación directa. Se tienen noticias de su existencia desde el III milenio, pero nunca habían estado tan atareados como ahora.

El babilonio internacional es una lengua muy unitaria. En las cortes importantes y habituadas a su uso suele ser correcto, si bien está salpicado de peculiaridades locales y escolares a través de las cuales asoma el hurrita, el hitita o el semítico occidental hablado por los escribas. En zonas marginales de ingreso reciente en el circuito internacional, como Palestina y Egipto, la lengua local tiene un peso mayor, y se pone de manifiesto en glosas frecuentes, usos coherentes pero erróneos del sistema verbal, calcos literales que apenas tienen sentido en babilonio, etc. Por último, como sucede en estos casos, la «tercera lengua» usada por interlocutores que piensan en sus lenguas respectivas da lugar a equívocos, a veces importantes, en la connotación (y también en la denotación) de ciertos términos o expresiones, sobre todo de los más «técnicos» e importantes del lenguaje político.

Los mensajeros son los portadores de las cartas. Sería más apropiado llamarles emisarios o embajadores, ya que no se limitan a entregar la tablilla. Haciendo gala de su habilidad y astucia, añaden las explicaciones oportunas, neutralizan y rebaten las reacciones del destinatario, son, en suma, un elemento de compensación en una relación a distancia que suele ser difícil y se mantiene al borde de la ruptura. Ya a lo largo de su recorrido están protegidos por las cartas de presentación (para los reyes intermedios) y, al llegar a su destino, por las leyes de la hospitalidad: toman asiento en la mesa del rey, y gozan de una gran consideración. Pero en cuanto surge el más mínimo problema, son los primeros en pagar las consecuencias, porque es costumbre retenerles, a veces durante años, si se quiere presionar al interlocutor. Por lo tanto, el oficio de mensajero-embajador es motivo de orgullo, pero también de preocupación, hasta que llega la exención mediante un documento jurídicamente válido.

Con los mensajeros y su detención en la «prisión dorada» de la corte extranjera hemos pasado ya al intercambio de personas. Se concreta sobre todo en los matrimonios interdinásticos. La práctica debería ser típicamente intercambiable, y como tal es proclamada en el transcurso de las negociaciones. Pero el circuito matrimonial dista mucho de ser cerrado y recíproco. Uno de los interesados, el faraón egipcio, proclama explícitamente que desea princesas asiáticas, pero que las egipcias no se casan con nadie, situándose en un plano superior al de sus interlocutores. Pero tampoco suele haber reciprocidad entre los reyes asiáticos, si nos atenemos a los casos documentados. Al contrario, da la impresión de que existe un circuito en una sola dirección en el que un rey da esposas a otro y las recibe de un tercero. Los casos de parentesco cruzado son excepcionales.

Las negociaciones empiezan en un clima de entusiasmo, con declaraciones de jú-

DOCUMENTO: NEGOCIACIONES MATRIMONIALES DEL BRONCE TARDÍO: DE UNA CARTA DE KADASHMAN-ENLIL, REY DE BABILONIA, AL FARAÓN AMENOFIS III

«Pues bien, ya que tú, hermano mío, no has dado tu asentimiento a que tomara a tu hija por esposa y me has escrito diciendo: "¡Desde hace mucho una hija del rey de Egipto no ha sido dada a nadie!", (yo digo): ¿Por qué hablas así? Tú eres un rey, tú puedes hacer lo que te plazca. Si tú das, ¿quién dirá nada? Cuando me han contado esta frase tuya, he escrito a mi hermano lo siguiente: (contigo) hay hijas de cierta edad y mujeres hermosas. Mándame una hermosa mujer, como si fuera tu hija. ¡¿Quién vendrá a decirme: Esta no es la hija del rey?! Pero tú no me has mandado a ninguna. ¿Acaso no anhelabas hermandad y amistad? Así como tú me has escrito para (concluir) un matrimonio, para estar más estrechamente vinculados el uno al otro, yo te he escrito por ese mismo motivo, por hermandad y amistad, para estar más estrechamente vinculados el uno al otro a través de un matrimonio. Hermano mío, ¿por qué no has mandado una mujer? ¿Acaso, por no haberme mandado tú una mujer, yo te negaré a ti una mujer, comportándome como tú? ¡No! Están mis hijas y no te las negaré. ... En cuanto al oro por el que te he escrito, mándame oro, todo el que haya, en cantidad, antes de que tu mensajero venga a mí, ahora, enseguida, durante este verano, en el mes de Tammuz o en el mes de Ab, de modo que pueda llevar a buen término el trabajo que he empezado. Si tú, durante este verano, en el mes de Tammuz o en el mes de Ab, mandas el oro por el que te he escrito, te daré a mi hija: pero tú, por favor, manda aquí el oro, como consideres oportuno. Si no mandas el oro en el mes de Tammuz o en el mes de Ab, no podré terminar el trabajo que he empezado. Y te lo ruego: cuando haya terminado el trabajo que he empezado, ¿para qué me ibas a mandar (el oro)? ¿Para qué iba a querer yo oro? Aunque me mandaras 3.000 talentos (¡unas 90 toneladas!) de oro, no los aceptaría, te los devolvería y no te daría a mi hija por esposa.»

bilo y disponibilidad, y después se van empantanando, por controversias y retrasos. Ya hemos visto que cierta tensión sirve para mantener las relaciones, pero las negociaciones matrimoniales se ven obstaculizadas por tres dificultades específicas: la primera es el cálculo de la dote, los regalos nupciales mutuos, que confiere al matrimonio interdinástico el desagradable aspecto de un negocio. La segunda dificultad es el rango, ya que para una princesa no es lo mismo convertirse en reina que en un elemento más de un atestado harén (y los puntos de vista del pretendiente y del padre de la novia pueden diferir). La tercera dificultad es la suerte de las princesas que se casan en cortes extranjeras, ya que muchas veces se comprueba que las razones de prestigio e interés político, que parecían tan obvias durante las negociaciones, se han esfumado una vez consumado el matrimonio.

En todos los tratos hay rasgos comunes, como el papel de los personajes. El pre-

tendiente es agresivo e insistente, el padre de la novia condescendiente pero puntilloso, la novia pasiva, como un objeto bello. Pero lo más importante es que las estrategias matrimoniales difieren de unas cortes a otras. Para simplificar, se podría decir que la estrategia egipcia consiste en adquirir esposas asiáticas para demostrar la posición central y la superioridad egipcia sobre el resto del mundo. La estrategia babilonia consiste en mandar princesas a Egipto a cambio de oro, mucho oro. La estrategia hitita es tejer una red de relaciones familiares con fines políticos: paso previo a las intervenciones, garantía de fidelidad y medio de asimilación.

El intercambio matrimonial, por su propia naturaleza, es un poderoso canal de aculturación —tal vez más de lo deseado o previsto por quienes recurren a él. No tiene el mismo peso una esposa de segunda categoría, que termina en un harén numeroso como demostración del poderío de un rey, que una reina, madre del futuro rey. La relación entre la reina y el heredero del trono es una cuestión delicada a la que se presta mucha atención, por sus posibles consecuencias políticas. En general, la influencia de las esposas extranjeras en la educación de sus hijos, en el clima cultural de la corte, en la introducción de divinidades foráneas, en las propias decisiones del rey, debió ser muy grande.

Además de princesas y mensajeros, circulan algunos especialistas, solicitados expresamente por un rey a otro, concedidos con una mezcla de orgullo y preocupación, poderoso medio de difusión de las técnicas entre las distintas cortes. Como es natural, se solicitan especialistas de los países más famosos en los distintos campos (de ahí el orgullo nacionalista de quien los presta). Luego se trata de retenerles el mayor tiempo posible, y en los casos extremos no son devueltos (de ahí la preocupación). Los médicos y exorcistas de Asia y Egipto son muy apreciados, pero también circulan en varias direcciones músicos, escultores y artesanos especializados de todo tipo. Al circuito redistributivo que aparecía en los textos de Mari, resultado de la escasez de especialistas y sus frecuentes traslados en el ámbito de una misma administración, le sucede otro «recíproco», resultado del deseo de conseguir especialistas extranjeros, conocedores de técnicas nuevas y refinadas, inaccesibles para la mayoría.

Un caso extremo de especialista «ambulante» es la solicitud de una divinidad sanadora, representada en su imagen, y siempre con el compromiso de devolverla. Incluso Egipto, que suele exportar médicos de carne y hueso, pide la imagen sanadora de Ishtar de Nínive. Y más adelante, el clero del dios Marduk, «desterrado» a Khana por los hititas, inventará la piadosa historia de que había querido ir a ese país extranjero para extender el radio de su acción benéfica, siguiendo la pauta de otros viajes de divinidades sanadoras.

Pasamos así al tercer subsistema, el intercambio de regalos, una ficción o, mejor dicho, un «código» de los intercambios comerciales, propio del Bronce Tardío. Detrás de este código hay una realidad comercial, tanto porque estos intercambios de regalos entre reyes despejan el camino a los propiamente comerciales, como porque ellos también son, en buena medida, comerciales. Hay unas corrientes obvias de mercancías. Egipto proporciona oro (del Alto Egipto, Nubia y África oriental), así como ébano, marfil tallado y otros productos típicamente africanos. El lapislázuli procede de Babilonia (o, mejor dicho, pasa a través de la misma), la plata de Khatti, los carros, los caballos, las armas y el vidrio de Mitanni y Siria, de la costa siria la lana teñida con púrpura, y así sucesivamente.

Pero el «código» también posee su valor. Las cuidadosas cuentas de lo entregado

LIBER

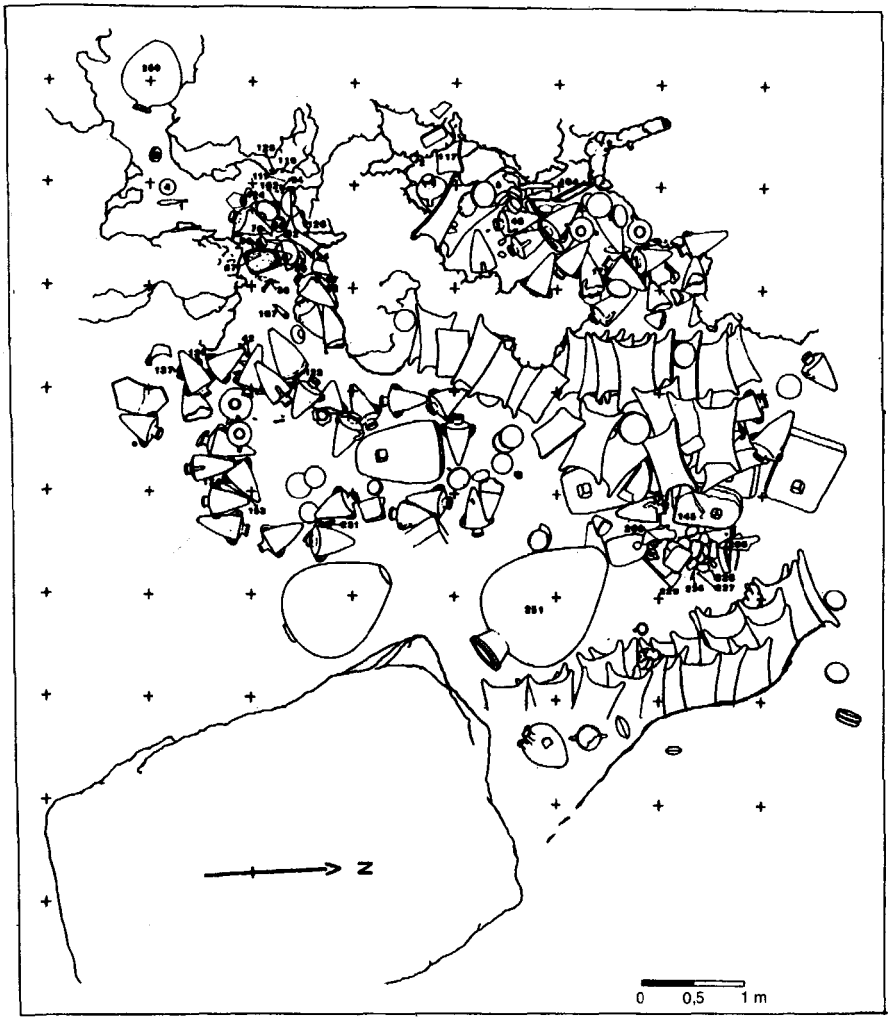


FIGURA 88. Comercio de los metales en el Bronce Tardío. Lingotes de cobre y estaño, ánforas y otro material, en los restos de un naufragio del siglo XIV, en Ula Burum, junto a Kaş (Turquía).

y lo recibido están disimuladas con protestas de desinterés, generosidad, alegría por dar más de lo que se recibe, disposición total a los deseos del interlocutor. Los regalos tienen que ser personalizados, y se hacen con motivo de ocasiones especiales, entre las que destacan las bodas. Sólo se pueden pedir para hacer frente a determinadas necesidades. Naturalmente, se trata de pretextos, repetidos durante años, heredados por reyes sucesivos en el transcurso de negociaciones extenuantes. Pero hay que guardar las formas, y no se puede pedir nada sin un pretexto, sólo por el mero deseo de enriquecerse.

En las relaciones paritarias, el regalo encubre (o sublima) el comercio, mientras

que en las de subordinación hace lo propio con el tributo. La terminología y la lógica de los textos tratan de hacer que los tributos pasen por regalos, con la única diferencia de que son regalos cuya cuantía se establece de forma contractual, y de que la compensación no es material, sino una garantía de protección por parte del gran rey.

Pero la propia distinción entre relaciones paritarias y desiguales, entre tributo y comercio, puede ser poco clara. Entre Egipto y sus interlocutores asiáticos se crea una situación ambigua. En las relaciones internacionales, el faraón no sólo acepta el código del regalo, sino también las implicaciones materiales del carácter bidireccional y la equivalencia de valor. Pero, cuando se dirige a su público interior, utiliza claramente el código del tributo para referirse a la llegada de estos productos extranjeros desde países extranjeros, y se calla las compensaciones propias del sistema recíproco, dando a entender que la afluencia de bienes es una prueba de la superioridad faraónica a escala mundial. Hay, pues, una diferencia radical entre el modo en que se gestionan las relaciones internacionales y el modo en que se presentan al público interior. Si comparamos una carta o un tratado con una inscripción triunfal, cuesta trabajo creer que se refieran al mismo episodio, dada la enorme diferencia en la explicación de los hechos y las relaciones entre las partes.

Pero no todas las relaciones tienen lugar entre las cortes de los reyes, y no siempre es tan importante la presentación ideológica. Hay un comercio de mercaderes, hay contratos que no tienen nada de ceremonial, y hay una necesidad de poner en contacto operativo distintos sistemas de pesos y valores, para poder hacer cuentas entre ámbitos que valoran de forma distinta el mismo objeto, o simplemente usan un sistema ponderal distinto. A veces, la presencia de mercaderes extranjeros es lo bastante numerosa y permanente como para que se pueda hablar de colonias. Por ejemplo, la concentración de cerámica chipriota y micénica en el puerto de Ugarit sugiere la presencia de mercaderes griegos, y por los textos sabemos que existió un núcleo ugarítico similar en Chipre. La situación política también influye en estas presencias. Ciñéndonos al caso de Ugarit, mientras los mercaderes micénicos tenían detrás una potencia política modesta y lejana, y sólo podían contar con el valor de sus mercancías, los mercaderes hititas —emisarios del gran rey, a quien el pequeño rey de Ugarit debía lealtad y obediencia— podían tratar desde una posición de fuerza, y ejercer una influencia financiera que ponía en peligro los propios intereses del rey de Ugarit. En el Bronce Tardío la política y el comercio están íntimamente unidos, tanto en contextos ceremoniales y oficiales como en la práctica mercantil común. Las rutas de los mercaderes son interrumpidas por las fronteras políticas regionales. Ninguno puede atravesarlas sin el consentimiento del gran rey del territorio por donde debe pasar. Por eso, dado que todo gran rey está interesado en potenciar sus contactos en perjuicio de los ajenos, dichos contactos son entorpecidos, o por lo menos interferidos por el rey vecino. El rígido sistema de competencias regionales se traduce en tráficos muy activos, pero de corto alcance, incapaces de traspasar la región vecina.

Las rígidas competencias regionales también tienen su lado bueno: el gran rey se hace responsable ante su colega de igual rango de la seguridad de los mercaderes y viajeros que atraviesen su territorio. Los pequeños reyes se responsabilizan ante sus señores de todo lo que suceda en su reino y, por último, cada aldea se responsabiliza ante su rey de lo que suceda en su término. Los asesinatos de mercaderes y asaltos a caravanas en tránsito están a la orden del día. La zona habitada y controlada

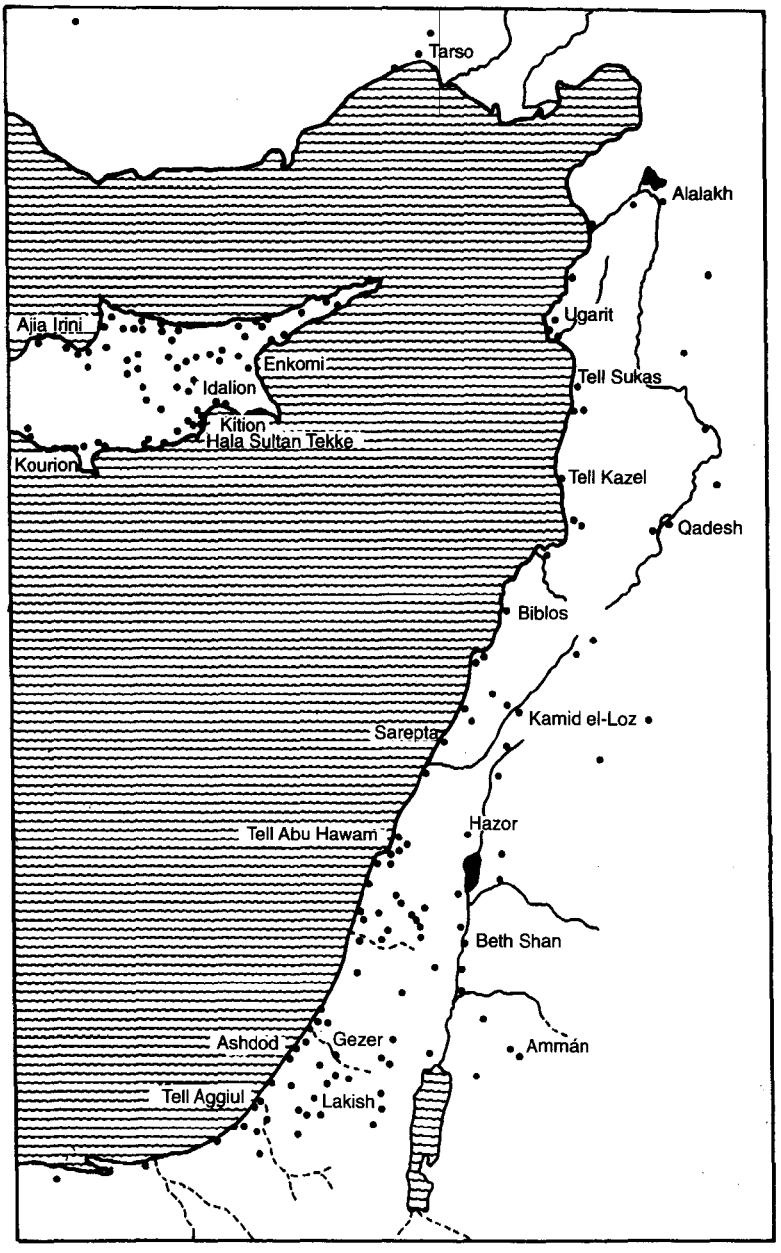


FIGURA 89. Difusión de la cerámica micénica en Levante (siglos XIV-XIII).

por los palacios es reducida, y deja espacios muy extensos a merced de los ataques de los nómadas (sobre todo en zonas montañosas y semiáridas). Tampoco escasean los peligros en el territorio agrícola, dada la distancia que separa al palacio de las aldeas. La miserable condición de los campesinos y pastores hace que resulten muy tentadoras las enormes riquezas transportadas por las caravanas, y los palacios tienen muchas dificultades para prevenir y reprimir los frecuentes asaltos. La única manera de que sobreviva la red diplomática y comercial es cargar con los gastos y la responsabilidad de estos ataques, cada cual en el ámbito de su responsabilidad territorial. El procedimiento sigue las líneas horizontales (entre rangos iguales) y verticales (entre señor y siervo) propias de la arquitectura política de la época. De esta forma, los palacios garantizan la compensación para las víctimas y sus haberes, y luego se desquitan con las aldeas donde ha tenido lugar el asalto, sin que los directos responsables sean descubiertos jamás. Comparado con el paleoasirio, el comercio del Bronce Tardío no sólo tiene un papel sociopolítico distinto, sino que además es mucho más arriesgado. Los palacios han optado (de manera inconsciente, pero clara) por alejarse de la población, lo que acarrea consecuencias negativas: como reacción a la brutal explotación ejercida por los palacios sobre las aldeas, los campesinos imponen una «tasación a la inversa» a las caravanas de paso.

LIBER

17. LA HEGEMONÍA DE MITANNI

1. MITANNI: HISTORIA Y ESTRUCTURA

La Alta Mesopotamia, donde desde mediados del III milenio habían surgido varias ciudades-estado hurritas, y se habían efectuado varios intentos de unificación (desde los reyes de Urkish y Nawar hasta el imperio de Shamshi-Adad), a finales del siglo XVII es unificada en un reino que en las fuentes se llama indistintamente Mitanni (al parecer, el nombre político), Khurri (en referencia a la población) y Khanigalbat (designación geográfica). Ya antes de 1600, en los anales de Khattushili I, los hurritas que invaden Anatolia parecen haber alcanzado la unidad política (la versión acadia dice Khanigalbat), y los hurritas que intervienen en la Alta Siria contra los hititas son una entidad estatal bien definida.

Sin duda, uno de los factores que favorece la unificación de los reinos hurritas de la Alta Mesopotamia en un solo reino (Mitanni) es la corriente tecnológica indoirania, que introduce el carro tirado por caballos. La onomástica de la casa real de Mitanni es claramente indoirania, como si una precisa conciencia (si no de origen, por lo menos de papel sociopolítico) relacionara a los monarcas con la gran innovación bélica del momento. En Oriente Próximo no encontramos nombres indoiranios antes de la formación del reino de Mitanni, y la «moda» desaparece cuando empieza la decadencia política de dicho estado. La técnica se difunde deprisa, y en las guerras sirohititas de Khattushili I las dos partes hacen ya uso de ella.

Un segundo factor, poco relevante cuando se forma el reino de Mitanni, pero que luego favorece su expansión, son las victorias de los reyes antiguohititas en Siria, que acaban con la potencia hegemónica de Yamkhad. Los hititas son incapaces de ocupar el vacío político que se forma en el norte de Siria y el medio y alto Éufrates, y pronto pierden el control de la zona situada al sur del Taurus. Es así como el reino de Mitanni (a pesar de haberse enfrentado a los hititas, apoyando a los estados del norte de Siria) se beneficia de la desaparición de Yamkhad, ocupando su espacio político hasta la costa del Mediterráneo. Paralelamente, desde el otro extremo, Mitanni sabe sacar provecho de la profunda decadencia en la que se ve sumida Asiria después de Ishme-Dagan, logrando circunscribirla para hacerse con el control de zonas situadas más allá, al este del Tigris.

En el centro de esta amplia franja de territorio se encuentra la capital, Washshukkanni, que todavía no ha podido ser identificada con absoluta certeza (falta una identificación epigráfica), pero probablemente se trate de Tell Fekheriye, cerca de Ras el-'Ain, en las fuentes del Khabur. Tan sólo una pequeña parte de este *tell* ha sido excavada por misiones que buscaban la capital mitannia. Es una ciudad muy extensa,

con un recinto amurallado que podría remontarse precisamente a finales del Bronce Medio, y no presenta niveles anteriores a la época de Mitanni, por lo que se trata de una fundación nueva, planificada para servir de capital al nuevo reino. Por desgracia, los niveles mitannios se encuentran en la capa freática situada en la base del *tell* (cuya posición se eligió precisamente por la proximidad de la gran fuente del Khabur) y no son nada fáciles de investigar. Pero, a pesar de todo, la identificación resulta plausible, y coincide con todos los datos topográficos.

En el siglo XV los reyes mitannios todavía usaban el sello de un rey Shuttarna, hijo de Kirta, al que podemos identificar como el «fundador» de la nueva formación política, presumiblemente el mismo que fundó la capital y unificó la región. Pero no tenemos más datos sobre el periodo de formación, hasta mediados del siglo XVI.

A partir de estas fechas disponemos de alguna documentación, aunque proceda de reinos sometidos a Mitanni (Alalakh en el extremo oeste, Nuzi en el extremo este) o incluso de reinos exteriores (Khatti, Egipto, y más tarde Asiria). Los textos de Nuzi proporcionan los datos más interesantes sobre la economía y la sociedad hurrita de la época mitannia. Los de Alalakh (nivel IV) brindan datos importantes sobre la organización política y las relaciones entre Mitanni y sus «vasallos». La inscripción de Idrimi, rey de Alalakh, en una estatua suya que ha sido encontrada (en posición secundaria) bajo el suelo de un templo, narra la historia del rey, hijo de un rey de Aleppo destronado por una rebelión interna, que luego reconquista un trono, aunque no es el paterno, sino el trono secundario de Alalakh. Por lo tanto, antes de la rebelión, Aleppo encabezaba una gran formación estatal (con el padre de Idrimi), y después de la campaña de Idrimi se produjo un desmembramiento, con un usurpador desconocido instalado en el trono de Aleppo e Idrimi, también usurpador, en el reino de Mukish (cuya capital era Alalakh). Para avalar su posición, Idrimi debe acudir al rey Barattarna de Mitanni, que aparece, pues, como el señor al que obedece toda la zona. El gran rey de Mitanni y el pequeño rey de Alalakh estipulan un pacto jurado. En la época de Barattarna, el dominio de Mitanni se extiende mucho más al sur. Cuando los faraones de la XVIII dinastía se lanzan a la conquista de la franja siropalestina, los reinos más importantes de Siria central, sobre todo Qadesh y Tunip, se oponen al avance egipcio con el apoyo de su señor de Mitanni. Dado que Barattarna también está atestiguado en Nuzi, el reino de Mitanni ya había llegado a su expansión máxima bajo su reinado. Probablemente, Barattarna es contemporáneo de Tutmosis I, que llegó hasta el Éufrates, adentrándose profundamente en territorio mitannio. Pero las profundas incursiones egipcias eran hechos efímeros, y tras su retirada Mitanni recuperaba rápidamente el control de la región.

Dos generaciones después la situación es similar. Niqmepa, rey de Alalakh, está subordinado a Shaushtatar, rey de Mitanni, contemporáneo de Tutmosis III, y por lo tanto sometido a una fuerte presión egipcia. Las repetidas y victoriosas campañas del rey egipcio habían logrado crear y consolidar una frontera que por el norte llegaba hasta Ugarit, en la costa, y en el valle del Orontes hasta Qadesh. Pero más al norte Mitanni conservaba el control del centro y norte de la Siria interior. Niqmepa firma tratados paritarios con otros estados (Tunip en el sur, Kizzuwatna en el norte), todos ellos bajo la influencia mitannia. Shaushtatar también se dirige hacia el este, venciendo a Asiria y sometiéndola de alguna forma. Sabemos que el rey de Mitanni se llevó de Assur unas valiosas puertas de oro y plata como botín de guerra. Una

LIBER

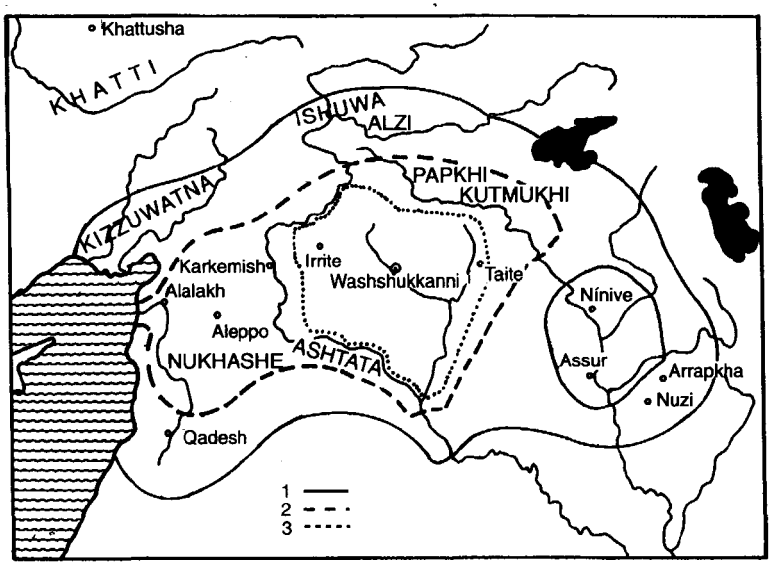


FIGURA 90. El reino de Mitanni (1: extensión máxima, en la época de Barattarna; 2: territorios controlados por Tushratta; 3: territorio en poder de Shattiwaza).

vez trazada en el sur la frontera con Egipto, en las otras direcciones Shaushtatar consigue que la potencia mitannia llegue a su apogeo. Asiria y Kizzuwatna, que tenían tradiciones y estatus de grandes potencias, quedan reducidas al rango de reinos vasallos, lo mismo que los estados menores del norte de Siria. En este momento, dada la decadencia hitita y casita, Mitanni es el estado más poderoso de toda Asia anterior, el único capaz de hacer frente a la expansión egipcia en Siria-Palestina.

Las relaciones entre Egipto y Mitanni, que habían sido tirantes durante más de un siglo (desde mediados del XVI hasta mediados del XV), cambian de signo. La frontera trazada en el sur de Siria satisface a ambos contendientes, que tienen dificultades para hacer avanzar más allá a sus tropas en territorio enemigo, y se conforman con los tributos que reciben de las zonas bajo su control. La dinastía de Mitanni y la egipcia de los tutmósidas, que sustituye el ardor guerrero por un espíritu más pacífico, se unen con lazos de parentesco y establecen un procedimiento de intercambio de regalos, embajadores y cartas. Las bodas son unidireccionales: una hija de Artatama I se casa con Tutmosis IV, una hija de Shuttarna II con Amenofis III, y una hija de Tushratta con Amenofis IV. Para Egipto la situación es inmejorable. La larga cabeza de puente en Siria-Palestina protege las fronteras del país, proporciona bienes asiáticos (en forma de tributos), y pone a los faraones en contacto matrimonial, diplomático y comercial con los grandes reyes asiáticos, garantizando a Egipto una posición central y una superioridad de hecho. La amistad con el reino de Mitanni y la fuerza militar disuasoria, siempre disponible, alejan todo peligro de la frontera septentrional de las posesiones asiáticas. Mitanni también saca provecho de la seguridad del frente sur y su amistad con Egipto, ya que puede centrar sus esfuerzos en el turbulento frente anatólico. Aquí el reino de Kizzuwatna es un estado

CUADRO 15. Anatolia, Siria, Alta Mesopotamia, *c.* 1600-1350.

	Khatti	Kizzuwatna	Alalakh	Mitanni
				c. 1620: comienzos del reino de Mitanni
	Murshili I a *c.* 1620-1590		*c.* 1600: destrucción nivel VII a	
1600				
	Khantili I			Kirta (?)
	Zidanta I		nivel VI *c.* 1600-1540	Shuttarna I (?)
	Ammuna	*c.* 1550: comienzos del reino de Kizzuwatna		»
	Khuzziya I Telipinu b	Ishputakhshu b	nivel V *c.* 1540-1480	»
	Takhurwaili c	Ekheya c		»
1500				
	Alluwamma			»
			c. 1480: principio nivel IV	
	Khantili II	Paddatishshu		»
	Zidanta II d	Pilliya de	Idrimi ef	Barattarna f
	Khuzziya II			Parshatatar
	Tudkhaliya I	Shunashshura g	Niqmepa gh	Shaushtatar h
	Khattushili II	*c.* 1400: final del reino de Kizzuwatna	Ilim-ilimma II	Artatama I
1400				
	Tudkhaliya II		»	Shuttarna II
	Arnuwanda I Tudkhaliya III		»	(Artashumara)
			»	Tushratta I
	Shuppiluliuma I il *c.* 1370-1342		Itur-Addu i	*c.* 1375-1350
1350				

a--a = sincronismo atestiguado.

tapón entre Mitanni y Khatti, con los hititas por lo general confinados al otro lado de la barrera del Taurus, pero siempre dispuestos a recuperar sus antiguas posesiones de la época de Khattushili I y Murshili I. Hay oscilaciones en las relaciones de fuerza entre Mitanni y Khatti. Mitanni pierde Kizzuwatna, pero en líneas generales mantiene una posición bastante sólida y, a menudo, hegemónica, hasta la subida al trono hitita de Shuppiluliuma.

Llegados a este punto, la situación, desde el punto de vista mitannio, todavía está bajo control. Una primera incursión hitita es rechazada por Tushratta, que entrega parte del botín al faraón. En el archivo de el-Amarna aparece Tushratta enfrascado de lleno en las negociaciones matrimoniales, los contactos epistolares y las peticiones de regalos. El segundo ataque llega de improviso, y desde una dirección inesperada. En vez de pasar por Kizzuwatna, el rey hitita cruza el Éufrates mucho más al

LIBER

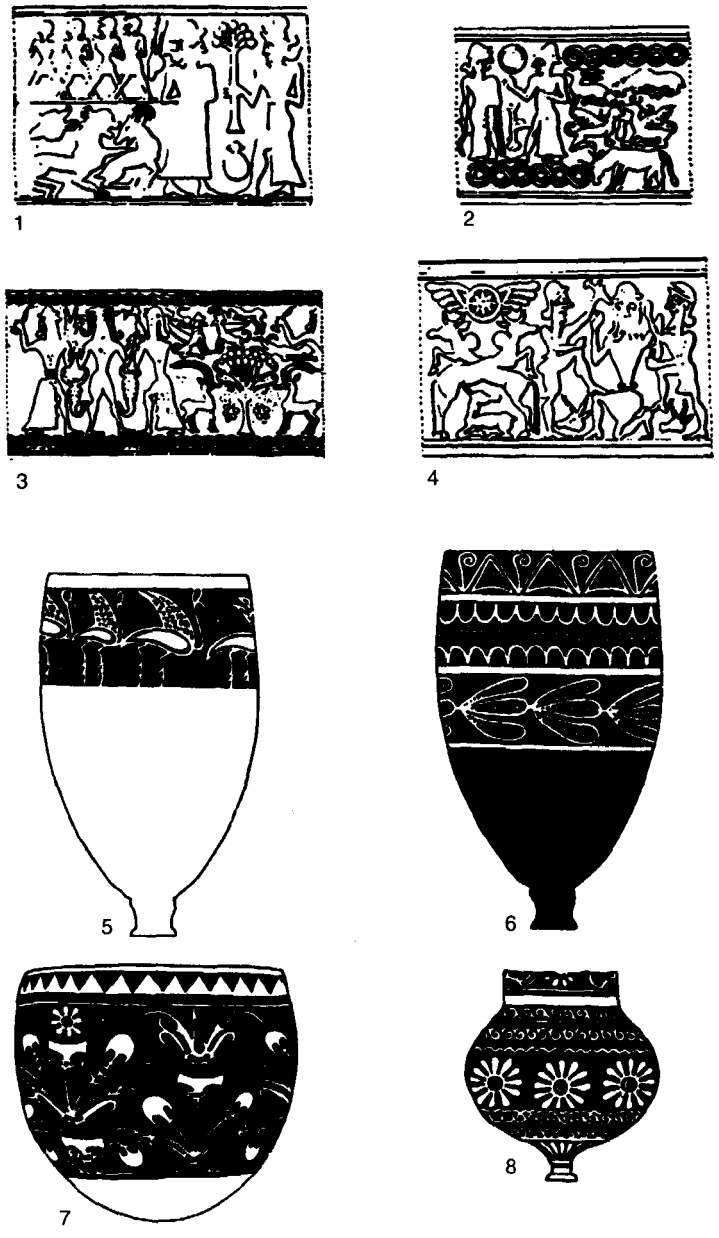


FIGURA 91. Artesanía mitannia. 1-4 glíptica (improntas en tablillas de Kirkuk); 5-8: cerámica de palacio (de Alalakh).

LIBER

norte, en el reino de Ishuwa, y desde allí va derecho hacia Washshukkanni. Tushratta evita la batalla campal y se hace fuerte en la capital, pero la situación se le va de las manos. El ejército hitita prosigue hasta Siria, conquistando uno tras otro los estados locales súbditos de Mitanni para detenerse en el curso alto del Orontes, junto a la frontera con Egipto, aceptando la «espontánea» sumisión de Ugarit y Amurru, hasta entonces súbditos del faraón. Mientras tanto, Tushratta es asesinado, y con el consentimiento hitita sube al trono Artatama II. Éste no tarda en plegarse a las presiones de Asiria, que ha recuperado poder e iniciativa aprovechando las dificultades de Mitanni. Shuppiluliuma contrapone el filohitita Shattiwaza al filoasirio Artatama. Shattiwaza está exiliado en su corte, y se ha convertido en su yerno. Es la baza de Shuppiluliuma para extender a Mitanni el dominio hitita. Una expedición de Shattiwaza y Piyashshili (hijo de Shuppiluliuma y rey de Karkemish) arrebata el trono a Artatama y el control de Mitanni a los asirios. Empieza así el penúltimo y poco glorioso capítulo de la historia de Mitanni. Al someterse a Khatti, debe ceder la orilla izquierda del valle del Éufrates al reino de Karkemish (como pago por el papel decisivo de Piyashshili y sus tropas en la entronización de Shattiwaza), renunciar a toda aspiración y comportamiento de gran rey, y someterse a los hititas, aunque el tradicional prestigio de Mitanni es respetado.

Esta fase dura poco, porque los reyes asirios (como veremos con detalle al hablar de ellos) atacan varias veces Mitanni (o Khanigalbat, como dicen ellos), sin que los hititas logren defender adecuadamente sus posiciones. Asiria se hallaba en una posición más ventajosa que los hititas para enviar ejércitos a la Alta Mesopotamia, y además su penetración militar y comercial en la zona ya es antigua. Poco a poco los hititas van perdiendo posiciones, y se retiran al otro lado del Éufrates. Por lo tanto, el último capítulo de la historia mitannia es el sometimiento a Asiria, que en el siglo XIII culmina con la anexión directa.

En los tres siglos de su hegemonía en Oriente Próximo, además de unificar y poner en primer plano, por una vez, el elemento hurrita, que siempre había estado marginado, Mitanni hizo aportaciones muy importantes a la región, aunque la falta de documentación explícita nos impide conocerlas bien. Se cree que tuvo mucho que ver con la difusión del carro y el caballo, que pronto se convirtieron en un patrimonio común de todo Oriente Próximo (incluyendo Egipto). También se puede atribuir a Mitanni un papel importante en la formación de la «aristocracia militar» de los *maryannu*, cuya difusión coincide, a grandes rasgos, con la difusión máxima de la influencia mitannia. Por último, parece que Mitanni tuvo una participación decisiva en la elaboración de los valores y formas propios de la organización política a dos niveles, característica del Bronce Tardío en Oriente Próximo. Al no disponer de los archivos de la capital mitannia, no podemos valorar con precisión la aportación de Mitanni a la cultura y la política de la época. Pero sabemos con certeza que la difusión de elementos culturales hurritas por Siria y Anatolia (donde seguirán haciéndose notar, incluso tras la desaparición de Mitanni como reino autónomo) es el resultado de la hegemonía política de Mitanni y de su particular capacidad de penetración sociopolítica.

LIBER

2. NUZI Y LA SOCIEDAD MITANNIA

Dado el vacío documental de la zona central del reino mitannio, las dos ciudades periféricas de Alalakh (nivel IV) en Siria, y Nuzi (Yorghan Tepe) al este del Tigris, son las que nos informan sobre la economía y la sociedad del estado hurrita en el siglo XV. Las coincidencias de ambos centros, contemporáneos y sometidos políticamente a la autoridad de Mitanni, no anulan las diferencias entre las tradiciones y el sistema social de Siria y el este mesopotámico. En ambas ciudades la sociedad se organiza en función de su relación con el palacio real. En Alalakh la organización administrativa es muy clara. La población se divide en cuatro categorías: *maryannu* (elite militar de los conductores de carro), *eḫele* (otros dependientes del palacio de rango inferior), *ḫupšu* (campesinos libres) y *ḫaniaḫḫu* (pastores libres). La administración conoce de forma pormenorizada, familia por familia, el número de miembros de cada clase y los nombres de los cabezas de familia de cada aldea, con distintas obligaciones fiscales y laborales. La estructura de la sociedad de Nuzi es muy parecida, aunque la documentación jurídica se centra en algunos aspectos y problemas.

El yacimiento de Nuzi no es grande. En buena medida está ocupado por un «palacio» y algunas casas privadas de tamaño regular. Es un centro administrativo de ámbito rural que podríamos situar en un tercer escalón jerárquico. En efecto, Nuzi forma parte del reino de Arrapkha (el actual Kirkuk), donde hay un rey y un palacio real. A su vez, el de Arrapkha es un «reino pequeño» que depende del «gran rey» de Mitanni. Este último (Khanigalbat) aparece en los textos de Nuzi como entidad lejana, de donde llegan mensajeros y otros huéspedes del palacio, caballos, corazas y vestidos lujosos, y adonde de vez en cuando debe dirigirse algún habitante de la ciudad. En los textos no suele aparecer el rey de Arrapkha. El archivo tiene, pues, un rango meramente local.

Las tablillas procedentes de los archivos del palacio y el área del templo se refieren a las actividades económicas típicamente reservadas a la organización central: almacenamiento y reparto de material bélico (armas, corazas, caballos), tejido y gestión de las tierras palatinas. Existen tierras palatinas, y otras entregadas en usufructo a dependientes del palacio, a cambio de su servicio. Pero la mayor parte de las tierras de las que tenemos noticia se explotan en régimen «privado», y la documentación no procede del archivo del palacio, sino de archivos familiares hallados en conjuntos residenciales suburbanos. Estos archivos pertenecen a los próceres de Nuzi, que se dedican activamente a la compra y gestión de fincas rurales.

Naturalmente, los archivos concentrados en la pequeña ciudad se refieren a todo el territorio, cuyas aldeas se reúnen en «distritos» (*dimtu*) separados por pastos y tierras sin cultivar. Parte de los cultivos son de regadío, pero prevalecen los de secano. Disponemos de datos técnicos sobre la agricultura y el paisaje agrícola: rendimientos (del orden de 1:5-1:8, con un máximo teórico de 1:10 en las cláusulas penales), forma y extensión de las parcelas (que suelen ser cuadrangulares, en vez de alargadas como en la Baja Mesopotamia), diferenciación de cultivos, trashumancia, etc.

Pero la principal documentación se refiere a las relaciones jurídicas y económicas en la sociedad nuziana, sumida en un estado de disgregación avanzada, con una separación cada vez mayor entre familias y tierras, trabajo y propiedad. La clase de los pequeños propietarios de campos familiares (cultivados personalmente en el ám-

bito de comunidades de aldea), que aquí, como en todos lados, es el tejido básico de la sociedad, se encuentra sumida en una profunda crisis por endeudamiento. El primer paso es el préstamo con interés (del 50 por 100), de vencimiento anual, al llegar la siguiente cosecha. El segundo paso es el préstamo garantizado con una fianza (*tidennūtu*) de carácter personal o territorial. Cuando no se devuelve el préstamo, hecho que debía ser frecuente (pues el primer tipo de crédito con interés resultaba ya muy gravoso), el acreedor adquiere mano de obra como descuento de los intereses (*en estado de servidumbre prolongada, cuando no vitalicia*), o el usufructo de la garantía territorial. El tercer paso es la venta propiamente dicha, con la que los pequeños propietarios suelen quedarse en su antiguo predio, pero como colonos sometidos al nuevo propietario.

El dato típico de los textos de Nuzi, en particular sobre el tercer estadio de servidumbre, es que las ventas se presentan bajo la ficción jurídica de la adopción, bien con una relación padre-hijo (*mārūtu*, la más frecuente), bien con una relación de hermandad (*aḫḫūtu*). El adoptado entrega un «regalo» al adoptador, que por su cuantía es claramente el precio de compra enmascarado. Por su parte, el adoptador entrega al adoptado una «cuota» de herencia que puede ser parcial (en presencia de otros hijos, que se convierten en hermanos del adoptado) o total. Así pues, detrás de la ficción jurídica lo que hay es un préstamo del adoptado al adoptador, que se recupera una vez muerto el «padre», en el momento del reparto hereditario. El pago del regalo-precio y el hecho de que los adoptadores son numerosos pequeños propietarios, y los adoptados unos pocos ricos terratenientes, revelan que la adopción es ficticia. El terrateniente más famoso, un tal Tekhip-tilla, se hace adoptar cien veces por otros tantos deudores, adquiriendo de esta forma miles de hectáreas de tierra.

Se ha discutido mucho (sobre todo en el pasado) acerca del significado de esta ficción jurídica, y se ha propuesto una explicación «feudal»: se trataría de tierras del rey cedidas en usufructo a dependientes palatinos, que por ello no podrían ser enajenadas (salvo por transmisión familiar). O se trataría incluso de un funcionario de palacio (el citado Tekhip-tilla) que se hace «adoptar» por los beneficiarios de las tierras del rey para poder recuperar sus asignaciones a la muerte de estos últimos, mientras que el «regalo» sería la contribución del palacio a la gestión agrícola del beneficiario. En realidad, se trata de tierras familiares, y los miembros de la familia, por una antigua usanza, no disponen de ellas con total libertad y están obligados a transmitirlas en el ámbito de la familia. En un estado de extrema desintegración de las relaciones económicas y familiares se recurre a la ficción de la «adopción» para sortear los obstáculos consuetudinarios que todavía se oponen a las ventas generalizadas de tierras. Esta práctica, atestiguada en otros lugares, es moneda corriente en Nuzi, y hace que todo el mecanismo tenga un cariz aberrante.

Aparte de eso, en Nuzi hay adopciones de verdad, que se distinguen fácilmente por las cláusulas específicas. En Nuzi, y en todo el antiguo Oriente, estas adopciones «auténticas» no se realizan para amparar a un niño pequeño y solo en el mundo, incapaz de sobrevivir si alguien no se ocupa de él. Al contrario, el adoptado suele ser una persona adulta y capacitada, y los adoptadores, viejos y sin descendientes naturales, son los que necesitan a alguien que les cuide durante el resto de sus días. Se puede decir que las adopciones verdaderas despejan el camino a las falsas: en ambos casos los adoptadores reciben una asistencia (el «regalo» en el caso de las falsas, comida y ropa durante el resto de la vida en el caso de las verdaderas), y sólo se pueden

LIBER

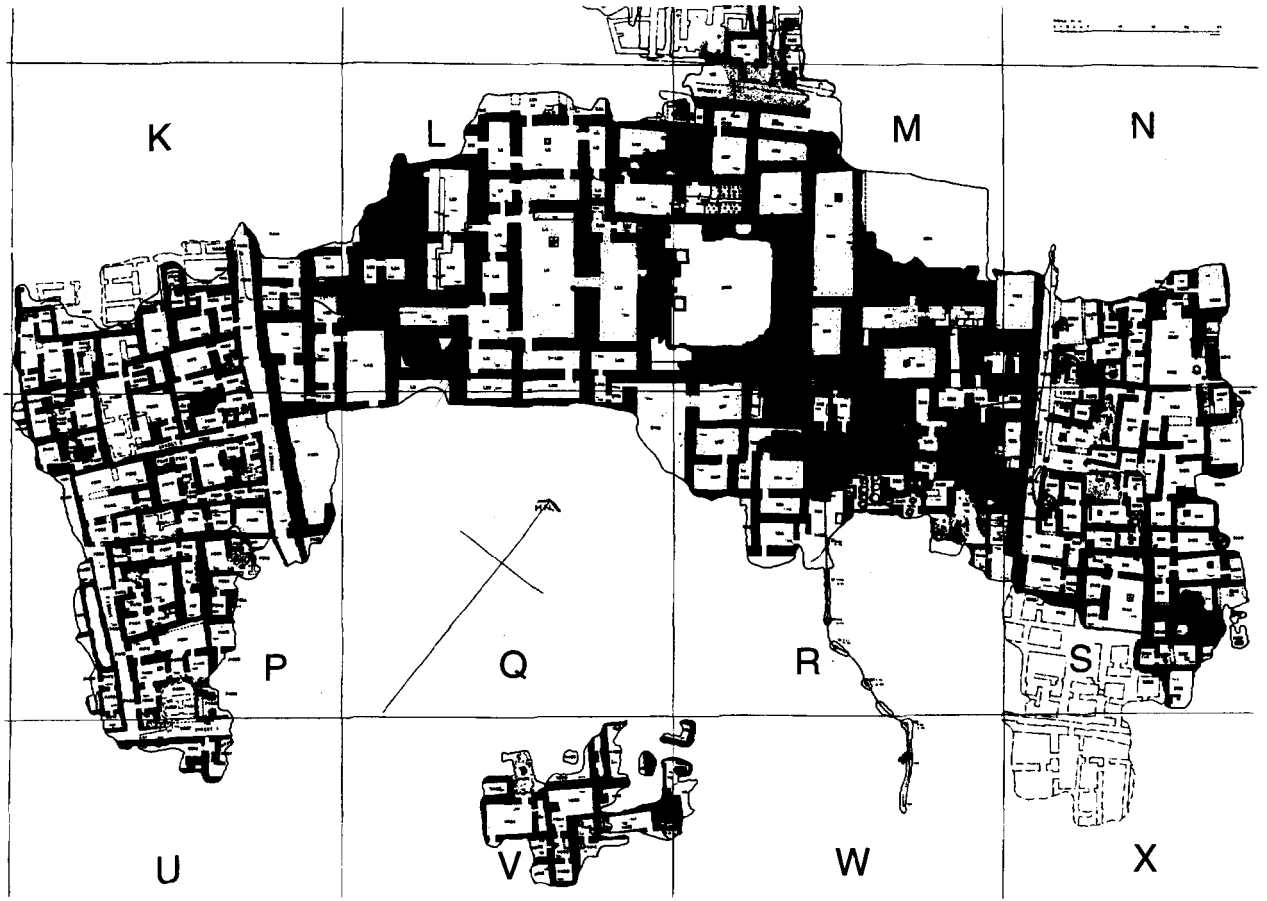


FIGURA 92. Planta de Nuzi: en el centro está el palacio (que destaca por el espesor de sus muros), y a los lados las viviendas privadas. En las afueras de la pequeña ciudad están las «villas» de los hombres más importantes (Tekhip-tilla, Shilwa-Teshub).

LIBER

DOCUMENTO: TRES DOCUMENTOS JURÍDICOS DE NUZI

1. *Adopción con fines de compraventa («tuppi mārūti»)*

«Tablilla de adopción con arreglo a la cual Wur-Teshub, hijo de Akiptashenni, ha adoptado a Tarmi-tilla, hijo de Shukri-tilla. Como parte de su herencia, ha dado a Tarmi-tilla 9 *awe̯hari* (cerca de una hectárea) de tierra en el distrito rural Birishanni de NP, al este de la tierra de Tiesh-urkhe, al norte de la tierra del mismo Tiesh-urkhe, al sur de la tierra de Zike, al oeste del camino que lleva al distrito rural Nawiya. Tarmi-tilla, por su parte, ha dado a Wur-Teshub 4 *imērū* (= 270 litros) de cebada. Wur-Teshub se hará cargo del servicio de prestación de la tierra. Si la tierra es objeto de una reivindicación, Wur-Teshub la liberará y se la entregará a Tarmi-tilla. Quien incumpla los acuerdos pagará 1 mina de plata y 1 mina de oro. La presente tablilla ha sido escrita después de la proclamación, en Nuzi, en el lugar de la puerta de entrada (7 testigos, 7 sellos).»

2. *Contrato de préstamo con garantía personal anticrética («tidennūtu»)*

«Tablilla de *tidennūtu* de Tekhip-tilla, hijo de Pukhi-shenni. Khalu-shenni, hijo de Shattu-kewe, ha tomado 8 *imērū* de cebada y a cambio de la cebada su hijo Ar-tidi residirá durante 8 años en la casa de Tekhip-tilla. Cuando hayan transcurrido los 8 años, Khalu-shenni devolverá los 8 *imērū* de cebada y se llevará a su hijo. Si (Ar-tidi) se ausenta del trabajo de Tekhip-tilla durante un solo día, pagará una mina de cobre por día. Si Ar-tidi muere, (Tekhip-tilla) tomará otro hijo de Khalu-shenni. Si Khalu-shenni incumple los acuerdos, pagará 1 mina de plata (10 testigos). Estos son los hombres que han entregado la cebada (4 sellos).»

3. *Proceso por difamación*

«Akawatil, hijo de Wullu, ha aparecido en juicio ante los jueces contra Akkul-enni, hijo de Mush-teya. Así (ha declarado) Akawatil: "Akkul-enni me ha dicho: ¡estás lleno de lepra!". Los jueces interrogaron a Akkul-enni y éste (declaró): "No he dicho eso". Entonces los jueces le dijeron a Akawatil: "Trae a tus testigos, que Akkul-enni te haya dicho que estabas lleno de lepra". Akawatil llevó a PN_1, PN_2, PN_3: tres testigos de Akawatil que han sido identificados ante los jueces. Esta es su declaración: "Akkul-enni le ha dicho esto a Akawatil: ¡Estás lleno de lepra! ¡No te acerques a mí!". Entonces los jueces mandaron a PN_4, PN_5, PN_6 —tres alguaciles— junto con Akkul-enni para que "levantase a los dioses" (ritual del juramento, en este caso redentor); pero Akkul-enni se retractó ante los dioses. Akawatil prevaleció en el juicio, y los jueces condenaron a Akkul-enni a pagar a Akawatil un buey (3 sellos, nombre del escriba).»

pagar con la cesión de la herencia territorial. Sin embargo, los vínculos personales que establecen son muy distintos, y ciertas cláusulas ponen en evidencia esta diferencia. En el caso de las adopciones verdaderas, el adoptado carga con las obligaciones que normalmente corresponden a los hijos naturales: tiene que alimentar y cuidar a sus padres, respetarles mientras vivan y llorar su muerte, buscarles si se pierden, etc. El adoptado falso está exento de todo esto (unas veces de forma explícita, por lo general de forma implícita). No debe buscarles si desaparecen, no debe llorar su muerte... todas sus obligaciones se concretan en el préstamo de dinero, y lo único que espera a cambio es la herencia.

Lo mismo se puede decir de las obligaciones de carácter público. Los propietarios de tierras familiares están obligados a prestar el servicio de prestación (*ilku*) al palacio. Se trata de un servicio militar, cuando es necesario, y más a menudo de trabajo agrícola en las tierras del palacio, u otros trabajos requeridos por éste. Al estipular los contratos de «adopción» se especifica que al adoptador, y no al adoptado, le corresponde prestar el *ilku* (¿acaso podría Tekhip-tilla realizar prestaciones para un centenar de padres adoptivos?). Los adoptadores, por lo general (salvo que se disponga otra cosa), siguen trabajando su parcela como antes, y el cambio de propietario tiene lugar a su muerte.

Para un observador que sólo se fije en los aspectos externos del campo nuziano, no ha cambiado nada: las mismas personas siguen trabajando las mismas tierras, la propiedad sigue estando parcelada y el palacio sigue percibiendo impuestos y trabajo. Pero el cambio tiene lugar a escala de la propiedad de los medios de producción. La clase de los pequeños propietarios se está convirtiendo en una clase de siervos, y la propiedad se concentra en unas pocas manos. Hace tiempo que el palacio no publica esos edictos periódicos que trataban de enderezar las cosas, y el proceso de servidumbre ya no encuentra obstáculos de ningún tipo. El hecho es que Tekhip-tilla, terrateniente e hijo adoptivo profesional, y el «hijo del rey» Shilwa-Teshub, instalado en el palacio, pertenecen a la misma clase y tienen los mismos intereses económicos, junto con todos los demás *maryannu* y otros miembros de una aristocracia que es militar por sus ideales heroicos, pero terrateniente por su base económica.

En Nuzi la situación no es más grave que en los reinos limítrofes. A este reino llegan con frecuencia fugitivos procedentes del país de Akkad (el reino babilonio, su vecino meridional) o de otros lugares. Son personas que han llegado al último estadio de servidumbre en sus países de origen, y al verse expropiados de su predio y esclavizados, optan por la huida. Pero en el país que los acoge su suerte no es mucho mejor, ya que firman contratos de servidumbre vitalicia, comprometiéndose a trabajar para el terrateniente que les permite sobrevivir. Todas las relaciones personales se rigen por la fuerza económica. Los mecanismos de compensación en el interior de la familia y la comunidad de aldea, gracias a los cuales todos los núcleos podían superar las situaciones críticas, son ahora inviables. El rey ya no enseña su cara paternal, de «buen pastor», sino la misma cara de quienes se aprovechan de las dificultades de los pequeños campesinos para aumentar sus propiedades y su poder.

La corrupción también es moneda corriente en la práctica judicial. Puede que sea un caso, pero hay un divertido documento procesal sobre un «alcalde» de Nuzi que, aprovechándose de su cargo, comete una serie de abusos. De la lectura del texto se desprende que la costumbre de dar una «propina» al empleado público para que dé curso a un asunto, además de ser habitual, se considera legítima. Lo que ya no

es legítimo es que el funcionario, después de haber aceptado la propina, no corresponda haciendo el favor previsto. Casualidades aparte, hay cierto paralelismo entre el «regalo» entregado para ser adoptado y la «propina» entregada para obtener un favor de la autoridad pública. Y hay el mismo tufillo en los documentos que establecen que Tekhip-tilla no llorará la muerte de su padre adoptivo, y en los que acusan al alcalde por no haber cumplido los favores por los que se le había corrompido.

3. Kizzuwatna y el Reino Medio hitita

En los dos siglos de hegemonía mitannia en la Alta Mesopotamia (XVI y XV), Anatolia está dividida y pasa por complicados avatares políticos, que, con la documentación a nuestro alcance, sólo se pueden reconstruir en parte (todavía hay problemas con la cronología y las secuencias dinásticas). Entre la unificación de Murshili I y la de Shuppiluliuma hay un periodo en el que el reino hitita es una de tantas formaciones estatales autónomas, cuyas relaciones recíprocas pasan por fases de guerras y alianzas.

El edicto de Telipinu pretende hacer creer que la crisis posterior a la muerte de Murshili I es consecuencia de las disputas internas. Pero éstas ya eran frecuentes en la época floreciente de Khattushili I y Murshili I, como se desprende del testamento del primero, y tampoco cesaron con la «reforma» del propio Telipinu. En la corte hitita hay una tensión constante, que llega a su grado máximo con el regicidio y la usurpación. Pero al margen de la turbulencia interna, la suerte del estado hitita también está determinada por sus relaciones de fuerza con otros estados que también poseen sus ciclos, sus crisis y sus recuperaciones.

El reinado de Khantili, sucesor de Murshili y responsable de su muerte, es largo y fructífero, pero lleno de dificultades: se enfrenta a Mitanni en la línea del Éufrates (desde Tegarama, al oeste de Malatya, hasta Karkemish), fortifica las ciudades hititas y la propia capital Khattusha, y por el oeste tiene que luchar contra la primera incursión de un pueblo de montañeses, los kashka, que asolan ciudades y santuarios como Nerikka y Tiliura, entorpeciendo el control hitita sobre la zona del Ponto y amenazando el propio país de Khatti.

La crisis se agudiza al máximo bajo el reinado de Ammuna (que según Telipinu es regicida y parricida, y por lo tanto merecedor del castigo divino). Surgen dificultades internas (cosechas insuficientes, devastación provocada por los kashka), pero lo peor es la pérdida de extensos territorios que los ejércitos de Ammuna son incapaces de defender, sufriendo una serie de derrotas. En el suroeste de Anatolia se independiza el reino de Arzawa, cuyo control durante el Antiguo Reino hitita no debía haber sido muy firme, y en el sureste Cilicia (Adana), que en poco tiempo se convirtió en un reino independiente, con el nombre de Kizzuwatna. Este reino, de población mayoritariamente luvita, posee influencias evidentes de los elementos hurrita e indoiranio del vecino Mitanni, y asume la función de estado tapón entre Khatti y Mitanni, pero con una extensión y un poderío similares a los de sus importantes vecinos.

También para Telipinu las relaciones con Kizzuwatna constituyen un serio problema, porque los hititas no quieren renunciar a sus aspiraciones expansionistas en el sureste. Telipinu llega hasta Khashshum y Lawazantiya en sus campañas militares, interfiriendo, sin duda, con la esfera de influencia de Kizzuwatna. Pero al final fir-

DOCUMENTO: DEL EDICTO DE TELIPINU: MODELO Y ANTIMODELO DE LA REALEZA

«Así Tabarna Telipinu, Gran Rey. Antaño fue Labarna Gran Rey, y sus hijos, sus hermanos, sus parientes adquiridos y los hombres de su estirpe y sus soldados estaban unidos. El país era pequeño, pero adondequiera que fuese en son de guerra tenía con (su) brazo vencidas las tierras enemigas. Devastaba regiones y regiones, arrebató poder a regiones y conquistó regiones hasta los confines del mar. Cuando volvía de las expediciones, cada hijo suyo iba a cada una de las regiones (conquistadas): Khupishna, Tuwanuwa, Nenashsha, Landa, Zallara, Parshukhanda, Lushna —ellos gobernaban las distintas regiones y las grandes ciudades se alimentaban de leche materna.

»Luego reinó Khattushili: también sus hijos, sus hermanos, sus parientes adquiridos y los hombres de su estirpe y sus soldados estaban unidos. Adondequiera que fuese en son de guerra, también él tenía con (su) brazo vencidas las tierras enemigas. Devastaba regiones y regiones, arrebató poder a regiones y conquistó regiones hasta los confines del mar. Cuando volvía de las expediciones, cada hijo suyo iba a cada una de las regiones (conquistadas), y también por su mano las grandes ciudades se alimentaban de leche materna. Pero cuando los siervos de los príncipes se depravaron, empezaron a devorar sus casas, empezaron a conjurarse cada vez más contra sus señores y empezaron a derramar cada vez más sangre.

»Cuando reinó Murshili en Khattusha, también sus hijos, sus hermanos, sus parientes adquiridos y los hombres de su estirpe y sus soldados estaban unidos: él tenía con (su) brazo vencidas las tierras enemigas, arrebató poder a regiones y conquistó regiones hasta los confines del mar. Marchó sobre Aleppo, destruyó Aleppo y llevó a Khattusha a la población y los bienes de Aleppo. Luego marchó sobre Babilonia, derrotó a los hurritas y llevó a Khattusha a la población y los bienes de Babilonia.

»Khantili era un copero, tenía por esposa a la hermana de Murshili. Zidanta subió con Khantili e hicieron una acción malvada: mataron a Murshili y derramaron sangre ... Cuando Khantili se hizo viejo y estuvo a punto de convertirse en dios, Zidanta mató a Pisheni, el hijo de Khantili, y a sus hijos, y mató también a sus siervos más importantes. Zidanta se convirtió en rey, pero los dioses quisieron venganza por la sangre de Pisheni: los dioses hicieron que su hijo Ammuna fuera su enemigo, y él mató a su padre Zidanta ... La sangre de la Gran Estirpe se extendió, la reina Ishtapariya murió, y después también murió el príncipe Ammuna. Los hombres de los dioses iban diciendo: "¡En Khattusha la sangre se ha extendido!".

»Entonces yo, Telipinu, convoqué en Khattusha la asamblea: ¡Que en el futuro nadie le haga daño a un hijo de la estirpe (real)! ¡Que nadie le clave un puñal! Sólo sea rey el hijo príncipe de primer rango. Si no hay un hijo de primer rango sea rey quien es hijo de segundo rango. Si no hay un hijo varón, tómese un marido para una hija de primer rango y que éste sea rey. ¡En

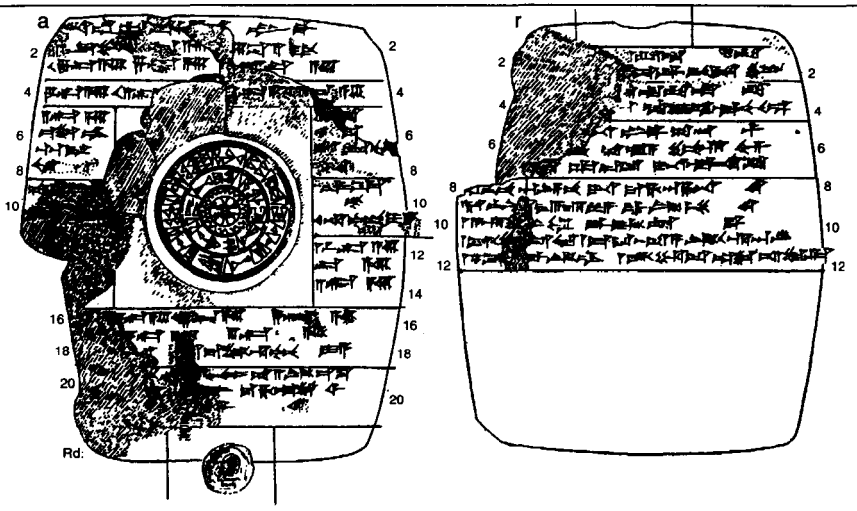
> el futuro, aquel que sea rey después de mí, que sus hermanos, sus hijos, sus parientes adquiridos y los hombres de su estirpe y sus soldados permanezcan unidos, y sucederá entonces que tendrá con (su) brazo vencidas las tierras (conquistadas)!»

ma un tratado paritario con el rey Ishputakhshu. En un sello encontrado en Tarso, una de sus ciudades, el segundo lleva el título de gran rey, lo que implica una independencia absoluta de Khatti y Mitanni, con los que trata de igual a igual.

Pero a Telipinu se le conoce sobre todo por su «edicto» de reforma del sistema de sucesión al trono (varias veces citado). Según Telipinu, las discordias internas y la crisis del estado hitita se deben a los fallos en el mecanismo de sucesión al trono. Propone acabar con las recientes discordias, volver al clima de unión y solidaridad que había reinado en los buenos tiempos pasados, y regular con precisión la sucesión al trono. En realidad, el propio Telipinu es un usurpador, al haber estado implicado en el regicidio que le despejó el camino del trono. Su propuesta de hacer «tabla rasa» de la situación es un intento de conjurar la amenaza de atentado que se había cernido siempre sobre los reyes anteriores a él. Para ser aceptado como rey, recuerda a los círculos cortesanos que en el pasado los regicidios habían sido moneda corriente, que toda la clase dirigente estaba implicada más o menos directamente en estos hechos, y en beneficio de todos habría que poner coto a las venganzas y conjuraciones. La «reforma» de la sucesión al trono no es otra cosa que la formalización de una costumbre: si hay un príncipe de primer rango (hijo del rey y de la reina, esposa de primer rango), tiene preferencia; luego están los hijos de segundo rango, y por último los yernos. Es el mismo mecanismo que en el pasado había inducido a los yernos de los reyes a matar a los hijos de estos últimos para subir al trono. De hecho, después de Telipinu las intrigas dinásticas continúan, y se puede decir que se agudizan.

La parte más eficaz y realista del edicto de Telipinu es una sección final (que se suele infravalorar), referente a la organización de las tierras de la clase dirigente, consideradas como asignaciones reales. En un país devastado en parte por los kashka y otros invasores, con defensas inadecuadas y asolado por las venganzas internas, según Telipinu, muchas propiedades habían acabado en manos de los siervos, que se habían beneficiado de los asesinatos y las consiguientes denuncias y condenas. Con Telipinu proliferan los documentos de asignación real de tierras a los dependientes del palacio (típicos de todo el Reino Medio), que están garantizadas por el sello del rey, con una solemne declaración de que la palabra del rey es inmutable. De hecho, estas asignaciones son definitivas, y están condicionadas a la lealtad, más que a la prestación de un servicio. Mediante la asignación de tierras el rey trata de estrechar unos lazos económicos con la clase dirigente, impulsando el proceso de unificación y estabilización que ya había comenzado con Khattushili. Con Telipinu este proceso pasa por una etapa bien reflejada en los documentos, aunque en realidad no sea excepcional.

Después de Telipinu, durante toda la primera mitad del siglo XV, sigue habiendo las mismas dificultades. El reino hitita es débil, todavía está sometido a la presión de los kashka por el norte, y forma parte de un sistema regional de reinos de rango



ANVERSO
Enumeración de las parcelas asignadas, señalando sus dimensiones y características productivas.

REVERSO
Fórmula de donación:
1 [LUGAL.GAL *IŠ-ŠI-MA A-NA* ^{m}*a] t-ta-at-ta*
2 [.....*A-na* N] Ì .BA-*ŠU ID-DI-IN*
3 [*UR-RA-AM ŠE-E-RA-AM A-N] A* ^{m}*at-ta-at-ta*
4 [*A-NA* DUMU^{MEŠ}-*ŠU MA-AM-MA-*] *A-AN LA I-RA-AG-GU-UM*
5 [*A-WA-AT ta-ba-ar-*]*na* LUGAL.GAL *ŠA* AN.BAR
6 [*ŠA LA-A NA-A-DI-A-*]*AM ŠA ŠE-BI-RI-IM*
7 [*ŠA UŠ-PA-A*] *Ḫ-ḪU* SAG.DU-*SÚ I-NA-AK-KI-SÚ*

[(todo ello) el gran rey ha tomado y dado a A]ttata [...com]o regalo.
[En el futuro nad]ie [podrá] disputárselo a Attatta [ni a sus hijos].
[Las palabras del Tabar]na, gran rey, (son) de hierro;
[no se discu]tan y no se incumplan.
A aquel [que las] altere que le corten la cabeza.

Leyenda cuneiforme del sello (en el centro del anverso):

círculo exterior ^{NA}4KIŠIB *ta-ba-ar-na* LUGAL GAL *ḫu-uz-zi-ya*
círculo interior *ŠA A-WA-TE*$^{(?)}$ *UŠ-PA-AḪ-ḪU* BA.ÚŠ

FIGURA 93. Asignación de tierras del rey hitita Khuzziya II (siglo XV).

y extensión similares, entre los que se cuentan Arzawa por el suroeste, Kizzuwatna por el sureste y Mitanni más allá de Kizzuwatna. En el interior de Khatti, la propia secuencia dinástica es difícil de reconstruir (se ha pensado en la existencia de dos dinastías paralelas), porque la única fuente continua, las listas de los antepasados reales que aparecen en los textos cultuales de la época imperial, posee evidentes lagunas y puede que alguna inversión. Por ejemplo, se ha encontrado un importante texto de un rey hitita, Takhurwaili, que no aparece en dichas listas, lo cual indica que se redactaron haciendo una selección, basada en la legitimidad u otras razones.

Paralelamente está documentada la secuencia dinástica de Kizzuwatna. Hay un Shunashshura contemporáneo de Niqmepa de Alalakh, y ambos son, de alguna manera, súbditos de Shaushtatar de Mitanni (que está en la cima de su poder). Luego hay una serie de tratados paritarios entre Khatti y Kizzuwatna, cuya sucesión está condicionada por la reconstrucción de la secuencia dinástica hitita, pero en cualquier caso atestiguada por los sincronismos entre Pilliya y Zidanta II, Ekheya y Takhurwaili, y Paddatishshu y un desconocido rey hitita. Los tratados regulan cuestiones fronterizas y, sobre todo, el problema de la extradición de los refugiados, que es el principal escollo en las relaciones internacionales de la época. La estructura de los tratados es totalmente simétrica (como en el que firmaran Idrimi y Pilliya): se repiten cláusulas exactamente iguales para ambos firmantes, y hay un afán obsesivo por subrayar en el plano formal la igualdad de rango que éstos se reconocen mutuamente.

En torno a 1450 hay una clara intensificación de la actividad militar y política hitita, que altera el estado de equilibrio y policentrismo característico de la primera mitad del siglo. El artífice de esta recuperación es Tudkhaliya II, que en las listas dinásticas forma pareja con la reina Nikkal-mati. Se conocen fragmentos de anales de este rey, que proporcionan valiosas informaciones. El rey hitita combate victoriosamente en Arzawa durante el primer año, en Ashshuwa (extremo oeste de Anatolia) durante el segundo, contra los kashka durante el tercero, y en Ishuwa durante el cuarto. Cosecha importantes éxitos, como el control de Kizzuwatna y Aleppo, logrado mediante tratados y no mediante conquistas, pero muy significativo, en cualquier caso, por lo que se refiere a las relaciones con Mitanni. El caso de Kizzuwatna está bien documentado, si es que se puede atribuir a Tudkhaliya II el tratado entre Shunashshura y un rey hitita que no se nombra. Este documento utiliza la vieja fórmula del tratado paritario, aplicada con frecuencia en las relaciones entre ambos países, para expresar una relación nueva, de subordinación. Esta última es presentada con mucho tiento (sin pago de tributo), con una ostensible deferencia hacia un reino que tenía a sus espaldas una gloriosa tradición de independencia y se había codeado con los grandes reyes. Pero todo esto no impide que la subordinación sea efectiva, y preludie una anexión definitiva, que tiene lugar varios decenios más tarde. La introducción histórica del tratado presenta con gran habilidad unos antecedentes de los que se deduce que dicho tratado supone una «liberación» para Shunashshura, pero al mismo tiempo deja claro que su papel de «tercera fuerza» ha desaparecido para siempre, y ha quedado reducido a una ficha de la partida entre Khatti y Khurri.

Junto a estos importantes éxitos, Tudkhaliya II y su sucesor Arnuwanda I (asociado en las listas con la reina Ashmu-Nikkal) tienen graves problemas de control político en el extremo este (Mita de Pakhkhuwa) y en el suroeste (Madduwatta). El



FIGURA 94. Varios sellos mediohititas.

Reino Medio hitita, en su rápida expansión, no ha tenido tiempo de consolidarse en las zonas marginales, donde no se ha apagado el rescoldo de las tendencias separatistas, las estrategias divergentes y las coaliciones hostiles. Es una época movida, de intensa actividad bélica, lealtades dudosas y bruscas reorientaciones, relaciones políticas y diplomáticas en continua ebullición.

La época de Tudkhaliya II y Arnuwanda I también es crucial para el proceso de organización interna del reino hitita, culminación del trabajoso recorrido hacia la unificación política y administrativa a partir de una situación de intenso fraccionamiento. En particular, al reinado de Arnuwanda se remontan muchos textos de «Instrucción» para las categorías de dependientes del rey (gobernadores y dignatarios en general), juramentos para las tropas y pactos internos, en los que las relaciones ya no son paritarias, sino de subordinación. Todo el sistema se basa en el juramento de fidelidad, y en la propia fidelidad como criterio básico de comportamiento. Es una situación que sólo puede ser controlada en el plano de las relaciones personales —como si todo el organigrama estatal fuera una inmensa familia de parientes, allegados, clientes y siervos, unida por vínculos directos y amenazada por la ambición, la traición y la conjura. Las instrucciones y los juramentos seguirán siendo la base institucional de la relación entre el rey hitita y las categorías de dependientes en los periodos posteriores (ya hablaremos de ello). Pero es importante reconocer a Tudkhaliya y Arnuwanda el mérito de haber dado una forma precisa a esta organización.

A continuación, la misma situación internacional se vuelve contra Khatti. Bajo el reinado de Khattushili II este reino pierde el control de Aleppo y Kizzuwatna, que vuelven a estar dominadas por Mitanni. Todo el occidente anatólico queda fuera del alcance de Khatti, vuelve a ser independiente y se divide en una serie de reinos autónomos. El propio país central es acosado desde todos los ángulos. Un texto posterior, al referirse a esta época, recuerda que los enemigos procedentes de Arzawa invadieron la llanura de Konya, los del sureste Kizzuwatna, los de Ishuwa la zona de Malatya, y los de Khayasha el «país alto» con el centro religioso de Shamukha, mientras que los kashka llegaron a sitiar la capital Khattusha y acabaron incendiándola.

Es un panorama muy sombrío que, sin duda, convierte en contemporáneos unos episodios escalonados en el tiempo, de distinta gravedad y duración. Pero la visión no mejora mucho si nos atenemos a otra fuente (también posterior) que trata de destacar la eficacia de la reacción hitita. El texto de las *Hazañas de Shuppiluliuma* empieza con las guerras que el joven futuro rey libró en la época de su padre Tudkhaliya III. Las tropas hititas se emplean a fondo, de forma incansable, contra los kashka del norte y los khayasha del noreste, enemigos traicioneros y «bárbaros», en un te-

LIBER

rritorio escarpado de montañas y bosques que ponen a prueba la máquina de guerra hitita. Esta es la situación en torno a 1400: los hititas se encuentran relegados al país interior y luchan contra los montañeses del norte, Kizzuwatna está sometido al control de Mitanni (que con Tushratta alcanza su poderío máximo), y Arzawa impulsa el proceso de unificación del occidente anatólico, gracias al cual este reino es admitido en el concierto internacional, entrando en contacto con el Egipto de Amenofis III.

LIBER

18. EL IMPERIO HITITA

1. SHUPPILULIUMA Y LA FORMACIÓN DEL IMPERIO

Cuando Shuppiluliuma subió al trono de Khatti (gracias a la muerte de su hermano Tudkhaliya, heredero designado), el reino se hallaba en una precaria situación. El joven rey, que ya hacia el final del reinado de su padre había dirigido las operaciones militares en el norte contra Kashka y Khayasha, siguió combatiendo sin parar durante veinte años, según las fuentes posteriores. Sin embargo, esta fase oscura y poco gloriosa era esencial, ya que los kashka representaban un peligro demasiado cercano y preocupante para la propia capital, y había que mantener a raya a las tribus montañesas si se quería llevar adelante una política más ambiciosa.

El trato dado a los kashka fue puramente militar, mientras que con el reino de los khayasha los hititas acabaron llegando a un acuerdo, sellado por la boda de una hermana de Shuppiluliuma con el jefe de aquel país montañoso. Es un tratado poco común, en el que se advierte la preocupación por las costumbres de los «bárbaros» de Khayasha, que podrían poner en peligro no sólo la dignidad de la novia, sino incluso su papel político, lo cual echaría a perder los fines del tratado. Khayasha era un estado marginado en el escenario político anatólico, pero tenía su importancia estratégica, ya que podía obstaculizar las operaciones contra los kashka, por un lado, y el acceso a Ishuwa (alto Éufrates), donde el reino hitita entraba en contacto con Mitanni, por otro. Ishuwa (que corresponde a la zona de Keban, actualmente anegada por un embalse) se inclinaba hacia Khatti, pero los acostumbrados problemas de refugiados, destierros e incursiones lo habían convertido en una zona de tensiones permanentes.

Al sur de Ishuwa empezaba Kizzuwatna, situada entre Khatti y Khurri formando una franja entre el alto Éufrates y el Mediterráneo. Era un «gran reino» atenazado por el expansionismo de Khatti y Khurri. Si durante el corto periodo de Tudkhaliya II Khatti había tomado la delantera, luego Mitanni recuperó el control aprovechándose de la crisis hitita. No conocemos en detalle la intervención de Shuppiluliuma, pero sabemos que sus resultados fueron muy positivos (y fueron mucho más allá del «protectorado» de la época de Tudkhaliya): Kizzuwatna perdió su autonomía y su dinastía reinante, pasando a ser parte del país hitita, que de esta forma se hizo con el control del Éufrates, el Amanus y la costa mediterránea.

En efecto, a medida que se guardaba las espaldas imponiendo el orden en las provincias pónticas, Shuppiluliuma quedaba con las manos libres para aplicar una política de alcance internacional. Anatolia occidental (Arzawa) quedó relegada, y todo el interés del ambicioso rey hitita se centró en Mitanni y el sur de Siria. Tal vez se

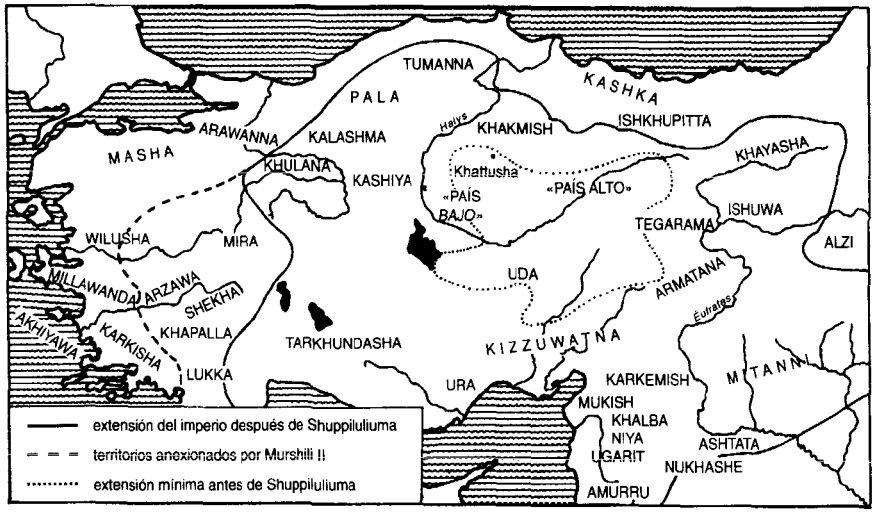


FIGURA 95. El imperio hitita (siglos XIV-XIII).

sintiera atraído por los precedentes antiguos y recientes (de Murshili I a Tudkhaliya II), y sabía muy bien que esa área era el centro de la política internacional, por lo que la única forma de pasar a primer plano era irrumpir en el gran escenario siro-mesopotámico, poniéndose en contacto con Egipto y Babilonia, de modo que Khatti saliera definitivamente de su posición marginal, al otro lado de las montañas.

El rey mitannio Tushratta tuvo un enfrentamiento victorioso con él, y se jactó de ello en una carta al faraón, hecho que ha sido sobrevalorado por los investigadores. No debieron faltar las escaramuzas e incursiones, sin que los reyes participaran en ellas personalmente. Se tiene la impresión de que durante los veinte años de reinado anatólico, Shuppiluliuma tenía puestas las miras en los asuntos sirios, pero sin salirse del campo diplomático. Consciente de la lealtad de los vasallos mitannios del norte de Siria (los principales eran Karkemish, Aleppo, Mukish, Nukhashe y Qatna) a su señor Tushratta, Shuppiluliuma entró en contacto, sobre todo, con dos reyes de la zona egipcia, que estaban interesados en los cambios políticos para sustraerse al dominio egipcio y lograr una mayor autonomía. Por lo menos es así como sus vecinos vieron a Aziru de Amurru y a Aitagama de Qadesh, denunciándolo al faraón.

Cuando Shuppiluliuma desencadenó su gran ofensiva militar que «en un solo año» le llevó desde el Éufrates al Líbano, da la impresión de que es una acción improvisada, pero nada más lejos de la realidad. Shuppiluliuma había buscado alianzas y alternativas de gobierno en la familia real de Mitanni y, por lo menos, en uno de los reinos sirios (Nukhashe), que le sirvieron de pretexto para intervenir. El ataque empezó por el norte, atravesando el Éufrates por Ishuwa y marchando desde allí sobre la capital enemiga, Washshukkanni. Tushratta no aceptó la batalla campal y se recluyó en Washshukkanni, pero pronto fue eliminado por Artatama II, que primero había sellado un acuerdo con Shuppiluliuma y luego se había visto envuelto en el juego del emergente rey asirio Ashur-uballit. De momento, Shuppiluliuma se desen-

LIBER

tendió de Mitanni y se dirigió a Siria. Allí se enfrentaba a los fieles vasallos mitannios, pero podía contar con la ayuda de Amurru y Ugarit. El ejército hitita fue derrotando, uno tras otro, a sus adversarios, remontó el curso del Orontes hasta Qatna y Qadesh y allí se detuvo, en parte para no interferir demasiado con la zona de influencia egipcia, y en parte porque la campaña se estaba prolongando mucho y las bases se hallaban muy lejos.

Shuppiluliuma permaneció seis años en Siria para completar la conquista. Había tres problemas principales. El primero era lograr que los antiguos estados vasallos de Egipto comprendieran que no había lugar para posiciones autónomas. De hecho, tanto Amurru como Ugarit y Qadesh acabaron siendo, de una u otra forma, vasallos hititas en toda regla, al igual que los antiguos vasallos de Mitanni. En estos últimos, sometidos militarmente, hubo además un cambio de dinastía. El segundo problema era puramente militar: conquistar las últimas ciudades y rechazar los contraataques mitannios. El control militar sólo fue completo con la toma de Karkemish, la última ciudad que resistió, gracias a su posición fluvial. El tercer problema era Egipto, seriamente preocupado por la pérdida de sus vasallos más nórdicos y por la subida al trono del belicoso Shuppiluliuma, en sustitución de su aliado Tushratta. Hubo algunos choques militares, pero la tarea de Shuppiluliuma se vio facilitada por los problemas internos egipcios (relacionados con la vuelta de la «herejía» de Atón, el regreso de la corte a Tebas y la reinserción del clero de Amón en el juego político). En el momento culminante de la actividad siria de Shuppiluliuma (asedio de Karkemish), la viuda de Amenofis IV (según otros de Tutankhamon, pero con graves problemas cronológicos) escribió a Shuppiluliuma para que le diera a un hijo suyo por esposo, evidentemente en contra del parecer de la corte y de Tebas, que trataban de hacerse con el control. Shuppiluliuma, después de algunas vacilaciones, mandó a un hijo suyo, que fue asesinado al llegar a Egipto. La reacción hitita fue violenta, pero no pasó de algunos choques en la Beqa' y en la zona de Damasco. Pero este episodio, significativamente excepcional, sirvió para reforzar la posición hitita en Siria. Los territorios arrebatados a Egipto quedaron fuera de toda discusión, y la frontera hitita llegó hasta las fuentes del Orontes y las laderas del Líbano.

La zona anexionada recibió un ordenamiento diferenciado. En las dos ciudades más importantes por tradición (Aleppo) y posición estratégica (Karkemish), Shuppiluliuma puso a dos de sus hijos como reyes, ayudados por nutridos grupos de funcionarios hititas. La entronización de Telipinu en Aleppo pretendía mantener bajo control una ciudad que había sido poderosa, por la que los hititas seguían sintiendo un temor reverencial. En cambio, la entronización de Piyashshili en Karkemish pretendía crear un polo hitita en el norte de Siria, para así controlar la región de Khattusha, demasiado lejana. La primera ocasión en que Piyashshili ejerció esta función de «virrey» hitita en Siria fue la expedición que se saldó con la derrota de Artatama II y la instalación de Shattiwaza en el trono de Mitanni, en posición subordinada a Khatti y al propio Karkemish. Este último, a orillas del Éufrates, se encontraba en el centro geográfico de las conquistas hititas, que por el este incluían Mitanni y por el oeste Siria.

En las demás ciudades permanecieron las dinastías locales. Los estados que se habían sometido espontáneamente y habían contribuido con sus ejércitos al éxito de la conquista hitita, como Amurru y Ugarit, conservaron a sus reyes, que firmaron con Shuppiluliuma tratados de vasallaje. Su fidelidad fue reconocida y premiada con

LIBER

la confirmación en el trono y el sometimiento a tributo. En los estados que se habían opuesto fueron instalados reyes filohititas (aunque, por lo general, los elegidos eran miembros de las familias reales locales). Esta diferencia personal no tuvo ninguna repercusión en las relaciones interestatales, pues en ambos casos hubo tratados de vasallaje y pago de tributo. La fidelidad o enemistad personales recibieron su premio o castigo con la conservación o pérdida del trono, pero el «pequeño rey», incorporado pacíficamente o por conquista militar, quedaba sometido en la misma medida. El monarca hitita se limitó a recoger la herencia del rey de Mitanni, vencido y destronado por él, y parte de la herencia egipcia, sin que ello supusiera ninguna novedad sustancial para los estados de segundo rango.

Poco después de completar sus conquistas y darles un ordenamiento político y jurídico (elección de los reyes, firma de tratados), Shuppiluliuma murió. Dejó un reino, o más bien un imperio, mucho más grande que el que se había encontrado, pero con las energías y los recursos bastante agotados después de treinta años de guerras incesantes. La peste que se propagó por Anatolia, llevada por los refugiados y los prisioneros de las guerras sirias, fue sólo una calamidad más, pero constituye casi un símbolo de un país exhausto. La conservación y consolidación de las conquistas de Shuppiluliuma, o su pérdida y la disminución del poder hitita, pendían de un hilo, y eran una tarea ardua para los herederos.

2. Las vicisitudes del imperio

Poco después de la muerte de Shuppiluliuma, murió su heredero Arnuwanda II y subió al trono Murshili II, todavía joven, que tuvo que enfrentarse a una situación delicada. En el exterior, Murshili dio cuenta de una sublevación general de todos los países conquistados por su padre, convencidos de que el hijo no iba a ser capaz de someterlos de nuevo. En el interior, la peste había sacudido el país no sólo física, sino también moralmente, pues semejante castigo divino debía tener una causa, y habría que buscarla en el reinado de Shuppiluliuma. En el terreno personal, podemos imaginar que la figura de un padre tan arrollador, pero al mismo tiempo tan ausente y desaprensivo, debió marcar al joven heredero. Vemos, pues, cómo Murshili se lanza de lleno a las campañas militares, como si quisiera demostrar que no es menos que su padre, y además se pregunta y pregunta a los dioses acerca de las responsabilidades de la peste, las posibles equivocaciones cometidas por su padre, que tal vez había descuidado alguna obligación del culto por las obligaciones bélicas, o había incumplido algún juramento por razones políticas, dejándole en herencia un imperio grande, pero apestado. Entre otras cosas, le debemos la redacción de sus propios anales (en su doble versión «decenal» y «final») y los de las gestas de su padre.

Además del endémico problema de los kashka, Murshili tiene que emplearse a fondo en dos sectores, Siria y Arzawa. La rebelión en Siria, recientemente anexionada, no es general. Los intereses hititas están bien defendidos por los hermanos de Murshili, Telipinu, rey de Aleppo, y Piyashshili, rey de Karkemish. El primero muere prematuramente, mientras que el segundo (que ya había dado muestras de su temple en la conquista de Mitanni) es el verdadero artífice de la resistencia hitita. La rebelión estalla en Nukhashe y Qadesh, desde donde se extiende, probablemente, a Ugarit, pero no logra arrastrar a Amurru, pues el viejo Aziru permanece fiel, así como

LIBER

su hijo. Los egipcios tratan de aprovechar la ocasión, y el nuevo rey, Khoremheb, se dirige al norte, choca con los hititas, pero se ve obligado a retirarse. La rebelión está sentenciada. Algunos protagonistas, como Aziru y Piyashshili, desaparecen de la escena política siria, pero al final Murshili restablece el orden, realiza cambios de dirigentes locales y firma una serie de tratados. Conocemos los tratados con Talmi-Sharruma de Aleppo, Niqmepa de Ugarit y Duppi-Teshub de Amurru. Karkemish, baluarte de la presencia hitita en Siria, obtiene considerables ventajas territoriales. Al parecer, se anexiona el viejo reino de Mukish, y también obtiene una salida al mar en Siyannu (al sur de Ugarit).

El caso de Arzawa es distinto, porque Shuppiluliuma no había logrado victorias definitivas en la región, aunque ya en su época se reconocía (de hecho, más que formalmente) la hegemonía de Khatti en toda Anatolia. Murshili se enfrenta a una formación estatal compleja: el reino de Arzawa propiamente dicho, con su rey Ukhkhaziti, mantiene una relación de dominio con los otros reinos del suroeste anatólico —Mira, Kuwaliya, Khapalla y río Shekha. Murshili avanza con sus tropas hasta el mar Egeo, pone en fuga a Ukhkha-ziti, acepta la sumisión de unos y vence a los otros. Al final, es capaz de organizar de forma estable el suroeste anatólico, con una serie de tratados análogos a los sirios, con Manapa-Datta de Shekha, Mashkhuiluwa de Mira-Kuwaliya y Targashnalli de Khapalla. En la segunda parte de su reinado se produce la «traición» de Mashkhuiluwa, lo que obliga a Murshili a emprender nuevas campañas militares y a firmar más tratados con otros vasallos. Pero el control de Arzawa por los hititas ya está asegurado.

Con las reservas necesarias en materia de geografía histórica hitita, se tiene la impresión de que al final del reinado de Murshili toda Anatolia central y meridional, desde el Egeo hasta el Éufrates, está en poder de los hititas, bien directamente (Kizzuwatna), bien a través de reyes vasallos, vinculados por obligaciones contractuales concretas. En cambio, la franja norte, con los montes del Ponto y la costa del mar Negro, queda fuera del control de Khatti. Si bien es cierto que se trata de una zona montañosa, poco habitada y bastante atrasada, la proximidad de la capital, Khattusha, a la zona insegura hace que el problema resulte preocupante. También es dolorosa la pérdida de los prestigiosos santuarios norteños, sobre todo Nerikka. Las incursiones de los kashka y el desplazamiento hacia el sur de los principales intereses políticos hititas han situado a la capital (y, en general, a la zona hitita originaria) en una posición marginal y arriesgada en la primera línea.

El hijo y sucesor de Murshili II, Muwatalli, institucionaliza de alguna forma este desequilibrio. Los territorios del norte y la vigilancia de la frontera kashka pasan a su hermano Khattushili, que con el título de rey de Khakpish gobierna Pala, Kashka y el «país alto», y combate contra los kashka hasta la liberación de Nerikka y otros venerables santuarios, logrando alejar el peligro de Khattusha. Cuando la presión era más fuerte, Muwatalli había abandonado la capital, trasladando la corte a Tarkhuntashsha, bastante más al sur (llanura de Konya), e implicándose personalmente en los graves cambios que se estaban produciendo más allá del Taurus. Con el comienzo del siglo XIII se reaviva el expansionismo de Asiria y Egipto. La Asiria de Adad-nirari I (y después la de Salmanassar I) invade directamente el reino de Mitanni/Khanigalbat, y pese a que los hititas acuden en ayuda de este último, cosecha éxitos importantes, logrando que Khanigalbat pase de la órbita hitita a la asiria. El Éufrates se convierte en la frontera entre ambos imperios, y la ciudad de Karkemish,

DOCUMENTO: HISTORIOGRAFÍA HITITA:
DE LOS «ANALES DECENALES» DE MURSHILI II (AÑOS 6.º y 7.º)

«El año siguiente fui a la región de Zikhariya. Los kashka que en tiempos de mi padre habían ocupado por la fuerza el monte Tarikarimu se habían convertido en una desgracia para Khattusha: vinieron y asaltaron Khattusha y causaron grandes destrozos. Yo, Su Majestad, fui y asalté a los kashka que habían ocupado el monte Tarikarimu; la diosa Sol de Arinna, mi señora, el fuerte Tarkhunta, mi señor, Mezzulla y todos los dioses marcharon delante de mí: yo vencí a los kashka del monte Tarikarimu, les destruí, arrasé el monte Tarikarimu y devasté con fuego toda la región de Zikhariya; luego volví a Khattusha. Esto he realizado en un año.

»El año siguiente fui a la región de Tipiya. Mientras mi padre estaba en el país de Mitanni, Pikhuniya, hombre de Tipiya, se había puesto en marcha y había realizado numerosas incursiones en el País Alto, había avanzado hasta Zazisha, había tomado arriba el País Alto y lo había desterrado abajo al territorio kashka; había tomado toda la región de Ishtitina y la había convertido en un lugar para sus pastos. Además Pikhuniya no gobernaba a la manera kashka: entre los kashka el poder no lo detentaba un solo hombre, pero de pronto ese Pikhuniya se puso a gobernar como un rey. Yo, Su Majestad, fui hasta él, le envié un mensajero y le escribí: "¡Mándame a mis súbditos que has tomado para ti y has desterrado abajo entre los kashka!". Pero Pikhuniya me contestó así: "¡No te devolveré nada! Y si vienes a batallar contra mí yo no me colocaré en orden de batalla en mis campos: ¡iré a tu encuentro en tu territorio y me pondré en orden de batalla contra ti en el interior de tu territorio!". Cuando Pikhuniya me contestó así y no me devolvió a mis súbditos, fui a su encuentro a batallar y asalté su territorio; la diosa Sol de Arinna, mi señora, el fuerte Tarkhunta, mi señor, Mezzulla y todos los dioses marcharon delante de mí: yo gané toda la región de Tipiya y la devasté con el fuego, capturé a Pikhuniya y lo desterré a Khattusha. Luego me retiré de la región de Tipiya y reconstruí la región de Ishtitina que Pikhuniya había tomado y la convertí de nuevo en tierra de Khattusha.»

que había sido elegida para ser el centro de todas las posesiones hititas situadas al sur del Taurus, se encuentra ahora en una posición fronteriza, que conservará durante mucho tiempo.

Egipto también despierta militarmente con los reyes de extracción militar de la XIX dinastía. Seti I, y luego Ramsés II, tratan de adentrarse por el norte, para arrebatar al control hitita por lo menos la ciudad de Qadesh y el curso alto del Orontes. El intento de Seti I, tan cacareado en sus inscripciones triunfales, no da resultado. El de Ramsés II tiene una base más sólida, y puede contar con el cambio de campo de Amurru, cuyo rey, Benteshina, traiciona a Muwatalli, provocando su reacción y la batalla campal entre ambos imperios. Ramsés II se dirige al norte con un gran

LIBER



FIGURA 96. La batalla de Qadesh (relieves de Ramsés II en el templo de Luxor).

LIBER

ejército, pero a la altura de Qadesh le sale al encuentro el ejército hitita, y se ve obligado a retroceder, dejando Amurru en manos de los hititas y manteniendo la frontera donde estaba antes, al sur de Qadesh (hay incluso un contraataque hitita que llega hasta Abina, en la zona de Damasco).

A la muerte de Muwatalli, la separación entre el norte y el sur del reino provoca una crisis dinástica. Khattushili quiere conservar, como mínimo, las posesiones septentrionales, y trata de influir en su joven sobrino Urkhi-Teshub, hijo y heredero de Muwatalli. Por su parte, Urkhi-Teshub no puede aceptar la prepotencia de su tío, y trata de limitarla, cuando no de eliminarla. Khattushili se subleva, numerosos cortesanos y miembros del gobierno se ponen de su lado, se enfrenta con las armas a su rival y se apodera del trono. Se trata de un verdadero golpe de estado, justificado por el usurpador (el enésimo usurpador en la historia hitita) con un texto de *Apología*, en el que se acusa a Urkhi-Teshub de ser ilegítimo (por bastardo) y prepotente, los «pecados» del propio Khattushili. Se aducen signos y ayudas divinas para justificar la usurpación, que en realidad se justifica por el hecho de haber tenido éxito, no sólo en el aspecto real-político (apoyo de la clase dirigente, victoria militar), sino también en el ético-jurídico: si Khattushili no hubiera tenido razón, ¿cómo habrían dejado los dioses que un «pequeño rey» triunfara sobre uno «grande»?

La toma del poder de Khattushili supone un giro radical en la política exterior. En el caso poco importante (relativamente) de Amurru, Khattushili vuelve a colocar en el trono al traidor Benteshina, que mientras tanto se ha convertido en su yerno. En el caso más importante de Egipto, Khattushili aprovecha que Ramsés II ha perdido sus bríos con el inesperado revés sufrido en Qadesh, y probablemente está más interesado en alabar sus hazañas en el interior que en adelantar la frontera un centenar de kilómetros. Se llega así a la firma del tratado de paz y amistad entre Khattushili y Ramsés, absolutamente paritario, que utiliza un formulario hitita (totalmente ajeno a la tradición egipcia) y representa un indudable éxito de Khattushili, ya que obtiene de Egipto el reconocimiento de esa igualdad formal que un siglo antes (incluso en la época del gran Shuppiluliuma) les habría parecido inconcebible a los faraones de la XVIII dinastía. Al tratado le sigue la boda de Ramsés II con la hija de Khattushili. Por un lado, la ceremonia da pie a que el faraón haga un alarde de celebraciones egiptocéntricas y, por otro, asegura definitivamente a los hititas la pacificación del frente sirio, y el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales normales en sustitución de las reivindicaciones territoriales y las escaramuzas militares.

En cambio, el problema asirio se agudiza sobre todo con el hijo y sucesor de Khattushili, Tudkhaliya IV, el cual —dicho sea de paso— tratará de librarse de la traición de sus súbditos poniendo como ejemplo a no seguir el comportamiento de los que habían apoyado a su padre usurpador, con una traición a la que el propio Tudkhaliya debía, en última instancia, el trono. La situación se había precipitado con la anexión directa de Khanigalbat por parte de Asiria, y con la política de consolidación de la frontera del Éufrates llevada adelante por Tukulti-Ninurta I. Entre los dos imperios estalla una guerra abierta. Algunas noticias de la parte siria son esclarecedoras: Ugarit se libra de enviar tropas a la guerra contra Asiria a cambio de pagar una fuerte contribución financiera. Amurru provoca desconfianza, por dejar que los mercaderes propios y ajenos (sobre todo los micénicos del país de Akhiyawa) se dirijan a Asiria. Hay una importante movilización económica y militar, pero la frontera

del Éufrates es demasiado sólida, por ambos lados, como para ser desplazada. Probablemente los choques principales tuvieron lugar entre el alto Éufrates y el alto Tigris, donde Tukulti-Ninurta se jacta de haber pasado el Éufrates y hecho miles de prisioneros en el territorio de Khatti. Al igual que Egipto, Asiria hace una guerra propagandística, además de militar, pero en realidad no hay grandes batallas ni cambios importantes. La rivalidad con Asiria se convierte en una cuestión de prestigio internacional, y no llega a amenazar seriamente el destino del imperio hitita.

Con los últimos reyes, Arnuwanda III y Shuppiluliuma II, la situación se deteriora gravemente, si bien con intervalos de recuperación. Entre estos últimos cabe citar sobre todo la conquista hitita de Alashiya (Chipre), lograda por Shuppiluliuma con una batalla naval y un desembarco de tropas. Es un hecho relevante, digno de ser celebrado, pero bastante efímero desde el punto de vista del control político efectivo. Toda la zona siria queda fuera del alcance hitita, en parte por el papel delegado que desempeña Karkemish, y en parte por la consolidación de los privilegios, concedidos y tolerados cuando la situación no era grave. En Anatolia la situación también se les escapa de las manos a los últimos reyes, que en sus textos aparecen preocupados por asegurarse a toda costa una lealtad cada vez más dudosa, ya que proliferan los pretendientes a ella, los ejemplos a no seguir y los peligros. La «lealtad» había sido un eficaz instrumento de control político cuando era un hecho equilibrado, cuando todos estaban interesados en mantener la solidez de un sistema de apoyo recíproco, en el que se basaban las posiciones respectivas: el gran rey se mantenía porque estaba sostenido por la lealtad de todos sus súbditos y vasallos, y cada uno de éstos porque contaba con el favor regio. En los textos de la última fase del imperio da la impresión de que la lealtad que el rey pretende de sus súbditos ya no tiene contrapartida, se ha convertido en una obligación moral y jurídica y ya no es fruto del interés mutuo.

Es difícil de entender cómo se pudo deteriorar la situación en un intervalo de tiempo tan corto. El deterioro político corre parejas con un «vaciamiento» interior del país, exhausto por el esfuerzo de mantener el control sobre extensos territorios a partir de un núcleo originario exiguo en recursos humanos. Y también corre parejas con el rápido deterioro de la situación internacional, que como veremos desembocará en el choque decisivo entre los hititas, los súbditos fieles que les quedan y sus enemigos, con un cambio total en el escenario del Mediterráneo oriental.

3. Las formas de control político

Cuando el imperio hitita llega a su máxima extensión, del Egeo al alto Tigris y del mar Negro al Líbano, es una de las formaciones políticas más vastas habidas hasta entonces en Oriente Próximo, sólo superada en su tiempo por el imperio egipcio. La naturaleza y el factor de cohesión de este «imperio» merecen algunas consideraciones. El viejo modelo del imperio comercial, característico del III milenio y vigente de alguna forma en el II (recordemos la red comercial paleoasiria, o ciertos aspectos de la presencia egipcia en Siria-Palestina) no se puede aplicar al imperio hitita, que considera importantes los aspectos adquisitivos, pero sin convertirlos en el eje del sistema. Por otra parte, en el Bronce Tardío todavía no se practica la territorialidad compacta de los imperios posteriores (en particular el neoasirio). El territorio del

estado interior sí es compacto, pero subsisten todas las autonomías de los territorios sometidos, cuya agregación y subordinación es lo que forma, precisamente, el imperio. Por otra parte, con el imperio hitita, de Shuppiluliuma en adelante, la unificación administrativa del país de Khatti en sentido estricto (que abarca ya gran parte de Anatolia central y oriental, con una extensión análoga a la de la Babilonia casita o Asiria) avanza de forma considerable.

El elemento que mantiene unida la formación imperial es, al mismo tiempo, jurídico y personal. Se trata de una red de relaciones de subordinación, que afectan a las personas, pero están expresadas de formas jurídicamente muy precisas y detalladas. Es probable que los reinos de Mitanni, Kizzuwatna o Arzawa tuvieran una organización similar, pero en el caso de Khatti tenemos documentación abundante, y también la fundada sospecha de que el sistema ha llegado a su máxima extensión (precisamente bajo el reinado de Shuppiluliuma). La relación se concreta en un «juramento» (*lingai*) que compromete al contrayente con una serie de cláusulas detalladas al máximo, de modo que todo está previsto, pero por otro lado no se ven implicadas *a priori* las personas que no han jurado ni las situaciones no previstas en el juramento. Baste pensar, para ver la diferencia, en el sistema egipcio de la misma época, con un juramento de sumisión intencionadamente genérico para dejar al señor todas las posibilidades de aplicarlo, que además es sólo verbal y vincula más a la función que a la persona.

El juramento se concreta en unos documentos que hoy día se suelen clasificar en varios tipos, aunque para los hititas tenían un carácter unitario. Son los textos de juramento e instrucción, que regulan las relaciones de subordinación en el estado hitita, y los tratados, que regulan las relaciones exteriores. Los textos de instrucción se redactan sobre todo en la época anterior a Shuppiluliuma (mediados del siglo XV), pero siguen utilizándose hasta el fin del imperio. Afectan a las categorías estructurales de la administración estatal, sobre todo a las más elevadas, que generalmente se dividen en «grandes» e «hijos del rey». Está claro que los primeros son la aristocracia de las grandes familias, y los segundos los familiares del rey, de sangre o políticos. Los miembros de esta clase ocupan todos los cargos de la corte, la administración periférica y el ejército. Cada miembro presta un juramento de fidelidad al rey que, partiendo de unos principios generales (la devoción al rey y a su heredero designado), entra luego en detalles sobre el desempeño correcto de la actividad pública. Esta colosal red de juramentos da lugar a una red de fidelidades recíprocas: el rey se sostiene gracias al apoyo y la lealtad de todos sus funcionarios, y cada uno de éstos se sostiene gracias al apoyo y la lealtad del rey.

La red de las relaciones juradas se combina con la de los parentescos —ya indicada por la categoría de «hijos del rey». Durante siglos, la familia real hitita lleva adelante una política matrimonial sistemática, entregando y tomando esposas de las otras familias aristocráticas anatólicas, de modo que al final el parentesco es casi general. Estos vínculos familiares de sangre y matrimonio son positivos para la cohesión política interna, pero también contienen el germen de la disgregación o, por lo menos, de la competencia, porque el número de los que aspiran a la posición regia, o por lo menos a las posiciones más destacadas, es elevado.

Un tercer elemento nada despreciable de cohesión interna es la actividad personal y los desplazamientos del rey. Se tiene la impresión de que en ciertos periodos de la historia hitita el rey pasa más tiempo fuera de la capital que en ella. Para empe-

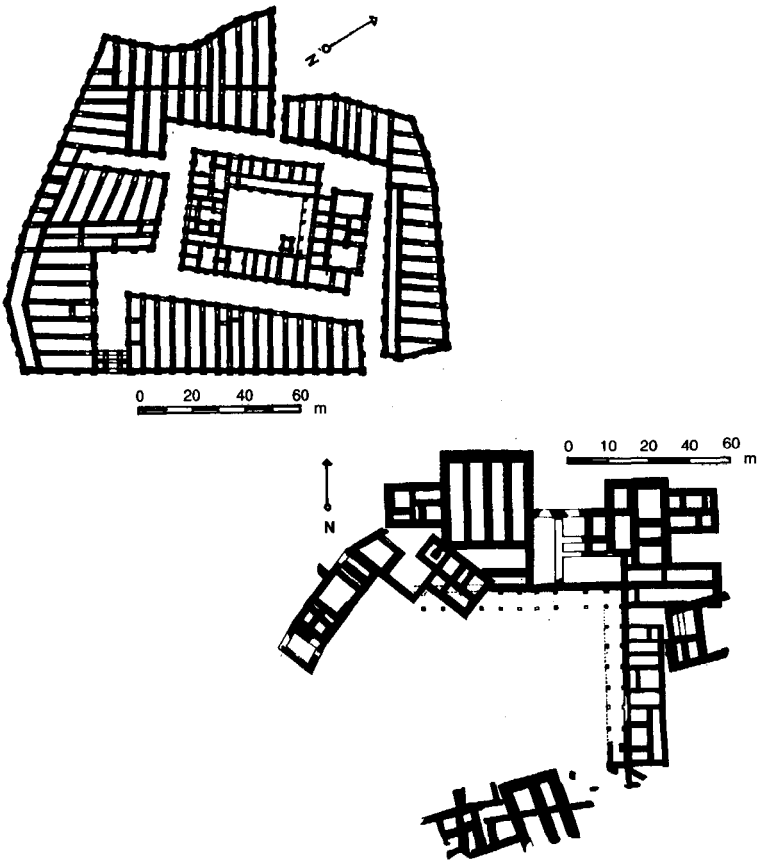


FIGURA 97. Arquitectura hitita. *Arriba*, el templo I de Khattusha, rodeado de almacenes. *Abajo*, el palacio de Maşat Hüyük, centro administrativo periférico.

zar, tiene que presidir las fiestas religiosas que se celebran en todas las ciudades del país de Khatti, algunas de las cuales poseen carácter nacional y prestigio notorio, por lo que el oficiante debe ser el rey en persona. En el ámbito militar, el rey encabeza personalmente las grandes campañas que pueden darle notoriedad internacional y ocasión para celebrar su triunfo. Pero también encabeza las pequeñas operaciones rutinarias contra las tribus de los montes pónticos. De estas dos funciones, la cultual seguramente deriva de la tradición más antigua (prehitita o hitita), y del proceso de unificación del país. Este proceso se traduce en la concentración de templos y cultos de muy distintos orígenes en Khattusha, y, en sentido opuesto, en la peregrinación a los santuarios periféricos del rey (y de la reina, que tiene un papel fundamental en el culto). La función militar está más relacionada con los ideales «heroicos» que aparecen a mediados del II milenio, cuando el rey, que pertenece a la aristocracia militar, tiene que demostrar (a la población en general, y a sus posibles rivales en particular) que es el mejor, el más valiente y arrojado. Ambas funciones, que obli-

DOCUMENTO: DEL JURAMENTO DE FIDELIDAD DE LOS EUNUCOS A TUDKHALIYA IV

«Así Tudkhaliya, Gran Rey: yo me he convertido en rey, y vosotros, eunucos, juráis así sobre la persona de Su Majestad: "¡Protegeremos a Su Majestad durante su señorío, y a continuación protegeremos a los hijos de Su Majestad y a (su) descendencia durante su señorío!". Vosotros, que sois los eunucos, y los hombres iguales a vosotros: Su Majestad está en vuestras manos; ¡proteged a Su Majestad y después proteged a la descendencia de Su Majestad! Su majestad tiene muchos hermanos, numerosos aquí son los hijos de sus antepasados y Khattusha está llena de descendencia de la realeza: en el interior de Khattusha numerosa es la descendencia de Shuppiluliuma, la descendencia de Murshili, la descendencia de Muwatalli, la descendencia de Khattushili. ¡No busquéis a otro hombre para el señorío! ¡Para el señorío de aquí en adelante proteged sólo a la descendencia de Tudkhaliya! Si alguna vez le sucede una contrariedad a Su Majestad y Su Majestad tiene muchos hermanos y vosotros hacéis más o menos esto, os acercáis a algún otro diciendo: "¿Acaso no es también hijo de nuestro señor este al que ensalzaremos?": ¡no se haga tal cosa! ¡En el señorío proteged en adelante sólo a la descendencia de Su Majestad! ... O bien alguna desgracia (pudiera suceder) a la vida de Su Majestad, tú te enteras y le echas un puente diciendo así: "En este día no he sido asignado a ningún servicio, luego no me es de pecado": ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! O bien, dado que yo mandaré a menudo con embajadas a vosotros eunucos junto con príncipes y señores a los dominios de un (rey) vecino, no cambiéis las palabras de Su Majestad: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! O bien, alguno trabaja por el bien de Su Majestad pero un enemigo de Su Majestad te lleva aparte (y te dice): "¡Haz que ese hombre caiga en desgracia ante Su Majestad!" y tú lo haces y le haces caer en desgracia; o bien alguien está en contra tuya, pero goza del favor de Su Majestad y tú por iniciativa propia le haces caer en desgracia y le haces de alguna forma daño: ¡que estos dioses te destruyan! A vosotros, eunucos, que habéis estado enseguida aquí, porque yo, Su Majestad, os he hecho jurar (así): "Si le escucháis a alguien algo malvado o siniestro referido a Su Majestad, contádselo a Su Majestad", y vosotros no se lo contáis a Su Majestad en cuanto lo escucháis: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! Y ahora a vosotros que no habéis estado aquí y habéis jurado singularmente; si le oís a alguien algo malvado referente a Su Majestad, no lo escondáis: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! Los hermanos (= reyes de igual rango) de Su Majestad son muchos: son muchos mis hermanos y son muchos mis circunvecinos. Si yo envío a alguno de vosotros, eunucos, con alguno, éste le soborna y aquél se suelta la lengua y le divulga las cosas del rey: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! O bien ve algo siniestro por parte del otro y lo oculta: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! O bien, lo que a menudo hacen los hititas, en lugar del señorío de

> Su Majestad desean secretamente el señorío de otro hombre: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! O bien un amigo le escucha a un amigo algo malo referente a Su Majestad y no se aparta de él: ¡que sea puesto bajo los juramentos divinos! ...»

gan a realizar frecuentes desplazamientos, responden de alguna manera al fraccionamiento del paisaje anatólico y a la ubicación descentrada de la capital. Si el rey permaneciera siempre en Khattusha quedaría aislado.

En la época del imperio la realeza hitita ha perdido ya algunos de sus rasgos originales y se ha asimilado parcialmente a las otras realezas de la época. Pero la gestión de su gobierno sigue teniendo aspectos típicos, como la evidente personalización de las funciones, opuesta a la funcionalización típica de las tradiciones mesopotámica y egipcia. Los «grandes» y los «hijos del rey» forman una reserva sin especializar, a la que recurre el rey para elegir a sus colaboradores administrativos, cultuales, militares y políticos. Existen algunos títulos de origen cortesano («copero», «herrador» y otros similares) que, evidentemente, ya no corresponden a las funciones serviles y personales que indica su etimología, y se han convertido en títulos nobiliarios. Pero luego las funciones son desempeñadas por las personas elegidas por el rey, sin que se llegue a formar una burocracia, una verdadera carrera estatal.

En las ciudades periféricas quedan residuos de las antiguas autonomías, con palacios y almacenes («casas del sello») periféricos, centros de culto locales y tradiciones jurídicas y administrativas locales. Por lo general, la ciudad periférica está gobernada por un «alcalde» (*ḫazānu*) para las cuestiones civiles, y por un «jefe de guarnición» (*bēl madgalti*) para las cuestiones militares. Un consejo de ancianos se ocupa de la administración de justicia, y representa las instancias internas de la comunidad. Las «instrucciones» dadas a los alcaldes y jefes de guarnición, muy detalladas en los aspectos de la gestión material (sobre todo cuando está en juego la seguridad ante los peligros exteriores), son en cambio muy posibilistas en las normas jurídicas, y dejan libertad para seguir las usanzas locales.

El estado hitita aplica en sus relaciones exteriores los mismos principios e instrumentos que rigen las relaciones internas. Es fundamental el juramento personal, que vincula al rey «pequeño» con el «grande» (y al contrario). Es un tratado escrito de subordinación (o «vasallaje», como se suele decir con un término anacrónico, pero apropiado) con cláusulas detalladas y precisas. El gran rey hitita se compromete a mantener en el trono al pequeño rey fiel, y a transmitirlo al hijo que el segundo haya designado como sucesor. Por su parte, el pequeño rey se compromete a pagar el tributo anual, proporcionar tropas, devolver a los fugitivos (generalmente sin reciprocidad), proporcionar todas las informaciones útiles, acudir en ayuda del grande en caso de rebeliones internas, etc. El tratado de subordinación, en su forma clásica, es una creación de la cancillería de Shuppiluliuma, consolidada por Murshili y transmitida hasta el final del imperio. Deriva de los tratados paritarios del siglo XV, con notables retoques. El tratado de Shunashshura señala el paso del tratado paritario al de subordinación. Este último tiene dos firmantes, vinculados por el juramento, pero es dictado por una de las partes, el rey hitita, por lo que asume la forma del edicto real unidireccional, relacionándose con las instrucciones internas, que formalmente también son edictos del rey.

LIBER

DOCUMENTO: EJEMPLO DE TRATADO ENTRE EL «GRAN REY» HITITA Y UN «PEQUEÑO REY» SIRIO: EL TRATADO ENTRE MURSHILI II Y NIQMEPA DE UGARIT (EXTRACTO)

«¡Sé amigo hacia mi amigo, sé enemigo hacia mi enemigo! ¡Si el rey de Khattusha va en contra de Khanigalbat o Egipto o Babilonia o Alti, cualquier país enemigo que está junto al confín de tu territorio y que es enemigo hacia el rey de Khattusha; y cualquier país que está junto al confín de tu territorio y que es amigo hacia el rey de Khattusha: Mukish, Aleppo, Nukhashe, dan un giro y se convierten en enemigos hacia el rey de Khattusha, cuando el rey de Khattusha sale a hacer una incursión, si tú, Niqmepa, no te movilizas con tus tropas, tus carros y con todo tu corazón y si con todo tu corazón no combates, ¡(habrás violado el juramento)! Y si yo te envío a ti, Niqmepa, en tu apoyo a un príncipe o un señor de alto rango con sus tropas y sus carros, o si le envío a realizar una incursión contra otro país: si tú, Niqmepa, no te movilizas con todo tu corazón con tus tropas y con tus carros y no combates contra el enemigo; y si cometes cualquier acción malvada y dices así: "Yo pertenezco al juramento y al vínculo del tratado: ¡si el enemigo les derrota a ellos o ellos derrotan al enemigo, yo no sé (nada)!", y si envías un mensaje a ese enemigo: "¡Vienen las tropas hititas a hacer una incursión: en guardia!", ¡habrás violado el juramento! Si contra el rey de Khattusha se alza otro enemigo y realiza incursiones en territorio hitita, o si realiza un atentado contra el rey de Khattusha y tú, Niqmepa, te enteras, vendrás enseguida en apoyo del Gran Rey con tus tropas y tus carros. ¡Si no es posible para Niqmepa venir en persona, que acuda enseguida en apoyo del rey de Khattusha o un hijo suyo o un hermano suyo con tropas y carros! ... Si alguna tribu (?) se alza y acude a tu país y tú, Niqmepa, dices en su presencia cosas no buenas y diriges sus rostros a la montaña o a otro país ¡di en su presencia cosas buenas! ¡Su rostro pon en camino benévolamente! ¡Dales cerveza y provisiones para el viaje! Si el rey de Khattusha pone en apuros con una batalla a un país enemigo, y éste se pone en camino y entra en el interior del territorio de Ugarit, ¡que Niqmepa los capture y se los entregue al rey de Khattusha! ¡Si Niqmepa no los captura y no se los entrega al rey de Khattusha, habrá violado el juramento! Si un fugitivo huye del territorio hitita y va a parar al territorio de Ugarit, que Niqmepa lo capture y se lo devuelva al rey de Khattusha. Si no se lo devuelve, habrá violado el juramento. Si un fugitivo huye del territorio de Ugarit y va a parar al territorio hitita, el rey de Khattusha no lo capturará y no lo devolverá: no es lícito que el rey de Khattusha devuelva un fugitivo. Si un fugitivo va a parar al territorio de Ugarit procedente del territorio de Khanigalbat o de otro país, tú, Niqmepa, no le retendrás, sino que dejarás que llegue al territorio hitita. Si le retienes, habrás violado el juramento. Que todo lo que Niqmepa desee se lo pida al rey de Khattusha: ¡tome lo que el rey de Khattusha le dé, no tome lo que el rey de Khattusha no le dé! ...»

El tipo clásico define muy bien las relaciones entre el gran rey hitita y los pequeños reyes sirios y anatólicos. Además, hay formas especiales de tratados que contemplan determinadas situaciones. Entre ellos cabe citar el tratado con estados que poseen (o han poseído) un rango destacado, por lo que no es conveniente aplicar la forma clásica de tratado. Los tratados con Kizzuwatna o con Mitanni hacen algunas concesiones y exenciones (por ejemplo, del pago de tributo), y recalcan el rango y la tradición del firmante. Por supuesto, no se trata de tratados paritarios. El único tratado que tiene este carácter, tanto en la forma como en el contenido, es el que se firma con Egipto, que sale del ámbito imperial hitita para entrar en las relaciones entre grandes potencias, encabezadas por reyes del mismo rango.

Otra forma especial de tratado es el que se firma con estados no monárquicos, en los que no existe un interlocutor que sea representante único de toda la comunidad, cuyo juramento personal posea un valor político global. Al firmar tratados de subordinación con ciudades como Ishmerikka o la tribu de los kashka, los reyes hititas tratan de salvar este obstáculo haciendo jurar a grupos de ancianos y jefes gentilicios, cada uno de los cuales vincula con su juramento a la estirpe que representa, de modo que en conjunto queda vinculada toda la entidad política.

En las relaciones exteriores, el instrumento del juramento se caracteriza, pues, por subrayar la relación personal, y por un tecnicismo de cláusulas que confiere una estricta base jurídica a dicha relación, haciendo posible su verificación e impugnación. Junto a la utilización de este instrumento formal, en las relaciones internacionales se teje una red de matrimonios que pretenden vincular personalmente a los pequeños reyes, preparar soluciones favorables en materia de sucesión (gracias a las reinas de origen hitita, destinadas a ser las madres de los sucesores), e introducir elementos culturales y religiosos hititas en las cortes de los vasallos. Los casos de Shattiwaza de Mitanni, que se casa con una hija de Shuppiluliuma, o Benteshina de Amurru, que se casa con una hija de Khattushili III, muestran que la política matrimonial está cuidadosamente calculada, también con vistas a futuras entronizaciones, en beneficio de refugiados políticos que después son «utilizados» como personas de confianza (de la familia, precisamente) para resolver los problemas políticos locales de la manera más ventajosa para el rey hitita.

En las relaciones entre grandes reyes se aplican los mismos instrumentos —tratados, matrimonios—, pero se trata de casos excepcionales. El tratado egipcio-hitita es único en su género, y en realidad es una reutilización aberrante de un instrumento que, en sus formas paritarias (siglo XV), había regulado problemas fronterizos concretos (procedimientos para la devolución de fugitivos y cosas parecidas), y luego había pasado a las formas de subordinación. Un caso aberrante aceptado por Egipto para poder darle un uso triunfalista, y utilizado por Khattushili para dar formalidad y solidez jurídica a una regulación de la frontera sur que suponía un giro de 180 grados con respecto a la política de su antecesor. En cuanto a los matrimonios internacionales, la cesión de princesas hititas a Egipto o la entrada de princesas babilonias en la corte de Khattusha, sólo pueden tener un efecto genérico, de consolidación de unas relaciones ya de por sí amigables.

4. Economía y poblamiento

La explotación agropastoral sigue las mismas pautas en el periodo del imperio hitita que en el Antiguo Reino, si acaso con mayores dificultades. Hay una tendencia general a la concentración de los asentamientos en las zonas más favorecidas, y también a su reducción. En alguna zona, a estas causas generales se suman otras específicas: baste pensar en la endémica guerrilla de la franja norte, tan perjudicial para la economía y el poblamiento. Desde el punto de vista hitita, la causa de las guerras son los levantiscos y agresivos kashka, mientras que para los kashka el motivo es la agresividad imperialista o colonialista del estado hitita, que pretende someter a las tribus montañesas e integrarlas en sus mecanismos productivos y administrativos.

A medida que aumentan las dificultades, las ambiciones son mayores. El carácter imperial implica que en el centro tiene que haber una gran capital, que necesita y genera un movimiento centrípeto de hombres y recursos (alimentarios y de otro tipo). La Khattusha de la época paleoasiria ocupaba unas diez hectáreas (además de cinco hectáreas de *kārum*). En el periodo antiguohitita ya se extendía por cuarenta hectáreas, y en la época imperial (sobre todo en el siglo XIII) una ampliación añade un centenar de hectáreas, que la convierten en el centro urbano más grande de Anatolia, y uno de los mayores de su tiempo. Una parte considerable (en proporción, mayor que en otros casos) está ocupada por templos, fortificaciones, almacenes y otros espacios que no son de viviendas, pero en cualquier caso la población de la ciudad alcanza las 20.000 unidades. La concentración humana no es nada comparada con la concentración del trabajo y los recursos necesarios para la propia construcción de todos los edificios públicos y el sistema defensivo, así como los requeridos por el mantenimiento del palacio real y toda la administración estatal y cultual. No hay que olvidar que Khattusha se encuentra en una zona montañosa, con accesos difíciles y un territorio agrícola mediocre en sus cercanías.

El gran esfuerzo en el centro se completa con un gran esfuerzo en las fronteras. Los anales de los reyes hititas que han llegado hasta nosotros son una sucesión de guerras. A las guerras defensivas de los siglos XVI y XV les siguen las guerras expansionistas de los siglos XIV y XIII, que implican ejércitos más numerosos, mayores desplazamientos y problemas logísticos, y un número considerable de bajas (tanto en el campo de batalla como en las marchas y a causa de las epidemias). El esfuerzo bélico del que alardean el rey y la aristocracia guerrera pasa factura a la economía agrícola del país y a su población campesina. En el interior de Anatolia, las guerras tienen por finalidad principal lograr desplazamientos de población que compensen las pérdidas. Más que las conquistas territoriales o el botín de objetos preciados, se subraya siempre y con especial insistencia el número de prisioneros de guerra capturados por el rey (NAM.RA), y se añade con una fórmula estereotipada que los que se llevan los soldados son sin número (es decir, «no numerados» por la administración, e «innumerables» como impresión). Decenas de miles de prisioneros son conducidos desde las zonas vencidas a las del vencedor para llenar los vacíos que se crean constantemente en el campo hitita. Pero si se hace un balance global de Anatolia, los destierros no son beneficiosos, sólo sirven para desplazar por el interior grupos humanos insuficientes, que con las guerras, las deportaciones y la adaptación a sus nuevos ambientes quedan muy mermados.

LIBER

DOCUMENTO: COLONIZACIÓN INTERIOR EN EL PAÍS DE KHATTI

Los desterrados llenan los vacíos que el fuerte reclutamiento militar deja en los campos.

1. *Reorganización de los distritos septentrionales*

«En el distrito de Turmitta. A la aldea de Likhshina Su Majestad ha destinado esto: 50 casas para un total de 500 desterrados, 1 aldea, 3 *tell*, que antes pertenecieron a los sacerdotes; 3 casas de desterrados de Khatukhina, hombres de Azzi; 1 casa de 10 desterrados del palacio de Khariyasha.

»A la aldea de ...: 3 casas de 30 desterrados de Zipishkhuna, 3 casas de 30 desterrados de Tazipa, hombres del (terreno) *upati*; ...; 3 casas de 30 desterrados, vaqueros (están detrás de Takashipa); 2 casas de 20 desterrados, hombres de Kazakha, siervos de Daduili, hombres del (terreno) *upati*. Total: 16 casas de 160 desterrados (que) Su Majestad ha añadido. 50 vacas, 400 cabras y ovejas de las que 120 son cabras. Realizarán el servicio. El acopio central proporcionará 150 medidas-*parisu* de simiente.

»A la aldea de Nenasha Su Majestad ha destinado esto: 140 desterrados pertenecientes ya desde antes a la divinidad. El rey de Tumana proporcionará 24 bóvidos y 200 ovejas y cabras.

»A los dioses de la aldea de Walma Su Majestad ha destinado esto: 1 casa de 10 desterrados; ...; 1 casa de 16 desterrados, montañeses; 1 casa de 10 desterrados, siervos de Inara; 1 casa de 4 desterrados, del sacerdote; 1 casa de 10 desterrados, tejedores del rey. Total: 5 casas de 50 desterrados, 50 ovejas y cabras, anteriores. El rey de Tumana proporcionará 14 bóvidos entre los que habrá 4 bueyes de arado.

»A Tenizadasha, al dios Pirwa, Su Majestad ha destinado esto: 4 casas de 40 desterrados, pastores de caballos. El rey de Tumana proporcionará 4 bóvidos y 30 ovejas y cabras. El acopio central proporcionará 30 medidas-*parisu* de simiente ...»

2. *De la donación de la reina Pudukhepa a la diosa Lelwani*

«La mujer Abbâ; 1 hija suya de nombre Niwa; 1 (otra) hija ha muerto; 1 hijo de nombre Dudu. Total: 4 personas. A la mujer se le asigna un prisionero de guerra. (Esta familia) ya estaba asignada antes al servicio del templo (de Lelwani).

»La mujer Mamma; 1 hija suya de nombre Shaushkatti; 2 hijos suyos de nombre Teshmara y Yarraziti. Total: 4 personas. A Mamma se le asigna un prisionero de guerra. Ya antes estaba asignada al servicio del templo.

»...

»1 muchacha de nombre Titai he dado como prometida a Apallu; le he dado a Apallu para criar a un muchacho, Tatili hermano de Titai, pero todavía no le he dejado marchar.

»1 recién nacida de nombre Pitati; 1 muchacho de nombre Temetti: dados para criar a Piya hijo de Pitawiya.

»1 muchacho de nombre Tuttu: dado para criar a ...; todavía no ha sido entregado.

»1 mujer de nombre Utati (hija) de Pitagatti; 1 muchacho de nombre Nukhati; 1 mujer de nombre Kattittakhi (hija) de Tatili; 1 hija de su hermano, también ella de nombre Kattittakhi; 1 mujer de nombre Utati (hija) de Temetti; 1 muchacha de nombre Udati, hija del hermano de su marido; 1 mujer de nombre Udati (hija) de Zakappauti; 2 hijos suyos de nombre Khappanu y Sharaduwa; 1 mujer de nombre Utati (hija) de Zaga ...; 1 hija suya de nombre Mamma; 1 mujer de nombre Udati (hija) de Piptarawashi; 1 hijo suyo de nombre Pittatta; 1 muchacha de nombre Kumiya he dado para criar a Mulla. En total: 23 personas (que) Kharanaziti ha entregado desde la expedición contra la ciudad de Zikeshara.»

El otro movimiento de población que caracteriza de una forma casi obsesiva a la documentación hitita es el de los fugitivos. Se trata de esclavos, deudores insolventes, delincuentes y oponentes políticos, cuya gama abarca todas las clases sociales. Evidentemente, el estado de refugio está interesado en retener a los refugiados, ya que los de extracción baja son útiles como mano de obra, y los «políticos» lo son para maniobrar y ejercer presiones sobre el estado limítrofe. El interés recíproco por la estabilización había hecho que los estados siroanatólicos de los siglos XVI-XV pusieran en práctica la extradición recíproca. Pero cuando los hititas son capaces de imponer sus intereses de forma unilateral, y cuando se agudiza la despoblación, tiende a tratar unilateralmente el problema: los fugitivos hititas son devueltos, pero los hititas se quedan con los de los demás.

En algunos inventarios de propiedades agrícolas de los templos, de la época de Khattushili III, aparecen claros indicios de esta despoblación. El panorama es muy serio: las mujeres, a menudo, se han quedado solas, y se les asigna un prisionero de guerra a cambio (por así decirlo) del marido muerto en la guerra. Los núcleos familiares están deshechos, y el escaso número de hijos no asegura un adecuado recambio generacional. Si este panorama se puede hacer extensible a toda Anatolia, estamos ante una crisis de grandes proporciones.

Por lo demás, toda la historia mediohitita e hitita imperial está marcada por el problema demográfico y productivo, porque la despoblación de los campos conlleva dificultades de abastecimiento para las ciudades, empezando por los bienes de primera necesidad. En el mejor de los casos, vemos que Telipinu se preocupa por lograr que las fincas de la nobleza sean productivas y seguras. En el peor, nos encontramos con la gran carestía que se abate, por lo menos en dos ocasiones, al final del imperio. Anatolia se queda sin grano, y hay que traerlo del norte de Siria (Mukish) e incluso de Egipto. Hay que movilizar las naves de Ugarit para transportar grano hasta el puerto cilicio de Ura. «Es una cuestión de vida o muerte», dicen los hititas a sus vasallos, mientras que la propaganda faraónica se jacta de haber «mantenido vivo al miserable país de Khatti».

Es probable que la crisis no afectara por igual a toda Anatolia. Las regiones del

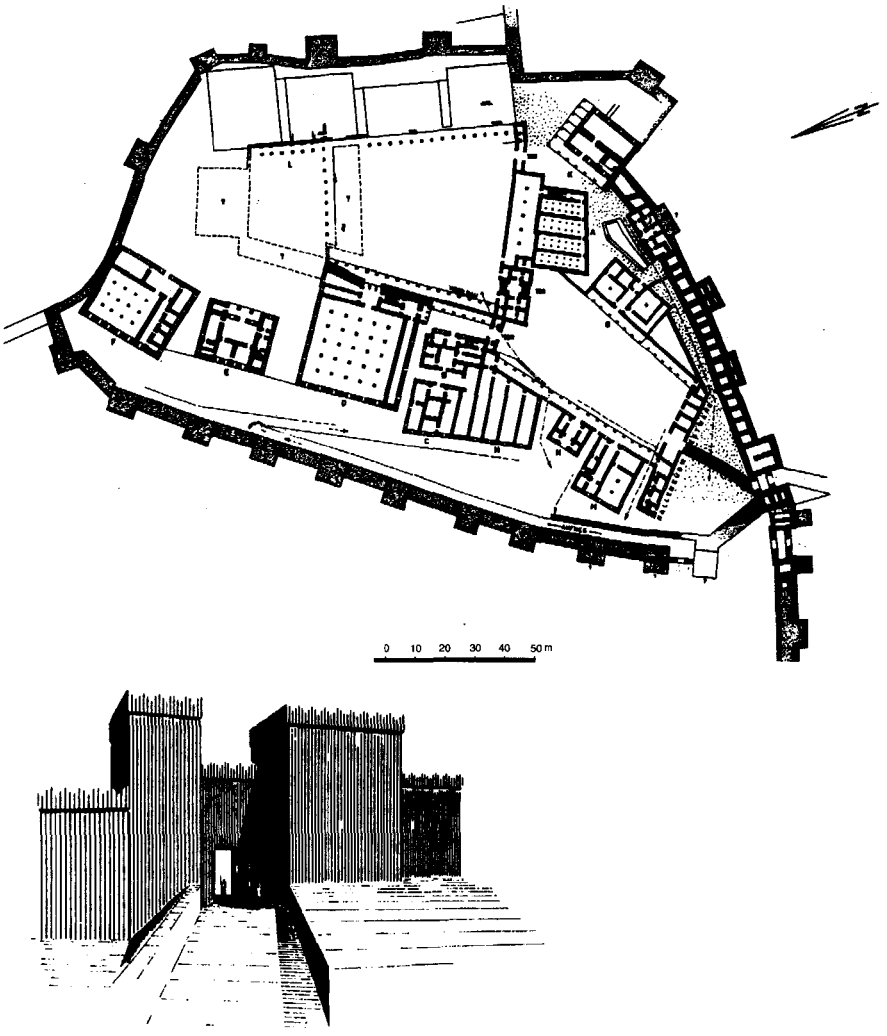


FIGURA 98. La acrópolis de Khattusha a finales de la época imperial, *c.* 1200. Planta (*arriba*) y reconstrucción de la puerta suroeste (*abajo*).

suroeste (Arzawa), la llanura de Konya, la llanura cilicia y las zonas ribereñas del Éufrates debieron estar más pobladas, mientras que la impresión de vacío creciente se refiere sobre todo a la meseta central (Frigia y Capadocia en términos clásicos) y a la franja norte. Este vaciamiento interior del imperio tiene que ver con su caída. Es cierto que los datos históricos conocidos (que analizaremos a continuación) hablan de la llegada de pueblos hostiles al área mediterránea, que obligan a los hititas y a los vasallos que les quedan a luchar denodadamente por mar y tierra en el suroeste anatólico. Justo después, la capital es destruida y los archivos callan.

LIBER

La caída del centro de dirección conlleva el desmoronamiento de la formación estatal que se basaba en él, y se encontraba ya despoblada, en un estado precario. No sabemos si atribuir la destrucción de Khattusha a los «pueblos del mar» (ya que la capital está muy apartada de su ruta documentable, hacia el norte), a los kashka (que podían haber aprovechado la concentración de tropas hititas en el suroeste), o a otros pueblos procedentes del oeste (los futuros frigios, que cuando vuelve a haber documentación se encuentran instalados en el antiguo país de Khatti). A finales del siglo XIII el país estaba muy despoblado, y sólo se sostenía por la presencia de la gran capital y el sistema administrativo y redistributivo que ésta encabezaba. Cuando se desmorona el estado hitita, en el vacío demográfico de Anatolia central y septentrional se introducen con mayor facilidad los pueblos llegados de Occidente, mientras que los luvitas e hititas se mantienen en el sureste, que ha conservado cierta integridad y se encuentra más resguardado de la crisis y de los movimientos inmigratorios.

5. Magia y política, derecho e historiografía

En la época imperial, el aparato celebrativo de la realeza (textos y monumentos), típico de las culturas mesopotámica y egipcia, es significativamente modesto. Esta renuncia a la propaganda vistosa, dirigida al público exterior, coincide con un sustancial desinterés por la población común, que por su parte no puede influir de ninguna forma en la gestión del estado. En cambio, se potencia la propaganda interior, dirigida al círculo de la corte, a la gran familia real, al aparato estatal. Ante los miembros de la clase dirigente, el rey hitita procura tener una imagen heroica, pero también, y sobre todo, respetuosa de los valores vigentes en la red de relaciones jurídicas y personales sobre la que se basa el estado hitita. Estos valores se pueden reducir a uno, el de la «justicia» (*para ḫandatar*), la acción acorde con los criterios de corrección ética, religiosa y legal.

La obsesión de los reyes hititas, ante sus inferiores y enemigos, es demostrar que tienen razón. Dado que puede haber distintas opiniones sobre lo que es la razón, se trata de regular todas las relaciones sociales o políticas mediante el instrumento del pacto jurado: tendrá razón quien se atenga a la letra y al sentido del juramento, y no la tendrá quien los infrinja. Si todos se atuvieran al pacto jurado, nunca habría conflictos sociales, políticos o militares. Y como todos los pactos están desequilibrados, con alguien subordinado al rey hitita, está claro que su total observancia significaría el reconocimiento pacífico de la posición central del rey, y de la posición central de Khatti. Cuando no existen pactos escritos hay que remitirse a criterios obvios, basados en la analogía: hay una analogía «horizontal» de la reciprocidad, según la cual es justo en una dirección lo que se ha considerado justo en la dirección contraria (si tú has saqueado mis tierras, ahora no protestes si yo saqueo las tuyas; si tú retienes a mis fugitivos, es justo que yo retenga a los tuyos; y así sucesivamente). También hay una analogía «vertical», diacrónica, según la cual es justo ahora lo que fue justo en el pasado, y sobre todo en un pasado lejano de cariz mítico-fundador, que sirve de modelo para el comportamiento correcto actual. La analogía y la tradición, a falta de pactos específicos, deberían ser suficientes para tener elementos de juicio y resolver las controversias.

Si las controversias son insuperables, se recurre a la guerra, que es una guerra

ordálica (como solía suceder en el Bronce Tardío), una forma de saber quién tenía razón. El vencedor tiene razón en la medida en que impone su razón, silencia la posible razón del perdedor. La concepción hitita es la inversión ideológica de este dato real-político: el que tenía razón se alzará con la victoria, porque contará con el apoyo de los dioses, y demostrará, al vencer, que tenía razón.

Esta función ordálica hace que la guerra esté muy ritualizada. Hay un ritual de declaración de guerra que posee aspectos operativos y religiosos. La guerra empieza con una notificación al enemigo en la que se mencionan los agravios sufridos, la buena voluntad derrochada en vano, para llegar a la conclusión de que el recurso a las armas es inevitable si se quiere que triunfen la razón y el derecho. Pero al mismo tiempo hay una notificación a los dioses enemigos, bajo la forma de actos judiciales, procesales, en los que se demuestra que el país enemigo está en un error y se invita a sus dioses a que lo abandonen y se pongan de parte de la justicia, facilitando así la victoria del rey hitita y de sus divinidades protectoras y justicieras.

También la batalla es ordálica. Se libra en un lugar y con una fecha adecuados, con los dos ejércitos frente a frente, sin subterfugios ni traiciones. Por lo menos, así es la batalla modélica, pero no tiene nada de extraño que el enemigo «injusto» se comporte de forma incorrecta incluso en el campo de batalla, es decir, cuando debe resplandecer la justicia, confirmando una vez más su bajeza moral y haciendo que el resultado de la prueba sea aún más nítido. La batalla es rápida, el apoyo divino la convierte en una mera formalidad, y el enemigo injusto y sin dioses huye o muere.

Aunque *a posteriori* el resultado de la batalla parece obvio, su preparación requiere una gran cautela. Hay una cautela propiciatoria, con rituales que tratan de prefigurar el éxito, en los que se hace combatir simbólicamente a los «nuestros» armados de bronce contra los enemigos armados de cañas. Otros rituales mágicos convierten a los guerreros enemigos en inofensivas mujercillas. Pero lo más importante es la cautela de comprobación, con rituales mánticos que aplican varias técnicas de origen mesopotámico (en primer lugar la hepatoscopia) o típicamente anatólicas (la ornitomancia y el sistema llamado KIN, que consiste en mover unas fichas en un tablero lleno de símbolos, cuya coincidencia con las fichas da indicios sobre el futuro). Unos textos muy largos verbalizan campañas militares que se «jugaron» en el tablero méntico antes de hacerlo de verdad sobre el terreno. Cada desplazamiento, ataque y movimiento se asegura con presagios, y si éstos son negativos, se sustituye con una alternativa, hasta encontrar el camino adecuado que conduce a la victoria final.

La comprobación méntica y los métodos mágicos no se limitan a los combates, y se hacen extensivos a toda la vida política hitita, que está muy condicionada por ellos. Ya hemos recordado que el problema de la peste hace que Murshili II realice una serie de consultas mánticas y oraculares para conocer la causa de este flagelo. La lucha política interna en la corte y la capital también se desenvuelve, en buena medida, a golpes de magia. Hay denuncias contra los adversarios, acusándoles de practicar magia negra contra el denunciante, y prácticas reales (de lo contrario, las denuncias no tendrían ninguna credibilidad), que provocan medidas contrarias de magia «blanca». La lucha política, como la batalla, se combate dos veces, la primera en el plano mágico, y la segunda en el real. El resultado del combate simbólico sirve, por lo menos, para predisponer a los actores del combate real.

El otro gran sector en el que se expresa la concepción hitita de la lucha como verificación de la justicia es el historiográfico. Tenemos un primer ejemplo en las

DOCUMENTO: PREPARACIÓN MÁGICA DE LA GUERRA ENTRE LOS HITITAS

1. *Ritual de evocación de los dioses enemigos*

«Si se efectúa un rito mágico en el límite del territorio enemigo, se ofrece una oveja a la diosa Sol de Arinna, al dios de la tempestad, a Inar, a todos los dioses, a Telipinu de Turmitta, a los dioses varones y a las diosas, a los dioses de la asamblea, a todos los dioses, a todos los montes y los ríos, y se ofrece una oveja a Zitkhariya recitando esto: "He aquí que Zitkhariya se inclina más y más veces ante todos los dioses: las tierras que eran legítima posesión perenne de Zitkhariya y a las cuales se dirigía, donde se celebraban regularmente las grandes fiestas, ahora las han tomado los kashka. Los kashka han empezado la guerra: alardean de su fuerza y de sus huesos y os han humillado a vosotros, oh dioses ... Y Zitkhariya eleva con insistencia causa frente a vosotros, a todos los dioses: ¡acoged en vuestro corazón vuestra causa, juzgad vuestra causa, juzgad la causa de Zitkhariya! ¡Oh dioses, destruid del país kashka!" ... Luego recita esto: "Oh dioses del país kashka, os hemos convocado en asamblea, venid, comed y bebed; y escuchad porque hemos elevado causa contra vosotros. Los dioses de la tierra de Khatti no os han sustraído nada a vosotros, oh dioses del país kashka, ni os han perjudicado en nada. Vosotros, dioses del país kashka, habéis empezado la guerra, habéis echado del país a los dioses de la tierra de Khatti y os habéis adueñado de sus territorios. Los kashka han empezado la guerra: vosotros les habéis quitado a los hititas sus ciudades y les habéis echado de las tierras y de sus viñedos. Los dioses y los hombres de la tierra de Khatti piden que se vierta la sangre" ...»

2. *Programación de una campaña militar mediante oráculos*

«(3) De Khankhana a Khatina; pasa la noche en las ruinas de Katruma. A Pitakalasha, pero permanezca fuera de la indagación si debe atacar Pitakalasha o si la tomará pacíficamente. Al día siguiente devasta Shunapashi y Pitalakhshi, luego duerme en el campamento fortificado del padre de Su Majestad. Al día siguiente ataca Tashinata. A Khatinzuwa, a Tapilusha; ataca Kashkama; a Nerik, reconstruyo Nerik. Desde Nerik preguntaré al oráculo si atacar enseguida a los enemigos o si enseguida celebrar la fiesta del *wurulli*. Si, oh divinidad como antes, la indagación con las suertes es favorable ... (Resultado:) Desfavorable. (4) De Khankhana pasa la noche en las ruinas de Katruma. Al día siguiente el contingente de carros ataca Pikauza y las tropas tribales avanzan ante él. Su Majestad duerme en el campamento fortificado del padre de Su Majestad y el contingente de carros y las tropas tribales vuelven con Su Majestad al campamento fortificado del padre de Su Majestad. Al día siguiente devasta con fuego Shunapashi y Pitalakhshi y duerme en el campamento fortificado del padre de Su Majestad. Al día siguiente a Pikauza; hace una conversión sobre la marcha, en Ishtakhara, ya no va a

Kashkama. A Nerik, reconstruye la ciudad. Desde Nerik preguntaré una vez más al oráculo si atacar enseguida a los enemigos o si enseguida celebrar la fiesta del *wurulli* ... (respuesta desfavorable). (5) De Khankhana a ... y pasa la noche en Pikanunusha. A ..., más allá de Pitakalasha, pero permanezca fuera de la indagación si debe atacar Pitakalasha o la tomará pacíficamente. Duerme en el campamento fortificado del padre de Su Majestad. A Pikauza, hace una conversión sobre la marcha, a Ishtakhara, a Nerik y reconstruye la ciudad. Desde Nerik preguntaré al oráculo si atacar enseguida a los enemigos o si enseguida deberá ser celebrada la fiesta del *wurulli* ... (respuesta desfavorable). Etc.»

«anécdotas admonitorias» de personajes conocidos (o incluso desconocidos o ficticios) que se comportaron de una manera determinada, erraron y tuvieron que enfrentarse a una determinada consecuencia. Estas anécdotas son citadas cuando alguien se encuentra en una situación parecida, y gracias a ellas puede aprender a comportarse de la manera adecuada, evitando errores que fueron la ruina de otros. Es como la versión laica del presagio histórico mesopotámico. La guía para la acción ya no es el presagio antiguo, acompañado de un resultado determinado, sino la conexión entre comportamiento y resultado, tan humana y racional.

Pero la literatura «histórica» hitita, que experimenta un gran auge, no proporciona modelos de comportamiento para el futuro, sino más bien justificaciones para las acciones pasadas. En este sentido, la actitud «historiográfica» de los hititas es un reflejo de su actitud judicial, de su obsesión por demostrar que tienen razón. En este sentido, las historiografías mediohitita e hitita imperial se integran perfectamente en el clima internacional de sus épocas respectivas. Las mismas quejas contra el comportamiento del adversario y protestas de inocencia que iniciaban las declaraciones de guerra y la *evocatio* a los dioses enemigos, pasan luego a formar parte, como «preámbulos históricos», de los instrumentos que ratifican las nuevas relaciones políticas, es decir, los pactos jurados de subordinación. Por si no bastara una derrota militar, o una sumisión para evitar males mayores, los vasallos hititas tienen que escuchar que su sumisión actual es la consecuencia justa de su comportamiento anterior, del incumplimiento de pactos anteriores: comportamiento irreprochable de los hititas, comportamiento desleal o ambiguo de los demás. Naturalmente, estas reconstrucciones de las relaciones anteriores entre los dos estados firmantes del pacto son de lo más tendencioso. Lo único que pretenden es demostrar que los hititas tienen razón.

La otra aplicación típica del «genio» historiográfico hitita son los documentos internos del estado, edictos o apologías. La tradición se remonta al propio fundador del estado hitita, aquel Khattushili I que en su lecho de muerte explica que al designar heredero a Murshili, hijo adoptivo, ha hecho lo más conveniente. Luego tenemos el mencionado edicto de Telipinu, quien para demostrar que su usurpación es «justa» y librarse de posibles usurpaciones futuras, escribe la historia del estado hitita en términos de cohesión y traiciones, se inventa el rey modelo Labarna y proyecta en el futuro la temática de la usurpación, en forma de fantasmagóricas «reformas». Por último, tenemos la *Apología* de Khattushili III, usurpador a ojos de todo el reino

(tantos de los fieles a Urkhi-Teshub como de sus propios partidarios, e incluso de su propio hijo). Con ella trata de demostrar que su ilegitimidad no es nada comparada con la de su sobrino, que su rebelión ha sido un acto de defensa propia, y que el favor divino de que ha gozado es una demostración de su «justeza».

Un tercer y último tipo de texto historiográfico es la narración de las gestas del rey, en forma de anales. Este tipo también empieza con Khattushili I, tiene buenos ejemplos mediohititas y culmina con Murshili II (gestas de su padre Shuppiluliuma, anales «decenales» y anales «completos»). En estas narraciones la demostración es más explícita en el marco, cuando éste se conserva. Así, los anales decenales de Murshili pretenden demostrar que el rey, pese a ser «pequeño», gracias al favor de los dioses, fue capaz de hacer frente a una situación dificilísima. Cuando falta el marco (los otros textos nos han llegado en estado fragmentario), vemos que los episodios concretos poseen un carácter celebrativo y justificativo, y siempre acaban subrayando la justeza de la posición hitita, pintando más o menos abiertamente el comportamiento enemigo con tonos desfavorables y revelando la intervención divina en cada éxito. Pero la amplitud narrativa de estos documentos analísticos va más allá del simple relato apologético, y se aproxima al relato histórico continuo, escrito para guardar una memoria detallada de los hechos memorables por su heroísmo y sus enseñanzas para la posteridad.

En cambio, escasean las inscripciones celebrativas monumentales, aunque en la fase imperial tardía la escritura hitita jeroglífica (que era utilizada desde la época mediohitita para incluir los nombres en los sellos) es objeto de las aplicaciones monumentales que serán típicas de la época neohitita. De todos modos, hay un texto de Shuppiluliuma II que data precisamente de finales del siglo XIII, referente a la conquista de Alashiya (Chipre) y vinculado a la construcción del monumento funerario del padre del rey, que se puede comparar de alguna manera con las inscripciones monumentales mesopotámicas. Lo que no sabemos es si una versión monumental de esta inscripción (que ha llegado hasta nosotros en copia de archivo) resultaba accesible para el público de la capital.

En conjunto, la literatura «historiográfica» hitita (mejor sería llamarla política) es mucho más justificativa que celebrativa, y va dirigida a un círculo interno de la corte, más que a la población en su conjunto. Posee el mismo carácter movilizador, pero pretende movilizar a una clase social más reducida. Es un signo de los tiempos, pero también una característica hitita, pues en la Asiria contemporánea veremos que un contexto heroico y religioso similar da origen a una literatura política mucho más celebrativa que la hitita. Da la impresión de que los hititas están obsesionados por tener razón (y por la sospecha de no tenerla). No les basta con vencer, tienen que convencer a los sometidos de que la razón estaba, desde el principio, del lado del vencedor. Para ello deben dirigirse a los interlocutores exteriores, estados vasallos y grandes reyes amigos o enemigos, y también a los miembros de la aristocracia político-militar hitita. En el caso hitita está muy difuminada la diferencia, a veces descarada, entre una versión de los hechos dirigida al exterior, destinada a las relaciones internacionales, y una versión de cara a la galería, de carácter claramente triunfalista, dirigida a la población del reino. Dado que la población interior no se considera un destinatario interesante, los miembros de la aristocracia internacional, hititas o extranjeros, internos o externos, reciben mensajes similares. Son mensajes de autojustificación de un rey que tiene grandes problemas domésticos, con su propia familia, y también en el concierto internacional.

6. El sincretismo cultural y religioso

En los últimos veinte años se ha podido precisar mejor la cronología interna de los textos hititas, y ya se pueden distinguir las particularidades lingüísticas y gráficas del Antiguo Reino, la fase mediohitita y los siglos del imperio. Se puede seguir una evolución cultural, que va del patrimonio hitita en sus fases más antiguas hasta las innovaciones relacionadas con la gestión de un imperio que sobrepasa los confines de Anatolia. Esta posibilidad de datar ciertos textos del Antiguo Reino ha puesto de relieve que gran parte de la cultura hitita ya se había formado en la edad antigua, y perdura hasta los siglos finales. Algunos elementos de apertura y contacto con el mundo exterior también se remontan a la época de Khattushili y Murshili I, como el interés por los héroes mesopotámicos (Gilgamesh y Sargón), la forma del «código», etc.

La ampliación e intensificación de los contactos produce sus efectos. Los contactos con países prestigiosos pero lejanos, como Egipto, Babilonia y Asiria son escasos, y se limitan al círculo de los escribas, para quienes las ciudades babilonias son el origen y el eje de la cultura «cuneiforme» de su escuela. Junto a los textos escolares (vocabularios bilingües y otros) y literarios, se difunde el prestigio de algunos dioses, como Marduk de Babilonia, Shamash de Sippar, o la sanadora Ishtar de Nínive. También se difunden técnicas y procedimientos mánticos, y llegan algunos especialistas, como médicos, escultores y exorcistas.

Distinto es el caso de las zonas sometidas al control político hitita (los estados vasallos del norte de Siria, lingüísticamente cananeos y hurritas, y las zonas anexionadas, como Kizzuwatna). En particular, desde Kizzuwatna, así como desde Mitanni y los estados del norte de Siria, se difunde hasta la capital hitita (mucho más allá de la zona de difusión lingüística del hurrita) una fuerte influencia hurrita, sobre todo durante el siglo XIII. Los vehículos de esta difusión son el prestigio cultural y religioso de algunos santuarios, ciertas prácticas mágicas, ciertos ritos y algunos mitos. Además, las reinas, los funcionarios y los sacerdotes de origen hurrita favorecen esta penetración. El caso más notable es el de Pudu-Khepa, esposa de Khattushili III y sacerdotisa de la diosa Khebat en Kummani de Kizzuwatna, que influyó en su marido para que éste acogiera los cultos hurritas. El procedimiento oficial es el sincretismo o identificación. La tríada hitita típica, en el culto del estado, estaba formada por la diosa solar de Arinna, su esposo el dios de la tormenta de Khatti y su hijo el dios de la tormenta de Nerikka y Zippalanda. La tríada hurrita identificada con la anterior está formada por la diosa Khebat, el dios Teshub y el dios Sharruma, respectivamente.

Este deseo de incorporar el patrimonio religioso hurrita al estado hitita se suma al esfuerzo secular por reducir el patrimonio anatólico (hitita y prehitita) con un sincretismo oficial que se hace eco de los numerosos cultos locales todavía vigentes. Una expresión monumental de este deseo de dar una apariencia hurrita al panteón oficial de la capital es el santuario de Yazilikaya, situado a las afueras de la misma, al que se puede acudir en procesión. El santuario posee una parte edificada, por la que se entra a un conjunto de estrechos desfiladeros de roca en cuyas paredes está esculpido el encuentro procesional de las divinidades masculinas, a un lado, con las femeninas, al otro. Se trata de una interpretación hurrita del panteón, como lo demuestran los nombres que acompañan a las figuras, que están representadas con sus

LIBER

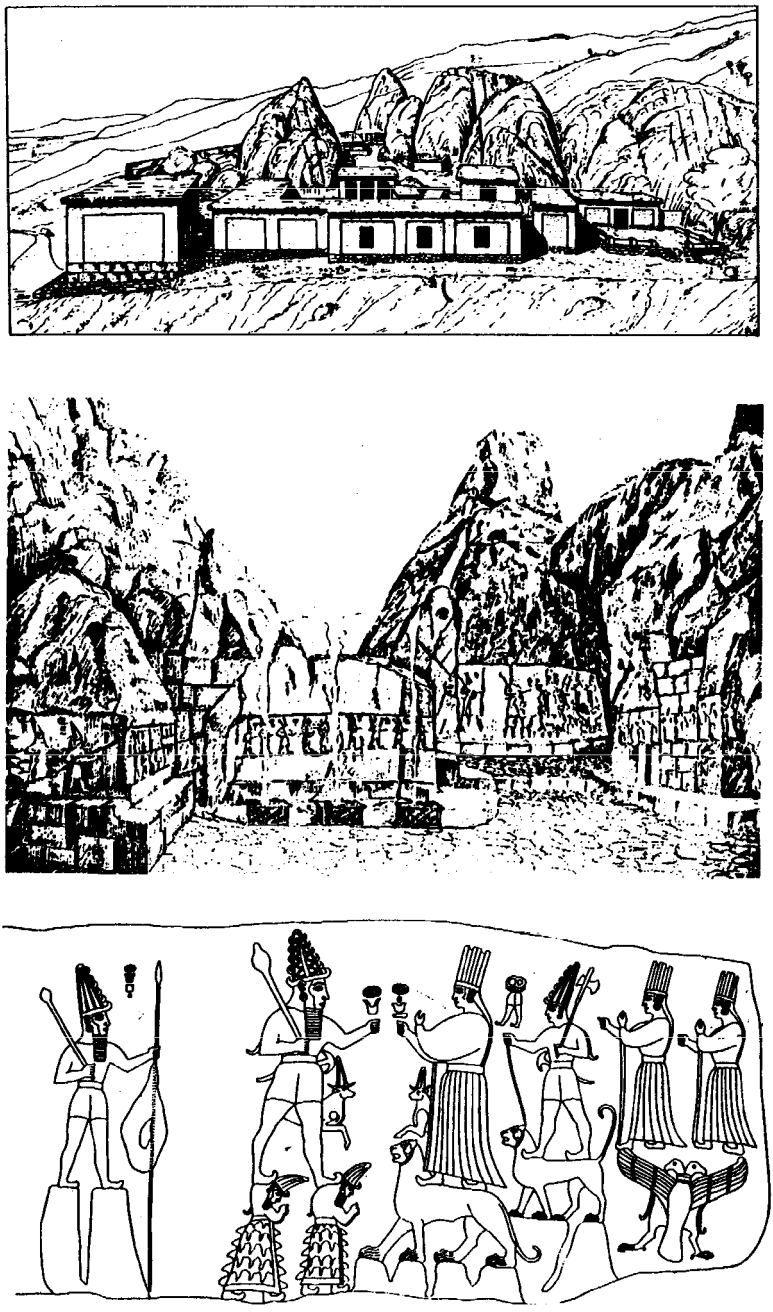


FIGURA 99. El santuario de Yazilikaya, cerca de Khattusha. *Arriba*, reconstrucción del exterior, vista desde el sur. *Centro*, la cámara A. *Abajo*, la procesión de los dioses.

LIBER

propias características (atributos, ropajes y animales de acompañamiento). Gran parte del monumento es de la época de Tudkhaliya IV (que precisamente fue hijo de Pudu-Khepa y Khattushili).

En los archivos se advierte el mismo afán por controlar un patrimonio religioso que ha llegado a ser muy heterogéneo. La propia categoría textual de las «descripciones de imágenes» es significativa al respecto. Son inventarios de objetos de culto que incluyen descripciones detalladas de las imágenes divinas, tanto las de origen local como las extranjeras. Es una expresión burocrática de ese conocimiento iconográfico que se pone de manifiesto en Yazilikaya —conocimiento obvio para la cultura propia, pero complicado en este caso por las numerosas aportaciones foráneas. Más típica y frecuente es la categoría de las «descripciones de fiestas». Se trata de unas descripciones interminables y detalladas, día a día, de lo que tiene que hacer cada oficiante, las ofrendas y las palabras que han de pronunciar en el transcurso de las ceremonias religiosas incluidas en el calendario estacional de una localidad determinada del reino. Las ceremonias tienen una repercusión variable en la capital, pero son de interés público, ya que el rey participa personalmente en ellas como oficiante.

A los rituales escritos en hitita se suman los que están escritos en khatti (o con partes o palabras en khatti), en luvita y más tarde en hurrita. Vemos, pues, que la pluralidad de cultos locales se complica bastante con la pluralidad lingüística, en parte dentro del ámbito de las lenguas habladas y en parte del de los residuos de culto. Lo mismo se puede decir del patrimonio mitológico: tras la incorporación de algún elemento mesopotámico (en la época de los reinos Antiguo y Medio), durante los siglos XIV y XIII se produce sobre todo una penetración de mitos hurritas (canto de Ullikummi, mito de Kumarbi) ambientados topográficamente en la Alta Mesopotamia o el norte de Siria. Incluso hay un mito de origen cananeo (El-kunirsha) que recuerda a los vasallos sirios más lejanos.

Dada la despoblación del país central, la persistencia de la dimensión local, la prodigiosa extensión del imperio y el crecimiento de la capital, los problemas que acarrea la penetración de cultos y culturas extranjeras poseen también su vertiente política. El núcleo de población hitita (en el sentido lingüístico y cultural) queda reducido a la capital, acosada por la presión kashka y agotada por el esfuerzo militar. En la distribución demográfica del imperio van cobrando importancia los componentes luvita (en toda la franja sur, desde Arzawa hasta Kizzuwatna) y hurrita (desde Kizzuwatna hasta Siria y Khanigalbat). Khatti no es capaz de asimilar a los otros súbditos, y tiene que aceptar su penetración, marginándola y convirtiéndola en «oficial». Por lo demás, en el propio interior de Khatti, la poderosa capital no consigue completar el proceso de centralización y homogeneización. Los cultos locales persisten, las administraciones locales conservan sus competencias, los templos conservan sus tierras, y lo único que puede hacer el rey hitita es concentrar en la capital los cultos locales y peregrinar por las localidades periféricas para reafirmar su función de sacerdote oficiante en todos los cultos del reino.

LIBER

19. SIRIA-PALESTINA EN EL BRONCE TARDÍO

1. Demografía y asentamientos

Entre el Bronce Medio y el Tardío hay una total continuidad en los asentamientos siropalestinos. No se conocen casos destacados de asentamientos nuevos, las ciudades siguen utilizando el mismo trazado urbano, defendidas por las mismas murallas. Los robustos terraplenes construidos a comienzos del II milenio sólo necesitan algunos refuerzos y restauraciones en las puertas, y no hay expansiones urbanas que requieran nuevos recintos amurallados. Dentro de los muros, los edificios públicos (sobre todo los palacios reales) son ampliados y enriquecidos, ganando terreno a los barrios de viviendas privadas. Los templos siguen siendo bastante pequeños, de tipo longitudinal tripartito o de tipo torre.

Pero, dentro de esta continuidad, hay un claro retroceso del área habitada hacia las zonas más favorecidas, con más agua y mejores suelos (costas y valles). La meseta interior se despuebla: Siria al este del Orontes y Palestina al este del Jordán, a excepción de alguna zona más lluviosa. Así como en el Bronce Antiguo III la expansión de los asentamientos en Siria-Palestina había sido máxima, ahora —tras varios siglos de decadencia— el Bronce Tardío supone para la misma área el retroceso máximo. Se abandonan zonas que durante siglos habían tenido asentamientos, y todavía no los hay en las áreas de cerros y montañas que sólo serán colonizadas durante la Edad del Hierro. Grandes ciudades como Ebla y Qatna permanecen deshabitadas, y amplias zonas de agricultura extensiva de secano son abandonadas y se convierten en pastizales para cabras y ovejas.

El retroceso de los asentamientos implica un aumento proporcional del componente nómada pastoral, pero globalmente supone una reducción del número de habitantes, ya que la explotación pastoral requiere una población más desperdigada y un aprovechamiento más leve de los recursos. En el caso de la Siria del Bronce Tardío, se pueden realizar cálculos demográficos basados en la documentación arqueológica y textual. De algunas ciudades se conoce el perímetro exterior y el tejido urbano interior. En varias zonas se han realizado detalladas prospecciones superficiales, que han confirmado a escala local la tendencia general a la concentración de los asentamientos, y han proporcionado un inventario de asentamientos menores que se suma al de las capitales. Los textos de Alalakh y Ugarit proporcionan interesantes datos numéricos, y las cifras de los textos egipcios, información complementaria.

Por ejemplo, el reino de Mukish (que, a grandes rasgos, coincide con la llanura

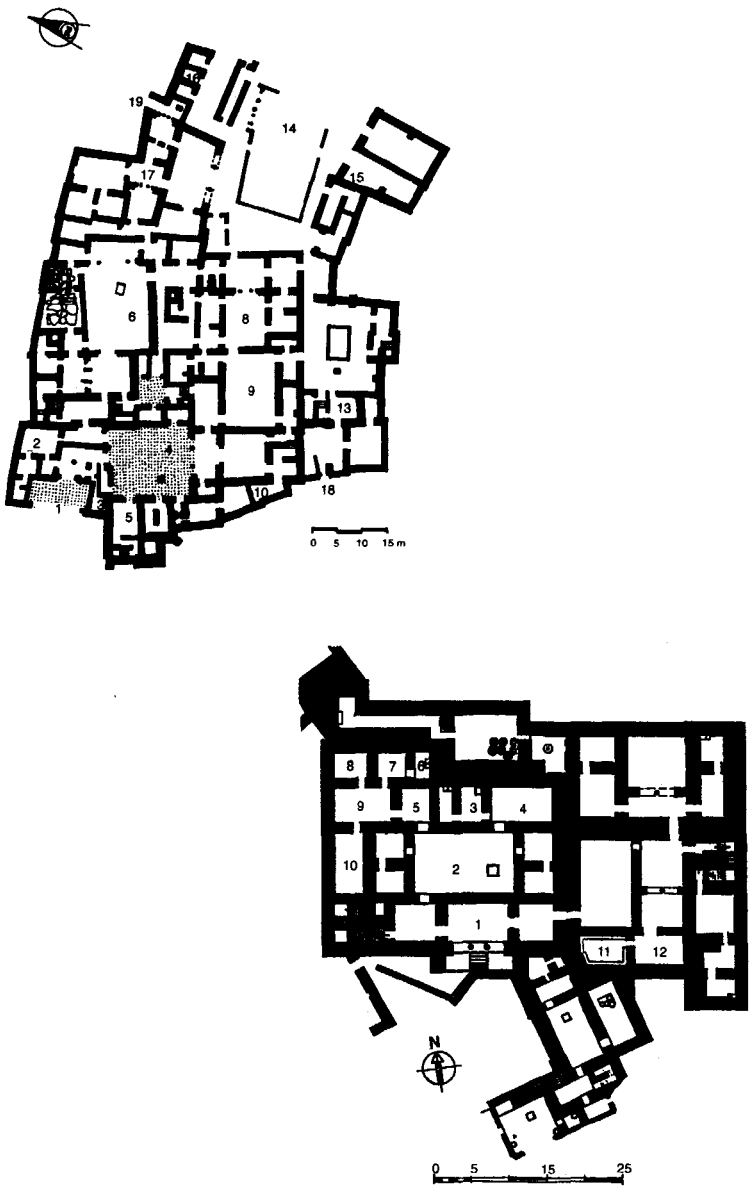


FIGURA 100. Palacios sirios del Bronce Tardío. *Arriba*, Ugarit, siglo XIV. *Abajo*, Alalakh, siglo XV.

LIBER

del 'Amuq) tenía unas 200 aldeas, de las que se tienen listas detalladas (de casas o de personas, es decir, varones adultos, clasificados por categorías). Generalmente las aldeas son pequeñas, a veces minúsculas, pues comprenden entre 3 y 80 casas, y entre 6 y 100 varones adultos, con un promedio de 30 casas y 190 personas. Se puede estimar la población rural total en 30.000 personas, y 5.000 en la capital Alalakh. En el reino de Ugarit (la llanura costera que rodea Laodicea) la situación es similar. En este caso, los textos son menos explícitos y detallados, pero sabemos que había por lo menos 200 aldeas, cuyo número de habitantes también podía variar entre unos pocos y varios cientos. Se ha estimado que la población rural de Ugarit fue de unas 25.000 personas, y en la capital había 10.000 como máximo.

He aquí un ejemplo de dato egipcio: en una estela de Amenofis II, después de la cifras de enemigos capturados o muertos (varias decenas de individuos), aparece una especie de sumario en el que los «prisioneros» suman cerca de 90.000, una cifra que no puede referirse a los prisioneros propiamente dichos, sino al conjunto de la población conquistada, que ha permanecido en el lugar con el nuevo estatus de vasallos de Egipto. En particular, se habla de unos 15.000 habitantes de Nukhashe (zona semidespoblada situada al este del Orontes), un dato razonable si se compara con las estimaciones realizadas para las regiones de Mukish y Ugarit, de mayor densidad. En conjunto, combinando los datos de los textos con los cálculos arqueológicos, se ha propuesto la cifra de 200.000 habitantes para Palestina durante el Bronce Tardío, y extrapolando se puede proponer la de 600.000 para toda la franja siropalestina.

Además del dato numérico global, son importantes las diferencias internas. Algunos estados ciudadanos están muy desequilibrados a favor de la ciudad: Tiro, ciudad insular con un control precario de un transpaís de reducidas dimensiones, es un caso límite, pero todos los estados costeros poseen una proporción considerable de su población concentrada en las ciudades, el resto en aldeas de campesinos, y no hay pastores trashumantes. En el extremo opuesto, los estados situados en los territorios semiáridos (como el mencionado Nukhashe) o en zonas de montañas (Amurru), poseen un modesto componente ciudadano, y el pastoral compite con el agrícola. En general, al retirarse los asentamientos hacia zonas agrícolas, el componente pastoral no sólo gana terreno, sino que tiende a escapar al control palatino. Los espacios entre unas ciudades y otras, entre unas comarcas agrícolas y otras —espacios de bosques, colinas o estepas—, son «externos» en el aspecto político, peligrosos de atravesar (sobre todo para los mercaderes y los mensajeros reales), imposibles de tasar y controlar, lugar de refugio para toda clase de fugitivos.

En las listas de aldeas de Alalakh IV tenemos una visión muy clara de las diferentes categorías sociales. Desde el punto de vista administrativo, la población está dividida en cuatro categorías, que conviene agrupar en dos parejas. La primera es la de los «libres», que son campesinos (*ḫupšu*) o pastores (*ḫaniaḫḫu*, término hurritizado que deriva del nombre de la tribu de los khaneos). La segunda pareja son los dependientes del palacio, que pueden ser guerreros carristas (*maryannu*) o los demás especialistas técnicos (*eḫele*). Comparando unas listas con otras, se puede decir que la población «libre» representa un 80 o 90 por 100 del total, y en su interior puede haber un 85 por 100 de campesinos y un 15 por 100 de pastores. El 10 o 20 por 100 restante de dependientes palatinos son sobre todo *eḫele*, y los *maryannu*, se concentran en algunas aldeas mayores. En la capital el reparto por categorías debió ser dis-

LIBER

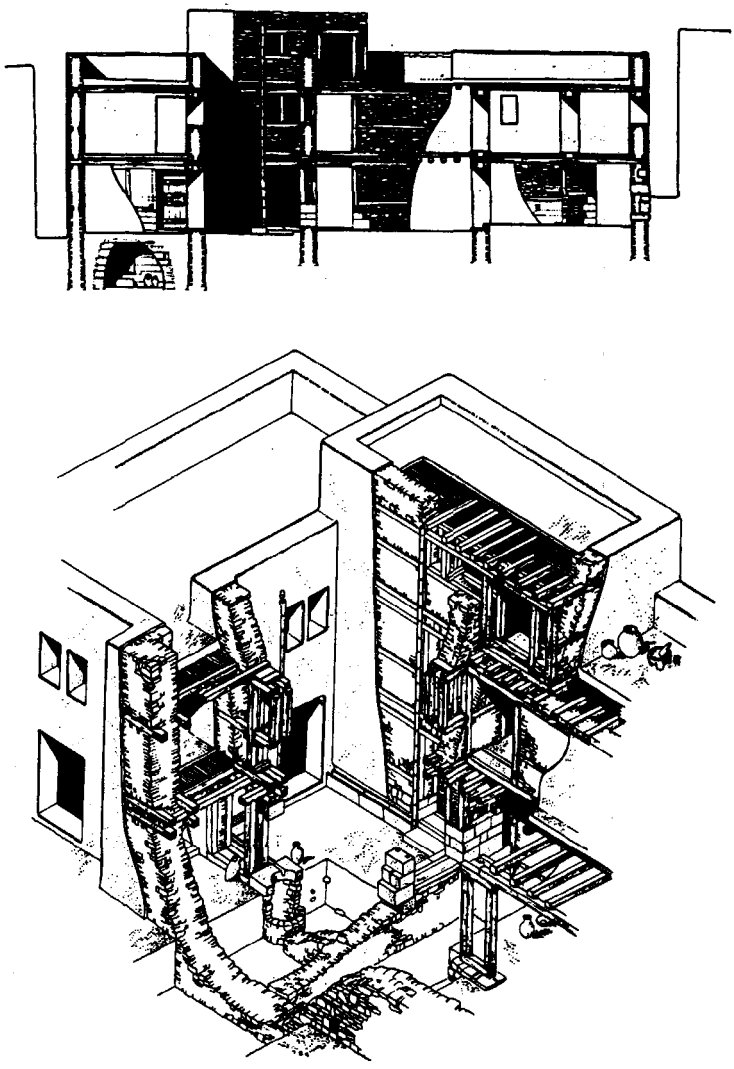


FIGURA 101. Una vivienda privada de Ugarit, siglo XIII. *Arriba*, reconstrucción del alzado. *Abajo*, axonometría con detalles de la técnica de construcción.

tinto, con fuerte presencia de *eḫele* y *maryannu* y sin pastores. En el conjunto del área siropalestina, teniendo en cuenta las situaciones desequilibradas en un sentido u otro, y sólo en líneas generales, podemos decir que había unos 400.000 campesinos, 80.000 pastores y 120.000 dependientes palatinos.

Las tendencias demográficas debieron ser bajas, dado que la población global disminuía, no sólo entre el Bronce Medio y el Tardío, sino en este último periodo entre los siglos XV y XIV al XIII. Se considera que la causa principal fue la actividad

bélica, tanto exterior (sobre todo las campañas de los faraones egipcios) como interior. También influyeron los factores socioeconómicos, como un excesivo gravamen laboral y fiscal, los endeudamientos seguidos de la pérdida de la libertad, con las consiguientes fugas, y los abandonos de aldeas enteras. Todos estos factores contribuyeron a reducir el tono demográfico. Se constata una diferencia entre las familias de la clase palatina, que a menudo eran polígamas y con numerosos hijos, y las familias campesinas, por lo general monógamas y con pocos hijos. La relación entre productores y no productores fue empeorando poco a poco, lo cual explica el aumento de la presión fiscal y su desenlace, la disgregación familiar (esclavos agrícolas sin familia, núcleos de desterrados, refugiados). Con las mismas causas internas y de fondo, si el despoblamiento de Anatolia se agravó debido a la actividad imperialista del estado hitita, la crisis paralela de Siria-Palestina representa la otra cara, pasiva, de la misma situación.

2. Economía y sociedad: palacio y campo

Las peculiaridades del paisaje y las tendencias demográficas condicionaron la economía siropalestina del Bronce Tardío. Mientras en el campo escaseaba la mano de obra, las ciudades florecían, alcanzando niveles cualitativos muy elevados, lo que produjo unas diferencias económicas, sociales y políticas entre el sector palatino y el rural que nunca antes habían sido tan acusadas, ni lo serían en el futuro. La economía palatina, en última instancia, se basaba en la producción primaria, que afluía mediante tasación interna. Pero en Siria-Palestina los rendimientos eran muy bajos. En el Bronce Tardío tenemos datos del orden de 3:1, como máximo de 5:1 (relación entre cosecha y simiente). Los bajos rendimientos y la escasez de mano de obra aconsejaban renunciar a la explotación agrícola de las zonas semiáridas, cuyas cosechas eran demasiado aleatorias. Se incrementaron los cultivos más especializados, como la horticultura y la viticultura, que requerían un mayor esfuerzo y sólo eran convenientes en tierras de regadío. A partir de los textos de Ugarit y Alalakh (franja costera), y los de Emar (cuenca del Éufrates) se puede reconstruir un paisaje agrícola con parcelas cuadradas (a diferencia de las parcelas alargadas del sur de Mesopotamia) destinadas a cultivos de cereales, de secano, y con pequeños huertos cercados y regados (en Emar a orillas del Éufrates, en Ugarit en una franja costera con abundantes manantiales), además de viñas (Alalakh y Ugarit) y olivares en las lomas.

Pero el distinto régimen jurídico de las tierras tenía más importancia que los aspectos paisajísticos. Seguía existiendo la división básica entre las tierras del rey y las tierras familiares. Las primeras podían ser explotadas directamente por el palacio. Entonces las granjas palatinas eran cultivadas por siervos agrícolas sin vida familiar (por lo tanto, sin reproducción interna), que entregaban al palacio el 50 por 100 del producto. La otra mitad se destinaba a simiente, a la ración de los campesinos y a completar la alimentación de los animales de labor. Las tierras del rey también podían ser entregadas a los especialistas palatinos como posesión temporal y condicionada, aunque con el paso del tiempo tendió a estabilizarse y se formó una clase de propietarios «ausentes», que ejercían su actividad en palacio. En cuanto a las tierras de las aldeas, el palacio cobraba un diezmo, es decir, bastante menos que lo que sacaba de sus propias granjas. Pero el palacio no podía extender sus tierras en perjui-

LIBER

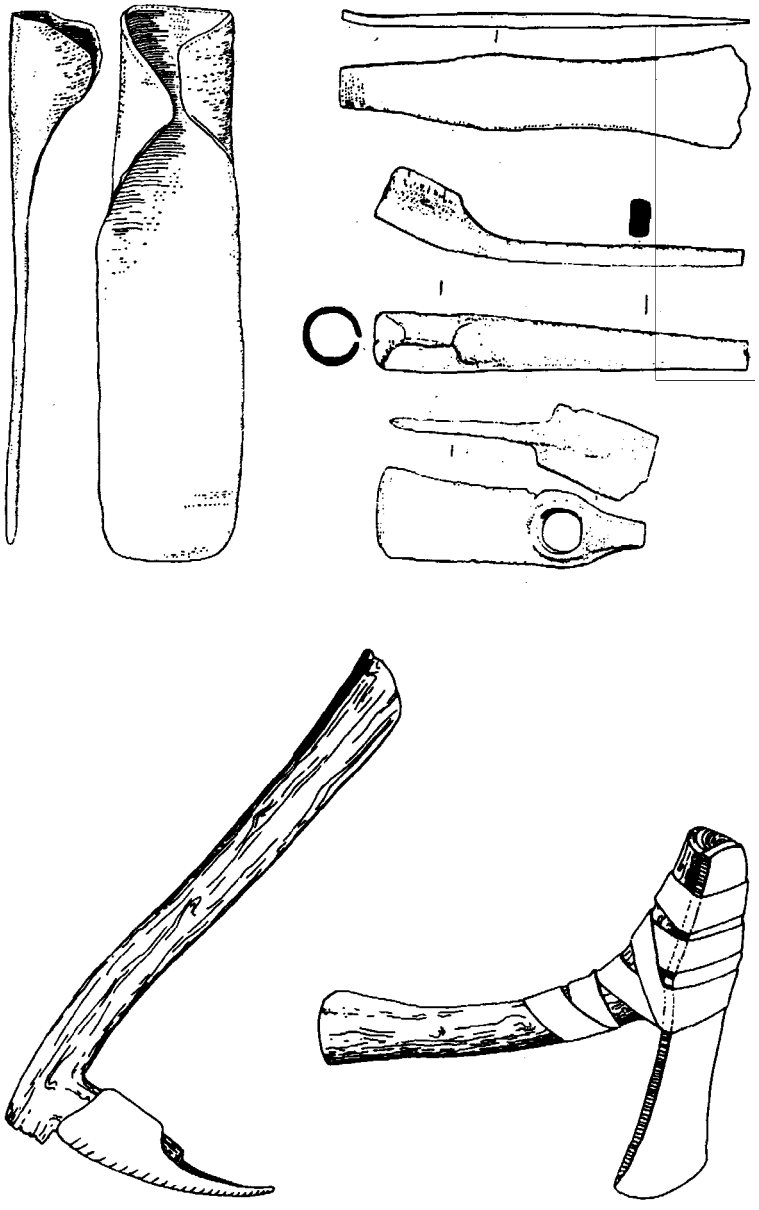


FIGURA 102. Aperos metálicos del siglo XIII (del naufragio de cabo Gelidonya).

cio de las aldeas, porque éstas eran una reserva de mano de obra con la que se cubrían las bajas producidas entre los siervos de las granjas. Además, proporcionaban un refuerzo de mano de obra (de reclutamiento forzoso) para los trabajos estacionales e intensivos, evitando que el palacio tuviera que mantener un número excesivo de siervos fijos. De modo que las granjas palatinas funcionaban gracias a que gran parte de los costes (estrictamente económicos y «sociales») recaían sobre las aldeas. Otras haciendas palatinas, como las pastorales para la producción de lana o los talleres artesanos, eran lugares donde no se producían excedentes, sino que se transformaban. En ellas, el valor de las raciones alimentarias podía igualar al de las mercancías producidas, pero lo que se pretendía era la diferenciación de los productos.

De hecho, con una base agropastoral poco segura y rentable, la economía de los centros palatinos siropalestinos, y en particular la de ciudades costeras como Ugarit, Biblos y Tiro, o la de ciudades norteñas como Karkemish y Aleppo, se apoyaba, en gran medida, en los productos artesanales. Como en la época de Ebla, había dos sectores principales, el textil y el bronce. El primero se basaba en la producción de lana de la ganadería trashumante siria, pero los tejidos ganaron originalidad y calidad gracias a ciertas técnicas de fabricación y coloración. Esta última se conseguía sobre todo con distintos tonos de púrpura, extraída de unos moluscos del Mediterráneo. La producción de bronce estaba muy desarrollada gracias a la cercanía del cobre de Alashiya (Chipre), y seguía alimentando corrientes de exportación hacia Mesopotamia, Egipto y la propia Anatolia. La composición del tributo que pagaban los estados sirios a los hititas y los palestinos a Egipto confirma que los dos productos principales eran los tejidos de lana teñidos con púrpura y los objetos y armas de bronce. Además, en los intercambios de regalos entre las distintas cortes encontramos una serie de productos valiosos de artesanía: vidrios, joyas, copas de oro y plata, prendas de vestir, carros lujosos, etc. Y el comercio de tránsito también tenía un peso importante en la economía de la zona, dada su ubicación en el centro del sistema regional, que se había desplazado al suroeste con la inclusión orgánica de Egipto.

En el Bronce Tardío, dentro de ambos sectores —palatino y familiar— hubo cambios importantes en las relaciones sociales, impulsados por los factores económicos y políticos que acabamos de mencionar, típicos de todo Oriente Próximo durante esta época, pero más influyentes en Siria-Palestina. En el ámbito del palacio, ya a partir del siglo XVI se impuso la solidaridad «de clase» entre el rey y la elite política-especialista, que tuvo como resultado la marginación y explotación de los ámbitos extrapalatinos. La solidaridad se vio reforzada cuando el rey dio vía libre a los procesos de concentración de tierras y servidumbre de los deudores insolventes, cada vez más numerosos. Pero esta solidaridad no anulaba el mecanismo originario, en virtud del cual los especialistas prestaban un servicio al palacio a cambio de su manutención —sobre todo cuando esa manutención, por el nivel de calidad alcanzado, era mucho más que el mero sustento. En cambio, durante los siglos XIV y XIII se produjeron tres fenómenos paralelos cuya combinación afectó seriamente a la racionalidad del sistema. El primer fenómeno era el más previsible, y tenía raíces lejanas: la transmisión hereditaria de padres a hijos del servicio y las tierras. A la larga, los que nacían en una tierra poseída por una familia desde varias generaciones atrás, estaban convencidos de que se trataba de una propiedad familiar de un tipo especial, que requería una confirmación del rey, un documento sellado por él. La prestación

LIBER

del servicio se convirtió en un gravamen fiscal, invirtiéndose la relación entre servicio y retribución. El segundo fenómeno, más reciente y serio, fue la generalización de las exenciones de servicio. Al principio se debían a unos méritos especiales recompensados por el rey, pero luego se consolidaron (por transmisión hereditaria) y acabaron vinculadas a una tierra determinada, más que a un beneficiario particular. El tercer fenómeno, que pudo ser típico de ciudades como Ugarit, en las que las actividades económicas y comerciales prevalecían sobre las militares, era el pago de una suma de dinero en sustitución del servicio, sobre todo cuando éste era militar y suponía un riesgo personal (*maryannu* y otros especialistas de la guerra).

La acumulación de transmisiones hereditarias, exenciones y pagos en dinero (que, de ser anuales, podían pasar a *una tantum*) hizo que el palacio fuera perdiendo su patrimonio de trabajo especializado a cambio de ventajas inmediatas. El fenómeno afectó sobre todo a las categorías más altas, y parece que en menor medida a los artesanos. También hubo estrategias de desvinculación, como en los casos de los mercaderes y los *maryannu*, con resultados bien distintos. Los mercaderes eran agentes comerciales del palacio, y partían con una «dotación» palatina, regresando con mercancías del exterior. Pero combinaban esta actividad institucional, que les proporcionaba una gran liquidez, con las actividades personales, tanto comerciales como financieras (préstamos con interés o contra garantías). La estrategia de los mercaderes consistía en potenciar su actividad personal en perjuicio de la institucional, y en obtener exenciones y desgravaciones fiscales. De este modo pasaban de ser agentes palatinos a trabajar por su cuenta. A principios del siglo XII, cuando cayeron los palacios, los mercaderes fueron capaces de proseguir su actividad privada (rehaciendo el mecanismo, que de todos modos se basaba en la existencia de los palacios). En cambio, la estrategia de los *maryannu* era, sencillamente, acumular herencias y exenciones, pagar por su libertad y convertirse en rentistas, por lo que su servicio se convertía en una verdadera bicoca. La caída de los palacios (que de alguna forma se debió a su desvinculación) borró del mapa a la clase de los *maryannu*, y ya no se volvió a tener noticias de ellos.

Mientras en el sector palatino se introdujo la tendencia a la adquisición hereditaria de servicios y tierras, propia del sector familiar, en el sector «libre», a imitación de lo que ocurría en el ámbito palatino, se empezó a dar más importancia al mérito personal que a la posición familiar. El cabeza de familia pasó de ser el «gestor» de una tierra perteneciente a la familia, a propietario a título personal. Se generalizaron las ventas de tierras, ya ni siquiera filtradas por ratificaciones simbólicas o ceremoniales. Se dieron muchos casos de enajenación en estado de necesidad, que enriquecieron a los prestamistas de dinero (mercaderes y otros miembros del sector palatino), más o menos como lo que hemos visto en el caso de Nuzi, pero sin recurrir a ficciones jurídicas.

En el caso de las transmisiones hereditarias en el interior de la familia, el viejo criterio de la transmisión automática a los hijos (con una parte privilegiada para el primogénito) fue reemplazado por criterios más personalizados. El primer criterio era que «no hay mayor ni menor»: el primogénito no jugaba con ventaja. El segundo criterio era que para heredar había que «honrar» (*kabādu*, como se decía en Ugarit) o «temer» (*palāḫu*, como se decía en Emar) a los padres, comportarse bien con ellos. Ya no bastaba con ser hijos, herederos «naturales», pues los procedimientos de desheredación y alienación eran sencillos y frecuentes. En caso de premoriencia

del padre, el comportamiento de los hijos con su madre viuda era decisivo para la herencia. En el momento de su nacimiento nadie podía contar con su derecho al patrimonio familiar, como en el sistema tradicional. Se lo tenía que ganar a lo largo de su vida, con su trabajo y la obediencia a sus padres. Además, dada la baja natalidad, con familias reducidas a la mínima expresión, se generalizó la adopción y la emancipación de esclavas, lo cual contribuyó a desplazar a las familias en el plano de la gestión patrimonial, mientras iba desapareciendo la solidaridad mutua, gracias a la cual los núcleos familiares eran capaces de superar las adversidades económicas y demográficas, en un marco de familias extensas y comunidades de aldea. La solidaridad y los automatismos familiares fueron reemplazados por el mérito personal y la compraventa de tierras y trabajo, lo que permitió que los más fuertes prosperaran, mientras que los débiles se arruinaban con frecuencia.

Los deudores insolventes, reducidos a servidumbre permanente, llegaron a ser más numerosos que nunca, sin esperanzas de ser redimidos por la autoridad pública. En vez de edictos de remisión, los palacios se dedicaron a promulgar tratados para la busca, captura y entrega de los fugitivos a sus amos. Al no poder huir de un estado palatino a otro, los fugitivos se refugiaban en zonas adonde no llegaba ninguna autoridad palatina. En los espacios intermedios de estepas, montañas y bosques, estos fugitivos (llamados *ḫabiru* en el lenguaje de la época) encontraron nuevos polos de atracción en los grupos tribales dedicados al pastoreo trashumante y al bandidaje, que atacaban a las caravanas del palacio y a los viajeros. Esto tuvo consecuencias muy serias. Las aldeas campesinas, lugar de procedencia de la mayoría de los fugitivos, vieron aparecer un punto de referencia alternativo al palacio. Por su parte, los pastores pasaron de una situación marginal a una oposición decidida al palacio. La dura explotación de las clases rurales por parte del palacio y la tendencia al descenso de la población, unidas a la desvinculación de los especialistas y a las nuevas relaciones familiares, presagiaban un vuelco de la situación social, que sólo estaba esperando a que los palacios perdieran su protagonismo.

3. El sistema político y la dependencia exterior

En el sistema político de dos niveles, típico del Bronce Tardío, toda la franja siropalestina era tierra de pequeños reyes, y la única región que no había alcanzado la unidad política. Tras la desaparición del reino de Yamkhad bajo el empuje de Murshili I, las miradas de los grandes reinos vecinos se volvieron hacia la región, viendo en su fragmentación política una incitación a su conquista. Tras la efímera presencia antiguohitita a finales del siglo XVII, tres grandes reinos, Mitanni, Egipto y los hititas, ejercieron su dominio en la región durante el periodo comprendido entre 1600 y 1200, con diferentes sistemas de control y explotación.

El dominio mitannio es el que peor conocemos. Se estableció en el norte de Siria al retirarse los hititas (bajo el reinado de Khantili), y se extendió hasta el sur de Siria, donde las ciudades de Tunip y Qadesh pudieron contar con el apoyo mitannio para repeler la agresión de los tutmósidas. Duró hasta la memorable expedición de Shuppiluliuma contra Tushratta. El dominio mitannio se basaba, en última instancia, en el prestigio de los *maryannu*, que partiendo de Mitanni se extendieron por toda la región, sobrepasando la zona de influencia mitannia. La fase de intervención militar

CUADRO 16. Cronología siroanatólica, *c.* 1350-1200.

	Khatti	Karkemish	Aleppo	Ugarit	Amurru	Egipto
1400						Amenofis III
				Ammistamru I	Abdi-Ashirta	1402-1364
				?-1370	*c.* 1400-1370	
	Shuppiluliuma I	Piyashili				Amenofis IV
	c. 1370-1342	(Sharru-Kushukh)	Telipinu	Niqmadu II	Aziru	1364-1347
1350						
	Arnuwanda II	*c.* 1345-1335	*c.* 1345-1330	*c.* 1370-1335	*c.* 1370-1335	Tutankhamon
	c. 1342-1340			Ar-Khalba	Ari-Teshub	1347-1338
	Murshili II	Shakhurunuwa		*c.* 1335-1332	*c.* 1335-1332	Ay 1338-1334
	c. 1340-1310	(y/o XX-Sharruma)	Talmi-Sharruma		Duppi-Teshub	Khoremheb
		c. 1335-1270	*c.* 1330-?		*c.* 1332-1300	1334-1306
1300						
	Muwatalli			Niqmepa	Benteshina	Ramsés II 1306-1304
	c. 1310-1280			*c.* 1332-1270	*c.* 1300-1285	Seti I 1304-1290
	Urkhi-Teshub				Shapili	
	c. 1280-1275	Ini-Teshub			*c.* 1285-1276	
	Khattushili III	*c.* 1270-1220	Khalpaziti	Ammistamru II	Benteshina	Ramsés II
1250						
	c. 1275-1260		*c.* 1250	*c.* 1270-1230	*c.* 1275-1250	1290-1224
	Tudkhaliya IV					
	c. 1260-1220	Talmi-Teshub		Ibiranu	Shaushgamuwa	
	Arnuwanda III	*c.* 1220-1190		*c.* 1230-1210	*c.* 1250-1220	Merenptah
	c. 1220-1200			Niqmadu II	»	1224-1210
1200						
	Shuppiluliuma II	Kuzi-Teshub		*c.* 1210-1200	»	Seti II y otros
	c. 1200-1182	*c.* 1190-?		Ammurapi	»	1210-1190
				c. 1200-1182	»	Ramsés III
					»	1190-1159
1150						

no está documentada, pero una vez establecido el dominio, vemos que los pequeños reyes sirios (como Idrimi) sólo podían reinar si eran reconocidos por el rey de Mitanni, con el que debían firmar un pacto, cuyas probables contrapartidas tributarias desconocemos. En cualquier caso, se establecía una relación personal de fidelidad recíproca entre señor y vasallo. Esta relación no era tan exclusiva como para impedir que las relaciones entre pequeños reyes también se basaran en pactos de reciprocidad (por lo tanto, había cierta libertad en política exterior). Resultaba bastante apropiada para el vasallo, que recibía el apoyo del rey mitannio frente a las agresiones exteriores (como en el caso de las expediciones egipcias contra Qadesh y los demás estados meridionales) e interiores (el usurpador Idrimi tuvo que esperar «siete años» para ser aceptado como rey legítimo).

El dominio egipcio fue algo posterior. Se estableció con las expediciones de los primeros faraones de la XVIII dinastía, a raíz de la expulsión de los últimos reyes hicsos. Las primeras expediciones penetraron profundamente (Tutmosis I erigió a orillas del Éufrates la estela que señalaba su llegada al extremo confín del mundo), pero no tuvieron efectos duraderos. Fue Tutmosis III quien conquistó de forma progresiva y metódica toda Palestina y el sur de Siria, con una serie ininterrumpida de campañas victoriosas. Una vez consolidado el control de toda la región, hasta la altura de Ugarit en la costa y Qadesh en el interior, el dominio egipcio mantuvo relaciones con Mitanni, primero conflictivas y luego pacíficas, y se organizó en tres niveles dis-

DOCUMENTO: LA AUTOBIOGRAFÍA DE IDRIMI, REY DE ALALAKH

«Yo soy Idrimi, hijo de Ilim-ilimma, siervo de Adad, Khebat e Ishtar señora de Alalakh, mis señoras. En Aleppo, mi casa paterna, se produjo una fea situación, y nosotros huimos y nos refugiamos entre la gente de Emar, parientes de mi madre, y nos establecimos en Emar. Mis hermanos, que también eran mayores que yo, estaban conmigo, pero ninguno pensó las cosas que yo pensé. Yo pensé así: quien tenga la casa paterna será el verdadero primogénito, y quien no la tenga será siervo de la gente de Emar. Cogí mis caballos, mi carro, a mi auriga y me dirigí al desierto, entrando en el territorio de los (nómadas) suteos. Allí pernocté en el carro cubierto. Al día siguiente me puse en camino y llegué a la tierra de Canaán, donde se encuentra la ciudad de Ammiya. En Ammiya había gente de Aleppo, Mukish, Ni' y Amau: cuando me vieron, que era hijo de su señor, se unieron a mí, y así aumenté el total de mis acompañantes. Durante siete años permanecí entre los habiru (proscritos), soltando aves (de presagio) y examinando vísceras (de sacrificios), hasta que el séptimo año Adad me fue favorable. Entonces construí barcos, hice que embarcaran mis soldados, me dirigí por vía marítima a la tierra de Mukish y desembarqué frente al monte Casio. Me adentré, mi país se enteró, y trajeron bueyes y ovejas en mi presencia. En un solo día, como un solo hombre, Ni', Amau, Mukish y Alalakh mi ciudad se volvieron hacia mí. Mis hermanos se enteraron y vinieron a mi encuentro: dado que se pusieron de acuerdo conmigo, les confirmé como hermanos míos.

»Durante siete años Barattarna, el rey fuerte, rey de los hurritas, me fue hostil; pero el séptimo año yo escribí al rey Barattarna, rey de los Umman-Manda, hablándole de los servicios de mis antepasados, cuando ellos estaban a su servicio y nuestras acciones eran del agrado del rey de los hurritas, y entre ellos se había sellado un pacto obligatorio. El rey fuerte escuchó lo referente a los servicios anteriores y al juramento entre ellos, y sintió temor del (anterior) juramento tanto en lo referente a la fórmula del juramento, como en lo referente a nuestros servicios y aceptó mis saludos. Yo acrecenté mi fidelidad, que ya era considerable, y por mi valor y mi fidelidad le devolví un linaje (que de otro modo se habría) perdido. Pronuncié el juramento obligatorio y (así) fui rey en Alalakh.

»Los reyes del sur y del norte vinieron a mi encuentro: como ellos habían derribado la ...(?) de mis antepasados en sus países, yo la recogí del suelo y la levanté todavía más. Tomé los soldados y me dirigí al país de Khatti. Siete ciudades suyas fortificadas: Pashakhu, Damarut-re'i, Khalukhan, Zisal, Ie, Uluzina y Zaruna, éstas eran sus ciudades y éstas destruí. El país de Khatti no se reunió contra mí, y yo hice lo que quise. Capturé sus prisioneros, tomé sus bienes, sus riquezas, sus enseres, y los repartí entre mis auxiliares, mis hermanos y mis compañeros: sus partes las hice yo. Volví al país de Mukish y entré en mi ciudad de Alalakh.

»Con los prisioneros y los bienes, las riquezas, los enseres traídos del país de Khatti, yo construí un palacio. Mi trono hice igual que el trono de los

(demás) reyes, a mis hermanos como los hermanos de los reyes, a mis hijos como sus hijos, a mis compañeros hice como sus compañeros. A los habitantes de mi tierra hice residir en emplazamientos favorables; los que no tenían un emplazamiento yo les hice residir y así estabilicé mi reino. Mis ciudades hice iguales que las de antaño, como en tiempo de mis antepasados. Las señales que los dioses de Alalakh habían establecido, y los sacrificios que nuestros padres acostumbraban realizar, yo los realicé regularmente: todos los que realicé, se los confié a la mano de mi hijo Adad-nirari.

»Durante veinte años he reinado. He escrito mis hazañas en mi estatua, (para que todos) la vean y me bendigan.»

tintos. Había zonas reducidas directamente gestionadas por los egipcios: los puertos, una zona agrícola para el abastecimiento de las tropas (Yarimuta, en la llanura situada entre Acco y Megiddo) y algunos enclaves estratégicos (Bet Shan es el mejor conocido arqueológicamente). Egipto obtenía impuestos y prestaciones de estas zonas. Toda la región estaba dividida en tres provincias, cuyas capitales eran Gaza (provincia de Canaán, que corresponde a Palestina), Sumura (provincia de Amurru, que corresponde a la costa libanesa) y Kumidi (provincia de Ube, que corresponde a la Beqa' y a la zona de Damasco). Las tres eran sedes de gobernadores egipcios, y en ellas había almacenes y guarniciones. Eran los centros del sistema de explotación directa, pero también los puntos de referencia para el segundo grado de dependencia, que abarcaba un territorio más extenso. En él seguían reinando los pequeños monarcas locales, vinculados al faraón por un juramento de fidelidad unidireccional, que obligaba al vasallo a la obediencia y la sumisión, pero no obligaba al faraón. Para este último las luchas locales eran irrelevantes, y le bastaba con asegurarse la fidelidad de los vencedores, sin comprometerse a proteger a los perdedores. En el aspecto tributario se estableció un procedimiento según el cual, mediante cartas de preaviso, se preparaba la recaudación del tributo, que luego se hacía efectiva anualmente en el transcurso de una campaña estacional, junto con la de otras posibles contribuciones. Si el pequeño rey local era capaz de gobernar correctamente la ciudad que le *había sido encomendada, pagar puntualmente el tributo y prestar ayuda y asistencia* a las tropas egipcias de paso, el faraón no le pedía nada más. Pero el desinterés egipcio por las disputas locales provocó una degradación del tejido político local, dando rienda suelta a las usurpaciones, conquistas y saqueos entre pequeños reyes. Por último, el tercer grado de control estaba representado por ciertas zonas marginales y fronterizas, como el Sinaí (a excepción de la línea de fortalezas que protegía la ruta de conexión entre el delta oriental y las primeras ciudades del sur palestino), Transjordania, las colinas de Cisjordania y los bosques de la Beqa' y el alto Orontes. Los egipcios no podían recaudar tributos fijos en ninguna de estas zonas, al no haber interlocutores adecuados (las ciudades palatinas). En cambio, representaban un peligro para las comunicaciones. De ahí las repetidas expediciones de castigo egipcias en respuesta a los constantes asaltos de los «bandidos».

El sistema hitita era distinto. Se instauró a partir de Shuppiluliuma, recogiendo la herencia mitannia y arrebatando territorios a los egipcios (Ugarit, Amurru y Qadesh). El sistema hitita era similar al mitannio, ya que también se basaba en una re-

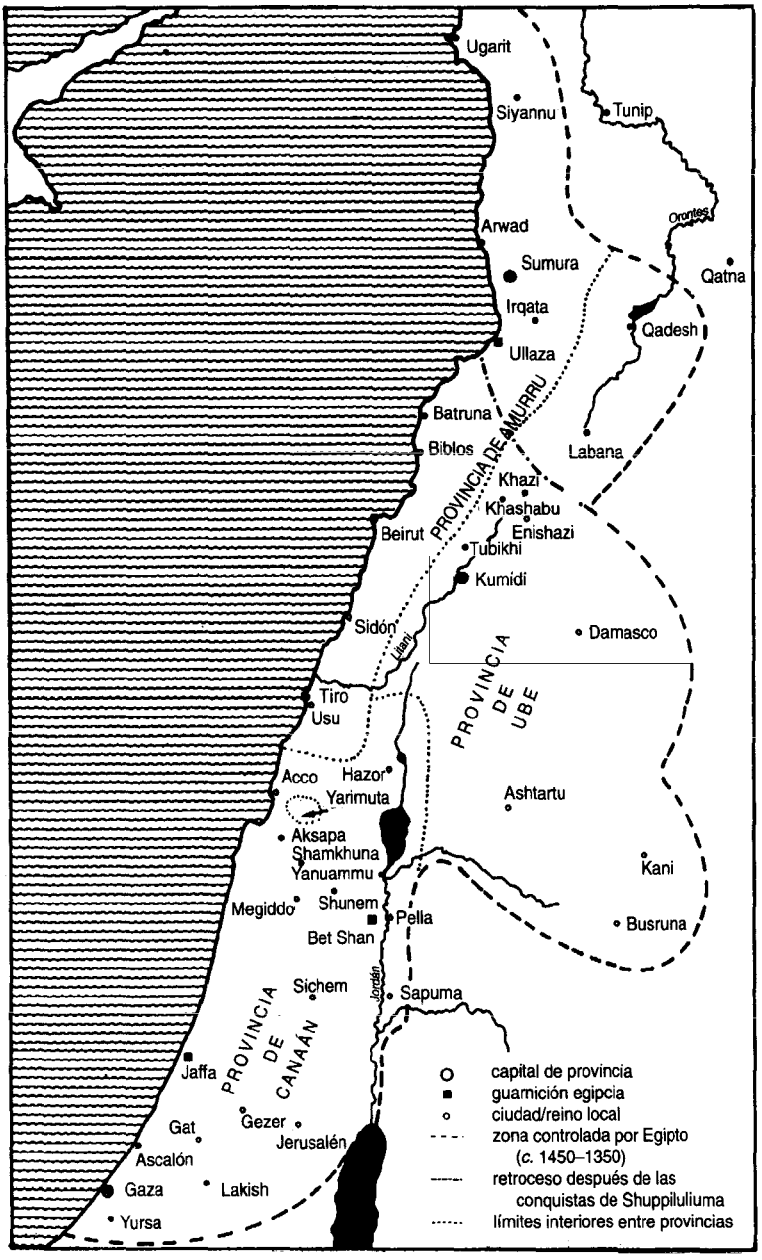


FIGURA 103. Los dominios egipcios en Siria-Palestina durante los siglos XV-XIII.

LIBER

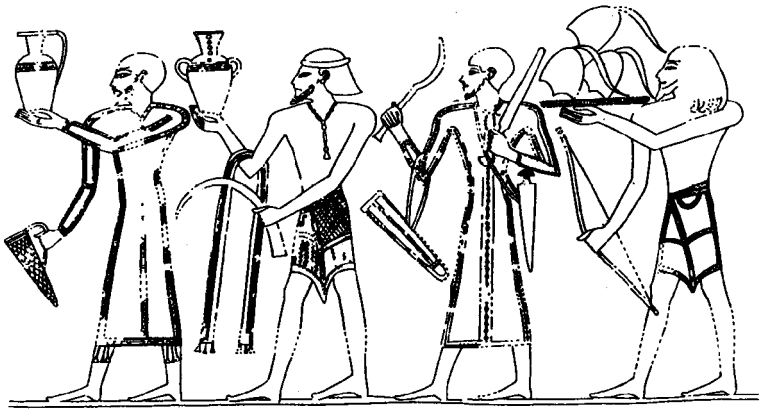


FIGURA 104. Portadores sirios de tributos al faraón (tumba de Menkheperresoneb, época de Tutmosis III).

lación de fidelidad recíproca, plasmada en un tratado escrito (como ratificación del juramento ceremonial) que aseguraba al vasallo fiel una protección adecuada, contribuyendo así a estabilizar las relaciones políticas en el norte de Siria. Pero la presencia hitita era más abrumadora que la mitannia. Entre otras cosas, no permitía los tratados entre pequeños reyes. El gran rey hitita era el encargado de resolver los problemas. En caso de controversia, intervenía personalmente, lo que también le permitía modificar la situación local (fronteras entre pequeños reyes, situaciones de dependencia entre reyes del segundo y el tercer nivel, etc.). Al igual que los egipcios, los hititas recaudaban un tributo anual, pero no mediante una campaña estacional, ya que contaban con la presencia estable de funcionarios y mercaderes hititas en Siria, y viceversa. Para resolver cuestiones específicas se añadían acuerdos particulares a los tratados generales.

En varios casos, a esta estructura de dependencia se sumaba un tipo de control típicamente hitita: el control directo a través de los miembros de la casa real de Khattusha. En las dos ciudades principales del norte, Aleppo y Karkemish, Shuppiluliuma instaló como reyes a dos hijos suyos, dando una preponderancia especial al rey de Karkemish, que acabó convirtiéndose en una suerte de «virrey» hitita para el sector sirio. Con la decadencia de Aleppo, Karkemish amplió considerablemente su territorio: la propia ciudad, el antiguo reino de Mukish (donde fue entronizado un hijo del rey), la zona de Ashtata y Emar (valle del Éufrates al sur de Karkemish) y, por último, parte de la costa (Siyannu). Otra forma de penetración «familiar» fue el emparentamiento, que vinculó a Khattushili con la casa real de Amurru. El nombre y el sello de su rey Shaushgamuwa revelan su ascendencia hitita por parte de madre.

Bajo estas estructuras imperiales y coloniales subsistía la dimensión de los pequeños reinos locales. Seguía habiendo rivalidades en la zona mitannia (recordemos la historia de Idrimi), que después se extendieron a la egipcia (guerras entre Amurru y Ugarit, entre Amurru y Biblos, entre Tiro y Sidón, actividad expansionista de Qadesh, Sichem y Jerusalén, etc.). En el norte estas disputas fueron atajadas por los hititas. En estas condiciones, los reinos siropalestinos sólo hicieron algún intento de

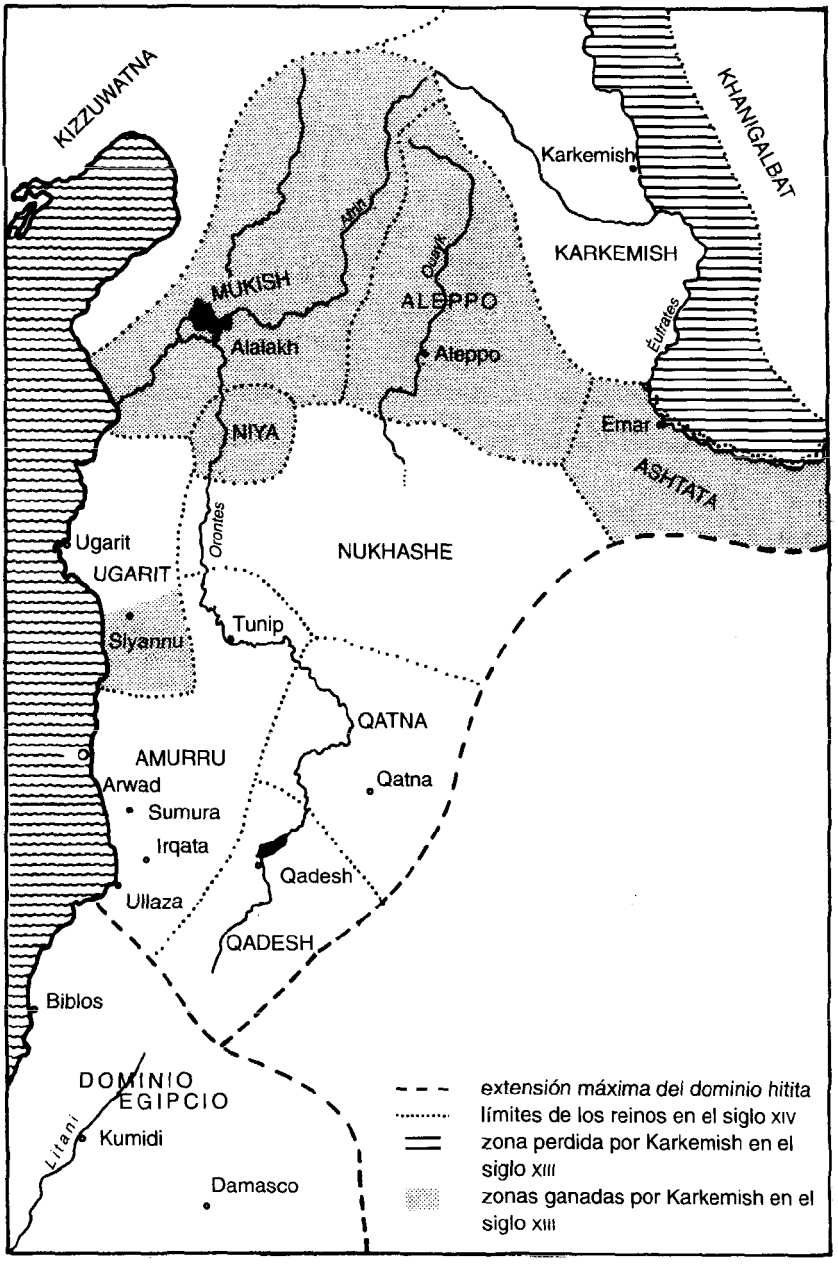


FIGURA 105. Los dominios hititas en Siria, *c.* 1350-1190.

acceder a un rango superior antes de la estabilización (como en el caso de Aleppo y Qadesh al principio del dominio mitannio), o bien en la zona fronteriza (maniobras de Amurru para hacerse con un espacio propio entre los egipcios y los hititas). El único intento que tuvo éxito fue el de Karkemish, porque no se enfrentó al sistema, sino que formó parte de él: el «virreinato» de Karkemish del siglo XIII sentó las bases del estado neohitita, que subsistió tras la caída del imperio central.

En los reinos estaba vigente el principio dinástico. Nadie podía aspirar al trono, ni siquiera como usurpador, si no pertenecía a la familia real. Pero este principio dejaba un importante margen de incertidumbre, de libertad de acción. La importancia del mérito personal para la herencia, y el carácter no automático de la misma, en el caso de una herencia indivisible como el trono, provocaron encarnizadas luchas fratricidas —con el acicate de la poligamia real y la influencia de las madres en la designación de los herederos. Paradójicamente (y, desde luego, de forma ilegal), se impuso un principio que favorecía al último nacido, dado que el hijo de la última esposa tenía más influencia sobre el viejo rey durante los últimos años de su vida, cuando el monarca debía designar al sucesor. Una vez en el trono, el rey siropalestino del Bronce Tardío estaba sometido a distintas presiones: de arriba, al ser un pequeño rey tributario del gran rey; de abajo, dado que la «ciudad», con las clases sociales que se concentraban en ella (*maryannu*, mercaderes, escribas y sacerdotes), expresaba su parecer y sus desacuerdos; por último, de su propio ámbito familiar y de casta, ese conjunto de «grandes» e «hijos del rey» que eran rivales potenciales y cabecillas de posibles levantamientos. La situación era muy inestable, lo cual, en su vertiente ideológica, podía tener visos «heroicos» y de iniciativa, pero en la práctica se traducía en una serie de luchas intestinas que, unidas a las cargas tributarias, empeoraban la ya difícil situación económica y demográfica.

El sector palatino se gestionaba con una organización burocrática y jerarquizada encabezada por el gobernador (*šakin mūti*), una serie de jefes de los distintos sectores («jefe del puerto», «jefe de los carros», «jefe de los campos», etc.) y una serie de grupos de trabajo, que no eran propiamente corporaciones. El sector extrapalatino tenía su propia microestructura política, a escala de aldea, basada en la presencia de un delegado real (*ḫazānu*) y un consejo de ancianos, que reproducía la estructura gentilicia y pluralista de la aldea. Los ancianos (que solían ser cinco) eran los representantes de la aldea cuando había que tratar con el palacio y la justicia del rey (búsqueda de fugitivos, asesinatos de mercaderes, etc.). En estos casos, la aldea cerraba filas, levantaba un muro de silencio ante los jueces del rey, los ancianos juraban que no sabían nada y la aldea pagaba las indemnizaciones pertinentes, para luego resolver los problemas en términos reales, pero sin intromisiones. Por lo tanto, había un tercer nivel político por debajo de los grandes reyes y los pequeños reyes: el nivel de la comunidad local, con sus estructuras comunes de producción (tierras comunitarias, pozos, pastizales), su personalidad tributaria frente al palacio (pago del diezmo, prestaciones), su responsabilidad colectiva y su estructura representativa. En Siria-Palestina la comunidad de aldea desempeñó hasta la Edad del Bronce un papel que en otras partes ya había desaparecido, suplantado por las grandes organizaciones del templo y el palacio.

4. Acontecimientos políticos y estados locales

En una Siria-Palestina políticamente fragmentada y sometida, los acontecimientos históricos locales tuvieron escaso alcance e interés, si los comparamos con los de las grandes potencias de la época. No hay mucha documentación del siglo XVI. En el norte se afianzó el dominio mitannio, que expulsó por las armas a los hititas (Khantili y Ammuna) y creó una red de relaciones con los estados locales. A su vez, algunos de éstos fueron el centro de coaliciones más o menos extensas, como Aleppo, que en el momento de la conjuración contra el padre de Idrimi controlaba gran parte del norte de Siria (Aleppo, Mukish, Niya, Ama'u), y Qadesh, que según las fuentes egipcias tenía una posición hegemónica con respecto a otros reinos importantes (Megiddo y Tunip). Es una fase de transición de un sistema de coaliciones de dimensión intermedia, capitaneadas por reinos locales, como Yamkhad, Qatna y tal vez Hasor en la edad de Mari, a un sistema de sujeción a un rey único exterior. Los principales datos proceden del nivel IV de Alalakh, capital de Mukish, cuyos reyes (Idrimi y Niqmepa) firmaron tratados paritarios con Kizzuwatna, por un lado, y Tunip, por otro, sobre los consabidos asuntos de la búsqueda y devolución de fugitivos. Otros textos (inventarios de los templos) proceden de Qatna, sede de una dinastía que perduró hasta la época amarniana. Pero la ciudad ya no era la misma del Bronce Medio, estaba en plena decadencia y acabaría convirtiéndose en un montón de ruinas perdido en la estepa semiárida, con un recinto monumental que ya no contenía nada —algo semejante sucedería con Ebla.

Al mismo tiempo, en el sur empezaron las expediciones de los primeros tutmósidas, que a veces se adentraron mucho en el territorio, pero sin concretarse en un dominio estable. Con el paréntesis del reinado de Hatshepsut, su efecto fue nulo. Por eso es inútil tratar de incluir las expediciones de Tutmosis I y II de manera que no se superpongan a los textos de Alalakh IV. En realidad, pueden superponerse sin ningún problema, dado que fueron episodios efímeros, que no mermaron la hegemonía mitannia en el norte. No se puede decir lo mismo del sur de Palestina, pues en el siglo XVI ya se encontraba dentro de la órbita egipcia.

Durante la primera mitad del siglo XV, la región fue ocupada a raíz de las expediciones de Tutmosis III, con las que consolidó el control egipcio no sólo sobre toda Palestina, sino también sobre la mitad de Siria. Las campañas, sistemáticas y repetidas, se pueden agrupar en tres fases: la primera (gran campaña del primer año) culminó con la batalla de Megiddo, que aseguró a Tutmosis el control definitivo de Palestina. La segunda fase (campañas de los años quinto, sexto y séptimo) se saldó con la conquista de Qadesh y el sur de Siria. La tercera fase (campaña del octavo año y siguientes) llevó a Tutmosis hasta el Éufrates, en pleno territorio mitannio, al que le arrebató toda la costa hasta Ugarit y el valle del Orontes (con Tunip y Nukhashe). Las campañas posteriores de Amenofis II no hicieron más que reafirmar el control sobre las mismas regiones, si acaso con alguna pérdida. Cuando la frontera entre la zona egipcia y la mitannia se estabilizó y ambas potencias llegaron a un acuerdo (tal vez apremiadas por la penetración hitita de Tudkhaliya II), Aleppo, Mukish, Niya y Nukhashe pertenecían a Mitanni, y Ugarit, Tunip, Qadesh y los estados más meridionales a Egipto.

A menudo se ha dicho que la época amarniana fue un periodo de decadencia del dominio egipcio en Asia, pero una lectura más detenida de las fuentes (que son,

LIBER

sobre todo, las propias cartas del archivo de el-Amarna) revela que los egipcios seguían ejerciendo su control de la forma habitual. Ello implicaba una buena dosis de frustración para los pequeños reyes siropalestinos, pues su lealtad no era recompensada con la protección de su señor. Estos reyes se quejaban del «desinterés» faraónico, y seguían reclamando su apoyo. Se trata de un equívoco permanente sobre el carácter de la presencia egipcia, no de un desinterés especial por parte de los faraones. Sin duda, la tranquilidad que reinaba desde hacía varios decenios propició una reducción de la presencia militar egipcia, convirtiendo en pura rutina las campañas de recaudación del tributo. Por otro lado, los preparativos de la intervención de Shuppiluliuma en Siria provocaron un estado de febril actividad, sobre todo en los reyes que se encontraban junto a la frontera, Aitagama de Qadesh y Aziru de Amurru. Éstos aplicaron una política agresiva en sus territorios respectivos, provocando las protestas de sus vecinos y cierta aprensión en la corte amarniana. No es que sus actividades fueran distintas de las de otros reyes, como Lab'aya de Sichem o Zimrida de Sidón, pero mientras estos últimos actuaban dentro de la zona egipcia (y no representaban ningún peligro para la soberanía faraónica), Aitakama y Aziru actuaban en la franja fronteriza, lo que podía desembocar en la separación de sus territorios. Cuando la presencia de Shuppiluliuma fue militar y puso fin a la soberanía mitannia, se produjo un cruce de peticiones de ayuda. Los antiguos vasallos mitannios, como Qatna y Nukhashe, próximos a la frontera egipcia, se dirigieron al faraón pidiendo ayuda contra Shuppiluliuma, y para ello recordaron antiguos vasallajes de la época tutmósida. En cambio, los vasallos egipcios próximos a la frontera (Qadesh, Amurru y Ugarit), se pasaron al bando del rey hitita, renegando del faraón. El éxito militar de Shuppiluliuma hizo que ambos grupos cayeran dentro de la órbita hitita. La frontera egipcia retrocedió de Ugarit a Biblos y de Qadesh a la Beqa'.

Durante la segunda mitad del siglo XIV y todo el siglo XIII hubo una gran estabilidad territorial entre las zonas egipcia e hitita. Al principio, dicha estabilidad fue el resultado de un equilibrio hostil, y los faraones (de Seti I a Ramsés II) hicieron repetidos intentos de recuperar, como mínimo, el control de Qadesh y Amurru. Un episodio famoso de estos intentos fue la batalla de Qadesh, donde Ramsés II, que pretendía llegar al norte, fue detenido por Muwatalli y tuvo que retroceder, renunciar a Qadesh y Amurru y sufrir incluso algunas incursiones que llegaron hasta Damasco. Sin embargo, los faraones (Ramsés II en el caso de Qadesh) no renunciaron a conmemorar estos fracasos —con gran énfasis a escala monumental—, o los fáciles éxitos cosechados frente a las ciudades y tribus palestinas rebeldes. Ni siquiera renunciaron a hacerlo cuando la estabilidad de la frontera ya no dependía del equilibrio de los ejércitos, sino de un tratado de paz firmado por Khattushili III y Ramsés II, y sellado con un matrimonio interdinástico. Después de la paz entre egipcios e hititas, los acontecimientos en la zona egipcia fueron irrelevantes.

En el norte conviene seguir a grandes rasgos las vicisitudes de tres estados, interesantes por distintos motivos: Karkemish, Amurru y Ugarit. El caso de Karkemish es muy peculiar. La ciudad siempre había sido importante, dada su posición estratégica a orillas del Éufrates, y Shuppiluliuma la había elegido como capital privilegiada, entregando su trono a su hijo Piyashshili, que dio muestras de su gran capacidad al instalar a Shattiwaza en el trono de Khanigalbat y sofocar la rebelión de Nukhashe y Qadesh, en beneficio de Murshili II. Bajo su reinado y los de sus inmediatos sucesores, Karkemish se acabó convirtiendo en un reino vicario, delegado de Khat-

DOCUMENTO: EL MECANISMO EPISTOLAR DEL ARCHIVO DE EL-AMARNA

a) motivo de la protección; *b*) motivo de la escucha; *c*) motivo de la preparación.

Petición egipcia	*Respuesta positiva*	*Respuesta negativa*
«A Indaruta, hombre de Akshapa, di: así (habla) el rey. Esta tablilla te he hecho llevar para decirte:	«Al rey mi Señor, mi dios, mi sol, sol en cielo, así (habla) Yidya, hombre de Ascalón, tu siervo, polvo bajo tus pies, palafrenero de tus caballos. A los pies del rey mi señor, sol en cielo, siete y siete veces me prosterno, sobre el vientre y sobre la espalda.	«Rib-Adda le dice al rey mi señor: a los pies de mi señor siete y siete veces me echo.
a procura proteger el lugar del rey en el que estás.	*a* Yo protejo el lugar del rey y la ciudad del rey mi señor en la que estoy.	Ya que mi señor me ha escrito para tener madera *taskarinnu*, hay que traerla de Zalkhi y de Ugarit, pero yo no puedo enviar barcos
El rey te ha enviado a Khanni, hijo de Mayriya, jefe de establos del rey de Canaán. Lo que él te diga,	*b* ¡¿Quién es ese perro que no escucha las palabras del rey, sol en cielo?!	*c* allí porque Aziru me es hostil y todos los jefes de ciudad están aliados con él: a placer van sus barcos y toman lo que quieren.
b escúchalo atentamente: ¡que el rey no te sorprenda en culpa! ¡Todo lo que te diga escúchalo atentamente y cúmplelo escrupulosamente!	Yo preparo de todo: comida, bebida, bueyes, grano, paja, todo	...
Cuidado, no seas negligente:	*c* lo que ha dicho mi señor, yo lo preparo. Y preparo el tributo para el Sol, como ha dicho el rey mi señor, sol en cielo.»	Ya que el rey mi señor dice "Protégete, y protege la ciudad del rey que está contigo", ¡¿cómo puedo proteger?! Le he escrito al
c prepara al avistar (la llegada de) las tropas del rey, mucha comida, vino, y de todo en abundancia.		rey mi señor: "Todas las ciudades
Llegará rapidísimo y cortará la cabeza a los enemigos del rey. Debes saber que el rey está bien, como el Sol en el cielo, y sus tropas y sus carros están muy bien.»		*a* están tomadas, me quedan sólo Biblos y otra". He enviado mi mensajero al rey mi señor, pero tropas no me son enviadas y el mensajero ni siquiera es liberado ...»

tusha para los asuntos sirios. El proceso llegó a su punto culminante con Ini-Teshub y Talmi-Teshub, en la segunda mitad del siglo XIII. El territorio de Karkemish se extendía desde Emar, por el sureste (por los textos de Emar sabemos que los reyes locales dependían de Karkemish), hasta Mukish, por el oeste. Incluía el reino de Aleppo, y dirigía todos los asuntos sirios, de los que dejaron de ocuparse los reyes hititas a partir de Tudkhaliya IV. Los veredictos jurídicos internacionales hallados en Ugarit revelan que la presencia política y comercial de Karkemish en todo el norte de Siria era hegemónica, y que la ciudad había sacado provecho de la «delegación» de los reyes hititas a sus primos. En la fase final del imperio, dentro de la tendencia general a la fragmentación, los reyes de Karkemish fueron capaces de actuar por su cuenta, desempeñando, de hecho, un papel de grandes reyes, aunque no asumieran ese título.

El caso de Amurru es muy distinto. Se trataba de un reino nuevo, fundado en la edad amarniana por un jefe tribal y militar muy hábil, Abdi-Ashirta. El núcleo del nuevo estado eran las montañas libanesas, base militar de los refugiados (*ḫabiru*) y los pastores. No había ciudades, y Abdi-Ashirta no ostentaba el título de rey. Valiéndose de una propaganda incendiaria, dirigida a los fugitivos y a los campesinos de las aldeas, Abdi-Ashirta logró reforzar su poder, presionando, por una parte, sobre las ciudades costeras (sobre todo sobre Biblos, cuyo rey Rib-Adda nos ha transmitido gran parte de la historia en sus angustiados, y desoídos, llamamientos al faraón), y, por otra, sobre las ciudades del valle del Orontes. Aprovechando un ataque contra la capital egipcia Sumura, Abdi-Ashirta se ofreció para reconstruir la ciudad y desempeñar la función de delegado egipcio para todo Amurru (que era el nombre de la «provincia» egipcia con capital en Sumura). Tras la muerte de Abdi-Ashirta, el proyecto siguió adelante y tuvo éxito con su hijo Aziru, que se apoderó permanentemente de Tunip y Sumura, sometió Ugarit y Biblos y, jugando con el miedo egipcio de que se pasara a los hititas, desempeñó en la zona fronteriza un papel de potencia más que local. Pero si bien la victoria de Shuppiluliuma arrancó a Amurru de la órbita egipcia, lo incluyó en la hitita, que a la postre resultó mucho más exigente en cuanto a la lealtad política. El poderío de Amurru quedó mermado y normalizado. La posición fronteriza sugirió a Benteshina, a comienzos del siglo XIII, la misma maniobra que había realizado Aziru. El paso de Benteshina al bando egipcio provocó la guerra entre Ramsés y Muwatalli y la batalla de Qadesh. Benteshina perdió el reino, aunque luego lo recuperó al colocarse hábilmente de parte del vencedor en la lucha entre Khattushili y Urkhi-Teshub. Los últimos reyes de Amurru, emparentados con la casa real hitita, permanecieron tranquilos hasta el fin del imperio.

Ugarit era un reino más pequeño que Amurru, menos poderoso que Karkemish, pero muy importante para nosotros, porque las excavaciones intensivas han sacado a la luz el palacio real con sus archivos diplomáticos, epistolares, jurídicos y administrativos, que constituyen la fuente principal sobre la historia y la sociedad de la Siria del Bronce Tardío. Además, los templos con sus bibliotecas, los barrios de viviendas, las fortificaciones, las tumbas y el barrio del puerto forman un complejo de hallazgos que lo convierte en el yacimiento mejor conocido de toda la región. Vasallo egipcio hasta la edad amarniana, Ugarit estuvo luego sometido a la presión de Amurru (que limitaba por el sur), y dentro de la órbita de este último se pasó a los hititas con su rey Niqmadu, al que se deben la reconstrucción del palacio real, la creación de los archivos y la labor de copia de textos literarios. A la muerte de Niq-

madu, Ugarit se vio envuelto en la sublevación del principio del reinado de Murshili II, y perdió las ventajas territoriales que había conseguido anteriormente. Con los reyes Niqmepa y Ammistamru, su dependencia de Khatti, y concretamente de Karkemish, fue en aumento: al tratado estándar (Murshili-Niqmepa) se sumaron unos acuerdos particulares para la estancia en Ugarit de mercaderes hititas, la devolución de fugitivos ugaríticos por los hititas, y las sanciones a aplicar en caso de asesinatos de mercaderes. Ugarit era, ante todo, comercial. Era el principal puerto sirio en poder de los hititas, una escala que mantenía relaciones privilegiadas con Chipre y toda la costa palestina y cilicia, hasta el delta egipcio por un lado y Creta por el otro. El interés hitita por el comercio y la riqueza de Ugarit era tan grande como escasa la propensión militar de esta ciudad, que prefería pagar una fuerte suma antes que enviar tropas a la guerra contra Asiria. Ugarit se fue desvinculando en el terreno militar y político, de un modo tan evidente que en la última fase del siglo XIII suscitó algunas protestas. Pero, en el momento de la crisis final, Ugarit todavía fue capaz de movilizar sus naves y sus tropas para defender a su señor hitita.

5. La cultura escribal, literaria y artística

La división política y económica entre clase dirigente y clases rurales tiene su reflejo en el ámbito cultural. La cultura material de Siria-Palestina durante el Bronce Tardío, analizada a partir de los productos normales y corrientes, muestra un claro retroceso cualitativo en comparación con los productos similares del Bronce Medio. Es probable que los asentamientos rurales y las viviendas modestas sufrieran un empobrecimiento general. Por el contrario, los palacios reales y las casas de la clase dirigente urbana muestran una concentración de riqueza que, cuantitativa y cualitativamente, es la mayor de todo el periodo preclásico. Si los comparamos con las otras zonas de Oriente Próximo, los centros palatinos siropalestinos no pueden competir con las capitales de los grandes reyes en sus dimensiones, acumulación de riquezas y monumentalidad, pero resisten la comparación en el aspecto cualitativo. La artesanía palatina siropalestina era muy apreciada por los grandes reyes extranjeros, que trataban de apropiarse de ella en forma de tributos o «regalos» más o menos forzosos.

En cada palacio el principal centro cultural seguía siendo la escuela de los escribas, enfocada a la administración y los archivos. Todavía se utilizaba el acadio (y el cuneiforme silábico), tanto para los textos diplomáticos y epistolares como para los administrativos y jurídicos de carácter interno. El conocimiento del acadio, escaso y deformado en las pequeñas ciudades marginales, alcanzaba un buen nivel en las grandes ciudades del norte, donde contaba con una larga tradición y una organización escolástica rica y consolidada. En Ugarit se ha encontrado un buen conjunto de instrumentos escolásticos y textos literarios en los archivos del palacio real, y también en archivos privados de escribas y sacerdotes. En la cultura siropalestina penetraron los textos épico-mitológicos babilonios, sobre todo los que hacían referencia al área siria, como ciertas gestas de Gilgamesh o de Sargón (que llega hasta la biblioteca de el-Amarna). La historia babilonia del diluvio pudo haber penetrado durante esta época en la cultura palestina, que más tarde la convirtió en la historia bíblica de Noé. En los círculos locales de los escribas también penetraron los nuevos valores y productos de la cultura sapiencial de la Babilonia casita. Los textos del «Justo

LIBER

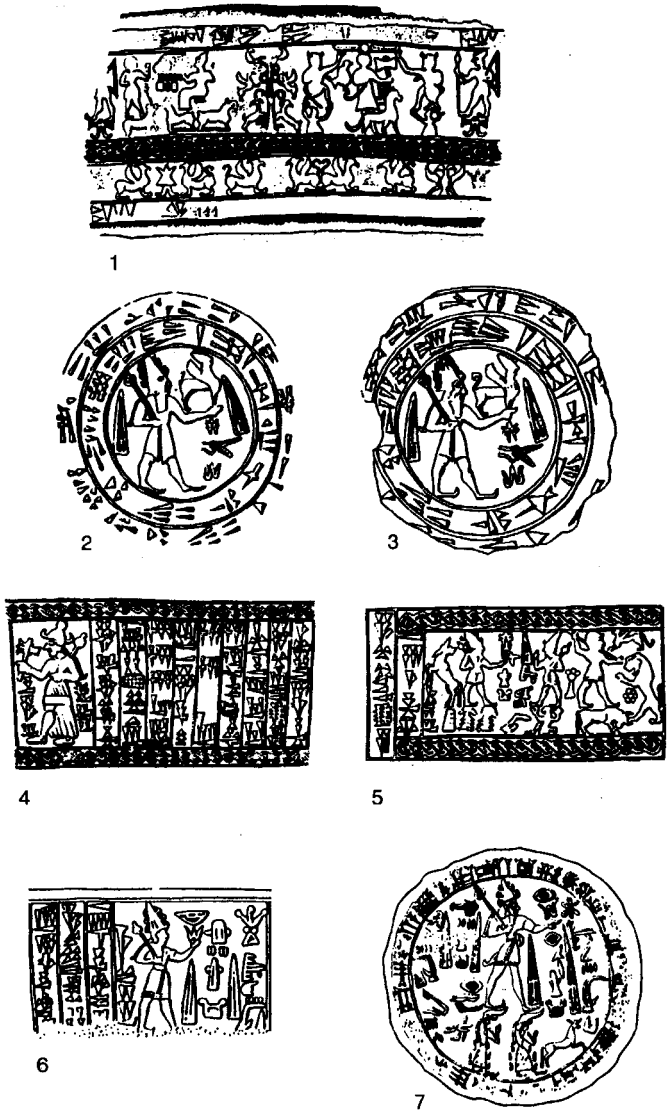


FIGURA 106. Glíptica real de Karkemish en el siglo XIII. 1: sello de Shakhurunuwa; 2-5: cuatro sellos de Ini-Teshub; 6: sello de Talmi-Teshub; 7: sello de Kuzi-Teshub.

Doliente» y otras consideraciones sobre la naturaleza humana y las relaciones sociales reaparecen en Siria-Palestina, tanto en los originales acadios como reflejados en los modos locales de escribir, sobre todo en los epistolarios (en este sentido son típicas las cartas de Rib-Adda).

En el aspecto técnico proliferan los vocabularios bilingües y plurilingües como elementos de enlace entre las lenguas «cultas», empleadas exclusivamente por los escribas (acadio y sumerio) y las lenguas habladas en el área (hurrita y cananeo), gracias a los intensos contactos internacionales y al dominio extranjero. En una ciudad como Ugarit se han encontrado documentos en lenguas y escrituras muy distintas, que casi forman un muestrario de todas las combinaciones posibles por aquel entonces: textos jeroglíficos hititas y cuneiformes hititas, textos jeroglíficos egipcios, textos chipriota-minoicos, textos en acadio y en sumerio, textos en hurrita y textos en ugarítico (la lengua local).

Esta coexistencia de muchas lenguas y escrituras tal vez fuera un estímulo para la experimentación de nuevos sistemas gráficos. Algunos de ellos, como el sistema jeroglífico de Biblos (que se remonta al Bronce Medio), se basaban en experiencias tradicionales. Pero en la Siria-Palestina del Bronce Tardío se experimentó por primera vez algo mucho más prometedor e innovador: la escritura alfabética. Todas las escrituras anteriores eran mixtas, silábico-logográficas (cuneiforme mesopotámico y sus derivados) o jeroglíficas (egipcio y otros sistemas). Pero el sistema egipcio también incluía el empleo de signos monoconsonánticos, que podían servir de base para un sistema puramente consonántico, es decir, alfabético. Esto fue lo que se experimentó con los sistemas protosinaítico y protocananeo, y lo que se implantó plenamente con la escritura ugarítica. El caso del ugarítico es el único en que el sistema alfabético aparece a nivel oficial, siendo utilizado tanto para textos administrativos como para textos literarios y rituales locales (para los cuales el babilonio habría resultado inadecuado, pues no existía la costumbre de separar la escritura de la lengua). En todos los demás casos la tradición de los escribas babilonios marginó a las nuevas escrituras alfabéticas, y su uso quedó limitado a situaciones «populares» extrapalatinas. El nuevo instrumento sólo tuvo una difusión amplia y oficial al desaparecer las escuelas palatinas de escribas.

Gracias a la decisión de los escribas ugaríticos de usar la escritura alfabética para poner el patrimonio literario local por escrito, conocemos documentos de extraordinario interés. Copiados a mediados del siglo XIV, pueden remontarse a épocas anteriores, como es razonable en el caso de aquellos textos míticos y religiosos que ganan en autoridad con el paso del tiempo. Pero algunos elementos están bien «datados» en el ambiente propio del Bronce Tardío. En particular, el poema de Keret es la historia de un rey ugarítico (situado en el pasado, fuera del tiempo) que parte en busca de una princesa lejana para hacerla su esposa, siguiendo las indicaciones que le han dado los dioses en un sueño. Keret logrará su propósito, pero tendrá que superar muchas pruebas, incluyendo un intento de usurpación por parte de su hijo, aprovechando una enfermedad del padre. El final feliz de la historia es propio de una fábula, pero el modelo de realeza que se quiere perfilar es típico del Bronce Tardío, y los presupuestos religiosos están formulados con arreglo al código heroico y aventurero de la época.

En efecto, la historia de Keret se puede comparar con la verdadera historia del rey Idrimi, cuyo desarrollo narrativo, y la misma estructura del relato, parecen de

fábula: el joven príncipe sufre un contratiempo inicial, pero consigue recuperar el trono perdido dando muestras de valor y superando todas las pruebas, hasta que al final es reconocido por el gran rey, vence a sus enemigos exteriores, construye el palacio y refuerza el reino. Lo que en Keret era un mito de fundación de la realeza ugarítica, en este caso es la apología de un usurpador, que trata de presentarse ante la población de una manera más atractiva. En otro texto contemporáneo, esta vez egipcio, una historia similar sirve para dar una visión exótica y pintoresca de Siria y Mitanni. La historia habla de un príncipe egipcio que parte a la aventura con carro y caballos (la base mínima para una aventura principesca), al encuentro de una «princesa lejana» de la que le separan toda clase de obstáculos, y a encararse con la profecía de su propia muerte. Vemos, pues, que estas historias heroicas, relacionadas con la ideología de la realeza, circulaban de unas cortes a otras, y se advierte su influencia no sólo en las inscripciones sirias, sino también en textos históricos hititas e inscripciones reales egipcias.

Otro poema ugarítico, el de Aqhat, también está centrado en personajes reales y en el problema de la descendencia: un viejo rey consigue que los dioses le den un hijo. El joven príncipe es un hábil cazador, pero un águila le mata, y es su hermana quien parte en su busca y logra que vuelva milagrosamente a la vida. Este pequeño poema es más difícil de historizar o reutilizar en historias auténticas, pero comparte con el de Keret el clima de fábula y aventura. Parecen historias escritas y contadas para entretener a la corte, donde la caza, la guerra, el arco, el carro y las princesas lejanas eran temas del mayor interés. Las motivaciones religiosas o funcionales de las historias ya parecen estar superadas.

En cambio, hay una clara finalidad religiosa en otros poemas ugaríticos centrados en la figura del dios Ba'al, que forman un ciclo. En ellos encontramos la lucha de Ba'al contra Mot (la muerte), que alude a la alternancia de la estación muerta y la estación de la vitalidad, tema esencial de la religiosidad agropastoral de la época. Encontramos también la lucha de Ba'al contra Yam (el mar), que alude en cambio a la idea cosmológica de un mar caótico que rodea a la tierra cósmica. Y la historia de la construcción del templo de Ba'al. Hay otros pequeños poemas de tema religioso, algunos de los cuales podían ser utilizados directamente como «guiones» en las festividades (en uno de ellos encontramos títulos en este sentido). En conjunto, nos dan una idea del patrimonio mitológico y cosmológico del área siropalestina —sin subestimar las variedades locales, por lo que el panorama ugarítico no se puede extrapolar de forma mecánica para convertirlo en cananeo.

Un panorama similar se desprende del patrimonio iconográfico, buena parte del cual es religioso, aunque también aparecen escenas de caza o de guerra, como la figura del rey montado en el carro, en el momento de disparar sus flechas contra sus enemigos o los animales salvajes, mientras los caballos se lanzan a un galope bastante idealizado. Esta escena aparecerá luego desde el Egeo hasta Egipto (donde se convierte en la representación típica del faraón), pero aparece precisamente en Siria, en el momento en que el uso del carro y los caballos se convierte en un requisito esencial de la heroicidad real.

Al margen de la iconografía, los productos artesanales siropalestinos del Bronce Tardío son famosos y refinados. Algunos de ellos se han perdido para siempre, como las telas variopintas, tejidas y bordadas con típicos motivos iconográficos, que a duras penas podemos imaginar a partir de ciertas representaciones egipcias. Otros se han



FIGURA 107. Iconografía de la realeza siria: panel de marfil de la cama del rey de Ugarit (*c.* 1360).

conservado, y gozan de justa fama, como las tallas de marfil, una tradición que se remonta al Bronce Antiguo (tallas de madera de Ebla) y ahora está revitalizada por influencia egipcia. O como las páteras y las copas de metal, que también están repujadas con las consabidas escenas de guerra y caza. Las telas, los metales repujados, los vidrios policromos, las joyas y las tallas de marfil y madera (el ajuar de lujo) son productos típicos de la artesanía más refinada de las cortes sirias, y aparecen en los inventarios de regalos, dotes, tributos y botines, como productos que la intensa circulación convierte en internacionales, aunque la mayoría están fabricados en la franja siropalestina.

La circulación de los propios artesanos favorece la difusión de motivos iconográficos, estilos, métodos de fabricación y valiosas materias primas, que hacen difícil atribuir una procedencia determinada a algunos objetos. Prescindiendo de ciertas opiniones superficiales que niegan originalidad artística a la producción siria, debemos reconocer que en esta artesanía de lujo confluyen influencias muy variadas, reflejo del panorama comercial y político. La influencia egipcia es muy acusada en la talla del marfil, lo que sin duda está relacionado con la procedencia egipcia del propio marfil. Por el contrario, en la glíptica «sirohitita» de los reyes y funcionarios de Karkemish se introduce el sello redondo de estampilla, típicamente hitita, junto con el cilíndrico, habitual en el norte de Siria; se introduce en las inscripciones el hitita jeroglífico junto con el cuneiforme babilonio, y en el patrimonio iconográfico se combinan elementos sirios y anatólicos. A grandes rasgos, las influencias artísticas respetan las fronteras políticas. Hay una zona de influencia egipcia en el sur y en la costa, y otra de influencia hitita en la Siria septentrional interior —una división que perdurará tras la caída de las formaciones políticas que la originaron.

Además de recibir influencias, Siria-Palestina influye a su vez en los reinos vecinos. El caso más evidente es el arte egipcio del Imperio Nuevo, que recoge ampliamente la influencia siropalestina en el repertorio iconográfico, la organización de las escenas, la elección de los motivos de relleno, los paisajes y la ambientación. El gusto por lo exótico, por unos productos y estilos muy distintos de los egipcios, penetra profundamente en las artes «menores» y decorativas, y no se puede decir que

LIBER

sea una moda pasajera, ya que está presente en las manifestaciones oficiales de carácter celebrativo e incluso en la arquitectura de los templos. Paralelamente, hay influencia siria en la literatura y en la propia lengua, y una difusión de los cultos asiáticos, sobre todo en el delta.

6. Religiosidad urbana, rural y nómada

Alejado de la población en el plano cultural y socioeconómico, el rey recupera su protagonismo y sus vínculos con los súbditos de todas las clases sociales cuando desempeña su función religiosa y participa en una serie de festividades, ofrendas y rituales, para conseguir el favor de las numerosas divinidades que velan por el bienestar del reino. En este campo, los textos de Ugarit se asemejan a los de Emar (recientemente publicados), que incluyen largos y detallados rituales y revelan una acusada influencia hitita y mesopotámica, situándose al margen del área siria. La función religiosa del rey es doble: defensa contra los peligros exteriores y buena marcha de la fertilidad, del ciclo reproductivo del país. Para hacer frente al primer problema, el rey participa en los rituales contra los enemigos, o de defensa de las murallas de la ciudad. Es una función ideológica, paralela a la función material de jefe del ejército y responsable de la defensa. Para hacer frente al segundo problema, el rey participa en unas ceremonias (en ocasiones de hierogamia) que pretenden estimular las fuerzas naturales por magia simpática —también en este caso como expresión ideológica de la dirección económica del país, que no es muy efectiva en el plano material.

El rey siropalestino del Bronce Tardío no es divinizado en vida, es más, parece que en vida es portador de una concepción sumamente laica y utilitaria de la realeza. Pero de alguna forma es divinizado después de morir (como ocurre con los reyes hititas), o por lo menos pasa a formar parte de una categoría de seres (*refa'im*) a los que se rinde un culto de carácter dinástico, pues se cree que contribuyen al bienestar y la seguridad del país en el que antaño reinaron. La costumbre de sepultar a los muertos bajo las casas de los vivos, dejando comunicaciones para las prácticas rituales (ofrendas funerarias), también se extiende al palacio real y a las sepulturas de los reyes. Las listas dinásticas redactadas con fines rituales son las únicas memorias de una continuidad con el pasado que no encontramos en la práctica jurídico-administrativa, dada la falta de dataciones (textos fechados a partir de hoy y por siempre) y el uso del sello dinástico, que pasa de padres a hijos como símbolo de la legitimidad dinástica, pero también de la persistencia en el tiempo de las deliberaciones reales.

El rey, además, es identificado de alguna manera con la divinidad principal del panteón, llamada sencillamente Ba'al, «el señor» (que en varias ciudades tendrá una personalidad más precisa, como Hadad o Dagan). Es una identificación doble, porque el rey humano actúa en los ritos como réplica del dios, pero éste, a su vez, asume en el mito una personalidad de rey: es rey de los demás reyes, actúa como un rey, ostenta epítetos regios, armas y atributos regios. Al igual que el rey humano, Ba'al actúa en dos direcciones: debe conjurar los peligros exteriores, mantener a raya a los enemigos, que en su caso serán, sobre todo, los entes cosmológicos de carácter maligno y caótico; y debe garantizar la fertilidad de la tierra y los animales, como dios de la lluvia (un factor esencial en la agricultura de secano, propia de esta zona)

y como dios que muere y renace creando el ciclo estacional. La acompañante femenina del dios es Ba'alat, «la señora», que más a menudo aparece como Astarté o 'Anat. Aunque la teología oficial da más importancia al dios masculino, parece que la religiosidad popular presta más atención a la diosa, algo normal en los cultos agrarios, cuyo eje es el concepto de la tierra como elemento femenino, fecundado por la lluvia. En el área siria encontramos unas figurillas típicas de la diosa de la fecundidad, reproducidas en infinidad de ejemplares de barro. No cabe duda de que son un elemento de la religiosidad popular —mientras que la oficial prefiere representar al dios en estatuas de bronce, colocadas en el templo o en el palacio.

Hay un tercer elemento de la tríada principal de este panteón, que posee muchos otros miembros menores. Se trata de un dios viejo y más bien «ausente», que ostenta sencillamente el nombre de «dios» (El), pero tiene el mérito esencial de haber creado el mundo en su forma actual, tras haber dado origen, como padre, a las generaciones de dioses y hombres. Este tercer elemento, tan importante en la mitología, se desvanece en el patrimonio iconográfico y mitológico, pero también es el elemento más acorde con la religiosidad del sector pastoral y nómada. Los datos de que disponemos acerca de este sector son escasos y difíciles de analizar, ya que falta una documentación directa de origen nómada. Pero está claro que la tipología religiosa del ámbito pastoral es distinta de la agraria. Ambas se centran en la fertilidad, pero a los campesinos lo que les interesa es el binomio tierra-agua (simbolizado en la procreación humana y animal), mientras que a los pastores les interesa el mecanismo reproductor de los rebaños y el concepto de parentesco que es su reflejo en el sistema social. Además de El, «dios padre», probablemente había otros «dioses de los antepasados» de tradición amorrita y carácter gentilicio, herederos de los dioses-parientes («padre», «hermano», «tío paterno», «tío materno», etc.) típicos de la onomástica pastoral del Bronce Medio. Es una religiosidad más abstracta, no tan vinculada al ritual, al patrimonio mitológico, a la representación icónica. En cambio está vinculada a ciertos lugares, como las tumbas de los antepasados, los lugares sagrados para las reuniones estacionales y los templos rurales, que jalonan las rutas de la trashumancia y son polos de convergencia para las alianzas tribales.

20. EL REINO MEDIOASIRIO

1. La recuperación en la época de el-Amarna

Durante cuatro siglos, desde el reinado de Ishme-Dagan hasta el de Ashur-uballit, la historia asiria está mal documentada, tanto por inscripciones locales como por noticias exteriores. Lo que está claro es que el reino había quedado reducido a la mínima expresión, con escasas posibilidades de maniobra. En particular, la expansión de Mitanni alcanzó y puso cerco a Assur, y quizá llegara a condicionar en algún momento su independencia. La continuidad política local queda asegurada por la lista real, que se siguió actualizando para subrayar la legitimidad dinástica (aunque en realidad no faltaran las usurpaciones y luchas intestinas), por la secuencia de los epónimos y por las «historias de edificios», en las que se mencionan restauraciones de templos en Assur realizadas por los reyes de este periodo. Hubo también una actividad comercial (Ashur-nadin-akhkhe entró en contacto con Egipto) y militar (Puzur-Ashur y Ashur-bel-nisheshu fijaron la frontera con la Babilonia casita), pero la balanza de estas últimas se inclinó a favor de Mitanni, que se llevó como botín a Washshukkanni las puertas de oro y plata de la ciudad de Assur.

Asiria salió de esta posición subalterna bajo el reinado de Ashur-uballit, de una forma que parece prodigiosa y sería más fácil de explicar si tuviéramos más datos sobre los antecedentes. Las relaciones de fuerza entre Asiria y Mitanni se vieron alteradas por la expedición de Shuppiluliuma, que provocó la caída de Mitanni como gran potencia y la muerte de Tushratta. Artatama II, que subió al trono con el consentimiento de los hititas, tuvo que soportar las presiones de Ashur-uballit, que ya debía ser lo bastante fuerte como para aplicar una política intervencionista en la Alta Mesopotamia. Durante varios años se jugó una partida muy importante, para llenar el vacío que había dejado Mitanni. El designio de Ashur-uballit de controlar la zona tras someter a Artatama se vio truncado por la expedición de Piyashshili y Shattiwaza contra el hijo de Artatama, y una dinastía filohitita se instaló en los restos de Mitanni. Ashur-uballit acabaría controlando las zonas más orientales en contacto inmediato con Asiria, pero de momento no podía aspirar a nada más.

De todos modos, llama la atención la energía con que Ashur-uballit y la clase dirigente asiria irrumpieron en el nuevo escenario internacional. La monarquía asiria (y su título, que era su expresión formal) había pasado por una larga y grave depresión, y se había basado en la subordinación al dios de la ciudad, con un rey que, modestamente, se consideraba mero gestor o vigilante de Assur. Pero Ashur-uballit asumió bruscamente el título de «gran rey», lo que denota su deseo de entrar en el concierto internacional desde una posición preponderante. Los otros grandes reyes

no reconocieron su título, ni el de sus inmediatos sucesores, y esto desató una prolongada controversia, que sólo el poderío militar asirio logró resolver en la dirección iniciada por Ashur-uballit.

Dejando a un lado los tratamientos, el ingreso de Asiria en el sistema de relaciones internacionales está documentado por dos cartas de el-Amarna, escritas por el rey asirio a Amenofis IV para iniciar un intercambio diplomático y comercial. En la primera, el rey asirio utiliza un tono cauteloso y humilde, como corresponde a quien todavía no conoce a su interlocutor ni sus costumbres, y no sabe cuál va a ser su reacción. Pero en la segunda carta (escrita en vista del buen resultado de la primera) Ashur-uballit ya se llama a sí mismo «gran rey», llama al faraón por su nombre, además de «hermano» (como corresponde entre reyes de igual rango), y expone enseguida sus pretensiones sobre la cantidad de oro que espera recibir, el ritmo de las embajadas y la eficacia del sistema que, a su juicio, ni siquiera cubre los gastos de viaje de los mensajeros.

Ashur-uballit consiguió trabar relaciones con el lejano Egipto, tal como se había propuesto, pero también dio muestras de una rudeza en el trato y una valoración económica de la relación recién establecida que contrastaban con el tono y el estilo acostumbrado entre grandes reyes. En una carta escrita a Amenofis IV, al saber que el faraón se ha puesto en contacto con Ashur-uballit, el rey casita Burna-Buriash pone el grito en el cielo, llegando a afirmar que los asirios son súbditos suyos, y que el faraón no puede «saltarle» de esa forma. Aunque la protesta es un tanto estrambótica, Burna-Buriash está muy acertado cuando afirma que los asirios sólo quieren hacer negocios con Egipto, y no son interlocutores adecuados en el ámbito comercial y diplomático. La rudeza de los asirios y su inveterada afición a los negocios debían ser un rasgo característico y un lugar común extendido internacionalmente.

Pero Egipto quedaba lejos, y no estaba especialmente interesado en hacer distinciones de rango entre los reyes asiáticos, a quienes los faraones miraban por encima del hombro. Los verdaderos interlocutores y rivales de Ashur-uballit eran los hititas y los casitas. Con los hititas había un enfrentamiento declarado, como ya hemos visto, con el importante objetivo de Khanigalbat. Con los casitas, tras la desdeñosa reacción de Burna-Buriash al ver cómo un oscuro rey de Assur pretendía ostentar un rango de primera fila, las relaciones fueron normales. El hijo de Burna-Buriash, Karakhardash, se casó con Muballitat-Sherua, hija de Ashur-uballit, y le dio un hijo, Kadashman-Kharbe, destinado a heredar el trono casita. En este caso también se pusieron de manifiesto la habilidad y la ambición de Ashur-uballit, que recurrió a una maniobra acostumbrada entre los grandes reyes, el matrimonio interdinástico, pero lo hizo con el fin de obtener ventajas concretas y rápidas. Hubo una reacción casita, y Kadashman-Kharbe fue asesinado. No sabemos si la razón fue su ascendencia asiria, pero así lo entendió Ashur-uballit, que entró por la fuerza en Babilonia e impuso como rey a Kurigalzu «el pequeño», hijo de Kadashman-Kharbe, que todavía era un niño de corta edad cuando subió al trono. El viejo rey asirio y su hija (auténtica eminencia gris asiria en la corte casita) esperaban influir en el «pequeño» rey para tener un vecino maleable y fácil de dominar, y tal vez fuera esta la situación mientras vivió Ashur-uballit y Kurigalzu fue «pequeño». Pero cuando creció dio muchos disgustos a la rama asiria de su familia.

A la muerte de Ashur-uballit, Asiria era una potencia de primer orden, por lo menos de hecho, aunque sus vecinos no lo reconocieran. Este reconocimiento tardó

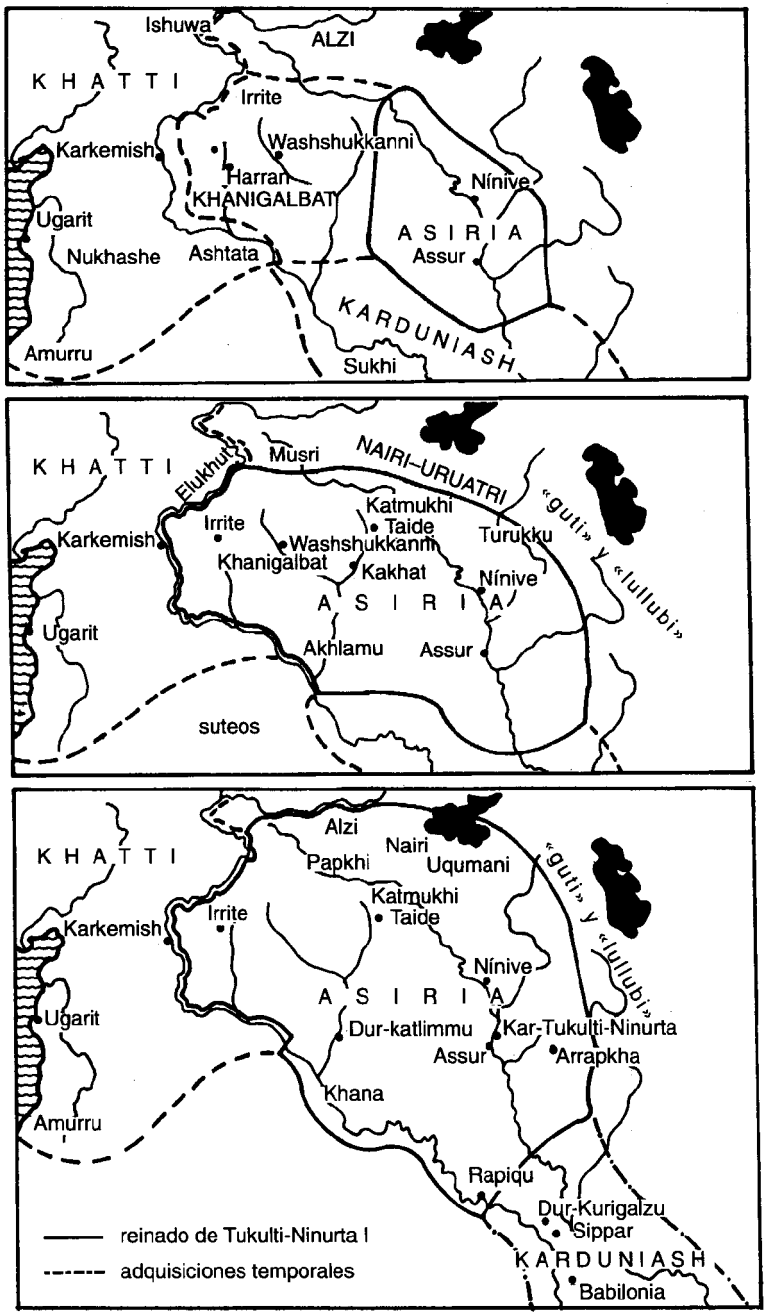


FIGURA 108. El reino medioasirio. *Arriba*, reinado de Ashur-uballit I. *Centro*, reinado de Adad-nirari I y Salmanassar I. *Abajo*, reinado de Tukulti-Ninurta I.

LIBER

en llegar, dado que la agresividad y la ambición asirias eran evidentes y preocupantes. Pero la realidad era que Asiria había llegado a codearse con Babilonia, Khatti y el propio Egipto, gracias a las guerras, los matrimonios o el comercio. Assur ya no era un puesto avanzado mesopotámico de cara a un mundo anatólico políticamente desunido, fuente de materias primas y mercado para los tejidos asirios y babilonios. Se había convertido en potencia regional en un contexto de potencias regionales, por lo que sólo le quedaban dos alternativas. La primera era integrarse en el sistema de relaciones entre grandes potencias, con sus contactos entre palacios y sus intercambios de regalos, que abrían las puertas a un comercio de bienes de lujo en cantidades limitadas. La segunda era la expansión en el «vacío» altomesopotámico, que se prestaba a acoger una red comercial exclusivamente asiria, pero de momento era disputado por Khatti, en el norte, y los casitas en el Éufrates medio. Los levantiscos montañeses presionaban a Asiria por la espalda, y las rutas de Irán ya no estaban tan concurridas como un milenio antes.

2. El imperio altomesopotámico

Durante la segunda mitad del siglo XIV, Asiria, bloqueada por Khanigalbat en el oeste, luchó en dos frentes. En el norte y el este debía contener la presión de los montañeses (guti, lullubi y turukku). También luchó contra los casitas para llevar la frontera algo más al sur, alejándola de Assur. A la batalla de Sugagu, con inciertos resultados (Enlil-nirari contra Kurigalzu) le siguió el enfrentamiento de Arik-den-ili con Nazi-Marutash, pero sólo con la batalla de Kar-Ishtar, en Ugarsallu (Adad-nirari I contra Nazi-Marutash) Asiria lograría alejar definitivamente la frontera del valle del Zab inferior, para adentrarse decididamente en la cuenca del Diyala.

Con Adad-nirari I, Asiria reanudó la expansión hacia su desembocadura «natural» en la Alta Mesopotamia. El rey optó por la vía militar. Tras una primera campaña, el rey Shattuara I, derrotado, aceptó reinar como tributario de Asiria. Una segunda intervención supuso la derrota de Wasashatta (hijo del anterior, que se había rebelado nada más subir al trono) y la conquista de todo el territorio «desde Taite hasta Irrite», es decir, toda la cuenca del Khabur y el Balikh hasta cerca de Karkemish. Adad-nirari ostentó el título de «rey de la totalidad», que siempre había estado relacionado con el control de la Alta Mesopotamia, proclamando que sus conquistas abarcaban desde Rapiqum (el punto más meridional alcanzado en dirección a Babilonia) hasta Elakhut (el valle del Éufrates al norte de Karkemish).

Los hititas fueron incapaces de proporcionar una ayuda adecuada a su «vasallo», y de resistir eficazmente a los ejércitos asirios. Adad-nirari, burlándose de Wasashatta, dice que éste había tratado de obtener la ayuda de los hititas mediante una «propina», y los hititas habían aceptado el pago, pero luego no le habían ayudado. Evidentemente, lo que en realidad había hecho Wasashatta era interrumpir el pago del tributo a los asirios para empezar a pagárselo a los hititas. Desde el punto de vista asirio, muy ideologizado, los pagos realizados en la justa dirección son «regalos» y garantizan una buena relación política, mientras que los realizados a la parte contraria se convierten en «propinas» humillantes e inútiles, porque a la hora de la verdad el protector no puede hacer nada. Es probable que esto ocurriera durante el reinado de Urkhi-Teshub, a quien los problemas internos le impedían ocuparse de

los asuntos de la Alta Mesopotamia. El caso es que, por primera vez, los asirios se enfrentaron a los hititas a orillas del Éufrates.

Cuando Khattushili III subió al trono de Khatti, Adad-nirari, además de proponerle el establecimiento de relaciones de «hermandad», le pidió paso libre para dirigirse al monte Amanus (y así poder talar los troncos, o erigir una estela en este monte, situado al borde del mar, que representaba el último confín de la tierra). En su respuesta, el rey hitita admite que el rey asirio se ha convertido en gran rey, tras vencer a Khanigalbat, pero no quiere saber nada de «hermandad» («¿acaso somos hijos del mismo padre o de la misma madre?» pregunta sarcásticamente, obviando a propósito el significado convencional de la relación de hermandad). Tampoco accede a la expedición al monte Amanus, pues se da cuenta de que bajo una apariencia comercial o ideológica supone un riesgo político.

Es posible que los asirios perdieran momentáneamente Khanigalbat al final del reinado de Adad-nirari, porque su hijo Salmanassar I tuvo que conquistarlo de nuevo, derrotando a Shattuara II, apoyado por los hititas (esta vez activamente, pero también en vano). Pero Salmanassar cambió de política, ya que prefirió el control directo al indirecto (con un Khanigalbat tributario siempre dispuesto a cambiar de orientación). Fue así como terminó la autonomía de Khanigalbat. La dinastía local fue reemplazada por un funcionario central asirio (el *sukkallu rabû*, que también ostentaba el título de «rey de Khanigalbat»). Más tarde el territorio fue dividido en varios distritos con gobernadores asirios (*šaknu*), alojados en palacios asirios recién construidos en las distintas ciudades altomesopotámicas. Se hicieron deportaciones de pueblos vencidos, y se trató de colonizar los nuevos territorios agrícolas. En las ciudades, la población local, relegada al campo, fue sustituida por una población asiria que dirigió la economía de la región. Los archivos medioasirios de la zona (Tell Fekheriye, 'Amuda) muestran una población totalmente asirizada y la adopción de los sistemas administrativos asirios, proceso que duró muy pocos años. Puede que esta rápida asirización siguiera los pasos de una antigua red comercial, y la verdad es que conserva el aspecto de «red», con palacios unidos por itinerarios en medio de un campo étnicamente variado. Pero la colonización (incluyendo las deportaciones) y la unificación administrativa hicieron que la asimilación de la Alta Mesopotamia a la Asiria propiamente dicha fuera un proceso rápido.

La nueva frontera con el imperio hitita, que seguía el curso del Éufrates, siguió siendo una frontera difícil, no tanto por el afán de expansión (asirio) o reconquista (hitita), pues en ese momento ambos parecían utópicos, como por la agitación de los pequeños estados interpuestos entre ambos imperios, que sacaron partido de su posición fronteriza. Existían los consabidos problemas de refugiados e incursiones que partían de «santuarios» situados al otro lado de la frontera. Fue el caso de Turira, que suscitó las protestas hititas, formuladas con la lógica de las relaciones entre grandes reyes: si el monarca asirio no era capaz de mantener a raya a sus vasallos, el rey hitita se sentiría autorizado para intervenir, incluso más allá de sus fronteras, como acto de justa defensa contra las continuas provocaciones. Más serio fue el caso de Nikhriya, importante ciudad en el curso alto del Éufrates. Los asirios y los hititas se disputaron su control, llegando a la batalla campal. El intento de evitar un enfrentamiento entre los grandes reinos fracasó, y la fórmula clásica de ser «amigos de los amigos y enemigos de los enemigos» reveló toda su artificiosidad. Dado que Nikhriya es enemiga mía —dice el rey asirio— tú no puedes ayudarla, de modo que no

estorbes y deja que la ocupe. Dado que Nikhriya es amiga mía —replica el rey hitita— tú no puedes atacarla, de modo que debes retroceder. Salmanassar no retrocedió, atacó Nikhriya, venció a los hititas y pudo comunicar su triunfo a los propios vasallos de los hititas.

3. La consolidación y la cuestión babilonia

El imperio medioasirio, llegado a su apogeo con Tukulti-Ninurta I, posee tres tipos de frontera. En el sector noreste (Zagros septentrional, curso alto del Tigris) el estado asirio limita con una serie de pueblos montañeses, organizados en pequeños estados, que apenas pueden ofrecer resistencia al poderío militar y político asirio, por lo que tienden a girar en su órbita. Pero, por otro lado, debido a la propia naturaleza de los territorios, inaccesibles para un ejército regular y llenos de refugios, resulta difícil conquistar dichos estados y dotarlos de una organización similar a la de la Alta Mesopotamia. En cambio, en el sector oeste la frontera es muy precisa, pues está formada por el río Éufrates. En la orilla izquierda se encuentran los asentamientos asirios, y en la derecha los vasallos hititas. Esta frontera es difícil de atravesar y confiere estabilidad a la expansión asiria en esta dirección. Por último, en el sur está la frontera con Babilonia, que posee una estructura política similar y una fuerza militar equivalente. Esta frontera carece de referencias precisas y fluctúa al norte o al sur, según el equilibrio de fuerzas. Tukulti-Ninurta permanece activo en las tres fronteras, con distinta intensidad.

La frontera noreste es la más vital para la existencia misma del estado asirio, aunque pueda deparar menos gloria a escala internacional. Las tribus y estados de los Zagros y el alto Tigris están justo encima de la campiña asiria, y a veces la amenazan con incursiones y saqueos. La propaganda asiria insiste en ello para justificar su intervención armada. Pero las incursiones asirias en las montañas son mucho más gravosas que las de los montañeses en Asiria. El interés asirio en esta dirección tiene otros objetivos, además de los meramente defensivos. En la zona abunda la madera (sobre todo en el monte Mekhru), y Tukulti-Ninurta la necesita para sacar adelante su ambicioso programa de restauración y construcción de templos, palacios y fortificaciones. También abundan el cobre (zona de Diyarbakir) y los caballos (zona del lago Urmia, y en general toda el área comprendida entre el oeste de Irán y el este de Anatolia). El cobre y los caballos son la base del ejército medioasirio. Con el pretexto de la seguridad, Tukulti-Ninurta penetra profundamente en los Zagros septentrionales y en el curso alto del Tigris y, con unas medidas disuasorias muy eficaces, asegura el abastecimiento de estos recursos estratégicos. Los países situados en primera línea frente a la agresión asiria (Alshe/Alzi, Papkhi, Amadani, etc.) deben pagar tributo. Más allá del alto Tigris, donde el país se hace casi inaccesible y no suele llegar el ejército, hay un grupo numeroso de pequeños estados («40 reyes») en el país llamado Uruatri por Salmanassar y Nairi por Tukulti-Ninurta. Para hacer frente a la expansión asiria, dichos estados empiezan a organizarse, si no de forma unitaria, sí, por lo menos, coordinada.

El segundo frente, el del Éufrates, es estable por naturaleza. Una vez resueltos los problemas fronterizos, como el de Turira o el de Nikhriya, el gran río es difícil de atravesar para los ejércitos de los dos grandes imperios, como no sea aguas arri-

ba, donde aparece el abrupto paisaje con los consabidos problemas del sector montañoso. Cuando Tukulti-Ninurta sube al trono, Tudkhaliya IV le envía una carta en la que, en el tono de quien desea aconsejar a un colega, le recomienda que no emprenda una expedición contra Papkhi —consejo desoído por Tukulti-Ninurta. Es un episodio menor, pero significativo. Ninguno de los dos grandes reyes es realmente capaz de controlar el territorio comprendido entre el alto Éufrates y el alto Tigris, pero ambos temen que el otro lo consiga o llegue a tener demasiada influencia. Bastante tiempo después se llegará a la hostilidad abierta entre Tukulti-Ninurta y Tudkhaliya, y el rey hitita movilizará a sus vasallos sirios, no sólo en el terreno militar, sino también en el económico (exención a Ugarit de tomar parte en la guerra, a cambio de una elevada suma) y el comercial (tratado con Shaushgamuwa, con la prohibición de enviar mercaderes a Asiria o acoger a los procedentes de este país). Pero no tenemos noticias de grandes choques militares, y seguramente no se produjeron. Tukulti-Ninurta, con fines propagandísticos, evoca la campaña de su primer año contra Papkhi y la reinventa como una campaña contra los hititas, diciendo que ha capturado 28.800 prisioneros hititas al otro lado del Éufrates (ya que todo lo que está al otro lado del Éufrates es automáticamente «hitita»).

Un tercer frente, el babilonio, mantiene ocupado a Tukulti-Ninurta durante la segunda mitad de su reinado. Cuando el rey asirio estaba en el frente noreste, el rey Kashtiliash IV había recuperado algunos territorios fronterizos, como Rapiqum o la zona de Arrapkha, rompiendo así el solemne juramento que había sellado las relaciones entre los dos estados a raíz de la victoria de Adad-nirari en Kar-Ishtar, con su correspondiente definición de la frontera (en términos favorables a los asirios). En cuanto tiene las manos libres para intervenir en el sur, Tukulti-Ninurta inicia la guerra contra el traidor Kashtiliash, para castigar su traición y recuperar los territorios perdidos. Hay una batalla campal con victoria asiria, en la que Kashtiliash es capturado y llevado prisionero a Assur. Tukulti-Ninurta prosigue su avance, llega a conquistar Babilonia, derriba murallas y templos, «destierra» al dios Marduk y a parte de los habitantes, y sigue adelante, tratando de conquistar todo el país de Akkad hasta el golfo Pérsico. Él mismo asume la realeza de Babilonia, proclamándose rey de Sumer y Akkad, e incluso de los lejanos Dilmun y Melukhkha, así que por fin puede decir, exagerando un poco, que su dominio se extiende «del mar inferior (golfo Pérsico) al mar superior». Este último podría ser el lago Van, o el propio Mediterráneo, al que llega de una forma bastante simbólica gracias a la presunta victoria sobre los hititas.

Durante los «siete años» en que Tukulti-Ninurta es oficialmente rey de Babilonia, se dedica sobre todo a una actividad urbanística en Asiria. Después de restaurar varios templos en la vieja ciudad de Assur, construye una nueva capital en Kar-Tukulti-Ninurta, la primera «capital artificial» de la historia asiria, situada casi enfrente de Assur, en la otra orilla del Tigris. De esta forma parece desmarcarse del equilibrio tradicional entre distintos componentes del poder que había caracterizado al sistema político asirio (templo de Assur y clero, epónimos y grandes familias, burocracia naciente). Los métodos autoritarios y personalistas de Tukulti-Ninurta, unidos al ingente esfuerzo económico y laboral para construir la nueva capital, así como a su política babilonia (que al parecer suscita dudas y reacciones), provocan un levantamiento contra él. Tukulti-Ninurta, ya viejo, es asesinado en la nueva capital por un grupo de conjurados, que proclama rey a un hijo suyo. Babilonia, que de hecho ha-

DOCUMENTO: INSCRIPCIÓN REAL MEDIOASIRIA

«Tukulti-Ninurta
rey del universo
rey fuerte
rey de Asiria

conquistador de los rebeldes, no sometidos, hostiles a Assur:
[1] vencedor de Uqumani y Papkhi, no subyugados, reunión de rebeldes
[2] debelador de Katmukhi y de la tropa de los guti, montañas inaccesibles
[3] dispersador de la fuerza de los subareos hasta el confín de la totalidad
[4] opresor de Alzi y Purulumzi, circuito de la rebelión, príncipe legítimo que en la confianza de Assur y de los grandes dioses se pasea por las cuatro regiones [cf. 1-4], sin opositor ni rival, conquistador de los confines de las tierras, arriba y abajo [cf. a-b]

rey fuerte, capaz en batalla:
[a] que se ha enseñoreado de todas las tierras de Nairi: 40 reyes capitanes suyos a sus pies ha sometido; las tierras de Alalzi y Shepardi ha puesto en el confín de su tierra
[b] la derrota de Sumer y Akkad ha establecido, su poder para el futuro ha manifestado, a Kashtiliash rey de los casitas con su mano ha capturado

hijo de Salmanassar rey de Asiria
hijo de Adad-nirari rey de Asiria.
Cuando los edificios de mi palacio grande, en mi ciudad de Assur, por el lado este frente a la *ziqqurrat* del dios Assur mi señor, que en el pasado Salmanassar, gobernador de Enlil, sacerdote de Assur, mi padre, había hecho, se vino abajo: desplacé sus escombros, alcancé sus cimientos, de arriba abajo lo completé y mis estelas coloqué.»

Principios de análisis

Los tres tratamientos básicos están tomados y documentados de las tres secciones del texto: (1) «rey del universo» con la reseña de las grandes expediciones del rey (insistencia en los rebeldes, totalidad, confín, conquista, falta de rivales); (2) «rey fuerte» con la reseña de su valor personal («a sus pies» «con su mano»); (3) «rey de Asiria» subrayando la continuidad dinástica y la conservación de los edificios de la capital. Otras relaciones internas: las «cuatro regiones» recapitulan un esquema cuatripartito; «arriba y abajo», que concluye la primera sección, está detallado en la segunda (Nairi está arriba

y Babilonia abajo con respecto a Asiria, siguiendo el curso del Tigris). Relación con el dios Assur: pasiva en la primera sección (el rey vence con la ayuda divina), ausente en la segunda («fuerte» es un título laico y autónomo), activa en la tercera (el rey cuida los edificios de la ciudad del dios).

bía recuperado su independencia, es abandonada. El resto del imperio se mantiene, pero bajo el reinado de los mediocres descendientes de Tukulti-Ninurta apenas queda nada del esfuerzo político, militar, urbanístico y administrativo de los grandes reyes del siglo XIII. Aparte de la escasa talla de estos epígonos, el hecho es que todo el mundo de Oriente Próximo se ve envuelto en una crisis sin precedentes, durante la cual Asiria, por lo menos, conserva bastante íntegro su núcleo interior, y todavía es capaz de maniobrar en su imperio altomesopotámico, mientras que los hititas desaparecen del mapa.

4. La cultura palatina y la propaganda política

El estado medioasirio es básicamente distinto de la ciudad templo de la época protodinástica, de la ciudad comercial paleoasiria y del efímero imperio de Shamshi-Adad I, aunque algo ha heredado de las fases y experiencias anteriores. Ha dejado de ser un importante centro de tránsito entre el sur mesopotámico y la «periferia» montañosa del norte, para situarse en el centro del mundo, tanto en su visión ideológica como en las ambiciones políticas imperialistas. Assur ha tenido la oportunidad de sumar su red comercial a la riqueza agrícola y demográfica del triángulo asirio (con centro en Nínive). También ha sido capaz de expandirse en la Alta Mesopotamia, que se estaba convirtiendo en un vacío político y demográfico, revitalizándola con su colonización. Por último, la lengua y la cultura acadias, herencia lejana del antiguo «puesto avanzado» en el sur de Mesopotamia, diferencian claramente a los asirios de sus vecinos —ya sean los montañeses de los Zagros o los estados hurritas del alto Tigris y la cuenca del Khabur. A un inevitable «complejo de cerco» se une la capacidad económica y humana necesaria para romper el cerco y desempeñar un papel de primer orden.

La cultura medioasiria, condicionada por estos elementos, tiene rasgos peculiares. La primera característica es cierta estratificación de influencias y aportaciones, que se pueden identificar a nivel analítico, pero están bien amalgamadas en una cultura de marcada individualidad. Hay elementos de antigua tradición local que, en última instancia, se remontan a la matriz de ciudad-estado protodinástica. También hay aportaciones mitannias, que se remontan a la fase de formación del reino medioasirio, cuando éste se hallaba rodeado por la supremacía mitannia, y después a la fase de conquista de la Alta Mesopotamia hurrita. Hay, por último, una influencia babilonia, que es un fenómeno recurrente y se agudiza, significativamente, en los periodos de mayores contrastes. En el pasado lo había hecho durante el reinado de Shamshi-Adad I, y ahora sobre todo con Tukulti-Ninurta I. Mientras la influencia local se deja sentir sobre todo en la estructura económica y política, las aportaciones mitannias son más bien tecnológicas y sociales, y las babilonias se sitúan en

los sectores cultos de la escuela de escribas, la literatura y la religión (y en la literatura religiosa de todo tipo). En el terreno literario Tukulti-Ninurta se trae textos-modelo de la Babilonia conquistada, y hace escribir en dialecto babilonio el poema conmemorativo de la victoria, pero los escribas asirios mantienen su *ductus* y su dialecto —muy diferentes de los babilonios contemporáneos—, así como sus dataciones mediante epónimos y su calendario.

La segunda característica de la cultura medioasiria es que está bien situada en su tiempo y asume los rasgos característicos del ambiente internacional de la época. Pero, al mismo tiempo, se adelanta claramente a la que será la cultura asiria imperial, propia del I milenio. El uso de carros y caballos es un signo de los tiempos, pero en Asiria se convierte en un núcleo funcional dentro del conjunto del ejército, que deja poco margen a las improvisaciones y personalismos «heroicos», y empieza a convertirse en el mortífero instrumento de la expansión del imperio. Los vidrios y la cerámica «de palacio», la glíptica muy peculiar, las armas de parada y las joyas, hacen que la medioasiria sea una de las grandes cortes de la época. Pero sus características son mucho más estables que en otras partes, gracias a la continuidad política asiria, en una época en que los otros grandes reinos del Bronce Tardío se desmoronan o transforman completamente.

La tercera característica de la cultura medioasiria es que está totalmente en función del control político, de la justificación ideológica necesaria para que Asiria se lance a una serie ininterrumpida de guerras, sin que desaparezcan nunca las tensiones ni la movilización nacional. En este sentido, los dos sectores más típicos de la cultura palatina medioasiria son la arquitectura monumental y la literatura política. La arquitectura monumental no tiene igual en su tiempo (salvo en Egipto, evidentemente) por la grandiosidad y el número de los monumentos. Sólo conocemos bien el caso de Assur, gracias a los datos arqueológicos y epigráficos. Sin duda debió ser el más destacado, ya que se trataba de la capital. Junto a unas obras estrictamente funcionales, como las murallas o los muelles del Tigris, hay otras de similar envergadura: la restauración y nueva fundación de los palacios reales, los templos de Assur, Ishtar y muchas otras divinidades, proyectados y realizados con una grandiosidad que claramente pretende impresionar a la población (y requiere la utilización de enormes cantidades de adobes y ladrillos). Al efecto escenográfico se une el efecto explícitamente ideológico de los nombres de las puertas de la ciudad, los epítetos de los templos y las ceremonias localizadas en los distintos santuarios, que forman parte de la red global del simbolismo político y religioso del imperio naciente.

La situación en las demás ciudades no se conoce tan bien, pero sería extraño que los reyes asirios no prestaran una atención similar a ciudades de la importancia de Nínive o Arbela, y además no faltan indicios al respecto. Baste recordar cómo Salmanassar y Tukulti-Ninurta se preocupan de dar una organización asiria a las nuevas provincias surgidas en el territorio del antiguo reino de Khanigalbat y los demás estados hurritas del oeste. Los datos que aparecen en los textos sobre la construcción de una red de palacios han sido confirmados por las excavaciones. En Dur-Katlimmu (curso medio del Khabur) y Tell Fekheriye (el antiguo Washshukkanni mitannio) han salido a la luz unos asentamientos medioasirios con palacios y archivos administrativos, ejemplos concretos de esos monumentos de cuya construcción alardeaba el rey. La culminación de esta política es la construcción de ciudades enteras. Sabemos que la fundación de Kalkhu se remonta a Salmanassar I, y también tenemos noticias de

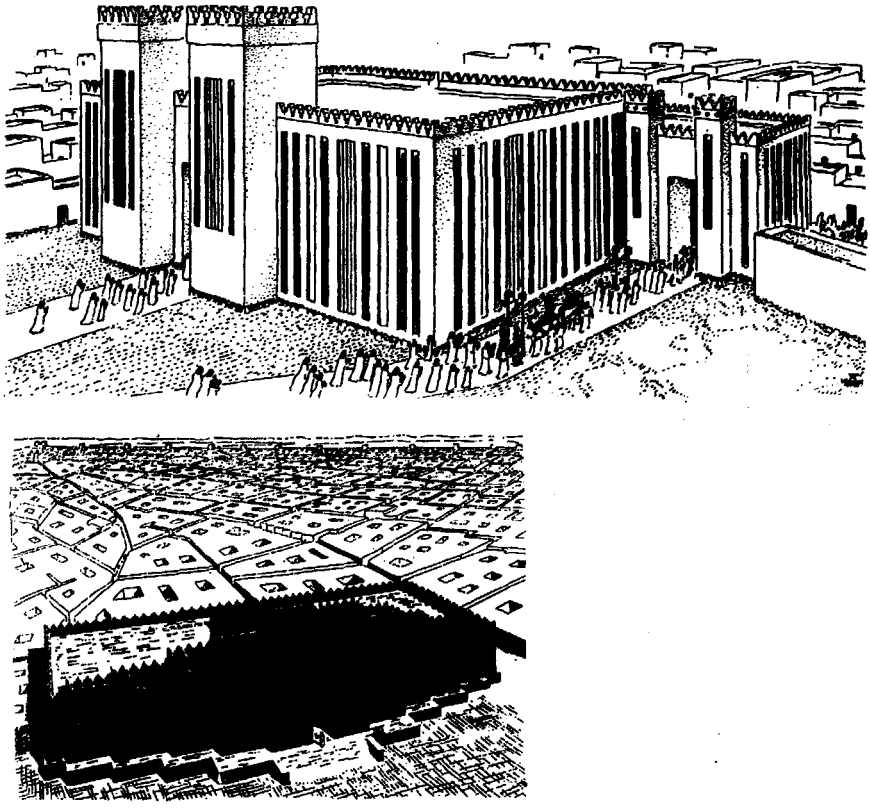


FIGURA 109. Templos medioasirios. *Arriba*, templo de Ishtar en Assur. *Abajo*, templo de Sin y Shamash en Assur.

la fundación de Kar-Tukulti-Ninurta por el rey epónimo. ¿Acaso quería Salmanassar fundar una capital, como hizo su hijo? De haber sido así, se trataría de un proyecto doblemente revolucionario, pues implicaría el desplazamiento de la zona de Assur al triángulo comprendido entre el Tigris y el Zab. Y entonces Tukulti-Ninurta, al volver a Assur y fundar su residencia frente a la antigua capital meridional, habría dado marcha atrás, para dar a entender que el centro del estado debía mirar hacia Babilonia, y no hacia los montañeses del norte.

Los destinatarios de la política edificadora medioasiria son todos los súbditos asirios (así como los propios extranjeros, enemigos potenciales), y su principal mensaje el de «estar allí». En cambio, el círculo de los funcionarios, escribas y cortesanos precisa un adoctrinamiento más sutil y detallado. En la literatura política, los reyes medioasirios también se hacen eco de las corrientes de la época, pero con características propias, destinadas a perdurar. Recordemos que, en la misma época, los hititas y los egipcios prestan mucha atención a la propaganda política. Las inscripciones de fundación asirias empiezan a tener un claro cariz celebrativo de las reali-

LIBER

DOCUMENTO: IDEOLOGÍA Y PROPAGANDA POLÍTICA EN EL REINO MEDIOASIRIO

1. *Plegaria de Tukulti-Ninurta I al dios Assur*

«Tú has enseñado a tu país a no transgredir el juramento, a observar las normas. Ellos (= los asirios) no sobrepasan los límites que tú has trazado, se conforman a tu juicio. Están respetuosamente pendientes de la firme decisión de tu poder supremo. Se fían de tu juicio benévolo, inquieren tu divinidad. Tú eres su égida grande y buena, su amplia protección. Confiando en tu poderío, consultan en medio del cielo tu solución (de sus casos).

»Los otros países (en cambio), de común acuerdo rodean tu ciudad Assur con un círculo de mal, y odian todos juntos al pastor que tú has nombrado para mantener en orden a la gente. Todas las tierras a las que has prestado una benévola asistencia, te desprecian; mientras tú has extendido sobre ellos tu protección, ellos rechazan a tu país. Reyes a quienes has colmado de bien se obstinan en desobedecerte; aquellos a quienes has concedido tu favor, afilan sus armas contra ti.

»Para tu ciudad, Assur, *la batalla está dispuesta sin tregua, contra ella* embiste una oleada de ataques. Enemigos y adversarios no cesan de mirar con malas intenciones tu residencia, y se confabulan para saquear tu país, Asiria. Todos los países (extranjeros) desean noche y día la destrucción de tus maravillas, por doquier se ensañan para arruinar tus ciudades, conspiran para infligirte una derrota. Todos los desalmados se reúnen un día tenebroso, sin sol; manos hostiles se alzan para desbaratar los ejércitos asirios. Contra su benefactor, conspiran cual malvados; transgreden el nombre del Señor de todos los países; a la fuerza reúnen príncipes (aliados) y tropas auxiliares.

»De tu país, Asiria, tú eres Señor: ¡sé su fuerte, su príncipe vengador! ¡Que tu supremo poder sea por siempre su protección, y apoye su combate! ¡Oh Señor, por tu país, Asiria, no dejes inactivo tu brazo benefactor! ¡Oh Assur, gran señor, rey de los dioses, Asiria es tuya! ¡Oh Enlil asirio, señor de todos los países, Asiria es tuya!»

2. *Carta de Salmanassar I al rey de Ugarit*

«Tudkhaliya, rey de Khatti, me escribió así: "¿Por qué eres hostil en contra mía? ¿A un aliado mío te aproximas, para conquistarlo? ¡Ven pues, y luchemos! De lo contrario seré yo el que acuda a presentar batalla". Yo contesté así: "¿Por qué habrías de venir tú? Seré yo el que vaya". Y aquel mismo día reuní tropas y carros (y me encaminé) hacia Taide, pero sin alcanzarla. Tudkhaliya rey de los hititas me envió un segundo mensajero, portador de dos cartas belicosas y una pacífica. Él me mostró las dos cartas belicosas. En cuanto mis soldados oyeron las palabras hostiles, se dispusieron a avanzar; y el mensajero del rey de Khatti lo vio. Al cabo de tres días el mensajero del rey de Khatti me llevó la carta de paz, en la que estaba escrito esto: "Adad

y Shamash lo saben: con el rey de Asiria mi hermano yo no estoy en guerra, yo estoy en paz. Sus prófugos le devolveré, y a las personas que frente al rey de Asiria han huido y se han refugiado en tierra de Khatti, haré que las lleven de nuevo ante el rey de Asiria. ¿Por qué entre hermanos deberíamos ser hostiles unos contra otros?" ... Ya que el rey de Khatti me había escrito así, y la ciudad de Nikhriya era enemiga, yo acerqué mis tropas para asediar Nikhriya. Pero un oficial (?) del rey de Khatti estaba en el interior de Nikhriya con tropas hititas. Yo entonces le escribí al rey de Khatti: "Nikhriya es mi enemiga. ¿Por qué tus tropas están dentro de Nikhriya? Si de verdad eres amigo y no enemigo, ¿por qué tus tropas refuerzan Nikhriya? Yo asedio Nikhriya, tú haz que salgan tus tropas". Pero él no estuvo de acuerdo y ni siquiera me contestó, sino que en presencia de mi mensajero alzó la mano al dios Shamash diciendo "Shamash, tú lo sabes: yo no (puedo hacerlo) porque el rey de Asiria (ya) ha formado la tropa". Cuando yo oí estas palabras, escribí una tablilla con el juramento y se la hice llegar (diciendo): "Para (demostrar) tu buena fe, toca esta tablilla en presencia de Shamash". Pero él no estuvo de acuerdo en tocar la tablilla en presencia de Shamash. Yo (de todos modos) ese mismo día retiré mis tropas de Nikhriya, y puse el campamento (?) de mis tropas en Shura, y había 120 leguas hasta el campamento (?) de las tropas del rey de Khatti. Pero un fugitivo de los soldados hititas vino a mí y me dijo: "El rey de Khatti ha formado sus tropas para atacar, (aunque) no cesa de enviarte veloces mensajeros para hacerte saber que tengas confianza". Al oír estas palabras del fugitivo, le dije al heraldo de mi campamento: "¡Poneos las corazas, subid a los carros! ¡El rey de Khatti está formado para atacar!". Yo mismo enganché los caballos a mi carro y salí diciendo: "¡El rey de Khatti está formado para atacar! ¡Que mis soldados y mis carros no salgan del campamento si no es detrás de mí!". Yo entré [en la refriega] e infligí una tremenda derrota [al rey de Khatti], y sus tropas [huyeron] en mi presencia ...»

zaciones políticas y militares de los reyes. También se escriben las primeras «crónicas», más o menos del mismo tenor, aunque en ellas el rey actúa y habla en tercera persona, en vez de hacerlo en primera. La función política del ritual medioasirio de entronización es distinta, pero igual de clara. Por un lado perpetúa la arcaica subordinación del rey al dios, visto como el verdadero rey de la ciudad, mientras que el rey humano es un simple gestor (de hecho, en el momento de la entronización se grita «¡Assur es rey! ¡Assur es rey!»). Por otro, introduce al rey en una red de relaciones personales con los próceres y la población en general, simbolizada con un intercambio de regalos: los súbditos entregan sus presentes al rey, pero éste les corresponde, probablemente con creces. En el ritual, estas alusiones a los equilibrios que en el transcurso de los siglos se habían creado en torno a la función del rey están rodeadas de un aparato simbólico propiamente religioso, mientras que en la práctica se van superando, al aumentar el protagonismo del rey.

La movilización asiria frente a los peligros exteriores queda bien reflejada en una plegaria de Tukulti-Ninurta, expresión ejemplar del mencionado «complejo obsidio-

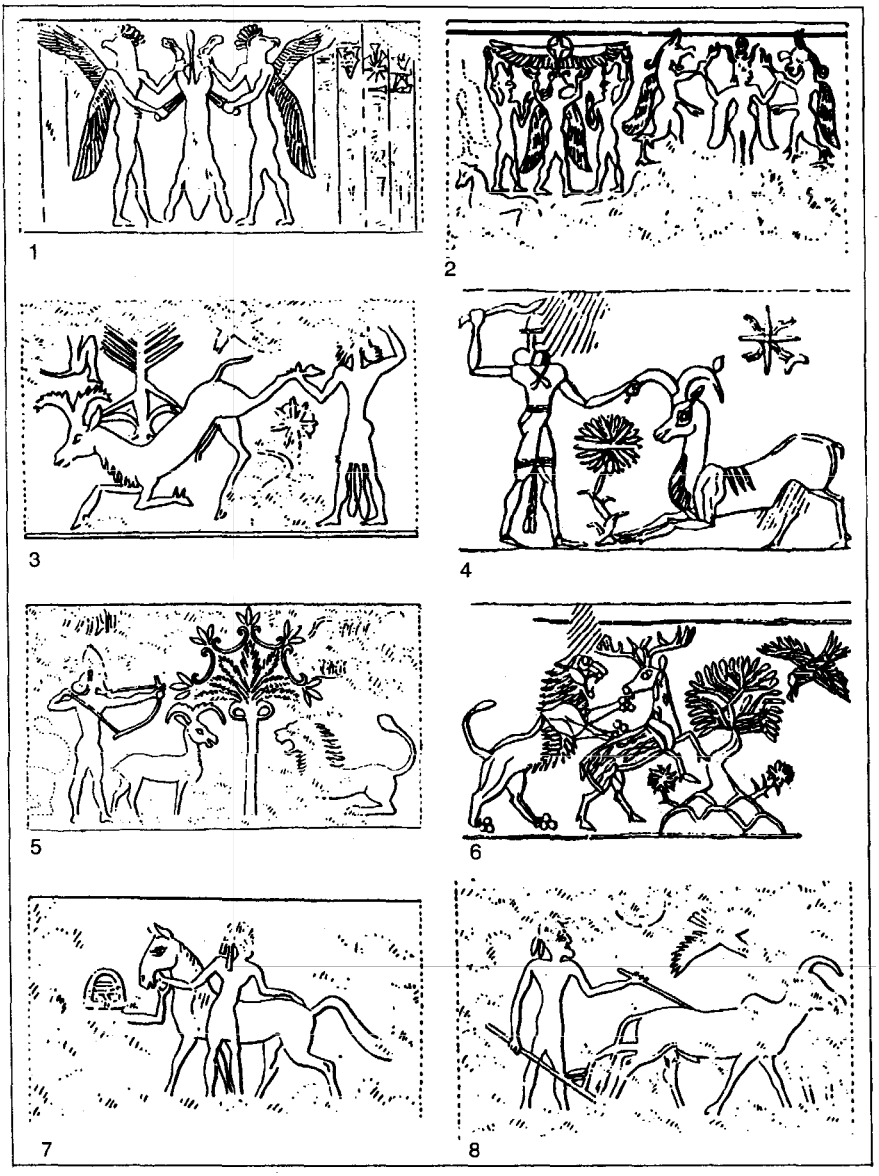


FIGURA 110. Glíptica medioasiria del siglo XIV (1-2) y del siglo XIII (3-8).

LIBER

nal». El panorama que presenta es un cerco de países enemigos, ávidos de las riquezas acumuladas en Asiria gracias al trabajo de una sociedad bien organizada. Los enemigos son malvados, bárbaros, parasitarios, destructores, frente a una Asiria buena (que teme a los dioses y respeta la justicia), civilizada, productiva, organizada. Parece que el asedio va a tener consecuencias desastrosas, pero la plegaria solicita el apoyo divino, gracias al cual Asiria podrá salir airosa del trance y el cosmos prevalecerá sobre el caos. La plegaria tiene un evidente contenido ideológico, que la convierte en un auténtico manifiesto del colonialismo asirio. La sumisión de los pueblos circundantes, lograda con sistemática eficacia por los asirios, es presentada como un acto de defensa propia, civilización y justicia.

Pero la obra maestra de la literatura política medioasiria es el «poema» de Tukulti-Ninurta que celebra su victoria sobre el rey casita Kashtiliash. Se trata de un verdadero manual de la guerra santa asiria, un repertorio de lugares comunes sobre la forma correcta e incorrecta de hacer la guerra y mantener la paz. Kashtiliash es el responsable de la guerra, porque ha roto el juramento solemne. Es un impío, abandonado por sus propios dioses, que le dejan solo con sus responsabilidades. Es un cobarde, incapaz de enfrentarse al rey asirio en campo abierto (después de haber atacado a los asirios cuando éstos todavía no estaban preparados para defenderse). En cambio, Tukulti-Ninurta respeta los juramentos, se ve obligado a guerrear para restablecer la justicia y el orden, es valiente y cuenta con el favor de los dioses, que lo ven como el campeón de la piedad y la justicia. La culpabilización del enemigo vencido es moneda corriente, el vencedor necesita demostrar que se ha visto obligado a someter al adversario, que ha actuado sin tener la culpa, en defensa de la paz y la justicia, o de la libertad. En este sentido, el poema de Tukulti-Ninurta corresponde a los rituales hititas de culpabilización preventiva del enemigo, sólo que una vez lograda la victoria. Sin embargo, en el caso de Tukulti-Ninurta debió existir algún motivo más preciso para que el poema se escribiera y difundiera. Vemos que, de cara al público babilonio (el poema está escrito en babilonio, no en dialecto medioasirio), se justifica el «destierro» de las estatuas divinas como una consecuencia de que Kashtiliash fuera abandonado por Marduk y los otros dioses babilonios. Y debió haber algún motivo de cara al público asirio, o por lo menos a parte de él, que quizá desaprobara esta guerra por motivos religiosos o de otro tipo, o pensara que los asirios no tenían razones fundadas para romper la paz con sus vecinos meridionales.

En la carta de Salmanassar al rey de Ugarit, vasallo de Khatti (probablemente escribió cartas similares a todos los vasallos de Khatti), escrita el día siguiente de la victoria de Nikhriya, hay un claro afán «demostrativo», además de celebrativo. También en este caso la caracterización del rey asirio (justo y valiente), opuesta a la de su adversario (traidor y cobarde) se ha llevado al límite de la estilización paradigmática. Pero resulta interesante la utilización del canal epistolar, normalmente reservado a comunicaciones diplomáticas o prácticas, para enviar un mensaje celebrativo o apologético. La «carta» utiliza una terminología y un estilo que no son propios del género epistolar, sino del «poema» y las inscripciones reales, con los que está relacionada por su finalidad —con la única diferencia de que el destinatario es un vasallo ajeno, en vez de los súbditos propios.

5. La sociedad medioasiria

El paso de las actividades comerciales a las agrícolas, las conquistas y el crecimiento del estado llevan a la formación de una clase de grandes terratenientes que reciben tierras por concesión real. Son los miembros de la aristocracia militar y administrativa, base de la política expansionista medioasiria. Conocemos algunas de estas asignaciones de tierras, que están en la misma línea de las que hemos visto en el caso del reino hitita o Siria, o de las que veremos en el caso de la Babilonia casita: se trata de un mecanismo típico del Bronce Tardío. Las tierras se pueden vender libremente, y el rey no hace nada para detener el proceso de endeudamiento de las familias campesinas. Hay casos de deudores reducidos a servidumbre, o que dan como siervas a sus esposas e hijas. La población está dividida en tres grupos, los dependientes del palacio, los campesinos «libres» de las aldeas (*ḫupšu*), y los beneficiarios de tierras del rey. El ejército está formado por miembros de estas tres categorías, que tienen distintos títulos de posesión de las tierras (u otras fuentes de sustento). La clase de los campesinos «libres» se está convirtiendo claramente en una clase económicamente deprimida y socialmente secundaria. Atraviesa por un proceso de esclavización, que desemboca en la formación de una especie de «servidumbre de la gleba», vinculada a tierras que ya no son suyas. Los asignatarios de tierras del rey forman la clase privilegiada. Ésta pertenece al ámbito palatino, pero a diferencia de los dependientes palatinos de rango inferior, cuya situación es precaria, gestiona personalmente las tierras y accede a los puestos de dirección militar y administrativa provincial creados por el naciente imperio.

En la sociedad medioasiria el palacio es grande y posee un numeroso personal, pero sus competencias no son tan amplias como en otros estados. Es, ante todo, la residencia del rey, sólo que muy extensa. De las «instrucciones» para el funcionamiento interno del palacio, y en particular del harén, se desprende un panorama bastante desagradable. El palacio es una especie de prisión, y sus residentes (mujeres y siervos) están sometidos a una estrecha vigilancia por una red de delatores, que pagan caro el hecho de no denunciar al culpable. Los eunucos son los funcionarios típicos del palacio asirio, tanto por las garantías que ofrecen en la gestión del harén como por la relación de estricta dependencia y fidelidad que mantienen con el rey. Si comparamos las «instrucciones» medioasirias (repartidas por todo el periodo comprendido entre Ashur-uballit y Tiglat-pileser I, quien se encargó de recopilarlas) con las hititas (más bien anteriores), la impresión que se tiene es muy distinta en cada caso. En el primero aparece una sociedad muy cerrada, y en el segundo mucho más abierta, aunque ambos tienen en común la importancia de los vínculos de fidelidad que mantienen la cohesión del sistema político, algo característico de la época. Las «instrucciones» reciben el nombre de *riksu* («vínculo»), término que también se usa para las relaciones de vasallaje exterior, y ambas situaciones son sancionadas por el «juramento» (*mamītu*).

Hay una colección de leyes que nos da una visión más amplia de la sociedad medioasiria (aunque diste de ser completa). Probablemente su redacción final y archivado se remonta a la época de Tiglat-pileser I (como los edictos de palacio), pero en realidad data de los siglos XIV y XIII. Difiere bastante de las colecciones de la época paleobabilonia. Aunque se ha copiado y archivado en el palacio, no es un edicto real, ya que falta el típico «marco» (prólogo-epílogo) y no tiene carácter propagandístico

LIBER

CUADRO 17. Cronología mesopotámica, *c.* 1550-1200.

	País del Mar		Babilonia		Asiria		Mitanni/Khanigalbat
1550	Adara-kalamma		Agum II	c. 1550	Ashur-nirari I		
	Ekurduanna		a Burna-Buriash I		a Puzur-Ashur III		
	Melamkurkurra		Kashtiliash III				
					Enlil-nasir I		
1500	b Ea-gamil		b Ulam-Buriash		Nur-Ili		
					Ashur-shaduni		Barattarna
			Agum III		Ashur-rabi I		Parshatatar
1450					Ashur-nadin-akhe I		Shaushtatar
					Enlil-nasir II	1430-1425	
			c Karaindash		Ashur-nirari II	1424-1418	
					c Ashur-bel-nisheshu	1417-1409	
			Kadashman-Kharbe I		Ashur-rim-nisheshu	1408-1401	Artatama I
1400					Ashur-nadin-akhe II	1400-1391	Shuttarna II
			Kurigalzu I				
					Eriba-Adad	1390-1364	(Artashumara)
			Kadashman-Enlil I	1374-1360			Tushratta
	ELAM				def Ashur-uballit I	1363-1328	Artatama II
1350			Burna-Buriash II	1359-1333			Shuttarna III
			d Kara-Khardash	1333			Shattiwaza
	g Khurbatilla	c. 1330	e Nazi-Bugash	1333	f Enlil-nirari	1327-1316	
	Pakhir-ishan		gf Kurigalzu II	1332-1308	Arik-den-ili	1317-1306	
	Attar-Kittakh	c. 1300					l Shattuara I
1300	Khumban-numena		h Nazi-Marutash	1307-1282	Adad-nirari I	1305-1274	m Wasashatta
					hilm		
	Untash-GAL		i Kadashman-Turgu	1281-1264			
			Kadashman-Enlil II	1263-1255	n Salmanassar I	1273-1244	n Shattuara II
	Umpatar-GAL	c. 1250	Kudur-Enlil	1254-1233			
1250			Shagarakti-Shuriash	1245-1233			
			o Kashtiliash IV	1232-1225	o Tukulti-Ninurta I	1243-1207	
	p Kidin-khutran	c. 1230	op Enill-nadin-shumi	1224			
			op Kadashman-Kharbe II	1223			
			op Adad-shum-iddina	1222-1217	Ashur-nadin-apli	1206-1203	
1200			oq Adad-shum-usur	1216-1187	q Ashur-nirari III	1202-1197	
					q Enlil-kudur-usur	1196-1193	
					q Ninurta-apil-Ekur	1192-1180	

a--a = sincronismo atestiguado.

o celebrativo. En los artículos tampoco vemos el afán de regular las relaciones socioeconómicas que caracterizaba a la época paleobabilonia, y ahora se ha vuelto completamente ajeno a la imagen del poder y a su práctica. En las leyes medioasirias no hay tablas de precios justos ni tarifas, y menos aún medidas de desgravación y liberación. No está claro con qué fin se redactó el texto. Una vez descartado el aspecto celebrativo, sólo queda el práctico-normativo (no necesariamente innovador). Es

DOCUMENTO: TEXTOS JURÍDICOS MEDIOASIRIOS

1. *Extractos del «código»*

Tab. A, art. 12 (Violencia carnal): «Si una mujer casada va por la calle (y) un hombre la para (y) le dice: "Quiero yacer contigo", si ella no consiente (y) se rebela, pero él la toma por la fuerza y yace sobre ella, tanto si se le sorprende en flagrante sobre la mujer casada, como si unos testigos declaran contra él que ha yacido con la mujer, el hombre pagará con la muerte, (mientras que) para la mujer no habrá sanciones.»

arts. 13-14 (Adulterio): «Si una mujer casada sale de su casa y va a encontrarse con un hombre allí donde éste habita, (si el hombre) yace con ella a sabiendas de que está casada, pagarán con la muerte tanto el hombre como la mujer.

»Si un hombre yace con una mujer casada, ya sea en una taberna, ya sea en la calle, a sabiendas de que está casada, el hombre que ha realizado el acto sexual será tratado como el marido decida tratar a su esposa. Si él ha yacido con ella, sin saber que estaba casada, el hombre es libre, (mientras) que el marido podrá imputar a su esposa (y) tratarla como crea oportuno.»

Tab. B, arts. 12-13 (Cultivos en propiedad ajena): «Si un hombre planta un huerto (o) [cava] un pozo o hace crecer árboles en la tierra de ..., si el propietario de la tierra mira (pero) no acude, el huerto es libre para aquel que lo ha plantado. Este último, a cambio de la tierra, le dará al (antiguo) propietario del huerto una tierra (equivalente).

»Si un hombre planta un huerto o cava un pozo o hace crecer legumbres o árboles en un terreno que no es el suyo, si se presentan en su cargo acusaciones (y) pruebas, el día en que llegue el dueño del campo, éste podrá quedarse con el huerto y sus instalaciones.»

2. *Ejemplo de edicto de palacio*

«Tukulti-Ninurta, el jefe (*aklum*), hijo de Salmanassar, el jefe, ha promulgado el (siguiente) edicto para los funcionarios de la corte (*lit.* los que se hallan en su presencia): en el día en que el dios va en procesión, cuando él entra en Palacio, el Superintendente del Palacio, el Heraldo del Palacio, el Jefe de los funcionarios-*zarīqu*, el Médico de los Cuarteles Interiores deben, al examinar a los (nuevos) funcionarios de la corte, proclamar quiénes son los eunucos del rey y los funcionarios de la corte que todavía no están preparados (*lit.* agudos). Por segunda vez, (en este caso) se les impartirá la educación de corte. Si estos encargados no les han proclamado (como deben), entonces deben ser castigados.»

posible que los escribas medioasirios quisieran contraponer un código propio a los códigos babilonios, pero no supieran interpretar su finalidad e implicaciones, basadas en una práctica muy distinta de la realeza.

Las leyes medioasirias se refieren sobre todo a los problemas de derecho penal privado, prestando especial atención al comportamiento de las mujeres. El panorama resultante es bastante crudo: una opresiva estructura familiar de tipo patriarcal, basada en la subordinación absoluta de la mujer al hombre (primero al padre y luego al marido). Las penas son crueles, desde la frecuente pena capital hasta las mutilaciones, los golpes y los trabajos forzados. En cambio, las penas pecuniarias están relegadas a un segundo plano. También es cruda la casuística de los posibles delitos (sobre todo los sexuales) y de las violencias habituales. A menudo se ha dicho que este cuadro responde a una sociedad militar y agresiva como la asiria, y es de destacar que en el trato dado a los vencidos encontramos la misma insistencia sádica en las penas corporales y humillantes que en el trato dado a los delincuentes.

Otros artículos del código perfilan un paisaje socioeconómico de aldeas campesinas, con sus magistraturas («alcalde» y ancianos), sus disputas por los límites de las tierras, sus problemas de riego entre parcelas aledañas, su servidumbre de paso, con una familia cuya herencia todavía es indivisa, compartida por los hermanos (cuando la dividen compensan al primogénito con una cuota doble), y en la que todavía está vigente el levirato para que las mujeres y el patrimonio permanezcan dentro de la familia extensa. La actividad militar también queda reflejada en el código: soldados que no vuelven de la guerra, o de los que se pierde el rastro, y viudas (o presuntas viudas) que deben esperar cinco años para volver a casarse, y mientras tanto pasan grandes apuros para mantener a sus hijos. Todavía estamos al principio del proceso de disgregación (en este sentido, Asiria es más tradicional y atrasada que Siria), cuando la actividad imperialista empieza a dejar vacíos en la población asiria (que se tratan de compensar con deportaciones), y a agilizar los procesos de concentración de tierras, en manos de los altos funcionarios, lo cual crea otros vacíos igual de importantes, aunque de carácter social en vez de demográfico.

21. LA BABILONIA CASITA

1. Acontecimientos políticos

Después de la expedición de Murshili I contra Babilonia, Samsu-ditana reinó durante algunos años más en un reino devastado y reducido, en el que se acabaron introduciendo los casitas, que ya habían hecho acto de presencia militar en Babilonia durante la época de Samsu-iluna. Desconocemos la forma en que la dinastía casita se apoderó del trono babilonio. En la posterior tradición cronográfica, la lista de los reyes casitas empieza con algunos personajes (Gandash, Agum I y Kashtiliash I) de los que no ha quedado rastro alguno en Babilonia. Al parecer, hay que situarlos en paralelo a los últimos reyes de la primera dinastía de Babilonia, cuando ya existía una dinastía casita, pero en el país originario de este pueblo (en los montes Zagros), no en Babilonia. En cualquier caso, se desconoce el nombre del conquistador casita de Babilonia.

Pero sabemos, aunque sea por una fuente posterior, que 24 años después de que la estatua de Marduk fuera «deportada» a Khana, a raíz de la incursión hitita, el rey casita Agum II la devolvió a Babilonia. Y como la lista de los reyes de Khana y la propia documentación de Terqa (epigráfica y arqueológica) se interrumpen a comienzos del siglo XVI, debemos suponer que Agum II, uno de los primeros reyes casitas de Babilonia, fue quien destruyó Terqa, puso fin al reino de Khana y devolvió el botín y la estatua de Marduk a Babilonia. En la práctica, la victoria de los casitas sobre Khana no sirvió para agrandar el reino babilonio, porque el curso medio del Éufrates estaba despoblado, como culminación de un proceso que se había iniciado más de un siglo antes. Los reyes babilonios mantuvieron una teórica soberanía sobre el Éufrates medio (en particular sobre la zona de Sukhi, un poco más al sur de Khana), pese a las pretensiones asirias.

Al mismo tiempo, los casitas conseguían apoderarse del País del Mar, reunificando así la Baja Mesopotamia. Los reyes Ulam-Buriash y Agum III (existen razonables dudas sobre la distinción entre este último y el II) vencieron a los últimos reyes del País del Mar, proclamándose reyes de esta región. Dado que el título de los primeros reyes casitas todavía implica el control del país de origen y de las zonas de piedemonte situadas entre los Zagros y el Tigris (Padan y Arman), el reino babilonio (en casita Karduniash) era una formación bastante sólida, digna de ocupar la posición de «gran reino» en el sistema internacional. En el frente norte hubo algunos episodios de confrontación con Asiria. Burna-Buriash I y Puzur-Ashur III, así como Kara-indash y Ashur-bel-nisheshu fijaron las fronteras y firmaron tratados.

Con Kara-indash empieza la plena inserción de los casitas en las relaciones diplo-

máticas de amplio radio. Los primeros contactos regulares con Egipto se remontan a su reinado, según las noticias retrospectivas de las cartas de el-Amarna. Amenofis II, contemporáneo de Kara-indash, también refiere que a raíz de sus victorias en Siria, hasta el propio rey de Shankhara (nombre egipcio de Babilonia) le envió presentes. Más tarde Amenofis III se casará con una hija de Kurigalzu I, un rey babilonio muy activo en la construcción: fundación de la nueva ciudad Dur-Kurigalzu, construcción y restauración de templos en muchas ciudades hasta el extremo sur (aunque no siempre es fácil distinguir sus inscripciones de las de su sucesor Kurigalzu II). Las negociaciones de una boda posterior se conservan en el archivo de el-Amarna. Empezaron entre Kadashman-Enlil y Amenofis III, y no terminaron hasta los reinados de Burna-Buriash y Amenofis IV, dada la insistencia babilonia en obtener una adecuada contrapartida en oro, dado que los egipcios no aceptaban la reciprocidad matrimonial. La actitud babilonia es muy característica: se presta mucha atención a las cuestiones formales del rango, la reciprocidad y la tradición, todo ello unido a una gran avidez por el oro egipcio, rayana en la grosería, hasta el punto de que en las cortes de la época se dice que los reyes casitas venden a sus hijas a sus vecinos por dinero. En Babilonia se deja sentir el contraste entre su gran tradición y su escasa capacidad de maniobra, tanto por estar apartada del centro de los contactos, que se ha desplazado hacia el oeste, como por su escaso poder, en términos absolutos. Babilonia es un elemento marginal y casi secundario del escenario internacional, tras perder su antiguo protagonismo. Cuando el rey babilonio, con su típica mezcla de exquisitez en las formas y grosería en los planteamientos, se queja de que el faraón no le ha enviado regalos cuando estaba enfermo, da muestras de no saber si Egipto está muy lejos, y tiene que preguntar a sus mensajeros y mercaderes si es posible que el faraón no se haya enterado.

Para los casitas, el despertar de la Asiria de Ashur-uballit supone el inicio de los tiempos más duros. Burna-Buriash, que no puede conseguir princesas egipcias, acepta de buen grado como nuera a la hija del rey asirio, Muballitat-Sherua. Más adelante, cuando una rebelión palaciega elimina al hijo de ella, que le ha sucedido en el trono, el rey asirio entra con su ejército en Babilonia e impone en el trono a Kurigalzu II («el pequeño»), otro hijo o nieto de Muballitat-Sherua, que todavía es un niño. Pero este niño, al crecer, asumirá el papel de rey casita (e hijo de su padre Kara-khardash), y no el de protegido de los asirios (e hijo de su madre). Luchará contra los asirios en la batalla de Sugagu (mal conocida), y también contra los elamitas, logrando entrar en Susa.

Todo el periodo comprendido entre mediados del siglo XIV y mediados del XIII es bastante tranquilo. El reino babilonio tiene que contener a Asiria por un lado y a Elam por otro, y mantiene buenas relaciones (matrimoniales también) con el reino hitita, más lejano. Las relaciones con este último, reflejadas en una larga carta de Khattushili III a Kadashman-Enlil II, son eminentemente comerciales. El tráfico pasa por el curso medio del Éufrates (para evitar la zona asiria), donde es obstaculizado por los nómadas. Luego desemboca en el norte de Siria, donde los mercaderes babilonios acceden a los productos occidentales en unas condiciones bastante precarias, dada la lejanía de su reino de origen y su escasa influencia fuera de Mesopotamia.

El principal problema sigue siendo el enfrentamiento con Asiria, que se libra sobre todo en la franja situada al este del Tigris. Parece que los asirios toman la delantera con Adad-nirari I, que derrota al casita Nazi-Marutash. Pero se trata de desplaza-

mientos de la frontera entre dos reinos que permanecen sólidamente afincados en sus territorios respectivos. Las victorias de uno u otro contendiente dan lugar, de acuerdo con las costumbres de la época, a tratados de paz para la nueva fijación de la frontera, y a la redacción de poemas heroicos para ensalzar los éxitos obtenidos de cara a la galería. Pero cuando Kashtiliash IV se aprovecha de la entronización de Tukulti-Ninurta I para rebañar un poco de territorio, se equivoca de adversario. El joven rey asirio posee una ambición y agresividad fuera de lo común. No sólo vence a Kashtiliash en batalla campal, le apresa y le lleva a Assur, sino que avanza hasta Babilonia y la toma. El interregno asirio en Babilonia, con Tukulti-Ninurta como rey nominal, aunque en realidad gobierna a través de sus fiduciarios, dura siete años. La intervención de Tukulti-Ninurta está en la línea de la de Ashur-uballit, en su intento de controlar Babilonia con reyes manejados por él, pero es mucho más agresiva y hostil, causa importantes destrucciones en la ciudad, además de la «deportación» del dios Marduk. Probablemente, el poema épico de Tukulti-Ninurta, con su tono polémico y apologético, responde a las reacciones babilonias frente a la dura intervención asiria.

Cuando una rebelión asiria elimina a Tukulti-Ninurta, una rebelión babilonia hace lo mismo con su representante en Babilonia, y restablece en el trono al hijo de Kashtiliash, Adad-shum-usur. Pero el interregno asirio, al introducir elementos de división interna, había provocado la entrada en escena de la tercera potencia internacional, Elam. Parece que la entronización de Adad-shum-usur es una reacción de la nobleza casita contra la intromisión tanto asiria como elamita. Adad-shum-usur pelea con relativo éxito contra los asirios, y consigue consolidar su posición. Pero la estabilidad de su largo reinado, lo mismo que la del reinado de sus sucesores Melishipak (o Meli-shikhu) y Marduk-apla-iddina, se debe sobre todo a la debilidad momentánea de Asiria (con los insignificantes sucesores de Tukulti-Ninurta) y Elam. La crisis final de la dinastía casita llega justo después. Primero, el rey asirio Ashur-dan realiza una incursión victoriosa. Luego, el rey elamita Shutruk-Nakhunte conquista y saquea las ciudades babilonias del este y el norte (Eshnunna, Sippar, Akkad y Dur-Kurigalzu), se lleva un rico botín a Susa, que incluye los monumentos históricos conservados en los templos, y deja a su hijo Kutir-Nakhunte reinando en el norte, mientras en el sur queda un poder casita residual. Algunos años después, el mismo Kutir-Nakhunte dará el golpe de gracia a la dinastía casita, conquistando Babilonia y llevándose una vez más a Susa la prestigiosa estatua de Marduk, custodiada en la Esagila babilonia, junto con la estatua de Nanaya, del santuario de Uruk. Así termina una dinastía que, siendo ajena a Babilonia, había sido capaz de mantenerse allí durante medio milenio, mucho más que cualquiera de las dinastías locales. Su caída se produce varios decenios más tarde que la de los demás protagonistas de la escena política internacional del Bronce Tardío, pero se debe a otros motivos. La agitación del occidente siroanatólico durante el siglo XIII no llega a Mesopotamia, donde la difícil relación «triangular» establecida en el transcurso de este siglo entre Asiria, Babilonia y Elam se mantiene sin diferencias destacables en los siglos posteriores, aunque con otras dinastías.

2. La crisis demográfica y social

A mediados del II milenio se produce una brusca caída del tono demográfico, económico y productivo en el centro y sur de Mesopotamia. Después del poblamiento máximo de la fase de Ur e Isin-Larsa, el periodo de la I dinastía de Babilonia se había caracterizado por un difícil mantenimiento de las posiciones. En la época casita hay una clara decadencia, que con peculiares características se incluye en la decadencia general del Bronce Tardío en Oriente Próximo. Algunas zonas periféricas, como el curso medio del Éufrates, quedan casi despobladas, acentuando el aislamiento de Babilonia. Sobre otras zonas, especialmente en el sur, se cierne la amenaza de un colapso del sistema de irrigación y de la productividad del suelo, con un aumento de los pastizales y las zonas pantanosas. En el valle del Diyala, que está fuera de este escenario, la población disminuye aproximadamente un 50 por 100, con un descenso más acusado en los centros urbanos que en las aldeas. En la zona central, que se mantiene mejor, la población ha mermado una cuarta parte con respecto a la que había en la época paleobabilonia, pero las ciudades se han quedado reducidas a menos de la mitad. El centro del estado babilonio se ha desplazado al norte, precisamente a la zona de Babilonia, Sippar, Dur-Kurigalzu, Borsippa e incluso Nippur.

La unificación ha reducido la importancia de las ciudades. Sólo una de ellas, Babilonia, es la residencia del rey, con todo lo que esto significa de afluencia de bienes y actividades inducidas. Por desgracia, la Babilonia casita no es conocida arqueológicamente (como tampoco la de Hammurabi), de lo contrario quizá tendríamos una visión más positiva del reino casita. Las otras ciudades son capitales provinciales, y sobre todo ciudades-templo. A la época casita se remonta la división del reino en veinte provincias, con su correspondiente «gobernador» (*šaknu*), que encabeza una jerarquía cuyos títulos (*kartappu, šakrumaš*, etc.) son distintos de los antiguos. Sólo algunas de estas provincias, sobre todo en el núcleo central, están encabezadas por ciudades babilonias (Dur-Kurigalzu, Isin o Nippur). Otras lo están por entidades familiares-tribales llamadas «Casa de...», seguido del nombre del antepasado fundador, y reproducen una estructura social de claro origen casita. Otras, por último, lo son de entidades geográficas de dimensión comarcal, sobre todo en la franja situada al este del Tigris, hacia las montañas de las que proceden los casitas. En conjunto, el reino está muy desurbanizado, y se diría que incluso disgregado, por el impacto de pueblos alógenos y montañeses en un tejido social que ya estaba en crisis. La aportación casita, en términos numéricos, no es masiva, pero se trata de núcleos socialmente compactos, que dan origen a las «casas», y políticamente destacados (aristocracia militar), que logran imponer parte de sus costumbres y su visión del estado. En el sector productivo también aparecen «corporaciones» de estructura familiar con antepasados epónimos, bastante ajenas a la tradición sumerioacadia. La continuidad política con la zona de origen de los casitas (montes Zagros) se pierde —la diferencia económica y organizativa entre la llanura agrícola y las montañas es demasiado grande—, y los núcleos casitas implantados en Babilonia son asimilados rápidamente.

Se ha dicho que los centros urbanos tienden a convertirse en ciudades-templo, volviendo de alguna forma a la función que habían tenido en la edad neosumeria,

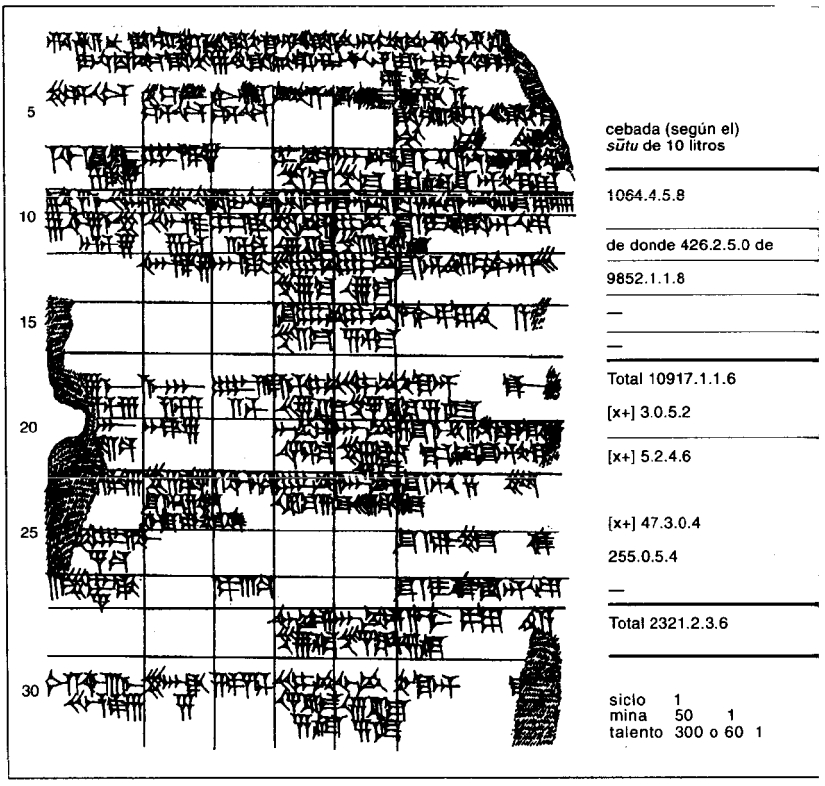


FIGURA 111. Texto administrativo de Nippur, época casita. Los registros contables de la época se caracterizan por su claridad ejemplar, y por sus «páginas cuadriculadas», innovadoras con

con unos templos que constituyen células productivas y redistributivas de una organización política demasiado amplia como para poder dirigir de forma centralizada los asuntos económicos. Los reyes casitas restauran numerosos santuarios, tanto en el norte como en el sur, pero las administraciones de los templos son las únicas agencias administrativas. Esto al menos se desprende de los archivos del templo de Nippur (con la introducción de formas más racionales y avanzadas de registro contable). Creemos que esta situación se puede generalizar a otras ciudades, hasta el profundo sur (Ur, Uruk), aunque no agota por completo la realidad económica casita, que también presenta otras estructuras más ágiles y personalizadas, más en sintonía con las tendencias típicas del Bronce Tardío.

Durante el periodo casita también llega a Babilonia la nueva técnica de combate con carros y caballos, y su correspondiente casta de guerreros profesionales, a los que el rey concede importantes propiedades rurales. Así pues, además de los latifundios administrados por los templos, que giran en torno a las antiguas ciudades babilonias, aparece un nuevo tipo de propiedad, las asignaciones reales a la aristocracia

Restos de los escribas de las sacerdotisas, que Amel-Marduk, síndico de Nippur, ha establecido a petición del rey, en el mes de Abu del 9.º año de Shagarakti-Shuriash.

sésamo *s.* de 10 litros	mantequilla *s.* de 10	lana de oveja	lana de cabra	restos de los escribas de las sacerdotisas
7.2.4.8	—	5.41.0	3.40.0	entregados a Bel-ana-kala-udam-miq, hijo de Irishu-Ninurta
simiente, que Iqisha-Nergal ha recibido de la mano de Bel-ana-kala-Marduk				
82.2.3.6	6.1.4.2 1/2	51.16 1/3.0	6.43.13	entregados a Iqisha-Nergal
13.2.4.8	3.1.5.0	48.49.0	8.19.0	entregados a Adad-shar-ilani
—	—	68.42.0	6.5 1/2.0	restos de los pastores
103.3.1.4[1]	9.3.3.2 1/5	174.28 1/3.0	24.47 2/3.5	(total de las) sacerdotisas grandes
2.0.4.8	—	2.14 1/2.0	3.56.16	entregados a Bel-ana-kala-udam-miq, hijo de Irishu-Ninurta
50.4.5.7	0.3.0.1 1/2	9.10 5/6.5	3.36.15	entregados a Khuzali
entregados a Khuzali				
entregados a Martuki				
	—	—	—	entregados a Martuki
—	0.1.2.3	—	—	entregados a Iqisha-Nergal
—	—	12.49 1/2.0	3.44.0	resto de los pastores 15 siclos
53.0.4.5	0.4.2.4 1/2	24.14 5/6.5	11.16 2/3.5	(total de las) sacerdotisas pequeñas

SILA *(qū)*	1				
BAN *(sūtu)*	10	1			
PI *(parsiktu)*	60	6	1		
GUR *(kurru)*	300	30	5	1	

respecto a la tradicional colocación por columnas. (En la traducción, en las columnas 1-3 las cifras representan en secuencia GUR, PI, BAN, SILA; en las columnas 4-5, talentos, minas, siclos.)

militar (y también a la administrativa y sacerdotal), con una base personalizada y las consabidas tendencias a la transmisión hereditaria y a la transformación de la asignación condicionada en posesión perpetua, garantizada por el rey. Hay un tipo de monumentos característico de la época casita, y de los siglos posteriores, los *kudurru*, que atestiguan estas asignaciones. Se trata de estelas de piedra que, por su forma y función, probablemente deriven de los cipos que marcaban los límites de las tierras. Pero los *kudurru* que han llegado hasta nosotros estaban depositados en los templos, para dar una validez especial a lo que había escrito en ellos. Son textos de asignaciones de tierras, con una descripción somera de la propiedad, las posibles exenciones fiscales y, algunas veces, la explicación del mérito que ha dado origen a la asignación. El texto va acompañado de los símbolos de las distintas divinidades que deben garantizar su validez, y de las maldiciones contra quienes muevan, usurpen o anulen el decreto del rey. Es probable que hubiera copias de archivo con sello real de estas redacciones monumentales, similares a los documentos típicos de todo este periodo que aparecen en Siria, Anatolia y Asiria.

DOCUMENTO: *KUDURRU* DE CALIZA, DE SUSA, EN EL QUE SE REGISTRA LA ADJUDICACIÓN DE TERRENOS POR PARTE DEL REY CASITA NAZI-MARUTASH

r. I 1) *na-zi-múru-taš* 2) *šar kiššati* 3) *mār ku-ri-gal-zu* 4) *liplippi* 5) *burna-bu-ri-aš* 6) *šar la ma-ḫar* 7) *eqlēti*^{mes} *ša meḫrēti*^{mes} 8) ^{uru}*bābili* 9) *ana* ^{d}*marduk be-lí-šu* 10) *id-di-in-ma* 11) ^{uru}TUR.ZA.GÌN 12) *ša bīt-muqtar-is-saē* 13) *a-di* 4 *alāni*-^{mes}š 14) *ù* 7 *me zēri-šu* 15) *a-na* ^{d}*marduk iddin-ma* 16) *i-na lìb-bi* 17) ^{u}*ḫga-za-an-na-ti* 18) *qa-ti bīt-muq-tar-is-saḫ* 19) *úter-ru* 20) 70 *zēru* 21) *ugār* ^{uru}*ri-is-ni* 22) *kišād* ^{i7}*su-ri rabî* 23) 30 *zēru* 24) *ugār* ^{uru}*ti-ri-qa-an* 25) *kišād* ^{i7}*da-ba-an* 26) *napḫāru* 1 *me zēru* 1 iku *ṣimid* 27) 1 *ammatu rabītu*^{tu4} 28) *piḫāt bīt*-^{d}*sîn-ma-gir* 29) 70 *zēru* 30) *ugār* ^{uru}*ša-sa-i*^{ki} 31) *kišād* ^{i7}*da-ba-an* 32) 30 *zēru* 33) *ugār* ^{uru}*dūr-šarri* 34) *kišād* ^{i7}*da-ba-an* 35) *napḫāru* 1 *me zēru* 1 iku *ṣimid* 36) 1 *ammatu rabītu*^{tu4} 37) *piḫāt* ^{uru}*dūr*-^{d}pap-sukkal

II 1) 1 ŠU *zēru* 2) *ugār* ^{uru}*pi-la-ri-i* 3) *kišād nār-šarri* 4) *piḫāt* ^{kur} ^{uru}*ḫu-da-di* 5) 1 *me zēru* 1 iku *ṣimid* 6) 1 *ammatu rabītu*^{tu4} 7) *ugār* ^{uru}*dūr*-^{d}nergal 8) *kišād* ^{i7}*mi-ga-ti* 9) *piḫāt dup-li-ia-aš* 10) 50 *zēru* 1 iku *ṣimid* 11) 1 *ammatu rabītu*^{tu4} 12) *ugār* ^{uru}*dūr*-^{d}*šamaš-ilu-ban ù* 13) *kišād* ^{i7}su-mu-un-dar 14) *piḫāt bīt*-^{d}*sîn-ašarēd* 15) 84 *zēru* 1 iku *ṣimid* 16) 1 *ammatu rabītu*^{tu4} 17) *ugār* ^{uru}*ka-re-e* 18) *kišād nār-šarri* 19) *piḫāt* ^{uru}*u-pi-i* 20) *i-na lìb-bi* 21) 7 *me zēru* 22) *ša* ^{uru}TUR.ZA.GÌN 23) 4 *me* 94 *zēru* 24) *i-ru-um* 25) 2 *me* 6 *zēru re-ḫu* 26) *na-zi-mú-ru-taš* 27) *šar kiššati* 28) *mār ku-ri-gal-zu* 29) *šar bābili* 30) ^{m}*ka-sag-ti-šu-gab* 31) *mār aḫu-bānî*^{i} 32) *arad-su* 33) *i-ri-mu.*

«Nazi-Marutash, rey de la totalidad, hijo de Kurigalzu, descendiente de Burna-Buriash, rey sin rival, ha donado los campos de enfrente de Babilonia a Marduk, su señor, y ha donado la ciudad de T. (de la región) de Bit-muqtarissakh con 4 aldeas y terreno de 700 *gur* de semilla (= 7.000 *iku* = 2.520 ha) a Marduk. A ello los alcaldes responsables de Bit-muqtarissakh han renunciado (?).

»Terreno de 70 *gur* de semilla, distrito de regadío de Risni, a orillas del "Gran foso" (y) terreno de 30 *gur* de semilla, distrito de regadío de Tiriqan, a orillas del Daban. Total: terreno de 100 *gur* de semilla, a 30 *sìla* por 1 *iku*, (medido) con el "codo grande" (= *c.* 76 cm), distrito administrativo de Bīt-Sîn-magir.

»Terreno de 70 *gur* de semilla, distrito de regadío de Shasai, a orillas del Daban (y) terreno de 30 *gur* de semilla, distrito de regadío de "Fortaleza del rey", a orillas del Daban. Total: terreno de 100 *gur* de semilla, a 30 *sìla* por 1 *iku*, (medido) con el "codo grande", distrito administrativo de "Fortaleza de Papsukkal".

»Terreno de 60 *gur* de cebada, distrito de regadío de Pilarî, a orillas del "Canal del rey", distrito administrativo de Khudadi.

»Terreno de 100 *gur* de semilla, a 30 *sìla* por 1 *iku*, (medido) con el "codo

grande", distrito de regadío de "Fortaleza de Nergal", a orillas del Migati, distrito administrativo de Dupliash.

»Terreno de 50 *gur* de semilla, a 30 *sìla* por 1 *iku*, (medido) con el "codo grande", distrito de regadío de "Fortaleza de Shamash-ilu-banu", a orillas del Sumundar, distrito administrativo de Bit-Sîn-ashared.

»Terreno de 84 *gur* de semilla, a 30 *sìla* por 1 *iku*, (medido) con el "codo grande", distrito de regadío de Karê, a orillas del "Canal del rey", distrito administrativo de Upî.

»Del terreno de 700 *gur* de semilla de la ciudad de T., (el rey) ha donado los (antes citados) terrenos de (un total de) 494 *gur* de semilla. Los terrenos de 206 *gur* de semilla restantes Nazi-Marutash, rey de la totalidad, hijo de Kurigalzu, rey de Babilonia, (los) ha donado a Kasagti-Shugab, su siervo.»

Siguen las maldiciones contra cualquiera que incumpla las disposiciones.

La población rural, por debajo de esta casta de terratenientes privilegiados, está cada vez más empobrecida, y ha perdido la consideración política de que había gozado el sector extrapalatino en la época paleobabilonia. Al igual que en las otras regiones de Oriente Próximo durante el Bronce Tardío, en la Babilonia casita los títulos y epítetos del rey, y el tipo de inscripciones reales, revelan el desinterés del rey por la población «normal» del país, y su vinculación a los miembros de la aristocracia militar y administrativa, en su mayoría casitas. Al mismo tiempo, los textos jurídicos (contratos privados, cartas) reflejan una importante disminución de la gestión privada de las tierras, la venta de tierras, las ventas privadas, el trabajo asalariado, los arrendamientos y todas las otras formas típicas de la época paleobabilonia. La población rural, que ya había sido expropiada de sus tierras para quedar reducida a la condición de braceros asalariados, se ve ahora reducida a una condición todavía más baja, de la servidumbre rural, ya trabaje en las tierras del templo, ya en las de los asignatarios del rey. El trabajo asalariado es reemplazado por el servil, los contratos temporales (estacionales, de jornada) por una relación de dependencia permanente, el salario por la ración. Esto último parece una vuelta a un pasado lejano, pero el fenómeno afecta a otras franjas de población. Ya no se trata de «libres» en prestación, sino de siervos permanentes, y la dependencia permanente del templo ya no afecta a los especialistas, sino a los campesinos, que tienen menos capacidad para hacer valer sus derechos en los planos económico y político. La clase de los antiguos dependientes del palacio y el templo, en cambio, emprende un proceso de rápida emancipación. La generalización de los «privilegios», unida a la transmisión hereditaria de las tierras de asignación real, dan origen a patrimonios familiares bastante importantes y bien protegidos, gracias a los cuales los sacerdotes, escribas, mercaderes y militares se sitúan a cubierto de las dificultades económicas y fuera del control de las grandes administraciones públicas. El vuelco es casi total: antaño, las ciudades estaban habitadas por dependientes del palacio y el templo, y el campo por comunidades de «libres», pequeños propietarios. Ahora, en cambio, las ciudades están habitadas por funcionarios bastante «libres», y el campo está completamente sometido a ellos o a las grandes organizaciones del templo.

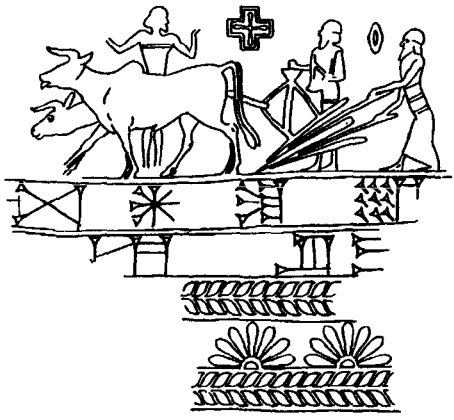


FIGURA 112. Escena de siembra con arado de sembradera, en un sello de la época casita.

Hay un tercer elemento que se insinúa en el paisaje socioeconómico mesopotámico, que ya no es tan compacto como antes. Procedentes de los montes y estepas, se van introduciendo en las tierras marginales, en los pantanos, grupos de alógenos (casitas por un lado, suteos por otro) portadores de otras estructuras sociales, ajenos a las ciudades y a las organizaciones del templo, habituados a la dimensión gentilicia. La degradación del paisaje agrario conlleva una disgregación del tejido social, sin que por el momento se perfile un nuevo orden que pueda remotamente competir con el antiguo.

3. CANONIZACIÓN Y «SABIDURÍA»

La cultura literaria mediobabilonia apenas acusa la influencia de los casitas, ajenos a las tradiciones mesopotámicas, representantes de esos montañeses que (según los escribas sumerioacadios) desconocían los elementos de la cultura y no sabían seguir las normas del culto. En el patrimonio escribal de la época lo único propiamente casita son algunos nombres de las capas de los caballos, cuya doma es la principal novedad de la época. Y se plantea el problema de traducir los nombres de las divinidades casitas con nombres de los dioses babilonios, de acuerdo con la creencia de que los dioses de los demás son los propios con otros nombres. Los escribas babilonios también proponen una traducción al acadio de los nombres de los reyes casitas, haciendo un alarde de conocimientos lingüísticos.

Así pues, la lengua babilonia sigue unas líneas internas de evolución. Al estadio «antiguobabilonio» le sucede el «mediobabilonio». Pero el dialecto mediobabilonio es usado en los textos prácticos (cartas, actos jurídicos y administrativos), mientras que para los literarios se crea un babilonio «estándar», compromiso artificial entre las formas antiguo y mediobabilonias, con elementos hiperarcaicos. Es un intento de mantener vivo, como lengua literaria, un estadio paleobabilonio consagrado en unas obras que habían llegado a ser clásicas y dignas de ser imitadas.

LIBER

La creación del babilonio estándar es una operación paralela a la canonización de las obras literarias, característica del periodo casita. Durante el periodo paleobabilonio, tanto las obras propiamente literarias (por ejemplo, las del género épico), como el nutrido grupo de los tratados (series de presagios, series médicas, colecciones de léxico y fraseología, etc.) habían pasado por su fase creativa, pero habían permanecido en un estadio bastante inestable, con variantes de unas escuelas a otras, incorporaciones y omisiones, a veces de cierta importancia. Durante el periodo casita existe la conciencia de que la fase creativa ya ha terminado y las obras de los grandes maestros del pasado deben ser conservadas y transmitidas sin alteraciones. Los escribas se encargan de realizar una transmisión correcta, sin variantes, de un *corpus* que da lugar a ediciones estándar. Muchos siglos después (en la época de la biblioteca de Assurbanipal), algunas ediciones se citan con el nombre del escriba y la escuela («según Tal, de tal ciudad»): maestros escribas de la época casita que se habían hecho famosos. Los escribas posteriores presumen de ser sus descendientes. No es casualidad que los escasos nombres de «autores» de obras literarias que han llegado hasta nosotros —nombres de escribas que podrían haber sido los recopiladores de obras y series anteriores a ellos— pertenezcan a la época casita. Vista retrospectivamente (desde las épocas neoasiria y neobabilonia) la época casita es la de los maestros (con nombre y personalidad específica), autores y recopiladores del patrimonio literario. Antes de ellos hay una anónima fluidez que la tradición no logra percibir, o por lo menos no consigue clasificar. Pero también se podría decir que el periodo creativo paleobabilonio permanece en el anonimato porque se basa en el concepto de la *edubba*, la escuela como institución. Cuando surge la ambición de declarar y transmitir el nombre del «autor» a la posteridad (con el individualismo de la época casita), también se llega a cierta saturación de los contenidos, lo que hace que la actividad de canonización prevalezca sobre la creativa.

Pero la creatividad de la época casita no se debe valorar únicamente en relación con los textos clásicos. Esto ha hecho que en el pasado se le diera poca importancia. La propia concentración de gran parte de las obras literarias en las dos bibliotecas de Nippur (paleobabilonia) y Nínive (neoasiria) dio lugar a una especie de bifurcación simplificada en la cronología de la literatura mesopotámica, entre obras «antiguas» y «tardías». Después se ha sabido que la época casita no produce sólo la canonización, sino también obras nuevas y extraordinariamente originales —por no decir «nuevas lecturas» de los clásicos antiguos. Los rasgos característicos de la época casita son el pesimismo y el individualismo: crisis de los valores sociales y refugio en los personales, reflejo de la época de crisis (demográfica, productiva, de los valores familiares, del protagonismo político babilonio) y de fermento individualista. El individualismo, que en épocas florecientes adquiere tintes heroicos, en épocas de decadencia posee un carácter antiheroico, intimista, con preguntas sobre la falta de correspondencia entre los méritos personales y el éxito, entre el comportamiento y el reconocimiento. La respuesta oscila entre dos extremos: la meditación intelectual sobre la validez de las normas sociales, y el recurso simplista a las explicaciones y remedios de carácter mágico. Ambos extremos suelen tocarse, dándonos la impresión de una «doble verdad», una solución positiva en el terreno del remedio mágico o la explicación teológica, y una situación sin resolver (por lo tanto negativa) en el terreno de la persuasión interior.

Entre los casos de «nueva lectura», el poema de Gilgamesh, que durante la época

paleobabilonia fue incluido en un ciclo orgánico, es releído en la época casita (en el momento de «cerrar» y transmitir la edición clásica) con matices sapienciales y antiheroicos: la serie de los «fallos» (fallos si se hace una valoración heroica de la vida, como búsqueda de la inmortalidad) se convierte en la base para un conocimiento más profundo de sí mismo, de los propios límites de ser humano, para la búsqueda de modelos más acordes con la humanidad. La *Leyenda de Naram-Sin*, cuyo tema era la relación entre la observancia de los presagios y el éxito, y hacía una valoración necesariamente negativa del rey, culpable de arrogancia y castigado con el fracaso, tiene una conclusión que altera sin previo aviso la temática y la valoración, proponiendo el ideal antiheroico de la resistencia pasiva, el modelo de comportamiento de quien trata de mitigar el daño. Esta conclusión, que no encaja demasiado con el resto de la leyenda, se debe atribuir a la época casita. Encontramos un ejemplo paralelo en la carta de Ugarit, en la que los mismos ideales de resistencia pasiva son objeto de consejos prácticos. En el caso de Naram-Sin, la torpeza de la nueva lectura «sapiencial» casita delata su carácter secundario y ocasional, mientras que en el de Gilgamesh hay una nueva formulación de todo el esquema más meditada y lograda, con intervenciones repartidas por todo el poema, en vez de estar concentradas en un marco (prólogo-epílogo) propiamente dicho.

Hay otros textos historiográficos procedentes de una fuente bien distinta, que señalan la aparición del género de la «crónica». Dos de ellos pertenecen con seguridad a la época casita: la llamada *Crónica de los reyes antiguos* y la *Crónica Weidner*. La primera, muy característica, es una yuxtaposición de las apódosis de otros tantos presagios «históricos» —que colocadas una tras otra confieren al texto un carácter narrativo continuo, de «crónica». Si este texto es interesante por las relaciones que establece entre presagios e historiografía, la *Crónica Weidner* es un buen ejemplo de la concepción historiográfica de la Babilonia casita, o por lo menos la del clero babilonio de Marduk, a cuyo ámbito pertenece claramente esta obra. Es una historia de la realeza mesopotámica: Marduk la otorga o niega a los reyes según sea su comportamiento en el culto, y en particular en el abastecimiento de peces para su templo Esagila. En el origen del texto está la polémica del clero de Esagila con un rey babilonio (no sabemos cuál) que había interrumpido este abastecimiento de peces. Mayor interés tiene la «teología de la historia» que guía al autor para hacer su particular interpretación de toda la historia pasada (actitud piadosa o impía con Marduk), cayendo en evidentes anacronismos de «piadosa» falsificación.

La relación entre presagios e historiografía, ya formulada en la época paleobabilonia, y que en la casita presenta aspectos nuevos, no debe hacernos olvidar que en los presagios se desarrollan sobre todo elementos de corte individualista, que apenas aparecían en el periodo anterior. El gran *corpus* de presagios paleobabilonios es recogido y organizado en las series que acabarán siendo canónicas, pero las aportaciones creativas más características son los presagios fisiognómicos y los referentes a las actitudes personales. El periodo anterior había centrado su atención en los presagios fisiognómicos más extrínsecos, los lunares, cuyo carácter de «signos» era obvio. La época casita añade el interés por los rasgos fisonómicos caracterizantes (rostro, cabellos, manos y pies), tratando de leer el destino del individuo en elementos que, de alguna forma, revelen su personalidad y carácter. Este principio es todavía más evidente en los presagios extraídos del comportamiento, e incluso de la opinión que el individuo tiene de sí mismo. Y también es propio del clima «sapiencial» casita que

el presagio eche por tierra la opinión que tiene el sujeto de sí mismo —declarando que quien se considera un gran hombre será humillado, quien es tímido tendrá éxito, y así sucesivamente. En medio de toda clase de dificultades y prejuicios culturales, se abre camino el principio de que el hombre (con sus dotes personales) es artífice de su propio destino, o al menos lo tiene escrito en su interior, y no en las vísceras de las víctimas sacrificiales. Esta postura, que se puede atribuir a la clase más culta y consciente, es minoritaria, frente a la extensión del formalismo y la magia, que aparecen ya en la época casita y durante el primer milenio se van imponendo en la mentalidad babilonia. Ya hemos dicho que en el sector médico el enfoque terapéutico de la época sumeria y paleobabilonia es reemplazado, precisamente en la época casita, por un enfoque exclusivamente diagnóstico, basado en signos que a veces no guardan ninguna relación con el mal, y los remedios se dejan en manos de la magia o la resignación.

En el ambiente de los escribas, que es el más culto y consciente, las tendencias individualistas propias de la segunda mitad del segundo milenio, con una crisis especialmente aguda en el mundo babilonio, despiertan un interés especial por la meditación sobre los grandes temas de la justicia divina y el destino humano, base de la llamada literatura sapiencial. Ésta asume varias formas, desde el diálogo hasta la colección de sentencias, pero está marcada por una típica actitud de pesimismo y falta de compromiso. La misma actitud de resignación y resistencia pasiva que hemos visto en la *Leyenda de Naram-Sin* aparece en un texto propiamente sapiencial, la colección *Consejos de sabiduría*, aunque en este caso no están enfocados hacia una situación militar, sino personal y cortesana: no oponerse a los adversarios, ser condescendientes con ellos, parecer amables, y al mismo tiempo rendir culto a los dioses, rezar y hacer sacrificios. Se sustituye el ideal de reafirmar con los hechos nuestra valía y la justeza de nuestras posiciones por la desencantada conclusión de que los méritos personales suelen ser desestimados, y no vale la pena correr riesgos. En el principal texto sapiencial de la época, la llamada *Teodicea*, se plantea la renuncia a la responsabilidad, tras llegar a la conclusión de que el éxito no depende del mérito, sino de la riqueza. En la *Teodicea*, el viejo tema sumerio de la disputa entre dos elementos opuestos, que alardean de méritos opuestos, aparece en forma de diálogo entre el «Justo Doliente» y su sabio amigo. Cada cual tiene su punto de vista —ya no se trata de una contraposición entre dos entes reales distintos (palmera y taray, cobre y plata, pastor y campesino), sino entre dos formas de ver la misma realidad, de acuerdo con las tendencias intimistas y psicológicas de la época. Entre ambos puntos de vista, el del Justo Doliente es emotivo y pesimista, pero responde al estado real de las relaciones sociales (constatando la inutilidad del esfuerzo, dados los resultados). En cambio, su sabio contradictor tiene una actitud optimista y «racional» (tachando al Justo Doliente de loco y falto de entendimiento), pero tiene que refugiarse en un nivel totalmente apartado de la realidad social: el nivel divino, cuya racionalidad queda fuera de nuestro alcance, y frente al cual la única actitud posible es la confianza ciega y la esperanza. Se reafirma la convicción de que siempre hay una relación entre comportamiento y éxito (de lo contrario habría que dudar de la justicia divina, lo cual haría intolerable la vida). En última instancia, esta relación dependería de un pecado desconocido, causa de las desgracias sin explicación aparente. El otro gran texto sapiencial de la época, el *Ludlul Bēl nēmeqi*, está en la misma línea. El protagonista, un ex alto funcionario de la corte, víctima de las calumnias de sus envidiosos colegas, es destituido y esclavizado por deudas, y cae enfermo. Evidentemente,

DOCUMENTO: LA LITERATURA SAPIENCIAL DE LA ÉPOCA CASITA: EXTRACTOS DEL POEMA DEL «JUSTO DOLIENTE» (*LUDLUL BĒL NĒMEQI*)

Tab. I, 1-12: himno a Marduk

«Quiero alabar al señor de la sabiduría, al dios que delibera (?),
Que retiene la noche, pero libera el día,
A Marduk, señor de la sabiduría, el dios que delibera (?),
Que retiene la noche, pero libera el día,
Cuya ira le rodea como el estallido de una tormenta,
Pero su soplo bueno es como una brisa mañanera,
Su rabia es irresistible, su furia es un huracán,
Pero su ánimo puede mudarse, su corazón volverse benévolo,
La (benéfica) fuente de cuyas manos los cielos no pueden retener,
Pero cuya mano delicada sostiene al moribundo.»

Tab. I, 43-58: el caso del Justo Doliente

«Mi dios me ha abandonado y ha desaparecido,
Mi diosa se desinteresa de mí y se mantiene a distancia.
Mi ángel bueno que caminaba a mi lado se ha marchado.
Mi espíritu protector ha alzado el vuelo y busca a algún otro.
Mi fuerza ha desaparecido, mi aspecto se ha ensombrecido,
Mi dignidad ha huido, mi protección se ha desvanecido.
Presagios de miedo se han posado encima de mí.
Me han echado de casa y vago sin rumbo.
Los órganos (usados) para mis presagios son confusos y están siempre inflamados;
El signo del augur y del oniromante no explica mi condición.
En boca de la gente (*lit.* de la calle) mi reputación es mala;
Si me acuesto por la noche, mis sueños son espantosos.
El rey, carne de los dioses, sol de su gente,
Su corazón está encolerizado conmigo y ablandarlo es difícil.
Los cortesanos traman continuamente acciones hostiles contra mí,
Se reúnen juntos y expresan crueles propósitos.»

Tab. I, 78-89: el abandono por parte de amigos y familiares

«Yo era un dignatario, y me he convertido en un esclavo.
Para mis numerosos parientes soy como un solitario.
Si camino por la calle, las orejas se levantan,
Si entro en Palacio, los ojos parpadean (en señal de inteligencia).
Mi ciudad me mira como a un enemigo,
Como si se tratara de enemigos hostiles (me mira) mi país.
Mi amigo se ha convertido en enemigo;
Mi compañero se ha convertido en un maligno y un demonio.

Presa de furia mi compañero me denuncia,
Mis fieles continuamente limpian sus armas.
Mi buen amigo ha puesto en peligro mi vida,
Mi esclavo me ha maldecido públicamente en asamblea.»

Tab. IV, 9-30: la curación

«Aquel que me había abatido,
Marduk, levantó mi cabeza.
Golpeó la mano de quien me había golpeado,
Fue Marduk quien hizo caer su arma.
... (13-28)

Los babilonios vieron cómo Marduk hace vivir,
Y todos los barrios ensalzaron su grandeza.»

es un castigo por una culpa cometida contra el dios Marduk. Por medio de sueños y exorcismos, gracias a la intervención del mismo Marduk, recupera la salud, el estatus, el poder y la riqueza. Si en la *Teodicea* el diálogo destacaba la irremediable fractura entre la visión realista y la fideísta, en el *Ludlul* se advierte la separación entre el nivel de la vida social y el del remedio fideísta. Por un lado, tenemos una visión muy realista del ambiente cortesano: la competencia feroz entre los funcionarios, las calumnias, los trepadores, el favor o disfavor del rey, que supone riquezas o ruina: un panorama habitual en los palacios del antiguo Oriente, pero sobre todo en esta época competitiva e individualista, «meritocrática» y al mismo tiempo carente de las garantías que antaño proporcionaban la tradición y las relaciones gentilicias. Por otro lado, hay una nueva lectura de esta situación concreta, de acuerdo con el «código» del pecado, el exorcismo y la intervención salvadora del dios.

En el extremo de estas meditaciones sapienciales se sitúa el llamado *Diálogo del pesimismo*, que recurre al consabido esquema de la contraposición para analizar el pro y el contra de las actividades humanas. El diálogo lo sostienen un amo y su sirviente. El primero invita al segundo a que defienda cada afirmación suya, y luego le propone un par de propósitos contrarios, a los que el sirviente siempre consigue encontrar motivaciones favorables (echando mano de los refranes y lugares comunes). No se trata de una controversia entre ambos, ni existe un contrapeso teológico a las constataciones realistas. Lo único que vemos es la demostración de que todo es verdadero y justo, y también lo contrario de todo, de modo que sólo queda el suicidio, que pone fin a una vida inútil. En un texto como este, sin ningún recurso formal a la justicia divina, la crisis de la época casita aparece con toda su crudeza.

4. Religión y magia

Lo que se ha dicho sobre la escasa penetración de elementos propiamente casitas en Babilonia es válido también para la religión. Las únicas divinidades casitas que se citan a menudo (y sobrevivirán incorporadas al panteón babilonio) son Shuqamu-

na y Shumaliya. Pero son dioses tutelares de la dinastía reinante. Otras divinidades quedan reflejadas en los nombres de los reyes casitas, y en las listas que mencionan su equivalente babilonio: Kharbe, Marutash, Buriash y otras. Es significativo que los equivalentes babilonios sean oscilantes e imprecisos. La propia tipología de las divinidades casitas hacía que fuera difícil superponerlas a las mesopotámicas.

En el panteón de Nippur, de donde procede la mayoría de los textos de la época casita, Enlil sigue ocupando el lugar preeminente. Pero la consolidación de Babilonia como capital política favorece la ascensión de Marduk, ya iniciada con Hammurabi. En el periodo casita toma forma definitiva el gran ciclo cultual que culmina en la fiesta del año nuevo, cuyo «guión» es el poema de la creación (*enūma eliš*). Se celebra en el santuario de Marduk en Babilonia (Esagila), de donde sale la procesión hacia el templo situado fuera de la ciudad (*bit akīti*). El protagonismo político de Babilonia queda reflejado en su protagonismo cultual, con los dioses de las ciudades provinciales subordinados al de la capital. Nabu de Borsippa y Nergal de Kutha se suman a divinidades de viejo prestigio, como el dios lunar Sin de Ur o el dios solar Shamash de la meridional Larsa y el septentrional Sippar. Nabu es un caso privilegiado: hijo de Marduk, participa en la festividad del año nuevo y es llevado de Borsippa a Babilonia la víspera de la fiesta anual. Su popularidad queda reflejada en la onomástica.

Pero la evolución depende más de las tendencias culturales y sociales de la época casita que de los factores políticos y topográficos. No por casualidad el periodo anterior había tenido una vinculación especial con el culto a Shamash, dios de la justicia, y a Adad, dios heroico y belicoso: dos divinidades con dotes sociales y positivas. Con el repliegue característico de la crisis casita, las divinidades más populares pasan a ser Marduk, caracterizado como dios exorcista, Nabu, dios de la sabiduría, y Gula, dios de la medicina. Son divinidades que ponen remedio a los males —físicos o morales— a escala individual. La justicia y el activismo heroico han dejado de ser modelos (ni siquiera lo son para la realeza), y el individuo se entrega a las prácticas exorcistas o a las reflexiones sapienciales.

Ya en la época paleobabilonia la tipología de lo divino había experimentado una evolución considerable, pasando de expresión de las fuerzas de la naturaleza a expresión de los valores morales del hombre. Ahora este aspecto se acentúa, y se encamina hacia la forma del dios personal, que puede tener el nombre y la personalidad de una de las grandes divinidades del panteón oficial, pero el individuo establece con él una relación directa. Es su confidente, el destinatario de sus plegarias y sacrificios, el sanador, el salvador. Cobra importancia la plegaria personal, expresión externa de esta relación personal entre hombre y dios. Y precisamente cuando la actividad canonizadora de los escribas crea la lista «clásica» del panteón babilonio, recogiendo en ella a miles de divinidades, el fiel individual recorre el camino contrario y elige un dios único, que reúne todo lo «divino» dentro de los límites en los que puede interferir con la vida humana.

El hombre se siente objeto de una lucha entre fuerzas negativas, que le acosan (la enfermedad, el fracaso, la calumnia, la pobreza, la impotencia), y fuerzas positivas, que pueden ser movilizadas con exorcismos para contrarrestar el mal. La intervención diagnóstica (presagios de varios tipos) y curativa (exorcismos) no pasa del nivel sintomático, ya que la causa última de las dificultades o el éxito del individuo

está en su culpa, o en su fidelidad al dios. En teoría, este nivel moral y propiamente teológico se considera esencial, pero el nivel sintomático tiene un peso muy grande en la vida diaria y en la opinión popular. Las fuerzas del mal aparecen dotadas de personalidad propia. Hay dioses, menores y mayores, cuya incumbencia tiene una clara connotación negativa (el caso más destacado es el de Nergal, dios de la peste), y las distintas enfermedades adquieren la personalidad de demonios menores. Las fuerzas positivas de origen divino que ayudan al hombre también adquieren rasgos de «ángeles de la guarda» personales. Constituyen una cuaterna formada por *ilu* (el dios, una especie de «espíritu protector»), *ištaru* (la diosa, algo así como la «fortuna»), *lamassu* (el genio protector) y *šēdu* (el «impulso vital»). Así pues, la época casita añade a las poderosas tendencias formalistas y a la solución exorcista, una considerable introspección, proyectando en el plano psicológico las fuerzas divinas, que antes eran exteriores al individuo.

También podemos atribuir a las tendencias formalistas y de canonización la importancia cada vez mayor de la representación simbólica de la divinidad, y su difusión en clases monumentales de carácter privado (sellos, *kudurru*). Los *kudurru* (los hitos mencionados en el análisis socioeconómico), pese a ser documentos emanados por el rey, dedican una atención importante en su texto a las maldiciones, y en su parte figurativa a los símbolos divinos —como si las disposiciones del rey no tuvieran visos de ser respetadas sin la amenaza del castigo divino. La repetición y la falta de espacio hacen que los símbolos y las maldiciones se conviertan en estereotipos, y caractericen a las distintas divinidades. En algunos casos los símbolos son animales (el toro de Adad, el perro de Gula); en otros son símbolos astrales (para divinidades como Sin, Shamash e Ishtar), dando inicio a la interpretación astral del mundo divino que tanto éxito tendrá en el primer milenio; por último, pueden ser armas o utensilios característicos (como la pala de Marduk o el estilo de Nabu), por motivos que unas veces están claros y otras se pierden en abstrusos juegos de palabras, indescifrables para nosotros. Entre exorcismos, amuletos, símbolos y fórmulas, la religión desplaza su eje de las relaciones políticas a las interpersonales, y sobre todo a las intrapersonales.

5. El principio del reino medioelamita

Elam pasa por una «etapa oscura» entre 1550 (fin de la secuencia de los *sukkalmaḫ* y de los textos jurídicos de Susa) y 1350, un poco desfasada con respecto a las zonas más occidentales de Oriente Próximo. Al parecer, sólo es oscura en el aspecto documental, y no responde a avatares históricos dignos de mención. A finales del periodo anterior ya se podía advertir la presencia de nombres personales hurritas en un medio elamita, a los que se añaden ahora nombres casitas. No es de extrañar, dada la proximidad de Elam a la zona situada al este del Tigris, hasta donde llega la difusión del elemento hurrita, y dadas las frecuentes relaciones entre Elam, la Babilonia casita y Asiria en el transcurso del II milenio. Las relaciones lingüísticas entre el elamita, el hurrita y otras lenguas de la zona de los Zagros no se han esclarecido lo suficiente como para poder atribuir un origen mesopotámico a los elementos onomásticos hurritas o casitas que pueden haber llegado a Elam directamente de las zonas montañosas. Tampoco conocemos con exactitud la propagación hacia el no-

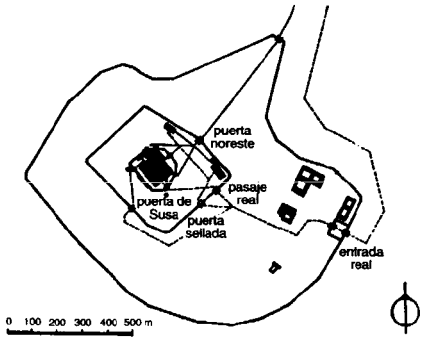


FIGURA 113. Dur-Untash (Choga Zanbil): planta de la ciudad, con las avenidas procesionales, el palacio real (al este) y el complejo sagrado (recinto interior) con la *ziqqurat* en el centro.

roeste de la influencia política de Elam, ni el estatus político de las tribus montañesas. Es posible que los repetidos enfrentamientos entre Elam, Asiria y Babilonia tuvieran también por objeto las vías de penetración comercial en la meseta iraní, además, por supuesto, del control de la franja de piedemonte situada entre el Tigris y los Zagros.

La victoria de Kurigalzu II sobre Khurba-tilla, rey de Elam, data de mediados del siglo XIV. Pero como el segundo no aparece en las listas dinásticas elamitas, debe tratarse más bien de un rey de Susiana (de nombre hurrita). Su derrota y la incursión de Kurigalzu hasta Susa no debieron erosionar demasiado la solidez de la confederación elamita. Pero poco tiempo después, cuando las fuentes medioelamitas ya son consistentes, nos encontramos con que la situación ha cambiado sensiblemente, en relación con la época de los *sukkal-maḫ*. El centro político de Elam ya no es Susa, se halla en el interior, al otro lado de las montañas, probablemente en Anshan (Fars), ya que los reyes ostentan el título de «rey de Anshan y Susa». La lengua oficial vuelve a ser el elamita (también en las inscripciones reales), y no el babilonio, como antes de la «edad oscura». Por último, la sucesión es ya patrilineal, como resultado previsible de la evolución experimentada por la sociedad elamita ya durante los siglos XVII y XVI. El reino medioelamita posee un carácter más regional que durante el periodo de los *sukkal-maḫ*, cuando era evidente la intención de formar parte del sistema político de la gran Mesopotamia (subrayada por la elección de Susa como capital), y del sistema cultural babilonio. Ahora, al igual que ocurre en el mundo mitannio e hitita, Elam conserva su originalidad, aunque aparece como uno de los protagonistas del mundo del Bronce Tardío, decididamente policéntrico.

Ike-Khalki funda una nueva dinastía, y le suceden sus hijos Pakhir-ishshan, primero, y Attar-kittakh, después, más o menos contemporáneos de Nazi-Marutash y Kadashman-Turgu, y como ellos partícipes del clima de coexistencia equilibrada que caracteriza a la segunda mitad del siglo XIV. La evolución del estado medioelamita bajo los reinados de Khumban-numena, Untash-Khumban, Unpatar-Khumban y Kidin-Khutran es paralela al crecimiento del estado medioasirio entre Adad-nirari I y Tukulti-Ninurta I, pasando por Salmanassar I. En lo referente al desarrollo interior, el monarca más importante es Untash-Khumban, que funda la ciudad de Dur-Untash (Choga Zambil, cuarenta kilómetros al sureste de Susa). No es una gran ciu-

dad, pero sí un importante centro religioso, con una *ziqqurat* que no tiene nada que envidiar a los babilonios, y un rico conjunto de templos y edificios públicos. De modo que también Elam se suma a la tendencia de su tiempo con la fundación de ciudades nuevas, sobre todo residencias reales y capitales «artificiales» (cuyos ejemplos más destacados son Dur-Kurigalzu de Akkad y Kar-Tukulti-Ninurta de Asiria). Los monumentos de Dur-Untash, gracias a su estado de conservación, son los restos más ilustres y significativos de la cultura medioelamita, y un monumento aislado, como es la estatua de bronce de la reina Napirasu, confirma que el reinado de Untash-Khumban fue la culminación del periodo, en cuanto al desarrollo de la cultura palatina.

Mientras tanto, las guerras entre Asiria y Babilonia, y el consiguiente debilitamiento de la dinastía casita, brindan a Elam la oportunidad de realizar varias incursiones militares. El propio Untash-Khumban emprende una campaña contra algunas ciudades babilonias, consiguiendo un importante botín. La intervención de Tukulti-Ninurta contra Kashtiliash IV precipita las cosas: Kidin-Khutran encabeza dos importantes expediciones y devasta, sobre todo, la zona situada al este del Tigris (Der, valle del Diyala), pero también avanza hasta Nippur y otras ciudades del núcleo central babilonio. Las incursiones tienen resultados efímeros en lo que respecta al control sobre Babilonia, pero se puede suponer que hay ganancias territoriales, por lo menos en el piedemonte de los Zagros, donde Elam se adueña de las tierras de Padan y Yalman (Arman), que habían sido posesiones centrales del primer reino casita y conexiones entre la zona de origen de los casitas y Babilonia. La reacción de Tukulti-Ninurta y su avance hasta el golfo Pérsico no alteran demasiado las ganancias territoriales de Elam a costa de Babilonia.

Ya hemos dicho que la caída de la dinastía casita, en pleno siglo XII, es consecuencia de las posteriores incursiones elamitas durante los reinados de Shutruk-Nakhunte y Kutir-Nakhunte. Pero estas campañas, que representan la culminación del poderío medioelamita, se sitúan cronológicamente fuera de los límites del Bronce Tardío, y además se enmarcan en un escenario político diferente, que examinaremos a su debido tiempo y con los detalles pertinentes.

LIBER

Quinta parte

LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

LIBER

22. CRISIS Y REESTRUCTURACIÓN

1. Los factores internos de la crisis

Poco después de 1200 todo el sistema político de Oriente Próximo, que durante varios siglos había mantenido una estabilidad considerable, se viene abajo de una forma bastante brusca ante el empuje de unos invasores procedentes de Occidente. Durante mucho tiempo la historiografía moderna se ha dado por satisfecha con la explicación exterior y migratoria de la crisis, pero luego ha empezado a preguntarse si basta con eso para explicar una caída y una reorganización de tales proporciones. La crisis del siglo XII traza un nuevo mapa político y una nueva distribución de los asentamientos, alterando profundamente las formas de la cultura material, las relaciones sociales y las ideologías. Por algo esta crisis del siglo XII separa la Edad del Bronce de la Edad del Hierro en la división decimonónica por épocas tecnológicas.

Existe la convicción de que el choque de los invasores con las formaciones estatales tuvo esa eficacia y esas consecuencias porque dichos estados ya estaban, de alguna manera, desprovistos de capacidad de resistencia. Los factores externos (y sobre todo migratorios) siguen teniendo su importancia, sin duda, pero con un peso numérico reducido (pueblos del mar), o convertidos en factores internos (nómadas). Pasan de causas a consecuencias, de origen del colapso a rasgo constitutivo del mismo.

Al hablar de las regiones ya se ha mencionado la crisis demográfica, que se agudiza en el transcurso del Bronce Tardío. Las mesetas semiáridas de Transjordania y la Alta Mesopotamia vuelven al nomadismo; en Anatolia y Siria grandes ciudades son abandonadas, y los asentamientos se concentran en los valles de regadío; en el centro y sur de Mesopotamia la población se reduce a la mitad. Esta crisis demográfica se debe, ante todo, a un descenso del tono demográfico interno (es decir, de las tasas de natalidad, pues las otras ya son bajas), combinado con factores productivos y sociales más o menos evidentes. Pero esta tendencia a la regresión interna se agudiza a causa de factores políticos. Mientras decrecen los recursos humanos y materiales, los palacios no quieren o no pueden reducir sus pretensiones y su tren de vida (al contrario, lo potencian). Para ello recurren a exacciones más gravosas, que acaban arruinando a una población productiva, ya depauperada. La competencia internacional, sobre todo de carácter militar, el sometimiento de regiones enteras al pago de tributo externo y los destierros masivos son recursos de los estados más fuertes para sanear su crisis, cargándola sobre las espaldas de las regiones más débiles.

Las guerras, los destierros, la despoblación y la crisis productiva provocan hambres y pestes. Ya eran problemas endémicos en el Bronce Tardío, pero la documentación revela su agudización a mediados del siglo XIV y finales del XIII. Los angustio-

sos llamamientos de los últimos reyes hititas a los vasallos que les quedan para conseguir grano a toda costa, o la intervención de Egipto para «mantener en vida el miserable país de Khatti», revelan una situación muy grave. Además, la secuencia dendrocronológica de Gordion registra en torno a 1200 siete u ocho años de sequía, lo cual explicaría la terrible carestía que asola una Anatolia ya en dificultades. En la Baja Mesopotamia el progresivo colapso de la red de canales provoca una crisis agrícola, y en las zonas pantanosas (como en las semiáridas de otras regiones) se vuelve al régimen de pastoreo seminómada. A la degradación paisajística y agraria, al espectáculo de las grandes ciudades del Bronce Medio, reducidas a recintos amurallados vacíos en medio de la estepa, se suma la crisis del tráfico caravanero, que tropieza con crecientes dificultades al atravesar territorios fuera del control palatino.

Las dificultades demográficas y productivas acompañan a la crisis social, que en un plano lógico y cronológico se puede considerar causa primera de todo el colapso. Ya se ha hablado de la generalización de la alienación de tierras y su consecuencia, la servidumbre por deudas. El fin de la solidaridad familiar y aldeana provoca fenómenos de enriquecimiento (de los miembros de la aristocracia palatina) y consiguiente ruina, con desmembramiento de las familias (las esposas e hijos son entregados como fianza laboral para descontar intereses) y fugas de deudores insolventes, esclavizados o a punto de serlo. El hecho de que la población rural se vea sumida en un estado de servidumbre contribuye, sin duda, al descenso del tono demográfico, de los estímulos productivos y, también, del apoyo popular a la autoridad real.

Ya hemos visto que el rey del Bronce Tardío se desinteresa de la miseria de la población rural, deja de promulgar edictos de remisión e incluso se enriquece personalmente, con una miope política de ganancia rápida y solidaridad de clase. En el ámbito familiar, el fin de la tradicional solidaridad se pone de manifiesto en la necesidad de incluir cláusulas que obliguen a los hijos a honrar y atender a sus padres, si quieren heredar. Todo esto tiene su razón de ser. Desde el punto de vista de sus protagonistas, responde al intento de sacar el mayor provecho de unos recursos cada vez más mermados. Pero el mismo panorama, visto globalmente, muestra la falta de previsión de un comportamiento que no tiene en cuenta la necesidad de salvaguardar unos niveles mínimos de supervivencia física y libertad política, única garantía de que los grupos privilegiados puedan seguir beneficiándose del mecanismo de concentración de excedentes.

La separación tajante entre clase dirigente y clase productiva también tiene aspectos y efectos de carácter ideológico, de «imagen». El rey ya no se preocupa de aparecer como un buen padre de la población, y prefiere cultivar una imagen de tipo heroico, hecha de fuerza y habilidad guerrera, de lujo refinado e internacional. Y para la población productiva el rey ya no es el protector de los necesitados, el campeón de la justicia y la equidad. No puede rebelarse abiertamente ni crear por sí sola una organización alternativa, pues carece de los medios y la conciencia necesarios. La única salida que le queda es huir, soslayar las dificultades insalvables tratando de rehacer su vida en otro lugar. La proliferación de fugas hace que los estados tiendan una red de tratados de extradición con procedimientos de búsqueda, captura y entrega. De modo que las fugas, en vez de dirigirse a otros estados palatinos, se dirigen a las zonas que están fuera del control de dichos estados. Estos espacios de estepa o montañas boscosas son la meta ideal de los fugitivos.

Estos espacios no están «vacíos», son el medio frecuentado por los grupos de

pastores trashumantes, a quienes los palacios consideran «bandidos», precisamente porque escapan a su control, asaltan las caravanas y acogen a los fugitivos. El grupo tribal ofrece a estos últimos ese polo alternativo, ese modelo no palatino de organización sociopolítica que no se puede encontrar en la sociedad aldeana, en plena disgregación. La solidaridad con el palacio, que está en entredicho, puede tornarse en solidaridad contra el palacio. Para los fugitivos aislados o en pequeños grupos, esta nueva solidaridad implica un desplazamiento físico, echarse al monte. Pero cuando aldeas enteras pasan de la obediencia al palacio a la solidaridad tribal, comunidades enteras se convierten en *ḫabiru* sin moverse de donde están. Se sacuden la insoportable opresión fiscal y política cambiando de polo de atracción, de solidaridad y obediencia, y dejan al estado palatino sin recursos materiales y humanos.

2. Las migraciones de los pueblos

Cuando los procesos internos de deterioro socioeconómico y político habían llegado ya a extremos preocupantes, Oriente Próximo sufrió el embate de una oleada migratoria exterior. Si comparamos la evolución de la crisis en las regiones occidentales (afectadas por la oleada migratoria) y en el área mesopotámica (que permaneció fuera del radio de acción de los invasores), podremos valorar la importancia de este factor externo. Mientras en Mesopotamia la crisis demográfica y económica se mantuvo en los siglos posteriores, y el sistema político y cultural conservó sus rasgos tradicionales, las zonas occidentales (Anatolia, Chipre, Siria y Palestina) sufrieron una radical transformación tecnológica, ideológica y social, dando entrada a nuevas realidades étnicas, políticas y lingüísticas.

Probablemente, el movimiento migratorio que afectó a Oriente Próximo en el siglo XII tuvo su origen en la península balcánica, una zona que no había mantenido relaciones directas de ninguna clase con Oriente Próximo. Pero ya hacía tiempo que el Mediterráneo oriental, por donde pasó este movimiento adquiriendo una característica connotación marítima, era parte integrante de las relaciones políticas y comerciales con las zonas ribereñas de Oriente Próximo y Egipto. La entidad política más importante era el mundo micénico, probablemente dividido en una serie de reinos autónomos de radio ciudadano, tal vez aglutinados mediante alguna forma de hegemonía. De hecho, parece que los hititas conocían un reino de Akhiyawa (es decir, Acaya) en ultramar (es decir, en Grecia-Peloponeso), en torno al cual gravitaban los elementos micénicos de las costas de Asia Menor. Tal vez se deba atribuir a esta entidad política el rango de «gran reino» dentro del sistema político de Oriente Próximo. Poseía algunos de sus rasgos organizativos (baste pensar en los archivos en lineal B, tibio reflejo de la organización administrativa de Oriente Próximo) y servía de puente con las zonas no urbanizadas de Europa y el Mediterráneo central.

Las relaciones del mundo micénico con las costas de Levante y Egipto son, sobre todo, comerciales. No es como el comercio típico del Bronce Tardío de Oriente Próximo. En este caso, los aspectos diplomáticos, políticos y «administrados» del comercio no tienen demasiada importancia, y prevalece una actividad de hecho, desempeñada por mercaderes privados (o que actúan de forma privada respecto a los palacios de Oriente Próximo). Uno de sus resultados visibles es la exportación de cerámica micénica a las costas de Anatolia y Siria-Palestina, que llega hasta las capi-

tales egipcias. Por lo general, el tráfico se realiza en un ambiente tranquilo. Intervienen varias flotas: la o las flotas micénicas, las siropalestinas, la chipriota y la egipcia. Pero en los espacios intermedios aparecen grupos de piratas que atacan a los barcos y poblaciones costeras, entorpeciendo el tráfico del mismo modo que lo hacen los grupos nómadas en tierra firme. La diferencia entre piratería y actividades bélicas organizadas, entre independencia de los palacios y complicidad con ellos, no siempre está clara. Ya en los siglos XV (Madduwatta) y XIV (el-Amarna) se tienen noticias de complicidades similares, y el área afectada es sobre todo la costa sur de Anatolia (de Licia a Cilicia), que escapa mejor al control hitita gracias a su geografía, con los montes Taurus al borde del mar, y seguirá siendo una tierra de piratas en la edad clásica.

En la segunda mitad del siglo XIII hay indicios más evidentes de agitación en el Mediterráneo oriental. El episodio más importante es la implicación de pueblos mediterráneos en la incursión de los líbicos contra Egipto, rechazada por el faraón Merenptah en torno a 1230. Esta coalición está formada por los eqwesh (aqueos), lukka (licios) y tres típicos «pueblos del mar», los teresh, los shekelesh y los sherdana. Sólo este último era ya conocido (desde la época de el-Amarna) como un grupo de mercenarios que combatían en Egipto y Siria-Palestina. El episodio de Merenptah tiene elementos en común con la posterior invasión de los «pueblos del mar», pero de momento se enmarca más bien en la expansión micénica (eqwesh/aqueos) y la actividad mercenaria de grupos de especialistas (sherdana) o piratas (lukka) del Mediterráneo oriental.

Otro episodio interesante es la conquista hitita de Chipre/Alashiya, de la que alardea Shuppiluliuma II en torno a 1200. Alashiya gozaba de un estatus especial en el sistema regional del Bronce Tardío. Estaba considerado como un socio comercial importante, dado que suministraba cobre a toda la región. El rey de Alashiya se dirigía al faraón llamándole «hermano». Por ser una isla se había mantenido independiente, y sólo los hititas o Ugarit la habían «utilizado» para enviar al exilio a sus oponentes políticos. La decisión de Shuppiluliuma II de conquistar Alashiya debió responder a cambios políticos en la isla. Puede que Chipre acogiera una importante corriente migratoria micénica, convirtiéndose en una potencia molesta para el imperio hitita, en particular por representar una amenaza para las rutas marítimas entre Cilicia y Siria.

Un tercer indicio, en este caso arqueológico, es el hecho de que la presencia de elementos típicos de la cultura filistea en Palestina (sarcófagos antropoides de barro cocido) precede al episodio de la invasión, de fecha conocida. Por lo tanto, parece que grupos de filisteos u otros pueblos emparentados con ellos, como ocurriera el siglo anterior con los sherdana, fueron mercenarios del ejército egipcio, sobre todo para asegurar el control de las posesiones siropalestinas, formando grupos lo bastante consistentes como para dejar rastros arqueológicos.

Así pues, la invasión no fue del todo inesperada, pero en cualquier caso se desató de improviso a comienzos del siglo XII e hizo que cundiera el pánico en los palacios de Oriente Próximo, que buscaron afanosamente la manera de resistir. Disponemos de dos bloques de documentación acerca de esta invasión: las inscripciones y relieves con los que Ramsés III celebra su victoria sobre los invasores (año octavo = 1190), dándonos detalles sobre su composición y un relato de los hechos; y un grupo de cartas de Ugarit, que revelan los angustiosos preparativos para resistir la

LIBER

invasión. Estas cartas dan una visión más realista, ajena a las deformaciones propagandísticas de las inscripciones faraónicas, que ponen en entredicho su credibilidad.

Por las cartas de Ugarit sabemos que la avanzadilla de la invasión fueron unos grupos reducidos de naves que asolaron las costas sirias, y que Ugarit y Alashiya intercambiaron informaciones y consejos, probablemente debido a que ambos dependían de los hititas, al ser sus principales proveedores de barcos. Los llamamientos del rey hitita a concentrar esfuerzos contra el enemigo común fueron escuchados por Ugarit, que envió sus naves y tropas para ayudar al rey. Éste organizó la defensa contra los invasores lo más al oeste posible, en el país de Lukka, justamente a la salida del Egeo, con la evidente intención de proteger todos los territorios hititas. Pero, bien porque el choque fue desfavorable para el ejército imperial, bien porque los invasores lograron infiltrarse y sortear las líneas defensivas hititas, el caso es que éstos avanzaron hasta las regiones costeras de Cilicia, Chipre, Ugarit y Amurru, que no tenían defensas adecuadas, porque estaban desguarnecidos de naves de guerra y tropas. La única salvación posible era hacerse fuertes en las ciudades amuralladas y esperar a que los invasores pasaran de largo. Pero tanto Ugarit como otras ciudades fueron destruidas por ellos. Evidentemente, las fortificaciones no detuvieron su avance.

Las noticias que se desprenden de las cartas de Ugarit, escritas, por así decirlo, «el día antes», coinciden sólo en parte con las de Ramsés III, escritas una vez agotado el empuje de la invasión. Según el faraón egipcio, una «confederación» de pueblos mediterráneos (filisteos, zeker, shekelesh, danuna y weshesh), tras invadir y destruir uno tras otro todos los territorios del imperio hitita (Khatti, Kode/Cilicia, Arzawa/Anatolia suroccidental, Alashiya/Chipre y Karkemish/norte de Siria) se había detenido en la costa de Amurru y amenazaba el territorio egipcio. Los invasores están detalladamente representados, con sus típicos tocados de plumas (filisteos) o cuernos (sherdana y otros) y sus armas típicas (espadas largas, escudos redondos pequeños), en sus barcos o en carros de combate tirados por bueyes y con sus enseres y familias detrás: una invasión masiva, que avanza por la costa y por el mar al mismo tiempo. Los egipcios habrían librado una batalla naval con los invasores, impidiendo su desembarco y aniquilándolos. La celebración egipcia posee rasgos más propios de un esquema que de los hechos reales. Por ejemplo, los conceptos de «coalición» y «complot» son típicos de las narraciones egipcias. El episodio de la batalla como culminación del enfrentamiento con el enemigo es claramente ficticio (pues falta una ubicación topográfica precisa y un desarrollo puntual). Puede que Ramsés III quisiera resumir en un episodio único y clamoroso una serie de choques (mucho menos «heroicos») entre pequeños núcleos de invasores por mar y tierra y los puestos defensivos egipcios de Siria, Palestina y el delta —un panorama que no difiere del que presentan las cartas de Ugarit, ya que, además, al llegar a Palestina y al delta la invasión ya habría perdido gran parte de su impulso inicial y de sus efectivos. No cabe duda de que la invasión se produjo, y además de una forma masiva y repentina, lo cual explica el pánico que se desprende de las cartas ugaríticas y el sentimiento de alivio que se desprende de las inscripciones celebrativas de Ramsés III. Pero los hechos no debieron ser tan sencillos como el faraón quiere dar a entender, cuando subraya su papel heroico y tranquilizador, como único baluarte capaz de desbaratar la invasión.

La contraposición explícita que hace Ramsés III entre un imperio hitita que sucumbe a la invasión y un imperio egipcio que logra rechazarla, sólo es cierta en par-

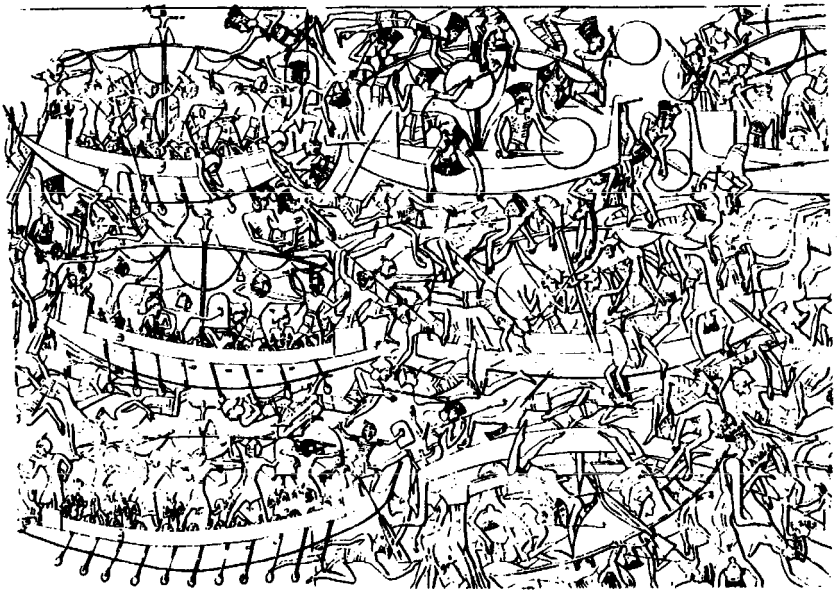


FIGURA 114. La batalla naval entre Ramsés III y los «pueblos del mar» (relieve del templo de Medinet Habu).

te. Egipto resulta indemne, pero pierde sus posesiones siropalestinas, y precisamente en el sur de Palestina es donde se instala el grupo más numeroso de invasores, los filisteos. Más adelante veremos cómo los filisteos ocupan una pentápolis (Gaza, Ashdod, Ascalón, Eqrón y Gat) que coincide con todo el territorio costero situado entre la frontera con Egipto y la altura de Jerusalén. Más al norte, hacia el Carmelo, se instalan los zeker. A las noticias de los textos se suman los datos arqueológicos, referentes a la destrucción de ciudades costeras y a la aparición de cerámica «submicénica», análoga a la filistea. En algunas zonas la destrucción es más violenta (ciudades como Ugarit y Alalakh desaparecen para siempre), otras acogen a grupos de emigrantes (Chipre, Cilicia, 'Amuq), y otras permanecen a salvo (costa libanesa entre Biblos y el Carmelo).

Los invasores no debieron ser muy numerosos, sobre todo los que llegaron por mar. Con el paso del tiempo todos los inmigrantes acaban siendo integrados por la población preexistente (en el aspecto etnolingüístico). Pero en el momento de la invasión su fuerza militar, su cohesión social y su determinación les permiten vencer a las ciudades amuralladas, establecerse en posición de fuerza e influir en la cultura material de las zonas invadidas. Parece que el papel de Egipto fue ambiguo, ya que la utilización de los «pueblos del mar» como mercenarios fue anterior e incluso posterior a la invasión, y es posible que los faraones permitieran que los filisteos y otros grupos se establecieran en Palestina reemplazando a sus propias tropas de guarnición, y les cedieran la gestión de unos territorios que Egipto no era ya capaz de controlar con sus propios medios —algo que supieron aprovechar muy bien los filisteos.

Remontando a la inversa el recorrido de los invasores, hay que buscar las causas

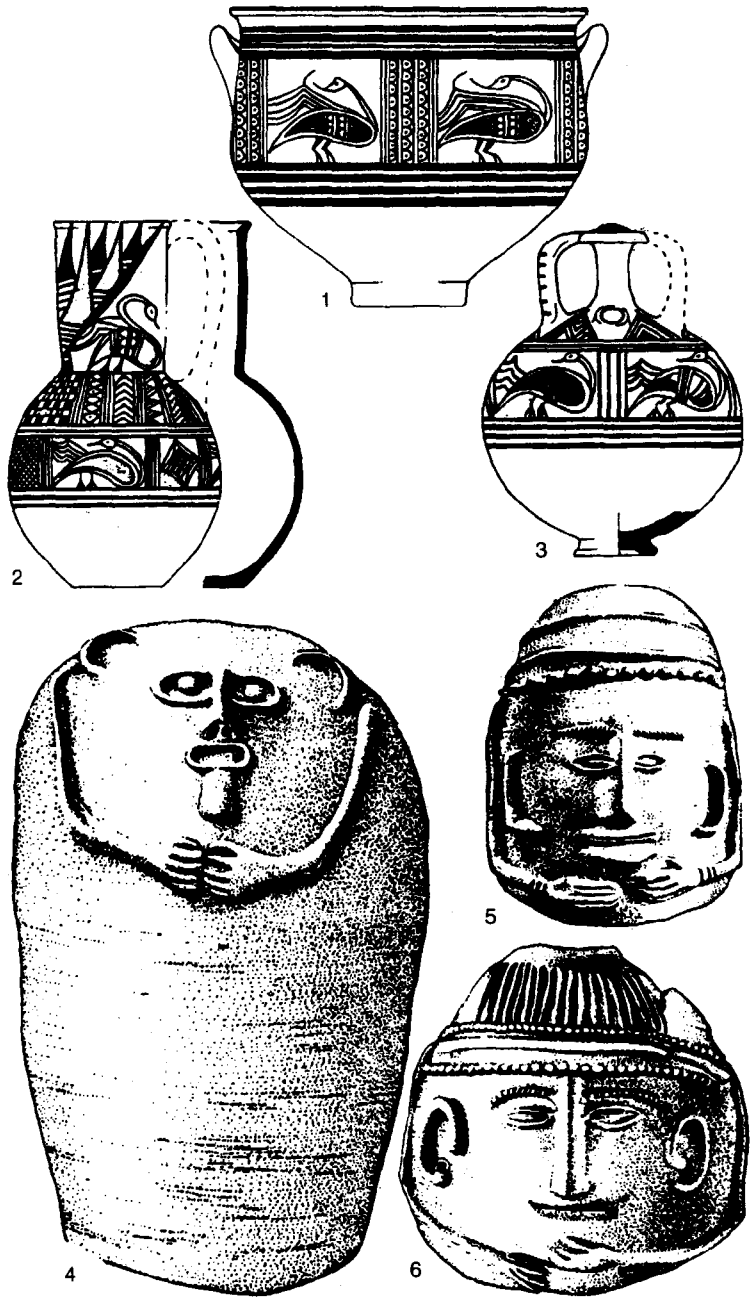


FIGURA 115. Cultura filistea. 1-3: la cerámica; 4-6: los sarcófagos antropoides.

LIBER

de su irrupción en el Mediterráneo oriental en algún proceso o vacío, nada fácil de precisar, originado en el área balcánica (y europea en general, ambas fuera de los límites de esta obra). La penetración de los filisteos y los grupos asociados a ellos hasta Palestina y el delta no es su única ni su mayor consecuencia. Limitándonos a los aspectos migratorios y étnicos, conviene recordar que la caída del mundo micénico está relacionada con la llegada a Grecia de nuevos grupos: la «migración dórica», pese a todas las modificaciones realizadas por la reciente historiografía, sigue siendo un hecho relevante y paralelo en el tiempo y en sus modalidades a los desplazamientos que tuvieron lugar en Levante.

En Anatolia, la caída del imperio hitita es demasiado contemporánea de la de Ugarit como para que los dos acontecimientos se puedan separar, ni siquiera por sus causas y modalidades. Los hechos militares antes mencionados (frente en Anatolia occidental contra los invasores) debieron resultar desfavorables para Khatti, provocando la desintegración del imperio. Pero los «pueblos del mar», por sí solos, no bastan para explicar la caída del imperio hitita, y en particular la destrucción de su capital Khattusha, que fue el episodio decisivo en el aspecto político. Se han propuesto dos escenarios, que también tienen en cuenta el mapa etnolingüístico anatólico de los siglos posteriores, con las ciudades neohititas desplazadas hacia el sureste y los frigios instalados en la meseta central. El primer escenario es que, a la vez que los invasores marítimos, llegaron otros por tierra (los frigios), que penetraron en Anatolia desde la Tróade y se adentraron por el centro y el norte de la península. Fueron estos últimos quienes destruyeron Khattusha, aprovechando que los hititas y sus aliados habían volcado sus fuerzas militares en la costa. El segundo escenario es que la movilización militar hitita dejó la capital desguarnecida, a merced de los viejos enemigos interiores, los kashka, cuyo territorio estaba muy cerca de Khattusha. Sólo más tarde, aprovechando el vacío político, que se sumaba a un vacío demográfico cada vez más acentuado, los frigios penetraron en Anatolia. No son escenarios muy distintos (si exceptuamos la responsabilidad de la destrucción de Khattusha), e implican una combinación de factores internos de crisis (agotamiento demográfico y productivo) con el golpe de gracia del paso de los «pueblos del mar» por las provincias sureñas del imperio. En cualquier caso, los frigios ocuparon el vacío que se había creado y contribuyeron a enriquecer la composición etnolingüística de Anatolia y su organización política, con elementos de continuidad y elementos de reciente aparición.

3. La caída del sistema regional

Hasta el momento de la invasión, el sistema regional del Bronce Tardío, con sus dos niveles de agregación (pequeños y grandes reinos) y su red de relaciones verticales y horizontales, se había mantenido en pie, pese a las dificultades y reajustes. El paso de los «pueblos del mar» y otros movimientos migratorios internos destruyó sobre todo las ciudades palatinas, que eran centros cruciales de este sistema. Dado que, en muchos casos, las destrucciones no fueron seguidas de reconstrucciones y dieron lugar a un vacío de poder generalizado, todo el sistema de relaciones interregionales se vino abajo sin remedio, y tuvo que pasar cierto tiempo antes de que pudiera organizarse otro sistema distinto.

La destrucción de muchos palacios al mismo tiempo supuso el cese de las relaciones diplomáticas, los intercambios epistolares y las relaciones políticas formales. Faltaban los interlocutores (los reyes instalados en los palacios) y sus instrumentos (escribas, mensajeros, centros administrativos, etc.). También se interrumpieron las relaciones tributarias que vinculaban a los pequeños reyes con los grandes, ya que ambos habían desaparecido, o no estaban en condiciones de dar ni exigir. E incluso se interrumpió el comercio palatino, cuyos puntos de apoyo físicos eran los palacios, y los jurídicos del sistema de dotaciones, garantías, presentaciones y protecciones. La destrucción de los palacios, al incidir en un sistema completamente centrado en ellos, acarreó la destrucción del sistema político y las relaciones interregionales.

Entre los grandes reinos, la desaparición más sonada fue la del imperio hitita. A ello contribuyó sobre todo la destrucción de la capital, más que el paso de los «pueblos del mar», que devastaron la franja meridional, a lo largo de la costa mediterránea. Toda la región tuvo que amoldarse a unos niveles de agregación política muy modestos, y a unos niveles administrativos elementales (se perdió el uso de la escritura cuneiforme). Pero dentro de Anatolia se dieron dos situaciones distintas. En el sureste hubo una mayor continuidad con las tradiciones imperiales y una estructura de reinos comarcales que, a grandes rasgos, calcaba la de las «provincias» o reinos vasallos que ocupaban la llanura de Konya hasta el Éufrates. En cambio, el resto de la península, bien porque se había quedado más despoblada antes de la invasión, bien porque después había acogido a nuevos grupos de procedencia balcánica, se encaminó a un tipo de agregación política de cariz étnico más marcado. Hubo un claro retroceso a niveles de organización y asentamientos preurbanos, y habría de transcurrir cierto tiempo antes de que en Anatolia surgieran nuevos centros urbanos, de la nueva tipología de la Edad del Hierro.

En el área egea, que aquí sólo nos interesa por su valor complementario y comparativo, el panorama era similar: caída de los palacios y sus administraciones, retroceso pasajero a niveles de agregación reducidos, penetración de nuevos grupos procedentes del norte y lenta reconstrucción de un tejido político que seguía nuevas pautas. La propia isla de Chipre, que durante el Bronce Tardío había alcanzado la unidad política y se había introducido con fuerza en la red de las relaciones comerciales y diplomáticas, se dividió en pequeños estados ciudadanos, y con la llegada de nuevos grupos procedentes del oeste conoció los primeros contrastes entre distintas etnias.

Egipto, cuyo país interior estaba indemne, tuvo que renunciar a sus posesiones asiáticas y limitar sus relaciones interregionales. Los filisteos se hicieron con el control de Palestina, pero en toda la franja siropalestina empezó una fase de independencia, aunque sin grandes reyes con capacidad de intervención militar a los que hubiera que pagar tributo. También Asiria, que había permanecido indemne al otro lado del Éufrates, no tenía por entonces fuerza suficiente para llenar el vacío y ver realizado su sueño de una salida al Mediterráneo, algo que habían acariciado los reyes medioasirios del siglo XIII, cuando era irrealizable. Las zonas interiores, que habían permanecido al margen de la oleada de los «pueblos del mar», se vieron afectadas por otros movimientos, y también entraron en una fase de retroceso y reorganización, antes de reanudar los contactos interregionales.

Así pues, en líneas generales, la crisis del siglo XII, en el aspecto político, provocó una clara bipartición de Oriente Próximo. Al este del Éufrates, pese a los problemas de las infiltraciones nómadas, permanecieron los tres grandes reinos de dimen-

sión regional (Asiria, Babilonia y Elam), que siguieron manteniendo entre ellos una relación tripolar, con fases pacíficas, fases belicosas y alianzas (Babilonia y Elam contra Asiria, Babilonia y Asiria contra Elam). Todo ello determinó su estabilidad durante un periodo prolongado. Al oeste del Éufrates el viejo sistema regional fue reemplazado por un intenso fraccionamiento, sin jerarquías ni relaciones entre estados, formándose un nuevo sistema que, en parte, era heredero del fraccionamiento anterior (se recordará que en la franja siropalestina había pequeños reyes, y en Anatolia la dimensión local era persistente, incluso en la fase de unificación imperial). Pero también adquiere connotaciones nuevas, por influencia de los nuevos grupos étnicos y tribales. Esta separación entre estados regionales al este y estados ciudadanos o tribales al oeste, guardó un momentáneo equilibrio, pero sin duda preludiaba un nuevo y más claro centralismo mesopotámico.

4. Las innovaciones tecnológicas y la ordenación territorial

El paso de la Edad del Bronce a la del Hierro se caracterizó por algunas innovaciones tecnológicas que tuvieron importantes consecuencias en la ordenación territorial, socioeconómica y política de Oriente Próximo. No se trataba de aportaciones externas, relacionadas con los flujos migratorios procedentes de los Balcanes. En general, eran innovaciones debidas a factores internos, cuyos antecedentes se encontraban en al área de Oriente Próximo. La fractura del siglo XII dio rienda suelta a la difusión de unas innovaciones que antes estaban bloqueadas por la inercia del sistema. La destrucción de muchos centros urbanos, con sus palacios reales, talleres, escuelas de escribas y centros comerciales, fue un estímulo para que salieran a la luz los elementos culturales y operativos alternativos. Consiguientemente, la cultura de la Edad del Hierro no estuvo tan centrada en los palacios reales como la de la Edad del Bronce, se encontraba más difundida, social y territorialmente, fue más accesible y menos exclusiva. Además, como la crisis y las innovaciones tecnológicas afectaron de forma distinta a las zonas situadas al este y al oeste del Éufrates, el resultado fue que Oriente Próximo quedó dividido de una forma bastante neta en una mitad oriental, más conservadora, y una mitad occidental, más avanzada.

La innovación con que tradicionalmente se señala el paso a una nueva era es la metalurgia del hierro. La hipótesis de que el hierro fue llevado desde Occidente por los «pueblos del mar» (que salieron victoriosos porque sus armas eran de hierro, mientras que las de los imperios de Oriente Próximo eran de bronce) se ha venido abajo al quedar demostrado que la difusión de los objetos de hierro, lenta y progresiva, avanzó de Oriente Próximo hacia Europa, siguiendo una dirección contraria a la de los «pueblos del mar». Fue precisamente en Oriente Próximo (Mitanni, Kizzuwatna y Siria) donde, durante el Bronce Tardío, se empezó a experimentar la elaboración del hierro. No se trataba únicamente del hierro meteorítico, puro y fácil de trabajar (de hecho, desde una época muy antigua se hacían pequeñas joyas con él), sino también del hierro de fusión, extraído del mineral férrico, lo que requería unos conocimientos técnicos e instalaciones más avanzados. De todos modos, mientras los talleres palatinos del bronce y el comercio interregional para la importación del cobre y el estaño se mantuvieron en pie, la metalurgia del bronce siguió predominando, y las escasas armas de hierro eran objetos curiosos y de gran valor.

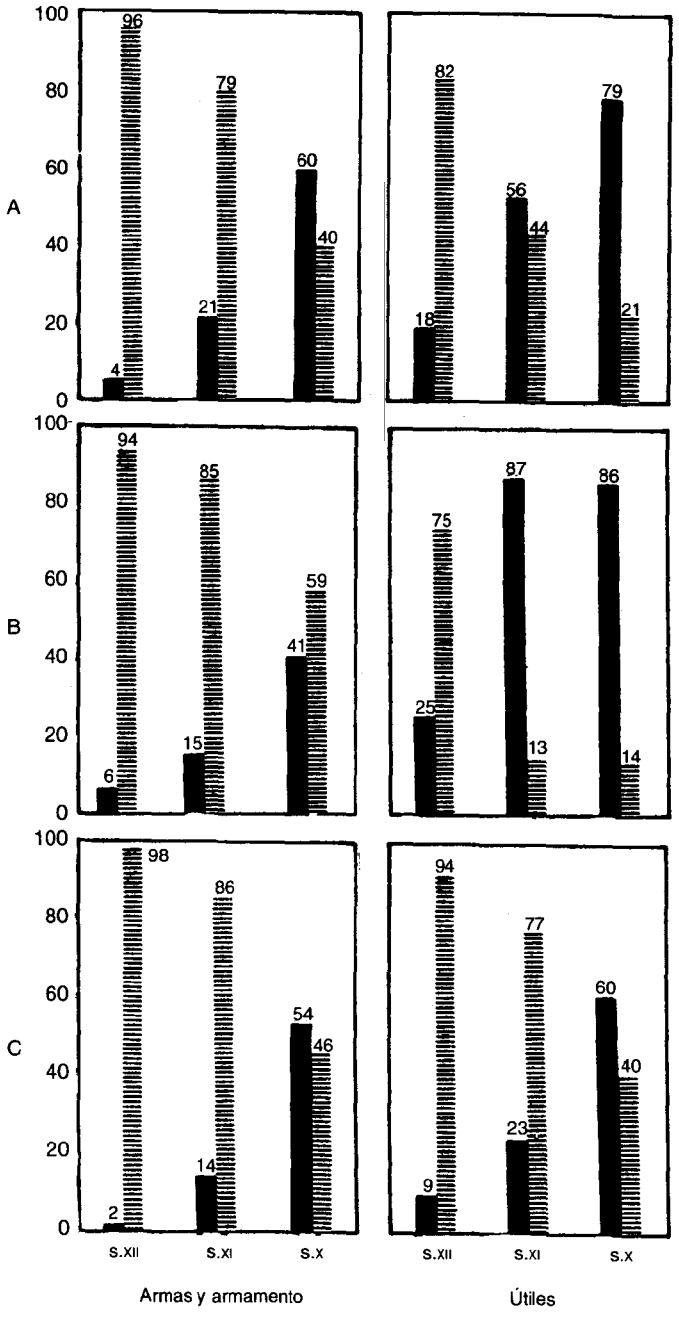


FIGURA 116. Uso del bronce (▤) y del hierro (■) para la producción de armas y útiles en Chipre (A), Siria (B) y Palestina (C), del siglo XII al X.

LIBER

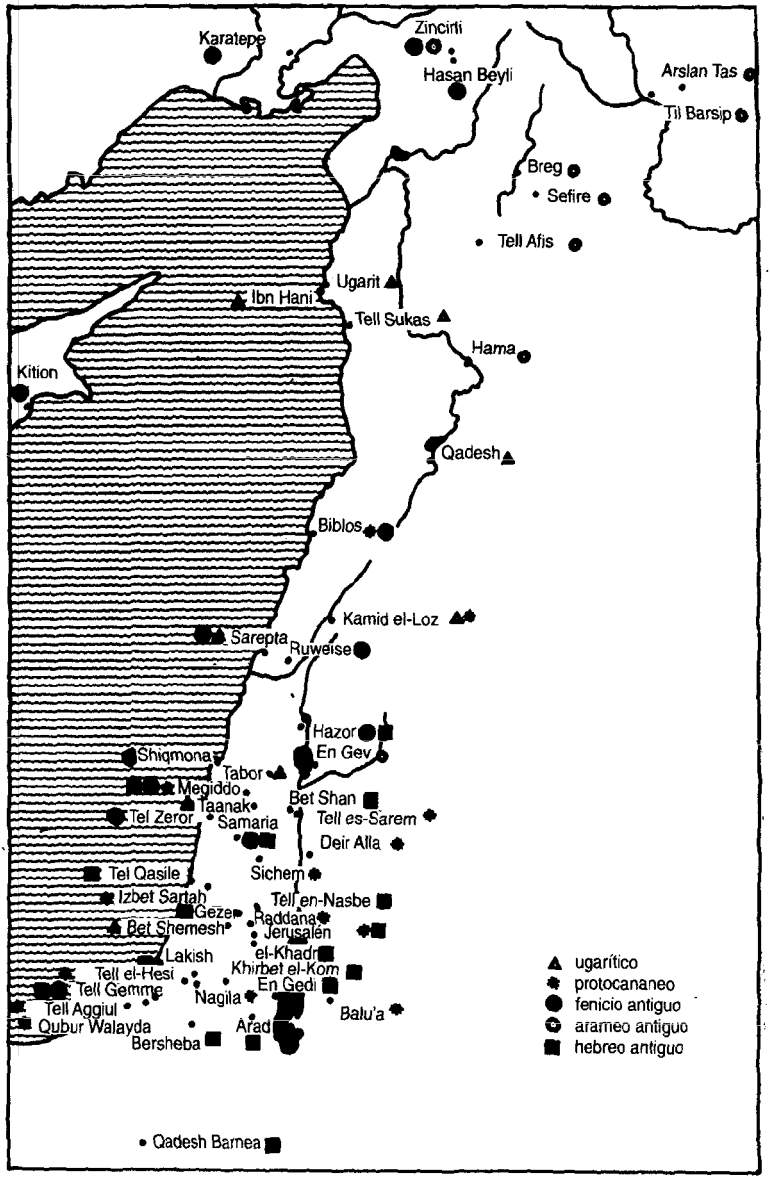


FIGURA 117. La difusión de las primeras escrituras alfabéticas en Siria-Palestina (siglos XIV-VIII).

LIBER

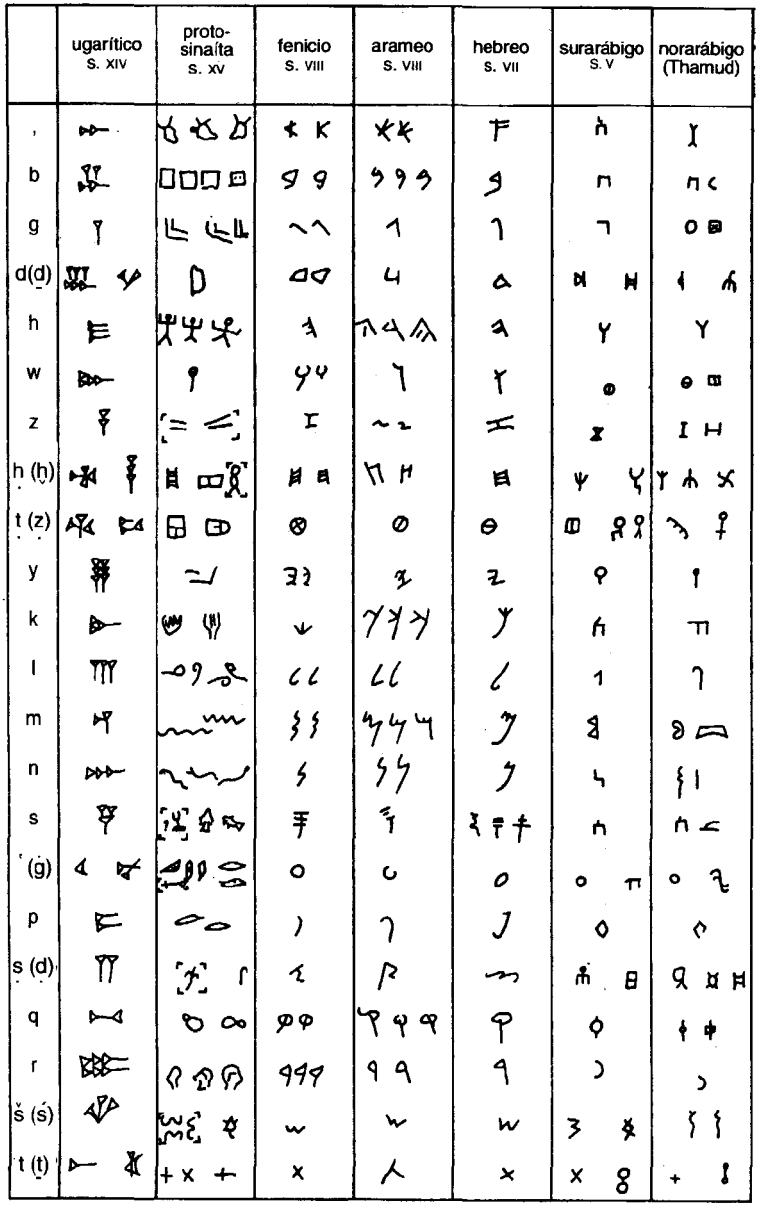


FIGURA 118. Difusión y evolución del alfabeto en el mundo semita.

LIBER

La crisis del comercio y de los talleres palatinos provocó una súbita escasez de instrumentos y armas de bronce, y la metalurgia del hierro, en su difusión, ocupó el vacío económico recién creado. Esta metalurgia se adaptaba mejor a la nueva situación por varios motivos. Los yacimientos de mineral de hierro abundaban en Oriente Próximo (excluyendo la planicie), aunque sin grandes concentraciones. De modo que podían abastecer capilarmente a muchos centros pequeños de producción, repartidos por toda la región. En cambio, la metalurgia del bronce requería un comercio ágil, que conectara las contadas regiones donde había grandes yacimientos de cobre y estaño con los centros de producción. El paso de la Edad del Bronce a la del Hierro se caracterizó además por una intensa actividad de prospección minera, que también favoreció la explotación de cobre y estaño, localizados en pequeños yacimientos que antes no se habían tenido en cuenta (Sinaí, 'Araba), o en zonas muy alejadas (Mediterráneo occidental, como veremos más adelante). Esta intensificación de la prospección minera debió propiciar también la localización de yacimientos de hierro, mucho más modestos y desperdigados pero que, una vez descubiertos, resultaban perfectamente adecuados a las necesidades de la época. Además, las instalaciones necesarias para la fusión y elaboración del hierro, una vez conocidos los procedimientos de refinado, carburación y temple, eran más sencillos que los utilizados para la elaboración del bronce, por lo que estaban al alcance de pequeños artesanos aldeanos o ambulantes. En cambio, la metalurgia del bronce sólo era posible en los talleres del palacio. Así pues, la metalurgia del hierro, además de proporcionar herramientas y armas mucho más duras que las de bronce, estaba mejor repartida por el territorio, y resultaba más accesible. Los grandes monopolios regionales abastecidos por el eficiente comercio palatino fueron sustituidos por una extracción y elaboración muy extendida, una metalurgia más «autárquica».

Un caso análogo, en un sector completamente distinto, fue la difusión del alfabeto. También se trataba de una invención cuyos elementos teóricos y primeras aplicaciones databan del Bronce Tardío siropalestino. Pero la existencia de escuelas palatinas de escribas, vinculadas a la transmisión y difusión del cuneiforme silábico, había impedido en buena medida la propagación del alfabeto, que por su sencillez se prestaba a una aceptación social mucho mayor que las complicadas escrituras ideográfico-silábicas, a cuyo aprendizaje había que dedicar largos (y costosos) años de estudios. Esta dificultad hacía que sólo los miembros de las clases privilegiadas tuvieran acceso a la escritura, y fue la causa de la «cerrazón» del ambiente escribal, que defendía con uñas y dientes sus privilegios, muy ventajosos en términos económicos y de prestigio. Las trabas a la difusión del alfabeto desaparecieron con la caída de los palacios, que supuso la destrucción de los archivos y bibliotecas, la dispersión de la clase de los escribas y la desaparición del promotor de la actividad escribal y administrativa, el palacio real.

La enorme difusión de la escritura en los palacios del Bronce Tardío contrasta con los escasos ejemplos de escritura de la época inmediatamente posterior a la crisis del siglo XII. Los textos alfabéticos que poco a poco van apareciendo, lo hacen en ámbitos distintos de los administrativos del cuneiforme del Bronce Tardío. Se emplean en los sectores marginales que ya usaban esta escritura antes de la crisis: certificados de propiedad en puntas de flecha y de jabalina, pequeñas inscripciones en cerámica, y más tarde inscripciones funerarias y votivas, cuyos ejemplares regios no difieren mucho de los correspondientes a personajes comunes, muy abundantes. Sólo

más adelante se recupera el uso administrativo, con inscripciones alfabéticas en ostraca. Pero la principal novedad del alfabeto es su posibilidad de difusión no profesional. Un ejemplo típico son los *graffiti* (firmas e inscripciones cortas) hechos por los visitantes en los lugares de culto, monumentos, etcétera; un uso que hubiera resultado inconcebible con la escritura escribal cuneiforme del Bronce Tardío. También en el caso de la escritura se puede hacer la citada división en dos zonas: Mesopotamia (al igual que Egipto) permanece anclada en los sistemas tradicionales, mientras que la escritura alfabética se difunde por Siria, Palestina, Anatolia y el Egeo, es decir, por las áreas renovadoras —con la excepción de las inscripciones jeroglíficas hititas, herencia evidente del pasado y expresión de un intento de revitalizar dicho pasado.

Otros avances técnicos tienen importantes consecuencias en la propia distribución de los asentamientos y en la explotación agropastoral de la región. En este caso también se trata de avances lentos que se habían originado en Oriente Próximo, y que a raíz de la crisis del siglo XII recibieron un fuerte impulso. Hay toda una gama de novedades técnicas con impacto territorial que pasan a un primer plano al iniciarse la Edad del Hierro. Una de ellas es la creación de terrazas o bancales en las laderas, que permite el cultivo (árboles, especialmente olivos, asociados al cultivo de cereales) en zonas que durante el Bronce Tardío habían sido de bosques y pastizales estivales. También se intensifica la roza y tala de bosques, que ensancha los calveros de los montes y convierte una utilización estacional en ocupación permanente. Es posible que los aperos de hierro facilitaran la creación de bancales y la roza. Una tercera novedad es la reanudación y perfeccionamiento de las técnicas de irrigación de tierras áridas, en especial los fondos de los uadis, con técnicas de embalse de aguas mediante diques transversales y sistemas de acequias, que se extienden sobre todo por la «frontera» suroeste (norte de Arabia, Transjordania, Néguev y Sinaí). En el norte, en la zona armenia e iraní, a partir de la Edad del Hierro se difunde una nueva técnica de irrigación, los *qanat* subterráneos, que llevan el agua a grandes distancias protegiéndola de la evaporación. Estas técnicas de tratamiento hídrico en zonas semiáridas y montañosas son las herederas, miles de años después, de las primeras técnicas hidráulicas aplicadas en las zonas aluviales, y permiten una considerable ampliación de los márgenes de la zona agrícola.

Los instrumentos de hierro también permiten excavar pozos más profundos. Puede que un endurecimiento pasajero del clima estimulara estas excavaciones, que, en cualquier caso, aumentan la extensión de los pastizales en zonas semiáridas. La documentación epigráfica no registra la anónima excavación de pozos por parte de tribus de pastores, sino las obras promovidas por los reyes, pero es significativo que durante el paso del Bronce Tardío a la Edad del Hierro se excaven tantos pozos en Egipto y Asiria. También se aborda la tarea de dotar a los aljibes de revoques impermeables más eficaces que los de la Edad del Bronce, para que las ciudades y fortalezas, incluso en las zonas áridas, dispongan de una reserva de agua de lluvia invernal para todo el año. La excavación de pozos, los revoques hidráulicos y los sistemas de abastecimiento de agua a las ciudades forman un conjunto de elementos sobre el que poco a poco está arrojando luz el análisis arqueológico. Se puede decir que al final del II milenio hay progresos decisivos en este campo.

Por último, se introducen a gran escala el camello y el dromedario domesticados. Estos animales se conocen desde antiguo, y habían sido utilizados esporádicamente

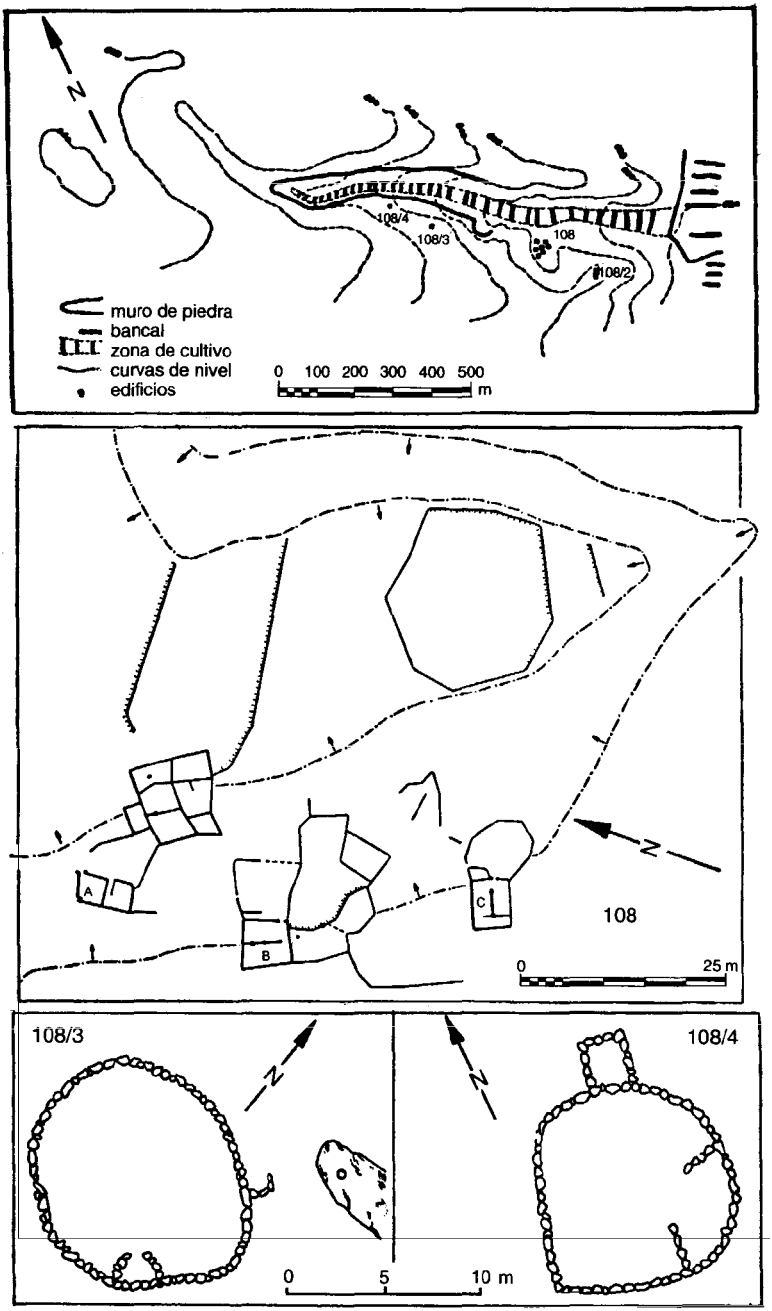


FIGURA 119. Ramat Matred en el Néguev: unidad productiva agropecuaria de la Edad del Hierro en un medio árido. *Arriba*, planta general. *Centro*, asentamiento. *Abajo*, rediles.

LIBER

en la Edad del Bronce, pero a niveles históricamente irrelevantes. El área de difusión del camello coincide con las tierras altas iraníes (y centroasiáticas), y la del dromedario con el desierto siroarábigo, de modo que ambos se encontraban muy cerca del «Creciente Fértil», aunque fuera de la zona más urbanizada. La domesticación del camello y el dromedario facilita el transporte de hombres y mercancías en el medio desértico y predesértico, ya que pueden resistir varios días sin beber, mientras que los burros, las cabras y las ovejas tienen que abrevar por lo menos cada dos días. Es posible ya unir con una red de rutas caravaneras los oasis alejados entre sí, que hasta ahora han permanecido al margen de los flujos comerciales, pues éstos no salían de las zonas cultivadas. Ahora los oasis se acondicionan como lugares de descanso y abrevaderos, con cultivos intensivos hortícolas y de palmeras datileras. Además, el camello puede llevar una carga más pesada que los pequeños burros, que habían sido el único medio de transporte durante la Edad del Bronce. Además de las rutas caravaneras de la península arábiga, sobre todo la que pone en comunicación el interior de Siria y Transjordania con el Hiyaz y Yemen, aparecen las que atraviesan el desierto interior de Irán y revitalizan el comercio en esa zona. Para completar el cuadro recordaremos que al final de la Edad del Bronce se empieza a usar el caballo de montar (en vez de uncido a los carros) para el transporte rápido de mensajeros. Este uso se generaliza en la Edad del Hierro, dando lugar a una nueva especialización y técnica de combate, mientras decrece el uso del carro de guerra. También recordaremos que el camello (y sobre todo el dromedario) se convierte, asimismo, en un elemento muy útil para el combate, no para cargar en el campo de batalla contra las formaciones de infantería (como se hará más adelante), sino como medio de incursión (y huida) veloz.

Estas innovaciones tienen efectos muy notables en la ordenación territorial. Por un lado, las zonas de colinas y montañas que hasta ahora han permanecido al margen de los hechos históricos relevantes se incorporan al asentamiento estable, con aldeas y pequeñas ciudades. Por otro, vuelven a ser ocupadas con asentamientos agrícolas estables gran parte de las mesetas interiores, que durante el Bronce Antiguo habían estado pobladas y luego habían sido abandonadas. Por último, al territorio ampliado de asentamiento estable se añade una franja marginal, las zonas que atraviesan las rutas caravaneras. En conjunto, la distribución de los asentamientos del Bronce Tardío, con zonas de concentración y extensos espacios vacíos, se transforma en una ocupación repartida por todo el territorio, si bien con distinta intensidad.

Dentro de esta ocupación extensiva del territorio, las unidades de ocupación son más pequeñas. En las regiones occidentales, donde se difunde el nuevo modelo de asentamiento, ya no hay grandes ciudades de decenas de miles de habitantes, como las que a lo largo de la Edad del Bronce habían sido el núcleo privilegiado y central de los sistemas de asentamiento. Las nuevas ciudades de la primera Edad del Hierro son más bien ciudadelas fortificadas y protegidas por defensas naturales, pero con una población más reducida y edificios públicos de modestas dimensiones. La proporción de población ciudadana se reduce mucho, y las aldeas adquieren un nuevo protagonismo, potenciando sus defensas y estructuras en un proceso inverso, de modo que la clara diferenciación entre aldea y ciudad, propia de la Edad del Bronce, se encuentra ahora más atenuada.

En cuanto a los sistemas de explotación territorial, la mayor innovación es el nomadismo «total» de los camelleros, que se añade al nomadismo «cerrado» (o semi-

nomadismo) de los pastores trashumantes de cabras y ovejas. Los dos tipos son muy distintos en cuanto a mecanismo económico, áreas de difusión y relación con las ciudades. Ya conocemos el sistema económico de los seminómadas: pastoreo trashumante de cabras y ovejas, que se combina con la agricultura en una estructura social de «doble morfología». Los seminómadas no son protagonistas activos de la actividad comercial, y si acaso la obstaculizan con sus asaltos. En cambio, se ven implicados en las actividades bélicas, sobre todo como tropas auxiliares reclutadas por los estados ciudadanos. Mantienen una relación de dependencia, conflictiva pero sustancial, con la ciudad. En cambio, los nuevos nómadas «totales» se dedican a la cría de camellos, complementándola con la agricultura intensiva en los oasis (que posteriormente correrá a cargo de esclavos) y, sobre todo, con actividades comerciales y bélicas por cuenta propia. El uso del camello y el control de las rutas caravaneras hace que las tribus nómadas se conviertan en vectores privilegiados del comercio interregional, y, por lo tanto, lo potencien en vez de obstaculizarlo. El hecho de disponer de cabalgaduras rápidas y de gran autonomía les permite dedicarse a una provechosa actividad bélica de correrías y rápidas incursiones en las tierras de los sedentarios, y tratar con los estados ciudadanos desde una posición de fuerza, dados su creciente poderío económico y militar.

También las zonas son distintas. La de la trashumancia pastoral permanece en estrecho contacto con las áreas agrícolas, o mezclada con ellas, de modo que entre los pastores y los labradores se establece una relación lingüística, étnica y política muy estrecha. En cambio, la zona del gran nomadismo sigue siendo exterior, constituye un añadido de la Edad del Hierro al territorio de relevancia histórica, y un tejido conjuntivo que pone en contacto zonas que habían quedado al margen. En este sentido, es típico el caso de Yemen, que por sus condiciones climáticas es capaz de sustentar una cultura agrícola y urbana muy notable, y había permanecido aislado de las grandes rutas comerciales —sus productos (oro, incienso y mirra) llegaban a Oriente Próximo dando un rodeo por Egipto. Con la llegada de la Edad del Hierro, Yemen puede insertarse en los grandes circuitos comerciales y en las relaciones políticas, y lo mismo se puede decir de la franja intermedia del Hiyaz. El caso de las tierras situadas más allá de los desiertos del centro de Irán, al norte (Turkmenia) y al este (valle del Indo) es análogo. Después de la interrupción de unas relaciones que en el III milenio habían sido florecientes, estas regiones habían pasado por una fase de progresivo aislamiento, acentuado por los desplazamientos de población y la decadencia de las grandes civilizaciones urbanas locales. Con la Edad del Hierro se vuelven a dar las condiciones para una mayor integración, primero comercial y luego también política, entre las distintas culturas y ciudades estatales de Asia suroccidental.

Se supone que algo similar se podría decir de las comunicaciones marítimas, pero la documentación específica no lo permite. Parece que en el Mediterráneo la adopción de técnicas más avanzadas (relación velamen-quilla-timón) permitió una navegación más arriesgada que el cabotaje costero, práctica exclusiva de la Edad del Bronce. El fin de los bloques regionales y la búsqueda de los metales occidentales impulsaron la navegación griega y fenicia por el Mediterráneo occidental desde comienzos del I milenio. Algo parecido pudo suceder en el océano Índico, si bien con un régimen de vientos completamente distinto. En este caso, tampoco sabemos a ciencia cierta si el cabotaje estacional, que desde el III milenio conectaba Dilmun, Magan y Melukhkha con el país de Sumer, fue reemplazado, a principios de la Edad del

Hierro, por un sistema más complejo y vasto que uniera el golfo Pérsico y las costas iraníes e indias con Yemen y África oriental, cerrando así el círculo en torno a la península arábiga y enlazando con las redes de tráfico terrestre que pasaban por Egipto, Yemen y Transjordania. Existe la clara impresión de que la llegada de la Edad del Hierro supuso una ampliación de los horizontes y el comercio en todas direcciones, sin precedentes en otras florecientes épocas protohistóricas.

5. El factor gentilicio y el estado «nacional»

La crisis de los palacios y las ciudades, y los avances técnicos en los territorios semiáridos, hacen que aumente el peso político del elemento nómada. Esto es válido tanto para los nómadas camelleros, que ocupan espacios antes inutilizados y son un elemento nuevo, como para los antiguos grupos trashumantes, que ganan en protagonismo e importancia con respecto a su marginación durante el Bronce Tardío. La tribu pastoral es ya un foco de atracción alternativo, frente al odioso palacio real, que en varios casos acaba desapareciendo. Las aldeas van quedando bajo la influencia del grupo pastoral, en un proceso que apenas se puede apreciar a un nivel físico, de asentamientos, ya que el grupo pastoral siempre ha mantenido bases estacionales en las tierras agrícolas y se ha relacionado estrechamente con los campesinos. Pero al desaparecer la subordinación al palacio real, que era de naturaleza sustancialmente fiscal, de los dos elementos residuales el grupo pastoral es el que representa un modelo alternativo de agregación, y las aldeas se integran en él. Así pues, la aldea, que había atravesado por las fases de comunidad autosuficiente, comunidad subalterna del palacio y unidad administrativa, se convierte en clan o subgrupo de la tribu, pasando a formar parte de la estructura tribal como célula de naturaleza gentilicia.

El proceso no es propiamente una «sedentarización» de nómadas o la toma del poder por parte de las tribus, sino un replanteamiento de las relaciones sociopolíticas con arreglo a un nuevo código. Del código administrativo propio del estado palatino de la Edad del Bronce, se pasa al código del parentesco, propio de un nuevo tipo de formación estatal que se difunde con la Edad del Hierro y desemboca en el estado «nacional». Los miembros del estado se reconocen como tales en la medida en que se consideran descendientes de un antepasado epónimo. La «carta fundacional» del estado gentilicio es la genealogía, que relaciona al patriarca mítico con los actuales miembros de la tribu, merced a unas relaciones de filiación y matrimonio cuyo significado preciso se halla en el código genealógico: primogenituras, adopciones, matrimonios y todas las formas de parentesco que significan varios modos y grados de integración sociopolítica. Para integrar las aldeas como clanes de la tribu, el nombre de la aldea se refiere a un epónimo intermedio (hijo del epónimo tribal, descendiente del confederal, antepasado de los familiares), y su colocación depende de las relaciones de descendencia o hermandad con los otros grupos. Las ciudades que quedan suelen ser demasiado grandes e importantes para ser integradas de la misma forma, de modo que su posición se «funda» sobre unas historias en las que los epónimos tribales llegan a acuerdos pacíficos o a relaciones conflictivas, que dan como resultado la situación actual. En general, se hace un uso frecuente de la etiología como carta fundacional para todos los elementos de la realidad política: fronte-

LIBER

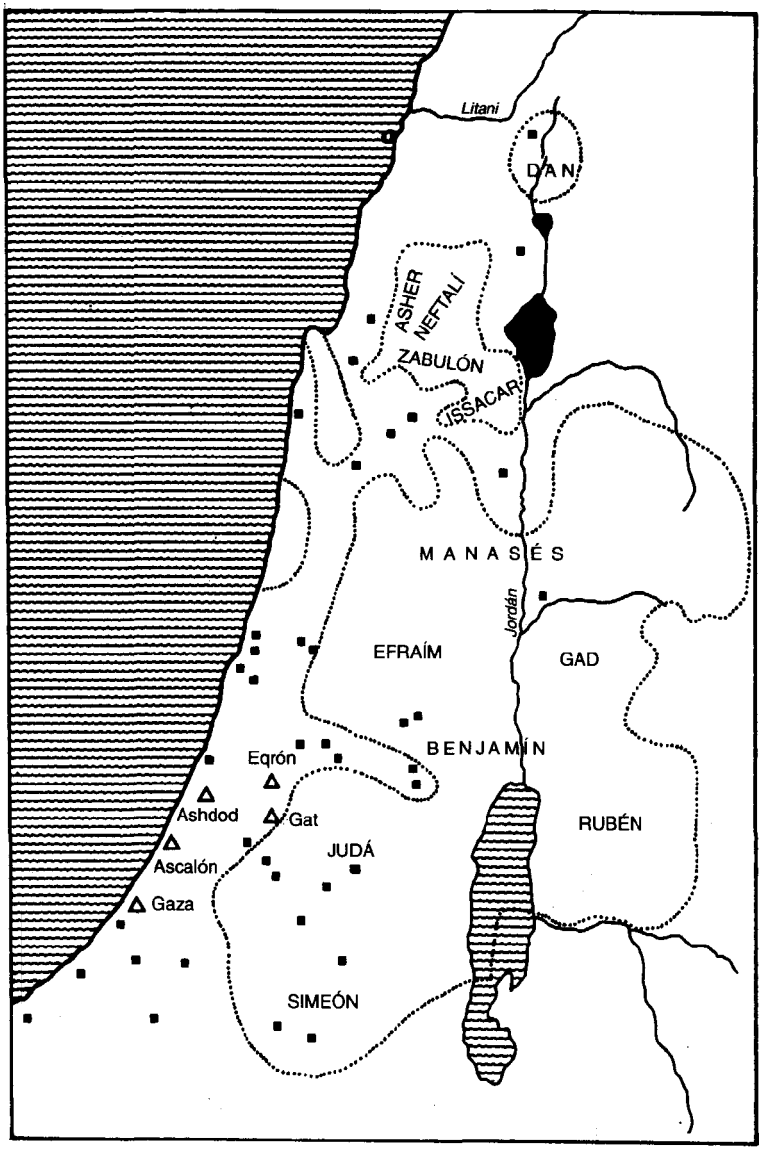
ras con las entidades políticas vecinas, relaciones tradicionales de alianza o rivalidad con ellas, estatuto especial de ciertos grupos o localidades, reconocimiento del carácter común de ciertos cultos, prohibiciones o normas, e importancia de ciertos lugares. Todo ello se basa en historias que explican el origen de las costumbres o las particularidades topográficas de los lugares en los que se practican.

A esta reestructuración en clave gentilicia del sistema político en zonas de antiguos asentamientos hay que añadir la ocupación (o repoblación) de territorios nuevos, donde las nuevas estructuras políticas se establecen en el vacío. El proceso de reasentamiento empieza ya en el siglo XIII en las regiones meridionales de Transjordania, y alcanza un gran desarrollo en los siglos posteriores. En Palestina, los protagonistas de esta ampliación y reestructuración territorial son varios pueblos emparentados lingüísticamente, y relacionados con los anteriores habitantes del Bronce Tardío (cananeos), que ahora se dividen en grupos nacionales. Más al norte, unos procesos análogos desembocan en la formación de los estados arameos, que amplían por el este el territorio ocupado, y reestructuran el territorio agrícola colonizando las colinas.

Los nombres de los nuevos estados nacionales de los cananeos (en el sur) y los arameos (en el norte) delatan su estructura gentilicia, pues suelen ser «Casa de...» seguido del nombre del epónimo; y los miembros de la formación estatal son «hijos de...» seguido del mismo epónimo. Otras veces, la formación estatal tiene un nombre geográfico (de montaña o región), pero siempre se advierte una clara diferencia con la denominación de los estados del Bronce Tardío, que era el nombre de la capital. Éste pasa ahora a segundo plano, dado que la sede del poder no es ya un palacio, sino una estirpe o «casa».

El proceso de paso del estado ciudadano a estado gentilicio, que hemos descrito hasta ahora, está atestiguado en toda la franja siropalestina. En otras zonas hay procesos similares, pero con modalidades y orígenes distintos. Conviene que demos un repaso a estas variantes. Una de ellas sería la zona situada al este del Éufrates, donde perduran los grandes estados regionales (Asiria y Babilonia). En su territorio hay una infiltración masiva de grupos tribales arameos, parte de los cuales ya debieron adentrarse en algunas zonas (Éufrates medio, cuenca del Khabur), para luego avanzar hasta ocupar grandes porciones de la Baja Mesopotamia. Las relaciones entre estos grupos tribales en ascenso y los grandes estados como Asiria y Babilonia no puede seguir las mismas pautas que en el oeste, con los pequeños estados siropalestinos. En el este, las tribus permanecen como cuerpos extraños dentro de la gran formación estatal, que al no poder asimilarlos a su estructura administrativa trata de marginarlos, considerándolos elementos hostiles. De modo que la «sedentarización» de los arameos orientales es mucho más difícil y parcial que la de los occidentales, y no llega a cumplirse su paso de tribu a estado.

Otra variante se localiza en el borde exterior del Creciente Fértil, a lo largo de la cordillera de los Zagros y la meseta armenia. Aquí, a finales del II milenio, todavía no se producen movimientos importantes de población, pero las viejas tribus montañesas empiezan a organizarse, dotándose de formas estatales más estables. Este proceso también es una reacción frente a las agresiones imperialistas de Asiria, Elam y Babilonia, pero tiene lugar con modalidades típicas de la primera Edad del Hierro, con formación de entidades «nacionales» de base étnica, que toman el nombre de un pueblo o región y basan su solidaridad interna en los lazos de sangre, lengua y



△ = pentápolis filistea; ■ = difusión de la cerámica filistea;
····· = zonas de asentamiento de las tribus israelitas

FIGURA 120. Filisteos e israelitas en Palestina (siglos XIII-XII).

LIBER

religión. Aunque se dispone de menos documentación referente a las zonas montañosas que a las mesetas semiáridas, parece que ambos procesos son paralelos y desembocan en la constitución de estados con base tribal, y en la superación de la marginación que habían sufrido durante el Bronce Tardío.

La tercera variante es la organización política de los pueblos recién llegados al área de Oriente Próximo. Su carácter de alógenos con respecto a la población autóctona subraya los caracteres «nacionales» de la lengua, la religión y el origen como determinantes de la pertenencia a la entidad política. Un caso típico son los filisteos, que, pese a su pronta organización en estados ciudadanos siguiendo un claro modelo cananeo, siguen estando fuertemente caracterizados como pueblo, y como pueblo extranjero, recién llegado, que habla otra lengua. Algo parecido debió suceder en Anatolia con la llegada de los frigios. Pero conviene hacer dos observaciones al respecto: la primera es que la documentación disponible sobre la estructura política de los frigios no es inmediatamente posterior a la crisis del siglo XII, sino que aparece mucho después. La segunda observación es que la zona ocupada por los frigios es mucho más extensa y dispersa (coincidiendo, a grandes rasgos, con el centro y noroeste de Anatolia), de modo que su relación con los habitantes anteriores no debió ser sencilla ni unívoca, dando lugar a distintas formas y grados de asimilación. El caso es que también en Anatolia, tras la crisis final de la Edad del Bronce, desaparecen los estados ciudadanos y surgen entidades políticas «nacionales», definidas con nombres de pueblos y basadas, presumiblemente, en la pertenencia a un pueblo determinado: frigios, lidios, carios, licios y otros. En el intento de diferenciar lo viejo de lo nuevo, al menos a escala etnolingüística, se suele recurrir al análisis de los restos lingüísticos de las poblaciones anatólicas del I milenio, situando a los frigios en el nuevo nivel lingüístico, mientras que licios, lidios y carios estarían en continuidad más o menos directa con las poblaciones luvitas del II milenio. Pero es probable que las viejas comunidades y los nuevos grupos atravesaran por procesos de contacto y asimilación que no se pueden reconstruir caso por caso.

Vemos, pues, que con la llegada de la Edad del Hierro el factor gentilicio de claro origen tribal altera de forma radical el tipo de estado. El estado de la Edad del Bronce era territorial. Todos los habitantes de un territorio controlado por un palacio eran sus súbditos. En el interior del estado territorial se pueden hacer dos distinciones significativas: entre ciudad palatina, aldeas agrícolas circunstantes y, eventualmente, grupos exteriores de pastores; y entre los miembros de la organización palatina y los «libres». En cambio, la pertenencia al estado no dependía de la lengua, la religión ni el origen. Las fronteras entre estados estaban determinadas por relaciones de fuerza, de capacidad tributaria, y no por la identidad de las comunidades situadas a un lado u otro de las mismas. Sólo se puede hablar de una conciencia de la identidad nacional en las formaciones mayores («los egipcios», «los asirios», etc.), pero es una identificación que no se opone a otros pueblos, situándolos en un plano de igualdad, sino a todo el mundo exterior, contraponiendo el pueblo central de los «hombres» a una periferia de infrahumanos.

En cambio, el criterio de pertenencia a un estado «nacional» de la Edad del Hierro es la descendencia de un antepasado común, o el parentesco con los miembros actuales. Es evidente que tanto la descendencia como el parentesco se pueden establecer artificialmente, pero eso demuestra que el código gentilicio rige las relaciones políticas. La identidad nacional da más importancia a la comunidad de lengua, reli-

LIBER

gión (el dios de la tribu se convierte en dios nacional), costumbres, formas de vestir, tabús alimentarios, etc., que a la posesión de un territorio (el pueblo puede incluso emigrar). Dentro del estado nacional dejan de tener importancia las distinciones de asentamiento y modo de vida entre ciudadanos, campesinos y pastores, así como entre dependientes del rey y libres, porque los vínculos administrativos y fiscales están momentáneamente debilitados. Al estado palatino, administrativo, fiscal, resultado típico de la primera y la segunda urbanización, le sucede un estado gentilicio, que recupera ciertos valores claramente preurbanos, o más exactamente periurbanos. Es significativo al respecto el caso del ejército y la organización militar. El ejército de la Edad del Bronce (sobre todo del Bronce Tardío) era de especialistas y obligados por prestación. En cambio, el ejército de la primera Edad del Hierro es un «pueblo en armas» que se moviliza por entusiasmo, por decisión autónoma de los grupos gentilicios reunidos en asamblea, y no por imposición administrativa. Sus jefes carismáticos son elegidos y, una vez pasado el peligro, pueden volver a sus anteriores ocupaciones.

LIBER

23. ISRAEL

1. El problema de los orígenes

El caso de Israel es único entre los pueblos del antiguo Oriente, porque sus tradiciones historiográficas se han conservado siempre en el ámbito judío y cristiano. Los descubrimientos arqueológicos y epigráficos del último siglo no han tenido que redescubrir *ex novo* unas realidades históricas de las que se había perdido la memoria, sino que han aportado aclaraciones, que se pueden comparar, en cada caso, con los textos del Antiguo Testamento. Hay que reconocer que las aportaciones arqueológicas y epigráficas a la reconstrucción de la historia de Israel son muy modestas si las comparamos con las referentes a los hititas, egipcios, asirios y sumerios, y que de no ser por el Antiguo Testamento sería muy difícil hacer la reconstrucción de la Palestina preclásica.

El hecho afortunado de que se haya conservado la memoria histórica de Israel, debido a su carácter de «libro sagrado» para el judaísmo y el cristianismo, ha creado dificultades para el uso crítico de los documentos, que hasta fechas recientes han sido considerables, y todavía hoy obstaculizan la aproximación crítica normal. Para los creyentes, este *corpus* de textos tiene el valor de «verdad» revelada por Dios a través de agentes humanos, lo que no permite poner en duda el contenido histórico de los libros «sagrados». Durante muchos siglos, el enfoque historiográfico occidental ha estado como paralizado frente al carácter de verdad revelada que la religión atribuía a las memorias históricas de Israel, y hoy la paralización se mantiene en los ambientes judaicos tradicionalistas y católicos y protestantes fundamentalistas. De manera inconsciente o indirecta, también condiciona a los estudiosos «laicos».

En particular, a menudo se ha recurrido a comparar las historias del Antiguo Testamento con las evidencias de la arqueología y los textos extrabíblicos, en una búsqueda generalmente arbitraria de confirmaciones (o, al contrario, de contradicciones). La contradicción entre un relato «verdadero» y un dato arqueológico «real» puede llevar a un callejón sin salida. Pero los relatos bíblicos suelen ser elaboraciones historiográficas posteriores de los hechos narrados (con frecuencia muy posteriores), no sólo basadas en datos indirectos e inseguros, sino, sobre todo, motivadas por unos fines precisos de su tiempo. Por eso hay que remitir los textos bíblicos a la época, los ambientes políticos y culturales, y los problemas que indujeron a su redacción. Es posible que estas reconstrucciones historiográficas conserven un valor documental o unos datos fiables, aunque no resulta fácil comprobarlo (después de «limpiar» las noticias de las incrustaciones políticas y religiosas de épocas posteriores a su redacción final). En cambio, el material extrabíblico puede tener un uso más

inmediato, al ser contemporáneo de los hechos y tener unas motivaciones más obvias.

Estas dificultades son más evidentes cuando aparece el problema de los orígenes. Los relatos bíblicos se escribieron en épocas demasiado alejadas de los tiempos que se reconstruyen, y las fuentes extrabíblicas (sobre todo arqueológicas) son poco explícitas para esta edad en que la documentación escrita escasea, debido a las turbulencias sociopolíticas. En cuanto al relato bíblico, el afán de autoidentificación nacional, promoción política y justificación religiosa se centra sobre todo en la cuestión de los orígenes, deformando más de lo habitual su relación con la realidad histórica.

Las líneas maestras del cuadro arqueológico y contextual se pueden resumir así: cae el imperio egipcio, que había dominado Palestina desde mediados del siglo XVI hasta comienzos del XII. Empieza para los pueblos locales un periodo sin dominación extranjera. Los filisteos ocupan parte del vacío que han dejado los egipcios, tratan de hacerse con el control de las ciudades cananeas y lo consiguen en la costa y en los valles (Yezreel y Jordán medio). En cambio, las colinas quedan fuera de su alcance. En las colinas y montañas de Cisjordania, así como en las mesetas semiáridas de Transjordania, hay un proceso de colonización característico de la primera Edad del Hierro: rozas, bancales, aprovechamiento hidráulico de los uadis, excavación de pozos, construcción de aljibes y proliferación de aldeas y pequeñas ciudades fortificadas. Este es el elemento nuevo, aportado por los pueblos de origen tribal y pastoral (ante todo por los israelitas). La crisis de los palacios reales hace que los fugitivos sean atraídos por la tribu. Existe una probable conexión etimológica entre la designación de los refugiados (*ḥabiru, 'br/'pr*) y el nombre de los hebreos (*'br*), que para los ciudadanos cananeos eran unos fugitivos sin raíces sociopolíticas.

A escala regional es difícil deducir arqueológicamente la forma en que los microsistemas de asentamientos se unen para formar organismos políticos. Como herencia del pasado, tenemos las ciudades residuales cananeas. No todos los palacios fueron destruidos y, en cualquier caso, no todos lo fueron al mismo tiempo, pero la escasez de estructuras administrativas es evidente. Como elemento nuevo, tenemos las zonas de colonización, las aldeas nuevas y las ciudadelas de los montes, resultado de la «sedentarización» de grupos pastorales. El sistema guarda un equilibrio complejo, sin un centro de poder que lo unifique (aparte del intento filisteo). Ateniéndonos a las fuentes bíblicas posteriores, es posible que hubiera coaliciones de tribus (como las que se conocen desde el Bronce Medio), y que se firmaran acuerdos entre tribus y ciudades para regular unos derechos de pastoreo, matrimonio y comercio. También es posible que las tribus de las tierras altas cisjordanas tuvieran un sentimiento precoz de la unidad nacional, a diferencia de otras entidades que se iban perfilando al oeste (filisteos) y al este (amonitas).

Esta época premonárquica en la que se forma la entidad etnopolítica «Israel» es donde su propia tradición historiográfica sitúa todas las historias que poseen un valor «fundador» de las realidades y problemas posteriores. Ante todo, se forma el árbol genealógico que sirve de «carta fundacional» de las relaciones intertribales. De un solo tronco salen los patriarcas epónimos de la unidad nacional (Abraham, Isaac, Jacob), los epónimos de las tribus (los doce hijos de Jacob, con una delimitación artificial que relega a otros grupos a posiciones inferiores), y por último todos los epónimos de los clanes-aldeas, hasta llegar a los cabezas de familia, con los que empieza el árbol genealógico familiar. Las genealogías van acompañadas de todas las historias etiológicas que explican el porqué de ciertos ritos, confines o institucio-

nes, y que naturalmente debemos situar en la época de su formulación (distinta según los casos).

Pero también intervienen hechos específicos de la época en que fueron escritos los textos, que deforman sustancialmente el cuadro. Por ejemplo, en el relato de las vicisitudes finales del destierro en Babilonia y la vuelta del exilio. Para justificar el regreso de los desterrados y sus pretensiones territoriales frente a los grupos que habían permanecido en Palestina, se acredita la historia «fundadora» de las tribus israelitas que inmigran desde el exterior en una época remota, con la presencia primordial de los patriarcas. Éstos, que se mueven por un territorio del que sólo una mínima parte les pertenece, reciben la promesa divina de convertirse en un pueblo numerosísimo y ocupar todo el país. Luego viene el primer destierro (en Egipto) y un éxodo y regreso a Palestina (situados en el siglo XII), que sirven para configurar el destierro y el regreso de la edad histórica (es decir, de los siglos VII y VI). La conquista de Josué (adobada con historias sumamente etiológicas como la conquista de Jericó, que en esa época llevaba siglos abandonado) sirve para justificar el hecho de que los regresados del exilio en Babilonia se apoderen del país. Los cananeos, que habitan en el territorio, pero sin ningún derecho a estar ahí, porque la promesa divina les condena al exterminio, sirven para prefigurar a los «samaritanos» y a otros que se quedan: para los israelitas de regreso son ocupantes extraños. Toda la historia del éxodo y la conquista, del origen exterior y la relación con las poblaciones autóctonas, es una construcción «fechada» claramente por los problemas del siglo VI, y no tiene nada que ver con los del XII.

Otro elemento claramente fechado (por las polémicas a favor y en contra de la monarquía que lo acompañan) es la aparición de un periodo de los Jueces, «cuando no había rey en el país y cada cual hacía lo que le parecía». Esta edad de los Jueces, magistrados tribales no hereditarios, sucedería a la época de las monarquías cananeas (destruidas por Josué), antes de la aparición de la monarquía israelita de Saúl y David. La época no monárquica de los Jueces es objeto de polémica entre quienes ven en ella un estado de debilidad y caos político, y quienes proyectan en ella sus ideales de libertad, igualdad y falta de opresión fiscal y administrativa. Este conjunto de materiales también está muy marcado por los problemas del periodo posterior al exilio, cuando ya no había monarquías y se planteaba el dilema de auspiciar su vuelta como requisito para un renacimiento nacional, o la consolidación de otras formas de gobierno. En los siglos XII y XI no existió una verdadera «edad de los Jueces», tal como se describe en el libro bíblico homónimo. En Palestina siempre hubo reyes, residuos de los antiguos reinos ciudadanos cananeos, y los gobiernos tribales mantenían con ellos una relación conflictiva, pero no como su alternativa. Algunos de los relatos del Libro de los Jueces poseen un carácter claramente mítico, y más que noticias históricas transmiten valores ético-religiosos. Naturalmente, el libro puede recoger también algún dato histórico auténtico, e incluso trozos sueltos muy antiguos (sobre todo poéticos).

Un tercer bloque de elementos anacrónicos se debe a la proyección hacia atrás en el tiempo de la situación religiosa característica de la época más tardía (inmediatamente anterior al exilio, y luego posterior a él), situándola en los orígenes. Se atribuye a Moisés la fundación del yahvismo como religión revelada (ya perfecta en su forma final), en el periodo de formación, antes incluso de la llegada de la tribu de Israel a Palestina. El pueblo de Israel habría hecho su entrada en la tierra prometida

LIBER

dotado de una impecable organización sociopolítica, como coalición de tribus con magistrados comunes, pero también como comunidad religiosa de devotos de Yahvé, dios nacional y exclusivo, en régimen de rígido monoteísmo. En realidad, las cosas acabaron siendo así con el paso del tiempo, y después de atravesar por etapas cruciales, como las reformas religiosas de Ezequías y Josías (siglo VII) y, sobre todo, la comunidad posterior al exilio, en la que el principal elemento de cohesión social era la fe religiosa, tras la desaparición de las estructuras políticas.

En cuanto al «pacto» (*berît*) entre Yahvé y su pueblo, que funda la comunidad nacional y religiosa en la época de Moisés y Josué, pese a su artificiosidad y anacronismo, puede haber recogido tradiciones muy antiguas. Algunos elementos parecen encajar bien en el ambiente social del Bronce Tardío, mejor que en la época neobabilonia o persa. Se ha observado que el pacto entre Yahvé y su pueblo, en su aspecto formal, recuerda a los que sellaban grandes y pequeños reyes en el Bronce Tardío. La sustitución del gran rey terrenal por la divinidad, y del pequeño rey por el pueblo, serían elementos de una polémica sociopolítica voluntaria, que podemos atribuir a grupos extrapalatinos (refugiados, pastores). De esta manera expresarían sus aspiraciones a un ordenamiento sociopolítico más justo, poniendo la voluntad popular y su hipóstasis divina en el lugar de los firmantes palatinos, que no merecían su confianza. Se podría observar que los aspectos de la legislación social abordados en los pactos mosaicos también son polémicos con las soluciones vigentes en el Bronce Tardío. A la servidumbre por deudas se contraponen la prohibición de esclavizar a los compatriotas y la liberación periódica de los siervos —remozando unos procedimientos paleobabilonios que en este caso, a falta de reyes que promulguen los edictos, adquieren un ritmo septenal constante (año sabático). A la enajenación de tierras se contrapone su recuperación periódica por las familias (jubileo). A la captura y entrega de fugitivos, la obligación de acogerlos y no entregarlos. Al préstamo con interés, una prohibición de la usura bastante utópica. En cualquier época se podían haber imaginado unas normas tan artificiosas como estas, pero llama la atención el hecho de que los elementos «revolucionarios» que marcan el paso del Bronce Tardío a la primera Edad del Hierro se centran sobre todo en el problema de la servidumbre por deudas, y sobre una explotación excesiva de las clases bajas, algo que procura remediar la legislación mosaica. Es muy difícil localizar elementos que se puedan atribuir sin ningún género de dudas al siglo XII en un bloque documental cuya redacción tuvo una larga y agitada historia, y que en sus líneas maestras se remonta al siglo VI y más atrás.

2. El estado unitario

La historiografía israelita sitúa en el periodo de los Jueces la consolidación de la nueva entidad etnopolítica (coalición de tribus), que se formó en las tierras altas cisjordanas y en parte de la meseta transjordana: su lucha contra las ciudades-estado cananeas y otras entidades ascendentes (vistas como fases de «opresión», para castigar los pecados del pueblo, y fases de «liberación», tras el perdón divino), la aparición de magistraturas colegiadas o individuales temporales, la experimentación de procedimientos de decisión no burocráticos (oráculo, suertes) y, por último, la progresiva formación de un estado monárquico de nuevo tipo, con los primeros intentos

de implicar al elemento tribal en formas de poder centralizado (Jefté, Gedeón, Abi-Melek).

Mientras tanto, y como resultado de procesos análogos, en Transjordania aparecen otras entidades nacionales, como los amonitas al este del Jordán medio, los moabitas al este del mar Muerto o los edomitas más al sur. Y más allá se encuentran las tribus de camelleros (madianitas y amalecitas), habitantes de la nueva franja de nomadismo «total» y capaces de penetrar hasta Cisjordania con sus incursiones *rápidas y mortíferas.*

El paso del relajado periodo de los Jueces, con su fuerte herencia tribal, a la monarquía unida, en la que reaparecen ciertos aspectos del sistema palatino, está personificado por Samuel y Saúl (*c.* 1000). La investidura de Saúl es similar a la de los Jueces por la ocasión en que se realiza (necesidades bélicas) y su forma (designación divina a través de un profeta y aclamación popular), pero su autoridad posee un peso y unas implicaciones muy distintos. Estamos en un momento en que la coalición de tribus, unida por la comunidad de sangre y culto y el enfrentamiento a los reinos ciudadanos, aúna tribus y ciudades y su razón de ser ya no es la oposición al orden establecido, porque ella misma es ese orden. Entonces la autoridad debe adquirir consistencia, continuidad, funciones múltiples. La historiografía posterior idealizará el problema en el diálogo entre el profeta-juez Samuel y el pueblo, acerca de si es conveniente la restauración monárquica. Samuel recuerda las vejaciones y abusos de los reyes cananeos, que provocaron la formación de la coalición, pero el pueblo aspira a un nuevo tipo de realeza: el rey como juez de su pueblo, como jefe en las guerras del pueblo, como expresión misma de su individualidad política.

En la pequeña corte de Gabaa (aldea de montaña), con la ayuda de un círculo militar de extracción familiar (su hijo Jonatán, su primo Abner y su escudero David), Saúl cosecha varios éxitos frente a los amalecitas y amonitas en el este, y frente a los filisteos en el oeste, logrando que las tribus se unan en un organismo sólido. Más preocupados por esto que por las derrotas concretas, los filisteos organizan una contraofensiva, que culmina con la batalla de Gelboé. Saúl, vencido, se mata, y toda Palestina cae en manos de los filisteos. Pero no se vuelve a la desorganización política anterior, ya que las tribus del norte (Israel) reconocen como rey a Ish-Ba'al, hijo de Saúl, mientras que el sur (Judá) es el núcleo de un reino formado por David, *probablemente en connivencia* con los filisteos, que ven con buenos ojos la división. Pero a la muerte de Ish-Ba'al los ancianos de las tribus proponen a David que reine en todo Israel, y le coronan en Hebrón. La reacción filistea es tardía e ineficaz, y David logra arrinconarles en la costa, haciéndose con el control de la zona montañosa donde hay una mayor presencia israelita.

David (1000-960) es un hito decisivo en el terreno institucional. La base del reino no es sólo la coalición de tribus, pues se añaden otros elementos para formar un conjunto que se mantiene unido gracias a la contigüidad territorial y la obediencia a un solo rey. Supone la vuelta del estado territorial, pero con dos diferencias. La primera es el tamaño, pues el estado davídico abarca toda Palestina, que había permanecido dividida en ciudades-estado. La segunda es la permanencia del carácter nacional, con un elemento principal (Israel) que tiende a asimilar a los demás elementos, ajenos a él (ciudades y tribus menores). Esta superación del estado tribal se lleva a cabo gracias a una política de consolidación y expansión militar muy notable. A los dos núcleos de Judá e Israel se suman la ciudad-estado de Jerusalén, que

LIBER

CUADRO 18. Palestina y Siria meridional, *c.* 1000-600.

	Judá		Israel		Tiro		Biblos		Damasco		Hama	
1000							Ahiram	*c.* 1000	Hadad-'ezer			
		David	*c.* 1000-960				Itto-Ba'al	*c.* 975	de Soba	*c.* 970	Toi	*c.* 970
					Hiram I	976-930	Yehi-Milk	*c.* 950	Rezon	*c.* 950		
950		Salomón	*c.* 960-920		»							
	Roboam	922-915	Jeroboam I	922-901	»		Abi-Ba'al	*c.* 925	Hezyon			
	Abiya	915-913			»		Eli-Ba'al	*c.* 915	Tab-Rimmon			
	Asa	913-873	Nadab	901-900	»		Shipit-Ba'al I	*c.* 900				
900			Baasa	900-877	»				Bar-Hadad I	*c.* 900-875		
	Josafat	873-849	Zimri	876	Itto-Ba'al	891-859						
			Tibni	876-873	»				Adad-idri			
			Omri	876-869	»				(Bar-Hadad II)		Urkhilina	*c.* 850
850	Joram	849-842	Ajab	869-850	Ba'al-manzer	*c.* 840				*c.* 855-845	Uratamis	
	Ocozias	842	Ocozias	850-849								
	Atalía	842-837	Joram	848-842								
	Joás	837-800	Jehú	842-815					Haza-El	*c.* 845-800		
			Joachaz	815-801							Zakir	*c.* 800
800			Joás	801-786					Mari (Bar-Hadad III)			
	Amasías	800-783								*c.* 800-780		
			Jeroboam II	786-746					Khadyanu	*c.* 780-750		
	Osías	783-742										
750									Rakhyanu	*c.* 750-730	Eni-Ilu	*c.* 740-730
	Ajaz	735-715	734 Dor, Megiddo, Galaad		Hiram II	*c.* 740	Shipit-Ba'al	*c.* 740	732 Damasco		732 Hatarikka	
			provincias asirias		Mitinnu	*c.* 730			provincia asiria		provincia asiria	
			722 Samaria								Yaubi'di	*c.* 720
	Ezequías	715-686	provincia asiria								720 Hama	
					Luli	*c.* 700	Uri-Milk	*c.* 700			provincia asiria	
700	Manasés	686-642			Ba'al	*c.* 675-600	Milk-ashap	*c.* 670				
650	Amón	642-640										
	Josías	640-609										
	Joacaz	609										
	Joaqim	609-598										
600	Joaquín	597			Itto-Ba'al	?-574						
	Sedecías	597-586			Ba'al	574-564						

David conquista y convierte en capital (ajena al sistema tribal, y por lo tanto «neutral»), y a continuación varios territorios aledaños, vinculados de alguna forma a la persona del rey —Edom es anexionado directamente, Amón en régimen de unidad personal y Moab sujeto a tributo. David mantiene a raya a los arameos, en el noreste, y a los filisteos en el suroeste. La tradición, exagerando la extensión de su reino (que pronto se convertirá en un modelo y punto culminante de la gloria nacional) habla de una guarnición en Damasco y un homenaje del rey de Hama. Los éxitos militares y políticos de David inducen a soñar con un Israel que se extienda desde la frontera con Egipto hasta el Éufrates, sobrepasando con mucho los límites de la tierra prometida y de los territorios realmente habitados por las tribus israelitas. Aunque estos horizontes no pasan de ser una utopía, lo cierto es que el reino de David ocupa una posición preponderante en el área siropalestina del siglo X.

Empiezan las construcciones de prestigio, se forma una clase de funcionarios administrativos y una milicia mercenaria, distinta del ejército reclutado entre las tribus, y vuelve a darse una situación en la que el núcleo del estado está representado por el palacio y sus dependientes, mientras el resto de la población es marginado de la política y relegado a fuente de impuestos, contribuciones y trabajo. Este aspecto se acentúa con Salomón (*c.* 960-920), hijo y sucesor de David, que sube al trono encabezando un grupo de presión dentro de la corte, enfrentado a otros grupos de presión (con sus respectivos candidatos). La autoridad divina y popular sólo están llamadas a ratificar, no a determinar. Con Salomón, el estado creado por David entra en su fase de madurez. Ya no son necesarias las guerras ni la política expansionista (más bien hay pérdidas territoriales, especialmente por el despertar de Damasco). Las relaciones políticas se basan, sobre todo, en la diplomacia. El emparentamiento con Egipto confiere un gran prestigio. Florece el comercio, en asociación con los fenicios de Tiro, y se potencia la ruta comercial con el sur de Arabia, de donde llegan el oro y el incienso. Primero hay un intento de recorrer la antigua ruta marítima, que fuera monopolio egipcio, con expediciones que zarpan del puerto de Esiongaber y atraviesan el mar Rojo hasta Ofir. Después se establecen contactos a lo largo de la ruta caravanera abierta gracias al uso del camello, que enlaza Transjordania con Yemen. La visita de la reina de Saba a Jerusalén posee tintes novelescos, pero su trasfondo comercial y diplomático es histórico.

Las grandes obras públicas, iniciadas con David, reciben un gran impulso con Salomón. Se concentran sobre todo en la capital, donde se construye un gran palacio real y un templo de Yahvé, que al principio debió tener dimensiones modestas y ser una dependencia del palacio. En la época salomónica el sacerdote es un dependiente del rey, y el culto en el templo palatino es una expresión oficial, que en nada se diferencia de otros cultos en otras ciudades del país. Los hechos posteriores harán que el templo salomónico alcance una preponderancia absoluta en el territorio, y una independencia y autoridad incluso superiores a las del palacio real. Pero se trata de anacronismos evidentes. La descripción analítica de la construcción y el mobiliario del templo salomónico es, en realidad, un modelo con vistas a la construcción del «segundo» templo. Además de construir monumentos en Jerusalén, Salomón organiza centros administrativos y militares descentralizados (con almacenes, establos y fortificaciones), utilizando para ello grandes recursos.

Para hacer frente a la nueva situación financiera del palacio y el estado, el reino es dividido en doce distritos fiscales que engloban tanto ciudades como tribus, a ca-

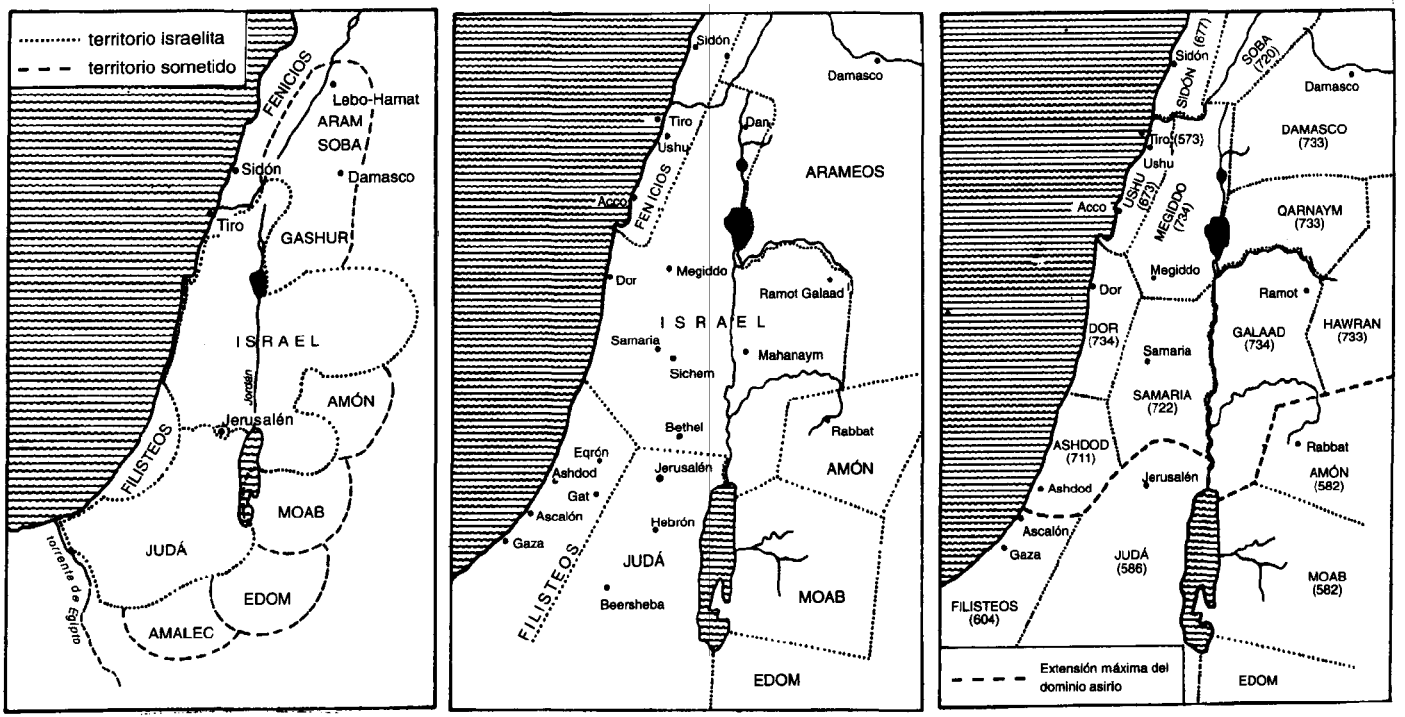


FIGURA 121. Palestina en la Edad del Hierro. *Izquierda*, el reino de David (siglo X). *Centro*, el mosaico político de los siglos IX-VIII. *Derecha*, las provincias asirias y babilonias (siglos VII y VI).

naneos y a israelitas. A todos por igual se les pide una contribución en bienes y trabajo a la que ya estaban acostumbrados los campesinos y los ciudadanos, pero no las tribus, que se adaptan mal a ella. Aparecen, sobre todo en el norte, movimientos rebeldes contra la «casa de David», a la que reprochan haber abandonado la línea de los antepasados, no sólo en la política económica, sino también en la actitud religiosa. En efecto, al culto a Yahvé se ha añadido el culto a otros dioses extranjeros. A la muerte de Salomón los rebeldes desentierran la vieja división entre Judá e Israel, y consiguen que se haga efectiva. Judá, reunido en torno a la capital, permanece fiel a la casa de David, pero el norte se independiza y vuelve a un tipo de monarquía bastante peculiar, siguiendo el modelo de Saúl, sin capital fija, ni continuidad dinástica, ni aparato burocrático y fiscal.

3. El mosaico político

El impulso unificador y expansionista de David y Salomón se agota a la muerte de este último, y empieza otra época de fraccionamiento político, hasta la conquista asiria (desde finales del siglo X hasta mediados del VIII). El mosaico se estabiliza en seis elementos principales: la pentápolis filistea, el reino de Judá, el reino de Israel, los amonitas, Moab y Edom. La pentápolis filistea, después de las campañas de David, debe renunciar a sus aspiraciones hegemónicas en Palestina, pero se mantiene lo bastante fuerte como para conservar su independencia frente al reino de Israel, más extenso, y al vecino reino de Judá. La diversidad filistea, en un área habitada sobre todo por semitas, es cada vez menor, debido a un proceso imparable de aculturación y asimilación lingüística. Desaparecen los elementos culturales de origen egeo (cerámica filistea) y egipcio (sarcófagos antropoides) que habían caracterizado la primera fase de la presencia filistea, y la cultura material se asemeja a la de las ciudades del interior. Todos los nombres personales pasan a ser semitas, y las divinidades poseen nombres locales (Dagon en Gaza, Ashdod y Astarté en Ascalón). Los jefes políticos tienen una designación en lengua filistea (*serānīm*, que se ha comparado con el griego *tyrannos*), pero no sabemos si este liderazgo filisteo era diferente de la realeza cananea, y hasta qué punto. Los demás elementos característicos del sistema sociopolítico (milicias mercenarias, asignación de feudos a los vasallos, etc.) son de origen cananeo. Así, las ciudades-estado filisteas, pese al origen exterior de su clase dirigente, acaban siendo los elementos de mayor continuidad desde el Bronce Tardío, frente al carácter más innovador de los reinos nacionales que se forman en el interior.

Entre estos últimos, el de Judá es formalmente continuador de la gran formación estatal davídica y salomónica, y en su capital, Jerusalén, se levantan un palacio y un templo que se han convertido en una herencia desproporcionada, dada la modesta realidad presente. La continuidad dinástica de la casa de David, y el templo de Yahvé, mantienen un prestigio político y religioso que sobrepasa potencialmente las fronteras de Judá y se extiende a todas las poblaciones israelitas. Pero en la realidad política de los siglos IX y VIII el reino de Judá es una formación secundaria, que mantiene una relación de subordinación o protección con Israel, Damasco (en alianza contra Israel) o, por último, Asiria (en alianza contra Israel y Damasco). En el aspecto económico, el tesoro reunido por Salomón en el templo de Jerusalén es entre-



FIGURA 122. Beersheba, típico ejemplo de pequeña ciudad palestina de la Edad del Hierro. 1: aljibe; 2: calle en anillo; 3: almacenes; 4: puerta; 5: pozo.

gado para hacer frente a la invasión del faraón Sheshonq. Después las ciudades filisteas dejan al reino de Judá sin salida al Mediterráneo, y la independencia de Edom y Moab le corta el acceso a las rutas caravaneras transjordanas, por lo que Judá tiene que conformarse con sus exiguos recursos agropecuarios en los ecosistemas de colinas (montaña de Judea) y semiárido (Néguev) que forman su territorio.

3 El reino de Israel es más extenso. Posee planicies (Yezreel y Jordán medio) y montañas, ciudades y campos, salida al Mediterráneo (zona situada al sur del Carmelo, entre los filisteos y los fenicios) y acceso a las rutas caravaneras transjordanas (Galaad). Es el estado hegemónico de Palestina en el periodo de tiempo que va de la unificación davídica a la conquista asiria. La historia y las instituciones pasan por varias fases. Primero, con Jeroboam I, tenemos la rebelión contra el sistema fiscal de Jerusalén y la formación de un reino de base tribal y representativa (territorio de Benjamín). Luego hay una fase en la que los aspectos no estatales del reino (falta de capital, de dinastía y de administración estable) degeneran en el caos, con una serie de usurpaciones, reinados muy breves y luchas internas. Más tarde hay una fase de normalización con la «casa de Omri» (con los reyes Omri y Ajab), que establece

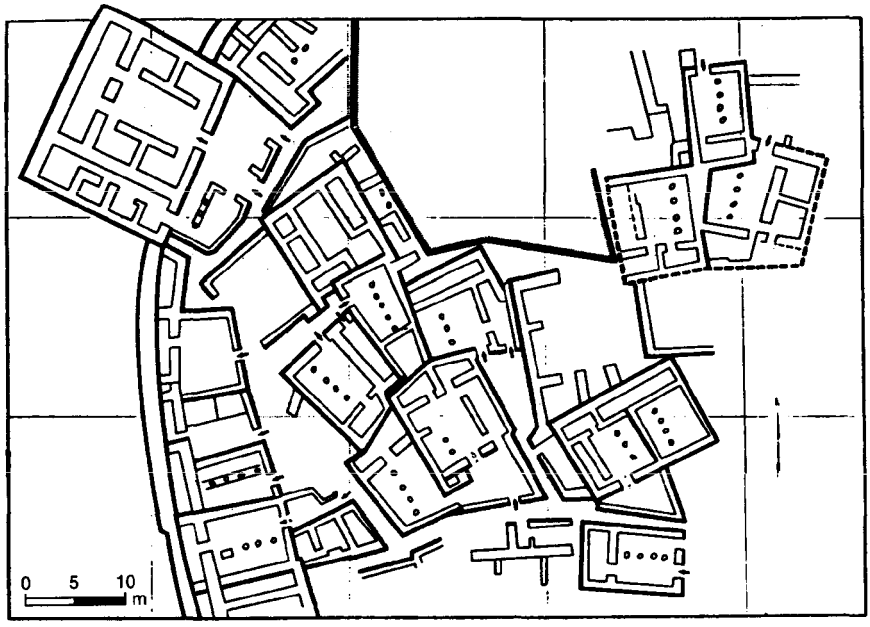


FIGURA 123. Tipo estándar de viviendas en las ciudades israelitas. Tell Beit Mirsim, nivel A, barrio noroeste.

la capital en Samaria, fundación dinástica, dotándola de un palacio y una corte, una burocracia y una administración estatal —con lo que Israel y Judá se igualan, por así decirlo, en el plano organizativo. Los reinados de Omri y Ajab son una etapa de obras públicas, emparentamiento con la casa real de Tiro, actividades comerciales, campañas militares contra Damasco por el control de la región estratégica de Galaad, protectorado sobre el reino de Judá y primeras escaramuzas con los asirios. El reino de Israel es la potencia hegemónica de Palestina, y su elaborada política hace que el origen tribal y antifiscal caiga rápidamente en el olvido, asumiendo todos los caracteres del estado palatino de la Edad del Hierro. Esta rápida transformación origina graves problemas internos entre la actitud más «moderna» de la corte de Samaria y la corriente más tradicional, que se vale de argumentos religiosos y ético-sociales, por boca de «profetas» que acusan a los reyes de idolatría y corrupción. El levantamiento yahvista del general Jehú, que provoca un cambio de dinastía, no es capaz de invertir el proceso de normalización, que prosigue en la misma línea. Pero el peligro asirio es cada vez más acuciante y polariza todas las energías de Israel, que a raíz de la conquista de Siria por los asirios ha quedado en posición de primera línea, y se plantea el dilema entre la resistencia armada y la sumisión.

Los otros tres reinos situados a lo largo de la franja transjordana (Amón, Moab y Edom) tienen escasa influencia en los acontecimientos políticos. Su principal problema es mantenerse independientes. Para Amón la amenaza procede de Israel, y a veces de Damasco. Los amonitas también se implican en las guerras siroefrainitas por el control de Galaad y la «ruta del rey». Moab pasa por una fase de sumisión

a Israel, y en la estela del rey moabita Mesha tenemos la rara oportunidad de comparar la versión israelita de los hechos, transmitida por el relato bíblico, y la moabita, transmitida por la estela —versiones opuestas en el relato de los hechos, pero análogas en sus presupuestos teológicos. En cambio, Edom mantiene una relación de subordinación potencial con Judá, y la proximidad de Egipto le brinda algunas posibilidades de juego político. De los tres reinos transjordanos, Edom es, aparentemente, el más marginal, y el menos fuerte y organizado, pero ocupa una posición estratégica, pues controla las rutas entre Judá y el mar Rojo, y las cuencas mineras de hierro y cobre. Los tres reinos transjordanos poseen una base económica común, con grandes rebaños y, sobre todo, el tránsito por las rutas caravaneras que van de Yemen a Siria. Por eso la riqueza de estos reinos es sorprendentemente mayor de lo que cabría esperar dados sus recursos internos (mayor incluso que la de los reinos cisjordanos), lo que explica que los asirios se interesaran tan pronto por ellos.

En toda esta fase de independencia y pluralismo político, Palestina forma parte de un *continuum* con los estados arameos, fenicios y neohititas, situados más al norte. Si aquí los dividimos por zonas geográficas y entidades etnolingüísticas, es sólo para facilitar la exposición. En el terreno de las relaciones políticas, así como en el de la cultura material, las cortes de Jerusalén, Samaria o de Rabbat 'Ammon apenas se pueden distinguir de las de Tiro, Damasco o Hama. Pero cada vez es mayor la diversificación nacional basada en elementos como la lengua y la elección de divinidades dinásticas o nacionales (Yahvé por Jerusalén, Milkom por los amonitas y Kemosh por los moabitas, lo mismo que Ba'al por Tiro y Hadad por Damasco). Estas entidades estatales y nacionales interactúan durante varios siglos con arreglo a una dinámica interna palestina, al contar con la relativa separación de los imperios circunstantes. Los egipcios hacen su última incursión aislada con Sheshonq, y los asirios sus primeras incursiones con Salmanassar III. Durante todo el periodo comprendido entre 1200 y 750, el trasvase de recursos palestinos al exterior, en forma de tributos o botín de guerra, es ocasional y de poca entidad, y apenas tiene consecuencias sobre la economía local. El periodo goza, pues, de una bonanza económica como no se conocía desde el Bronce Medio.

Obviamente, las relaciones entre los distintos reinos y casas reales son de guerra o alianza. Paradójicamente (pero no demasiado) las alianzas exteriores tropiezan con resistencias y problemas en el interior, que afectan a la cohesión nacional. En cambio, ésta se refuerza cuando hay un esfuerzo bélico. El hecho es que las alianzas entre casas reales pertenecientes a distintos ámbitos nacionales (lingüísticos, religiosos y culturales) crean vínculos entre las cortes pasando por encima de la población común. Estas alianzas se concretan en los matrimonios dinásticos, los intercambios de regalos y especialistas, y la asociación en empresas comerciales. A consecuencia de todo ello, se incrementa la llegada de productos y modas extranjeras, así como la presencia en la corte de personas de lengua y cultura extranjera (en especial, esposas de reyes) y, sobre todo, la penetración de cultos extranjeros. La población, que aprecia más los valores nacionales y religiosos que los productos exóticos, reacciona con condenas, canalizadas por los «profetas», convertidos en portavoces de opiniones exteriores a la corte, y en última instancia contrarias al rey. En los graves problemas relacionados con las guerras regionales, y luego con la actitud a tomar frente al peligro asirio, también se produce un contraste de opiniones dentro y fuera de la corte, que adopta el típico «código» del mensaje profético.

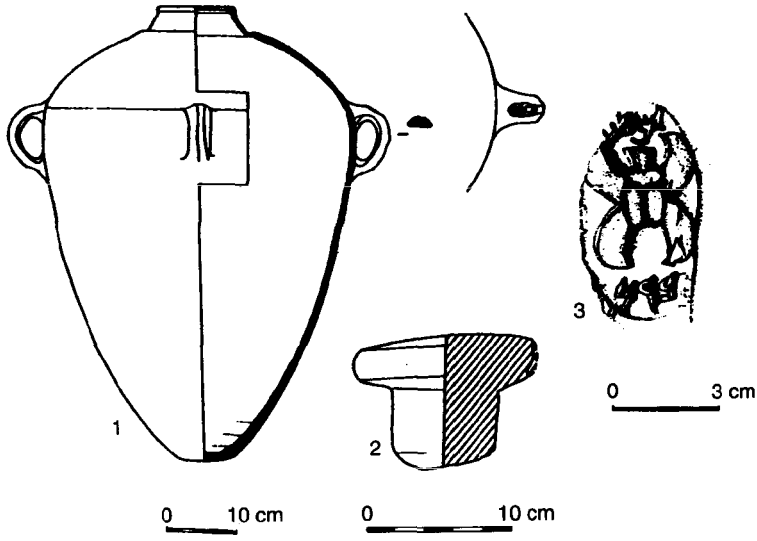


FIGURA 124. Ánfora con tapón y sello real en el asa, reino de Judá (Lakish, siglo VII).

Se da una explicación teológica al resultado de las guerras —tanto la victoria como la derrota, la destrucción propia como la ajena, y la intervención de potencias extranjeras. Se considera que en él intervienen factores ético-religiosos, y no depende sólo del simple enfrentamiento entre potencias militares y económicas. Como ya sucedía en la Edad del Bronce, la guerra es siempre una «guerra santa» librada aparentemente por los ejércitos, pero en última instancia por los dioses respectivos. Las guerras de la Edad del Bronce eran santas en tanto que técnicamente ordálicas, elemento de prueba de la razón y la sinrazón en el debate político y diplomático previo a las hostilidades. En cambio, en la Edad del Hierro las guerras son santas en tanto que enfrentamientos entre divinidades nacionales (mediante sus ejércitos respectivos), que *prevalecen por su fuerza. El enemigo es derrotado no por estar técnicamente en el* error, sino por ser portador del pecado imperdonable de adorar a una divinidad equivocada, por no formar parte del pueblo «elegido». Por eso la guerra es más útil que la paz a la hora de movilizar y consolidar los sentimientos nacionalistas. El pueblo sigue con mucha más facilidad a los profetas de la resistencia a ultranza que a las cortes, partidarias de actitudes más matizadas, oportunistas y realistas.

4. EL IMPACTO DE LOS IMPERIOS

La intervención asiria, factor exterior que al principio interviene en las luchas internas palestinas, es cada vez más intensa, va avanzando poco a poco hacia el sur y cobrando importancia. Ya en 853 Ajab de Israel había dado su contribución a la coalición de estados siropalestinos que habían rechazado al ejército asirio de Salmanassar III. Parecía un episodio ocasional, simple tregua entre rivales habituales uni-

dos contra un peligro, pero en realidad fue la primera escaramuza con una potencia amenazadora, como bien pronto comprobarían los estados más septentrionales. Para Palestina el peligro asirio no se concreta hasta el siglo VIII, cuando el dilema de pagar tributo o soportar incursiones devastadoras se convierte en algo habitual. Normalmente, la conquista pasa por tres estadios: primero, un reino local es sometido a tributo anual; luego —aprovechando que suelen estallar rebeliones— los asirios imponen reyes de su elección a los rebeldes; por último —también con motivo de rebeliones o resistencias— el reino es destruido y reducido a provincia del imperio. En el transcurso de 25 años, de Tiglat-pileser III a Sargón II, pasaron a ser provincias asirias Megiddo, Dor y Galaad (734), Qarnaym y Hauran (733), es decir, todas las zonas exteriores al reino de Israel; luego Samaria (722), el núcleo central de Israel, y por último Ashdod (711).

Los estados palestinos, en vez de coaligarse contra el invasor, aplicaron políticas diferentes (someterse o combatir), tratando de utilizar al invasor para resolver viejas discordias, y siendo utilizados a su vez por él como auxiliares y quintas columnas con el señuelo de participar en los saqueos. Durante este periodo (como más tarde durante la intervención babilonia) las relaciones entre estados y etnias palestinos se deterioraron, como atestiguan las numerosas «profecías» judaico-israelitas contra los pueblos extranjeros. En ellas se aplaude la destrucción de los demás como demostración de sus culpas, se lamenta que los demás se aprovechen de las desgracias propias, y el invasor imperial aparece como un instrumento divino de destrucción o castigo.

En el interior de los reinos también se debate sobre la estrategia a seguir. Hay quien propone una resistencia a ultranza, mientras que otros sugieren la sumisión (aun a costa de ser tachados de filoasirios, y más tarde de filobabilonios). Dada la superioridad del ejército asirio sobre las fortificaciones palestinas, se puede decir, *a posteriori*, que la política de sumisión (practicada sobre todo por Judá) sirvió, al menos, para conservar unas migajas de autonomía, mientras que la resistencia armada (practicada sobre todo por Samaria) condujo rápidamente al desastre. En cualquier caso, a los estados sureños (Judá, Edom y Gaza) les resultaba más fácil resistir, al encontrarse más alejados y respaldados por Egipto. Jerusalén pudo aguantar un duro asedio (701), aunque perdió parte de sus territorios exteriores.

La conquista asiria no es un fenómeno exclusivamente político y militar, y acarrea importantes consecuencias en el terreno económico y demográfico. Palestina había pasado por periodos, a veces prolongados, de sumisión a imperios exteriores (en particular a Egipto, durante todo el Bronce Tardío), sin consecuencias demasiado dramáticas, porque la destrucción y las formas de explotación no eran muy graves, y se respetaba la autonomía local. Pero, con los asirios, el pago periódico de fuertes tributos supone una pérdida importante de riqueza para los limitados recursos de la región. Aunque es la devastación de las cosechas, la tala de árboles cultivados y la destrucción de las aldeas agrícolas y de las obras de irrigación o los bancales lo que asesta los golpes más duros a la economía palestina. Las matanzas y deportaciones diezman la población y tienen una fuerte incidencia en los ámbitos técnico y cultural. Los destierros afectan sobre todo a los habitantes de las ciudades, mientras que los «pobres de la tierra», los campesinos, permanecen en el campo, asolado por las incursiones enemigas. La despoblación está acompañada del desánimo y la aculturación. Las ciudades ya no son sedes de dinastías locales, con sus exigencias

de ostentación y acumulación (que estimulan la artesanía local y el comercio), y sus efectos sobre la unidad y el espíritu nacional. Se han convertido en sedes de gobernadores asirios, administradores asirios, guarniciones asirias, cultos asirios, simples «terminales» de un complejo mecanismo de centralización de recursos enfocado al desarrollo de las capitales imperiales y a la repoblación del campo asirio.

El proceso afecta a toda Palestina, pero en Judá el momento crucial de la reducción a provincia se retrasa bastante (también en Gaza, Moab y Edom), gracias a su situación más apartada y al apoyo egipcio. A veces, en lugar de la política prevaleciente, de sumisión, se aplica otra más atrevida que aprovecha la situación internacional (apoyo egipcio, dificultades de Asiria en el frente babilonio) para reivindicar una independencia con connotaciones religiosas, como la reforma del culto. El pueblo hebreo y sus representantes políticos esperan mejorar su suerte política si su fidelidad a Yahvé es más rigurosa. En cambio, cuando acecha el peligro, no falta quien ve en ello una consecuencia de las vacilaciones religiosas. Se produce un episodio significativo con Ezequías (715-687), que reorganiza el estado y el culto, fortifica Jerusalén y resiste el asedio de Senaquerib (701), evitando la ruina total, pero perdiendo gran parte del territorio. Y se produce otro episodio todavía más notable con Josías (640-609), que realiza una política de reconstrucción nacional aprovechando la caída del imperio asirio, breve paréntesis en el que la franja siropalestina está disponible políticamente, antes de que se decida la lucha entre los babilonios, que penetran por el norte, y los egipcios, que lo hacen por el sur. Josías recupera momentáneamente los antiguos territorios israelitas, y sueña con restaurar el reino davídico. Con él la identificación del estado con el dios nacional alcanza un nivel bastante consciente. Su política religiosa es beligerante con los cultos no yahvistas. Pero el paréntesis es corto, y Josías encuentra la muerte luchando contra los egipcios.

Pocos años después, los babilonios consiguen lo que no habían logrado los asirios: Nabucodonosor toma Jerusalén una primera vez, reduciéndolo a la condición de reino vasallo (597), y una segunda vez poniendo fin a la autonomía local (586). Destruye el templo de Salomón, derriba las murallas y destierra a Babilonia a la clase dirigente. Lo mismo sucede en Gaza, Amón y Moab. Los babilonios no destierran a tanta gente como los asirios. En el segundo caso, tenemos las cifras de 27.290 desterrados de Samaria, y 200.150 de Judea en 701. En cambio, parece que en 597 son desterradas 3.000 personas de Jerusalén, y 1.500 en 586. Pero, a diferencia de los asirios, los babilonios no repueblan los campos devastados con desterrados de otras zonas, ya que a todos los concentran en la zona de Babilonia. Por eso, mientras los campos del norte (Israel y estados arameos) son colonizados por una mezcla de campesinos residuales e inmigrantes, los del sur (Judá) quedan medio vacíos, aunque más homogéneos étnicamente. Y mientras los desterrados a otras zonas asirias se mezclan (incluso por la fuerza) con las poblaciones locales, los exiliados hebreos en Babilonia mantienen su cohesión y particularidad, con su propio rey, también desterrado, pero reconocido como tal. Además de las diferentes duraciones de los exilios, la diversidad de los sistemas de explotación y aculturación también deja sentir sus efectos. El sistema asirio es enormemente eficaz a la hora de igualar etnias y culturas. El babilonio es más suave y permisivo, pero también se desinteresa más por la situación de las regiones conquistadas. A raíz de la conquista asiria (segunda mitad del siglo VIII), y culminando bajo el dominio babilonio a mediados del siglo VI, la población palestina cae en picado, llegando, probablemente, a su nivel más bajo de toda la edad preclásica.

En el vacío político y demográfico que se crea sobre todo en el sur y en Transjordania también se producen desplazamientos de población. Los edomitas pasan de su antiguo emplazamiento (al este de la llanura de 'Araba) a la parte meridional del antiguo reino de Judá, en la zona de Hebrón y Beersheba, que desde entonces se convierte en la clásica Idumea. En toda la franja situada al este del Jordán hay una penetración cada vez más acentuada de poblaciones de lengua árabe, en su origen tribus de camelleros, que se van estableciendo y ocupando los centros urbanos y caravaneros a medida que son abandonados por sus anteriores poblaciones. En cambio, como consecuencia de las deportaciones de los asirios, hay una penetración de grupos de lengua aramea, sobre todo en el norte. Estos grupos proceden de otras zonas de Siria central y septentrional, Alta Mesopotamia y Caldea.

Los desterrados introducen sus divinidades y costumbres, ajenas a la tradición del país de destino, aunque acaban fundiéndose con los restos de la cultura local. En Palestina, sobre todo en el norte, hay una población mixta y bastante pobre culturalmente, formada por campesinos indígenas y grupos alógenos de deportados, sin clase dirigente (salvo la asiria provincial), que hablan el arameo y en el terreno religioso tienden al compromiso y al sincretismo. En cambio, los núcleos de desterrados palestinos, especialmente los judíos, cultos y conscientes (al tratarse de miembros de las clases dirigentes del palacio y el templo) tratan de conservar en su exilio babilonio la pureza de su lengua, sus costumbres y su religión, para evitar ser asimilados por el mundo que les rodea, sin darse cuenta de hasta qué punto este rigor y este aislamiento son hechos nuevos e insólitos. Estos núcleos de exiliados consideran que son ellos, y no los campesinos que han quedado en Palestina, los supervivientes del desastre nacional de su pueblo. Para ellos Palestina, y en especial Jerusalén, sigue siendo su tierra, preñada de valores simbólicos que van mucho más allá de la realidad concreta. Cuando vuelven del exilio (primera época persa) tratan de recuperar estos valores, sin percatarse de que están dando origen a algo completamente distinto e innovador.

Justo cuando el «rodillo» de los imperios universales reduce Palestina a una sustancial uniformidad, privándola de sus centros originales de producción cultural e identidad política, se dan las condiciones para la aparición de «fronteras invisibles» (pero no por ello menos marcadas) en el tejido social y étnico, basadas en las formulaciones teológicas, las convicciones y el comportamiento personal.

5. La originalidad religiosa

El principal legado de la antigua cultura de Israel es la religión monoteísta, que se ha transmitido hasta nosotros, tanto en su rama directa del judaísmo como en la colateral del cristianismo. Nuestra cultura ha estado marcada durante mucho tiempo, y todavía lo está, por la «unicidad» de la experiencia religiosa de Israel. La conciencia de unicidad y diversidad de los descendientes del pueblo de Israel les ha llevado a resistirse a cualquier tipo de asimilación, algo que no tiene igual en un plazo tan largo. Si dejamos a un lado (desde una posición laica) la explicación teológica del «pueblo elegido», se impone una explicación de carácter histórico.

Una explicación histórica de la unicidad (con la consiguiente «normalización» del problema) debe evitar, ante todo, la antedatación anacrónica, en virtud de la cual

lo que es, sencillamente, posterior se convierte en diferente del mundo que lo rodea. No se trata, ni mucho menos, de un riesgo abstracto. Los renovadores religiosos han recurrido con frecuencia al procedimiento de dar autoridad mediante antedatación. La consecuencia es la congelación del proceso evolutivo, con un resultado final preestablecido desde el principio, con sus caracteres inmutables. Nosotros, a una distancia de milenios, podemos acentuar esta congelación si nos dedicamos a comparar el resultado final del desarrollo religioso que culmina en el hebraísmo con las condiciones de un genérico mundo «antiguooriental», obviando su profundidad diacrónica (por lo menos de tres milenios), sus variedades regionales, sus experiencias múltiples y sus procesos evolutivos.

Los reformadores religiosos del siglo VI, y luego los del IV, situaron el origen de sus sistemas religiosos y cultuales en la época de formación de la comunidad étnica y política de Israel, y lo condensaron en el personaje de Moisés, que habría recibido directamente de Yahvé las «tablas de la ley» (de modo que el yahvismo no habría evolucionado nada de Moisés al judaísmo, entre los siglos XIII y IV). Evidentemente, esto es una invención. Los escasos datos de la época muestran que la situación religiosa en Palestina, entre los siglos XIII y X, era muy compleja. En las ciudades prevalecían varias divinidades, con sus respectivas organizaciones de culto. Los panteones eran análogos por su tipología, pero diferían en los detalles. El aparato mitológico e iconográfico sólo era común a grandes rasgos. A esta religiosidad agraria y ciudadana del ámbito cananeo se sumaba la de los grupos pastorales, de variada tipología.

Cuando David y Salomón unificaron la región, la fundación del templo de Yahvé en Jerusalén, como edificio anejo del palacio real, conllevó la elección de una divinidad como centro del panteón oficial del reino y como divinidad dinástica. El dios elegido, Yahvé, no debía ser nuevo en la religión. Seguramente se trataba de una de las divinidades mayores y más cualificadas, más vinculada por tanto a un ambiente particular y a un patrimonio mitológico y cultual arraigado. Al parecer, tampoco era el antiguo dios ciudadano de Jerusalén. Algunos de los rasgos característicos de Yahvé, que aparecen ya en la época davídica, son más propios de la tipología nómada-pastoral que de la agraria: aniconismo, desmitificación, aislamiento familiar y vinculación con los antepasados genealógicos. En cualquier caso, fue una opción «política», relacionada con la dificultad de construir un estado nacional sobre una base fragmentada y diversificada.

En la época monárquica, la presencia de una divinidad dinástica no excluye otros cultos. Se sigue practicando el culto a otras divinidades, y a otros conjuntos de divinidades (sobre todo en las demás ciudades y regiones, que conservan sus tradiciones locales, pero también en la capital, dado que es un punto de referencia para todo el reino). Además, hay otros templos de Yahvé fuera de Jerusalén. No son nuevas fundaciones del rey, sino antiguos santuarios de otros dioses. Se ha constatado que estos dioses se podrían identificar con Yahvé, pero conservan peculiaridades de culto, patrimonio mitológico y clero. Por último, el propio Yahvé todavía no es la divinidad única que encontramos más tarde. Está atestiguado epigráficamente que tenía una divinidad paredra femenina, de modo que formaba parte de una estructura politeísta. En cualquier caso, en el transcurso del periodo monárquico, el prestigio de Yahvé va en aumento. Los fieles de otras divinidades acusan esta influencia. En algunos casos hay un proceso de asimilación (casos de El, 'Elyon y las divinidades pasto-

LIBER

rales en general). En otros hay una subordinación y demonización (caso de Reshef y los dioses sanadores en general). En el caso de la pareja Ba'al-Astarté, eje de la religiosidad agraria prevaleciente, empieza a surgir una conflictividad y una contraposición.

Las luchas políticas y militares con los estados vecinos tienen sus consecuencias teológicas, que se acentúan al aproximarse el peligro asirio. Ya hemos mencionado que la guerra se ve como un enfrentamiento entre las divinidades nacionales, y las victorias o derrotas se interpretan en clave teológica. La victoria, normalmente, acrecienta el prestigio interior del dios nacional, y la conquista implica la difusión del culto al dios de los vencedores. Pero debemos señalar que las consecuencias más importantes las tiene la derrota. En una derrota ocasional, más que la superioridad del dios de los otros, se ve la intención de nuestro dios de castigarnos por algún pecado cometido contra él. Y frente al desastre nacional total, perpetrado por las tropas de los imperios agresores, se impone la siguiente explicación teológica: el poder de nuestro dios es tal, que se puede permitir el lujo de «utilizar», para castigarnos, a los mismísimos ejércitos enemigos, a los mismísimos reyes poderosos y dioses ajenos. Es un paso importante, porque en condiciones de politeísmo real el resultado de las guerras refleja el enfrentamiento entre dioses contrapuestos. En cambio, la instrumentalización teológica de los dioses extranjeros vencedores, y el hecho de que la explicación se centre en la relación entre el dios y su pueblo, revelan un gran desinterés por todos los dioses que no sean el propio dios nacional.

Podemos suponer que se trata de un proceso común a todos los pueblos agredidos por los asirios. Pero a medida que la maquinaria imperial se tragaba a estos pueblos (incluyendo el norte de Israel), perdían su individualidad de culto y tradiciones, y su capacidad de recuperación. El caso de Judá es distinto. En la plenitud del proceso encontramos la resistencia frente al agresor asirio y la labor de los reyes reformadores, Ezequías y Josías, que tratan de abordar el giro desfavorable de la situación política y militar con reformas en el ámbito religioso. Estas reformas son, sobre todo, dos: unicidad del culto y definición de la «ley». La fidelidad al dios único nacional es la única esperanza de salvación. La causa probable del castigo son los compromisos o concesiones a los otros dioses, de modo que cuanto más negro es el panorama más necesaria se hace una movilización religiosa exclusiva. El culto se concentra en el templo de Jerusalén, para subrayar su carácter nacional. Los demás centros de culto se consideran irregulares, y los sacerdotes no yahvistas son perseguidos y expulsados. Por primera vez se concibe un reino que venera a un solo dios, y lo hace en un solo lugar. En el templo es hallado «casualmente» un antiguo manuscrito con el texto de la ley divina. En efecto, si el comportamiento de la comunidad nacional es la causa de la victoria o la derrota, es preciso saber con detalle y sin ambigüedades qué es lo que hay que hacer, lo que hay que evitar, cuáles son los pecados y las reacciones del dios. La legitimidad y el buen gobierno del rey ya no son lo único que determina la actitud del dios, señal de que el prestigio de la realeza (antaño única intermediaria entre la comunidad humana y el mundo divino) se ha debilitado mucho. Ahora, la causa potencial del desastre nacional es el comportamiento de todos. En vísperas del colapso final se imponen, pues, la monolatría, el templo central, la ley codificada y la responsabilidad colectiva.

Poco tiempo después de las reformas de Josías tiene lugar la destrucción de Jerusalén (y del templo de Salomón) a manos del ejército babilonio. Es el fin de la mo-

narquía davídica, que en su fase final también se había convertido en el punto de referencia para los antiguos súbditos israelitas del norte. La destrucción del templo, el fin de la independencia nacional y el destierro de la clase dirigente eliminan gran parte de los elementos de identidad nacional —de hecho, son los métodos imperiales para destruir las identidades nacionales. Si ya no hay territorio, estado, rey ni templo, el único punto de referencia que queda es la ley. La religión se convierte en una práctica con un mínimo culto organizado y una gran interiorización, acompañada de un acentuado formalismo individual (tabúes alimentarios, circuncisión, descanso del sábado, etc.). El miembro de la comunidad israelita, que ya es una comunidad religiosa, tiene que distinguirse por su comportamiento en un mundo heterogéneo. Los que permanecen fieles a la observancia de la ley (y al único dios verdadero, Yahvé) se consideran supervivientes del desastre nacional en un mundo de «paganos» (adoradores de dioses falsos). Estos supervivientes, aparentemente vencidos y marginados, saben que son privilegiados, pues constituyen el único núcleo de fieles de Yahvé.

Todo esto tiene sentido si hay esperanzas de que la situación dé un vuelco, de modo que la fidelidad al dios y a la ley vuelva a coincidir con la prosperidad política y económica, que de momento sonríe a los «paganos». Esta esperanza tiene dos proyecciones: la proyección política, de restauración de la unidad nacional, recuperación del territorio, reconstrucción del templo y refundación de la monarquía, con una vuelta a la prosperidad davídico-salomónica. Si esto no va a suceder, el cambio pasa del ámbito político al personal, y la religión cobra un sentido escatológico, con una proyección «final», cuando el juez divino reparta los premios y castigos de acuerdo con los méritos y las culpas, sin que intervengan los hechos históricos.

La esperanza de un renacimiento político parece posible cuando el imperio persa permite el regreso de los desterrados a Judea, la reconstrucción del templo de Jerusalén (el «segundo» templo), la aplicación de la ley de dios en el ámbito civil, y la formación de un núcleo de autonomía nacional. El núcleo de desterrados judíos que regresa a la tierra de sus antepasados se encuentra con una población mixta de antiguos residentes y nuevos inmigrantes, con cultos sincretistas y matrimonios mixtos, bastante desmotivada. Los recién llegados, fervientes yahvistas, acaban con esta situación: restauran el templo y la ley, prohíben los matrimonios mixtos y el sincretismo religioso, y consideran ilegítima la presencia en el territorio de aquellos que no forman parte de la comunidad religiosa yahvista. También aspiran a una restauración política, que la situación general no permite llevar a cabo. Se desvanece el ideal monárquico, y el sacerdocio pasa a ser la única referencia de la unidad nacional. El sacerdocio se arroga la «interpretación auténtica» de la ley y descalifica todo culto que no se practique en el templo de Jerusalén. El segundo templo es muy distinto del primero, que era como la capilla religiosa del palacio. Ahora el templo, siguiendo el ejemplo babilonio, cobra el diezmo, administra la justicia y es el único punto de referencia para la comunidad nacional dentro de un contexto de imperio universal. Las condiciones históricas de todo el periodo del segundo templo (hasta la destrucción por Tito y la diáspora romana) dan como fruto el racismo, las luchas religiosas y la persecución de los que no pertenecen a la comunidad. Pero en un plazo más largo se han ido creando las condiciones para una solución escatológica, no política, de la contradicción entre méritos éticos y realidad, y para salir de una esfera individual, primero dentro de una racionalidad cerrada, y luego fuera de ella.

De modo que el problema de la unicidad se puede enfocar de otra manera: ¿por

qué las otras naciones y las otras religiones que pasaron por el mismo tratamiento de aculturación y destierro no reaccionaron del mismo modo? ¿Por qué no hay una Biblia de Tiro o de Damasco? A este respecto, conviene recordar la diferencia entre el imperialismo asirio y el babilonio, tanto en su duración como en sus métodos. Los desterrados de la época asiria eran mucho más numerosos, y fueron dispersados por varias provincias, introduciendo en su lugar desterrados de las otras provincias, lo que produjo una simbiosis a escala social o familiar (más o menos forzosa), y un consiguiente sincretismo religioso. Los judíos desterrados a Babilonia eran pocos, y todos pertenecían a la clase dirigente. Mientras duró el exilio permanecieron unidos, volvieron al cabo de algunos decenios y se encontraron con una Judea bastante despoblada. Compárese la cohesión de los que regresaron del exilio babilonio con la asimilación de los «samaritanos» (habitantes de las antiguas provincias asirias en el norte, en el territorio del antiguo reino de Israel). Jerusalén, que se había librado del enérgico tratamiento de aculturación asirio, logró transformar el exilio babilonio y la pérdida de identidad política en un aliciente para potenciar la identidad nacional sobre una base religiosa, y nos ha transmitido como *corpus* de textos genéricamente religiosos el producto de su esfuerzo de reescribir su propia historia en función de la difícil situación final.

6. La refundación historiográfica

La cultura israelita anterior al exilio, si se compara con el resto del Oriente Próximo antiguo, se caracteriza por la pobreza de datos. No sólo las grandes culturas de Egipto y Mesopotamia, sino también el resto de la franja siropalestina han proporcionado a la investigación arqueológica unos restos mucho más significativos que Israel. Sin embargo, en Palestina ha habido una investigación más intensa que en cualquier otra región de Oriente Próximo, y puede que del mundo. Si la historia política y cultural de Israel tuviera que ser reconstruida sobre la base de estos hallazgos, tendríamos una visión muy escueta y pobre. La razón fundamental es la pobreza efectiva de la región, marginal en todos los sentidos (ecológico y político). Los fenómenos políticos, culturales y de población son de escasa envergadura, comparados con los de áreas vecinas, sobre todo en la Edad del Hierro.

Hay, además, otros motivos específicos. Ante todo, en la capital, Jerusalén, pese a las constantes excavaciones, se han hallado pocos restos de la edad monárquica, y no se podrá encontrar mucho más, dada la abundancia de construcciones posteriores en los emplazamientos del templo, el palacio y la ciudad davídica. En segundo lugar, escasean los monumentos figurativos, lo que puede deberse a la influencia de corrientes religiosas contrarias a la representación icónica —que pese a no tener la importancia que les atribuye el Antiguo Testamento, sin duda se hicieron oír. De alguna manera, el caso singular de la falta de inscripciones reales (que, sin embargo, se han encontrado en muchas excavaciones de la época realizadas más al norte) es similar, y tendría que ver con opciones culturales referentes al tipo de monarquía y a la relación entre el rey y el pueblo.

Por último, hay cierta dependencia cultural de centros más florecientes, sobre todo de Tiro (y Fenicia en general). Por lo menos, eso dan a entender, por un lado, la descripción bíblica de la construcción del templo salomónico, obra de artesanos de

Tiro, y, por otro, el hallazgo de marfiles «fenicios» en Samaria. En cambio, la cultura material básica es mejor conocida que la de otras regiones, gracias a la intensa actividad de excavación en Palestina. Conocemos con detalle (también diacrónico) la evolución de la cerámica, las plantas de las casas y las técnicas de construcción, las fortalezas, las fortificaciones urbanas y el trazado de las pequeñas ciudades palestinas de la Edad del Hierro.

Si los textos escritos y monumentos oficiales de la Palestina de la Edad del Hierro son especialmente pobres, no se puede decir lo mismo (una vez más, a diferencia del resto del Oriente Próximo antiguo) de ese *corpus* literario transmitido que es el Antiguo Testamento. Posee un valor inapreciable no sólo para conocer la historia religiosa (cf. epígrafe anterior), sino también la historia política e institucional de Israel y, por último, su historia literaria. Al ser una colección de textos muy dispares y «estratificados», con muchas clases de textos y una considerable distancia entre los episodios narrados y la época del narrador, se puede abordar de dos maneras. La primera es ceder a la fácil tentación de utilizar los datos históricos de los libros del Antiguo Testamento (histórico-políticos, histórico-institucionales, histórico-culturales) para reconstruir las épocas a las que se refieren. Así, recurriríamos al Libro del Génesis para reconstruir la época «patriarcal», al Libro de Josué para la época de la conquista, al de los Jueces para la época homónima, y así sucesivamente. La segunda estrategia es usar los textos para reconstruir la época en que fueron escritos, y los problemas que indujeron a escribirlos. Es más difícil de aplicar, porque requiere asignar cada texto, e incluso cada intervención textual, a unas épocas y problemáticas precisas, trabajando por líneas internas. Pero es el único procedimiento correcto. En cambio, el primer enfoque, del que tanto se ha abusado, presupone una fiabilidad que habría que demostrar, y es más que dudosa.

Si colocamos los textos que forman el Antiguo Testamento en las épocas de su redacción, nos percatamos de que la mayoría de ellos sobrepasa los límites temporales de este volumen —situándose en la época posterior al exilio, aqueménida y helenística— y, en menor medida, roza el límite superior, en la época del exilio. El Antiguo Testamento, en su conjunto, corresponde más a la época del segundo templo que a la del primero, a la del regreso del exilio que a la de la formación y desarrollo del reino de Israel. Constituye un caso extraordinario de reinvención de la historia pasada y reescritura en función del presente (un presente muy posterior a la historia narrada). Pero eso no lo invalida, por dos motivos. El primero es que los escritos de la época del destierro y de la inmediatamente anterior (la de los reyes reformadores, que corresponde al nivel «deuteronómico» en la reconstrucción crítico-textual), unos escritos de carácter especialmente profético e historiográfico, constituyen una documentación muy valiosa acerca de las fases finales de la historia de Israel dentro de la periodización histórica que hemos adoptado aquí. Además, todo el Antiguo Testamento contiene materiales antiguos, estratificados y reutilizados, que dentro de ciertos límites se pueden reconstruir y fechar (atribuyéndolos a ambientes y épocas más antiguos). Por último, la ordenación historiográfica posterior al exilio es el resultado de todo el desarrollo cultural y político anterior, y ayuda a entender sus líneas maestras —siempre que se eviten las anticipaciones teológicas y la fijación de los acontecimientos al resultado final.

Tratándose del periodo de los «orígenes», como hemos visto, la divergencia entre el relato bíblico y la realidad histórica es prácticamente total, por la falta de fuentes

creíbles, la distancia en el tiempo y la fuerte interferencia de las intenciones «fundadoras». A fin de cuentas, nuestra documentación arqueológica y contextual referente a este periodo es más fiable que la que los autores del siglo VI tenían a su alcance: antiguas historias de cariz legendario, genealogías transmitidas de memoria y etiologías.

Tratándose de la edad monárquica, las cosas cambian. Sin duda, hay deformaciones que se pueden achacar a la época de redacción. Por ejemplo, el reino de David y Salomón es idealizado y magnificado, pues se toma como modelo positivo arquetípico. La secuencia de los reyes se basa en un juicio de valor, con reyes «buenos» y «malos», según fueran yahvistas más o menos fervientes. Pero en cuanto al relato de los hechos, cuando se han podido encontrar datos externos al texto bíblico para comparar, vemos que en lo esencial lo confirman. Las estelas de Mesha y los anales asirios, evidentemente, representan otro punto de vista, y las dos interpretaciones son diferentes, pero los acontecimientos, en líneas generales, sí coinciden (con algún problema cronológico comprensible). Por lo tanto, los redactores —supongamos que de la época del exilio— debían disponer de fuentes escritas, crónicas o anales del ámbito escribal palatino, y tal vez alguna que otra inscripción real, fruto de una historiografía oficial de la época monárquica. Pero el aspecto formal y la madurez historiográfica se remontan a una época tardía, y no es de recibo la afirmación, muy extendida, de que la historiografía israelita se anticipa prodigiosamente a la griega y está mucho más avanzada que la historiografía contemporánea de Oriente Próximo. Las grandes recopilaciones (si nos inclinamos por las soluciones más moderadas) serían: una anterior al exilio (siglo VI), llamada «deuteronomista», y otra posterior (siglo IV), llamada «sacerdotal». Los materiales más antiguos se deben considerar tradiciones, más que fuentes escritas precisas.

Un segundo bloque de documentos que, una vez esclarecidas las posibles relecturas y añadidos posteriores, posee un gran interés por la proximidad de los hechos narrados, son los escritos proféticos. El género literario de la profecía no es más que el «código» (muy teologizado) de mensajes que en su gran mayoría corresponden al ámbito político (mucho más que al ético o religioso): tanto si se trata de la política interior de los reinos de Judá e Israel, como de su implicación en la política internacional (relaciones con los demás reinos siropalestinos, amenaza de agresión imperial). Lo que sale a relucir es, precisamente, aquello que no aparece en las crónicas oficiales, las opiniones discrepantes, las estrategias políticas alternativas y las contradicciones internas. Asimismo, aparece esa teología de la historia de la que hemos hablado, pero a través de ella también surgen las disputas entre naciones siropalestinas. La posibilidad de conocer (por poner un par de ejemplos) los argumentos del partido filoegipcio y del filobabilonio, o el eco que la destrucción asiria de un reino tuvo en los reinos vecinos, son ocasiones únicas, no porque en otras partes no hubiera condiciones y debates similares, sino porque sólo nos han llegado los del ámbito israelita, y nos dan una idea de lo que debería ser el ambiente político en toda el área próximo-oriental de la Edad del Hierro.

La literatura hebrea antigua recibió un gran estímulo con la agresión imperial, la deportación, el exilio y el posterior regreso, con la refundación nacional. Las tres etapas principales fueron: primero el gran debate acerca de las estrategias políticas locales, la suerte de los estados vecinos y la propia función de los imperios; luego (en el exilio), la incorporación de aportaciones babilonias (y puede que iranias) al

campo historiográfico, sapiencial, novelístico y cultual; por último, la gran labor de reescritura del pasado en función del proyecto político centrado en el segundo templo. Antes de estas tres fases, importantes pero coyunturales, el resto de la literatura judaica antigua no se diferencia mucho de lo que encontramos en las literaturas contemporáneas de Oriente Próximo en general, y de Siria-Palestina en particular. La originalidad literaria de Israel (al igual que la religiosa) es, a fin de cuentas, el resultado de sus vicisitudes finales, de la disgregación política y el nacimiento del judaísmo —y deberíamos considerar la transmisión de un patrimonio más antiguo como un fenómeno más bien ilusorio.

24. LOS FENICIOS

1. Las ciudades independientes

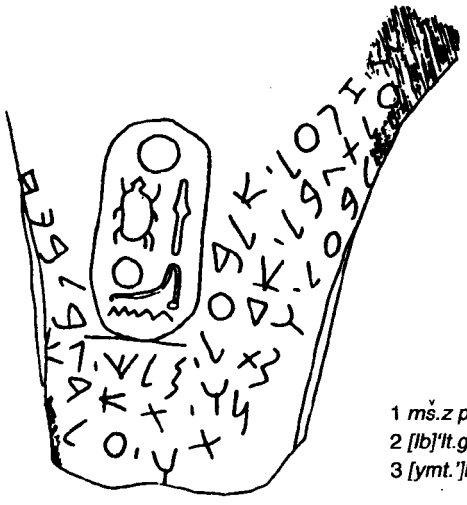
Con el nombre de fenicios se designan los habitantes de la costa sirolibanesa, de lengua semítica noroccidental, sobre todo a partir de 1200, cuando se extendieron por toda la cuenca mediterránea, llegando a lejanas regiones. Este es el nombre que les dieron los griegos (*Phoinikes*), pero localmente se les conocía por cananeos (así se llamaban a sí mismos), término que no les distinguía de los habitantes del transpaís, y también sidonios, por el nombre de una de sus principales ciudades. Lo cual demuestra que no tenían una autodesignación específica y oficial. No tiene nada de extraño, ya que los fenicios nunca estuvieron unidos políticamente, y cada una de sus ciudades era el centro de un pequeño reino autónomo. Fenicia es una larga franja de tierra entre las montañas y el mar. En algunos puntos se extienden planicies costeras, en otros los montes llegan hasta el mar y en otros forman colinas. En la Edad del Hierro las montañas estaban casi completamente cubiertas de bosques (sobre todo en el Líbano, con los famosos cedros y otras coníferas, excelente madera de obra que se explotaba desde el III milenio), o por lo menos de matorral. En las llanuras y colinas litorales había cultivos intensivos: olivares, viñas, frutales y huertas, como complemento del cultivo básico de cereales. La población debía ser bastante densa, repartida en aldeas y ciudades. Estas últimas eran capitales políticas y económicas donde residían las dinastías locales. Las principales eran Arwad, Biblos, Sidón y Tiro. Menos importancia tenían Siannu y Usnu en el extremo norte, Sumura y Arqa entre Arwad y Biblos, Beirut entre Biblos y Sidón, Sarepta entre Sidón y Tiro, y Ushu y Acco al sur de Tiro.

Aunque el comienzo de la historia fenicia y de su individualidad etnocultural se sitúan en torno a 1200, no quiere decir que llegaran entonces a la región (como se inventan las tradiciones de la edad clásica), ni que por entonces se dotaran de una organización nueva. Los fenicios de la Edad del Hierro eran los descendientes directos de los que habitaban en la misma zona durante la Edad del Bronce, y en el plano cultural la continuidad es evidente. Pero mientras en la Edad del Bronce formaban un conjunto continuo con las ciudades del interior siropalestino, en 1200 culmina un proceso de distinción que separa a los fenicios de los otros pueblos del área (neohititas, arameos, israelitas, filisteos, etc.). En este proceso son más bien los demás pueblos (tanto los alógenos neohititas y filisteos como los pueblos de origen pastoral del interior arameo, israelita y transjordano) los que crean un nuevo clima cultural y nuevas formas de organización política, mientras que los fenicios permanecen como continuadores directos de la cultura cananea del Bronce Tardío.

Los cambios de 1200 se acentúan con la llegada de los «pueblos del mar», que acaba con el consolidado sistema de los imperios regionales. Las ciudades fenicias recobran repentinamente una independencia a la que desde hacía tiempo se habían desacostumbrado. El principal puerto de mar del extremo norte, Ugarit, destruido por los «pueblos del mar», no se convierte en ciudad fenicia, pero las ciudades situadas entre Arwad y el promontorio del Carmelo, al parecer, no sufren daños —a diferencia del tramo sur, ocupado por los recién llegados. Mientras en el interior, más expuesto a la influencia nómada, la llegada del elemento tribal introduce cambios importantes en la estructura del estado (que asume caracteres «nacionales»), las ciudades costeras, protegidas de la presión tribal por la cordillera del Líbano, conservan la estructura de la ciudad-estado, dirigida por un palacio real. El signo de los tiempos se advierte en la presencia de una asamblea (no sabemos hasta qué punto era «popular») que asiste al rey, y en los ideales de «justicia y honradez», asumidos por el rey.

Las noticias que tenemos del primer periodo de la historia fenicia (siglos XII-X) proceden de fuentes muy dispares. La visión más completa nos la proporciona el relato del egipcio Wen-Amun, que va a la corte del rey Zakar-Ba'al de Biblos para conseguir madera de cedro. Por parte egipcia se proclama que el Líbano es súbdito del dios Amón (sujeción teológica, más que política), pero el rey de Biblos sólo está interesado en una relación comercial pragmática. Biblos ya no está sometido a Egipto, pero sigue siendo el mercado privilegiado del comercio egipcio, como lo había sido desde tiempos muy antiguos. Una serie de inscripciones de reyes locales (Ahiram, Abi-Ba'al, Eli-Ba'al, Shipit-Ba'al y Yehi-Milk) revelan la nueva imagen de la monarquía. Algunas de ellas se encuentran en monumentos faraónicos, lo que confirma las relaciones con Egipto. Tenemos noticias de las ciudades sureñas desde Tiglat-pileser I (*c.* 1100), que se dirige a Arwad en busca de madera. El antiguo predominio de Sidón, del que existen algunos indicios, cesa probablemente hacia el año 1000 en beneficio de Tiro. Las noticias de Tiro se remontan al Antiguo Testamento: el rey Hiram se relaciona primero con David y luego con Salomón, proporciona madera y mano de obra especializada para la construcción del templo, y se asocia con el reino de Israel para ejercer el comercio en el mar Rojo. No es un panorama completo, pero sí coherente: una serie de ciudades independientes, muy activas en el ámbito comercial y artesanal, mantienen relaciones de igual a igual con los estados del interior y con los grandes reinos lejanos de Asiria y Egipto.

En los primeros siglos del I milenio las noticias históricas sobre las ciudades fenicias también escasean, y casi no hay fuentes locales. Para Tiro tenemos extractos de los anales de la ciudad (recogidos por Flavio Josefo, cuya fuente es Menandro de Éfeso), pero sólo aparecen nombres de reyes y poco más, y además no son demasiado fiables, ya que coinciden con los datos del Antiguo Testamento, conocidos por el epitomador, pero no con los de los anales asirios, desconocidos para él. En todo caso, el Antiguo Testamento proporciona más detalles sobre el emparentamiento entre el rey de Tiro, Itto-Ba'al, y la casa real de Samaria, y sobre la influencia comercial, cultural y religiosa de Tiro sobre el reino de Israel. Para las otras ciudades las noticias proceden sobre todo del lado asirio, y se refieren, precisamente, a las relaciones con este país, y no a los acontecimientos locales. Por otra parte, el avance de la expansión asiria entre los siglos IX y VII se convierte en el principal problema en la historia de la región. La expedición aislada de Tiglat-pileser I, y otra similar



1 *mš.z p 'l.'lb 'l.mlk.gbl.byḥ[mlk.mlk.gbl]*
2 *[lb]'lt.gbl.'dtw.t'rk.[b 'lt.gbl]*
3 *[ymt.']lb 'l.wšntw.'l[gbl]*

«Estatua que ha hecho (*sic*) Eli-Ba'al rey de Biblos, hijo de Yehi-Milk rey de Biblos, para Ba'alat de Biblos su señora. Que Ba'alat de Biblos prolongue los días de Eli-Ba'al y sus años en Biblos» (en una estatua de Osorkon I, *c.* (912-874).
Comparar con la inscripción análoga de Abi-Ba'al: «Estatua que Abi-Ba'al rey de Biblos, hijo de Yehi-Milk rey de Biblos, ha hecho venir desde Egipto, para Ba'alat de Biblos su señora. Que Ba'alat de Biblos prolongue los días de Abi-Ba'al y sus años en Biblos» (en una estatua de Sheshonq I, *c.* (935-915).

FIGURA 125. La inscripción de Eli-Ba'al, rey de Biblos, *c.* 900.

de Assurnasirpal II, tienen fines comerciales y se desarrollan en un clima amigable. Pero la actitud asiria cambia a mediados del siglo IX con Salmanassar III. Para las ciudades fenicias, la nueva política expansionista supone pago de tributos, amenazas y devastación. No faltan algunos casos de resistencia armada, como la batalla de Qarqar (852), en la que participan las ciudades fenicias del norte (Siannu, Usnu, Sumura y Arqa), directamente amenazadas. Pero, en general, las ciudades fenicias prefieren pagar tributo para evitar los desastres de la invasión y el riesgo de guerra.

Un siglo después, a mediados del VIII, la amenaza asiria se hace más concreta con Tiglat-pileser III, que se inclina por la anexión directa. En 743 toda la costa norte, hasta Biblos excluido, pasa a ser provincia asiria con capital en Sumura. Sólo Arwad conserva la independencia gracias a su posición insular. Por el momento, Biblos y las ciudades más meridionales siguen pagando tributo. Pero las rivalidades entre las ciudades fenicias, y sobre todo entre Sidón y Tiro, facilitan el rápido avance de la expansión asiria. En 700 Senaquerib logra echar de Sidón al rey Luli de Tiro, que también reinaba en Sidón, y coloca en el trono a un rey de su elección. En 677 Asarhaddon, con la ayuda de Tiro, consigue conquistar Sidón (capturando a su último rey, Abdi-Milkutti), y lo convierte en provincia, mientras que con el rey Ba'al de Tiro firma un tratado de vasallaje. Pero al cabo de pocos años (671) Tiro se rebela con

el apoyo egipcio, y la reacción asiria se salda con una reducción del territorio de Tiro. La tierra firme pasa a ser una provincia asiria, con capital en Ushu, y Tiro continúa siendo independiente en una pequeña isla. En la época de Assurbanipal, Tiro y Arwad luchan en varias ocasiones contra los asirios, y por lo general la oposición de Tiro es fomentada por Egipto. Los reyes de Tiro y Arwad se ven obligados, varias veces, a someterse formalmente, pero conservan su trono y la independencia de sus ciudades. Al final del imperio asirio (612) Fenicia está dividida en las provincias de Sumura, al norte, Sidón, en el centro, y Ushu, en el sur, mientras que las ciudades de Arwad, Biblos y Tiro son independientes (aunque tributarias), con territorios muy reducidos.

Cuando el imperio asirio se desmorona, Tiro trata de ampliar su espacio político y comercial en el intersticio formado entre los egipcios y los babilonios. Pero bien pronto el predominio babilonio en toda la franja siropalestina se extiende también al litoral fenicio. Tiro soporta un largo asedio, y tiene que capitular (573). De todos modos, conserva una dinastía propia, que gobierna controlada por un funcionario babilonio, salvo en un periodo durante el cual el rey de Tiro está exiliado en Babilonia y en la ciudad gobiernan unos «jueces» (situación parecida a la de Jerusalén). Es probable que Arwad y Biblos fueran también absorbidas por la administración provincial babilonia. Luego toda la región cayó en manos de los persas, pero entonces también las ciudades fenicias conservaron (como Tiro) o restablecieron (como Sidón y otras ciudades) unas dinastías autónomas locales, aunque sometidas en gran medida al emperador aqueménida —y las inscripciones de estos últimos epígonos de la autonomía política fenicia recogen significativamente algunos motivos de los siglos pasados, en el marco de una sustancial independencia dentro de la organización imperial.

2. Comercio y artesanía

En Fenicia, comparada con otras regiones de Oriente Próximo, las ciudades tenían una importancia mayor respecto al campo, y las actividades de transformación e intercambio respecto a las de producción primaria. La economía fenicia se basaba en la elaboración y comercialización de productos originarios de otras zonas, más que en los recursos del pequeño territorio. Para ello contaba con una posición ventajosa, entre el país interior de Oriente Próximo, con sus antiguos centros de cultura y sus grandes mercados (Egipto, Mesopotamia, Anatolia y Siria) y el Occidente mediterráneo, con sus recursos mineros y agrícolas que todavía estaban por descubrir y explotar.

Como se recordará, ya antes de 1200 existía cierta actividad de comercio marítimo, paralelo al de tierra firme, ejercido por las ciudades costeras —en primer lugar por Ugarit. Y ya entonces ciertos productos artesanales (tejidos teñidos de púrpura, objetos de bronce, tallas de marfil) eran característicos de la región y objeto privilegiado de exportación. Así pues, el comercio fenicio se basa en una larga tradición, pero las novedades son importantes. La crisis de los palacios reales conlleva una nueva organización del comercio. Por un lado, en las propias ciudades costeras el fin o la decadencia de los palacios hace que los comerciantes tengan que ejercer su actividad sin contar con el apoyo organizativo y financiero que hasta entonces habían recibi-



FIGURA 126. La flota fenicia en un relieve de Senaquerib, de Nínive.

do. Por otro lado, el fin o la decadencia de otros palacios, que en el pasado eran la meta de los mercaderes y su lugar de contratación, obliga a éstos a buscar mercados más desperdigados y menos oficiales. Además, la desaparición del sistema regional de responsabilidades y protecciones hace que la actividad mercantil sea más arriesgada y estimula la piratería, pero también supone una ampliación de los horizontes del comercio fenicio. En el Bronce Tardío la navegación siria se detenía por el sur a la altura del delta egipcio, por el oeste en Chipre o Cilicia (o en todo caso a la entrada del Egeo). Las flotas egipcia o micénica les cortaban el paso. A raíz de la crisis del siglo XII, con un Egipto en apuros y los micénicos fuera de la escena política, las naves fenicias no encuentran obstáculos y pueden dirigirse a metas lejanas, aprovechando la experiencia que en siglos anteriores habían adquirido la navegación egipcia en el mar Rojo y la micénica en el Mediterráneo.

El citado relato de Wen-Amun nos da una visión del comercio marítimo en el Mediterráneo oriental a mediados del siglo XII. En el lado egipcio sigue habiendo un comercio «administrado», con un agente palatino que parte con una dotación para conseguir los materiales que no existen *in situ*. Pero en el litoral siropalestino actúan varias flotas, pertenecientes a casas comerciales privadas, más o menos vinculadas al poder político local y protegidas por él. La competencia, las represalias y la piratería están a la orden del día (los piratas fenicios son famosos en los poemas de Homero). El rey de Biblos actúa como poder público, y los bosques del Líbano son monopolio real. Pero en sus tratos con el enviado egipcio, el regateo prevalece sobre los argumentos políticos y teológicos de la parte contraria. El panorama que muestra el relato de Wen-Amun es interesante porque en él aparecen elementos nue-

LIBER

vos, típicos del clima político y comercial de la Edad del Hierro (la asamblea de la ciudad, la casa comercial), pero también un considerable grado de continuidad con los procedimientos jurídicos del Bronce Tardío, que tratan de adaptarse a la nueva situación. La dificultad de esta adaptación se advierte en el ambiguo papel del rey de Biblos (como juez o árbitro entre Wen-Amun y los zeker), en la ambigua posición jurídica del puerto y el barco (a medio camino entre la extraterritorialidad y la inclusión en la jurisdicción local), y en el deterioro de la negociación con respecto al antiguo sistema de «intercambio de regalos», mediatizado por los cálculos financieros. En suma, es un cuadro muy realista en el que se advierte el despegue del comercio fenicio, dejando atrás el viejo comercio palatino del Bronce Tardío.

El marco geográfico del relato de Wen-Amun está comprendido entre el delta egipcio, la costa fenicia y Chipre. Pero es posible que ya en la primera fase (siglos XI-IX) el comercio fenicio se aventurase muy lejos, surcando las viejas rutas egipcias y micénicas. En el caso de las rutas más meridionales, antes egipcias, tenemos una documentación más explícita y fiable, pero referente a episodios aislados —dado que las ciudades fenicias no tenían acceso directo al mar Rojo. En las campañas que emprenden conjuntamente el rey de Tiro, Hiram, y el de Jerusalén, Salomón, para llegar al lejano país de Ofir (Yemen y/o costa somalí), de donde proceden el oro y el incienso, Jerusalén aporta la travesía de su reino y el puerto de Esiongaber, en el golfo de 'Aqaba. Tiro aporta sus barcos y su pericia marinera y comercial. El comercio tiene un ritmo trienal, en el sentido de que se emplea un verano para el viaje de ida y el verano siguiente para el de vuelta. Posee un claro carácter estatal y no hace escalas intermedias, yendo directamente a la meta lejana, rica en materias preciadas, donde lo más probable es que los recursos locales estén gestionados por una organización política embrionaria.

La cronología y los distintos aspectos de estas expediciones comerciales (ocasionales) al lejano país de Ofir pueden darnos alguna pista sobre las expediciones comerciales al también lejano Tarshish. Así es como se designa el extremo occidente mediterráneo, el sur de España (Tartessos de los griegos), también rico en metales como el estaño y la plata. Las fechas que la tradición griega atribuye a la fundación de las colonias fenicias más antiguas (Gades y Útica), algo posteriores a la «guerra de Troya» (es decir, en el siglo XI), son sin duda demasiado elevadas para tratarse de colonias, una institución que en aquel tiempo ni siquiera existía. En cambio, son plausibles para el inicio de contactos comerciales, que debieron ser similares a los contactos con Ofir. Con ritmo trienal, sin escalas intermedias organizadas y evitando los costosos intermediarios, los fenicios llegaban a las regiones mineras (Cerdeña, sur de España), donde había una organización política en estado embrionario con cuyos jefes locales podían ponerse de acuerdo para cambiar metales (más preciosos para los fenicios que para los indígenas) por objetos valiosos como armas, joyas o incluso simples cuentas de pasta de vidrio.

Durante los siglos posteriores, del IX al VII, la presencia fenicia en el Mediterráneo es más intensa y deja huellas arqueológicas. Las regiones más frecuentadas son, precisamente, las mineras: Cerdeña y sur de España, por supuesto Chipre (que sigue siendo la fuente principal de cobre, y está cerca de las ciudades fenicias), y por último algunas zonas intermedias como Túnez y Sicilia, que más tarde se convertirán en los principales centros de la colonización. A escala comercial, como luego en la colonización, se advierte una competencia con los griegos, dotados de medios técni-

LIBER

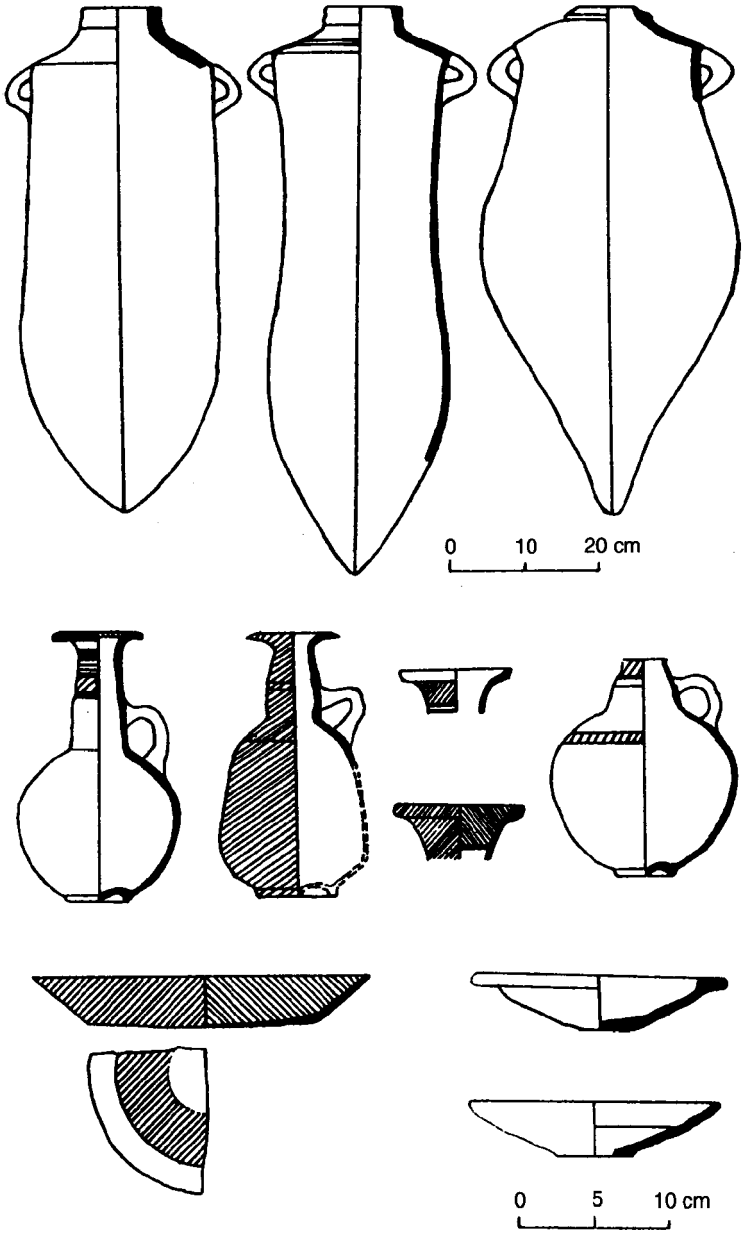


FIGURA 127. Cerámica fenicia, de Tiro; *arriba*, las grandes ánforas comerciales.

LIBER

cos y objetivos similares, que desemboca en una tendencia a repartirse las rutas y los mercados. Poco a poco, en los países del Mediterráneo occidental van apareciendo interlocutores locales cada vez más válidos desde el punto de vista organizativo. Sin duda, el comercio fenicio fue un acicate para la aparición en Occidente de formas más complejas de agregación política, acompañadas de un progreso tecnológico y urbano. Algunas zonas (sobre todo Etruria) compiten con griegos y fenicios en las actividades comerciales (y en la piratería), así como en las artesanales, sobre todo en la metalurgia.

Dentro de este marco, la presencia fenicia se señala sobre todo por las exportaciones de productos artesanales característicos. Entre los productos más preciados cabe citar los objetos de bronce (platos o páteras con finas decoraciones, trípodes y calderos, armas), las tallas de marfil (peines, mangos, recipientes pequeños, guarniciones), las telas bordadas y teñidas (que no han llegado hasta nosotros) y los objetos de vidrio (frascos pequeños y, sobre todo, una colección importante de cuentas de pasta de vidrio, pequeñas joyas, escarabeos al estilo egipcio, etc.). La difusión de estos productos artesanales fenicios da lugar a la moda «orientalizante» que se extiende por todo el Mediterráneo, incluyendo a Grecia. Las páteras metálicas decoradas, las tallas de marfil y algunas telas bordadas son eficaces vectores de un patrimonio figurativo en el que héroes, animales fantásticos, elementos del paisaje y motivos varios forman escenas que originariamente poseen referencias mitológicas concretas, y luego evolucionan hacia el decorativismo o el simbolismo secundario. En los talleres fenicios este patrimonio iconográfico acoge generosamente los motivos egipcios, añadiéndolos a los siropalestinos. Luego aparecen influencias asirias y urarteas. Cuando este patrimonio es asumido en los talleres chipriotas, anatólicos occidentales y egeos, cada vez resulta más difícil distinguir entre tantas aportaciones e influencias, directas o indirectas. En el caso de algunos tipos más sencillos de objetos (escarabeos egiptizantes y, en general, elementos de joyería) también es difícil determinar el lugar de fabricación. En este mundo «orientalizante», los fenicios son los protagonistas, pero no los únicos actores, dentro de una complicada red de relaciones y competencia con los griegos y las culturas locales.

Estos productos «orientalizantes» se difundieron en el Mediterráneo, gracias al comercio, y también en Oriente, concretamente en Asiria. Aquí se han encontrado páteras decoradas de los siglos VIII y VII, similares a las de Chipre, Grecia e Italia. También se han encontrado tallas de marfil, que constituyen la documentación más conspicua de esta producción artesanal fenicia, y los textos hablan de telas bordadas o teñidas, calderos y trípodes de bronce, armas y joyas, que siguieron la misma dirección. Sobre los modos de difusión parece que hay una clara diferencia: los contextos palatinos de los hallazgos, y la documentación textual referente al pago de tributos, muestran que la difusión de los productos fenicios hacia el este se realizó sobre todo en el marco de la presión imperial asiria y de su correspondiente drenaje económico. Dentro del mismo marco, hubo artesanos de Tiro y Sidón que trabajaron en Nimrud para construir y decorar la nueva capital de Assurnasirpal II. Pero hay que señalar que el vector tributario puede estar sobrevalorado por las fuentes, en las que apenas hay testimonios de actividades privadas. La propia demanda imperial de estos productos presupone que en Asiria son conocidos y apreciados. Por lo tanto, es probable que los ejemplos tributarios sean la parte visible de una actividad comercial cuya parte sumergida es privada. Pero también hay que tener en cuenta

LIBER

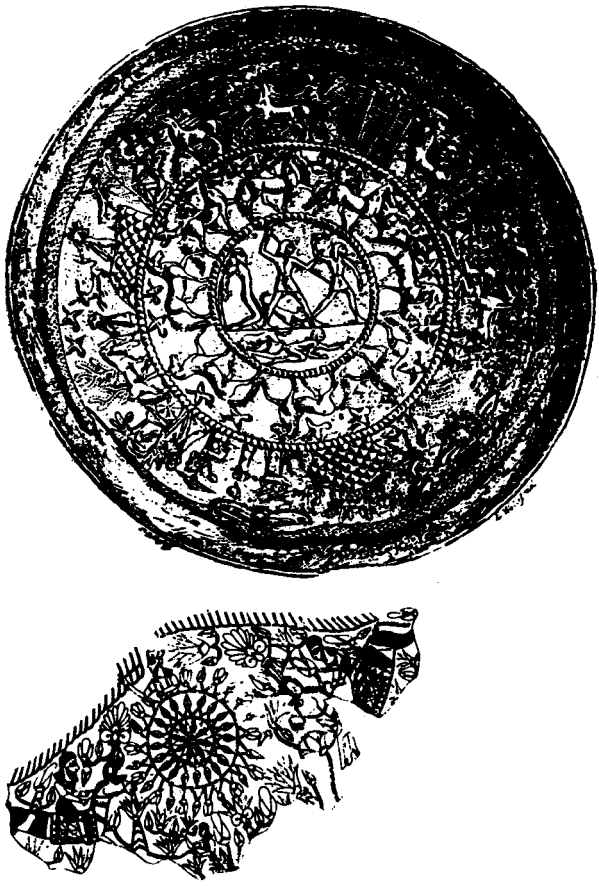
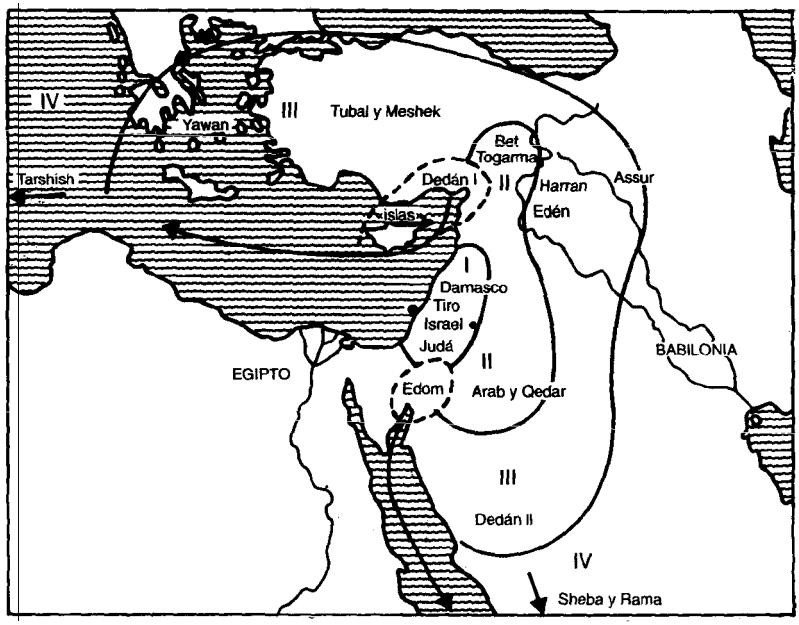


FIGURA 128. Artesanía fenicia. *Arriba*, pátera de bronce repujado, hallada en Preneste. *Abajo*, concha incisa, hallada en Sippar.

que el comercio adapta sus formas a las características de los destinatarios, de modo que además de un comercio generalmente libre (aunque no siempre), practicado en el Mediterráneo, pudo haber otro oficial y «administrado» cuando el destinatario era un reino oriental de fuerte centralismo palatino.

El profeta Ezequiel nos da una visión orgánica del comercio de Tiro durante los años finales del siglo VII. El pasaje arroja luz tanto sobre los horizontes del comercio, como sobre sus modalidades. En cuanto a los horizontes, se distinguen cuatro franjas concéntricas en relación con las materias importadas por Tiro: la más interior (Judá, Israel y Damasco) suministra productos agrícolas (cereales, vino, aceite y miel); una zona intermedia (alto Éufrates, Arabia septentrional) proporciona animales (caballos, cabras, ovejas, mulas) y lana; la tercera zona (Grecia, Anatolia, Alta Mesopotamia y Asiria, Edom y Arabia) suministra productos artesanales (útiles de bronce, tejidos, guarniciones, objetos de hierro) y también esclavos; por último, la

LIBER



FRANJA I PRODUCTOS AGRÍCOLAS
Judá e Israel: trigo, miel, aceite, resina
Damasco: vino

FRANJA II PRODUCTOS GANADEROS
Damasco: lana
Arab y Qedar: cabras y ovejas
Bet Togarma: caballos y mulas

FRANJA III PRODUCTOS ARTESANALES (Y ESCLAVOS)
Yawan, Tubal, Meshek: esclavos, útiles de bronce
Dedán II: sillas de montar
Edom: telas purpuradas y bordadas
Edén, Harran, Assur: tejidos, cordajes

FRANJA IV PRODUCTOS EXÓTICOS, METALES
Tarshish: plata, hierro, estaño, plomo
Sheba y Rama: aromas, oro, piedras preciosas
*Dedán I y las numerosas islas: marfil, ébano
*Edom: corales, turquesas, rubíes
*intrusiones de la franja exterior en los terminales de las rutas marinas

FIGURA 129. La red comercial de Tiro según Ezequiel 27, 12-23.

franja exterior (Tarshish, en el extremo occidente, y el sur de Arabia, en el extremo opuesto) proporciona metales (plata, estaño y oro) y productos exóticos (especias, piedras preciosas, ébano y marfil).

El punto de vista del texto es genuino de Tiro (que aparece como centro del mundo), pero tal vez deformado por la fuente israelita que lo ha transmitido. Lo cierto es que la balanza general del comercio de Tiro se inclina claramente a favor del comercio terrestre, contradiciendo nuestra convicción, a su vez deformada por el punto de vista parcial de las fuentes clásicas. La proyección mediterránea de Tiro aparece como algo secundario con respecto a la red comercial principal, que va de Anatolia a Arabia. Los imperios mesopotámicos y Egipto son los grandes ausentes, pero esto depende, en parte, de la situación histórica en el momento en que fue escrito el texto (renacimiento de Tiro tras la caída del imperio asirio y la consolidación del babilonio), y en parte de la ideología, que destaca las importaciones de materiales y silencia las exportaciones (según el antiguo modelo del país central que consigue obtener productos de todo el mundo). Pero al margen de las deformaciones ideológicas, la terminología técnica del pasaje reintroduce la importancia de la base financiera y de los productos manufacturados que exporta Tiro, y alude a procedimientos de «comercio tácito» que también describe Heródoto al hablar, precisamente, de los mercaderes fenicios.

En las ciudades fenicias sometidas a las presiones de los imperios del interior, la producción artesanal de calidad y la difusión de productos exóticos y materias primas llegaron a su apogeo. Aunque gran parte de su actividad iba dirigida a los mercados orientales, el comercio marítimo que hizo famosos a los fenicios sirvió para abrir las costas mediterráneas a procesos interactivos más rápidos y complejos. De este modo las ciudades fenicias ejercieron plenamente su función de fachada de las civilizaciones próximo-orientales hacia el mundo occidental.

3. La expansión colonial

Cuando Senaquerib expulsó de Sidón a Luli, rey de Tiro (700), éste huyó a Chipre, donde por un epígrafe de la época sabemos que la ciudad de Kition era una colonia fenicia, con un gobernador (*skn*) dependiente del rey de Tiro. El de Chipre era un caso aparte. La isla, tan próxima a la costa fenicia que se podía ver desde los montes del Líbano, ya en el Bronce Tardío había mantenido estrechas relaciones con Ugarit, por ejemplo, que mantenía allí un núcleo de representantes y a su vez acogía en su puerto a un núcleo de mercaderes chipriota-micénicos. Con el inicio de la Edad del Hierro, la presencia fenicia en Chipre se intensifica, como atestiguan cerámicas e inscripciones, al principio repartidas por las costas, pero luego concentradas sobre todo en el sureste, alrededor de la ciudad de Kition, mientras en otros lugares aparecen colonias griegas y en el interior se forman estados indígenas. La unidad de la isla (la Alashiya del Bronce Tardío) se fragmenta en ciudades-estado de distintos orígenes y lenguas, entre los que se cuenta el elemento fenicio, adecuadamente organizado.

Chipre es la única tierra «colonizada» realmente por los fenicios, con asentamientos fijos y consistentes, ya en los siglos X y IX, mientras en el resto del Mediterráneo actuaban como mercaderes sin bases de apoyo consistentes y sin provocar ningún flujo migratorio. La situación cambia en el siglo VIII. En varias zonas del Medite-

DOCUMENTO: TRATADO ENTRE ASARHADDON, REY DE ASIRIA, Y BA'AL, REY DE TIRO (ENTRE 675 y 671)

I columna, sólo se conserva parcialmente el encabezamiento:

«Tratado que Asarhaddon rey de Asiria, primogénito de Senaquerib rey de Asiria con Ba'al rey de Tiro ... primogénito de ... ha concluido.»

II columna: completamente ilegible.

III columna: § 1 ilegible.

§ 2 «... el gobernador que he puesto sobre ti ... los ancianos de tu país en consejo ... el gobernador junto con ellos ... la palabra de su boca no escucharás sin el gobernador; los mensajes que yo te mande, no debes abrirlos en ausencia del gobernador; si el gobernador no estuviera presente, le esperarás para abrir pero no ...»

§ 3 «Si una nave de Ba'al o de la gente de Tiro que se encuentra en el país de los filisteos o bien a lo largo de cualquier (otro) confín de Asiria embarranca: todo cuanto se encuentra en la nave pertenece a Asarhaddon rey de Asiria, pero no se ensañará con la gente que se encuentra en la nave y su nombre ...»

§ 4 «Estos son los puertos y las rutas que Asarhaddon rey de Asiria ha concedido a Ba'al su siervo: en Acco y Dor, en el distrito de los filisteos, por doquier; en las ciudades fronterizas de Asiria a orillas del mar, por doquier; y en la ciudad de Biblos en el Líbano, las ciudades que están en la montaña, por doquier. (En) todas estas ciudades de Asarhaddon rey de Asiria, Ba'al y sus siervos los tirios, la gente de Asarhaddon rey de Asiria ... podrán concurrir (?). En el interior de sus naves y en cualquier ciudad de Asarhaddon rey de Asiria adonde se dirijan, sus ciudades, sus aldeas, sus puertos, que en el territorio ... en cada una de sus zonas de frontera, como en tiempos anteriores ... sean recibidos amigablemente. Un grupo cualquiera de trabajo ... a sus naves no se hará daño. En el país ... en su territorio, en sus aldeas ... como anteriormente el país de Sidón ...»

IV columna: tiene las invocaciones a la divinidad, tanto asirias como fenicias (Ba'al Shamim, Ba'al Malagê, Ba'al Safón).

rráneo empiezan a aparecer «colonias» fenicias, cuya «fecha de fundación» nos ha llegado en algunos casos a través de la tradición griega, mientras que la documentación arqueológica (allí donde ha salido a la luz) revela la presencia de cantidades importantes de materiales fenicios, señal del establecimiento fijo de grupos procedentes de Fenicia. El fenómeno de la colonización fenicia es paralelo, por su cronología y sus formas, al de la colonización griega, que también sigue a una fase precolonial de comercio y navegación. Los colonos fenicios se habrían adelantado a los griegos en algunas zonas, y al revés, pero en líneas generales se trata de dos fenómenos rivales, cuyo resultado es un verdadero reparto de las costas y zonas de influencia en gran parte de la cuenca central y occidental del Mediterráneo.

Está claro que se trata de una nueva manera de estar comercialmente presentes en el Mediterráneo. Al igual que sería anacrónico retrasar la colonización hasta una época en la que el tráfico se realizaba con procedimientos más relajados, hay que decir que a partir de cierto momento resultó imposible proseguir con el antiguo comercio sin adaptarlo a una situación nueva. A grandes rasgos, las causas del cambio hay que buscarlas en la situación en las tierras de origen de los colonos, en la situación en la tierra de destino, y en los recursos con los que se comercia. En las tierras del Mediterráneo occidental, durante los primeros siglos del I milenio, la estructuración política de los pueblos indígenas y su crecimiento organizativo en la producción y el intercambio dan un paso adelante. Si los mercaderes fenicios de los siglos XI a IX podían operar en régimen de monopolio de los medios técnicos (desde los barcos hasta los conocimientos mercológicos) y de clara separación en la valoración comparativa de las mercancías, en el siglo VIII los reinos indígenas en ascenso son interlocutores mucho más consistentes. Con ellos no basta la simple arribada estacional de naves aisladas, se requiere una capacidad de presión e intervención directa en los terrenos económico, político y, en última instancia, militar. En cuanto a los recursos que los pueblos orientales consideran interesantes, la aparición de colonias señala el paso de un estadio en el que se demandan sobre todo metales (además de otras mercancías similares en precio y facilidad de transporte) a otro en el que se aprecian los recursos productivos agropastorales y la disponibilidad *in situ* de recursos de tierra y mano de obra, ambos abundantes y disponibles, a diferencia de la saturación característica de la franja costera fenicia.

Por último, en el país de origen debió haber algún motivo que indujera a los colonos a dejar sus tierras y lanzarse a unas empresas prometedoras, pero arriesgadas. Sobre las causas internas conocemos mejor el caso de Grecia, donde el flujo colonial está relacionado con las luchas políticas internas y el ascenso de nuevas clases sociales que no encuentran un lugar adecuado en la saturada metrópoli. Algunas tradiciones, como la de la fundación de Cartago (por refugiados políticos, a raíz de las luchas civiles en Tiro), se conservan en el ámbito griego (y luego en el romano), y probablemente leen el fenómeno de la colonización fenicia sobre las pautas obligadas de la griega. Por lo poco que sabemos de las relaciones entre Tiro y Cartago (la «ciudad nueva» *qrt-ḥdšt* fundada en Túnez), la colonia no es una entidad política independiente de la metrópoli, sino una dependencia: Cartago, varios siglos después, todavía paga un tributo a Tiro, de modo que está gravada igual que las pequeñas ciudades y aldeas del reino. Tampoco posee un rey (como las ciudades autónomas fenicias), sino unos jueces (*špṭm, sufetes* en latín), precisamente como los centros subordinados, y como tendrá Tiro durante los pocos años en que su rey legítimo permanecerá cautivo en Babilonia. Esta relación de dependencia originaria (la lejanía hará que las colonias acaben siendo independientes de hecho) implica una fundación oficial, y no por grupos disidentes, deseosos de hacer negocios por su cuenta.

La otra explicación que han aventurado los investigadores modernos es la presión imperial asiria. Pero es un poco tardía en relación con el primer impulso colonial, pues en Fenicia (y concretamente en Tiro) hasta Asarhaddon no se pudo notar una presión fuerte en el terreno demográfico y político. Por lo demás, las relaciones entre las ciudades fenicias y los imperios mesopotámicos se mantienen a un nivel que deja a salvo las autonomías e iniciativas económicas locales. Los imperios se cuidan mucho de romper los mecanismos que les proporcionan beneficios y no funcionarían

igual con una gestión directa. Puede que algún grupo de prófugos bajo presión imperial (como los griegos de Asia a raíz de la conquista persa) se dirigiera a zonas ya colonizadas desde hacía tiempo. Pero, en conjunto, no parece que las presiones internas (socioeconómicas) y externas (imperiales) expliquen por sí solas el movimiento colonial fenicio, que debió ser una adaptación a las nuevas formas de presencia y explotación de la cuenca mediterránea.

Entre los fenicios y los griegos se llegó a un reparto de hecho bastante preciso. Las colonias fenicias «saltaron» todo el Mediterráneo central, tanto por el norte (Egeo y Jónico) como por el litoral africano (Cirenaica y Libia) —señal inequívoca de que no había ninguna necesidad técnica de escalonar las colonias a distancia de una jornada de navegación, como afirman a menudo los estudiosos modernos. Las colonias fenicias se concentraron en el oeste de Sicilia (Motya, Panormo y Solus), en las islas de Malta y Pantelleria, en Túnez (Cartago, Útica), luego en Cerdeña (Nora, Tharros y otras), las Baleares y el sur de España (Gades y otras). Era un sistema bastante compacto, que abarcaba los archipiélagos centrales y los salientes continentales (sin adentrarse en los golfos), con zonas mineras (Cerdeña y España), zonas de poblamiento y puntos de apoyo estratégicos para el control de las rutas marítimas.

Con la rápida separación entre las primeras colonias y la metrópoli, una de ellas, Cartago, dominó sobre las demás, convirtiéndose a su vez en metrópoli de un posterior flujo colonial, sobre todo en la costa africana, hacia el este (Tripolitania) y el oeste (Argelia y Marruecos), y ampliando antiguas zonas fenicias (España y Cerdeña). La historia de las colonias, y en primer lugar la de Cartago, no se incluye en este volumen, ya que sobrepasa sus límites geográficos, cronológicos y de contexto teórico y cultural. El desarrollo del imperio cartaginés y su enfrentamiento con Roma son hechos bien conocidos. Aquí conviene recordar que los fenicios, desde sus puestos avanzados coloniales, prosiguieron su exploración de tierras cada vez más lejanas, en busca de rutas y recursos nuevos. Si los fenicios de la metrópoli prolongaron la vieja ruta del mar Rojo hasta lograr la circunnavegación de África (*c.* 600), por encargo del faraón egipcio Necao, los cartagineses prolongaron las rutas mediterráneas más allá de las columnas de Hércules, llegando por el norte hasta Inglaterra (Himilcón, *c.* 450) y por el sur hasta el golfo de Guinea (Hannón, *c.* 425).

4. Los puertos y los imperios

Si se examina un mapa del imperio asirio en su expansión máxima, no deja de sorprender que los tres minúsculos territorios de Arwad (una islita), Biblos (con un pequeño transpaís) y Tiro (otra isla) permanecieran autónomos. Parece claro que a un imperio de tierra adentro le costaba bastante expugnar las ciudades portuarias y someter los estados marítimos —baste pensar en las dificultades con que tropezó el imperio persa frente a las ciudades griegas. Pero es probable que el imperio asirio no se empleara a fondo contra las ciudades fenicias autónomas, pues de lo contrario lo habría logrado. Se dio por satisfecho con una forma de sumisión reflejada en el tratado entre Asarhaddon y Ba'al, rey de Tiro. Obsérvese que en los siglos VIII y VII los asirios recurren al tratado sólo con entidades exteriores al imperio. Al caso de Tiro se suman los tratados con estados tribales y difíciles de controlar, como el de Qedar (tribu norarábiga) y el de los medos.

En el tratado con Tiro se reconoce su autonomía, y las divinidades fenicias garantizan el juramento junto a las asirias. El documento regula el comercio de Tiro: si puede utilizar puertos dominados por Asiria, y cuáles; si puede atravesar por estados exteriores, y por cuáles; qué procedimientos están legitimados en las relaciones Asiria-Tiro. Hay una evidente intención asiria de controlar la política de Tiro (un funcionario asirio asiste al rey local) y sacar provecho de su comercio, tratando de excluirlo de Filistea y Egipto para dirigirlo hacia territorio asirio. El control de los frutos de la actividad comercial fenicia era más interesante que el control del minúsculo territorio, y una anexión directa —con la destrucción que inevitablemente implicaría— podía romper un mecanismo que se supo aprovechar. Vemos, pues, que los asirios tuvieron la típica actitud de los imperios hacia los puertos comerciales, de permitirles cierta autonomía siempre que la actividad comercial redundara en beneficio del imperio, proporcionándole productos y beneficios de otro modo inaccesibles.

Algunas cartas neoasirias muestran cómo se aplicaban estas directrices, y los conflictos que dicha aplicación provocaba (sin los cuales no existirían las cartas en cuestión). En general, Asiria podía obtener de Fenicia hábiles artesanos para la decoración de las capitales nuevas, expertos marineros que eran utilizados también en el golfo Pérsico (contra Elam), mercaderes que llevaban productos occidentales a Asiria, y empresarios financieros capaces de abastecer Asiria de productos alimentarios. De modo que el imperio toleró las autonomías residuales y vio con buenos ojos la penetración de las actividades financieras y mercantiles fenicias en el mismo corazón de su territorio.

El imperio babilonio heredó la misma política, hasta el punto de que (como ya se ha dicho), pese a haber obtenido la capitulación de Tiro, Nabucodonosor mantuvo en funciones la dinastía local. La importancia del comercio fenicio para el imperio neobabilonio está documentada por algunos textos sobre la importación de metales occidentales, y casi simbolizada por el hecho de que en el organigrama general del imperio el cargo de jefe de los mercaderes estaba ocupado por un personaje de nombre claramente fenicio: Khanunu.

Cuando el imperio persa sucedió al babilonio, los monarcas aqueménidas no sólo mantuvieron esta actitud, sino que además potenciaron las ciudades fenicias, al tiempo que reintroducían elementos de autonomía local. Sidón volvió a tener dinastía propia, sumándose a Tiro, Biblos y Arwad. Es más, Sidón (incluido desde hacía tiempo en la administración imperial) pasó a ser la capital de Fenicia y sede privilegiada del representante imperial. El impulso dado por los aqueménidas a las ciudades fenicias se centró en algunas de ellas, elegidas como polos de desarrollo. En Chipre se potenció Kition, cuyos monarcas recibieron otras ciudades y se adueñaron de toda la parte fenicia de la isla. En tierra firme los agraciados fueron Tiro y Sidón, que recibieron varias localidades de la costa siria y palestina, así como Arwad y Biblos. Las construcciones de la época aqueménida, que han sacado a la luz las excavaciones en Sidón, Biblos y Arwad, atestiguan el florecimiento de la actividad urbanística, en parte enfocada a la actividad comercial (obras de fortificación, ordenación de los puertos) y en parte de carácter ceremonial (santuarios de 'Amrit en Arwad, y Bustan esh-Sheij en Sidón). Mientras el resto de la franja siropalestina empezaba a levantar cabeza tras la grave crisis de los siglos VII y VI, las ciudades costeras pasaron por un periodo de esplendor muy notable, a juzgar por los restos monumentales y urbanísticos. El

imperio aqueménida contaba con la flota fenicia para sus necesidades bélicas (guerras contra las ciudades griegas, difícil control de Chipre y Egipto) y comerciales.

Hemos sobrepasado los límites cronológicos habituales, porque era necesario señalar que la política imperial inaugurada por los asirios tuvo continuidad con el imperio persa. Bajo distintas formas, según las épocas, las ciudades del litoral fenicio siempre desempeñan el mismo papel de «punto nodal» entre los imperios asiáticos que tienen a su espalda (y que las controlan políticamente) y el mundo mediterráneo situado más allá de sus rutas marítimas. En cada periodo esta función presenta formas nuevas, y siempre apropiadas: de la navegación de mercaderes aislados a la fundación de colonias, de la importación de metales a la intermediación financiera, etc. Para desempeñar mejor esta función, las ciudades fenicias conservan su autonomía y actividades, introducen o adoptan nuevos instrumentos (como la moneda), y alcanzan en el Mediterráneo una fama y una caracterización de mercaderes (y a veces de piratas). Esto da lugar a un estereotipo que oscila entre los extremos de la admiración por su tecnología y la difamación ofensiva.

LIBER

25. LOS ARAMEOS EN SIRIA Y MESOPOTAMIA

1. De la tribu al estado

La ascensión bastante repentina de los arameos tras la crisis del siglo XII indujo a algunos investigadores a buscar sus antecedentes en el II milenio, e incluso en el III. Pero luego se ha visto que estos presuntos antecedentes eran inaceptables (bien por lecturas erróneas, bien por ser referibles a un topónimo situado al este del Tigris, bien por basarse en simples asonancias de nombres). Es un hecho que los arameos representan un elemento nuevo en la escena del Oriente Próximo de la Edad del Hierro. Pero en el pasado también hubo equivocaciones al abordar la cuestión de su «novedad», pues los arameos fueron incluidos en el paradigma de las oleadas migratorias semíticas, y fueron comparados con los amorritas de un milenio antes y los árabes de un milenio después, para llegar a la conclusión de que hubo repetidos, cuando no continuos, flujos migratorios desde el desierto hacia las tierras de cultivo, y una continuidad tipológica y lingüística entre las poblaciones ahora citadas, contrapuestas a los cananeos perennes sedentarios.

En realidad, como ya hemos visto en el caso de Palestina, la diferencia entre el nuevo pueblo y los cananeos tiene más bien un carácter social, y no de «fecha de llegada». Los arameos proceden del elemento nómada, presente en la región desde el Bronce Tardío, que lleva tiempo en contacto directo con los sedentarios. En su expansión a raíz de la crisis del siglo XII, los arameos se mezclan con los campesinos asentados en la región, y son en parte asimilados —este proceso resulta más fácil con los cananeos, emparentados lingüísticamente con ellos, que con los neohititas, hurritas, asirios y babilonios, de lengua y cultura claramente distintas. Desde el punto de vista lingüístico hay una estrecha continuidad onomástica entre los cananeos y los arameos (completamente distinta del masivo recambio onomástico realizado por los amorritas un milenio antes). Las diferencias caracterizantes del arameo con respecto al cananeo no denotan la aparición de nuevos grupos, sino más bien una diferenciación progresiva. En efecto, se trata de rasgos conservadores (las interdentales conservadas como tales y la *a* larga conservada sin pasar a *o*, como en el fenicio y el hebreo), típicos del medio lingüístico pastoral, más conservador y menos afectado por las innovaciones del medio ciudadano. También hay desarrollos distintos (por ejemplo, artículo sufijo, en lugar de prefijo, como en el fenicio y el hebreo) pero procedentes del mismo tronco cananeo.

Así pues, las tribus que durante el Bronce Tardío se dedicaban al pastoreo semi-

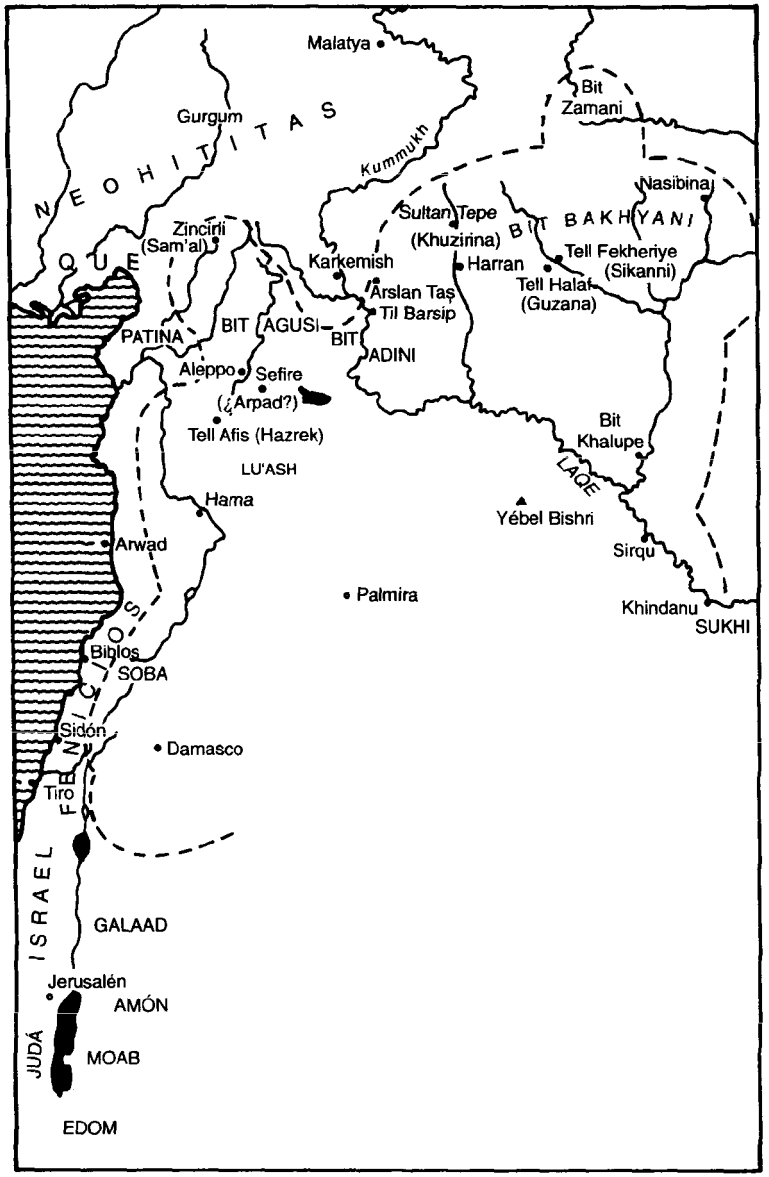


FIGURA 130. Los arameos en Siria y en la Alta Mesopotamia (*c.* 900-700).

LIBER

nómada (con ataques esporádicos a las caravanas y a los campesinos), llamadas suteos en Siria y akhlamu en la Alta Mesopotamia, son los antecesores directos de los arameos. Las primeras fuentes asirias que en el siglo XI hablan de «akhlamu de la tierra de Armaya» muestran precisamente la transición de la realidad vieja a la nueva. Y las mismas fuentes asirias (Tiglat-pileser I), que alardean de haber rechazado a los arameos al otro lado del Éufrates 28 veces en 14 años, revelan con claridad su imparable movimiento de infiltración, contra el que nada pueden los temibles ejércitos imperiales, que vencen en todas las batallas, pero no son capaces de detener un movimiento capilar de invasión.

Pero entre los suteos-akhlamu de los siglos XIV y XIII y los arameos de los siglos XI y X hay profundas diferencias, que se deben a la incidencia de factores de crisis y reestructuración relacionados con el hito del siglo XII. En el plano demográfico, el vacío que se había creado durante el Bronce Tardío en todas las zonas poco adecuadas para la agricultura de regadío, siendo ocupadas por los pueblos pastorales, es la zona privilegiada de los nuevos asentamientos de la Edad del Hierro: mesetas semiáridas y montes. La sedentarización de los arameos supone, en parte, un cambio de uso de zonas que en el Bronce Tardío habían sido pastizales, pero, en parte, significa una ampliación de las zonas habitadas hacia las alturas y hacia el interior. En el plano político, el vacío local creado por la crisis de los palacios, y el vacío, más general, creado por la crisis de los grandes imperios regionales, otorga a los arameos una libertad de acción y unas posibilidades inimaginables para sus antecesores del Bronce Tardío. Por último, es sobre todo en el plano socioeconómico donde la nueva orientación de las aldeas agrícolas y la nueva actitud de los nómadas hacia las actividades comerciales hacen que la tribu alcance un desarrollo y un protagonismo que antes hubieran sido imposibles. El grupo pastoral (ya no sólo pastoral) deja de ser un elemento marginal y antagonista del sistema económico, y gana posiciones. La orientación de las rutas comerciales sitúa a las ciudades-estado arameas de Siria interior en el centro del sistema comercial de Oriente Próximo (como ya había ocurrido con Transjordania).

De sur a norte encontramos Bet Rehob, Ma'akah y Gheshur en torno al alto Jordán, luego Damasco, Soba (en la Beqa'), Hama en el curso medio del Orontes, Bit Agushi con su capital Arpad (¿Sefire?) en la zona de Aleppo, Bit Adini con su capital Til Barsip (Tell Ahmar) en el valle del Éufrates al sur de Karkemish, y Ya'udi con su centro Sam'al (Zincirli) en las laderas del Taurus. En la Alta Mesopotamia la situación es similar, con los estados de Bit Bakhyani con su capital Guzana (Tell Halaf), Nasibina y otros del valle del Khabur, y Bit Zamani en el alto Tigris. En cambio, en el centro y el sur de Mesopotamia las condiciones son diferentes, con una separación neta entre el desierto y los valles de regadío. El poder político es más fuerte, y la urbanización más arraigada. Las tribus arameas permanecen bastante separadas, tienen menos acceso a las tierras de cultivo y su proceso de sedentarización es lento y parcial. En lugar de estados con su correspondiente ciudad, subsisten las tribus: laqe en el medio Éufrates, utuayu en el medio Tigris, puqudu, gambulu y otros grupos al este del bajo Tigris, y sobre todo los caldeos en la Baja Mesopotamia, con sus subdivisiones tribales de Bit Dakkuri, Bit Yakini, Bit Ammukani y Bit Sha'alli.

Mientras en las zonas de lengua cananea el elemento arameo representa una evolución local, con continuidad onomástica y lingüística, y facilidad de asimilación recíproca entre antiguos nómadas y antiguos campesinos en entidades nacionales ho-

mogéneas, no ocurre lo mismo en las zonas donde el elemento arameo se superpone a poblaciones de lenguas completamente distintas: neohititas en el norte de Siria, residuos hurritas en la zona del Khabur y el alto Tigris, asirios en el medio Éufrates y el medio Tigris y babilonios en todo el centro y sur de Mesopotamia. Hay una simple yuxtaposición del componente arameo y el local. Por ejemplo, los estados del norte de Siria como Hama o Sam'al usan el arameo y el neohitita para la escritura (además de la onomástica), y en la Baja Mesopotamia hay una clara yuxtaposición (también social) de caldeos y babilonios: los nómadas ya no están marginados frente a los ciudadanos, pues el nuevo elemento tribal forma una elite sociopolítica y militar sobre un soporte productivo que en su mayor parte no ha variado.

En el plano ideológico e institucional, el modelo gentilicio pasa a ser la «forma» del estado territorial, y la comunidad de sangre o de descendencia (expresadas por la lengua y la religión) se convierten en criterios de pertenencia. Un claro ejemplo es la fórmula «casa (*bīt*/*bēt*) de X» e «hijos de X» para designar al estado y a sus miembros. La separación entre clase dirigente tribal y base productiva queda reflejada, por ejemplo, en las inscripciones de Sam'al, que contraponen los «bravos» (*b'rrm*), nobles de origen nómada, a los campesinos sedentarios (*mškbm*); o en las inscripciones de Sefire, que con términos menos técnicos y más genéricos contraponen el «pueblo» (*'m*) a los «señores» (*b'lm*). En esta formación estatal compuesta reinan los miembros de la estirpe dominante, antiguos jefes de tribu. El rey está flanqueado por los jefes de las otras grandes familias o de los clanes tribales de los que ha salido, que mantienen su autoridad sectorial (en el sentido gentilicio). Así, junto a Matti-El, rey de Arpad, encontramos a «los reyes de Arpad», y junto a Hadad-'ezer, rey de Soba, encontramos a «los reyes de Soba», sus servidores. El gobierno asume las formas propias de los estados ciudadanos, pero en el plano ideológico aparecen formas paternalistas de claro origen nómada, que habían sido características sobre todo de la edad amorrita, siendo abandonadas por los reyes del Bronce Tardío. Se trata de la figura del rey como padre y madre de sus súbditos, las dotes de la justicia (*ṣdq*), la sabiduría (*ḥqmt*) y la bondad de ánimo como requisitos de la realeza, y el utópico carácter social de la acción del rey («a quien jamás había visto una oveja, yo le hice posesor de ovejas», y similares). No cabe duda de que se cierra en parte el abismo que se había abierto en el Bronce Tardío entre dominados y dominadores. Precisamente la reacción contra ese abismo había sido uno de los factores impulsores del nuevo orden político y social. Las expresiones propagandísticas revelan que el rey vuelve a prestar atención a los intereses de todos sus súbditos, mientras que el pueblo (a través de su representación gentilicia) interviene en la designación del rey y en la gestión del poder.

2. Historia y cultura de las ciudades arameas del oeste

El conocimiento que tenemos de los hechos históricos de los estados arameos es ocasional y discontinuo, basado en algunas inscripciones de los reyes locales y fuentes externas (y por ello parciales en su punto de vista), como el Antiguo Testamento para los estados más sureños, y las inscripciones asirias para los norteños. Para la fase más antigua, que corresponde a los siglos XI y X, no hay inscripciones locales. Se trata de una etapa de formación de los estados arameos, que todavía no han desa-

rrollado formas administrativas y celebrativas que se concreten en expresiones apreciables. Tampoco hay datos en los textos asirios, debido a que Asiria se encierra en sus territorios interiores, precisamente por la propagación de las tribus arameas.

Por lo tanto, las noticias que tenemos se refieren casi exclusivamente a los estados meridionales, y en concreto a las guerras con Israel. Ya Saúl se enfrenta a los reyes de Soba, y David, en sus guerras con los amonitas, se enfrenta a los arameos de Soba, Bet Rehob y Ma'akah. Sin duda el principal estado arameo de la zona es Soba, que a grandes rasgos corresponde al valle de la Beqa', sin asentamientos urbanos y con una serie de «reyes» que reconocen la soberanía de Hadad-'ezer, principal adversario de David. La victoria de David sobre Hadad-'ezer provoca la disgregación de este sistema político. Uno de los centros dependientes de Hadad-'ezer, Damasco, tiene una importancia especial. La ciudad se halla en el centro de un amplio oasis regado por los cursos de agua que descienden del Antilíbano, con una capacidad productiva superior a la de los demás centros arameos. Además, en cuanto al comercio, su situación desplazada hacia el este lo convierte en un nudo privilegiado en la ruta caravanera que desde el sur de Arabia pasa por los estados transjordanos, y en el mismo Damasco se divide en varios ramales, que van hacia el oeste y el mar, prosiguen en dirección norte hacia el valle del Orontes y el norte de Siria, o doblan hacia el noreste pasando por Palmira, para llegar al medio Éufrates y desde allí proseguir eventualmente hasta Babilonia. Prueba del interés comercial es el hecho de que David trata de sacar partido de sus victorias estableciendo en Damasco una guarnición y un centro comercial. Pero un general de Hadad-'ezer, Rezon, se declara independiente en Damasco y funda una dinastía que rápidamente se hace con el dominio de todo el sur de Siria. En la Biblia todos los dinastas de Damasco se llaman Ben-Hadad (Hadad era la divinidad ciudadana de la ciudad), y no es fácil distinguirlos. Un Bar-Hadad I (forma aramea del nombre que la Biblia hebraíza en Ben-Hadad) está atestiguado por una estela dedicada al dios (¡de Tiro!) Melqart, hallada junto a Aleppo. Debe tratarse del mismo personaje que se alió con Asa de Judá y devastó el territorio de Israel. Un Bar-Hadad II sometió en cierta medida a Israel durante la época de Omri, pero luego fue derrotado por Ajab, que logró invertir la situación. Estas guerras (llamadas siroefraimitas) se libraron por el control de la zona de Galaad, el único tramo de la ruta caravanera transjordana donde había un poblamiento israelita. Israel trataba de introducirse entre los estados que controlaban el comercio, y Damasco trataba de prolongar hacia el sur el tramo de su competencia, suplantando a sus rivales. Es significativo que el reino que salía ganando (por lo menos de momento) establecía bases comerciales en la capital del estado vencido. Así, encontramos bases damascenas en Samaria, e israelitas en Damasco.

Estas luchas locales no alteraban el orden general de la zona, y Asiria todavía no era capaz de alterar la situación. Esto sucederá después de mediados del siglo IX con Salmanassar III —entonces se aparcarán momentáneamente las disputas locales, y enemigos tradicionales como Damasco y Samaria se unirán contra el enemigo común. Antes de Salmanassar III, la situación en el norte de Siria, al oeste del Éufrates (donde casi no existe documentación), también debía ser similar a la palestina. El predecesor de Salmanassar III, Assurnasirpal II, sólo en una ocasión avanzó hasta el Mediterráneo, pero se trató de una incursión pacífica (con el consentimiento de los estados atravesados) cuyos principales logros fueron el establecimiento de una colonia comercial asiria en el medio Orontes y las relaciones con las ciudades de la

costa. La situación de los estados arameos situados al este del Éufrates era muy distinta. Durante la primera mitad del siglo IX tuvieron que soportar la presión militar y administrativa de Asiria, que trataba de hacerse con el control de todo el territorio mesopotámico. Una alternancia o mezcla de ciudades asirias y arameas fue homogeneizada poco a poco con la sujeción a tributo. Las expediciones de Tukulti-Ninurta II, Adad-nirari II y Assurnasirpal II en el valle del Khabur, el medio Éufrates y la franja de piedemonte del Tur 'Abdin acabaron sometiendo todos los pequeños estados arameos que se habían formado en esas zonas durante los siglos anteriores. El proceso fue largo, y los resultados, en parte, ambiguos. Un ejemplo de ello es la inscripción bilingüe (aramea y asiria) hallada en Tell Fekheriye: el autor de la inscripción, que en la versión aramea se llama «rey» (*mlk*) de Sikannu y Guzana (Tell Fekheriye y Tell Halaf, respectivamente), en la versión asiria se llama «gobernador» (*šaknu*: título de funcionario provincial asirio). El propio bilingüismo de la inscripción, el nombre arameo del rey (Hadad-yis'i) pero asirio de su padre (Shamash-nuri), la concepción asirizante de la estatua pero su realización estilística local, el estilo netamente asirio de la primera parte del texto y el netamente arameo de la segunda, delatan una posición política y culturalmente ambigua, mitad estado arameo tragado por la expansión asiria, mitad centro provincial asirio de arraigadas tradiciones arameas.

La inscripción de Tell Fekheriye se remonta a mediados del siglo IX. Justo después empieza la expansión de Salmanassar III al oeste del Éufrates, en un intento de incorporar a sus posesiones sirias la organización tributaria que se había consolidado en la Alta Mesopotamia. El estado más afectado fue Bit Adini, cuyo control permitía el paso del Éufrates, por lo que Salmanassar se empleó a fondo para conquistarlo. La posibilidad de atravesar el gran río le abrió el camino hacia los estados arameos del centro y sur de Siria, que opusieron resistencia armada. El episodio más famoso fue la batalla de Qarqar (que significativamente estaba a poca distancia de la colonia fundada por Assurnasirpal algunos años antes). En los años siguientes hubo una serie de encuentros que según el rey asirio se saldaron siempre con su victoria; pero el hecho de que se repitieran es señal de que no bastaron para imponer el control asirio sobre la región. La coalición antiasiria (en la que también participaban Israel y las ciudades fenicias) estaba encabezada por los dos principales estados arameos de Siria: Damasco, donde reinaba Hadad-'ezer, y Hama, donde reinaba Irkhuleni (del que tenemos algunas inscripciones en hitita jeroglífico), centros hegemónicos del sur y centro de Siria, respectivamente.

A la muerte de Salmanassar el peligro asirio disminuyó, y se reanudaron las guerras locales, con intentos por parte de las ciudades mayores de asegurarse la hegemonía regional. En el centro y sur, Damasco, con Hadad-'ezer y luego sobre todo con Haza-El, alcanzó una clara supremacía. Israel, Judá y los estados filisteos reconocieron su hegemonía, y el norte de Transjordania pasó a depender directamente de Damasco. Pero en Siria central el reino de Hama también aspiraba a la hegemonía, y extendió sus posesiones a toda la región de Lu'ash (Nukhashe del II milenio) y a la ciudad de Hazrek (Tell Afis). Una estela de Zakir, rey de Hama, celebra que Hazrek saliera indemne del asedio por parte de una coalición encabezada por el rey de Damasco, Bar-Hadad III. En ella participaron todos los reyes del norte de Siria (Bar-Gush de Bit Agushi y los reyes de Que, 'Amuq, Gurgum, Sam'al y Malatya), unidos en el intento de abortar el nacimiento de la nueva potencia intermedia, o quizá de

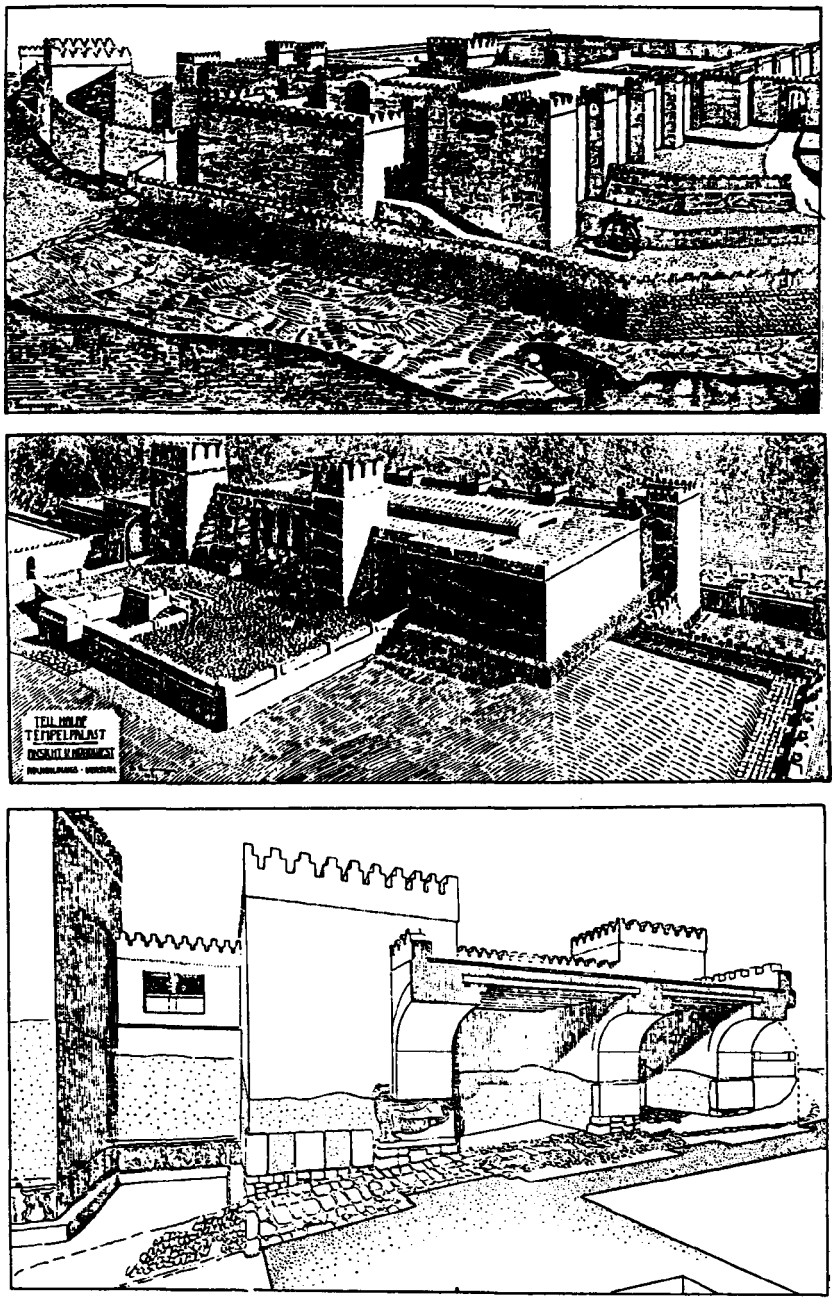
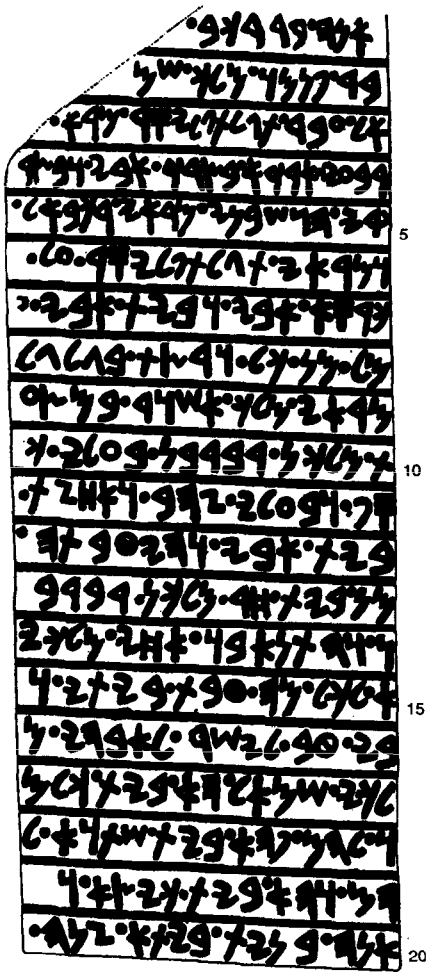


FIGURA 131. El centro arameo de Guzana, Tell Halaf. *Arriba*, reconstrucción de las fortificaciones. *Centro*, reconstrucción del templo-palacio. *Abajo*, sección de la puerta de acceso a la ciudadela.

LIBER



1 *'nh.brrkb.*
2 *br.pnmw.mlk.šm*
3 *'l.'bd.tglṭplysr.mr'.*
4 *rb'y.'rq'.bṣdq.'by.wbṣd*
5 *qy.hwšbny.mr'y.rkb'l.*
6 *wmr'y.tglṭplysr.'l.*
7 *ksr'.'by.wbyt.'by'.*
8 *ml.mn.kl.wrṣt.bglgl.*
9 *mr'y.mlk.'šwr.bmṣ'*
10 *t.mlkn.rbrbn.b'y.k*
11 *sp.wb'y.zhb.w'ḥzt.*
12 *byt.'by.whytbth.*
13 *mn.byt.ḥd.mlkn.rbrb*
14 *n.whtn'bw.'hy.mlky*
15 *'.lkl.mh.tbt.byty.w*
16 *by.tb.lysh.l'bhy.m*
17 *lky.sm'l.h'.byt.klm*
18 *w.lhm.ph'.byt.stw'.l*
19 *hm.wh'.byt.kys'.w*
20 *'nh.bnyt.byt'.znh.*

«Yo soy Bar-Rakib, hijo de Panamuwa, rey de Sam'al, siervo de Tiglat-pileser, rey de las cuatro partes del mundo. Por la fidelidad de mi padre y por mi fidelidad mi señor (divino) Rakib-El y mi señor (terrenal) Tiglat-pileser me han hecho subir al trono de mi padre. La casa de mi padre era la más solicitada de todas, y yo corría a la rueda de mi señor el rey de Asiria en medio de los grandes reyes, posesores de plata y posesores de oro. Yo tomé la casa de mi padre y la embellecí más que cualquier casa de los grandes reyes, y mis hermanos los reyes deseaban todo lo que era de belleza de mi casa. Mis antepasados los reyes de Sam'al no tenían una casa bella: tenían la casa de Kilamuwa, pero esa era para ellos casa de invierno y casa de verano. Yo en cambio he construido esta casa.»

FIGURA 132. Inscripción real aramea. Inscripción de Bar-Rakib, rey de Sam'al, vasallo de Tiglat-pileser III de Asiria.

castigar el comportamiento asiriófilo (tributario) de Hama durante el reinado de Salmanassar III.

En el norte de Siria la ciudad principal era sin duda Bit Agushi, pero estamos mejor documentados acerca de un pequeño estado más bien marginal, situado en el valle entre montañas que une el 'Amuq con el oriente de Anatolia: el estado de Sam'al (actual Zincirli). En la inscripción del rey Kilamuwa se trasluce una situación inestable, tanto en el interior (con luchas sociales y vaivenes económicos) como en el exterior (con la invocación de la intervención asiria contra los vecinos danunim). Los nombres de los reyes son en parte anatólicos (como el propio Kilamuwa) y en parte semíticos (como su padre Haya' o el fundador Gabbar). La inscripción está escrita en fenicio. Todo ello revela que el elemento arameo estaba encontrando su propia identidad cultural y política en esta rama marginal de su difusión.

A comienzos del siglo VIII las luchas locales dejan paso a jugadas internacionales de más envergadura. El norte de Siria es apetecido por el reino de Urartu (que ha llegado a su máxima expansión hacia el suroeste) y por Asiria (en fase de reorganización). Conocemos, en parte, las formas en que se concretan las nuevas relaciones. En particular tenemos dos tratados, uno en asirio entre Ashur-nirari V y el rey de Arpad (Bit Agushi), Matti-El, y otro en arameo entre el mismo Matti-El y un tal Bar-Ga'ayah, rey de Katka. El primer tratado se enmarca fácilmente en las peripecias de la época, con repetidas incursiones asirias en el norte de Siria que reducen Bit Agushi al estatus de pagador de tributo, sobre la base de juramentos verbales. Pero la preocupación por la ascensión de Urartu hizo que Asiria optara por una formalización escrita y más articulada, para asegurarse la fidelidad unívoca del estado clave de Aleppo. En cambio, el segundo tratado ha dado pie a distintas hipótesis, ya que el desconocido firmante Bar-Ga'ayah («hijo de la majestad», ¿tal vez un título y no un nombre propio?) y la desconocida Katka no han sido identificados. Este último reino debía tener cierta importancia, porque se ve con claridad que entre los dos firmantes el que lleva la iniciativa es Bar Ga'ayah. La hipótesis más probable es que se trataba, una vez más, de Asiria, en la persona del poderoso *turtānu* Shamshi-Ilu, que en el periodo comprendido entre 780 y 770 administraba las provincias occidentales del imperio y se enfrentaba a la expansión urartea. En tal caso, el tratado arameo de Sefire sería anterior al de Ashur-nirari V.

Cuando Tiglat-pileser III sube al trono, la balanza se inclina hacia Urartu, cuyo rey Sarduri está aliado con Matti-El de Arpad y todos los reinos neohititas de Anatolia oriental y el norte de Siria. La decisiva victoria de Tiglat-pileser (743) invierte la situación, excluyendo a Urartu de la zona occidental, afianzando el control asirio en el norte de Siria y acabando con la independencia. Aleppo es asediado, expugnado y convertido en provincia asiria, y los estados que logran mantenerse independientes deben pagar nueva y definitivamente tributo, hasta Damasco.

La condición de los estados que aún conservan la independencia está bien ilustrada por el caso de Sam'al: los últimos reyes locales, Panamuwa y Bar-Rakib, conservan el título de rey, pero están completamente sometidos al soberano asirio, reconocen que le deben el reino, están vinculados a él por un tratado de fidelidad y reconocimiento, y le proporcionan ayuda militar y tributo. Estas son las últimas manifestaciones autónomas en la vida política de los estados arameos del oeste. La anexión directa avanza inexorablemente en cuanto se presenta la ocasión, por algún titubeo de los vasallos. Tiglat-pileser III se anexiona Arpad en 740, Hazrek (la mitad

LIBER

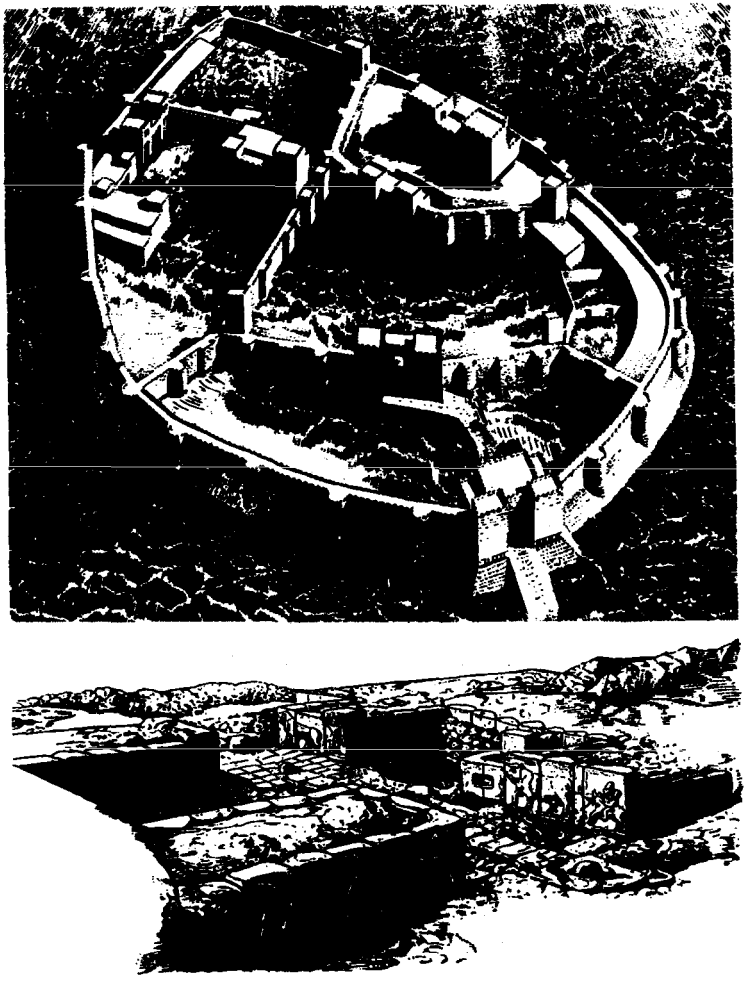


FIGURA 133. La ciudadela de Zincirli (Sam'al) en el siglo VIII, y la puerta de acceso con ortostatos esculpidos.

norte del reino de Hama) en 738 y Damasco en 732. Sargón II completa el proceso con la anexión de Hama y probablemente de Soba en 720. Por lo tanto, en el transcurso de veinte años todos los estados arameos pasan a ser centros provinciales asirios.

Conocemos de una forma muy desigual la cultura de los centros arameos. Las dos principales ciudades, Damasco en el sur y Aleppo en el norte, no son conocidas arqueológicamente, ni se pueden excavar (dada la construcción de ciudades modernas sobre las antiguas). Pero poblaciones de cierta importancia como Hama y Sam'al nos dan una idea de las ciudadelas arameas. La acrópolis de Hama, con un complejo monumental cuya fase mejor conservada es precisamente la inmediatamente ante-

LIBER

rior a la conquista por Asiria, se alza sobre un asentamiento ya milenario y aprovecha su forma. En cambio, la ciudadela de Sam'al posee una planta nueva y libremente planificada. La muralla exterior tiene forma redondeada muy regular, y dentro del recinto surge la ciudadela, otro recinto amurallado con más murallas en su interior, que sirven para defenderlo por partes, y los típicos palacios con pórtico (*bīt ḫilāni*) que los asirios consideraban característicos de la arquitectura del norte de Siria. Si comparamos la planta de Zincirli con la de Tell Halaf (Guzana) advertimos la misma regularidad de planificación, la misma clara distinción entre ciudad exterior y ciudadela interior, y la misma tipología palatina. Pero al esquema redondo del occidental Zincirli responde el oriental Tell Halaf con un esquema cuadrangular (tanto de la ciudad exterior como de la ciudadela palatina), claro reflejo de la influencia asiria, que tenía una larga historia y estaba muy arraigada en los territorios del otro lado del Éufrates.

En efecto, la cultura aramea del norte de Siria, en su fase de esplendor, se desarrolla justo al lado del imperio asirio: en contraposición política con él, pero también en función de él. Ciertamente, prevalecen los rasgos de originalidad local, que se advierten en todos los sectores —desde la arquitectura y el urbanismo, pasando por la talla de marfil, hasta los caracteres y la lengua de las inscripciones reales. Pero surgen dos tendencias, en conexión con la hegemonía cada vez mayor de Asiria. Por un lado, Asiria se siente cautivada por la cultura occidental y trata de disfrutar de ella, al principio de una forma no destructiva, imitando el *bīt ḫilāni*, asimilando competencias técnicas y artísticas y recaudando tributos en productos artesanales de valor, como el marfil, los vasos de bronce y las telas bordadas. Pero luego, con la fase de provincialización, hay un afán de posesión directa que acaba agotando los recursos locales. Por otro lado, los últimos estados arameos tienden a asumir formas asirizantes (más o menos exteriores), convirtiéndose de alguna manera en avanzadillas periféricas del imperio. Y también tienden a orientar por lo menos una parte de la producción de valor hacia el mercado asirio. Es significativo que la cultura aramea de Siria llegue a su plenitud justo en vísperas de ser destruida por Asiria, como si el imperio hubiera generado primero, explotado después y quemado por último su periferia.

3. Las tribus del este

Al este del Éufrates, en el territorio asirio y en el centro y sur de Mesopotamia, las tribus arameas hallaron distintas condiciones materiales y culturales, se diferenciaron más de la población agrícola y urbana de lengua acadia, y mantuvieron por más tiempo su organización tribal y su desvinculación de los centros de poder. Los arameos, elemento alógeno de procedencia occidental en Mesopotamia, se propagaron en dirección noroeste-sureste, la misma dirección que habían seguido los amorritas un milenio antes, que era la de los pastos y las rutas de trashumancia a lo largo de la «zona dimórfica», situada entre el desierto y el piedemonte iraní y anatólico.

En torno a 1100 (en las inscripciones de Tiglat-pileser I) encontramos tribus arameas bien instaladas en todo el curso medio del Éufrates, desde Bit Adini, pasando por Laqe y Sukhi, hasta Rapiqum, en la frontera norte de Babilonia. Pero esta línea de presencia marca más bien el área de contacto arameoasiria. El centro del territo-

LIBER

rio arameo está más atrás, en el desierto del norte de Siria (Palmira y Yébel Bishri). Desde esta línea de despliegue las tribus arameas, sobre todo en épocas de hambre, realizan peligrosas incursiones en las tierras agrícolas, llegando a las puertas de las grandes ciudades. Esto sucede incluso en pleno corazón de Asiria, y con más facilidad aún en la planicie babilonia, donde la degradación del sistema de irrigación y la debilidad del gobierno central deja amplias zonas a merced de la penetración política y física de los arameos. En el transcurso de los siglos IX y VIII, varias tribus arameas están atestiguadas en la propia Babilonia, llegando al este del Tigris, cerca de Elam y el golfo Pérsico. En los textos asirios (sobre todo en los de Tiglat-pileser III) aparecen los nombres de cuarenta tribus arameas y algunos nombres de personas. Unos y otros confirman la procedencia occidental (prefijo *ya-*, sufijos *-ān* y *-a'*). Se trata de tribus pequeñas que no dan lugar a ninguna formación amplia y estable, y poseen jefes gentilicios designados *nasiku* en las fuentes asirias. A juzgar por el tributo que pagan a los asirios, su economía es agropastoral, caracterizada sobre todo por la ganadería. Algunas tribus (en especial los utu') se especializan en el suministro de tropas mercenarias. La asimilación lingüística y socioeconómica a la población babilonia no es muy fuerte, se diría que más bien problemática, ya que las incursiones de los nómadas hacen que los babilonios les consideren bandidos, saqueadores sanguinarios. La propia sedentarización alrededor de las ciudades se considera una apropiación ilegítima en perjuicio de los babilonios, por lo menos es esta la presentación propagandística que hacen los reyes asirios cuando quieren aparecer como libertadores y restauradores de la justicia.

Los textos, usando un término anticuado, llaman suteos a los arameos —en el I milenio esta designación sólo significa «nómadas». Por ejemplo, los invasores arameos aparecen como suteos en un texto literario, el *Poema de Erra*, del que resulta difícil decir si se refiere a un episodio particular o quiere reflejar, en general, la devastación y las matanzas de las incursiones nómadas contra las ciudades babilonias. El poema se expresa en términos teológicos, atribuyendo a la voluntad destructora del dios Erra, que luego rectifica, una historia de destrucción (que asola Nippur, Babilonia, Uruk, Sippar, Dur-Kurigalzu y Der, todo el reino babilonio hasta sus extremos oriental y meridional) y posterior recuperación. Los principales elementos de las devastaciones, aunque no los únicos, son los suteos, que se suman a las calamidades típicas como el hambre y las epidemias. Erra guarda una relación especial con la peste, y en los amuletos de protección contra esta enfermedad se escribieron extractos del poema, lo que contribuyó a su difusión y popularidad. De modo que, al margen de que se refiera a un episodio concreto de devastación provocada por los arameos, el *Poema de Erra* refleja el clima de inseguridad creado por las incursiones nómadas en territorio babilonio, y la postración productiva y demográfica que provocaron. Se trata, desde luego, de un problema recurrente y casi permanente en la historia babilónica, pero durante los siglos de la penetración aramea (sobre todo X-VIII) la situación se hizo demasiado precaria y preocupante.

Las tribus caldeas del sur de Mesopotamia están relacionadas con las mencionadas tribus arameas. Las fuentes asirias y babilonias no confunden nunca a los arameos con los caldeos, ni los consideran términos equivalentes. Si acaso, los yuxtaponen como dos entidades étnicas y geográficas similares, pero distintas. La zona de asentamiento también es distinta. Los caldeos se concentran alrededor del curso bajo del Éufrates (zona en cuyo centro se hallan Uruk y Ur), y los arameos se sitúan en

arco al noroeste de los anteriores. La llegada de los caldeos a Mesopotamia es posterior: no hay mención alguna antes de mediados del siglo IX. Su formación política es de tipo tribal, pero de mayores dimensiones que las tribus arameas. Sólo conocemos cinco tribus caldeas (Bit Yakini, Bit Dakkuri, Bit Ammukani, Bit Sha'alli y Bit Shilani), y se trata de formaciones poderosas que dieron mucho que hacer a los asirios y se impusieron como elemento dominante a los babilonios. Normalmente, los jefes caldeos se designan como «reyes» (en plural *šarrāni*) o «jefes» (*ra'sāni*), con evidente alusión a una estructura del tipo de la que ya hemos visto en el caso de los arameos. Pero, como veremos a continuación, algunos de sus jefes más poderosos llegaron a dominar el país (incluyendo las ciudades) y a ostentar títulos unitarios, como «rey de Caldea» o «rey del País del Mar», hasta alcanzar el trono de Babilonia, encabezando su resistencia contra la invasión asiria. A diferencia de los arameos, los caldeos se babilonizan rápida y completamente (suelen tener nombres babilonios), y no parece que se dediquen demasiado al pastoreo. En cambio, a juzgar por los tributos pagados a los asirios, su economía se caracteriza por disponer de materiales exóticos de procedencia india o surarábiga: oro, incienso, marfil, ébano y palisandro. Las tribus caldeas debieron dedicarse a actividades comerciales a lo largo de las rutas caravaneras que atravesaban Arabia y llegaban a Yemen y a los puertos del océano Índico. Se puede suponer que en parte las heredaron de Ur y el sur de Sumeria en general, y en parte añadieron sus recursos caravaneros (camellos, oasis y pozos), típicos de la Edad del Hierro y del ambiente arábigo.

También se ha aventurado la hipótesis (por ahora sin demostrar) de que los caldeos no proceden del tronco genérico de las tribus arameas de Siria, sino del interior de la península arábiga. La llegada a Mesopotamia por el sur, en vez de por el oeste, explicaría su situación topográfica con respecto a los arameos, y la diversidad de origen también explicaría la distinción que realizaban los asirios entre los dos pueblos. Cierto es que los escasos restos onomásticos de los caldeos revelan una afinidad de fondo con los arameos, pero también es cierto que la identidad etnolingüística de todo el ámbito arábigo oriental correspondiente a este periodo todavía es muy mal conocida.

4. La difusión del arameo

La difusión progresiva de la lengua aramea es un fenómeno de gran envergadura, y hablaremos de él superando los límites cronológicos de este capítulo. A comienzos del I milenio los distintos dialectos arameos todavía son uno de tantos elementos de Oriente Próximo, y los grupos lingüísticamente arameos están en contacto con zonas donde se habla fenicio, hebreo, neohitita, asirio, etc. Además, las peculiaridades lingüísticas del arameo todavía no están bien caracterizadas en el interior del grupo semítico occidental. Durante medio milenio, con un proceso lento pero imparable, toda la zona siropalestina y mesopotámica pasa a ser aramea, y el arameo se convierte en una de las lenguas imperiales «oficiales». Los documentos arameos llegan mucho más lejos, hasta Anatolia, Egipto, Arabia, Irán y la frontera con la India. Al mismo tiempo, otras lenguas —de los dialectos cananeos al asiriobabilonio— tienen la suerte contraria, y se encaminan a la extinción. El proceso no sólo es largo, sino también complejo, y pasa por distintas fases.

LIBER



FIGURA 134. Bilingüismo asirioarameo. Un escriba «cuneiforme» escribe (en asirio) con estilo en una tablilla de arcilla, mientras un escriba «alfabético» escribe (en arameo) con pincel en papiro o pergamino.

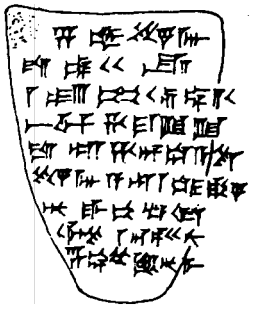
Hay una primera fase a caballo entre los milenios II y I, cuando tiene lugar la infiltración y sedentarización de las tribus arameas de la que hemos hablado. El resultado es la creación de una franja lingüística aramea, que corresponde al interior de Siria y el norte de Palestina, con todo su interior desértico, escasamente documentado y documentable. En esta primera fase el arameo sólo se distingue de otras lenguas semíticas habladas del noroeste por algunos rasgos dialectales, y a su vez se divide en variedades locales, que aparecen aquí y allá en las inscripciones de los yacimientos.

En los siglos posteriores hay una segunda fase, con el avance de las tribus arameas por Alta Siria (haciendo retroceder al elemento neohitita, ya precario en el plano demográfico), Alta Mesopotamia (en perjuicio de los últimos restos de las lenguas habladas hurritas, y en competencia con la «colonización» estatal asiria) y Mesopotamia central y meridional (donde poco a poco va suplantando al babilonio). Es difícil cuantificar esta penetración, ya que los documentos de las culturas y poblaciones anteriores y hegemónicas están dotados de una considerable «viscosidad». En cualquier caso, la presencia de nombres propios arameos y la presencia de glosas arameas en los textos asirios y babilonios nos da una pista: la persistencia de las lenguas escritas oficiales no oculta del todo el cambio de la situación básica y de la lengua hablada.

Una tercera fase está relacionada con las deportaciones imperiales, realizadas primero por los asirios y luego por los babilonios, y también con el regreso facilitado por los aqueménidas. El trasvase de población de una provincia a otra lleva a una fusión más o menos rápida de los antiguos habitantes con los recién llegados, que, a largo plazo, acaba favoreciendo al grupo más numeroso de deportados. Este grupo es, precisamente, el arameo. Las deportaciones al mismo centro de los imperios —primero el triángulo asirio y luego Babilonia—, al repoblar zonas en vías de agotamiento demográfico, provocan un recambio lingüístico que también redunda en favor del elemento más numeroso. Más tarde, cuando los grupos de desterrados regresan (des-

LIBER

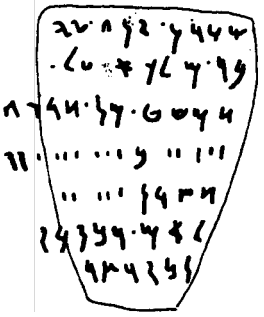
ASIRIO (CARA A)



5 ANŠE ŠE.PAD.MEŠ
ša DUMU.MAN ŠU^2
'Ta-qu-u-ni ^{lu}*2-u*
ina IGI *'Ḫa-ma-u-ṭu*
Sa ^{uru} *Ḫa-an-du-a-te*
ŠE.PAD.MEŠ *a-na 1* ANŠE 5-BÁN-*šá*
tar-GAL-*bi* ^{iti}DU$_6$
lim-mu ^{d}PA.MAN.PAP
5 ^{lu}ŠE.KIN.KUD.MEŠ

«5 *emāru* de cebada, propiedad del príncipe heredero, administrados por Taquni, el "vice", (han sido prestados) a Khamatutu de Khanduate. La cebada aumenta (por interés) 1,5 *emāru*. Mes VII; epónimo Nabu-shar-usur. (Prestados también) 5 segadores.»

ARAMEO (CARA B)



š'n snḥ zy
br mlk' 'l
ḥmṭṭ mn ḥdwh
5 b 6,5
ḥṣdn 5
l'm rbsrs
nbsrṣr

«Cebada. El "vice" del príncipe heredero (ha prestado) a Hamatutu de Hadduwah 5 (*emāru*) a (1 tipo de) 6,5, y 5 segadores. Epónimo el jefe eunuco Nabu-sar-usur.»

FIGURA 135. Tablilla bilingüe asirioaramea, en la que se registra un préstamo de cebada (Nínive, año 682).

de Babilonia) a sus lugares de origen, llevan consigo la nueva lengua aramea que habían adoptado durante su cautiverio: es el caso bien conocido de Judea, que no debió ser el único.

Naturalmente, los distintos factores y fases de arameización varían según las regiones. Por ejemplo, en Babilonia tenemos primero la llegada de tribus enteras (todavía en estado nómada) que ocupan las franjas marginales. Luego, la progresiva infiltración de individuos o núcleos familiares arameos en los campos y ciudades babilonios (todavía de lengua acadia) en busca de trabajo y tierras. Por último, la lle-

gada de deportados desde las zonas arameas del oeste, que se suman a una población ya en proceso de mezcla y bilingüismo acadioarameo. Al final, los grupos menos fuertes y numerosos se asimilan al elemento arameo preponderante, y aparece un dialecto arameo unificado (el arameo de imperio), usado inicialmente en las zonas asirias, y luego extendido a todo el imperio, donde sustituye a los dialectos locales (sobre todo a los occidentales), modificándolos. Este arameo «de imperio» dará lugar, ya en la época aqueménida, a los posteriores dialectos arameos —empezando por la variedad bíblica y egipcia, que más bien son peculiaridades documentales.

Cuando el arameo se convierte en la lengua hablada de la mayor parte de las poblaciones de Siria-Palestina y Mesopotamia, el imperio babilonio y, sobre todo, el persa, lo adoptan de forma oficial, de modo que se suma al uso persistente del babilonio. Al problema lingüístico hay que añadir otro bien distinto, pero relacionado con él: la diferencia en la escritura. El asiriobabilonio permanece anclado en la escritura cuneiforme, con su complejidad y enorme inventario de signos. En cambio, el arameo adopta la escritura alfabética, mucho más ágil y fácil de aprender. Ya en el periodo asirio, en las tablillas cuneiformes, aparecen rúbricas en alfabeto arameo para facilitar su identificación. Con la época neobabilonia el arameo se sitúa junto al acadio en los registros administrativos. Pero la diversidad del material utilizado para escribir ha dado lugar a un desequilibrio en la documentación de que disponemos. Por lo general, las tablillas de arcilla se conservan bien. En cambio, de los papiros arameos (salvo en casos de especial conservación) no suele quedar más que la pequeña *bulla* de barro, con la impronta del sello del funcionario, que servía para sellar el nudo del cordel con el que se ataba el rollo. De no ser por estos problemas documentales, podríamos seguir con mucha más facilidad y equidad la posición cada vez más central del arameo en las administraciones imperiales. Pero al margen de la lengua escrita, la unificación y aculturación que supuso la conquista imperial en las provincias originariamente distintas hizo que el arameo se implantara en toda la zona de poblamiento semítico, sumándose al persa, que mientras tanto había unificado la meseta iraní (en distinta medida y con distintas modalidades), y a los restos de las lenguas anatólicas, que más tarde serían suplantadas por el griego. Y detrás del arameo, desde esa reserva a menudo evanescente que es la península arábiga, ya asoman nuevas tribus de lengua árabe, que pasarán por los mismos procesos de superposición y asimilación en detrimento del arameo, que éste en detrimento del cananeo y el asiriobabilonio.

LIBER

26. LOS ESTADOS NEOHITITAS

1. ORIGEN DE LOS ESTADOS NEOHITITAS

Tras la caída del imperio hitita, en la zona central de la meseta anatólica, nuevas poblaciones (frigios) se superpusieron a las antiguas, y los niveles de agregación política y expresión cultural retrocedieron al nivel de la aldea (por lo menos al principio), para reagruparse luego en las nuevas formas de acentuado cariz étnico-nacional. En cambio, en la zona suroriental tribus de lengua hitita (y sobre todo luvita) lograron resistir y formaron una serie de estados de carácter comarcal, normalmente con una ciudad por capital, pero con un extenso territorio entre montañas.

La señal más evidente de la continuidad cultural respecto al mundo imperial hitita es la escritura llamada «hitita jeroglífico» que los nuevos estados heredan del imperio. Se recordará que la escritura jeroglífica ya se usaba en el siglo XV (Reino Medio hitita, y Kizzuwatna), y luego durante los siglos XIV y XIII, sobre todo para breves inscripciones en sellos de reyes y funcionarios. Pero al final del imperio se señalan algunos usos monumentales en la capital, Khattusha, y en localidades periféricas, incluso en el lejano Aleppo. También es probable que se le diera un uso práctico (por alusiones que se conocen), pero no ha llegado hasta nosotros por la naturaleza de los soportes (tablillas de madera, enceradas y de otro tipo). Con la aparición de los reinos neohititas se generaliza el uso monumental, con textos que se localizan en las ciudades (por ejemplo, en las puertas de los palacios o ciudadelas) o fuera de ellas (monumentos rupestres y junto a las fuentes, los santuarios u otros lugares destacados). La buena conservación de las inscripciones monumentales rupestres hizo que el hitita jeroglífico se conociera (aunque sin descifrar) antes que el cuneiforme, y que los monumentos hititas fueran famosos antes del descubrimiento arqueológico del imperio, dando lugar a interpretaciones más o menos fantásticas —como la de las amazonas, que los viajeros de los siglos XVIII y XIX recogieron de viejas tradiciones griegas.

Dado su carácter ideográfico, la escritura jeroglífica se puede adaptar a distintas lenguas (por ejemplo, al hurrita en ciertos nombres propios de la época imperial). Mientras que los monumentos de la época imperial estaban escritos, presumiblemente, en hitita, el progreso de la investigación lingüística ha permitido saber que las inscripciones neohititas están escritas en una lengua estrechamente emparentada con el luvita. Los nombres propios también son en buena parte luvitas (aparte de los nombres de reyes que se refieren expresamente a la onomástica imperial). En realidad habría que hablar de inscripciones «neoluvitas» y de «luvita jeroglífico», aunque la palabra «neohitita» es la que se ha impuesto. La explicación es fácil, porque el

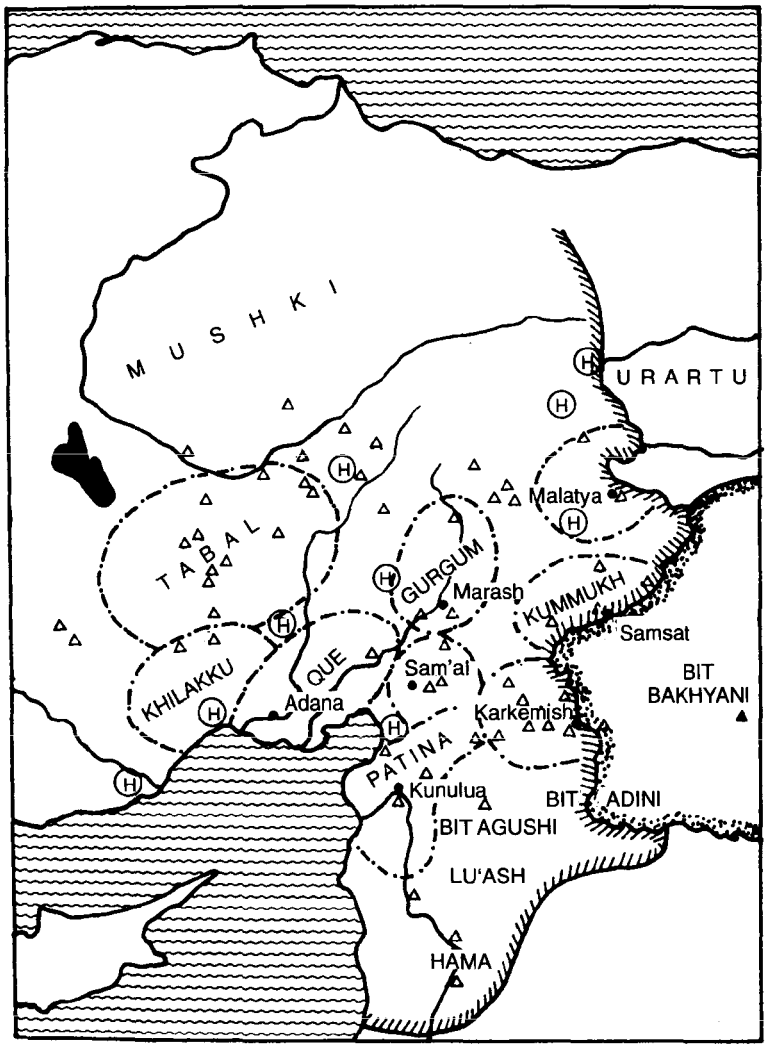


FIGURA 136. Los estados neohititas (*c.* 1000-700).

área de difusión de los estados neohititas (y de las inscripciones jeroglíficas) corresponde al sector suroriental del imperio, donde ya desde el II milenio prevalecía el elemento luvita. El hitita propiamente dicho, como se recordará, debía su importancia al hecho de ser la lengua de la capital, pero ya antes de la destrucción del imperio tenía un soporte demográfico débil.

El desplazamiento general hacia el este que se advierte al comparar el área ocupada por el imperio con el área ocupada por los estados neohititas hizo que durante mucho tiempo se pensara que hubo una migración de tribus luvitas desde Anatolia hasta el norte de Siria, coincidiendo con la caída del imperio y como repercusión de la inmigración de los frigios en la meseta central. Esta hipótesis no sólo es imposible de demostrar y carente de argumentos concretos, sino que ni siquiera es necesaria. El área de difusión de los estados neohititas se halla dentro de las viejas fronteras del imperio, y esa primera impresión que se tiene de desplazamiento hacia el sureste se debe a la pérdida de los territorios más occidentales y septentrionales, no a un avance hacia el sureste. El Éufrates corta el paso a los estados neohititas por el este, y al otro lado empieza el territorio asirio. Todas las capitales de los estados neohititas que se encuentran en el curso del Éufrates (Karkemish, Samsat y Malatya) están en la orilla derecha hitita. Por el sur la barrera es la vieja frontera hitita-egipcia (las inscripciones monumentales más meridionales son las de Hama), y el límite de los estados neohititas retrocede un buen trecho, por la penetración aramea.

Cabe añadir una diferencia entre los estados situados al norte y al sur de la línea formada por el Amanus y el Antitaurus. Al norte de esta línea, hasta más allá del Taurus (hasta el Halys y los lagos salados, donde empieza el territorio frigio), ya antes del fin del imperio, la región está ocupada por una población de base luvita, con algunas infiltraciones hurritas, y este territorio está integrado políticamente en Khatti hasta la anexión de Kizzuwatna. Se trata, pues, de un territorio hitita en sentido estricto, tanto en el aspecto lingüístico como en el político. En cambio, al sur de la línea Amanus-Antitaurus la población de base es semítica (también en este caso con un componente hurrita), con estatus político de reinos autónomos, dependientes del gran rey de Khatti. Pero ya durante los siglos XIV y XIII (a raíz de la conquista de Shuppiluliuma) hay una penetración de elementos hititas y luvitas. Las dinastías hititas instaladas en las dos ciudades principales, Aleppo y Karkemish, se llevan consigo multitud de funcionarios, escribas y administradores, imprimiendo un marcado carácter hitita a la cultura palatina de estas ciudades. También en otros lugares, desde el antiguo reino de Mukish (Alalakh III) hasta el antiguo reino de Ashtata (Emar), la sumisión directa a los «virreyes» hititas de Karkemish provoca una importante aculturación, que se aprecia tanto en los monumentos como en los textos. Incluso en centros como Ugarit y Amurru hay penetración hitita en el siglo XIII. En el primer caso se trata de mercaderes, en el segundo la penetración es en la casa real. Esta «hitización» es superficial, o mejor dicho en el vértice, ya que afecta a las cortes y a sus manifestaciones administrativas y celebrativas, mientras que la población permanece al margen, pero el proceso basta para sentar las bases de la cultura neohitita en ciudades como Karkemish y Patina (por no hablar de manifestaciones secundarias y leves en ciudades como Hama o Bit Adini), donde también afecta a las expresiones oficiales. Si en un centro como Karkemish, donde hay una clara continuidad cultural y política desde el siglo XIII hasta el periodo neohitita, parece que el aspecto hitita lo invade todo, en una ciudad nueva como Sam'al las manifestaciones hiti-

tas oficiales y el elemento arameo básico son complementarios, y conviven con dificultad.

Aun con notables diferencias según los lugares, en el norte de Siria el elemento hitita incide sobre todo en las zonas que durante el siglo XIII habían estado directamente sometidas a Karkemish: el propio Karkemish, la zona de Mukish (ahora Patina) y, en parte, la de Aleppo. En cambio, más al sur (antiguos reinos de Ugarit, Amurru, Nukhashe y Qadesh), la penetración aramea contaba con un soporte étnico (semítico) y cultural, de entrada más afín. En la zona del alto Éufrates, Taurus, Cilicia y Capadocia, el nivel de organización política era comarcal, a falta de una autoridad superior unificadora (como había sido el imperio). Estas comarcas ya eran de lengua luvita, pero carecían de autonomía política. Como ambas zonas se habían salvado, en parte, del «naufragio» de una formación política extensa, pudieron potenciar las experiencias autonomistas anteriores (sobre todo en el caso de Karkemish), o crear unas nuevas. Es interesante señalar que desde el punto de vista asirio, durante el periodo que va de la caída del imperio hitita a la conquista (es decir, de Tiglat-pileser I hasta Tiglat-pileser III), la zona situada al oeste del Éufrates se sigue llamando Khatti, y concretamente Karkemish es «el gran Khatti» —un residuo de la vieja jerarquía que ya está en desuso. Si bien cada reino hitita es sustancialmente autónomo, no se discute la preeminencia de Karkemish, cuyo origen está en el especial papel desempeñado por la ciudad durante las últimas fases del imperio.

2. Desarrollo de los estados neohititas

El territorio neohitita, que limita al sur con los arameos, al noroeste con los frigios, separado en el este por el Éufrates del territorio asirio (y del urarteo en el extremo norte), se divide en una decena de estados de dimensión comarcal. Al sur de la línea Amanus-Antitaurus, en el norte de Siria, Karkemish representa la continuidad más estricta con la época imperial. También el reino de Patina (en el pasado Khattina), llamado Unqi por los asirios (el actual 'Amuq) es heredero del antiguo reino de Mukish. Entre estas dos bases hititas, la presencia aramea penetra a través de Arpad/Aleppo hasta la zona de Sam'al. Remontando el Éufrates, siempre en la orilla derecha, se encuentra primero el reino de Kummukh (con capital en la actual Samsat/Samosata), y luego Malatya. Al oeste de estos dos reinos está el de Gurgum, con capital en Marqasi (actual Marash). Cilicia se divide en dos reinos: al este, en la zona llana, está el reino de Que, y al oeste, en los montes, el de Khilakku. Más allá del Taurus está el reino de Tabal, que es más bien una confederación de reinos menores, entre los que a veces se distinguen e independizan Tuwana y Khubishna. Todos se concentran en los valles y planicies entre montañas, separados por las cadenas del sistema del Taurus. En este medio, además del control de las zonas agrícolas, es muy importante el de las vías obligadas de comunicación, así como el de los recursos mineros y forestales, en pleno auge debido a la nueva tecnología del hierro.

Todo el periodo comprendido entre 1200 y 1000 es bastante oscuro, sobre todo porque los estados neohititas todavía se encuentran en fase de organización y acusan aún los efectos de la caída del imperio hitita, que brinda buenas posibilidades de autonomía local y desarrollo, pero también tiene su lado negativo, al haber desaparecido una organización político-territorial consolidada. En las ciudades antiguas se

advierte un difícil equilibrio entre continuidad y reestructuración. Lo vemos en Malatya, en la secuencia de las puertas de la ciudad desde la época hitita imperial hasta la destrucción por los asirios. En Karkemish prevalece la continuidad, y los nombres de los dinastas locales conservan la onomástica de la casa de Shuppiluliuma: hay un Ini-Teshub II (conocido gracias a los textos de Tiglat-pileser I) y un Talmi-Teshub II (conocido por una inscripción local). Pero la mayor parte de los reinos y las capitales son nuevos, y en esta primera fase todavía no son capaces de dejar huellas.

En cambio, durante el periodo comprendido entre 1000 y 850 aparecen en varios yacimientos monumentos reales locales cuyo estilo y tipología recuerdan, en parte, a los de la época imperial, pero, en parte, son claramente innovadores, con un característico estilo neohitita. Todavía no se aprecia en ellos la influencia asiria, y por su parte probablemente son capaces de influir en las ciudades arameas del norte de Siria y en los propios asirios, cuando entran en contacto más estrecho con ellos. Gracias a los monumentos locales se pueden reconstruir parcialmente las secuencias dinásticas. En Karkemish está la dinastía de Sukhi I - Astuwatananza - Sukhi II - Katuwa, que deja numerosas inscripciones, monumentos y obras urbanísticas. En Gurgum reina una dinastía cuya secuencia se conoce gracias a la genealogía del último rey, Khalparuntiya III. No conocemos la secuencia de Malatya, sólo la existencia de un rey (Sulumeli) al que se debe la construcción del complejo monumental de la «puerta de los leones». La impresión general es que los reinos neohititas van progresando, todavía a salvo de las devastadoras incursiones asirias. Podemos seguir este progreso sobre todo en los aspectos monumentales y urbanísticos, pero sin duda afectó a otros ámbitos de la vida productiva, y a los sectores propiamente políticos.

La primera incursión asiria al oeste del Éufrates fue encabezada por Assurnasirpal II al final de su reinado. No saqueó el territorio neohitita, limitándose a atravesar los reinos de Karkemish y Patina para llegar al valle del Orontes. La capital del reino de Patina, Kunulua, es probablemente el yacimiento de Tell Taynat, en 'Amuq, donde se han encontrado importantes edificios de la época, pero faltan epígrafes que proporcionen los nombres de los reyes. Una ciudad del reino, de importancia eminentemente religiosa, es 'Ain Dara (no sabemos el nombre antiguo), donde una impresionante serie de relieves esculpidos y un templo pertenecen a esta fase preasiria del desarrollo de los estados neohititas.

Al igual que en los estados arameos, en los neohititas la situación cambió radicalmente con el reinado de Salmanassar III, que después de asegurarse el paso del Éufrates en Bit Adini emprendió una serie de campañas anuales en Siria. Las primeras afectaron sobre todo al centro y sur de Siria, sin molestar a los estados neohititas. Pero el peligro era común, y dichos estados enviaron tropas más o menos numerosas a la batalla de Qarqar. En el decenio final de su reinado (*c.* 840-830) Salmanassar dirigió sus ataques contra los estados nórdicos (Unqi/Patina, Malatya, Que y Tabal), ampliando repentinamente el radio de interés y penetración asiria en Anatolia. Por primera vez los ejércitos asirios pasaron la cordillera del Taurus, recorriendo las rutas de los mercaderes paleoasirios de un milenio antes. La estela que Salmanassar III hizo grabar en las rocas del monte Amanus está justo al lado de la del rey Anum-Khirbi, de la época de las colonias paleoasirias.

Las repetidas incursiones de Salmanassar fueron suficientes para someter los estados neohititas a tributo, pero no para mermar sus autonomías. La actitud de los distintos reyes frente al invasor fue distinta en cada caso. Al parecer, los dos reinos

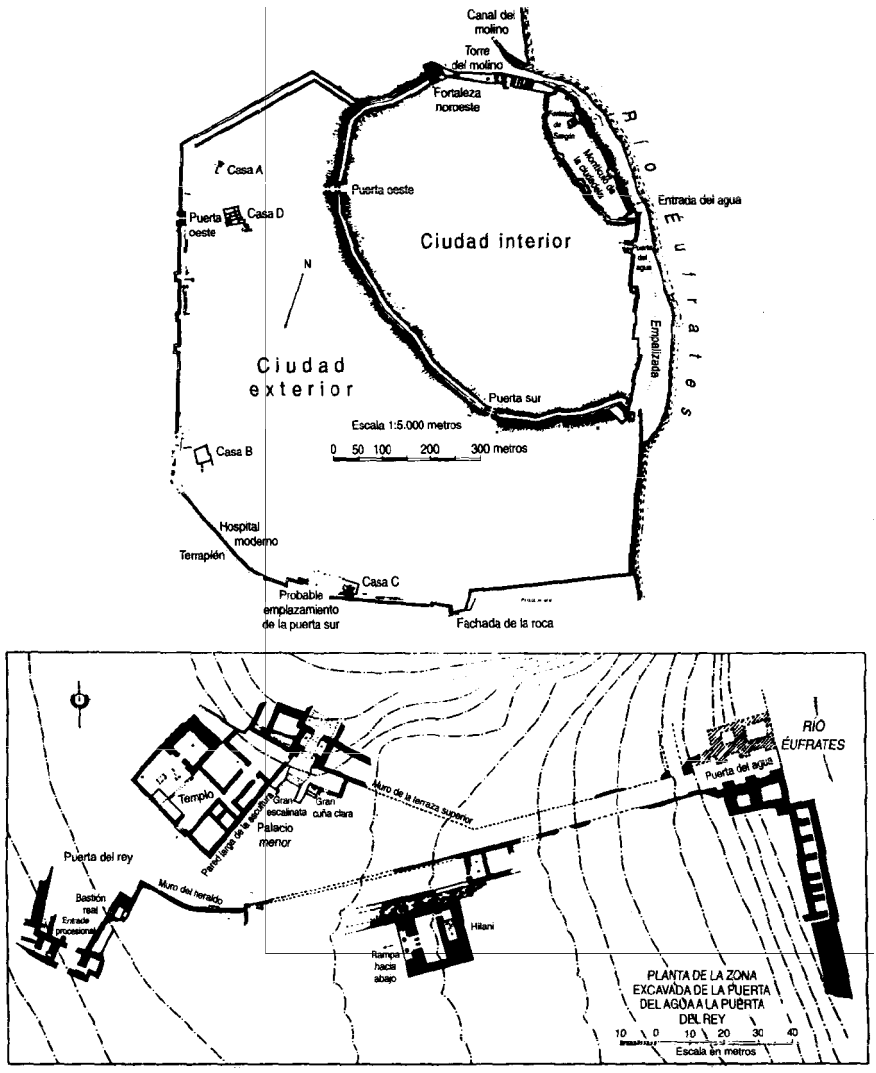


FIGURA 137. Karkemish. *Arriba*, planta general (la ciudad interior se remonta al Bronce Medio, la ciudad exterior es la ampliación neohitita). *Abajo*, detalle de la puerta del río y de la entrada procesional desde la ciudad interior a la acrópolis.

más expuestos, Karkemish y Kummukh, optaron por la política de sumisión, pagando tributo sin esperar a verse obligados a hacerlo. Los choques más encarnizados tuvieron lugar en los estados más apartados, que esperaban verse libres del pago del tributo.

Tras la muerte de Salmanassar III la presencia asiria al oeste del Éufrates se hizo más discontinua. A finales del siglo IX Adad-nirari III se enfrentó a una coalición

de estados arameos (cuyo eje era Arpad) y neohititas, y tras su victoria pudo fijar la frontera entre el sometido Kummukh y el rebelde Gurgum. Toda la primera mitad del siglo VIII está dominada por la figura de Shamshi-Ilu, el *turtānu* asirio que residió en Til Barsip (antigua capital de Bit Adini) y desde allí controló los territorios del noroeste, emprendiendo expediciones militares o interviniendo diplomáticamente, según los casos. La orientación de los reinos locales seguía las pautas anteriores: los partidarios de la sumisión eran Karkemish (donde a esta fase le corresponden los monumentos de los reyes Yariri y Kamani, no citados por los textos asirios) y Kummukh (donde reinó un Shuppiluliuma, no sabemos hasta qué punto consciente de su glorioso nombre). Los otros reinos estaban decididos a resistir por las armas. Entre ellos cabe citar Gurgum, donde reinó ese Khalparuntiya III cuya inscripción ha servido para reconstruir la anterior historia de la dinastía. Por el momento, los asirios no fueron capaces de ir más allá de Gurgum. Es más, a mediados del siglo VIII el reino que presionaba más sobre los estados neohititas era Urartu. Para él la llave del territorio neohitita era Malatya. Argishti I y Sarduri II se hicieron con el control de la ciudad, y Sarduri grabó una estela rupestre a orillas del Éufrates para marcar la frontera del territorio urarteo, pero también sus aspiraciones en esa dirección. Desde Malatya la influencia de Urartu se extendió en dos direcciones: hacia el oeste, al otro lado del Taurus, la confederación de Tabal —donde Tuwati ostentaba el título de «gran rey», dominando a los pequeños reyes locales— era un interlocutor lo bastante fuerte como para desaconsejar la intervención militar de Urartu, pero interesado en hacer frente común contra los asirios. La segunda línea de penetración urartea seguía el curso del Éufrates, de Malatya a Kummukh. Pero la implicación del fiel Kummukh en la gran coalición antiasiria encabezada por Urartu (que abarcaba desde los estados del Taurus a los estados arameos de Siria) provocó la reacción asiria. Tiglat-pileser III llevaba poco tiempo en el trono cuando decidió enfrentarse directamente a la coalición, precisamente en el territorio de Kummukh, donde venció en batalla campal (Kishtan, 743) y logró el doble objetivo de expulsar a Urartu de los territorios situados al oeste del Éufrates, y poner los estados neohititas a merced de Asiria.

Pero los asirios tendrían que esperar más de treinta años para recoger todos los frutos de la victoria de Kishtan. Tiglat-pileser III se dedicó más bien a anexionarse el centro y sur de Siria, dejando que los estados neohititas subsistieran con formas de sumisión más o menos estricta. Ya hemos visto el caso de Sam'al, cuyos últimos reyes Panamuwa II y Bar-Rakib eran fieles vasallos de los asirios. La condición de Kummukh debía ser similar, así como la de Gurgum, Malatya y los más lejanos Tabal, Tuwana, Atuna, Ishtunda y Khubishna. El único reino neohitita transformado en provincia asiria ya en la época de Tiglat-pileser III fue Unqi/Patina, directamente implicado en la oposición de Arpad y los otros reinos arameos. Un documento de crucial interés para esta fase final de independencia es la inscripción bilingüe de Karatepe (en fenicio e hitita jeroglífico), que data de la segunda mitad del siglo VIII (aunque también se han propuesto otras fechas más antiguas o más recientes). En ella, un tal Azatiwata celebra la construcción de su fortaleza Azatiwataya (Karatepe), en la frontera con Sam'al. Azatiwata no fue un rey autónomo, sino vasallo de Urikki, de la «casa de Mopso» que reinó en Adana (Danunim en fenicio), es decir, en Que. Urikki también aparece en los anales asirios. Los problemas de Azatiwata eran internos (sociopolíticos) o de alcance local, y no hay indicios de la amenaza de Asiria, que al poco tiempo invadió tanto Que como Sam'al. Sabemos que estos

CUADRO 19. Cronología de los reinos neohititas, *c.* 1100-700.

	Arpad	Patina	Karkemish	Sam'al	Gurgum	Que	Kummukh	Malatya	Tabal
1100			Ini-Teshub II *c.* 1000 Talmi-Teshub II *c.* 1000					Allumari *c.* 1100	
1000			Sukhi I		Palalam *c.* 950				
950			Astawatananza Sukhi II Katuwa	Gabbar *c.* 920	Muwanza Khalparuntiya I				
900				Bamah *c.* 890	*c.* 900				
850	Gusi *c.* 870	Lubarna I *c.* 870 *Sapalulme* ?-858	Sangara 870-848	Khayanu *c.* 860-850	Muwatalli 858 Khalparuntiya II 853		Qatazilu 866-857	Lalli 853-836	
800	Arame 858-834 *Atar-shumki* 805-796	Qalparunda 858-? Lubarna II ?-831 Surri 831 Sasi 831-?	Astiruwa	Kilamuwa *c. 840-830* Qaril	Palalam II Khalparuntiya III 805	Kate 858-833 Kirri 833	Kuntashpi 853 Ushpilulme 805-773		Tuwati I 837 Kikki
750	Mati-El 754-740		Yariri Kamani	Panamuwa I *c.* 780 Bar-Sur				Shakhu Khilaruatta *c.* 780-750	*Tuwati II c. 800*
700	740: Arpad provincia asiria	Tutammu 738 738: Patina provincia asiria	Pisiri 738-717 717: Karkemish provincia asiria	*Panamuwa II* *c.* 750-730 Bar-Rakib *c. 730-710* *c.* 710: Sam'al provincia asiria	*Tarkhulara* 743-711 Mutallu 711 711: Gurgum provincia asiria	Urikki 738-710 *c.* 710: Que provincia asiria 696: rebelión de Kirua 685: rebelión de Sanduarri	Kushtashpi 755-732 Mutallu 712-708 708: Kummukh provincia asiria	Sulumeli 743-732 Gunzinanu 730-720 Tarkhunazi 720-712 712: Malatya provincia asiria 675: rebelión de Mugallu	Wassurme 739-730 Khulli 730-? Ambaris ?-713 Ishkallu 675: Mugallu de Malatya

LIBER

dos reinos, bajo el reinado de Sargón II, eran ya provincias asirias, sin que en las abundantes relaciones históricas de estos reyes haya mención expresa de su anexión.

Sargón II fue quien dio el golpe de gracia a la independencia de los estados neohititas. Unas rebeliones azuzadas por el reino de Frigia (negativas a pagar el tributo) provocaron la enérgica intervención de Sargón, que se anexionó uno tras otro los reinos de Karkemish (717), Tabal y Khilakku (713), Que (si no estaba ya sometido), Malatya (712), Gurgum (711) y Kummukh (708). Algunas ciudades, como Malatya, pasaron a ser capitales provinciales asirias, pero también acusaron las consecuencias del cambio de estatus político e iniciaron una rápida decadencia. Dejaron de ser activos centros de iniciativa política, comercial y cultural (sobre todo edilicia), focos de la cultura local, para convertirse en terminales del sistema administrativo imperial. Ya no hubo construcciones monumentales ni monumentos regios, y también desapareció rápidamente el uso de la escritura jeroglífica hitita, destinada sobre todo a las inscripciones monumentales.

Pero la situación de las provincias asirias noroccidentales distaba mucho de ser tranquila. Si bien la aproximación entre Asiria y Frigia situaba a las zonas intermedias en la difícil situación de no poder contar con apoyo exterior, los asirios dieron muestras de escasa capacidad de control estable más allá del Taurus. Mientras las zonas del norte de Siria, el valle del Éufrates y la Cilicia llana se mantenían como provincias asirias, los reinos de Tabal y Khilakku recuperaron su autonomía —aunque con formas ambiguas y parciales. Los sucesores de Sargón trataron en varias ocasiones de hacer que estas tierras alejadas volvieran al redil, pero sin éxito. En la época de Assurbanipal, en vísperas del desmoronamiento final del imperio, los reinos de Tabal y Khilakku son ya una realidad, núcleos de los reinos de Capadocia y Cilicia de la época neobabilonia y meda. Si Capadocia acabó siendo anexionada por los medos, Cilicia permaneció independiente y fue incorporada por el imperio aquemé-nida con reconocimiento de un estatus especial. Estas anticipaciones sirven para subrayar que, incluso tras la anexión, las zonas más alejadas se libraron bastante de la asimilación y la amalgama que llevó a cabo la administración imperial, por medio de las deportaciones y la unificación administrativa. La supervivencia de la onomástica luvita (y probablemente de la lengua) en toda la zona sur de Anatolia, incluyendo Cilicia y Capadocia, hasta la época helenística, revela que la originalidad anatólica, gracias a su posición marginal y a las dificultades del terreno, resistió mejor que los territorios sirios y palestinos, más expuestos a la absorción y la aculturación.

3. Cultura de las ciudades neohititas

La prosperidad de las ciudades neohititas entre 1000 y 700 sitúa en primer plano una región que en los periodos anterior y posterior había sido y sería secundaria, por las limitaciones que el medio montañoso imponía al desarrollo demográfico y político. La situación demográfica es difícil de cuantificar, pero se tiene la clara sensación de un aumento, que se podría achacar tanto a las favorables condiciones de autonomía política como a los recursos tecnológicos de la Edad del Hierro. Los valles del Taurus brindan unos recursos mineros y forestales que en esta época resultan esenciales. Tampoco hay que olvidar el desarrollo alcanzado por la ganadería caba-

llar, actividad que Cilicia y Capadocia practican paralelamente en las ciudades más orientales de Armenia (urarteos) y los Zagros (manneos).

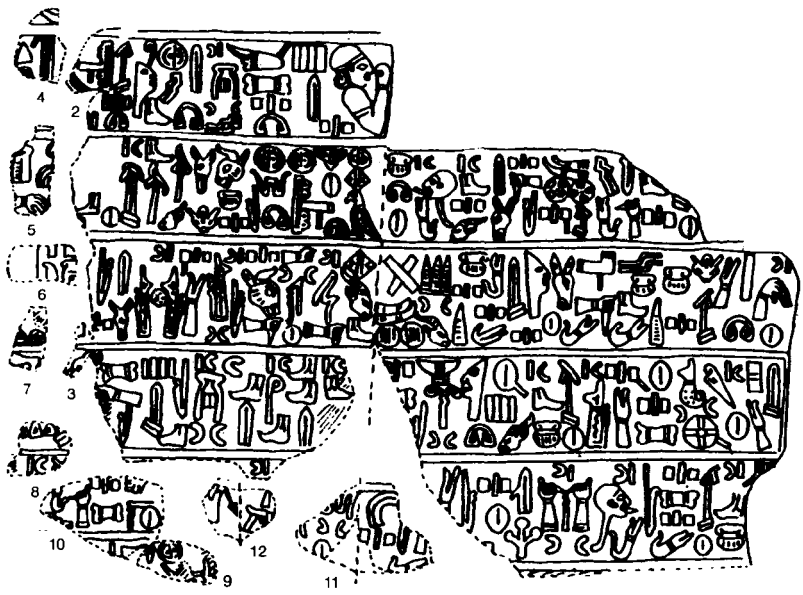
Algunos de los productos más característicos de la primera Edad del Hierro anatólica están relacionados con la nueva tecnología y el auge de las artes bélicas. La industria del bronce se especializa en la producción de recipientes y objetos de tamaño grande y mediano, sobre todo calderos y trípodes. Los que se fabrican en los centros neohititas son tan famosos como los frigios y los urarteos. También los escudos, cinturones y otros elementos del armamento, atribuidos comúnmente a la cultura urartea, se fabrican en la zona neohitita con los mismos niveles de calidad y cantidad. Las herramientas y armas de hierro, no tan preciadas pero del mismo interés tecnológico y económico, han sido subestimadas en la documentación arqueológica, al igual que otros elementos «invisibles» como los tejidos y los caballos.

Siguiendo la tendencia de la Edad del Hierro, la sede urbanística típica de la cultura neohitita es la ciudadela, muy bien defendida, pero de reducidas dimensiones. La única excepción es Karkemish, que en la época neohitita dobló sobradamente su tamaño en comparación con la ya extensa ciudad del Bronce Medio y Tardío. Su nuevo recinto amurallado de la «ciudad baja» llegó a abarcar unas cien hectáreas. Las demás capitales son pequeñas, pero están muy bien defendidas, con murallas que aprovechan la verticalidad de las pendientes naturales o de los cúmulos anteriores. Sus puertas son de tenaza múltiple, y con frecuencia forman ángulo a la izquierda para exponer el flanco de los asaltantes. En la Edad del Hierro también se suelen fortificar las poblaciones menores, lo que atenúa la diferencia entre capitales protegidas y aldeas abiertas, típica de la Edad del Bronce. A menudo las segundas desempeñan la función de fortalezas que protegen los valles y los accesos obligados entre montañas.

El reducido tamaño y las fortificaciones hacen que las ciudadelas parezcan medio ciudades medio castillos. Las puertas de la ciudad están decoradas con relieves esculpidos, dando lugar a una importante producción artística que el imperio asirio imitaría y llevaría a su cima más alta. Los complejos de esculturas que decoran los accesos a yacimientos grandes (Karkemish), medianos (Malatya) y simples fortalezas (Karatepe) son uno de los principales indicadores de la cultura neohitita, y reflejan el patrimonio cultural de la localidad: las escenas de carácter mitológico se alternan con otras de celebración palatina (soldados, dignatarios, figuras de reyes) y con simples figuras de animales de carácter apotropaico. Lo mismo se puede decir de las inscripciones monumentales (de cuya lengua y escritura ya hemos hablado), que, superando su colocación interior en templos y palacios, y la dimensión de estatuas o estelas (propias de la Edad del Bronce), adornan amplias superficies exteriores, haciéndose eco, tal vez, de las inscripciones rupestres, que poseen una larga tradición y ahora reciben un nuevo impulso.

La impresión general es que la cultura neohitita expresa la ideología política de ciudades muy cerradas, que defienden sus grandes riquezas y su valiosa tecnología, pero al mismo tiempo se dirigen hacia el exterior, a una población poco numerosa, pero consciente, que influye en la conducta del estado. Esta es una visión parcial, pues se basa sobre todo en las ciudadelas reales. Se sabe muy poco acerca del papel de los templos y los santuarios extraurbanos, aunque podemos considerarlo importante, suponiendo que las instituciones del templo en la Anatolia hitita imperial guarden alguna relación con las que caracterizan a la misma zona en épocas posteriores (sobre todo en la helenística). Una hipótesis sencilla es que el palacio dirigía las acti-

LIBER



1 EGO-wa/i-mi-i ^{1}ka-tú-wa/i-sa IUDEX-ní-i-sa DEUS-ní-ti
(LITUUS|) á-za-mi-sa kar-k[a]-m[i-si-za-sa (URBS) REGIO].
DOMINUS [...] 'su-h[i...]
2 [...]-ti-[zi]-ha |NEG$_2$ (PES$_2$)REL$_2$.REL$_2$-sà-ta-si
3 mu-pa-wa/i-´ (DEUS)TONITRUS-sa (DEUS)kar-hu-ha-sa
(DEUS)ku-AVIS-pa-sa-ha |PRAE-na |PES$_2$(-)wa/i-sà-i-ta
4 wa/i-tá-´ (CURRUS)wa/i+ra/i-za-ní-na à-tá [|] PES$_2$(-)wa/i-[z]a-ha

«Yo soy Katuwa, el caudillo, amado de los dioses, señor de la tierra de Karkemish, hijo de Sukhi ... Por esas tierras mis padres y los padres de mis padres no habían marchado nunca, pero los dioses Tarkhunta, Karkhukha y Kubaba marcharon delante de mí, y yo he conducido por ella el (mi) carro.»

FIGURA 138. Inscripción hitita jeroglífica de Katuwa, rey de Karkemish (principios del siglo IX); estuvo situada en el «muro del heraldo» de la puerta del rey, cf. figura 137 abajo.

vidades artesanales y comerciales, la explotación de bosques y minas, y la actividad bélica, mientras que el templo se encargaba de la actividad agrícola y pastoral —actividad interior, que aparece con menos frecuencia en las reseñas de los conquistadores asirios, pero esencial para la población local.

La monarquía neohitita también tiene sus complicaciones, que las inscripciones triunfales sólo desvelan en parte. Junto a los dinastas llamados «rey» aparecen otros llamados «jueces» (*tarwani*), a veces en posición subalterna, cuyo origen y caracterización tal vez no sean dinásticos. En cambio el rey del Karkemish ostenta el título

de «gobernador del país», y en esta ciudad, y sobre todo en Tabal, reaparece de vez en cuando el título de «gran rey». Estos tratamientos reflejan el entrecruzamiento de antiguas tradiciones y elementos renovadores. Los nuevos estados neohititas tienen que fabricarse una ideología de la realeza (y política en general) remitiéndose a las tradiciones cada vez más lejanas de la época imperial, y también directamente a las formas de administración local que les han dado origen. Los alardes de justicia y bienestar son típicos de toda el área siroanatólica de la Edad del Hierro. A las expresiones arameas, mejor estudiadas, hay que añadir las neohititas, que son igual de significativas y explícitas. Pero a diferencia de lo que ocurre en el medio sirio (que sigue siendo «laico»), el anatólico, además de ocuparse del aspecto sociopolítico, pone un énfasis especial en los aspectos cultuales de la realeza. No es un hecho casual que se exprese sobre todo en las inscripciones rupestres extraurbanas relacionadas con los lugares de culto repartidos por el territorio.

27. ASIRIA, BABILONIA Y ELAM (SIGLOS XII-IX)

1. El apogeo medioelamita

Mientras las tierras siropalestinas y anatólicas situadas al oeste del Éufrates sufren el embate de la fuerte crisis del siglo XII y la consiguiente reestructuración, Mesopotamia parece arrastrarse con su lenta decadencia y sus luchas tradicionales a cuestas. Desde mediados del siglo XIV se había establecido una relación triangular entre el reino casita, el reino medioasirio y el reino medioelamita, caracterizada por rápidos cambios en el ámbito de un equilibrio sustancial a largo plazo, y también por la difícil situación de Babilonia, atrapada entre dos aguerridos rivales. Este «juego de tres» prosigue tras el umbral del siglo XII, ya que sus protagonistas no se ven muy afectados por lo que sucede en el oeste. El fin de la dinastía casita y la subida al poder de la II dinastía de Isin son consecuencia más bien del «juego» triangular que de situaciones nuevas. Aunque las infiltraciones de los arameos en la Alta Mesopotamia y luego en Babilonia introducen más elementos de desorden interno, no llegan a cuajar en formaciones políticas nuevas.

De los tres protagonistas, Elam era el que estaba menos (o nada) afectado por la influencia occidental, y precisamente en el siglo XII su poderío alcanzó su plenitud, aprovechando el deterioro recíproco de Asiria y Babilonia, con las enconadas luchas entre los sucesores de Tukulti-Ninurta y los últimos reyes casitas. En Elam, una dinastía probablemente nueva trasladó la capital a Susa y adoptó como guía del reino al dios de Susa, In-Shushinak. El rey Shutruk-Nakhunte reforzó considerablemente el reino en toda su extensión, desde las costas del golfo Pérsico (Liyan) y Anshan hasta los confines de Mesopotamia, concentrando en la renovada capital Susa los monumentos de los reyes elamitas anteriores, y subrayando en cada ocasión tanto la continuidad dinástica (y también interdinástica) como la cohesión geográfica de Elam.

La victoriosa expedición del asirio Ashur-dan contra Babilonia y la consiguiente caída de la dinastía casita proporcionaron a Shutruk-Nakhunte el escenario más apropiado para intervenir, a su vez, en Mesopotamia. La profundidad de su incursión se puede seguir en su propia inscripción triunfal, en la que cita los lugares de procedencia de los monumentos que se ha llevado a Susa como botín. El rey elamita recorrió primero las zonas situadas al este del Tigris, en particular el valle del Diyala (Eshnunna), luego se dirigió al oeste, atravesando el Tigris y adentrándose en el norte de Babilonia (Opis, Dur-Kurigalzu y Sippar), para seguir luego hacia el sur a tra-

LIBER

CUADRO 20. Cronología mesopotámica, *c.* 1200-900.

	Asiria		Babilonia			Elam	
1200							
				Adad-shum-usur	1216-1187		
			últimos	Meli-shipak	1186-1172	Khallutush-In-Shushinak	
			reyes	Marduk-apla-iddina I	1171-1159		
	ab Ashur-dan I	1178-1133	casitas	bc Zababa-shum-iddina	1158	acd Shutruk-Nakhunte	*c.* 1170-1155
				d Enlil-nadin-akhi	1157-1155		
1150							
	Ninurta-tukulti-Ashur			Marduk-kabit-akheshu	1154-1140	Kutir-Nakhunte	*c.* 1155-1140
	Mutakkil-Nusku			Itti-Marduk-balatu	1139-1132	Shilkhak-In-Shushinak	*c.* 1140-1120
	ef Ashur-resh-ishi	1132-1115		e Ninurta-nadin-shumi	1131-1126		
				fg Nabucodonosor I	1125-1104	Khutelutush-In-Shushinak	
				Enlil-nadin-apli	1103-1100	g	*c.* 1120-1100
1100							
	h Tiglat-pileser I	1114-1076	II dinastía	h Marduk-nadin-akhe	1099-1082	Shilkhina-Khamru-Lagamar	
	il Asharid-apil-Ekur	1075-1074	de Isin				
	Ashur-bel-kala	1073-1056		i Marduk-shapik-zeri	1081-1069		
	Eriba-Adad II	1055-1054					
	Shamshi-Adad IV	1053-1050		l Adad-apla-iddina	1068-1047		
1050							
				Marduk-akhe-eriba	1046		
	Assurnasirpal I	1049-1031		Marduk-zer-X	1045-1034		
	Salmanassar II	1030-1019		Nabu-shumlibur	1033-1026		
	Ashur-nirari IV	1018-1013	II dinastía	Simbar-shipak	1025-1008		
			del País	Ea-mukin-zeri	1008		
			del Mar	Kashu-nadin-akhe	1007-1005		
1000							
	Ashur-rabi III	1012-972	dinastía	Eulmash-shakin-shumi	1004-988		
			de Bazi	Ninurta-kudur-usur I	987-985		
				Shirikti-Shuqamuna	984		
	Ashur-resh-ishi II	971-967		Mar-biti-apla-usur	984-979		
				Marduk-mukin-apli	978-943		
950							
	Tiglat-pileser II	966-935	varias	Ninurta-kudur-usur II	943		
			dinastías	Mar-biti-akhe-iddina	942-?		
	Ashur-dan II	934-912		»			
				»			
	Adad-nirari II	911-891		»			
900							

a--a = sincronismo atestiguado.

vés de Akkad y Kish, hasta Babilonia. Dejó a su hijo Kutir-Nakhunte como gobernador de Babilonia y regresó a Susa con un gran botín, en el que había sobre todo monumentos «históricos» sustraídos de los templos babilonios —la estela de la victoria de Naram-Sin, el código de Hammurabi y el obelisco de Manishtusu, por citar los más famosos.

La estancia de Kutir-Nakhunte en Babilonia no fue fácil. En el sur de Mesopotamia se formó un nuevo reino con capital en Isin, y los elamitas lucharon durante tres años, causando destrucciones que serían recordadas durante mucho tiempo, por su despiadada ferocidad, y llegando a «desterrar» a Susa las imágenes de culto: Marduk de Babilonia y Nanâ (Inanna) de Uruk. A la muerte de su padre, Kutir-Nakhunte volvió a Susa para ser coronado, dejando un gobernador en Babilonia, reducida a estado vasallo, pero aún rebelde. En Susa el nuevo rey se dedicó sobre todo a una labor arquitectónica, edificando y restaurando templos en la capital y en ciudades periféricas.

LIBER

Le sucedió su hermano Shilkhak-In-Shushinak, con quien el reino elamita llegó a su apogeo en extensión territorial y esplendor monumental. Shilkhak-In-Shushinak ostentó el merecido nuevo título de «ampliador del imperio», a raíz de una serie de campañas que están relatadas (con detalle topográfico) en sus inscripciones celebrativas. Aunque desconocemos muchas de las ciudades citadas, queda claro que su expansión se dirigía al oeste. Conquistó toda la franja de territorio comprendida entre los montes Zagros y el curso del Tigris, hasta el Zab inferior, es decir, hasta tropezar con Asiria, reducida a su núcleo histórico. Elam se anexionó las zonas del Diyala, el monte Ebikh (Yébel Hamrin), Yalman y Kirkuk, habitadas por poblaciones acadias, casitas y hurritas. Era la máxima extensión jamás alcanzada por el reino elamita, que también dominaba los territorios orientales, hasta el litoral del golfo Pérsico y los desiertos del centro de Irán. Sólo quedaron sin conquistar Asiria (reducida a la mínima expresión) y el sur de Mesopotamia, con su II dinastía de Isin. La propia Babilonia padeció nuevas incursiones elamitas, pero su posesión no llegó a consolidarse, de modo que el Tigris y el Zab inferior formaron las fronteras del imperio medioelamita en su máximo esplendor.

El apogeo medioelamita queda reflejado, sobre todo en Susa, por la intensa actividad edificadora de Shilkhak-In-Shushinak. Los templos de Ninkhursag e In-Shushinak, en la acrópolis de Susa, fueron reconstruidos y ampliados, y se supone que lo mismo sucedió con otros templos en Susa y las demás ciudades elamitas. Un ejemplo destacado es el edificio público medioelamita de Tall-i Malyan (Anshan) —es decir, la capital de la célula oriental del estado elamita—, donde entre otras cosas se han hallado textos administrativos y los restos de la manufactura de piedras duras y sílex en los talleres de palacio. La actividad arquitectónica en los templos de la acrópolis de Susa se completó con la decoración, sobre todo con objetos de bronce, la concentración de trofeos de guerra, la erección de estelas triunfales del rey y las inscripciones votivas de fundación. En el aspecto técnico, Shilkhak-In-Shushinak subraya con orgullo que ha convertido viejos edificios de adobe en edificios de ladrillo, mucho más resistentes a las inclemencias del tiempo, pero también mucho más caros. Para el revestimiento de las paredes se generaliza el uso de frisos policromos con ladrillos esmaltados (una innovación de los casitas del Bronce Tardío), e incluso planchas de bronce repujado. Cuando el estado elamita alcanzó un poderío comparable al de los grandes estados mesopotámicos, además de dotarse de un aparato celebrativo y monumental similar, tuvo mayor facilidad que ellos para acceder a unos recursos que en Mesopotamia siempre habían sido exteriores y escasos, y se usaban con moderación. Dado que gran parte del territorio elamita era montañoso, nunca escasearon ni el bronce (que se llegó a emplear para la decoración arquitectónica), ni el combustible (necesario para cocer miles de ladrillos), ni las piedras duras.

Este auge duró poco, y ya el hijo y sucesor del gran Shilkhak-In-Shushinak, llamado Kutelutush-In-Shushinak, pese a ostentar el mismo título de «ampliador del imperio», vio cómo se reducía claramente su territorio. Por lo menos, esta es la impresión que se tiene por el lado mesopotámico, aunque es posible que por el este la situación fuera distinta: en Tall-i Malyan el nuevo rey está bien documentado, y tal vez dirigiera su actividad sobre todo a ese sector. En Mesopotamia el panorama internacional había cambiado radicalmente. Asiria con Ashur-resh-ishi y la II dinastía de Isin con Nabucodonosor I tomaron la iniciativa y recuperaron totalmente sus antiguos territorios. El resurgimiento asirio a expensas de las posesiones elamitas ex-

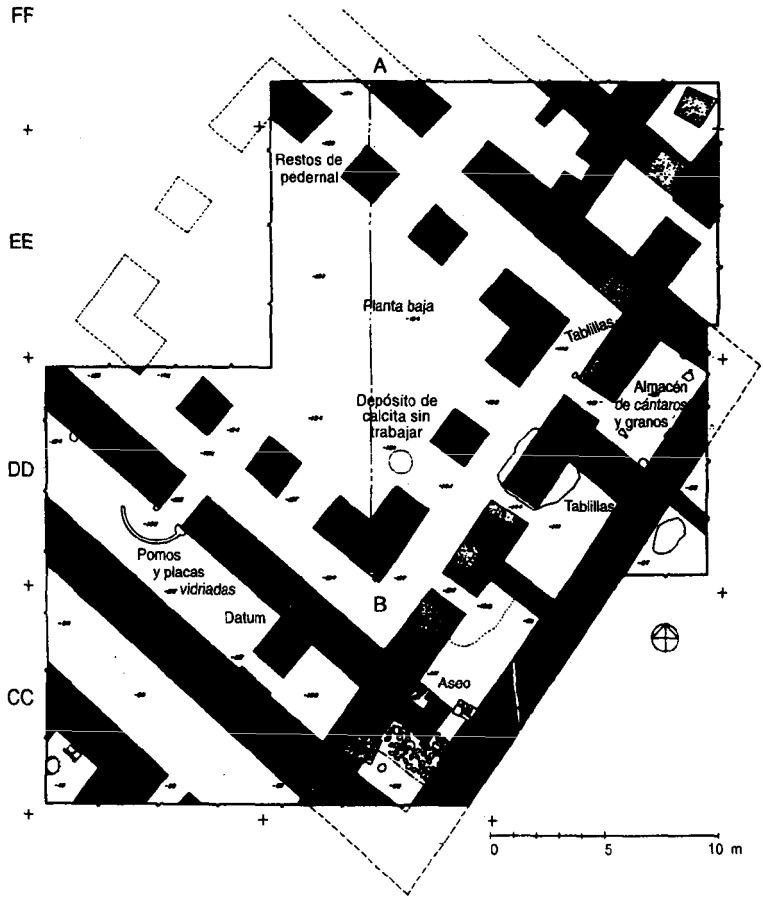


FIGURA 139. Edificio medioelamita de Anshan (Tall-i Malyan).

tremas (zona de Kirkuk y toda la franja comprendida entre el Zab y el Diyala) no está bien documentado, y puede que tuviera lugar sin episodios destacados. En cualquier caso, sólo afectó a territorios marginales para Elam. En cambio, la revancha babilonia llegó al corazón mismo del estado elamita. Un primer ataque de Nabucodonosor I provocó una reacción eficaz, pero fue la señal de que la situación se había invertido. El segundo ataque llevó al rey babilonio hasta las capital, Susa. El efecto simbólico de la victoria de Nabucodonosor fue el rescate de Marduk de su «exilio» elamita, pero los efectos concretos fueron la demostración del poderío de Isin en el mismo corazón de Elam, y de la desaparición de este último como potencia capaz de influir en los acontecimientos políticos de Mesopotamia.

Una oscuridad de tres siglos (1100-700) marca la separación entre el reino medioelamita y el neoelamita. Es un *hiatus* documental más tajante, pero en el fondo no muy distinto del *hiatus* análogo que afecta a Babilonia. Refleja una crisis demo-

gráfica, productiva y política, sobre todo en Susiana. Es posible, incluso probable, que en Anshan hubiera una mayor continuidad, pero en esta fase toda el área iraní se ve afectada por desplazamientos de población que dejan huella en la organización política y el poblamiento.

2. Nabucodonosor y la II dinastía de Isin

Los primeros reyes de la nueva dinastía de Isin tuvieron que hacer frente a la hegemonía elamita desde Kutir-Nakhunte hasta Shilkhak-In-Shushinak. También sufrieron algunas incursiones elamitas al otro lado del Tigris, pero pudieron restablecer su autoridad, situando la capital en Babilonia, y se hicieron con el control de toda la región situada al oeste del Tigris. Los sentimientos nacionalistas y antielamitas que animaban a la Babilonia de este periodo se expresan en los llamados *Textos de Kedorlaomer* (denominación errónea que se arrastra desde la época de los primeros asiriólogos). En ellos se proclama la imposibilidad de que un elamita sea reconocido rey de Babilonia, y la imposibilidad de que ambos pueblos puedan convivir en paz. Se trata, evidentemente, de vaticinios *ex eventu*, posteriores a la expulsión de los elamitas, pero ilustran bien el clima ideológico de estas luchas.

La expulsión definitiva de los elamitas de los territorios mesopotámicos es la mayor hazaña del principal rey de la dinastía, Nabucodonosor I. El relato de la batalla decisiva nos ha llegado en un *kudurru* con el que el rey victorioso asigna tierras y funciones políticas destacadas a un «vasallo» suyo, Lakti-Shikhu (o -Shipak; lectura antigua: Ritti-Marduk), jefe de la casa de Bit-Karziabku, que había tenido un papel decisivo al mando de los carros del ala derecha en la formación babilonia. Del texto se desprende que Nabucodonosor, antes del choque militar, había desplegado una acción político-diplomática, poniendo de su parte a los jefes locales de la zona interpuesta entre el bajo Tigris y la frontera elamita, una zona de composición etnolingüística y política variada (casitas como Lakti-Shikhu, elamitas, arameos y babilonios). Esta batalla campal proporcionó a Nabucodonosor un efímero triunfo, que le permitió entrar en Susa y recuperar al dios Marduk. Pero gracias a esta victoria y a su labor política logró la anexión definitiva de la zona comprendida entre el Tigris y los Zagros.

Una vez expulsados los elamitas, el espacio comprendido entre el Diyala y el Zab inferior fue codiciado por Asiria y Babilonia. Aquí Nabucodonosor no tuvo tanta suerte, y los textos asirios reseñan algún que otro revés suyo en Zanqu, a orillas del Tigris, e Idu (Hit), a orillas del Éufrates. La frontera se estabilizó en estas dos localidades. Al norte de la primera (en un punto impreciso entre Adheim y el Tigris) empezaba el territorio propiamente asirio, y al norte de la segunda una serie de pequeños estados arameos (el principal de los cuales era Sukhi), teóricamente sometidos a Asiria, pero de hecho independientes. Nabucodonosor, pese a las derrotas que le atribuye la parte asiria, también llevó los confines de Babilonia a sus posiciones clásicas en esta dirección. Otras campañas bélicas están implícitas en sus epítetos de «conquistador de Amurru» y «saqueador de los casitas», que aluden respectivamente a la victoria sobre los arameos y sobre las tribus de los Zagros.

Algunos títulos ambiciosos ostentados por Nabucodonosor y los demás reyes (mucho menos importantes) de la dinastía de Isin —a los obvios de «rey de Babilonia»,

«rey de Karduniash» o «rey de Sumer y Akkad» se suman los de «rey de reyes», «rey de la totalidad» y «rey de las cuatro partes del mundo»— contrastan llamativamente con la reducción de los horizontes internacionales de Babilonia, si la comparamos con la época casita. Todo el escenario ha cambiado, algunos interlocutores han desaparecido o resultan inaccesibles (Khatti, Egipto), pero el reino babilonio también ha cambiado, y sus problemas internos descartan una política de amplias miras. Cuando Elam sale de escena, todas las relaciones internacionales de Babilonia se reducen al agotador y vano pulso con Asiria en el territorio situado entre Adheim y el Zab. Gran parte de las rutas de comunicación interregional también están fuera de uso, debido a los desplazamientos nómadas. En particular, las dos rutas comerciales tradicionales de Babilonia son impracticables, por lo menos a gran escala. Se trata de la del Éufrates medio que se dirige a Siria, y la del golfo Pérsico que va hasta Dilmun y sigue más allá. Parece que por ellas no transita ningún comercio consistente durante varios siglos. La única ruta comercial babilonia que funciona en esta época es la que atraviesa los valles del Zagros. De la zona de Luristán, además de los típicos bronces locales (que sin embargo tienen una notable profundidad diacrónica), llegan espadas y puntas de flecha y de jabalina con inscripciones de reyes babilonios, que empiezan con la dinastía casita tardía, culminan con la dinastía de Isin y todavía continúan bajo las dinastías inmediatamente posteriores. Un siglo después de Nabucodonosor I el rey babilonio Simba-Shikhu todavía es capaz de intervenir en la región entre montañas de Zamua, junto a Asiria. El motivo de las encarnizadas luchas entre asirios y babilonios en el piedemonte de los Zagros se entiende mejor si se considera que lo que estaba en juego no era tanto la posesión de esos territorios, sino sobre todo el control de las rutas comerciales, de sus mercados en la planicie mesopotámica y de las relaciones con las tribus montañesas.

En el interior del país de Sumer y Akkad la administración sigue las pautas establecidas por la dinastía casita. Hay una veintena de provincias regidas por un gobernador (*šakin māti*, y luego *šakin ṭēmi*), algunas de las cuales se denominan como su capital (Nippur, Isin, Dur-Kurigalzu, etc.), y otras llevan el nombre de entidades territoriales y «casas» tribales (*Bīt* seguido del nombre del antepasado). Las provincias «ciudadanas» se concentran en el norte (antiguo país de Akkad) y escasean en el sur (donde la ciudad más dinámica parece ser Ur), reflejando las tendencias demográfico-territoriales de la época. Las provincias «tribales» se concentran sobre todo en la franja situada al este del Tigris. Es posible que en las «marcas» fronterizas las funciones típicas de los gobernadores del país interior (es decir, ocuparse de la irrigación y la edificación de templos) den paso a funciones militares, y a una relación con el rey central más personal que administrativa.

Un rey con las hazañas de Nabucodonosor puede cultivar su imagen propagandística, y lo hace siguiendo unas líneas significativas. Los éxitos militares se subrayan con un enfoque nacionalista, se alardea de la actividad constructora (que a menudo se reduce a simples restauraciones), se insiste en el carácter piadoso del rey, aspecto que pasa a un primer plano cuando recupera la imagen de Marduk, cautiva en Elam —un cautiverio que según la interpretación teológica babilonia es voluntario y tiene efectos beneficiosos. Por último, se hace hincapié en el epíteto «rey de justicia», que enlaza nada menos que con los modelos paleobabilonios (el código de Hammurabi todavía es conocido y copiado), en un intento de invertir la tendencia a basar las relaciones sociopolíticas en el conocimiento personal, el mérito oca-

sional y una mezcla de arbitrio y exención (tendencia propia de la época casita, pero aún vigente).

Después de Nabucodonosor I la dinastía de Isin se mantiene, cansinamente, varios decenios más, con una sucesión de reyes que gestionan su herencia y siguen enfrentándose a Asiria en el piedemonte transtigrino. Se alternan las guerras y las treguas, con más estatuas divinas capturadas y liberadas. Mientras tanto, el avance imparable de los arameos deja parte del territorio rural fuera del control político y administrativo central.

3. TIGLAT-PILESER I Y EL FIN DEL PERIODO MEDIOASIRIO

A mediados del siglo XII el reino asirio se hallaba en dificultades evidentes. Las infiltraciones de los akhlamu/arameos a través del Éufrates habían mermado, si no la soberanía, sí al menos la seguridad asiria en la Alta Mesopotamia, mientras que los últimos coletazos de la invasión de los frigios en Anatolia habían llegado a las puertas del alto Tigris, arrebatando algunos territorios al control asirio (Alzi y Purulumzi). Al mismo tiempo, el avance elamita en la franja situada al pie de los Zagros había llegado hasta el Zab inferior. Asiria se hallaba reducida a unas dimensiones mínimas, probablemente entre Arbela y Nasibina, aunque aún pretendía mantener la soberanía sobre toda la Alta Mesopotamia, hasta el Éufrates.

Ashur-resh-ishi logró enderezar algo la situación, reforzando Nínive y ciudades clave como Arbela, en el frente de los Zagros, y Apku, en el frente altomesopotámico. En el terreno militar se empleó a fondo para rechazar las infiltraciones arameas en todo el arco del Éufrates, de Karkemish a Sukhi, y disputar a los babilonios los tramos intermedios del Éufrates y el Tigris. En las batallas de Zanqu e Idu los babilonios tuvieron que retirarse, y Nabucodonosor I se vio obligado a renunciar a parte de sus ambiciosos proyectos. Es más, Asiria sacó ventaja de las actividades militares del rey de Isin, ya que vio cómo Elam era eliminado del tablero político-militar, y logró introducirse a su vez en los espacios que permanecían libres.

Durante su largo reinado (casi cuarenta años), Tiglat-pileser I siguió en la misma línea y profundizó en ella, pero con un arrojo y unos resultados bien distintos, llevando a Asiria a uno de sus momentos de máximo esplendor, en todo similar al de Tukulti-Ninurta I (siglo y medio antes) o de Assurnasirpal II (dos siglos y medio después). Pero al estar comprendido entre dos periodos de oscura crisis, el reinado de Tiglat-pileser I aparece como una realización efímera, y es un claro ejemplo de la facilidad con que una dirección política enérgica puede hacer que un estado íntegro (como Asiria) coseche éxitos importantes a pesar de la situación internacional, insegura e inestable. Conocemos cinco años de las campañas militares de Tiglat-pileser gracias a sus anales, que representan el momento en que las inscripciones reales asirias (que ya en el siglo XIII habían asumido un carácter narrativo) se estructuran de forma analística y se convierten en una fuente histórica más circunstanciada.

En la actividad militar de Tiglat-pileser I se pueden distinguir dos aspectos. En primer lugar, hay una actividad bélica oscura y constante, con escasa gloria, pero mucha dificultad, en el frente de las montañas, cuya amenaza se cierne sobre los campos asirios, a lo largo de todo el arco septentrional. Es una actividad esencial para la supervivencia del estado y el acceso a las materias primas. En segundo lugar, hay

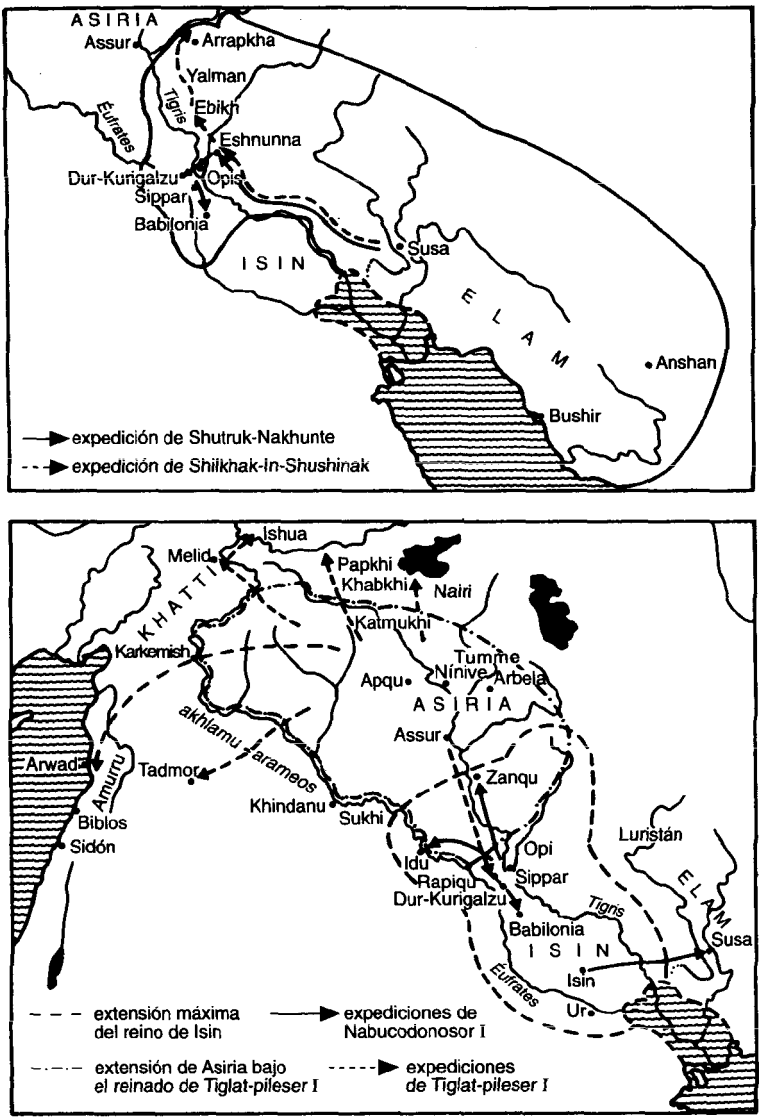


FIGURA 140. *Arriba*, el apogeo medioelamita, *c.* 1150-1120. *Abajo*, el apogeo de la II dinastía de Isin (*c.* 1120-1105) y la Asiria de Tiglat-pileser I (1115-1075).

LIBER

actividades mucho más llamativas y gratificantes desde el punto de vista ideológico, pero mucho menos necesarias, que van dirigidas a las dos metas codiciadas y lejanas: Babilonia en el sur y el Mediterráneo en el oeste. Ambas son metas «liminales», la primera en un plano propiamente político y la segunda en un plano absolutamente cósmico.

El sector montañoso, en el arco que va del alto Tigris al Zab superior, plantea todavía los mismos problemas que en la época de Salmanassar I y Tukulti-Ninurta I, pero complicados por la presión frigia (Mushki en los textos asirios) y el aumento del nivel de agregación de las tribus montañesas. Tiglat-pileser derrota a los mushki y recupera Alzi y Purulumzi, como fruto de un avance detallado topográficamente en los anales. La primera campaña se dirige contra el país de Katmukhi, es decir, el Tigris justo en las inmediaciones de Asiria (lo que demuestra lo precario del control en zonas muy cercanas al centro). La segunda se dirige al país de Papkhi, que corresponde a la región situada al norte del alto Tigris. La tercera va dirigida contra el país de Nairi, en pleno territorio armenio, alrededor del lago Van. El rey asirio se limita a imponer un tributo anual, cuyos elementos más significativos son los calderos de bronce y, sobre todo, los caballos. El sistema político local sigue intacto, con numerosos pequeños reyes locales (cuyos nombres suelen ser hurritas, como Kili-Teshub y Shadi-Teshub). Pero estos reinos tienden a agruparse en entidades mayores (la más extensa es Nairi), probablemente estimulados por la maduración del concepto de «nacionalidad» (de corte lingüístico y tribal).

El cuarto año empiezan las campañas por el oeste, que llegan al Mediterráneo. Un primer obstáculo son las tribus arameas que se han hecho fuertes en el Éufrates medio, en el valle del Khabur y, en general, en toda la Alta Mesopotamia. La pretensión del rey asirio —claramente ideológica— es expulsarles al otro lado del Éufrates, frontera ideal del imperio, hacia la zona de Palmira o del Yébel Bishri, de donde proceden. La política del rey, y tal vez la única posible, es garantizar las comunicaciones entre los centros administrativos asirios, interceptando y persiguiendo en la medida de lo posible a los grupos tribales que, gracias a su movilidad, se libran tanto de una sujeción estable como de una aniquilación definitiva. Una vez resuelto el problema de la seguridad de las vías de comunicación entre Asiria y el Éufrates, se plantea el del paso del río, que no es sólo técnico sino, sobre todo, político, porque supone la salida del territorio imperial y la entrada en territorio ajeno, en este caso en un territorio que aún se llama Khatti, aunque ya no existe el imperio rival. El rey asirio pretende haber impuesto una «tasa» anual (en madera) al rey de Karkemish, Ini-Teshub (II). Parece claro que se trata de un acuerdo comercial «pacífico», aunque el ejército asirio ejerce una fuerte presión. El tercer paso es la salida al mar, que tiene lugar en Arwad, donde el rey asirio recibe «tributos» de las otras ciudades fenicias y se aventura en una arriesgada travesía en barco hasta Sumura.

La campaña de Babilonia pertenece a la parte final del reinado, precedida de las consabidas escaramuzas al este del Tigris, en la franja entre el Zab inferior y el Diyala. Desde los tiempos de Nabucodonosor el equilibrio ha cambiado, y los asirios ya son capaces de llegar a la altura del Diyala y atravesar el Tigris, marchando sobre la propia Babilonia. Toman las ciudades babilonias más septentrionales (Dur-Kurigalzu, Opis y Sippar), y la capital acaba corriendo la misma suerte, pero es un episodio sin consecuencias políticas importantes. El rey asirio regresa satisfecho por el prestigio alcanzado, y consciente de que no puede gestionar en el plano militar y administrativo una eventual conquista del país.

LIBER

DOCUMENTO: LAS GUERRAS DE TIGLAT-PILESER I EN UNA INSCRIPCIÓN ANALÍSTICA

«Tiglat-pileser rey fuerte, rey del universo, rey de Asiria, rey de las cuatro partes del mundo ... (siguen epítetos y genealogía):

»Tres veces marché sobre las tierras de Nairi y conquisté las vastas tierras de Nairi desde Tumme hasta Dayaenu, Khimua, Paiteru y Khabkhu. Recibí su tributo en caballos enganchados.

»Capturé en batalla a 12.000 soldados del vasto país de Mushki (= Frigia); a flechazos desparramé los cadáveres de sus combatientes por toda la llanura.

»Apresé y desterré a 4.000 personas de Urumu y Apishlu, hititas rebeldes, y les consideré como gente de mi tierra.

»Conquisté por completo todo el país de Lullumu, las tierras de Salua, Qummenu, Katmukhu y Alzi.

»Bajo la dirección de Assur, Anu y Adad, los grandes dioses mis señores, avancé hasta el monte Líbano, talé y me llevé troncos de cedro para el templo de Anu y Adad, los grandes dioses mis señores. Seguí avanzando hasta el país de Amurru y conquisté Amurru por completo. Recibí tributo de Biblos, Sidón y Arwad; recibí (también) un cocodrilo y un gran mono de la orilla del mar. Durante el regreso me enseñoreé de toda la tierra de Khatti e impuse a Ini-Teshub, rey de Khatti (= rey de Karkemish) tasa, tributo y troncos de cedro.

»Marché sobre Milidia (= Malatya) de la gran tierra de Khatti. Recibí tributo de Allumaru. Conquisté Enzite del país de Ishuwa y la tierra de Sukhmu. Desterré a sus prisioneros y los llevé a mi tierra.

»Atravesé el Éufrates 28 veces —dos veces por año— en persecución de los akhlamu arameos. Conseguí echarles de Tadmor (= Palmira) en la tierra de Amurru, Anat y el país de Sukhi, hasta Rapiqu de Karduniash. Llevé su botín y sus bienes a mi ciudad de Assur.

»Marché sobre Karduniash (= Babilonia): conquisté desde la otra orilla del pequeño Zab, Armanu y Ugarsallu, hasta Lubdu. Vadeé el Radanu. Conquisté las ciudades situadas al pie de los montes Kamulla y Kashtilla. Tomé su botín y sus bienes y los llevé a mi ciudad de Assur.

»En esa misma campaña marché sobre la tierra de Sukhi: conquisté todas las ciudades a ambas orillas, desde Sapiratu, una isla en medio del Éufrates, hasta Khindanu. Desterré a su gente, y la llevé a mi ciudad de Assur.

»Por orden del dios Ninurta que me ama, marché sobre Karduniash. Conquisté Dur-Kurigalzu, Sippar de Shamash, Sippar de Annunitu, Babilonia, Opis que está en la otra orilla del Tigris, las grandes ciudades-templo de Karduniash junto con sus fortalezas. Conseguí la derrota de sus multitudes, y capturé innumerables prisioneros. Conquisté los palacios de Babilonia que pertenecían a Marduk-nadin-akhe rey de Karduniash, y los incendié. En el

eponimato de Ashur-shumu-eresh y en el eponimato de Ninuaya, dos veces formé en batalla mis carros contra Marduk-nadin-akhe rey de Karduniash, y le vencí.»

[Sigue una reseña de las construcciones —templos y palacio real— realizadas con el botín de las campañas.]

Los aspectos ideológicos de la actividad bélica de Tiglat-pileser I están subrayados por sus propias inscripciones, y se expresan de varias formas. Hay estelas erigidas o esculpidas en la roca, en los confines del mundo, como por ejemplo en las fuentes del Tigris. También aparece la caza de animales salvajes (leones, elefantes y búfalos) en los pantanos del Éufrates, con el contrapunto aproximado de la caza de delfines y narvales en el Mediterráneo. Si la caza posee el valor simbólico de presentar al rey como capaz de dominar las fuerzas salvajes de la naturaleza, hay otro aspecto significativo, su captura y concentración en el mismo corazón de Asiria, en verdaderos «parques», con vegetación exuberante y riego artificial, donde se pueden ver las plantas y animales de los países conquistados, como ejemplo del control ejercido sobre el mundo. Las imágenes de piedra de esos mismos animales cazados (toros y leones) se erigen a la entrada de los templos y palacios asirios, convertidas en genios protectores y disuasorios al servicio del rey, que ha demostrado ser capaz de dominarlos.

Las expediciones a los montes también van dirigidas a obtener materiales (en primer lugar madera) para el programa de restauración y ampliación de los templos asirios emprendido por Tiglat-pileser I —por ejemplo, los Anales son, formalmente, la inscripción de fundación del templo de Anu y Adad. En el terreno urbanístico, su reinado es la culminación del periodo medioasirio, con una continuidad total respecto a la época de Tukulti-Ninurta. No sólo en la arquitectura, sino también en la glíptica y en la producción artística en general, el reinado de Tiglat-pileser I pertenece al periodo medioasirio y lo cierra con dignidad. Lo mismo se puede decir de la producción literaria y administrativa. Al reinado de Tiglat-pileser pertenecen, probablemente, el «código» de leyes ya mencionado, y con toda seguridad la colección de edictos de palacio en los que de edicto en edicto se puede seguir la continuidad de Ashur-uballit a Tiglat-pileser. Además de recopilar y ordenar el material legislativo, se hace otro tanto con el material literario, y se crea una primera biblioteca en la que se reúnen las obras babilonias conseguidas en los saqueos de Tukulti-Ninurta y del propio Tiglat-pileser. Por último, la literatura «política» medioasiria, que había llegado a su cima en la época de Tukulti-Ninurta, da ahora un fruto destinado a tener un importante desarrollo: la mencionada inscripción analística, que representa una innovación, aunque esté perfectamente integrada en el proceso de continuo crecimiento de las inscripciones reales medioasirias, por su elaboración y complejidad.

Después de Tiglat-pileser I Asiria vuelve a adentrarse en la oscuridad para nosotros. Es probable que no se repitan campañas de mucha resonancia, como la de Babilonia o la del Mediterráneo, pero también es probable que prosiga, sin cambios apreciables, la presencia continua en las tierras septentrionales, y la reconstrucción de la trama de conexiones altomesopotámicas contra la expansión aramea. Hay un monumento, el llamado «obelisco roto», que posee evidentes puntos de contacto con

los textos de Tiglat-pileser I, pero seguramente es posterior y quizá se pueda atribuir a Ashur-bel-kala. Este monumento ilustra a la perfección los apuros de los asirios para controlar zonas como el valle del Khabur o el piedemonte del Tur 'Abdin, pero también el afán, coronado por el éxito, por hacer que la teórica soberanía sobre la Alta Mesopotamia, a la que Asiria no renunció ni siquiera en lo peor de la crisis, se corresponda con alguna forma de realidad.

4. La crisis demográfica y política

Las tres grandes figuras de Tiglat-pileser I en Asiria, Nabucodonosor I en Babilonia y Shilkhak-In-Shushinak en Elam han creado la ilusión de que la crisis en la que se vieron sumidas las regiones occidentales de Oriente Próximo a comienzos del siglo XII no afectó a las grandes formaciones políticas situadas al este del Éufrates. En realidad, la crisis sólo se retrasó un par de siglos, y a principios del X afectó de lleno a los tres estados. Elam, como ya hemos dicho, entró en una oscuridad total, mientras que Babilonia y Asiria pasaron por las mayores dificultades de su historia. El retraso de la crisis se debió, en parte, a su avance de oeste a este, y, en parte, a que los tres grandes reinos orientales tuvieron capacidad para reaccionar en una medida que sólo con una visión de «largo plazo» puede parecer vana y sin futuro, pero en su momento fue el efecto indudable de la energía, la capacidad de movilización y la gran originalidad cultural de estos reinos.

La gran crisis que, de todos modos, les alcanzó tuvo varios aspectos: demográfico, político y cultural. El aspecto demográfico y productivo se aprecia sobre todo en la zona babilonia. El indicador arqueológico (análisis poblacional de superficie) revela un retroceso con respecto al periodo casita, que a su vez, como se recordará, ya estaba en retroceso con respecto al periodo paleobabilonio. Se ha calculado que, con respecto al periodo casita, la población mediobabilonia se redujo a la mitad en la zona de Nippur, bastante a salvo de guerras e invasiones, y relativamente productiva, y a menos de la cuarta parte en la zona del Diyala, más expuesta a las destrucciones bélicas de asirios y elamitas. En ambos casos, la crisis afecta más a los centros urbanos, y en menor medida a las aldeas. Se puede imaginar, en proporción, el descenso demográfico en las zonas más expuestas a la penetración nómada o a las destrucciones de las guerras elamitas, es decir, el sur y el este. En conjunto, hay una verdadera caída en picado, y la población total vuelve a los niveles de la época pre o protourbana de 2.500 años antes.

La crisis tiene causas y tendencias viejas y nuevas. A las causas que vienen de muy atrás (agotamiento y salinización del suelo agrícola, colapso de la red de canales, degradación de las estructuras administrativas locales) se suman los efectos de las destrucciones bélicas, la inestabilidad política y las invasiones, que provocan carestías y epidemias, así como una disminución de la población y de la tasa de reproducción. Aparece —por citar un ejemplo emblemático— el tópico literario del canibalismo, es decir, de poblaciones reducidas a tal estado de necesidad y desnutrición que recurren al trágico recurso de «comerse a sus propios hijos».

El factor de la inestabilidad política, que no afecta a Asiria (donde sólo se puede hablar de luchas dinásticas), sí es importante en Elam, hasta el punto de hacer inaccesible la documentación, y sobre todo en Babilonia. Tras el fin de la dinastía de

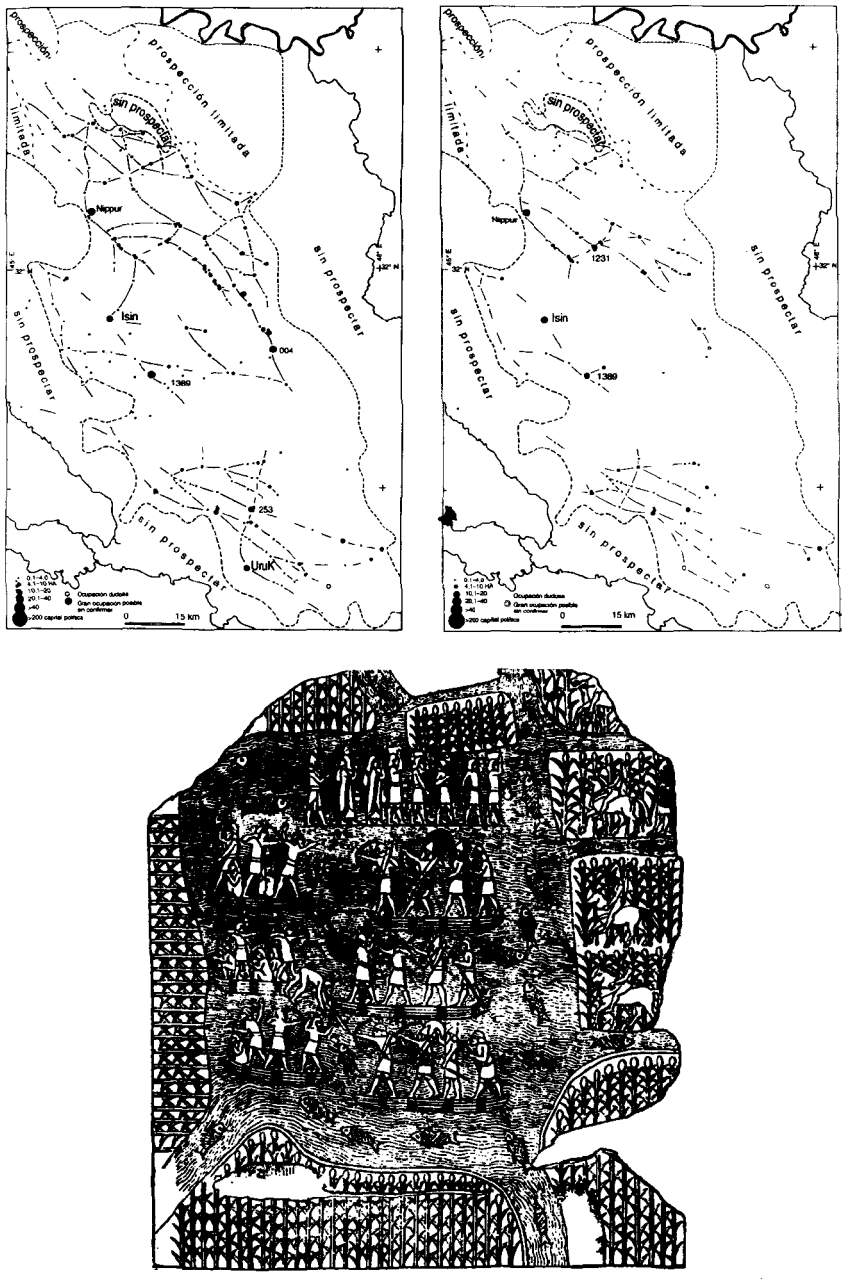


FIGURA 141. La crisis de población y agrícola de la Baja Mesopotamia. *Arriba*, el despoblamiento en la época casita (1600-1200) (*izquierda*); y en la época mediobabilonia (*derecha*). *Abajo*, el paisaje pantanoso de la Baja Mesopotamia en un relieve de Nínive.

LIBER

Isin, se suceden otras dinastías de corta duración y variado origen, a veces exterior, y con escasa autoridad en el conjunto del país. Primero hay una «segunda dinastía del País del Mar» (tres reyes en una veintena de años: *c.* 1025-1005), con la que el extremo sur recupera la hegemonía política. Después hay una dinastía de Bazi, de origen transtigrino (otros tres reyes en una veintena de años, *c.* 1005-985), seguida de otra «elamita» (un solo rey, seis años), y por último una «dinastía E» (llamada de esta forma enigmática en la lista real babilonia) o «VIII dinastía de Babilonia» (como la llaman los estudiosos modernos), de duración desconocida, por la mutilación de la lista real. A falta de documentos de la época, nuestros conocimientos sobre la situación política babilonia se pierden en la oscuridad, hasta que las noticias procedentes de la parte asiria (finales del siglo IX y comienzos del VIII) sirven, por lo menos, para encasillar a los reyes babilonios Shamash-mudammiq (contemporáneo de Adad-nirari II de Asiria), Nabu-shum-ukin (contemporáneo de Adad-nirari II y Tukulti-Ninurta II), y Nabu-apla-iddina (contemporáneo de Assurnasirpal II y figura destacada).

La oscuridad documental no se puede achacar al azar de los hallazgos. Esta falta de documentación administrativa y de archivos, ya escasa bajo la II dinastía de Isin, refleja el caos administrativo. No es casualidad que las únicas inscripciones reales de la época pertenezcan a los últimos *kudurru*, a las últimas armas del Luristán, y a unas pocas inscripciones votivas o en ladrillos —con una actividad bélica y urbanística reducida a la mínima expresión.

A falta de documentación puntual, el «sentido» de la época nos ha llegado de manera inequívoca a través de los textos historiográficos y religioso-literarios, que además de referirse a esta época tienen su origen en ella. Las crónicas reflejan la incertidumbre política y la pobreza de las tierras, gracias a ciertos indicios característicos de la crisis, como la evolución de los precios, o la no celebración de la fiesta del Año Nuevo porque no se podía salir fuera de las murallas (la procesión urbana terminaba en el templo de la *bit akīti*), lo que implica además que la comunicación entre Borsippa y Babilonia estaba cortada. Dos tipos de fuentes, las crónicas y los presagios, dan lugar al género de las llamadas «profecías», que narran reinados pasados como si todavía no hubieran sucedido, para profetizar sobre la suerte del presente reinado. Aunque los reinados de las profecías se mantienen en el anonimato y pueden resultar desconocidos para nosotros (por carecer de informaciones notorias que estaban en la mente de todos), siempre aparecen como una sucesión de desgracias (hambres, invasiones, guerras y usurpaciones) que se alternan con periodos de recuperación y efímero esplendor. La sociedad ha perdido la confianza en el papel central y la continuidad de la institución monárquica, que antaño era un punto de referencia seguro para todo el país y un intermediario acreditado ante el mundo divino. Ahora, en cambio, se reduce a una institución ambigua en la que de vez en cuando se concentran elementos positivos o negativos, con una alternancia y discontinuidad cuyos motivos son inescrutables y siempre alientan la esperanza de que los tiempos mejores pueden llegar de una forma tan repentina e inesperada como las desgracias.

Además de estas crónicas-profecías, hay otros dos textos que reflejan muy bien el espíritu de la época. Ya hemos mencionado el *Poema de Erra*, en el que vemos el efecto de las invasiones arameas en la sociedad mesopotámica, así como la interpretación teológica que los convierte en instrumentos de la ira divina, y sitúa el remedio en un terreno fideísta y mágico —ya que el remedio político-militar sería aún más

LIBER



1 Creciente lunar del dios de la luna Sîn.
2 Estrella Venus de Ishtar.
3 Disco solar del dios del sol Shamash.
4 y 5 Tiara con cuernos de las divinidades supremas Anu y Enlil.
6 Maza con cabeza de macho cabrío y capricornio del dios del agua Ea.
7 Perro de la diosa de la salud Gula.
8 Escorpión de la diosa de la guerra Ishkhara.
9 Maza con cabeza de pantera del dios héroe Ninurta.
10 Maza con cabeza de ave rapaz del dios de la guerra Zababa.
11 Muro y dragón-*mušḫuššu* del dios de la sabiduría Nabû.
12 Cetro con doble cabeza de león del dios de los infiernos Nergal.
13 Lámpara del dios del fuego Nusku.
14 Toro con rayo del dios de la tempestad Adad.
15 «Lanza/azada» del dios de Babilonia Marduk.
16 Ave posada del dios mensajero Papsukkal.
17 Ave sobre trípode de la pareja divina casita Shuqamuna y Shumalia.
18 Serpiente del dios de la justicia Ishtaran.

FIGURA 142. Parte superior de un *kudurru* del reinado de Marduk-apal-iddina, hallado en Susa, con las representaciones de 18 símbolos divinos.

LIBER

DOCUMENTO: EL «ESPEJO DEL PRÍNCIPE» BABILONIO

En forma de presagios, las autonomías de ciudades y templos reaccionan frente a los intentos reales de restablecer las estructuras centrales del estado.

«Si un rey no se preocupa de la justicia, su gente estará confundida, su país será asolado. Si no se preocupa de la justicia del país, Ea, rey de los destinos, cambiará su destino y le perseguirá hostilmente. Si no se preocupa de sus notables, sus días se acortarán. Si no se preocupa de sus expertos, su país se rebelará. Si (en cambio) se preocupa de los bribones, la actitud del país cambiará. Si hace caso de las astucias de Ea, los grandes dioses al unísono y en justicia le perseguirán.

»Si condena a un habitante de Sippar y absuelve a un forastero, Shamash (el dios de Sippar), juez del cielo y de la tierra, establecerá en el país una justicia extranjera, y notables y jueces no se preocuparán de la justicia.

»Si los habitantes de Nippur son conducidos ante él en juicio, y él acepta una gratificación pero luego les condena, Enlil (el dios de Nippur), señor de todas las tierras, azuzará en contra suya a un enemigo extranjero que derrotará a sus tropas, y el príncipe y sus eunucos vagarán por la calle como vagabundos.

»Si toma la plata de los habitantes de Babilonia y la ingresa en su tesoro, si escucha un caso referente a los babilonios y lo toma a la ligera, Marduk (el dios de Babilonia), señor del cielo y de la tierra, colocará a su adversario por encima de él, y pasará sus bienes y sus tesoros al enemigo.

»Si multa a los habitantes de Nippur, Sippar, Babilonia o los encarcela, allí donde se ha impuesto la multa, la ciudad será arrasada, y en la cárcel donde estaban encerrados, un enemigo forastero entrará (a liberarlos).

»Si recluta en masa (a los habitantes de) Sippar, Nippur, Babilonia e impone prestaciones a esas gentes, y establece para ellos un servicio proclamado por el heraldo, Marduk, el sabio entre los dioses, príncipe, consejero, hará que su país se pase al enemigo, y serán las tropas de su país las que proporcionen las prestaciones al enemigo: de esa gente (= Sippar, Nippur y Babilonia), Anu, Enlil y Ea, los grandes dioses residentes en el cielo y en la tierra, en asamblea han establecido su exención.

»Si el forraje de los habitantes de Sippar, Nippur, Babilonia se lo da a (sus) caballos, esos caballos que han comido el forraje serán enganchados por el enemigo. Si esas tropas son reclutadas en la leva del país junto con las tropas del rey, Ea el poderoso, que va a la cabeza de su ejército, romperá el frente del ejército e irá al lado del enemigo.

»Si desata los yugos de sus bueyes y los cambia de campo y se los da a un forastero ... será devastado. Si los rebaños de ovejas ... son apresados, Adad regador del cielo y de la tierra abatirá por inanición el ganado de sus campos y multiplicará las ofrendas (propiciatorias) a Shamash.

»Si el consejero o los eunucos que están en presencia del rey, les denuncian y aceptan sobornos, por orden de Ea, rey del abismo, ese consejero o esos

eunucos morirán a espada, su tumba será amontonada en la estepa, sus restos los barrerá el viento, sus acciones se perderán en un torbellino.

»Si anula sus pactos o cambia las estelas, o los envía en campaña (militar) o le ... a los juramentos, Nabu, escriba de Esagila, interventor de todo el cielo y la tierra, organizador de todo, que establece la realeza, romperá los pactos de ese país y desatará las hostilidades.

»Si un pastor o un administrador del templo o un eunuco real, que ha sido instalado en Sippar, Nippur, Babilonia, como administrador del templo, impone la prestación a los (dependientes de los) templos de los grandes dioses, los grandes dioses montarán en cólera y abandonarán sus sedes sin volver a entrar en sus celdas.»

irreal. El otro texto es el llamado *Espejo del príncipe*, que plantea la cuestión del buen gobierno y da una visión interesante de los asuntos internos babilonios. El *Poema de Erra* se ha «datado» entre Adad-apla-iddina (siglo XI) y Nabu-apla-iddina (siglo IX), de acuerdo con algunos indicios, pero en cualquier caso refleja el mundo mesopotámico durante toda la fase de las invasiones arameas. Para el *Espejo* se han propuesto algunas dataciones precisas (incluso tan tardías como Senaquerib), pero puede servirnos para hacer una reconstrucción genérica, válida para los primeros siglos del I milenio. El texto tiene interés en el aspecto formal y en el contenido. En el aspecto formal, utiliza el mecanismo de los presagios aplicado a una serie de correlaciones entre causas y efectos, ambas de carácter homogéneo, en este caso sociopolítico, por lo que realmente guardan relación entre sí. Si un rey se comporta de una manera determinada —en la aplicación de la justicia, la concesión de los privilegios ciudadanos, etc.— tendrá éxito. Si se comporta de una manera demasiado dura y arrogante, fracasará. Hay una polémica implícita (demasiado básica para ser voluntaria) contra el modo tradicional de confiar la previsión del futuro a elementos extrínsecos (como la posición de los astros o la conformación de los hígados). En cambio, aparece la voluntad de dar motivos políticos a los resultados políticos. Es la concreción de la tendencia que ya en la época casita había llevado los presagios personales hasta el umbral de lo fisiognómico y del comportamiento. Una tendencia, pues, ya antigua, que pasa de lo artificioso y mágico a lo humano y social, de la teoría de la correspondencia entre todos los niveles de la naturaleza al análisis detenido del nivel correspondiente.

En cuanto al contenido, el *Espejo* refleja las relaciones entre el poder central del rey y las autonomías ciudadanas. La situación de disgregación política y administrativa ha hecho que las ciudades se organicen por su cuenta. La explotación de los recursos locales no corre a cargo de gobernadores reales, sino más bien de los organismos del templo, con sus milenarias tradiciones y estructuras administrativas, su prestigio y su capacidad para movilizar a la población. Por lo tanto, los templos reclaman a los reyes (probablemente a los más débiles) varios grados de autonomía local, y la consiguen. Obtienen sobre todo varias formas de exención de las prestaciones fiscales y laborales (expresadas con el término casita *kidinnu* y el acadio *zakûtu*), así como formas de autogobierno para la administración de la justicia y los asuntos corrientes de la ciudad. Cuando un rey «fuerte» (un adjetivo que desde la

época paleobabilonia tiene un valor negativo en la tradición de los presagios) trata de suprimir estos privilegios, recuperando el control y el acceso a los recursos de las ciudades, éstas reaccionan acusando al rey de mal gobierno, prepotencia, desconocimiento de las tradiciones antiguas y revocación arbitraria de los privilegios solemnemente concedidos por sus antecesores. La figura del rey injusto y prepotente contra el que lanza sus profecías el *Espejo* es tan negativa, que según algunos estudiosos podría representar a un rey extranjero (quizá asirio), que provoca la reacción nacional. Pero lo más probable es que se trate de un rey babilonio cualquiera, que sólo intenta reforzar las estructuras centralistas de su reino, chocando con los intereses de los organismos ciudadanos y del templo.

LIBER

Sexta parte

LOS IMPERIOS Y LA UNIFICACIÓN

LIBER

28. EL DESARROLLO DEL IMPERIO NEOASIRIO

1. Recuperación y consolidación (934-859)

En los dos siglos y medio (*c.* 1200-950) de disgregación del imperio neoasirio se había determinado una suerte de divergencia entre las tradiciones y las ambiciones de los reyes asirios, que continuaban considerándose teóricamente señores de todo el territorio dentro de los límites extremos alcanzados por Tukulti-Ninurta I, y la realidad que circunscribía su control real al núcleo interno del estado asirio, más los bastiones que habían quedado aislados en la marea de la infiltración aramea y de las autonomías locales. La primera fase de la recuperación imperial asiria, durante un siglo (desde mediados del X hasta mediados del IX), consiste en una soldadura progresiva de este *hiatus*, de modo que el control real alcanza nuevamente las fronteras teóricas, recuperando las posiciones perdidas y apretando cada vez más la red de la conexión estatal. Este resultado se consigue mediante una serie prácticamente ininterrumpida de campañas militares, al ritmo de una anual, campañas que tienen lugar dentro del territorio teórico del imperio y que, por lo tanto, no son campañas de conquista exterior, sino más bien de afianzamiento de la soberanía asiria, puesta en duda por «rebeliones» de ciudades y tribus que deberían, en cambio, reconocerla.

Un primer esbozo de este proceso se da ya con Ashur-dan II (934-912), aunque las noticias que tenemos de sus actividades son discontinuas e inseguras. Las inscripciones de Ashur-dan muestran claramente que su pretensión es recuperar las tierras arrebatadas por los arameos invasores, y en más de un caso se da cuenta de cuándo se perdieron las viejas posiciones. También se da cuenta de poblaciones asirias que habían huido por inseguridad y por hambre, y ahora vuelven a asentarse, protegidas y reforzadas. Da la impresión de que el territorio altomesopotámico estaba salpicado por los restos de una colonización asiria que se remontaba al periodo que va de Salmanassar I a Tukulti-Ninurta I. Esta colonización habría quedado rodeada por los nuevos invasores, y precisaba apoyo y refuerzo. Los mayores choques militares tienen lugar en Katmukhi y en Kirruri, es decir, en las inmediaciones de las campiñas y ciudades asirias, en el curso superior de los dos ríos que allí confluyen, el Tigris y el Zab superior.

Con Adad-nirari II (911-891) la situación es análoga, pero el cerco ya se ha alejado a una distancia más razonable. Adad-nirari actúa sobre los tres frentes asirios tradicionales: las tierras altas del norte, la frontera babilonia y la meseta altomesopotámica —frentes con distintas características que requieren distintos tipos de actuación.

En el frente septentrional, una vez sometido Katmukhi, los ejércitos asirios están en condiciones de irrumpir en las tierras de Khabkhi y Nairi (repitiendo un avance que ya vimos en tiempos de Tiglat-pileser I), en la zona de montes con población hurrita que Asiria había incluido en sus teóricas dependencias ya desde la época del Reino Medio, y que ahora se estaba dotando de una organización más compacta. Dada la naturaleza de los lugares, el fin perseguido (y lo máximo que se puede lograr) es el suministro de caballos y madera para las necesidades militares y constructoras de Asiria. La frontera con Babilonia es un caso distinto. Separa dos estados territoriales sólidos, y había oscilado a un lado y a otro durante siglos, en fases alternativas de guerras y tratados de paz cuya secuencia se relata en la *Historia sincrónica*. El tratado entre Adad-nirari y el babilonio Nabu-shum-ukin deja claro una vez más que ninguno de los contendientes puede ser hegemónico.

En el frente arameo, la acción de Adad-nirari se puede subdividir en dos directrices. Hay una directriz oeste-este a lo largo de las faldas del Tur 'Abdin (montes Kashyari en asirio), con las obras públicas en el centro clave de Apku (Tell Bu Marya), y con la victoria sobre un tal Nur-Adad, el más peligroso «rebelde» de la zona, victoria que sirve para afianzar el control sobre las ciudades de Nasibina, Guzana, Khuzirina —es decir, los puntos en los que la gran ruta comercial transversal corta el Khabur y el Balikh. El control de la ruta y de la franja de piedemonte facilita el paso de los mercaderes y los ejércitos asirios hasta las inmediaciones del Éufrates. Luego está la directriz norte-sur, que desde Nasibina desciende por el Khabur —donde se alternan las ciudades asirias y las arameas tributarias— hasta el Éufrates medio (Khindanu). Si bien los problemas y los procedimientos operativos son los mismos que bajo Ashur-dan, el radio de aplicación es más vasto, y alcanza los confines extremos del imperio teórico, desde el babilonio hasta todo el arco del Éufrates y de los montes de Nairi.

Tukulti-Ninurta II (890-884) sigue las mismas directrices. Al norte, remontando el Zab superior, afianza el control sobre Kirruri; remontando el Tigris conquista la zona de la tribu aramea de Bir Zamani (alrededor de la actual Diyarbakir) y llega hasta las fuentes del río (un objetivo de gran relevancia ideológica), con una penetración muy osada, porque siguen sin controlar los territorios montañosos tanto en el lado izquierdo del río (Khabkhi) como en el lado derecho (Kashyari). Pero la expedición más atrevida de Tukulti-Ninurta es la que le lleva a descender el Uadi Tharthar, a penetrar en territorio babilonio hasta Dur-Kurigalzu y Sippar (sin encontrar resistencia alguna), y a remontar a continuación el Éufrates medio (vía Anat y Khindanu) y el Khabur hasta Nasibina. Las inscripciones del rey en Terqa (Tell 'Ashara) y Kakhat (Tell Barri) confirman su presencia y actividad constructora en la Alta Mesopotamia. Al igual que para Adad-nirari II, también para Tukulti-Ninurta II, los anales con relatos muy detallados permiten una precisa reconstrucción topográfica de las campañas y también permiten conocer con bastante exactitud el tipo de relación política que se establece entre las ciudades conquistadas y Asiria.

Con Assurnasirpal II (Ashur-nasir-apli; 883-859) tenemos el mismo tipo de documentación, es más, los anales de este rey son el texto histórico asirio más largo y también más detallado y esmerado —si bien estilísticamente muy simple y repetitivo, si se compara con los textos más elaborados de los siglos VIII y VII. Con Assurnasirpal la operación de recuperación y consolidación llega a su culminación, y puede considerarse completada. Incluso se realizan las primeras correrías (bastante limita-

LIBER

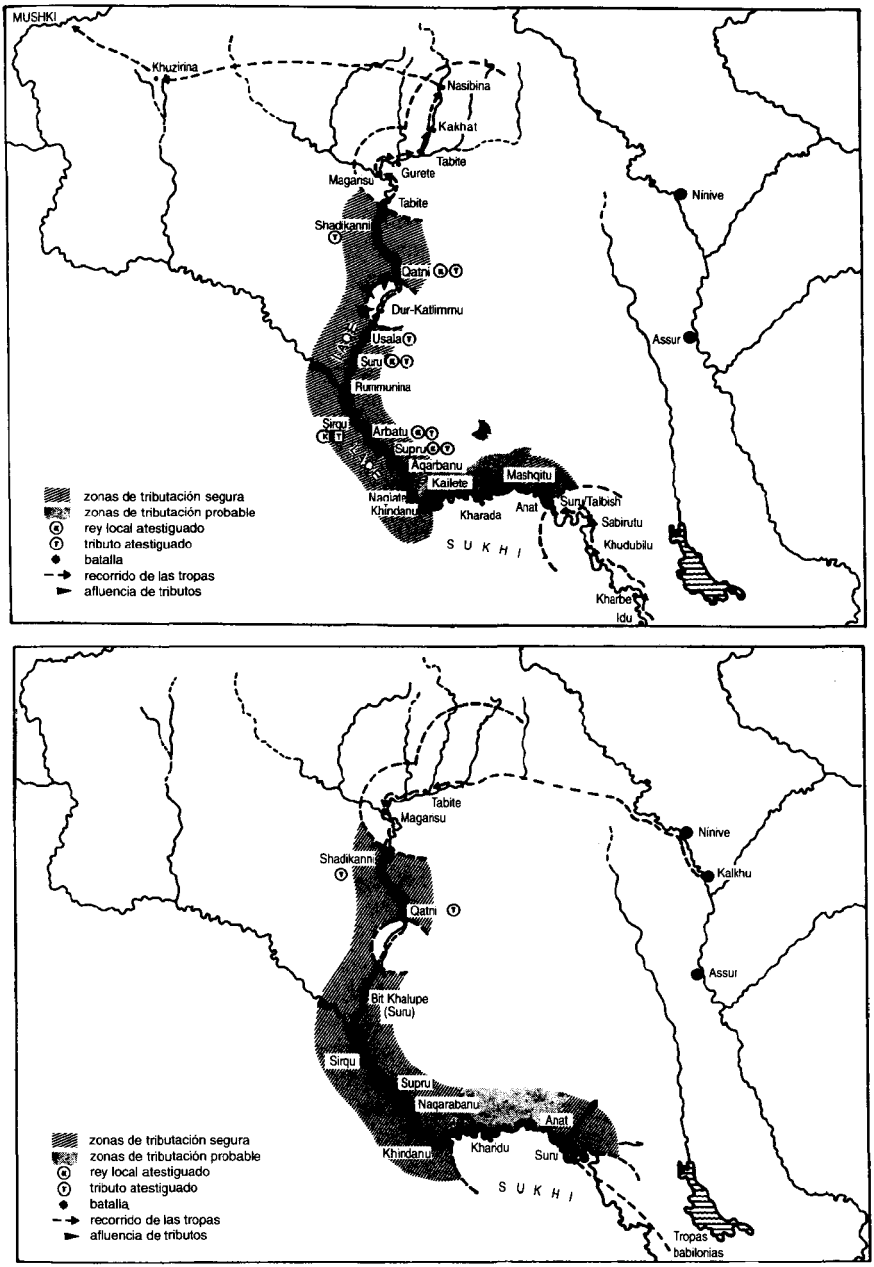


FIGURA 143. Las campañas de Tukulti-Ninurta II (885) y de Assurnasirpal II (878) en el Khabur y el Éufrates medio. Los territorios asirios más seguros (Dur-katlimmu, Nasibina-Tabite-Magarisu) no pagan tributo; Sukhi cuenta con el apoyo de Babilonia (cuya frontera pasa entre Anat y Suru).

LIBER

das a decir verdad) fuera de los confines que antes eran medioasirios. Si hacemos un plano con los itinerarios de las diferentes campañas, adevertiremos que encajan perfectamente entre sí, cubriendo la totalidad de la circunferencia del imperio, como respondiendo a un proyecto muy concreto. Por lo tanto, al margen de la secuencia diacrónica, conviene examinarlas por sectores geográficos.

El primer sector de actuación significativa es el de Zamua, una cuenca intermontana que corresponde al alto valle del Zab inferior y se introduce también en el curso alto del Diyala: es, pues, una zona de evidente importancia estratégica y comercial, y no distante de Asiria. No consta que Asiria hubiera tenido nunca acceso a ella, es más, existen indicios de la influencia babilonia. Un puerto de montaña (el de Babite) separa Zamua de Asiria. Está fortificado con una configuración de auténtica «puerta» difícil de franquear. Assurnasirpal fuerza su paso, derrota y somete en un par de campañas a los jefes locales y establece unos centros asirios (Dur-Ashur y Tukulti-Ashur-asbat) que funcionan como puntos de recogida de los tributos y de las mercancías y como centros administrativos y militares. El control de Zamua permite cortar las comunicaciones entre Babilonia y la cuenca del Urmia (y en general con las tierras de Nairi-Urartu), así como entre Babilonia y la gran ruta que desde el Diyala atraviesa los Zagros y se adentra en la meseta iraní.

Un segundo sector de intervención (que requiere varias campañas, por lo arduo de la tarea) es el de Khabkhi y Nairi, a lo largo de todo el arco basado en los puestos avanzados ya anteriormente conquistados pero siempre precarios de Kirruri (alto Zab) y de Bit Zamani (alto Tigris). La acción de Assurnasirpal incluye el refuerzo de los centros administrativos y militares asirios en el valle del alto Tigris (Tushkha) y una serie de expediciones de castigo en las zonas montañosas del interior, donde, por otra parte, los reinos locales están en condiciones de resistir a una sumisión más que ocasional y están a punto de pasar de una organización confederal (e instrumental, de carácter antiasirio) del tipo de Nairi, a un estado compacto como el de Urartu. Desde el punto de vista asirio, interesa consolidar el control sobre el alto Tigris y dar un respiro a las ciudades asirias del fondo del valle. El flanco izquierdo del valle —Khabkhi y Nairi— no puede ser conquistado y ni siquiera entra en los territorios reivindicados tradicionalmente.

Distinto es el caso de las montañas del lado derecho, esos montes Kashyari que se interponen entre los valles altos del Tigris y del Éufrates y la meseta altomesopotámica, cortando las comunicaciones entre Tushkha y Nasibina. Esta zona debe pasar a toda costa bajo el control asirio, y Assurnasirpal insiste una y otra vez con campañas extremadamente violentas. El resultado, al principio, no parece muy claro, pero a juzgar por el avance de la expansión asiria debió dar los frutos apetecidos. Las zonas montañosas más escarpadas siguen siendo inaccesibles para los recaudadores y los administradores asirios, pero las ciudades fortificadas y las vías de comunicación están sometidas a un control eficaz.

Como las ciudades situadas al pie de los montes Kashyari meridionales ya eran plazas seguras de los asirios (desde Nasibina y Kakhat hasta Guzana y Khuzirina), Assurnasirpal puede recorrer de nuevo los antiguos itinerarios de sus dos predecesores, emprendiendo también él unas expediciones al Khabur y al medio Éufrates que son una mezcla de viaje de recaudación de impuestos, ostentación de poder militar y conquista propiamente dicha. Prescindiendo de las cuestiones ocasionales (sucesiones locales que sirven de pretexto para la intervención asiria), la situación es bas-

LIBER

DOCUMENTO: LA VII CAMPAÑA DE ASSURNASIRPAL II: EJEMPLO DE FRAGMENTO ANALÍSTICO ASIRIO DEL SIGLO IX

«Mientras estaba en Kalkhu, me trajeron la noticia: "La gente de Laqe, de Khindanu, de Sukhi, todos ellos que se han rebelado y han atravesado el Éufrates". El día 18 del mes de Sivan partí de Kalkhu, atravesé el Tigris y me encaminé por el desierto. Llegué a la ciudad de Suru de Bit-Khalupe. En Suru construí unos barcos y me dirigí al Éufrates. Bajé por el valle del Éufrates. Conquisté las ciudades de Khenti-Ilu y de Azi-Ilu, (jefes) de los laqe, les derroté, hice prisioneros, devasté, destruí e incendié las ciudades.

»Durante mi campaña, recorrí: de la desembocadura del Khabur hasta Sibatu de Sukhi devasté, destruí y quemé las ciudades de Laqe y de Sukhi en la orilla de acá del Éufrates. Segué su cosecha, pasé por la espada a 470 soldados suyos, a 20 los apresé vivos y los empalé. Atravesé el Éufrates en Kharidu con las embarcaciones que había hecho, balsas de piel que en el camino habían sido llevadas en veinte (?). Sukhi, Laqe, Khindanu, confiados en la masa de sus carros y de sus tropas, concentraron 6.000 soldados y vinieron a mi encuentro para dar batalla. Yo combatí contra ellos, les derroté, destruí sus carros, pasé por la espada a 6.500 soldados suyos, y el resto se los tragó el Éufrates por la sed del desierto. De Kharidu de Sukhi hasta Kipinu, conquisté las ciudades de Khindanu en la orilla de allá. Les derroté, hice prisioneros, devasté, destruí y quemé la ciudad.

»Azi-Ilu de Laqe, ufano de su fuerza, ocupó el vado de Kipinu. Yo combatí contra ellos en Kipinu y les derroté. Maté a 1.000 soldados suyos, destruí sus carros, hice muchos prisioneros y me llevé a sus dioses. Para salvar la vida huyó a una montaña inaccesible, el monte Bisiru (Yébel Bishri) al otro lado del Éufrates. Durante dos días le perseguí, abatí con la espada al resto de sus soldados, y a los que quedaban se los tragó la montaña o el Éufrates. Le perseguí hasta Dummeti y Asmu, ciudades de Bit-Adini. Pasé por la espada al resto de sus tropas y me llevé un rico botín, bueyes y ovejas, sin número como las estrellas del cielo. En aquella ocasión desterré a Ila de Laqe, con sus carros y 500 soldados, y les llevé a Asiria. Conquisté, devasté, destruí, quemé Dummeti y Asmu, y salí fuera del valle del Éufrates.

»Durante mi campaña recorrí: Azi-Ilu había huido ante mis poderosas armas, para salvar la vida. A Ila, jefe de Laqe, le había desterrado a Assur con sus tropas, sus carros, sus yuntas. En cuanto a Khemti-Ilu de Laqe, le encerré en su ciudad. Con la ayuda de Assur mi señor, él tuvo miedo de mis poderosas armas, de mi dura batalla y de mis fuerzas completas: recibí el tesoro de su palacio —plata, oro, estaño, bronce, calderos de bronce, ropajes de colores— como pesado botín suyo; (además) le impuse tributo y tasa aumentados con respecto a antes.

»En aquella ocasión maté 50 fuertes toros salvajes en la orilla de allá del Éufrates, y capturé 8 vivos. Maté 20 avestruces y capturé 20 vivos. Fundé dos ciudades a orillas del Éufrates: una en la orilla de acá del Éufrates la llamé Kar-Assurnasirpal, y una en la orilla de allá del Éufrates la llamé Nibarti-Assur.»

tante clara: todas las ciudades arameas del Khabur y también las situadas a lo largo del Éufrates, pero en la orilla izquierda «asiria», no tienen escapatoria ante el ejército de Assurnasirpal y, en consecuencia, se someten, pagan tributo y se disponen a insertarse de forma cada vez más estable en el entramado imperial, equiparadas con las ciudades propiamente asirias, con las que están entremezcladas. En cambio, las ciudades de la orilla derecha «aramea» se sienten protegidas tanto por el río como por el apoyo que les proporcionan Babilonia (a las más meridionales) y Bit Adini (a las que están más al norte), y se niegan a pagar tributo. Assurnasirpal interviene entonces más allá del Éufrates, contra Khindanu y Sukhi, choca tanto con el ejército babilonio como con Bit Adini, y obtiene la completa sumisión de todo el valle del Éufrates desde el Yébel Bishri hasta Anat y la frontera babilonia.

Assurnasirpal no interviene contra Babilonia (ni siquiera para castigar el apoyo proporcionado a Khindanu y Sukhi), pero sí contra Bit Adini que, en este momento, representa ya una anomalía: estado a caballo del Éufrates (¡con su capital Til Barsip en la orilla «asiria»!), no sólo impide su travesía, sino que ocupa territorio dentro de los confines teóricos de tradición medioasiria. Por lo tanto, debe ser por lo menos expulsado al otro lado del gran río para poder completar la obra. Assurnasirpal lanza contra Bit Adini dos expediciones: la primera, más modesta, se propone precisamente recuperar los territorios de la orilla izquierda (aunque la capital, Til Barsip queda indemne). En cambio, con la segunda, Assurnasirpal cruza el Éufrates para hacer realidad el sueño recurrente del acceso al Mediterráneo. El paso del río provoca choques con Bit Adini, mientras que Karkemish (el otro estado que tiene la llave del vado) parece renunciar a una verdadera oposición —y, por otra parte, Assurnasirpal no tiene pretensiones sobre su territorio, totalmente en la orilla derecha, en el «país de Khatti». El ejército asirio prosigue, cruza todo el territorio de Patina, con un recorrido en gran parte pacífico, excepto alguna que otra escaramuza y pillaje, con cobro de tributos, sin que sepamos hasta qué punto fueron obligados o negociados. En la frontera sur de Patina, en el punto donde está situado el vado del Orontes y el acceso al Mediterráneo, el rey asirio establece una colonia asiria (repitiendo la operación ya realizada en Zamua y Bit Zamani); después llega al Mediterráneo, donde recibe «tributos» de las ciudades fenicias y vuelve atrás pasando por el Amanus y extrayendo de él una madera muy preciada. Esta correría «allende la frontera» es importante, a pesar de su prevaleciente connotación comercial: reafirma una voluntad de presencia estable, que jamás se había adentrado tan lejos, y despeja el camino a las intervenciones mucho más masivas de Salmanassar III.

En su patria, la gran empresa de Assurnasirpal II es la construcción de una nueva capital en el paraje de Kalkhu, donde ya había edificado algo Salmanassar I. Sus predecesores habían residido alternativamente en Assur, que era el antiguo centro político y religioso, y en Nínive, más central en el «triángulo» agrícola y ya segura tras la recuperación de Katmukhi. El mismo Assurnasirpal reside primero en Nínive, pero inicia las obras de la nueva capital, que será grandiosamente inaugurada con un banquete en el que participan invitados de todo el mundo, nuevos colonos, artesanos y obreros constructores. El palacio real, con su espléndida decoración de ortostatos esculpidos (y con inscripciones de las gestas del rey), a pesar de haber sufrido considerables daños y remodelaciones, aún puede dar fe de que el imperio, con Assurnasirpal, alcanza una auténtica cima de poderío político-militar, de movilización económica y laboral, de expresión triunfalista y propagandística (con frecuen-

cia disuasoria, si pensamos que el rey se vanagloria de haber cometido las más atroces crueldades con los vencidos). La precariedad que aún marcaba a Asiria algunas décadas antes ya está superada: el centro del mundo está muy firme, y desde toda la periferia afluyen tanto los materiales necesarios para las construcciones como la mano de obra y los talentos artísticos.

Si las exacavaciones de Kalkhu (Nimrud) nos dan una imagen fidedigna del centro imperial, también la periferia puede ser mejor comprendida comparando los relatos de los anales con los yacimientos arqueológicos. Concretamente, Dur-katlimmu (Tell Sheij Hamad, a orillas del Khabur) es un excelente ejemplo de un yacimiento que fue ininterrumpidamente «asirio» desde la época medioasiria hasta la de Assurnasirpal, mientras a su alrededor otros centros se transformaban a consecuencia de la invasión aramea. Más al sur (en la zona de Sukhi) los yacimientos asirios «gemelos» (Sur Giur'a y Glayya) en ambas orillas del Éufrates materializan el problema de la travesía del río, que era una barrera insuperable. Así, tanto en el plano arqueológico como en los textos, se va concretando la red de comunicaciones y centros administrativos que constituye por ahora el imperio. El mosaico anterior se ha vuelto homogéneo, al menos en apariencia, pero continúa siendo ambiguo. Los «gobernadores» (*šaknu*) que administran las ciudades son a veces de origen asirio y a veces de origen local. Su fidelidad es dudosa, su afán de autonomía es fácil de imaginar por el ejemplo de Tell Fekheriye. El imperio aún no dispone de una estructura «provincial» como la que se dará posteriormente, y sigue acompasando la afluencia de los tributos de la periferia al ritmo de las expediciones militares, tan costosas en hombres y medios como para resultar insostenibles a largo plazo. Una vez recuperadas sus dimensiones tradicionales, el imperio se enfrenta con dos problemas: el de seguir creciendo, y el de la reorganización interna. La reorganización parece más urgente, pero los sucesores de Assurnasirpal II no sabrán o no querrán ponerse manos a la obra, lanzándose a una expansión mal calculada.

2. La primera expansión y la crisis de crecimiento (858-745)

Salmanassar III (Shulmanu-asharedu; 858-824) relata en las inscripciones de sus anales una interminable serie de campañas anuales, primero encabezadas por él personalmente, y más tarde por otros generales, sobre todo en los dos grandes sectores del norte y del oeste, con una continuidad y una insistencia cuyos frutos son discutibles. Es como si Asiria, tras «descubrir» repentinamente que más allá de sus confines tradicionales existen otras tierras y otras riquezas, y que su superioridad sobre sus vecinos resulta aplastante, no supiera resistir al impulso de apoderarse de ellas. Faltan para las campañas de Salmanassar los pormenores que convierten en únicos los anales de Assurnasirpal; en compensación contamos con varias de sus versiones sucesivas (que permiten constatar hasta qué punto altera cada actualización el relato anterior), las últimas de las cuales abarcan la totalidad de la secuencia de treinta y dos campañas (desde el año de su coronación hasta el 828). También contamos con una eficaz serie de ilustraciones (más o menos ceñidas a los textos) en el denominado «obelisco negro», en las puertas de bronce de Balawat y en la decoración de su residencia de Fuerte Salmanassar en Kalkhu. Por lo tanto, las formas narrativas de la celebración van acompañadas de las formas icónicas, que con Assurnasirpal II

se localizan preferentemente en los ortostatos que decoran puertas y palacios, y ahora posee otras localizaciones adecuadas.

La intensa actividad militar de Salmanassar se centra primero en las montañas del norte. Las posiciones ya conquistadas en los valles altos del Zab superior (Kirruri) y del Tigris (Bit Zamani) son utilizadas para someter otras zonas limítrofes a la condición de «vasallos» pagadores sistemáticos y resignados de tributos (entre los que se señalan generalmente los caballos y los calderos de bronce). En la zona del Zab las regiones más directamente afectadas son Gilzanu y Khubushkia, en la cuenca del lago Urmia. En la zona del alto Tigris, más allá de sus fuentes, se desemboca en el alto valle del Éufrates, en la zona de Malatya, Alzi y Dayaeni. La zona del lago Van es más inaccesible. Aquí se halla el centro político del pueblo de Nairi, que ya cuentan con un «rey» (un tal Arame) y un nombre unificador (Urartu). Las incursiones de Salmanassar en el corazón mismo de Urartu, las batallas ganadas, las ciudades expugnadas, revelan el empeño asirio, pero también la solidez y la resistencia de Urartu.

La actividad militar de Salmanassar III al oeste del Éufrates es similar, aunque se desarrolla en un escenario diferente. El rey recorre la misma ruta que Assurnasirpal II, pero con un encarnizamiento muy distinto, y la «cobertura» comercial es reemplazada por una presencia militar, con sus destrucciones y exacciones forzosas. Se pueden distinguir tres fases: la primera para debilitar la oposición de Bit Adini y asegurar el paso del gran río, la segunda dirigida hacia el sur, contra la coalición que se forma alrededor del rey de Damasco, y la tercera dirigida hacia el noroeste, en la zona de los reinos neohititas. Se libran batallas de incierto resultado (Qarqar), se aplican políticas diferentes de los estados locales (con los filoasirios Kummukh, Karkemish y Hama, y la violenta oposición de los demás), hay una afluencia constante de recursos hacia Asiria, pero el coste parece elevadísimo.

Sumando la política septentrional y la occidental, se puede decir que Salmanassar III pretendió extender lo más posible el área de tributación, fuera de los confines tradicionales. Los «viajes de recaudación» que hasta Assurnasirpal II se realizaban dentro del territorio imperial, ahora salen de sus fronteras. Los estados exteriores oponen una resistencia diferente en cada caso, ya que ellos también poseen sus tradiciones, sus recursos económicos y militares, sus estrategias políticas y comerciales que salvaguardar. Algunos de ellos, como Urartu y Damasco, tienen un poder nada desdeñable y actúan como polos de atracción para una resistencia que, aprovechando la ventaja logística de obrar en su propio territorio, se enfrenta a los ejércitos asirios estableciendo un equilibrio sustancial. En estas condiciones el «viaje de recaudación» es mucho más comprometido, costoso, incluso aleatorio, que el recorrido tradicional. En cuanto a los territorios «interiores», en el momento en que Asiria sale de sus confines y aplica la exacción tributaria a los estados exteriores, modifica la relación de dependencia de la Alta Mesopotamia, integrándola más estrechamente en la de Asiria. Se impone el principio de que los territorios interiores sean gobernados por funcionarios reales de origen asirio, con carreras y funciones no dinásticas, que deben fidelidad al rey. Pero la extensión del territorio y las competencias de los «gobernadores» provinciales asirios, por el momento, no están muy definidas, y dan lugar inmediatamente a una crisis de organización de grandes proporciones.

Por último está el problema babilonio. La política de los últimos predecesores de Salmanassar había sido bastante cautelosa, con cierta estabilización de la fronte-

ra, ligeras provocaciones en ambas direcciones y preferencia por los tratados escritos. Precisamente en virtud del tratado que le vinculaba al babilonio Marduk-zakir-shumi, Salmanassar intervino en Babilonia a petición del mismo rey babilonio amenazado por una revuelta de su hermano Marduk-bel-usate. La intervención militar asiria (851-850) aún está en la línea de la política anterior, si bien supone un tipo de presencia e intromisión que a la larga resultará bastante peligrosa. De momento, el homenaje a las prestigiosas divinidades babilonias y las acciones «de policía» contra los turbulentos caldeos muestran que el rey asirio quiere aparecer benévolo ante los babilonios.

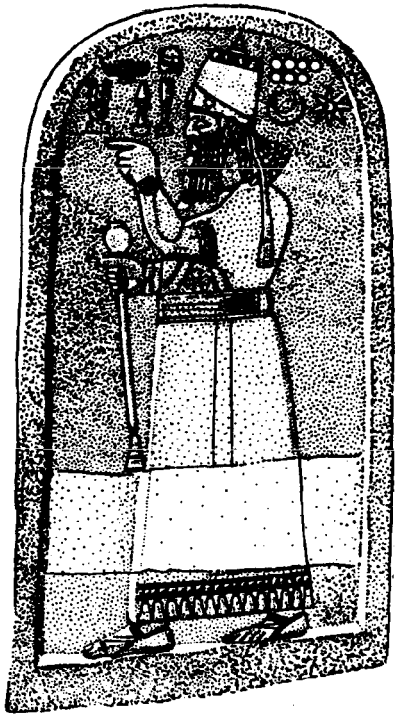
El reinado de Salmanassar III, ya anciano, termina en el caos: la lucha de sucesión que enfrenta al heredero designado, Shamshi-Adad, con su hermano Ashur-da'in-apla dura seis años (los tres últimos del viejo rey y los tres primeros de su sucesor). La revuelta se extiende a numerosas e importantes ciudades de Asiria y de las provincias. Al final, Shamshi-Adad sale victorioso y es coronado (como V de ese nombre; 823-811). La estabilidad del reino queda, en alguna medida, comprometida, y además Shamshi-Adad está vinculado a Babilonia con la acostumbrada maraña de tratados (nos ha llegado un fragmento de tratado entre Shamshi-Adad V y el babilonio Marduk-zakir-shumi) y de intervenciones militares asirias en Babilonia.

La relación con Babilonia sigue en la misma línea bajo el reinado de Adad-nirari III (810-783): intervención en Babilonia, actitud de piadosa veneración por los dioses locales y acciones represivas contra las tribus caldeas. La continuidad del compromiso asirio en Babilonia, a lo largo de todo el siglo IX, propicia la creciente influencia religiosa babilonia en Asiria. El dios Nabu (el más popular en Babilonia, más incluso que Marduk) se hace popular también en Asiria, y Adad-nirari le construye un templo en Assur. También se puede atribuir al reinado de Adad-nirari III la redacción de la *Historia sincrónica*, que termina precisamente con los episodios relativos a este rey. El hecho es, de alguna manera, emblemático, porque a comienzos del siglo VIII termina la larga fase de relaciones de igualdad entre los dos reinos, unas relaciones con alternancia en el predominio de uno u otro, pero siempre en una situación estructuralmente equilibrada. En el periodo siguiente ya no habría podido escribirse una «historia sincrónica», ya que Asiria asume una posición netamente hegemónica, con intentos más o menos declarados de anexión.

El reinado de Adad-nirari III supone la continuación, en el norte y el oeste, de la política iniciada por Salmanassar III. Carecemos de noticias concretas en los anales, pero el canon de los epónimos continúa señalando bajo este reinado una secuencia bastante continua de expediciones, que se adentran mucho en Siria y llegan hasta el Mediterráneo. El rey asirio también se encuentra en condiciones de ejercer su arbitrio entre estados locales, estableciendo los confines entre Arpad y Hama y entre Gurgum y Kummukh.

Se puede decir, pues, que Salmanassar III dejó una herencia ambigua. En el terreno internacional Asiria es fuerte, su dominio se extiende a los territorios exteriores, como Babilonia, Siria y Urartu. Pero en el interior las turbulencias de la sucesión del viejo rey son el inicio de una acentuada disgregación que Adad-nirari III aún está en condiciones de controlar, pero que avanza implacable con los tres sucesivos reyes (Salmanassar IV, 782-773; Ashur-dan III, 772-755; Ashur-nirari V, 754-745) y sólo termina con la enérgica renovación de Tiglat-pileser III.

La figura más poderosa de toda la primera mitad del siglo VIII es el *turtānu*



«A Adad, el gran señor, héroe entre los dioses, primogénito de Assur, que él solo infunde pavor, excelso irrigador del cielo y de la tierra, que trae la fecundidad, que reside en Zamakhi, el gran señor, su señor:

(3-12) »Yo, Adad-nirani, rey fuerte, rey del universo, rey de Asiria, hijo de Shamshi-Adad rey del universo, rey de Asiria, hijo de Salmanassar rey de las cuatro partes, he movilizado carros, tropas y campamentos, y he ordenado una campaña contra Siria (Khatti). En mi primer año he sometido a mis pies a Amurru y Khatti en su totalidad, he impuesto tributo y tasa para los días venideros. Él (*sic*) ha recibido 2.000 talentos de plata, 1.000 talentos de cobre, 2.000 talentos de hierro, 3.000 telas de colores y de lino (blanco), como tributo de Mari´ de Damasco. Él (*sic*) recibió el tributo de Joás de Samaria, de los (reyes de) Tiro y Sidón. Marché hasta el gran mar donde se pone el sol, y he erigido una imagen de mi poder en la ciudad de Arwad que está en medio del mar. He subido al Líbano y he cortado 100 troncos de fuerte cedro, material necesario para mi palacio y los templos. Él (*sic*) recibió tributo de todos los reyes de Nairi.

(13-21) »En aquel tiempo, yo ordené a Nergal-eresh, gobernador de Rasappa, Laqê, Sirqu, Anat, Sukhi y ... que ... (¿construyera?) Dur-Ishtar con sus 12 aldeas, Kar-Sin con sus 10 aldeas, Dur-bel-X con sus 33 aldeas, Dur-Ashur con sus 20 aldeas, Dur-Nergal-eresh con sus 33 aldeas, Dur-Marduk con sus 40 aldeas, Tell-Adad-nirari con sus 126 aldeas, Dur-bel-Sangari con sus 28 aldeas, (todos ellos) en el distrito de Azalla; Dur-Adad-nirari con sus 15 aldeas en el distrito de Laqê; la ciudad de Adad con sus 14 aldeas en el distrito de Qatni, con un total de 331 asentamientos que Nergal-eresh ha fundado y construido en nombre de su señor. Si alguien borra aunque sea un solo nombre (de los citados), que los grandes dioses le castiguen duramente.»

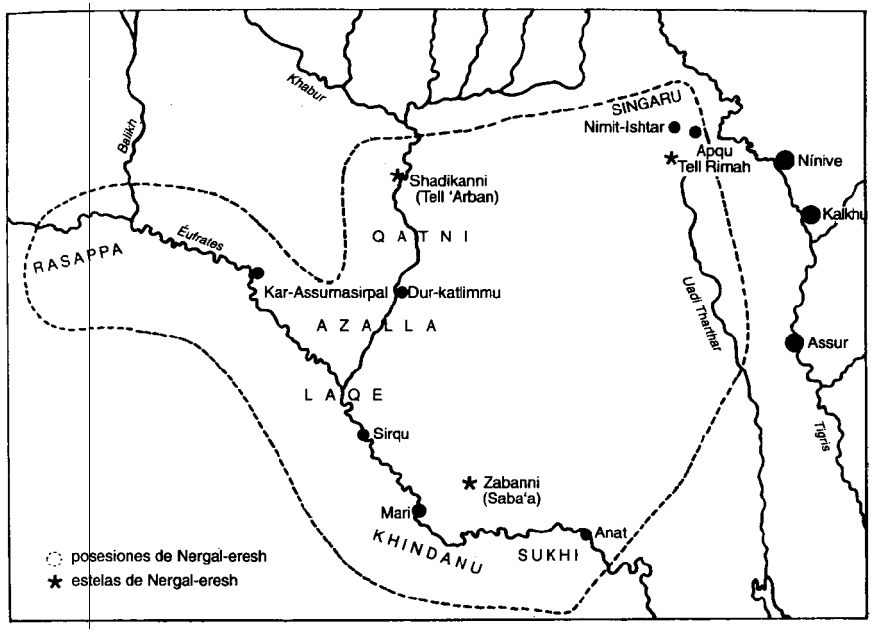


FIGURA 144. La estela de Nergal-eresh encontrada en Tell Rimah (*página anterior*) y la reconstrucción de las posesiones de Nergal-eresh con arreglo a las dos estelas de Tell Rimah y Saba'a (*arriba*). Pese a las maldiciones finales, todos los renglones entre el 13 y el 21 fueron borrados a martillazos cuando Nergal-eresh cayó en desgracia.

Shamshi-Ilu, continuador de una tendencia inaugurada por el *turtānu* Dayyan-Ashur, que había encabezado las expediciones y gestionado la política del viejo Salmanassar. Ahora Shamshi-Ilu se instala en Kar-Salmanassar (Til Barsip, la vieja capital de Bit Adini que controla el paso del Éufrates), actúa como una especie de «virrey» para los asuntos occidentales, emprende expediciones desde Siria a Urartu, defiende el prestigio de Asiria ante los tributarios exteriores, pero sin duda sustrae a los legítimos reyes asirios gran parte de su poder (que él continúa respetando formalmente). A Shamshi-Ilu deben atribuirse las campañas que el canon de los epónimos continúa registrando, mientras que la incomparecencia de los reyes, de alguna manera, queda confirmada por la ausencia de una literatura celebrativa durante todo el periodo comprendido entre Adad-nirari III y Tiglat-pileser III. A Shamshi-Ilu también se le ha atribuido (y es una hipótesis plausible) el tratado con Matti-El de Arpad, en el que firma con el misterioso nombre de Bar-Ga'ayah, rey de Katka. Está escrito en arameo en unas estelas halladas en Sefire. El otro tratado de Matti-El, en lengua acadia, fue en cambio estipulado por el rey asirio Ashur-nirari V, es decir, por el rey oficial, al margen de la posición *de facto* de Shamshi-Ilu.

Otros personajes del periodo aparecen en sus estelas conmemorativas, en un difícil y ambiguo equilibrio entre el reconocimiento de los reyes oficiales y la proclamación de su propio poder, usurpando la iconografía que tradicionalmente era patrimonio de los reyes. La ambigua postura de ciertos reyes locales del siglo IX, como

el Hadad-yis'i de la estatua bilingüe de Tell Fekheriye, que se declara «rey» en la versión aramea y «gobernador» en la versión asiria, y que usa una iconografía estatuaria regia, ha servido de ejemplo también para los gobernadores de origen asirio, que no se sienten menos importantes. Un caso espectacular es el de Nergal-erish, cuya estela fue hallada en Tell Rimah: es gobernador de Rasappa y Khindanu, y controla todo el territorio entre el Uadi Tharthar, el valle del Khabur y el medio Éufrates, en resumen, la mitad sur de los territorios interiores del imperio. Buena parte de estos mismos territorios caerán más tarde en manos de otro gran «feudatario», Bel-Kharran-beli-usur, que dejó una estela análoga en Tell Abta en el Uadi Tharthar. Si estos casos son normales, porque se basan en la suma de varios territorios bajo la autoridad de un solo «gobernador», hay otros funcionarios que, permaneciendo dentro de sus límites, llegan a acumular unos patrimonios inmobiliarios muy extensos, como en los casos del gobernador de Guzana, Mannu-ki-Ashur, del *abarakku* Shamash-nasir, o del gobernador de Kalkhu, Bel-tarsi-iluma. Por el contrario, a pesar de que a caballo entre los siglos VIII y VII los dinastas locales de Sukhi (en el medio Éufrates) ostentaban el título de gobernadores, en realidad eran independientes de Asiria, aplicaban una política autónoma, escribían sus propios anales y recordaban el periodo de Nergal-eresh como un dominio asirio pasajero. Incluso la figura de la reina Shammuramat (la Semíramis de las leyendas) puede enmarcarse en una tendencia a la multiplicación de los sujetos que de alguna manera actúan políticamente, quitando espacio a una monarquía que en otra época había monopolizado claramente la dirección del estado.

Sin duda, son los efectos de una explotación, por así decirlo, «salvaje» de las posibilidades económicas y de poder que la gestión del imperio brinda a la clase dirigente, posibilidades que de momento no están reguladas de manera orgánica ni se ven frenadas por soberanos fuertes, y pueden dar lugar a casos de acumulación exagerada. En la fase de su primera ampliación fuera de las viejas fronteras, el imperio asirio corre el riesgo de fragmentarse en una confederación de potentados que persiguen cada uno su propio beneficio y se mantienen unidos por un reconocimiento más bien formal de la monarquía central, y por la conveniencia de actuar conjuntamente frente a los territorios exteriores. La autoridad asiria al oeste del Éufrates continúa siendo bastante sólida y acaparando recursos como en la época de Salmanassar III, y sigue regulando las relaciones con los estados locales y entre ellos. Pero la pérdida de la iniciativa deja espacio para las iniciativas de otros.

3. La segunda expansión y el sistema provincial (744-705)

La culminación de la crisis asiria, a mediados del siglo VIII, es la iniciativa del rey urarteo Sarduri I, el cual, saliendo de los confines de su territorio (que se hallaba frente al de Malatya, a orillas del Éufrates), entra a formar parte del sistema de los estados neohititas, reuniéndolos en una vasta coalición antiasiria (y así es como la presentan los asirios) en la que conserva su papel hegemónico. Como fuerza de intervención y de disuasión, un Urartu poderoso puede medirse con una Asiria dividida y paralizada: hasta el mismo Mati-Ilu de Arpad, anteriormente vinculado a Ashur-nirari mediante un pacto formal, cambia de campo y se alía con Sarduri.

Así están las cosas cuando sube al trono asirio Tiglat-pileser III (Tukulti-apil-

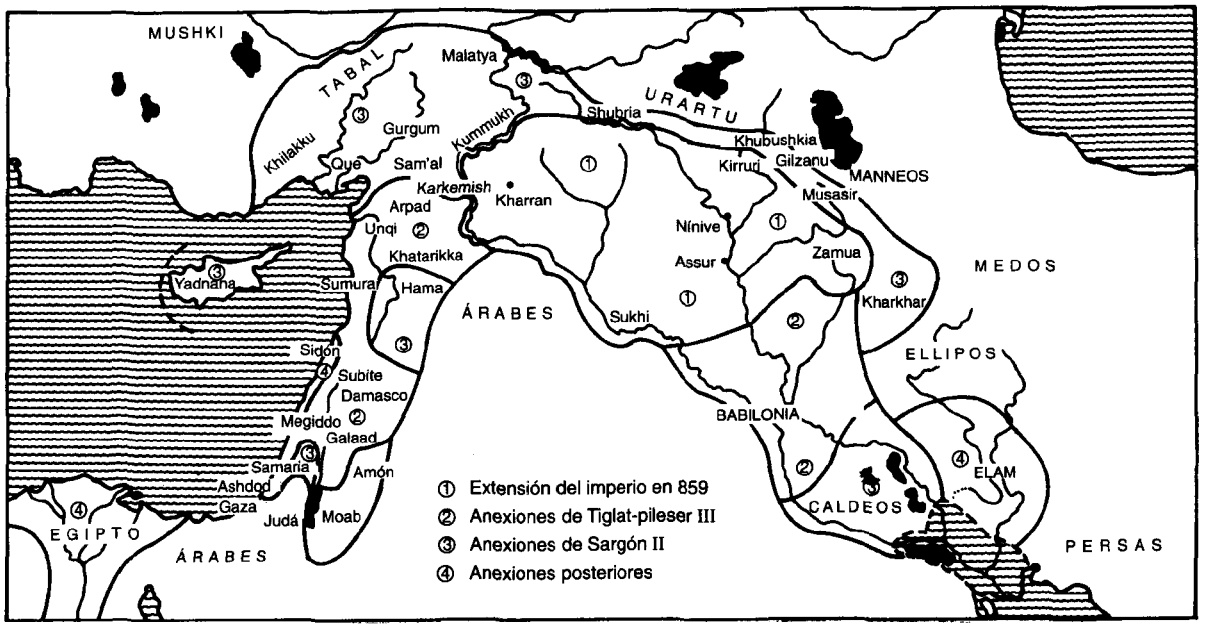


FIGURA 145. Extensión del imperio asirio (siglos IX-VII). Las delimitaciones son muy aproximadas, entre otras cosas por lo efímero de algunas conquistas (Egipto, Yadnana, Khilakku y Tubal; Babilonia y Caldea antes de Senaquerib).

Esharra, 744-727), tal vez usurpador, tal vez hombre nuevo, ciertamente persona muy capaz y enérgica, que se enfrenta a dos retos: dotar al imperio de organización y cohesión interna, y hacer frente al enemigo exterior, en Babilonia y sobre todo en Urartu. Tiglat-pileser consigue poner a punto una eficaz máquina militar antes incluso de consolidar su posición interna, prueba de que las estructuras son firmes y tan sólo falta un jefe resuelto a hacerlas funcionar. Pocos meses después de su entronización Tiglat-pileser ya combate en Babilonia, y sólo dos años después se alza con la victoria en el encuentro decisivo contra Sarduri, Mati-Ilu y los otros confederados: es una batalla (Kishtan, 743) de las que deciden el curso de los acontecimientos durante muchos decenios. Sarduri queda eliminado de la escena política al oeste del Éufrates, Asiria tiene las manos libres y recogerá los frutos, poco a poco, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo VIII. Al igual que Salmanassar un siglo antes, Tiglat-pileser da prioridad a los estados (arameos) del centro y sur, sobre los neohititas del norte. Inmediatamente asedia Arpad, que recibe un castigo ejemplar. Seguirán, año tras año, Unqi/Patina, Hattarikka (es decir, la parte norte del reino de Hama), Damasco y las provincias exteriores de Israel, sólo por citar las etapas principales.

Los estados conquistados, desde el punto de vista asirio, son todos «traidores», porque habían estado vinculados a Asiria mediante pactos más o menos explícitos y recientes, con los que se comprometían a la fidelidad y al pago del tributo. Su «rebelión» y su castigo dan paso a una organización diferente, su transformación en provincias asirias. Los príncipes locales son reemplazados por gobernadores asirios, las residencias reales locales son reemplazadas por palacios provinciales asirios, con administración asiria, guarniciones asirias y cultos asirios. En cuanto a la población, se vuelve al antiguo sistema de las deportaciones, que se aplica a gran escala y en largas distancias, con la doble finalidad de quebrar el papel político y cultural de las elites locales y repoblar (y mantener productivas) las tierras conquistadas. Las nuevas provincias quedan entremezcladas con los reinos locales que sobreviven, gracias a su comportamiento sumiso (piénsese en Sam'al, Karkemish y Kummukh al norte o Judá en el extremo sur), o quedan mermados aunque no del todo eliminados (piénsese en Hama o en Samaria). El proceso es largo, con bruscas interrupciones. Es así como Tiglat-pileser llega hasta el extremo sur de Palestina (Judá, Gaza), algo que anteriormente hubiera parecido un sueño. Detrás de los últimos estados palestinos aparecen nuevas potencias: los egipcios, que dominan y apoyan a los estados costeros más meridionales, y los árabes, que también proporcionan su apoyo a sus socios de la larga ruta comercial que procedente de Yemen llega hasta Transjordania y Siria interior.

Por el momento, los estados neohititas del norte continúan siendo autónomos, aunque estrictamente dependientes y tributarios, como consecuencia de la victoria de Kishtan. Detrás de ellos Urartu queda reducido a su justa medida, pero aún no ha recibido su justo castigo, según los parámetros de Tiglat-pileser III. Los ejércitos asirios penetran, por lo tanto, en lo más profundo de la meseta armenia, hasta cercar la capital urartea de Turushpa/Tushpa (Van). El encarnizamiento de las destrucciones no responde a unos fines concretos, de no ser el de separar de Urartu a los estados tapón como Musasir y Gilzanu. Al sureste del lago Urmia, Tiglat-pileser tropieza con los nuevos pueblos iranios que están reemplazando al viejo estrato preindoeuropeo. Los manneos y los medos se encuentran ya al pie de la cadena de los Zagros, y detrás de estas avanzadillas hay una profundidad insospechada para los asi-

CUADRO 21. Cronología mesopotámica, *c.* 900-600.

	Asiria		Babilonia		Elam		Urartu	
900	Adad-nirari II	911-891	Shamash-mudammiq	*c.* 905				
	Tukulti-Ninurta II	890-884	Nabu-shum-ukin I	*c.* 895				
	Assurnasirpal II	883-859	Nabu-apla-iddina	*c.* 870				
							Arame	858-844
850	Salmanassar III	858-824	Marduk-zakir-shumi I	854-819				
							Sarduri I	844-832
							Ishpuini	832-816
	Shamshi-Adad V	823-811	Marduk-balatsu-iqbi	818-813			Ishpuini-Menua	816-810
			Baba-akh-iddina	812-?				
800	Adad-nirari III	810-783	Ninurta-apla-X				Menua	810-786
	Salmanassar IV	782-773	Marduk-bel-zeri					
			Marduk-apla-usur				Argishti I	786-764
	Ashur-dan III	772-755	Eriba-Marduk	?-760	Khumban-nimena II	*c.* 770		
			Nabu-shum-ishkun	760-748				
750	Ashur-nirari V	754-745	Nabu-nasir	747-734	Khumban-takhra	*c.* 750	Sarduri II	764-734
			Nabu-nadin-zeri	733-732				
	Tiglat-pileser III	744-727	Nabu-shum-ukin II	732				
			Nabu-mukin-zeri	731-729				
			Pulu (Tiglat-pileser III)	728-727	Khumban-nigash	*c.* 742-717		
725	Salmanassar V	726-722	Ululayu (Salmanassar III)	726-722			Rusa I	734-714
			Marduk-apla-iddina II	721-710				
	Sargón II	721-705	Sargón II	709-705				
			Senaquerib	704-703	Shutruk-Nakhunte II	717-699		
			Marduk-zakir-shumi II	703				
700			Marduk-apla-iddina II	703				
			Bel-ibni	702-700			Argishti II	714-680
			Ashur-nadin-shumi	699-694	Khallutash-In-Shushinak	698-693		
	Senaquerib	704-681	Nergal-ushezib	693	Kudur-Nakhunte	693-692		
			Mushezib-Marduk	692-689	Khumban-nimena III	692-689		
			Senaquerib	688-681	Khumban-Khaltash I	688-681		
675	Asarhaddon	680-669	Asarhaddon	689-669	Khumban-Khaltash II	680-675		
					Urtaki	674-664		
			Assurbanipal	668			Rusa II	*c.* 680-640
					Tepti-Khumban-In-Shushinak	664-653		
	Assurbanipal	668-631	Shamash-shum-ukin	667-648				
					Tammaritu	652-650		
650								
					Atta-Khamiti-In-Shushinak	650		
	Ashur-etil-ilani	630-627	Kandalanu	647-627	Indabibi	649-648	Sarduri III	*c.* 640-610
			«sin rey»	626	Khumban-Khaltash III	648-642		
	Sin-shar-ishkun	627-612	Nabopolassar	625-605			Rusa III	*c.* 610-590
	Ashur-uballit II	611-609					Rusa IV (?)	*c.* 590-585
600								

rios. Recorriendo el territorio de los «medos lejanos», de tribu en tribu, Tiglat-pileser llega hasta el monte Bikni, la fabulosa «montaña de lapislázuli», probablemente el monte Demavend. Al igual que los árabes en el sur, los medos abren (o reabren) horizontes ilimitados en el norte, llevando el fin del mundo mucho más allá de lo que cabía pensar.

En el frente exterior subsiste el problema babilonio. La primera campaña había puesto un parche, pero requiere acciones más decisivas. Se puede decir que ya no

LIBER

existe una monarquía babilonia, exponente del viejo elemento acadio y ciudadano, ya que se ha extinguido en las luchas dinásticas. Pero, paralelamente, ha surgido con toda su importancia el elemento caldeo, y varios jefes de tribus se alzan uno tras otro, identificándose como los verdaderos enemigos de los asirios. Son netamente inferiores en el plano estrictamente militar, pero en sus territorios pantanosos del sur resultan muy escurridizos (y, por lo tanto, difíciles de someter de una vez por todas). Tiglat-pileser logra derrotar a su oponente más fuerte, Ukin-zer de Bit Ammukani; a continuación logra vencer a Bit Sha'alli y a Bit Shilani, y la sumisión de Bit Dakkuri y de un nuevo jefe en alza, Marduk-apla-iddina (el Merodach-baladan de la Biblia) de Bit Yakini, que de hecho continúa siendo independiente. Cuando las tribus caldeas dejan de estar momentáneamente en condiciones de perjudicarle, Tiglat-pileser asume él mismo la realeza babilonia con el nombre de Pulu. Es una solución más bien formal, que constata el desvanecimiento de una realeza babilonia, pero que no basta para consolidar la presencia asiria. Tiglat-pileser debe regresar a Asiria, y el vacío que deja lo ocupa no tanto el nombre de Pulu como la presencia real de Marduk-apla-iddina. En resumen, la solución del problema babilonio, en el momento en que se desvanecen sus fronteras tradicionales, se hace dificilísima.

La reorganización interna del estado asirio corre parejas con la institución de la nueva franja de provincias exteriores. Ya en la primera fase del reinado debió haber una acción de enérgica reconversión de los «feudatarios», que se habían rodeado de amplios y peligrosos espacios de autonomía. El nuevo rey encabeza personalmente el ejército, lo que significa centralización y monopolio. Las antiguas provincias de la Alta Mesopotamia quedan con unas dimensiones similares a las de las nuevas provincias exteriores, y son confiadas a los principales funcionarios centrales en un sistema automático que no permite prevaricaciones en detrimento del poder central. Finalmente, en la capital de Kalkhu, Tiglat-pileser da nuevo impulso al aparato celebrativo de inscripciones y relieves murales, que corona la actividad de la construcción, transmite un mensaje de fuerza y de riqueza, y expresa la ideología imperial —aparato que no había sido utilizado a unos niveles vistosos desde la muerte de Salmanassar III, un siglo antes.

El reinado del sucesor de Tiglat-pileser III, Salmanassar V, es corto (726-722). Actúa en Babilonia (también él es rey de Babilonia con el nombre de Ululaya) y completa la sumisión de los estados palestinos (Israel) siguiendo las directrices anteriores. Por lo que dice de él Sargón II, es probable que su acción de integración del estado asirio llegara incluso demasiado lejos, eliminando privilegios y derechos tradicionales de las «ciudades santas» Assur y Kharran, y provocando reacciones que no pudo controlar y le valieron la muerte a manos del usurpador Sargón II (Sharrukîn, 721-705).

Como buen usurpador, Sargón debe conceder algo a las fuerzas que le han apoyado, como los privilegios concedidos de nuevo a Assur y Kharran —la vieja metrópoli religiosa asiria y una ciudad (también de antigua tradición religiosa, centro del dios Sin) que se dispone a convertirse en la principal plaza asiria del oeste. Pero lo principal es que el reinado de Sargón lleva adelante el proceso de centralización y reorganización en el sentido ya iniciado por Tiglat-pileser III. Un elemento más de este proceso es la fundación de una capital «artificial», construida *ex novo* en un lugar sin asentamientos anteriores: Dur-Sharrukin (Khorsabad). Resulta evidente el intento de planificación ejemplar de una ciudad que opone su planta cuadrangular,

DOCUMENTO: CARTAS NEOASIRIAS DE LA ÉPOCA DE SARGÓN II (DE NÍNIVE Y DUR-SHARRUKIN)

1. *Urzana de Musasir, estado «tapón» entre Asiria y Urartu*

«Tablilla de Urzana, al heraldo del palacio. Salud a ti. (En relación con) lo que me has escrito: "¿El rey de Urartu vendrá con sus tropas en masa? ¿Y dónde para ahora?" - (pues bien) el gobernador de Uasi y el gobernador del distrito de Ukka ya han llegado; han cumplido el rito en el templo. Dicen: "El rey (de Urartu) llegará; (ahora) ha hecho un alto en Uasi. (Los otros) gobernadores llegarán más tarde; en Musasir ellos cumplirán el rito". (En relación con) lo que me has escrito: "Sin el parecer favorable del rey (de Asiria), que nadie ponga mano al rito" - (pues bien) cuando el soberano asirio vino, ¿acaso le retuve? Lo que deseaba hacer, lo ha hecho. ¿Y (entonces), a este (otro), cómo le retengo?»

2. *La madera del Líbano*

«Al rey mi señor, (de) tu servidor Qurdi-Ashur-lamur. En relación con el (rey) de Tiro, del que el rey ha dicho "Habla (con él), (pero) sé amable con él" - (pues bien) todos los muelles están a su disposición, sus súbditos van y vienen por los muelles como quieren; venden y compran. El monte Líbano está a su disposición, y como a ellos les place van arriba y abajo, y bajan la madera. Yo, a quienquiera que baje madera, le impongo una gabela; he encargado gabeleros en relación con los muelles de todo el monte Líbano, (y) ellos se encargan de la vigilancia de la montaña. (También) había encargado un gabelero para los que bajan a los muelles que están en la ciudad de Sidón, pero los sidonios le echaron. Luego he enviado (al cuerpo elegido de los) ituayyu al monte Líbano, y ellos han hecho que la gente se arrastrara por el suelo de miedo. Al final me han escrito, (que) habían decidido dejar que el gabelero volviera a Sidón. Yo he dicho así: "Llevad abajo más madera, haced vuestro trabajo con ella, (pero) no se la vendáis a los egipcios ni a los filisteos, pues en caso contrario no os permitiré el acceso a la montaña" ...»

3. *La falta de mano de obra*

«Al rey mi señor, (de) su siervo Ashur-dur-paniya. Salud al rey mi señor. En relación con los albañiles sobre los que el rey mi señor me ha escrito: "Dáselos al jefe de los sirvientes, que realicen allí su servicio constructor": dieciséis son mis albañiles. Tres están con el heraldo de Palacio, tres están trabajando en la ciudadela, diez están trabajando en las murallas de la ciudad: un total de dieciséis obreros que están (todos) ocupados. Y sus hijos hacen de peones y aprendices: ninguno de ellos conoce el oficio, (pero) arriman cestos (de ladrillos) a los muros. (Por lo tanto) digo: trabajo, para (estos) obreros, hay; no los puedo ceder. (Ya) a alguno de mis albañiles para el servicio de

construcción de la ciudadela, y para el heraldo de Palacio, he cedido. Pero mi propio trabajo, el que está a mi cargo, es realmente mucho. Estos diez obreros que han (permanecido) conmigo, no se mueven: tienen que romper los ladrillos aquí.»

su estructura ortogonal, el claro desplazamiento del centro de dirección (ciudadela descentrada), a las caóticas callejuelas y recovecos de las ciudades de crecimiento «histórico», como Assur y Nínive. La fundación de esta nueva capital es la ocasión para poner en marcha un nuevo aparato celebrativo, que una vez más consta de anales y ortostatos esculpidos —los dos géneros típicos del arte político asirio, que con Sargón alcanzan una sistematización «clásica», que conduce a una maduración orgánica de todos los ejemplos que habían ido apareciendo en el transcurso del siglo IX, retomados luego por Tiglat-pileser III.

También en la actividad militar Sargón hace suyos los niveles de compromiso personal y de continuidad establecidos por Tiglat-pileser III. En el sector siropalestino ya queda bien poco que completar: el asedio de Samaria (comenzado por Salmanassar V) queda completado el mismo año de su entronización. Hama es reducida a provincia, con lo cual la provincialización llega a la altura de Judá y de las ciudades filisteas. Detrás de las últimas resistencias siempre está Egipto, que es derrotado (Rafia). Las principales ciudades fenicias y filisteas siguen siendo independientes. Sargón se aventura también en los espacios mediterráneos, al sospechar que la orilla del «mar superior» no es el fin del mundo, sino la fachada de otro mundo con sus pueblos, su comercio, su tecnología y sus materiales interesantes. Lanza una expedición de conquista a Chipre. La conquista de la isla resulta difícil de consolidar para una potencia continental como Asiria, pero le permite ampliar la esfera de las relaciones tributarias y elevar el nivel celebrativo. La lejanía de las metas alcanzadas y de las metas vislumbradas provoca reminiscencias de un pasado casi mítico: Egipto, y detrás de él Nubia (nos hallamos en la época de la dinastía «etíope») reciben el nombre de Magan y Melukhkha, desenterrando unos términos geográficos de los que se ha perdido hace ya tiempo su exacto significado. Con la expedición de Chipre, el alarde de haber llegado hasta el mar se queda chico frente al alarde de haberlo atravesado. La conquista de Chipre (Yadnana) en medio del mar superior es una digna réplica del homenaje del rey de Dilmun, en medio del mar inferior. El imperio es tan grande como el del legendario Sargón de Akkad, del cual el rey asirio lleva el nombre (no sin alusiones) y está descrito como si se tratara del imperio en un texto en el que las nuevas realidades geográficas son torpemente identificadas con una terminología arcaizante.

El homenaje del rey de Dilmun es consecuencia de la posición conseguida por Sargón II en Babilonia. Aquí reaparece con formas nuevas un juego triangular que tiene como protagonistas a Asiria (cuyo rey pretende ya la realeza formal de Babilonia), los caldeos, que constituyen la única fuerza local (intrusa, pero ya estabilizada y asimilada) en condiciones de oponer resistencia, y nuevamente Elam, que reaparece en la escena mesopotámica, apoyando militarmente a los caldeos frente a los asirios. Sargón debe tener en cuenta sobre todo a Marduk-apla-iddina, que ya es jefe hegemónico de las tribus caldeas, apoyado por los reyes elamitas Khumban-nigash

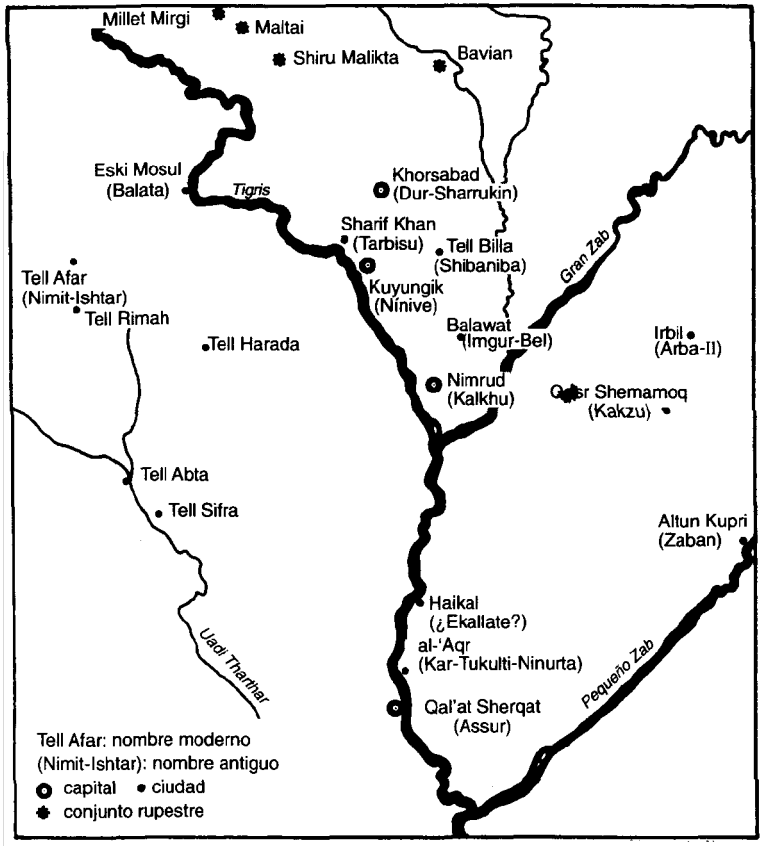


FIGURA 146. Mapa de Asiria, con las principales localidades de la época medio y neoasiria.

primero y Shutruk-Nakhunte después. Las acciones militares asirias (en dos periodos: 720 y 710) son de tal calibre que aseguran a Sargón un predominio momentáneo, pero no el suficiente como para resolver el problema, ya que los caldeos son escurridizos, y Elam inaccesible. La presencia asiria en Babilonia continúa siendo, por lo tanto, difícil y con vaivenes.

Pero Sargón se emplea a fondo y con constancia sobre todo en el frente septentrional, a lo largo de todo el arco montañoso, desde los estados neohititas del noroeste, pasando por Urartu y los Zagros, hasta la meseta iraní. Los estados neohititas, que durante el reinado de Tiglat-pileser conservan su autonomía aunque son tributarios, son reducidos a provincias por Sargón, uno tras otro: Karkemish, Malatya, Gurgum y Kummukh de forma más estable y, probablemente también Sam'al y Que (aunque carecemos de noticias sobre el momento decisivo de la anexión); de manera menos sólida también Khilakku y Tabal, a caballo del Taurus y más inaccesibles para los ejércitos asirios establecidos en las llanuras de Cilicia y del Éufrates. Detrás de la resistencia de Tabal, Sargón vislumbra la presencia frigia: Mita, rey de

Mushki (Midas rey de Frigia), ya limita con los territorios asirios en Capadocia, probablemente a lo largo del Halys. Respalda a Tabal, pero se mantiene distante para evitar una intervención asiria. Es más, en determinado momento hay un acercamiento diplomático entre Mita y Sargón, el cual consigue, por lo tanto, vía libre contra las últimas resistencias de los pequeños reinos intermedios.

Bastante más serio había sido el apoyo proporcionado por Urartu a los estados neohititas, así como la influencia que Urartu ejercía directamente sobre los territorios colindantes con Asiria, como Musasir o Gilzanu. La memorable victoria de Kishtan había eliminado la presencia urartea al oeste del Éufrates, pero sin resquebrajar la solidez del reino urarteo ni su capacidad de acción allende las fronteras. El rey Rusa controla Musasir, centro religioso urarteo, pero también posición estratégica peligrosa para Asiria, y extiende su influencia sobre los manneos (al sureste del lago Urmia) sustrayendo a Asiria una fuente privilegiada de aprovisionamiento de caballos. Sargón decide apuntar directamente al corazón del estado urarteo: su «octava campaña» (714) es célebre tanto por su importancia político-militar como (y sobre todo) porque nos ha legado un relato muy detallado y de primera mano en una especie de «carta» que el rey victorioso dirige al dios Assur, a modo de crónica de la guerra llevada a cabo por mandato suyo. Con recorrido amplio y victorioso, Sargón recupera el control del país de los manneos, castiga a Rusa y a sus aliados (Zikirtu en particular) y para terminar expugna y saquea Musasir, obteniendo un rico botín. Es un duro golpe para el reino de Urartu y para Rusa personalmente. Sargón sostiene que el rey urarteo se suicidó por desesperación.

Al igual que Tiglat-pileser, también Sargón entra en contacto en el país de los manneos con el elemento indoiranio, con las tribus de los «medos lejanos»; él también llega hasta el monte Bikni y describe nuevas y fabulosas realidades geográficas. Un elemento nuevo hace su aparición detrás de las tierras de los urarteos y de los manneos: los cimerios (gimirraya), cuya invasión preocupa a Asiria (conocemos consultas a los oráculos), pero queda en gran parte contenida por la barrera urartea que, de hecho, protege al imperio asirio de los embates procedentes del norte.

Sargón muere en batalla en el país de Tabal, tal vez combatiendo precisamente contra los cimerios, en un choque de escasa importancia. El caso es único y requiere una explicación —desde el punto de vista de la cultura y de la religión asiria—: para motivar un castigo divino tan severo, Sargón debió cometer un «pecado» (¿quizá su usurpación del trono, u otra cosa?). El sucesor de Sargón, su hijo Senaquerib, designado por él y anteriormente ya asociado en alguna medida a la gestión del estado, se guardará mucho de mencionar a su padre en sus inscripciones y se apresurará a abandonar la nueva capital Dur-Sharrukin para marcar de todos los modos posibles su distanciamiento del desventurado rey.

4. El siglo VII: apogeo del imperio

Durante tres cuartos de siglo (*c.* 705-630), con tan sólo tres reyes y la capital por fin estabilizada en la metrópoli de Nínive, Asiria gestiona un imperio que, después de las conquistas de Sargón, ya no puede extenderse mucho más. El círculo de los pequeños estados susceptibles de ser conquistados y transformados en provincias prácticamente se ha agotado (en el transcurso del siglo VII hay todavía alguna modesta

anexión), el sistema ha alcanzado su saturación. En la periferia del imperio quedan tres reinos poderosos, demasiado para pensar en anexionarlos: Egipto, Urartu, Elam. También hay pueblos nuevos e inestables (árabes al sur, medos al norte) que eluden las formas de control y explotación habituales para los asirios. En el interior del imperio queda sin resolver el problema de Babilonia, que no es tanto el de reinar en la vieja capital del sur, como el de someter a las tribus caldeas, inalcanzables en sus refugios de los pantanos y las estepas. El reinado de Senaquerib (Sin-akhe-eriba, 704-681) está bien documentado por sus anales y otras inscripciones y, por consiguiente, el escaso empeño militar en todo el arco septentrional y occidental responde a una realidad política efectiva. La única gran expedición en Siria-Palestina, a pesar de consolidar la relación tributaria con los pequeños estados que permanecen autónomos en la costa (ciudades fenicias) y en el sur (Judá, ciudades filisteas), fracasa en sus principales objetivos: de los dos enemigos más importantes, el rey de Sidón elude la captura refugiándose en Chipre, y Ezequías de Judá supera el cerco de Jerusalén a pesar de que su territorio es recortado en beneficio de los colindantes filoasirios. La campaña es celebrada enfáticamente, pero sus resultados concretos son modestos.

Al sector anatólico, tal vez marcado por el tabú después de la muerte de Sargón, Senaquerib ni siquiera acude personalmente: sus generales dirigen modestas campañas en Cilicia y Capadocia. Nadie molesta a Urartu. El control asirio retrocede en varios puntos: Tabal ya es independiente, Musasir vuelve a ser urartea, Ellipi y otras zonas de los Zagros gravitan hacia Elam. Senaquerib probablemente juzga que estos ajustes son fisiológicos y que la recuperación de ciertas marcas de frontera sería más costosa que fructífera.

La única acción militar intensa y continua se lleva a cabo en Babilonia. Las intervenciones se suceden, pero no siempre están coronadas por el éxito. En una primera fase vemos aún a Marduk-apla-iddina pretendiendo ser «rey de Babilonia», apoyado por Elam («comprado» por él, echando mano impíamente del tesoro de Esagila, según la acusación de Senaquerib). Hay una victoria asiria en Kish, una primera fuga del caldeo y la entronización en Babilonia de un tal Bel-ibni, comparsa asirio. Marduk-apla-iddina erosiona rápidamente el poder de Bel-ibni, provoca una nueva intervención asiria, que pone en el trono a Ashur-nadin-shumi, hijo del rey asirio, mientras el caldeo se refugia en Elam. Se hace necesaria una tercera intervención asiria, que provoca un contraataque elamita y la captura del hijo de Senaquerib. En una segunda fase, una vez desaparecido Marduk-apla-iddina, aparece un nuevo jefe caldeo, candidato al trono de Babilonia con el apoyo elamita: Nergal-ushezib. Senaquerib derrota en Nippur a los caldeos y a sus aliados elamitas. Pretende avanzar sobre Elam para vengar a su hijo, pero es detenido por el invierno inminente y debe declarar que su castigo se ha cumplido igualmente gracias a los dioses, que darán una muerte ejemplar al rey elamita. En una tercera fase el nuevo adversario es el caldeo Mushezib-Marduk, el cual (como siempre, «comprando» aliados con los tesoros del dios Marduk) organiza una coalición que inquieta a Senaquerib. Se libra una batalla campal en Khalulé (691) que el rey asirio narra como una gran victoria, cuando en realidad supone un frenazo para sus planes. Sin embargo, dos años después, el rey asirio reúne nuevas fuerzas y lleva a cabo la «solución final» (desahogando los muchos rencores acumulados por los fracasos militares y por la muerte de su hijo). Babilonia es destruida, y sus ruinas inundadas. Se proclama la condena al olvido perpetuo para la ciudad más gloriosa del mundo de entonces.

La destrucción de Babilonia es el contrapunto (tal vez nada involuntario) de la construcción de Nínive —que ya desde hacía tiempo era la mayor concentración urbana de Asiria, pero ahora es ampliada y embellecida para convertirse en la digna capital del imperio, centro del mundo sostenido por la afluencia de los tributos de toda la periferia. En sus celebraciones, Senaquerib insiste tanto en la ampliación cuantitativa como en la mejora cualitativa. La ciudad acoge a una población que se puede calcular en unos 100.000 habitantes, con problemas de abastecimiento de agua y comida. Para potenciar las productividad de la campiña que la rodea, transformando la producción extensiva de cereales en una horticultura intensiva, el rey asirio ejecuta grandes obras hidráulicas, que conducen nuevos cursos de agua (captada con un auténtico acueducto) hasta el río Khosr, que desemboca en el mismo Nínive. En el interior de la capital, la actividad de Senaquerib se concreta en su palacio (sacado a la luz por las viejas excavaciones del siglo XIX) y, obviamente, en restauraciones y ampliaciones de los varios templos ciudadanos.

La sucesión al trono hace tiempo que se ha convertido en un problema de tal envergadura que condiciona gran parte de los reinados e implica a toda la clase dirigente central y provincial. Senaquerib designa a su último hijo Asarhaddon (Ashur-akh-iddina), seguramente ante la insistencia de la madre de éste, la aramea Naqi'a (Zakutu en babilonio), prefiriéndolo a sus hermanos mayores, presumiblemente hijos de esposas anteriores. La designación, inscrita en el curso de los astros y acompañada de toda suerte de presagios favorables, se celebra con la participación de todos los interesados (miembros de la casa real y dignatarios de la corte), e incluye un juramento de fidelidad al rey y al sucesor por él designado. Sin embargo, esta colosal puesta en escena no aplaca la ambición de los hermanos descartados, y uno de ellos mata al viejo Senaquerib para apoderarse del reino. Estalla entonces una auténtica guerra civil entre el heredero designado y el parricida, con la victoria final de Asarhaddon (680-669). Probablemente, los problemas de la difícil sucesión se entremezclan con los de la política babilonia (en la medida en que el partido de Asarhaddon es «filobabilonio» o, en cualquier caso, favorable a una postura menos dura). La destrucción de Babilonia había tenido consecuencias religiosas, dado el prestigio de que gozaban los templos y los dioses babilonios en la propia Asiria. Asarhaddon, especialmente influido por consideraciones de índole religiosa y mágica (con una obsesión creciente por las predicciones mediante toda suerte de presagios), veía con preocupación el comportamiento «impío» del padre. El caso es que efectuó un giro muy brusco respecto a la política paterna. Prodigó la concesión de privilegios en Assur (reanudando la política de Sargón, interrumpida por Senaquerib) y sobre todo puso en marcha rápidamente la reconstrucción de Babilonia, la devolución de sus propiedades a los babilonios y el regreso a los templos de las divinidades que Senaquerib había deportado a Asiria. También otros centros urbanos babilonios fueron restaurados y se beneficiaron de exenciones y privilegios, mientras que, como de costumbre, la acción represiva se dirigía contra las tribus arameas y caldeas, ahora sobre todo Bit Dakkuri y Gambulu, donde habían surgido pretendientes políticos peligrosos. Elam es mantenido a raya y modera su presión con respecto a los decenios anteriores. Asarhaddon es también rey de Babilonia durante todo su reinado, y controla la situación bastante mejor que su antecesor —es difícil decir si debido a su postura benévola o, precisamente, como consecuencia de la dura actuación final de su padre.

Desde Babilonia parte una expedición hacia el territorio de Arabia oriental (Bazu), descrito como un desierto impracticable, reino de la muerte y verdadero fin del mundo. La noticia de esta expedición asiria a Arabia es un interesante signo de los tiempos. Se trata de conectar la conocida ruta comercial que pasa por el corredor occidental de la península arábiga (Yemen-Hiyaz) con el golfo Pérsico, en un sector escasamente frecuentado desde hacía muchos siglos. Aunque carecemos de anales del reinado de Asarhaddon, tenemos la clara impresión de que su actividad militar fue más consistente que la de su padre. A lo largo de todo el arco montañoso septentrional la intervención asiria debe afrontar situaciones difíciles, a veces sin solución posible. En Anatolia, Mugallu, rey de Malatya y de Tabal, era de hecho independiente, y la soberanía asiria se veía en dificultades por las rebeliones de los montañeses del Taurus y las incursiones de los cimerios y los escitas, los cuales, tras rodear Urartu, habían actuado a sus anchas en la meseta central anatólica marchando finalmente sobre el reino de Frigia. En el sector urarteo propiamente dicho hay problemas con el reino de Shubria, un estado tapón interpuesto entre Urartu y Asiria (al norte del alto Tigris). Estamos informados de ello sobre todo por una *Carta al dios* escrita por Asarhaddon para relatar el justo castigo infligido a un vasallo infiel. La interpretación teológica de los hechos, en términos de sagrados juramentos violados y de castigo divino, destaca un episodio que, reducido a sus términos reales, se limita a simples problemas de fronteras, de fugitivos acogidos en vez de entregados, de expediciones de castigo. Más al este, los manneos son los que preocupan a Asarhaddon. Se puede apreciar su evolución desde los tiempos de Sargón. Ya han dejado de ser simple estado tapón entre Asiria y Urartu, sometido a las vejaciones y a las exacciones de ambos, y castigado por uno de ellos cuando se acerca al otro. Ahora forman una entidad etnopolítica destacada, consciente de sus propios recursos, que extiende su territorio en perjuicio de Asiria (Zamua), y capaz de controlar el comercio iraní. Algo similar sucede con los medos, que han dejado de ser un pueblo indeterminado como en los tiempos de Sargón y ahora son reconocidos tribu por tribu, o pueblo por pueblo, con sus jefes y sus regiones de pertenencia. Los medos basan su poder en sus recursos económicos (caballos, metales y productos del comercio iraní en general) y en su fuerza militar. Al parecer, las relaciones entre asirios y medos implican la prestación de servicios militares de los segundos al rey asirio. No hay ninguna anexión de los territorios medos al imperio, como se ha afirmado erróneamente.

Finalmente, en el sector asiriopalestino, Asarhaddon añade una nueva e importante pieza al mosaico de la normalización provincial, anexionándose Sidón. Además recupera el control de Chipre (un control tan efímero como el de Sargón), continúa chocando con los restos de los reinos autónomos del sur de Palestina y decide intervenir directamente contra Egipto, que es el apoyo y también el origen de todas estas «rebeliones» y el lugar de refugio de los derrotados. Egipto es bastante vulnerable, está hecho una «caña rota» (como se decía entonces en Palestina), y prodiga más sus promesas que la ayuda efectiva a los reinos fenicios y palestinos. Está regido por una dinastía de origen etíope (con el rey Taharqa), y los príncipes egipcios y libios del delta están al acecho, tratando de aprovechar cualquier ocasión para librarse de ella. La expedición de Asarhaddon tuvo, por consiguiente, un éxito fácil y llegó hasta Menfis, mientras Taharqa se retiraba a Tebas, en el Alto Egipto. Los príncipes del delta se convirtieron en vasallos asirios y Asarhaddon regresó a Asiria. La conquista había sido fácil, pero un control duradero era imposible: tras la partida de

los asirios, Taharqa volvió al Bajo Egipto y recuperó sus posiciones. Algunos años después, Asarhaddon organizó otra expedición, pero murió durante el viaje, dejando el problema egipcio abierto para su sucesor.

La sucesión de Asarhaddon había sido preparada con un procedimiento análogo al de Senaquerib, puede que también por influencia de Naqi'a/Zakutu (ahora reina madre). Asarhaddon había elegido como sucesor a Assurbanipal (Ashur-ban-apli), reservando para su hijo mayor, Shamash-shum-ukin, el trono de Babilonia, probablemente igual de prestigioso en el plano religioso y cultural, pero netamente secundario en el plano político. Las decisiones del rey fueron sometidas a la adhesión de todos los miembros de la familia real y de la corte, a todos los asirios, en forma de juramento (*adê*) de fidelidad. Conocemos la reseña que hace Assurbanipal de este juramento, y hay vestigios en cartas-juramentos de algunos funcionarios. También conocemos el texto completo (bastante amplio y articulado) del juramento prestado por los jefes de las naciones de los medos. Este juramento, que se ha interpretado erróneamente como un «tratado de vasallaje», es por el contrario un juramento de fidelidad que los medos prestaron probablemente en su calidad de guardias de corps de la corte asiria, encargados de garantizar la ejecución de la voluntad del rey. Asarhaddon, probablemente enfermizo, tras pasar todo su reinado preocupado por los «signos» sobre su suerte y la del imperio, y nombrando «reyes sustitutos» sobre quienes desviar los malos presagios, murió, como se ha dicho, camino de Egipto. Assurbanipal subió al trono asirio siendo muy joven y lo ocupó durante cuarenta años completos (668-631).

A diferencia de sus predecesores, Assurbanipal no encabezó personalmente las expediciones militares, limitándose a dictar desde el palacio las disposiciones políticas necesarias. Sus alardes personales son de otro género: era un experto escriba, capaz de interpretar textos sumerios, incluso antiguos y difíciles, capaz de efectuar multiplicaciones y divisiones, capaz de citar e interpretar las series canónicas de los presagios hepatoscópicos y astronómicos. En su palacio de Nínive, última realización de su género en Asiria con una extraordinaria amplitud, complejidad y acabado, dispone que se recoja todo texto literario y religioso conocido, sobre todo de Babilonia, para hacer una biblioteca. Ésta, si bien posee algunos antecedentes modestos (desde la época de Tiglat-pileser I) los supera ampliamente por su concepción sistemática, la amplitud de la colección, y la cantidad y calidad del trabajo filológico preparatorio. A esta biblioteca le debemos buena parte de nuestros conocimientos sobre literatura babilonia.

Aunque no están encabezadas personalmente por el rey, las campañas militares son frecuentes y también son narradas y representadas (como si hubieran sido realizadas por el rey, en primera persona) en inscripciones y relieves innovadores, cuyos esquemas, mucho más libres, rompen decididamente con las secuencias de año y escena propios de la época clásica.

El problema más urgente es el egipcio, que había quedado pendiente a la muerte de su padre. La expedición iniciada por Asarhaddon es reanudada y llevada a cabo por los generales de Assurbanipal. Taharqa es expulsado del Bajo Egipto, los príncipes del delta que habían colaborado con él son reemplazados, excepto Necao, que es confirmado príncipe de Sais (casi un cargo de virrey asirio en el delta), y su hijo Psamético se instala en Athribis. Generalmente, la retirada del ejército asirio provoca una nueva intervención del etíope Tanutamon. Esta vez la reacción asiria es inme-

diata y penetra en profundidad: tras reconquistar Menfis, llega hasta Tebas, que también es conquistada. Es el fin de la dinastía etíope, pero el dominio asirio no puede consolidarse. Los textos asirios pasan por alto los acontecimientos sucesivos: Psamético se convierte en paladín de la revancha nacional egipcia, expulsando a los asirios y creando una nueva dinastía que controla todo el valle del Nilo, desde el delta hasta Tebas (663). Assurbanipal renuncia a intervenir e, implícitamente, delata la incapacidad del imperio asirio para extenderse tan lejos de forma no episódica. Por lo demás, los mismos pequeños estados fenicios y palestinos que habían estado en el origen del choque asirio-egipcio conservan su autonomía incluso cuando sufren un asedio, como en el caso de Tiro o Arwad.

Si Egipto es un problema lejano y, en conjunto, superfluo, el problema central sigue siendo el control de Babilonia y la injerencia de Elam en la Baja Mesopotamia. La entronización de Shamash-shum-ukin en Babilonia no resuelve el problema, es más, lo agrava: el «hermano infiel» (como lo llama constantemente Assurbanipal en sus inscripciones) actúa por su cuenta, trata de librarse de la tutela asiria, y llega a aglutinar contra Assurbanipal todas las fuerzas exteriores del imperio —Elam, Egipto, los árabes y los iranios. Al margen de exageraciones, el verdadero apoyo de Shamash-shum-ukin es, indudablemente, Elam, donde (en el marco de endémicas luchas internas por el poder y la sucesión) el clima bastante proasirio de la época de Asarhaddon da paso a una feroz movilización contraria, que quizá vislumbre una posibilidad de aislar Asiria y reducir considerablemente su hegemonía. La secuencia de los acontecimientos es muy compleja. A grandes rasgos, hay una primera fase en la que Shamash-shum-ukin aún está tranquilo y Elam apoya a varios «rebeldes» del sur mesopotámico. Los generales de Assurbanipal abortan una coalición del elamita Urtaki, Nippur y los gambulu (*c.* 665-663). Diez años después se produce el intento elamita más serio (Teumman) y la más seria reacción asiria. Los ejércitos asirios se adentran en Elam, cuya estructura política, de composición tradicional, es forzada por Assurbanipal a soportar un señorío asirio basado en difíciles equilibrios entre facciones internas. El «mosaico» se extiende a la Baja Mesopotamia, donde Shamash-shum-ukin sólo controla el norte (la zona de Babilonia, en sentido estricto), mientras el País del Mar está dominado por el caldeo Nabu-bel-shumate. En este momento, el rey de Babilonia organiza la coalición antiasiria que ya hemos mencionado, una coalición de apariencia formidable, pero poco sólida, ya que en ella se disputan el liderazgo el rey de Babilonia y algún que otro rey elamita. La intervención del general asirio Bel-ibni queda decidida: las dos etapas esenciales son la toma de Babilonia —con Shamash-shum-ukin, que perece entre las llamas de su palacio, y un tal Kandalanu, que es entronizado como procónsul asirio— y la toma y destrucción de Susa al término de una larga campaña, en la que los ejércitos asirios devastan Elam a lo largo y a lo ancho.

La eliminación de Elam constituye un hito en la historia mesopotámica. Los caldeos ya no cuentan con apoyo exterior (y esta era la finalidad de la intervención asiria) y deberán permanecer tranquilos durante los quince últimos años del reinado de Assurbanipal. Pero la desaparición de Elam tiene unas repercusiones que van mucho más allá de la escena de la Baja Mesopotamia y de la estrategia o las previsiones asirias. En efecto, se abre un vacío político que Asiria no está ni mucho menos en condiciones de llenar. Emblemáticamente, al día siguiente del saqueo de Susa, Assurbanipal recibe el homenaje de un Ciro del país de Parsumash (Pérsida), antepasa-

do del gran Ciro. Ya en este momento la nación persa ocupa el viejo país de Anshan —el polo oriental de Elam recién desaparecido.

Efectivamente, la toma de Susa puede marcar el ápice del imperio asirio pero, de alguna manera, supone también el inicio de su parábola descendente. De los tres grandes reinos exteriores a Asiria, uno (Egipto) está cada vez menos capacitado para intervenir en Siria-Palestina, pero también se halla fuera del alcance real asirio; otro (Elam) es destruido, pero deja el campo libre a unas intervenciones más peligrosas; el tercero (Urartu) está en plena crisis, pero más por las presiones del norte que por las presiones asirias. Tras dejar fuera de juego a los rivales estructurados en estados «regulares», Asiria queda más expuesta que antes a la presión de los nuevos pueblos del sur y del norte, que ya no están contenidos por dichos estados. Los pueblos del sur, es decir, los árabes, no preocupan a Asiria, que celebra fáciles victorias sobre tropas a camello, con un armamento y unas tácticas totalmente inadecuados. El botín es tal que en Asiria se hunde el precio de los esclavos y de los camellos (según reza el tópico de las celebraciones), pero nadie puede ignorar que las bases, las riquezas, los recursos humanos de los árabes están fuera del alcance asirio, y que su papel en el ejercicio del comercio en toda la península arábiga es crucial.

Los pueblos del norte, es decir, los iranios, son más preocupantes. Anatolia aún está bajo el impacto de los cimerios: tras el colapso del reino de Frigia, el nuevo reino de Lidia se pone en contacto con Asiria para una alianza contra la amenaza común. La embajada de Giges a Assurbanipal, motivada por un sueño, con mensajeros de idioma desconocido, viene de demasiado lejos para poder insertarse realmente en el «mapa mental» asirio, y no se le presta atención —aunque luego los asirios se encontrarán ante mercenarios lidios y jónicos en el ejército de Psamético, que los expulsará de Egipto. Urartu aún continúa en pie, pero en unas condiciones en las que debe invocar la ayuda asiria para resistir a los escitas y los cimerios. La ayuda asiria no se concreta, y no porque Urartu no esté cerca, sino porque había sido tradicionalmente enemigo y la agilidad mental requerida es, evidentemente, excesiva: otro error. Más al este, los manneos y los medos son cada vez más numerosos. Assurbanipal envía a sus generales y obtiene algún triunfo, pero se trata de acciones de pura contención que no pueden evitar que las naciones nuevas adquieran la consistencia de estados organizados y dotados de un potencial humano (y, en especial, bélico) y económico nada despreciable.

En vísperas de la muerte de Assurbanipal el imperio parece más extenso y fuerte que nunca: todo está bajo control —o casi todo. ¿Quién podía imaginar que los nuevos problemas, recién vislumbrados, acumulándose a los viejos problemas sin resolver, provocarían un derrumbamiento repentino y definitivo?

29. LA ESTRUCTURA DEL IMPERIO NEOASIRIO

1. Ciudades y campos

Para que un territorio rico y poblado, aunque siempre de dimensiones limitadas como en el caso de Asiria, sea capaz de dominar gran parte de Oriente Próximo, debe afrontar problemas de organización, pero también de naturaleza demográfica. El núcleo interno de Asiria alcanza, en estos siglos, la cima de su desarrollo demográfico, no tanto por tener una población más densa en el campo, sino sobre todo por la presencia de varias ciudades de notables dimensiones, separadas unas pocas decenas de kilómetros entre sí. Assur, con la ampliación de la «ciudad nueva», no llega a las 50 hectáreas, y permanece en la clase de las ciudades de la Edad del Bronce, con una enorme proliferación de edificios sagrados. Más bien aislada geográficamente, deja de ser la terminal privilegiada de una red comercial para convertirse en ciudad santa. Su prestigio es muy grande, pero necesita un trato de favor, con exenciones y privilegios fiscales. El nuevo desarrollo tiene lugar en el triángulo comprendido entre el Tigris y el Gran Zab, donde se suceden las tres capitales neoasirias de Kalkhu (Assurbanipal II y sucesores), Dur-Sharrukin (para el paréntesis de Sargón II) y Nínive (sobre todo para el periodo final, a partir de Senaquerib). Kalkhu se extiende sobre 360 hectáreas (20 de ellas ocupadas por la ciudadela, con los palacios reales y los principales templos), lo que supone, según la valoración estándar de 100 personas por hectárea, una población de alrededor de 35.000 habitantes. El texto de Assurbanipal que celebra la fundación de la ciudad afirma que en el colosal banquete inaugural se hallaban presentes 16.000 habitantes de la ciudad, 47.000 constructores, 5.000 invitados de pueblos exteriores y 1.500 dignatarios centrales. La primera cifra parece demasiado baja, y la última debe corresponder a la etapa en que la corte y la administración se trasladaron totalmente a la nueva capital. Además, es muy posible que al menos la mitad de los obreros empleados para construir la ciudad se quedaran a vivir en ella. El tamaño de Dur-Sharrukin es similar: 320 hectáreas en total, de ellas 20 de ciudadela, pero la ocupación bastante efímera de esta capital artificial hace que su población sea considerada más bien como una fluctuación y no como una incorporación estable. Nínive es bastante más grande. Esta importante y antigua ciudad creció durante el periodo neoasirio hasta alcanzar, bajo los últimos sargónidas, una extensión de 750 hectáreas (con la ciudadela de las 20 hectáreas acostumbradas). La cifra redonda de 120.000 habitantes que aparece en el libro de Jonás seguramente es exagerada, pero la gran metrópoli asiria pudo haber alcanzado los 80.000

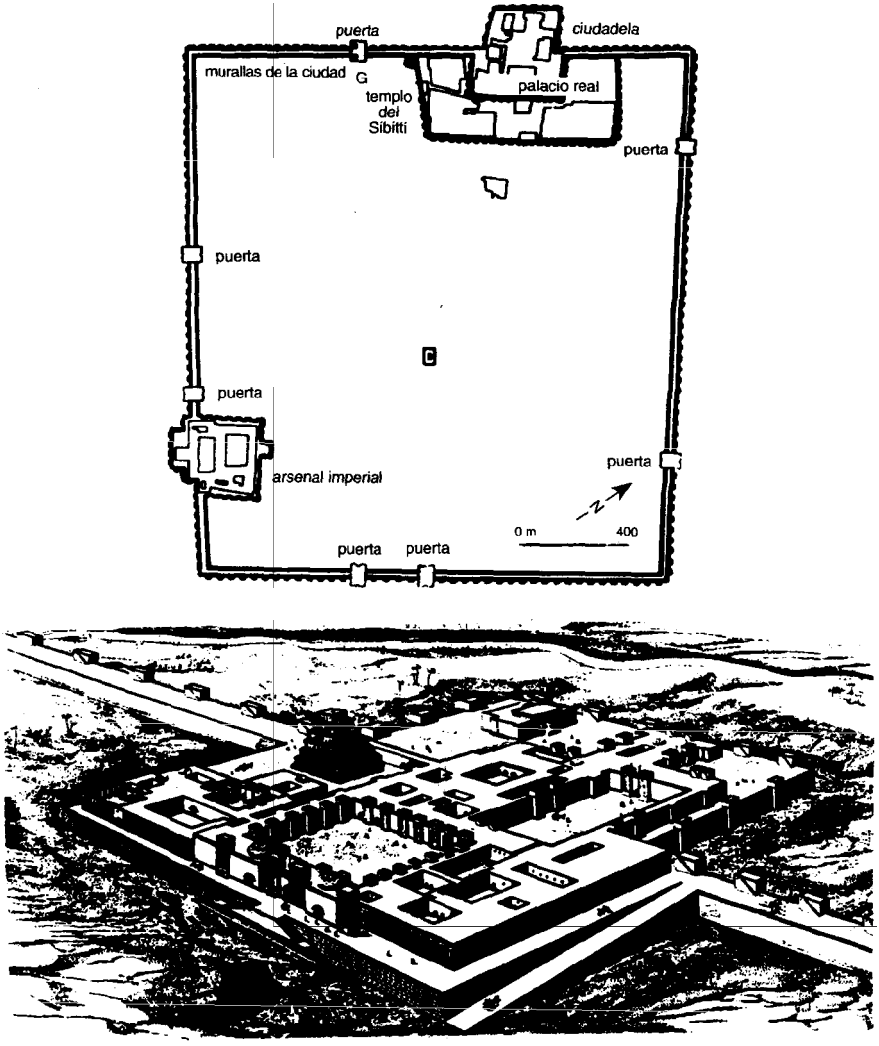


FIGURA 147. Khorsabad (Dur-Sharrukin). *Arriba*, planta esquemática de la ciudad. *Abajo*, reconstrucción de la ciudadela con el palacio de Sargón II.

habitantes, convirtiéndose así en una población de dimensiones totalmente inusuales para su tiempo.

El fenómeno urbano asirio no se agota en las grandes capitales: una serie de centros menores, aunque bastante poblados y dotados del aparato administrativo y cultural que caracteriza a una ciudad, se dispone como en un círculo alrededor de las ciudades principales, tanto al oeste del Tigris —donde ciudades como Balatu (Eski Mossul), Apku (Tell Bu Mariya) y Nimitti-Ishtar (Tell 'Afar) controlan las rutas de la Alta Mesopotamia y el distrito poblado y productivo en las laderas del Yébel

LIBER

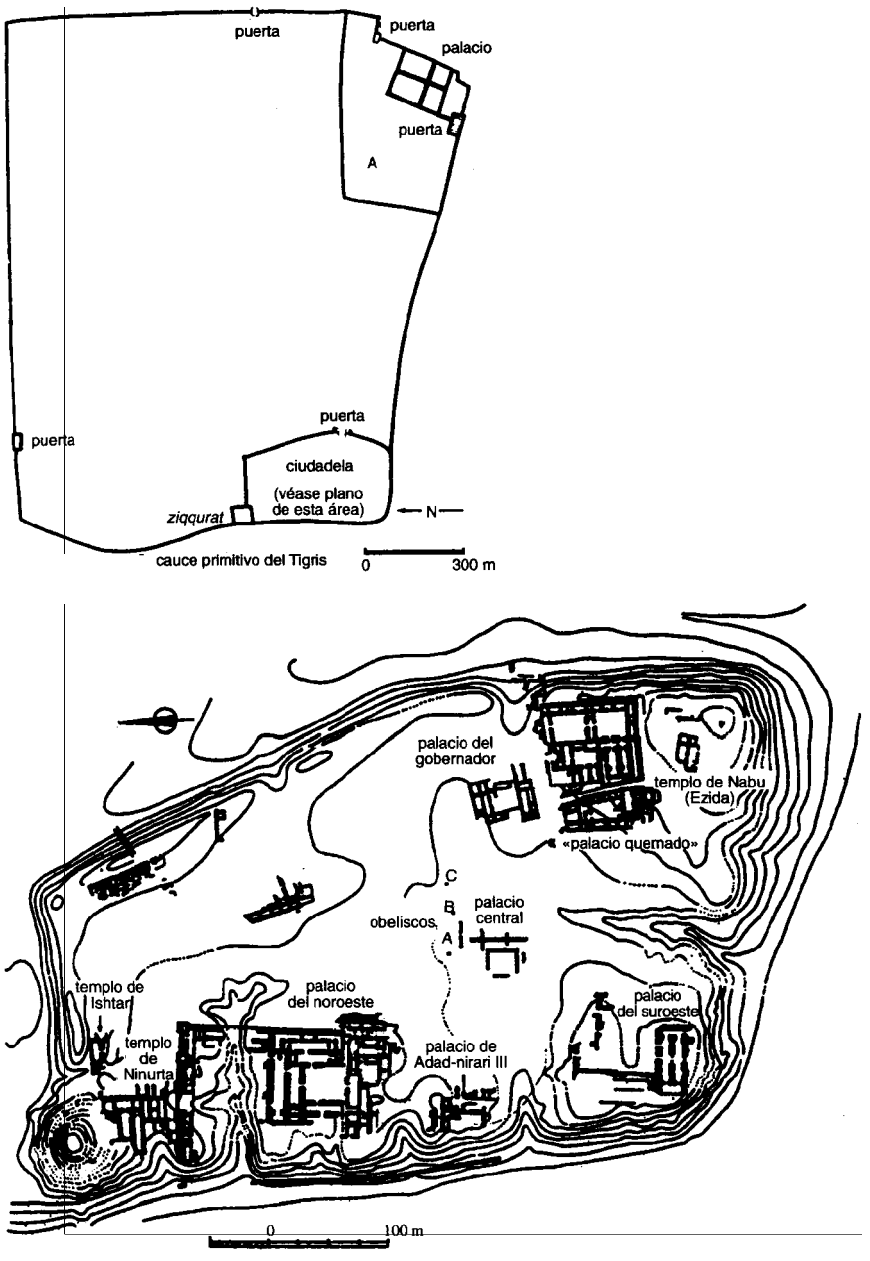


FIGURA 148. Kalkhu (Nimrud). *Arriba*, planta de la ciudad. *Abajo*, la ciudadela.

LIBER

Sinyar— como al este, frente a los Zagros —donde ciudades como Kalzu (Kasr Shemamoq) y sobre todo Arbela (debajo de la homónima ciudad moderna) son ya puntos fronterizos y terminales de las comunicaciones con Irán y la franja situada entre el Tigris y los Zagros. Este conjunto de centros urbanos y, concretamente, las capitales, plantean serios problemas de abastecimiento. La relación entre ciudades y campo se altera notablemente. Aumenta el peso del segundo, y en el interior de los centros urbanos se desarrolla de manera prácticamente exclusiva el componente «parasitario» en cuanto a la producción de alimentos: funcionarios civiles y religiosos, artesanos y militares.

Al fundar o ampliar sus capitales, los reyes asirios ponen de manifiesto el problema de los abastecimientos, ya que alardean de haber aumentado la productividad del campo mediante colosales obras de canalización (desde el Zab y los afluentes menores de la izquierda) para irrigar los campos asirios y permitir así su conversión a la agricultura (y arboricultura) asociada a un cultivo intensivo de cereales. La producción de alimentos debía ceñirse a un radio de pocos kilómetros alrededor de las ciudades, y los esfuerzos de los reyes asirios apuntan precisamente en esta dirección. Sin embargo, es posible que una parte de los alimentos necesarios llegara también desde más lejos, sobre todo por vía fluvial, por iniciativa real o de los funcionarios que poseían propiedades agrícolas en las provincias. La función de las metrópolis asirias como centros del imperio es más propicia a la centralización de mano de obra y materias primas que de alimentos, pero también puede haber contribuido a la mejora de este último sector.

En el aspecto técnico son innovadoras las grandes obras hidráulicas, que en las zonas montañosas requieren el corte de las rocas y la excavación de túneles, aprovechando las mejoras técnicas que habían aparecido a comienzos de la Edad del Hierro en dichas zonas. Pero por lo demás, no nos consta que hubiera grandes novedades. Quizá alguna mejora en el sistema de irrigación capilar, algún nuevo cultivo (hay que destacar el algodón), tal vez una sucesión de cultivos más racional. En cambio, en el campo asirio hay profundas modificaciones de carácter socioeconómico, impulsadas por la evolución interna y el proyecto imperialista. En la Edad del Hierro son moneda corriente la expropiación de las viejas comunidades de aldea en beneficio de los acreedores públicos y privados, y la mezcla de campesinos reducidos a servidumbre y esclavos propiamente dichos, que llegará a formar una categoría servil indiferenciada, vinculada a la tierra y a los propietarios. Éstos coinciden en buena parte con los altos funcionarios de la corte y la administración estatal, beneficiarios de tierras concedidas por el rey, que a veces gozan de exenciones fiscales, y mediante préstamos con interés y fianza logran incrementar sus propiedades y su clientela. La orientación imperialista y militar de Asiria influye en estos procesos como un eficaz multiplicador. El campo también se vacía de sus habitantes originarios debido al servicio militar, experiencia dura y prolongada de la que muchos no regresan. Estos vacíos se rellenan con deportados procedentes de las zonas de conquista y, por consiguiente, en condición servil por excelencia, dependientes del palacio real o de los grandes terratenientes. Entre los propietarios —ciudadanos por residencia, «siervos del rey» de distintos órdenes y grados, con riquezas incluso pecuniarias, dedicados a la guerra y la administración— y la clase servil de los campesinos, se abre un abismo enorme. El propio tejido de las aldeas sufre cambios importantes, con la concentración de las tierras en latifundios y propiedades señoriales en las que los campesi-

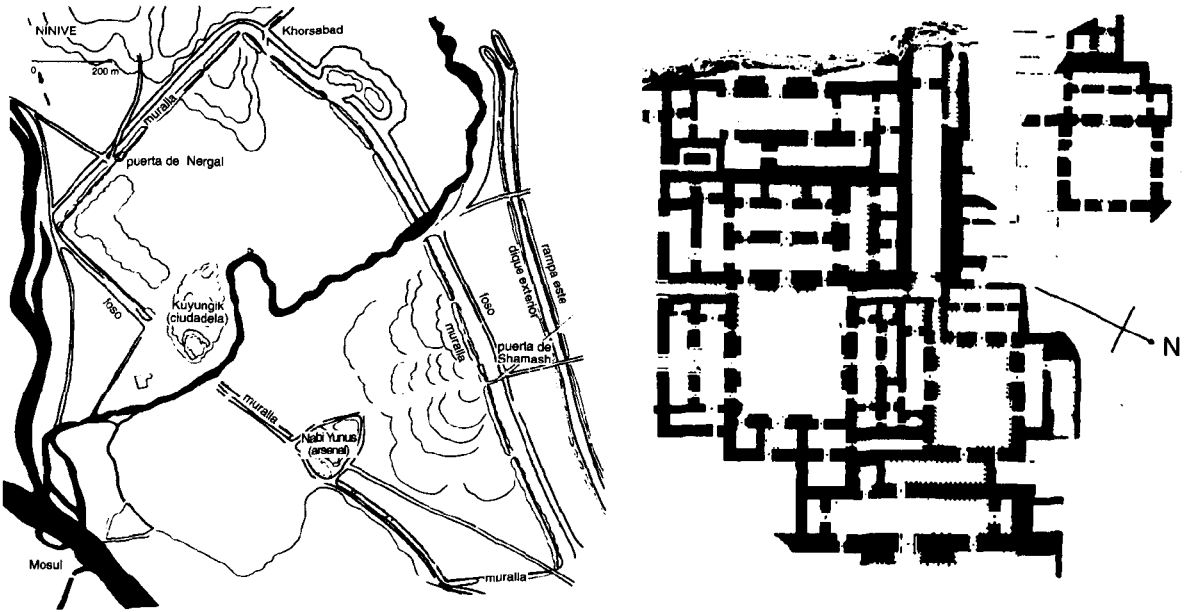


FIGURA 149. Nínive. *Izquierda*, planta de la ciudad, con las murallas y las dos ciudadelas de Kuyungik (palacios reales) y Nabi Yunus (arsenal). *Derecha*, palacio de Senaquerib.

LIBER

nos son simples dependientes —citados en los catastros de la época por cantidades según sexo y edad, con los niños medidos en palmos para poder contar al cabo de pocos años con campesinos adultos. Por lo tanto, el fuerte contraste entre la ciudad y el campo (y el especial desarrollo de las ciudades) corresponde en cierto modo a un fuerte contraste entre clase dirigente y masa de siervos forzosos productores de alimentos. El crecimiento de la clase dirigente encuentra salida en las provincias conquistadas, extendiendo como una mancha de aceite el sojuzgamiento de los campesinos incluso fuera de la Asiria histórica.

Este aparato productivo (que también es un aparato reproductivo de fuerza de trabajo y del ejército) queda sujeto, cuando no hay exenciones, a una carga fiscal bastante razonable para lo que es habitual en Oriente Próximo, pero que en grandes cantidades basta para mantener al rey y a su corte, con unos niveles de lujo sin precedentes. Hay varios tipos de contribución fiscal, de acuerdo con los distintos estatus de las tierras, que se pueden reducir a tres: tierras del rey directamente gestionadas por la administración central (o por los palacios periféricos en las provincias); tierras del rey cedidas a funcionarios de la corte; y tierras privadas que entran en el circuito comercial, es decir, se pueden adquirir por compraventa y desvincular de la comunidad. A la producción interna (tierras del rey) se aplica presumiblemente el concepto de «cuota» (*iškaru*), que se presta sobre todo a los sectores de la ganadería y la artesanía. La administración, después de poner determinados medios de producción (tierras, ganado, materiales) y basándose en determinados parámetros de productividad, exige ciertas cantidades de producto, sin entrar en cuestiones de márgenes o pérdidas del productor. A las tierras gestionadas por particulares o asignadas a funcionarios se aplica el sistema de la tasación porcentual (sobre las cosechas estimadas), que posee una terminología distinta para el ganado (*ṣibtu*) y para el par grano y paja (*nusaḫē* y *šibšu*), que constituye el principal producto agrícola gravado por el fisco. Las prestaciones laborales son tan importantes como las contribuciones en especie. Se incluyen en el concepto genérico de *ilku*, tanto si se trata de prestaciones para trabajos agrícolas, obras, etc. (*tupšikku*), como de servicio militar (*ṣab šarri*). Un sistema de exenciones reales desgrava a los personajes privilegiados de contribuciones en productos y trabajo, en detrimento de la masa de la población agrícola, desposeída y sojuzgada. Esto provoca su rápido descenso, que llevaría a la extinción si no intervinieran transplantes forzosos, que sin embargo no resuelven estructuralmente el problema. Las deportaciones no hacen más que llevar la crisis a otro sitio, desde el centro asirio hasta la periferia conquistada (donde hay caídas en picado de la población), retrasando sus efectos en Asiria, pero sin eliminarlos. Además, se altera la composición de la población asiria —tanto en el plano de la estructura social interna como en el etnolingüístico—, que sufre una auténtica mutación genética, lo cual explica su repentina e inesperada desaparición tras la caída del sistema imperial central.

2. Ejército y administración

La actividad militar se sitúa claramente en primer plano no sólo en los textos celebrativos del imperio, sino también en los documentos sobre su funcionamiento interno. La imagen que se tiene habitualmente del imperio asirio es la de una «má-

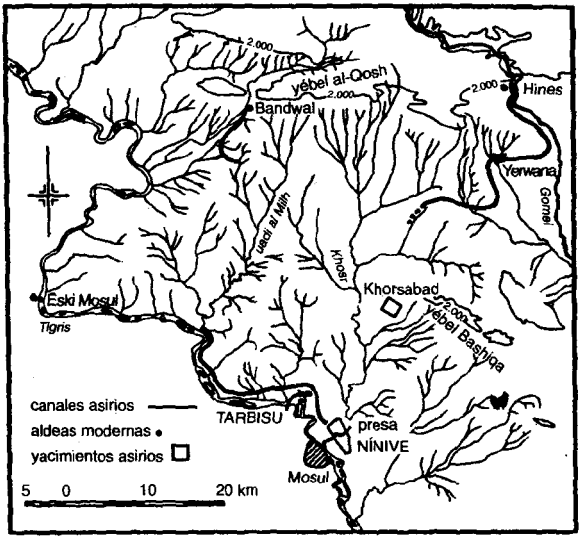




FIGURA 150. El sistema de regadío de la campiña asiria. *Arriba*, acueducto de Yerwan, construido por Senaquerib (planta esquemática). *Abajo*, reconstrucción del yacimiento de Hines (Bawian), donde empieza el canal.

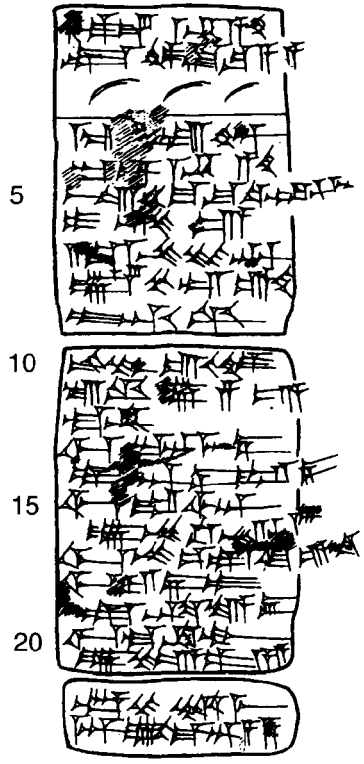
LIBER

quina militar» que siembra terror y destrucción. En efecto, el número y la importancia de las expediciones militares encabezadas personalmente por el rey o por sus generales es impresionante. A esta actividad se añade otra más discreta, pero igual de importante, que consiste en pequeñas escaramuzas, operaciones de patrulla y de guarnición, etc. En los decenios críticos de la formación del imperio (bajo el reinado de Salmanassar III, y luego bajo los de Tiglat-pileser III y Sargón II) lo habitual es una campaña por año —por supuesto, durante el verano, cuando más fácil resulta atravesar cordilleras o vadear ríos, y avituallarse en las regiones atravesadas. El ritmo anual de las campañas es muy gravoso para la población asiria. El ejército nutre sus filas sobre todo de las prestaciones, y recoge pequeños contingentes auxiliares de sus aliados en la zona de operaciones. Sólo hay militares de carrera o profesionales en los cuerpos especiales, numéricamente reducidos, y los mandos son los propios funcionarios de la corte, que, por lo general, alternan las ocupaciones civiles y las militares, siguiendo el ejemplo del rey.

Los textos celebrativos (pese a todas sus aproximaciones y exageraciones) nos han proporcionado más datos que los administrativos sobre la consistencia de las tropas. Parece que en el siglo IX las principales batallas se libraron entre ejércitos de 10.000 a 20.000 hombres (por cada bando), lo que nos da una idea del tamaño del cuerpo expedicionario asirio en las campañas más importantes. Un caso considerado extremo es la batalla de Qarqar, donde los confederados sirios formaron 4.000 carros, 2.000 caballeros, 1.000 camellos y 55.000 infantes. El número de asirios debió ser menor, pero no mucho. Los textos de los siglos VIII y VII pierden precisión y fiabilidad en este aspecto, de modo que la cifra de 150.000 muertos en el campo babilonio-elamita que da Senaquerib al hablar de la batalla de Khalulé es claramente desorbitada. Pero sí es verdad que los ejércitos del siglo VII eran más numerosos que los del IX (por lo menos cinco veces más), y que el «coste» en vidas humanas aumentó proporcionalmente (a los muertos en batalla hay que añadir las pérdidas «fisiológicas», que en la antigüedad eran comparables). Las pérdidas humanas, del orden de varios miles de personas al año, eran muy elevadas, si se comparan con la población total, como veremos en el siguiente epígrafe. Cuando Sargón y Asarhaddon terminan sus *Cartas al dios Assur* diciendo: «resultaron muertos: 1 carrista, 2 jinetes, 3 ingenieros», se trata de un exorcismo ceremonial de un problema muy serio.

El ejército se divide por especialidades. La masa de los infantes tiende a diferenciarse (sobre todo en el siglo VIII) en arqueros y guerreros con escudo y lanza. El cuerpo de los carristas sigue siendo importante, pero no tan decisivo como en el Bronce Tardío; en cambio, la caballería gana importancia como elemento móvil. El ejército asirio también debe adaptarse a la clase de enemigo que tiene enfrente. Hay notables diferencias entre los países como Babilonia y Elam, o también los estados siropalestinos, con carros e infantería pesada, y la preponderancia de los arqueros y la caballería de las tribus iranias, o las tropas montadas en camellos de los árabes. Pocas veces se libra ya una batalla campal, y muchas expediciones culminan con una serie de asedios a las ciudadelas enemigas. Cobra importancia el cuerpo de ingenieros (que también se emplean a fondo abriendo carreteras en las montañas o cuando hay que atravesar ríos), y la utilización de máquinas de asedio (de tipo torre y tipo ariete, como de costumbre), que se llevan al pie de las murallas haciendo rampas o terraplenes.

El armamento está documentado por la iconografía de los relieves celebrativos y por los restos arqueológicos. En las ciudades asirias se han encontrado arsenales



ṣu-pur ^{m}EN-*a-hi*
DUMU ^{m}HAR-*ṭu*$^{?}$-*na-a-a*
(marcas de uña)
^{m}*x[(x)]-ta-'a*
ì[R *s*]*a* ^{m}EN-*a-ḫi*
ina ŠÀ *20* MA.NA UD.KA.BAR.MEŠ
i-zi-rip
a-na ^{m}*mu-še-zib-*^{d}MAŠ
^{lu}*šá-kin* ^{uru}*kal-ḫi*
i-ti-din
kas-pu ga-mur
ta-din LÚ *za-rip*
la-qi
IGI^{mì}R.DINGIR.MEŠ-*ni*
DUMU[^{m}]DINGIR-*dà-ra-ni*
IGI ^{m}*ra-ši*-DINGIR
^{lu}*mu-kil*-KUŠ-*[PA]*.MEŠ
IGI ^{m}MU.GIŠ DUMU ^{m}*ki-rib-te*
IGI ^{m}*ib-ni-i*
DUMU $^{m.d}$ UTU.KAR-*ir*
IGI ^{m}*la-qi-pu*
^{lu}*še-lap-pa-a-a*
^{iti}ŠE *li-me*
$^{m.d}$ŠEŠ.GAL.DINGIR-*a-a*

«Uña de Bel-akhi, hijo de Khartunaya. (Siguen las tres marcas) [XX]ta'a, esclavo de Bel-akhi, éste ha contratado y dado a Mushezib-Ninurta, gobernador de Kalkhu, por 20 minas de bronce. El precio ("plata") ha sido pagado; el hombre ha sido contratado y tomado. En presencia de Urdu-ilani hijo de Ilu-daranu, en presencia de Rashi-ilu el palafrenero, en presencia de Shumu-leshir hijo de Kiribtu, en presencia de Ibni hijo de Shamshi-etir, en presencia de Laqipu el Shelappeo. Mes de Addar, epónimo Nergal-ilaya.»

FIGURA 151. Contrato neoasirio (finales del siglo IX) para la venta de un esclavo.

con gran cantidad de armas y carros. La máquina bélica asiria necesita abastecerse sobre todo de caballos y bronce —las campañas del norte van dirigidas, precisamente, a asegurar este abastecimiento: un círculo vicioso. En cuanto a la estructura operativa del ejército, su división en módulos fijos, su despliegue, las jerarquías de mando, ninguna de estas cuestiones es bien conocida. A partir de un texto que no es necesariamente paradigmático, se ha propuesto una división de la «carrería» en escuadrones de 53 carros (106 personas).

El ejército está dirigido personalmente por el rey (a veces, por un general en su lugar), de acuerdo con la ideología real que se remonta a la época medioasiria. El rey está flanqueado por los dignatarios de la corte y de la administración central, con arreglo a una suerte de «organigrama». Los cinco dignatarios asirios más importantes son, en este orden: el *turtānu*, término que se suele traducir por «general» o «generalísimo» dado su papel destacado, pero que en realidad significa «segundo (en rango)», «vice», es el principal colaborador del rey. Le siguen el *nāgir ekalli*, «heraldo de palacio», el *rab šaqē*, «gran copero», el *abarakku*, «intendente», y el *sukkallu*, «mayordomo». Estos títulos proceden del círculo de los funcionarios de palacio, pero sus funciones se han ampliado hasta abarcar toda la administración y los asuntos de estado. Estos próceres de la administración central gobiernan las provincias más antiguas y codiciadas, que son las de la franja altomesopotámica. La más importante de todas, Kharran/Til Barsip, es asignada al *turtānu*. Las personas que ocupan esta posición de vértice han llegado al punto culminante de una actividad (podríamos llamarla «carrera») desarrollada al servicio del rey, y pertenecen a dos categorías muy diferentes: los *rabāni* («príncipes») y los *šūt rēši* («eunucos»). Estos últimos cuentan con el favor del rey por su fidelidad y porque no pueden transmitir en herencia los bienes ni los cargos. Al parecer, no existen ramas fijas de la administración (por lo menos en los niveles directivos), lo que permite al rey controlar personalmente todo el aparato. Entre el rey y los funcionarios se establece una relación muy directa y personal de fidelidad, que se expresa en un juramento y coloca al funcionario completamente a merced de la valoración que haga el rey de su labor. Esto propicia la envidia y las rencillas entre funcionarios. Las calumnias y denuncias están a la orden del día, y las fortunas personales se amasan y se pierden en un abrir y cerrar de ojos, lo que provoca síntomas de «justo doliente» en aquellos que se sienten vigilados o acusados injustamente y caen en desgracia. En general, genera un comportamiento cauteloso y conformista, sometido a la voluntad del rey.

La estructura de la administración local es distinta. En las ciudades más pequeñas subsiste la antigua organización, con un «alcalde» (*ḫazānu*) y un consejo de «ancianos» (*šībūti*) que se encargan de la administración de la justicia y las cuestiones fiscales (y por lo tanto de la relación con la administración central). En ambos sectores son habituales las arbitrariedades, las extorsiones y los favoritismos. Siempre se permite la apelación al rey, pero en la práctica esta posibilidad de acceder a la máxima instancia del reino, que para la población sigue personificando a la justicia, debió ser más bien utópica. Encontramos una referencia en el relato popular del *Pobre hombre de Nippur*, quien, haciendo referencia al rey, consigue engañar a las autoridades locales. El cuadro literario y el de los hechos reales pueden coincidir en alguna medida, pero con la salvedad de que el rey no representa su papel de reparador y justiciero por amor a la justicia, sino más bien por el hecho (habitual en ese tipo de relaciones políticas) de que, al estar ocupado con arbitrariedades y favoritismos de mucha más altura, de vez en cuando puede interesarle intervenir para castigar las corruptelas de funcionarios periféricos de bajo rango, y así cultivar su imagen popular.

LIBER

3. Las formas de sojuzgamiento

En la exposición diacrónica ya hemos aclarado que la organización de las tierras conquistadas pasa por dos grandes fases. Antes de mediados del siglo VIII el imperio distingue claramente dos franjas territoriales. La primera corresponde al territorio de la antigua conquista medioasiria, comprendido entre el Éufrates, al oeste, y los primeros repechos de los Zagros, al este. En este territorio, la presencia asiria se ha plasmado en una red de centros urbanos propiamente asirios, con población asiria, mezclados con las ciudades y la población local. El control y la explotación económica de esta primera franja corre a cargo de funcionarios periféricos (que ostentan el título de *šaknu*), con competencias en ciudades concretas o territorios limitados. Están mezclados con los jefes locales que Asiria ha reconocido oficialmente. Hay cierto grado de autonomía local, que degenera cuando algunos de estos funcionarios periféricos consiguen acumular territorios demasiado extensos. La segunda franja es exterior y está formada por los reinos limítrofes sometidos a una relación tributaria, que los intentos de rebelión no hacen más que agravar. En esta franja apenas se puede decir que haya una presencia asiria estable (hay unos representantes llamados *qēpu*, apoderados del rey asirio ante los reyes locales). Las dinastías locales conservan su autonomía, y el instrumento formal de la dependencia es el juramento prestado por estos reyes al soberano asirio, que obliga sobre todo a pagar un tributo anual.

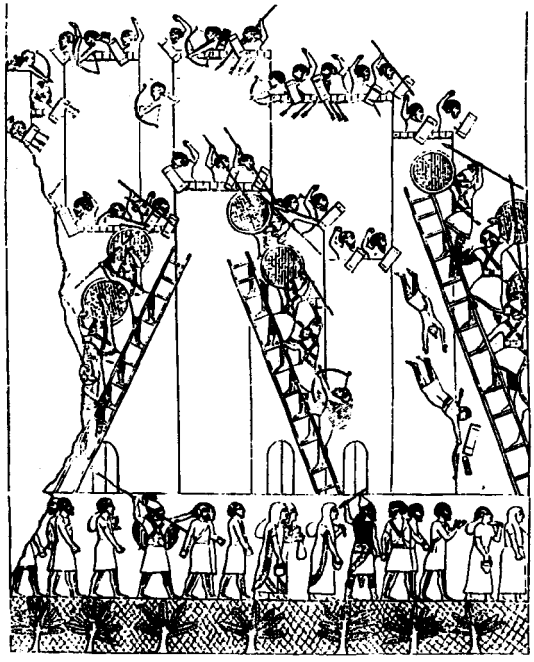
La reforma de Tiglat-pileser III consigue que la dependencia del rey asirio sea igual en todo el imperio, al extender el sistema provincial a la zona exterior, donde los reinos autónomos se convierten en provincias asirias. Las nuevas provincias ocupan la misma extensión que los reinos anteriores, salvo en el caso de los reinos grandes, que dan lugar a varias provincias. Cada provincia posee una capital con un palacio provincial, residencia del gobernador asirio (una vez más *šaknu*; a veces, el término *bēl paḫati* parece sinónimo, pero designa más bien al responsable de una subdivisión más pequeña que la provincia). En el palacio también hay una guarnición asiria, oficinas administrativas asirias, centros de recaudación de los tributos provinciales y lugares para los cultos asirios. La antigua franja interior es reestructurada de forma análoga, con territorios provinciales del mismo tamaño que sus antecesores. Las provincias son gobernadas por funcionarios nombrados por el rey (evitando estabilizaciones dinásticas), al parecer de la clase de los *rabānu* para los cargos de *šaknu*, y de la clase de los *šūt rēši* para los de *bēl paḫati*. Las provincias interiores siguen siendo las más codiciadas y prestigiosas, y se reservan para los máximos dignatarios de la corte, como ya hemos dicho. Incluso el núcleo originario de Asiria es remodelado con arreglo al esquema provincial, encontrando así una definición orgánica para los grandes centros urbanos que no son capitales de estado, como Assur, Arbela y otros.

Entre las provincias interiores y las exteriores sigue habiendo una diferencia de hecho. Las provincias que se encuentran al este del Éufrates, conquistadas en época más antigua, y con una penetración importante de población y cultura asirias, adquieren una configuración que podríamos llamar «asiria provincial», también en el sentido cultural. Tenemos varios ejemplos de palacios provinciales asirios de los siglos IX-VII, y todos pertenecen a esta zona. Recordemos el caso de Kharran, que se convierte casi en una capital occidental del imperio. Es la residencia del *turtānu*, sede del prestigioso templo de Sin, y goza de privilegios. Entre otras cosas, de allí proce-

den unos documentos administrativos (hallados en Nínive) con el registro «catastral» de las tierras de la administración asiria. No lejos de Kharran se encuentra la ciudad de Khuzirina (Sultantepe) donde también se ha encontrado un palacio asirio con archivos administrativos y una biblioteca de contenido literario. Cerca del Éufrates están las ciudades de Til Barsip (Tell Ahmar) y Khadattu (Arslantash), donde se han encontrado palacetes asirios con pinturas y esculturas. En el triángulo del Khabur se conoce la ciudad de Guzana (Tell Halaf) donde el centro provincial asirio reemplaza al palacio de la dinastía local. Bajando por el Khabur se encuentran las ciudades asirias de Dur-katlimmu (Tell Sheij Hamad) y Shadikanni (Tell 'Ayaya), y se conocen otras ciudades más al sur en la zona de la presa de Khaditha, en el Éufrates medio iraquí. Este conjunto de palacios, ciudadelas-fortalezas, archivos, elementos del aparato celebrativo, revelan una difusión capilar de la cultura asiria en toda la Alta Mesopotamia y un proceso muy avanzado de asimilación y colonización que desemboca en la formación de una «Gran Asiria» que se extiende desde el Éufrates hasta los Zagros.

El aspecto de la franja externa es distinto. El sistema provincial estuvo aquí vigente durante casi un siglo (finales del VIII-finales del VII) y no tuvo tiempo de afianzarse. La presencia de elementos asirios era numéricamente reducida y casi irrelevante. Por lo tanto, en toda la franja externa la presencia asiria aparece arqueológicamente más bien en sus aspectos negativos y no en los de reestructuración. En su vertiente negativa, cabe citar las enormes destrucciones que marcan ya la presencia militar del siglo IX, y son gravísimas en la fase de conquista del siglo VIII. Destrucción de murallas y palacios, devastación de los cultivos agrícolas, dispersión de la clase dirigente y artesana, deportación de la población, abolición de las condiciones para el ejercicio de cualquier actividad «cultural» de carácter local (celebrativa o de otro tipo): todo esto tiene como resultado la caída en picado de la población y de la consiguiente productividad económica, la desaparición de las formas artísticas y religiosas locales, la desmotivación y el desánimo —en una palabra, se convierte en un fenómeno de aculturación muy rápido y enérgico. El que fuera un mundo rico y variado (tanto desde el punto de vista económico como cultural), formado por etnias distintas, con expresiones artísticas diferentes (y «culturas materiales» diferentes), con sus tradiciones y sus estrategias locales, de repente quedó empobrecido y homogeneizado por la máquina destructora del ejército asirio, y luego por la máquina unificadora de la administración asiria. En cambio los aspectos de reestructuración no tuvieron ni tiempo ni posibilidad de consolidarse en las nuevas provincias, que en el momento de la caída del imperio todavía estaban sumidas en la despoblación y la aculturación.

Un elemento crucial y notorio del proceso de aculturación fueron las deportaciones, que tenían una doble finalidad, como ya se ha dicho. Para repoblar los campos y las ciudades asirias, que habían sufrido un acentuado descenso de la población a causa de las campañas militares, convenía instalar grupos de campesinos en los campos asirios, y adquirir competencias técnico-artesanales para los trabajos de construcción y para el funcionamiento de la corte. Con el propósito de destruir las identidades nacionales y culturales de los pueblos conquistados, se llevaron a cabo deportaciones cruzadas de una provincia a otra, donde al malestar de los deportados al tener que establecerse en tierras nuevas, entre gentes desconocidas, se añadía el malestar de los supervivientes al verse colonizados por los recién llegados, instru-



rey	número de destierros	total compl. según las fuentes	número de desterrados total incompl. según las fuentes	n.º de destierros no cuantificados
Ashur-dan II	2			2
Adad-nirari II	1			1
Tukulti-Ninurta II	2			2
Assurnasirpal II	13	12.900		5
Salmanassar III	8	167.500		3
Shamshi-Adad V	6	36.200		2
Adad-nirari III	1			1
Tiglat-pileser III	37	368.543	x + 25.055	19
Salmanassar V	1			1
Sargón II	38	217.635	x + 21.650	24
Senaquerib	20	408.150	x + 61.000	17
Asarhaddon	12			12
Assurbanipal	16			16
Total	157	1.210.928	x + 107.705	105

FIGURA 152. Deportación de pueblos vencidos por los asirios. *Arriba*, escena de asedio y deportación en un relieve de Nínive. *Abajo*, tabla resumen de los datos numéricos proporcionados por las inscripciones asirias.

LIBER

mentos de la opresión imperial. Estos destierros fueron, al parecer, importantes: las cifras de los textos celebrativos asirios parecen exageradas en algunos casos (por ejemplo Senaquerib), pero en otros parecen fiables, y suponen proporciones apreciables (alrededor de decenas de miles de personas) para ciudades o lugares cuya población total no podía ser demasiado elevada. Naturalmente, los fallecimientos durante el traslado debieron ser numerosísimos, y las tasas de natalidad y productividad de los desterrados debieron ser bastante bajas. El mecanismo, por lo tanto, fue eficaz (*tremendamente eficaz) para sus objetivos negativos, pero no tanto para los positivos.*

La máquina administrativa, que era esencialmente una máquina fiscal, sufrió también los efectos del paso a la dimensión imperial, con su igualación y fusión. La recaudación de tributos tuvo una evolución paralela a la institucional, y en gran parte la motivó. La relación tributaria impuesta por el juramento de fidelidad era muy precisa: ritmo anual y calidad y cantidad de los productos fijadas con precisión. Se trata, sobre todo, de productos fáciles de transportar, bien por su propia naturaleza (caballos), bien porque son preciados incluso en pequeñas cantidades (por ejemplo, los metales, tanto en lingotes como en objetos), o bien porque son necesarios y no se encuentran en Asiria (madera, que se transportaba siempre que se podía por flotación fluvial). El transporte desde la periferia hasta Asiria de caballos y metales (con fines militares) y de madera y piedras (para la construcción) constituye un gran problema de carácter tecnológico al que se refieren los textos administrativos, epistolares y celebrativos, cada cual desde su punto de vista. La tipología y la terminología de los cobros tributarios se resienten incluso en la época neoasiria de su origen de contribuciones voluntarias (regalos) o comerciales, manteniendo una diferenciación entre «contribución (principal)» y «regalo (adicional)» (respectivamente *biltu/maddattu* y *nāmurtu*), también cuando ambos pasan a ser obligatorios, establecidos rígidamente y unidireccionales (o sea, sin contraprestación que no sea la falta de aplicación de las sanciones militares). A quienes no se someten les espera el botín, el pillaje, que a fin de cuentas incide en el mismo tipo de recursos y muestra cómo «la máquina» asiria es capaz de conseguir lo que quiere por las buenas o por las malas. Y cuando entra en acción la relación provincial, las contribuciones pasan a ser de tipo «interno», basado, sobre todo, en el binomio «trigo y paja», porque entre otras cosas la eliminación de los talleres artesanales de los palacios locales disminuye *las contribuciones de tipo artesanal. Caballos y madera llegan sobre todo de* regiones que siguen siendo externas, o en las cuales el control directo asirio sigue siendo precario.

Incluso en el ápice de su expansión el imperio reconoce interlocutores subordinados pero autónomos, y con éstos se afianza la vieja relación de subordinación formalizada por el juramento oral, con pactos jurados escritos. El primer ejemplo se remonta ya a la época preprovincial, con el tratado entre Ashur-nirari y Mati-Ilu de Arpad, que se puede considerar el modelo de esta clase de formalización, probablemente de origen norsirio. En la época sargónida, no por azar, los tratados se estipulan tan sólo con interlocutores externos: la ciudad fenicia de Tiro, jamás expugnada, importante centro del comercio marítimo, firma con Asarhaddon un tratado de subordinación, que sin embargo reconoce la autonomía del reino costero. Los medos (o mejor dicho, cada una de sus tribus) firman con Asarhaddon unos «pactos de fidelidad» en conexión con el problema de la sucesión. Otro pacto fragmentario es concertado por Assurbanipal con la tribu norarábiga de Qedar. En resumen, el pac-

to de subordinación es un instrumento de formalización de las relaciones con entidades políticas que no es posible o conveniente insertar en el sistema provincial, bien porque son «escurridizas», como los nómadas del desierto árabe o de la meseta iraní, bien porque se advierte (como en el caso de Tiro) que una conquista militar supondría la destrucción de una ciudad, cuando lo interesante es mantenerla dinámica y activa, aunque sometida.

Quedan, finalmente, unos problemas anómalos. El primero, obviamente, es Babilonia: las formas de unión personal o el nombramiento de reyes locales de fidelidad asiria demuestran que la solución provincial no se considera factible. Tampoco se intenta separar como provincias partes marginales del reino babilonio, considerado aún como una unidad que se quisiera dominar, pero no se puede disgregar. La fallida provincialización del sur de Mesopotamia, basada en fuertes tradiciones políticas y culturales (sobre todo religiosas), deja sin solucionar el problema y acaba llevando a la destrucción del imperio. Otros casos marginales para los cuales no se intenta la solución provincial son Egipto y Elam. Es cierto que en ambos casos el dominio asirio fue muy corto, pero parece que se intentó más bien la fórmula de la fragmentación en constelaciones políticas con dirección local, para hacer inofensivos a estos poderosos vecinos sin necesidad de anexionarlos. En el caso de Egipto, los «principados» ciudadanos del delta ofrecían la estructura básica para una fragmentación local bajo la soberanía asiria. Sin embargo, el proyecto se malogró por iniciativa de uno de ellos. En el caso de Elam la fragmentación también se basaba en las tradicionales divisiones del país en células políticas separadas; pero la estrategia asiria de potenciar las particularidades menoscabando las ya precarias estructuras unificadoras convirtió la región elamita en fácil presa de las nuevas fuerzas emergentes en la meseta.

4. La ideología imperial asiria

Como todas las formaciones de carácter imperialista, el estado asirio está basado en la explotación de las diversidades. Un núcleo restringido de personas somete a grupos mayores, primero en el interior de su propio territorio y más tarde en el exterior, en un proceso basado en la reproducción de necesidades y sus consiguientes satisfacciones. El núcleo central monopoliza las decisiones, imponiéndolas a grupos que no han colaborado en su formulación y que en realidad se verán dañados por ellas. El núcleo central adquiere riquezas hurtándoselas a los productores. Esta construcción basada en el desequilibrio se sostiene gracias a elementos sobre todo físicos y técnicos. Asiria posee una organización superior, un armamento superior, una base de recursos humanos y económicos más completa o más compacta que los grupos sometidos. Pero un elemento a tener en cuenta para que el edificio se sostenga es una interpretación ideológica de la realidad, capaz de ofrecer a los miembros del núcleo central unas motivaciones añadidas a las de la mera ventaja, y capaz de ofrecer a los miembros de los grupos explotados (y a su vez empleados para explotar a terceros grupos) unas motivaciones para aceptar el desequilibrio, convenciéndoles de que a ellos también les conviene. El éxito de este programa de convencimiento de los explotados es discutible, y no cabe duda de que éstos poseían sus ideologías opuestas (que justificaban la derrota en términos distintos a los de los vencedores). Sin em-

LIBER

bargo, no hay duda de que la sociedad asiria elaboró una visión orgánica del mundo, en el interior de la cual las conquistas asumían un papel coherente y una justificación.

Existe, ante todo, una diversidad espacial, con un contraste entre el mundo interior y la periferia. Mientras el primero es ordenado y civilizado, la segunda se encuentra en un estado caótico y en un notable retraso cultural. La periferia —tanto si es la montaña iraní o anatólica, el desierto siroarábigo o los pantanos de la Baja Mesopotamia— es impracticable, inadecuada para vivir en ella, estéril e improductiva. La interacción entre el centro y la periferia se realiza de dos formas. En principio la polarización de la periferia (y de sus recursos) hacia el centro recupera hasta un cierto grado de funcionalidad y de razón de ser esa franja de otro modo inutilizada. Pero, luego, la obra del rey asirio produce una ampliación de la zona central cósmica que reduce la periferia caótica y tiende a eliminarla por completo. El rey lleva a cabo expediciones que, a través de difíciles caminos, lo trasladan al límite exterior del mundo —donde erige una estela fronteriza como muestra de su derecho de posesión universal. De esta manera un mundo desconocido se convierte en conocido, un mundo improductivo se convierte en productivo, un mundo despoblado es colonizado, un mundo hostil se somete al único y legítimo rey del país central. La conquista consiste en igualar la periferia al país central, en hacer que se parezca a Asiria lo más posible, en someterla a los mismos funcionarios, a las mismas tasas fiscales, a las mismas disposiciones del rey.

La esfera del correcto funcionamiento del mundo, además de estar circunscrita en el espacio, también está limitada en el tiempo, en una fase antes de la cual existe el desorden y después de la cual —si no se vigila atentamente— podría regresar el caos. El mundo actualmente está ordenado porque los dioses (para los elementos físicos) o los «héroes fundadores» (para las distintas instituciones «civiles») han fundado cada una de las partes que lo constituyen. El compromiso del rey es doble: mantener en funcionamiento lo ya existente (restaurando templos que se derrumban, asegurando la celebración de las fiestas, etc.), e introducir nuevos elementos «creativos» para, de esta forma, tener el honor de haber sido el primero en introducir una institución determinada, o el primero en recorrer una determinada calle, o el primero en ejecutar un determinado tipo de trabajos o en edificar un templo determinado. La culminación de la función creadora-fundadora del rey es la construcción de una nueva capital en el centro del mundo, hacia la cual se orienta todo el universo y en la realización de la cual contribuye todo el universo con hombres y materiales.

En tercer lugar hay una diversidad de hombres: la diversidad entre el asirio y el bárbaro es clarísima. Al igual que en el paisaje interior, todas las cualidades positivas se concentran en sus habitantes, mientras que las cualidades negativas caracterizan a los extranjeros, que tienen costumbres «extrañas», hablan idiomas incomprensibles y existe la duda de si son completamente humanos. El momento típico de la confrontación es el militar. Los asirios están solos, seguros de su superioridad tecnológica, moral, y del apoyo divino. Los enemigos son numerosísimos, variados, y se reúnen en coaliciones tratando de superar con la cantidad su inferioridad cualitativa. Pero en el momento del choque son irremediablemente arrollados, por lo que se puede decir que una batalla real y verdadera jamás existe, tan sólo hay una matanza y una huida. Lo cierto es que el rey asirio tiene un directo y legítimo canal de comunicación con la divinidad, y especialmente con el dios Assur. En cambio los enemigos están «sin dios» o sus dioses los abandonan, o los apoyan unos dioses in-

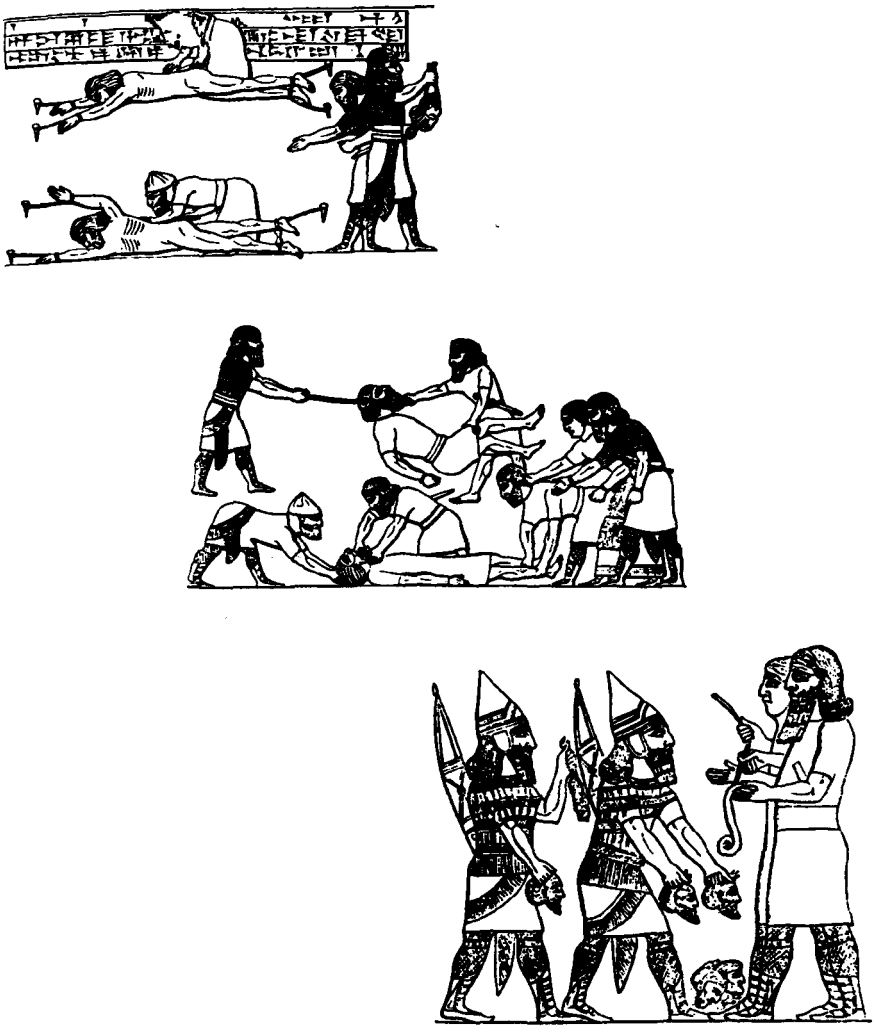


FIGURA 153. La propaganda del terror. *Arriba y en el centro*, atrocidades asirias con los enemigos apresados. *Abajo*, recuento de las cabezas cortadas.

feriores. Por lo tanto, los asirios sólo tienen que confiar en su rey, y el rey asirio sólo tiene que confiar en la divinidad (que le exhorta: ve, no temas, yo estaré a tu lado). En cambio el enemigo tiene que confiar individualmente en la ayuda de los demás, o en elementos materiales, como lo escarpado de los lugares, el número de los guerreros y otras cosas parecidas. El enfrentamiento entre estas dos confianzas, la una correcta y la otra ilusoria, da un resultado obvio. Sin embargo, con la conquista y la sumisión también los extranjeros empiezan a adquirir caracteres positivos, siempre que permanezcan fieles al juramento prestado al rey asirio, y se convierten en

LIBER

parte del orden imperial: la administración central les tiene en cuenta, se les instala en ciudades y casas, se unifican incluso sus lenguas y propósitos para que lleguen a ser completamente humanos.

Finalmente, como consecuencia evidente de la diversidad geográfica y humana, existe una diversidad de recursos entre el centro y la periferia. El centro es una región urbanizada y agrícola, en la que se agolpa la vida y se produce el alimento necesario para la vida. La periferia se divide en varios «monocultivos» (unos producen el cedro, otros el ciprés, unos el lapislázuli, otros el cobre), estructuralmente inadecuados para la vida: ¿quien podría vivir tan sólo de cedro y de lapislázuli? Está claro que estos recursos están diferenciados y dispuestos a lo largo de todo el arco de la periferia precisamente para que encuentren su integración y su utilización en el centro del mundo. Existe, pues, un flujo de materias primas de la periferia al centro que devuelve a la franja externa una cierta dignidad y utilidad (antes de que los asirios «descubran» los recursos periféricos, es como si éstos no existieran). En cambio, el centro propaga «servicios» de carácter ideológico-cultural: la protección, la justicia, el orden. Esta integración entre los distintos recursos, y entre recursos materiales y servicios ideológicos, no podría suceder de otra manera y en otro lugar que no fuera el centro, y gracias al poder central: una demostración más, si es que era necesaria, de la unicidad de la monarquía y del poder político, de la necesidad de la expansión imperialista de este último.

En el mismo momento en que, en términos físicos, los asirios llevan a cabo conquistas territoriales, someten a otros pueblos a su voluntad, centralizan forzosamente trabajo y recursos económicos, declaran que lo que están haciendo es una obra de civilización necesaria y meritoria, una obra de colonización del mundo, de unificación de todos bajo el único y legítimo poder, en nombre de los dioses asirios, como conclusión de la obra de creación y ordenamiento cósmico empezada por los propios dioses. Cuando la frontera del imperio asirio coincida con los límites extremos del mundo, cuando todos los recursos se orienten hacia el centro, cuando todos los hombres estén sometidos a la única monarquía legítima, sólo entonces la creación será completa y el mundo será perfecto.

5. El aparato celebrativo

La expresión de la ideología política asiria se ha concretado en un aparato celebrativo, claramente dirigido a un «público» interior y exterior, mientras que nosotros somos unos observadores completamente imprevistos y anómalos. A menudo nos hemos preguntado si aquellos a los que estaba destinado el aparato celebrativo tenían realmente acceso a él, y de manera especial si las inscripciones reales eran accesibles a un público en gran parte analfabeto (el conocimiento de la escritura cuneiforme había quedado relegado exclusivamente a la clase de los escribas). Aquellos que realmente podían acceder a los textos y comprenderlos en todos sus matices coincidían aproximadamente con los autores de los mismos. En un aspecto más material, la propia colocación de muchas de las inscripciones (sobre todo las de cimentación, enterradas bajo las esquinas de los edificios) excluía el acceso del público a ellas; y los propios textos hablan más bien de destinatarios irreales, o por lo menos irrealizables (los dioses, los reyes futuros). Estas observaciones son correctas, pero

es impensable separar el propósito implícito en el aparato celebrativo (que es el de justificar la acción real), como resulta evidente a cualquier observador, de la verdadera necesidad de «hacer propaganda» de la ideología política dominante entre los súbditos. El hecho es que los canales y las formas a través de los cuales conocemos una parte de este aparato celebrativo son inadecuados (y deformadores) y no cubren todo el espectro.

Es necesario establecer (en el caso del imperio asirio, como en cualquier caso análogo) diversos círculos de posibles destinatarios y las correspondientes formas de mensaje. El círculo más interno está formado precisamente por los escribas y los funcionarios palatinos, administradores y gestores de la maquinaria estatal, autores y destinatarios de los textos en un proceso que es, en gran parte, de autoaprendizaje (esencial para la estabilidad del imperio en sus vértices). Este círculo interior no sólo es el único capaz de leer los textos, también el único para el cual las sutilezas ideológicas que se encuentran en los textos (y sólo en ellos) tienen sentido. Luego hay un círculo más amplio formado por los habitantes de las ciudades asirias, quienes, a pesar de ser analfabetos, llegan a conocer los contenidos de la celebración y de la motivación regia de dos maneras: a través de canales orales, que relatan el contenido exacto de las inscripciones, y a través de canales ceremoniales (al regreso de las expediciones o con ocasión de fiestas periódicas) que incluyen, por ejemplo, desfiles de prisioneros o de productos exóticos. De forma especial la *Carta a Assur* de Sargón II se puede enmarcar en una ceremonia pública en la que el rey (o la persona que lo representa) procede a la lectura de su informe al dios en presencia del clero y de abundantes representantes del pueblo. A este segundo círculo de ciudadanos asirios, además de los visitantes extranjeros (embajadores, mercaderes, mensajeros) llega también un eficaz canal visual-objetual, formado, sobre todo, por las imponentes construcciones de templos y palacios, y de forma más detallada, por las decoraciones pintadas que, por una parte, subrayan la opulencia, la fuerza y la majestuosidad asirias, y por otra la triste suerte (y a menudo el feroz trato) que les espera a los rebeldes. Hay, por fin, un tercer círculo, sustancialmente los campesinos de los pueblos (que son siempre la mayoría de la población), no sólo analfabetos sino también privados de cualquier posibilidad de participar en las ceremonias ofrecidas a los ciudadanos. A este tercer círculo tan sólo llega un lejano eco de los acontecimientos y de sus motivaciones: sabe que en la capital lejana (que jamás ha visto, pero de la que ha oído grandes alabanzas) el rey garantiza la buena relación con los dioses, sabe que los peligrosos enemigos han sido rechazados en las fronteras, etcétera. Estas pobres simplificaciones del aparato celebrativo son suficientes para el tipo de colocación que los miembros de la franja externa tienen en el sistema político asirio. En pocas palabras, todos los miembros del sistema político reciben esa clase de mensaje que están dispuestos a recibir y que produce un considerable nivel de aprendizaje. Nosotros, destinatarios completamente secundarios e intrusos, nos basamos sobre todo en los mensajes reservados al «primer» círculo y tendemos a infravalorar las maneras degradadas, pero eficaces, en las que el mismo mensaje llegaba incluso a la población corriente.

Hemos apuntado que los textos celebrativos (inscripciones reales, de carácter analístico o compendioso, en la mayoría de los casos inscripciones votivas de obras urbanísticas) son bastante sofisticados y encierran sutiles mensajes políticos. A primera vista no lo parece: los textos poseen una estructura narrativa muy sencilla (que

sólo con Assurbanipal adquirirá mayores complicaciones estilísticas), basada en el obvio ritmo ascendente que va desde el daño inicial (rebelión o algo semejante), a través de la decisión de actuar y la búsqueda de los instrumentos materiales y del apoyo divino, hasta la victoria y la reconstrucción de la situación correcta, seguidas de la celebración y el triunfo. Todos los episodios son muy repetitivos, el éxito se da por descontado y parece que la elección de las palabras y de las expresiones está de tal forma inscrita en los hábitos pasados de los escribas que deja poco espacio a la originalidad del autor o a la especificación del episodio contado. Sin embargo, cuando tenemos varias versiones sucesivas del mismo episodio, podemos comprobar cómo su reescritura responde a sutiles desplazamientos acaecidos en ese intervalo, y que no se omite o añade ningún detalle sin motivo. Se llega hasta el límite de volver a formular completamente unos episodios que ya no pueden ser presentados como habían sido formulados en el pasado: se llega, así, a volver a escribir continuamente el pasado teniendo como guía el presente, que es la típica manipulación llevada a cabo por los regímenes «totalitarios».

Un sector especialmente sensible es el de los títulos. Incluso en este sentido una lectura apresurada da la impresión de que los títulos se amontonan al azar, sacados del gran depósito de las titulaciones pasadas, añadidos el uno al otro como si se quisiera resaltar más la cantidad que la calidad. En realidad, la elección de los títulos es fruto de una decisión consciente e ideológicamente cuidadosa. Cada uno de los reyes, al empezar su reinado, escoge los títulos que (además de los primeros y básicos que suelen ser bastante fijos: «gran rey, rey fuerte, rey del universo, rey de Asiria, rey de las cuatro partes del mundo») tienen la intención de caracterizar su planteamiento político y que se diferencian voluntariamente de los de su predecesor o voluntariamente los repiten. Sin embargo, los títulos más específicos se asumen tan sólo después de ser «merecedores» de ellos. Por ejemplo, una alusión al control «desde el mar inferior hasta el mar superior», por muy estereotipada que parezca, debe estar justificada por alguna correría concreta al golfo Pérsico y al Mediterráneo. Se establece una relación cruzada: los títulos reflejan las intenciones y las hazañas del rey, y las hazañas se proyectan y se ejecutan para poder asumir un título. Una dosificación igual de cuidadosa atañe a las divinidades, en relación a la sede en la que está puesta la inscripción, a la clase de hazaña celebrada, a las relaciones con la ciudad que es sede de ese determinado dios, etc.

Si las inscripciones permiten dosificaciones terminológicas y efectos connotativos bastante exactos, la otra gran categoría de obras celebrativas, es decir, los relieves esculpidos, también tiene convenciones y recursos expresivos que aunque se sitúen en un plano distinto de tecnicismo, insisten en los mismos temas y buscan los mismos resultados. A menudo se ha advertido una discreta posibilidad de superposición de los dos «conjuntos» formados por los textos y los relieves, superposición sobre todo de temáticas, pero también de connotaciones. La posibilidad de superposición de temáticas se refiere al retorno periódico de temas típicos (como superar el camino difícil, alcanzar los confines del mundo, recibir los tributos, contar los enemigos muertos y muchos otros), pero también se refiere a la representación de ciertos episodios con sus características particulares y reconocibles (a las que, en último término, ayuda la leyenda). Rara vez se realiza una verdadera superposición física (Assurnasirpal II; luego se tiende a evitar), deslizando el texto encima de los relieves, pero sin una precisa identidad texto-relieve, episodio por episodio. Incluso la decoración es-

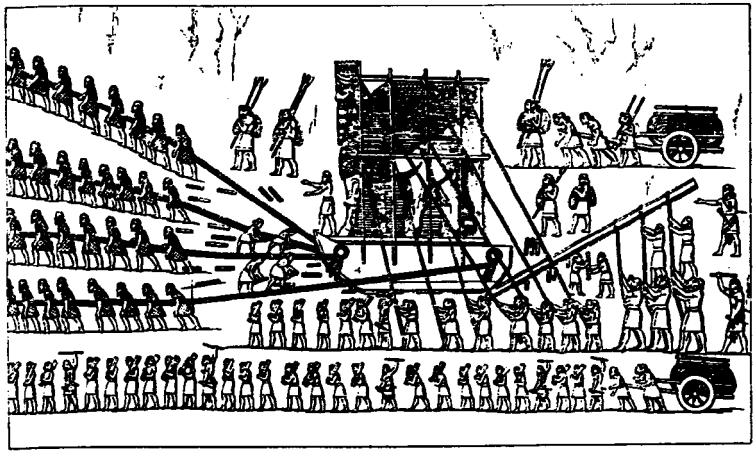


FIGURA 154. Transporte de un toro colosal, de un relieve de Assurbanipal en Nínive.

cultórica, como los textos, responde a un proyecto celebrativo coherente, aunque a nosotros nos resulte menos claro por el estado en que nos han llegado esos mismos relieves —después de una larga historia de destrucciones antiguas y dispersiones modernas. La reposición de cada uno de los relieves en sus ciclos completos aclara los principios de la estrategia celebrativa. De todos modos, hay que subrayar que la colocación interior de los relieves (por lo menos de los ciclos más complejos) excluye su posible función de «Biblia de los pobres» (como ocurre con los frescos de las catedrales medievales): sólo quien era admitido en palacio podía verlos. Se supone que las escenas de atrocidades que aparecen en el pasillo y la antecámara de la sala del trono del palacio de Kalkhu estaban destinadas especialmente a ser contempladas por los embajadores, para que meditaran sobre ellas.

Queda, por último —perdidas irremediablemente la palabra y la ceremonia— el mensaje formado por los edificios de templos y palacios, así como la misma planificación urbana, sobre todo en el caso de las capitales nuevas y «artificiales». La función de mensaje ideológico del aparato arquitectónico y urbanístico queda subrayada por los nombres que cada uno de los edificios y partes de los mismos llevan, y que, normalmente, contienen indicaciones celebrativas. Pensemos, por ejemplo, en los nombres de las puertas de Nínive o de las de Kalkhu, con su insistencia en la afluencia opulenta de bienes y la sensación de seguridad y defensa. Los textos ayudan también a definir en términos no impresionistas los caracteres positivos de las realizaciones arquitectónicas reales. Insisten en subrayar la sustitución de lo pequeño por lo grande, de lo torcido por lo derecho, de lo precario por lo sólido, de lo superficial por lo profundo, de lo desnudo por lo decorado, resaltando, en suma, los elementos de orden y acabado. Si se comparan los barrios que han crecido de forma espontánea (por ejemplo los de Assur), con la regularidad de las ciudadelas de nuevo trazado, se comprende que la planificación urbanística deseara transmitir mensajes de perfección cósmica, relegando a lo caótico lo que de hecho existía con anterioridad.

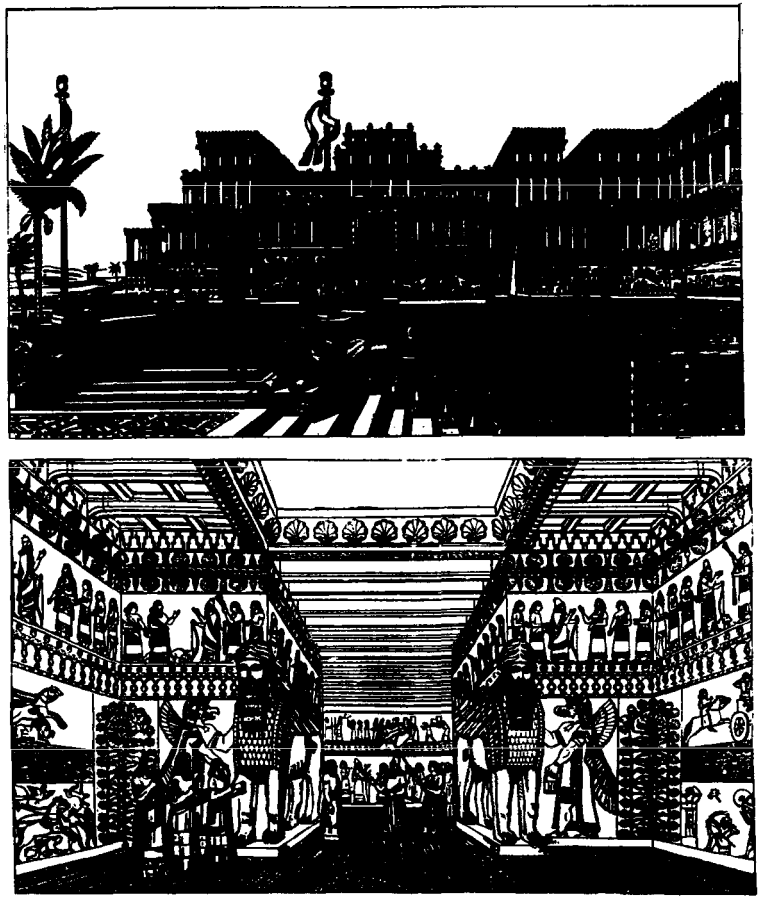


FIGURA 155. Reconstrucciones fantasiosas estilo *art nouveau*, que por entonces (1867) estaba de moda en Inglaterra, de los palacios asirios recién descubiertos por Layard. *Arriba*, fachada del palacio de Senaquerib. *Abajo*, vestíbulo del palacio de Assurbanipal.

Las realizaciones arquitectónicas y urbanísticas se concentran en el centro del mundo: la capital, y en menor medida las otras ciudades asirias. Sin embargo, en la periferia existen muchos ejemplos desperdigados de palacios provinciales, ya mencionados al hablar de la administración. Probablemente, en estos casos, el efecto de contraste con la degradación del mundo de alrededor (degradación a la que, a decir verdad, contribuyeron los propios asirios de forma determinante con sus destrucciones y pillajes) es aún más claro y explícito, hasta alcanzar un efecto de «catedral en el desierto», realización ejemplar de ese orden que Asiria quisiera extender por el mundo entero, pero sólo se puede plasmar en unas muestras debido a la resistencia de la caótica periferia. Cuando el rey asirio llega hasta los límites extremos del mundo, como las fuentes del Tigris, un acantilado cerca del mar u otro típico lugar «fronte-

rizo», no es el momento de edificar un palacio sino más bien una estela en recuerdo de la hazaña y como señal del límite así establecido —límite del cosmos sobre el caos, que al coincidir con el margen extremo del mundo, proporciona la reconfortante certeza de que todo está cumplido, de que ya no queda nada por añadir y ordenar. Por lo que respecta a la propaganda, las estelas o relieves rupestres en los límites del mundo son muy poco eficaces, los ve muy poca gente. Pero serán recordadas por los reyes futuros que lleguen hasta el mismo lugar para inscribir a su vez sus propias estelas.

En el extremo opuesto de la difusión en la periferia de la presencia central del rey asirio se encuentra otro instrumento celebrativo, la centralización de elementos periféricos. Asume aspectos concretos y económicos, como la afluencia de los recursos (materias primas, mano de obra, etc.) desde la periferia hasta el núcleo central del imperio. Sin embargo, asume también formas ceremoniales y simbólicas. Ante todo, se subraya la distinta (ecuménica) procedencia de los artesanos que construyen los palacios asirios, y de las materias primas preciadas y exóticas que sirven para construirlos. Luego tenemos la concentración de animales y plantas exóticos en verdaderos parques (predecesores de los «paraísos» de los reyes aqueménidas) en los que, con una buena irrigación, se intenta recrear paisajes exóticos, poblados de animales de todo el mundo, y ello tanto para las cacerías reales (que también están preñadas de significados simbólicos), como por la sencilla afirmación del control universal, llevado a cabo, en este caso, sobre una muestra significativa y mantenido en una especie de cárcel en el centro del imperio.

6. Magia y política

Al proyectar y ejecutar sus acciones políticas y militares, el rey asirio se vale de informaciones e instrumentos de carácter humano. A nivel de información, por ejemplo, dispone de una tupida red de noticias procedentes de los más lejanos rincones del imperio y también de las más cercanas (pero igualmente traicioneras) salas del palacio. Cartas y «voces» circulan intensamente y proporcionan la base para tomar decisiones —la destitución de un funcionario o una expedición militar. La ideología de ese tiempo (y en general la del antiguo Oriente) considera, sin embargo, que las informaciones humanas no son dignas de consideración ni suficientes si no están apoyadas por informaciones procedentes del mundo divino, a través de los mil canales posibles, teniendo en cuenta la relación entre los distintos elementos que constituyen la realidad. Sin un presagio favorable no se puede actuar, y si existe una contradicción entre la previsión humana y la señal divina habrá que seguir esta última. En las inscripciones celebrativas, los reyes asirios subrayan constantemente que han actuado confiando en la señal dada por el dios Assur y todos los demás dioses —en alusión a la práctica habitual de consultar los presagios antes de actuar.

Existe, como decíamos, una amplia gama de instrumentos y de «campos» de donde sacar presagios. El examen de las vísceras de las víctimas del sacrificio (en primer lugar, el del hígado) sigue gozando de gran prestigio. Pero la disciplina que en el primer milenio adquiere una superioridad absoluta es la astrología. La observación de la posición respectiva de los planetas, además de otros fenómenos de mayor peso, como los eclipses, se lleva a cabo con un criterio constante de previsión de los acontecimientos y, por lo tanto, de conducta. Todas las observaciones hechas a través de

los siglos, con las respectivas previsiones que de ellas se derivan, son reunidas en tratados canónicos de dimensiones colosales, que pasan de un escriba a otro. Existen escribas especializados en esa única, esencial y enorme rama del saber tardomesopotámico, la serie astrológica *Enūma Anu Enlil*.

Si otras técnicas de diagnóstico están al alcance de la gente corriente (del sueño a la observación de la realidad cotidiana), la astrología, basándose en observaciones experimentales que requieren una instalación y unas competencias especiales, es una técnica propia de templos y sacerdotes, por lo que, ante todo, es una técnica de previsión al servicio del rey y del estado. Sólo de forma secundaria encontrará canales de difusión y de interés privado, originando, finalmente, la rama especial de los horóscopos basados en la fecha de nacimiento.

Por lo que respecta a la aplicación pública, la consulta de las listas canónicas, que usan un lenguaje arcaico (y se remontan, en gran parte, a épocas muy antiguas), plantea el problema de la actualización de la terminología geográfica; si un determinado presagio —por poner un ejemplo— es malo para el rey de Amurru, ¿qué significa «hoy», quién es «hoy» este rey de Amurru, de una entidad geopolítica que ya no existe? Por lo tanto, los especialistas deberán interpretar el presagio de acuerdo con la situación actual y le dirán al rey: Amurru será Tiro, o acaso Cilicia, o incluso Egipto. Conocemos numerosos documentos de los reinados de Asarhaddon y Assurbanipal, que atestiguan el esmero (en el caso de Asarhaddon, casi maniático) con que estos reyes requerían toda clase de información, para descifrarla y traducirla a conductas prácticas. Se trata de cartas escritas al rey por los especialistas en astrología, e incluso de solicitudes del rey a los especialistas; de preces dirigidas a los dioses para solicitar su ayuda; de responsos de los oráculos (que, normalmente, acababan con la exhortación «ve, no temas, yo estaré a tu lado») dados por la divinidad (por medio de los sacerdotes) al rey. Sólo si posee este apoyo, el rey asirio osa emprender alguna acción, seguro de su éxito.

Además de los signos positivos, existen, claro está, los negativos. Si se manifiestan como respuesta a una solicitud para decidir si se emprende o no una expedición, es evidente que desaconsejarán esta empresa. De modo que más que negativos son limitativos. Sin embargo, hay signos negativos que llaman la atención con preocupantes anuncios de desventura. Entonces hay que hacer operaciones de carácter mágico para anular los efectos del signo o para dirigirlos hacia otras personas. Si se trata de signos negativos dirigidos a la persona del rey, se llega a desenterrar la figura del «rey sustituto», un personaje que asume formalmente la función de rey durante el periodo al que se refiere la señal, mientras el rey se refugia lo más lejos posible, para mayor seguridad. En el ápice del periodo de riesgo el rey sustituto es eliminado, para que el presagio se cumpla realmente.

En este procedimiento (por raro y extremo que parezca) se advierte una marcada tendencia al formalismo y a la ritualidad. Estas tendencias son normales en la época neoasiria y acompañan a los mecanismos de intervenciones mágicas. En el ámbito privado y «popular» cabe citar los rituales de tipo *namburbi*, que se popularizan en esta época y proporcionan a cada persona el medio operativo (recitar fórmulas y ejecutar actos) para enfrentarse a cualquier tipo de riesgo. Los rituales mágicos «clásicos», muy extendidos también en esta época, como la serie *Šurpu* y *Maqlû*, asimismo canonizan el formulario que se pronuncia mientras se quema la «materia mágica» que simboliza el hechizo o al hechicero —y el formulismo se exaspera en

DOCUMENTO: POLÍTICA Y ARTE ADIVINATORIO EN LA ÉPOCA DE ASARHADDON

1. *La observación de los astros descifrada en términos políticos*

«El eclipse de luna que ha tenido lugar en el mes de Tebet se refería a Amurru. El rey Amurru morirá, su tierra será reducida, o bien se arruinará. Ciertamente los expertos pueden decirle algo al rey mi señor, sobre (qué se debe entender por) Amurru. Amurru significa Khatti (= Siria), o los suteos, o bien Caldea. Alguno de los reyes de Khatti o de Caldea o de los árabes padecerá este presagio. Para el rey mi señor todo va bien: el rey mi señor hará realidad sus deseos, los ritos y las plegarias del rey mi señor son bien acogidos por los dioses. (En resumen): o el rey de Kush (= Etiopía) o el rey de Tiro, o Mugallu (de Cilicia) morirá, o el rey mi señor lo apresará, o el rey mi señor someterá su tierra, y las mujeres de su harén entrarán al servicio del rey mi señor. El rey mi señor puede estar contento.»

2. *Preguntas al dios Shamash sobre acontecimientos políticos*

«Oh Shamash, gran señor, a quien pregunto, contéstame con respuesta verdadera: a propósito de Kashtaritu, el jefe de ciudad de Karkashshi, que ha enviado a Mamiti-arshu, jefe de ciudad de los medos, el siguiente mensaje: "¡Aliémonos uno con otro contra Asiria!". (¿Y bien,) le escuchará Mamiti-arshu? ¿Estará de acuerdo con él? ¿Le hará caso, (en su intento) de romper las hostilidades este año contra Asarhaddon rey de Asiria? Tu gran divinidad (solamente) lo sabe.»

3. *Oráculo de la diosa Ishtar de Arbela, por boca de una sacerdotisa*

«¡Oh Asarhaddon, rey de todos los países, no temas! ¿Cuál es el viento que sopla contra ti, cuyas alas no haya destrozado yo? Tus enemigos ruedan como manzanas maduras a tus pies. ¡Yo soy la Gran Señora, yo soy Ishtar de Arbela, que derriba a tus enemigos a tus pies! ¿Cuáles son mis palabras, que te haya dicho, de las que tú no hayas podido fiarte? Soy Ishtar de Arbela, tenderé una trampa a tus enemigos, te los entregaré. Soy Ishtar de Arbela, camino ante ti y tras de ti: ¡no temas! (Por boca de Ishtar-la-tashiat, (mujer) de la ciudad de Arbela).»

las interminables listas de los posibles enemigos, hechas para no olvidar ninguna posibilidad, para que no haya ninguna grieta en la barrera de protección que se va a erigir. Se hacen hechizos y exorcismos sobre las huellas de los contrarios, sobre sus ropas, sobre sus restos físicos (pelos, uñas recortes de uñas, etc.). Para evitar este peligrosísimo uso, las uñas del rey asirio, apenas cortadas, son introducidas en una botellita que se tirará en los límites externos del mundo donde nadie podrá jamás encontrarlas y usarlas.

DOCUMENTO: EL JURAMENTO DE FIDELIDAD QUE ASARHADDON EXIGE A LOS JEFES DE LOS MEDOS CON MOTIVO DE LA DESIGNACIÓN DE ASSURBANIPAL COMO HEREDERO DEL TRONO (EXTRACTO, I 41-II 91)

«Pactos (*adê*) que Asarhaddon rey de Asiria ha establecido con vosotros ante los grandes dioses del cielo y de la tierra, sobre el príncipe hereditario Assurbanipal, hijo de Asarhaddon rey de Asiria, vuestro señor, a quien él ha nombrado e instalado como príncipe heredero. Cuando Asarhaddon rey de Asiria vaya a su destino, vosotros elevaréis al príncipe heredero Assurbanipal al trono real. Él ejercerá la realeza y el señorío de Asiria sobre vosotros. Vosotros le protegeréis en el campo y en la ciudad. Vosotros lucharéis y moriréis por él. Vosotros le hablaréis en la verdad de vuestros corazones. Vosotros pondréis el buen camino bajo sus pies. No le seréis hostiles, y no colocaréis en el trono de Asiria, en su lugar, a uno de sus hermanos —ya sea mayor o menor. La palabra de Asarhaddon rey de Asiria no cambiaréis y no modificaréis. Serviréis sólo al príncipe heredero Assurbanipal que Asarhaddon rey de Asiria, vuestro señor, (ha decidido que) ejercerá realeza y señorío sobre vosotros.

»Vosotros protegeréis al príncipe heredero Assurbanipal, que Asarhaddon os ha designado y os ha dicho, y con respecto al cual ha establecido y hecho obligatorios con vosotros los pactos. No pecaréis en vuestros corazones, ni alzaréis vuestras manos contra él con maldad. No emprenderéis contra él acciones rebeldes o palabras no buenas. No le despojaréis de la realeza de Asiria y no haréis que suba al trono, en su lugar, uno de sus hermanos —ya sea mayor o menor. No pondréis sobre vosotros a ningún otro rey o señor. No prestaréis juramento a ningún otro rey o señor.

»No escucharéis ni esconderéis ninguna palabra no buena o no adecuada a la realeza, que sea hostil y perjudicial para el príncipe heredero Assurbanipal, ya (salga) de la boca de sus hermanos o de sus tíos o de sus primos, de su familia, de su descendencia paterna, ya (salga) de la boca de los notables o de los gobernadores, ya de la boca de los oficiales o de los eunucos, o de la boca de los sabios o de la boca de toda la gente, cuanta hay. Pero en cambio iréis y la (= palabra hosil) denunciaréis al príncipe heredero Assurbanipal.

»Si Asarhaddon rey de Asiria va a su destino cuando sus hijos sean aún pequeños, vosotros haréis que suba al trono de Asiria el príncipe heredero Assurbanipal, y colocaréis en el trono real de Babilonia a Shamash-shumukin, su hermano gemelo, príncipe heredero de Babilonia. La realeza de Sumer y Akkad, de Karduniash (= Babilonia) toda ella la someteréis a él. Todos los regalos que Asarhaddon rey de Asiria le ha hecho, él llevará consigo, ni uno solo retendréis.»

Además de estas prácticas generalizadas, que son un signo de la época, en el plano propiamente histórico-político cada vez tiene más peso la tendencia al formalismo mágico. Los textos del siglo IX siguen presentando las relaciones políticas y bélicas entre asirios y pueblos limítrofes de forma «realista»: como una serie de rebeliones, expediciones de castigo, negativas a pagar tributos, ciudades destruidas, atrocidades y triunfos. Todo ello, por supuesto, con el aval divino, pero llevado a cabo de acuerdo con una óptica humana. En los siglos VIII y VII cambia la presentación de los propios acontecimientos. El enemigo no se rebela contra los asirios, pero viola el juramento prestado en nombre de los dioses y es castigado no tanto por el rey asirio, como por la eficacia intrínseca del juramento: el castigo divino le alcanza al margen de la acción humana. El juramento (*adê*) se convierte en el eje central de todas las relaciones políticas, de las relaciones interiores del estado asirio y de las relaciones internacionales. El valor de la palabra jurada permite justificar cualquier reacción, y culpabilizar al enemigo, no respecto al rey asirio, sino respecto a una instancia superior (la divinidad). De este modo, el calificativo de enemigo, traidor o rebelde pasa de un plano subjetivo e interpersonal a un plano objetivo y cósmico.

El rey asirio permanece en el centro del sistema religioso de su país. Esta centralidad se remonta mucho en el tiempo y se basa en la figura del rey como «delegado» del dios Assur. El rey está en el centro de las acciones rituales del calendario cultual asirio. En el siglo VIII se coloca en el centro del sistema de los juramentos-*adê* ligados a la cuestión de la fidelidad, y de la red de informaciones (presagios) y remedios mágicos. En este sistema el clero de los numerosos templos asirios parece estar algo marginado. Es cierto que los templos se multiplican, a los que tienen arraigo en Asia se añaden muchos otros de origen babilonio. Es cierto que los reyes asirios siguen restaurando, embelleciendo, agrandando los templos, y siguen presumiendo de ello. Pero la influencia del clero de cada uno de los templos con respecto a la política imperial parece bastante débil. Ciudades como Assur (y también Kharran, acerca del cual sabemos mucho menos) son eminentemente ciudades-templo, y por eso gozan de ventajas fiscales. Pero se ve claramente cómo la capital política va en busca de lugares todavía «vírgenes» también desde este puento de vista, y en los cuales la superficie ocupada por el palacio real, el arsenal, los almacenes, las murallas, supera en gran medida el espacio ocupado por los templos. El código que expresa la ideología política asiria sigue siendo el religioso, pero el mundo divino es una pura hipóstasis de la realeza y del poder político. Por lo demás, basta con desplazar el análisis de las inscripciones celebrativas a los textos internos (cartas, textos administrativos) para constatar el laicismo casi absoluto de la máquina estatal asiria, la falta de sacerdotes en la parte alta del organigrama imperial, el formalismo de las súplicas a los dioses, la posición absolutamente central del rey.

LIBER

30. LA PERIFERIA DEL IMPERIO

1. La frontera sur: los primeros árabes

Ya hemos visto (en la Cuarta parte) caracteres y vicisitudes de los pueblos que surgen en el contexto del imperio asirio y que son absorbidos y destruidos: arameos y neohititas, Fenicia e Israel, babilonios y caldeos. Pero puesto que cada imperio «genera» una periferia sin fin, al final de la época neoasiria todavía subsisten unas entidades étnicas y formaciones políticas alrededor del imperio. Algunas de ellas son antiguos vecinos de Asiria que se han resistido hasta el final a la anexión, otras son nuevas realidades que se asoman con caracteres precisos en la escena histórica de Oriente Próximo, o mejor dicho, empiezan a ser conocidos de una forma más directa y consciente por el centro «civilizado».

Es el caso de los árabes, que entran en contacto con el imperio asirio a lo largo de la que se puede definir como su frontera sur que, desde la desembocadura del Éufrates hasta el sur de Palestina, separa el Creciente Fértil de la península arábiga. La parte central de esta frontera, al sur del Éufrates, es la menos transitable, porque es muy desértica. Durante toda la Edad del Bronce ha sido una frontera prácticamente «cerrada» —o con una permeabilidad histórica irrelevante. Con el nuevo bagaje técnico de la Edad del Hierro (desde el camello hasta los pozos de los oasis) la frontera ya no es tan impermeable, por lo menos en lo que respecta a la circulación de pastores nómadas, pero las rutas comerciales y los asentamientos se trasladan a otros lugares. Por lo tanto, las partes terminales de la frontera son las que se cruzan más fácilmente en una y otra dirección. La «puerta» oriental es la más pequeña y también la menos importante. El desierto de Arabia termina en las playas del golfo Pérsico. Siguiendo la orilla, o por vía marítima, las ciudades del sur de Mesopotamia se comunican con Dilmun/Bahrein, con Omán y desde allí con Arabia, bañada por el océano Índico. Pero en la Edad del Hierro las ciudades bajomesopotámicas y las culturas de Omán (y del golfo en general) están en decadencia. De la riqueza de contactos que había caracterizado esta directriz durante el III milenio se ha perdido incluso el recuerdo —hasta el punto que los nombres de Magan y Melukhkha se vuelven a emplear en los textos neoasirios para designar a Egipto y a Nubia. Habrá que esperar a la formación del imperio de los aqueménidas, en el siglo V, para asistir a una revitalización del comercio (sobre todo marítimo) en la zona del golfo. En la época neoasiria el episodio más destacado es una expedición de Asarhaddon, cuyas tropas llegan (después de un larguísimo viaje a través del desierto) a la tierra de Bazu, donde derrotan a algunos reyes (y reinas) locales, destruyen asentamientos y regresan con botín y prisioneros. Bazu está aproximadamente enfrente

LIBER

de Dilmun, o tal vez en la zona de Qatar. Las tropas asirias se han adentrado mucho, lo que revela que tanto los intereses asirios en esa dirección como la consistencia política de los pueblos locales son más importantes de lo que el vacío documental podría dar a entender.

Sin embargo, la directriz más continua y consistente para los contactos entre árabes y asirios es, sin duda, la que ya se ha mencionado varias veces: la caravana (o más bien el grupo de caravanas) que desde Yemen sube hacia el norte siguiendo el borde occidental de la península arábiga para llegar a Transjordania y Siria interior. Así pues, para los asirios los árabes están asociados a los estados siropalestinos interiores, con los cuales comparten los intereses comerciales básicos. Ya Salmanassar III, en la batalla de Qarqar, se encuentra enfrente a 1.000 camelleros de la reina árabe Gindibu. Y luego, desde Tiglat-pileser III hasta Sargón II y Senaquerib, se señala en varias ocasiones la presencia militar y comercial árabe en Occidente, y los enfrentamientos con los asirios son recurrentes. Después de la incursión «oriental» de Asarhaddon, con Assurbanipal parece que toda la frontera del sur está en movimiento, desde Caldea hasta Palestina: sin embargo, una vez más, los principales contactos y los choques más sangrientos tienen lugar en la zona occidental. En la región situada al este de Damasco tiene lugar el gran choque y la incursión asiria contra las tribus árabes, que hundió el precio de los camellos y los esclavos en los mercados asirios. Hasta ahora, estas noticias de procedencia asiria acerca de los pueblos y las formaciones políticas árabes en los siglos VIII-VII, han carecido prácticamente de un contexto arqueológico que les diera consistencia y realidad. La exploración arqueológica de la península arábiga, hasta hace pocos años, se ha descuidado bastante (o se ha centrado en la búsqueda de las inscripciones árabes del sur), pero es de esperar que las nuevas investigaciones en curso lleven, en breve, a un aumento radical de nuestros conocimientos. Es evidente que el mundo «protoárabe» de la primera mitad del I milenio tiene una prehistoria propia, que está apareciendo en varios puntos de la península, desde Yemen hasta Hiyaz y Omán. Hay una secuencia cultural de la Edad del Bronce que abarca, a grandes rasgos, el II milenio a.C., y sucede a culturas neolíticas atestiguadas sobre todo (como hemos visto) en las regiones que rodean el golfo Pérsico. A juzgar por los escasos restos de la cultura material, las culturas de la Edad del Bronce más orientales mantienen relaciones con Mesopotamia, y las del eje Hiyaz-Yemen con Siria-Palestina. Se trata de culturas «pobres» en lo que respecta a asentamientos y bagaje tecnológico, propias de pueblos dedicados sobre todo al pastoreo nómada. Este entorno «protoárabe» de la Edad del Bronce queda bastante al margen de la historia, objeto más que sujeto de contactos comerciales.

Las nuevas tecnologías de la Edad del Hierro abren una nueva fase, proporcionando a los pueblos de la península arábiga unas posibilidades comerciales y militares a las que tienen que enfrentarse los estados del Creciente Fértil. La presencia de un «polo» yemení se nota desde el principio del I milenio (y la leyenda de Salomón y la reina de Saba es mucho más que un símbolo o un anacronismo), pero el definitivo despegue de las civilizaciones del sur de Arabia deberá esperar a que llegue la mitad del milenio. A mediados del siglo IV se puede situar (aunque no hay acuerdo sobre la cronología) la aparición de otra cultura en el sur de Arabia: escritura (con epígrafes monumentales), arquitectura pública (templos, palacios), obras de riego (presas colosales y sistemas de canales), formaciones políticas de precisa fisonomía; y todo basado, por una parte, en una agricultura intensiva que el clima y el riego con-

sienten en las altas tierras yemeníes y, por otra, en el comercio del oro y de los perfumes. Sin embargo, en términos de cronología próximo-oriental, nos encontramos en la época del imperio de los aqueménidas, o sea en una época en la que la nueva dimensión política provoca una ampliación de la red comercial en todas las direcciones que no sólo reúne en un sistema único los sistemas regionales anteriores (desde el Egeo y Egipto hasta la India), sino que también abre nuevos horizontes (desde el centro de Asia hasta el sur de Arabia, y a través de ella hasta el oriente de África).

Entre la absoluta marginación de la Edad del Bronce y el florecimiento de las culturas del sur de Arabia a partir de finales del siglo VI, el Periodo Intermedio constituye una fase de consolidación gradual de las economías locales y, claro está, de crecimiento demográfico, definición de las estructuras políticas e iniciativa en las relaciones comerciales. Leyendo los textos asirios se tiene la impresión de que al llegar el siglo VIII el proceso está ya muy desarrollado, tanto en el sentido político como en el económico. La escasez de confirmaciones arqueológicas para el periodo que va desde el siglo VII hasta el IX se debe achacar, presumiblemente, a la dificultad y al retraso de la exploración de los yacimientos y de los niveles más antiguos.

Basándonos en los datos actuales, es posible dar algunas indicaciones acerca de las tribus y los estados protoárabes con los que entran en contacto los asirios. Ante todo, la onomástica es árabe (tanto del sur como del norte de Arabia), lo mismo que la toponimia. La población de Arabia, entendida en el sentido etnolingüístico más que antropológico, es semítica. La falta de datos acerca de posibles «substratos» no semíticos convierte en un ejercicio inútil y descaminado la búsqueda de «fechas de llegada» de las tribus del sur de Arabia a Yemen, dado que no es posible determinar el origen de estos hipotéticos flujos, y tampoco es posible determinar la situación anterior. Por lo tanto, es necesario proceder por vías internas, teniendo en cuenta el hecho de que la zona árabe hasta el Creciente Fértil es desde siempre una zona de población semítica compacta.

En segundo lugar, la imagen asiria de los árabes está fuertemente caracterizada: examinemos el caso de la frecuencia de «reinas» que guían (incluso en las expediciones militares) a las tribus árabes. Este hecho es tan anómalo desde el punto de vista asirio que tiene que responder a una cierta y precisa realidad de las primeras formaciones estatales árabes —quizá deformada por la incomprensión asiria. En general, el bagaje técnico (camellos), las ropas y el armamento de los árabes, su forma de luchar, los recursos de su economía contrastan de una forma muy concreta con la «normalidad» mesopotámica. Nos hallamos ante unas estrategias de agregación política y crecimiento organizativo muy peculiares que se basan en la tribu y en la movilidad, más que en la exacta localización geográfica. Está claro que existen algunas «ciudades» en la zona de Bazu y sobre todo en el Hiyaz (con centros que llegarán a ser importantes, como Teima, Dedan y Yathrib), pero el reducido tamaño de las «ciudades» de Arabia del sur todavía en la época clásica hace pensar que se trate de centros de gestión política, de culto, de apoyo comercial, y no de centros de población.

Los árabes tienen un interés sobre todo comercial para los asirios (y también para los siropalestinos). El comercio está muy bien caracterizado, en sus modos (caravanas) y en sus productos: oro, incienso, «perfumes» en general y piedras preciosas. Se basa, en parte, en los recursos locales yemeníes, y en parte es también comercio

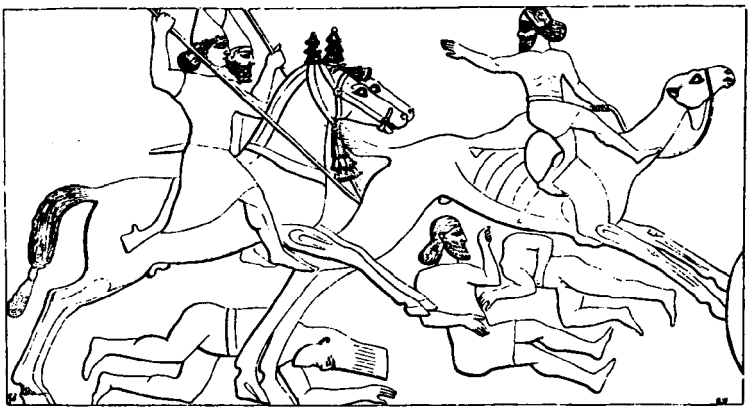


FIGURA 156. Los árabes vistos por los asirios: derrota de los primeros frente a las tropas de Assurbanipal (relieve de Nimrud).

de tránsito que lleva al gran «mercado» de Oriente Próximo (siromesopotámico) productos procedentes de África oriental y la India. Esto lleva a vislumbrar una red de comercio terrestre y marítimo que va mucho más allá de la directriz fundamental Yemen-Hiyaz-Transjordania-Siria y abarca toda la zona bañada por el océano Índico. Pero tan sólo en la época de los aqueménidas (y luego helenística) este amplio conjunto saldrá completamente a la luz documental.

Por último, hay otro aspecto nada secundario, la presión demográfica de la península arábiga sobre el Creciente Fértil. Superadas las fáciles simplificaciones y las anacrónicas antedataciones de las «migraciones», debemos reconocer que de vez en cuando hay «pulsaciones» que hacen que las zonas marginales del Creciente Fértil queden incluidas directamente en el medio de la frontera árabe, zona que los términos «semiárido» y «nómada» ayudan a visualizar. Ya hemos hablado de pulsaciones como la de los gasulienses y la de los martu. Ahora hay una pulsación similar, diluida en el tiempo, que lleva a pueblos árabes a las inmediaciones de los pueblos semíticos del noroeste, por una parte en la zona de los caldeos de la Baja Mesopotamia, y por otra en la zona de Transjordania. Los nabayates que los textos asirios citan en Transjordania poseen en el plano lingüístico una sencilla asonancia con los posteriores nabateos, pero en el plano sustancial se trata del mismo fenómeno: unos pueblos de lengua norárabe, siguiendo las caravanas comerciales y las rutas del pastoreo trashumante, se reúnen cerca de las tierras agrícolas de Siria-Palestina y empiezan a adentrarse en ellas. Los nabayates de los textos asirios o los madianitas del Antiguo Testamento son la avanzadilla de una presión que se hará sentir en los siglos siguientes. En la zona más débil del Creciente Fértil, entre Gaza y el Sinaí, la presión árabe llega precozmente al Mediterráneo, cortando las comunicaciones entre el imperio asirio y Egipto.

LIBER

2. URARTU: ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

Durante la Edad del Bronce las tierras altas de Armenia, al este del alto Éufrates y al norte del alto Tigris, y de la barrera montañosa formada por el este del Taurus y el norte de los Zagros, habían quedado bastante al margen de los acontecimientos históricos que se desarrollaban en los grandes reinos limítrofes de Khatti, Mitanni y Asiria. Para el reino hitita las tierras situadas al este de Malatya y de Ishuwa se caracterizaban por un retraso en las costumbres y en la organización civil: los kashka de los montes del Ponto y los khayasha (de la zona de Erzincan) eran «bárbaros», y no se les podía integrar en el sistema político dominante. Era preferible dominarlos con las armas o con tratados de no agresión. Probablemente el reino de Mitanni tenía más contactos con sus vecinos del norte, por lo menos a causa de una continuidad etnolingüística (hurrita), lo que hace suponer que los hurritas de la Alta Mesopotamia habrían bajado de las montañas a la llanura (en tiempos muy remotos), manteniendo conexiones incluso políticas con los hurritas que se quedaron en su zona montañosa. El reino medioasirio ejerce sobre ellos una presión militar y una explotación de recursos económicos disimulada por una política «defensiva» contra el peligro de las incursiones de los montañeses.

Ya en la época medioasiria aparece accidentalmente (Salmanassar I) la palabra Uruatri (forma arcaica de Urartu) y con mayor frecuencia la palabra Nairi, que designa globalmente toda una serie de formaciones políticas colocadas en el arco montañoso que bordea por el norte el territorio asirio. La mayoría de los choques se dan en la zona de contacto: desde Shubria y Khabkhi (al norte del alto Tigris) hasta Kirruri (alto valle del Gran Zab). Durante el reinado de Tiglat-pileser I hay incursiones muy profundas, que incluso son señaladas físicamente por las estelas que el rey asirio dejó en el nacimiento del Tigris y cerca de Malazgirt (al noroeste de la cuenca del Van). Dayaenu (alto Éufrates) y Tumme (al sureste de la cuenca del Urmia) representan para Tiglat-pileser los extremos de las tierras de Nairi y de la intervención asiria.

Esta situación se perpetúa durante los primeros siglos del I milenio, hasta el reinado de Assurbanipal II. Mejor dicho, la política asiria y el punto de vista asirio se perpetúan a lo largo de las líneas inauguradas en el siglo XIII, mientras que *in situ* tienen lugar fenómenos innovadores característicos de la Edad del Hierro. Hay un primer florecimiento de ciudadelas amuralladas, que guardan comarcas entre montañas sometidas a una mayor explotación agrícola gracias al desarrollo del sistema de riego y de la arboricultura. En los valles y sobre todo en las cuencas lacustres (lago de Van, lago de Urmia, lago de Sevan) empiezan a formarse unas entidades que son al mismo tiempo geográficas y «nacionales» (tribales parece ya reductor) con una serie de reyes de nombres hurritas. Vista por los asirios, parece que la unidad de estas entidades nacionales es sólo una unidad operativa contra el poderoso enemigo del sur. Al margen de las circunstancias bélicas la unidad confederal de Nairi es algo bastante indeterminado.

A mediados del siglo IX la situación se precisa todavía más en el sentido de la unificación política. Salmanassar III tiene enfrente primero a un tal Arame el urarteo (858-844) y luego a Sarduri I, hijo de Lutipri, rey de Urartu (Sheduri en asirio). De modo que Urartu, que al principio no era más que una de las piezas del mosaico Nairi, domina todos las comarcas limítrofes, establece un centro político muy protegido en Tushpa, a orillas del lago Van, y tiene la posibilidad de coordinar la resisten-

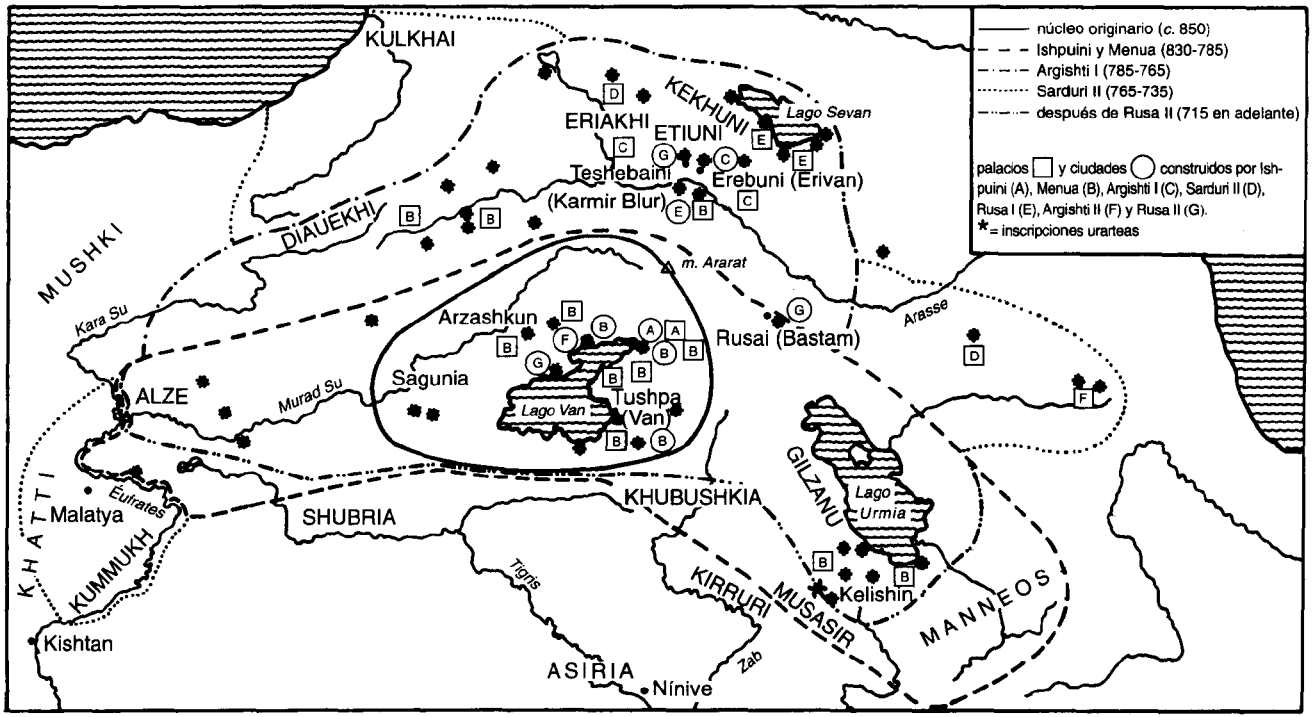


FIGURA 157. El reino de Urartu y su evolución territorial (*c.* 850-650).

cia antiasiria. Además de la capital Tushpa/Van, Arame tiene otras «ciudades regias» en el centro de las comarcas limítrofes: Salmanassar cita (puesto que las destruye) Arzashkun, que es la capital de la comarca de Malazgirt, y Sagunia, que es la capital de la zona de Mush, lo que demuestra que desde las comarcas más cercanas a la cuenca del Van la unificación urartea ha eliminado a los reyes locales autónomos. La hegemonía de Urartu se extiende luego de forma más amplia al oeste (hasta Enzite e Ishuwa, hacia el alto Éufrates) y al sureste hasta la cuenca del Urmia y al alto valle del Gran Zab (Kirruri y Musasir, antiguo centro religioso urarteo). Si en tiempos de Arame Salmanassar es capaz de llegar al corazón mismo del estado urarteo, en cambio con Sarduri I debe limitarse a rozar las marcas meridionales (Khubushkia, Musasir). La influencia asiria sobre el naciente reino urarteo es muy evidente en la arquitectura, en los títulos reales, en la costumbre de redactar en asirio las primeras inscripciones reales urarteas (que empiezan precisamente con Sarduri I), y probablemente en la propia organización del estado (administración, ejército).

Durante los siguientes noventa años (*c.* 830-740), aprovechando también la relativa debilidad de Asiria, el reino de Urartu gana en solidez y extiende su hegemonía a todas las tierras altas armenias. Con Ishpuini (832-810, el Ushpini de Shamshi-Adad V) y Menua (810-786) se realizan inscripciones reales ya redactadas en urarteo (o incluso bilingües urarteoasirias), a pesar de que todavía permanece el eco de las inscripciones asirias. Durante el reinado de Menua hay una intensa actividad urbanística, siempre dirigida a tres tipos de intervenciones características: ciudades «regias» rodeadas de murallas, fortalezas para defender desfiladeros y valles, y trabajos de canalización. La expansión tiene como eje principal la dirección oeste-este que sigue la del relieve montañoso: al oeste asegura su control sobre Alzi y Malatya, que es la «puerta» hacia el país de Khatti (o sea, los reinos neohititas). Al este asegura su control sobre la cuenca del Urmia y del alto Zab (con la inscripción en el paso de Kelishin, que controla el paso entre las dos cuencas) hasta la tierra de los manneos al sureste del lago de Urmia (Hasanlu). Pero también es importante la expansión hacia el norte, que amplía considerablemente los horizontes de Urartu al incluir las tierras transcaucásicas que, hasta entonces, habían quedado completamente alejadas de cualquier organismo estatal conocido por nosotros. Al norte del monte Ararat (cuyo bíblico nombre reproduce precisamente —con vocalismo alterado— el nombre de Urartu) empieza la «colonización» urartea del valle del Araxes y de la cuenca del lago Sevan.

Con Argishti I (786-764) la expansión urartea llega, probablemente, a su punto culminante, y los anales del rey cuentan detalladamente sus expediciones militares. Con firmes posiciones urarteas en el sector del Urmia y en el de Malatya (donde Argishti entra en contacto con la otra gran entidad política de la meseta anatólica: los frigios), el mayor esfuerzo se dirige hacia el norte. Se incluyen definitivamente en el reino urarteo, dotándolas de la necesaria estructura urbanística y defensiva, las comarcas de Diauekhi (zona de Erzurum), Eriakhi (cuenca de Arpa Çay), Etiuni (zona de Erivan, cuyo nombre deriva del urarteo Erebuni) y Kikhuni (cuenca del lago Sevan). El centro del reino, Van, queda bastante descentrado hacia el sur, en cuya dirección cualquier ampliación es impedida por Asiria (y por un medio geográfico distinto). Con Asiria, Argishti trata de limitar la inevitable conflictividad a choques ocasionales: es la época en que el *turtānu* Shamshi-Ilu trata de hacer frente a los sectores norte y oeste, que se han rebelado contra los reyes asirios.

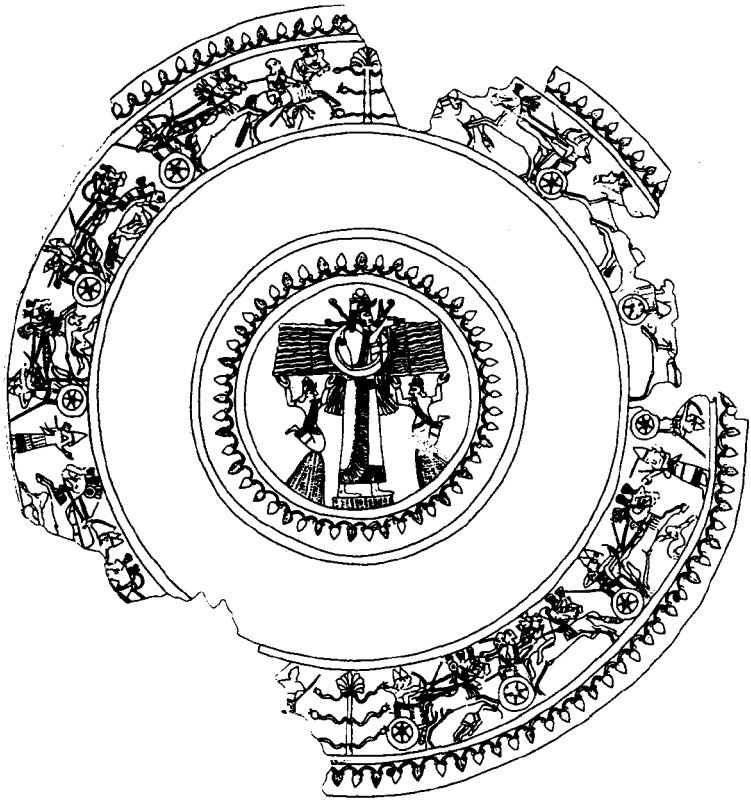


FIGURA 158. Disco de bronce urarteo con escenas de guerra.

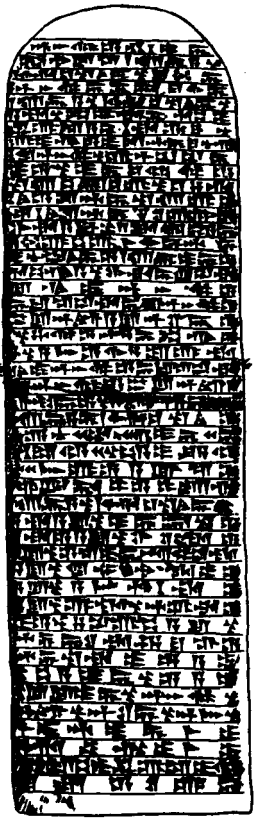
La misma política de Argishti es seguida por Sarduri II (764-734, de quien también nos han llegado los anales), que en el extremo norte se anexiona la comarca de Kulkhai (la Cólquida de los griegos) y por lo tanto el mar Negro. Pero, a diferencia de Menua y Argishti, Sarduri II se atreve a tocar los más directos intereses asirios. Los reinos neohititas de Malatya y de Kummukh son derrotados y sometidos, y se establece una alianza (claramente antiasiria) con los reinos norsirios de Arpad y Gurgum (además de las ya citadas Malatya y Kummukh). La subida al trono asirio de Tiglat-pileser III cambia los términos de la cuestión: los asirios infligen una memorable derrota a Sarduri (Kishtan, 743) que, de este modo, queda excluido del valle del Éufrates. Pocos años después un ejército asirio llega hasta Tushpa, asediando al rey urarteo (sin éxito) y demostrando que las cosas han cambiado. Aparte de este retroceso por el oeste, el reino urarteo mantiene intacta su fuerza y su extensión; pero a partir de ahora deberá adaptar su política a la presencia de una Asiria agresiva y dotada de superiores recursos económicos y humanos.

No sabemos si fueron las derrotas militares las que determinaron el fin de Sarduri II. Su sucesor, Rusa I (734-714, Ursa en los textos asirios), es un usurpador (que

presume de haber conquistado el reino él solo, con la única ayuda de sus caballos y de su auriga) y un reformador religioso (que sustituye en la cumbre del panteón oficial el dios Tesheba de Van por el dios Khaldi de Musasir). Es también un hábil gobernante que trata de recuperar terreno frente a Asiria, buscando alianzas más amplias. Recupera el control en la zona de Musasir, muy cercana a Asiria; libera a los manneos del vasallaje asirio para someterlos al suyo propio (lo que significa sobre todo que los ricos tributos en caballos cambian de dirección). Por último, reanuda las relaciones con Mita de Mushki y con Ambari de Tabal para disputarle a Asiria la hegemonía sobre Anatolia centro-oriental. Esta recuperación urartea se sitúa, a grandes rasgos, en concomitancia con las campañas de Tiglat-pileser III y de Salmanassar V en Siria-Palestina. Pero cuando Sargón II se dirige hacia el sector más nórdico, siroanatólico, la política de Rusa está mal calculada. La provincialización asiria de los estados neohititas excluye ya de forma estable a Urartu de toda influencia en el valle del Éufrates, desde Malatya hasta Karkemish; y una memorable expedición de Sargón (la «octava campaña») siembra la destrucción en los territorios centrales del reino urarteo, libera nuevamente a los manneos del control de Rusa, y culmina, finalmente, en el camino de regreso, con el saqueo de Musasir y del templo de Khaldi y con el enorme botín llevado a Asiria.

No es sólo la expansión asiria y la provincialización de los estados neohititas lo que cambia los términos de la presencia urartea en el oeste. También existe el impacto de la invasión de los cimerios. Es posible que Rusa muriese luchando precisamente contra ellos, y es curioso que corrieran la misma suerte Sargón de Asiria y Mita de Mushki/Frigia: los tres grandes reyes que se disputaban la supremacía en Anatolia oriental y que fueron sorprendidos y desplazados por la llegada de los cimerios. Es indudable que hubo un nuevo acercamiento entre Asiria y Frigia, y entre Asiria y Urartu, dado que, además, la frontera se había estabilizado, ya no era un confín entre fluctuantes zonas de influencia y hegemonía, sino entre imperios territoriales compactos.

Dado que carecemos de anales urarteos y de las detalladas informaciones asirias para el intervalo comprendido entre la muerte de Rusa I y el fin del reino de Urartu, se suele considerar un periodo de retroceso y de crisis para Urartu. Sin duda la tensión en las fronteras sur y oeste de Urartu disminuye, pero cuando Asarhaddon castiga ferozmente al reino tapón de Shubria por no haberle devuelto a unos refugiados (tal vez los conjurados para matar a Senaquerib), se muestra respetuoso con Urartu y evita comprometerle. También bajo el reinado de Assurbanipal, en el esplendor del poderío asirio, Urartu goza de un estatus de igualdad. Al mismo tiempo los reyes urarteos Argishti II y Rusa II (714-680, *c.* 680-640) están activamente ocupados en sus fronteras del norte y del este. A Rusa II se debe una firme política de edificación defensiva, como cobertura de las posiciones urarteas en tres sectores de la mayor importancia: la cuenca del Urmia (construcción de la ciudadela real en Bastam), el valle del Araxes y la cuenca del Sevan (construcción de la ciudad real en Teshebaini/Karmir Blur). Esta concentración hacia el noreste del esfuerzo militar y constructor de los urarteos se debe a las novedades que se están produciendo en la meseta iraní, que resultan inquietantes para el reino urarteo. La primera invasión de los cimerios había sido poco más que un prólogo de las invasiones de los cimerios y los escitas a mediados del siglo VII, la formación de un estado de los manneos en términos de autonomía y también de expansión (que amenaza las posiciones urarteas en la cuen-



[I] ^{1d}*Ḫal-di-e EN-ŠU i-ni* ^{2NA}*4 pu-lu-si* ^{I}*Ru-sa-a-še* ^{3I} *Ar-giš-te-ḫi-ni-še ku-gu-ni*

[II] ^{4d} *Ḫal-di-ni-ni uš-ma-ši-ni* ^{5I}*Ru-sa-a-še* ^{1}*Ar-giš-te-ḫi-ni-še* ^{6}*a-li:*

[III] ^{KUR}*Qu-ub-li-ni ḫu-bi-i* ^{7}*qi-ú-ra-a-ni šu-li-e ma-nu* ^{3}*ú-i gi-e-i iš-ti-ni ma-nu-r(i)* ^{9}*šu-ki* ^{d}*Ḫal-di-še ú-bar-du-du-ni* ^{10}*i-e-še i-ni* ^{GIS}*ul-di-e* ^{11}*te-ru-bi* $^{GAN.GIS}$*ú-še* ^{GIS} *za-ri* ^{12}*šu-hi-e iš-ti-ni te-ru-ú-bi* ^{13}*URU šu-ḫi iš-ti-ni ša-tú-ú-ú-li* ^{14}*pi-li* ^{fD}*Il-da-ru-ni-a-ni* ^{15}*a-gu-ú-bi Ú-me-ši-ni ti-ni* ^{16}*i-nu-ka-ḫi-ni-e* ^{I}*Ru-sa-i-ni-e* ^{17}*ḫu-bi-gi*

[IV] a-še pi-li ni-ki-du-li ^{18}*UDU.MÁŠ.TUR* ^{d}*Ḫal-di-e* ^{19}*ni-ip-si-du-li-ni UDU* ^{d}*Ḫal-di-e* ^{20}*TAK UDU* ^{d}*IM-a UDU* ^{d}*UTU-ni-e* ^{21}*še-ḫa-di-e* ^{d}*A-ni-qu-gi-e*

[V] ^{22}*a-še* A^{MES}*-e si-a-ṣi-ú-li*^{1} ^{23}*<UDU>. MÁŠ.TUR* ^{d}*Ḫal-di-e ni-ip-si-du-l [i-<ni>]* ^{24}*[U]DU* ^{d}*Ḫal-di-e TAK UDU* ^{d}*IM-a* ^{25}*[U]DU* ^{d}*UTU-ni-e še-ḫa-di-e* ^{d}*A-ni-qu-gi*^{i}*-e*^{i}

[VI] $^{26(I)}$*Ru-sa-a-ni* ^{I}*Ar-giš-tu-ḫi-e* ^{27}*MAN DAN-NU MAN al-su-i-ni MAN-ni* $^{28(K)UR}$*-Šu-ra-u-e MAN* ^{KUR}*Bi-a-i-na-a-u-e* ^{29}*[M]AN MAN*^{MES}*-ú-e a-lu-si-e* ^{30URU}*Ṭu-uš-pa-e-pa-ta-ri*

[VII] ^{31I}*Ru-sa-a-še* ^{I}*Ar-giš-te-ḫi-ni-še* ^{32}*a-li: a-lu-še i-ni DUB-te-e* ^{33}*tú-li-e a-lu-še pi-tú-li-e* ^{34}*a-lu-še e-si-i-ni su-u-i-du-li* ^{35}*a-lu-še KI-TIM še-pu-u-li-i-e* ^{36}*a-lu-še* A^{MES} *ḫu-šu-li-e* ^{37}*a-lu-še ú-li-še ti-ú-li-e* ^{38}*i-e-še za-du-ú-bi a-lu-še* ^{39}*[t]i-ni-ni tú-li-e ma-si-e* ^{40}*[t]i-ni te-li-i e-a-i*

^{41KUR}*Bi-a-i-ni-še e-a-i* ^{42KUR}*Lu-lu-i-ni-še* ^{d}*Ḫal-di-še* ^{43d}*IM-še* ^{d}*UTU-ni-še DINGIR*^{Mi} ^{45}*ar-mu-zi-i me-i* ^{46}*[z]i-il-bi-i qi-ú-ra-i-di* ^{47}*ku-li-e-tú-ú-ni*

«[I] A Khaldi, su señor, Rusa (hijo) de Argishti ha dedicado esta estela.

»[II] Por el poder de Khaldi habla Rusa de Argishti:

»[III] El agua y la tierra del país de Qubli se hallaban en estado lamentable, nada era disponible de lo que Khaldi me ordenó (hacer). Yo he definido estas viñas, he plantado estos huertos y estos frutales, he hecho que los rodearan de torres de vigía, del río Ildarunia he desviado un canal llamado Umeshini para regar la ciudad-de-Rusa alta.

»[IV] Cuando el canal esté terminado, se sacrificará un cordero a Khaldi, se inmolará una oveja a Khaldi, una oveja al dios de la tempestad, una oveja al dios Sol y un *šeḫadi* a Amikugi.

»[V] Cuando el agua corra, se sacrificará un cordero a Khaldi, se inmolará una oveja a Khaldi, una oveja al dios de la tempestad, una oveja al dios Sol y un *šeḫadi* a Amikugi.

»[VI] Yo soy Rusa de Argishti, rey poderoso, rey grande, rey del país de los carros, rey de Urartu (Biaini), rey de los reyes, señor de Tushpa.

»[VII] Rusa de Argishti dice: aquel que destruya esta inscripción, aquel que la dañe, aquel que la mueva, aquel que la entierre, aquel que la tire al agua, o aquel que dirá: "Soy yo el que ha hecho estas cosas", aquel que quite mi nombre para poner el suyo, ya sea un urarteo o un bárbaro (lullu), que Khaldi, el dios de la tempestad, el dios Sol y los dioses (todos) destruyan su nombre, su vitalidad y su simiente de la tierra.»

FIGURA 159. Inscripción real urartea: una estela de Rusa II.

ca del Urmia), y por último el proceso de agregación política de los medos. Urartu y Asiria actúan, tal vez, de común acuerdo o por lo menos sin molestarse recíprocamente. Cuando Assurbanipal destruye Elam, el rey urarteo Sarduri III (*c.* 640-610) le envía su enhorabuena (o su sumisión, como lo interpretan los asirios).

Sin embargo, el más extenso y poderoso de los dos reinos, Asiria, será el primero en caer bajo los golpes unidos de los caldeos y de los medos. En el año 608, (con Asiria ya destruida) Nabopolassar lleva a cabo una incursión contra Urartu, como simple aviso para proteger el flanco derecho de su avance hacia Siria. De todas formas, entre finales del siglo VII y comienzos del VI, Urartu sigue en pie con una serie de sucesores de Sarduri III. No poseemos documentación textual acerca de la caída de Urartu, que ocurrió hacia el 590 a manos de pueblos iranios que consiguieron derribar la línea de fortificaciones y ciudadelas que protegían la cuenca del Urmia y el valle del Araxes. Se cree que la destrucción de las ciudades urarteas fue obra de los escitas que habrían dejado su «firma» fortuita en las puntas de las flechas de forma característica. Es una hipótesis razonable, pero lo cierto es que la eliminación de Urartu de la escena política benefició a los medos, quienes ya desde el año 610 (caída de Asiria) controlaban la Alta Mesopotamia y los Zagros septentrionales (zamua, manneos), y quienes en 585 se enfrentarán a los lidios en Capadocia. Una vez unido al reino de Media, Urartu se convierte automáticamente en una satrapía del imperio de los aqueménidas; pero ya con el nombre de Armenia. El cambio toponímico no es secundario ni sólo formal. Por el contrario, refleja una alteración de la unión étnica de la región. Los urarteos de lengua hurrita son sustituidos por los armenios, de lengua indoeuropea. Sería simplista y poco realista imputar esta mutación a los destructores de las ciudades urarteas, o comprimirla en unos pocos años. Es un proceso de larga duración que corre parejas con la penetración de los frigios en Anatolia y la penetración de los indoarios en Irán. Probablemente la hegemonía política urartea y el tradicionalismo de las manifestaciones lingüísticas oficiales han ocultado durante mucho tiempo lo que estaba ocurriendo en la población básica. Una vez eliminada la vieja organización estatal urartea, los nuevos pueblos armenios —con el apoyo de los señores medos y persas, emparentados con ellos— se impondrán también oficialmente.

3. URARTU: ECONOMÍA Y CULTURA

La estructura de Urartu es de tipo comarcal, muy condicionada por el relieve montañoso, hasta el punto de que recientemente se la ha llamado «archipiélago terrestre». Las montañas estaban casi cubiertas de bosques (mucho más que ahora, después de miles de años de explotación), y casi despobladas. La población se concentraba en los valles y en las cuencas lacustres, a una altitud de 1.000-1.500 metros. Las comunicaciones entre las cuencas, siempre difíciles, se interrumpían durante todo el invierno. La población, muy modesta en la época preurartea, conoció un notable desarrollo que culminó en los siglos VIII y VII. Pero este desarrollo se puede demostrar sólo parcialmente a través de los hallazgos arqueológicos, porque gran parte de la población estaba formada por pastores trashumantes y campesinos desperdigados en pequeños poblados de los que no queda rastro alguno. Las descripciones de los textos asirios (sobre todo las de la octava campaña de Sargón) dividen los asenta-

mientos urarteos en tres clases fundamentales: las «ciudades amuralladas», las «fortalezas» y las «aldeas del distrito». La primera clase es la que, normalmente, definimos como ciudad, pero que en la Edad del Hierro, y en Urartu sobre todo, tiene un tamaño reducido: las 20 hectáreas de Bastam representan un tamaño máximo sólo superado por la capital Tushpa/Van. También se han encontrado numerosas fortalezas gracias a las prospecciones arqueológicas de superficie. Se han realizado planos y mediciones, tienen un aspecto imponente y sin duda poseían una eficacia defensiva notable, pero en ellas sólo había tropas. El grueso de la población, por lo tanto, residía en las aldeas sin fortificar y, actualmente, sigue siendo arqueológicamente desconocida.

Tenemos la impresión de que el estado central realizó un gran esfuerzo para dotar al territorio de puestos fortificados y así defender los caminos de acceso, vigilar los territorios agropastorales y proteger los recursos acumulados. Pero no parece que este gran esfuerzo afectara mucho a la estructura básica de los asentamientos, que se mantuvo a unos niveles bastante modestos. En las ciudades, y sobre todo en las «ciudades reales» capitales comarcales, existen palacios en los que se concentra la acumulación procedente de la tasación fiscal interna y del botín de guerra: almacenes para los géneros alimentarios (los de Karmir Blur, intactos e imponentes, han permitido hacer cálculos cuantitativos), arsenales para carros y armas, y por último tesoros, sobre todo en los templos. La descripción que hace Sargón del saqueo del templo de Khaldi, en Musasir, proporciona los datos más exactos e impresionantes.

En el centro del estado urarteo está, por supuesto, el rey con sus títulos de inspiración asiria («rey fuerte», «gran rey», «rey de Nairi» [en asirio] o «de Biaini» [en urarteo], «rey de reyes», «rey de los países», etc.); con su aparato de funcionarios centrales y periféricos, con su aparato de celebración (también de inspiración asiria) formado por inscripciones dedicatorias y analísticas, colocadas, preferentemente, en posiciones emblemáticas incluso fuera del contexto palatino-urbano: estelas en los pasos de montaña, inscripciones rupestres en los vados de los ríos, etc. Los modos y las etapas que conducen a este resultado de centralización, a partir de una acentuada fragmentación en pequeñas «naciones» que corresponden a los elementos constitutivos del archipiélago geográfico, siguen siendo desconocidos.

El resultado está relacionado con dos elementos esenciales: el aparato militar y la explotación de los recursos de carácter «estratégico». El ejército debía ser más estático que los de la época, ya que debía guarnecer las numerosas fortalezas y ciudades amuralladas y asegurar una protección continua contra invasores exteriores y salteadores interiores, que las características del terreno convertían en una constante amenaza. En las campañas (a juzgar por los anales urarteos) existía la habitual división en tres grupos: los carros, los jinetes y la infantería. Pero los carros —a pesar del lugar destacado que ocupan en la iconografía urartea— eran numéricamente reducidos y de escasa utilidad en territorios montañosos. Parece que el ejército urarteo contaba, normalmente, con un centenar de carros, unos cuantos miles de jinetes, y unos veinte mil infantes: adecuado a los recursos demográficos locales, pero incapaz de competir con el ejército asirio, a menos que aprovechara los obstáculos naturales y las fortalezas inexpugnables. El fruto de las campañas urarteas contra los estados vecinos más débiles es una afluencia de deportados y ganado que va a engrosar las reservas locales con redistribuciones y asignaciones planificadas.

Por lo que respecta a los recursos que hemos llamado «estratégicos», ellos mis-

mos explican en gran parte el auge de Urartu en la Edad del Hierro. Se trata, sobre todo, de metales y de caballos, además de la madera para las construcciones (menos apetecible para los de fuera, debido a lo dificultoso de su transporte, al no haber cursos de agua). Los metales, cobre y hierro (los dos metales básicos de la época), se encuentran en cantidades considerables en varias zonas controladas por Urartu —desde el este de Anatolia hasta Transcaucasia. El estaño turcomano es accesible gracias al control de las vías de comunicación iranias, en las que se desarrolla una parte de la contienda entre Urartu y Asiria. Es probable que la explotación minera fuese un monopolio real. El caso de los caballos es distinto. Se crían en gran número en las cuencas fluviales de las tierras altas armenias, y sobre todo en la zona del Urmia y al sureste de la misma (manneos). La ganadería caballar está en manos de los grupos de pastores, pero el rey tiene un derecho sobre ellos que desencadena la rivalidad entre Urartu y Asiria y más tarde será heredado por los reyes medos, los emperadores aquémenidas y los soberanos helénicos. Así pues, Urartu aventaja a Asiria en el hecho de disponer «en casa» de los recursos necesarios para la política militar y de construcción que el gran imperio mesopotámico, en cambio, se ve obligado a buscar afanosamente. Históricamente —y a largo plazo— ha sido precisamente la búsqueda asiria de los recursos armenios lo que estimuló la formación del estado urarteo, que imitó la organización de la propia Asiria, pero contó con una dosificación distinta de los recursos (menores recursos demográficos, más materias primas).

El crecimiento demográfico se basa en parte en la cría caballar. A estos caballos «estratégicos» se añaden (en mayor número) cabras, ovejas y bovinos «utilitarios». También se basa en los progresos de la agricultura. Estos progresos consisten en la realización de sistemas de riego, distintos de los que se habían venido utilizando desde la edad protohistórica en la llanura aluvial, pero no menos importantes. El riego en las altas tierras es un fenómeno típico de la Edad del Hierro y consiste en desviar y canalizar artificialmente los cursos de agua, que son dirigidos hacia las mayores extensiones de terreno cultivable. Se trata de obras de ingeniería hidráulica adecuadas al terreno montañoso. Algunas obras neoasirias (de las que ya hemos hablado) proceden, en parte, de las mismas experiencias (por lo menos en las fases de captación y de acueducto, mientras que las fases de difusión son del tipo aluvial tradicional). Un sistema muy característico que se difundirá en toda la zona iraní pero que se usó por primera vez en Urartu, es el de los *qanat* o túneles subterráneos conectados con la superficie a través de pozos verticales (para su ejecución y posterior ventilación), que transportan el agua hasta lugares lejanos, evitando la evaporación y los cambios de pendiente de la superficie. Captación de manantiales, *qanat*, canales superficiales a media ladera y acueductos forman un paisaje hidráulico notable por su ingenio y eficacia (a pesar de estar expuesto a la destrucción, con el consiguiente colapso). Gracias a estas infraestructuras, la agricultura tradicional se completa con la horticultura intensiva y la arboricultura (y también viticultura), que probablemente son más esmeradas en las reservas de los reyes (y tal vez en las de los templos). El informe de la octava campaña de Sargón destaca con admiración el estado de la agricultura urartea, y muestra la misma admiración por el urbanismo de las fortalezas y las riquezas inmovilizadas en los tesoros públicos.

La metalurgia urartea se conoce bien a través de los hallazgos arqueológicos: no tanto la del hierro, más utilitaria y sujeta a refundición continua, como la del bronce, con usos y caracteres artísticos muy típicos. Los grandes calderos (con las asas

decoradas con las llamadas «sirenas») y los trípodes tenían valor también como forma de inmovilización y de circulación de la riqueza: vemos cómo «emigran» hacia Asiria en forma de tributos, y hacia los santuarios griegos en forma de regalos votivos. Las decoraciones de los muebles de lujo también son de bronce. El trono de Toprak Kale es el ejemplo más famoso. Y de bronce es gran parte del armamento defensivo: escudos y yelmos, cinturones, arreos ecuestres, todo está repujado con escenas de guerra, de caza, desfiles de soldados y de carros, fortalezas, animales y símbolos divinos. También estos elementos de la preciada artesanía urartea se difundieron a través del comercio, el intercambio de regalos, los tributos y el pillaje, sumándose a productos similares del ámbito neohitita y frigio.

El otro sector en el que las realizaciones urarteas dan muestras de una gran originalidad (a pesar de utilizar elementos de lejano origen mitannio y medioasirio, y más recientemente neoasirio) es el de la arquitectura. La instalación de las fortificaciones aprovecha lo abrupto del terreno, estableciendo una continuidad entre la colocación de las rocas naturales y la incorporación de paramentos artificiales, cuyo ejemplo más destacado es la fortaleza de Van. Pero los otros edificios también poseen caracteres inconfundibles: en el palacio destaca sobre todo el gran salón de las columnas, y en el templo el alzado en forma de torre, dos elementos que heredará la arquitectura de los medos y de los persas. A pesar de que debe a Asiria y a Siria septentrional gran parte de los estímulos necesarios para su despegue, el arte urarteo supo tener su propia individualidad, muy arraigada en las características culturales y geográficas del país, convirtiéndose, a su vez, en centro de distribución de iconografías y formas hacia el oriente iraní y el occidente griego.

4. El reino neoelamita: historia y cultura

A mediados del siglo VIII, después de casi cuatro siglos de falta absoluta de noticias, Elam reaparece en los hechos históricos de Oriente Próximo y tiene un papel destacado hasta la destrucción final de Susa a manos de Assurbanipal poco después de la mitad del siglo VII. Este último siglo de historia elamita recibe el nombre de reino neoelamita, para diferenciarlo del periodo medioelamita de los siglos XIII y XII. Sin embargo, hay una clara continuidad entre ambos. El *hiatus* entre los reinos neo y medioelamita es un problema aún sin resolver. Por una parte, la falta de noticias de la parte mesopotámica responde a un repliegue de Elam a dimensiones locales, que no implica ruptura total. Pero, por otra parte, tampoco hay fuentes elamitas, lo cual indica un estancamiento de la actividad urbanística y celebrativa, por lo menos en el centro de Susa, que es nuestra principal fuente de información. Tall-i Malyan, capital de la comarca oriental (Anshan), entra en decadencia tras el periodo medioelamita, de modo que el *hiatus* afecta a los dos mayores centros del poder político de la confederación elamita, sin que sepamos con certeza dónde y cuánto sobrevivió esta última como entidad política durante los siglos «oscuros» (*c.* 1100-800). En estos siglos hubo cambios profundos en la situación etnolingüística de la meseta iraní. Los pueblos indoeuropeos fueron desplazando al estrato anterior (formado por elamitas, lullubi y guti), avanzando hasta los montes Zagros.

Por parte mesopotámica, las informaciones se reanudan sobre todo con Sargón II, contemporáneo de los reyes elamitas Khumban-nigash I (742-717) y Shutruk-Nakhun-

te II (717-699), a los que sucede Khallutash-Inshushinak (699-693). Con Shutruk-Nakhunte también se reanudan las inscripciones reales elamitas, procedentes todas ellas del yacimiento de Susa, salvo las del complejo monumental extraurbano de Malamir, un puerto de montaña a mitad de camino entre Susa e Isfahan. Los tres reyes citados son hermanos (por parte de madre) y primos (por parte de padre). Sólo conocemos los nombres de sus padres (hermanos uno del otro), Khumban-nimena II (*c.* 770) y Khumban-takhra (*c.* 750), con quienes la nueva dinastía se remonta hasta comienzos del siglo VIII. *El deseo de enlazar con la gloriosa etapa medioelamita queda* reflejada en varios detalles: vuelta a los nombres reales antiguos, vuelta a los títulos reales medioelamitas y, por último, el hecho de que Assurbanipal, como parte del botín obtenido en Susa, cite monumentos tanto elamitas como fruto de incursiones elamitas en Babilonia que datan de épocas más antiguas —hay incluso una estatua de Nanâ (Inanna) sustraída de Uruk 1.635 años antes. En suma, se tiene la impresión de una continuidad dinástica y arquitectónica entre las épocas anteriores y la época neoelamita. La titulación comprende los antiguos títulos de «rey (*sunkik*) de Ahshan y Susa», «sanador (? *katri*) de Elam» y «gobernador (*ḫal-menik*, en acadio *šakkanakku*) de Elam», todos en la línea de la continuidad, y «ampliador del reino», que subraya la recuperación de la iniciativa. El centro del reino se ha desplazado claramente a Khuzistán. En Susa, la capital, hay una intensa actividad urbanística, con acumulación de tesoros y monumentos. Más al este y más al norte, no está claro hasta qué punto los reyes elamitas controlaban las comarcas de Fars (Anshan), como implica su título, y tal vez Isfahan. En cambio, hay una clara expansión hacia el suroeste, con lo que Elam irrumpe nuevamente en la escena mesopotámica y choca violentamente con Asiria, hasta el colapso final.

La estructura del reino neoelamita todavía se resiente de la fragmentación y complejidad determinadas por la geografía y la estructura «fratriarcal» de la familia y de la sucesión al trono. Ya no aparece la antigua tríada, típica del periodo de los *sukkal-maḫ*, o por lo menos deja de ser evidente, pero todavía se vislumbra un sistema político en el que el rey soberano (que ahora reside en Susa) está rodeado de una serie de notables, más o menos emparentados con él, que gobiernan comarcas y ciudades, y aspiran en alguna medida al trono. Nótese que en el siglo de historia neoelamita (*c.* 740-640) se suceden en el trono de Susa nada menos que doce reyes —mientras en Asiria se suceden cuatro. *Esta llamativa inestabilidad política, unida a la* estructura cantonal del estado, no deja de ser un signo de debilidad. Otro posible signo de debilidad serían las aficiones de la clase dirigente elamita, dedicada a la acumulación y ostentación de riquezas y a la creación de «paraísos» (es decir, parques, a la manera de los persas) donde se ejercitan en la caza. Ni siquiera en la guerra renuncia a exhibir un armamento más lujoso que práctico. Por lo menos, así les ven los asirios, que se burlan de los guerreros elamitas, magníficamente adornados pero incapaces de luchar —un tópico que se transmite luego a los persas, tal como aparecen en las fuentes griegas de la época de las campañas de Alejandro. Dejando a un lado las ostentaciones personales, la descripción que hace Assurbanipal de Susa, con sus templos, sus tesoros y su necrópolis real, indica que a ojos de los asirios el atesoramiento y la ostentación de los elamitas eran exagerados.

También tenemos la impresión de que en el siglo final del reino elamita hay una recuperación de la actividad urbanística, tanto en Susa como en otras ciudades. Los edificios, adornados con ladrillos esmaltados, no tienen nada que envidiar en refi-



ú at-da-ḫa-mi-
ti- ^{d}in-su-
iš-na-ak šá-ak
ḫu-ut-ra-an-te-
ip-ti-ḫa ^{as}šu-šu-
un ḫa-ni-ih a-ak
pu-ḫu-ur ^{as}šu-[šu-]
un-ra ir-ḫa-[ni-]
iḫ pu-ḫu-[ur]
^{as}šu-šu-[un-ra]
ṣa-al-[mu-mi taḫ?]

borde izquierdo
su-gìr at-da-ḫa-mi-ti-^{d}NINNI-LAM-ḫa
šá-ak ḫu-ut-ra-an-
te-ip-ti-ik-ka$_4$

borde derecho
li-ba-ak[ḫa-ni-ik ^{d}NINNI-LAM-ḫa]

«Yo (soy) Atta-khamiti-Inshushinak, hijo de Khutran-tepti. Susa he amado y a los hijos de Susa he amado. (Para$_?$) los hijos de Susa mi estela he puesto.
»El rey Atta-khamiti-Inshushinak, hijo de Khutran-tepti, siervo amado de Inshushinak.»

FIGURA 160. Inscripción real neoelamita. La estela de Atta-khamiti-Inshushinak, uno de los últimos reyes de Susa (*c.* 650) en vísperas de la destrucción de Assurbanipal.

namiento ni en majestuosidad a los palacios asirios de la misma época. Pero esta actividad se interrumpe y desaparece por completo con las incursiones de Assurbanipal, de modo que de la Susa neoelamita sólo quedan unos restos insignificantes, difíciles de interpretar (pese a que el yacimiento ha sido excavado de forma extensiva).

Conocemos algunos aspectos de la política elamita con respecto a Mesopotamia gracias a los textos asirios, que obviamente se centran en algunos episodios. En líneas generales, se puede distinguir una estrategia propiamente territorial, basada en la ocupación de zonas fronterizas entre Susiana y la Baja Mesopotamia, y una estrategia de control de las rutas de comunicación y comercio, que se despliega en la zona de los Zagros, disputando a Asiria las zonas clave de Ellipi y Zamua, para descender luego a las desembocaduras del Tigris y el Éufrates (País del Mar, ahora controlado

por la tribu caldea de Bit Yakini) y aislar a Asiria del comercio marítimo. El eje de toda la estrategia es el control de Babilonia, aunque sea indirecto, por lo menos para evitar que Asiria establezca allí un control estable. De ahí las repetidas iniciativas elamitas de apoyo a todo rebelde antiasirio que aspire al trono de Babilonia, como alternativa a los reyes puestos por los soberanos de Nínive.

Una primera fase abarca la segunda mitad del siglo VIII. Los textos de Tiglat-pileser III no mencionan Elam, a pesar de que el rey se ve envuelto intensamente en las cuestiones babilonias. En cambio, de forma bastante repentina, en tiempo de Sargón II el elamita Khumban-nigash I aparece como aliado de Marduk-apla-iddina, y se enfrenta en Der con los asirios (720). Sólo diez años después Sargón derrota a la alianza elamita-caldea, bajo el reinado de Shutruk-Nakhunte II. A consecuencia de esta victoria, Asiria establece relaciones con Dilmun, en el golfo, y recupera el control de Ellipi, cerrando la «tenaza» comercial elamita. Cuando Senaquerib sucede a su padre, Shutruk-Nakhunte trata de recuperar las posiciones perdidas, apoyando de nuevo a las fuerzas antiasirias de Babilonia, pero es derrotado en Kish y tiene que replegarse. Al año siguiente nos encontramos puntualmente a los asirios en la zona de Ellipi, donde refuerzan sus posiciones añadiendo a la plaza fuerte de Kharkhar (Kar-Sharrukin) la nueva de Kar-Senaquerib, que se convierte en un centro de control político y comercial. En Elam sube al trono Khallutash-Inshushinak, pero la situación sigue favoreciendo alternativamente a uno u otro contendiente: expedición de Senaquerib hasta la orilla elamita del golfo, incursión de respuesta elamita hasta el norte de Babilonia, con la toma de Sippar, victoria asiria en Nippur y, por último, nueva expedición de Senaquerib hasta las puertas de Elam, con una presión que les cuesta el trono, en rápida sucesión, a Khallutash-Inshushinak y a Kutir-Nakhunte III. El rey sucesivo, Khumban-nimena III (el Menanu de los textos asirios), reorganiza la coalición antiasiria y se enfrenta a Senaquerib en la batalla campal de Khalulé (cerca de Samarra, es decir, bastante al norte). El asirio la celebra como una victoria, pero en realidad le para los pies, crea una situación regional desfavorable para él y, dos años más tarde, provoca la dura reacción de la destrucción de Babilonia.

Los duros enfrentamientos militares llevan a una situación de tablas, que se prolonga veinticinco años más (689-664) con relaciones pacíficas, bajo los reinados de Khumban-Khaltash I, Khumban-Khaltash II y Urtaki. Por la parte asiria, la actitud de Asarhaddon en la cuestión babilonia también es más conciliadora. En cuanto a los escenarios secundarios, la expedición terrestre a Bazu parece indicar que Asarhaddon no tenía acceso al golfo. En los Zagros centrales, los pueblos locales (sobre todo los medos) se disponen a hacerse con el control del comercio y a librarse tanto del dominio elamita como del asirio.

Urtaki cae en la tentación de romper la larga tregua de hecho, al apoyar a una coalición bajomesopotámica que se enfrenta a Assurbanipal, pero sale perdiendo y es reemplazado en el trono elamita por su nieto Tepti-Khumban-Inshushinak (Teumman en los textos asirios). Se trata de una de esas trágicas muertes y sucesiones imprevistas que los asirios atribuyen, triunfalmente, al castigo divino de sus traidores adversarios —en el fondo, no es una interpretación muy osada, ya que en el sistema de gobierno neoelamita hay una estrecha relación entre el fracaso militar y la pérdida del trono. Teumman (para los asirios el peor de todos los reyes elamitas) quizá no fuera el heredero legítimo. En cualquier caso, los hijos de Urtaki se refugian en Asiria. Teumman se mantiene diez años en el poder y recupera terreno en la Baja

Mesopotamia. Pero por fin Assurbanipal tiene una reacción violenta, avanza hasta Elam, vence a Teumman en el río Ulai (Kerkha) y se hace con el control de la región. En el lugar de Teumman (muerto en la batalla) instala a los hijos de Urtaki, uno como rey de Susa, el otro de Madaktu y el otro de Khidalu, considerando que la fragmentación política y la dependencia de los reyes es garantía suficiente para disponer de un Elam sin capacidad de reacción.

Pero Elam aún no está domado. Los reyezuelos combinan sus luchas intestinas con el apoyo a los babilonios, de una forma más o menos aleatoria, pero que en cualquier caso resta eficacia a la solución imaginada por Assurbanipal. Khumban-Khaltash III consigue que Susa y Madaktu vuelvan a unirse, formando un Elam unitario. Pero el momento no es nada propicio, porque Assurbanipal acaba de liquidar el problema babilonio con la muerte de Shamash-shum-ukin y la instalación en el trono de Kandalanu, y no puede tolerar que el área bajomesopotámica vuelva a desestabilizarse por una intervención elamita. De modo que tienen lugar dos expediciones asirias seguidas: en 647 Khumban-Khaltash huye, los asirios ocupan el país, pero en cuanto se retiran el rey elamita vuelve a su puesto. En 646 la intervención es implacable. El ejército asirio entra en Elam, recorre el país asolando todo a su paso y por último se ensaña especialmente con la capital Susa, que es saqueada y completamente arrasada. En este caso los asirios, además de hacer hincapié en el valor y la cantidad de botín logrado, hacen un inusual alarde de profanación de los lugares de culto y de la necrópolis real elamita, lo que revela que están determinados a acabar de una vez por todas con un poder que les ha hecho la competencia, y con una cultura distinta, no asimilable. Esta actitud contrasta con la que tienen con Babilonia (dejando aparte a Senaquerib).

La devastación de las tropas de Assurbanipal da el resultado previsto. Al parecer, Khumban-Khaltash sigue reinando varios años más en Madaktu, pero Elam está completamente destruido y ni siquiera los asirios pueden aprovecharlo como provincia nueva. En Anshan ya se han instalado los persas, cuyo rey Kurash (Ciro, antepasado del fundador del imperio del mismo nombre) envió presentes al rey asirio, satisfecho con el cambio, ya que en vez de un rey vecino como el elamita, ahora tiene que vérselas con un rey lejano, como el asirio. Efectivamente, la caída de Elam abre un espacio político que Asiria no es capaz de llenar, y es ocupado por los nuevos pueblos iranios. Los medos ya desde hace tiempo han conseguido hacerse un hueco entre las zonas de influencia de Urartu, Asiria y Elam, pero los persas tienen que esperar a la caída de este último para empezar a tener un peso político. Al cabo de unos años se desvela la falta de visión de la estrategia política de Assurbanipal, que se vuelve contra Asiria, ya que al desaparecer el estado tapón de Elam ha quedado a merced de los embates procedentes del norte.

5. Frigia y Lidia

Las primeras avanzadillas de los frigios (mushki) llegaron a las inmediaciones del alto Tigris en el transcurso del siglo XII, y fueron rechazadas por Tiglat-pileser I. Desde entonces, y hasta el umbral del siglo VIII, las fuentes escritas callan durante tres siglos, pero se advierte un lento proceso, documentado arqueológicamente, de evolución de la cultura material y de las formas de organización sociopolítica en la

LIBER

meseta central anatólica. La culminación de este proceso es la formación de un reino unitario de los frigios, que se convirtió en la potencia hegemónica de Anatolia central y occidental, y en buena medida era el heredero (en el ámbito geopolítico) del reino hitita, cuyo fin data de medio milenio antes. Pero sólo a mediados del siglo VIII la documentación acerca del reino de Frigia cobra consistencia. En el lado asirio tenemos noticias de la época de Tiglat-pileser III y Sargón II. También tenemos inscripciones locales, y materiales arqueológicos muy importantes, sobre todo en los túmulos reales de Gordion. Dado que el reino de Frigia cae a comienzos del siglo VII en manos de los cimerios, su duración documentada e históricamente destacada abarca poco más de cincuenta años.

La frontera este es más fácil de precisar: el curso alto del Halys y la llanura de los lagos salados separan el territorio frigio de los estados neohititas (y más tarde de las provincias asirias creadas a partir de ellos). El límite norte del territorio frigio se encuentra en los montes del Ponto, o quizá en el propio mar Negro. La frontera oeste no es fácil de precisar, pero parece que ni Lidia ni las ciudades griegas del litoral del Egeo fueron anexionadas ni sometidas por el reino de Frigia, y mantuvieron relaciones autónomas con él. Por el sur es probable que los frigios no llegaran a controlar a los carios, a los licios y a otros de la zona del Taurus (de origen luvita). La capital del reino era Gordion (a orillas del Sakarya), y había importantes ciudades, como la «ciudad de Midas» (Yazilikaya, entre Afyon y Eskişehir) al oeste y la Boghaz-köi posthitita y Pazarli al este. En el plano cronológico la cultura arqueológica frigia supera los cincuenta años de presencia política. Primero hay un largo periodo de formación, y luego perdura tras la caída del reino. Tampoco es fácil poner límites precisos al área de difusión. Incluso los elementos más característicos de la cultura frigia —cerámica pintada, llamada precisamente «frigia», y objetos de bronce— tienen una difusión más amplia, y las variedades locales no responden necesariamente a diferencias etnolingüísticas o políticas.

Según los datos procedentes del lado griego, parece que los reyes de Frigia se llamaban alternativamente Midas y Gordion. En el lado asirio sólo es conocido un tal Mita de Mushki, sin que sepamos si se refiere a más de una persona. De este lado proceden las únicas noticias contemporáneas de carácter sociopolítico, dignas, por tanto, de consideración. En cambio las noticias de la parte griega son posteriores y poseen tintes legendarios. Frigia aparece enfrascada en un juego de tres (con Urartu y Asiria) por el control de los estados neohititas, y en particular de Tabal e Khilakku, que estaban más cerca del territorio frigio. Mita trata de respaldar a los estados neohititas mientras la situación es inestable, y tiene sentido una política de movimientos. En cambio, cuando la organización provincial asiria se impone en toda la zona situada al sureste del Taurus, la actitud frigia cambia, con un acercamiento a Asiria y el reconocimiento tácito de su dominio en Cilicia y el Éufrates, quizá a cambio de cierta influencia frigia en Tabal, que sigue siendo independiente (o vuelve a serlo). Las incursiones de los cimerios desestabilizan toda el área. A comienzos del siglo VII, tras haber sido rechazados por Urartu y Asiria, los cimerios se dirigen al oeste. Gordion cae y es destruido, y las hordas de pastores y guerreros cimerios montados a caballo llegan hasta el litoral del Egeo.

La caída del reino de Frigia no significa el fin de la cultura frigia, y la invasión cimeria tampoco altera seriamente la composición étnica y poblacional de Anatolia central y occidental. De todos modos, al poco tiempo (*c.* 670) se forma una nueva

LIBER

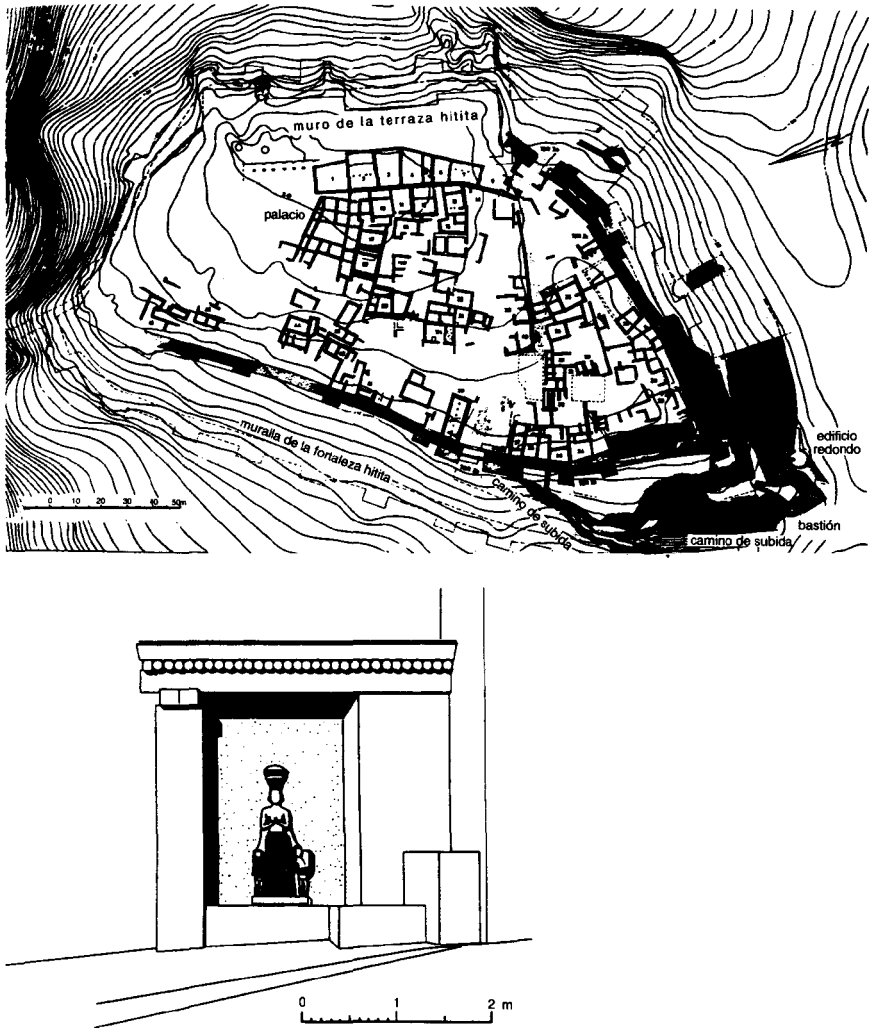


FIGURA 161. Büyükkale en la época frigia. *Arriba*, la aldea frigia en la acrópolis de la vieja capital hitita. *Abajo*, nicho con la estatua de la diosa Cibeles.

entidad política dominante, heredera, hasta cierto punto, del reino de Frigia, aunque desplazada más al oeste. Es el reino de Lidia, con capital en Sardes, donde toma el poder una dinastía fundada por Giges, que en sucesivas etapas llega a dominar toda Anatolia central y occidental. La tradición griega habla de una dinastía anterior de los heráclidas, que habrían reinado durante el periodo comprendido entre la edad heroica posterior a la guerra de Troya y la llegada de Giges, coincidiendo con el reino de Frigia, y tal vez subordinada a él. Pero no se sabe nada al respecto. En cambio, con Giges hay noticias más fidedignas procedentes del lado asirio y del

LIBER

lado griego (si prescindimos del relato que hace Heródoto de su toma del poder). Según ellas, Giges, impulsado por un sueño de inspiración divina, escribió a Assurbanipal para pedir su ayuda contra los cimerios. Luego se solidarizó con Egipto o le prestó ayuda contra los asirios, y por último sucumbió a una incursión de cimerios y escitas, encontrando la muerte en la toma de Sardes (652).

Sus sucesores, Ardys, Sadiates y Aliates, lograron consolidar el reino de Lidia, expulsar a los últimos restos de cimerios, ocupar las ciudades griegas de la costa (que se hallaban en las inmediaciones de la capital lidia) y someter en alguna medida a las otras naciones anatólicas situadas al sur y al este de Lidia, cuya frontera llegó así hasta el curso alto del Halys. El largo reinado de Aliates fue probablemente el periodo de mayor desarrollo y solidez del reino de Lidia. Mientras tanto, en el este se producían cambios importantes: tras la caída de Asiria y Urartu se había formado el vasto reino de Media, que en su expansión hacia el oeste tropezó con los lidios de Aliates, librando una guerra que terminó gracias a la mediación de Cilicia y Babilonia. La paz entre Lidia y Media fue sellada con matrimonios dinásticos. La última batalla antes de la paz está datada por un eclipse solar, en 585.

El último rey de Lidia fue Creso, símbolo legendario de la riqueza, pero también de la desgracia. A los aliados medos les sucedieron los persas de Ciro, que reanudaron sus presiones hacia el oeste con una determinación bien distinta. Creso trató de formar una alianza contra Ciro, contando con todos los reinos potencialmente amenazados: Egipto, los griegos, Cilicia y Babilonia. Pero la rápida acción de Ciro evitó cualquier coordinación, Sardes fue expugnado y el reino de Lidia anexionado al imperio.

Las principales vicisitudes políticas que conocemos de Frigia y Lidia se refieren a sus relaciones con sus vecinos orientales (asirios, medos y persas), pero existe la impresión de que en el plano cultural y comercial los contactos con Occidente fueron igual de intensos, o más. A mediados del siglo VIII los frigios adoptaron un alfabeto casi igual que el que poco antes habían adoptado los griegos. Dado que las ciudades situadas al sureste de Frigia mantenían sistemas de escritura no alfabéticos (cuneiforme o jeroglífico), hay que descartar que procediera de Fenicia, o de Siria en general, de modo que parece evidente que los frigios recibieron el alfabeto de sus contactos con el mundo griego. El mismo fenómeno se repitió un siglo después con Lidia, que adoptó una escritura alfabética de procedencia griega. Lidia, dada su posición geográfica, mantenía contactos aún más estrechos e intensos con las ciudades griegas de la costa anatólica. Sabemos que los reyes frigios primero y lidios después hicieron numerosas ofrendas votivas en los santuarios griegos, sobre todo en Delfos. Arqueológicamente también es significativo que el periodo de esplendor de los reinos de Frigia y Lidia corresponda a la fase de más influencia y presencia oriental en el mundo griego. Grecia importa calderos y trípodes, bandejas y copas de bronce, así como armas y partes de corazas, por su valor metálico, su buena factura y sus implicaciones simbólicas (premios de las competiciones atléticas, ofrendas votivas). Con estos objetos penetran elementos iconográficos, míticos y tecnológicos —que también tienen otros vectores menos resistentes como documentación arqueológica, como los tejidos y las tallas en madera.

Conviene hacer alguna mención de las colonias griegas en las costas anatólicas. Un primer nivel (por así decirlo) se remonta a la «migración jónica», hacia 1000, y se plasmó sobre todo en las «doce» ciudades de Jonia (como Mileto y Éfeso en

tierra firme, o Quío y Samos, las islas que tienen enfrente). Los núcleos menores eran el eólico en el norte (Lesbos y su costa) y el dórico en el sur (Rodas y su costa). La evolución material y organizativa de estos centros corre parejas con la de los reinos de tierra adentro (dejando a un lado su diferencia de origen y tamaño). El comienzo del siglo VIII también es un hito importante para las ciudades griegas de Asia: adopción del alfabeto, expansión comercial, artesanía «orientalizante», evolución de la estructura social y desarrollo de la organización política. Mientras que desde el punto de vista de Frigia (y más tarde de Lidia) este desarrollo político y comercial de las ciudades griegas era un fenómeno destacado, para el lejano imperio asirio apenas era apreciable. Sargón, Senaquerib y Asarhaddon apenas citan a los jonios (Yaman, Yawan), con los que se tropiezan sobre todo en Chipre y de vez en cuando en Cilicia. Los mercaderes griegos tratan de establecer puestos avanzados en la misma costa de Siria —el de al-Mina es conocido arqueológicamente— para saltarse a los intermediarios anatólicos y ponerse directamente en contacto con los reinos neohititas, arameos y fenicios, que conservan la independencia hasta mediados del siglo VII, y luego con el imperio asirio, que los incluye a todos (pero también los empobrece).

Sin embargo, durante todo el siglo VIII, mientras la colonización griega en Occidente está en pleno auge, no hay un verdadero empuje colonizador hacia Oriente. El motivo habrá que buscarlo, probablemente, en las diferencias entre la estructura política del mundo mediterráneo y Oriente Próximo. En el centro y oeste del Mediterráneo los griegos, al igual que los fenicios, encontraban unos interlocutores de nivel organizativo y tecnológico muy precario, y recursos en buena medida «vírgenes». Esto fue un acicate para el establecimiento de colonias que organizaran la explotación de los recursos locales y fueran puntos de referencia para los jefes locales. En cambio, en Oriente Próximo los griegos tropezaban con reinos bien organizados (desde hacía mucho), dotados de estructuras administrativas sofisticadas, dirigidos por elites políticas expertas, poco amigos del establecimiento de colonias extranjeras, ya que preferían que las transacciones comerciales pasaran por los trámites tradicionales del palacio y el puerto local. Así pues, los reinos de Oriente Próximo rechazan la estabilización de la presencia comercial griega, y los casos como al-Mina son auténticas excepciones. Hasta finales del siglo VII la presencia griega se limita esencialmente a las dos áreas de colonización antigua, Jonia y Chipre. A partir de entonces empieza un movimiento de colonización (sobre todo de Mileto) en el litoral anatólico, que es modesto en el sur (Cilicia) y mucho más intenso en el norte (Sinope, Trapezunte y otras), hasta el extremo más profundo del mar Negro. Esta colonización tiene dos características, ser tardía y ser marginal. La primera induce a pensar que no fue posible (o necesaria) hasta que cayeron los tres grandes reinos de Frigia, Urartu y Asiria, que hasta entonces habían monopolizado los recursos y los mercados de Oriente Próximo. La segunda induce a pensar que las colonias no pretendían ponerse en contacto con los grandes reinos de Babilonia y Media, sino más bien evitarlos, concentrándose en corredores situados entre las montañas (Taurus y Ponto) y el mar, con un transpaís poblado por naciones de montañeses que ni siquiera los medos y los persas serían capaces de dominar. En estas zonas marginales los griegos trataron de acceder directamente a los recursos (sobre todo minerales) que escapaban al control imperial. El mito de los argonautas que buscan el vellocino de oro en el país de los fabulosos colcos (que había sido el borde noroccidental del reino de Urartu)

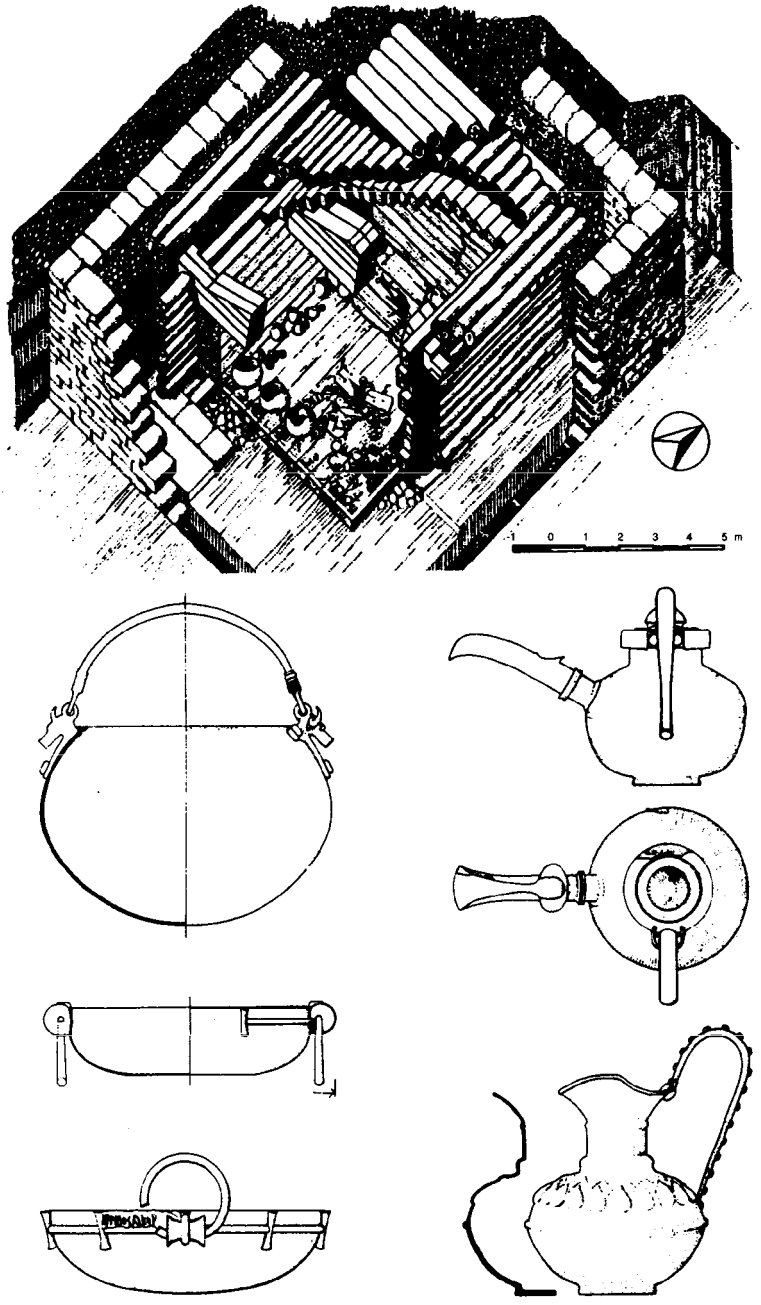


FIGURA 162. Túmulo real (llamado de Midas) en Gordion. *Arriba*, estructura de la cámara sepulcral. *Abajo*, selección de la vajilla metálica allí encontrada.

LIBER

es el «mito de fundación» de este comercio y estos primeros establecimientos en la ruta de los metales anatólicos.

De modo que por intensas que fueran las relaciones comerciales y culturales de los griegos con los reinos anatólicos, con «fertilizaciones» mutuas, hubo siempre una separación física y cultural, y los griegos vieron a los frigios y a los lidios como portadores de costumbres económicas y sistemas de valores distintos. Al igual que algunos motivos legendarios (o fábulas) forman una especie de «antropología económica» de los griegos basada en las costumbres arcaicas (el trípode de los siete sabios, el anillo de Polícrates), otros relatos constituyen una «antropología económica» basada en las «otras» costumbres que a ojos de los griegos caracterizan a los reinos anatólicos. Todos conocen la leyenda de Midas, a quien los dioses han concedido el «toque de oro», es decir, la capacidad de convertir en oro todo lo que toca, y evidentemente está condenado a morir de hambre. Es una clara condena de lo que los antropólogos llamarían «conversión hacia arriba», es decir, el intercambio de productos poco valiosos (pero muy esenciales) por productos muy valiosos (pero no necesarios, destinados al atesoramiento o exhibición suntuaria). Esta es la estrategia de las clases dirigentes frigias, a juzgar por las riquezas inmovilizadas en los túmulos funerarios de Gordion, a las que se sumaban, por supuesto, las que estaban inmovilizadas en los palacios de los reyes vivos, y las que se destinaban a ofrendas votivas o como regalos en las relaciones privilegiadas. La estrategia iba en detrimento del consumo de la población, por lo que era censurada por aquellos que no formaban parte del círculo portador y beneficiario de esa ideología y esa estrategia económica y política.

Lo mismo se puede decir de la leyenda de Creso, el hombre más rico de la tierra, que acaba siendo castigado (por una especie de venganza divina compensadora) y quemado vivo en la hoguera. En la historia de Creso hay resonancias orientales (en la *Teodicea* babilonia, el rico que amasa riquezas también muere en la hoguera) y complicaciones de tipo sapiencial, pero lo importante es la condena de la acumulación de riquezas y de las gestiones del poder que colocan a alguien en el vértice de una pirámide demasiado empinada para sostenerse. Para los griegos, los dos reinos de Frigia y Lidia, que dan la imagen de un prodigioso cúmulo de riqueza ostentosa, pero se queman en el transcurso de dos siglos (750-550), son ejemplos de una estrategia a no seguir.

LIBER

31. EL COLAPSO DEL IMPERIO, LOS CALDEOS

1. La caída del imperio asirio

Las inscripciones celebrativas de Assurbanipal cesan hacia 635, pero las grandes hazañas del rey asirio ya habían terminado con las victorias sobre Elam (646) y los árabes (645?). Durante los años siguientes, los reinos que quedaban en la periferia del imperio (los persas de Anshan, los urarteos y los lidios) reconocieron de una forma meramente ceremonial la soberanía asiria. En los últimos años del reinado de Assurbanipal empezaron las dificultades para el imperio, por lo menos en las regiones occidentales devastadas por los escitas, que se adentraron hasta Palestina, y en todo el arco montañoso del norte, que ya estaba en manos de los pueblos locales, con los medos a la cabeza. Ni siquiera sabemos exactamente cuándo dejó de reinar Assurbanipal, ni cuánto tiempo reinaron los dos hijos que le sucedieron, Ashur-etil-ilani y Sin-shar-ishkun. Como sabemos por una crónica babilonia que Sin-shar-ishkun ya era rey de Asiria a la muerte del rey de Babilonia Kandalanu, acaecida en 627, y como Ashur-etil-ilani reinó por lo menos durante cuatro años, Assurbanipal debió morir en 631. El decenio 635-626 fue crucial, pero oscuro. Cuando murió Kandalanu en Babilonia, durante un año nadie ocupó su puesto —señal de que los asirios no eran capaces de imponer una decisión suya.

Con el año «sin rey» (626) la documentación de los hechos históricos reanuda la crónica año por año de los hechos babilonios, gracias a una serie de tablillas. Estas tablillas debían formar una secuencia continua, pero han llegado hasta nosotros con lagunas. Los años 626-623, pese a las repetidas incursiones militares asirias en el sur, se reforzó tanto la rebelión antiasiria de las ciudades (Uruk, Nippur, Der y la propia Babilonia) como el poder del jefe de los caldeos, Nabopolassar de Bit Yakini, que al final fue reconocido rey por los babilonios y reinó de 625 a 605. Tras una laguna, la serie de las crónicas se reanuda en 616 (y sigue casi ininterrumpida hasta 594), en una situación completamente cambiada. Nabopolassar controla totalmente el sur, tras expulsar a las últimas guarniciones asirias, y ha tomado la iniciativa, desplazando el escenario de la guerra bastante más al norte, en territorio asirio. Dos son las directrices del rey babilonio: aguas arriba del Éufrates somete Sukhi y Khindanu, y avanza hasta el Balikh sin encontrar resistencia militar asiria. Parece claro que Asiria ha perdido el control de toda la franja siropalestina a favor de Egipto a cambio de apoyo militar: se indica la presencia en Mesopotamia de un ejército egipcio al lado de los asirios ya en el mismo 616. Asiria pierde también el control del Éufrates medio, y Nabopolassar lo remonta para cercar Asiria y separarla de Egip-

DOCUMENTO: EL DESMORONAMIENTO DEL IMPERIO ASIRIO EN LA «CRÓNICA BABILONIA»

En los años 12.°-16.° de Nabopolassar fueron destruidas Assur, Nínive y Kharran, y la alianza entre medos y babilonios ocupó el espacio del gran imperio.

«Doudécimo año: En el mes de Ab los medos contra Nínive ... se apresuraron y tomaron Tarbisu, una ciudad del distrito de Nínive. Bajaron bordeando el Tigris y acamparon frente a Assur. Llevaron la batalla al interior de la ciudad y ... destruyeron. Infligieron una terrible derrota a un gran pueblo, asolaron y saquearon. El rey de Akkad (= Babilonia) con su ejército había acudido en ayuda de los medos, pero no llegó (a tiempo) para la batalla. La ciudad ... El rey de Akkad y Umakishtar (= Ciaxares, rey de los medos) se entrevistaron junto a la ciudad y ambos establecieron paz y amistad. Ciaxares volvió a su patria con su ejército; el rey de Akkad volvió a su patria con su ejército.

»Decimotercer año: En el mes de Iyyar los sukhitas se sublevaron contra el rey de Akkad y se alzaron en armas. El rey de Akkad reunió su ejército y marchó sobre Sukhi. El día 4 del mes de Siwan presentó batalla en Rakhilu, una ciudad que está (en una isla) en medio del Éufrates, y ese mismo día tomó la ciudad. Allí construyó su ... Los hombres que vivían a orillas del Éufrates vinieron a él. ... Él acampó frente a Anat y transportó desde el lado occidental las máquinas de asedio ... acercó las máquinas de asedio a las murallas, presentó batalla a la ciudad y la tomó ... El rey de Asiria y su ejército bajaron, y el rey de Akkad [volvió a su patria] con su ejército.

»Decimocuarto año: El rey de Akkad reunió su ejército y marchó hacia ... El rey de los umman-manda (= medos) marchó hacia el rey de Akkad ... se encontraron. El rey de Akkad hizo que atravesara [el ejército] de Ciaxares, y (luego) marcharon por la orilla del Tigris, y acamparon delante de Nínive. Desde el mes de Siwan hasta el mes de Ab, durante tres meses sometieron a la ciudad a un fuerte ataque. El día x del mes de Ab ... infligieron una grave derrota a un gran pueblo. En aquel tiempo Sin-shar-ishkun, rey de Asiria, [murió(?)] ... Ellos se llevaron el pesado botín de la ciudad y del templo, y redujeron la ciudad a un montón de ruinas. El ... de Asiria escapó ante el enemigo y abrazó las rodillas del rey de Akkad para que le perdonara la vida. El día 20 del mes de Elul Ciaxares y su ejército volvieron a su país. Después de lo cual, el rey de Akkad [puso en marcha su ejército,] y llegaron a Nasibina. Botín y prófugos de ... y de Rusapa llevaron al rey de Akkad a Nínive. El día x del mes de ... [Ashur-uballit (II)] subió al trono en Kharran, para ejercer la realeza sobre Asiria. Hasta el día x del mes de ... en Nínive ... desde el día 20 del mes de ... el rey de ...

»Decimoquinto año: En el mes de Tammuz el rey de Akkad reunió su ejército y marchó sobre Asiria ... victoriosamente ... del país de ... y del país de Shu ... conquistó, saqueó y se llevó su pesado botín. En el país de Marchesvan el rey de Akkad se puso al frente de su ejército y marchó sobre Ruggulitu. Presentó batalla a la ciudad y el día 28 del mes de Marchesvan tomó la ciudad. No dejó vivo a un solo hombre ... volvió a su patria.

»Decimosexto año: En el mes de Iyyar el rey de Akkad reunió su ejército y marchó sobre Asiria. Desde el mes de ... hasta el mes de Marchesvan él avanzó victoriosamente por Asiria. En el mes de Marchesvan los ummanmanda, que habían acudido en ayuda del rey de Akkad, reunieron sus ejércitos y marcharon sobre Kharran contra Ashur-uballit, que había subido al trono en Asiria. El miedo al enemigo se apoderó de Ashur-uballit y del ejército de Egipto que había acudido en su ayuda, y ellos abandonaron la ciudad y atravesaron [el Éufrates.] El rey de Akkad llegó a Kharran y ... tomó la ciudad. Se llevó un gran botín de la ciudad y del templo. En el mes de Addar el rey de Akkad abandonó sus ... y volvió a su patria. Los ummanmanda que habían acudido en ayuda del rey de Akkad también se retiraron después de ellos.»

to. La otra directriz babilonia, que es la más decisiva, remonta el curso del Tigris; primero hace que los asirios retrocedan hasta el Zab y luego ataca las ciudades asirias más meridionales, Arrapkha y Assur. Esta directriz del Tigris también tropieza con los pueblos de los Zagros: los manneos están del lado de los asirios, y los medos luchan contra ellos. Evidentemente entre los manneos y los medos hay una disputa por la hegemonía irania (o por lo menos una carrera). Esta elección de bando es decisiva, y lleva a los manneos a un colapso que afecta al imperio asirio, mientras que los medos salen ganando.

Ya en 614 los medos de Ciaxares (Umakishtar en la crónica babilonia) atacan las ciudades asirias, tomando primero Tarbisu y luego Assur, que es saqueado sin piedad. Nabopolassar, que acude en ayuda de Ciaxares, llega a Assur cuando la ciudad ya está tomada. De todos modos, firma un pacto formal de alianza con el rey de Media y regresa a Babilonia. Dos años después (612) los ejércitos unidos de los dos aliados atacan Nínive para darle un golpe de gracia. Después de tres meses de asedio la capital asiria es expugnada, saqueada y destruida. Sin-shar-ishkun muere en su capital. Los medos vuelven a su tierra, pero Nabopolassar todavía se siente con fuerzas para avanzar hasta Nasibina y conquistarla. La corte asiria se retira hasta Kharran, donde sube al trono de un imperio que se desmorona Ashur-uballit II, que lleva el nombre del fundador de la potencia medioasiria. Dos años más tarde (610) los ejércitos conjuntos de los medos y los babilonios marchan sobre Kharran y lo toman, mientras Ashur-uballit y sus aliados egipcios retroceden al oeste del Éufrates.

El imperio asirio ya no existe, y aunque Ashur-uballit sigue apoyando a los egipcios durante un par de años más con lo que le queda de sus tropas, ya está completamente fuera de juego, y desaparece de la documentación. La lucha se entabla ahora entre los estados herederos del imperio, que se disputan los despojos. Ciaxares, rey de los medos, y Nabopolassar, rey de Babilonia, mantienen la alianza sellada sobre los escombros de Assur, que cada vez es menos operativa en el terreno militar, pero sirve para fijar las fronteras. Los babilonios se quedan con la llanura mesopotámica, y los medos las tierras altas iraníes, armenias y anatólicas. El tercero en discordia es Egipto, que desde 616 controla la franja siropalestina y se enfrenta a los babilonios en el Éufrates, tratando incluso de recuperar Kharran. Nabopolassar, en compañía de su hijo y heredero Nabucodonosor II, prefiere consolidar su flanco dere-

cho antes de enfrentarse con Egipto, que es su principal enemigo. Para ello emprende una serie de expediciones a Kummukh, llegando hasta el confín de Urartu —un reino que todavía permanece varios años en pie, y a su vez trata de participar en el reparto de los territorios ex asirios con aspiraciones sobre el alto Éufrates y el alto Tigris.

El último año del reinado de Nabopolassar es el de la victoria decisiva. Nabucodonosor pasa el Éufrates en Karkemish, puesto avanzado de los egipcios en el río. Toma la ciudad, los egipcios retroceden, Nabucodonosor les persigue hasta la zona de Hama, y vuelve a derrotarles. Entonces le llega la noticia de que Nabopolassar ha muerto, y Nabucodonosor vuelve a Babilonia para hacerse cargo de la sucesión. Ha conquistado Siria hasta Hama, y ha colocado a los egipcios en una difícil posición.

2. La dinastía caldea

Tras la muerte de su padre, Nabucodonosor lanza continuas campañas en Siria-Palestina (la «tierra de Khatti» de la crónica babilonia). Son necesarias diez campañas para someter a todos los pequeños reinos locales, algunos de los cuales habían sido siempre independientes (como algunas ciudades fenicias), e incluso habían tratado de aprovechar la caída del imperio asirio para recuperar territorio y aumentar su independencia de Egipto y Babilonia. Es el caso, probablemente, de Tiro, y sobre todo del reino de Judá con Josías, cuyo intento será abortado por los egipcios; más tarde Nabucodonosor expugna Jerusalén (586). Además de someter los antiguos territorios asirios, y de los que se habían mantenido autónomos, Nabucodonosor debe rechazar los intentos egipcios de recuperar terreno, aprovechando su proximidad a un teatro de operaciones al que acuden todos los años los asirios después de hacer un largo recorrido. Pero la balanza de las fuerzas está claramente desequilibrada, y Nabucodonosor logra afianzar la posesión de todos los territorios palestinos, hasta la frontera egipcia.

El cuadro se ha estabilizado: los babilonios controlan toda Mesopotamia y Siria-Palestina, Egipto está encerrado en sus fronteras, los medos se extienden por las tierras altas, anexionándose los antiguos territorios urarteos y enfrentándose a Lidia en el Halys. Pero hay una noticia anómala y significativa: el año IX de Nabucodonosor un «rey de Elam» baja al encuentro de los babilonios, los dos ejércitos se aproximan a la altura del Tigris y están a punto de enfrentarse. La crónica precisa que los ejércitos se hallaban a un día de marcha y que el «rey de Elam» tuvo miedo y se retiró. Este «rey de Elam» sólo puede ser un rey persa, que no se resigna a aceptar el reparto del mundo que medos y caldeos han tramado sobre los escombros de Assur y han llevado luego a cabo.

En 594 las crónicas dejan de dar detalles, y también después de esta fecha Nabucodonosor debe proseguir con una actividad militar casi ininterrumpida en la franja siropalestina. Sabemos que hay choques con Egipto (588, 568), y conocemos el asedio final y la destrucción de Jerusalén (586). También tenemos noticia del largo asedio de Tiro (585-572), que no es expugnado, pero tiene que pactar con los babilonios, que instalan a un gobernador junto al rey local. Por último, sabemos que también la Cilicia llana (Khume, el Que de los asirios) se incorpora al reino caldeo. Conocemos algunos detalles más del Líbano y sus bosques de cedros, que en parte han sido talados, pero siguen siendo una riqueza muy importante. Nabucodonosor, con el tono

CUADRO 22. Esquema cronológico de Oriente Próximo, *c.* 650-500.

	Babilonia		Media		Persia		Lidia	
650			Kashtaritu Fraortes	*c.* 670-625	Kurash/Ciro	*c.* 645	Giges	682-644
					Teispes	*c.* 635-620	Ardis	644-630
	Nabopolassar	625-605						
			Ciaxares	*c.* 625-585			Sadiates	629-618
600					Ciro I	*c.* 620-600		
	Nabucodonosor II	604-562					Aliates	617-561
	Amil-Marduk	561-560						
	Neriglissar	559-556	Astiages	585-550	Cambises I	*c.* 600-559	Creso	560-546
	Labashi-Marduk	556						
550								
	Nabónido	555-539			Ciro II	559-530		
					Cambises II	529-522		
					Darío I	521-486		
500								

de quien desea dar a entender que ha beneficiado a los habitantes del Líbano, comunica que ha convertido los bosques en propiedad real, y se reserva su explotación. Además, declara que ha mejorado la carretera que va del Líbano al Éufrates, donde los preciados troncos se llevan flotando hasta el canal de Arakhtu y Babilonia. Todas las provincias occidentales, que han sido sometidas a una dura prueba por la conquista y la gestión provincial asiria, padecen ahora nuevas destrucciones, nuevas deportaciones, y una explotación aún más dura. Durante el dominio babilonio, Siria-Palestina llega a su mínimo histórico de población y producción. Los babilonios no hacen nada por repoblar el campo ni por reconstruir las ciudades, se limitan a sacar todos los recursos que pueden, con una política de miras muy limitadas.

Las inscripciones reales neobabilonias, a diferencia de las asirias, prestan poca atención a las actividades bélicas y se centran en las urbanísticas. En la titulación el énfasis pasa de la conquista del mundo a la gestión de los templos. De ello no podemos deducir que los reyes neobabilonios fueran pacíficos, ni siquiera mentalmente. En efecto, las crónicas hablan de campañas anuales de Nabucodonosor, y por el Antiguo Testamento sabemos que su ideología y su propaganda del terror no eran distintas de las asirias. Lo que cambia es más bien el «público» (real o potencial) de las inscripciones, y el público más amplio al que llegan los mensajes de contenido análogo. Los reyes asirios tenían un público exterior, al que convencer o aterrorizar: reyes vecinos, vasallos de conducta dudosa, provincias nuevas todavía intranquilas. El imperio asirio, al tiempo que carecía de fronteras exteriores definitivas (y se proyectaba ideológicamente cada vez más lejos), no estaba consolidado en su interior. Por lo tanto, los reyes asirios tenían que hacer hincapié en su imagen belicosa, en lo inexorable de sus acciones, en la probada insensatez de toda oposición. El caso de los reyes caldeos es distinto. A los diez años del reinado de Nabucodonosor ya han hecho todas las conquistas posibles —teniendo en cuenta el pacto de no agresión y el reparto del mundo con los medos, y la invulnerabilidad de Egipto. Las provincias están despobladas y extenuadas y no queda ya nin-

LIBER

gún interlocutor exterior o periférico al que haya que convencer o atemorizar. Los destinatarios de las inscripciones neobabilonias son, se diría que exclusivamente, los círculos sacerdotales de las ciudades babilonias. Naturalmente, también las tradiciones políticas locales dejan sentir su peso como modelo no imperialista. La credibilidad de un rey se decide (de forma paradójica) en la celebración de la fiesta anual del *akītu*, o en la adaptación de un simulacro divino a los dictámenes de la tradición. Tras varios siglos durante los cuales había sido un escenario más bien pasivo de las luchas entre asirios, elamitas y caldeos, Babilonia se encuentra de pronto y de forma bastante casual con un imperio, y sin capacidad para gestionarlo. La gestión dura sesenta años, en gran parte por obra (y luego por el impulso de esa obra) de una personalidad muy enérgica, Nabucodonosor. Hay que reconocer que la destrucción del imperio asirio se debió sobre todo a los golpes asestados por la nueva potencia de los medos, y que la conquista de Siria-Palestina tuvo lugar casi en el vacío. Después de Nabucodonosor el reino sigue progresando, pero entre crecientes dificultades, y acabará por no oponer ninguna resistencia. Durante estos sesenta años las cuestiones de culto están en el centro de la política babilonia: restauraciones de templos, fiestas, regreso de estatuas a sus lugares, interpretación de los «signos», etc.

Un texto de Nabucodonosor proporciona el organigrama del reino. En primer lugar están los funcionarios centrales, de la corte, luego los gobernadores de las provincias y por último los reyes vasallos (que son los de las ciudades costeras: las fenicias Tiro, Sidón y Arwad y las filisteas Gaza y Ashdod). Las provincias son las interiores de la Baja Mesopotamia, que por lo general corresponden a las principales tribus caldeas: País del Mar (= Bit Yakini), Puqudu, Bit Dakkuri, Gambulu, Bit Ammukani y unas pocas ciudades al este del Tigris (Der, Dupliash y otras dos desconocidas). Sigue la lista de los oficiales menores que gobiernan ciudades menores, también en el país de Akkad, y por último la lista de los *qēpū*, probablemente gobernadores de las ciudades periféricas, o adjuntos a los reyes locales. Se tiene la impresión de que entre el núcleo del «país de Akkad» (Babilonia en sentido estricto) y las ciudades costeras autónomas, prácticamente hay un desierto, en cualquier caso nada comparable a la estructura provincial asiria.

Con el producto del pillaje de las ciudades asirias (Asiria sí que se convierte en una tierra desierta, entre babilonios y medos) y los beneficios de los últimos recursos occidentales, Nabucodonosor emprende una intensa actividad urbanística. Empezando por Babilonia, donde construye un gran palacio real, construye y refuerza fortificaciones (murallas, una gran fortaleza al norte y una muralla exterior al sur), y sobre todo amplía y completa los dos polos de la vida religiosa, situados en el centro de la ciudad, en un gran *temenos*: la *ziqqurat* (la «torre de Babel»), Etemenanki, y el templo de Marduk, Esagila. Es un conjunto de tamaño (cuando no de valor) incomparablemente mayor que las obras del pasado, que requiere una gran movilización de mano de obra y una gran afluencia de raciones alimentarias. En otras ciudades de Babilonia se realizan obras también importantes, aunque de menor tamaño. Es el caso de Sippar y Ur, y especialmente de Borsippa, sede del dios Nabu. La comunicación entre el Ezida, templo de Nabu en Borsippa, y el Esagila, templo de Marduk en Babilonia, y luego la calzada procesional que comunica el Esagila, pasando por la puerta de Ishtar, con el templo extramuros de la *bit akīti*, forman el eje del culto oficial babilonio en su momento más importante, la fiesta del Año Nuevo.

A la muerte de Nabucodonosor, tras un largo reinado de 43 años, empieza un

periodo de inestabilidad. Su hijo Awil-Marduk reina durante un par de años. Celebra su entronización indultando a Joaquín de Judá y probablemente a otros reyes capturados por su padre en las campañas de treinta años antes. Al parecer, es asesinado. Le sucede un usurpador de origen militar, Nergal-shar-usur (Neriglissar en su forma helenizada), que se mantiene durante cuatro años. Celebra algunas destrucciones y emprende una expedición a Cilicia contra el reino de Pirindu, detalladamente relatada en la única crónica suya que ha llegado hasta nosotros. El reino de Pirindu corresponde a la Cilicia escarpada, que ha reemplazado al antiguo reino de Khilakku (jamás conquistado de forma estable por los asirios ni por los frigios) y limita con la Cilicia llana (Khume), en poder de Babilonia. Una incursión de Pirindu contra Khume y contra Siria provoca la reacción de Neriglissar, que destruye las ciudades cilicias y llega hasta la frontera con Lidia. A Neriglissar le sucede su hijo Labashi-Marduk, que al cabo de unos meses es víctima de una conjuración, y el trono pasa a otro usurpador, Nabónido (Nabu-na'id), ajeno a la familia real y oriundo del norte, de la vieja ciudad asiria de Kharran, donde su madre, Adad-guppi', era sacerdotisa del dios lunar Sin en el santuario de E-khul-khul, destruido por los medos en 610.

Nabónido, que debe el poder a un golpe de mano militar, tiene que legitimar su coronación superando el doble inconveniente de ser un usurpador y ser ajeno al entorno babilonio, y en particular de no tener el apoyo del clero de Marduk. Una inscripción de Nabónido resume su estrategia ideológica para superar estas dificultades iniciales. Es en parte defensiva y en parte crítica con Marduk: Senaquerib (cuya violenta destrucción de Babilonia, 130 años antes, seguía siendo una mancha indeleble para los asirios) actuó por deseo de Marduk, y luego fue castigado por él, de modo que los asirios como tales no tuvieron la culpa. Cuando los medos destruyeron Asiria, también destruyeron ciudades babilonias que no habían apoyado a Nabopolassar: por lo tanto, Marduk se ensañó con ciudades hermanas, hasta el punto de que el propio rey de Babilonia se lamentó. Por último, Nabucodonosor y Neriglissar empezaron a restaurar los templos y a recuperar los antiguos cultos, aunque con muchos aspectos provisionales e incluso discutibles. Awil-Marduk y Labashi-Marduk, pese a ser hijos y herederos de esos benefactores, eran tan impíos que no pudieron reinar. «Yo —concluye Nabónido— soy el auténtico heredero legítimo y continuador de Nabucodonosor y Neriglissar (lo han probado las estrellas y los sueños), yo he continuado y terminado la obra de restauración de templos, de los ajuares sagrados, de los cultos.» Y entonces Nabónido, entrando en detalles, después de recordar todo lo que ha hecho por la tríada Marduk-Nabu-Nergal, que es la tríada del núcleo central del estado (Babilonia, Borsippa y Kutha), añade a la anterior otra tríada de carácter astral: Shamash-Sin-Ishtar, que implica a varias ciudades periféricas (Larsa y Sippar para el dios solar, Ur y Kharran para el dios lunar, y Uruk y el mítico Akkad para Ishtar/Venus). Así puede incluir en este contexto global y sistemático su especial dedicación a la reconstrucción del templo de Sin en Kharran, que había permanecido en ruinas durante 54 años, y ahora es restaurado por voluntad de Marduk.

El discurso es necesariamente complejo, se sitúa sobre todo en el plano cultual y reconoce el papel central de Marduk como dios que asigna la realeza babilonia y determina los destinos del reino. Pero trata de ampliar el cuadro para dar satisfacción a varias ciudades y entornos de templos, sin ahorrar críticas al propio Marduk. Si este planteamiento de compromiso debió contrariar al clero de Marduk, la posi-

ción de Nabónido en las inscripciones de Kharran que conmemoran a su madre es todavía más marcada. En ellas atribuye a Sin un protagonismo que en el ambiente babilonio habría resultado intolerable, e incluso la facultad de asignar la realeza babilonia, con lo que nos hallamos ante una auténtica «herejía».

Un tercer punto de vista, el del clero babilonio, queda reflejado en un texto escrito en la época de Ciro, cuando Nabónido ya había sido derrotado. En él se resumen y retoman todas las polémicas contra él, que eran habituales antes de su fin. En realidad, se trata de una apología del conquistador Ciro, y de una acusación contra el rey depuesto Nabónido. Las acusaciones son sobre todo religiosas y cultuales: introducir un culto y un simulacro divino, el de Sin, que no existían en la tradición babilonia y son descritos en términos grotescos; omitir la celebración de la fiesta del Año Nuevo en Babilonia porque estaba enfrascado en la restauración del E-khul-khul; ser un ignorante, que no sabe leer ni escribir, confunde los rituales e interpreta los presagios a su buen entender. Además hay una acusación más política: abandonar Babilonia para establecerse en Teima de Arabia (después de matar al rey y a sus habitantes), y construir Teima a semejanza y casi como rival de Babilonia.

En efecto, si los primeros años de su reinado los dedicó a la consolidación interior y a la restauración de templos, luego Nabónido se trasladó a Arabia durante varios años (más de cinco, menos de diez), dejando el gobierno de Babilonia a su hijo Bel-shar-usur (el Baltasar de la Biblia). Dado que su traslado a Babilonia es un año posterior a la victoria de Ciro sobre Astiages y a la toma de Ecbatana, que marca el paso de la hegemonía irania del reino de Media al reino de Persia, es posible que la jugada de Nabónido guarde relación con el escenario internacional. Se ha pensado en un intento de movilizar la mitad occidental del reino (aramea y asiria), añadiendo el componente árabe, ya que la mitad oriental (babilonia y caldea) no era de fiar por la oposición religiosa antes mencionada. Se ha pensado que el traslado a Teima sirvió para formar una especie de «segunda línea» más protegida, al estar más alejada que Babilonia de la frontera irania. Si eran estas las intenciones, fracasaron por completo: Nabónido volvió a Babilonia la víspera del ataque de Ciro, y la resistencia, aunque ineficaz, se organizó con las fuerzas babilonias, y no con las fuerzas más bien fantasmagóricas arameas y árabes del oeste.

No cabe duda de que el traslado a Teima supone un distanciamiento de Nabónido del entorno babilonio y del culto a Marduk (así fue interpretado). Tal vez indica una inclinación religiosa que desconocemos, pero sobre todo indica que el rey prestaba una atención nueva a la realidad política y económica de Arabia. Hasta entonces se había considerado que este país era un mundo de nómadas escurridizos. Nabónido encontró en Hiyaz varias ciudades, la propia Teima y Dedan, Khaybar y Yathrib (la Medina de Mahoma), con reyes locales y una población sedentaria. Estas ciudades deben su importancia al control sobre las grandes caravanas que van de Yemen a Siria, y Nabónido, al conquistar Hiyaz, trata de asegurarse el control estable sobre un tramo importante de la ruta caravanera, hasta las inmediaciones de las ciudades yemeníes, eliminando a los intermediarios. En este sentido la jugada de Nabónido, en vez de enmarcarse en una estrategia defensiva contra los persas, lo hace en una estrategia activa en dirección contraria, e implica una incomprensión básica de la gravedad de lo que se estaba cociendo en el norte.

La «crónica babilonia», cuando señala durante varios años que el rey está en Teima, destaca implícitamente que no ha tomado parte en la celebración del Año Nue-

DOCUMENTO: INSCRIPCIÓN DE NABÓNIDO, DE KHARRAN

La alabanza de Sin, la estancia en Arabia, la asociación de Siria con Babilonia, son elementos dirigidos al «público» de Kharran, pero difíciles de aceptar por Babilonia.

«El gran milagro de Sin, que ninguno de los dioses y las diosas había sabido, que desde tiempo inmemorial no había sucedido nunca en el país, que el pueblo del país no había observado ni reseñado en tablillas para memoria futura: que tú Sin, señor de los dioses y de las diosas que residen en el cielo, has bajado del cielo (para venir) a mí, Nabónido rey de Babilonia. A mí, Nabónido, el aislado, que no tenía a nadie, en cuyo corazón no había aspiración a la realeza, los dioses y las diosas me rogaron y Sin me llamó a la realeza. A medianoche se me apareció un sueño que decía así: "Reconstruye enseguida el E-khul-khul, el templo de Sin en Kharran, y yo te entregaré todos los países".

»Pero los habitantes de Babilonia, Borsippa, Nippur, Ur, Uruk, Larsa, los administradores y los habitantes de las ciudades babilonias, actuaron mal y pecaron contra su gran poder divino, ignorando cuán terrible es la ira del dios Luna, rey de todos los dioses. Despreciaron sus ritos y pronunciaron palabras impías y desleales. Se devoraron mutuamente como perros, e hicieron que apareciesen entre ellos enfermedades y hambres. Él (Sin) diezmó a los habitantes del país, e hizo que yo dejara mi ciudad de Babilonia para dirigirme a Teima, Dadanu, Paddakhu, Khibra, Yadikhu, y hasta Yatribu. Durante diez años anduve por esas ciudades, sin entrar nunca en mi ciudad Babilonia.

»Por orden de Sin, rey de los dioses, señor de los señores, (orden) cumplida por los dioses y por las diosas que residen en el cielo, por orden del dios Luna, Sin, pusieron a Shamash, Ishtar, Adad y Nergal para que cuidaran de mi buena salud. En el transcurso de un solo año, en el mes de Nisan y en el mes de Teshrit, los habitantes de Babilonia y de Siria recolectaron los productos del campo y del mar, y durante todos esos años sin excepción Adad, el custodio de los diques del cielo y de ultratumba, por orden de Sin les proporcionó lluvia incluso en los meses de verano —en los meses de Siwan, Tammuz, Ab, Elul y Teshrit— para que pudieran llevarme fácilmente sus excedentes.

»Por orden de Sin, Ishtar señora de la batalla, sin la cual en el país no hay hostilidades ni reconciliaciones, y no se libra ninguna batalla, extendió su mano sobre ellos (los babilonios); el rey de Egipto, los medos, las tierras de los árabes y todos los reyes enemigos mandaron mensajes de reconciliación y amistad. En cuanto a los árabes [eternos enemigos] (?) de Babilonia, siempre dispuestos a saquear y a llevarse sus riquezas, por orden de Sin, Nergal rompió sus armas, y ellos se postraron a mis pies. Shamash, dios de las decisiones oraculares, sin el cual ninguna boca puede abrirse ni cerrarse, por orden de su amo el dios Luna, hizo que de nuevo se dirigieran a mí las palabras y los sentimientos de los habitantes de Babilonia y Siria, de suerte que empe-

zaron a servir y a obedecer mis órdenes por todas las lejanas montañas y los difíciles caminos por los que me adentraba.

»El plazo de los diez años llegó precisamente el día que el rey de los dioses, el dios Luna, había predicho, es decir, el 17 de Teshrit, (día) del cual se dice "día en que Sin es favorable". (Sigue una alabanza de Sin.)

»Antes de ese día mis consultas al adivino y al intérprete de los sueños no cesaban, pero dondequiera que durmiese los sueños eran confusos; hasta que por fin se cumplió la palabra, el tiempo maduró, el momento preciso predicho por Sin llegó. Entonces mandé un mensajero de Teima a Babilonia, la ciudad de mi señorío. Cuando lo vieron los babilonios llevaron dones y regalos en su presencia; los reyes de las regiones cercanas vinieron a besar mis pies, y los de las regiones lejanas urdieron y tuvieron miedo de su gran divino poder. Los dioses y las diosas que habían huido (de Babilonia) volvieron y trajeron sus bendiciones. Así mi fortuna se basó en las víctimas (de sacrificios) usadas para las decisiones oraculares.

»Hice que mis súbditos hasta en las regiones más alejadas vivieran en la abundancia, y yo emprendí el camino de casa en paz. Cumplí la orden de su gran cabeza divina, sin ser negligente: puse manos a la obra a la gente de Babilonia y Siria, desde el confín de Egipto en el mar Superior hasta el mar Inferior, a todos aquellos que el gran Sin me había confiado, y así reconstruí el E-khul-khul, el templo de Sin, y completé la obra. Guié en procesión a Sin, Ningal, Nusku y Sadarnunna desde Shuanna (Babilonia), mi ciudad real, y les conduje en alegría y felicidad (al E-khul-khul), instalándoles en un sólido pedestal. Hice abundantes las ofrendas para ellos, y prodigué los dones. Así llené el E-khul-khul de dicha y regocijé a su personal (sacerdotal). Yo he cumplido la orden de Sin, rey de los dioses, señor de los señores, que reside en el cielo, cuyo nombre sobrepasa al de los otros dioses del cielo: de Shamash que procede de él, de Nusku, Ishtar, Adad y Nergal que cumplieron la orden del dios Luna, superior a todos ellos.»

vo, y la fiesta ni siquiera se ha celebrado. Cuando el rey regresa a Babilonia (año 17), su preocupación inmediata es celebrar el Año Nuevo regularmente. Pero los hechos se precipitan, y los persas, que en los años anteriores ya habían hecho algunos amagos, intervienen militarmente. Ugbaru (Gobryas para los griegos), el gobernador de Gutium (como dice la crónica con un término arcaico), encabeza las tropas persas, vence una batalla en Opis, al atravesar el Tigris, y sin encontrar ya resistencia ocupa primero Sippar y después Babilonia. Cuando el trabajo está hecho entra Ciro en la ciudad, y es aclamado como «libertador» y triunfador. Nabónido es apresado. Como de costumbre, la principal preocupación de los vencedores es de orden cultual. De la crónica y de la apología de Ciro (el texto antes citado) se desprende que, si bien es cierto que los «guti» invasores (los persas) entraron en el Esagila, lo hicieron desarmados, y los ritos no sufrieron ninguna interrupción. Ciro se proclama ejecutor de la voluntad de Marduk, y restaurador de la normalidad cultual que Nabónido había subvertido. Babilonia no es destruida ni saqueada, simplemente queda incluida en el nuevo imperio, convirtiéndose en una de sus capitales. El fin del mundo

tiene lugar bajo el signo de la continuidad, y se procura por todos los medios que el descenso de categoría, que sólo se pondrá de manifiesto en los decenios posteriores, no resulte penoso y pase inadvertido.

3. La recuperación económica

Los sesenta años que separan la caída de las ciudades asirias de la entrada de Ciro en Babilonia están marcados por una recuperación económica que no afecta a todos los territorios del imperio caldeo, limitándose a dos polos fundamentales. El más importante, obviamente, es la Baja Mesopotamia, donde el fin de las guerras y las destrucciones que habían sido una realidad ininterrumpida durante siglos propicia una recuperación productiva y demográfica que, aunque no sea muy acusada por la brevedad del periodo, tiene continuidad en la época aqueménida. El hecho de que Babilonia sea el centro del imperio conlleva una afluencia de recursos desde las zonas periféricas —fruto de la recaudación y el pillaje. Ya hemos visto que estos recursos, junto con la creciente disponibilidad interna de raciones y mano de obra, se destinan masivamente a las obras públicas, tanto defensivas como cultuales. Las actividades comerciales también florecen en Babilonia, dado que es la capital política. El otro polo de desarrollo son las ciudades fenicias y filisteas que han seguido independientes en el litoral mediterráneo y sacan partido de su papel de punto nodal entre el imperio siromesopotámico y la nueva realidad mediterránea (en auge desde todos los puntos de vista), los contactos con Egipto y la salida al mar de las caravanas surarábigas. Mientras que el polo babilonio es sobre todo agrícola, político y redistributivo, el occidental es sobre todo comercial, de intermediación. Todos los territorios interpuestos (Siria y Palestina interiores, Alta Mesopotamia y Asiria) han quedado reducidos a un virtual desierto, en el que los restos de antiguos pueblos y de desterrados asirios sobreviven con bajos niveles económicos y culturales.

En Babilonia la recuperación es relativa. El país sale de una larga fase de decadencia y progresiva despoblación que toca fondo en los siglos X-VII. Con el final del siglo VII y el comienzo del VI la situación se remonta, la población aumenta sensiblemente, aunque sin volver a la densidad de la época de Hammurabi, por no hablar de los máximos alcanzados en la época de Ur III e Isin-Larsa. Por lo demás, resulta difícil determinar (de acuerdo con las prospecciones de superficie) qué proporción de este aumento corresponde a los 60 años de dinastía caldea, y qué porcentaje a la continuación de la recuperación que se produce bajo la dinastía aqueménida, ya que los «fósiles guía» cerámicos son difíciles de distinguir. En cuanto a los asentamientos, la recuperación afecta sobre todo a las ciudades, de acuerdo con los programas urbanísticos de los reyes caldeos, mientras que la población agrícola se mantiene en unos niveles moderados (de modo que en proporción desciende). Algunos factores de degradación son irreversibles, por lo menos a corto plazo. El empantanamiento de la Baja Mesopotamia, el consiguiente colapso de la red de canales, los bancales de la costa del golfo y el avance de las arenas del desierto hacia el Éufrates, asedian —por así decirlo— a las ciudades y a las culturas babilonias, que forman «islas» de gran productividad agrícola rodeadas de desierto en sus distintas formas: dunas de arena al oeste, pantanos al sur, frontera política al este y despoblación bélica al norte.

LIBER

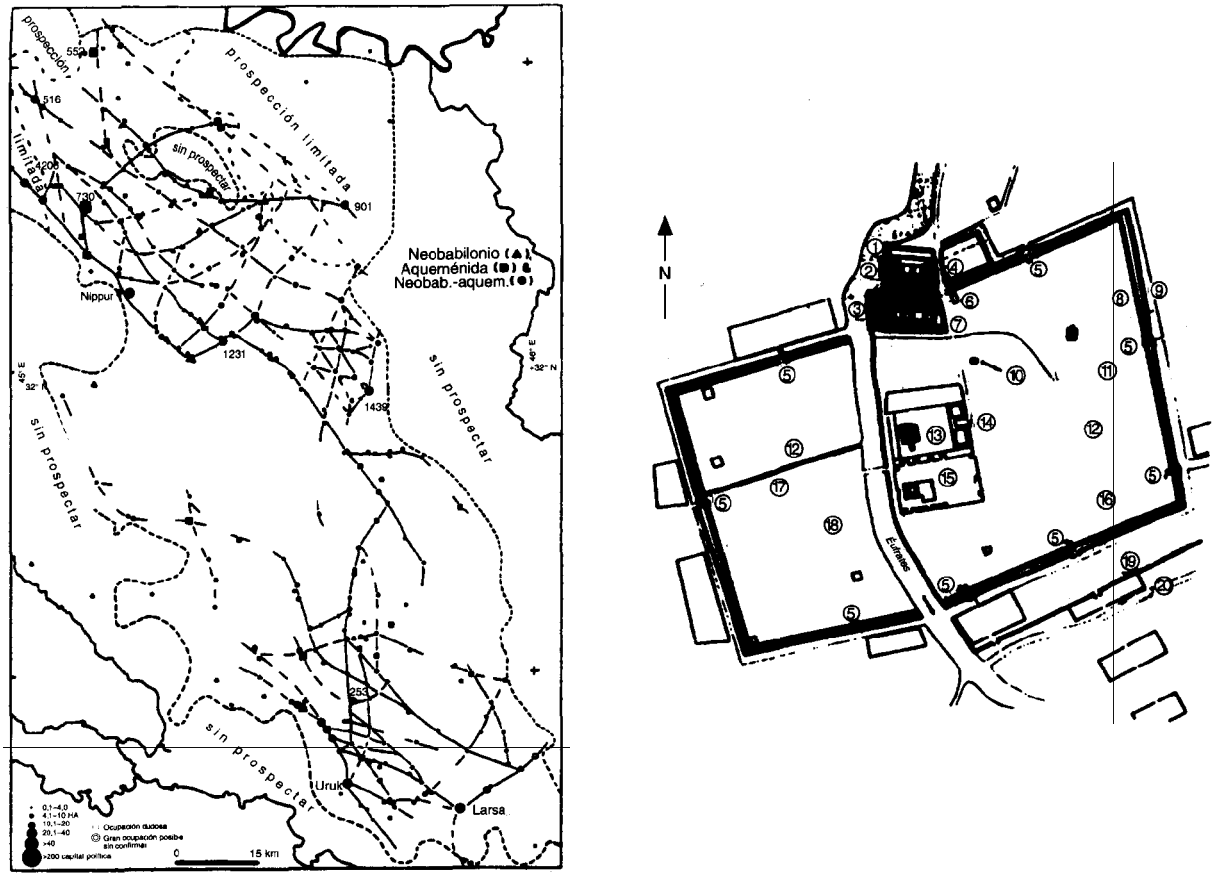


FIGURA 163. La recuperación de la población y la agricultura. *Izquierda*, asentamientos bajomesopotámicos de los pueblos neobabilonio y aqueménida. *Derecha*, planta de Babilonia.

LIBER

En estas condiciones, el auge urbanístico está acompañado de una recuperación agrícola. El paisaje socioeconómico de las campiñas babilonias es tan distinto como el geográfico de los siglos de oro. La pequeña propiedad «libre» casi ha desaparecido, pero tampoco las grandes fincas de los funcionarios reales constituyen un elemento importante. El paisaje agrícola está dominado por los latifundios de los templos y los latifundios del rey. En ambos trabaja una población campesina de condición servil. Los ex deportados (de la época asiria o recién llegados), ex deudores insolventes, y la nueva clase de los «oblatos» del templo (*širku*) se suman a los esclavos y a los asalariados —ninguna de estas categorías posee la tierra que trabaja. Por encima de ellos hay una clase de «administradores» del templo o del rey (*šatammu* y otras categorías de grado inferior). No se trata de propietarios (ausentistas o no), sino de lo que hoy llamaríamos gerentes de propiedades públicas, en su mayoría del templo, y despersonalizadas. En esta organización en grandes granjas públicas los administradores tratan de obtener beneficios personales. Pero, en líneas generales, la gestión de las tierras se basa en parámetros de valoración prefijados (en términos de rendimientos del suelo, porcentajes de los impuestos, porcentajes correspondientes a los administradores y a los campesinos, etc.), y es una labor esencialmente financiera, con elementos de programación plurianual, o por lo menos de valoración de las ventajas de una desecación, un cultivo arbóreo, etc. En este cálculo de la renta que corresponde a los operadores de todos los niveles y a la propiedad pública, se advierte a veces con mucha claridad la disputa entre el templo y el palacio real por la fijación de los porcentajes que corresponden a cada cual. Es probable que muchas de las reivindicaciones ciudadanas y religiosas, incluso la desavenencia entre Nabónido y el clero babilonio, tuviera su origen en estas cuestiones. Nabónido y su hijo Bel-shar-usur publican un edicto que trata de definir de una vez por todas lo que corresponde a cada parte, y en particular al palacio, y sin duda este edicto no debió ser del agrado de las administraciones de los templos, ya que a continuación hubo revueltas locales y el rey partió hacia Teima. De todos modos, sabemos, por lo menos en la zona de Uruk, que ha sido objeto de estudios al respecto, que las «granjas generales» que el rey pone a cargo de un funcionario-empresario único tuvieron un éxito discreto, sobre todo en la puesta en cultivo de las tierras abandonadas y en la racionalización global de la explotación agrícola. Esta organización a base de grandes «granjas generales» con administrador único, puede ser engañosa, ya que de los dos cultivos básicos de este periodo, cebada y palmeras, el segundo requiere una parcelación. La unificación de la gestión se hace con fines de simplificación fiscal, de unificación de las responsabilidades, en un sector como el del abastecimiento alimentario de las ciudades que se ha vuelto más serio que en el pasado. La separación entre la producción de comida en el campo y la necesidad de comida de la población urbana es más tajante. La segunda puede conseguir la comida en el mercado libre o participando en las obras públicas, pero ya no como retribución automática de su trabajo especializado.

Las actividades artesanales y de transformación también han experimentado grandes cambios de orden socioeconómico. De los grupos de trabajadores especializados, divididos por especializaciones y organizados con arreglo a escalas jerárquicas, que trabajan para el palacio y son retribuidos por él, se ha pasado a una suerte de «gremios» libres, en los que se asocian los especialistas de un ramo, y quizá posean una organización jerárquica interna. Pero estos «gremios» de artesanos necesitan com-

CONTRATO DE CESIÓN REAL A PARTICULARES DE TIERRAS AGRÍCOLAS CONTRA PAGO DE RENTAS AL EANNA DE URUK

«Shum-ukin, hijo de Bêl-zeri, descendiente de Basiya, y Kalbâ, hijo de Iqishâ, han suplicado a Nabónido, rey de Babilonia, en estos términos: "Que el rey nuestro señor nos dé 6.000 *kur* de tierras de labor para cereales, además de tierras para palmeras datileras, 400 jornaleros, 400 bueyes y 100 vacas adultas para ... de los 400 bueyes. Y nosotros daremos anualmente, en la estación de las aguas altas, a la Divina Señora de Uruk, la suma de 25.000 *kur* de cebada y la suma de 10.000 *kur* de dátiles".

»Nabónido, el rey su señor, acogió favorablemente su petición y dio a Shum-ukin, hijo de Bel-zeri, descendiente de Basiya, y a Kalba, hijo de Iqisha, 6.000 *kur* de tierras de labor, incluyendo el barbecho –la mitad del cual debe descansar cada año–, 400 jornaleros, 400 bueyes y 100 vacas adultas para ... de los 400 bueyes. Los bueyes y las vacas adultas no deberán desmejorar. Ellos (= Shum-ukin y Kalbâ) enseñarán al delegado real el crecimiento, lo que nazca, de las vacas adultas; y éste las marcará con la estrella de hierro de la Divina Señora de Uruk y se las devolverá a Shum-ukin y a Kalbâ. Éstos correrán con (los gastos de) la reparación de los arados deteriorados. Todos los años, en la estación de las aguas altas, Shum-ukin y Kalbâ le darán a la Divina Señora de Uruk la suma de 25.000 *kur* de cebada y la suma de 10.000 *kur* de dátiles, en total 35.000 *kur* de cebada y dátiles con arreglo a la unidad de medida de la Divina Señora de Uruk. Una vez sólo, el primer año, les serán entregados por el templo Eanna 3.000 *kur* de cebada para la siembra y 10 talentos de hierro (para los arados). ... Shum-ukin y Kalbâ son responsables el uno del otro en todo lo que hagan.

»(Testigos ...). (Estipulado en Larsa), mes de Nisan, día 28, año 1.º de Nabónido rey de Babilonia (= 555).»

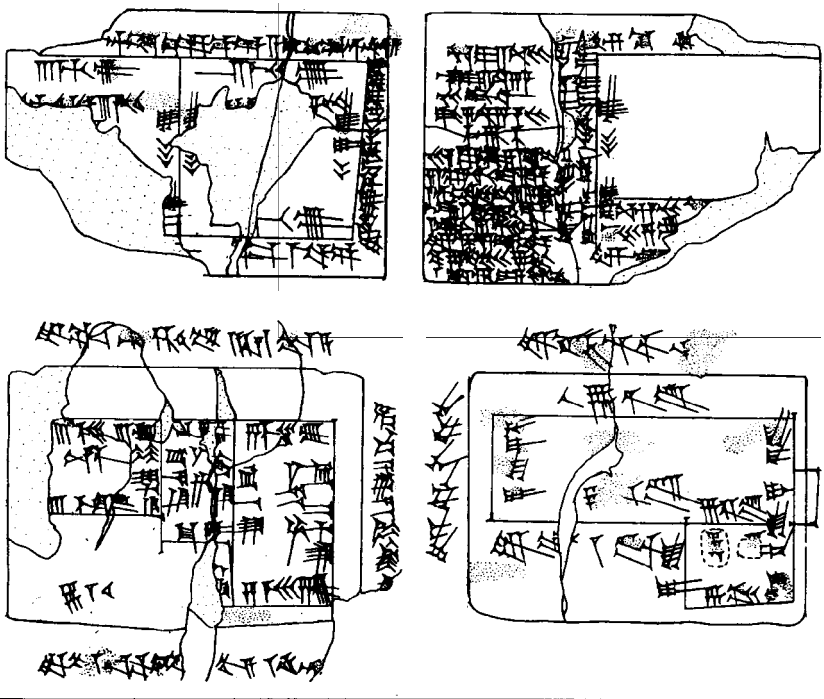


FIGURA 164. Agricultura neobabilonia. *Arriba*, texto de las «haciendas generales» del Eanna de Uruk. *Abajo*, plantas de campos de los periodos neobabilonio y persa.

LIBER

pradores, la administración palatina ya no se hace cargo de ellos. El palacio y el templo siguen siendo sus principales compradores, pero también hay compradores privados. Además, con los compradores públicos también se firma una especie de contrato, como entre partes ajenas, que define las condiciones económicas para la prestación de un servicio. En las administraciones del templo y el palacio (más grande y única la primera, diversas las otras y repartidas por la ciudad) sólo encontramos ahora algunas categorías que se ocupan de servicios «terciarios»: escribas, administradores y sacerdotes.

En cuanto a las actividades comerciales, la preponderancia de los aspectos financieros sobre los mercológicos, lejos de ser una deformación documental, refleja con exactitud la situación de la época. Ninguna de las dos grandes rutas comerciales de la época pasa por Babilonia. La ruta sur-norte atraviesa Yemen e Hiyaz y va a parar al litoral siropalestino, con ramificaciones hacia el delta egipcio. La ruta este-oeste pasa por otras tierras, enlazando con el lejano comercio indio y centroasiático en los centros de Pérsida, Susiana y Media, y canalizándolo hacia Lidia y el Egeo. Babilonia corre el riesgo de quedar al margen, en un nicho rico e importante, pero por un lado le cierran el paso los pantanos que la separan del golfo (al que ya se accede más bien desde Susiana, y no desde el País del Mar), y por otro la desolación en que las destrucciones bélicas han sumido al Éufrates medio y al Tigris medio. Si el nicho babilonio no se queda totalmente al margen, se lo debe a su fuerza de atracción como punto terminal del tráfico, como mercado (uno de los más importantes de su tiempo), y como centro político de primer orden. Por lo tanto, las actividades mercantiles, en sus aspectos operativos, están más bien en manos de los fenicios (un fenicio llamado Khanunu es el jefe de mercaderes de Nabucodonosor), los árabes y los iranios. Incluso las actividades comerciales, en la propia Babilonia, están en manos de extranjeros y ex deportados (sobre todo hebreos), como en el caso de las famosas «casas» de los Egibi primero y los Murashû después (en el periodo aqueménida). Son casas más financieras que propiamente comerciales, que obtienen la mayor parte de sus beneficios de actividades como el préstamo con interés y la gestión de la producción agrícola.

Vemos, pues, que la ciudad neobabilonia se ha convertido en algo muy complejo en el aspecto socioeconómico. Está dominada por el templo (y por el palacio, en el caso de Babilonia), es decir, por una organización pública suprapersonal, pero con una práctica, una estrategia y unos intereses propios de un particular. Junto a esta presencia se advierten otras: gremios de artesanos, «casas» comerciales y financieras y administradores públicos. Si nos paramos a pensar, veremos que se trata de todos los miembros privilegiados de las antiguas categorías de «siervos del rey», o sea del sector público, que ahora forman el sector de los «privados» (*mar-banūti*). La gestión financiera y judicial de la ciudad corre a cargo del binomio templo-consejo ciudadano (que representa a los gremios y casas). Ya hace tiempo que el antiguo sector «libre» de los pequeños propietarios campesinos ha sido sometido a servidumbre con varias formas de asalariados, deudores insolventes, oblatos, deportados agrícolas y siervos agrícolas. Esta servidumbre de hecho de la población agrícola, unida a la servidumbre formal de especialistas y administradores, da una impresión de «esclavitud generalizada», la que tuvieron los griegos del imperio persa. En parte responde a la realidad, pero también es cierto que nunca antes los sectores económicos ajenos al palacio y al templo, de estructura privada, habían alcanzado tal grado de desarrollo.

LIBER

4. La cultura neobabilonia

En una famosa carta de la época neoasiria, la ciudad de Babilonia proclama con orgullo sus tradiciones de «libertad» y cosmopolitismo. Los que entran en la ciudad gozan de sus privilegios, ya sean babilonios o extranjeros, sedentarios o nómadas, hombres o mujeres, seres humanos o incluso animales. En su «nicho» a salvo de las prevaricaciones imperiales, gracias a su prestigio religioso y cultural, Babilonia se ha convertido en un lugar de encuentro de pueblos, tradiciones y experiencias distintos. En esto se diferencia claramente de las capitales asirias, sobre todo de las artificiales, que son profundamente asirias y están enfrascadas en su labor de dirigir el imperio y llevar adelante una política de homogeneización y unificación. En el centro del imperio asirio también había una afluencia de personas y bienes de todo el mundo, pero eran exhibidos con fines celebrativos, o utilizados, o incluso concentrados en parques zoológico-botánicos, pero nunca eran admitidos como iguales en la sociedad asiria. En cambio, Babilonia, en conjunto, es una especie de «parque» en el que se pueden encontrar elementos de todo el mundo, pero es un parque vivo y natural. La ciudad contrapone inconscientemente la ideología de la unificación por acogida de lo distinto a la ideología imperial de unificación por supresión de lo distinto.

La sociedad y la cultura neobabilonias son, en buena medida, el resultado de situaciones de internacionalismo y sincretismo a escala etnolingüística, social y cultural. El carácter compuesto de la población se debe a la persistencia de un antiguo núcleo acadio, que había quedado muy mermado a raíz de la dura crisis demográfica poscasita, con aportaciones nuevas de carácter migratorio (tribus arameas, y sobre todo «caldeas»), y más tarde de carácter forzoso (desterrados con fines de repoblación, tanto en la época neoasiria como en la neobabilonia). A estos grandes niveles étnicos, que llevan a la preponderancia del arameo como lengua hablada (y, en menor medida, como lengua escrita), se suman otras aportaciones menos numerosas, pero muy eficaces cualitativamente, relacionadas con el papel central de la ciudad: refugiados políticos, mercaderes, artistas y especialistas de todas las disciplinas y mensajeros, que proceden de todas las regiones o de fuera del reino —egipcios, fenicios, árabes e iranios. Algunos sectores de actividad, como sobre todo el comercio, están en manos de comunidades extranjeras. Los antiguos desterrados, que en Asiria habían tenido pocas oportunidades de integrarse y prosperar, en Babilonia se ambientan muy bien y alcanzan posiciones económicas relevantes.

Pero esta base étnica variada, y esta confluencia de tradiciones distintas, no logra producir un modelo cultural consecuente, y tiene que callar, por lo menos a nivel oficial, frente a un modelo distinto, incluso antagónico: el arcaísmo nacionalista. El arcaísmo y la vuelta a las tradiciones antiguas aparecen, no por casualidad, cuando desaparece la vitalidad de la cultura local. Al sumerio, lengua que lleva ya muerta un milenio y medio, se suma el acadio, también muerto y reemplazado por el arameo como lengua hablada. Pero se sigue usando el acadio (en toda clase de textos, incluso en los que tienen carácter práctico), tratando de hacer que reviva la lengua «clásica» de la época de Hammurabi. También se sigue estudiando el sumerio, aunque con dificultades crecientes. En un mundo que ya conoce y utiliza profusamente el alfabeto, se sigue usando la escritura cuneiforme (unida indisolublemente al uso del acadio). La casta de los escribas tiene a gala el uso de signos raros, de logogra-

LIBER

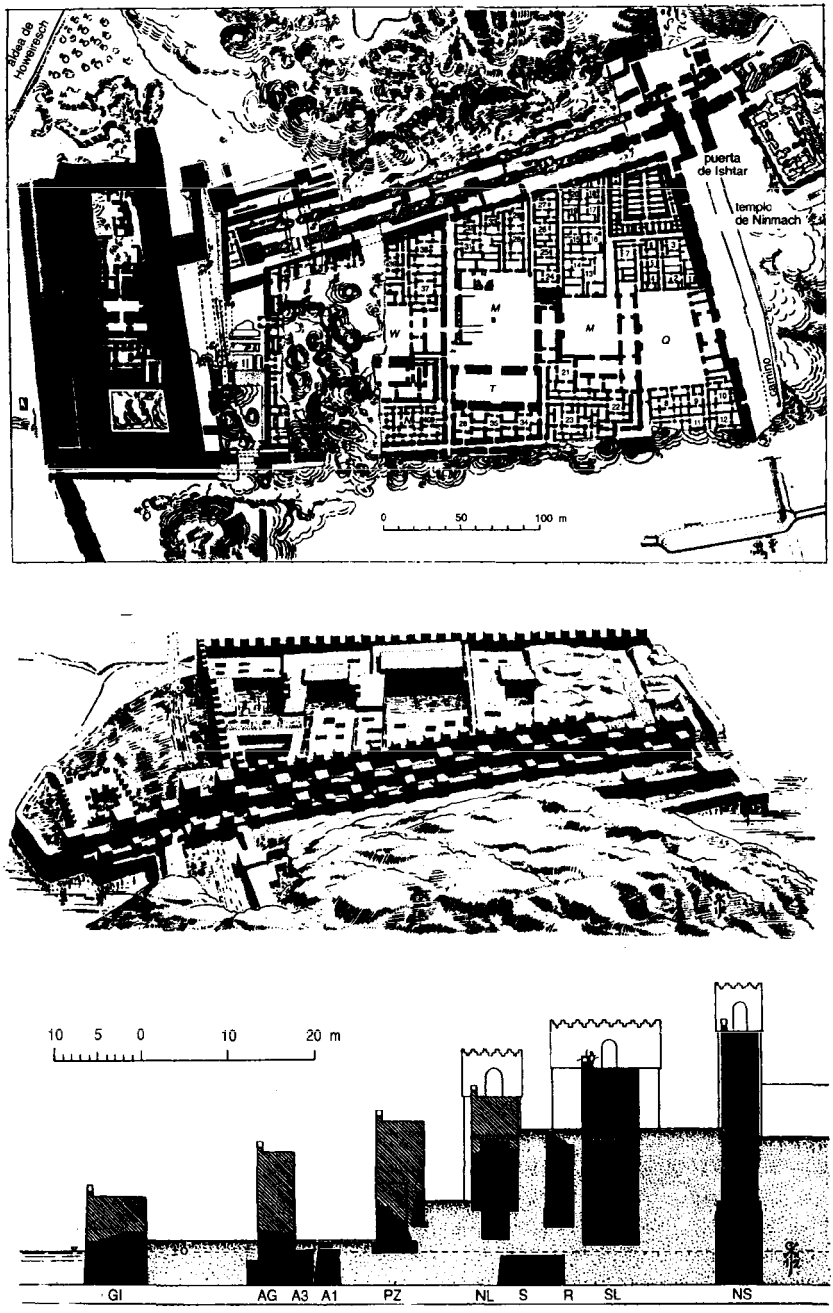


FIGURA 165. Babilonia, la fortaleza meridional. *Arriba*, planta. *Centro*, reconstrucción. *Abajo*, sección de las murallas del norte.

LIBER

mas, introduce verdaderas criptografías, sobre todo en ciertos tipos de textos (astronomía, hepatoscopia y medicina) cuyo manejo es un privilegio exclusivo de escribas y sacerdotes.

Hace tiempo que Babilonia no produce nada original en el campo de la arquitectura, la escultura o la sigilografía. Cuando la nueva posición de la capital imperial da rienda suelta a una impresionante actividad urbanística y ornamental, se pone un énfasis especial en el tamaño y la cantidad, luego en la vuelta a los modelos antiguos, y por último en la utilización de técnicas decorativas posclásicas (desconocidas en el periodo paleobabilonio) que se habían desarrollado en la época casita, sobre todo en Elam: la decoración pintada (y en relieve) esmaltada en ladrillos. El repertorio iconográfico recupera motivos de épocas anteriores, sobre todo en la glíptica, prestando especial atención a las etapas prestigiosas de la dinastía de Akkad y de la primera dinastía de Babilonia, llegando a realizar verdaderas imitaciones. Se advierte la misma tendencia en la composición de las inscripciones reales, en los títulos del rey y en las otras formas expresivas de la ideología real. Se recuperan y ponen otra vez en su sitio obras de arte antiguas y monumentos de los reyes antiguos. Otras veces se concentran en colecciones (como el «Museo» de la fortaleza nueva de Babilonia), que se añaden a las bibliotecas donde se guardan los textos literarios y religiosos del pasado.

Si los reyes mesopotámicos siempre habían procurado recuperar las inscripciones de los cimientos de los edificios restaurados por ellos, mencionándolas en auténticas «historias de edificios», ahora, con los reyes caldeos, hay una búsqueda afanosa de estas viejas inscripciones, sobre todo de las que datan de la dinastía de Akkad, a la que se considera el momento de máximo esplendor de Babilonia gracias a una identificación sustancial: Akkad = Babilonia, que también tiene una larga historia y se da por descontada (cuando Akkad ya está abandonado, y tal vez reducido al santuario de E-ulmash). Parece que este interés histórico y anticuario surge en detrimento de una actitud narrativa-celebrativa que había llegado a su ápice con los reyes neoasirios. Las inscripciones reales no sólo carecen de partes analísticas que relaten las hazañas militares, sino que también falta el relieve histórico, que ya no adorna los palacios reales.

Además del arcaísmo, la cultura neobabilonia se caracteriza también por el simbolismo en las expresiones figurativas, y el ritualismo en las expresiones comportamentales. Precisamente por no ser capaz de producir contenidos nuevos, la cultura presta una atención primaria a los aspectos formales. El formalismo es muy evidente en el campo religioso. La celebración de los ritos, las formas de presentación de los dioses, de sus simulacros y sus símbolos, la pronunciación de sus epítetos y de las fórmulas apropiadas, se convierten en la sustancia misma de la religiosidad pública y privada, y en un banco de pruebas para la credibilidad del soberano. Se potencia el uso de los símbolos, en perjuicio de las representaciones antropomórficas de la divinidad, y se potencia la repetición de la fórmulas antiguas en perjuicio de la producción de nuevas tramas míticas o ceremoniales.

Frente a este acusado formalismo de las representaciones oficiales, la religiosidad personal se refugia en formas distintas del culto público. Desde hace tiempo, la religiosidad popular se viene centrando en prácticas «mágicas», en el sentido de la acción (primero cognoscitiva, y luego eficaz a la hora de determinar o evitar algo) sobre la realidad mediante la acción sobre distintos sustitutos y representaciones de

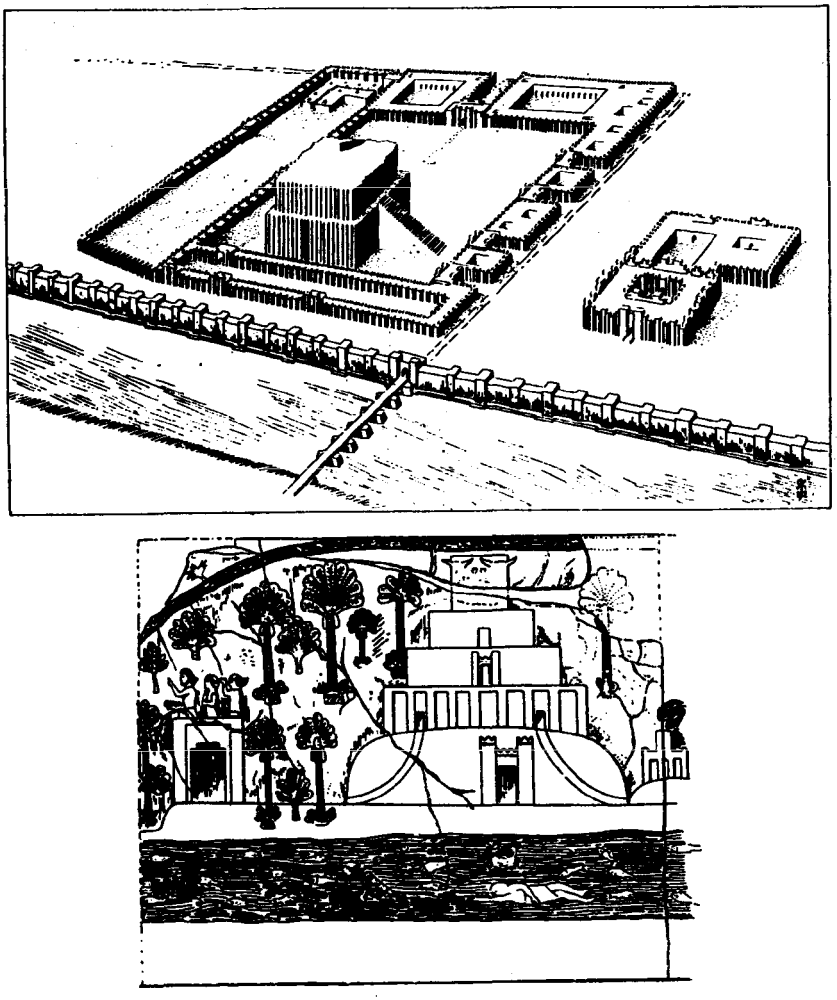


FIGURA 166. La torre de Babel. *Arriba*, reconstrucción. *Abajo*, representación en un relieve de Assurbanipal de Nínive.

ella. De modo que la religiosidad mesopotámica ya hace tiempo que se ha sentido atraída por el presagio y el exorcismo. Esta tendencia culmina en la época neobabilonia. Entre las distintas técnicas de presagios prevalece claramente la astronómica, por ser la más racional e inflexible de todas, ya que todo lo que sucede es relacionado con un movimiento de los astros regular y repetitivo, que forma un sistema rígido, acabado y cíclico —un sistema cuyo futuro es previsible y cuyo pasado es recuperable. Las otras técnicas, empezando por la hepatoscopia, estaban más relacionadas con lo excepcional, con unas características específicas, y por ello imprevisibles, distintas cada vez, y dejaban más margen a la iniciativa personal. En el apogeo de la

LIBER

época neobabilonia se llegan a formular horóscopos. En ellos, la posición de los astros en el momento del nacimiento determina para siempre el carácter y la suerte del individuo.

Al igual que el cambio no depende de la iniciativa personal, sino que está escrito en el ciclo de los acontecimientos —un ciclo reflejado por los fenómeno astrales—, la esperanza en un cambio futuro ya no es fruto del comportamiento, y se encomienda, perezosamente, al curso de los acontecimientos. Es así como nace el género de la apocalíptica, en el que un imperio sucede a otro y a éste otro más, sin que humanamente se pueda acelerar o evitar el fin inexorable. Ni siquiera los dioses pueden influir realmente en esta sucesión, en esta alternancia del bien y del mal. Ellos también son impotentes ante el destino escrito en los astros, o ante los ciclos del poder y la decadencia que los reproducen.

Para los griegos, que sólo conocerán el segmento final y esclerotizado de la larga tradición cultural mesopotámica, las ciencias típicas de los «caldeos» son, precisamente, la astronomía y la magia. La primera es la ciencia cognoscitiva del futuro, y proporciona un conocimiento rígido, que no deja escapatoria. La segunda propone remedios operativos al superponer a lo que está determinado una determinación más fuerte todavía: una atadura paralizante o una desatadura forzosa, en suma, una alteración del curso previsto y normal mediante una intervención anómala. Mientras que en un universo con previsiones abiertas las intervenciones mágicas eran perfectamente compatibles y útiles, en un universo determinado astralmente la magia es relegada y tachada no sólo de anómala, sino también de maligna y subversiva.

LIBER

32. LOS MEDOS Y LA UNIFICACIÓN PERSA

1. LOS PUEBLOS IRANIOS DESDE LAS MIGRACIONES HASTA LA ÉPOCA ASIRIA

Como se recordará, las florecientes culturas urbanas del Bronce Antiguo en el área irania sufrieron una crisis en torno a 1800. Los centros urbanos fueron abandonados progresivamente y hubo una reconversión al poblamiento por comunidades de aldea, a una economía agropastoral y a una dimensión local de las estructuras políticas y administrativas. El fenómeno afectó con distinta intensidad no sólo al área irania, sino también a la centroasiática y al valle del Indo. Por lo tanto, se debió a situaciones y factores no estrictamente locales, y probablemente complejos. Una crisis interna, que indujo utilizaciones distintas del medio, pudo ser la condición, más que el resultado, de un recambio de la población a largo plazo, con difusión hacia el sur de los pueblos indoiranios.

Una primera oleada de protoindoiranios llegó precozmente al extremo suroeste de Irán (poco después del comienzo de la crisis y la reestructuración demográfica), para irrumpir en el Creciente Fértil con los portadores de nombres indoiranios del ambiente de los *maryannu* y de Mitanni, y con la difusión del carro de guerra ligero y los caballos. A esta primera oleada, que sin duda tenía una fuerza expansiva considerable, vinculada a su carácter militar y tecnológico, le siguieron otras, en un proceso prolongado cuya eventual conexión con la secuencia de las culturas del Bronce Medio y Tardío, y luego de la primera Edad del Hierro en Irán, es muy difícil de establecer.

A mediados del siglo IX (textos de Salmanassar III) los asirios entran en contacto en los Zagros con los pueblos iranios de la segunda oleada (el principal de los cuales es ya el de los medos, por lo menos desde el punto de vista asirio). Esta oleada se ha separado ya del elemento indio, que ha seguido otros derroteros. Por lo tanto, se considera probable que la iranización etnolingüística de la meseta se llevó a cabo en el periodo comprendido entre 1300 y 900, con la marginación progresiva del nivel preindoeuropeo, especialmente arraigado y resistente en los Zagros, desde Urartu hasta Elam.

A medida que la documentación escrita permite identificar pueblos y estructuras estatales, la distribución de los pueblos iranios aparece con más claridad. Se identifican varias unidades etnolingüísticas que podríamos llamar «naciones» (ya que el término «tribu» sería demasiado reductor), en el sentido en que este término puede tener validez para la Edad del Hierro: entidades que se reconocen unitarias por motivos lingüísticos, religiosos y gentilicios. Cada nación está formada por tribus y entidades menores, con una organización que, por un lado, refleja la estructura pro-

DOCUMENTO: EL MONOPOLIO REAL DE LOS CABALLOS DE GUERRA EN ARMENIA Y MEDIA: SARGÓN (FINALES DEL SIGLO VIII), JENOFONTE (PRINCIPIOS DEL SIGLO IV), ESTRABÓN (FINALES DEL SIGLO I)

Sargón II, octava campaña, 170-173

«La gente que reside en este distrito (Zaranda) no tiene igual en todo el país de Urartu en cuanto a su habilidad con los caballos de silla. Todos los años toman los potros, oriundos de ese vasto país, que son criados para el ejército real. Hasta que (los potros) no son llevados al distrito de Subi —al que los urarteos llaman la tierra de los manneos— y no son examinados en la prueba, no los montan: "salida", "vuelta", "regreso" (todos los movimientos) necesarios para la batalla no les enseñan, y el tiro permanece desenganchado.»

Jenofonte, Anábasis *IV.5.34*

«Crisofo y Jenofonte le preguntaron al jefe de la aldea, por medio del intérprete que hablaba persa, en qué país se hallaban. "En Armenia", contestó. También le preguntaron quién criaba los caballos del país. Respondió que eran el tributo destinado al rey (de Persia). ... Los caballos de este país eran más pequeños que los persas, pero mucho más fogosos. En aquella ocasión el jefe de la aldea enseñó a los griegos a envolver los pies de los caballos y jumentos con un saco, cuando tenían que atravesar la nieve: de otro modo se habrían hundido hasta el vientre.»

Estrabón XI.13.7

[Media] «Lo mismo que en Armenia, la tierra brinda un pasto enormemente favorable para la cría de caballos. En particular, allí hay un pasto llamado "pastura de caballos" que los viajeros que vayan desde Persia o desde Babilonia hasta las Puertas Caspias atraviesan en toda su extensión. En el tiempo de los persas, se dice, alimentaba a cincuenta mil caballos que formaban las manadas reales. En cuanto a los caballos neseos, reservados al rey por ser los mejores y más grandes, algunos dicen que su raza es originaria de esta zona, mientras que para otros proceden de Armenia. Lo mismo que los caballos que hoy se llaman párticos, su aspecto particular los distingue de los caballos griegos y de las otras razas que existen en nuestros países. Recordemos que la hierba mejor para alimentar a los caballos es conocida entre nosotros con el nombre especial de "hierba médica" [alfalfa] porque crece abundantemente en ese país.»

Estrabón XI.14.9

[Armenia] «El país se presta tan bien a la pastura de los caballos —por lo que no es del todo inferior a Media— que allí también se crían los caballos neseos que antaño estaban reservados para el uso de los soberanos persas. Cada año, en la época de las fiestas de Mitra, el sátrapa de Armenia enviaba 20.000 potros de estas manadas al rey de Persia.»

ductiva y de poblamiento y, por otro, implica varios niveles de dirección política. Las principales naciones son: los medos, al pie de los Zagros septentrionales, los persas en la zona del antiguo país de Anshan, los hircanos y los partos al este del Caspio, los bactrianos y sogdianos al norte del Hindukush, los arios, drangianos y aracosios en Irán central, y otras. Sólo se tendrá un cuadro completo al comienzo del imperio aqueménida, cuando Darío I organice las satrapías imperiales, pero casi todos los nombres de estas naciones iranias aparecen ya en textos anteriores (sobre todo asirios) o en tradiciones (sobre todo griegas) referidas a la época preaqueménida. La localización más antigua no siempre coincide con la final, y es posible que en la época asiria (siglos IX-VII) todavía hubiera cierta movilidad, pero acabaron prevaleciendo las formas sedentarias de asentamiento y explotación del medio, y se formó un sistema político-territorial en el que cada nación ocupaba un distrito geográfico preciso, delimitado por los distritos colindantes.

Por lo que conocemos, tanto a partir de los datos arqueológicos como de los textos de la época, la economía de los pueblos iranios en el periodo comprendido entre 1300 y 600 es, esencialmente, agropastoral. El pastoreo tiene un importante papel, como ha ocurrido siempre en la meseta iraní. Pero además del ganado vacuno (en los valles de regadío y el delta) y lanar (en las zonas semiáridas centrales) se añaden dos formas características más recientes: el ganado equino, sobre todo en el norte de los Zagros (manneos y medos), y la cría del camello «bactriano» (con dos jorobas), procedente de Asia central, que se difunde por la meseta iraní y junta su zona de difusión con la del dromedario árabe. Los caballos y los camellos acrecientan el poderío militar y comercial de los pueblos iranios, y también despiertan el interés de los imperios mesopotámicos, que ponen la mira en los nuevos recursos y en las rutas comerciales abiertas con su aparición, que atraviesan las grandes extensiones iraníes comunicando el Creciente Fértil con Asia central. Desde allí, tras una pausa de un milenio, vuelven a llegar el lapislázuli afgano y el estaño en cantidades importantes.

En cuanto a la agricultura, la formación de las naciones iranias de la Edad del Hierro está relacionada con una difusión (distinta de la realizada por las culturas urbanas del Bronce Antiguo) de nuevos sistemas de irrigación, que se adaptan a los distintos ecosistemas. A la irrigación por acequias de superficie, típica de los medios aluviales y, en particular, de los deltas, se añaden el sistema de irrigación subterránea de los *qanat*, típico de las zonas de lomas y montañas, y una red de oasis grandes y pequeños repartidos por las zonas semiáridas centrales.

Sobre estos cimientos agropastorales los pueblos iranios se difunden desplazando a los habitantes preindoeuropeos, valiéndose también de su especial cohesión y su eficaz organización sociopolítica. Los elementos sociales en alza guardan relación con los citados elementos económicos y tecnológicos. Así, el control de la irrigación favorece la puesta en cultivo de tierras infrautilizadas; el uso del caballo montado directamente, sin enganchar al carro, proporciona la superioridad en la batalla, por su movilidad, fuerza de choque, agilidad y explotación del éxito. Pero, al margen de estos hechos técnicos, existe también una evidente cohesión gentilicia y social, basada en una división de la sociedad en funciones asignadas a segmentos hereditarios, que tienden a convertirse en auténticas castas. En los distintos niveles de documentación aparecen manifestaciones de una «ideología tripartita» y una tripartición efectiva de la sociedad irania en la clase de los sacerdotes, la de los guerreros y la de los cam-

pesinos (productores). Esta división social no es como la de las culturas de elevada urbanización y especialización laboral —que es más sofisticada (al margen de la división básica entre productores y especialistas), pero no hereditaria, o por lo menos no vinculada a estructuras gentilicias. Tampoco es como la estructura gentilicia sin diferenciar de las tribus no urbanizadas y marginales, a las que sustituye.

La función «guerrera» está relacionada, evidentemente, con el ejercicio de la guerra, el control de los caballos y la dirección de las embrionarias estructuras nacionales-estatales. La función campesina lo está con la irrigación y el aumento de la productividad agropastoral, mientras que la función sacerdotal corre a cargo de los magos, que son los únicos oficiantes del culto (sacrificios, exorcismos, etc.) e intérpretes de las señales del mundo divino. En el ámbito de este ejercicio sacerdotal, y con un distanciamiento muy polémico de las religiones tradicionales, aparece la nueva ideología religiosa, basada en una fuerte carga moral dentro de una visión dualista del mundo, polarizado entre el principio del bien, personificado por el dios Ahura Mazda, y el principio del mal, personificado por una especie de antidiós. Esta nueva ideología religiosa se superpone a los cultos anteriores y pretende combatir el mal con una movilización de los seguidores del único dios Ahura Mazda. Según la tradición, su fundador fue Zoroastro, del que se tienen noticias muy imprecisas que hacen dudar de su existencia histórica.

La ubicación histórica de Zoroastro y de las primeras manifestaciones del mazdeísmo es objeto de varias hipótesis, basadas en el análisis de los textos más antiguos, recopilados en el Avesta, que es su libro sagrado. Los tipos de sociedad y organización política que caracterizan al medio originario del mazdeísmo son muy sencillos, no implican un estado unitario ni grandes concentraciones urbanas. En el aspecto lingüístico, los textos más antiguos del Avesta nos remiten a un ambiente iranio oriental o nororiental, y la ambientación geográfica también apunta en esta dirección. Por lo tanto, se cree que el mazdeísmo surgió en Bactriana, o en Sistan, desde donde se extendió a las otras naciones iranias, llegando, en particular, hasta los medos y los persas.

La datación del comienzo del mazdeísmo es más polémica. La fecha tradicional de Zoroastro, en torno a 600, se ha puesto en entredicho, pues no cabe duda de que es el resultado de unos cálculos artificiosos de los cronógrafos antiguos. Pero sigue siendo una fecha apropiada para el momento en que el mazdeísmo aparece en los documentos, con los primeros soberanos aqueménidas (*c.* 550), cuando se convierte en la religión oficial del imperio. La eventual «prehistoria» del mazdeísmo carece de relevancia histórica, y sólo se reconstruye para dar una duración adecuada a un presunto periodo de formación preaqueménida. Hoy día se barajan dataciones de 1100-1000 para Zoroastro (suponiendo que sea un personaje histórico), lo que implicaría una transmisión tradicional (oral) de medio milenio, tanto de la figura de su fundador como de los principios de su religión. Es demasiado tiempo para dar credibilidad a las tradiciones. Por otra parte, no parece que las condiciones sociopolíticas en las que se enmarcaría el primer mazdeísmo difieran mucho entre 1100 y 600, por lo menos en lo que respecta al centro y este de Irán, o incluso al norte. Si bien el nombre de Ahura Mazda y algunos elementos de su culto podían haber estado presentes en Irán antes del siglo VII, parece claro que las implicaciones ético-políticas que confieren fuerza e importancia histórica al mazdeísmo serían anacrónicas antes de la formación del imperio aqueménida.

2. El reino de Media: formación y expansión

En el periodo comprendido entre los siglos IX y VII, las noticias hitórico-políticas de la meseta iraní proceden sobre todo de Asiria, y en general se refieren a la franja suroccidental, al pie de la cadena de los Zagros. Los datos arqueológicos también son más abundantes y puntuales para esa franja, en comparación con las zonas orientales y septentrionales de la meseta. Las formaciones estatales mejor conocidas son el reino de los manneos, al sureste del lago Urmia, comprendido entre Urartu, Asiria y la tribu de los medos; el reino de Ellipi, en la zona de Kermanshah (Luristán); y, por último, las propias tribus de los medos, que ocupan la zona de los Zagros, los desiertos centrales y el macizo septentrional de Demavend (el monte Bikni en los textos asirios).

No se trata tan sólo de una mayor cantidad de documentos: estas formaciones estatales, contiguas al imperio asirio, estuvieron sometidas en mayor medida a sus presiones e influencias, que provocaron una transformación más rápida y avanzada del estado tribal hacia unas estructuras políticas más sólidas. La penetración asiria se efectúa aprovechando una serie de expediciones militares, que culminan con el reinado de Sargón II primero y Asarhaddon después, y sólo son la parte visible de una serie de contactos comerciales y políticos, motivados, sobre todo, por los recursos estratégicos de la zona. Asiria también trata de transformar las actividades belicosas de esos pueblos en fuerzas controladas, que ayuden a la implantación de la política imperial. El control asirio directo no llega mucho más allá de los Zagros, pero el imperio realiza un gran esfuerzo de penetración siguiendo la gran ruta del Khorasán, que parte de Babilonia para remontar el Diyala, pasa por Kermanshah, atraviesa la divisoria de aguas en Behistun, llega a Hamadan y sigue hacia el noreste, hasta Asia central. Es un intento bastante efímero de reducción a provincia e instalación de centros asirios, en virtud del cual el indígena Kharkhar pasa a ser Kar-Sharrukin, y el indígena Elenzash pasa a Kar-Senaquerib. Aunque estas avanzadillas de la provincialización asiria son efímeras, y más tarde hay un retroceso que afecta incluso a Zamua (tierra asiria desde la época de Assurnasirpal II), sirven para llevar un modelo de organización administrativa, tributaria y estatal hasta el mismo corazón de Ellipi y Media.

En el aspecto arqueológico, los hallazgos casuales y las excavaciones sistemáticas han enriquecido nuestros conocimientos acerca de este medio iranio occidental de la periferia del imperio asirio. La ciudad de Hassanlu es representativa de la cultura de los manneos, y revela que esta nación de domadores de caballos, de montañeses belicosos (tal como los describe la parte asiria), había llegado a tener estructuras palatinas respetables, que competían con las vecinas ciudadelas urarteas y eran centros de una organización estatal capaz de superar el nivel de agrupamiento tribal, de otorgar una función específica a las oligarquías militares locales y de dar destinos concretos a las ganancias obtenidas con el comercio y la ganadería. El reino de Ellipi alcanzó un nivel parecido, a juzgar por la ciudad de Godin Tepe, que en los niveles de los siglos IX-VII presenta un refuerzo muy acusado de las estructuras defensivas y de almacenamiento, reflejo de su posición estratégica en la ruta comercial antes descrita. De la zona montañosa comprendida entre la cuenca del Urmia y los valles de Luristán procede el material (en parte heterogéneo) conocido como «tesoro de Ziwiye». Es un conjunto de objetos de marfil y vasos metálicos, que se encontraban en las

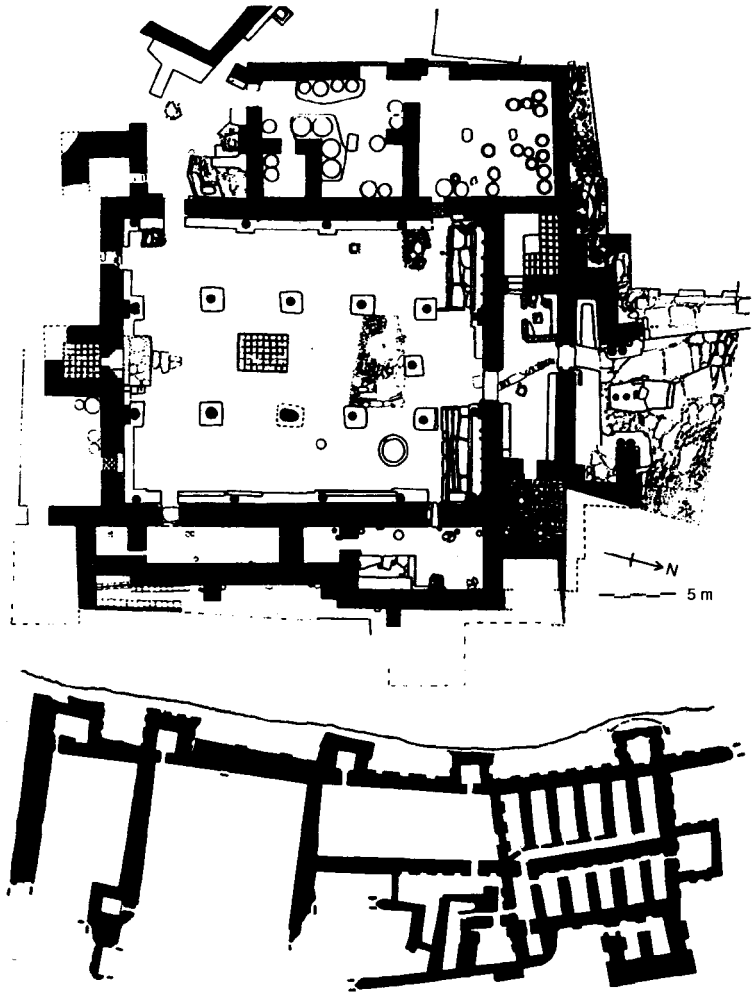


FIGURA 167. Arquitectura de los manneos. *Arriba*, el palacete de Hasanlu (nivel IV). *Abajo*, fortificaciones y almacenes de Godin Tepe (periodo IV, fase 4).

tumbas antes de ser introducidos sin control en el mercado clandestino. Nos da una idea de los procesos de ostentación y atesoramiento de objetos de lujo que se podían permitir los jefes de tribu de estas montañas, gracias al control que ejercían sobre el comercio entre el imperio asirio y las tierras iranias. También refleja la progresiva pero rápida aparición de una cultura local, marcada por la influencia asiria (y también urartea), pero con aportaciones procedentes de las estepas centroasiáticas (cuyo vector debieron ser los escitas). Sobre Media, en sentido estricto, estamos peor documentados, pero el desarrollo urbanístico (y específicamente palatino) y la producción artesanal de la zona de Hamadan no debían ser muy distintos de los de la zona de Kermanshah.

LIBER

Para esta época tenemos menos documentación de los otros dos polos de desarrollo de las naciones iranias (que, por otro lado, quedan fuera del área examinada en este volumen): uno es Pérsida (Anshan o Anzan), que permanece como aplastada por la preponderancia del componente elamita hasta la destrucción de Susa por Assurbanipal, y luego, de forma casi repentina, se revela como una vigorosa nación, con una dinastía real persa que la caída de Elam pone en contacto directo con Asiria. El otro polo es Bactriana. Probablemente, era el aglutinador político de las naciones iranias orientales, no en vano se suele hablar de un reino de Bactriana (o de una «gran Bactriana», para indicar que incluye otras naciones). En realidad, los motivos para postular una «gran Bactriana» son de tipo indirecto: menciones en fuentes clásicas (referentes a la época de Alejandro Magno), y sobre todo la convicción de que los medos, y quizá los persas, no debieron conquistar las naciones del este iranio por separado. Se cree que las sometieron de forma rápida y conjunta, como si ya estuvieran reunidas en una sola formación política. Esta hipótesis necesita más pruebas; de momento desconocemos el grado de centralización política que ejerció la presunta «gran Bactriana» sobre las naciones satélites. En cualquier caso, parece evidente el retraso del Irán «exterior» y nororiental tanto en el proceso de agregación política como en el de ordenación hidrológica y urbanística del territorio.

Hasta el reinado de Asarhaddon, los medos, para los asirios, son un pueblo emblemáticamente «lejano» (así son llamados de forma estereotipada, subrayando su situación exterior) y dividido. En los textos históricos Asarhaddon cita tres jefes medos: Uppis de Partakka (zona de Isfahan), Zanasana de Partukka (¿Partia?) y Ramataya de Urukazabarna (de situación desconocida). En los juramentos de fidelidad estipulados con motivo de la sucesión al trono asirio, los jefes medos son más numerosos: una vez eliminadas Partakka y Partukka (probablemente por quedar demasiado lejos), a Ramataya se añaden Tuni de Elpa (Ellipi), Bur-Dadi de Karzitali, Khumbaresh de Nakhshimarta, Khatarna de Zkrisi, Larkutla de Zamua y un rey de Izaya cuyo nombre falta. Esta lista, con su mezcla de elementos onomásticos iranios y elamitas, abarca toda la zona central de los Zagros y confirma su fragmentación política, así como el reconocimiento de la soberanía asiria, en torno a 670.

Pero en esas fechas también se produce un hecho crucial: los oráculos asirios hablan de un Kashtaritu, rey de los medos, correspondiente al Fraortes de Heródoto, que es el fundador de la potencia de los medos. Kashtaritu/Fraortes ataca a los asirios, une a los medos, manneos y cimerios, y logra la sumisión de los persas (Teispes, rey de Anshan). En una palabra, crea una formación política unitaria (aunque no centralizada) que se extiende desde el lago Urmia hasta Pérsida y desde los Zagros hasta Demavend. El proceso es bastante repentino, porque la identificación de algunos personajes citados en los textos asirios con el Deioces de Heródoto (fundador de Ecbatana, la capital de Media) y con Ciaxares, son bastante problemáticas, y su papel unificador queda en entredicho con la visión que proporcionan los tratados de Asarhaddon. Se ha explicado esta rápida unificación como reacción a las incursiones de los escitas, pero más bien se trata de la culminación de un proceso de agregación política motivado sustancialmente por la presión e influencia de Asiria. Las naciones iranias, aprisionadas entre el imperio asirio y las tribus nómadas centroasiáticas, se unieron en torno a los medos.

A Kashtaritu/Fraortes le sucedió Ciaxares (II, para quienes aceptan la existencia del I), hacia 625. Ciaxares venció a los escitas, acabando con sus incursiones, y pue-



FIGURA 168. Aljabas de bronce decoradas, de Luristán (siglos VIII-VII).

LIBER

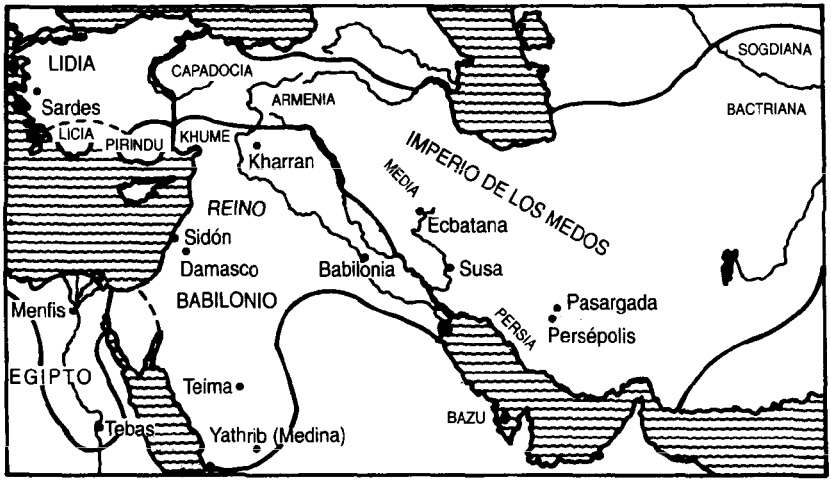


FIGURA 169. Oriente Próximo bajo el dominio de medos y caldeos (*c.* 600-550).

de que lograra anexionar Bactriana y las otras naciones nororientales a su reino mediante alianzas matrimoniales. En 614, al pie de las murallas de Assur destruida, selló una alianza con Nabopolassar, rey de Babilonia; dos años después los aliados destruyeron Nínive y acabaron con el imperio asirio. La caída del imperio asirio afianzó a Ciaxares en el flanco interior, al igual que la sumisión de escitas y bactrianos le habían afianzado en el exterior, pero dejó abierta la posibilidad de que se produjeran nuevos movimientos. Ciro I, rey de Persia (que sucedió a su padre Teispes en 620) entró en contacto con los babilonios, quizá para distanciarse del reino de Media y reforzar su independencia. Los manneos y urarteos se enfrentaron a los babilonios, y aunque de forma distinta, también ellos trataron claramente de distanciarse de los medos, que eran ya hegemónicos en todas las demás tierras. Pero Ciaxares fue capaz de neutralizar estas maniobras. Hacia 600 sometió a Cambises I, hijo de Ciro I; hacia 590 sometió a los armenios, y poco después se enfrentó al reino de Lidia.

La muerte de Ciaxares señala el fin de la expansión meda y el establecimiento de un sistema de alianzas entre los reinos supervivientes: Media, Babilonia, Lidia, Cilicia y Egipto. El hijo y sucesor de Ciaxares, Astiages, se halla en el centro de este sistema de alianzas matrimoniales, políticas y comerciales, que se traduce en treinta años de paz para Oriente Próximo. Durante este periodo la capital de Astiages, Ecbatana (la actual Hamadan), situada donde la gran ruta comercial del Khorasán corta el punto de contacto entre las montañas boscosas de los Zagros y la meseta iraní árida y esteparia, se halla en el centro de un vasto «imperio», que por su extensión es comparable, si no superior, al recién desaparecido imperio asirio. Pero es difícil llamar imperio a la formación encabezada por Astiages, por dos motivos. El primero es que los territorios controlados por ella no incluyen las zonas de mayor concentración demográfica (y en particular urbana): Mesopotamia, Egipto y valle del Indo. El reino de Media abarca más bien los territorios bastante despoblados (o poblados en «oasis») y ricos en recursos que tradicionalmente habían formado la periferia de

los imperios, más que los propios imperios. El segundo motivo es que la formación política tiene una escasa cohesión política, ya que todavía es muy reciente la costumbre de autogobierno de las naciones iranias, y la hegemonía de los medos se basa en las relaciones personales entre los jefes de las distintas naciones, más que en una conquista militar con la imposición de un rígido sistema tributario y de gobierno provincial. Las tradiciones políticas de los medos no son capaces de sostener una formación imperial. Recordemos que los lidios pasan sin previo aviso de la guerra a la alianza, y la forma en que se consigue la adhesión de los persas y los bactrianos. Pese a ser grandes guerreros (dotados de tradiciones específicas en este campo), los medos no parecen estar interesados en llevar adelante una estrategia imperial. Los escasos decenios que dura su dominio en Oriente Próximo se caracterizan por la estabilidad. El escenario cambiará con la intervención de los persas de Ciro II el Grande, que en el transcurso de unos años (entre 553 y 550) se rebelan contra los medos y pasan de dominados a dominadores. Los persas tienen una tradición mucho más sólida a sus espaldas: Elam (de Susa a Anshan), con toda su historia de intervenciones militares y políticas en el corazón de la planicie mesopotámica, y con toda su experiencia de control «confederal» de las comarcas montañosas. Ciro se hará eco de las experiencias políticas y organizativas de Elam y las combinará con el renovado ímpetu militar e ideológico de las naciones iranias, para iniciar una fase nueva en la historia del Oriente Próximo antiguo.

3. Los persas y la unificación de Oriente Próximo

La coexistencia pacífica entre medos, babilonios, lidios y egipcios fue interrumpida bruscamente por iniciativa de una nación irania, que no se conformaba con su papel secundario (subordinado a la hegemonía de los medos), y ya había tenido alguna iniciativa en la época de la caída del imperio asirio. Los persas habían sucedido a los elamitas en la región de Anshan (la Pérsida clásica, actual Fars), y desde hacía varias generaciones una casa perteneciente al clan de los aqueménidas, emparentada con la casa real de Media y subordinada a ella, reinaba allí con el título de rey de Anshan (de resonancias arcaicas, alusivo a un reino de Persia).

De forma bastante súbita, por lo que conocemos, poco tiempo después de la toma del poder por parte de Nabónido en Babilonia, el rey de Persia Ciro II (nieto de Ciro I y contemporáneo de Nabopolassar) se rebeló contra Astiages, se enfrentó a él en batalla y pudo vencerle fácilmente gracias a la escasa fidelidad de las tropas y los aliados del medo. La *Crónica de Nabónido* sitúa este episodio crucial en 550. Tras la captura de Astiages (que fue perdonado) y la conquista de Ecbatana, el dominio persa sustituyó de forma rápida y automática al medo. Las naciones y los reyes que hasta entonces había reconocido la hegemonía de Astiages trasladaron a Ciro este reconocimiento. Aparentemente, la victoria de Ciro sobre Astiages sólo implicó un cambio de relación jerárquica dentro de una gran formación política de organización bastante relajada y generosa con las autonomías y dinastías locales.

Pero la situación evolucionó y cambió rápidamente. En lo referente a la organización interna, mientras Media tenía como país interior histórico una constelación de tribus, Persia podía contar con la experiencia y las estructuras estatales de Elam. Y en lo referente a las relaciones exteriores, Ciro heredó los vínculos creados por As-

tiages en el interior de la confederación irania, y en cambio denunció las alianzas establecidas en el exterior, poniendo fin a treinta años de paz y coexistencia. En 547 Ciro atacó Lidia, pasando el río Halys. Hubo una batalla de resultado incierto, y Creso (que evidentemente estaba acostumbrado a otras «reglas» de guerra) consideró que la partida había terminado, se replegó a Sardes y licenció las tropas. Pero Ciro le persiguió, le asedió, tomó Sardes, capturó al rey (perdonándole la vida), se anexionó Lidia y dejó un gobernador para que completara la sumisión. Cilicia, rodeada de territorios de Ciro, también pasó a formar parte de su imperio, aunque al parecer nunca fue vencida y conservó un estatus privilegiado.

Ciro dedicó los años siguientes (545-539) al flanco «exterior» del imperio iranio. En el momento de la victoria sobre Astiages se había anexionado automáticamente algunas naciones, pero el estatus político del noreste era lo bastante inseguro como para requerir una intervención decisiva, para dejar claro no sólo que el «rey de reyes» era ya persa, y no medo, sino también que el tipo de relación había cambiado, se había vuelto más estricta. Tras la sumisión de Bactriana (nación guía del noreste) siguieron Gandara y Aracosia (nuevas conquistas, respecto a la extensión del territorio de los medos). Con ellas el dominio de Ciro llegó a las inmediaciones del valle del Indo.

La tercera etapa fue la conquista de Babilonia (539), que ya hemos descrito al hablar de Nabónido. Gracias a ella Ciro se hizo automáticamente no sólo con los territorios mesopotámicos, sino también con los siropalestinos (parece que sólo el norte de Arabia recuperó la independencia). De modo que por varios motivos las conquistas de Ciro, tan asombrosas por su extensión y su concentración en el tiempo, no necesitaron el empleo de una gran fuerza militar. A la fama de conquistador se añadía (en la tradición, sobre todo griega) la de magnánimo y moderado. Los reyes vencidos eran perdonados, las ciudades conquistadas no eran destruidas y las divinidades y los cultos locales eran mantenidos e incluso adoptados por el propio Ciro. El rey trató así de aprovechar el clima de pacificación que había caracterizado a la época del acuerdo medobabilonio, si bien su estrategia era claramente imperialista, expansionista y unificadora.

Las conquistas de Ciro fueron ampliadas por sus sucesores. Su hijo Cambises se anexionó Egipto (525) y Chipre. Tras la lucha por el poder que siguió a la muerte de Cambises, el usurpador Darío (miembro de una rama colateral de los aqueménidas), si bien se dedicó sobre todo a reforzar la estructura interior del imperio, continuó y completó su expansión. En el ventenio final del siglo VI el imperio persa se anexionó Tracia y las islas del Egeo, respectivamente Skudra y Yauna (mientras fracasó un intento de conquistar Grecia); Libia (Put) y Nubia (Kush) como ampliación del dominio de Egipto, parte del valle del Indo (Hindush) y, por último, los escitas (Saka) al norte del espacio iranio, probablemente hasta el Yaxartes y el mar de Aral. Hubo revueltas internas, al principio en los países centrales (Elam, Babilonia y Media) y luego en los más lejanos (Egipto, Chipre, Jonia, etc.). También hubo fracasos y retrocesos, y los pueblos nómadas marginales, como los árabes, los escitas o los montañeses del Cáucaso, siguieron siendo difíciles de controlar. Pero, en líneas generales, los cincuenta años de conquistas de los reyes persas, de Ciro a Darío, ampliaron considerablemente el horizonte político de Oriente Próximo.

El imperio persa unificó regiones que en los siglos (y milenios) anteriores habían sido polos de desarrollo socioeconómico y de agregación política, vinculados entre

sí por lazos comerciales, diplomáticos y militares, pero esencialmente distintos, hasta el punto de que se puede seguir su historia por separado —lo cual, a partir de la segunda mitad del siglo VI, ya no es posible. Al polo de la gran Mesopotamia (que desde el punto de vista de este libro es el «central») hay que añadir los del valle del Nilo, el Egeo, el valle del Indo, Asia central y otros posteriores más cercanos, como el surarábigo-etíope y el del Mediterráneo central.

En el interior de este imperio universal multipolar los viejos contrastes encuentran un marco distinto. El contraste entre tierras bajas (sobre todo siromesopotámicas) y tierras altas (sobre todo iraníes, pero también armenias y anatólicas) se suaviza, al estar ambas incluidas en una sola formación política. El piedemonte de los Zagros deja de ser frontera política (además de etnolingüística), y es significativo que no sean los estados de las tierras bajas quienes crucen esta frontera decisiva (siguiendo la tendencia anterior), sino los de las montañas. El contraste entre centro y periferia se plantea de otra manera. Una región que había sido periférica se convierte en el centro político del mundo (o del imperio). Adquiere su nueva centralidad precisamente porque varios polos de agregación, varios «centros del mundo» antiguo, han quedado incluidos en un mundo más amplio cuyo centro geométrico ya no es uno de ellos, sino la intersección de varios. Por último, se plantea de otra forma el viejo contraste entre palacios y tribus, entre zonas de concentración demográfica y zonas de explotación de recursos. Ya no es un contraste étnico y regional compacto, sino una mezcla de componentes urbanos y montañeses en el interior de la misma formación política, de la misma nación, del mismo sistema económico. En el centro geométrico del imperio subsisten las tribus montañesas de «bandidos» a los que el poder central no consigue someter, lo que pone en evidencia que centro y periferia son puntos de vista referentes a la organización política y el reparto de bienes, pero no posiciones objetivas en el espacio geográfico.

Entre las viejas ideologías imperiales, el imperio persa sigue recurriendo a la ideología centrípeta de los recursos y centrífuga de los servicios ético-políticos. Los palacios aqueménidas (cuyo ejemplo más ilustre es Persépolis) son construidos con materiales procedentes de todas las partes del mundo, por artesanos procedentes de todas las partes del mundo. Cada pueblo contribuye con lo mejor que tiene, que lo caracteriza de forma ejemplar, pero sólo encuentra su utilización óptima cuando, coordinado con las aportaciones de los otros, contribuye a la construcción del núcleo central del mundo. Un núcleo desde el que se propaga por el mundo la seguridad, el respeto a la ley, la armonía con el mundo divino, la civilización.

La extensión ampliada, multiplicada por cinco o por diez (de las 20 satrapías de Darío, sólo dos proceden del antiguo imperio caldeo, y no más de cuatro del neoasirio), requiere una dosificación nueva entre unificación y parcelación. Mientras Ciro, trabajando todavía sobre un soporte suministrado por el reino de Media, concede muchos privilegios a las autonomías locales, con Darío se impone la visión centralista, sistemática, unificadora. Sin embargo, hay más de una capital del imperio. La corte imperial va cambiando de ciudad entre Susa, Ecbatana, Pasargada y Persépolis, y si bien formalmente las ciudades más privilegiadas son las persas (Pasargada con Ciro, Persépolis con Darío), lo más probable es que el rey y, sobre todo, su harén, pasaran la mayor parte del tiempo en Susa, dotada de una sólida estructura administrativa y situada en el paso entre tierras altas y bajas, entre mundo iranio y mundo semítico.

LIBER

Además del componente urbano y administrativo, hay un componente nómada y guerrero todavía pujante en la tradición de la realeza irania. El centro del imperio es donde está el rey, y el rey se mueve mucho, tanto en campañas militares como en viajes pacíficos, potencia las ciudades, pero también los lugares exteriores. Por eso junto a los palacios se crean parques («paraísos»), para cazar y exaltar el vigor de la naturaleza, y los lugares típicos de las celebraciones reales son las inscripciones rupestres en los puertos de montaña (de larga tradición en los Zagros desde el tiempo de Anu-banini y los reyes acadios). El complejo de Behistun (Bisutun) es el ejemplo más destacado.

El problema lingüístico pasa de pronto a primer plano, dada la extensión y diversidad del imperio, y se resuelve en un sentido acumulativo, más que selectivo. Las inscripciones triunfales suelen ser trilingües, en elamita, babilonio y persa, que se sitúan en el mismo plano, y a los que a veces se añade el egipcio. Es interesante señalar que el persa no se introduce hasta Darío (Ciro todavía no le da un uso oficial), y se tiene que crear una escritura cuneiforme simplificada para la nueva lengua. La lengua de la administración sigue siendo el babilonio en Babilonia, el egipcio en Egipto, y el persa tarda en suplantar al elamita en Persépolis y luego en Susa. El arameo se impone como lengua franca, utilizada para salvar las diferencias locales en una amplia zona del imperio, y también en las relaciones con las regiones colindantes: Egipto, Anatolia y el propio Irán. El persa también se difunde, sobre todo en las tierras altas de Armenia y Anatolia, y menos en las tierras bajas babilonias y arameas, a consecuencia del traslado a provincias de núcleos de gobernantes persas (y medos): administradores, militares y miembros de las familias de la aristocracia central, que reciben tierras y cargos de gobierno en los lugares más delicados del imperio. Es así como los nombres iranios, los cultos iranios y las lenguas habladas iranias llegan a las provincias más apartadas, mucho más allá de las fronteras originales de las naciones iranias.

En el aspecto administrativo, Darío es el artífice de la organización definitiva del imperio, dividido en veinte «satrapías». La lista que proporciona el propio Darío (inscripción de Behistun) no coincide del todo con la que proporciona Heródoto, que sin embargo parece basada en fuentes auténticas. Es probable que la división definitiva pasara por algunas fases de consolidación, y se viera enriquecida por conquistas posteriores. Las satrapías son desiguales en el aspecto cuantitativo, no sólo por su extensión, sino sobre todo por su situación demográfica y capacidad contributiva, y se ven afectadas por las peripecias de la formación del imperio. Egipto y Babilonia, con su elevada concentración de población y riquezas, son una satrapía cada uno, al igual que modestas zonas de montaña cuya peculiaridad étnica y «nacional» es reconocida por los reyes aqueménidas. La lista de los tributos (recogida de forma sistemática por Heródoto, y sin duda fiable) refleja esta situación, y probablemente sea la aportación organizativa más específica de Darío. Se basa en una práctica anterior que variaba de unas regiones a otras, de unos estados a otros. En unos casos el sistema tributario era rígido y bien articulado, en otros consistía en «presentes» (de carácter más o menos ceremonial) o en la reserva de recursos estratégicos (bosques, caballos). Ahora se aplica la homogeneidad en las formas y la proporcionalidad en las cantidades. Sólo Persia queda exenta del sistema tributario, y al margen de la división en satrapías. El sistema de los «presentes» se mantiene con algunas tribus marginales (árabes, colcos o escitas) que no se someten, ni conviene someterlos, a una relación política y fiscal rígida.

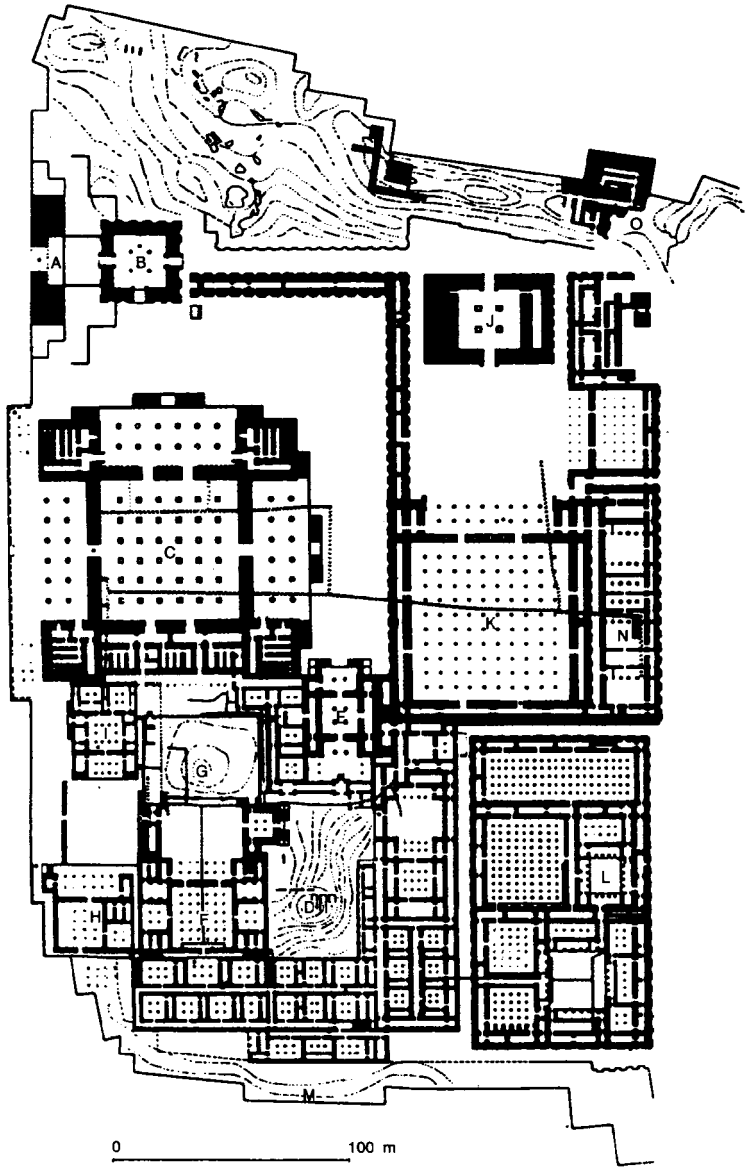


FIGURA 170. La terraza de Persépolis (A: escalinata de acceso; B: portal de Jerjes; C: apadana; D: palacio D; E: tripylon; F: palacio de Jerjes; G: palacio G; H: palacio H; I: palacio de Darío; J: portal [sin completar]; K: sala del trono; L: tesoro; M: almacenes; N: establos reales; O: bastión).

LIBER

El tributo, salvo casos excepcionales, se calcula en peso de plata, que en la mayor parte del imperio es el elemento de cómputo de valores. La unificación fiscal del imperio conlleva la de los sistemas ponderales (o por lo menos la superposición de un sistema fiscal a los sistemas locales) y de las relaciones de valor. El punto culminante de la unificación es la difusión de la moneda, que había aparecido poco antes en Lidia y la parte griega de Asia Menor. El darico de plata y de oro se convierte en la moneda oficial del imperio. Se trata de un metal pesado, cuya pureza y peso están garantizados por el cuño real. La moneda responde a las necesidades administrativas, más que a las comerciales: pago de tasas y tributos y retribución estatal de los mercenarios. Además de la moneda imperial, subsisten los medios locales de pago y cómputo del valor, pero con el paso del tiempo las acuñaciones de los sátrapas y las ciudades se suman a las imperiales, y el uso comercial de la moneda, al uso administrativo y tributario.

A los elementos de unificación administrativa, tributaria, lingüística y monetaria se añaden otros de tipo material: la construcción y los transportes. En todo el imperio surgen palacios y «paraísos», dado que las satrapías siguen las pautas del núcleo central. En las zonas de urbanización más antigua el auge de la construcción es evidente, y no hace más que retomar lo que ya existía. En Sidón y Sardes vemos formas persas inconfundibles, pero suceden a las ciudades autónomas o ya provincializadas de los periodos anteriores a la época aqueménida. En cambio, en todo el gran ámbito iranio y centroasiático la consolidación política persa implica la aparición de nuevas formas urbanas y palatinas, así como nuevas infraestructuras agrícolas (irrigación), que suponen un gran paso adelante hacia la homogeneización de toda el área de Oriente Próximo y Medio con arreglo a unos estándares que antes estaban limitados a unas cuantas «islas».

La mayor parte de la infraestructura viaria ya existía antes de Darío. Se había formado para atender a las necesidades comerciales, y en muchos casos se había perfeccionado por necesidades militares y administrativas de los anteriores imperios (sobre todo del asirio). Con Darío este sistema se organiza, las principales rutas se denominan «calzadas reales» (también de origen asirio), y se dotan de lugares de descanso y cambio de caballos, así como de fortalezas en los vados y en los puertos de montaña. Es famoso el sistema postal creado por Darío, que despierta la admiración de Heródoto, por su rapidez y eficacia. También son famosas las obras de ingeniería de caminos, que amplían lo realizado por los asirios y babilonios (por lo menos en sus dimensiones): trazado de caminos de montaña y puentes fijos o sobre barcazas para atravesar ríos e incluso brazos de mar (así atraviesa Jerjes el Helesponto). Desde el punto de vista griego, el principal tramo de la calzada real es el que comunica Sardes con Susa, atravesando toda Anatolia, Armenia y Media. Pero debía haber otros tramos igual de importantes, como el de Susa-Persépolis, conexión política primaria; la «calzada de Khorasán», principal ruta transversal hacia el norte, que partiendo de Babilonia pasa por Ecbatana, Rhagai y las Puertas del Caspio; la «calzada del rey», principal tramo transversal hacia el sur, por el interior de Siria y Transjordania, que enlaza con las rutas caravaneras del sur de Arabia; y desde el punto de vista iranio debían ser igual de importantes las comunicaciones entre Ecbatana y Bactriana, o entre Persépolis y Drangiana y Aracosia.

Esta unión de los distintos sistemas viarios que existían en tierra firme se completa con la unión análoga de las rutas marítimas. Para los imperios «universales»,

DOCUMENTO: LOS TRIBUTOS ANUALES DE LAS SATRAPÍAS DEL IMPERIO PERSA, EN TALENTOS DE PLATA (SEGÚN HERÓDOTO, III, 89-94)

I	Caria, Licia, Panfilia	400	
II	Misia, Lidia	500	
III	Frigia, Capadocia	360	
IV	Cilicia	500	+360 caballos blancos
V	Siria, Palestina, Chipre	350	
VI	Egipto, Libia	700	+rentas en plata de la pesca del lago Moeris + 120.000 medidas de trigo
VII	Sattagidi, Gandara, etc.	170	
VIII	Susiana	300	
IX	Asiria y Babilonia	1.000	+500 jóvenes, futuros eunucos
X	Media central	450	
XI	Media del norte	200	
XII	Bactriana	360	
XIII	Armenia	400	
XIV	Sagartia, Sarangia, etc.	600	
XV	Sacia	250	
XVI	Partia, Corasmia, Sogdiana	300	
XVII	Gedrosia, Aracosia	400	
XVIII	Matiene, Saspiri, Alarodi	200	
XIX	Moschi, Tibareni, etc.	300	
XX	India	—	360 talentos en polvo de oro

Cf. fig. 171.

pero esencialmente terrestres, el golfo Pérsico, el mar Rojo y el mar Mediterráneo siempre habían sido brazos del océano circular que rodeaba y delimitaba las tierras, unos brazos que penetraban más hacia el centro de la tierra, pero de hecho estaban separados entre sí. La época aqueménida representa la cima de un proceso de exploración (empezado por los fenicios en el Mediterráneo y por los egipcios en el mar Rojo) que logra conectar entre sí estos brazos interiores del océano exterior. La circunnavegación de África y la apertura de un canal en el istmo entre el brazo oriental del Nilo y el mar Rojo (obra de Darío) sirven para unir la navegación mediterránea con la del mar Rojo. La navegación de Escílax de Carianda, que descendió por el Indo y costeó el litoral iranio hasta las desembocaduras del Tigris y el Éufrates sirve para abrir, o mejor dicho para sacar a la superficie del conocimiento explícito y la utilización, una comunicación entre el valle del Indo y Mesopotamia que ya había sido vital desde los tiempos de Akkad y Melukhkha. La comunicación entre Mesopotamia y Egipto mediante la circunnavegación de la península arábiga, que carece de «firma» precisa, es algo habitual en el periodo persa, cuando la cultura del sur de Arabia completa el tráfico caravanero interior con el ribereño, que la ponen en comunicación con la otra orilla etíope y el mar Rojo por un lado, y con el golfo Pérsico y la India por el otro. La documentación que ha llegado hasta nosotros da más importancia a la navegación fenicia y griega entre los siglos VIII y VI, pero es proba-

LIBER

ble que la actividad marinera en la periferia suroriental de Oriente Próximo no le fuera a la zaga en precocidad ni en intensidad. Comparada con la navegación mediterránea, la navegación entre el este de África y el subcontinente indio plantea unos problemas técnicos completamente distintos, por el régimen de los vientos monzónicos y la amplitud del océano.

4. La nueva formulación de la ideología imperial

Poco sabemos sobre la monarquía de los medos y su religión oficial. Gran parte de lo que creemos saber son elementos que encontramos en el estado persa, presumiblemente de origen medo (de acuerdo con ciertas particularidades lingüísticas). La continuidad entre la ideología y la organización del reino de Media y del reino persa de Ciro (antes de las importantes novedades introducidas por Darío) debió ser considerable, ya que sirvió para asegurar el reconocimiento automático del dominio de los segundos por parte de las demás naciones iranias. Además, los griegos siguieron llamando medos a los persas (y «medizantes» a sus partidarios en Grecia). La tradición clásica, y en parte la moderna, tienden a considerar que la formación política de Ciaxares y Astiages siguió el modelo de la de Ciro, hablando de un verdadero «imperio» de los medos. Pero la corta duración de la experiencia hegemónica meda (cincuenta años en total), y el vacío documental que la acompaña (y que la falta de documentación arqueológica procedente de Ecbatana no logra explicar) posibilitan una explicación reductora del reino de Media, basada en modelos anteriores y no posteriores. Se trataría de un estado similar al de los manneos o los ellipos, aunque ampliado gracias a las campañas bélicas de Ciaxares y por la red de relaciones interdinásticas (sobre todo matrimoniales) que le siguió. La ideología monárquica de los medos no pudo haberse distanciado mucho de los ideales gentilicios y guerreros de su país interior iranio, y aún no habría asimilado los modelos de Oriente Próximo (en particular asiriobabilonios).

El panorama de la realeza aqueménida es bastante más complejo, y se puede articular diacrónicamente distinguiendo por lo menos un escenario válido para Ciro y otro válido para Darío. Sin duda, perduran los elementos propiamente iranios: el guerrero, que hace que los reyes persas alardeen de sus dotes físicas, heroicas y bélicas; el gentilicio, con el orgullo de pertenecer a un clan superior al resto de la nación; y, por último, el ético, que hace presentar los conflictos con los enemigos exteriores e interiores como una lucha entre las fuerzas del bien y del mal, con el inevitable triunfo de la justicia y la verdad sobre la mentira —este último elemento enlaza con la religión zoroastriana, o por lo menos con el trasfondo genéricamente iranio a partir del cual se originó.

Además hay otros elementos, también muy evidentes, derivados de los grandes modelos reales e imperiales de Oriente Próximo a medida que la absorción política provoca una asimilación conceptual y la adopción de instrumentos expresivos y celebrativos. El modelo asiriobabilonio es el que proporciona los instrumentos más evidentes: título real (Ciro es «rey de la totalidad, gran rey, rey fuerte, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de las cuatro partes del mundo»), aparato cortesano, aparato de gobierno central y provincial, sistema tributario y organización militar. La propia idea de imperio universal, la pretensión (o el sueño) de hacer que los

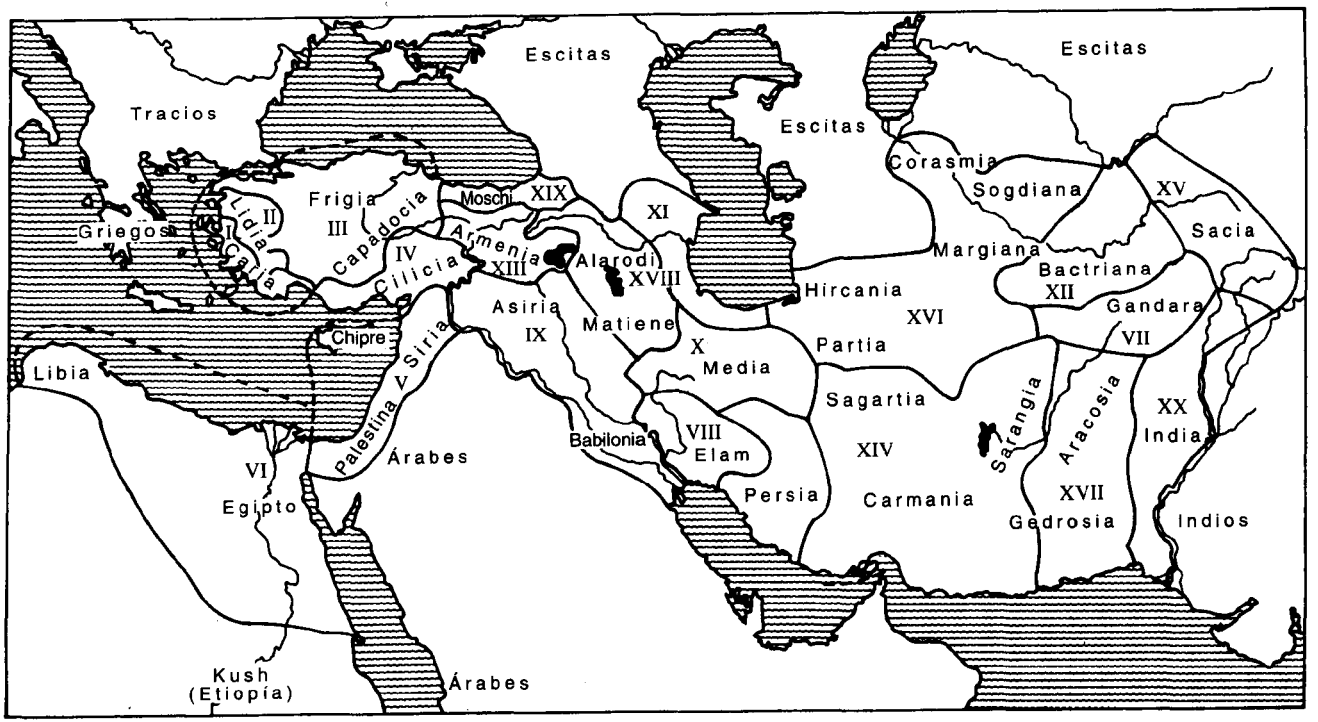


FIGURA 171. Mapa esquemático del imperio persa en la época de Darío I (I-XX: secuencia de las satrapías según Heródoto, cf. «documento» de la página 715).

LIBER

dominios imperiales coincidan con el ecúmeno, tiene un claro origen mesopotámico.

Por último, hay unas aportaciones, más difíciles de identificar, de las formaciones estatales de las tierras altas que en parte ya habían llevado a cabo una mediación o un sincretismo entre las tradiciones políticas iranias y las mesopotámicas: Elam, Urartu y la propia Media (donde confluían aportaciones de los manneos y los asirios). Pongamos dos ejemplos. El primero es la anécdota de Heródoto sobre la forma en que Darío ganó la carrera ecuestre por la realeza (gracias a un truco de su auriga). Sin duda, esta anécdota procede de una inscripción de un monumento suyo, que explicaba cómo «con la única ayuda de sus caballos y su auriga conquistó con su mano el reino de Persia». Pues bien, este «epígrafe» nos remite directamente al que Rusa de Urartu había escrito en una estatua suya del templo de Musasir, hallada y reseñada por Sargón, y que posee antecedentes lejanos en el medio mitannio y norsirio desde mediados del II milenio. De modo que no estamos ante un elemento propiamente iranio, sino ante un equívoco griego referente a un motivo hurrita-urarteo de tradición secular en Oriente Próximo. Otro ejemplo: los historiadores de Alejandro Magno retomaron el tópico literario de los guerreros persas lujosamente armados y pertrechados, pero precisamente por ello incapaces de enfrentarse a sus enemigos (en este caso griegos), no tan ricos y elegantes, pero más prácticos y arrojados. En los textos asirios (Senaquerib, batalla de Khalulé) encontramos exactamente el mismo tópico referido a los guerreros elamitas —precursores directos de los persas, no sólo en la posesión de la misma región, sino también en su forma de ir a la batalla como si fueran a un fastuoso desfile.

Así pues, a medida que los persas heredaban por conquista los reinos de Oriente Próximo, adquirían también sus modelos políticos e ideológicos en general, ya que además a Ciro y a sus sucesores les gustaba presentarse como herederos directos de las realezas locales, e incluso como sus restauradores, frente a sus degenerados representantes, justamente depuestos. Esta estrategia del imperio universal formado por absorción, más que por eliminación de los centros de poder alternativos, es muy distinta de la asiria, y resulta adecuada a las nuevas dimensiones del problema. Los asirios todavía pudieron concebir un dominio universal construido sobre las ruinas de los reinos anteriores: sobre sus capitales arrasadas, sobre sus clases dirigentes desterradas, sobre sus rasgos culturales aniquilados, sobre sus dioses eliminados. Pero hasta los asirios tuvieron que recurrir a una estrategia distinta en el único caso de un centro (Babilonia) demasiado importante en el plano cultural y religioso como para ser destruido sin más. Los persas tienen que vérselas no sólo con un escenario mucho más grande, sino también con su inferioridad cultural frente a reinos de tradiciones mucho más ricas, más complejos, con más recursos económicos y sociales, con elaboraciones ideológicas y culturales más sofisticadas. Por eso no suelen destruir, sino que tratan de asimilar, usar, volver a formular.

Frente a los cultos locales su actitud es significativa. Tal vez Ciro, y Darío con seguridad son zoroastrianos. El dios Ahura Mazda es su dios supremo, único. Los demás dioses (que son más bien entes demoníacos) son arrojados a un nivel inferior y forman la parte contraria, el reino del mal y la mentira. Pero toleran el culto a los dioses de los vencidos. Ciro se proclama devoto de Marduk cuando toma Babilonia (tratando de granjearse la simpatía de los vencidos), y publica el edicto de regreso a Jerusalén del pueblo de Yahvé (con la misma intención). Su criterio es el pluralismo y la tolerancia: cada región y cada pueblo tiene sus dioses, se deja libertad de

LIBER

culto, las estatuas de los dioses vuelven a su sitio, se celebran las fiestas, se reconstruyen los templos y el emperador universal es el amo benévolo de todo esto. ¿Podía aprobar el mazdeísta que llevaban dentro los reyes aqueménidas lo que les aconsejaba la razón de estado? Porque lo que a nosotros (herederos espirituales de los vencidos) nos parecen medidas de justicia y libertad, con un enfoque mazdeísta son concesiones al reino de la mentira. Tal vez la «verdad» y la «ley» zoroastrianas se limitaban a los aqueménidas, a los persas o, como mucho, a todos los iranios, mientras que los otros pueblos eran irremediablemente adoradores de no-dioses. Cuando Cambises, primero en Babilonia y luego en Egipto, se mostró intolerante con los «otros» cultos, la tradición le señaló para siempre como un insensato.

Sin duda hay que distinguir entre Ciro y Darío: el primero es más sincretista, pone más interés en adaptarse a las tradiciones locales, y su mazdeísmo es más bien un postulado, no una realidad documental. Darío coloca en primer plano a Ahura Mazda, y aunque no reniega de la política de concesiones de Ciro, es todo lo intolerante e implacable que puede ser quien está imbuido de una ideología dualista a la hora de reprimir a los «malos», a los «falsos» —sobre todo cuando atentan contra su posición o se interponen entre él y su trono.

Después de Darío el zoroastrismo sigue siendo culto de estado, mientras que en Lidia y Gandara se propaga el culto a otras dos divinidades iranias, Anahita y Mitra, que sin duda son menos «éticas», tienen menos vínculos con la ideología imperial y están más arraigadas en la religiosidad básica de esa misma clase dirigente medopersa (administradores y oficiales) que la difunde por todo el imperio. Ahura Mazda, con su carácter oficial y abstracto, sigue siendo la divinidad suprema de un imperio universal compuesto, y los cultos locales prosperan bajo su tutela, al igual que los pueblos súbditos del «gran rey» prosperan bajo la dirección imperial.

Si juntamos las ideologías políticas con las religiosas aparece la ideología imperial aqueménida. La tolerancia religiosa y la permisividad con los otros cultos responden a una estrategia de dominio universal por la «vía de la acumulación», y no por la «vía de la eliminación». El culto oficial a Ahura Mazda, con su abstracción intelectual y su exclusivismo dinástico, corresponden al elemento unificador y superior: el «gran rey» y sus estructuras políticas centrales de dirección y control. Por último, el dualismo mazdeísta del Bien y el Mal, la Verdad y la Mentira, la Ley y el Caos, corresponde al elemento dinámico y punitivo, al afán de conquistas, a la represión de las oposiciones y rebeliones, vistas como atentados de los malos contra el difícil y meritorio resultado que están obteniendo los partidarios del Bien en su gobierno del mundo.

LIBER

EPÍLOGO

1. La nueva dimensión geopolítica

En el transcurso de tres milenios (3500-500) que van de la «revolución urbana» al imperio universal aqueménida, hemos asistido al crecimiento progresivo de los organismos políticos y los hechos políticos. De la dimensión de aldea o grupo trashumante hemos pasado a la dimensión comarcal (o de la ciudad-estado), con un centro urbano que domina su país interior agropastoral. Luego hemos pasado a la dimensión del estado regional que unifica varias comarcas y varios centros urbanos, y a veces adquiere rasgos de estado nacional, basado en una coincidencia de la identidad política con la étnica. Por último, hemos pasado a la dimensión del imperio de tendencia «universal».

El crecimiento de la dimensión política no es unívoco ni homogéneo. Algunas zonas alcanzan una unificación precoz, mientras que en otras persiste durante mucho tiempo una estructura de pequeñas células; en algunos periodos se producen «huidas hacia adelante» de formaciones seudoimperialistas, mientras que en otros hay una «regresión» (si se puede llamar así) a la fragmentación más exagerada. Pero no cabe duda de que la dimensión media de las formaciones políticas, a grandes rasgos, va aumentando progresivamente, mientras que el número de estados autónomos en el interior de Oriente Próximo va disminuyendo. En el momento en que una sola formación política, no sólo unifica todo Oriente Próximo, sino que incluso supera sus límites, este libro llega, evidentemente, a su fin, ya que la dimensión elegida en un principio se queda estrecha. Para adentrarse en la historia del imperio persa, y después en la del mundo helenístico, habría que haber seguido no sólo las premisas de Oriente Próximo, sino también las del Egeo y el Mediterráneo, así como las egipcias, iraníes, centroasiáticas e indias. El escenario se ha ensanchado de tal forma que requiere una aproximación y un enfoque distintos.

El crecimiento progresivo de la dimensión geopolítica tiene distintas causas. Un primer factor, que en última instancia se debe al progreso tecnológico, es el aumento del radio de acción humana a todos los niveles: a nivel de conocimientos, de comunicación, de desplazamientos físicos de las personas y las mercancías, de movilidad de convoyes y ejércitos. Si un organismo político es la organización de una serie de flujos (de personas, mensajes y mercancías), el condicionamiento tecnológico contribuye a determinar su dimensión óptima. Parece que este factor fue bastante modesto. Entre la época acadia y la neoasiria apenas cambiaron los conocimientos geográficos, las técnicas de comunicación o los medios de transporte. Son sobre todo el momento inicial (revolución urbana) y final (imperios persa y helenístico) los que

representan dos «saltos» claramente apreciables, y delimitan una fase prolongada más estática y compacta.

Hay un segundo factor más decisivo que el primero: las propias competencias de un organismo político que es consecuencia directa del grado de complejidad socioeconómica. Mientras todo el poder de decisión se limita a los criterios de reparto de la comida producida o cosechada por un grupo familiar extenso, o al cometido de cada miembro en caso de emergencia defensiva, las dimensiones de la aldea o el grupo trashumante son adecuadas y suficientes. Pero cuando la dirección política tiene que establecer y regular en la práctica la parte que corresponde a cada cual en un sistema basado en la división social y espacial del trabajo, la célula mínima es la comarca, formada por un lugar central (la ciudad), residencia de la clase dirigente y los especialistas, y una serie de lugares periféricos (las aldeas), donde se obtiene la producción primaria. Cuando la identidad política incluye los criterios lingüísticos y religiosos, surgen los estados nacionales. Y así sucesivamente: cada ampliación de la esfera conceptual y operativa de lo político conlleva o puede conllevar una ampliación de su realización espacial.

En esta ampliación por incorporación de funciones cada vez más complejas, la dimensión de las funciones más sencillas sigue siendo mínima, como al principio. Esto, por un lado, implica una despolitización progresiva de funciones que habían sido importantes y quedan a cargo de organismos (familiares, sociales, de categoría) que ya no son propiamente «políticos», por su carácter sectorial o segmentario. Por otro lado, esto implica una estructura de cajas chinas en la que el recipiente mayor y políticamente unificador contiene agregados intermedios y menores, que desde el punto de vista estructural reproducen las dimensiones de las distintas funciones políticas, y desde el punto de vista histórico reproducen las etapas que llevan a la unificación superior. Así pues, la aldea, organismo político «total» en la época neolítica, sobrevive cuando es incluida en organismos comarcales, regionales e imperiales, conservando sus competencias, que al principio eran las únicas imaginables y las de mayor importancia, y luego se vuelven secundarias, despolitizadas, locales. Lo mismo se puede decir de la ciudad, que después de la fase en que es el centro máximo de agregación política, también se convierte en un organismo local de un estado más amplio, manteniendo en su interior las competencias de decisión y gestión que le corresponden. Y lo mismo se puede decir de la región, delimitada con criterios geográficos o de homogeneidad etnolingüística y cultural, que se convierte en provincia o satrapía de los imperios universales, sin que su dimensión o sus competencias puedan ser eliminadas o reabsorbidas.

Al hacerse más complejos los organismos y los fenómenos histórico-políticos, aumenta la dimensión de su base material. Hay, sobre todo, dos indicadores de dimensión: la población y la producción. Todavía no se han podido sistematizar de una forma lo bastante amplia (en el tiempo y en el espacio) los datos al respecto, pero se tiene la clara impresión de que la población y la producción global, a largo plazo, tienden a aumentar, pero con importantes oscilaciones (cuyos picos y depresiones pueden ser acusados), que condicionan este aumento. Obviamente, las oscilaciones de corta duración se deben a factores ocasionales, y los saltos en el crecimiento se deben a reestructuraciones del modo de producción, que aumentan la productividad y, por consiguiente, la esperanza de vida. Ahora bien, tras el salto relacionado con la «revolución urbana», que multiplica (se podría decir que decuplica) los nive-

les cuantitativos neolíticos, todo el periodo abarcado por este volumen es globalmente estático, pues la sucesión de crisis y crecimientos no altera sustancialmente (o estructuralmente) los niveles cuantitativos —señal de que todo el periodo 3500-500 se basa en un solo modo de producción fundamental. En cambio, en el transcurso de unos pocos siglos (a grandes rasgos, el tercer cuarto del I milenio a.C.), se produce otro salto cuantitativo, no sólo en el interior de Oriente Próximo, sino en todo el mundo más amplio del que forma parte a esas alturas. Una vez más, resulta difícil cuantificar este salto, pero se puede decir que la población y la producción se multiplicaron, como mínimo, por tres. A diferencia de anteriores crecimientos, más limitados en el espacio y en el tiempo, sienta las bases para una nueva dimensión cuantitativa que será válida durante toda la época clásica, tardoantigua y medieval. Por lo tanto, la elección del año 500 para terminar este libro también está justificada desde este punto de vista, ya que marca un hito histórico fundamental, de una ampliación estructural.

Al ampliarse la dimensión geopolítica y la escala cuantitativa de los fenómenos en Oriente Próximo antiguo, las fronteras se vieron desplazadas. Se podría decir, con una buena dosis de simplificación, que durante tres milenios Oriente Próximo fue una isla de urbanización y de densidad humana y productiva, rodeada de una periferia poco poblada y atrasada. Cuando la dimensión de los fenómenos se agranda y la densidad de la ocupación humana se extiende a las regiones limítrofes, las fronteras de Oriente Próximo, más que desplazarse, lo que hacen es cambiar de naturaleza. Pasan de ser fronteras entre un «lleno» y un «vacío», entre un mundo organizado y una periferia atrasada, entre una ocupación humana y una reserva de recursos, para convertirse en fronteras entre varios «llenos» distintos, entre mundos distintos organizados al mismo nivel, aunque de distinta forma. Desde el punto de vista europeo (o eurocéntrico, como se suele decir), la imagen más nítida del Oriente Próximo de la época preclásica es la del centro de difusión de innovaciones tecnológicas y organizativas, que secundariamente llegan a la periferia europea, estimulándola y contribuyendo a su desarrollo. Después del 500 la imagen cambia y se convierte en la de una oposición entre Oriente y Occidente, ya que mientras tanto Occidente ha crecido, ha desarrollado su propia imagen y su propia posición central, que chocan con la imagen y la posición central de Oriente. Ciertamente, más allá de la frontera oriental del Mediterráneo que separa a Oriente Próximo de Europa existen otras, que cobran importancia más o menos en el mismo espacio de tiempo: la frontera entre el mundo iraní y el chino, que atraviesa las grandes extensiones de Asia central, la frontera entre Oriente Próximo y la India, las fronteras meridionales del mundo clásico, y luego las del cristianismo, y por último la del islam en África. Pero estas fronteras nos afectan menos, mientras que la frontera entre Oriente y Occidente, para la tradición cultural europea, tiene un valor de discriminación cargado de significado.

Sin duda, la imagen *ex Oriente lux*, como la imagen «Oriente *versus* Occidente», se basan en eurocentrismos y simplificaciones equívocas, en auténticas falsificaciones de datos. Lo mismo se puede decir de la llamada línea maestra de la historia universal, que implica un desplazamiento progresivo del centro de la civilización en dirección este-oeste: de Oriente Próximo a Grecia, de Grecia a Roma, de Roma a Europa occidental. Ninguno de estos estereotipos seudohistoriográficos soporta un análisis equilibrado y exhaustivo. Tan subjetivas como el concepto de frontera, que

implica la existencia de un dentro y un fuera, un nosotros y un ellos, son las imágenes historiográficas relacionadas con él. Para estas simplificaciones eurocéntricas, las citadas imágenes mantienen su valor de autoanálisis (una vez que han salido a la superficie del conocimiento). Según una visión objetiva y banalizada, los herederos directos de las civilizaciones antiguo-orientales son el mundo helenístico, luego el Oriente cristiano y los imperios iraníes, y por último el islam. Pero según una visión eurocéntrica, es significativo que este libro termine cuando Oriente Próximo pasa el testigo del protagonismo histórico y la vanguardia de la civilización a Grecia y al Mediterráneo.

2. La nueva dimensión humana

El punto final de nuestra exposición no está determinado sólo por la ampliación de la dimensión geográfica y cuantitativa de los fenómenos históricos, sino también por una súbita profundización intelectual y religiosa. El siglo VI (o mejor dicho, los dos siglos comprendidos entre 650 y 450) son el núcleo de la llamada edad «axial» de la historia mundial. En esta edad aparecen importantes reformadores e innovadores: Confucio en China (550-480), Buda en la India (560-480), Zoroastro en Irán (siglo VI, con los problemas que hemos visto), en Grecia los filósofos y científicos jónicos (siglo VI) que despejan el camino a la filosofía, la tragedia y la historiografía clásicas del siglo V, y en Israel los grandes profetas «éticos» (Deutero-Isaías, Jeremías) relacionados con el exilio babilonio (587-539) y precedidos por la sistematización del yahvismo por parte del Deuteronomista (época de Josías: 640-609). Los protagonistas y las tendencias de la edad axial son muy distintos, de acuerdo con las distintas tradiciones y tendencias de las respectivas culturas, y también varían las direcciones innovadoras trazadas por ellos, que van del racionalismo a la ética. Pero la edad axial es mucho más que una coincidencia o una curiosidad: nace de situaciones comunes, profundiza en el papel del hombre en el mundo, y supone un hito importante en relación con las tradiciones y los modelos de vida anteriores.

No es casualidad que la edad axial coincida con la consolidación de las formaciones imperiales «universales» (del imperio asirio al persa en Oriente Próximo, pero se producen situaciones análogas en la India y China) que representan la culminación y el resultado final del proceso de crecimiento organizativo de los milenios anteriores, cuyas premisas están ya agotadas. Y no es casualidad que surja como contraste y superación de los principios básicos de los imperios, y se desarrolle al margen o en contra de ellos. Las grandes culturas tradicionales y sus sedes privilegiadas son ajenas a ella, si acaso son sus antagonistas. Babilonia o Egipto no producen figuras «axiales», pues están enfrascados en la reelaboración formalista y arcaizante de su patrimonio cultural que desemboca en el esoterismo de la astrología caldea o el hermetismo egipcio. Los centros propulsores de las nuevas tendencias tienen una posición marginal o alternativa: son las *poleis* griegas situadas en el margen del imperio persa, los grupos de desterrados en los imperios mesopotámicos, nuevas comunidades de las montañas de Irán, ámbitos políticos y religiosos alternativos a la gestión tradicional del poder en China y la India.

En un terreno propiamente religioso, los fermentos de la edad axial dan origen a nuevas ideologías que reemplazan al politeísmo, nacido con la revolución urbana.

Bajo las formas del monoteísmo judío (y más tarde cristiano e islámico, derivados del anterior) o el dualismo iraní (primero mazdeísta y luego maniqueo), representan un nuevo modelo divino, más que una «reducción» del mismo. El aumento de la dimensión política y las conquistas imperiales no habían reducido el número de dioses (de los vencidos), si acaso lo habían multiplicado con procesos de acumulación y sincretismo. El monoteísmo, y el dualismo como aspecto particular suyo, no unifica las distintas personalidades divinas, sino que las anula, renuncia a sus caracterizaciones para centrarse en una caracterización general del ser divino, que sólo puede ser de carácter ético. Hasta entonces el poder político y la religión habían estado estrechamente unidos, pues los reyes se consideraban los únicos mediadores autorizados entre los individuos normales y la esfera divina. Pero después se prescinde de esta mediación, se buscan canales de comunicación directa entre el hombre y la esfera divina. Las grandes religiones orientales que nacen en la edad axial son religiones «morales», de dimensión individualista, mientras que las religiones anteriores eran «ceremoniales» y estaban dirigidas a mantener la estructura sociopolítica oficial.

El otro gran fruto de la edad axial es el racionalismo y el laicismo en el terreno del conocimiento, con la aparición de una ciencia y una filosofía que evolucionan por sus propios medios, con procedimientos autosuficientes, sin estar vinculadas por un lado a la operatividad absoluta, y por otro a la interpretación cosmológica, que tanto habían condicionado cualquier actividad intelectual en las civilizaciones tradicionales. El «pensamiento mítico» —y en general las explicaciones o representaciones míticas de la realidad— es sustituido por el «pensamiento racional», y la sabiduría catalogadora (por acumulación sin fin) es reemplazada por un deseo de comprensión estructural de los mecanismos de funcionamiento del mundo, en sus componentes físico y psíquico. Al tiempo que se desarrollan la filosofía y la ciencia, lo hacen la historia, la etnografía y la teoría política, unas disciplinas que tienen precedentes en el antiguo Oriente (preaxial, por así decirlo), pero no formulaciones orgánicas y conscientes.

La ética en la religión y el racionalismo en el conocimiento se pueden subsumir o remitir al individualismo, al desarrollo de la personalidad, a la relación directa entre el individuo y su problema, sin la mediación de las estructuras familiares, sociales, comunitarias o políticas. Se puede ver tanto en las expresiones excepcionales como en la normalidad generalizada, en la punta emergente del iceberg como en su gran masa sumergida. El estilo —digamos que escultórico— tiende a la originalidad y a la creatividad formal, mientras la identificación fisonómica ocupa el lugar de la estereotípica, categorial. La originalidad se convierte en el ideal del narrador o el poeta (antes era la reproducción de los modelos tradicionales), mientras que el contenido de sus obras tiende a lo específico, y no a lo prototípico. Antes de la edad axial, las únicas «personalidades» conocidas suelen ser las de los reyes, y ello en la medida en que tratan de introducirse en una categoría sobrehumana, propia de los dioses y los héroes fundadores, con su contribución a la organización del mundo y su correcta gestión y salvaguardia contra las fuerzas del caos. Las escasas personalidades o «firmas» de autor que conocemos son precursoras de lo que encontramos más tarde en la edad axial, y sólo aparecen en un contexto prototípico o fundador.

Razonando en términos de «larga duración» y «dimensión amplia» (si se admite esta transferencia espacial del esquema temporal braudeliano), la edad axial es un salto cualitativo adecuado para señalar el hito final del periodo abordado en esta

obra (3500-500), y para inaugurar otra fase de similar envergadura (digamos que 500 a.C.-1500 d.C.). Pero hay que comprender en qué términos se plantea este hito, o salto cualitativo, en relación con el periodo anterior. Hay elementos preparatorios, de continuidad, y elementos de ruptura e innovación. Las «revoluciones» de la edad axial se oponen a las culturas tradicionales y a las formaciones imperiales (salvo en el caso de ser integradas por imperios posteriores), pero también son la meta final de unas tendencias de fondo que se habían abierto camino, de forma lenta pero segura, durante los tres milenios anteriores.

En este volumen hemos tratado de seguir una línea coherente de desarrollo, con repercusiones cruzadas entre el plano material (posesión y gestión de los medios de producción) y el ético-social. La responsabilidad individual va en aumento gracias a la revolución urbana y sus transformaciones sucesivas, a partir de la inserción anónima en el grupo gentilicio y familiar que detenta los medios de producción, los gestiona con arreglo a unas normas consuetudinarias rígidas y sólo hace distinciones por sexo y edad. Al principio, esta responsabilidad, limitada a los varones adultos, empieza a manifestarse en las clases especializadas. Pero, poco a poco, la idea de que el destino del hombre está determinado por su posición familiar y social en el momento de su nacimiento va perdiendo terreno, y se abre camino la convicción de que dicho destino depende de su comportamiento y sus dotes. La evolución de los sistemas de transmisión hereditaria refleja de un modo significativo la evolución de los criterios de responsabilidad jurídica (de la responsabilidad colectiva a la familiar, y luego a la personal), así como de la movilidad socioeconómica en sentido horizontal y vertical, y del paso de una religiosidad y un culto estatal a otros más intimistas y personalizados.

Mientras la personalidad, durante toda la Edad del Bronce y la primera Edad del Hierro, va destacándose del grupo, de forma lenta pero segura, con la aparición de diferencias funcionales, socioeconómicas, étnicas, culturales y religiosas, se tiene la impresión de que los valores del individualismo, la racionalidad, la ética y la introspección se pueden imponer de forma no traumática. Pero el proceso sufre una brusca involución en la tercera Edad del Hierro, relacionada con fenómenos de centralización imperial, que acaban con los movimientos políticos y culturales más dinámicos, imponen una «esclavitud generalizada», restablecen unos arcaísmos amanerados y sólo dejan salida en el campo de la magia (de pronóstico y de exorcismo), la sabiduría acumulativa y la teosofía paralizadora (astrológica o de otro tipo).

Esta brusca involución, dirigida por los palacios imperiales, provoca el empuje «revolucionario» de los grandes profetas, reformadores religiosos, científicos y filósofos de la edad axial. Todos ellos, aunque se oponen a la tradición esclerotizada y sin salida de los grandes centros de cultura tradicional, se remiten a las experiencias anteriores (no podría ser de otra forma), y les hacen dar el «salto» que la propia involución pone en evidencia. Por eso no es descabellado ni inútil buscar en los milenios antiguo-orientales los antecedentes del pensamiento religioso, científico y filosófico que provoca el vuelco de la edad axial.

3. La herencia estática: las «formas simples»

Si la historia de las antiguas civilizaciones de Oriente Próximo se interrumpe (o cambia radicalmente de naturaleza) con la aparición de ciertas contradicciones e innovaciones éticas, religiosas e intelectuales que, para nosotros, forman parte del bagaje normal de los individuos y la sociedad, ¿qué permanece en ellas que, también para nosotros, pueda ser un vehículo privilegiado de significados y valores? Baste pensar en la manera en que nuestro mundo europeo ha descubierto y reconstruido la historia del antiguo Oriente, para darnos cuenta de un hecho esencial. Mientras la historia antigua «clásica» (grecorromana) siempre había formado parte del bagaje cultural, aun a través de las distintas formas en que fue evocada, la historia antigua preclásica fue perfilándose de forma paralela a la investigación antropológica sobre las civilizaciones «primitivas» todavía existentes. Dicho sea de paso, resulta asombroso pensar que esta recuperación se efectúa en la última época en que es posible hacerlo. La civilización industrial y la economía-mundo, poco después de «descubrir» y «estudiar» las otras culturas que todavía estaban presentes en el territorio mundial, las transformaron irreversiblemente y las eliminaron como tales. Lo mismo se puede decir de la recuperación del patrimonio arqueológico e histórico más antiguo, que apenas se adelanta a la destrucción salvaje como consecuencia de formas de explotación territorial y asentamiento que inciden irremediablemente en los niveles antrópicos. Así pues, el conocimiento va casi inmediatamente seguido de la destrucción, un esquema válido tanto para los imperialismos antiguos como para los modernos, para los militares o económicos como para los intelectuales.

Nos hallamos en una fase de unificación mundial, cuando más intensa es la interacción con otras culturas. La relación que trata de establecer la nuestra con las del pasado es de comparación, sus polos son los conceptos de «distinto» e «igual» y sus ejercicios extremos la demostración de que las cosas han sido siempre iguales a como lo son ahora o, por el contrario, de cuánto han cambiado, y hasta qué punto debemos considerarnos únicos.

Así presentadas, estas aplicaciones extremas son, sin duda, ingenuas e inaceptables, pero formuladas de manera más elaborada y profunda, son la esencia de los enfoques estructural e historicista, de los que es difícil prescindir, seamos o no partidarios de uno u otro. Por muchos intentos que se hagan de unificar, siempre se hallarán variantes, y por muchas «leyes» que nos inventemos, nos damos cuenta de que la historia consiste sobre todo en un desviarse, y no en un atenerse a ellas. Pero, por otro lado, cuanto más nos esforzamos por subrayar la especificidad histórica de costumbres, hechos, siglos o regiones, más nos damos cuenta de que las categorías institucionales, fenomenológicas básicas, son constantes —de lo contrario ni siquiera se podría hablar de ellas con nuestro lenguaje y aparato conceptual.

Puestos a descubrir esas «formas simples» que constituyen una suerte de gramática elemental de la historia, hay que reconocer que el antiguo Oriente presenta un muestrario bastante rico y completo de ellas, con la ventaja única de que nos muestra estas formas simples en el proceso de su formación, y más tarde en su despliegue todavía bastante libre de complicaciones. Como se ha dicho al principio, Oriente Próximo es como un «laboratorio» histórico privilegiado en el que ciertos fenómenos pueden ser estudiados en estado puro (por así decirlo), al no existir las interferencias que dificultan su reconocimiento y análisis en fases más avanzadas de la historia.

Las formas simples son más fáciles de descubrir en su estadio inicial y a nivel ingenuo, pero una vez descubiertas es fácil seguirles la pista como elementos de construcciones mucho más sofisticadas.

A lo largo de este volumen nos hemos encontrado con las distintas formas de agregación humana, en su fase de formación y luego en plena vigencia: la aldea y el grupo trashumante, la ciudad y la tribu, la etnia y la nación, la confederación y el imperio. En su interior hemos descubierto la formación de los centros de poder, el templo, el palacio, el almacén, la escuela de escribas, la fortaleza, el arsenal. Hemos asistido a la aparición de toda clase de formas de control y administración, desde la estratificación social dentro de una comunidad hasta el dominio político exterior y sus formas más radicales de la anexión y la destrucción. Hemos visto las formas de organización del trabajo, y de su retribución (de la ración al salario), y las formas de concentración de excedentes (del tributo a la tasa). También hemos visto los modos (o las «reglas») de hacer la guerra y la paz. Hemos visto toda una gama de formas de justificar el poder y la desigualdad: ideologías legalistas, apologías de los usurpadores, celebración de las victorias, punto de vista de los vencidos, disuasión punitiva, lisonjeo.

En el terreno de la comunicación, hemos visto cómo aparecen las «formas simples» de mensaje, con su difusión y registro: carta, informe administrativo, recibo, disposición de pago, lista, fichero, archivo, biblioteca, y en general desde el lenguaje visual, monumental o de objetos al escrito (más tarde alfabético), desde la traducción interlineal a la lengua franca, desde el contacto al trueque comercial.

En el terreno de la organización sociopolítica hemos visto cómo van apareciendo códigos, edictos, tribunales, exenciones, herencias, testamentos, adopciones y donaciones. Estas «formas simples» no habían existido siempre. En el «tronco» de historia que abarca este volumen se dieron por primera vez las condiciones necesarias para su elaboración e introducción en las costumbres. Y todas ellas permanecieron bastante estables, con las variaciones normales debidas a la evolución de las condiciones socioeconómicas. Todavía hoy se pueden reconocer en nuestras formas, en nuestras realizaciones más complejas (e históricamente más estratificadas).

Hoy día no hay estudio sobre los grandes temas de la ciudad, el estado, el imperialismo, la comunicación, la escritura, la estratificación social, la economía productiva o el comercio (ya sea histórico-comparativo o fenomenológico) en el que el antiguo Oriente no goce de una posición privilegiada. Además de producir su documentación específica, como cualquier otro «tronco» histórico, puede incluir *el origen* de la ciudad, el estado, el imperialismo, la escritura, la administración, etc. Y si el término «origen» parece demasiado mitológico, por lo menos se puede decir que en el Oriente Próximo antiguo aparecen por primera vez las formas básicas de organización de las comunidades humanas (salvo algunos casos, en que aparecen más tarde y en otras áreas).

4. La herencia dinámica: desarrollo y catástrofe

Junto a la adquisición estática, morfológica, de las formas simples, la historia de Oriente Próximo también plantea el problema de una interpretación general del desarrollo, con sus aportaciones dinámicas, evolutivas. Se pueden proponer, y de he-

cho se han propuesto, dos modelos de desarrollo. El primero es el del crecimiento exponencial, por acumulación sucesiva con un ritmo cada vez más acelerado. Este modelo es propio de las teorías historiográficas de finales del siglo pasado y principios de éste, es decir, justamente la época en que empezó la reconstrucción histórica del antiguo Oriente, una época dominada por la idea del «progreso». Esta idea se implantó en la cultura europea a consecuencia de la revolución industrial y el colonialismo, que provocaron un crecimiento económico y político ininterrumpido durante varios decenios, limitado al mundo occidental. Se creó así la ilusión de que el crecimiento podía ser indefinido, dibujando en un gráfico imaginario una curva cada vez más empinada. Esta visión optimista basada en la idea del progreso hizo que se prestara gran atención a las realizaciones técnicas y culturales del antiguo Oriente, como punto de partida (muy alejado en el tiempo) de ese crecimiento: una sucesión de invenciones, introducciones de nuevos elementos técnicos y culturales, modos de producción cada vez más eficaces, formaciones políticas cada vez más complejas y expresiones humanas cada vez más libres y elevadas.

Las crisis mundiales de la gran guerra, la recesión económica y las involuciones políticas, unidas a la extensión de esta visión al resto del mundo, así como las recientes crisis demográficas, productivas y energéticas, han introducido en la historiografía antigua los conceptos de catástrofe y «límites del desarrollo», con los consiguientes altibajos, resultado de la difícil interacción de varios factores con efectos regresivos. Ya no se considera que los factores negativos, de crisis, sean simples tropiezos en un crecimiento exponencial, y se les ve como rasgos estructurales del sistema (igual que los factores de crecimiento). La sobreexplotación del territorio, el agotamiento de los recursos, los ciclos económicos y las difíciles relaciones entre los centros y las periferias en una economía mundial integrada, modifican radicalmente la visión de conjunto. El interés histórico se había limitado, con evidente optimismo, a las realizaciones culturales más destacadas, los ambientes urbanizados, los centros imperiales, los avances tecnológicos y la creación de sistemas cada vez más rentables. Esta visión ha sido reemplazada (por lo menos en algunos ámbitos historiográficos) por un interés por las zonas más atrasadas, por las fases de estancamiento o retroceso, por todas las zonas sumergidas del gran iceberg de las culturas antiguas (por falta de documentación).

El modelo actual es compuesto. Tal vez mantenga su carácter exponencial a muy largo plazo, pero a medio plazo es cíclico. El Oriente Próximo antiguo comprende algunos de estos ciclos —en líneas generales, uno por cada parte de este volumen. Nuestro interés ya no se limita a las realizaciones positivas, ni considera que sólo el crecimiento tiene algo que decirnos, como antecedente lejano de nuestro propio crecimiento. Se estudian las distintas estrategias de desarrollo (de acuerdo con los distintos medios ecológicos e históricos), y sobre todo los distintos resultados, a veces «triunfantes» y a veces involutivos, condenados a la marginación y a la desaparición.

Este modelo ampliado ayuda, entre otras cosas, a entender que la «continuación» real de la historia del antiguo Oriente no fue la secuencia Grecia - Roma - Edad Media cristiana - Europa occidental moderna (de inspiración «exponencial», de progreso ininterrumpido). Fue la historia sucesiva del propio Oriente Próximo, con sus ciclos y altibajos en los terrenos sociopolítico y técnico-económico, con fenómenos a veces importantes de despoblación, desertización y destrucción del paisaje, escle-

rosis cultural, dependencia política exterior y estrategias de pura subsistencia en bolsas deprimidas, pero no secundarias en una valoración global del área en cuestión.

Este cambio de modelo historiográfico amplía los horizontes y facilita la interpretación. La vieja visión eurocéntrica se basaba en la división antiguo-medieval-moderno de un tronco único. La historia ha sobrepasado estos límites, tanto por abajo, con una mayor atención (también «histórica») por la prehistoria y la protohistoria, como por arriba, con la introducción del concepto y la práctica de la historia contemporánea (antaño impensable), así como de la simulación histórica proyectada en el futuro. También ha reventado por los lados, hacia otras culturas, tanto de «nivel etnológico» (como se suele decir de forma humillante), como de gran interés histórico, aunque no se les hubiera prestado la debida atención. Tampoco hay que olvidar la ampliación «sociológica» hacia la historia de las clases subalternas, de todos aquellos ambientes que no tienen nada de heroico, de todos los fenómenos de la vida diaria.

Aunque este modelo ampliado es más eficaz y puede funcionar, hay que entender la dinámica del desarrollo y la recesión, y en general la de la evolución cultural, en su acepción más amplia. Para ello hay que disponer de una documentación equilibrada en suficiente cantidad —no es este el caso del antiguo Oriente, ni en el estado actual de las investigaciones, ni probablemente nunca. En este sentido, la apreciación positiva que se tenía del antiguo Oriente a propósito de las «formas simples» cambia de signo. El «laboratorio» parecía bien equipado para el estudio de estas formas y presentaba grandes ventajas por su propia sencillez, por la proximidad al momento en que se introdujeron por primera vez los elementos estudiados, porque los fenómenos son ajenos a los nuestros (lo que permite tomar una actitud de distanciamiento), pero al mismo tiempo similares a ellos. En cambio, para el estudio de la dinámica del desarrollo, el antiguo Oriente apenas puede proponer algo que se pueda extrapolar y tiene que depender de modelos creados para otras áreas, donde la documentación se puede utilizar estadísticamente. Si tenemos estos modelos, en el caso del antiguo Oriente nos limitaremos a una labor de interpolación que dé un sentido a los fragmentos documentales conocidos.

En cualquier caso, la historia del antiguo Oriente puede hacer una gran aportación a la historia general, contribuyendo a la ampliación de horizontes, de términos cronológicos y espaciales, de tipologías de fenómenos. Esta ampliación ya forma parte de «nuestra» cultura, la primera en hacer formulaciones no autocéntricas, la primera en no ver a los demás como espejos, sino como sujetos autónomos. Desde las primeras historias del antiguo Oriente, de carácter eurocéntrico y finalista (que todavía persiste en los libros de texto de la enseñanza secundaria), se ha recorrido un largo camino hacia la normalización y la banalización —y aún queda mucho por recorrer.

HNDA
Firmado digitalmente por HNDA
Nombre de reconocimiento (DN): cn=HNDA, c=CL, o=LIBER, ou=LiberLibros, email=hnda@msn.com
Fecha: 2007.07.13 14:43:48 -04'00'

LIBER

ABREVIATURAS

AfO	*Archiv für Orientforschung*, Graz
AION	*Annali dell'Istituto Universitario Orientale di Napoli,* Nápoles
AJA	*American Journal of Archaeology,* Princeton
AnSt	*Anatolian Studies,* Londres
AOF	*Altorientalische Forschungen,* Berlín
BaM	*Baghdader Mitteilungen,* Berlín
BASOR	*Bulletin of the American Schools of Oriental Research,* New Haven
BO	*Bibliotheca Orientalis,* Leiden
DAFI	*Délégation Archéologique Française en Iran, Cahiers,* París
DdA	*Dialoghi di Archeologia,* Roma
HUCA	*Hebrew Union College Annual,* Cincinnati
IEJ	*Israel Exploration Journal,* Jerusalén
JA	*Journal Asiatique,* París
JAOS	*Journal of the American Oriental Society,* Boston
JCS	*Journal of Cuneiform Studies,* New Haven
JEOL	*Jaarbericht Ex Oriente Lux,* Leiden
JESHO	*Journal of the Economic and Social History of the Orient,* Leiden
JNES	*Journal of Near Eastern Studies,* Chicago
JSS	*Journal of Semitic Studies,* Manchester
MARI	*Mari. Annales de recherches interdisciplinaires,* París
MDOG	*Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft,* Berlín
MIOF	*Mitteilungen des Instituts für Orientforschung,* Berlín
OA	*Oriens Antiquus,* Roma
OLP	*Orientalia Lovaniensia Periodica,* Lovaina
Or	*Orientalia,* Roma
RA	*Revue d'Assyriologie,* París
RAI	*Rencontre Assyriologique Internationale. Comptes-rendus*
RANL	*Rendiconti dell'Accademia Nazionale dei Lincei,* Roma
RHA	*Revue Hittite et Asiatique,* París
RSO	*Rivista degli Studi Orientali,* Roma
SAK	*Studien zur altägyptischen Kultur,* Hamburgo
SMEA	*Studi Micenei ed Egeo-Anatolici,* Roma
SMS	*Syro-Mesopotamian Studies,* Malibú
UF	*Ugarit-Forschungen,* Neukirchen
VO	*Vicino Oriente,* Roma

VT	*Vetus Testamentum,* Leiden
WO	*Welt des Orients,* Gotinga
ZA	*Zeitschrift für Assyriologie,* Berlín
ZAW	*Zeitschrift für die alttestamentliche Wissenschaft,* Berlín
ZDPV	*Zeitschrift des Deutschen Palästina-Vereins,* Stuttgart

LIBER

BIBLIOGRAFÍA

1. El antiguo Oriente como problema histórico

El tratado clásico y detallado (pero sin actualizar) de historia del Oriente Próximo antiguo es la *Cambridge Ancient History*, vol. I, Cambridge, 1970-1971, vol. II, Cambridge, 1973-1975, vol. III, Cambridge, 1982, prepublicada en fascículos a partir de 1960; en ella se encuentra una exhaustiva bibliografía (que se detiene en los años 60). Más sintéticas son la *Fischer Weltgeschichte*, vols. I-II (tomo 2-4), Frankfurt, 1965-1967 (hay trad. cast.: *Historia Universal Siglo XXI*, Madrid), y P. Garelli-V. Nikiprowetzky, *Le Proche-Orient asiatique*, I-II, París, 1969-1974 (hay trad. cast.: *El Próximo Oriente Asiático*, I-II, Barcelona, 1987). Atípico y sectorial, pero fundamental, es A. L. Oppenheim, *Ancient Mesopotamia*, Chicago, 1977^2. En castellano véase A. Tovar, W. Röllip e I. Gamer-Wallert, *Historia del Antiguo Oriente*, Barcelona, 1984; J. Córdoba, *Los primeros estados indoeuropeos*, Madrid, 1988, e *id.*, *Irán y las estepas*, Madrid, 1989.

Cronología. Acerca de la estratigrafía arqueológica cf. E. L. Harris, *Principles of Archaeological Stratigraphy*, Londres, 1979 (hay trad. cast.: *Principios de estratigrafía arqueológica*, Barcelona, 1991). Cronología arqueológica comparada: R. W. Ehrich, *Chronologies in Old World Archaeology*, vols. I-II, Chicago, 1992; también P. Åström, ed., *High, Middle or Low?*, Gotemburgo, 1987. Sobre los métodos de análisis físico-químico, cf. D. Brothwell y E. Higgs, eds., *Science in Archaeology*, Londres, 1969^2 (hay trad. cast.: *Ciencia en arqueología*, Madrid, 1980); M. S. Tite, *Methods of Physical Examination in Archaeology*, Londres-Nueva York, 1972; por último, P. R. Giot y L. Langouet, *La datation du passé*, Rennes, 1984.

Entre las bibliografías periódicas es crucial la «Keilschriftbibliographie» que desde 1941 edita anualmente la revista *Orientalia* (Roma); pero falta el sector arqueológico. Enciclopedia: *Reallexikon der Assyriologie*, Leipzig-Berlín, 1928 y siguientes (todavía en curso). Repertorio de las ediciones textuales: R. Borger, *Handbuch der Keilschriftliteratur*, I-III, Berlín, 1967-1975. Las presentes notas bibliográficas se centrarán sobre todo en los últimos 30 años, remitiéndose para lo anterior a las obras de conjunto antes citadas.

2. Los caracteres originales

Un tratado estructural de las civilizaciones del antiguo Oriente es *L'alba della civiltà*, I-III, Turín, 1976, que cuenta con una bibliografía sistemática por temas (hay trad. cast.: *El alba de la civilización*, vol. I, Madrid, 1988). Y más recientemente H. Klengel, ed., *Kulturgeschichte des alten Vorderasien*, Berlín, 1989, y M. Roaf, *Cultural Atlas of Mesopotamia and the Ancient Near East*, Oxford, 1990.

Geografía. Sobre Oriente Próximo en general: X. de Planhol, *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*, París, 1968. Entre los análisis regionales: E. Wirth, *Agrargeographie des Irak*, Hamburgo, 1962; Id., *Syrien. Eine geographische Landeskunde*, Darmstadt, 1971; Y. Karmon, *Israel. A Regional Geography*, Londres, 1971. Paleoecología: W. C. Brice,

ed., *The Environmental History of the Near and Middle East*, Nueva York-Londres, 1978; W. Frey y H. P. Uepermann, eds., *Beiträge zur Umweltsgeschichte des vorderen Orients*, Wiesbaden, 1981.

Sobre la historia demográfica y de los asentamientos son cruciales los volúmenes de R. McC. Adams, *Land behind Baghdad*, Chicago, 1965; *The Uruk Countryside*, Chicago, 1972; *Heartland of Cities*, Chicago, 1981 (acerca del cual cf. J. A. Brinkman, *JNES*, 43 (1984), pp. 169-180); P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby, *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1972. Entre las obras influyentes a escala teórica conviene citar por lo menos E. Boserup, *The Conditions of Agricultural Growth*, Chicago, 1965; id., *Population and Technological Change*, Chicago, 1981; M. Chisholm, *Rural Settlement and Land Use*, Londres, 1968²; B. Spooner, ed., *Population Growth: Anthropological Implications*, Chicago, 1972. Sobre los métodos cf. I. Hodder y C. Orton, *Spatial Analysis in Archaeology*, Cambridge, 1976 (hay trad. cast.: *Análisis espacial en arqueología*, Barcelona, 1990); F. Hole, *Paléorient*, 6 (1980), pp. 21-44.

Alimentación en general: D. Brothwell y P. Brothwell, *Food in Antiquity*, Londres, 1979; más específicos H. Hoffner, *Alimenta Hethaeorum*, New Haven, 1974; L. Milano, *DdA*, 3 (1981), pp. 85-121; R. Ellison, *Iraq*, 43 (1981), pp. 35-45; 45 (1983), pp. 146-150; *JESHO*, 27 (1984), pp. 89-98.

Tecnología en general: R. J. Forbes, *Studies in Ancient Technology*, I-IX, Leiden, 1955-64 (usar con cautela) y Ch. Singer, E. J. Holmyard y A. R. Hall, *History of Technology*, Oxford, 1955. Más específicas y bien documentadas son las obras de A. Salonen, *Die Hausgeräte der alten Mesopotamier*, I-II, Helsinki, 1966; *Die Waffen der alten Mesopotamier*, Helsinki, 1966; *Agricultura mesopotamica*, Helsinki, 1969; *Die Fischerei im alten Mesopotamien*, Helsinki, 1970 (hay trad. cast.: *Teoría económica del sistema feudal*, Buenos Aires, 1974); *Vögel und Vogelfang im alten Mesopotamien*, Helsinki, 1973; y otras. Cf. también D. Schmandt-Besserat, ed., *Early Technologies*, Malibú, 1979.

Modo de producción. A nivel teórico cf. W. Kula, *Teoria economica del sistema feudale*, Turín, 1970 (hay trad. cast.: *Teoría económica del sistema feudal*, Buenos Aires, 1974); G. Sofri, *Il modo di produzione asiatico*, Turín, 1974; A. Carandini, *L'anatomia della scimmia*, Turín, 1979. Específicamente sobre el antiguo Oriente cf. M. Liverani en *L'alba della civiltà*, II, pp. 1-126; G. Zaccagnini, *DdA*, 3 (1981), pp. 3-65; P. Briant, *Rois, tributs et paysans*, París, 1982. Para aproximaciones globales, independientes del filón marxista, cf. A. L. Oppenheim, *JESHO*, 10 (1967), pp. 1-16; I. J. Gelb, *JAOS*, 87 (1967), pp. 1-8; M. A. Powell, ed., *Labor in the Ancient Near East*, New Haven, 1987.

Entre los trabajos antropológicos que han influido en los estudios sobre antiguo Oriente cf. K. Polányi, *Trade and Market in the Early Empires*, Nueva York, 1957 (hay trad. cast.: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, 1976); *id.*, *The Livelihood of Man*, Nueva York, 1977; M. Sahlins, *Stone Age Economics*, Londres, 1972.

Unidad y variedad, cf. por ejemplo L. Levine y T. C. Young, eds., *Mountains and Lowlands*, Malibú, 1977; H. Nissen y J. Renger, eds., *Mesopotamien und seine Nachbarn* (*RAI*, 25), I-II, Berlín, 1982; M. Rowlands, M. T. Larsen y K. Kristiansen, eds., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, 1987. «Frontera»: M. Tosi, *Mesopotamia*, 8-9 (1973-1974), pp. 21-76; D. Potts, *RAI*, 25, Berlín, 1982, pp. 33-35.

Nómadas y sedentarios, en general: D. J. Johnson, *The Nature of Nomadism*, Chicago, 1969; W. Irons y N. Dyson Hudson, eds., *Perspectives in Nomadism*, Leiden, 1972; O. Aurenche, ed., *Nomades et sédentaires: perspectives ethnoarchéologiques*, París, 1984. Sobre el antiguo Oriente en general cf. H. Klengel, *Zwischen Zelt und Palast*, Leipzig, 1972; J. Silva Castillo, ed., *Nomads and Sedentary Peoples*, México, 1981; P. Briant, *État et pasteurs au Moyen Orient ancien*, París-Cambridge, 1982; y los estudios de M. B. Rowton, *Or*, 42 (1973), pp. 247-258; *JNES*, 32 (1973), pp. 201-215; *JESHO*, 17 (1974), pp. 1-30; *OA*, 15 (1976), pp. 17-31; *JNES*, 35 (1976), pp. 13-20.

Sobre ideología y propaganda en el antiguo Oriente cf. por lo menos B. Albrektson, *History and the Gods*, Lund, 1967; M. Liverani en *L'alba della civiltà*, I, pp. 275-414; III, pp. 437-521;

Or, 42 (1973), pp. 178-194; J. J. Finkelstein y A. L. Oppenheim en *Propaganda and Communication in World History*, I, Honolulu, 1979, pp. 50-144; H. Tadmor y M. Weinfeld, eds., *History, Historiography and Interpretation*, Jerusalén, 1983.

3. Las premisas neolíticas y calcolíticas

Sobre los comienzos de la agricultura véase K. Flannery, *Annual Review of Anthropology*, 2 (1973), pp. 271-310; C. A. Reed, ed., *Origins of Agriculture*, La Haya, 1977; H. E. Wright, *Science*, 194 (1976), pp. 385-389; C. L. Redman, ed., *The Early History of Agriculture*, Oxford, 1977; A. M. Moore, *World Archaeology*, 14 (1982), pp. 224-236; D. O. Henry, *From Foraging to Agriculture*, Filadelfia, 1989; D. Zohary y M. Hopf, *Domestication of Plants in the Old World*, Oxford, 1988; C. W. Cowan y P. J. Watson, eds., *The Origins of Agriculture. An International Perspective*, Washington, 1992. Sobre la domesticación, después de las síntesis de F. E. Zeuner, *A History of Domesticated Animals*, Londres, 1963, y B. Brentjes, *Wildtier und Haustier im Alten Orient*, Berlín, 1962, cf. P. Ducos, *L'origine des animaux domestiques en Palestine*, Burdeos, 1968; P. J. Ucko y G. W. Dimbleby, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, Londres, 1969; R. Berger y R. Protsch, *Or*, 42 (1973), pp. 214-227; R. H. Meadow y H. P. Vepermann, *Equids in the Ancient World*, Wiesbaden, 1986. Síntesis recientes sobre la primera producción de alimento: G. A. Wright, *Current Anthropology*, 12 (1971), pp. 447-477; R. Braidwood en *Studi S. Puglisi*, Roma, 1985, pp. 141-148; F. Hole, *Paléorient*, 10 (1984), pp. 49-60.

Entre los estudios regionales recordaremos R. Braidwood y B. Howe, *Prehistoric Investigation in Iraqi Kurdistan*, Chicago, 1960; *Prehistoric Archaeology along the Zagros Flanks*, Chicago, 1983; F. Vallat, *Le Natoufien*, París, 1975; J. Cauvin, *Les premiers villages de Syrie-Palestine*, Lyon, 1978; J. Cauvin y P. Sanlaville, eds., *Préhistoire du Levant*, París, 1981; F. Hole y K. Flannery, *Prehistory and Human Ecology of the Deh Luran Plain*, Ann Arbor, 1969; O. Bar-Yosef, *Annual Review of Anthropology*, 9 (1980), pp. 101-133; y las recientes reseñas de O. Bar-Yosef, J. Perrot *et al.* en *Essays R. Braidwood*, Chicago 1983, pp. 11-140.

Sobre el Neolítico pleno remitimos a la síntesis de J. Mellaart, *The Neolithic of the Near East*, Londres, 1975 (con bibliografía sobre los yacimientos), que ya necesita ser completada. Cf. las reseñas de P. J. Watson (Halaf) y de J. Oates (Ubaid) en *Essays R. Braidwood, cit.*, pp. 231-250 y 251-281. Sobre el comercio prehistórico cf. C. Renfrew, J. E. Dixon y J. R. Cann, *Proceedings of the Prehistoric Society*, 32 (1966), pp. 30-72; 34 (1968), pp. 319-331; G. A. Wright, *Obsidian Analyses and Prehistoric Near Eastern Trade 7500 to 3500 B.C.*, Ann Arbor, 1969; T. Earle y J. Ericson, eds., *Exchange Systems in Prehistory*, Nueva York, 1977. Para la estructura de las viviendas: O. Aurenche, *La maison orientale. L'architecture du Proche Orient ancien dès origines au milieu du quatrième millénaire*, I-III, París, 1981; *Paléorient*, 7/2 (1981), pp. 43-55.

Hacia la urbanización: A. L. Perkins, *The Comparative Archaeology of Early Mesopotamia*, Chicago, 1957; R. Braidwood y G. R. Willey, eds., *Courses toward Urban Life*, Chicago, 1962; Ch. L. Redman, *The Rise of Civilization. From Early Farmers to Urban Society in the Ancient Near East*, San Francisco, 1978 (hay trad. cast.: *Los orígenes de la civilización*, Barcelona, 1990). Sobre la primera metalurgia cf. P. R. S. Moorey, *Iraq*, 44 (1982), pp. 13-38; J. Yakar, *AnSt*, 34 (1984), pp. 59-86; 35 (1985), pp. 25-38; N. H. Gale, Z. A. Stos Gale y G. R. Gilmore, *AnSt*, 35 (1985), pp. 143-173; M. Frangipane en *Studi S. Puglisi*, Roma, 1985, pp. 215-228. Gasulienses: P. Bar Adon, *The Cave of the Treasure*, Jerusalén, 1980; J. Perrot, *Paléorient*, 10 (1984), pp. 75-96.

4. La revolución urbana

Siguen siendo fundamentales V. G. Childe, *Town Planning Review*, 21 (1950), pp. 3-17; C. Kraeling y R. McC. Adams, eds., *City Invincible*, Chicago, 1960; R. McC. Adams, *The Evolution of Urban Society*, Chicago, 1966; síntesis puestas al día: H. Nissen, *Grundzüge einer Geschichte der Frühzeit des Vorderen Orients*, Darmstadt, 1983; M. Liverani, *L'origine delle città*, Roma, 1986; J. L. Huot, J. P. Thalmann y D. Valbelle, *Naissance des cités*, París, 1990; A. Aerts y H. Klengel, *The Taon as Regional Economic Centre in the Ancient Near East*, Lovaina, 1990.

Sobre el origen del estado los estudios de protohistoria están influidos por corrientes sociológicas estadounidenses (bastante improvisadas, comparadas con la tradición europea en la materia): cf. sobre todo R. Carneiro, *Science*, 169 (1970), pp. 733-738; B. Trigger, *World Archaeology*, 6 (1974), pp. 95-106; E. Service, *Origins of the State and Civilization*, Nueva York, 1975; R. Cohen y E. Service, eds., *Origins of the State. The Anthropology of Political Evolution*, Filadelfia, 1978; H. Claessen, *Current Anthropology*, 25 (1984), pp. 365-380; *id.*, ed., *Development and Decline: The Evolution of Sociopolitical Organization*, South Hadley Mass., 1985.

Sistema de raciones (también para las edades posteriores): I. J. Gelb, *JNES*, 24 (1965), pp. 230-243; R. Dolce y C. Zaccagnini, *Il pane del re*, Bolonia, 1989. Estandarización de los cuencos: T. W. Beale, *JNES*, 37 (1978), pp. 289-313; A. Le Brun en *L'archéologie de l'Iraq*, París, 1980, pp. 59-70; J. D. Forest, *Akkadica*, 53 (1987), pp. 1-24.

Glíptica: M. Brandes, *Siegelabrollungen aus den archaischen Bauschichten in Uruk-Warka*, Wiesbaden, 1979; P. Amiet, *Glyptique susienne*, París, 1972; *La glyptique mésopotamienne archaïque*, París, 1961; en general también McG. Gibson y R. Biggs, eds., *Seals and Saelings in the Ancient Near East*, Malibú, 1977. Son fundamentales los estudios de E. Fiandra y P. Ferioli, cf. entre otros *South Asian Archaeology*, Londres, 1979, pp. 29-43; Londres, 1981, pp. 124-127; *Bollettino d'Arte*, 13 (1982), pp. 1-17.

Sistema de numeración: J. Friberg, *Early Roots of Babylonian Mathematics*, I-II, Gotenburgo, 1978-1979; *Scienctific American*, 250 (1984), pp. 78-85 (hay trad. cast.: «Números y medidas en los primeros documentos escritos», *Investigación y Ciencia*, 91 [1984], pp. 68-76); también I. M. Diakonoff, *JAOS*, 103 (1983), pp. 83-93; por último P. Damerov y R. K. Englund, *Die Zahlzeichensysteme der archaischen Texte aus Uruk*, Berlín, 1985.

Origen de la escritura: A. Le Brun y F. Vallat, *DAFI*, 8 (1978), pp. 11-59; D. Schmandt Besserat, *AJA*, 83 (1979), pp., 19-48; S. Lieberman, *AJA*, 84 (1980), pp. 339-358; M. Brandes, *Akkadica*, 18 (1980), pp. 1-30; B. Schmandt-Besserat, *Before Writing: from Counting to Cuneiform*, Austin, 1992. Cf. también las recientes obras colectivas «Aspects of Cuneiform Writing», *Visible Language*, 15/4 (1981), y «Early Writing Systems», *World Archaeology*, 17/3 (1986); *Écritures, systèmes idéographiques et pratiques expressives*, París, 1982; y el catálogo *Naissance de l'écriture*, París, 1982. Última síntesis: H. Nissen, *Interdisciplinary Science Review*, 10 (1985), pp. 349-362.

Textos de Uruk: M. W. Green y H. J. Nissen, *Zeichenliste der archaischen Texte aus Uruk*, Berlín, 1987. Entre los estudios sobre los textos cf. por ejemplo M. Gren, *JNES*, 39 (1980), pp. 1-35 (ganadería); H. Nissen, *Acta Antiqua*, 22 (1974), pp. 5-14 (trabajo); R. K. Englund, *JESHO*, 31 (1988), pp. 121-185; y sobre todo H. J. Nissen, P. Damerov y R. K. Englund, *Frühe Schrift und Techniken der Wirtschaftsverwaltung im alten Vorderen Orient*, Berlín, 1990.

5. Difusión y crisis de la primera urbanización

Expansión de la cultura de Uruk: G. Algaze, *The Uruk World System. The Dynamics of Expansion of Early Mesopotamian Civilization*, Chicago, 1993.

Sobre el proceso de regionalización: A. Palmieri en *Studi S. Puglisi*, Roma, 1985, pp. 191-

214; M. Lebeau, *ZA*, 80 (1990), pp. 241-296; G. Schwartz, *Paléorient*, 56 (1987), pp. 93-100.

Sobre la cultura de Yemdet Nasr cf. U. Finkbeiner y W. Röllig, eds., *Ğamdat Naṣr Period or Regional Style?*, Wiesbaden, 1986, con bibliografía anterior; cf. también P. Vertesolji y S. Kolbus, *Mesopotamia*, 20 (1985), pp. 53-109.

Formación de la cultura protoelamita: G. Johnson, *Local Exchange and Early State Development in Southwestern Iran*, Ann Arbor, 1973; *id.* en J. Sabloff y C. Lamberg Karlowsky, eds., *Ancient Civilization and Trade*, Albuquerque, 1975, pp. 285-339; H. T. Wright y G. Johnson, *American Anthropologist*, 77 (1975), pp. 267-289.

Escritura protoelamita: P. Meriggi, *La scrittura proto-elamica*, I-III, Roma, 1971-1974; P. Damerov y R. Englund, *Proto-Elamite Texts from Tepe Yahya*, Cambridge, 1989. Sobre Elam (también para las fases posteriores) cf. especialmente F. Vallat, *Suse et l'Elam*, París, 1980; E. Carter y M. Stolper, *Elam. Surveys of Political History and Archaeology*, Berkeley-Los Ángeles, 1984; P. Amiet, *L'âge des échanges inter-iraniens, 3500-1700 avant J.C.*, París, 1986; P. D. Harper, J. Aruz y F. Tallon, *The Royal City of Susa*, Nueva York, 1992.

Influencia sobre el Egipto pre y protodinástico, P. R. S. Moorey en *Centre and Periphery*, Cambridge, 1987, pp. 36-46.

6. La Mesopotamia protodinástica

Sumerios y semitas: E. Sollberger, ed., *Genava*, 8 (1960); F. R. Kraus, *Sumerer und Akkader*, Amsterdam, 1970; B. Landsberger, *The Conceptual Autonomy of the Babylonian World*, Malibú, 1976; recientes estudios detallados: R. Biggs, *Or*, 36 (1967), pp. 56-66; J. Cooper, *Or*, 42 (1973), pp. 239-246; B. Foster, *Or*, 51 (1982), pp. 297-354. Sobre los sumerios: S. N. Kramer, *The Sumerians*, Chicago, 1963; H. Crawford, *Sumer and the Sumerians*, Cambridge, 1991; J. L. Huot, *Les Sumériens*, París, 1989. Sobre los orígenes semíticos cf. P. Fronzaroli, *RANL*, 19, 20, 23, 24, 26 (1964-1971), *passim*; I. M. Diakonoff, *AOF*, 8 (1981), pp. 23-74.

Ciudades-templo: A. Falkenstein, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, 1 (1954), pp. 784-814; I. J. Gelb en *Studi E. Volterra*, VI, Milán, 1969, pp. 137-154; sobre la sociedad en general I. M. Diakonoff, *Ancient Mesopotamia*, Moscú, 1969; J. N. Postgate, *Early Mesopotamia. Society and Economy at the Dawn of History*, Londres, 1992. Además (también acerca de las fases posteriores) R. Lipinski, *State and Temple Economy in the Ancient Near East*, I-II, Lovaina, 1979.

Agricultura: T. Jacobsen, *Salinity and Irrigation Agriculture in Antiquity*, Malibú, 1982. Ganadería: M. Kientz y M. Lambert, *RSO*, 38 (1967), pp. 93-117, 198-218.

Venta de tierras: D. O. Edzard, *Rechtsurkunden des III Jahrtausend*, Munich, 1968; J. Krecher, *ZA*, 63 (1974), pp. 188-192; J. Bottéro, *École Pratique des Hautes Études, IV section, Annuaire 1970-71*, París, 1971, pp. 87-116; B. Kienast, *ZA*, 72 (1982), pp. 28-40; J. Glassner, 273 (1985), pp. 11-59; B. Brentjes, ed., *Das Grundeipentum in Mesopotamien*, Berlín, 1988; I. J. Gelb, P. Steinkeller y R. M. Whiting, *Earliest Land Tenure Systems in the Near East*, Chicago, 1989.

Arquitectura: H. Crawford, *The Architecture of Iraq in the Third Millennium B.C.*, Copenhague, 1977; J. Margueron, *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'âge du bronze*, I-II, París, 1982; Ö. Tunca, *L'architecture réligieuse protodynastique en Mésopotamie*, I-II, Lovaina, 1984; E. F. Henrickson, *Mesopotamia*, 16 (1981), pp. 43-140; 17 (1982), pp. 5-33. Cementerio real de Ur: H. Nissen, *Zur Datierung des Königsfriedhofs von Ur*, Berlín, 1966; S. Pollock, *Iraq*, 47 (1985), pp. 129-158.

Clases de productos artesanales: taracea: R. Dolce, *Gli intarsi mesopotamici dell'epoca protodinastica*, I-II, Roma, 1978; placas votivas: J. Boese, *Altmesopotamische Weihplatten*, Berlín, 1971, y E. Braun-Holzinger, *Mesopotamische Weihgaben*, Heidelberg, 1991; estatuaria: E. Braun-Holzinger, *Frühdynastische Beterstatuetten*, Berlín, 1977; glíptica: P. Amiet, *La glyptique mésopotamienne archaïque*, París, 1961; R. Boehmer, *ZA*, 59 (1969), pp. 261-292.

Inscripciones reales: E. Sollberger y J. R. Kupper, *Inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, París, 1971, pp. 39-95; H. Steible, *Die altsumerischen Bau- und Weihinschriften*, I-III, Wiesbaden, 1982-1983; J. Cooper, *Presargonic Inscriptions*, New Haven, 1986. Realeza: D. O. Edzard, *RAI*, 19, París, 1974, pp. 141-149. Título real: W. Hallo, *Early Mesopotamian Royal Titles*, New Haven, 1957.

Fundación mítica: entre otros T. Jacobsen, *The Treasure of Darkness. A History of Mesopotamian Religion*, Nueva York-Londres, 1976. Sobre la lista real sumeria es fundamental T. Jacobsen, *The sumerian King List*, Chicago, 1939; por último, P. Michalowski, *JAOS*, 103 (1983), pp. 237-248; C. Wilke, en *Studies Sjöberg*, Filadelfia, 1989, pp. 557-571. Héroes antiguos: entre otros P. Garelli, ed., *Gilgameš et sa légende*, París, 1960; E. Sollberger, *JCS*, 16 (1962), pp. 40-47; C. Wilke, *Das Lugalbandaepos*, Wiesbaden, 1969; J. Cooper, *JCS*, 33 (1981), pp. 224-241.

Conflicto entre Lagash y Umma, textos: J. Cooper, *The Lagash-Umma Border Conflict*, Malibú, 1983; también G. Pettinato, *Mesopotamia*, 5-6 (1970-1971), pp. 281-320; iconografía: I. Winter en H. Kessler y M. Shreve Simpson, eds., *Pictorial Narrative in Antiquity and the Middle Ages*, Washington, 1985, pp. 11-32; G. Steiner, *RAI*, 32, Berlín, 1986, pp. 33-44.

Reformas de Urukagina, de reciente publicación: B. Hruška, *Archív Orientální*, 41 (1973), pp. 104-132; *RAI*, 19, París, 1974, pp. 151-161; M. Lambert, *Or*, 44 (1975), pp. 22-51.

7. El mundo de Ebla

Segunda urbanización en la Alta Mesopotamia: cf. H. Weiss, ed., *The Origins of Cities in Dry-Farming Syria and Mesopotamia in the Third Millenium B.C.*, Guilford Conn., 1986. Mari presargónico: A. Parrot y G. Dossin, *Les temples d'Ishtarat et de Ninni-Zaza*, París, 1967; *Le trésor d'Ur*, París, 1968; por último A. Archi, *MARI*, 4 (1985), pp. 68-83.

Sobre Ebla cf. los dos volúmenes de P. Matthiae, *Ebla, un impero ritrovato*, Turín, 1977; *I tesori di Ebla*, Bari, 1984; y los dos de G. Pettinato, *Ebla, un impero inciso nell'argilla*, Milán, 1979; *Ebla. Nuovi orizzonti della storia*, Milán, 1986. Ediciones de los textos: *Archivi reali di Ebla. Testi*, I-IX, Roma, 1985-1990; *Materiali epigrafici di Ebla*, I-IV, Nápoles, 1979-1982. Hay numerosos estudios en la revista *Studi Eblaiti*, I ss., Roma, 1979 ss.; y en los congresos L. Cagni, ed., *La lingua di Ebla*, Nápoles, 1981; *Il bilinguismo a Ebla*, Nápoles, 1984; *Ebla 1975-1985*, Nápoles, 1987; H. Waetzoldt y H. Hauptmann, eds., *Wirtschaft und Gessellschaft von Ebla*, Heidelberg, 1988; A. Archi, *Eblaite Personal Names*, Roma, 1988; P. Fronzaroli, ed., *Quaderni di Semitistica*, 13-18 (Florencia, 1984-1992); C. H. Gordon, ed., *Eblaitica*, 1-3, Winona Lake, 1987-1992. Entre los estudios especiales cf. I. J. Gelb, *SMS*, 1 (1977), pp. 3-30; G. Pettinato, *OA*, 16 (1977), pp. 257-285; *AfO*, 25 (1974-1977), pp. 1-36; *Or*, 47 (1978), pp. 50-73; A. Archi, *Annali di Ebla*, 1 (1980), pp. 1-33, *ZA*, 76 (1986), pp. 213-217; *AfO*, Beiheft 19 (1982), pp. 173-188; *MARI*, 6 (1990), pp. 21-38; *MARI*, 5 (1987), pp. 37-52; L. Milano, *Acta Sumerologica*, 9 (1987), pp. 177-201; *MARI*, 5 (1987), pp. 519-550; A. Archi y P. Matthiae, *RAI*, 30, Leiden, 1986, pp. 53-86. Cronología: G. Biga y F. Pomponio, *JCS*, 42 (1990), pp. 179-201; *MARI*, 7 (1993), pp. 107-128; G. Pettinato, *Il rituale per la successione al trono ad Ebla*, Roma, 1992.

Segunda urbanización en el Líbano: M. Saghieh, *Byblos in the Third Millenium B.C.*, Warminster, 1983. En Palestina: P. de Miroschedji, *L'époque pré-urbaine en Palestine*, París, 1971; A. Kempinski, *The Rise of an Urban Culture. The Urbanization of Palestine in the Early Bronze Age*, Jerusalén, 1978; F. Serangeli, *Insediamento e urbanizzazione nella Palestina del bronzo antico*, Roma, 1980. Relaciones exteriores: J. B. Hennessy, *The Foreign Relations of Palestine during the Early Bronze Age*, Londres, 1967; A. Ben-Tor en *Essays Y. Yadin*, Toronto, 1983, pp. 3-18.

8. El imperio de Akkad

Asentamientos: además de los citados volúmenes de Adams cf. también McG. Gibson, *The City and Area of Kish*, Miami, 1972; *AJA*, 86 (1982), pp. 531-538; H. Weiss, *JAOS*, 95 (1975), pp. 434-453. Geografía histórica: D. O. Edzard, G. Farber y E. Sollberger, *Die Orts- und Gewässernamen der präsargonidischen und sargonidischen Zeit*, Wiesbaden, 1977.

Inscripciones reales: E. Sollberger y J. R. Kupper, *Les inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, París, 1971, pp. 97-133; H. Hirsch, *AfO*, 20 (1963), pp. 1-82; I. J. Gelb y B. Kienast, *Die altakkadischen Königsinschriften*, Stuttgart, 1990. Tratamiento: M. J. Seux, *RA*, 59 (1965), pp. 1-18; T. Maeda, *Orient*, 20 (1984), pp. 67-82.

Historia: M. Liverani, ed., *Akkad. The First World Empire*, Padua, 1993; T. Jacobsen, *AfO*, 26 (1978-1979), pp. 1-14; cronología: J. Boese, *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, 74 (1982), pp. 33-55.

Administración y economía: M. Lambert, *RA*, 59 (1965), pp. 61-72, 115-126; H. Limet, *JESHO*, 15 (1972), pp. 3-34; F. R. Kraus, *JEOL*, 24 (1975-1976), pp. 74-104; B. Foster, *JESHO*, 24 (1981), pp. 225-241; *ZA*, 72 (1982), pp. 1-27; *Umma in the Sargonic Period*, Hamden, Conn., 1982; *Administration and Use of Institutional Land in Sargonic Sumer*, Copenhague, 1982.

Arte imperial: P. Amiet, *L'art de l'Agadé au Musée du Louvre*, París, 1976; *RA*, 66 (1972), pp. 97-109; 71 (1977), pp. 107-116; M. T. Barrelet en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 27-138; J. Börker-Klähn, *Altvorderasiatische Bildsteten und vergleichbare Felsreliefs*, Maguncia, 1982. Glíptica: R. Boehmer, *Die Entwicklung der Glyptic während der Akkad-Zeit*, Berlín, 1965; W. Nagel-Strommenger, *Berliner Jahrbuch für Vor- und Frühgeschichte*, 8 (1968), pp. 137-206.

Política religiosa: W. Hallo y J. van Dijk, *The Exaltation of Inanna*, New Haven, 1968; J. van Dijk en S. Hartman, ed., *Synchretism*, Estocolmo, 1969, pp. 171-206. Sobre el panteón: J. Roberts, *The Earliest Semitic Pantheon*, Baltimore, 1972; R. A. Di Vito, *Studies in Third Millennium Sumerian and Akkadian Personal Names*, Roma, 1993.

Tradiciones históricas: al fundamental H. G. Güterbock, *ZA*, 8 (1934), pp. 1-91; 10 (1938), pp. 45-149, hay que añadir J. Nougayrol, *RA*, 45 (1951), pp. 169-183; O. R. Gurney, *AnSt*, 5 (1955), pp. 93-113; J. Finkelstein, *JCS*, 11 (1957), pp. 83-88; *Proceedings of the American Philosophical Society*, 107 (1963), pp. 461-472; E. Sollberger, *JEOL*, 20 (1968), pp. 50-70; H. G. Güterbock, *JCS*, 18 (1964), pp. 1-6; *MDOG*, 101 (1969), pp. 14-26; A. K. Grayson, *AfO*, 25 (1974-1977), pp. 56-64; *id.* y E. Sollberger, *RA*, 70 (1976), pp. 103-128; W. G. Lambert, *BO*, 30 (1973), pp. 357-363; A. Kammenhuber, *Acta Antiqua*, 26 (1978), pp. 195-240; B. Lewis, *The Sargon Legend*, Cambridge, Mass., 1980; J. Cooper, *The Curse of Agade*, Baltimore, 1983; *id.* y W. Heimpel, *JAOS*, 103 (1983), pp. 67-82; J. Goodnick-Westenholz, *JAOS*, 103 (1983), pp. 327-336; J. J. Glassner, *La chute d'Akkadí*, Berlín, 1986. Presagios históricos: además de M. Rutten, *RA*, 35 (1938), pp. 36-70, y A. Goetze, *JCS*, 1 (1947), pp. 253-265, cf. J. Cooper en B. Alster, ed., *Death in Mesopotamia*, Copenhague, 1980, pp. 99-105.

Comercio mesopotámico e iraní del III milenio: G. Hermann, *Iraq*, 30 (1968), pp. 21-57; M. Tosi en *Studi G. Tucci*, Nápoles, 1974, pp. 1-20; G. Pettinato, *Mesopotamia*, 7 (1972), pp. 43-166; C. Lamberg-Karlowsky en *Ancient Civilization and Trade*, Albuquerque, 1975, pp. 341-368; P. Kohl, *Current Anthropology*, 19 (1979), pp. 463-475.

Periferia, lullubi: H. H. Klengel, *MIOF*, 11 (1966), pp. 349-371; D. O. Edzard, *AfO*, 24 (1973), pp. 73-77. Hurritas (cf. en el cap. III.2): para esta fase cf. el reciente R. Whithing, *JCS*, 28 (1976), pp. 173-182; M. Salvini en *Tell Barri/Kahat 1*, Roma, 1982, pp. 13-28. Elam (además de lo que se ha indicado en I.2): sobre esta fase cf. el reciente M. Lambert, *JA*, 267 (1979), pp. 11-40; *OA*, 13 (1974), pp. 1-24; M. Stolper, *ZA*, (1982), pp. 42-67; tratado: W. Hinz, *ZA*, 58 (1967), pp. 66-96. Dilmun: D. Potts, ed., *Dilmun*, Berlín, 1983; posteriormente E. During-Caspers, *JESHO*, 27 (1984), pp. 1-32; S. H. al-Khalifa y M. Rice, *Bahrein Through the Ages*, Londres, 1986. Magan y Melukhkha: I. J. Gelb, *RA*, 64 (1970), pp. 1-8; E. During-Caspers, *BO*, 40 (1983), pp. 16-49; W. Heimpel, *ZA*, 77 (1987), pp. 21-91; M. Tosi, *Annual Review of Anthropology*, 15 (1986), pp. 461-490. Markhashi: P. Steinkeller, *ZA*, 72 (1982), pp. 237-265.

LIBER

Sobre Shahr-i Sokhta: M. Tosi *et. al.*, *La città bruciata nel deserto salato*, Venecia, 1977. Sobre Tepe Yahya: C. Lamberg-Karlowsky, «Urban Interactions on the Iranian Plateau», *Proceedings of the British Academy*, 44 (1973). Sobre el Irán «exterior» véanse M. Tosi y R. Biscione, *Protostoria degli Stati turanici*, Nápoles, 1979; P. Kohl, *L'Asie centrale dès origines à l'âge du fer*, París, 1984.

9. La edad neosumeria

Gudea: A. Falkenstein, *Die Inschriften Gudeas von Lagas*, I, Roma, 1966; F. Johnson, *Statues of Gudea*, Copenhague, 1978.

Utu-khegal: H. Sauren, *RA*, 61 (1967), pp. 75-79; W. Römer, *Or*, 54 (1985), pp. 274-288.

Ur III, geografía: D. O. Edzard y G. Farber, *Die Orts- und Gewässernamen der Zeit der 3. Dynastie von Ur*, Wiesbaden, 1974; cf. también F. R. Kraus, *ZA*, 51 (1955), pp. 45-75 (catastro); H. Sauren, *Topographie der Provinz Umma*, Heidelberg, 1966; J. P. Grégoire, *La province méridionale de l'état de Lagash*, Luxemburgo, 1962. Onomástica: H. Limet, *L'anthroponymie sumérienne*, París, 1968.

Inscripciones reales: E. Sollberger y J. R. Kupper, *Les inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, París, 1971, pp. 135-169; H. Steible, *Die neusumerischen Bau- und Weihinschriften*, I-II, Stuttgart, 1991; W. Hallo, *HUCA*, 33 (1962), pp. 1-43 (tipología).

Realeza: S. N. Kramer y C. Wilcke, *RAI*, 19, París, 1974, pp. 163-176 y 177-232; S. N. Kramer, *JCS*, 21 (1967), pp. 104-122; *Le mariage sacré*, París, 1983. Himnos reales: G. R. Castellino, *Two Šulgi Hymns*, Roma, 1972; J. Klein, *The Royal Hymns of Shulgi King of Ur*, Filadelfia, 1981.

Textos: cf. M. Sigrist y T. Gomi, *The Comprehensive Catalogue of Published Ur III Tablets*, Bethesda, 1991. Textos jurídicos: A. Falkenstein, *Die neusumerische Gerichtsurkunden*, I-III, Munich, 1956-1957; J. Krecher, *ZA*, 63 (1974), pp. 145-271; F. R. Kraus, *WO*, 8 (1976), pp. 185-205; P. Steinkaller, *Sale Documents of the Ur-III Period*, Wiesbaden, 1989. Administración: entre otros J. P. Grégoire, *Archives administratives sumériennes*, París, 1970; McG. Gibson y R. D. Biggs, *The Organization of Power*, Chicago, 1987; R. L. Zettler, *The Ur III Temple of Inanne at Nippur*, Berlín, 1992. Correspondencia: E. Sollberger, *The Business and Administrative Correspondence under the Kings of Ur*, Locust Valley, 1966; G. Pettinato, *OA*, 7 (1968), pp. 165-179; P. Michalowski, *JCS*, 28 (1976), pp. 161-168. Papel del templo: F. R. Kraus, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, 1 (1954), pp. 118-205. *Šakkanakku*: A. Goetze, *JCS*, 17 (1963), pp. 1-31; J. M. Durand, *MARI*, 4 (1986), pp. 147-172.

Agricultura: G. Pettinato, *Texte zur Verwaltung der Landwirtschaft in der Ur-III-Zeit*, Roma, 1969; *Untersuchungèn zur neusumerischen Landwirtschaft*, Nápoles, 1967; *RANL*, 32 (1977), pp. 63-95; id. y H. Waetzoldt, *Studia Orientalia*, 46 (1975), pp. 259-290; K. Maekawa, *Zinbun*, 13 (1974), pp. 1-60; *RA*, 70 (1976), pp. 9-44; M. Powell, *ZA*, 75 (1985), pp. 7-38; J. N. Postgate, ed., *Bulletin on Sumerian Agriculture*, 1-6 (1984-1993).

Artesanía: H. Neumann, *Handwerk in Mesopotamien. Untersuchungen zu seiner Organisation in der Zeit der III. Dynastie von Ur*, Berlín, 1987; tejidos: H. Waetzoldt, *Untersuchungen zur neusumerischen Textilindustrie*, Roma, 1972; K. Makeawa, *Acta Sumerologica*, 2 (1980), pp. 81-125; cerámica: H. Waetzoldt, *WO*, 6 (1971), pp. 7-41; curtido: M. Sigrist, *JCS*, 33 (1981), pp. 141-190; metalurgia: H. Limet, *Le travail du métal au pays de Sumer au temps de la III dynastie d'Ur*, París, 1960.

Ganadería: I. J. Gelb, *JCS*, 21 (1967), pp. 64-69. Pesca: R. K. Englund, *Organisation und Verwaltung der Ur-III-Fischerei*, Berlín, 1990.

Comercio: W. Hallo y J. B. Curtis, *HUCA*, 30 (1959), pp. 103-139: D. Snell, *Ledgers and Prices*, New Haven, 1982; M. van de Mieroop, *JCS*, 38 (1986), pp. 1-80; botín y tributo: G. Pettinato, *OA*, 21 (1982), pp. 49-72; P. Michalowski, *ZA*, 68 (1978), pp. 34-49; H. Neumann, *AOF*, 6 (1979), pp. 15-67.

10. La crisis de la segunda urbanización

Hundimiento de Ur III: T. Jacobsen, *JCS*, 7 (1953), pp. 36-47; T. Gomi, *JCS*, 36 (1984), pp. 211-242 (crisis económica); C. Wilcke, *WO*, 5 (1969-70), pp. 1-31; *ZA*, 60 (1970), pp. 54-69; J. van Dijk, *JCS*, 30 (1978), pp. 189-208.

Amorritas: G. Buccellati, *The Amorites of the Ur-III Period*, Nápoles, 1966; M. Liverani, *OA*, 9 (1970), pp. 5-27; id. en D. Wiseman, ed., *Peoples of Old Testament times*, Oxford, 1973, pp. 100-133; A. Haldar, *Who were the Amorites?*, Leiden, 1971; K. Kemp y N. Yoffee, *BASOR*, 237 (1980), pp. 85-104; A. Archi, *Or*, 54 (1985), pp. 7-13; G. Buccellati, *Eblaítica*, 3 (1992), pp. 83-104; Documentación arqueológica: K. Kenyon, *Amorites and Canaanites*, Londres, 1966; C. de Geus, *UF*, 3 (1971), pp. 41-60; W. G. Dever, *Harvard Theological Review*, 64 (1971), pp. 197-226; *BASOR*, 210 (1973), pp. 37-63; *Studies G. E. Wright*, Garden City, 1976, pp. 3-38; *BASOR*, 237 (1980), pp. 35-64. Documentación onomástica: H. Huffmon, *Amorite Personal Names in the Mari Texts*, Baltimore, 1965; I. J. Gelb, *Computer-Aided Analysis of Amorite*, Chicago, 1980.

Cuestión indoeuropea: cf. los tratados clásicos de G. Devoto, *Origini indo-europee*, Florencia, 1961; P. Bosch-Gimpera, *Les Indo-Européens*, París, 1961; y el material didáctico de M. Jasink, *Movimenti di popoli nell'area egeo-anatolica, III-II millennio a.C.*, Florencia, 1983. Sobre el léxico E. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, I-II, París, 1969. Cf. también M. Gimbutas, *Journal of Indo-European Studies*, 1 (1973), pp. 163-214; I. M. Diakonoff, T. V. Gamkrelidze, V. V. Ivanov y M. Gimbutas, *ibid.*, 13 (1985), pp. 1-202. Sobre las migraciones cf. también N. Hammond, *Migrations and Invasions in Greece and Adjacent Areas*, Park Ridge, N.J., 1976; M. Sakellariou, *Peuples préhelléniques d'origine indo-européenne*, Atenas, 1977; A. Martinet, *Des steppes aux océans. L'indo-européen et les «Indo-européens»*, París, 1986, así como los congresos *Indo-European and Indo-Europeans*, Filadelfia, 1970; *The First Arrival of Indo-European Elements in Greece*, Atenas, 1972; *Bronze Age Migrations in the Aegean*, Londres, 1973; «The Transformation of European and Anatolian Culture 4500-2500 B.C. and its Legacy», *Journal of Indo-European Studies*, 8 (1980), pp. 1-414, y 9 (1981), pp. 1-174.

Sobre la crisis de la civilización del Indo, cf. J. F. Jarrige, *Paléorient*, 1 (1973), pp. 263-287.

11. El Periodo Intermedio de Isin y Larsa

En general cf. D. O. Edzard, *Die «zweite Zwischenzeit» Babyloniens*, Wiesbaden, 1957; además, entre otros, M. Stol, *Studies in Old Babylonian History*, Leiden, 1976; A. Falkenstein, *BaM*, 2 (1963), pp. 1-82 (Uruk); M. de Jong Ellis, *JCS*, 37 (1985), pp. 61-85, y D. Charpin en *Mélanges Birot*, París, 1985, pp. 51-66 (Eshnunna); F. Pomponio, *OA*, 15 (1976), pp. 277-294, y D. Charpin, *RA*, 72 (1978), pp. 13-40; 74 (1980), pp. 111-128 (Kish); M. Sigrist, *Or*, 46 (1977), pp. 363-374, y J. Robertson, *JCS*, 36 (1984), pp. 145-190 (Nippur); W. Sommerfeld, *ZA*, 73 (1983), pp. 204-231 (Kisurra); D. Charpin, *RA*, 82 (1982), pp. 13-32 (Sippar).

Inscripciones reales: E. Sollberger y J. R. Kupper, *Les inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, París, 1971, pp. 171-264; D. R. Frayne, *Old Babylonian Period*, Toronto, 1990; W. Hallo, *BO*, 18 (1961), pp. 4-14 (bibliografía).

Realeza: F. R. Kraus en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 325-261; *id.*, *Königliche Verfügungen in altbabylonischer Zeit*, Leiden, 1984; himnos reales: W. Römer, *Sumerische Königshymnen der Isin-Zeit*, Leiden, 1965.

Desarrollo sociojurídico; entre otros H. Klengel, *Or*, 25 (1960), pp. 357-375; *Acta Antiqua*, 22 (1974), pp. 249-257; D. O. Edzard, *ZA*, 60 (1970), pp. 8-53; W. F. Leemans, *JESHO*, 18 (1975), pp. 134-145; I. M. Diakonoff, *ZA*, 75 (1985), pp. 47-65; *id.* en H. Klengel, ed., *Beiträge zur sozialen Struktur des alten Vorderasien*, Berlín, 1971, pp. 15-31.

Economía (también para la primera dinastía de Babilonia). Irrigación: S. Walters, *Water*

for Larsa, New Haven, 1970; M. B[illegible] Rowton, *JCS*, 21 (1967), pp. 267-274. Papel del estado: N. Yoffee, *The Economic Role of the Crown in the Old Babylonian Period*, Malibú, 1977; M. de Jong Ellis, *Agriculture and the State in Ancient Mesopotamia*, Filadelfia, 1976 (cf. sin embargo F. R. Kraus, *BO*, 34 [1977], pp. 146-153). Precios: E. Stone en *Mountains and Lowlands*, Malibú, 1977, pp. 267-289; H. Farber, *JESHO*, 21 (1978), pp. 1-51. Trabajo asalariado: por último, H. Klengel en *Beiträge zur sozialen Struktur*, *cit.*, pp. 39-52. Cultivo de datileras: D. Cocquerillat, *JESHO*, 10 (1967), pp. 161-170. Ganadería: F. R. Kraus, *Staatliche Viehhaltung im altbabylonischen Lande Larsa*, Amsterdam, 1966; J. Postgate, *JSS*, 21 (1975), pp. 1-21. Artesanado: M. van de Mieroop, *Crafts in the Early Isin Period*, Lovaina, 1987.

Comercio: A. L. Oppenheim, *JAOS*, 74 (1954), pp. 6-17; W. F. Leemans, *The Old Babylonian Merchant*, Leiden, 1950; *Foreign Trade in the Old Babylonian Period*, Leiden, 1960; M. San Nicolò, *Die Schlussklauseln der altbabylonischen Kauf- und Tauschverträge*, Munich, 1974; J. Renger en A. Archi, *Circulation of Goods in Non-Palatial Context in the Ancient Near East*, Roma, 1984, pp. 31-124.

Cultura de los escribas: A. Sjöberg en *Studies T. Jacobsen*, Chicago, 1975, pp. 159-179; *JCS*, 24 (1972), pp. 126-131; H. Vanstiphout, *JCS*, 31 (1979), pp. 118-126; F. R. Kraus, *Vom mesopotamischen Menschen der altbabylonischen Zeit und seiner Welt*, Amsterdam, 1973. Sacerdocio: J. Renger, *ZA*, 58 (1967), pp. 110-188; 59 (1969), pp. 104-203; D. Charpin, *Le clergé d'Ur au siècle d'Hammurabi*, Ginebra, 1986.

Sobre la adivinación: cf. sobre todo J. Bottéro en J. P. Vernant, ed., *Divination et rationalité*, París, 1974, pp. 70-197, y en A. Finet, ed., *La voix de l'opposition en Mésopotamie*, Bruselas, 1973, pp. 117-162, y *Les pouvoirs locaux en Mésopotamie*, Bruselas, 1982, pp. 6-28; más reciente V. Jeyes, *Old Babylonian Extispicy*, Leiden, 1989.

12. El estado y el comercio paleoasirios

Lista real asiria: I. J. Gelb, *JNES*, 13 (1954), pp. 209-230; B. Landsberger, *JCS*, 8 (1954), pp. 31-45, 47-73, 106-133; F. R. Kraus, *Könige die in Zelten wohnten*, Amsterdam, 1965.

Estado asirio antiguo: M. T. Larsen, *The Old Assyrian City State and its Colonies*, Copenhague, 1976. Colonias de Capadocia: P. Garelli, *Les Assyriens en Cappadoce*, París, 1963; L. Orlin, *Assyrian Colonies in Cappadocia*, La Haya, 1970. Sobre el comercio: M. T. Larsen, *Old Assyrian Caravan Procedures*, Estambul, 1967; K. Veenhof, *Aspects of Old Assyrian Trade and its Terminology*, Leiden, 1972; B. Kienast, *Das altassyrische Kaufvertragsrecht*, Stuttgart, 1984.

Sobre los estados anatólicos cf. también K. Balkan, *Observations on the Chronological Problems of the Karum Kanish*, Ankara, 1955; *Letter of King Anum-Hirbi of Mama to King Warshama of Kanish*, Ankara, 1957; E. Neu, *Der Anitta-Text*, Wiesbaden, 1974; T. Bryce, *AOF*, 12 (1985), pp. 259-268.

Onomástica: E. Bilgiç, *Einheimische Appellativa der kappadokischen Texte*, Ankara, 1954. Topónimos: E. Bilgiç, *AfO*, 15 (1945-1951), pp. 1-37. Religión: H. Hirsch, *Untersuchungen zur altassyrischen Religion*, Graz, 1961; P. Garelli, *RA*, 56 (1962), pp. 191-210.

Sobre la geografía: K. Nashef, *Rekonstruktion der Reiserouten zur Zeit der altassyrischen Handelsniederhessungen*, Wiesbaden, 1987. En particular sobre la ruta del estaño cf. G. Dossin, *RA*, 64 (1970), pp. 97-106; A. Malamat, *IEJ*, 21 (1971), pp. 31-38.

13. La edad de Mari

Sobre Mari en general cf. A. Parrot, ed., *Studia Mariana*, París, 1950; J. R. Kupper, ed., *La civilisation de Mari*, París, 1967; J. M. Durand, ed., *Florilegium Marianum*, París, 1992. Centros provinciales, acerca de Shemshara cf. J. Laessoe, *Peoples of Ancient Assyria*, Lon-

dres, 1963; sobre Tell Rimah cf. S. Dalley, *Mari and Karana. Two Old Babylonian Cities*, Londres, 1984; sobre Shubat-Enlil cf. H. Weiss, *MARI*, 4 (1985), pp. 269-292; D. Charpin, *MARI*, 5 (1987), pp. 129-140.

Geografía: M. Faulkner, *AfO*, 18 (1957-1958), pp. 1-37; W. Hallo, *JCS*, 18 (1964), pp. 57-88 (itinerarios); B. Groneberg, *Die Orts- und Gewässernamen der altbabylonischen Zeit*, Wiesbaden, 1980; por último B. Beitzel, *Iraq*, 46 (1984), pp. 29-42; J. Safren, *RA*, 78 (1984), pp. 123-141. Paisaje e irrigación: J. M. Durand y G. Buccellati, en B. Geyer, ed., *Techniques et pratiques hydro-agricoles*, París, 1990.

Fuentes epigráficas de Mari: *Archives royales de Mari*, I-XXVI, París, 1950-1988; y además, por lo menos, G. Dossin, *Syria*, 32 (1955), pp. 1-28. Archivos periféricos: J. Laessoe, *The Shemshara Tablets*, Copenhague, 1959; J. Eidem, *Iraq*, 47 (1985), pp. 83-107; O. Loretz, *Texte aus Chagar Bazar und Tell Brak*, Neukirchen, 1969; S. Dalley, C. Walker y J. Hawkins, *The Old Babylonian Tablets from Tell al Rimah*, Londres, 1976.

Nómadas: J. R. Kupper, *Les nomades en Mésopotamie au temps des rois de Mari*, París, 1957; *JESHO*, 2 (1959), pp. 113-127; J. T. Luke, *Pastoralism and Politics in the Mari Period*, Ann Arbor, 1965; V. H. Matthews, *Pastoral Nomadism in the Mari Kingdom*, Cambridge, Mass., 1978; M. Heltzer, *The Suteans*, Nápoles, 1981; M. Astour, *SMS*, 2/1 (1978), pp. 1-12; P. Talon, en *Mélanges Birot*, París, 1985, pp. 227-284; M. Andar, *ibid.*, pp. 17-24; D. Charpin y J. M. Durand, *RA*, 80 (1986), pp. 141-183; G. Buccellati en *Tell al-Ḥamidiya*, 2, Gotinga, 1990, pp. 87-117; *id., Les tribus amurrites de Mari*, Friburgo-Gotinga, 1991.

Sobre la historia cf. J. R. Kupper en *Mélanges Birot*, París, 1985, pp. 147-152; M. Birot, *MARI*, 4 (1985), pp. 219-242; D. Charpin y J. M. Durand, *MARI*, 4 (1985), pp. 293-343; 5 (1987), pp. 155-198; 6 (1990), pp. 271-301; *Mélanges M. J. Steve*, París, 1986, pp. 111-128 y 129-137 (Elam en los textos de Mari).

Palacio: Y. al-Khalesi, *The Court of the Palms*, Malibú, 1978. Agricultura: C. Hamlin en *Mountains and Lowlands*, Malibú, 1977, pp. 35-74. Artesanía: J. M. Durand, *MARI*, 2 (1983), pp. 123-139; H. Limet, *MARI*, 4 (1985), pp. 509-522.

Diplomacia: J. M. Munn Rankin, *Iraq*, 18 (1956), pp. 68-110; C. Zaccagnini en *Studi F. Pintore*, Pavía, 1983, pp. 189-253. Guerra: J. Sasson, *The Military Establishment at Mari*, Roma, 1969; *Mélanges Birot*, París, 1985, pp. 237-256.

Siria en la edad de Mari: F. Michelini Tocci, *La Siria nell'età di Mari*, Roma, 1960; J. Sasson, *JESHO*, 9 (1966), pp. 161-181. Alalakh VII: B. Kienast, *WO*, 11 (1980), pp. 35-63; G. Bunnens, *AfO*, Beiheft 19 (1982), pp. 72-84; H. Klengel, *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z.*, I-III, Berlín, 1965-1970. Intervención hitita: A. Kempinski, *Syrien un Palästina in der letzten Phase der Mittelbronze II-B Zeit*, Wiesbaden, 1983.

Hicsos y Bronce Medio palestino: J. van Seters, *The Hyksos. A New Investigation*, New Haven, 1966. Además H. Stock, *MDOG*, 94 (1963), pp. 73-80; G. Scandone Matthiae, *Studi Eblaiti*, 1 (1979), pp. 119-128; M. Weinstein, *BASOR*, 217 (1975), pp. 1-16. Sobre Tell ed-Dab'a cf. M. Bietak, *Tell ed-Dab'a*, II, Viena, 1975; E. van den Brink, *Tombs and Burial Customs in Tell ed-Dab'a*, Viena, 1982.

14. Hammurabi de Babilonia

H. Klengel, *König Hammurapi und der Alltag Babyloniens*, Zurich, 1991. Genealogía: J. Finkelstein, *JCS*, 20 (1966), pp. 95-118. Aspectos jurídicos: W. F. Leemans en *Symbolae M. David*, II, Leiden, 1969, pp. 107-129. Código: F. R. Kraus, *Genava*, 8 (1960), pp. 283-296; J. Renger, *WO*, 8 (1975-1976), pp. 228-235; J. Bottéro, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 13 (1982), pp. 409-444; J. Klíma en *Studies I. M. Diakonoff*, Warminster, 1982, pp. 174-195.

Cartas: F. R. Kraus, ed., *Altbabylonische Briefe*, I-XII, Leiden, 1964-1990. Sobre los archivos paleobabilonios cf. J. Renger, H. Klengel, M. de Jong Ellis y D. Charpin en *RAI*, 30, Leiden, 1986, pp. 96-105, 106-111, 112-120, 121-140.

Estado y economía: además de lo indicado para el periodo de Isin-Larsa, cf. M. Stol, *JCS*, 34 (1982), pp. 127-230; D. Charpin, *BO*, 38 (1981), pp. 517-547. Comercio: D. Charpin, *JA*, 270 (1982), pp. 25-65. Sippar: R. Harris, *Ancient Sippar*, Estambul, 1975; *JESHO*, 6 (1963), pp. 121-157; M. Stol, *BO*, 33 (1976), pp. 146-154; E. Stone, *JESHO*, 25 (1982), pp. 50-70. Dilbat: H. Klengel, *AOF*, 4 (1976), pp. 63-110. Kutalla: D. Charpin, *Archives familiales et propriété privée en Babylonie ancienne*, Ginebra, 1980.

Evolución social y transmisión hereditaria: F. R. Kraus en *Essays on Oriental Laws of Succession*, Leiden, 1969, pp. 1-57; E. C. Stone, *Nippur Neighborhoods*, Chicago, 1987; *id.* y D. Owen, *Adoption in Old Babylonian Nippur*, Winona Lake, 1991; R. Westbrook, *Old Babylonian Marriage Law*, Grat, 1988.

Edictos de remisión: F. R. Kraus, *Ein Edikt des Königs Ammisaduqa von Babylon*, Leiden, 1958; *id.* en *Studies B. Landsberger*, Chicago, 1965, pp. 225-231; J. Bottéro, *JESHO*, 4 (1961), pp. 113-164; J. Finkelstein en *Studies B. Landsberger*, Chicago, 1965, pp. 233-246.

Religión, entre otros: W. Sommerfeld, *Der Aufstieg Marduks*, Neukirchen, 1982; F. Pomponio, *Nabû*, Roma, 1978; E. von Weiher, *Der babylonische Gott Nergal*, Neukirchen, 1971.

Reino de Khana: G. Buccellati y O. Rouault, *L'archive de Puzurum*, Malibú, 1984; G. Buccellati, *BASOR*, 270 (1988), pp. 43-61.

15. La Anatolia antiguohitita

Sobre los hititas en general cf. bibliografía del cap. 18. Sobre la formación del estado hitita: H. Otten, *Eine althethitische Erzahlung um die Stadt Zalpa*, Wiesbaden, 1972; V. Haas, *MDOG*, 109 (1977), pp. 15-26; F. Starke, *ZA*, 69 (1979), pp. 47-120; M. Liverani, *OA*, 16 (1977), pp. 105-131; T. Bryce, *AnSt*, 31 (1981), pp. 9-17.

Anales de Khattushili: H. C. Melchert, *JNES*, 31 (1978), pp. 1-22; A. Kempinski y S. Košak, *Tel Aviv*, 9 (1982), pp. 87-116; P. Houwink ten Cate, *Anatolica*, 10 (1983), pp. 91-109; 11 (1984), pp. 47-83.

Instituciones políticas, realeza: S. Bin-Nun, *The Tawananna in the Hittite Kingdom*, Heidelberg, 1975; G. Beckman, *JAOS*, 102 (1982), pp. 435-442; C. Mora en *Studi F. Pintore*, Pavía, 1983, pp. 159-184.

Código: J. Friedrich, *Die hethitischen Gesetze*, Leiden, 1959; H. G. Güterbock, *JCS*, 15 (1961), pp. 62-78; 16 (1962), pp. 17-23.

16. Tecnología e ideología en el Bronce Tardío

Elemento indoiranio: M. Mayrhofer, *Die Indo-Arier im alten Vorderasien*, Wiesbaden, 1966; A. Kammenhuber, *Die Arier im vorderen Orient*, Heidelberg, 1968; I. M. Diakonoff, *Or*, 41 (1972), pp. 91-120; M. Mayrhofer, *Die Arier im vorderen Orient- Ein Mythos?*, Viena, 1974. *Maryannu*: H. Reviv, *IEJ*, 22 (1972), pp. 218-228.

Carro y caballo: W. Nagel, *Der altmesopotamische Streitwagen und seine Entwicklung im ostmediterranen Bereich*, Berlín, 1966; A. Salonen, *Hippologica Accadica*, Helsinki, 1956; *Die Landfahrzeuge des alten Mesopotamien*, Helsinki, 1951; J. Zarins, *JCS*, 20 (1978), pp. 3-17; M. Littauer y J. H. Cronwel, *Wheeled Vehicles and Ridden Animals in the Ancient Near East*, Leiden-Köln, 1979; por último H. P. Uepermann y R. H. Meadow, eds., *Equids in the Ancient World*, Wiesbaden, 1986. Sobre los aspectos sociales cf. E. Cassin en J. P. Vernant, ed., *Problèmes de la guerre*, París, 1968, pp. 297-308. Tratados hipológicos: A. Kammenhuber, *Hippologia hethitica*, Wiesbaden, 1961; E. Ebeling, *Bruchstücke einer mittelassyrischen Vorschriften-Sammlung für die Akklimatisierung und Trainierung von Wagenpferden*, Berlín, 1951.

Vidrio: A. L. Oppenheim en *Glass and Glassmaking in Ancient Mesopotamia*, Corning, 1970; *JNES*, 32 (1973), pp. 188-193; *JAOS*, 93 (1973), pp. 259-266.

Sistema regional: M. Liverani, *Prestige and Interest*, Padua, 1990. Sobre las corrientes culturales cf. W. Stevenson Smith, *Interconnections in the Ancient Near East*, New Haven, 1965.

Comercio: C. Zaccagnini, *Lo scambio dei doni nel Vicino Oriente durante i secoli XV-XIII*, Roma, 1973; *id.*, en *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, 1987, pp. 57-65; M. Liverani, *OA*, 11 (1972), pp. 297-317; *Annali dell'Istituto Italiano di Numismatica*, 1979, pp. 9-28; J. D. Muhly, *Cooper and Tin*, New Haven, 1973; *Iraq*, 39 (1977), pp. 73-82; M. Heltzer y E. Lipinski, eds., *Society and Economy in the Easter Mediterraneen (c. 1500-1000 B.C.)*, Lovaina, 1988.

Matrimonios: F. Pintore, *Il matrimonio interdinastico nel Vicino Oriente durante i secoli XV-XIII*, Roma, 1978; J. van Dijk, *Or*, 55 (1986), pp. 159-170; C. Zaccagnini en *Studi E. Bresciani*, Pisa, 1984, pp. 593-605.

Intercambios de especialistas: E. Edel, *Ägyptische Ärtze und ägyptische Medizin am hethitischen Königshof*, Opladen, 1976; C. Zaccagnini, *JNES*, 42 (1983), pp. 245-264.

Navegación: G. Bass, *Cape Gelidonya: a Bronze Age Shipwreck*, Filadelfia, 1967; *AJA*, 90 (1986), pp. 269-296. Cerámica micénica y chipriota en Oriente: *The Myceneans in the Eastern Mediterranean*, Nicosia, 1973; *Traffici micenei nel Mediterraneo*, Tarento, 1986; A. Leonard, *BASOR*, 241 (1981), pp. 87-101; R. S. Merrillees, *The Cypriote Bronze Age Pottery Found in Egypt*, Lund, 1968; *Trade and Transcendence in the Bronze Age Levant*, Gotemburgo, 1974; A. B. Knapp y T. Stech, eds., *Prehistoric Production and Exchange*, Los Ángeles, 1985.

17. La hegemonía de Mitanni

Sobre los hurritas —además del clásico I. J. Gelb, *Hurrians and Subarians*, Chicago, 1944— cf. G. Wilhelm, *Grundzüge der Geschichte und Kultur der Hurriter*, Darmstadt, 1982; *id.*, *The Hurrians*, Warminster, 1989; M. T. Barrelet, *Problèmes concernant les Hourrites*, I-II, París, 1977-1978; *RAI*, 24, París, 1977 (= *RHA*, 36 [1978], pp. 1-225); V. Haas, ed., *Hurriter und Hurritisch*, Constanza, 1988. Sobre la documentación hurrita cf. V. Haas y J. Thiel, *Das hurritologische Archiv*, Berlín, 1984.

Mitanni: M. Liverani, *OA*, 1 (1962), pp. 253-257; G. Wilhelm, *Acta Antiqua*, 24 (1976), pp. 149-161; H. Klengel, *RHA*, 36 (1978), pp. 91-115.

Nuzi: en general M. Morrison y D. Owen, eds., *Studies on the Civilization and Culture of Nuzi and Hurrians*, I-II, Winona Lake, 1981-1987. Realeza: E. Lacheman y E. Cassin en *RAI*, 19, París, 1979, pp. 3-29. Estructura política: W. Mayer, *Nuzi-Studien* I, Neukirchen, 1978; C. Zaccagnini, *Assur*, 2/1 (1979), pp. 1-27.

Relaciones socioeconómicas: N. Yankowska, *JESHO*, 12 (1969), pp. 233-282; B. L. Eichler, *Indenture at Nuzi*, New Haven, 1973; G. Wilhelm, *RHA*, 36 (1978), pp. 205-213; M. P. Maidman, *A Socio-Economic Analysis of a Nuzi Family Archive*, Tesis doctoral, Filadelfia, 1976; C. Zaccagnini, *Studi Storici*, 25 (1984), pp. 697-723. Agricultura: C. Zaccagnini, *OA*, 14 (1975), pp. 181-225; *JESHO*, 22 (1979), pp. 1-31. Ganadería: M. Morrison en *Studies Lacheman*, Winona Lake, 1981, pp. 257-296. Topografía: C. Zaccagnini, *The Rural Landscape of the Land of Arraphe*, Roma, 1979; A. Fadhil, *Studien zur Topographie und Prosopographie der Provinzstädte des Königsreichs Arraphe*, Maguncia, 1983.

Kizzuwatna: sigue siendo fundamental A. Goetze, *Kizzuwatna and the Problem of Hittite Geography*, New Haven, 1940; además, los recientes M. Liverani, *OA*, 12 (1973), pp. 267-297; G. del Monte, *OA*, 20 (1981), pp. 203-221; R. Beal, *Or*, 55 (1986), pp. 424-445.

Reino Medio hitita: H. Otten, *Die hethitischen historischen Quellen und die altorientalische Chronologie*, Maguncia, 1968; *MDOG*, 103 (1971), pp. 59-68; P. Houwink ten Cate, *The Records of the Early Hittite Empire*, Estambul, 1970; O. Carruba, *SMEA*, 18 (1977), pp. 137-185; *Festschrift H. Otten*, Wiesbaden, 1973, pp. 37-46; *Studies H. G. Güterbock*, Estambul, 1974,

pp. 73-93; I. Hoffmann, *Or*, 53 (1984), pp. 34-51; J. Freu, *Hethitica*, 8 (1987), pp. 123-175.

Edicto de Telipinu y sistema de sucesión: I. Hoffmann, *Das Erlass Telipinus*, Heidelberg, 1984; H. Hoffner en *Unity and Diversity*, Baltimore, 1975, pp. 49-62; M. Liverani, *OA*, 6 (1977), pp. 105-131; R. Beal, *JCS*, 35 (1983), pp. 115-126; K. Riemschneider en H. Klengel, ed., *Beiträge zur sozialen Struktur des alten Vorderasien*, Berlín, 1971, pp. 79-102; G. Beckman en *Tribute to H.G. Güterbock*, Chicago, 1986, pp. 13-31.

Asignaciones de tierras: K. Riemschneider, *MIOF*, 6 (1958), pp. 321-381; D. Easton, *JCS*, 33 (1981), pp. 3-43.

18. El imperio hitita

Sobre los hititas en general: A. Götze, *Kleinasien*, Munich, 1957²; O. R. Gurney, *The Hittites*, Londres, 1990²; G. Walser, ed., *Neuere Hethiterforschungen*, Wiesbaden, 1964; J. C. Macqueen, *The Hittites and their Contemporaries in Asia Minor*, Londres, 1986.

Geografía: L. del Monte y J. Tischler, *Die Orts- und Gewässernamen der hethitischen Texte*, Wiesbaden, 1978, + *Supplément*, Wiesbaden, 1992; J. Garstang y O. R. Gurney, *The Geography of the Hittite Empire*, Londres, 1959; por último M. Forlanini y M. Marazzi, *Anatolia: l'impero hittita*, Roma, 1986.

Fuentes: E. Laroche, *Catalogue des textes hittites*, París, 1971; *RHA*, 30 (1972), pp. 94-133; 33 (1975), pp. 63-71.

Onomástica: E. Laroche, *Les noms des Hittites*, París, 1966.

Realeza: U. G. Güterbock en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 305-314; A. Archi, *SMEA*, 1 (1966), pp. 76-120; tratamientos: H. Gonnet, *Hethitica*, 3 (1979), pp. 3-108.

Historia y textos históricos: cf. entre otros K. Kitchen, *Suppiluliuma and the Amarna Pharaohs*, Liverpool, 1962; J. Freu, *Hethitica*, 8 (1978), pp. 123-175; *id.*, 11 (1992), pp. 39-101; J. P. Grelot, *Hethitica*, 9 (1988), pp. 17-145; H. Klengel, *Or*, 32 (1963), pp. 32-55; A. Ünal, *Ḫattušili III*, Heidelberg, 1974; H. Otten, *Die Apologie Ḫattušilis III*, Wiesbaden, 1981; *Puduḫepa*, Wiesbaden, 1975; A. Archi, *SMEA*, 14 (1971), pp. 185-215; W. Helck, *JCS*, 17 (1963), pp. 87-97; P. Houwink ten Cate en *Studies H. G. Güterbock*, Estambul, 1974, pp. 123-150; I. Singer, *ZA*, 75 (1985), pp. 100-123; *Hethitica*, 8 (1987), pp. 413-421; H. Otten, *MDOG*, 94 (1963), pp. 1-23; *id.*, *Die Bronzetafel aus Boğazköy*, Wiesbaden, 1988.

Organización política. Edictos: E. von Schuler, *Festschrift J. Friedrich*, Heidelberg, 1959, pp. 435-472. Tratados: G. Kestemont, *Diplomatique et droit international en Asie occidentale (1600-1200 av. J.C.)*, Lovaina, 1974; E. von Schuler en *Festschrift H. Bossert*, Estambul, 1965, pp. 445-464; A. Kempinski y S. Košak, *WO*, 5 (1970), pp. 191-217; D. Sürenhagen, *Paritärische Staatsverträge aus hethitischer Sicht*, Pavía, 1983, pp. 29-47; G. Del Monte, *Il trattato fra Muršili II di Ḫattuša e Niqmepa' di Ugarit*, Roma, 1986; *VO*, 3 (1980), pp. 103-119; *id.* en *Studi F. Pintore*, Pavía, 1983, pp. 29-47. Cartas: A. Hagenbuchner, *Die Korrespondenz der Hethiter*, I-II, Heidelberg, 1989. Instrucciones y juramentos: E. von Schuler, *Hethitische Dienstanweisungen für höhere Hof- und Staatsbeamte*, Graz, 1957; F. Imparati, *RHA*, 32 (1974), pp. 1-210; N. Oettinger, *Die militärische Eide der Hethiter*, Wiesbaden, 1976; R. H. Beal, *The Organization of the Hittite Military*, Heidelberg, 1992; H. G. Güterbock y T. van den Hout, *The Hittite Instructions for the Royal Bodyguard*, Chicago, 1991. Funcionarios: S. Bin-Nun, *RHA*, 31 (1973), pp. 5-25, y O. R. Gurney, *AnSt*, 33 (1983), pp. 97-101 (*tuḫkanti*); H. Otten, *BaM*, 3 (1964), pp. 91-95, y F. Pecchioli, *OA*, 14 (1975), pp. 93-136 (*ḫazānu*); F. Imparati, *Or*, 44 (1975), pp. 52-79 (hijos del rey); I. Singer, *AnSt*, 34 (1984), pp. 97-127 (AGRIG); F. Pecchioli, *Mestieri, professioni e dignità nell'Anatolia hittita*, Roma, 1982.

Economía: H. Hoffner, *Alimenta Hethaeorum*, New Haven, 1974; H. Klengel, *SMEA*, 16 (1975), pp. 181-200 (templo); *AOF*, 6 (1979), pp. 69-80 (comercio). Sociedad: I. M. Diakonoff, *MIOF*, 13 (1967), pp. 313-366.

Países de los alrededores. Kashka: E. von Schuler, *Die Kaškäer*, Berlín, 1965. Ishuwa: H.

Klengel, *OA*, 7 (1968), pp. 63-76; 15 (1976), pp. 85-89. Arzawa: S. Heinhold-Krahmer, *Arzawa*, Heidelberg, 1977; *Or*, 55 (1986), pp. 47-62; 52 (1983), pp. 81-97; G. Del Monte, *Or*, 43 (1974), pp. 355-368; T. Bryce, *AnSt*, 24 (1974), pp. 103-116; 35 (1985), pp. 13-23; *Or*, 48 (1979), pp. 91-96. Alashiya: I. Vincentelli, *Bibliotheca Cipriota*, 3 (1976), pp. 9-49; L. Helbing, *Alasia Problems*, Gotemburgo, 1979; C. Baurain, *Chypre et la Méditerranée orientale au Bronze Récent*, París, 1984; A. B. Knapp, *Copper Production and Divine Protection*, Gotemburgo, 1986. Akhiyawa: H. G. Güterbock, *Proceedings of the American Philosophical Society*, 128/2 (1984), pp. 114-122; W. Helck, *Die Beziehungen Aegyptens und Vorderasiens zur Aegäis*, Darmstadt, 1979. «Guerra de Troya»: C. Foxhall y J. K. Davies, *The Trojan War*, Bristol, 1984; M. Mellink, ed., *Troy and the Troyan War*, Bryn Mawr PA, 1986.

Historiografía: A. Kammenhuber, *Saeculum*, 9 (1958), pp. 136-155; A. Archi, *Athenaeum*, 47 (1969), pp. 7-20; H. Cancik, *Grundzüge der hethitischen und alttestamentlichen Geschichtsschreibung*, Wiesbaden, 1976; H. Hoffner, *Or*, 49 (1980), pp. 283-332.

Magia y política, cf. por ejemplo: A. Kammenhuber, *Orakelpraxis, Träume und Vorzeichen bei den Hethitern*, Heidelberg, 1976; A. Archi, *OA*, 13 (1974), pp. 113-144; A. Ünal, *Ein Orakeltext über die Intrigen am hethitischen Hof*, Heidelberg, 1978. Culto y política: O. R. Gurney, *Some Aspects of Hittite Religion*, Oxford, 1977; V. Haas, *Der Kult von Nerik*, Roma, 1970; R. Lebrun, *Šamuḫa*, Lovaina, 1976; A. Archi, *OA*, 12 (1973), pp. 209-226; I. Wegner, *Gestalt und Kult der Ištar-Šauška in Kleinasien*, Neukirchen, 1981.

19. Siria-Palestina en el Bronce Tardío

En general, M. Liverani, ed., *La Siria nel Tardo Bronzo*, Roma, 1969; J. Gray, *The Canaanites*, Londres, 1964; *The Legacy of Canaan*, Leiden, 1965^2; H. Klengel, *Geschichte Syriens im 2. Jahrtausend v.u.Z.*, I-III, Berlín, 1965-1970; *AOF*, 2 (1975), pp. 47-64; *id.*, *Syria 3000 to 300 B.C. A Handbook of Political History*, Berlín, 1992.

Geografía: J. Sapin, *JESHO*, 24 (1981), pp. 1-62; 25 (1982), pp. 1-49, 114-186; también M. B. Rowton en *Studies B. Landsberger*, Chicago, 1965, pp. 375-387; F. Vallino Orazie y C. Marinucci, *AION*, 42 (1982), pp. 33-69. Demografía: F. Serangeli, *VO*, 1 (1979), pp. 94-131; L. Marfoe, *BASOR*, 234 (1979), pp. 1-42; R. Gonen, *BASOR*, 253 (1984), pp. 61-73; W. R. Garr, *BASOR*, 266 (1987), pp. 31-43.

Estructura sociopolítica: G. Buccellati, *Cities and Nations of Ancient Syria*, Roma, 1967; M. Heltzer, *The Internal Organization of the Kingdom of Ugarit*, Wiesbaden, 1982; *The Rural Community in Ancient Ugarit*, Wiesbaden, 1976; M. Liverani, *JESHO*, 18 (1975), pp. 146-164; H. Reviv, *JESHO*, 12 (1969), pp. 283-297.

Realeza: M. Liverani en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 329-356 (Ugarit), y H. Klengel, *ibid.*, pp. 273-282 (Alalakh); J. C. de Moor, *ZAW*, 88 (1976), pp. 323-345; K. Kitchen, *UF*, 9 (1977), pp. 131-142; J. Sapin, *UF*, 15 (1983), pp. 157-190.

Sociedad, cf. además: M. Dietrich y O. Loretz, *WO*, 3 (1964-1966), pp. 188-205; 5 (1969-1970), pp. 57-93; *ZA*, 60 (1970), pp. 88-113; I. Mendelsohn, *BASOR*, 156 (1959), pp. 38-40; 167 (1962), pp. 31-35. Sobre Habiru cf. los recientes O. Loretz, *Habiru-Hebräer*, Berlín, 1984; en particular también M. Liverani, *Rivista Storica Italiana*, 77 (1965), pp. 315-336; *VO*, 2 (1975), pp. 65-77. Nómadas: R. Giveon, *Les Bedouins Shosou des documents égyptiens*, Leiden, 1971.

Ugarit: G. Young, ed., *Ugarit in Retrospect*, Winona Lake, 1981; M. Liverani en *Supplément au Dictionnaire de la Bible* 9, París, 1979, pp. 1.295-1.348; J. L. Cunchillos, *Manual de estudios ugaríticos*, Madrid, 1992. Datos: *Le palais royal d'Ugarit*, II-VI, París, 1957-1970; *Ugaritica*, I-VII, París, 1939-1978; Ras Shamra-Ougarit, I-IX, París, 1983-1992. Sobre la historia, también M. Liverani, *Storia di Ugarit*, Roma, 1962. Alalakh: cf. L. Woolley, *Alalakh*, Oxford, 1955. Karkemish: M. Liverani, *RSO*, 35 (1960), pp. 135-147. Amurru: H. Klengel, *MIOF*, 10 (1964), pp. 57-83; M. Liverani, *RSO*, 40 (1965), pp. 267-277; S. Izre'el, *Amurru Akkadian*, 1-2, Atlanta, 1991. Emar: D. Arnaud, *Recherches au pays d'Aštata*, París,

1986; *Textes syriens de l'âge du bronze récent,* Barcelona, 1991; *Hethitica,* 8 (1987), pp. 9-27.

Presencia egipcia: en general, cf. W. Helck, *Die Beziehungen Aegyptens zu Vorderasien*, Wiesbaden, 1962. Además R. Giveon, *The Impact of Egypt on Canaan*, Gotinga, 1978; S. Ahituv, *Canaanite Toponyms in Ancient Egyptian Documents*, Jerusalén, 1984; *IEJ*, 28 (1979), pp. 93-105; M. Liverani, *OA*, 10 (1971), pp. 253-268; *AOF*, 1 (1974), pp. 175-205; *Berytus*, 31 (1983), pp. 41-56; R. Hachmann, *ZDPV*, 98 (1982), pp. 17-49; *Recueil R. Saida*, París-Lyon, 1982, pp. 37-146; J. Weinstein, *BASOR*, 241 (1981), pp. 1-28; M. Several, *PEQ*, 104 (1972), pp. 123-133; F. Pintore, *OA*, 11 (1972), pp. 101-131; 12 (1973), pp. 299-318; A. R. Schulman, *JARCE*, 3 (1964), pp. 51-69; W. J. Murnane, *The Road to Kadesh*, Chicago, 1985; D. B. Redford, *Egypt, Canaan and Israel in Ancient Times,* Princeton, 1992. Cartas de el-Amarna: E. F. Campbell, *The Chronology of the Amarna Letters*, Baltimore, 1964; C. Kühne, *Die Chronologie der internationalen Korrespondenz von El-Amarna*, Neukirchen, 1973; por último W. L. Moran, *The Amarna Letters,* Baltimore, 1992. Batalla de Qadesh, entre otros A. Kuschke, *ZDPV*, 95 (1979), pp. 7-35. Tratado egipcio-hitita, por último A. Spalinger, *SAK*, 9 (1981), pp. 299-358; G. Kestemont, *OLP*, 12 (1981), pp. 15-78.

Historia de Idrimi: M. Dietrich, O. Loretz, H. Klengel y R. Mayer Opificius, *UF*, 13 (1981), pp. 201-290; M. Liverani, *AION*, 22 (1972), pp. 403-415; *VT*, 24 (1974), pp. 438-453. Literatura heroica: M. Liverani en *La poesia epica e la sua formazione*, Roma, 1970, pp. 859-869. Archivos: W. van Soldt en *RAI*, 30, Leiden, 1986, pp. 196-204. Arte palaciego: P. Matthiae, *Ars Syra*, Roma, 1962.

20. El reino medioasirio

Inscripciones reales: K. A. Grayson, *Assyrian Royal Inscriptions*, I, Wiesbaden, 1972; *Assyrian Rulers of the Third and Second Millennia B.C.*, Toronto, 1987; R. Borger, *Einleitung in die assyrischen Königsinschriften*, I, Leiden, 1961.

Cronología: C. Saporetti, *Gli eponimi medio-assiri*, Malibú, 1979; J. Boese y G. Wilhelm, *Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes*, 71 (1979), pp. 19-38; H. Freydank, *Beiträge zur mittelassyrischen Chronologie und Geschichte,* Berlín, 1991. Onomástica: C. Saporetti, *Onomastica medio-assira*, I-II, Roma, 1970; *id.,* y H. Freydank, *Nuove attestazioni dell'onomastica medio-assira,* Roma, 1979.

Historia: A. Harrak, *Assyria and Hanigalbat,* Hildesheim, 1987. Desterrados: C. Saporetti, *RANL*, 25 (1970), pp. 437-453; H. Freydank, *AOF*, 7 (1980), pp. 89-117; P. Garelli, D. Charpin y J. M. Durand en H. Klengel, ed., *Gesellschaft und Kultur in alten Vorderasien*, Berlín, 1982, pp. 69-75.

Archivos: O. Pedersen, *Archives and Libraries in the City of Assur*, I, Uppsala, 1985; J. N. Postgate en *RAI*, 30, Leiden, 1986, pp. 168-183. Administración: cf. también H. Freydank, *AOF*, 1 (1974), pp. 55-89; 4 (1976), pp. 111-130; por último, como resumen, J. N. Postgate, *AOF*, 13 (1986), pp. 10-39.

Propaganda política: P. Machinist, *The Epic of Tukulti-Ninurta I,* tesis doctoral, Yale University, 1978; *Catholic Biblical Quarterly*, 38 (1976), pp. 455-482; S. Lackenbacher, *RA*, 76 (1982), pp. 141-156.

Código: G. Gardascia, *Les lois assyriennes*, París, 1969; C. Saporetti, *Le leggi medioassire*, Malibú, 1979. Edictos: E. Weidner, *AfO*, 17 (1954-1956), pp. 257-293; A. R. George, *Iraq*, 50 (1988), pp. 25-38. Asignación de tierras: P. Garelli, *Semitica*, 17 (1967), pp. 5-21; J. N. Postgate, *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 34 (1971), pp. 496-520; *id.* en *Studies I. M. Diakonoff*, Warminster, 1982, pp. 304-313.

Arqueología: F. Baffi y R. Dolce, *Archeologia della Mesopotamie. L'età cassita e medioassira,* Roma, 1990.

Arquitectura y urbanismo, por último T. Eickhoff, *Kār Tukulti-Ninurta*, Berlín, 1985. Glíptica, por último U. Moortgat Correns en *Festschrift A. Moortgat*, Berlín, 1964, pp. 165-177.

21. La Babilonia casita

Fuentes, cronología, historia: J. A. Brinkman, *Materials and Studies for Kassite History*, I, Chicago, 1976; *AJA*, 76 (1972), pp. 271-281; D. O. Edzard, *JESHO*, 3 (1960), pp. 38-55; J. Boese, *UF*, 14 (1982), pp. 15-26.

Sobre los casitas cf. también K. Balkan, *Die Sprache der Kassiten*, New Haven, 1945; *id.*, *Studies in Babylonian Feudalism in the Kassite Period*, Malibú, 1986.

Geografía: K. Nashef, *Die Orts- und Gewässernamen der mittelbabylonischen und mittelassyrischen Zeit*, Wiesbaden, 1982.

Realeza: J. A. Brinkman en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 395-408.

Crisis agrícola: cf. McG. Gibson en *Irrigation's Impact on Society*, Tucson, 1974, pp. 7-19. Trabajo: J. A. Brinkman en *Studies F. R. Kraus*, Leiden, 1982, pp. 1-8.

Canonización: W. G. Lambert, *JCS*, 11 (1957), pp. 1-14; 16 (1962), pp. 59-77; E. Reiner, *Or*, 30 (1961), pp. 1-11; F. Rochberg-Halton, *JCS*, 36 (1984), pp. 127-144.

Sabiduría: W. G. Lambert, *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford, 1960; G. Buccellati, *OA*, 11 (1972), pp. 1-36, 81-100, 161-178; J. Sasson, ed., *JAOS*, 101/1 (1981); J. Bottéro, *Mésopotamie. L'écriture, la raison et les dieux*, París, 1987.

Hepatoscopia: F. R. Kraus, *JCS*, 37 (1985), pp. 127-218.

22. Crisis y reestructuración

Migraciones de los pueblos: F. Schachermeyr, *Die Levante im Zeitalter der Wanderungen*, Viena, 1982; N. R. Sandars, *The Sea Peoples*, Londres, 1978; A. Ströbel, *Die spätbronzezeitliche Seevölkersturm*, Berlín, 1976; G. Bunnens en D. Musti, ed., *Le origini dei Greci*, Roma-Bari, 1985, pp. 227-256; V. Karageorghis y J. D. Muhly, eds., *Cyprus and the Close of the Late Bronze Age*, Nicosia, 1984; W. A. Ward y M. Sharp-Joukowsky, eds., *The Crisis Years of the 12th Century*, Dubuque, 1992. Pueblos de las montañas: M. L. Mellink, ed., *Dark Ages and Nomads c. 1000 B.C.*, Estambul, 1964. Filisteos: T. Dotan, *The Philistines and their Material Culture*, New Haven, 1982; J. Brug, *A Literary and Archaeological Study of the Philistines*, Oxford, 1985; M. Dotan y T. Doten, *People of the Sea. The Search for the Philistines*, Nueva York, 1992.

Factores internos: G. E. Mendenhall, *Biblical Archaeologist*, 25 (1962), pp. 66-87.

Reestructuración del sistema regional: H. Tadmor en F. M. Cross, ed., *Symposia Celebrating the 75th Anniversary of the ASOR*, Cambridge, Mass., 1979, pp. 1-14; M. Liverani en M. Rowlands y M. T. Larsen, eds., *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, 1986, pp. 66-73; J. Strange, *Scandinavian Journal of the Old Testament*, 1 (1987), pp. 1-19.

Innovaciones técnicas. Hierro: J. Waldbaum, *From Bronze to Iron*, Gotemburgo, 1978; T. A. Wertime y J. Muhly, *The Coming of the Age of Iron*, New Haven, 1980; *AnSt*, 35 (1985), pp. 67-84; J. Curtis, ed., *Bronzeworking Centres of Western Asia ca. 1000-539 B.C.*, Londres-Nueva York, 1988. Agricultura: L. Stager, *Ancient Agriculture in the Judean Desert*, tesis doctoral, Harvard University, 1975; *BASOR*, 221 (1976), pp. 145-158; D. C. Hopkins, *The Highlands of Canaan*, Winona Lake, 1983; O. Borowski, *Agriculture in Iron Age Israel*, Winona Lake, 1987; H. Goblot, *Les qanats*, París, 1979. Camello: R. Bullit, *The Camel and the Wheel*, Cambridge, Mass., 1975. Rutas comerciales: F. Pintore en *Studi F. Pintore*, Pavía, 1983, pp. 257-283.

Alfabeto: J. Naveh, *Early History of the Alphabet*, Leiden, 1982; G. Garbini, *Storia e problemi dell'epigrafia semitica*, Nápoles, 1979; M. G. Amadasi Guzzo, *Scritture alfabetiche*, Roma, 1987.

Factor etnolingüístico: W. Randall Garr, *Dialect Geography of Syria-Palestine, 1000-586 B.C.E.*, Filadelfia, 1985.

23. ISRAEL

Entre las numerosas historias de Israel, véase ante todo M. Noth, *Geschichte Israels*, Gotinga, 1954; además R. de Vaux, *Histoire ancienne d'Israel*, I-II, París, 1971-1973; y más reciente J. A. Soggin, *Storia d'Israele*, Brescia, 1984. Siguen siendo fundamentales los ensayos de A. Alt, *Kleine Schriften zur Geschichte des Volkes Israel*, I-III, Munich, 1953-1959.

Tradiciones patriarcales: T. L. Thompson, *The Historicity of the Patriarchal Narratives*, Berlín, 1974; J. van Seters, *Abraham in History and Tradition*, New Haven, 1975; A. Millard y D. Wiseman, eds., *Essays on the Patriarchal Narratives*, Leicester, 1980; U. Warschach, *Abraham. Eine sozialgeschichtliche Studie*, Frankfurt, 1983.

Tradiciones sobre el establecimiento: J. Bright, *Ancient Israel in Recent History Writing*, Londres, 1956; M. Weippert, *Die Landnahme der israelitischen Stämme*, Gotinga, 1967; G. E. Mendenhall, *The Tenth Generation*, Baltimore, 1973; N. K. Gottwald, *The Tribes of Yahweh*, Nueva York, 1979; *id., Studies G. E. Mendenhall*, Winona Lake, 1983, pp. 5-24; F. S. Frick, *The Formation of the State in Ancient Israel*, Winona Lake, 1985; G. Ahlström, *Who were the Israelites?*, Winona Lake, 1986; C. de Geus, *The Tribes of Israel*, Amsterdam, 1976; N. P. Lemche, *Early Israel*, Leiden, 1985. Datos arqueológicos: I. Finkelstein, *Archaeology of the Israelite Settlement*, Jerusalén, 1988.

Monarquía unida: T. Ishida, ed., *Studies in the Period of David and Salomon*, Tokio, 1982. Mosaico político: J. Hayes y J. Miller, eds., *Israelite and Judaean History*, Leiden, 1977; A. van Zyl, *The Moabites*, Leiden, 1960; J. Sawyer y D. Cline, *Midian, Moab and Edom*, Sheffield, 1983; E. A. Knauf, *Ismael*, Wiesbaden, 1985; J. R. Bartlett, *Edom and the Edomites*, Sheffield, 1989.

Datos arqueológicos: W. F. Albright, *The Archaeology of Palestine*, Harmondsworth, 1960[2]; K. Kenyon, *Archaeology of the Holy Land*, Londres, 1960; Y. Aharoni, *The Archaeology of the Land of Israel*, Londres, 1982; M. Avi-Yonah, ed., *Encyclopaedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, Jerusalén, 1985; P. Moorey, *A Century of Biblical Archaeology*, Westminster, 1992. Geografía histórica: Y. Aharoni, *The Land of the Bible*, Londres, 1967; N. Na'aman, *Borders and Districts in Biblical Historiography*, Jerusalén, 1986.

Conquista imperial: M. Cogan, *Imperialism and Religion*, Pittsburg, 1971; H. Spieckermann, *Judah unter Assur in der Sargonidenzeit*, Gotinga, 1982; P. Ackroyd, *Israel under Babylon and Persia*, Londres, 1970; R. Zadok, *The Jews in Babylonia during the Chaldaean and Achaemenian Periods*, Haifa, 1979; E. Stern, *Material Culture of the Land of the Bible in the Persian Period*, Warminster, 1982.

Sociedad: cf. todavía J. Pedersen, *Israel. Its Life and Culture*, I-IV, Londres, 1926-1940; y sobre todo R. de Vaux, *Les institutions de l'Ancien Testament*, I-II, París, 1960-1961. Realeza: J. Soggin, *Das Königtum in Israel*, Berlín, 1967; T. Ishida, *The Royal Dynasties in Ancient Israel*, Berlín, 1977. Desarrollo sociopolítico, cf. todavía A. Causse, *Du groupe ethnique à la communauté religieuse*, Estrasburgo, 1937. Familia, demografía: Y. Shiloh, *BASOR*, 239 (1980), pp. 25-35; L. Strager, *BASOR*, 260 (1985), pp. 1-35.

Religión: cf. entre otros G. Ahlström, *Royal Administration and National Religion in Ancient Palestine*, Londres, 1982; *An Archaeological Picture of Iron Age Religions in Ancient Palestine*, Helsinki, 1984. Guerras santas: Kang Ja-Moon, *Divine War in the Old Testament and in the Ancient Near East*, Berlín, 1989.

Refundación historiográfica: M. Smith, *Palestinian Parties and Politics that Shaped the Old Testament*, Nueva York, 1971; P. Sacchi, *Storia del mondo giudaico*, Turín, 1976; G. Garbini, *Storia e ideologia nell'Israele antico*, Brescia, 1986.

24. Los fenicios

En general D. Harden, *The Phoenicians*, Londres, 1971[3] (hay trad. cast.: *Los fenicios*, Barcelona, 1965, 1985[2]); S. Moscati, *Il mondo dei Fenici*, Milán, 1966; *I Fenici e Cartagine*, Turín, 1972; G. Garbini, *I Fenici: Storia e religione*, Nápoles, 1980; M. Gres, P. Rovillard y J. Teixidor, *L'univers des Phéniciens*, París, 1989; M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra (Barcelona), 1987 (ed. revisada y ampliada en prensa en Crítica); cf. además *Studia Phoenicia*, I-VIII, Lovaina, 1983-1988.

Sobre la historia cf. también H. Katzenstein, *The History of Tyre*, Jerusalén, 1973; O. Masson y M. Sznycer, *Recherches sur les Phéniciens à Chypre*, Ginebra, 1972; J. D. Muhly, *Beritus*, 19 (1970), pp. 19-64; J. Elayi, *BaM*, 9 (1978), pp. 25-38; *JNES*, 41 (1982), pp. 83-110; *RA*, 77 (1983), pp. 45-58; *Recherches sur les cités phéniciennes*, Nápoles, 1988; B. Oded, *ZDPV*, 90 (1974), pp. 38-49.

Comercio y colonización: cf. G. Bunnens, *JESHO*, 19 (1976), pp. 1-31; *Rivista di Studi Fenici*, 6 (1978), pp. 1-16; *L'expansion phénicienne en Méditerranée*, Bruselas, 1979; W. Ward, ed., *The Role of the Phoenicians in the Interaction of Mediterranean Civilization*, Beirut, 1969; H. G. Niemeyer, ed., *Phönizier im Westen*, Maguncia, 1982; VV. AA., *Momenti precoloniali nel Mediterraneo antico*, Roma, 1988; M. Elat, *OLP*, 13 (1982), pp. 55-70; VV. AA., *Aula Orientalis*, 3 (1985), 4 (1986); M. Liverani, *Studies H. Tadmor*, Jerusalén, 1991, pp. 65-79; I. M. Diakonoff, *IEJ*, 42 (1992), pp. 168-193.

Inscripciones: H. Donner y W. Röllig, *Kanaanäische und aramäische Inschriften*, I-III, Wiesbaden, 1964-1968; J. Gibson, *Phoenician Inscriptions*, Oxford, 1982; M. G. Amadasi Guzzo, *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*, Roma, 1967.

Artesanado: J. Moscati, *Techne. Studi sull'artigianato fenicio*, Roma, 1990. Metales: G. Markoe, *Phoenician Bronze and Silver Bowls*, Los Ángeles, 1985. Cerámica: P. Bikai, *The Pottery of Tyre*, Warminster, 1976; *BASOR*, 229 (1978), pp. 48-56. Marfiles: I. Winter, *Iraq*, 38 (1976), pp. 1-22; 43 (1981), pp. 101-130; E. Gubel, *Phoenician Furniture*, Lovaina, 1987. Conchas: B. Brandl, *AnSt*, 34 (1984), pp. 15-41. Púrpura: M. Reynolds, *History of Purple as Status Symbol in Antiquity*, Bruselas, 1970.

25. Los arameos en Siria y Mesopotamia

En general, además de las viejas síntesis de R. O'Callaghan, *Aram Naharaim*, Roma, 1948; A. Dupont-Sommer, *Les Araméens*, París, 1949, cf. H. Sader, *Les états araméens de Syrie*, Beirut, 1987. Sobre los orígenes: M. Liverani, *RSO*, 37 (1962), pp. 65-76. Sobre la historia cf. B. Mazar, *BA*, 25 (1962), pp. 97-120; W. Pitard, *Ancient Damascus*, Winona Lake, 1987.

Inscripciones arameas antiguas: H. Donner y W. Röllig, *Kanaanäische und aramäische Inschriften*, I-III, Wiesbaden, 1964-1968; J. Gibson, *Aramaic Inscriptions*, Oxford, 1975; A. Lemaire y J. M. Durand, *Les inscriptions araméennes de Sfiré*, Ginebra, 1984; A. Abu Assaf, P. Bordreuil y A. Millard, *La statue de Tell Fekheryé*, París, 1982. Ideología real: F. M. Fales, *WO*, 10 (1979), pp. 6-22.

Cultura material: cf. en particular A. de Maigret, *La cittadella aramaica di Hama*, Roma, 1979.

Arameos en Babilonia: M. Dietrich, *Die Aramäer Südbabyloniens in der Sargonidenzeit*, Neukirchen, 1970; J. A. Brinkman, *A Political History of Post-Kassite Babylonia*, Roma, 1968, pp. 260-288; *Or*, 46 (1977), pp. 304-325; F. Malbran-Labat, *JA*, 267 (1980), pp. 11-23.

Difusión del arameo: E. Lipinski, *Studies in Aramaic Inscriptions and Onomastics*, Lovaina, 1975; F. M. Fales, *Aramaic Epigraphs on Clay Tablets of the Neo-Assyrian Period*, Roma, 1986; F. Altheim y R. de Stiel, *Die aramäische Sprache unter den Achaimeniden*, Frankfurt, 1964.

26. Los estados neohititas

Escritura jeroglífica, inscripciones reales: E. Laroche, *Les hiéroglyphes hittites*, París, 1960; *RHA*, 27 (1969), pp. 110-131; P. Meriggi, *Manuale di eteo geroglifico*, I-III, Roma, 1965-1975; J. D. Hawkins, A. Morpurgo Davies y G. Neumann, «Hittite Hieroglyphic and Luvian», en *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften, Göttingen, phil.-hist. Klasse*, 1973, pp. 143-197; M. Marazzi, *Il geroglifico anatolico*, Roma, 1990.

Relieves, topografía arqueológica: W. Orthmann, *Untersuchungen zur späthethitischen Kunst*, Bonn, 1971; H. Genge, *Nordsyrisch-südanatolische Reliefs*, Copenhague, 1979.

Sobre los distintos estados: I. Winter, *AnSt*, 33 (1983), pp. 177-197 (Karkemish); M. Wäfler, *Or*, 52 (1982), pp. 181-193 (Tabal). Acerca de los problemas de los estados S. Mazzoni, *Egitto e Vicino Oriente*, 4 (1981), pp. 311-341; 5 (1982), pp. 197-208; J. D. Hawkins, *Iraq*, 36 (1974), pp. 67-83.

Karatepe: F. Bron, *Recherches sur les inscriptions phéniciennes de Karatepe*, Ginebra, 1979; J. D. Hawkins y A. Morpurgo Davies, *AnSt*, 28 (1978), pp. 103-119; I. Winter, *AnSt*, 29 (1979), pp. 115-151; J. Deshayes, M. Sznycer y P. Garelli, *RA*, 75 (1981), pp. 31-60.

27. Asiria, Babilonia y Elam (siglos XII-IX)

Sobre el apogeo medioelamita cf. las obras generales sobre Elam citadas para el cap. 5.

Sobre Tiglat-pileser I cf. todavía E. Weidner, *AfO*, 16 (1952-1953), pp. 197-215; 18 (1958), pp. 342-360; código y edictos cf. cap. 20.

Babilonia poscasita: J. A. Brinkman, *A Political History of Post-Kassite Babylonia 1158-722 B.C.*, Roma, 1968; *JESHO*, 6 (1963), pp. 323-242. Realeza: J. A. Brinkman en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 409-415.

Nabucodonosor I: W. G. Lambert, *Essays T. Meek*, Toronto, 1964, pp. 3-13; *Iraq*, 27 (1965), pp. 1-11; J. Roberts en *Essays J. Finkelstein*, Hamden, Conn., 1976, pp. 183-187; sobre las profecías de Marduk cf. también R. Borger, *BO*, 28 (1971), pp. 3-24.

Reflejos literarios de la crisis: L. Cagni, *L'epopea di Erra*, Roma, 1969.

28. El desarrollo del imperio neoasirio

Inscripciones reales: A. K. Grayson, *Assyrian Rulers of the Early First Millennium BC*, I, Toronto, 1991; *id., Assyrian Royal Inscriptions*, II, Wiesbaden, 1976 (hasta Assurnasirpal II); además, tenemos el viejo D. Luckenbill, *Ancient Records of Assyria and Babylonia*, I-II, Chicago, 1926; W. Schramm, *Einleitung in die assyrischen Königsinschriften*, II, Leiden, 1972. Además: Tukulti-Ninurta II: W. Schramm, *BO*, 5 (1982), pp. 147-160. Assurnasirpal II: S. Paley, *King of the World*, Brooklyn, 1976; W. de Filippi, *Assur*, 1/7 (1977), pp. 1-47; J. Reade, *Iraq*, 37 (1975), pp. 129-150; D. Wiseman, *Iraq*, 14 (1952), pp. 24-44; M. Liverani *et al.*, *VO*, 5 (1982), pp. 13-73. Salmanassar III: E. Michel, *WO*, 1 (1947-1952); 2 (1954-1959); 3 (1964); 4 (1967) *passim*; W. G. Lambert, *AnSt*, 11 (1961), pp. 143-158; J. Kinnier Wilson, *Iraq*, 24 (1962), pp. 90-115; O. Taşyürek, *Iraq*, 41 (1979), pp. 47-53. Estelas de los gobernadores: S. Page, *Iraq*, 30 (1968), pp. 139-143; A. Cavigneaux y B. K. Ismail, *BaM*, 21 (1990), pp. 321-456; V. Donbaz, *ARRIM*, 8 (1990), pp. 5-24. Tiglat-pileser III: H. Tadmor en *Proceedings of the Israel Academy of Sciences and Humanities*, 2 (1968), pp. 168-187. Sargón II: H. Tadmor, *JCS*, 12 (1958), pp. 22-40, 77-100; L. Levine, *Two Neo-Assyrian Stelae from Iran*, Toronto, 1972; H. Saggs, *Iraq*, 37 (1975), pp. 11-20; W. Mayer, *MDOG*, 115 (1983), pp. 65-132; J. Renger, *RAI*, 32, Berlín, 1986, pp. 109-128. Senaquerib: A. K. Grayson, *AfO*, 20 (1963), pp. 83-96; N. Naaman, *BASOR*, 214 (1974), pp. 25-39; J. Reade, *JCS*, 27 (1975), pp. 189-196. Asarhaddon: R. Borger, *Die Inschriften Asarhaddons Königs von Assyrien*, Graz, 1956; D. Wiseman, *Iraq*, 20 (1958),

pp. 1-100 (cf. R. Borger, *ZA*, 54 [1961], pp. 173-196). Assurbanipal: M. Cogan y M. Tadmor, *JCS*, 40 (1988), pp. 84-96.

Historia, siglo IX: W. G. Lambert, *Iraq*, 36 (1974), pp. 101-109; A. K. Grayson, *BO*, 33 (1976), pp. 134-145; H. Tadmor en *Unity and Diversity*, Baltimore, 1975, pp. 36-48; M. Liverani, *Annales Archéologiques Arabes Syriennes*; S. Ponchia, *L'Assiria e gli stati transeufratici*, Padua, 1991. Tiglat-pileser III: K. Kessler, *WO*, 8 (1975-1976), pp. 49-63; M. Weippert en *RAI*, 25, Berlín, 1982, pp. 395-408. Sargón II: W. Mayer, *MDOG*, 112 (1980), pp. 13-31. Marduk-apal-iddina: J. A. Brinkman en *Studies A. L. Oppenheim*, Chicago, 1964, pp. 6-53. Senaquerib: L. Levine, *JNES*, 32 (1973), pp. 312-317; *JCS*, 34 (1982), pp. 28-58; J. A. Brinkman, *JCS*, 25 (1973), pp. 89-95; F. Gonçalves, *L'expédition de Sennachérib en Palestine*, Lovaina, 1986; J. Pečirková, *ArOr*, 61 (1993), pp. 1-10. Asarhaddon: B. Landsberger, *Brief des Bischofs von Esagila an König Asarhaddon*, Amsterdam, 1965; A. Spalinger, *Or*, 43 (1974), pp. 295-326. Assurbanipal: A. K. Grayson, *ZA*, 70 (1981), pp. 227-245; H. Tadmor y M. Cogan, *Or*, 45 (1977), pp. 65-85; 50 (1981), pp. 229-240; S. Ahmed, *Southern Mesopotamia in the Time of Ashurbanipal*, La Haya-París, 1968; G. Frame, *Babylonia 689-627 B.C. A Political History*, Leiden, 1992; N. Na'aman, *ZA*, 81 (1991), pp. 243-267.

Cartas: S. Parpola, *Letters from Assyrian Scholars to the Kings Esarhaddon and Assurbanipal*, I-II, Neukirchen, 1970-1983; *The Correspondence of Sargon II*, vols. I-II, Helsinki, 1987-1990; F. M. Fales, *Cento lettere neo-assire*, Venecia, 1983; *id.*, *Lettere della corte assira*, Venecia, 1992.

Geografía histórica: S. Parpola, *Neo-Assyrian Toponyms*, Neukirchen, 1970; K. Kessler, *Untersuchungen zur historischen Topographie Nordmesopotamiens*, Wiesbaden, 1980; L. Levine, *Iran*, 11 (1973), pp. 1-27; 12 (1974), pp. 99-124; H. Kühne, *BaM*, 11 (1980), pp. 44-70; H. Russel, *Iraq*, 47 (1985), pp. 57-74; M. Liverani, *Studies on the Annals of Ashurnasirpal II*, 2: *Topographical Analysis*, Roma, 1992.

29. La estructura del imperio neoasirio

Ciudad y campo: D. Oates, *Studies in the Ancient History of Northern Iraq*, Londres, 1968; J. Reade, *RA*, 72 (1978), pp. 47-72 y 157-180. Trabajo y tierra: F. M. Fales, *Censimenti e catasti di epoca neo-assira*, Roma, 1973; *OA*, 14 (1975), pp. 325-360; *SAAB*, 4 (1990), pp. 81-142; G. van Driel, *BO*, 27 (1970), pp. 168-175; N. Postgate, *JESHO*, 17 (1974), pp. 225-243; J. Zablocka, *AOF*, 1 (1974), pp. 91-113; S. Parpola, *ZA*, 64 (1975), pp. 96-115. Asignaciones reales: J. Postgate, *Neo-Assyrian Royal Grants and Decrees*, Roma, 1969; *Or*, 42 (1973), pp. 441-444.

Textos jurídicos, de reciente publicación: J. Postgate, *Fifty Neo-Assyrian Legal Documents*, Warminster, 1976; T. Kwasman y S. Paupola, *Legal Transactions of the Royal Court of Nineveh*, I, Helsinki, 1991. Textos administrativos, de reciente publicación: J. Kinnier Wilson, *The Nimrud Wine Lists*, Londres, 1972; J. Postgate, *The Governor's Palace Archive*, Londres, 1977; *id.* y S. Dalley, *The Tablets from Fort Shalmaneser*, Oxford, 1984; F. M. Fales y J. N. Postgate, *Imperial Administrative Records*, I, Helsinki, 1992.

Ejército: F. Malbran-Labat, *L'armée et l'organisation militaire de l'Assyrie*, Ginebra, 1982; S. Dalley, *Iraq*, 47 (1985), pp. 31-48; M. Weippert, *ZAW*, 84 (1972), pp. 460-493. Guerra: B. Oded, *War, Peace and Empire*, Wiesbaden, 1992. Deportaciones: B. Oded, *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire*, Wiesbaden, 1979; N. Na'aman y R. Zadok, *JCS*, 40 (1988), pp. 36-46.

Realeza: J. N. Postgate en *RAI*, 19, París, 1974, pp. 417-426. Ideología imperial: M. Liverani en M. T. Larsen, ed., *Power and Propaganda*, Copenhague, 1979, pp. 297-317; *Mesopotamia*, 17 (1982), pp. 43-66; M. F. Fales, ed., *Assyrian Royal Inscriptions*, Roma, 1981; *RANL*, 29 (1974), pp. 453-496; P. Garelli, *Akkadica*, 27 (1982), pp. 16-29. Cf. también E. Cassin, *La splendeur divine*, París, 1968. Tratamientos: M. J. Seux, *Epithètes royales akkadiennes et sumériennes*, París, 1967.

Construcción: B. Menzel, *Assyrische Tempel*, I-II, Roma, 1981; S. Lackenbacher, *Le roi bâtisseur*, París, 1982; *id., Le palais sans rival*, París, 1990; J. M. Russell, *Sennacherib's Palace without Rival at Nineveh*, Chicago, 1991.

«Pacto»: D. McCarthy, *Treaty and Covenant*, Roma, 1963; M. Weinfeld, *JAOS*, 93 (1973), pp. 190-199; *UF*, 8 (1976), pp. 379-414; H. Tadmor y M. Liverani en *I trattati nel mondo antico*, Roma, 1990; S. Parpola y K. Watanabe, *Neo-Assyrian Treaties and Loyalty Daths*, Helsinki, 1988.

Tributación: J. Postgate, *Taxation and Conscription in the Assyrian Empire*, Roma, 1970; además F. M. Fales en *Studi F. Pintore*, Pavía, 1983, pp. 49-92 (madera); *Assur*, 1/3 (1974), pp. 5-24 (caballos). Tributo: M. Elat, *AfO*, Beiheft 19 (1982), pp. 244-251. Comercio: M. Elat, *JESHO*, 30 (1987), pp. 233-254.

Extranjeros: M. Wäfler, *Nicht-Assyrer neuassyrischer Darstellungen*, Neukirchen, 1975; R. Zadok, *BASOR*, 230 (1978), pp. 57-65.

Archivos, biblioteca de Assurbanipal: S. Parpola, *JNES*, 42 (1983), pp. 1-29; J. Reade, S. Parpola, T. Kwasman en *RAI*, 30, Leiden, 1986, pp. 213-222, 223-236 y 237-240.

30. La periferia del imperio

Árabes: I. Eph'al, *The Ancient Arabs. Nomads of the Borders of the Fertile Crescent, 9th-5th Centuries B.C.*, Leiden, 1982; *JAOS*, 94 (1974), pp. 108-115; E. A. Knauf, *Ismael. Untersuchungen zur Geschichte Palästinas und Nordarabien im 1. Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden, 1985; R. Boucharlat y J. F. Salles, *Arabie Orientale, Mésopotamie et Iran méridional de l'âge du fer au début de la période islamique*, París, 1984; D. Potts, *The Arabian Gulf in Antiquity*, I-II, Oxford, 1990; M. Weipett, *WO*, 7 (1973), pp. 39-85; Sobre los nabateos, *Aram*, 2 (1990); sobre Bâzu, D. Potts, *JNES*, 41 (1982), pp. 279-288. Comercio en el sur de Arabia: K. Nielsen, *Incense in Ancient Israel*, Leiden, 1986; N. Groom, *Frankincense and Myrrh*, Londres, 1981.

Urartu, en general: C. Burney y D. Long, *The Peoples of the Hills*, Londres, 1971; B. Piotrovski, *Il regno di Van. Urartu*, Roma, 1966; I. M. Diakonoff, *The Pre-History of the Armenian People*, Nueva York, 1984; P. Zimanski, *Ecology and Empire: the Structure of the Urartian State*, Chicago, 1985; V. Haas, ed., *Das Reich Urartu*, Constanza, 1986. Comienzos: M. Salvini, *Nairi e Uruatri*, Roma, 1967. Geografía histórica: W. Kleis y H. Hauptmann, *Topographische Karte von Urartu*, Teherán, 1966; I. M. Diakonoff y S. M. Kashkai, *Geographical Names according to Urartian Texts*, Wiesbaden, 1981; P. Pecorella y M. Salvini, *Tra lo Zagros e l'Urmia*, Roma, 1984; H. F. Russell, *AnSt*, 34 (1984), pp. 171-201. Inscripciones reales: F. König, *Handbuch der Chaldischen Inschriften*, I-II, Graz, 1955-1957. Aspectos históricos particulares: M. Salvini, *La parola del passato*, 27 (1972), pp. 100-111; S. Kroll, *Istanbuler Mitteilungen*, 34 (1984), pp. 151-170. Arte: G. Azarpay, *Urartian Art and Artifacts*, Berkeley, 1968; M. van Loon, *Urartian Art*, Estambul, 1966. Ciudadelas: C. Burney, *AnSt*, 7 (1957), pp. 37-54. Irrigación: C. Burney, *AnSt*, 22 (1972), pp. 179-186.

Manneos: R. Böhmer, *BaM*, 3 (1964), pp. 11-24. Cimerios: G. B. Lanfranchi, *I Cimmeri*, Padua, 1990. Escitas: F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote*, París, 1991[2]; *L'oro degli Sciti* (catálogo de la exhibición), Venecia, 1977.

Reino neoelamita (además de las obras generales ya citadas en el cap. 5). Onomástica: R. Zadok, *The Elamite Onomasticon*, Nápoles, 1984. Historia neoelamita: P. de Miroschedji y W. Hinz en *Mélanges P. Steve*, París, 1986, pp. 209-225 y 227-234. Fin de Elam: P. de Miroschedji, *ZA*, 75 (1985), pp. 265-306.

Frigia. Inscripciones: C. Brixhe y M. Lejeune, *Corpus des inscriptions paléo-phrygiennes*, I-II, París, 1984. Sobre Gordion: cf. R. S. Young, *Three Great Early Tumuli*, Filadelfia, 1981, con bibliografía anterior.

Lidia: C. Talamo, *La Lidia arcaica*, Bolonia, 1979. Cilicia: P. Desideri y M. Jasink, *Cilicia*, Turín, 1990. Licia: T. Brice, *The Lycians in Literary and Epigraphic Sources*, Copenhague,

1986. Lenguas y escrituras microasiáticas: R. Gusmani, O. Carruba y G. Neumann, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, 8 (1978), pp. 833-886. Sobre las poblaciones tardoluvias cf. P. Houwink ten Cate, *The Luwian Population Groups of Lycia and Cilicia Aspera*, Leiden, 1961.

31. El colapso del imperio, los caldeos

Fin del imperio neoasirio: cf. D. J. Wiseman, *Chronicles of Chaldaean Kings*, Londres, 1956; S. Zawadzki, *The Fall of Assyria and Median-Babylonian Relations*, Poznan, 1988. Babilonia antes de la dinastía caldea: J. A. Brinkman, *Prelude to Empire. Babylonian Society and Politics, 747-626 B.C.*, Filadelfia, 1984. Textos administrativos: J. A. Brinkman y D. Kennedy, *JCS*, 35 (1983), pp. 1-90; 38 (1986), pp. 99-106 y 172-244.

Dinastía caldea: D. J. Wiseman, *Nebuchadnezzar and Babylon*, Oxford, 1985; R. Sack, *Amel-Marduk 562-560*, Neukirchen, 1972; P. A. Beaulieu, *The Reign of Nabonidus, King of Babylon*, New Haven, 1989; G. Pettinato, *Babilonia centro dell'universo*, Milán, 1988. Textos administrativos: D. Kennedy, *JCS*, 38 (1986), pp. 172-244. Inscripciones reales: P. Berger, *Die Neubabylonische Königsinschriften*, Neukirchen, 1973; C. J. Gadd, *AnSt*, 7 (1958), pp. 35-92. Geografía histórica: R. Zadok, *Geographical Names according to New- and Late-Babylonian Texts*, Wiesbaden, 1985. Relaciones con Egipto: A. Spalinger, *SAK*, 5 (1977), pp. 221-244.

Economía. Agricultura: D. Cocquerillat, *Palmeraies et cultures de l'Eanna d'Uruk (559-520)*, Berlín, 1968; *RA*, 75 (1981), pp. 151-169; 77 (1983), pp. 163-168; 78 (1984), pp. 49-70, 143-167; *WO*, 7 (1973), pp. 96-134; K. Nemet-Nejat, *Late Babylonian Field Plans*, Roma, 1982; M. Powell, *AfO*, 31 (1984), pp. 32-66; G. Ries, *Die neubabylonischen Bodenpachtformulare*, Berlín, 1976. Artesanía: D. Weisberg, *Guild Structure and Political Allegiance in Early Achaemenid Mesopotamia*, New Haven, 1967; J. Renger, *JAOS*, 91 (1971), pp. 494-503. Esclavitud: M. Dandamaev, *Slavery in Babylonia from Nabopolassar to Alexander the Great*, De Kalb Illinois, 1984. Comercio: A. L. Oppenheim, *JCS*, 21 (1967), pp. 236-254; H. Lanz, *Die neubabylonischen ḫarrānu-Geschäftsunternehmen*, Berlín, 1976.

Minorías extranjeras: R. Zadok, *On West Semites in Babylonia during the Chaldaean and Achaemenian Periods*, Jerusalén, 1977; M. Cogan, *West Semitic Personal Names in the Murashû Documents*, Ann Arbor, 1976; I. Eph'al, *Or*, 47 (1978), pp. 74-90; S. Kaufman, *The Akkadian Influences in Aramaic*, Chicago, 1974.

Historiografía: K. Grayson, *Assyrian and Babylonian Chronicles*, Locust Valley, N. Y., 1975; *Babylonian Historical-Literary Texts*, Toronto, 1975; J. J. Glassner, *Chroniques mésopotamiennes*, París, 1993. «Profecías»: A. K. Grayson y W. G. Lambert, *JCS*, 18 (1964), pp. 7-23; R. Biggs, *Iraq*, 29 (1967), pp. 119-132. Astronomía: H. Galter, ed., *Die Rolle der Astronomie in den Kulturen Mesopotamiens*, Graz, 1993; F. Rochberg-Halton, *Aspects of Babylonian Celestial Divination*, Graz, 1988.

32. Los medos y la unificación persa

Migraciones iranias: R. Girshman, *L'Iran et la migration des Indo-Aryens et des Iraniens*, Leiden, 1977; I. Medveskaya, *Iran: Iron Age I*, Oxford, 1982; cf. también T. C. Young, *Iran*, 5 (1967), pp. 11-34; J. Harmatta, *Acta Antiqua*, 26 (1978), pp. 185-194; B. Brentjes, *AOF*, 13 (1986), pp. 224-238. Sobre la documentación arqueológica cf. también *Le plateau iranien et l'Asie centrale des origines à la conquête islamique*, París, 1977; F. Hole, ed., *The Archaeology of Western Iran*, Washington, 1987.

Periodo preimperial: P. Briant, *L'Asie centrale et les royaumes proche-orientaux du premier millénaire*, París, 1984; *Iranica Antiqua*, 19 (1984), pp. 71-118. Media: S. C. Brown, *JCS*, 38 (1986), pp. 107-119; B. Genito, *East ant West*, 36 (1986), pp. 11-81; M. A. Dandamaev y

V. G. Lukonin, *The Culture and Social Institutions of Ancient Iran,* Cambridge, 1989. Sobre Zoroastro: G. Gnoli, *Zoroaster's Time and Homeland*, Nápoles, 1980; M. Boyce, *A History of Zoroastrianism*, I-II, Leiden-Colonia, 1982.

Imperio persa. Una buena síntesis reciente es la de J. M. Cook, *The Persian Empire*, Londres, 1983. Más amplio es M. A. Dandamaev, *A Political History of the Achaemenid Empire,* Leiden, 1989; P. Höpemenn, *Das alte Vorderasien und die Achämeniden,* Wiesbaden, 1992; H. Koch, *Persien zur Zeit des Dareios,* Marburgo, 1988; I. Gershevitch, ed., *The Cambridge History of Iran,* II, Cambridge, 1985; H. Sancisi-Weerdenburg, ed., *Achaemenid History,* I-VI, Leiden, 1987-1991. Sobre las satrapías occidentales, *Transeuphratène,* 1-4 (1989-1991). Economía: M. W. Stolper, *Entrepreneurs and Empire,* Leiden, 1985; cf. también el cap. 31.

Ideología imperial: P. Frei y K. Koch, *Reichsidee und Reichsorganisation im Perserreich*, Friburgo-Gotinga, 1984; además P. Briant, *Dialogues d'Histoire Ancienne*, 2 (1976), pp. 163-239; M. Dandamaev, *Acta Iranica*, 1 (1975), pp. 193-200; G. Gnoli, *Acta Iranica*, 1 (1974), pp. 117-190; *Studi G. Tucci*, Nápoles, 1974, pp. 23-88.

Sobre la «edad axial» cf. por último S. N. Eisenstadt, ed., *The Origins and Diversity of Axial Age Civilizations*, Albany, N.Y., 1986.

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAS Y DIVINIDADES*

Abba-El, 315
Abdi-Ashirta, 445
Abdi-Milkutti, 541
Abi-Ba'al, 540, 541
Abi-eshukh, 334
Abi-Melek, 520
Abi-Sare, 265
Abi-šumi, 316
Abner, 520
Abraham, 517
Abu, 161, 162
Adad, 246, 284, 331, 486, 487, 593
Adad-apla-iddina, 599
Adad-guppi', 686
Adad-nirari I, 403, 456, 457, 459, 473, 488
Adad-nirari II, 560, 596, 603-604
Adad-nirari III, 576, 611, 613
Adad-shum-usur, 474
Adapa, 160
Agga, 210, 212
Agum I, 336, 472
Agum II, 472
Agum III, 472
Ahiram, 540
Ahura Mazda, 703, 718-719
Aitagama, 400, 443
Ajab, 525-526, 528, 559
Akia, 284
Alejandro Magno, 670, 706, 718
Aliates, 676
Amar-Sin, 222, 238
Ambari, 664
Amenemhat III, 316
Amenemhat IV, 316
Amenofis II, 428, 442, 473
Amenofis III, 383, 398, 473
Amenofis IV, 383, 401, 454, 473
Aminum, 305
Ammi-ditana, 334
Ammi-madar, 335
Ammi-saduqa, 33, 329, 333, 334, 338
Ammistamru, 446
Ammi-taqum, 315
Ammuna, 392, 442
Amón, 401, 540
Amut-pi-El, 314
Anahita, 719
Anam, 322
'Anat, 452
AN.BU, 173
Anitta, 298, 339, 340
Anu, 109, 121, 127, 161, 593
Anu-banini, 217, 712
Anum-Khirbi, 297, 575
Apiashal, 283
Aplakhanda, 315
Aqhat, 449
Arame, 660, 662
Ardys, 676
Argishti I, 577, 662-663
Argishti II, 664
Arik-den-ili, 456
Arnuwanda I, 396-397
Arnuwanda II, 402
Arnuwanda III, 407
Artatama I, 383
Artatama II, 386, 400, 401, 453
Asa, 559
Asarhaddon, 541, 551, 552, 624-627, 636, 642, 652, 656, 657, 664, 672, 677, 704, 706
Ashduni-yarim, 266
Ashmu-Nikkal, 396
Ashnan, 161
Ashur-bel-kala, 594
Ashur-bel-nisheshu, 453, 472
Ashur-da'in-apla, 611
Ashur-dan II, 474, 583, 603, 604
Ashur-dan III, 611
Ashur-etil-ilani, 680
Ashur-nadin-akhkhe, 453

* La cursiva señala los nombres de divinidades.

Ashur-nadin-shumi, 623
Ashur-nirari V, 613, 614
Ashur-resh-ishi, 585, 589
Ashur-uballit I, 357, 400, 453-454, 455, 468, 473, 474, 593
Ashur-uballit II, 682
Assur, 284, 286, 307, 453, 459, 462, 465, 622, 636, 644, 647, 655
Assurbanipal, 481, 542, 579, 626-628, 642, 648, 652, 657, 664, 666, 669-670, 671-673, 676, 680, 706
Assurnasirpal II, 541, 546, 559, 560, 575, 589, 596, 604-606, 608-610, 629, 648, 704
Astarté, 452, 524, 533
Astiages, 687, 709-710, 716
Astuwatananza, 575
Atal-shenni, 217
Atta-khamiti-Inshushinak, 671
Attakhushu, 338
Attar-kittakh, 488
Awil-Marduk, 686
Aziru, 400, 402, 443, 445
Azitawanda, 577

Ba'al, 185, 449, 451, 527, 533
Ba'al, rey de Tiro, 541, 552
Ba'alat, 452
Baltasar, *véase* Bel-shar-usur
Barattarna, 382
Bar-Ga'ayah, 563, 613
Bar-Gush, 560
Bar-Hadad I, 559
Bar-Hadad II, 559
Bar-Hadad III, 560
Bar-Rakib, 563, 577
Bel-ibni, 623, 627
Bel-Kharran-beli-usur, 614
Bel-shar-usur, 687, 692
Bel-tarsi-iluma, 614
Ben-Hadad, 559; *véase también* Bar-Hadad I
Benteshina, 404, 406, 413, 445
Biryashshura, 358
Buda, 723
Bur-Dadi, 706
Buriash, 486
Burna-Buriash I, 472
Burna-Buriash II, 472-473

Cambises I, 708
Cambises II, 710, 719
Ciaxares I, 706
Ciaxares II, 682, 706, 708, 716
Ciro de Parsumash, 627, 673
Ciro I, 708-709
Ciro II, 627, 628, 676, 687, 689, 690, 709-711, 712, 716, 718-719
Confucio, 723
Creso, 676, 679, 710

Dadusha, 305
Dagan, Dagon, 185, 198, 296, 305, 451, 524
Darío I, 702, 710, 711, 712, 714, 715, 716, 718-719
David, 518, 520, 522, 524, 532, 540, 559
Dayyan-Ashur, 613
Deioces, 706
Deutero-Isaías, 723
Dumuzi, 160
Duppi-Teshub, 403

Ea, 215, 331
Ea-nasir, 261
Eannatum, 163, 164, 208, 210
Ekheya, 396
El, 452, 532
Eli-Ba'al, 540
'Elyon, 532
Enkheduanna, 201
Enlil, 157, 192, 198, 200, 201, 216, 307, 331-333, 486
Enlil-bani, 264
Enlil-nirari, 456
Enmebaragesi, 148, 161
Enmerkar, 161, 210
Enna-Dagan, 174
Entemena, 163, 168
Eparti, 337
Erishum I, 283, 286
Erishum II, 283, 286, 305
Erra, 566, 596, 599
Erra-imitti, 264
Escílax de Carianda, 715
Ezequías, 519, 530, 533, 623
Ezequiel, 547

Fraortes (Kashtaritu), 706

Gabbar, 563
Gandash, 336, 472
Gedeón, 520
Giges, 628, 675-676
Gilgamesh, 160, 161, 200, 210, 212, 235, 350, 423, 446, 481, 482
Gindibu, 657
Gobryas (Ugbaru), 689
Gordion, 674
Gudea, 39, 218-219
Gula, 486, 487
Gulkishar, 366
Gungunum, 265

Hadad, 451, 527, 559
Hadad-'ezer, rey de Damasco, 560
Hadad-'ezer, rey de Soba, 558, 559
Hadad-yis'i, 560, 614
Hammurabi de Babilonia, 27, 35, 258, 263, 274, 279, 303-304, 308, 314, 323-325, 326, 329, 331-336, 337-338, 368, 475, 486, 584, 588, 695
Hammurabi de Khana, 335
Hammurabi I de Yamkhad, 315, 344
Hammurabi II de Yamkhad, 315
Hannón, 525
Hatshepsut, 442
Haya', 563
Haza-El, 560
Heródoto, 20, 706, 712
Himilcón, 552
Hiram I, 540, 544

Ibal-pi-El, 307, 308, 323
Ibbi-Sin, 222, 236, 241, 243, 258, 261
Iblul-il, 174
Ibrium, 177
Idrimi, 382, 396, 435, 439, 442, 448
Iggid-Lim, 335
Ike-Khalki, 488
Ikunum, 286
Ila, 246
Ila-kabkabi, 283, 305
Iluma-ilum, 334
Ilushuma, 266, 283, 284, 286
Imdugud, 162
Inanna, 121, 162, 201, 584, 670
Indaruta, 358
Indra, 358
Ini-Teshub I, 445
Ini-Teshub II, 575, 591
Ipiq-Adad, 305-306, 307
Irdanene, 322
Irkabtum, 315
Irkhuleni, 560
Isaac, 517
Ishar-Lim, 335
Ishbi-Erra, 241, 243, 263-264, 267
Ishkhi-Adad, 314
Ishme-Dagan de Siria, 306, 308, 357, 381, 453
Ishme-Dagan de Isin, 263
Ishpuini, 662
Ishputakhshu, 394
Ishtar, 173, 185, 201, 210, 215, 246, 284, 331, 376, 423, 462, 487, 686
Ishtarat, 173
Isikh-Dagan, 335
Isi-sumu-abum, 335
Itto-Ba'al, 540

Jacob, 517
Jefté, 520
Jehú, 526
Jeremías, 723
Jerjes, 714
Jeroboam I, 525
Joaquín, 686
Jonás, 629
Jonatán, 520
Joás, 612
Josías, 519, 530, 533, 683, 723
Josué, 518, 519, 536

Kadashman-Enlil, 473
Kadashman-Kharbe, 454
Kadashman-Turgu, 488
Kamani, 577
Kamosh, Kemosh, 185, 527
Kandalanu, 627, 673, 680
Kara-indash, 472-473
Kara-khardash, 454
Kashtaritu (Fraortes), 706
Kashtiliash I, 472
Kashtiliash IV, 459, 467, 474, 489
Kashtiliash de Khana, 335
Katuwa, 575
Keret, 448-449
Khaldi, 664, 667
Khallutash-Inshushinak, 670, 672
Khalparuntiya III, 575, 577
Khanunu, 553, 694
Khantili, 344-345, 392, 434, 442
Kharbe, 486
Khatarna, 706
Khattushili I, 315, 339-345, 348, 349, 351-352, 357, 381, 384, 392, 394, 421-423
Khattushili II, 397
Khattushili III, 403, 406, 413, 416, 421, 423, 425, 439, 443, 445, 457, 473
Khayan, 319
Khebat, Khepa, 185, 423
Khoremheb, 403
Khumbaba, Khuwawa, 161, 350
Khumban-Khaltash I, 672
Khumban-Khaltash II, 672
Khumban-Khaltash III, 673
Khumban-nigash I, 620, 669, 672
Khumban-nimena II, 670
Khumban-nimena III, 672
Khumban-numena, 488
Khumban-takhra, 670
Khumbaresh, 706
Khurba-tilla, 488
Kidin-Khutran, 488-489
Kikia, 284
Kikkuli, 366
Kilamuwa, 563

Kili-Teshub, 591
Kirta, 382
Kudur-mabuk, 322
Kurash (Ciro), 673
Kurigalzu I, 473
Kurigalzu II, 454, 456, 473, 488
Kutelutush-In-Shushinak, 585
Kutir-Nakhunte I, 338, 474, 489, 584, 587
Kutir-Nakhunte II, 672

Labarna, 339-340, 421
Labashi-Marduk, 686
Lab'aya, 443
Lakhar, 161
Lakti-Shikhu (o Shipak), 587
Larkutla, 706
Lipit-Ishtar, 263, 274
Lu-Enlil, 261
Lugalannemundu, 163
Lugalkiginnedudu, 163
Lugalkisalsi, 163
Lugaltarsi, 163
Lugalzaggesi, 166, 192, 212
Luli, 541, 549
Lutipri, 660

Madduwatta, 396, 496
Manapa-Datta, 403
Manetón, 319
Manishtusu, 198, 204, 205, 584
Mannu-ki-Ashur, 614
Marduk, 331-332, 333, 336, 376, 423, 459, 467, 472, 474, 482, 485, 486, 487, 584, 586-588, 611, 623, 685-686, 687, 689, 718
Marduk-apla-iddina I, 474
Marduk-apla-iddina II (Merodach-baladan), 618, 620, 623, 672
Marduk-bel-usate, 611
Marduk-zakir-shumi, 611
Marutash, 486
Mashkhuiluwa, 403
Matti-El, Mati-Ilu, 558, 563, 613, 614, 616, 642
Melqart, 559
Menua, 662, 663
Merenptah, 496
Merodach-baladan, *véase* Marduk-apla-iddina II
Mesannepadda, 173
Mesha, 527, 537
Mesilim, 148, 163
Meskalamdug, 162
Midas, 622, 674, 679; *véase también* Mita de Mushki
Milkom, 527
Mita de Mushki, 621-622, 664, 674
Mita de Pakhkhuwa, 396
Mitra, 358, 719
Moisés, 518-519, 532
Mopso, 577
Mot, 449
Muballitat-Sherua, 454, 473
Mugallu, 625
Murshili I, 315, 336, 339, 342, 344-345, 348, 349, 351, 357, 384, 392, 400, 421, 423, 434, 472
Murshili II, 402-403, 411, 419, 422, 443, 446
Mushezib-Marduk, 623
Muwatalli, 403, 406, 443, 445

Nabónido, 686-687, 689, 692, 709-710
Nabopolassar, 666, 680, 682-683, 686, 708, 709
Nabu, 331, 486, 487, 611, 685-686
Nabu-apla-iddina, 596, 599
Nabu-bel-shumate, 627
Nabucodonosor I, 585-589, 591, 594
Nabucodonosor II, 33, 530, 553, 682-686, 694
Nabu-shum-ukin, 596, 604
Nanâ, Nanaya, 474, 584, 670
Nanna, 201, 243, 261; *véase también* Sin
Napirasu, 489
Naplanum, 263
Naqi'a (Zakutu), 624, 626
Naram-Sin de Akkad, 173, 183-184, 198-200, 201, 204-205, 208, 212-216, 220, 235, 243, 266-267, 350, 482, 483, 584
Naram-Sin de Eshnunna, 258, 267, 286, 303, 305, 307
Nashatya, 358
Nazi-Marutash, 456, 473, 488
Necao, 552, 626
Nergal, 331, 486, 487, 686
Nergal-erish, 614
Nergal-ushezib, 623
Neriglissar (Nergal-shar-usur), 686
Nikkal-mati, 396
Ningal, 261
Ningirsu, 39, 218
Ninkhursag, 173, 585
Ninni-Zaza, 173
Ninsum, 235
Nintu, 161
Niqmadu, 445-446
Niqmepa de Alalakh, 382, 396, 442
Niqmepa de Ugarit, 403, 446
Niqmepukh, 315
Nur-Adad de Larsa, 258
Nur-Adad de Nasibina, 604

Omri, 525-526, 559

Paddatishshu, 396
Pakhir-ishshan, 488
Panamuwa I, 563

Panamuwa II, 577
Pilliya, 396
Piyashshili, 386, 401, 403, 443, 453
Polícrates, 679
Psamético, 627, 628
Pudu-Khepa, 423, 425
Pulu, *véase* Tiglat-pileser III
Puzur-Ashur I, 284
Puzur-Ashur II, 284, 286
Puzur-Ashur III, 453, 472
Puzur-In-Shushinak, 205

Ramataya, 706
Ramsés II, 404, 406, 443, 445
Ramsés III, 496-497
Reshef, 189
Rezon, 559
Rib-Adda, 445, 448
Rim-Sin I, 261, 322-323, 324, 329, 333, 334
Rim-Sin II, 334
Rimush, 198
Ritti-Marduk, *véase* Lakti-Shikhu
Rusa I, 622, 663-664, 718
Rusa II, 664

Sadiates, 676
Salmanassar I, 403, 457, 458, 462-463, 467, 488, 591, 603, 608
Salmanassar III, 297, 527, 528, 541, 559, 560, 563, 575-576, 608-611, 614, 616, 618, 636, 657, 660, 662, 700
Salmanassar IV, 611
Salmanassar V, 618, 620, 664
Salomón, 522, 524, 532, 540, 544, 657
Samsu-ditana, 336, 472
Samsu-iluna, 325, 333-335, 336, 472
Samuel, 520
Sarduri I, 563, 614, 660, 662
Sarduri II, 577, 616, 663
Sarduri III, 666
Sargón I, 286
Sargón II, 49, 529, 564, 579, 618, 620-623, 624, 625, 629, 636, 647, 657, 664, 666-668, 669, 672, 674, 677, 704, 718
Sargón de Akkad, 49, 166, 173, 183, 184, 192, 198, 200-203, 204, 210-213, 215-216, 220, 237, 266, 293, 307, 344, 350, 423, 446
Saúl, 518, 520, 524, 559
Semíramis (Shammuramat), 614
Senaquerib, 27, 216, 530, 541, 549, 599, 622-624, 626, 629, 636, 642, 657, 664, 672, 673, 677, 686, 718
Seti I, 404, 443
Shadi-Teshub, 591
Shamash, 173, 210, 274, 308, 325, 326, 331-332, 423, 486, 487, 686
Shamash-khasir, 325
Shamash-mudammiq, 596
Shamash-nasir, 614
Shamash-nuri, 560
Shamash-shum-ukin, 626, 627, 673
Shammuramat, *véase* Semíramis
Shamshi-Adad I, 267, 276, 283, 286, 297, 301, 303, 304-307, 308, 313-315, 323, 333, 337, 381, 461
Shamshi-Adad V, 611, 662
Shamshi-Ilu, 563, 577, 613, 662
Shara, 161
Shar-kali-sharri, 199, 205, 216, 218
Sharruma, 423
Shattiwaza, 386, 401, 413, 443, 453
Shattuara I, 456
Shattuara II, 457
Shaushgamuwa, 439, 459
Shaushtatar, 386-387, 396
Sheshonq, 525, 527
Shilkhakha, 337
Shilkhak-In-Shushinak, 585, 587, 594
Shilwa-Teshub, 391
Shipit-Ba'al, 540
Shirukdukh I, 337
Shugamuna, 486
Shulgi, 221-222, 227, 232, 235, 236
Shumaliya, 486
Shunashshura, 396, 411
Shunukhu-Ammu, 335
Shuppiluliuma I, 384, 392, 399-402, 406, 408, 411, 413, 422, 434, 437, 439, 443, 445, 453, 573, 575
Shuppiluliuma II, 407, 422, 496
Shuppiluliuma de Kummukh, 577
Shurya, 358
Shu-Sin, 222, 258
Shutruk-Nakhunte I, 326, 474, 489, 583
Shutruk-Nakhunte II, 621, 669-670, 672
Shuttarna I, 382
Shuttarna II, 383
Shu-Turul, 199
Shuwardata, 358
Silulu, 286; *véase también* Sulili
Simba-Shikhu, 588
Sin, 161, 487, 618, 686-687
Sin-iddinam, 274, 325
Sin-kashid, 258, 276, 322
Sin-muballit, 322
Sin-shar-ishkun, 680, 682
Sinuhé, 316
Sukhi I, 575
Sukhi II, 575
Sulili, 283, 284
Sulumeli, 575
Sumu-Abum, 266
Sumu-El, 265

Sumu-epukh, 304, 313
Sumu-la-El, 266, 322

Taharqa, 625-626
Takhurwaili, 396
Talmi-Sharruma, 403
Talmi-Teshub I, 445
Talmi-Teshub II, 575
Tanutamon, 626
Tawananna, 339
Teispes, 706, 708
Tekhip-tilla, 388, 391-392
Telipinu de Aleppo, 401, 402
Telipinu de Khatti, 340, 342, 344, 351, 357, 392-394, 416, 421
Tepti-Khumban-Inshushinak, *véase* Teumman
Tesheba, 664
Teshub, 423
Teumman, 627, 672-673
Tiamat, 332
Tiglat-pileser I, 468, 540, 557, 565, 574, 575, 589, 593-594, 604, 626, 660, 673
Tiglat-pileser III, 529, 541, 563, 566, 574, 577, 611, 613, 614, 616-618, 620, 622, 636, 639, 657, 663-664, 672, 674
Tish-atal, 217
Tudkhaliya II, 396-397, 399-400, 442
Tudkhaliya III, 397
Tudkhaliya IV, 406, 425, 445, 459
Tudkhaliya de Khatti, 399
Tukulti-Ninurta I, 406-407, 458-463, 465, 467, 474, 488-489, 583, 591, 593, 603
Tukulti-Ninurta II, 560, 596, 604
Tuni, 706
Tushratta, 383, 384, 386, 398, 400-401, 434, 453
Tutankhamon, 401
Tutmosis I, 382, 435, 442
Tutmosis II, 442
Tutmosis III, 382, 435, 442
Tutmosis IV, 383
Tuwati, 577

Ugbaru (Gobryas), 689
Ukhkha-ziti, 403
Ukin-zer, 618
Ulam-Buriash, 472
Ululaya, 618; *véase también* Salmanassar V
Uni, 190
Unpatar-Khumban, 488
Untash-Khumban, 488, 489
Uppis, 706
Ur-Baba, 218
Urikki, 577
Urkhi-Teshub, 406, 422, 445, 456
Ur-Nammu, 220-221, 224, 235, 264, 274-275
Ur-Ningirsu, 218
Urtaki, 627, 672-673
Urukagina, 166-168
Ur-Zababa, 192
Usphia, 283
Utu-khegal, 217, 219-220

Varuna, 358

Warad-Sin, 322, 334
Warshama, 297
Wasashatta, 456
Wen-Amun, 540, 543-544

Yadikh-Abu, 335
Yaggid-Lim, 304, 306
Yahvé, 519, 522, 524, 527, 530, 532, 534, 718
Yakhdun-Lim, 303, 304-307, 308, 313
Yam, 449
Yantin, 316
Yantin-'Ammu, 316
Yapakh-sumu-abum, 335
Yapa'-sumu-abi, 316
Yarim-Lim I, 307-310, 313-314, 344
Yarim-Lim II, 315
Yarim-Lim III, 315
Yarim-Lim de Alalakh, 313, 315
Yariri, 577
Yashub-Yakhad, 310
Yasmakh-Addu, 306, 307-308, 314
Yassi-Dagan, 335
Yatar-Ammi, 315
Yehi-Milk, 540

Zakar-Ba'al, 540
Zakir, 560
Zakutu (Naqi'a), 624, 626
Zanasana, 706
Zidanta II, 396
Zimrida, 443
Zimri-Lim, 274, 308, 313-315, 316
Zoroastro, 703
Zukrashi, 344

ÍNDICE DE NOMBRES DE LUGARES Y PUEBLOS

Abattum, 304
Abina, 406
Abrum, 293
Abu Salabikh, 161-162, 185-186
acadios, 144, 192, 203, 205, 245, 250, 283, 284, 333
Acaya, aqueos, 495, 496
Acco, 437, 539
Adab, 106, 141, 166, 241
Adalur, 343-344
Adana, 342, 392, 577
Adheim, 587-588
Afganistán, 205, 208, 291
África oriental, 189, 376, 511, 658, 715
Afyon, 674
'Ai, 189
'Ain Dara, 575
Akhiyawa, 406, 495; *véase también* Acaya
akhlamu, 557, 589
Akkad, 49, 83, 126, 145, 160, 170, 173, 183, 184, 192, 198-205, 208, 210, 212-217, 218, 222, 224-232, 235, 236, 243, 246, 255-256, 258, 263, 265-266, 268, 276, 279, 307, 324-325, 333, 350, 391, 459, 474, 584, 588, 620, 685, 686, 697, 715, 716
Alaca Hüyük, 238
Alalakh (Tell 'Atshana), 313, 315-316, 343, 349-350, 357, 363, 382, 387, 396, 426, 428, 430, 442, 498, 573
Alashiya (Chipre), 407, 422, 432, 496-497, 549
Aleppo, 176, 313-315, 343-344, 382, 396-397, 400-401, 402-403, 432, 439, 441, 442, 445, 557, 559, 563, 564, 571, 573, 574
Ali Kosh, 67, 83
Alshe, Alzi, 458, 589, 591, 610, 662
Amadani, 458
amalecitas, 520
Amanus, 198, 199, 297, 314, 343, 399, 457, 573, 574, 575, 608
Amarna, el-, 374, 384, 443, 446, 454, 473, 496
Ama'u, 442
amnanum, 304
Amón, amonitas, 517, 520, 524, 526-527, 530, 559
amorritas, 184, 222, 244, 250, 257, 267, 268, 272, 284, 329, 333, 555, 565; *véase también* amurru; martu
'Amrit, 553
'Amu, 190
'Amuda, 217, 457
'Amuq, 80, 90, 174, 313, 343, 428, 498, 560, 574, 575
amurru, 244; *véase también* amorritas; martu
Amurru, 334, 386, 400-403, 404, 406, 413, 428, 437, 441, 443, 445, 497, 573, 574, 587, 652
Anat, 604, 608
Anatolia, 31, 35, 67, 77, 78, 84, 88, 90, 130, 198, 208, 215, 222, 238, 250, 252, 254-255, 256, 261, 284, 286, 288, 291, 293-297, 303, 307, 312, 319, 342, 348, 350-351, 360, 366, 368-369, 374, 381, 386, 392, 402, 403, 407, 408, 414, 416, 418, 423, 430, 432, 458, 479, 493-494, 495, 496, 497, 500, 501, 507, 514, 542, 547, 563, 567, 575, 579, 580, 589, 625, 628, 664, 666, 668, 674-676, 712, 714
anatolios, 297
Andariq, 308
Anshan, 139, 198, 205, 218, 236, 267, 337, 488, 583, 585, 587, 627, 669, 670, 673, 680, 702, 706, 709; *véase también* Pérsida; Tall-i Malyan
Antilíbano, 559
Antioquía, 313
Antitaurus, 573, 574
Anzan (Anshan), 706
Apku (Tell Bu Marya), 589, 604, 630
Apum, 293
'Aqaba, 544
aqueménidas, 568, 689-690, 703, 709, 710, 719
aqueos, *véase* Acaya
'Araba, 90, 189, 506, 531
árabes, 555, 616, 623, 627, 628, 636, 656-659, 680, 710, 712
Arabia, 246, 507, 547, 549, 567, 624-625, 656, 658, 687

Arabia meridional, 25-26, 522, 549, 559, 658; *véase también* Yemen
Aracosia, aracosios, 702, 710, 714
Arakhtu, 684
Aral, 710
Arame, 216
arameos, 512, 522, 539, 555-570, 574, 587, 589, 603, 639, 656
Ararat, 36, 662
Aratta, 124, 161, 205, 210
Araxes, 662, 664, 666
Arbela, 172, 462, 589, 632, 639; *véase también* Urbilum
Argelia, 552
arios, 702
Arinna, 346, 349, 352, 423
Arman, 472, 489; *véase también* Yalman
Armanum, 184, 199
Armaya, 557; *véase también* arameos
Armenia, 36, 48, 67, 77, 251, 256, 580, 666, 714
armenios, 666, 708
Arpachiya (Tell Arpachiya), 83
Arpad, 557, 558, 563, 574, 577, 611, 613, 614, 616, 642, 663; *véase también* Bit Agushi
Arqa, 539, 541
Arrapkha (Kirkuk), 307, 387, 459, 682
Arslantash (Khadattu), 640
Arslantepe (Malatya), 132
Arwad, 539-542, 552-553, 591, 627, 685
Arzashkun, 662
Arzawa, 342, 344, 392, 396, 397-398, 399, 402-403, 408, 416, 425, 497
Ascalón, 498, 524
Ashdod, 498, 524, 529, 685
Ashlakka, 308
Ashshuwa, 396
Ashtata, 344, 439, 573
Asia central, 12, 25, 26, 85, 205, 208, 252, 359, 360, 368, 658, 702, 711, 722
Asiab, 65
Asiria, 33, 38, 49, 83, 88, 126, 128, 130, 137, 170, 172, 199, 201, 202, 222, 263, 266-267, 276, 283-284, 286, 288, 291, 294, 297, 303, 305-306, 307, 308, 312, 323-324, 334, 337, 368, 381, 382-383, 386, 403, 406-408, 423, 446, 453, 454-456, 457-459, 461-462, 467, 471, 472-474, 479, 487-489, 501-502, 507, 512, 524, 530, 540, 546, 547, 553, 559, 563, 565-566, 577, 579, 583, 585, 587-591, 593-594, 596, 604, 606, 609-611, 613, 614, 616, 618, 620-622, 624-628, 629, 632, 634, 639-640, 642, 643-646, 648, 650, 656, 660-662, 663-664, 666, 667-668, 669-670, 671-672, 673, 674, 676, 677, 680, 685, 686, 690, 704, 706
asirios, 19, 291, 295, 297, 386, 454, 456-457, 459, 467, 473, 514, 516, 527, 528, 530, 533, 542, 552, 554, 555, 564, 566-568, 575, 577, 588, 591, 614, 618, 620-622, 623, 625-627, 628, 644-646, 650, 655, 657, 658, 666, 670-673, 676, 680, 683-684, 686, 700, 706, 714, 718
Assur, 141, 163, 170, 172-173, 174, 175, 179, 181, 183, 238, 258, 261, 263, 288, 290-291, 293, 295, 303, 305-306, 307, 308, 312, 366, 453, 456, 459, 461, 462-463, 474, 608, 611, 618, 620, 624, 629, 639, 649, 655, 682, 683, 708
Athribis, 626
Atuna, 577
Ávaris (Tell ed-Daba'), 319-320
Awal, 286
Awan, 198-199, 205, 208, 236, 256
Azatiwataya (Karatepe), 577

Babilonia, 33, 216-224, 257-258, 263, 266, 268, 291, 303, 305, 307, 308, 311, 313, 322-338, 339, 344, 357, 358, 368, 376, 400, 423, 446, 453, 454, 456, 458, 459, 462, 468, 472-489, 502, 512, 530, 542, 551, 559, 565-566, 568-569, 583-585, 587-588, 591, 593-594, 596, 606, 608, 611, 616, 618, 620-621, 623-624, 626-627, 636, 643, 670, 672-673, 676, 677, 680, 694-697, 704, 708-710, 712, 714, 716-719, 723
babilonios, 337-338, 530, 542, 555, 558, 566-467, 568, 587-589, 624, 656, 673, 680, 682-684, 685, 708, 709, 714
Babite, 606
Bactriana, 703, 706, 708, 710, 714
bactrianos, 702, 703, 706, 708, 710, 714
Bad-tibira, 168
Badua, 294
Bagdad, 319
Baghuz, 81
Bahrein (Dilmun), 198, 656
Balatu, 630
Balawat, 609
Balcanes, 252, 502
Baleares, 552
Balikh, 170, 176, 284, 308, 314, 456, 604, 680
Barakhski, 198, 205, 236-237; *véase también* Markhashi
Basetki, 199
Bashime, 265
Bastam, 664, 667
Bazi, 596
Bazu, 624, 656, 658, 672
Beersheba, 525, 531
Behistun, Bisutun, 704, 712
Beidha, 67
Beirut, 316, 539
Benjamín, 525
benyaminitas (Maru-Yamina), 301, 304
Beqa', 80, 401, 437, 443, 557, 559
Bet Rehob, 557, 559
Bet Shan, 316, 437

Bet Yerah (Khirbet Kerak), 189
Biaini (Nairi), 667
Biblos, 80, 174, 176, 189, 238, 316, 432, 439, 443, 445, 448, 498, 539-542, 544, 552-553
Bikni (Demavend), 617, 622, 704
Bireçik, 293
Bit Adini, 557, 560, 565, 573, 575, 577, 608, 610, 613
Bit Agushi, 557, 560, 563
Bit Ammukani, 557, 567, 618, 685
Bit Bakhyani, 557
Bit Dakkuri, 557, 567, 618, 624, 685
Bit Karziabku, 587
Bit Sha'alli, 557, 567, 618
Bit Shilani, 567, 618
Bit Yakini, 557, 567, 618, 672, 680, 685
Bit Zamani, 557, 604, 606, 608, 610
Boghaz-köi, 297, 674
Borsippa, 331, 475, 486, 596, 685, 686
Buqros, 67
Bustan esh-Sheij, 553
Büyükkale, 350

Čafer Hüyük, 64, 67
Caldea, caldeos, 19, 531, 557, 559, 566-567, 611, 620-621, 623, 627, 656-657, 659, 666, 680, 683-684, 699
Canaán, cananeos, 19, 437, 512, 518, 522-524, 539, 555
Čan Hasan, 67, 78, 80
Capadocia, 215, 252, 286, 291, 293, 306, 308, 339, 350, 417, 574, 579, 622, 623, 666
carios, 514, 674
Carmelo, 498, 525, 540
Cartago, 551-552
casitas, 334, 336, 344-345, 358, 454, 456, 472-489, 587
Caspio, 702
Çatal Hüyük, 70, 74, 78-80, 85
Cáucaso, 26, 250, 710
Çayönü, 67, 69
Cerdeña, 544, 552
Chagar Bazar, 302
China, 25, 723
Chipre, 84-85, 312, 378, 407, 422, 432, 446, 495-497, 498, 543, 546, 549, 623, 625, 677, 710
Choga Mami, 81, 83
Choga Mish, 134
Choga Zambil (Der-Untash), 488
Cilicia, 80, 238, 342, 344, 392, 496-497, 498, 543, 574, 579, 621, 623, 652, 674, 676-677, 683, 686, 710
cimerios, 625, 628, 664, 676
Cirenaica, 552
Cisjordania, 90, 437, 517, 520, 527
Cnosos, 319
Cólquidia (Kulkhai), 663
Creta, 319, 446

Dalma Tepe, 84
Damasco, 80, 316, 401, 406, 437, 443, 522, 524, 526-527, 535, 557, 559, 560, 563-564, 610, 616, 657
danuna, Danunim, 497, 563, 577
Dayaeni, 610
Dedan, 658, 687
Delfos, 676
Demavend (Bikni), 617, 704, 706
Der, 258, 261, 263, 266-267, 286, 305, 310, 313, 322, 324, 489, 566, 672, 680, 685
Deshasha, 190
Diauekhi, 662
Dilbat, 266
Dilmun (Bahrein), 179, 183, 198, 205, 208, 237, 261, 459, 510, 588, 620, 656, 672
Diyala, 81, 137, 161, 166, 173, 202, 217, 222, 257, 305, 325, 334, 456, 457, 489, 583, 586, 587, 591, 594, 606, 704
Diyarbakir, 199, 458, 604
Dor, 529
Drangiana, drangianos, 702, 714
Drehem (Puzrish-Dagan), 230
Dubrum, 220
Dupliash, 685
Dur-Ashur, 606
Dur-katlimmu (Tell Sheij Hamad), 462, 609, 640
Dur-Kurigalzu (Aqar Quf), 473, 474, 475, 489, 566, 583, 588, 591, 604
Dur-Samsu-iluna (Tutub, Khafaya), 334
Dur-Sharrukin (Khorsabad), 618, 622, 629
Dur-Untash (Choga Zambil), 488-489
Dur-Yakhdun-Lim, 304

Eanna, 92, 106, 109, 121, 127, 130, 135
E-babbar, 258, 274
Ebikh (Yébel Hamrin), 236, 585
Ebla (Tell Mardikh), 20, 166, 173-176, 178-184, 186-189, 198, 199, 202, 204-205, 217, 238, 245, 246, 249, 250, 256, 277, 286, 312-313, 315-316, 344, 366, 374, 426, 432, 442, 450
Ecbatana (Hamadan), 687, 706, 708, 709, 711, 714, 716
Edom, edomitas, 520, 522, 524, 525, 526-527, 529-531, 547
Éfeso, 676
Egeo, 12, 25-26, 85, 252, 368, 369, 407, 449, 497, 507, 543, 552, 658, 674, 710
egipcios, 189, 317, 382-383, 403, 437, 439, 441, 463, 497, 514, 516, 517, 527, 530, 542, 616, 683, 709, 715
Egipto, 12, 25-26, 63, 183, 188-189, 200, 222, 315-318, 335, 358, 368-369, 372-374, 376,

378, 382, 383, 398, 400-401, 403, 406-407, 413, 416, 423, 432, 434, 437, 445, 449, 453, 454, 456, 462, 473, 494, 495-496, 498, 501, 507, 510, 518, 522, 527, 529, 535, 540, 542, 549, 553, 554, 567, 588, 620, 623, 625-628, 643, 652, 656, 658, 659, 676, 680, 682-684, 690, 708, 710, 712, 715, 719, 723
Ekallatum, 305, 306, 308
E-khul-khul, 686, 687
Ekur, 157, 192, 201, 208, 216, 224, 243
Elakhut, 308, 456
Elam, 83, 166, 183, 192, 198, 199, 201, 205, 208, 217, 218, 236, 243, 258, 263, 265, 266-267, 291, 307-309, 312, 313, 322, 323, 336-338, 368, 473-474, 487-489, 502, 512, 553, 566, 583-589, 594, 620-621, 623-624, 627-628, 636, 643, 666, 669-670, 672-673, 680, 683, 697, 700, 706, 709-710, 718
elamitas, 48, 243, 256, 263, 473, 583-585, 587, 669, 685, 704, 709
Elbistan, 293
Elenzash (Kar-Senaquerib), 704
Ellipi, 623, 671, 672, 704, 706, 716
Emar (Meskene), 174, 176, 304, 311, 314, 430, 433, 439, 445, 451, 573
Emut-bal (Yamut-bal), 334
E-ninmar, 192
E-ninnu, 218
Enzite, 662
Eqrón, 498
eqwesh, 496; *véase también* Acaya; Akhiyawa
Erebuni (Erivan), 662
Ergani Maden, 69, 90, 238, 291
Eriakhi, 662
Eridu, 70, 74, 83, 85-86, 88, 91, 92, 127-128, 137, 141, 148, 184, 224, 241, 263
Erivan (Erebuni), 662
Erzincan, 660
Erzurum, 662
Esagila, 474, 482, 486, 623, 685, 689
escitas, 625, 628, 664, 666, 676, 680, 705, 706, 710, 712
Eshnunna (Tell Asmar), 141, 161, 241, 257-258, 261, 263, 266-267, 268, 274-276, 286, 291, 303, 305, 306, 307-308, 312, 313, 322-324, 333-334, 337-338, 474, 583
Esiongaber, 522, 544
Eski Mossul (Balatu), 630
Eskişehir, 674
España, 544, 552
Etemenanki, 685
Etiopía, 715
Etiuni, 662
Etruria, 546
Éufrates, 36, 65, 67, 80, 81, 83, 90, 102, 124, 126, 128, 130, 132, 141, 163, 166, 170, 173-175, 176, 183, 185, 198, 199, 217, 224, 241, 265-266, 284, 293, 294, 297, 299-305, 308, 311, 314, 323-324, 326, 334-336, 341, 344-346, 366, 368, 381, 382, 386, 392, 399-400, 401, 403, 406-407, 430, 435, 439, 442, 456-459, 472-473, 475, 501-502, 512, 522, 547, 557, 560, 565, 566, 574, 575-577, 579, 583, 587, 589, 591, 593, 594, 604, 606, 608-610, 613, 614, 616, 621-622, 639, 640, 656, 660, 662, 663, 664, 671, 674, 680, 682-684, 690, 694, 715
E-ulmash, 697
Ezida, 685

Fara, 149, 161-162, 185-186, 203
Fars (Pérsida), 198, 236, 251, 488, 670, 709
Fayyum, 85
Fenicia, 535, 539, 542, 550, 551, 553, 656, 676
fenicios, 522, 525, 539-554, 677, 694, 715
filisteos, 19, 496-500, 501, 514, 517, 520, 525, 539
Frigia, 417, 579, 622, 625, 628, 664, 673-677, 679
frigios, 418, 500, 514, 571, 574, 662, 666, 674, 676, 679, 686
Fuerte Salmanassar, 609

Gabaa, 520
Gades, 544, 552
Galaad, 525-526, 529, 559
gambulu, 557, 624, 627, 685
Gandara, 710, 719
Ganjdareh, 65, 69
gasulienses, 246, 659
Gasur (Nuzi), 202
Gat, 498
Gaza, 316, 437, 498, 524, 529-530, 616, 659, 685
Gaziantep, 176, 293, 343
Gelboé, 520
Gezer, 316
Gheshur, 557
Gilzanu, 610, 616, 622
gimirraya (cimerios), 622
Glayya, 609
Godin Tepe, 132, 134, 704
Gordion, 31, 494, 674, 679
Grecia, 252, 495, 500, 546, 547, 551, 676, 710, 716, 722-723, 728
griegos, 20, 539, 544, 546, 551-552, 663, 670, 675-677, 679, 689, 694, 699, 716, 718
Guinea, 552
Gurgum, 560, 574, 577, 611, 621, 663
Gutium, guti, 166, 199, 208, 216-217, 224, 238, 241, 358, 456, 669, 689
Guzana (Tell Halaf), 557, 560, 565, 604, 606, 614, 640

Habuba Kebira, 128, 132, 135
Hacilar, 78, 80

Hajji Muhammad, 83, 85
Halys, 295, 298, 340-341, 342, 573, 622, 674, 676, 683, 710
Hama, 134, 174, 176, 189, 522, 527, 558, 560, 564, 573, 610-611, 616, 620, 683
Hamadan (Ecbatana), 704, 705, 708
Harappa, 140, 208
Hasor, 316, 318, 442
Hassanlu, 704
Hassek Hüyük, 132
Hassuna, 81, 83, 283
Hauran, 529
Hazrek, Hattarikka (Tell Afis), 560, 563, 616
hebreos, 19, 517, 694
Hebrón, 520, 531
Helesponto, 714
hicsos, 317, 319, 358, 435
Hilmand, 140
Hindukush, 702
Hindush (valle del Indo), 710
hircanos, 702
hititas, 344, 346, 350, 351, 358, 376, 381, 384, 386, 394, 397, 399-425, 432, 434, 441-442, 445-446, 454, 456-458, 459, 463, 495-497, 516
Hiyaz, 246, 509, 510, 625, 657, 658, 687, 694
hurritas, 48, 172, 256, 284, 343-344, 358, 555, 558, 660; *véase también* Khurri

Idamaras, 333, 334
Idu (Hit), 587, 589
Idumea, 531; *véase también* Edom
Ilansura, 308
India, 567, 716, 722, 723
Índico, oceano, 135, 140, 510, 567, 656, 659
Indo, valle del, 12, 25, 26, 140, 198, 208, 251, 368, 510, 700, 708, 710-711, 715
indoarios, 666
indoeuropeos, 252, 256, 350
Inglaterra, 552
Irán, 25, 85, 90, 92, 127, 130, 166, 205, 252, 255, 256, 456, 458, 509, 567, 585, 632, 666, 700, 702, 703, 706, 712, 723
iranios, 627-628, 694, 719
Irrite (Urfa), 176, 315, 456
Isfahan, 670, 706
Ishim-Yakhdun-Lim, 304
Ishmerikka, 413
Ishtunda, 577
Ishuwa, 386, 396, 397, 399, 660, 662
Isin, 224, 241, 243, 249, 257-258, 261-263, 266, 268, 274, 322-323, 326, 334, 337, 475, 583, 585-589, 596, 690
Israel, israelitas, 19, 516-538, 539, 540, 549, 559, 560, 616, 618, 656, 723
Italia, 546
Izaya, 706

Jericó, 38, 65, 67, 70, 74, 189, 247, 518
Jerusalén, 439, 498, 520, 522, 524-525, 527, 529-531, 532-535, 542, 544, 623, 683, 718
Jonia, 676-677, 710
Jónico, mar, 552
Jordán, 80, 90, 426, 517, 520, 525, 531, 557
Judá, reino de, 520, 524-527, 529-531, 533, 537, 547, 559, 560, 616, 620, 623, 683, 686
Judea, 530, 534-535, 596
Judea, desierto de, 67, 80, 90, 525

Kakhat (Tell Barri), 604, 606
Kalkhu (Nimrud), 462, 608-609, 614, 618, 629, 649
Kalzu (Kasr Shemamoq), 632
Kamir Shahir, 65
Kanish (Kültepe), 286, 288, 290-291, 293-294, 295, 297-298, 339, 341; *véase también* Nesha
Karakhar, 222
Karakhna, 295
Karana (Tell Rimah), 302, 306
Karatepe, 577, 580
Karduniash, 472, 588
Kar-Ishtar, 456, 459
Karkemish, 176, 307, 311-315, 343, 344-345, 386, 392, 400-403, 407, 432, 439, 441, 443, 445-446, 450, 456, 497, 557, 573-577, 580, 581, 589, 591, 610, 616, 621, 664, 683
Karmir Blur (Teshebaini), 664, 667
Kar-Salmanassar (Til Barsip), 613
Kar-Senaquerib (Elenzash), 672, 704
Kar-Sharrukin (Kharkhar), 672, 704
Kar-Tukulti-Ninurta, 459, 463, 489
Karzitali, 706
kashka, 392, 394, 396, 397, 399, 402-403, 413-414, 418, 500, 660
Kashyari (Tur Abdin), 604, 606
Kasr Shemanoq (Kalzu), 632
Katka, 563, 613
Katmukhi, 591, 603-604, 608
Kazallu, 198, 241, 265-266, 322, 324
Keban, 399
Kebara, 63
Kelishin, 662
Kerkha (Ulai), 673
Kerman, 237
Kermanshah, 704, 705
Khabkhi, 604, 606, 660
Khabur, 88, 128, 130, 170, 172, 199, 217, 222, 267, 284, 293, 301, 304-306, 308, 311-312, 334, 350, 366, 381-382, 456, 461, 462, 512, 557-558, 560, 591, 594, 604, 606, 608, 609, 614, 640
Khadattu (Arslantash), 640
Khaditha, 640
Khafaya (Tutub), 161, 334
Khakhkhum (Lidar Hüyük), 294, 314, 315, 343-344, 349

Khakpish, 403
Khalulé, 623, 636, 672, 718
Khamazi, 141, 183
Khana, 301, 304, 324, 326, 334-336, 344-345, 363, 376, 472
khaneos, 301, 428
Khanigalbat, 343, 357, 381, 386, 387, 403, 406, 425, 443, 454, 456-457, 462; *véase también* Khurri; Mitanni
Khapalla, 403
Kharkhar (Kar-Sharrukin), 672, 704
Kharran, 176, 618, 638, 639, 655, 682, 686
Kharshi, 222
Kashshum, Khashuwa, 174, 176, 314-315, 343-344, 392
Khatti, 336, 340, 342, 352, 358, 376, 382, 384, 392, 394, 396-397, 399-400, 401, 403, 416, 418, 423, 425, 446, 456-457, 467, 494, 497, 500, 573-574, 588, 591, 608, 660, 683
Khattina, 574; *véase también* Patina
Khattusha (Boghaz-köi), 295, 298, 319, 339-341, 349-351, 352, 392, 397, 401, 403, 409, 411, 413-414, 418, 439, 443, 500, 571
Khayasha, 397, 399, 660
Khaybar, 687
Khazineh, 83
Khidalu, 673
Khilakku (Cilicia), 574, 579, 621, 674, 686
Khindanu, 604, 608, 614, 680
Khirbet Kerak (Bet Yerah), 188-189
Khirokitia, 84
Khorasán, 704, 708, 714
Khosr, 624
Khubishna, Khupishna, 340, 574, 577
Khubushkia, 610, 662
Khukhnur (Malamir), 337
Khume (Que), 683, 686
Khumurti, 222
Khurri, 343, 357, 358, 381, 396, 399; *véase también* hurritas; Khanigalbat; Mitanni
Khuzirina (Sultantepe), 604, 606, 640
Khuzistán, 63, 65, 67, 70, 81, 83-84, 94, 126, 132, 134, 313, 670; *véase también* Susiana
Kikhuni, 662
Kimash, 222
Kirkuk (Arrapkha), 387, 585, 586
Kirruri, 603, 604, 606, 610, 660, 662
Kish, 83, 85, 137, 139, 141, 148, 156, 161-163, 166, 183, 184, 185, 192, 202, 210-212, 216-217, 220, 241, 245, 250, 257-258, 263, 265-266, 334, 584, 623, 672
Kishtan, 577, 616, 622, 663
Kismar, 286
Kisurra, 334
Kition, 549, 553
Kizzuwatna, 382-384, 392, 395-398, 399, 403, 408, 413, 423, 425, 442, 502, 571, 573
Kode, 497
Konya, 78, 241, 295, 341, 397, 403, 416, 501
Kulkhai (Cólquida), 663
Kültepe (Kanish), 286, 288
Kumidi, 437
Kummani, 423
Kummukh, 574, 576, 577, 579, 610, 611, 616, 621, 663, 683
Kunulua (Tell Taynat), 575
Kurban Hüyük, 132
Kurda, 274
Kurdistán, 63, 65, 67
Kush (Nubia), 710
Kushshara, 298, 339, 340-341
Kutha, 85, 331, 486, 686
Kuwaliya, 403
Kuyunyik (Nínive), 7

Lachisch, 316
Lagash, 39, 141, 150, 156, 161-163, 166, 168, 198, 217, 218, 220, 227, 241, 257, 265, 279
Landa, 340
Laodicea, 428
Laqe, 557, 565
Larsa, 166, 168, 224, 249, 257-266, 274, 308, 322-323, 324, 325, 326, 333-334, 337, 475, 486, 686, 690
Lawazantiya, 342, 344, 392
Levante, 63, 80, 495, 500; *véase también* Siria-Palestina
Líbano, 80, 189-190, 307, 314, 316, 400-401, 407, 539-540, 543, 549, 683-684
Libia, libios, 496, 552, 710
Licia, licios, 496, 514, 674
Lidar Hüyük (Khakhkhum), 343
Lidia, lidios, 514, 628, 666, 674-676, 679, 680, 683, 686, 694, 708-710, 719
Liyan, 583
Lu'ash, 560
Lukka, 496-497; *véase también* Licia
lullubi, 208, 217, 222, 358, 456, 669
Luristán, 65, 67, 208, 216, 588, 596, 704
Lushna, 340

Maadi, 135
Ma'akah, 557, 559
Macedonia, 85
Madaktu, 673
madianitas, 520, 659
Magan, 198, 199, 204-205, 208, 237, 261, 510, 620, 656; *véase también* Omán
Malamir (Khukhnur), 337, 670
Malatya, 132, 135, 392, 397, 560, 573, 574-575, 577, 579, 580, 610, 614, 621, 625, 660, 662-664
Malazgirt, 660, 662
Malgum, 322, 324, 334

Malta, 552
Mama, 294, 297
manneos, 580, 616, 622, 625, 628, 662, 664, 666, 668, 682, 702, 704, 706, 708, 716
Marad, 204, 266
Marash, 343, 574
Mari, 141, 148, 163, 166, 170, 173-175, 176, 183-185, 192, 198, 222, 237-238, 241, 258, 263, 274, 299-321, 322-324, 334-335, 337, 343, 350, 362-363, 366, 373, 376, 442
Markhashi, 166, 205; *véase también* Barakhshi
Marqasi, 574; *véase también* Marash
Marruecos, 552
martu, 166, 176, 199, 222, 224, 236, 238, 241, 243, 244-250, 263, 324, 333, 659; *véase también* amorritas, amurru
Maru-Yamina, 301; *véase también* benyaminitas
Matkh, 176, 178
Media, 666, 676, 677, 682, 687, 694, 704-709, 711, 714, 716, 718
Medina (Yathrib), 687
Mediterráneo, 26, 67, 163, 166, 173, 198, 204, 304, 307, 313, 314, 342, 381, 399, 407, 432, 459, 495-496, 500, 501, 506, 510, 525, 539, 543, 546-547, 549-552, 554, 559, 591, 593, 608, 611, 648, 659, 677, 715, 723
medos, 552, 579, 617, 622, 625-626, 628, 642, 666, 669, 672, 673, 676, 677, 680, 682-686, 702, 703-704, 706-710, 716
Megiddo, 189, 247, 316, 437, 442, 529
Mekhru, 458
Melukhkha, 140, 198, 208, 237, 459, 510, 620, 656, 715
Menfis, 625, 626
Mersin, 80, 90
Mesopotamia, 33, 35, 36, 63, 110, 111, 128, 134, 135, 140, 141-169, 176-178, 181, 183, 184-186, 198, 201-202, 204, 205, 208, 216-217, 220, 237, 245, 246-247, 256, 263-267, 275, 299, 303, 308, 313, 319, 323-325, 341, 343, 346, 360, 368, 432, 473, 474-475, 488, 493, 495, 507, 535, 542, 557-558, 565-568, 570, 583, 585, 643, 656-657, 671, 680, 683, 708, 711, 715
Mesopotamia, Alta, 71, 81, 83, 85, 94, 126, 130, 137, 170, 172, 174-175, 183, 199, 202, 222, 238, 244, 249-250, 256, 267, 284, 286, 304-306, 308, 312, 315, 318, 322, 323, 337, 346, 349-350, 357-358, 366, 368-369, 381, 386, 392, 425, 453, 456-458, 461, 493, 531, 547, 560, 568, 583, 589, 591, 594, 610, 618, 630, 640, 660, 666, 690
Mesopotamia, Baja, 25, 41, 83, 91-92, 97, 102-103, 113, 123, 126, 130, 132, 137, 153, 163, 166, 170, 172, 174, 198, 202, 205, 222, 236, 250, 256, 258, 267, 313, 322, 334, 337, 346, 364, 472, 494, 512, 557-558, 627, 659, 672-673, 685, 690
México, 25
micénicos, 369, 543
Mileto, 676, 677
Mina, al-, 677
minoicos, 252
Mira, 403
Mitanni, 252, 357-358, 366, 369, 376, 381-385, 387, 392, 395-396, 398, 399-402, 403, 408, 413, 423, 434, 435, 442, 449, 453, 502, 660, 700; *véase también* Khanigalbat; Khurri
Moab, moabitas, 520, 522, 524-527, 530
Mohenjo Daro, 140, 208
Motya, 552
Muerto, mar, 36, 520
Muhammad Yaffar, 83
Mukish, 382, 400, 403, 416, 426, 439, 442-445, 573-580
Munhata, 80
Mureybet, 65
Musasir, 616, 622-623, 662, 664, 667, 718
Mush, 662
Mushki, 591, 622, 664, 673, 674; *véase también* frigios

nabateos, 659
nabayates, 659
Nairi, 458, 591, 604, 606, 610, 660, 667
Nakhshimarta, 706
Naqada, 135
Nasibina, 557, 589, 604, 606, 682
Nawar, 217, 238, 381
Negro, mar, 26, 340, 342, 403, 407, 663, 674, 677
Néguev, 67, 80, 90, 189, 507, 525
Nenashsha, 340
neohititas, 24, 555, 558, 656
Nerikka, 346, 349, 392, 403, 423
Nesha (Kanish), 298, 339, 340, 351
Nikhriya, 294, 457-458, 467
Nilo, delta del, 247, 316, 317, 319, 320, 437, 446, 451, 500, 543, 544, 625, 626, 643, 694
Nilo, valle del, 244, 320, 627, 711, 715
Nimitti-Ishtar (Tell 'Afar), 630
Nimrud (Khalkhu), 609
Nínive, 7, 88, 92, 128, 170, 172, 199, 222, 283-284, 306, 376, 423, 461, 462, 481, 589, 608, 620, 622, 624, 626, 629, 649, 672, 682, 708
Nippur, 106, 128, 141, 157, 162-163, 192, 201, 208, 220, 224, 230, 241, 258, 263, 265-266, 276, 286, 307, 331, 475-476, 481, 486, 489, 566, 588, 594, 623, 627, 638, 672, 680
Niya, 442
Nora, 552
Nubia, 189-190, 319, 376, 620, 656, 710
Nukhashe, 400, 402, 428, 442-443, 560, 574
Numkhia, 334
Nuzi (Yorghan Tepe), 88, 382, 387-392, 433

Ofir, 522, 544
Omán, 90, 140, 198, 208, 656-657; *véase también* Magan
Opis, 583, 591, 689
Orontes, 382, 386, 401, 404, 426, 428, 437, 442, 445, 557, 559, 575, 608

Padan, 489
País del Mar, 326, 334, 366, 368, 472, 567, 596, 627, 671, 685, 694
Pakhkhuwa, 396
Pala, 403
Palestina, 36, 63-65, 70, 71, 80-81, 84-85, 90, 183, 188-190, 202, 245, 247, 250-251, 312, 316-318, 319-321, 366, 374, 426, 437, 442, 495, 496, 497-498, 500, 501, 507, 512, 516-518, 520, 524-532, 535-536, 555, 568, 625, 656-657, 680, 690
Palmira, 314, 559, 566, 591
Panormo, 552
Pantelleria, 552
Papkhi, 458, 591
Parsumash, 627
Partakka, 706
Partia, partos, 702, 706
Partukka, 706
Pasargada, 711
Patina, 573-574, 575, 577, 608, 616
Pazarli, 674
Peloponeso, 495
persas, 669, 670, 673, 677, 680, 689, 702, 703, 706, 709, 716, 718
Persépolis, 711-712, 714
Persia, 687, 708, 709, 712, 718
Pérsico, golfo, 26, 67, 103, 124, 140, 141, 163, 179, 192, 198, 200, 204-205, 208, 224, 236-237, 261, 265, 323, 324, 325, 368, 459, 489, 511, 553, 566, 583, 585, 588, 625, 648, 656, 657, 672, 690, 694, 715
Pérsida (Fars), 627, 694, 706, 709
Perú, 25
Pirindu, 686
Ponto, 36, 392, 403, 660, 674, 677
prehititas, 252, 256, 351
Puertas del Caspio, 714
Puqudu, 557, 685
Purulumzi, 589
Purushkhanda, Purushkhattum, 215, 295
Put (Libia), 710
Puzrish-Dagan (Drehem), 230

Qabra, 307
Qadesh, 382, 400-401, 402, 404, 406, 434-435, 437, 439, 441-443, 445, 574
Qarnaym, 529
Qarqar, 541, 560, 575, 610, 636, 657
Qatna, 307, 312-313, 314, 316, 337, 366, 400, 426, 442-443
Qattunam, 302
Qedar, 552, 642
Que, 560, 574-575, 577, 579, 621, 683

Rabbat 'Ammon, 527
Rabbum, 304
Rafia, 620
Rapiqum, 456, 459, 565
Rasappa, 614
Ras el-'Ain, 381
Ras el-'Amiya, 83, 85
Ras Shamra (Ugarit), 80, 90
Razama, 308, 337
Rhagai, 714
Rodas, 677
Rojo, mar, 67, 135, 522, 527, 540, 543-544, 552, 715
Roma, 552, 722, 728
Rusia, 252, 351

Saba, 522, 657
Saggaratum, 302, 334
Sagunia, 662
Sais, 626
Saka (escitas), 710
Sakarya, 674
Sam'al (Zincirli), 557-558, 560, 563, 564-565, 573, 574, 577, 616, 621
Samanum, 304
Samaria, 526, 527, 529, 530, 536, 559, 616, 620
samaritanos, 518
Samarra, 81, 83, 217, 672
Samos, 677
Samsat (Samosata), 132, 293, 343, 573, 574
Sardes, 675-676, 710, 714
Sarepta, 539
Sar-i-Pul, 217
Sefire, 557-558, 563, 613
semitas, 143-144, 172, 202, 224, 252, 256
Sevan, 660, 662, 664
Shadikanni (Tell 'Ayaya), 640
Shahdad, 237
Shahr-i Sokhta, 140, 205
Shalatiwara, 295
Shamukha, 295, 346, 397
Shanakhuitta, 340, 342
Shanidar, 65
Shankhara, 473
Shashrum, 222
Shasu, 190
shekelesh, 496, 497
Shekha, 403
sherdana, 496, 497
Shirikhum, 198

Shubat-Enlil (Tell Leilan), 267, 293, 302-304, 306-307, 367
Shubria, 625, 660, 664
Shuruppak (Fara), 141, 224
Shusharra (Tell Shemshara), 306
Siannu, Siyannu, 403, 439, 539, 541
Sichem, 316, 439, 443
Sicilia, 544, 552
Sidón, 439, 443, 539-541, 546, 549, 553, 623, 625, 685, 714
Sikannu (Tell Fekheriye), 560
Simashki, 208, 236, 241, 267, 336-337
Simurrum, 216, 222
Sinaí, 90, 189-190, 247, 316, 321, 437, 506, 507, 659
Sinope, 677
Sippar, 33, 208, 258, 266, 274, 308, 311, 326, 331, 334, 423, 474, 475, 486, 566, 583, 591, 604, 672, 685, 686, 689
Siria, 35, 41, 65, 80, 90, 130, 134, 137, 141, 166, 170, 174-175, 176, 178, 184, 188, 199, 202, 222, 238, 245, 246, 249, 250, 255, 261, 267, 299, 301, 303, 304-305, 309, 311-318, 342-343, 344-346, 350, 360, 366, 369, 376, 381-382, 386-387, 399-403, 416, 423, 425, 426, 434, 435, 442-445, 449-450, 468, 471, 473, 479, 493, 495, 496-497, 502, 507, 509, 527, 542, 557, 559-560, 563, 568, 574, 577, 579, 588, 611, 613, 616, 657, 659, 666, 669, 676-677, 683, 686-687, 690, 714
Siria-Palestina, 65, 67, 80, 222, 256, 316, 335, 337, 383, 407, 426-452, 496-570, 623, 628, 657, 659, 664, 683-685
Sistan, 703
Skudra (Tracia), 710
Soba, 557-559, 564
Sogdiana, sogdianos, 702
Solus, 552
Subartu, 166, 199, 283-284
Sugagu, 456, 473
Sukhi, 472, 565, 587, 589, 608, 609, 680
Sultantepe (Khuzirina), 640
Sumer, 83, 126, 157, 170, 201, 217, 220, 222, 224, 232, 236, 263, 265-266, 286, 322, 324, 333, 459, 510, 588, 716
sumerios, 48, 143-144, 157, 202, 222-224, 256, 283, 516
Sumura, 437, 445, 539, 541-542, 591
Sur Giur'a, 609
Susa, 128, 134, 139-140, 141, 163, 179, 183, 198, 199, 205, 222, 236, 241, 243, 258, 261, 265, 267, 326, 336-338, 473-474, 487-488, 583-586, 587, 627-628, 669, 671, 673, 706, 709, 711, 712, 714
Susiana, 128, 130, 139, 163, 166, 198, 199, 236, 251, 337-338, 368, 488, 587, 671, 694; *véase también* Khuzistán
suteos, Sutium, 166, 301, 480, 557, 566
Tabal, 574, 575, 577, 579, 581, 621, 622, 623, 625, 664, 674
Taite, 456
Talkhat, 199
Tall-i Ghazir, 134
Tall-i Malyan (Anshan), 139-140, 205, 585, 669
Tarbisu, 682
Tarkhuntashsha, 403
Tarshish (Tartessos), 544, 549
Tarso, 394
Tartessos (Tarshish), 544
Taurus, 36, 48, 63, 67, 78, 80-81, 130, 132, 137, 170, 198, 199, 284, 293, 297, 314, 341, 343-344, 381, 384, 403-404, 496, 557, 573-574, 577, 579, 621, 625, 660, 674, 677
Tebas, 401, 625-627
Tegarama, 392
Teima, 658, 687, 692
Tell Abta, 614
Tell 'Afar (Nimitti-Ishtar), 630
Tell Afis (Hazrek), 560
Tell 'Aggiagia (Shadikanni), 640
Tell Ahmar (Til Barsip), 557, 640
Tell 'Arad, 189
Tell 'Areyni, 189
Tell 'Ashara (Terqa), 302, 604
Tell Asmar (Eshnunna), 161, 162, 258
Tell 'Atshana (Alalakh), 313
Tell Barri (Kakhat), 604
Tell Biya' (Tuttul), 302
Tell Brak, 88, 130, 137, 172, 199, 201-202
Tell Bu Marya (Apku), 604, 630
Tell ed-Daba' (Avaris), 319-320
Tell es-Sawwan, 81
Tell Far'ah, 189
Tell Fekheriye (Sikannu), 381, 457, 462, 560, 609, 614
Tell Halaf (Guzana), 557, 560, 565, 640
Tell Hamukar, 130
Tell Khuera, 172
Tell Leilan (Shubat-Enlil), 293, 301, 306, 367
Tell Madhur, 85-86
Tell Mardikh (Ebla), 312-313, 344
Tell Mozan, 172, 217
Tell Qannas, 128
Tell Rimah (Karana), 302, 306, 614
Tell Shemshara (Shusharra), 81, 88, 291, 306, 337
Tell Sheij Hamad (Dur-katlimmu), 609, 640
Tell Taya, 172
Tell Taynat (Kunulua), 575
Tell 'Uqair, 85, 92, 128, 137
Tell Yawa, 134, 188
Telul eth-Thalatat, 88
Tepe Gawra, 88, 91-92, 127, 128
Tepe Giyan, 84
Tepe Guran, 67, 69
Tepe Hissar, 90
Tepe Sabz, 83

Tepe Siyalk, 85, 90, 134, 140
Tepe Yahya, 140, 205, 237
teresh, 496
Terqa (Tell 'Ashara), 302, 304-305, 334-336, 366, 472, 604
Teshebaini (Karmir Blur), 664
Tharros, 552
Tiberíades, lago, 189
tidnum, 241
Tigris, 36, 81, 83, 88, 102, 124, 141, 163, 166, 170, 172, 174, 217, 238, 241, 265-266, 283-284, 286, 293, 305, 308, 311, 323, 334, 337, 381, 387, 407, 458-459, 461-463, 472-473, 487-489, 557-558, 566, 583, 585, 587-589, 591, 593, 603, 604, 606, 610, 625, 629, 630, 632, 650, 660, 671, 673, 680, 682, 683, 685, 689, 694, 715
Til Barsip (Tell Ahmar), 557, 577, 608, 613, 638, 640
Tiliura, 392
Tiro, 428, 432, 439, 522, 526, 527, 535-536, 539, 540-542, 544, 546-549, 551-553, 559, 627, 643, 652, 683, 685
Toprak Kale, 699
Tracia, 710
Transcaucasia, 48, 84, 251, 252, 256, 668
Transjordania, 41, 67, 80, 134, 246, 247, 366, 437, 493, 507, 509, 512, 517, 520, 522, 531, 557, 560, 616, 657, 659, 714
Trapezunte, 677
Tripolitania, 552
Tróade, 500
Troya, 675
Tukulti-Ashur-asbat, 606
Túnez, 544, 551-552
Tunip, 382, 434, 442, 445
Tur 'Abdin (Kashyari), 560, 594, 604
Turira, 457, 458
Turkhumit, 295
Turkmenia, 85, 90, 291, 510
turukku, 456
Turushpa (Tushpa), 616
Tushkha, 606
Tushpa (Van), 616, 660, 662, 667
Tuttul (Tell Biya'), 176, 198, 204, 238, 302, 304, 366
Tutub (Khafaya), 334
Tuwana, Tuwanuwa, 340, 574, 577

Uadi Hammamat, 135, 190
Uadi Tharthar, 81, 172, 284, 308, 604, 614
'Ubaid, Tell 'Ubaid, 31, 83, 85-86, 88, 90-92, 94, 103, 113, 128, 135, 143, 283
Ube (Abina), 406
ubrabum, 304
Ucrania, 250
Ugarit (Ras Shamra), 174, 189, 251, 316, 366, 378, 382, 386, 401-403, 406, 428, 430, 432-433, 435, 437, 439, 442-443, 445-446, 451, 459, 467, 482, 496-498, 540, 542, 549, 573-574
Ugarsallu, 456
Ulai (Kerkha), 673
Ullisum, 199
Umma, 141, 162-163, 166, 192, 198, 202, 224, 241, 257
Umman-Manda, 215, 344
Umm an-Nar, 208
Umm Dabaghiya, 81
Unqi (Patina), 574, 575, 577, 616
Ur, 27, 85, 92, 141, 148, 152, 156, 159, 161-162, 163, 166, 173, 192, 198, 200-201, 204, 208, 217, 218, 220, 222, 224, 227, 233, 235, 236-238, 241, 243, 245, 246-247, 249, 250, 256, 257-258, 261, 263, 265-266, 268, 274, 279, 284, 286, 322, 324, 333, 334, 475-476, 566-567, 588, 685, 690
Ura, 416
urarteos, Urartu, 563, 577, 606, 610, 611, 616, 621-623, 625, 628, 660-662, 664, 666-668, 673-674, 676, 677, 683, 700, 704, 708, 718
Urbilum (Arbela), 222, 238
Urfa (Irrite), 315
Urkish, 217, 222, 238, 381
Urmia, 458, 606, 610, 622, 660, 662, 664, 666, 668, 704, 706
Urshum, 238, 294, 314, 343-344, 349
Uruatri, 458, 660
Uruk, 83, 85, 88, 91-92, 94, 97, 100, 106, 109, 113, 115, 121, 123-124, 126-132, 134-135, 137, 139-140, 141, 143, 145, 148, 152-153, 156, 161-163, 166-168, 170, 183, 192, 201, 211-212, 217, 219-220, 224, 232, 258, 263-264, 266, 276, 283, 322, 324, 334, 368, 474, 476, 566, 584, 670, 680, 686, 692
Urukazabarna, 706
Ushu, 539, 542
Usnu, 539, 541
Útica, 544, 552
utu', utuayu, 557, 566

Van, lago, 459, 591, 610, 660, 662
Van (Tushpa), 616, 662, 664, 667, 669

Wakhshaniya, 295
Wakhshushana, 295
Washshukkanni, 381, 386, 400, 453, 462
weshesh, 497

Yadnana (Chipre), 620
Yalman, 489, 585; *véase también* Arman
Yaman, Yauna, Yawan (Jonia), 677, 710

Yamkhad, 304, 306-308, 312-316, 323, 336, 339, 343, 344-345, 358, 381, 434, 442
Yamut-bal, 322, 333
Yarim Tepe, 81
Yarimuta, Yarmuta, 198, 437
Yarmo, 67
Yathrib (Medina), 658, 687
Ya'udi, 557
Yaxartes, 710
Yazilikaya, 423, 674
Yébel 'Aruda, 128
Yébel Bishri, 566, 591, 608
Yébel Hamrin, 585; *véase también* Ebikh
Yébel Sinyar, 81, 88, 172, 306, 308, 630
Yemdet Nasr, 137-140, 148, 156
Yemen, 135, 246, 509, 510-511, 522, 527, 544, 567, 616, 625, 657-659, 687, 694; *véase también* Arabia meridional
Yezreel, 517, 525

Zab inferior, 284, 456, 585-586, 588, 589, 591, 606, 682
Zab superior (Gran Zab), 81, 83, 172, 283, 463, 591, 603, 604, 606, 610, 629, 632, 660, 662
Zabshali, 236
Zagros, 36, 48, 63, 65, 69, 71, 81, 85, 132, 141, 170, 183, 199, 208, 216-217, 241, 284, 306, 308, 334, 337, 358, 458, 461, 472, 475, 487, 489, 580, 585, 587-589, 606, 616, 621, 623, 632, 639-640, 660, 666, 669, 671-672, 682, 700, 702, 704, 706, 708, 711, 712
Zakhara, 198
Zallara, 340
Zalpa, 295, 298, 341, 342, 351
Zalpakh, 294
Zamua, 588, 606, 608, 625, 666, 671, 704, 706
Zanqu, 587, 589
Zarzi, 63
Zawi Chemi, 65
zeker, 497, 544
Zikirtu, 622
Zikrisi, 706
Zincirli (Sam'al), 557, 563, 565
Zippalanda, 346, 349, 423
Ziwiye, 704

ÍNDICE DE CUADROS

1. Esquema cronológico global del Oriente Próximo antiguo . . 34
2. Ocupación humana en la zona de Nippur (con datos de R. McC. Adams, *Heartland of Cities*, Chicago, 1981) 44
3. Ocupación humana en el valle bajo del Diyala (con datos de R. McC. Adams, *Land behind Baghdad*, Chicago, 1965) 45
4. Duración de la vida, fecundidad y mortalidad infantil (área egeoanatólica) (datos de J. L. Angel en S. Polgar, *Population, Ecology and Social Evolution*, La Haya, 1975, pp. 167-190) 47
5. Esquema general del desarrollo tecnológico 52
6. Esquema cronológico de la «revolución neolítica» 64
7. Esquema cronológico del Neolítico de Oriente Próximo . . . 79
8. Esquema cronológico del Calcolítico de Oriente Próximo . . . 86
9. Esquema cronológico de la «revolución urbana» 127
10. La Mesopotamia protodinástica: cronología de las inscripciones reales. 162
11. La Mesopotamia protodinástica: cronología, arqueología . . . 165
12. Cronología mesopotámica, *c.* 2350-2000 194
13. Cronología de la época de Isin y Larsa (2000-1750) 264-265
14. Cronología mesopotámica, *c.* 1750-1550 335
15. Anatolia, Siria, Alta Mesopotamia, *c.* 1600-1350 384
16. Cronología siroanatólica, *c.* 1350-1200 435
17. Cronología mesopotámica, *c.* 1550-1200 469
18. Palestina y Siria meridional, *c.* 1000-600 521
19. Cronología de los reinos neohititas, *c.* 1100-700 578
20. Cronología mesopotámica, *c.* 1200-900 584
21. Cronología mesopotámica, *c.* 900-600 617
22. Esquema cronológico de Oriente Próximo, *c.* 650-500 . . . 684

ÍNDICE DE DOCUMENTOS

Poblamiento y desarrollo cultural en Mesopotamia: el léxico sumerio de los oficios; varias fuentes, especialmente B. Landsberger, *Three Essays on the Sumerians*, Los Ángeles, 1974, pp. 11-12 142
La agricultura de la Baja Mesopotamia en la época protodinástica; *a*) de J. Krecher, *ZA*, 63 (1974), pp. 200-201; *b-d*) de T. Jacobsen, *Salinity and Irrigation Agriculture in Antiquity*, Malibú, 1982, p. 67, pp. 26-30 (simplificado), pp. 40-41 154-155
Las reformas de Urukagina; de H. Steible, *Die altsumerische Bau- und Weihinschriften*, I, Wiesbaden, 1982, pp. 288-313; J. Cooper, *Presargonic Inscriptions*, New Haven, 1986, pp. 70-74 167
Ebla, un texto de contenido político y militar: Carta de Enna-Dagan, rey de Mari, al rey de Ebla; G. Biga de G. Pettinato, *OA*, 19 (1980), pp. 231-245; *Ebla. Nuovi orizzonti della storia*, Milán, 1986, pp. 395-397; D. O. Edzard, *Studi Eblaiti*, 4 (1981), pp. 89-97; A. Archi, *SEb*, 4 (1981), pp. 129-166, y *MARI*, 4 (1985), pp. 47-51 179
La dinastía de Ebla, secuencia y sincronismos; L. Milano de A. Archi, *ZA*, 76 (1986), pp. 213-217, y *MARI*, 4 (1985), pp. 47-51 182
Vocabularios bilingües (sumerio-eblaíta) de Ebla; L. Milano, ed . . 187
Inscripciones celebrativas de los reyes de Akkad; 1)-3) de H. Hirsch, *AfO*, 20 (1963), pp. 1-82; 4) de W. Farber, *Or*, 52 (1983), pp. 67-72 . . 196-197
Del Cilindro A de Gudea; trad. G. Biga; cf. *ANET*, p. 268 . . . 219
Agricultura neosumeria; L. Milano de G. Pettinato, *Texte zur Verwaltung der Landwirtschaft in der Ur-III Zeit*, Roma, 1969, n.° 25 . . . 225
Administración de la economía bajo la III dinastía de Ur; *a*) de I.J. Gelb, *JCS*, 21 (1967), pp. 64-69; *b*) de H. Waetzoldt, *WO*, 6 (1971), pp. 28-29. 228-229
Versión en forma de tabla de un «balance» de un mercader neosumerio; de J. B. Curtis y W. Hallo, *HUCA*, 30 (1959), pp. 115-116 . . . 231
Himno real de Shulgi; de J. Klein, *Three Sulgi Hymns*, Ramat Gan, 1981, pp. 188-203 (himno A) 234-235
Lamento sobre la destrucción de Ur; cf. *ANET*, pp. 611-619 . . . 242
Onomástica amorrita; material obtenido de I. J. Gelb, *Computer-Aided Analysis of Amorite*, Chicago, 1980 248
Nómadas y montañeses: los estereotipos literarios sumerios; cf. J. Cooper, *The Curse of Agade*, Baltimore, 1983, pp. 30-33, con referencias . 249
Tarifas de los precios en la época paleobabilonia; *a*) de A. Falkenstein, *BaM*, 2 (1963), p. 51; *b*) varias fuentes, especialmente A. Goetze, *The Laws*

of Eshnunna, New Haven, 1956, pp. 29-30; P. Garelli, *Le Proche-Orient asiatique*, París, 1969, pp. 278-279 271
El «código» de Lipit-Ishtar, rey de Isin; de E. Szlechter, *RA*, 51 (1957), pp. 57-81 273-274
Problemas paleobabilonios sobre la excavación de canales; textos de O. Neugebauer y A. Sachs, *Mathematical Cuneiform Texts*, New Haven, 1945, pp. 69-70 (texto H, problema 1), 76-77 (texto K, problemas 1 y 2); *ibid.*, tablas, pp. 4-6, y S. D. Walters, *Water for Larsa*, New Haven, 1970, p. 167 278
El principio de la lista real asiria; de I. J. Gelb, *JNES*, 13 (1954), pp. 209-230 287-288
Procedimientos caravaneros paleoasirios: los textos estándar; de M. T. Larsen, *Old Assyrian Caravan Procedures*, Estambul, 1967, pp. 8, 10-11, 11-12 292-293
El edicto de Ammi-saduqa (extracto); de F. R. Kraus, *Ein Edikt des Königs Ammi-saduqa von Babylon*, Leiden, 1958, pp. 26-30 330
Textos históricos antiguohititas; *a*) de F. Sommer y A. Falkenstein, *Die hethitisch-akkadische Bilingue des Hattušili I.*, Munich, 1938, cf. M. Marazzi, *Beiträge zu den akkadischen Texte aus Boğazköy in althethitischer Zeit*, Roma, 1986; *b*) *Beiträge*, *cit.*; Ph. Houwink ten Cate, *Anatolica*, 1 (1984), pp. 47 ss 345
Terminología y onomástica indoiranias relacionadas con el adiestramiento de los caballos de guerra y el uso del carro ligero; C. Zaccagnini, ed. (varias fuentes) 359
El primer vidrio; de A. L. Oppenheim, *Glass and Glassmaking in Ancient Mesopotamia*, Corning, 1970, pp. 36-39 365
Tratado entre Idrimi de Alalakh y Pilliya de Kizzuwatna; de D. J. Wiseman, *The Alalakh Tablets*, Londres, 1953, n.º 3 370
Negociaciones matrimoniales del Bronce Tardío; de J. A. Knudtzon, *Die el-Amarna Tafeln*, Leipzig, 1908, n.º 4 375
Tres documentos jurídicos de Nuzi (a = JEN 27; b = JEN 293; c = Gadd 28) 390
Del edicto de Telipinu: modelo y antimodelo de la realeza; de I. Hoffmann, *Der Erlass Telipinus*, Heidelberg, 1984 393-394
Historiografía hitita: los *Anales decenales de Murshili II* (años 6.º y 7.º); de A. Goetze, *Die Annalen des Muršiliš*, Leipzig, 1933, pp. 80-94 . 404
Del juramento de fidelidad de los eunucos a Tudkhaliya IV; de E. von Schuler, *Hethitische Dienstanweisungen fur höhere Hof- und Staatsbeamte*, Graz, 1957, pp. 8-25 410-411
Ejemplo de tratado entre el «gran rey» hitita y un «pequeño rey» sirio: el tratado entre Murshili II y Niqmepa de Ugarit; cf. G. del Monte, *Il trattato fra Muršili II di Ḫattusa e Niqmepa di Ugarit*, Roma, 1986 . 412
Colonización interior en el país de Khatti; *a*) de A. Archi y H. Klengel, *AOF*, 7 (1980), p. 144; *b*) de H. Otten y V. Souček, *Das Gelübde der Königin Puduḫepa an die Gottin Lelvani*, Wiesbaden, 1965, pp. 16-22 415-416
Preparación mágica de la guerra entre los hititas; 1) de E. von Schuler, *Die*

Kaškäer, Berlín, 1965, pp. 168 ss.; 2) de E. von Schuler, *op. cit.*, pp. 176 ss. 420-421
La autobiografía de Idrimi, rey de Alalakh; de S. Smith, *The Statue of Idrimi*, Londres, 1949 436-437
El mecanismo epistolar del archivo de el-Amarna; de J. Knudtzon, *op. cit.*, n.os 126, 325, 367 444
Inscripción real medioasiria; de A. K. Grayson, *Assyrian Royal Inscriptions* I, Wiesbaden, 1972, pp. 109-110 (Tukulti-Ninurta I, n.º 6) 460-461
Ideología y propaganda política en el reino medioasirio; *a*) de M. J. Seux, *Hymnes et prières de Babylonie et d'Assyrie*, París, 1976, pp. 493-497; *b*) de S. Lackenbacher, *RA*, 76 (1982), pp. 141-149 464-465
Textos jurídicos medioasirios; *a*) trad. de L. Milano; *b*) de E. Weidner, *AfO*, 17 (1956), pp. 276-277 470
Kudurru de caliza, de Susa, en el que se registra la adjudicación de terrenos por parte del rey casita Nazi-Marutash; de V. Scheil, *Mémoires de la Délegation en Perse*, II, París, 1900, tabs. 16-19 478-479
La literatura sapiencial de la época casita: extractos del poema del «Justo Doliente»; de W. G. Lambert, *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford, 1960, pp. 21 ss. 484-485
Tratado entre Asarhaddon, rey de Asiria, y Ba'al, rey de Tiro; de G. Pettinato, *Rivista di Studi Fenici*, 3 (1975), pp. 145-160 550
Las guerras de Tiglat-pileser I en una inscripción analística de A. K. Grayson, *Assyrian Royal Inscriptions*, II, Wiesbaden, 1976, pp. 25-28 . 592-593
El *Espejo del príncipe* babilonio; de W. G. Lambert, *op. cit.* . . . 598-599
La VII campaña de Assurnasirpal II; ejemplo de fragmento analístico asirio del siglo IX; de Grayson, *op. cit.*, II, pp. 138-140 607
Cartas neoasirias de la época de Sargón; de F. M. Fales, *Cento lettere neoassirie*, I, Venecia, 1983, n.º I.7 (ABL 409), II.2 (ND 2715), III.8 (ABL 253 +) 619-620
Política y arte adivinatorio en la época de Asarhaddon; trad. de F. M. Fales (a = ABL 629, cf. *ANET*, p. 626; b = AGS 2; c = K 4310 I 5'-30') 653
El juramento de fidelidad que Asarhaddon exige a los jefes de los medos con motivo de la designación de Assurbanipal como heredero del trono; de D. J. Wiseman, *Iraq*, 20 (1958), pp. 1-100 654
El desmoronamiento del imperio asirio en la «crónica babilonia»; de A. K. Grayson, *Assyrian and Babylonian Chronicles*, Nueva York, 1975, n.º 3 681-682
Inscripción de Nabónido, de Kharran; de C. J. Gadd, *AnSt*, 8 (1958), pp. 56-65; cf. *ANET*, pp. 562-563 688-689
El monopolio real de los caballos de guerra en Armenia y Media; de las fuentes indicadas 701
Los tributos anuales de las satrapías del imperio persa; tabla basada en Heródoto III (89-94) 715

ÍNDICE DE FIGURAS

1. El cambio en la apreciación occidental de las antigüedades de Oriente Próximo; *a*) de R. Mignan, *Travels in Chaldaea*, Londres, 1829; *b*) proyecto del Centro Ricerche Archeologiche e Scavi di Torino, de *La Terra tra i due fiumi*, Turín, 1985, p. 251 21
2. Ejemplo de estratigrafía dibujada y formalizada según la «matriz de Harris»; de C. Orton, *Mathematics in Archaeology*, Cambridge, 1980, pp. 72-73 28
3. Aproximación de las dataciones con carbono 14; de P. R. Giot y L. Langouet, *La datation du passé*, Rennes, 1984, pp. 101-102 . . 30
4. Dendrocronología y calibrado del C 14; *a*) de M. S. Tite, *Methods of Physical Examination in Archaeology*, Londres-Nueva York, 1972, fig. 24; *b*) de Giot-Langouet, *op. cit.*, p. 84; *c*) de Tite, *op. cit.*, fig. 30. 32
5. Los fundamentos ecológicos; *a*) de W. van Zeist en P. Ucko y G. W. Dimbleby, *The Domestication and Exploitation of Plants and Animals*, Londres, 1969, p. 42 (fig. 3); *b*) *ibid.*, p. 37 (fig. 1) . . . 37
6. Material cartográfico del antiguo Oriente; de R. North, *A History of Biblical Map Making*, Wiesbaden, 1979, figs. 1, 2 y 6 . . . 40
7. Orígenes de la agricultura; *a*) de J. Renfrew, *Palaeoethnobotany*, Nueva York, 1973, figs. 18-21, 38-39; *b*) de J. Harlan y D. Zohary, *Science*, 153 (1966), pp. 1.074-1.080 (simplificado) 66
8. Los comienzos de la ganadería; *a*) de Ch. Burney, *The Ancient Near East*, Nueva York, 1977, fig. 25; *b*) de J. Clutton-Brock en W. C. Brice, *The Environmental History of the Near and Middle East*, Londres, 1978, p. 37 (fig. 2) 68
9. Ejemplo de análisis del área de explotación (*site-catchment analysis*) de un yacimiento natufiense; de E. S. Higgs y C. Vita-Finzi, *Papers in Economic Prehistory*, Cambridge, 1972, p. 35 69
10. Çatal Hüyük; de J. Mellaart, *Çatal Hüyük*, Londres, 1967 . . 71
11. Vivienda neolítica y paralelo etnológico; *a*) de K. Flannery en *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1972, p. 42; *b*) de C. Kramer, *Ethnoarchaeology*, Nueva York, 1979, p. 145 73
12. Comercio prehistórico de la obsidiana en Oriente Próximo; reelaborado a partir de varias fuentes, que se remontan a C. Renfrew, J. E. Dixon y J. R. Cann en *Proceedings of the Prehistoric Society*, 32 (1966), pp. 30-72 76
13. *a*) Difusión de las culturas cerámicas en los periodos Halaf Tardío y

Medio; de varias fuentes, especialmente J. Mellaart, *The Neolithic of the Near East*, Londres, 1975, figs. 97 y 100. *b*) Planta y reconstrucciones de *tholoi* halafienses; de *Iraq*, 2 (1935), p. 28 82
14. Formas y motivos decorativos de la cerámica Halaf; de A. L. Perkins, *The Comparative Archaeology of Early Mesopotamia*, Chicago, 1949, figs. 1 y 2 84
15. *a*) El recinto de Tell es-Sawwan, fase Samarra; de S. Lloyd, *The Archaeology of Mesopotamia*, Londres, 1978, fig. 35. *b*) El templo 7 de Eridu, fase 'Ubaid Tardío; de *The Cambridge Ancient History*, I/I, Cambridge, 1970, p. 338 (fig. 25 a). *c*) El tipo de vivienda privada en la época 'Ubaid; de O. Aurenche, *Paléorient*, 7/2 (1981), p. 52, fig. 23. 87
16. Tepe Gawra, interestratificación de modelos alternativos de crecimiento político y cultural; *a*) de *AfO*, 12 (1939), p. 166; *b*) de A. J. Tobler, *Excavations at Tepe Gawra*, II, Filadelfia, 1950, lám. VI . . . 89
17. Formas y motivos decorativos de la cerámica 'Ubaid; de Perkins, *op. cit.*, figs. 9 y 10 91
18. La primera metalurgia, *c*) 4500-4000; 1-2 dibujo (D. Terzi) de foto en J. Mellaart, *The Chalcolithic and Early Bronze Ages in the Near East and Anatolia*, Beirut, 1966, láms. XIV-XV; 3-7, 9 de M. Frangipane en *Studi S. Puglisi*, Roma, 1985, figs. 5-6; 8 de A. Palmieri, *Anatolian Studies*, 31 (1981), fig. 3 93
19. Escenas de trabajo en la glíptica de la época Uruk; de P. Amiet, *Glyptique susienne*, París, 1972; *DAFI*, 8 (1978), pp. 11-59 99
20. Cerámica característica del periodo Uruk Tardío; de M. Frangipane y A. Palmieri en *Studies in the Neolithic and Urban Revolutions*, Oxford, 1987, figs. 3-4; *DdA*, 1986/1, fig. 3 101
21 A y B. Ocupación de la Baja Mesopotamia en la época Uruk; de R. McC. Adams, *Heartland of Cities*, Chicago, 1981, figs. 12-13 y 22-23 104-105
22. Uruk; *a*) Planta general: de M. Mallowan, *Early Mesopotamia and Iran*, Londres, 1965, p. 14; *b*) Zona sagrada del Eanna en el nivel 4: de M. Liverani en P. Rossi, *Modelli di città*, Turín, 1987, p. 70 . 108
23. Hacia la escritura: registros administrativos de la acrópolis de Susa; de F. Vallat en *World Archaeology*, 17 (1986), p. 337 114
24. Origen y desarrollo de la escritura cuneiforme; de H. Nissen en *World Archaeology*, 17 (1986), figs. 3-4 117
25. Templo y poder en la glíptica del periodo Uruk; de Amiet, *op. cit.*; *DAFI*, 8 (1978), pp. 11-59; M. Brandes, *Siegelabrollungen aus den archaischen Bauschichten in Uruk-Warka*, Wiesbaden, 1979 . . . 120
26. Orientación y rutas del comercio en Mesopotamia e Irán durante el periodo Uruk Tardío y durante el periodo Yemdet Nasr / protoelamita; adaptado a partir de J. Alden en *Current Anthropology*, 23 (1982), figs. 4 y 5 125
27. «Colonias» de la cultura de Uruk en el curso medio del Éufrates; *a*) de P. Matthiae, *Scoperte di archeologia orientale*, Roma-Bari, 1986, fig. 5; *b*) de M. Liverani, *L'origine delle città*, Roma, 1986, fig. 21. 129
28. Malatya en el periodo Uruk Tardío; *a*) axonometría del nivel VI a, cedido por A. Palmieri; *b*) sellos de estampilla, de *Origini*, 12 (1988), fig. 70 131

29. Elementos de procedencia asiática en la cultura egipcia, desde las fases protohistóricas hasta el final del Bronce Medio; de H. Kantor en R. Ehrich, *Chronologies in Old World Archaeology*, Chicago, 1965, fig. 3 133
30. El proceso de regionalización después del periodo Uruk: horizontes cerámicos del Bronce Antiguo I entre Anatolia, Transcaucasia y la Alta Mesopotamia; de A. Palmieri en *Studi S. Puglisi*, *cit.*, p. 207. 136
31. Glíptica mesopotámica de comienzos del III milenio; a-c, f de E. Heinrich, *Bauwerke in der altsumerischen Bildkunst*, Wiesbaden, 1957, figs. 1, 82, 88, 93; d-e, g-i de P. Amiet, *La glyptique mésopotamienne archaïque*, París, 1961, n.os 692, 693, 793, 789, 796 138
32. Tablilla protoelamita; de W. Hinz, *Das Reich Elam*, Stuttgart, 1964, figs. 16-17 139
33. La Baja Mesopotamia en el periodo Protodinástico 144
34. El templo protodinástico; de P. Delougaz y S. Lloyd, *Presargonid Temples in the Diyala Region*, Chicago, 1942, figs. 64 y 84 146
35. El palacio protodinástico; *a*) de J. Margueron, *Recherches sur les palais mésopotamiens de l'âge du bronze*, II, París, 1982, fig. 12; *b*) de F. Safar, M. Ali Mustafa y S. Lloyd, *Eridu*, Bagdad, 1981, fig. 135. 147
36. Glíptica mesopotámica del Protodinástico II y III; de Amiet, *op. cit.*, n.os 899, 908, 1034, 1108 149
37. Cultura mesopotámica protodinástica; *a*) armas de las tumbas reales de Ur, de Burney, *op. cit.*, figs. 54-55; *b*) placa votiva de Khafaya, de E. Fiandra, *Bollettino d'Arte*, 13 (1970), fig. 30 151
38. La «estela de los buitres»; *a*) de I. Winter en *Pictorial Narrative in Antiquity and the Middle Ages*, Washington, 1985, figs. 3 y 4; *b*) de H. Steible, *Die altsumerischen Bau und Weihinschriften*, I, Wiesbaden, 1982, pp. 120-145; J. Cooper, *Presargonic Inscriptions*, New Haven, 1986, pp. 34-39 164
39. Mari presargónica; *a*) el palacio, de J. Margueron; *MARI*, 3 (1984), fig. 27 en p. 32; *b*) el templo de Ishtarat y Ninni-Zaza, de A. Parrot, *Les temples d'Ishtarat et Ninni-Zaza*, París, 1967, lám. II. . . 171
40. Ebla, vista axonométrica del palacio real G (*c.* 2400); de *Histoire et archéologie*, 83 (1984), p. 27 175
41. Textos administrativos de Ebla; de A. Archi, *Archivi reali di Ebla*, I, Roma, 1985, n.° 18 180-181
42. Ebla, palacio real G: reconstrucción de una sala de archivo; de Matthiae, *op. cit.*, fig. 28 186
43. Ebla, glíptica de la época del palacio real G; de *Studi Eblaiti*, 1 (1979), fig. 9, y de P. Matthiae, *Ebla. Un impero ritrovato*, Turín, 1977, fig. 14 188
44. El Bronce Antiguo palestino; Tell 'Arad, área K con las murallas; de *Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, I, Oxford, 1975, p. 77. 190
45. El Bronce Antiguo palestino. Jarros palestinos exportados a Egipto (necrópolis de Giza); de *Giza Necropolis*, II, fig. 98 191
46. Extensión del imperio de Akkad durante el reinado de Sargón, primera, segunda y tercera fases 193

47. Extensión del imperio de Akkad durante los reinados de Rimush y Manishtusu, y durante el reinado de Naram-Sin 195
48. Agricultura en la época acadia; de H. Limet, *Documents de l'époque d'Agadé*, París, 1973, n.º 34 203
49. Ganadería en la época acadia; de Heinrich, *op. cit.*, fig. 17 . . 204
50 A y B. Ocupación de la Baja Mesopotamia durante el III milenio; de R. McC. Adams, *op. cit.*, figs. 18, 21, 29, 30. 206-207
51. Ideología real acadia; de J. Borker-Klahn, *Altvorderasiatische Bildstelen und vergleichbare Felsreliefs*, II, Maguncia, 1982, n.º 26 K . 209
52. Glíptica de la época acadia, con repertorio mitológico; *a-e* de Amiet, *op. cit.*, n.os 1470, 1471, 1505, 1506, 1492; *f-h* de Heinrich, *op. cit.*, figs. 19, 104, 20 211
53. Pequeños modelos de hígado procedentes de Mari, con presagios históricos sobre la dinastía de Akkad; de M. Rutten, *RA*, 35 (1938), pp. 53-54 214
54. El imperio de la III dinastía de Ur 221
55. Ur en la edad neosumeria; *a*) de A. Parrot, *Archéologie mésopotamienne*, París, 1946; *b*) de L. Woolley, *The Antiquaries Journal*, 14, lám. LXIX; *c*) de L. Woolley, *Ur Excavations*, V, Londres, 1939, portada 223
56. Ocupación de la Baja Mesopotamia de 2100 a 1600; de R. McC. Adams, *op. cit.*, figs. 31 y 33 226
57. La meseta irania y la zona del golfo en la segunda mitad del III milenio 237
58. Cerámica y armas del periodo del Bronce Intermedio Antiguo/Bronce Medio, de la necrópolis de Jericó; de K. Kenyon, *Amorites and Canaanites*, Londres, 1966, figs. 5 y 10 245
59. Un grupo de nómadas asiáticos ('Amu) en la frontera egipcia, *c.* 1900; de P. Newberry, *Beni Hasan*, I, Londres, 1893, lám. XXXI . . 246-247
60. El despoblamiento de la meseta irania a principios del II milenio; de R. Biscione y M. Tosi, *Protostoria degli stati turanici*, Nápoles, 1979, fig. 5 253
61. La Baja Mesopotamia en el periodo de Isin-Larsa 259
62. Urbanismo de la época de Isin y Larsa; *a*) de L. Woolley, *Ur Excavations*, VI, Londres, 1965; *b*) de H. Frankfort y S. Lloyd, *The Gimilsin Temple and the Palace of the Rulers*, Chicago, 1940, lám. XII . 260
63. Obras públicas de la época de Isin y Larsa; *a*) de H. Frankfort y S. Lloyd, *op. cit.*, portada; *b*) de H. Frankfort, *Oriental Institute Discoveries in Iraq 1933/34*, Chicago, 1935, fig. 4; *c*) de S. N. Kramer, *The Sumerians*, Chicago, 1963, tabla sin número 262
64. Contrato de adopción procedente de Larsa, reinado de Rim-Sin; F. Pomponio de A. Poebel, *Babylonian Legal and Business Documents*, Filadelfia, 1909, n.º 4 = M. Schorr, *Urkunden des altbabylonischen Zivil- und Prozessrecht*, Leipzig, 1913, pp. 24-25 269
65. Ejemplos de presagios hepatoscópicos paleobabilonios, y esquema de un hígado de oveja con la terminología babilonia; *a*) de A. Goetze, *Old Babylonian Omen Texts*, New Haven, 1947, lám. CXXVI; *b*) de J. Nougayrol, *RA*, 44 (1950), pp. 1-44 281

66. Planta de Assur y desarrollo de las murallas y de las puertas de la ciudad en las épocas paleoasiria, medioasiria y neoasiria; *a*) de G. Pettinato, *Semiramide*, Milán, 1985, fig. 6; *b*) de P. A. Miglus, *ZA*, 72 (1982), pp. 278-279 285
67. El comercio paleoasirio; *a*) de M. T. Larsen, *Old Assyrian Caravan Procedures*, Estambul, 1967, p. 172; *b*) de W. Hallo, *JCS*, 18 (1964), p. 87 (adaptado) 289
68. Anatolia central y oriental en la época del comercio paleoasirio (*c.* 1950-1780) 296
69. Improntas de sellos anatolios en las tablillas paleoasirias de Capadocia; de H. Frankfort, *Cylinder Seals*, Londres, 1939, figs. 72-73, 75-76 (p. 243) 298
70. Alta Mesopotamia en la edad de Mari 300
71. El palacio de Mari; *a*) planta, de Margueron, *op. cit.*, fig. 256; *b*) reconstrucción, de *Histoire et archéologie*, 80 (1984), p. 38 . . . 302
72. Una carta de Mari; de *Archives royales de Mari*, I, n.º 4 . . . 309
73. Palacio de Mari, fresco llamado de la «investidura del rey», en la sala del trono; de Lloyd, *Archaeology, cit.*, fig. 113 311
74. Ebla en el Bronce Medio: axonometría de la puerta suroeste; de *Histoire et archéologie*, 83 (1984), p. 83 314
75. Los hicsos; *a*) de M. Bietak, *MDIK*, 23 (1968), p. 91, fig. 3; *b*) de H. Stock, *Studien zur Geschichte und Archaeologie der 17. Dynastie Aegyptens*, Glückstadt, 1955, pp. 42-45 317
76. Cerámica palestina del Bronce Medio (de la necrópolis de Jericó); de Kenyon, *op. cit.*, fig. 31 320
77. El reino de Hammurabi de Babilonia 324
78. Asignaciones de tierras en el territorio de Larsa por parte de Hammurabi de Babilonia; de F. R. Kraus, *Altbabylonische Briefe*, IV, Leiden, 1968, n.º 16 327
79. Texto administrativo de la hacienda pública, zona de Larsa, época de Hammurabi; de M. Birot, *Tablettes économiques et administratives de l'époque babylonienne ancienne*, París, 1969, pp. 18-19 y tab. I, 1 328
80. La escena de presentación en la glíptica neosumeria y paleobabilonia; *a*) de V. Scheil, *RA*, 23 (1926), p. 35; *b*)-*c*) de L. al-Gailami Werr, *Chronological Table of Old Babylonian Seal Impressions*, Londres, 1980, n.º 34 y p. 52 332
81. La formación del estado antiguohitita; basado en M. Forlanini en *Atlante storico del Vicino Oriente antico*, 4.3, Roma, 1986, tab. XVII (con modificaciones) 341
82. Khattusha en la época de las colonias paleoasirias y en la época del Antiguo Reino hitita (siglo XVI); de P. Neve, *Buyukkale*, Berlín, 1982. 343
83. De las leyes antiguohititas; de J. Friedrich, *Die hethitischen Gesetze*, Leiden, 1971 347
84. El rey-héroe, solo, con su carro y sus caballos, derrota a las multitudes enemigas (decoración del carro de Tutmosis IV); de H. Carter y P. E. Newberry, *The Tomb of Thoutmôsis IV*, Westminster, 1904, láms. X-XI 361

85. Cuentas y jarritos en miniatura de vidrio, de Chipre, *c.* 1500-1200, de L. Åström, *Studies on the Arts and Crafts of the Late Cypriote Bronze Age*, Lund, 1967, fig. 71 364
86. Las fluctuaciones del «sistema regional» de Oriente Próximo durante el Bronce Tardío 367
87. El comercio marítimo en la edad del Bronce Tardío; de *JEA*, 33 (1947), lám. VIII 372-373
88. Comercio de los metales en el Bronce Tardío; de G. F. Bass, *AJA*, 90 (1986), p. 273 377
89. Difusión de la cerámica micénica en Levante (siglos XIV-XIII); de *Traffici micenei nel Mediterraneo*, Tarento, 1986, figs. de pp. 342 (M. Pacci: Chipre), 361 (L. Re: Anatolia), 384 (B. Gregori, R. Palumbo: Siria-Palestina) 379
90. El reino de Mitanni 383
91. Artesanía mitannia; *a*) glíptica, de Frankfort, *Cylinder Seals, cit.*, figs. 50-53; *b*) cerámica, de S. Cecchini, *La ceramica di Nuzi*, Roma, 1965, n.os 235, 251-252, 264 385
92. Planta de Nuzi; de Margueron, *Recherches, cit.*, fig. 300 . . . 389
93. Asignación de tierras del rey hitita Khuzziya II; de H. G. Güterbock, *Siegel aus Boghazkoy*, I, Berlín, 1942, p. 47 (texto n.º 2, sello n.º 85); cf. K. Riemschneider, *MIOF*, 4 (1958), pp. 354-355 395
94. Varios sellos mediohititas; de T. Beran, *Die hethitische Glyptik von Boğazköy*, Berlín, 1967, láms. II-III 397
95. El imperio hitita (siglos XIV-XIII); basada en Forlanini, *op. cit.*, tab. XIX 400
96. La batalla de Qadesh; de K. Kitchen, *Il Faraone trionfante*, Roma-Bari, 1987, fig. 19 405
97. Arquitectura hitita; *a*)-*b*) de *Atlante storico, cit.*, tabs. VI-VII . . 409
98. La Acrópolis de Khattusha a finales de la época imperial, *c.* 1200; *a-b*) de P. Neve, *op. cit.*, fig. 33 417
99. El santuario de Yazilikaya, cerca de Khattusha; de K. Bittel, *Das hethitische Felsheiligtum Yazilikaya*, Berlín, 1975, lám. 8.1; fig. 111; n.º 64 en p. 183 424
100. Palacios sirios del Bronce Tardío; *a*) Alalakh, siglo XV: de H. Frankfort, *The Art and Architecture of the Ancient Orient*, Harmondsworth, 1954, fig. 67; *b*) Ugarit, siglo XIV: de G. Saadé, *Ougarit, métropole cananéenne*, Beirut, 1979, fig. 11. 427
101. Una vivienda privada de Ugarit, siglo XIII; *a-b*) de O. Callot, *Une maison à Ugarit*, París, 1983, figs. 21 y 25 429
102. Aperos metálicos del siglo XIII (del naufragio de cabo Gelidonya); de G. Bass, *Cape Gelidonya. A Bronze Age Shipwreck*, Filadelfia, 1967, figs. 99, 104, 106, 109, 111 431
103. Los dominios egipcios en Siria-Palestina durante los siglos XV-XIII. 438
104. Portadores sirios de tributos al faraón (tumba de Menkheperresoneb, época de Tutmosis III); de N. de Garis Davies, *The Tombs of Menkheperrasonb, Amenmose and Another*, Londres, 1933, lám. V . 439
105. Los dominios hititas en Siria, *c.* 1350-1190 440

106. Glíptica real de Karkemish en el siglo XIII; *a*) de D. Beyer en *La Syrie au Bronze Récent*, París, 1982, p. 71; *b-c*) de *Ugaritica*, III, París, 1956, figs. 27, 29, 32, 36; *d*) de D. Sürenhagen, *MDOG*, 118 (1986), p. 185. 447
107. Iconografía de la realeza siria: panel de marfil de la cama del rey de Ugarit (*c.* 1360); de M. Yon, *Le centre de la ville*, París, 1987, p. 285. 450
108. El reino medioasirio: reinados de Ashur-uballit I, de Adad-nirari I y Salmanassar I, y de Tukulti-Ninurta I 455
109. Templos medioasirios; *a*) de W. Andrae, *Die jüngeren Ischtar-Tempel in Assur*, Leipzig, 1935, lám. 3a; *b*) de A. Haller y W. Andrae, *Die Heiligtümer des Gottes Assur und der Sin-Šamaš-Tempel in Assur*, Berlín, 1955, fig. 25 463
110. Glíptica medioasiria de los siglos XIV y XIII; *a*)-*b*) de T. Beran, *ZA*, 52 (1957), figs. 17, 94; *c*)-*d*) de A. Moortgat, *ZA*, 47 (1942), figs. 7, 9, 11, 33, 65, 66 466
111. Texto administrativo de Nippur, época casita; de H. Torczyner, *Altbabylonische Tempelrechnungen*, Viena, 1913, pp. 58-59 (*BE*, XIV, 136) 476-477
112. Escena de siembra con arado de sembradera, en un sello de la época casita; de *Ancient Near East in Pictures*, Princeton, 1954, n.º 86 . 480
113. Dur-Untash (Choga Zanbil); de R. Girshman, *Tchoga Zanbil*, II, París, 1968, fig. 46 488
114. La batalla naval entre Ramsés III y los «pueblos del mar» (relieve del templo de Medinet Habu); de H. Nelson, *Medinet Habu*, I, Chicago, 1930, lám. 37 498
115. Cultura filistea; 1-3) la cerámica; 4-6) los sarcófagos antropoides; de T. Dothan, *The Philistines and their Material Culture*, Jerusalén, 1982, figs. 7 en p. 101, 14 en p. 116, 48 en p. 176, 4 en p. 261 y 11 en p. 275. 499
116. Uso del bronce y del hierro para la producción de armas y útiles en Chipre, Siria y Palestina, del siglo XII al X; de J. Waldbaum, *From Bronze to Iron*, Göteborg, 1978, pp. 41-52 503
117. La difusión de las primeras escrituras alfabéticas en Siria-Palestina (siglos XIV-VIII); basada en W. Rollig, *Das Altertum*, 31 (1985), p. 85 (modificada). 504
118. Difusión y evolución del alfabeto en el mundo semita; col. II de W. F. Albright, *The Proto-Sinaitic Inscriptions*, Cambridge, Mass., 1966; cols. III-VII de G. Garbini, *Storia e problemi dell'epigrafia semitica*, Nápoles, 1979, figs. 2.1, 6.2, 5.1, 10.1, 9.4 505
119. Ramat Matred en el Néguev: unidad productiva agropecuaria de la Edad del Hierro en un medio árido; de *IEJ*, 10 (1960), figs. 4, 7, 6 (pp. 30-33) 508
120. Filisteos e israelitas en Palestina (siglos XIII-XII); basada en Y. Aharoni, *The Land of the Bible*, Londres, 1968, mapa 15, y en Dothan, *op. cit.*, mapa 2 513
121. Palestina en la Edad del Hierro: *a*) el reino de David, siglo X; *b*) el mosaico político de los siglos IX-VIII; *c*) las provincias asirias y babilonias, siglos VII y VI; de M. Liverani en *La Palestina*, Roma, 1987, figs. en pp. 49, 53, 57 (vueltas a dibujar). 523
122. Beersheba, típico ejemplo de pequeña ciudad palestina de la Edad del Hierro; de Y. Aharoni, *BA*, 39 (1976), fig. 9 en p. 62 525

123. Tipo estándar de viviendas en las ciudades israelitas de Shiloh, *IEJ*, 20 (1970), fig. 4 p. 187 526
124. Ánfora con tapón y sello real en el asa, reino de Judá (Lakish, siglo VII); de D. Ussishkin, *Tel Aviv*, 5 (1978), p. 78, fig. 23 . . . 528
125. La inscripción de Eli-Ba'al, rey de Biblos, *c.* 900; dibujo de J. Naveh, *Early History of the Alphabet*, Jerusalén-Leiden, 1982, fig. 44 . 541
126. La flota fenicia en un relieve de Senaquerib, de Nínive; de D. Harden, *The Phoenicians*, Nueva York, 1962, lám. 50 543
127. Cerámica fenicia; de P. Bikai, *BASOR*, 229 (1978), pp. 48-51, figs. 1 y 3. 545
128. Artesanía fenicia; *a*) de G. Rawlinson, *History of Phoenicia*, Londres, 1889, p. 229; *b*) de B. Brandl, *AnSt*, 34 (1984), fig. 10 e . . . 547
129. La red comercial de Tiro según Ezequiel 27, 12-23 548
130. Los arameos en Siria y en la Alta Mesopotamia (*c.* 900-700) . . 556
131. El centro arameo de Guzana, Tell Halaf; de *Tell Halaf*, II, Berlín, 1950, figs. 122, 6, 42 561
132. Inscripción real aramea, de Bar-Rakib, rey de Sam'al; de M. Lidzbarski, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*, Weimar, 1898, lám. XXIV 1 562
133. La ciudadela de Zincirli (Sam'al) en el siglo VIII, y la puerta de acceso con ortostatos esculpidos; de *Ausgrabungen in Sendschirli*, II, Berlín, 1898, lám. XXX; III, Berlín, 1902, p. 209 564
134. Bilingüismo asirioarameo; de *The Ancient Near East in Pictures, cit.*, n.º 235 568
135. Tablilla bilingüe asirioaramea, en la que se registra un préstamo de cebada (Nínive, año 682); de F. M. Fales, *Epigraphs on Clay Tablets of the Neo-Assyria Period*, Roma, 1986, n.º 3 569
136. Los estados neohititas (*c.* 1000-700) 572
137. Karkemish: *a*) planta general; de *Carchemish*, II, Londres, 1921; *b*) detalle de la puerta del río; de *Carchemish*, III, Londres, 1952, lám. 41 a 576
138. Inscripción hitita jeroglífica de Katuwa, rey de Karkemish (principios del siglo IX); M. Marazzi de P. Meriggi, *Manuale di eteo geroglifico*, II, Roma, 1966, n.º 173; J. D. Hawkins y A. Morprugo Davies en *Tribute to H. G. Güterbock*, Chicago, 1986, pp. 69 ss. 581
139. Edificio medioelamita de Anshan (Tall-i Malyan); de Matthiae, *Scoperte, cit.*, fig. 38 586
140. *a*) El apogeo medioelamita, *c.* 1150-1120; *b*) el apogeo de la II dinastía de Isin, *c.* 1120-1105, y la Asiria de Tiglat-pileser I (1115-1075) . 590
141. La crisis de población y agrícola de la Baja Mesopotamia; *a*)-*b*) de McC. Adams, *op. cit.*, figs. 34 y 35; *c*) de A. Layard, *Nineveh and Babylon*, Londres, 1882, p. 336 595
142. Parte superior de un *kudurru* del reinado de Marduk-apal-iddina, hallado en Susa, con las representaciones de 18 símbolos divinos; de H. Hinke, *A New Boundary Stone of Nebuchadrezzar I from Nippur*, Filadelfia, 1907, p. 25 597
143. Las campañas de Tukulti-Ninurta II (885) y de Assurnasirpal II (878) en el Khabur y el Éufrates medio 605

144. La estela de Nergal-eresh, encontrada en Tell Rimah: *a*) de Borker-Klahn, *op. cit.*, fig. 164, y la reconstrucción de las posesiones de Nergal-eresh 612-613
145. Extensión del imperio asirio (siglos IX-VII) 615
146. Mapa de Asiria, con las principales localidades de la época medio y neoasiria 621
147. Khorsabad (Dur-Sharrukin); *a*) de Lloyd, *op. cit.*, fig. 143; *b*) de *The Ancient Near East in Pictures, cit.*, n.º 759 630
148. Kalkhu (Nimrud); *a*)-*b*) de Lloyd, *op. cit.*, figs. 139 y 140 . . 631
149. Nínive; *a*)-*b*) de Lloyd, *op. cit.*, figs. 141 y 142 633
150. El sistema de regadío de la campiña asiria; *a*) de D. Oates, *Studies in the Ancient History of Northern Iraq*, Londres, 1968, fig. 4; *b*) de W. Bachmann, *Felsreliefs in Assyrien*, Leipzig, 1927, lám. 7 . . 635
151. Contrato neoasirio (finales del siglo IX) para la venta de un esclavo; de J. N. Postgate, *The Governor's Palace Archive*, Londres, 1973, n.º 2 637
152. Deportación de pueblos vencidos por los asirios; *a*) de A. H. Layard, *Nineveh and its Remains*, II, Londres, 1854, p. 373; *b*) de B. Oded, *Mass Deportations and Deportees in the Neo-Assyrian Empire*, Wiesbaden, 1979, p. 20 641
153. La propaganda del terror; *a-b*) de Layard, *Nineveh and Babylon, cit.*, pp. 254 y 256; *c*) de Layard, *Nineveh and its Remains, cit.*, p. 184. 645
154. Transporte de un toro colosal, de un relieve de Assurbanipal en Nínive; de R. Neumann, *Architektur Kleinasiens*, Tubinga, 1971, fig. 16, p. 36 649
155. Reconstrucciones fantasiosas estilo *art nouveau* de los palacios asirios recién descubiertos por Layard; *a-b*) de Layard, *Nineveh and its Remains, cit.*, cubierta y p. 382 650
156. Los árabes vistos por los asirios; de Layard, *Nineveh and its Remains, cit.*, p. 396 659
157. El reino de Urartu y su evolución territorial de *c.* 850-650; de varias fuentes, especialmente I. M. Diakonoff y S. M. Kashkai, *Geographical Names According to Urartian Texts*, Wiesbaden, 1981, y P. Zimanski, *Ecology and Empire*, Chicago, 1985 661
158. Disco de bronce urarteo con escenas de guerra; de P. Calmeyr y U. Seidl, *AnSt*, 33 (1983), fig. 1, en p. 105 663
159. Inscripción real urartea: una estela de Rusa II; de F. König, *Handbuch der chaldischen Inschriften*, I-II, Graz, 1957, n.º 126 . . 665
160. Inscripción real neoelamita. La estela de Atta-khamiti-Inshushinak; de F. W. König, *Die elamischen Königsinschriften*, Graz, 1965, n.º 87 671
161. Büyükkale en la época frigia: *a-b*) de Neve, *op. cit.*, fig. 80 . . 675
162. Túmulo real (llamado de Midas) en Gordion; *a*) de S. Lloyd, *Early Highland Peoples of Anatolia*, Londres, 1967, fig. 142; *b*) de R. S. Young, *Three Great Early Tumuli*, Filadelfia, 1981, figs. 72, 73, 78, 82, 84 678
163. La recuperación de la población y la agricultura; *a*) de McC. Adams, *op. cit.*, fig. 39; *b*) de Pettinato, *op. cit.*, fig. 19 691
164. Agricultura neobabilonia; *a*) de D. Coquerillat, *Palmeraies et cultu-*

res de l'Eanna d'Uruk, Berlín, 1968, pp. 38-39; *b*) de K. Nemet-Nejat, *Late Babylonian Field Plans in the British Museum*, Roma, 1982, láms. 16, 20, 26 693
165. Babilonia, la fortaleza meridional; *a*)-*c*) de R. Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon*, Leipzig, 1913, figs. 44, 43, 87 696
166. La torre de Babel; de Koldewey, *op. cit.*, fig. 119; *b*) de E. Unger, *Babylon*, Leipzig, 1931, lám. 22 698
167. Arquitectura de los manneos; *a*) de R. Dyson en *JNES*, 24 (1965), lám. XXXIV; *b*) de T. Cuyler Young y L. Levine, *Excavations of the Godin Project: Second Progress Report*, Toronto, 1974, fig. 41 . . . 705
168. Aljabas de bronce decoradas, de Luristán (siglos VIII-VII); de Moorey, *Iran*, 13 (1975), figs. 1, 5, 7 707
169. Oriente Próximo bajo el dominio de medos y caldeos (*c.* 600-550) 708
170. La terraza de Persépolis; de D. N. Wilber, *Persepolis*, Nueva York, 1969, p. XVIII 713
171. Mapa esquemático del imperio persa en la época de Darío I . . 717

ÍNDICE

Prólogo a la edición española 9
Prefacio 11
Nota sobre las transcripciones y otros problemas 15

PRIMERA PARTE
INTRODUCCIÓN

1. *El antiguo Oriente como problema histórico* 19
   1. La imagen mítica 19
   2. Las tendencias historiográficas 22
   3. Unidad y variedad, núcleo y periferia 25
   4. El problema cronológico 27

2. *Los caracteres originales* 36
   1. Realidad ecológica y mapas mentales 36
   2. El poblamiento 42
   3. El desarrollo tecnológico 49
   4. El modo de producción 53
   5. Las expresiones ideológicas 56

3. *Las premisas neolíticas y calcolíticas* 62
   1. Los primeros productores de alimento 62
   2. El Neolítico pleno: caracteres generales 69
   3. El Neolítico pleno: las variedades regionales 78
   4. Hacia la urbanización 85

SEGUNDA PARTE
LA EDAD DEL BRONCE ANTIGUO

4. *La revolución urbana* 97
   1. La especialización laboral, las «grandes organizaciones» . . . 97
   2. La ciudad y las aldeas 102
   3. De la calidad a la cantidad 109
   4. Garantías y registros: el nacimiento de la escritura 113
   5. Política e ideología de las formaciones protoestatales . . . 118

5. *Difusión y crisis de la primera urbanización* 123
1. El comercio a larga distancia 123
2. Uruk: la metrópoli y las colonias 126
3. La respuesta de la «periferia» 130
4. La crisis y el proceso de regionalización 135

6. *La Mesopotamia protodinástica* 141
1. La situación étnica y demográfica 141
2. La ciudad-templo y la estructura social 145
3. La tierra y el trabajo 152
4. El gobierno de las ciudades: entre administración e ideología . 156
5. El mundo divino y la fundación mítica 159
6. Rivalidades y hegemonías 161
7. La crisis interna y los edictos de reforma 166

7. *El mundo de Ebla* 170
1. La segunda urbanización en la Alta Mesopotamia 170
2. Ebla: caracteres sociopolíticos 174
3. Ebla: el comercio y las guerras 178
4. La cultura protosiria 184
5. La segunda urbanización en Líbano y Palestina 188

8. *El imperio de Akkad* 192
1. El imperio universal y su realización 192
2. Estructura y gestión del imperio 200
3. El poblamiento y la administración 202
4. El comercio y la periferia del imperio 204
5. Expresiones literarias y artísticas de la realeza 208
6. Las tradiciones históricas acerca de los reyes de Akkad . . . 212
7. Guti, lullubi y hurritas 216

9. *La edad neosumeria* 218
1. El «renacimiento sumerio» 218
2. El imperio de Ur III: formación y organización 220
3. La administración y la economía 224
4. La cultura de los escribas 232
5. La periferia del imperio 236

TERCERA PARTE
EL BRONCE MEDIO

10. *La crisis de la segunda urbanización* 241
1. La caída del imperio de Ur 241
2. Los martu: los nómadas y su papel 244
3. Anatolia e Irán: la cuestión indoeuropea 250
4. Generalidad y variedad de la crisis 255

11. *El «Periodo Intermedio» de Isin y Larsa* 257
1. Los estados «provinciales»: demografía y economía 257
2. El marco político: pluralismo y hegemonías 263
3. La evolución social y jurídica 267
4. La realeza paleobabilonia 272
5. La cultura paleobabilonia 276

12. *El estado y el comercio paleoasirios* 283
1. Origen y estructura del estado asirio 283
2. El comercio paleoasirio 288
3. Los estados anatolios 294

13. *La edad de Mari* 299
1. Tribus y palacios en el Éufrates medio 299
2. Shamshi-Adad 304
3. La edad de Mari: guerras, alianzas, comercio 307
4. Yamkhad y el Bronce Medio sirio 312
5. Los hicsos y el Bronce Medio palestino 315

14. *Hammurabi de Babilonia* 322
1. La unificación de Mesopotamia 322
2. La organización sociopolítica 324
3. La reforma religiosa 331
4. La disgregación del imperio 334
5. La confederación elamita 336

15. *La Anatolia antiguohitita* 339
1. De la fragmentación a la unificación 339
2. La expansión del estado antiguohitita 342
3. Economía y sociedad antiguohititas 346
4. La cultura antiguohitita 349

CUARTA PARTE
LA EDAD DEL BRONCE TARDÍO

16. *Tecnología e ideología en el Bronce Tardío* 357
1. Los «pueblos de las montañas» y la «Edad Oscura» 357
2. Las innovaciones técnicas y sus repercusiones 360
3. El sistema regional 366
4. El internacionalismo: comercio y cultura palatina 371

17. *La hegemonía de Mitanni* 381
1. Mitanni: historia y estructura 381
2. Nuzi y la sociedad mitannia 387
3. Kizzuwatna y el Reino Medio hitita 392

18. *El imperio hitita* 399
1. Shuppiluliuma y la formación del imperio 399
2. Las vicisitudes del imperio 402
3. Las formas de control político 407
4. Economía y poblamiento 414
5. Magia y política, derecho e historiografía 418
6. El sincretismo cultural y religioso 423

19. *Siria-Palestina en el Bronce Tardío* 426
1. Demografía y asentamientos 426
2. Economía y sociedad: palacio y campo 430
3. El sistema político y la dependencia exterior 434
4. Acontecimientos políticos y estados locales 442
5. La cultura escribal, literaria y artística 446
6. Religiosidad urbana, rural y nómada 451

20. *El reino medioasirio* 453
1. La recuperación en la época de el-Amarna 453
2. El imperio altomesopotámico 456
3. La consolidación y la cuestión babilonia 458
4. La cultura palatina y la propaganda política 461
5. La sociedad medioasiria 468

21. *La Babilonia casita* 472
1. Acontecimientos políticos 472
2. La crisis demográfica y social 475
3. Canonización y «sabiduría» 480
4. Religión y magia 485
5. El principio del reino medioelamita 487

QUINTA PARTE
LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO

22. *Crisis y reestructuración* 493
1. Los factores internos de la crisis 493
2. Las migraciones de los pueblos 495
3. La caída del sistema regional 500
4. Las innovaciones tecnológicas y la ordenación territorial . . 502
5. El factor gentilicio y el estado «nacional» 511

23. *Israel* 516
1. El problema de los orígenes 516
2. El estado unitario 519
3. El mosaico político 524
4. El impacto de los imperios 528
5. La originalidad religiosa 531
6. La refundación historiográfica 535

24. *Los fenicios* 539
1. Las ciudades independientes 539
2. Comercio y artesanía 542
3. La expansión colonial 549
4. Los puertos y los imperios 552

25. *Los arameos en Siria y Mesopotamia* 555
1. De la tribu al estado 555
2. Historia y cultura de las ciudades arameas del oeste . . . 558
3. Las tribus del este 565
4. La difusión del arameo 567

26. *Los estados neohititas* 571
1. Origen de los estados neohititas 571
2. Desarrollo de los estados neohititas 574
3. Cultura de las ciudades neohititas 579

27. *Asiria, Babilonia y Elam (siglos XII-IX)* 583
1. El apogeo medioelamita 583
2. Nabucodonosor y la II dinastía de Isin 587
3. Tiglat-pileser I y el fin del periodo medioasirio 589
4. La crisis demográfica y política 594

SEXTA PARTE
LOS IMPERIOS Y LA UNIFICACIÓN

28. *El desarrollo del imperio neoasirio* 603
1. Recuperación y consolidación (934-859) 603
2. La primera expansión y la crisis de crecimiento (858-745) . . 609
3. La segunda expansión y el sistema provincial (744-705) . . . 614
4. El siglo VII: apogeo del imperio 622

29. *La estructura del imperio neoasirio* 629
1. Ciudades y campos 629
2. Ejército y administración 634
3. Las formas de sojuzgamiento 639
4. La ideología imperial asiria 643
5. El aparato celebrativo 646
6. Magia y política 651

30. *La periferia del imperio* 656
1. La frontera sur: los primeros árabes 656
2. Urartu: acontecimientos políticos 660
3. Urartu: economía y cultura 666
4. El reino neoelamita: historia y cultura 669
5. Frigia y Lidia 673

31. *El colapso del imperio, los caldeos* 680
1. La caída del imperio asirio 680
2. La dinastía caldea 683
3. La recuperación económica 690
4. La cultura neobabilonia 695

32. *Los medos y la unificación persa* 700
1. Los pueblos iranios desde las migraciones hasta la época asiria . 700
2. El reino de Media: formación y expansión 704
3. Los persas y la unificación de Oriente Próximo 709
4. La nueva formulación de la ideología imperial 716

Epílogo 720
1. La nueva dimensión geopolítica 720
2. La nueva dimensión humana 723
3. La herencia estática: las «formas simples» 726
4. La herencia dinámica: desarrollo y catástrofe 727

Abreviaturas 730
Bibliografía 732
Índice de nombres de personas y divinidades 757
Índice de nombres de lugares y pueblos 763
Índice de cuadros 775
Índice de documentos 777
Índice de figuras 781

Esta obra,
publicada por CRÍTICA,
se acabó de imprimir en los talleres
de Hurope, de Barcelona,
el día 28 de febrero de 1995

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales